El pasado de una ilusión

Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX

François Furet

El régimen soviético ha salido por la puerta trasera del escenario de la historia, al que había entrado con bombos y platillos. A tal punto constituyó la materia y el horizonte del siglo, que su fin sin gloria después de tan breve duración contrasta de manera sorprendente con el esplendor de su curso. No es que la enfermedad de postración que afectaba a la URSS no pudiese ser diagnosticada: pero la disgregación interior se disimulaba a la vez en el poderío internacional del país y en la idea que le servía de estandarte. La presencia soviética en los asuntos del mundo era como un certificado de la presencia soviética en la historia del mundo. Por otra parte, nada era más ajeno a la opinión que la perspectiva de una crisis radical del sistema social instaurado por Lenin y Stalin. La idea de una reforma de ese sistema se encontraba casi por doquier desde hacía un cuarto de siglo, y nutría en formas muy diversas un revisionismo activo pero siempre respetuoso de la superioridad de principios del socialismo sobre el capitalismo. Ni siquiera los enemigos del socialismo imaginaban que el régimen soviético pudiera desaparecer, y que la Revolución de Octubre pudiese ser 'borrada'; y menos aún que esta ruptura pudiese originarse en ciertas iniciativas del partido único en el poder.

Y sin embargo, el universo comunista se deshizo por sí solo. Esto se puede ver en otra señal, esta vez diferida: solo quedan los hombres que, sin haber sido vencidos, han pasado de un mundo a otro convertidos a otro sistema, partidarios del mercado y de las elecciones, o bien reciclados en el nacionalismo.

La Revolución de Octubre cierra su trayectoria no con una derrota en el campo de batalla, sino liquidando por sí misma todo lo que se hizo en su nombre. En el momento en que se disgrega, el Imperio soviético ofrece la característica excepcional de haber sido una superpotencia sin haber encarnado una civilización.

epublibre

François Furet

El pasado de una ilusión

Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX

ePub r1.2
Titivillus 30.05.18

Título original: *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle*

François Furet, 1995

Traducción: Mónica Utrilla

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Agradecimientos

HABIENDO incursionado apenas en la historia del siglo XX, al escribir este libro conté con los consejos bibliográficos de algunos amigos que me habían precedido por este camino en tal o cual punto de mi tema. Son demasiados para que pueda yo citarlos a todos. Stéphane Courtois, Christian Jelen, Georges Liébert y Jean-François Revel pusieron a mi disposición generosamente su tiempo y su sapiencia. Debo además un agradecimiento particular a Jean-Louis Panné, autor de una excelente biografía sobre Suvarin, por haberme hecho compartir tan constantemente su erudición sobre la historia del comunismo.

Olivier Nora y Mona Ozouf tuvieron la amabilidad de leer mi versión y me sugirieron muchas correcciones útiles. Ellos saben la importancia que tienen para mí sus consejos. Por último, no olvido lo que debo a mis dos editores, que también son mis amigos: Charles Ronsac, quien cuidó este libro después de haber tenido la primera idea sobre él, y Jean-Étienne Cohen-Séat, que tanto me oyó hablar de él.

P. D. El trabajo es un ensayo de interpretación. En las notas solo menciono las obras y los artículos que me fueron útiles de manera más directa.

Prefacio

EL régimen soviético ha salido de rondón del escenario de la historia, al que había entrado con bombo y platillos. A tal punto constituyó la materia y el horizonte del siglo, que su fin sin gloria después de tan breve duración contrasta de manera sorprendente con el esplendor de su curso. No es que la enfermedad de postración que afectaba a la URSS no pudiese ser diagnosticada: pero la disgregación interior se disimulaba a la vez en el poderío internacional del país y en la idea que le servía de estandarte. La presencia soviética en los asuntos del mundo era como un certificado de la presencia soviética en la historia del mundo. Por otra parte, nada era más ajeno a la opinión que la perspectiva de una crisis radical del sistema social instaurado por Lenin y Stalin. La idea de una reforma de ese sistema se encontraba casi por doquier desde hacía un cuarto de siglo, y nutría en formas muy diversas un revisionismo activo pero siempre respetuoso de la superioridad de principios del socialismo sobre el capitalismo. Ni siquiera los enemigos del socialismo imaginaban que el régimen soviético pudiera desaparecer, y que la Revolución de Octubre pudiese ser «borrada»; y menos aún que esta ruptura pudiese originarse en ciertas iniciativas del partido único en el poder.

Y sin embargo, el universo comunista se deshizo por sí solo. Esto se puede ver en otra señal, esta vez diferida: solo quedan los hombres que, sin haber sido vencidos, han pasado de un mundo a otro convertidos a otro sistema, partidarios del mer-

cado y de las elecciones, o bien reciclados en el nacionalismo. Pero de su experiencia anterior no queda ni una idea. Los pueblos que salen del comunismo parecen estar obsesionados por negar el régimen en que vivieron, aun cuando hayan heredado sus hábitos o sus costumbres. La lucha de clases, la dictadura del proletariado y el marxismo-leninismo han desaparecido en nombre de lo que supuestamente habían remplazado: la propiedad burguesa, el Estado democrático liberal, los derechos del hombre, la libertad de empresa. De los regímenes de Octubre solo queda lo que constituye la negación de ellos.

El fin de la Revolución rusa, o la desaparición del Imperio soviético, deja al descubierto una tabla rasa sin relación con lo que habían dejado el fin de la Revolución francesa o la caída del Imperio napoleónico. Los hombres de Termidor habían festejado la igualdad civil y el mundo burgués. Durante toda su época, Napoleón fue sin duda el conquistador insaciable, el ilusionista de la victoria, hasta la derrota que finalmente aniquiló todas sus ganancias de jugador afortunado. Pero el día en que lo perdió todo dejó en Europa un vasto reguero de recuerdos, de ideas y de instituciones, en el que hasta sus enemigos se inspiraron para vencerlo. En Francia fundó el Estado para los siglos venideros. Lenin, por el contrario, no deja ninguna herencia. La Revolución de Octubre cierra su trayectoria no con una derrota en el campo de batalla, sino liquidando por sí misma todo lo que se hizo en su nombre. En el momento en que se disgrega, el Imperio soviético ofrece la característica excepcional de haber sido una superpotencia sin haber encarnado una civilización. El hecho es que agrupó en torno suyo a fieles, clientes y colonias; que acumuló un arsenal militar y proclamó una política exterior de dimensiones mundiales. Tuvo todos los atributos de la potencia internacional que le ganaron el respeto del adversario, por no hablar de los del mesianismo ideológico, que le ganaron la adoración de sus partidarios. Sin embargo, su rá-

pida disolución no deja nada en pie: ni principios, ni códigos, ni instituciones; ni siquiera una historia. Como sucedió antes con los alemanes, los rusos son ese segundo gran pueblo europeo incapaz de dar un sentido a su siglo XX y, por lo mismo, inseguro sobre todo su pasado.

Por ello, nada me parece más inexacto que dar el nombre de «revolución» a la serie de acontecimientos que condujeron, en la URSS y en su Imperio, al fin de los regímenes comunistas. Si casi todo el mundo la ha llamado así es porque ningún otro término de nuestro vocabulario político parecía convenir mejor al desplome de un sistema social; este tenía la ventaja de expresar la idea, ya familiar a la tradición política occidental, de una ruptura brutal con el régimen pasado. Sin embargo ese mismo «Antiguo Régimen» había nacido de la Revolución de 1917 y continuaba reivindicándola, de modo que su liquidación bien podía emparentarse con una «contrarrevolución»: ¿acaso no llevaba de vuelta a aquel mundo burgués detestado por Lenin y Stalin? Sobre todo, sus modalidades no tuvieron mucho en común con un derrocamiento ni con una fundación. Los términos «revolución» y «contrarrevolución» evocan aventuras de la voluntad, mientras que el fin del comunismo es producto de la concatenación de las circunstancias. [1] Y lo que siguió tampoco deja mucho espacio a la acción deliberada. Entre los escombros de la Unión Soviética no aparecen ni dirigentes dispuestos al relevo, ni verdaderos partidos, ni nueva sociedad, ni nueva economía. Solo se puede ver a una humanidad atomizada y uniforme, a tal punto que resulta demasiado cierto que las clases sociales han desaparecido: incluso el campesinado, al menos en la URSS, fue destruido por el Estado. Los pueblos de la Unión Soviética tampoco han conservado fuerzas suficientes para expulsar a una *nomenklatura* dividida, ni siquiera para influir realmente sobre el curso de los acontecimientos.

De este modo, el comunismo termina en una especie de nada. No allana el camino, como tantos espíritus lo desearon y previeron desde Jruschov, a un comunismo mejor, que borrara los vicios del antiguo conservando sus virtudes. Un comunismo que Dubcek había podido encarnar durante algunos meses en la primavera de 1968, pero no Havel desde el otoño de 1989. Gorbachov hizo resurgir su ambigüedad en Moscú desde la liberación de Sájarov, pero Yeltsin la disipó en la secuela del *putsch* de agosto de 1991: no hay nada visible entre las ruinas de los regímenes comunistas sino el repertorio familiar de la democracia liberal. Desde entonces se ha transformado incluso el sentido del comunismo, aun para quienes fueron sus partidarios. En lugar de ser una exploración del futuro, la experiencia soviética constituye una de las grandes reacciones antiliberales y antidemocráticas de la historia europea del siglo XX, siendo la otra, desde luego, la del fascismo en sus diferentes formas.

La experiencia soviética revela así uno de sus rasgos distintivos: haber sido inseparable de una *ilusión* fundamental, cuya evolución pareció validar su contenido durante largo tiempo, antes de disolverlo. Con ello no quiero decir simplemente que sus actores o sus partidarios no supieran la historia que hacían, o que hayan alcanzado objetivos distintos de los que se habían fijado, como es el caso general. Antes bien, entiendo que el comunismo tuvo la ambición de adecuarse al desarrollo necesario de la Razón histórica, y que la instauración de la «dictadura del proletariado» revistió por ello un carácter científico: ilusión de otra naturaleza que la que puede nacer de un cálculo de fines y medios, y hasta de una simple fe en la justicia de una causa, ya que ofrece al hombre perdido en la historia, además del sentido de su vida, los beneficios de la certidumbre. No fue algo parecido a un error de juicio, que con la ayuda de la experiencia se puede reparar, medir y corregir; más bien, fue una entrega psi-

cológica comparable a la de una fe religiosa, aunque su objeto fuese histórico.

La ilusión no «acompaña» a la historia comunista. Es constitutiva de ella: a la vez independiente de su curso, puesto que fue previa a la experiencia, y sin embargo sometida a sus altibajos, ya que la verdad de la profecía se encuentra en su desenvolvimiento. Tiene su fundamento en la imaginación política del hombre moderno, y sin embargo se ve sometida a la modificación constante que las circunstancias le imponen como condición de sobrevivencia. Hace de la historia su alimento cotidiano, con objeto de integrar constantemente todo lo ocurrido en el interior de la creencia. Así se explica que solo haya podido desaparecer al desvanecerse aquello de lo que se nutría: siendo una creencia en la salvación por la historia, solo podía ceder a un mentís radical de la historia, que le quitara su razón de ser a ese trabajo de remiendo esencial a su naturaleza.

Ese trabajo es precisamente el tema de este libro: no la historia del comunismo, y menos aún la de la URSS propiamente dicha, sino la de la ilusión del comunismo durante todo el tiempo que la URSS le dio consistencia y vida. El hecho de que intentemos esbozar sus modalidades sucesivas en el curso del siglo no significa forzosamente que las consideremos solo productos de un género ya superado por el avance de la democracia liberal: reconozco no ver bien las razones para sustituir una filosofía de la historia por otra. La utopía de un hombre nuevo es anterior al comunismo soviético y le sobrevivirá en otras formas: por ejemplo, liberada del mesianismo «obrero». Al menos el historiador de la idea comunista en este siglo está seguro de enfrentarse a un ciclo enteramente cerrado de la imaginación política moderna, inaugurado por la Revolución de Octubre y que concluyó con la disolución de la Unión Soviética. Además de lo que era, el mundo comunista siempre se glorió de lo que quería ser y que, por consiguiente, llegaría a ser. La cuestión solo que-

dó zanjada con su desaparición: hoy, este mundo reside enteramente en su pasado.

Pero la historia de su «idea» sigue siendo más vasta que la de su poder, aun en la época de su mayor expansión geográfica. Como es verdaderamente universal y llega a poblaciones, territorios y civilizaciones en que ni siquiera el cristianismo había podido penetrar, para dar seguimiento a su poder de seducción en los diferentes lugares haría falta un saber del que no dispongo. Me limitaré a estudiarla en Europa, donde nació, donde tomó el poder y donde fue tan popular al término de la segunda Guerra Mundial; por último, donde necesitó 30 años para morir, entre Jruschov y Gorbachov. Marx y Engels, sus «inventores», nunca imaginaron que pudiese tener un porvenir cercano fuera de Europa: hasta tal punto que grandes marxistas, como Kautsky, rechazaron la Rusia de Octubre de 1917 argumentando que se hallaba demasiado distante para desempeñar un papel de vanguardia. Una vez en el poder, Lenin solo vio la salvación en la solidaridad revolucionaria de los viejos proletariados nacidos más al oeste de Europa, comenzando por el alemán. Después de él, Stalin alteró en su provecho toda la dimensión del hecho ruso en la idea comunista; pero sin renunciar a esa idea que, por el contrario, recibió un nuevo ímpetu con la victoria del antifascismo. En suma, Europa, madre del comunismo, también es su escenario principal. La cuna y el centro de su historia.

Además, ofrece al observador la ventaja de un examen comparativo, pues la idea comunista se puede estudiar en dos estados políticos, según que ocupe el poder por intermediación de partidos únicos o que esté difusa en la opinión pública de las democracias liberales, canalizada sobre todo por los partidos comunistas locales, pero también difundida más allá de estos en formas menos militantes. Los dos universos están en relación constante, aunque desigual: el primero, secreto y cerrado; el se-

gundo, público y abierto. Lo interesante es que la idea comunista vive mejor en el segundo, pese al espectáculo que ofrece el primero. En la URSS, en lo que después de 1945 se llamará «el campo socialista», moldea la ideología y el lenguaje de la dominación absoluta. Instrumento de poder a la vez espiritual y temporal, lo que tiene de emancipador no sobrevive mucho tiempo a su función de sometimiento. En el Oeste también está sometida, por intermediación de los partidos hermanos, a los límites estrechos de la solidaridad internacional; pero como allí nunca es medio de gobierno, conserva algo de su encanto original, mezclado a una negación del carácter que ha adoptado en el otro extremo de Europa el Imperio soviético. A esa dosificación inestable entre lo que conserva de utópico y lo que en adelante tiene de histórico, las circunstancias iban a darle, a base de sucesivos retoques, fuerzas para durar hasta nuestros días. La idea comunista vivió más tiempo en el espíritu de la gente que en los hechos; más tiempo en el Oeste que en el Este de Europa. Así, su recorrido imaginario es más misterioso que su historia real: por ello en este ensayo hemos tratado de seguir sus vueltas y revueltas. Este inventario acaso sea la mejor manera de trabajar en la elaboración de una conciencia histórica que sea común al Occidente y al Oriente europeos, que durante tanto tiempo estuvieron separados a la vez por la realidad y por la ilusión del comunismo.

Por último, unas palabras sobre el autor, ya que todo libro de historia también tiene su historia. Tengo una relación biográfica con el tema que trato. «El pasado de una ilusión»: para recuperarlo solo tengo que volverme hacia aquellos años de mi juventud en que fui comunista, entre 1949 y 1956. La cuestión que hoy intento comprender es inseparable, pues, de mi existencia. Yo viví desde dentro la ilusión cuyo camino trato de remontar hasta una de las épocas en que era la más difundida. ¿Debo lamentarlo en el momento en que escribo su historia?

No lo creo. A 40 años de distancia, juzgo mi ceguera de entonces sin indulgencia, pero sin acrimonia. Sin indulgencia, porque la excusa que a menudo se encuentra en las intenciones no redime, en mi opinión, de la ignorancia y la presunción. Sin acrimonia, porque este desdichado compromiso me ha instruido. Salí de él con un esbozo de cuestionario sobre la pasión revolucionaria, vacunado contra la entrega seudorreligiosa a la acción política. Esos son los problemas que aún forman la materia de este libro y me han ayudado a concebirlo. Espero que este contribuya a iluminarlos.

I. LA PASIÓN REVOLUCIONARIA

PARA comprender la fuerza de las mitologías políticas que han dominado el siglo XX, hay que detenerse en el momento de su nacimiento o al menos de su juventud; es el único medio que nos queda para percibir un poco del esplendor que tuvieron. Antes de deshonrarse por sus crímenes, el fascismo constituyó una esperanza. Sedujo no solo a millones de hombres sino a muchos intelectuales. En cuanto al comunismo, aún podemos avistar sus mejores días, ya que como mito político y como idea social sobrevivió largo tiempo a sus fracasos y a sus crímenes, sobre todo en los países europeos que no sufrieron directamente su opresión: muerto entre los pueblos de la Europa del Este desde mediados de los años cincuenta, aún florecía 20 años después en Italia o en Francia, en la vida política e intelectual. Supervivencia que nos da la medida de su arraigo y de su capacidad de resistir a la experiencia, y que forma como un eco de sus mejores años, en la época de su expansión triunfante.

Para comprender su magia, hay que hacer el esfuerzo indispensable por situarse antes de las catástrofes a que dieron lugar las dos grandes ideologías: en el momento en que fueron esperanzas. La dificultad de esa ojeada retrospectiva se debe a que mezcla en un lapso muy breve la idea de esperanza y la de catástrofe: desde 1945, se ha vuelto casi imposible imaginar el nacionalsocialismo de 1920 o de 1930 como promesa. El caso del comunismo es un poco distinto, no solo porque duró más

tiempo gracias a la victoria de 1945, sino porque la fe tiene por apoyo esencial el encuentro de épocas históricas sucesivas: supuestamente, el capitalismo abriría la puerta al socialismo y después al comunismo. La fuerza de esta representación es tal que permite fácilmente comprender o hacer revivir las esperanzas de que fue portadora la idea comunista al comienzo del siglo, pero al precio de una subestimación o hasta de una negación de la catástrofe final. El fascismo reside por entero en su fin; el comunismo conserva un poco del encanto de sus inicios: la paradoja se explica por la supervivencia de ese célebre sentido de la historia, otro nombre de su necesidad, que hace las veces de religión entre quienes no la tienen, y que por tanto es tan difícil y hasta doloroso abandonar. Y sin embargo, eso es precisamente lo que hace falta para comprender el siglo XX.

La idea de necesidad histórica tuvo entonces sus mejores días porque el duelo entre fascismo y comunismo, que la inundó con su tumulto trágico, le ofrecía un atuendo a la medida: la segunda Guerra Mundial presenció el arbitraje entre las dos fuerzas que aspiraban a suceder a la democracia burguesa: la de la reacción y la del progreso, la del pasado y la del porvenir. Pero esta visión se ha deshecho ante nuestros ojos, al extinguirse el segundo pretendiente, después del primero. Ni el fascismo ni el comunismo fueron los signos inversos de un destino providencial de la humanidad. Son episodios breves, enmarcados por lo que quisieron destruir. Productos de la democracia, fueron derribados por esta. Nada en ellos fue necesario, y la historia de nuestro siglo, como la de los precedentes, habría podido desarrollarse de otra manera: basta imaginar, por ejemplo, un año 1917 en Rusia sin Lenin, o una Alemania de Weimar sin Hitler. La comprensión de nuestra época solo es posible si nos liberamos de la ilusión de la necesidad: el siglo solo es explicable —en la medida en que lo sea— si le devolvemos su carácter

imprevisible, negado por los primeros responsables de sus tragedias.

Lo que trato de comprender en este ensayo es a la vez limitado y central: el papel que han desempeñado las pasiones ideológicas, y más especialmente la pasión comunista, pues este rasgo diferencia al siglo XX. No es que los siglos precedentes hayan desconocido las ideologías: la Revolución francesa manifestó la fuerza de atracción de aquellas sobre los pueblos, y los hombres del siglo XIX no dejan de inventar o de amar los sistemas históricos del mundo, en los que encuentran explicaciones globales de su destino que sustituyen a la acción divina. No obstante, antes del siglo XX no hubo ningún gobierno ni régimen ideológico. Podrá decirse, acaso, que Robespierre esbozó este proyecto en la primavera de 1794, con la fiesta del Ser supremo y el gran Terror. Pero esto no duró más que algunas semanas; y aun la referencia al Ser supremo es de tipo religioso, mientras que por ideologías yo entiendo aquí aquellos sistemas de explicación del mundo por medio de los cuales la acción política de los hombres adquiere un carácter providencial, con exclusión de toda divinidad. En ese caso, Hitler por una parte y Lenin por la otra fundaron regímenes que antes de ellos eran desconocidos.

Regímenes cuyas ideologías no solo suscitaron el interés sino el entusiasmo de una parte de la Europa de posguerra; y no solo entre las masas populares, sino en las clases cultivadas, por muy burdas que fuesen sus ideas o sus razonamientos. En este aspecto el nacionalsocialismo, amalgama brumosa de autodidacto, es insuperable mientras que el leninismo posee un *pedigree* filosófico. Y sin embargo, hasta el nacionalsocialismo (para no hablar del fascismo mussoliniano) cuenta entre los intelectuales que se asomaron a su cuna de monstruo a algunos de los grandes hombres del siglo, comenzando con Heidegger. ¡Qué decir entonces del marxismo-leninismo, beneficiario de

su privilegio de heredero, y que fue cuidado de la cuna a la tumba por tantos filósofos y tantos escritores! Estos, cierto es, forman un cortejo intermitente, según la coyuntura internacional y la política del Komintern. Pero si uniéramos a todos los autores europeos célebres que en el siglo XX, en un momento u otro, fueron comunistas o procomunistas, obtendríamos un Gotha del pensamiento y de la literatura.

Para evaluar el dominio del fascismo y del comunismo sobre los intelectuales, un francés solo tiene que contemplar su país, vieja patria europea de la literatura, donde la *Nouvelle Revue Française* del periodo de entreguerras da la tónica: Drieu, Céline y Jouhandeau por un lado; Gide, Aragon y Malraux, por el otro.

Lo asombroso no es que el intelectual comparta el espíritu de la época. Es que sea presa de él, en lugar de tratar de añadirle su toque. La mayoría de los grandes escritores franceses del siglo XIX, sobre todo en la generación romántica, hicieron política, a menudo como diputados, a veces como ministros; pero fueron autónomos y, por lo general, inclasificables por esta misma razón. Los del siglo XX se someten a las estrategias de los partidos, de preferencia de los partidos extremos, hostiles a la democracia. No desempeñan más que un papel, accesorio y provisional, de comparsas, manipulados como cualquier otro, y sacrificados cuando es necesario a la voluntad del partido. A tal grado que es imposible escapar a la cuestión del carácter general y a la vez misterioso de esta seducción ideológica. Es más fácil adivinar por qué un discurso de Hitler llegó a lo más hondo de un alemán que sobrevivió a Verdún, o de un burgués berlinés anticomunista, que comprender la resonancia que tuvo para Heidegger o para Céline. Lo mismo puede decirse del comunismo: la sociología electoral, cuando es posible, nos indica los ambientes receptivos a la idea leninista, pero no nos revela nada del encanto universal que ejerce. El fascismo y el comu-

nismo debieron mucho de su éxito a los azares de la coyuntura, es decir, a la suerte: no es difícil imaginar otro escenario donde, por ejemplo, Lenin fuese retenido en Suiza en 1917 o Hitler no fuese llamado a la Cancillería en 1933. Pero la proyección de sus ideologías habría existido aun sin su triunfo, independientemente de las circunstancias particulares que los llevaron al poder: y es este carácter inédito de la política ideológica, su arraigo entre los hombres, el que le da su misterio. En el reparto teológico-político del siglo, lo más enigmático es que este «cambalache» intelectual haya provocado sentimientos tan poderosos y alimentado tantos fanatismos individuales.

Lo mejor para comprenderlo no es hacer un inventario de ese batiburrillo de ideas muertas, sino analizar las pasiones que le dieron su fuerza. De esas pasiones, hijas de la democracia moderna y empeñadas en devastar la tierra que las nutría, la más antigua, la más constante, la más poderosa es el odio a la burguesía. Corre a lo largo de todo el siglo XIX antes de encontrar su apogeo en nuestra época, ya que la burguesía, bajo sus diferentes nombres, constituye para Lenin y para Hitler el chivo expiatorio de las desdichas del mundo. Encarna al capitalismo, precursor, según uno, del imperialismo y el fascismo, y según el otro, del comunismo: origen para ambos de lo que detestan. Lo bastante abstracta para abrigar símbolos múltiples, lo bastante concreta para ofrecer un objeto de odio accesible, la burguesía ofrece al bolchevismo y al fascismo su polo negativo, al mismo tiempo que un conjunto de tradiciones y de sentimientos más antiguos sobre los cuales apoyarse.

Pues se trata de una vieja historia, tan vieja como la propia sociedad moderna.

La burguesía es el otro nombre de la sociedad moderna. Designa a la clase de hombres que, con su libre actividad, han destruido progresivamente la antigua sociedad aristocrática fundada en las jerarquías del nacimiento. Ya no es definible en tér-

minos políticos, como el ciudadano antiguo o el señor feudal. El primero era el único que poseía el derecho de participar en los debates de la Urbe, y el segundo tenía exactamente el *quantum* de dominación y de subordinación que le daba un lugar en la jerarquía de las dependencias mutuas. Ahora bien, la burguesía ya no tiene un lugar que le sea atribuido en el orden de lo político, es decir, de la comunidad. Se basa por entero en la economía, categoría que por cierto ha inventado al nacer ella misma: en la relación con la naturaleza, en el trabajo, en el enriquecimiento. Clase sin categoría, sin tradición fija, sin contornos establecidos, no tiene más que un frágil derecho al dominio: la riqueza. Título frágil, ya que puede pertenecer a todos: el que es rico habría podido no serlo. Y el que no lo es, habría podido serlo.

En efecto, la burguesía, categoría social definida por lo económico, enarbola en sus banderas valores universales. El trabajo ya no define a los esclavos, como en la Antigüedad, ni a los no nobles, como en las aristocracias, sino a la humanidad entera. Constituye lo que es poseído por el hombre más elemental, el individuo en su desnudez primigenia ante la naturaleza; presupone la libertad fundamental de cada uno de esos individuos e igual en todos, la libertad de darse una existencia mejor, agrandando sus propiedades y sus riquezas. Así, el burgués se considera liberado de la tradición —religiosa o política— e indeterminado, como puede serlo un hombre libre e igual en derechos a todos los demás. Rige su conducta con base en el porvenir, ya que debe inventarse a sí mismo e inventar a la comunidad de la que forma parte.

Ahora bien, la existencia social de ese personaje histórico inédito es problemática. Y lo vemos blandiendo en el teatro del mundo la libertad, la igualdad, los derechos del hombre: en suma, la autonomía del individuo contra todas las sociedades de dependencia que habían aparecido antes que él. ¿Y cuál es la

asociación nueva que propone? Una sociedad que solo ponga en común lo mínimo para vivir, ya que su principal deber es garantizar a sus miembros el libre ejercicio de sus actividades privadas y el goce asegurado de lo que han adquirido. Lo demás es cosa de cada quien: los asociados pueden tener la religión que escojan, sus propias ideas del bien y del mal, son libres de buscar sus placeres así como los fines particulares que asignen a sus existencias, siempre que respeten las condiciones del contrato mínimo que los liga a sus conciudadanos. De este modo, la sociedad burguesa se deslinda por definición de la idea de bien común. El burgués es un individuo separado de sus semejantes, encerrado en sus intereses y en sus bienes.

Separado, encerrado, tanto más cuanto que su obsesión constante es aumentar esta distancia que lo aleja de los demás: ¿qué es volverse rico si no volverse más rico que el vecino? En un mundo en que ningún lugar está apartado de antemano ni adquirido para siempre, la pasión inquieta del futuro agita todos los corazones, y en ninguna parte encuentra una calma duradera. El único reposo de la imaginación está en la comparación de sí mismo con los demás, en la evaluación de sí mismo a través de la admiración, la envidia o los celos de los demás. Rousseau[2] y Tocqueville son los más profundos analistas de esta pasión democrática que forma el gran tema de la literatura moderna. Pero hasta ese reposo es por naturaleza precario, ya que al depender de situaciones provisionales y amenazado constantemente en su fundamento, debe buscar sin descanso medios de tranquilizarse con un aumento de riquezas y de prestigio.

Por ese hecho, la sociedad se ve animada por una agitación corpuscular que no deja de impulsarla hacia adelante. Pero esta agitación hace más profundas las contradicciones ya inscritas en su existencia misma. No basta que esté formada por asociados poco propensos a interesarse por el bien público. Es nece-

sario además que la idea de igualdad-universalidad de los hombres, que esgrime como fundamento y que constituye su novedad, se vea constantemente negada por la desigualdad de las propiedades y de las riquezas producida por la competencia entre sus miembros. Su movimiento contradice su principio; su dinamismo, su legitimidad. No deja de producir desigualdad —mayor desigualdad material que ninguna otra sociedad conocida— mientras proclama la igualdad como derecho imprescriptible del hombre. En las sociedades anteriores la desigualdad tenía una condición legítima, inscrita en la naturaleza, la tradición o la providencia. En la sociedad burguesa, la desigualdad es una idea que circula de contrabando, contradictoria con la manera en que los hombres se imaginan a sí mismos; sin embargo, está por doquier en la situación que viven y en las pasiones que alimenta ella. La burguesía no inventa la división de la sociedad en clases. Pero hace de esta división un sufrimiento, al enmarcarla en una ideología que la vuelve ilegítima.

De ahí que en ese marco la Urbe sea tan difícil de constituir, y una vez constituida sea tan frágil, tan inestable. El burgués moderno no es, como el ciudadano antiguo, un hombre inseparable de su patria chica. No encuentra categoría duradera, como el señor de la aristocracia, en el cruce de lo social y de lo político. Es rico, pero su dinero no le señala ningún lugar en la comunidad: por lo demás, ¿aún se puede llamar comunidad a ese degradado lugar de reunión que ya no es sino el producto aleatorio del movimiento de la sociedad? Privada de un fundamento exterior a los hombres, amputada de su dimensión ontológica, afectada por un segundo carácter en relación con lo social y, por lo mismo, provista de atribuciones limitadas, la Urbe del burgués es una figura problemática. Si todos los hombres son iguales, ¿por qué no habrían de participar por igual en la soberanía sobre sí mismos? Pero, ¿cómo organizar esta soberanía? ¿Cómo admitir en ella a millones de hombres, si no es

por poderes? ¿Y para qué hacer entrar allí a los iletrados y a los pobres, a los que no saben y a los que no pueden querer algo libremente? ¿Cómo «representar» a la sociedad? ¿Qué poderes dar a esos representantes, según los diversos cuerpos en que los ha colocado la voluntad de los asociados?, etc. Nunca acabaríamos de inventariar las preguntas o los atolladeros inseparables de la constitución política de la sociedad burguesa, pues para ello habría que recorrer toda la historia de Europa desde el siglo XVIII: baste para mi propósito haber indicado su origen, ya que sus efectos se han hecho sentir más que nunca durante todo el siglo XX.

Porque una vez constituida con grandes esfuerzos como voluntad política, la sociedad burguesa no ha terminado su odisea. Privada de una clase dirigente legítima, organizada mediante delegación, formada por poderes diversos, centrada en los intereses, sometida a pasiones violentas y mezquinas, reúne las condiciones para que en ella aparezcan jefes mediocres y múltiples, intereses demagógicos y una agitación estéril. Su dinámica está en la contradicción entre la división del trabajo, secreto de su riqueza, y la igualdad de los hombres, inscrita en el frontis de sus edificios públicos. En conjunto, ambas cosas forman su verdad, como ya hemos visto: la relación con la naturaleza por el trabajo es lo que define la universalidad de los hombres. Pero el trabajo, realidad histórica y social, resulta ser en la misma época la maldición del proletariado, explotado por la burguesía que se enriquece a sus expensas. Por tanto, hay que combatir esta maldición para realizar la promesa de la universalidad. Así, la idea de igualdad funciona como el horizonte imaginario de la sociedad burguesa, jamás alcanzado por definición, pero constantemente reivindicado, y mostrado sin cesar como una denuncia de dicha sociedad; pero además ese horizonte va retrocediendo a medida que progresa la igualdad, lo que le asegura un uso interminable. La desdicha del burgués no

solo consiste en estar dividido en su propio interior: consiste en ofrecer una mitad de sí mismo a la crítica de la otra mitad.

Por lo demás, ¿existe verdaderamente como el hombre de una clase consciente de sí misma, como demiurgo de la sociedad moderna, ese burgués cuyo concepto es tan caro a todos los que lo detestan? Definido a través de lo económico —su dimensión esencial—, no es más que un engrane en el movimiento que lo impulsa, y que toma a sus héroes de aquí y de allá, para renovarlos con frecuencia. El capitalismo ha sido menos la creación de una clase que de una sociedad, en el sentido más global del término. Su patria por excelencia, los Estados Unidos, no ha tenido burguesía, sino un pueblo burgués, lo que es totalmente distinto. En cambio el carácter conscientemente burgués de la Francia moderna se explica ante todo por reacciones políticas y culturales. La altivez aristocrática no habría bastado para constituirla, pues se hallaba extendida por toda la nación. También se necesitó la Revolución francesa, no hija sino madre de la burguesía: durante todo el siglo XIX a los poseedores les preocupa el estallido de un nuevo 1793, espectro que alimenta su temor a las clases populares y a las ideas republicanas o socialistas. Sin embargo, esta burguesía, que se distingue con tanta pasión de lo alto y de lo bajo de la sociedad, justificando como en ninguna otra parte su nombre de «clase media», no tiene ningún proyecto económico en particular: no quiere a la aristocracia, pero la imita; teme al pueblo, pero comparte con él la prudencia de los campesinos. El pueblo estadunidense fue poseído por el espíritu capitalista sin tener burguesía. La sociedad política francesa creó una burguesía que no tenía espíritu capitalista.

Así, las palabras «burgués» y «burguesía», para ser claras y útiles necesitan especificaciones que reduzcan su alcance, pues si con ellas se intenta denotar un poco de todo lo que constituye la novedad y las contradicciones de la sociedad moderna,

más vale sustituirlas por términos más generales, que no resuelvan de antemano la cuestión del porqué y que sean verificaciones más que explicaciones de la nueva condición del hombre social en la época moderna. De esta aparición de un periodo inédito de la historia tuvieron conciencia todos los grandes pensadores europeos de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX; este periodo recibió diferentes nombres según los diversos caracteres: «sociedad comercial» entre los escoceses, «fin de la historia» en Hegel, o «democracia» en Tocqueville. Al situar a la burguesía en el centro de la definición de lo moderno, Guizot nos dio la interpretación llamada a ser la más común, no solo porque Marx la tomó como modelo, sino porque tanto él como Marx, tanto el burgués como el «proletario», presentaron a las generaciones posteriores al héroe y al villano de la obra.

En efecto, la fuerza que posee su reconstrucción del milagro europeo a través del papel de la burguesía se debe a que la historia para él no solo tiene un sentido, sino un actor. Actor al que Guizot celebra, y del que Marx hace la «crítica», pero que en ambos casos ocupa el centro del escenario con su presencia innumerable, poblándolo con su voluntad colectiva. Guizot termina con la lucha de clases en nombre de la burguesía, y Marx la prosigue en nombre del proletariado; se encuentran así personalizadas las condiciones y la necesidad de su acción. La lucha de clases va definiendo un vasto campo en el que las leyes de la historia logran encarnar providencialmente en voluntades y en pasiones. Al mismo tiempo, el burgués, *deus ex machina* de la sociedad moderna, viene a encarnar la mentira de la sociedad moderna. Ofrece a la política democrática lo que esta necesita por encima de todo: un responsable o un chivo expiatorio. Viene muy a propósito para representar una voluntad maléfica. Si Guizot lo celebró como tal, Marx puede acusarlo de lo mismo. Por lo demás, los hombres del siglo XIX no aguardaron a Marx

para hacerlo: el odio al burgués es tan viejo como el burgués mismo.

En sus comienzos, cierto, este odio al burgués se alimenta del exterior, por referencia a la antigua sociedad aún cercana. Proviene de los partidarios de lo que los revolucionarios franceses llamaron el «Antiguo Régimen», o bien de quienes conocen la irreversibilidad de la historia pero conservan cierta ternura hacia el universo perdido de su infancia. Bonald, Chateaubriand: uno de ellos detesta a los autores de la destrucción revolucionaria, el otro no los quiere demasiado, aunque sepa que son los vencedores, porque los considera incapaces de alcanzar jamás la auténtica grandeza: la de los tiempos aristocráticos. Pero ambos critican a la burguesía por comparación con lo que la ha precedido, como les ocurre a tantos escritores románticos.

No obstante, la Revolución francesa mostró ya la fuerza de una crítica, o de una pasión a la vez comparable y diferente; dirigida contra el mismo adversario, pero que proviene de distinta fuente: la denuncia del burgués desde el interior del mundo burgués. Los hombres de 1789 amaron y proclamaron la igualdad de todos los franceses, pero privaron a muchos de ellos del derecho al voto y a otros del derecho a ser elegidos. Amaron y proclamaron la libertad pero mantuvieron la esclavitud «en las islas», en nombre de la prosperidad del comercio nacional. Quienes les sucedieron se apoyaron en sus timideces o en sus incongruencias para llevar adelante la Revolución en nombre de la auténtica igualdad: solo para descubrir que esa bandera oculta una competencia desenfrenada, inscrita en el principio de la democracia. Si los hombres deben considerarse iguales, ¿qué va a decir el pobre del rico, y el obrero del burgués, y el menos pobre del muy pobre? Los jacobinos de 1793 son burgueses partidarios de la libertad de producir, es decir de la economía de mercado; también son revolucionarios hostiles a la

desigualdad de las riquezas producidas por el mercado. Atacan lo que llaman la «aristocracia de los ricos» utilizando el vocabulario del viejo mundo para denunciar al nuevo: si la desigualdad democrática hace reiniciarse sin cesar la desigualdad aristocrática, ¿para qué sirve vencer al Antiguo Régimen?

Esta sospecha es la que da a la Revolución francesa ese carácter incontenible e interminable, que la distingue de la Revolución estadunidense a tal punto que vacilamos en emplear el mismo término para designar ambos acontecimientos. Y sin embargo, ambos fueron animados por las mismas ideas y por pasiones comparables; fundan casi unidos la civilización democrática moderna. Pero uno de ellos termina con la elaboración y el voto de una Constitución que aún perdura, convertida en arca sagrada de la ciudadanía estadunidense, mientras que el otro multiplica las constituciones y los regímenes, y ofrece al mundo el primer espectáculo de un despotismo igualitario. Da existencia duradera a la idea de revolución no como el paso de un régimen a otro, o como un paréntesis entre dos momentos, sino como una cultura política inseparable de la democracia, y como ella inagotable, sin un término legal o constitucional: alimentada por la pasión de la igualdad, que por definición no tiene un umbral de satisfacción.

Tocqueville creyó que la violencia de esta pasión en la Revolución francesa se debía aún a lo que derribaba; y que el burgués no recibía ese residuo de odio sino como heredero involuntario de la arrogancia de los nobles. Sin un Antiguo Régimen al cual vencer, los estadunidenses amaron la igualdad como un bien del que siempre se ha gozado. Los franceses, en el momento en que la conquistan, temen perderla y la adoran en forma exclusiva: hasta ese grado se perfila el espectro de la aristocracia tras el espectáculo de la riqueza. Este análisis, profundo y verdadero en lo que concierne a ambos pueblos y ambas revoluciones a finales del siglo XVIII, no debe llevarnos empero

a desconocer, siguiendo el ejemplo estadunidense de entonces, la profunda similitud de las pasiones de igualdad en ambos países: porque en las postrimerías de este siglo XX, la crítica de la democracia en nombre de la democracia no es menos obsesiva en los Estados Unidos que en Francia o en Europa. Lejos de que la igualdad consensual de los estadunidenses haya hecho escuela en los países europeos, es antes bien la igualdad obsesiva de los revolucionarios franceses la que ha invadido la sociedad norteamericana.

No obstante, en los Estados Unidos —aun en nuestra época — esta pasión, madre de la democracia moderna, nunca se ha alimentado del odio al burgués: esta figura no existe o está tan disminuida en sus enfrentamientos políticos que los estadunidenses prefieren tomar otros caminos y dar vida a otros símbolos. Omnipresente por el contrario en la política europea desde hace dos siglos, esta figura ha dotado de un «villano» común a todos los desdichados de la modernidad: tanto a los que fustigan la mediocridad del mundo burgués, como a los que le reprochan su mentira. La literatura francesa, particularmente en el medio siglo que siguió a la Revolución, está imbuida de un odio al burgués, común tanto a la derecha como a la izquierda, al conservador como al demócrata-socialista, al hombre religioso como al filósofo de la historia. Para la primera, el burgués es este hombre falso que pretende haberse liberado de Dios y de la tradición y haberse emancipado de todo pero que es esclavo de sus intereses; ciudadano del mundo pero egoísta feroz en su patria; orientado hacia el porvenir de la humanidad pero obsesionado por gozar del presente; con la sinceridad en la mano pero la mentira en el fondo del corazón. Ahora bien, el socialista coincide con esa opinión; pero añade a la exposición de los motivos, él, que cree en el verdadero universalismo liberado de los intereses de clase, una consideración adicional: el burgués es infiel a sus propios principios, ya que al limitar el dere-

cho de voto para todos traiciona la Declaración de los Derechos del Hombre.

No concluyamos antes de tiempo que el socialista es un demócrata más avanzado que el liberal. Ese tipo de argumento, esgrimido hoy tan a menudo para reparar la nave socialista que hace agua, reposa sobre una confusión o un contrasentido; pues el mundo del liberal y el del demócrata son filosóficamente idénticos; bien lo sabe la crítica socialista, que apunta a ambos en conjunto. El burgués del siglo XIX puede rechazar por un momento el sufragio universal, colocándose así fuera de sus propios principios pero de inmediato tendrá que ceder ante ellos. Al contrario, lo que critica el socialista, de Buchez al joven Marx, en el mundo burgués es la idea misma de los derechos del hombre como fundamento subjetivo de la sociedad, simple cobertura del individualismo que rige la economía capitalista. El drama está en que la misma regla preside a la vez el capitalismo y la libertad moderna: la regla de la libertad, y por tanto de la pluralidad de las ideas, de las opiniones, de los placeres, de los intereses. Liberales y demócratas la comparten, pues se encuentra en el fundamento mismo de sus concepciones. Reaccionarios y socialistas la rechazan en nombre de la perdida unidad del hombre y de la humanidad. Por lo demás, en esta época no es raro ver a escritores que comienzan en la extrema derecha, como La Mennais, terminar en la extrema izquierda; o a filósofos socialistas como Buchez mezclar el catolicismo con una mesiánica filosofía de la historia. Todos los materiales culturales son buenos para quien busca combatir la maldición del desgarramiento burgués. La pregunta de Rousseau, actualizada por la experiencia revolucionaria tan cercana, está en el corazón de los filósofos tanto de derecha como de izquierda, y la encontramos omnipresente tanto en Bonald como en Louis Blanc: si somos simplemente individuos, ¿qué especie de sociedad formamos?

Por mi parte me propongo, más que analizar conceptos, hacer revivir una sensibilidad y unas opiniones. Los hombres del siglo XIX creyeron profundamente que la democracia liberal moderna exponía a la sociedad a un constante peligro de disolución, debido a la atomización de los individuos y a su indiferencia por el interés público, al debilitamiento de la autoridad y al odio de clases. Hijos del individualismo absoluto instaurado el 4 de agosto de 1789, sobrevivientes de una revolución popular a la que solo pudieron poner fin, provisionalmente por cierto, mediante un despotismo más absoluto que la antigua monarquía, los franceses han creído muy particularmente en ello; más, por ejemplo, que los ingleses. Nunca han creído en el utilitarismo como garantía filosófica del nexo social. Por ello, el burgués, en Francia y en toda Europa, si es verdaderamente burgués propietario, teme a la revolución. Comparte los temores de sus enemigos y se alinea con sus obsesiones. Teme que se reinicie el desorden sobre todo porque la Europa de la época está fascinada por el experimento político francés más que por la excepción constitucional inglesa, como lo demuestran la extensión de la idea revolucionaria y las llamaradas de 1830 y 1848. Así, el burgués tiende a reunir en él todo el desprecio de la época; es el arribista en Balzac, el «canalla» en Stendhal, el «filisteo» en Marx: hijo de un acontecimiento inmenso, que aún intimida a quienes fueron sus víctimas y que fascina a quienes desearían ser sus continuadores mas son demasiado perezosos para recoger la herencia. La grandeza que hay en su pasado hace resaltar la miseria de su presente.

He aquí, pues, al burgués, convertido por temor en tradicionalista: negación de sí mismo que sin embargo no lo dota de una tradición. Detesta la revolución pero se encuentra ligado a ella por la fuerza. Fuera de ella no tiene más que la tradición de los demás, la de la aristocracia o la de la monarquía, que le ofrece un ropaje prestado. Abdica a sus títulos históricos pero no

tiene otros. Asimismo, deja de encarnar la libertad, para convertirse en el padre de familia autoritario y tiránico, maniaco de su comodidad y obsesionado por sus propiedades: el Chérubin Beyle de *Henry Brulard*, contra quien su hijo esgrime las imágenes sumadas de su ego aristocrático y de la fraternidad jacobina. En suma, todo lo que el burgués inventó se ha vuelto contra él. Se elevó mediante el dinero, lo que le permitió disolver desde el interior el «rango» aristocrático; pero este instrumento de la igualdad lo ha transformado en aristócrata de un tipo nuevo, aún más cautivo de su riqueza de lo que estaba el noble respecto de su cuna. Llevó a la fuente bautismal los Derechos del Hombre, pero la libertad lo espanta, y la igualdad todavía más. Fue el padre de la democracia, en virtud de la cual todo hombre es igual a todos los demás hombres, y está asociado a todos en la construcción de lo social, y por la cual cada uno, al obedecer a la ley, solo se obedece a sí mismo. Pero la democracia ha revelado al mismo tiempo la fragilidad de sus gobiernos y la amenaza del número, es decir, de los pobres: y así lo vemos más reticente que nunca ante los principios de 1789, pese a que gracias a ellos hizo su entrada triunfal en la historia.

Si el burgués es el hombre que renegó, es porque era el hombre de la mentira. Lejos de encarnar lo universal, solo tiene una obsesión: sus intereses, y solo un símbolo: el dinero. A través del dinero es el más odiado: el dinero aglutina contra él los prejuicios de los aristócratas, los celos de los pobres y el desprecio de los intelectuales; el pasado y el presente, que lo expulsan del porvenir. Lo que le da su poder sobre la sociedad explica también su debilidad sobre el imaginario colectivo. Un rey es infinitamente más grande que su simple persona, un aristócrata obtiene su prestigio de un pasado más lejano que él, un socialista predica la lucha por un mundo que él ya no verá. Pero en cambio el rico no es más que eso: rico y nada más. El dinero no es testimonio de sus virtudes o siquiera de su trabajo, como en

la versión puritana; en el mejor de los casos le ha llegado por azar, y entonces puede perderlo mañana, por simple mala suerte; en el peor de los casos, fue adquirido con el trabajo de los demás, por robo o por codicia, o por ambas cosas. El dinero aparta al burgués de sus semejantes, sin darle ese mínimo de consideración que le permitiría gobernarlos apaciblemente. En el momento en que el consentimiento de los gobernados se ha vuelto explícitamente necesario para gobernar a los hombres este es más difícil de lograr.

No hay mejor ilustración de ese déficit político y moral que aflige al burgués por todas partes que su humillación estética: el burgués comienza en el siglo XIX su gran carrera simbólica como la antítesis del artista. Mezquino, feo, avaro, limitado, hogareño, mientras que el artista es grande, bello, generoso, genial, bohemio. El dinero encallece el alma y la rebaja, el desprecio del dinero la eleva a las grandes cosas de la vida: convicción que no solo afecta al escritor o al artista «revolucionario», sino también al conservador o al reaccionario; no solo a Stendhal, sino a Flaubert. No solo a Heine, sino a Hölderlin. Lamartine vivió con ella cuando era legitimista y cuando se volvió republicano. El burgués recoge así, casi por doquier en la cultura europea, esta imagen de desprecio mezclado de odio, que es el precio que debe pagar por la naturaleza de su ser mismo y por la manera en que hizo su entrada en el escenario político. Es, por una parte, un hombre desnudo frente a la naturaleza, que por único arte tiene su trabajo productivo y que aplica todo su ingenio a su proyecto utilitario, sin pensar en la belleza de lo que destruye o de lo que construye. Por otra parte, ha derribado a la aristocracia por medio de la revolución y ha dado con gran éxito los tres golpes de su reinado, lo que habría podido ser una circunstancia atenuante. Pero pronto demostró ser tan incapaz de asumir la anunciación democrática de 1789, que la propia idea revolucionaria pasó a manos de sus adversarios. Él

reveló su verdadera ambición, que consiste en instituir un mercado, no una ciudadanía. De ahí que solo represente el lado malo de lo moderno: es el símbolo del capitalismo, no de la democracia.

Sin embargo, esta disociación no es inevitable, y tampoco es evidente. La libertad de producir, de comprar y de vender forma parte de la libertad a secas; se afirmó como tal contra las trabas y los privilegios de la época feudal. La igualdad contractual de los individuos no es menos indispensable para la existencia de un mercado que para la autonomía física y moral de las personas. Por otra parte, esas dos caras de la sociedad moderna no están disociadas en la cultura más democrática que haya producido Europa, la de su retoño estadunidense: libre empresa, libertad e igualdad de los hombres son consideradas allí como inseparables y complementarias. Por último, esta disociación no tiene nada que ver con los progresos o con los malignos objetivos de la economía capitalista: recibe su forma clásica y extrema muy pronto en el siglo XIX, en dos países en que la producción de bienes siguió siendo tradicional en comparación con el auge del capitalismo industrial inglés en la misma época: Francia y Alemania. Dos países cuya vida intelectual es más efervescente que su economía, y donde la Revolución de 1789 ha dejado una huella imborrable, que no existe en Inglaterra con una profundidad similar. En la floración francesa de la idea socialista y en el hegelianismo de izquierda del que surgirá Marx, se elabora la crítica radical del burgués; allí se desenmascara su esencia nefasta, que será el oprobio de los dos siglos siguientes.

En la historia de Europa, las circunstancias han hecho (y en esta fórmula anodina se halla el principal misterio de la Revolución francesa) que el súbito desplome de la monarquía más grande y el nacimiento extraordinario de un régimen nuevo sucedan al lento surgir de una clase media, situada en algún lu-

gar entre la nobleza y el pueblo. *Post hoc, propter hoc*: acreditado con este activo casi divino en una época que en adelante tendrá que explicar todo acontecimiento como fruto de una voluntad, el burgués no hace más que defraudar las promesas inseparables de su supuesto advenimiento. Ya el curso de la Revolución le ha obligado a ceder el poder, primero a Robespierre, luego a Bonaparte. El siglo XIX lo devuelve a sus actividades de hormiga, en medio de unos recuerdos demasiado grandes para él. La época le había ofrecido el papel para el cual estaba menos capacitado: el de una clase política.

Nacido en la democracia y crecido en el seno de esta, el odio al burgués solo es en apariencia el odio al otro. En su esencia es el odio a sí mismo.

En efecto, la apariencia indica que esta sociedad de individuos dedicados a promover sus intereses y sus placeres recibe sus fundamentos políticos del exterior, como fatal consecuencia de la desigualdad de riquezas que se ha creado en este mundo. La lucha de clases enfrenta a ricos y pobres, a poseedores y desposeídos, a los que se benefician de la sociedad burguesa y los que acampan sobre sus márgenes, a burgueses y proletarios. Unos y otros poseen de su antagonismo una conciencia variable, pero lo bastante fuerte, para estructurar toda la vida política de la sociedad. A través de la pobreza o la cólera de los obreros, como ayer a través de los desdenes de la nobleza, el odio a la burguesía recibe del exterior su fundamento racional.

No obstante, el sentimiento antiburgués se alimenta también, especialmente en sus manifestaciones más violentas, de fuentes internas. Se le encuentra por doquier, como hemos visto, entre escritores y artistas, aun entre los que, como Stendhal, no son aristócratas ni socialistas. A menudo nutre los conflictos en el interior de las familias, la rebelión de los hijos contra los padres en nombre de la libertad contra la naturaleza. Su principal resorte está en el interior del universo burgués, en lo

que hace contradictorio este universo. En el corazón de la pasión antiburguesa también se encuentra el remordimiento constante del burgués o su mala conciencia.

¿Cómo podría vivir con el alma tranquila? No venció al aristócrata solamente por su riqueza, sino por la gran perturbación de las conciencias a la que se consagró. Además, si tantos jóvenes nobles se le unieron en el siglo anterior para poner fin al «Antiguo Régimen», es porque la idea de un hombre universal, emancipado por la razón de las predestinaciones seculares, les parecía mejor, en el sentido intelectual y moral, que la voz de la tradición. Pero ahora tenemos al supuesto vencedor de la historia lidiando con los efectos de la fe en la universalidad de los hombres. Libertad, igualdad: promesas ilimitadas cuyo carácter problemático, cuando se les quiere mantener dentro del Estado social sin disminuir la llama en los espíritus se evidenció durante la Revolución, pues esas promesas abstractas crean un espacio infranqueable entre las esperanzas de los pueblos y lo que la sociedad puede ofrecerles. Vuelven caduco *ipso facto* cualquier debate o acuerdo sobre los límites de la democracia. Hasta envician el concepto de esta, que implicaría un porvenir cerrado y unos asociados satisfechos.

El burgués está condenado a vivir en ese sistema abierto, que desencadena pasiones contradictorias y poderosas. Se encuentra preso entre el egoísmo calculador por el cual se enriquece, y la compasión que lo identifica con el género humano, o al menos con sus conciudadanos. Entre el deseo de ser igual —y por tanto semejante a todos— y la obsesión de la diferencia que lo lanza a la búsqueda de la más mínima distinción. Entre la fraternidad, horizonte de una historia de la humanidad, y la envidia, que forma su resorte psicológico vital. Rousseau había explorado las dos extremidades de esta condición: la soledad de *Los ensueños del paseante solitario* y la lógica democrática del *Contrato social*. Pero él, el burgués, debe contentarse con existir

en ese desgarramiento en el que la mitad de sí mismo detesta a la otra mitad y donde, para ser buen ciudadano, debe ser mal burgués, o bien ser mal ciudadano si quiere seguir siendo verdadero burgués.

Lo peor es que conoce su desdicha y la examina y la expone en la búsqueda febril de su «yo», centro del universo, pero centro incierto de su lugar en el mundo y de su relación con las mónadas que lo rodean. Siendo autónomo, ese yo debe formarse a sí mismo, pero ¿para volverse qué? No conoce más que su desdoblamiento sin fin, que le da material para una gran literatura pero no le revela ni el secreto de un buen gobierno ni el camino de la reconciliación consigo mismo. El burgués no sabe organizar su vida pública ni encontrar la paz interior: la lucha de clases y el malestar de su yo están escritos en su destino. Aunque enarbola lo universal bajo sus banderas, también es portador de una duda sobre la verdad de lo que proclama: una parte de sí mismo le da la razón a sus adversarios, ya que estos hablan en nombre de sus propios principios.

De allí proviene ese rasgo, sin duda único, de la democracia moderna en la historia universal: esta infinita capacidad de producir hijos y hombres que detestan el régimen social y político en el que nacieron, y odian el aire que respiran pese a que viven de él y a que nunca han conocido otro. Y no hablo de quienes, en la secuela de una revolución democrática, echan de menos el antiguo mundo en el que crecieron y del que conservan recuerdos y hábitos. Por el contrario, tengo en mente esta pasión política constitutiva de la democracia misma, esta sobrevaluación moral de fidelidad a los principios que convierte prácticamente a todos los habitantes de la sociedad moderna, incluso al propio burgués, en enemigos del burgués. La escena fundamental de esta sociedad no es, como creyó Marx, la lucha del obrero contra el burgués: en efecto, si el obrero solo sueña con volverse burgués, esta lucha es simplemente parte del mo-

vimiento general de la democracia. Mucho más esencial es el odio del burgués hacia sí mismo, y este desgarramiento interior que lo vuelve precisamente contra lo que es: todopoderoso en la economía, amo de las cosas, pero sin un poder legítimo sobre los hombres, y privado de unidad moral en su fuero interno. Creador de una riqueza inédita pero chivo expiatorio de la política democrática, el burgués multiplicará por doquier los monumentos de su genio técnico y los signos de su incapacidad política, como lo demostraría el siglo XX.

En materia de odio al burgués, los siglos XIX y XX presentan el contraste que ya he señalado antes a propósito de otros sentimientos o de otras representaciones democráticas. En cierto sentido, todo se dijo muy pronto. Sin embargo, todo siguió siendo gobernable en el siglo XIX, pero ya no lo es en el XX. En efecto, los elementos, o ingredientes de la pasión antiburguesa son visibles en la cultura y la política europea desde comienzos del siglo XIX, y desde antes, si recordamos el genio premonitorio que tuvo Rousseau. Los jacobinos franceses de 1793, que supuestamente inauguraron el reino de la burguesía, ofrecen el primer ejemplo en masa de burgueses que detestan a los burgueses en nombre de principios burgueses. Si son tan admirados, tan imitados por la izquierda europea del siglo siguiente, es porque muy pronto supieron dar una forma inolvidable al desgarramiento del espíritu burgués.

Sin embargo, a lo largo de todo el siglo XIX, el adversario de ayer, el aristócrata, aún deja importantes huellas: Bismarck logra la unidad alemana, y Cavour la italiana. En gran medida, los reyes y los nobles de Europa conservan el predominio sobre una evolución cuyo sentido temen. Hasta en Francia, donde la antigua sociedad fue jurídicamente destruida desde sus cimientos, y la igualdad civil instaurada irreversiblemente desde el 4 de agosto de 1789, la nobleza conoce días felices tras la caída de Napoleón. Reina sobre la buena sociedad y forma parte impor-

tante del gobierno del país aun después de 1830. Así se arraigó más o menos *de facto* por toda la Europa del siglo XIX una versión degradada de lo que el pensamiento político clásico había llamado el «gobierno mixto», en el que coexistían la monarquía, la aristocracia y la democracia. En esta situación política bastarda encontró sus límites la pasión antiburguesa.

En efecto, el aristócrata no quiere al burgués, anunciador del mundo del dinero y de la confusión de los rangos. Pero ha visto desplomarse un mundo y sabe que está inmerso sin retorno en el mundo burgués: la idea contrarrevolucionaria ofrece un refugio a sus recuerdos y una literatura a sus nostalgias, pero se guarda bien de convertir esa idea en programa de acción. Si odiara demasiado al burgués, se vería impedido de influir sobre los asuntos públicos; o, peor aún, podría alimentar sentimientos jacobinos, hacer el juego a los republicanos, como tiende a hacerlo Chateaubriand después de 1830. Así, los sobrevivientes del mundo antiguo que quedan en el nuevo se cuidan de expresar su desprecio por el burgués en la vida social. Fieles a sus costumbres, conservan sin dificultad ese predominio sobre los modales que obliga al burgués a inclinarse ante su pasado. Pero sometidos como todos sus contemporáneos al dios nuevo de la necesidad histórica, adaptan su acción política al espíritu de la época. En suma, el aristócrata del siglo XIX teme a la revolución, y por eso no es contrarrevolucionario.

Esta es la misma razón por la que el burgués se muestra moderado en materia política. Con base en el ejemplo de 1789 midió las dificultades de su gobierno. Conoce los peligros de su situación histórica, debidos a la vez al carácter problemático de su preponderancia y a las promesas de la igualdad democrática. Está en el término medio, resignado a soportar la altivez de la nobleza y los azares de la realeza, para gobernar al pueblo bajo el ala de ambos. Su pusilanimidad política, que tanto indignaba a Marx, se debe a la conciencia de su incapacidad para dominar

las fuerzas que ha desencadenado. Por una parte, esa pusilanimidad alimenta sin duda la pasión antiburguesa, en la medida en que constituye una negación de la tradición revolucionaria: refugiado en una sabiduría mediocre y de sentimientos mezquinos, el burgués francés, por ejemplo, resulta aún más odioso porque sus padres fueron los artífices de lo sucedido en 1789 o 1793. Pero, por otra parte, también lo mantiene constantemente alerta ante los riesgos de la tradición revolucionaria, y no deja de alertarlo ante la «gobernabilidad» incierta de las sociedades democráticas. Lo lleva a reinar por poderes, para evitar los altibajos inseparables de la política democrática.

Así, la política del siglo XIX estuvo dominada por una especie de compromiso constante entre dos mundos, destinado a conjurar el rayo que hizo caer al Antiguo Régimen francés. El burgués debe tolerar los desdenes del aristócrata, pero gobierna con él o por medio de él. Tiene que consentir en ser blanco favorito de la literatura y del arte, y aun soportar la agresividad de sus hijos. Vive temiendo a la multitud, pero en realidad debería temer más a los suyos que al pueblo. El siglo aún no es democrático, aunque las ideas de la democracia lo recorran de principio a fin, dejando en él una huella cada vez más profunda: aún no es democrático, pues las masas populares solo desempeñan un papel menor y restringido al repertorio prescrito por las élites. La actitud antiburguesa, cuando es aristocrática, pertenece más a la literatura que a la política; cuando es socialista, más a la historia de las ideas que a la subversión social. El fracaso de las revoluciones de 1848 en Europa ilustra ese momento histórico.

Es cierto que esta situación se modifica rápidamente a finales del siglo. Ni el desarrollo del nacionalismo, ni la explosión de un antisemitismo «democrático», ni el crecimiento de partidos de masas como la socialdemocracia alemana son inteligibles si no vemos en ellos las señales de una integración inédita

de las masas populares a la política de los Estados modernos. Pero será a partir del fin de la guerra de 1914 cuando mejor pueda evaluarse la magnitud del fenómeno.

El tiempo ha reducido poco a poco la distancia que separa al burgués del aristócrata. Ha aproximado las ideas y los gustos y hasta los géneros de vida. El culto a la nación, cuya increíble fuerza se demostrará en la guerra, los ha soldado en una voluntad política común. Pero simultáneamente, con su evolución y su fin, esta guerra también ofrece una formidable renovación a la idea revolucionaria. No solo lleva al poder en Rusia a los bolcheviques, que por fin encuentran la oportunidad de suceder a los jacobinos y a la Comuna, sino que también en la derecha ofrece un nuevo y vasto campo a la pasión antiburguesa al emanciparla de la tutela aristocrática. En la Italia frustrada, en la Alemania vencida, esta pasión ya no es monopolio de las clases nostálgicas o residuales. Envuelta en la bandera de la nación desdichada, pasa al pueblo, odio de la democracia que se ha vuelto democrática, interpretada por actores inéditos hasta entonces en la escena pública: Mussolini o Hitler.

Esto es lo novedoso de la situación política creada por la guerra: este brusco despertar de la pasión revolucionaria, que los hombres del siglo XIX habían creído dominar. Hasta en la izquierda, o entre los partidarios del socialismo y entre los marxistas, la idea de revolución había acabado por adquirir, antes de la guerra de 1914, una especie de apariencia sensata. El blanquismo estaba casi muerto en Francia, y la socialdemocracia alemana —faro del movimiento obrero, bastión del marxismo— solo actuaba para hacer madurar más pronto las condiciones del derrocamiento de la economía capitalista. Ni Jaurès ni Kautsky esperaban ya «el gran día». Y sin embargo, es precisamente esta idea de revolución la que los bolcheviques resucitan al adueñarse del poder en Rusia. Su triunfo, por improbable, subraya tanto más su audacia y su voluntad. Lo que tiene

de extraordinario subraya lo que tiene de universalmente posible.

Pero lo más sorprendente de la situación nacida de la guerra es el resurgimiento de la idea de revolución entre la derecha; pues esta idea tradicionalmente no gozó de ninguna aceptación en ese grupo. La derecha europea del siglo XIX detesta la revolución: primero como maquinación, luego como fatalidad, y por último como amenaza. Le desagradan tanto los hombres que la han deseado como la apariencia de necesidad que ha adoptado y la fragilidad con que amenaza *a posteriori* al orden social recuperado. Por ello, como hemos visto, aunque es muy antirrevolucionaria en espíritu, generalmente no es contrarrevolucionaria en política: porque una contrarrevolución sería de todos modos una revolución. Esta doble disposición moral permite a las antiguas noblezas agregarse a los partidos conservadores, o incluso a los liberales, al tiempo que reduce entre la derecha el alcance de la hostilidad contra la burguesía.

Lo que se ve, por el contrario, al fin de la guerra es la ampliación entre la derecha de ese sentimiento, que se ha vuelto más violento por cuanto no está dirigido con la prudencia aristocrática del siglo precedente, sino por hombres salidos de las filas populares, en nombre de la igualdad y de la nación. Como la pasión antiburguesa de izquierda, también la pasión antiburguesa de derecha se democratizó. Pasó al pueblo. Se nutre de la primera, reacciona contra ella, compite con ella, es inseparable de ella. La idea contrarrevolucionaria se divorció de la aristocracia y de las bellas damas. Reconoce sus consecuencias. Y también lleva dentro una revolución.

El orden cronológico nos ofrece un buen punto de partida para el análisis: bolchevismo y fascismo son hijos de la primera Guerra Mundial. Cierto es que Lenin perfeccionó sus concepciones políticas desde el principio mismo del siglo, y que muchos de los elementos que, una vez reunidos, formarían la ideo-

logía fascista eran anteriores a la guerra. El hecho es que el Partido Bolchevique toma el poder en 1917, gracias a la guerra, y que Mussolini y Hitler forman sus partidos en los años inmediatamente posteriores a 1918, como respuesta a la crisis nacional producida por el resultado del conflicto. La guerra de 1914 cambió toda la vida de Europa: fronteras, regímenes, disposiciones de ánimo y hasta costumbres. Penetró tan profundamente en la más brillante de las civilizaciones modernas que no dejó sin transformar ningún elemento. Constituye el comienzo de su decadencia como centro del poderío mundial, al tiempo que inaugura ese siglo feroz del que hoy salimos, lleno de la violencia suicida de sus naciones y de sus regímenes.

Como todo gran acontecimiento, la guerra revela lo que ocurrió antes de ella y simultáneamente inventa las figuras —en este caso, los monstruos— del porvenir. Lo que reveló de esa época se ha vuelto para nosotros sumamente difícil de imaginar: un adolescente occidental de hoy en día no puede siquiera concebir las pasiones nacionales que llevaron a los pueblos europeos a matarse entre sí durante cuatro años. Aún le atañen por sus abuelos, y sin embargo, los secretos de estos se le han perdido; ni los sufrimientos padecidos ni los sentimientos que los hicieron aceptables le resultan comprensibles ya; ni lo que tuvieron de noble o de pasivo le dicen ya nada a su corazón o a su mente como un recuerdo, aunque fuera transmitido, y no se encuentra en mejor situación el historiador cuando intenta reconstruir ese mundo desvanecido. La Europa anterior a 1914, ¿es verdaderamente la Europa de la que surgió la guerra? Parece un mundo tan civilizado y tan homogéneo, comparada con el resto del universo, que el conflicto desencadenado por el asesino de Sarajevo resulta casi absurdo: una guerra civil emprendida sin embargo por Estados soberanos en nombre de pasiones nacionales. De modo que la primera guerra del siglo XX, en la medida en que marca una formidable ruptura con todo lo

anterior, queda como uno de los acontecimientos más enigmáticos de la historia moderna.

Su carácter no puede leerse en la época en que comienza, y menos aún sus consecuencias; tal es la diferencia con la segunda, casi inscrita de antemano en las circunstancias y los regímenes de la Europa de los años treinta, y a la vez tristemente rica por ese eco tan duradero que la hace continuar hasta la caída del muro de Berlín, es decir, hasta nosotros. De esta segunda Guerra Mundial que fue la urdimbre de nuestras existencias, poseemos un cuadro completo de sus causas y consecuencias. Pero la primera solo existe para nosotros por sus consecuencias. Desencadenada por accidente, en un mundo de sentimientos y de ideas que se han ido para siempre de nuestra memoria, tiene un rasgo privativo de ciertos acontecimientos: no ser más que un origen, el del mundo que aún nos afecta porque acaba de cerrarse ante nuestros ojos.

De los dos grandes movimientos que «salen» de la guerra de 1914-1918, el primero es el de la revolución proletaria. Resurge entonces como un torrente que quedó recubierto en 1914 pero que reaparece cuatro años después engrosado con sufrimientos y desilusiones, individuales y colectivos, que abundaron increíblemente durante la guerra. Sufrimientos, desilusiones, visibles en los pueblos vencedores, como Francia. ¡Qué decir entonces de los vencidos! Ahora bien el bolchevismo, amo accidental y frágil del Imperio de los zares en el otoño de 1917, de pronto se ve fortalecido en Europa por oposición radical a la guerra de 1914. Tiene la ventaja de dar un sentido a esos años terribles, gracias al pronóstico precoz que hizo de ellos y que parece haberlo llevado a la victoria revolucionaria de Octubre. Para explicar el carácter feroz de la guerra ofrece remedios no menos feroces. El carácter inaudito de la hecatombe encuentra, a través de Lenin, a unos responsables y unos chivos expiatorios que estarán a la medida de la matanza: el imperialismo, los

monopolios capitalistas, la burguesía internacional. Poco importa que esta burguesía internacional sea difícilmente concebible como directora de orquesta de una guerra que, al contrario, enfrenta a sus diferentes ramas nacionales. Con ello, los bolcheviques recuperan en su provecho lo universal bajo sus dos aspectos: objetivamente, ya que la guerra, producto del imperialismo, será también la tumba de este; y subjetivamente, ya que el enemigo es una clase transnacional que debe ser vencida por el proletariado mundial. En agosto de 1914 se había consagrado la victoria de la nación sobre la clase. Los años de 1917 y 1918 traen el desquite de la clase sobre la nación. De este modo, toda la guerra estuvo permeada por las dos figuras de la idea democrática: lo nacional y lo universal, cuyas huellas en la sangre derramada quedaron grabadas en lo más profundo de la experiencia colectiva de los europeos.

Con el universalismo democrático regresa la idea revolucionaria, fuerte en toda Europa continental gracias al precedente francés. Cierto es que el ejemplo de 1789 y de los jacobinos alimentó, sobre todo en el siglo XIX, el movimiento de las nacionalidades y que, de la tensión entre lo universal y lo particular que marca a toda la Revolución francesa, los revolucionarios de Europa prefirieron el segundo aspecto, como lo muestran los hechos de 1848. Pero precisamente la guerra de 1914 acaba de mostrar el tipo de matanzas que puede producir el espíritu nacional llevado a la incandescencia. Termina con un retorno de los pueblos a la idea universalista. No es que los vencedores, como por ejemplo Clemenceau, no tengan una visión cínica (superficial además) sobre las fuerzas y las fronteras. Pero ellos mismos enmarcan el principio de las nacionalidades en las garantías de un nuevo orden jurídico internacional: el abecé del wilsonismo. Mas la otra cara de lo democrático universal es la de la revolución social, que acaba de encarnar en Octubre de 1917. Tal es el secreto de su irradiación.

Los acontecimientos de 1917 en Rusia, desde el año siguiente, en el momento en que los pueblos de Europa salen de la guerra, casi no son ya acontecimientos rusos. Lo que cuenta es la anunciación bolchevique de la revolución universal. Un *putsch* triunfante en el país más atrasado de Europa, logrado por una secta comunista dirigida por un jefe audaz, se convierte por la coyuntura en un acontecimiento modelo, destinado a orientar la historia universal, como ocurrió en su época con el francés de 1789. Debido al cansancio general por la guerra y a la cólera de los pueblos vencidos, las ilusiones que Lenin se hace sobre su propia acción son compartidas por millones de personas. El jefe bolchevique piensa que su victoria no será duradera sin el sostén de otras revoluciones, comenzando con la de Alemania. En toda Europa, los militantes revolucionarios que han vuelto de la «Unión sagrada» o simplemente que han sido removilizados por la situación política creen que él les ofrece un modelo. Se efectúa así, casi por doquier, la primera bolchevización de una parte de la izquierda europea, bolchevización que no logra llevar a sus partidarios al poder, pero que deja partidos e ideas esbozadas sobre un modelo único a través de toda Europa, y pronto en el mundo entero. La Revolución rusa va a retroceder, a rodearse de murallas, a resignarse a vivir como una isla en el océano capitalista; pero sin abandonar ni un momento su visión universalista que, por el contrario, se convertirá en su principal motivo de seducción. Lo que tiene de ruso se olvidará ante lo que tiene de universal. Sobre el inmenso palacio oriental de los zares, la estrella roja del Kremlin encarna desde Octubre de 1917 la idea de la revolución mundial: las peripecias de la historia reducirán o dilatarán, con cada generación, la irradiación de ese mito original, sin apagarlo jamás, hasta que los sucesores de Lenin se encarguen de hacerlo por sí mismos.

Ahora bien, el fascismo nace como reacción de lo particular contra lo universal, del pueblo contra la clase, de lo nacional contra lo internacional. En sus orígenes es inseparable del comunismo, cuyos objetivos combate, aunque sin dejar de imitar sus métodos. El ejemplo clásico es el de Italia, apenas semivictoriosa al salir de la guerra, frustrada en sus ambiciones nacionales; primer caldo de cultivo del fascismo y caso demostrativo si los hay, ya que comunismo y fascismo crecieron sobre el mismo terreno: el del socialismo italiano. Fundador de los *fasci* en marzo de 1919, Mussolini perteneció en efecto al ala revolucionaria del movimiento socialista antes de dar su apoyo a la entrada de Italia en la guerra, decisión que le valió entrar en conflicto violento inmediatamente después con los líderes bolchevizantes de su antiguo partido. Apoya la demagogia nacionalista de D'Annunzio en Fiume; pero sus grupos de combate paramilitar solo adquieren alcance nacional entre 1920 y 1921, en la lucha contra las organizaciones revolucionarias de trabajadores agrícolas en Italia del norte: es una verdadera guerra civil que el gobierno de Giolitti es incapaz de contener, y que muestra por primera vez en el siglo la debilidad del Estado liberal ante las dos fuerzas que se disputan ferozmente la oportunidad de sucederlo.

En el caso de Hitler, el «partido obrero alemán» existe antes que él. Pero ese grupúsculo político bávaro solo adquiere cierta consistencia desde fines de 1919, cuando él se une al partido y lo anima con su elocuencia. Hitler no tiene pasado socialista, pero al ser admirador de Mussolini, se lo atribuye con el adjetivo que hará su fortuna: nacionalsocialismo. En este se encuentra en el fondo la misma alianza paradójica, tomando en cuenta la tradición política europea, entre nacionalismo y anticapitalismo. La asociación de los dos temas tiene como objetivo poner de relieve la comunidad del pueblo alemán, la nación, que hay que proteger contra los intereses particulares de los capita-

listas y contra los designios nihilistas del bolchevismo. En la Alemania posterior a 1920, como en la Baviera dominada por el *Reichswehr*, el discurso nacionalista no tiene un verdadero rival, pues la «República de los Consejos» no es ya en Munich más que un mal recuerdo, apenas suficiente para dar vida allí al antibolchevismo. Pero la innovación de Hitler, en comparación con Mussolini, es el odio a los judíos, símbolos a la vez del capitalismo y del bolchevismo; potencia cosmopolita y demoniaca empeñada en perder a Alemania, el judaísmo alimenta en Hitler un odio ecuménico que reúne dos fobias generalmente distintas, ya que se excluyen entre casi toda la gente: el odio al dinero y el odio al comunismo. Hacer detestar al mismo tiempo al burgués y al bolchevique a través del judío: tal es la innovación de Hitler, que la encontró en sí mismo antes de convertirla en una pasión de época.

Así, el fascismo reconstruyó con temas renovados la pasión nacionalista que había sido el genio malo por excelencia de los grandes países de Europa en vísperas de 1914. Lo curioso es, naturalmente, que la guerra misma no haya mostrado su carácter nefasto, al menos a los pueblos que habían salido vencidos de ella, como los alemanes. Sin duda, parte de la responsabilidad la tiene el Tratado de Versalles, que no abrió a Europa las puertas de ninguna historia común. Pero también hay que observar que la puerta de salida internacionalista de la guerra es ocupada desde 1917 por los militantes bolcheviques. Esto se puede ver en 1918. En cuanto se dispara el último cañonazo, la cuestión de cómo defender a la nación contra la revolución comunista se vuelve más apremiante que la de enseñarle a vivir en un orden internacional en que se encuentra debilitada. La prioridad del bolchevismo crea la prioridad del antibolchevismo. El fascismo no es más que una de sus formas, particularmente virulenta en los países donde los Estados y las clases dirigentes de ayer salieron desacreditados de la guerra. Sin inhi-

biciones para tomar lo que sea necesario de la idea de revolución, el fascismo exalta sin medida a la nación traicionada en contra de la amenaza bolchevique. Coctel inédito de elementos conocidos, pero empleados en otro contexto, esta ideología solo es nueva por yuxtaposición.

Bolchevismo y fascismo entran, pues, casi juntos en el escenario de la historia, como los últimos hijos del repertorio político europeo. Es un poco difícil imaginar hoy que esas ideologías son recientes, dado que nos parecen, según el caso, caducas, absurdas, deplorables o criminales. Y sin embargo, han llenado el siglo; una contra otra y jalándose mutuamente han constituido su materia. A la vez muy poderosas, muy efímeras y muy nefastas, ¿cómo pudieron suscitar tantas esperanzas o tantas pasiones entre tantos individuos? Esos astros muertos se han llevado consigo sus secretos. Para interrogarlos hay que retornar a la época de su mayor esplendor.

Lo que hace inevitable un análisis comparado de ellos no solo es su fecha de nacimiento y su carácter, a la vez simultáneo y meteórico, en la escala de la historia, sino también su dependencia mutua. El fascismo nació como reacción anticomunista. El comunismo prolongó su atractivo gracias al antifascismo. La guerra los enfrentó, pero solo después de haberlos asociado. Uno y otro se niegan a ver en el espacio que los separa algo más que una nada; dispuestos (si este espacio les es útil) a anexárselo en su marcha hacia el poder absoluto que es su regla y su ambición común. En suma, son enemigos declarados, ya que buscan su recíproca liquidación; pero también son enemigos cómplices que para enfrentarse necesitan liquidar antes lo que los separa. Así, hasta el afán de combatirse los une cuando no basta para ello la existencia de un adversario común: esto podría ser una definición de la actitud de Hitler entre agosto de 1939 y junio de 1941.

El mayor secreto de la complicidad entre bolchevismo y fascismo sigue siendo, empero, la existencia de este adversario común, al que las dos doctrinas enemigas reducen o exorcizan mediante la idea de que está moribundo y que no obstante constituye su terreno propicio: simplemente, la democracia. Entiendo aquí el término en sus dos significados clásicos; el primero designa un tipo de gobierno fundado en el libre sufragio de los ciudadanos, la competencia periódica de los partidos por el ejercicio del poder y derechos iguales garantizados a todos; el segundo remite más bien a la definición filosófica de las sociedades modernas, constituidas por individuos iguales y autónomos, libres de elegir sus actividades, sus creencias o sus modos de vida. Ahora bien, fascistas y comunistas no manifiestan el mismo tipo de rechazo hacia esos dos rubros de la modernidad, pues los considerandos filosóficos son diferentes, pero su rechazo es igualmente radical.

No terminaríamos de citar, en uno y otro bandos, los textos que denunciaban el régimen parlamentario o la implantación del pluralismo político como otros tantos engaños de la burguesía. El tema, por lo demás, es tan viejo como el gobierno representativo, y adoptó mil formas más sutiles en los siglos XVIII y XIX, desde la denuncia de las elecciones inglesas hasta la crítica de la desviación oligárquica de los regímenes democráticos, pasando por el inmenso debate sobre los Antiguos y los Modernos. A comienzos del siglo XX, con Lenin y Mussolini, para no mencionar a Hitler, el tema ha perdido su profundidad y su interés filosófico en favor de su valor como propaganda. Ya solo se le trata como un derivado de la fatalidad capitalista, según la cual el dinero, el omnipotente dinero, domina también la política. Se le enuncia para complacer, ya no para saber. Lenin ya no quiere saber nada de la paradoja moderna, examinada en todos sentidos por Marx, especialmente en sus libros sobre Francia: que la burguesía es una clase económica cuya dominación

política, por su naturaleza misma, es inestable y está amenazada. En los enfrentamientos políticos de los partidos burgueses, Lenin no ve más que apariencias o engaños con los que hay que terminar mediante la revolución proletaria, cuyo instrumento él ha forjado.

Anticapitalismo, revolución, partido, dictadura del partido en nombre del pueblo: los mismos temas que se encuentran en el discurso fascista. La diferencia está naturalmente en que los dos discursos no tienen la misma ascendencia intelectual. Lenin, heredero o discípulo de Marx, ve en la revolución que está preparando la realización de una promesa democrática por la emancipación de los trabajadores explotados. Prisionero de su marxismo simplista, está convencido de que la dictadura revolucionaria del proletariado y de los campesinos pobres —la receta rusa de la toma del poder— será «mil veces más democrática», como escribe, que la más democrática de las repúblicas parlamentarias. ¿Cómo podría no serlo, puesto que el capitalismo no existirá ya? Una vez desaparecidas la explotación del trabajo y la enajenación del trabajador se habrá dado un paso decisivo hacia la verdadera libertad de los hombres.

La ventaja intelectual del discurso leninista sobre el fascista consiste en que, más allá de la crítica a la democracia burguesa, rencuentra el sustento de la filosofía liberal: si bien hubo que derrocar los regímenes que la reivindicaban para cumplir sus promesas, la autonomía del individuo está presente en el horizonte del comunismo como lo estaba en el centro del liberalismo. Gran ventaja, en efecto, porque permite al militante comunista situar su acción en la sucesión de la historia y considerarse a sí mismo como heredero y continuador del progreso, mientras que el militante fascista, por lo contrario, debe imaginar que su papel está destinado a quebrantar la concatenación fatal del curso de la historia moderna hacia la democracia.

El hecho de que el fascismo sea reactivo no significa que el pensamiento fascista sea contrarrevolucionario como, por ejemplo, el de Bonald. Porque al igual que el pensamiento democrático, el fascismo ha perdido el fundamento religioso de lo político y no puede aspirar a restaurar una comunidad humana que obedezca al orden natural o providencial. Como el leninismo, también él se encuentra hundido en la inmanencia; no niega el individualismo moderno como opuesto al orden divino, ya que en él ve, por el contrario, el fruto del cristianismo; si desea apasionadamente desarraigarlo, es también a través de las figuras de la historia, como son la nación o la raza. En ese sentido, el odio a los principios de 1789 que siempre mostró el fascismo no le impide ser revolucionario, pues el adjetivo nos remite al afán de trastornar el mundo, el gobierno y la sociedad burguesa en nombre del porvenir.

Entre esas dos teorías seculares de la política, la superioridad del marxismo-leninismo se debe a dos cosas. Para empezar, al hecho de que enarbola en su estandarte el nombre del más poderoso y sintético filósofo de la historia que haya surgido en el siglo XIX. En materia de demostración de las leyes de la historia, Marx es inigualable. Ofrece con qué complacer tanto a los espíritus doctos como a los más simples, según que se lea el *Capital* o el *Manifiesto*. Parece revelarles a todos el secreto de la divinidad del hombre, que sucede a la de Dios: actuar en la historia sin las incertidumbres de la historia, puesto que la acción revolucionaria revela y realiza las leyes del desarrollo. Una vez juntas, la libertad y la ciencia de esta libertad: no hay bebida más embriagante para el hombre moderno, privado de Dios. Frente a esto, ¿qué valen la especie de posdarwinismo hitleriano o hasta la exaltación de la idea nacional?

Porque el atractivo principal del marxismo-leninismo se encuentra, desde luego, en su universalismo, que lo emparenta con la familia de las ideas democráticas, con el sentimiento de

igualdad de los hombres como resorte psicológico principal. El fascismo, para quebrantar el individualismo burgués, solo apela a fracciones de humanidad: la nación o la raza. Estas, por definición, excluyen a los que no forman parte de ellas, y hasta se definen contra ellos, como lo exige la lógica de ese tipo de pensamiento. La unidad de la comunidad solo se rehace con base en su supuesta superioridad sobre los otros grupos, y en un constante antagonismo contra ellos. A quienes no han tenido la suerte de formar parte de la raza superior o de la nación elegida, el fascismo solo les propone la elección entre la resistencia sin esperanza y la subyugación sin honor. Por el contrario, el militante bolchevique, fiel a la inspiración democrática del marxismo, se fija como objetivo la emancipación del género humano. En la lista de recuerdos históricos que despiertan su imaginación figura siempre la Revolución francesa. Fue una primera tentativa audaz y hasta heroica por enarbolar contra la Europa de los reyes el estandarte de esta liberación universal, pero no pudo rebasar los límites «burgueses» que le asignaba la historia.

En cambio Lenin y sus amigos, jacobinos del proletariado, estarán capacitados para realizar el programa. Y llegan en el momento oportuno.

¿En el momento oportuno? En realidad no. El universalismo bolchevique no tarda en chocar contra las condiciones concretas que rodearon su triunfo. Vemos así a esos hombres en el poder en el país más atrasado y, por tanto, el más improbable de Europa según la doctrina. Habida cuenta de las particularidades de su situación, no tienen ninguna posibilidad de poner a la vieja Rusia a la cabeza del progreso humano, de poder suprimir su carga de pobreza y de incultura. Los mencheviques se lo han dicho. También Kautsky, el augur más grande del marxismo; y Léon Blum, en su discurso del Congreso de Tours: al querer violentar el movimiento de la historia sustituyen lo que el viejo

Marx había llamado la dictadura del proletariado por un *putsch* blanquista. Ninguna advertencia del marxismo europeo le faltó a Lenin. Él, en cambio, posee dos respuestas, doctrinal la una y la otra circunstancial. La primera, que se encuentra sobre todo en su respuesta a Kautsky, invoca el carácter esencialmente democrático de la dictadura del Partido Bolchevique, destinada a suprimir el capitalismo, es decir, la dictadura del dinero. La otra se refiere a las circunstancias particulares que hicieron triunfar la primera revolución proletaria en Rusia, el eslabón más débil del imperialismo en Europa: la Revolución bolchevique en Moscú, dice Lenin, no es sino la primera de las revoluciones proletarias. Otras la seguirán en cadena, demostrando la universalidad del movimiento. En la primavera de 1919, Zinóviev, presidente del Komintern, comenta así la situación internacional en el primer número de *La internacional comunista*: «En el momento en que escribimos estas líneas, la Tercera Internacional tiene como bases principales tres repúblicas de soviets: en Rusia, en Hungría y en Baviera. Pero nadie se asombre si, en el momento en que se publican estas líneas, ya no tenemos tres sino seis repúblicas de soviets o más aún. La vieja Europa corre a todo galope hacia la revolución proletaria».

Empero, esas ilusiones no durarán mucho. Antes de desaparecer de la escena política, Lenin deberá enfrentarse al carácter decididamente ruso de la primera revolución proletaria. Stalin sustituirá las esperanzas revolucionarias de los años de posguerra por la idea del socialismo en un solo país, pero desde entonces el universalismo de Octubre de 1917, cuya herencia se mantiene con gran cuidado, queda fragilizado por su encarnación territorial única. La Revolución francesa siempre vivió desgarrada entre su ambición universal y su particularidad nacional. La Revolución rusa en sus comienzos creyó haber superado este obstáculo en virtud de su carácter proletario y gracias a su difusión a través de Europa. Pero una vez de vuelta en el

interior de las fronteras del antiguo Imperio de los zares, cayó víctima de una contradicción mucho más manifiesta que la que desgarró a la aventura francesa de finales del siglo XVIII.

Quiso ser más universal que 1789, verdaderamente universal, porque era proletaria y ya no burguesa, emancipando a una clase que lo único que podía perder eran sus cadenas, liberada en adelante de lo que fue la abstracción de los principios de 1789 respecto a la situación social real de la época. Pero el proletariado al que reivindica es tan problemático que solo ejerce su supuesto papel a través de una serie de equivalencias abstractas: la clase obrera está representada por el Partido Bolchevique, dirigido a su vez por un pequeño círculo de militantes en el que la opinión del primero entre ellos casi siempre es preponderante. Esta visión y ese dispositivo son organizados por Lenin desde antes de la primera Guerra Mundial en sus múltiples combates en el interior del partido, y se afirman, cada vez más intangibles, después de Octubre: la destitución de la Asamblea Constituyente, la proscripción de los demás partidos y luego la prohibición de las facciones en el interior del Partido Bolchevique sustituyen la fuerza de las leyes por el poder absoluto del Politburó y del secretario general.

En el fondo, poco importa que antes de morir Lenin haya percibido los peligros de semejante régimen: fue él quien organizó sus reglas y su lógica. Lo que fundamenta en última instancia el sistema de la revolución es la autoridad de la ciencia, el conocimiento de las leyes de la historia. Autoridad, conocimiento, directrices por definición de lo universal, que faltaron a la Revolución francesa. Pero, ¿hay abstracción más grande que la ciencia? ¿Y qué hay más abstracto para los auténticos intereses de la sociedad que esta autoridad? Los jacobinos franceses habían anhelado que los principios de 1789 hiciesen de Francia la patria de la humanidad. Los bolcheviques rusos esperaban este favor excepcional de su pretensión de conocer las

leyes de la historia. Pero el país en que habían vencido, la herencia que tenían que administrar, la sociedad que debían transformar, las concepciones políticas que alegaban, hacían que la idea que tenían de sí mismos y la imagen que querían mostrar fuesen aún más claramente contradictorias que la ambición filosófica de los revolucionarios franceses. Esos filósofos de la historia tropezaban con la historia real desde antes de haber comenzado realmente a actuar. La encarnación rusa de la praxis marxista por Lenin quitaba gran parte de su verosimilitud a la prédica marxista de la sociedad sin clases.

En esas condiciones, lo asombroso no es que el universalismo bolchevique haya encontrado desde su origen tantos y tan feroces adversarios, sino que haya encontrado tantos partidarios y tan incondicionales. Desde antes de que se desplegaran en la práctica sus consecuencias fue denunciado como ilusorio y peligroso, no solo por la «reacción» sino por casi todo el socialismo europeo, por las autoridades en materia de marxismo y hasta de marxismo revolucionario. Sin embargo, tan solo con su triunfo y con el mito que se creó a partir de él logró en gran parte que Octubre de 1917 se incorporara en la izquierda europea como una fecha clave en la emancipación del trabajo en el mundo; y ni siquiera el retroceso de la Revolución rusa en Europa a partir de 1920 podrá menoscabar el alcance de ese triunfo inicial.

A este respecto existe una especie de misterio acerca del triunfo ideológico inicial del bolchevismo en Europa, misterio que no deja de tener su analogía con el que rodea el desarrollo de las ideas fascistas hacia la misma época; pues ambos movimientos están indisolublemente ligados como la acción y la reacción, tal como lo indican la cronología, las intenciones de los protagonistas y los préstamos recíprocos que se hacen uno al otro. Acaso esta relación de dependencia permita establecer una hipótesis: que los efectos de simplificación y de amplifica-

ción que realizan ambas ideologías son el secreto de su seducción. En efecto, ambas llevan hasta el grado caricaturesco las grandes representaciones colectivas de «estar juntos» que predican: una de ellas es una patología de lo universal, y la otra una patología de lo nacional. No obstante, ambas dominarán la historia del siglo. Tomando cuerpo en el curso de los acontecimientos que contribuirán a formar, sus efectos se irán agravando al fanatizarse sus partidarios: la prueba del poder, en lugar de limar las aristas, multiplicará sus atrocidades y sus crímenes. Stalin exterminará a millones de hombres en nombre de la lucha contra la burguesía, y Hitler a millones de judíos en nombre de la pureza de la raza aria. Existe un misterio del mal en la dinámica de las ideas políticas del siglo XX.

Si deseamos explorar este enigma de la extrema vulgaridad de las ideas políticas del siglo XX junto a su trágico dominio sobre las mentes, podremos empezar por tomarles el pulso comparándolas con las del siglo anterior. La Revolución francesa, y de modo más general el nacimiento de la democracia, sembraron infinidad de ideas por toda Europa. Pocas épocas fueron tan ricas en debates intelectuales de tipo político, en doctrinas e ideologías destinadas a organizar la ciudad liberal, democrática o socialista. A decir verdad, sobrevive el antiguo mundo político, que ve la fundación de esta ciudad en el orden trascendente y alimenta la nostalgia de las luchas y hasta de los sistemas de ideas. Pero a medida que avanza el siglo, los europeos ya solo piensan en la escena pública a través de la muerte de Dios, como creación pura de la voluntad de los hombres, destinada a asegurar al fin la libertad de todos y la igualdad de cada uno. Elaboran con refinamiento la extraordinaria gama de regímenes que hacen posibles semejantes premisas. Obsesionados por el dominio de un futuro que ya no les pertenece, perciben la grandeza y los peligros inéditos de la condición del hombre moderno. Conscientes del carácter problemático de la demo-

cracia moderna, producen muchos políticos de gran talla: los debates parlamentarios o las polémicas de prensa del siglo XIX muestran al lector de hoy un tipo de discurso incomparablemente más inteligente que el de este siglo. Incluso las revoluciones, aunque nutridas del precedente francés, nunca caen prisioneras del recitativo jacobino, ni son calcadas sobre el pobre lenguaje de un partido y un jefe.

En cuanto a la celebración de la idea nacional, Dios sabe que los hombres del siglo XIX se entregan a ella con pasión, pues la convierten en el centro de la historiografía moderna así como en el motor más poderoso de la actividad política. El orgullo de la pertenencia nacional imbuye toda la vida social e intelectual de Europa. La Revolución francesa trazó su camino a través de ella, lo que explica que haya sido admirada pero también temida en nombre de los principios nuevos que había hecho surgir: lo que había tenido de particular autorizaba a cada nación, según los casos, a imitarla o a combatirla en nombre de lo que había tenido de universal. Sin embargo, ninguna de las guerras del siglo XIX —por lo demás, poco numerosas— presenta el carácter monstruoso de las del XX. Hasta en Alemania, donde la idea nacional había mostrado con la mayor intensidad hasta qué punto podía ser ciega y peligrosa, la guerra permaneció enmarcada en la idea de cultura. No afirma su pura sustancia como algo que se baste a sí mismo: la elección particular de los alemanes, su superioridad como seres humanos. Exalta la contribución de Alemania a la moral, a las artes, al pensamiento, a la cultura.

En los dos siglos de historia democrática que han recorrido las naciones europeas, podríamos imaginar una línea de demarcación que las separa de modo general en mitades. Aunque todos los elementos constitutivos de la filosofía y de la condición democrática se hayan concebido en el siglo XIX, y con extraordinaria profundidad (ya que después no hemos añadido

nada), aún no han revelado todos sus efectos políticos potenciales. Por ejemplo, Tocqueville, autor inquieto al acecho del porvenir, analiza el nexo secreto que une el individualismo moderno y el crecimiento ilimitado del Estado administrativo, pero no prevé el fascismo, y menos aún en su forma nazi. Nietzsche, vocero de la muerte de Dios, profeta de la miseria moral e intelectual del hombre democrático, no imagina los regímenes totalitarios del siglo que lo sigue tan de cerca… y menos aún que él mismo les servirá a veces de sustento. Es en el siglo XIX cuando la historia remplaza a Dios en la omnipotencia sobre el destino de los hombres, pero solo en el XX se verán las locuras políticas nacidas de esta sustitución.

Resulta cómodo señalar la guerra de 1914 como línea divisoria: ella inaugura la época de las catástrofes europeas. Pero también pone al descubierto lo que la hizo nacer, el caldero de las malas pasiones de Europa —empezando con el antisemitismo — comienza a hervir desde finales del siglo en San Petersburgo, en Berlín, en Viena y en París. Y sin embargo, la guerra es más grande que sus causas. Una vez desatada conduce a tantos hombres a la muerte, trastorna tantas existencias, desgarra tan profundamente el tejido de las naciones después de haberlo estrechado, que es la escena primigenia de una época nueva. Lo que de ella surge lo demuestra con creces.

El título de un conjunto de ensayos de Ortega y Gasset[3] describe bastante bien el estado anímico e intelectual que privaba en la secuela de los combates: *La rebelión de las masas*. Pero esa frase también hay que interpretarla en sentido analítico. El escritor español quiere decir que la guerra hizo a los hombres más capaces de sentir y de actuar en forma idéntica, al tiempo que debilitaba las jerarquías sociales; que produjo en serie un sujeto político a la vez reactivo y borreguil, inclinado a las grandes emociones colectivas más que al examen de los programas o de las ideas. En suma, democratizó a su manera a la

vieja Europa, sometida desde hacía decenios a la omnipotencia oculta de la opinión pública. Lo novedoso en este tipo de análisis familiar al pensamiento liberal después de la Revolución francesa y renovado a finales del siglo XIX, es el descubrimiento de que este «hombre de las masas» no es, o no lo es forzosamente, un ser iletrado y sin educación. La Italia del norte, la primera que fue vulnerable a la propaganda mussoliniana, es la zona ilustrada del país. La Alemania en donde la elocuencia de Hitler obtiene sus primeros triunfos es la nación más culta de Europa. Así, el fascismo no tiene su cuna en sociedades arcaicas, sino en las modernas, en las que el marco político y social tradicional ha perdido súbitamente mucha de su legitimidad. La posguerra las ha dejado en esa situación de atomización igualitaria en que Hannah Arendt[4] vio una de las explicaciones de la victoria de Hitler.

La educación o el enriquecimiento no necesariamente producen comportamientos políticos más racionales. Incluido en la agenda de la democracia, el ingreso de las masas a la política moderna no se efectúa en la Europa de posguerra mediante la integración a los partidos democráticos, sino bajo la forma de la novedad revolucionaria. A este respecto el Octubre ruso desempeñó un papel importante —aunque se produjo en una sociedad totalmente distinta—, rejuveneciendo la idea de revolución y dándole una especie de actualidad que había perdido parcialmente en la segunda mitad del siglo XIX. Su poder embriagador sobre el espíritu de las masas puede muy bien ser disociado del contenido de su programa, siempre que se conserven en ella los rasgos que se dirigen más a la imaginación de los modernos, y que son un modo de realización del tiempo histórico.

La revolución es una ruptura en el orden común de los días, al mismo tiempo que una promesa de felicidad colectiva en la historia y por ella. Este invento reciente de los franceses a fina-

les del siglo XVIII, convertido después en figura central del escenario público europeo y luego universal, señala para empezar el papel que desempeña la voluntad en la política: que los hombres pueden desprenderse de su pasado para inventar y construir una sociedad nueva: la revolución es la ilustración de esto, y hasta su garantía. Es lo contrario de la necesidad. Pese a lo que tiene de ficticio en su radicalidad, la idea sobrevive a todos los desmentidos de los hechos, porque da su forma pura a la convicción liberal y democrática de la autonomía de los individuos. Al mismo tiempo, afirma que la historia será en adelante el único foro en el que se decida el destino de la humanidad, ya que es el sitio donde se producen esos surgimientos o esos despertares colectivos que manifiestan su libertad: lo cual viene a ser una negación adicional de la divinidad —ama y señora única durante tanto tiempo en el escenario humano—; pero también una manera de reciclar las ambiciones de la religión mediante la política, pues la revolución es una búsqueda de salvación. Ofrece la oportunidad única de contrarrestar la inclinación de los individuos a retirarse a los goces privados, y de rehacer a los ciudadanos antiguos en la libertad moderna. Por último, expresa la tensión intrínseca de la política democrática en la medida en que la libertad y la igualdad de los hombres constituyen promesas absolutas, preñadas de esperas ilimitadas, y por tanto imposibles de satisfacer.

La pasión revolucionaria exige que todo sea político: por ello entiende a la vez que todo está en la historia, comenzando por el hombre, y que todo puede ganarse con una sociedad buena, pero habrá que fundarla. Ahora bien, la sociedad moderna se caracteriza por un déficit de lo político en relación con la existencia individual y privada. Desconoce la idea de bien común, ya que todos los hombres que la componen, inmersos en lo relativo, tienen cada uno la suya; solo puede imaginarla a través del amor al bienestar, que divide a los asociados en lugar de

unirlos, y con ello destruye la comunidad que se pretendía construir en su nombre. La idea revolucionaria es la imposible conjura de esa desdicha.

La grandeza incomparable de la Revolución francesa consiste en haber ilustrado, junto con el nacimiento de la democracia en Europa, las tensiones y las pasiones contradictorias ligadas a esta condición inédita del hombre social. El acontecimiento fue tan poderoso y tan rico que la política europea vivió de él durante casi un siglo. Pero el imaginario colectivo de los pueblos la prolongó durante mucho más tiempo: pues lo que la Revolución francesa inventó es, más que una nueva sociedad fundada sobre la igualdad civil y el gobierno representativo, una modalidad privilegiada del cambio, una idea de la voluntad humana, una concepción mesiánica de la política. Al mismo tiempo, lo que le da su seducción a la idea revolucionaria después de la guerra de 1914 debe separarse de lo que, en materia de cambio histórico, pudieron realizar los franceses de finales del siglo XVIII, pues los bolcheviques quisieron destruir la sociedad burguesa, y los fascistas quieren borrar los principios de 1789. Pero unos y otros siguen siendo fanáticos de la cultura revolucionaria: hombres que divinizaron la política para no tener que despreciarla.

Por tanto, no hay razón para excluir al fascismo del privilegio o de la maldición de la idea revolucionaria, so pretexto de que combate bajo el estandarte de la nación o de la raza, pues precisamente la originalidad de las doctrinas fascistas se debió a que se apropiaron del espíritu revolucionario, poniéndolo al servicio de un proyecto antiuniversalista. Tal fue probablemente uno de los secretos de su éxito. En efecto, el punto débil de las filosofías o de las prescripciones políticas hostiles a los principios de 1789 había sido, a lo largo de todo el siglo precedente, su incapacidad para insertarse en la historia a la que pretendían refutar. Supeditándolo todo a la providencia, negaban el brote

de libertad presente en la experiencia del pueblo. Aunque nostálgicos del antiguo orden, eran impotentes para explicar por qué la revolución se había formado en el seno de aquel. ¿Cuál Antiguo Régimen restablecer entonces, si aquel cuyas virtudes elogiaban había producido los hombres y las ideas de 1789? ¿Y cómo borrar la revolución sin rehacer una revolución? A esos callejones sin salida del pensamiento y de la política contrarrevolucionaria, el fascismo les aporta una solución, plantándose en el terreno de la revolución: también él es sin Dios, y aun hostil a la religión cristiana; también él sustituye la autoridad divina por la fuerza de la evolución histórica; también él desprecia las leyes en nombre de la voluntad política de las masas; tampoco él deja de combatir el presente bajo la bandera de un porvenir redentor.

Todo eso parece lejano a nosotros, y sin embargo sucedió apenas ayer. Los pueblos europeos que sobrevivieron a los horrores de la guerra entraron en el siglo XX con la tentación de rehacerse un porvenir; quisieron reinventar su mundo político con base en las dos grandes figuras de la cultura democrática: lo universal y lo nacional. Con esas religiones, complementarias y antagónicas, prepararán una catástrofe.

II. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

MIENTRAS más consecuencias tenga un acontecimiento, más difícil será imaginarlo a partir de sus causas. La guerra de 1914 no es la excepción a esta regla. Nadie ha logrado mostrar en verdad que estuviera escrita como una fatalidad en las rivalidades económicas de las grandes potencias. Más aún, nadie cree que los pueblos europeos la hayan recibido con muestras de entusiasmo tales que pudiera parecer provocada por sus respectivos sentimientos nacionalistas. Ninguno de los encadenamientos causales que hicieron posible la guerra explica su estallido, salvo la intriga diplomática y política que envuelve a las cortes europeas entre el asesinato del archiduque Fernando, el 28 de junio de 1914, y los primeros días de agosto, cuando todos los gobiernos aceptan la guerra, que de este modo se vuelve inevitable. El debate de los historiadores sobre las responsabilidades de unos y otros en esas semanas decisivas no excluye la ligereza que mostraron todos si se relacionan sus decisiones con lo que iban a provocar: no solo esa matanza sin precedente en dimensiones y en duración, sino un gigantesco desplome de la historia de Europa.

En ese sentido no tiene punto de comparación con el desencadenamiento de la segunda Guerra Mundial. Esta se prefigura en el ascenso de Hitler al poder desde 1933. Tal vez pueda objetarse a esta idea que el Hitler de enero de 1933 aún es imprevisible, en parte por el hecho de que, según la vieja sabiduría de las naciones, el poder supuestamente «hace sentar cabeza» a los

hombres, y que lo que se produjo fue lo contrario. Pero al menos es evidente, desde los dos primeros años que transcurrieron entre la votación de plenos poderes por un Parlamento aterrorizado y la Noche de los Cuchillos Largos, que Hitler en el poder siguió siendo el Hitler de *Mi lucha*. ¿Y cómo se podía ignorar esto aún en 1938, después del *Anschluss*? La segunda Guerra Mundial no es, como la primera, el producto improbable en última instancia y en todo caso imprevisto de rivalidades internacionales que habrían podido ser tratadas con mayor sabiduría. Es preparada y deseada por Hitler como realización necesaria de la historia, y a partir de 1936-1938 toda Europa la ve venir, imposible de controlar mediante procedimientos de arbitraje, ya que estos solo constituyen concesiones sucesivas al agresor. Por ello, también es más ideológica que la primera, puesto que Hitler juró la muerte de la democracia e inscribió en sus banderas el predominio de una raza. No es que la guerra de 1914 haya ignorado los intereses ideológicos y la de 1939 las pasiones nacionales, pero la dosis es diferente en los dos casos. Solo la segunda Guerra Mundial tuvo ese carácter de enfrentamiento inevitable entre dos ideas del hombre en sociedad, la del nazismo y la de la democracia. Este sentido se da desde que el autor de *Mi lucha* llega al poder y muestra en los primeros meses que sigue siendo el mismo hombre que escribió su libro.

No solo el desencadenamiento sino también la conducción de la guerra de 1939 obedecen a una lógica de la historia. Hitler empieza por establecer un acuerdo, casi una alianza, con la URSS: después de todo los comunistas, de los que tanto desconfía el Occidente son, como él, adversarios de la democracia burguesa. Stalin lo cree hasta tal punto que se sorprende por la invasión alemana del 20 de junio de 1941. Comete el mismo error que Chamberlain tres años antes sobre la fidelidad de Hitler a sus proyectos: la operación Barbarroja no es otra cosa que la continuación de *Mi lucha* por la vía de las armas. Por lo

demás, esta fidelidad es la que va a salvar a Stalin; pues de haber sido menos prisionero de sus «ideas», Hitler habría podido aplicar en Bielorrusia y Ucrania, rápidamente conquistadas, una política diferente a la del exterminio; en lugar de reunir contra la Alemania nazi a los pueblos de la Unión Soviética, habría podido aplacarlos dividiéndolos. Y no veo otra explicación a esta ceguera que la ideología. Además, al hacerlo, Hitler también devuelve a Stalin la bandera que había sido suya entre 1934 y 1939: la del antifascismo, que pronto envolverá en sus pliegues a la coalición heterogénea de las democracias anglosajonas y la Unión Soviética. Más que nunca, la segunda Guerra Mundial se inscribe en la historia en términos ideológicos. Sea cual fuere el papel que desempeñaron las circunstancias, el asesinato en masa de los judíos europeos por los ejércitos nazis entre 1942 y 1944 brota ante todo de una «teoría» sobre la desigualdad de las razas, y no de una simple pasión nacional o nacionalista.

Por el contrario, la guerra de 1914 tiene su origen y su sustancia en las rivalidades entre naciones europeas, y en el patriotismo de sus ciudadanos.[5] Incluso comienza, en París, en Berlín, en Londres y en San Petersburgo, con la negativa de los hombres de la Segunda Internacional a poner el universalismo socialista por encima de la devoción a la patria. Por doquier, los adversarios políticos de ayer se unen para hacer frente común contra el enemigo, cada uno bajo su bandera. Dejan entre paréntesis sus ideas políticas para servir unidos a sus países respectivos en un conflicto que nadie ha previsto ni querido verdaderamente, pero que todo el mundo ha aceptado de antemano. Es cierto que todos partían a una guerra breve, siguiendo el modelo de las de ayer. No sabían que se iniciaba una guerra inédita, terrible, interminable. Pero precisamente a medida que se vaya revelando como tal, al correr de los meses y los años, ellos aceptarán sus sufrimientos. Lo asombroso no es que haya

habido motines en el ejército francés en 1917, sino que no hayan sido más precoces y numerosos.

Era otra época. Los pueblos que entraron en la guerra de 1914 no son los de hoy. Aún no son esos pueblos democráticos descritos proféticamente por Benjamin Constant o Auguste Comte, y que vemos animarse ante nuestros ojos en la Europa rica de este fin de siglo que pone la vida humana por encima de todo, prefiriendo los placeres del bienestar a las servidumbres militares y a la grandeza inútil del sacrificio. A los soldados que van a batirse unos contra otros en agosto de 1914 no les entusiasma la guerra. Pero la respetan, a la vez como fatalidad inseparable de la vida de las naciones, y como el ámbito del valor y del patriotismo, la prueba máxima de la virtud cívica. Además, su existencia civil no es tan confortable como para que de antemano rechacen por insoportables los azares y las penas del soldado. Esos campesinos, esos artesanos, esos obreros, esos burgueses fueron educados en la familia y en la escuela como patriotas. Pertenecen a una vieja civilización moral que conserva muchos rasgos aristocráticos en el interior de la democracia. El heroísmo militar encontró una nueva justificación en el servicio a la nación.

Ese mundo de ayer no está lejos de nosotros. Los hombres de mi edad aún lo conocieron a través de sus padres y sus recuerdos de infancia. Sin embargo, ha desaparecido tan completamente que se ha vuelto casi ininteligible para un joven de hoy. Si este siente curiosidad por el porvenir, interroga a una Europa en proceso de nacimiento, apasionada por el bienestar y ya no por la grandeza nacional; que cultiva los derechos del hombre y no el oficio de las armas. Los hombres que desencadenan la guerra de 1914 no saben que están firmando el comienzo de esta trayectoria moral que marca la historia de la Europa del siglo XX, y aún más, ignoran el precio terrible que habrán de pagar. Ven esta guerra como una desdicha, pero como una desdi-

cha conocida, ensayada, controlable, compatible con un cálculo o una apuesta sobre las pérdidas y las ganancias. Dan por hecho, y con razón, el patriotismo de los ciudadanos, la más natural de las virtudes para los habitantes de los viejos Estados-naciones de Europa. Pero al hacerlo entran, en nombre de lo que saben, en una historia que no saben, como ha sucedido tantas veces. Solo que esta vez un abismo separará el universo político al que se remiten sus decisiones, del universo que muy pronto va a nacer de esta guerra cuya naturaleza revolucionaria nunca imaginaron. Todos creyeron quedarse en el nivel de su historia nacional, pero en realidad estaban signando el fin de una época e inaugurando el primer episodio de la tragedia europea.

Sin embargo, cuando estalla la guerra parece confirmarse la derrota de la idea revolucionaria, ya que la nación triunfa sobre la clase. Los partidos socialistas renuncian a aplicar la estrategia de huelga general prevista por la Segunda Internacional, y posponen para el fin del conflicto la guerra social. Por doquier, es la hora de la unidad nacional. Esta no excluye los sentimientos democráticos sino al contrario, los moviliza en provecho de la patria. El obrero francés va a combatir al imperialismo alemán en nombre de la República; el obrero alemán, al zarismo ruso en nombre de la civilización. Ese repertorio ya es conocido: una vez más, en la historia de Europa, es la nación la que cristaliza los sentimientos y las fidelidades, aun cuando esos sentimientos y esas fidelidades se alimenten de una fuente que le es posterior en el tiempo, como la democracia.

Asimismo, nada es más engañoso que ver los acontecimientos de agosto de 1914 desde el ángulo de la política de partido, por ejemplo como una victoria de la derecha sobre la izquierda, o de la contrarrevolución sobre la revolución. Es cierto que la guerra deja en el limbo al internacionalismo obrero, pero no lo extingue. Primero, porque la idea sobrevive, intacta, como una promesa diferida; y en seguida, porque la pasión nacional que

la rechazó provisionalmente es inseparable para muchos de una imagen universal del hombre y de la historia. Desde la Revolución francesa, los progresos de la democracia en Europa no dejan de realizarse y de vivirse bajo el doble carácter de la revolución y de la nación. La guerra de 1914 no suprime los contrarios de esta dialéctica inagotable. Al contrario, los lleva a un punto de intensidad extrema, inscribiéndolos en la vida cotidiana de todos, por los riesgos, los sufrimientos, las privaciones que impone a todos. La *prueba* universal que se desencadena con la declaración de guerra de agosto de 1914 acabará por poner en entredicho la idea de nación, que ha provocado y legitimado la guerra en el espíritu de los pueblos. Y al prolongarse, al cobrar al paso de los días su precio exorbitante en vidas humanas, el conflicto socavará toda la base de la política europea. Reducirá por fuerza al más simple de los combatientes a lo más elemental que hay en sus ideas sobre el mundo. A partir de la tensión constitutiva de la democracia moderna entre la nación y la revolución, entre lo particular y lo universal, reconstruirá la materia de una toma de posición inevitable y urgente.

La guerra de 1914 fue la primera guerra democrática de la historia. El adjetivo no nos remite a sus intereses ni a las pasiones que despertó, puesto que al menos desde la época de la Revolución francesa los sentimientos nacionales de los pueblos y la idea de la patria han sido inseparables de todos los conflictos armados. Lo que distingue al de 1914 de los anteriores reside en otra causa: que toca la universalidad de los ciudadanos, en cada uno de los países en cuestión, es decir, en toda Europa.

En efecto, la primera Guerra Mundial no enfrenta a más países que las guerras napoleónicas; ni esgrime conflictos de ideas más agudos que el interminable enfrentamiento de la Revolución francesa con las monarquías Europeas; pero involucra en una desgracia inaudita a millones de hombres durante más de cuatro años, sin ninguna de esas intermitencias estacionales

que presentaban las campañas militares de la época clásica: comparado con Ludendorff o con Foch, Napoleón todavía hizo la guerra como Julio César. La de 1914 es industrial y democrática. Ha afectado a todo el mundo, hasta el punto de que casi no hay familia en Alemania o en Francia que no haya perdido a un padre o a un hijo. Y a los que han sobrevivido les ha dejado recuerdos inolvidables, destinados a influir sobre su actividad de ciudadanos en los años que van a seguir.

Ahora bien, no es fácil dominar esos recuerdos, tan poderosos y a la vez tan contradictorios.

La guerra no es moralmente familiar para el ciudadano moderno, como lo era para el ciudadano de la Antigüedad o para el caballero de la Edad Media. La carrera por el enriquecimiento, el amor a la libertad individual o la obsesión por la dicha privada son características tan marcadas de la sociedad moderna que muchos de los mejores pensadores de Europa saludaron el nacimiento de esta sociedad, hace 150 o 200 años, como el anuncio del fin de las guerras.

«El objetivo único de las naciones modernas», escribe por ejemplo Benjamín Constant,

> *... es el reposo, con el reposo el desahogo, y como fuente del desahogo la industria. La guerra es un medio cada día más ineficaz de alcanzar ese objetivo. Sus posibilidades ya no ofrecen ni a los individuos ni a las naciones beneficios que puedan compararse con los frutos del trabajo apacible y de los intercambios regulares... Por tanto, la guerra ha perdido su encanto y su utilidad. El hombre ya no se ve obligado a entregarse a ella ni por interés ni por pasión.*[6]

Esto es lo que piensan también a comienzos del siglo XIX los saint-simonianos, Auguste Comte y muchos otros tanto liberales como socialistas. Y la situación que describen o que imaginan es, efectivamente, similar a la que conoce hoy la Europa occidental, ajetreada por completo en los trabajos de la paz y de la prosperidad, obsesionada por la economía, el desarrollo, el enriquecimiento o el empleo, que ha construido a partir del mercado la voluntad y las instituciones comunes que posee.

Los pueblos ricos de hoy están tan alejados del espíritu militar que, ante la eventualidad de un conflicto armado, exigen para entrar en él que no haya víctimas —al menos de su lado—, como se vio durante el invierno de la guerra del Golfo.

No obstante, la historia de los países democráticos solo le ha dado la razón a Constant —¿por cuánto tiempo?— al cabo de un siglo que ha conocido dos guerras gigantescas, inéditas por su dimensión y por sus daños materiales y humanos. El observador de hoy queda asombrado por la verdad del análisis de Constant y por la falsedad de las consecuencias que obtiene. En efecto, el europeo moderno se ve animado desde hace dos siglos por la obsesión del trabajo, del enriquecimiento, del bienestar. Pero también es el hombre del 4 de agosto de 1914.

Existe una manera muy sencilla de poner en claro esta especie de enigma. Consiste en afirmar que, lejos de obedecer o de conducir a una lógica de paz entre los hombres y las naciones, la sociedad comercial lleva la guerra en sus entrañas «como la nube lleva la tormenta», según la fórmula de Jaurès. Esta fórmula común a la tradición socialista la convirtió Lenin en el centro de su teoría del «imperialismo, fase superior del capitalismo».[7] Según él, el capitalismo europeo, cada vez más concentrado en los grandes monopolios y en busca constante de nuevos mercados con altas tasas de ganancia, había logrado al comienzo de este siglo la universalización del mundo por medio de la colonización; en un universo que en adelante estará cerrado, la competencia ahora feroz entre los grandes Estados capitalistas por la apropiación de territorios y de mercados, debía conducir y conduciría inexorablemente a la guerra mundial.

Esta «teoría» no ha sabido envejecer con el siglo. Si bien deja ver lo que trataba de explicar sobre los orígenes de la guerra de 1914, a saber: las rivalidades coloniales de las grandes potencias, empezando con el antagonismo anglo-alemán, en cambio

no muestra su utilidad para explicar el conflicto de 1939 y sus peripecias: la ambición hitleriana de dominación mundial está más inscrita en *Mi lucha* que en los proyectos del capitalismo alemán, y la aventura imperialista en que finalmente naufraga el Tercer Reich se asemeja más a una locura política que a una necesidad económica. Desde entonces, además, hemos aprendido a distinguir a las firmas capitalistas de los Estados que las abrigan. Sabemos que el capitalismo internacional es independiente en gran parte de las formas estáticas de la colonización territorial, y que hasta ha prosperado sobre las ruinas de dicha colonización; por lo demás, hemos vivido la experiencia en los últimos 30 años de un doble fenómeno impensable en términos leninistas: por una parte, el desarrollo capitalista más rápido que haya conocido la historia del Occidente, y por la otra, una cooperación cada día mayor entre las naciones de este Occidente, cuyos habitantes nunca habían estado tan cerca unos de otros. Hasta el punto de que, si aislamos la historia de la Europa occidental desde el fin de la guerra, nos veríamos tentados a invertir la fórmula de Jaurès, y a ver en el crecimiento del capitalismo, no el anuncio de la tormenta, sino el de la paz entre las naciones.

En realidad, ni una ni otra cosa son ciertas. La naturaleza y la marcha de la economía solo constituyen uno de los elementos que deben tomarse en cuenta al interpretar la evolución de las relaciones internacionales, de las costumbres, de los sentimientos o de las mentalidades. El *homo economicus* desempeña un papel central en el escenario de la sociedad moderna, ya que es el primer actor. Pero eso no significa que sea el único personaje, o que no pueda tener otras pasiones u otros cálculos aparte del interés. El capital tiene su lugar señalado en las tragedias del siglo XX. Pero no debe ser su chivo expiatorio.

¿Cómo no ver en agosto de 1914 que si bien entre las causas de la guerra figura sin duda la competencia de las grandes po-

tencias por el dominio de los mercados y de las colonias, los pueblos —incluyendo a todas las clases— solo la aceptan por razones de otro orden, nacionales o hasta nacionalistas, que provienen de un fondo más antiguo? En todas partes, la idea dominante de quienes parten a la guerra es la del servicio a la comunidad nacional. Adopta formas diversas e intensidades diferentes según las situaciones y los puntos de aplicación que encuentra o que inventa: la cuestión de Alsacia-Lorena entre los franceses, el hábito del predominio entre los ingleses, el dinamismo de un desquite por el pasado entre los alemanes, o aun la esperanza de una emancipación colectiva entre las pequeñas naciones sin Estado. Pero a lo largo y ancho de Europa constituye una especie de plebiscito de ese invento europeo por excelencia que es la nación. Plebiscito tranquilo, que de momento se vive no en la contradicción, sino como una decisión sencilla, casi evidente. Fue el historiador el que *a posteriori*, puesto que conoce lo que siguió, reintrodujo la angustia de esa toma de posición. En realidad, el obrero socialista no tiene en 1914 la sensación de estar traicionando a su clase cuando acude al llamado de la nación, aunque cuatro o cinco años después haya visto agosto de 1914 bajo otra luz; pero justamente la guerra ya había ocurrido. En el momento en que comienza, la pertenencia nacional sigue siendo el sentimiento mejor compartido de la humanidad europea: sentimiento que no forzosamente es belicista aunque pueda serlo, pero que en todo caso remite al consentimiento dado de antemano a la guerra, por más que los intereses que estaban en juego no hayan sido comprensibles para todos.

Esto se debe, para empezar, a que la nación en Europa es anterior a la «sociedad comercial»; y anterior también a la democracia. Es obra de siglos y de reyes. Los siglos crearon el idioma, las costumbres, el hábito de vivir en conjunto. Los reyes constituyeron poco a poco la autoridad pública que dio cuerpo

a la nación en cierne. Los pueblos se reunieron en torno de un poder que los emancipaba del señor. Las aristocracias se unieron lentamente a sus soberanos, que terminaron por incorporar la jerarquía del vasallaje dentro de lo que más tarde se convirtió en Estado. Así, las sociedades aristocráticas del Occidente medieval se convirtieron en naciones monárquicas a costa de abandonar su origen feudal: el servicio al rey predominó sobre todos los demás deberes. Esos «antiguos regímenes», de los que Francia e Inglaterra ofrecen dos versiones diferentes pero comparables, heredaron de los tiempos que los precedieron el amor a la guerra como la verdadera prueba del valor. A su vez, se hicieron mucho la guerra, otra guerra, entre soberanos, entre Estados. Y reconvirtieron la virtud caballeresca en honor militar.

Ahora bien, no es difícil ver, por ejemplo en la historia de Francia, cómo esta pasión del honor militar sobrevivió a la sociedad que la había originado, y hasta qué punto la democracia la hizo suya en el momento mismo en que creía estar rompiendo las amarras con la sociedad aristocrática. Ese fue uno de los resortes de las guerras revolucionarias, antes de convertirse en el secreto de la gloria de los ejércitos napoleónicos. La Francia burguesa siguió siendo militar: el heroísmo del soldado no perdió nada al convertirse también en título para el ascenso social. Nuestro siglo XIX, que se inaugura con la inapelable derrota de Waterloo, lleva la marca indeleble de esta humillación nacional, que afecta a todos los medios y todos los poderes. Es cierto que el nacionalismo compensatorio afecta más a la izquierda en la primera mitad del siglo, y más a la derecha después del Segundo Imperio. No por clásica deja de ser cierta esta observación; pero una vez que ha reconocido la división canónica de la política francesa, el historiador debe comprender también la generalidad, la duración y la fuerza —entre los franceses de esta época— de los sentimientos y de las pasiones nacidos de la derrota de Napoleón. Se les encuentra tanto en Stendhal como en

Chateaubriand o, en el otro extremo del siglo, en Clemenceau y en Barrès. Los ultras de la Restauración hacen una guerra contra España para borrar la del Emperador. El régimen de Luis Felipe se desacredita ante la opinión pública porque quiere la paz en Europa; el sobrino de Bonaparte pierde el suyo por haber tratado de devolver su esplendor a los ejércitos franceses en Europa; y la Tercera República solo se siente a sus anchas cuando ha ganado, en nombre de la patria, la guerra de 1914.

No olvido, desde luego, que en el caso francés el culto o la nostalgia de la gloria militar se alimentan no solo de la pasión nacional sino también, en la mayoría de los casos, de la idea democrática. Los hombres de la Revolución francesa vieron en la nación renovada la vanguardia de la humanidad, y en su interminable guerra con la Europa de los reyes una misión emancipadora. Pero esta sobreposición de lo particular y de lo universal no engaña durante mucho tiempo a los pueblos europeos, como lo muestra el fin de las guerras napoleónicas. Cuando la Revolución proclamó las ideas de 1789 como los medios universales del renacimiento colectivo, todas las naciones pudieron captar bien el mensaje, pero cada cual en su beneficio, y a la postre contra Francia. La herencia de la Revolución se distribuye por prioridades de acuerdo con las modalidades nacionales. Al integrar las masas al Estado mediante la ciudadanía moderna, les ofrece la nación que deben amar antes que la democracia y más que la democracia. Es una pasión menos abstracta, más antigua, más fácil, que puede ser compartida por todos, amigos o enemigos de la democracia. Hasta los franceses republicanos de finales del siglo XIX, que imaginan a su país como la patria universal, son nacionalistas a su manera.

Así, la opinión pública en general comparte la idea de esa elección particular en favor de la nación. Así, todos los ciudadanos siguen siendo sensibles al llamado a las armas, que fue el grito de sus reyes y de sus repúblicas; la «salvación pública»

conmueve tanto a los nostálgicos de Luis XIV como a los admiradores de Robespierre; moviliza tanto al heroísmo aristocrático como a la virtud democrática. No es que todos los franceses vayan a la guerra con la flor en el fusil, como se ha supuesto durante mucho tiempo.[8] Pero nadie se sustrae del deber para con la patria, incluso entre quienes habían jurado nunca luchar contra sus hermanos, los proletarios alemanes. A la hora de la verdad, la nación hace olvidar la clase. Y la guerra de 1914 deja ver sentimientos y pasiones que son vestigios de todas las épocas.

¿Qué decir entonces del bando de enfrente, del otro lado del Rin? El Primer Reich alemán también es una «sociedad comercial» en pleno desarrollo capitalista. Pero obedece menos que ningún otro país europeo a la famosa lógica que debe extinguir en su seno la pasión de las armas en favor de la de los intercambios. Al contrario, el espíritu mercantil y el espíritu militar reinan allí juntos y se confortan uno al otro. Alemania no es, como Inglaterra, una vieja patria en forma de isla, cuyo poderío fue aceptado con la apacible resignación de los hábitos; o como Francia, un Estado antiguo construido poco a poco por la monarquía y un pueblo cuya gran aventura revolucionaria no modificó en forma perdurable la extensión territorial. En cambio la nación alemana, unificada tardíamente y por las victorias de Prusia, es más vasta que su Estado. Tiene hijos al sur y al este de sus fronteras. Como patria carnal e ideal a la vez, cree en las virtudes particulares de su pueblo y de su ejército más que en el equilibrio de los Estados europeos o en el carácter universal de la democracia. Y como monarquía militar e industrial que llegó tarde al poderío mundial, choca casi en todas partes con los intereses y la bandera ingleses. Así, Alemania es, todavía al comienzo de este siglo, una nación-Estado insegura de su extensión y hasta de su naturaleza, que aglutina a ciudadanos conscientes de su poderío colectivo pero subjetivamente sometidos

a la idea que se forman de él, y tentados a abusar de él. La patria europea de los filósofos y de los músicos ha dado origen a una formidable potencia económica y una aristocracia militar. La idea de la superioridad nacional constituye, junto con la creencia de que al fin se ha cumplido el plazo de la historia, el cemento de esa mezcla. Así, la mayor potencia militar de Europa también es la más expuesta a los riesgos de la patología nacional.

La exaltación literaria o filosófica de la particularidad alemana llegó a su clímax a comienzos del siglo XX. Se había originado desde el romanticismo, con el extraordinario auge del arte y del pensamiento germánicos, testimonio de un pueblo excepcionalmente dedicado a buscar la verdadera vida moral, por oposición a la autonomía ilusoria del individuo democrático. El «espíritu alemán» se opone al Occidente como la profundidad a la ligereza, el deber a la licencia, la comunidad a la sociedad, lo orgánico a lo crítico, el Estado portador del bien común al Estado liberal: la *Kultur* a la *Zivilisation*. No tiene adversarios al este, pues Rusia en sus mejores momentos nunca fue más que una imitadora de Prusia antes de dejarse contaminar por las ideas democráticas. Su conflicto histórico es con el Occidente. En los tiempos en que se vio dividida, amenazada y humillada, Alemania concibió esta idea de sí misma como refugio aristocrático de su flaqueza. Convertida en una sola, poderosa, ambiciosa, la conservó como el secreto de su fuerza: su nacionalidad ilustra otro camino histórico hacia la modernidad, que no muestra los vicios de la democracia liberal a la manera occidental. Con este conjunto Thomas Mann hará un manojo durante la guerra para ofrecerlo como homenaje a los sacrificios aceptados por los combatientes: sus *Consideraciones de un apolítico* oponen las «ideas de 1914» a las ideas de 1789.[9] El milagro de agosto de 1914 consiste en presentar al espíritu alemán en

una apoteosis de sacrificio y de unidad frente a su viejo adversario, la «civilización» a la francesa:

> *La diferencia entre espíritu y política implica la diferencia entre espíritu y civilización, entre alma y sociedad, entre libertad y derecho al voto, entre arte y literatura; y la germanidad es la cultura, el alma, la libertad, el arte; no es la civilización, la sociedad, el derecho al voto, la literatura.*[10]

El nacionalismo ha tenido durante este siglo un precio tan alto en vidas humanas y desastres de todas clases, que hemos olvidado su seducción para no recordar más que sus males. La gran fortaleza del nacionalismo en su época es visible no solo en Alemania, sino prácticamente en toda Europa, por ejemplo en París o en Viena: y es que mezcla las promesas de la modernidad con las certidumbres de la tradición. Al poner a su propio Estado-nación por encima de los otros, el ciudadano lo convierte también en una encarnación privilegiada del poder, de la prosperidad y de la cultura. Pero al subordinarlo todo, hasta su vida, a esta imagen de la colectividad de la cual es miembro, recupera emociones que le hacen olvidar su soledad de hombre privado. El culto de lo nacional conjura el déficit cívico de la democracia. Además, culmina en el momento en que el Estado moderno, en los grandes países de Europa, está en vías de integrar en su seno a las masas populares mediante el sufragio universal, la solidaridad social y la escuela para todos. Con ello, la ideología nacionalista, aunque exalte lo particular contra lo universal y el terruño natal contra la abstracción de los derechos (aunque los tenga), también es hija de la democracia, inseparable de ella, a la vez su producto y su negación. Ofrece a los individuos separados que pueblan esas sociedades modernas de Europa un nexo infinitamente más fuerte que la representación que eligieron.

Debido a la tendencia de su historia política e intelectual, la Alemania de comienzos de siglo es el mejor laboratorio para observar el fenómeno, que pesará trágicamente sobre su destino y, de rebote, sobre el de toda Europa. Allí se desarrollará y

echará raíces entre casi todas las capas de la población este inédito conjunto de ideas que pronto adoptará el nombre de pangermanismo: versión casi tribal del nacionalismo, y sin embargo moderna, por la cual la pertenencia a la nacionalidad alemana se convierte en fanatismo de la superioridad germánica sobre todos los pueblos. El Reich se define menos por una soberanía jurídica sobre su territorio que por su vocación de abrigar un día a todos los alemanes y convertirse así en punta de lanza en Europa y por todo el mundo. Los antiguos soberanos de Europa recibían su corona de Dios, pero no tenían deberes para con la historia. Aquellos que sobrevivieron a la evolución democrática, como el último Hohenzollern de Berlín, reciben junto con la corona el cargo casi divino de conducir a un pueblo elegido: tarea tan abrumadora que la pobre cabeza de Guillermo II apenas la soporta. La soberanía del pueblo es más difícil de llevar adelante que el derecho divino, pues sustituyó el juicio de Dios por el de la historia.

El pangermanismo absolutiza lo particular. No obstante, este rechazo radicad del universalismo ha crecido sobre el mismo terreno. Es una religión de la inmanencia, un panteísmo puesto al servicio de un solo pueblo. No es sorprendente que cultive una analogía con el evolucionismo darwiniano por intermediación de la idea de raza, concebida a la manera de la selección de las especies más fuertes. Con la raza, el nacionalismo se tiñe de ciencia, el principal sustituto religioso del siglo XIX; y también recibe de esta una fuerza de exclusión que la idea de superioridad nacional no abarca por sí sola: si los pueblos están separados por diferencias raciales y si la raza germánica está llamada a dominar el mundo, no existe más que un pueblo de vencedores, y otros pueblos desesperados. Los Estados y hasta el Estado alemán ya no son más que apariencias jurídicas provisionales, a merced del conflicto de pueblos-razas.

Prueba de ello son los judíos. Personifican por excelencia, para el antisemita, al pueblo sin Estado, desde hace 2000 años errante fuera de su territorio y sin embargo intacto en medio de los gentiles, y que más que nunca ha seguido siendo él mismo fuera de su patria. Si son tan solidarios, tan hábiles para tejer sus intrigas de lucro y de dominación en las diferentes naciones en que se instalan, es porque reciben ese carácter cosmopolita de su extraordinaria cohesión étnica o racial. De ahí su mentira y su perversidad: ya que tras la universalidad abstracta del dinero y de los derechos del hombre ocultan la voluntad de poder de una raza que nada ha podido quebrantar. Quieren impedir que sus víctimas penetren en el secreto de su fuerza ocultándose entre los pliegues de la democracia. De este modo, aportan negativamente la prueba viviente de la idea de raza, al tiempo que confirman la obligación positiva para los pueblos a los que engañan de reapropiarse de esta idea a sus expensas.

La primera seducción de este antisemitismo consiste en tomar el relevo de esta tradición secular que, por toda la Europa cristiana, ha vuelto contra los judíos la idea judía de la elección. Del pueblo elegido de Dios, la Iglesia católica ha hecho el pueblo maldito de Dios, invirtiendo el sentido de su particularidad. En el pueblo errante emancipado por la democracia, las naciones modernas aún ven al adversario oculto pero formidable de sus identidades. El judío conserva su extrañeza maldita en el universo en que la historia ha remplazado a la divinidad. Su carácter de pueblo elegido para la desdicha no ha cesado con el advenimiento de la igualdad ciudadana y el confinamiento de lo religioso al fuero privado de los individuos. Al contrario, recibe una nueva fuerza, como un redoblamiento del odio en que las naciones cristianas de Europa parecen rencontrar sentimientos familiares.

Pero lo que da al antisemitismo moderno su verdadero carácter sigue siendo su inserción y su papel en las pasiones nuevas de la democracia. La Urbe moderna, apartada de todo fundamento divino, se construye a base de la voluntad de sus miembros. No tiene otra legitimidad que la de su consentimiento público. Pero, al mismo tiempo, no deja de interrogarse sobre lo que anhela aquella y aun sobre la posibilidad de lograr una voluntad colectiva a partir de una multitud de individuos separados. Sus ciudadanos solo creen en la acción histórica en el momento mismo en que están inseguros sobre los medios que les quedan de actuar en conjunto, como un solo hombre. La idea de nación conjura la angustia al sugerir la unidad. Es una idea antigua que se reformula en el contexto moderno: ha dejado de ser simplemente algo dado por la tradición, como legado del pasado. También está hecha de voluntades, como lo quiere el credo democrático. Voluntades positivas, las de todos los patriotas, y pronto del pueblo entero. Pero también voluntades negativas, maléficas, extranjeras, y en este punto interviene la conjura judía.

¿Por qué conjura? Porque si toda acción política es deliberadamente deseada, aquella que tiende a socavar la unidad de la nación también debe ser, por definición, oculta: de otra manera no poseería esta capacidad de engañar, al menos durante un tiempo, a gran parte de la opinión pública. Es su carácter clandestino el que explica su eficacia y su potencia. La Revolución francesa ha mostrado la influencia de esta representación de la conjura, contraria a la voluntad del pueblo, sobre las mentalidades democráticas. El antisemitismo moderno nos ofrece otra versión, renovada, sustituyendo a los «aristócratas» por los judíos. ¿Por qué los judíos? Ellos constituyen el contramodelo a la medida de la pasión nacionalista: pueblo errante, disperso, sin Estado y que no obstante se ha mantenido de pie en tomo de su religión y de sus tradiciones; que conserva casi por doquier, en

dosis variables, una especie de identidad y ofrece, por consiguiente, la materia ideal para la racionalización de una conjura a escala mundial. Después de haber encarnado al enemigo del Dios cristiano, el judío presenta al antisemita de las épocas democráticas el material imaginario de otra imagen repulsiva: el enemigo de la nación.

Basta considerarlo —dejando de lado la religión que lo ha confinado al *ghetto*, y así sea «emancipado» por la igualdad ciudadana— como alguien que se ha mantenido ajeno en todas las naciones en que vive. Es más, esta integración misma, al hacerlo menos visible, lo hace más sospechoso; su particularidad, escandalosa en los tiempos cristianos, en adelante estará oculta. El judío no tiene otra atadura al mundo que el dinero, ni otra identidad que esa equivalencia abstracta con todos que le ha servido como disfraz y bandera. Es el burgués puro, sin su fachada, separado de su tierra, el burgués reducido a su esencia, que es su afán de ser rico. Después de verse perseguido por las naciones cristianas, debido a su particularidad, es odiado por los pueblos modernos como un ser que no pertenece a ninguna parte. A decir verdad, las dos acusaciones acumulan sus efectos, ya que en ambos casos el judío está fuera de la colectividad. Y la segunda, que sigue la huella de la primera, puede ser igualmente global pese al pluralismo que priva en las opiniones: pues el burgués no es menos detestado entre la izquierda que en la derecha.

A este respecto, no es casual que el antisemitismo haya cundido por toda Europa como una de las pasiones más fuertes de las opiniones públicas a finales del siglo XIX. Esa fue la época del rápido desarrollo del capitalismo y del ingreso de los pueblos en la política democrática gracias al sufragio universal. Las luchas por el poder pierden lo que les había quedado de aristocrático en la primera mitad del siglo y hasta poco después. En adelante tendrán por árbitro a un público más vasto. Ahora

bien, el judío, encarnación del burgués, esencia del burgués, burgués *racial*, ofrece un chivo expiatorio ideal tanto a los nacionalismos exclusivos como al resentimiento de los pobres. Permite, por sí solo, expresar bajo el signo del odio toda la gama de las pasiones democráticas, desde la nostalgia de una comunidad perdida hasta la anticipación de una sociedad nueva, nacionalista o socialista, o ambas cosas.

Así se explica la gran difusión del antisemitismo en la vida política de los grandes países de Europa antes de 1914. Su particularidad en Viena y en Berlín consiste en haberse incorporado a una teoría racista de los pueblos, por la afirmación de la superioridad germánica. Pero también existe en Francia, donde sobrevive a la victoria de los *dreyfusards*, como un sentimiento profundo que el vaivén de las circunstancias no logra afectar. Y sin embargo, la República en Francia permite conservar en el patriotismo de las mayorías su vocación democrática, heredada de 1789. En Austria-Hungría es la estructura de la doble monarquía —y la efervescencia de las nacionalidades sin Estado— lo que explica el triunfo del pangermanismo entre las multitudes. En el Reich de Guillermo II todo contribuye a ese triunfo de modo diferente pero no menos intenso: el pasado y el presente, el atraso y el poderío, al grado de que la mayor parte de los propios judíos se embriagan con su matrimonio germánico. Al echarse la mochila a la espalda, los soldados alemanes de agosto de 1914 no vacilan más que los soldados franceses. En la guerra que comienza muestran el mismo valor, alimentado por sentimientos comparables, aunque la dosis de las tradiciones políticas no sea la misma. Tanto en Berlín como en París ha sonado la hora de la Unión sagrada, que reúne no solo a todas las clases, sino a todas las épocas de la nación. Los intelectuales, como los pueblos, dan testimonio de ello, ni más ni menos inconscientes del porvenir que inaugura la guerra. Entre los belicistas más o menos pronunciados de agosto de 1914 encontra-

mos, del lado francés, a Barrès y Péguy, Bergson y Durkheim. Del otro lado, a Thomas Mann y Stefan George, Freud y Max Weber.

Así, la guerra de 1914 tuvo esa primera característica democrática de que si bien todo el mundo la vio venir, nadie, ni los gobiernos ni las opiniones públicas, hizo nada por impedirla. Entre el atentado de Sarajevo y las decisiones de ordenar la movilización general, en ese mes de junio de 1914 en que se decidió la suerte de Europa, en todo momento fue posible detener la marcha del engranaje desencadenado por Austria-Hungría. Nadie quiso hacerlo, ni Alemania, ni Rusia, ni Francia ni Inglaterra. Mas sea cual fuere la dosis de responsabilidad que les corresponda a los imperios centrales por una parte y a la coalición franco-anglo-rusa por la otra, el hecho es que ninguno de los grandes Estados trató verdaderamente de evitar una guerra que, tras el ultimátum austríaco a Serbia, era posible mas no inevitable. Pero si el estallido del conflicto se debió en términos técnicos a un déficit de acción diplomática, en profundidad se explica por un consentimiento tácito de los pueblos, que los poderes públicos dieron por sentado. Por definición, dicho consentimiento no habría bastado para desencadenar la guerra. Pero sí bastó para hacer que las opiniones públicas de los diversos países fuesen solidarías de sus gobiernos cuando esos gobiernos representaban, unos por relación a otros, casi como personajes, la gran escena de la cuestión de honor. La guerra de 1914, provocada por un atentado nacionalista, comienza como una guerra de nacionalidades que lleva a su punto de incandescencia las pasiones colectivas que llenaron el siglo anterior. Para los Estados y los pueblos que en ella participan no solo están en juego su poderío y su gloria, sino también el prejuicio de su rango y de su historia. El súbito eclipse del internacionalismo socialista refleja esto a su manera.

Por su naturaleza misma, la guerra es una apuesta cuyas modalidades y efectos son particularmente imprevisibles. Rompe un equilibrio que los dos beligerantes esperan modificar en provecho propio, sin que ninguno de ellos sepa de antemano si en realidad tendrá las fuerzas para hacerlo, o si el carácter o la duración del conflicto no habrán transformado, en el momento de la victoria, lo que de ella esperaba. De esta regla general, la guerra de 1914 podría ser la ilustración por excelencia. Su radical novedad trastorna en ambos campos todos los cálculos de los militares y de los políticos, así como los sentimientos de los pueblos. Ninguna guerra del pasado tuvo un desarrollo y unas consecuencias tan imprevistas.

Esta novedad, técnica para empezar, puede compendiarse en algunas cifras. Mientras que franceses y alemanes contaban con obtener triunfos decisivos en las primeras semanas, con ayuda de sus reservas de armamentos acumuladas, ambos agotaron en dos meses sus aprovisionamientos de municiones y de material de guerra: hasta ese grado la nueva potencia bélica de los dos ejércitos había superado todas las previsiones.[11] La Europa de 1914 pagaba así el precio de los progresos logrados en la producción de armas desde el último gran conflicto franco-alemán, el de 1871. Lo que hacía que hubiese más víctimas en la guerra, pero que no habría contribuido forzosamente a alargarla si uno de los beligerantes hubiese sabido aprovecharlo. Pero después del Marne, ocurrió lo contrario: los dos ejércitos forman líneas de trincheras hasta el infinito, que se enfrentan y se atacan a cañonazos. Ha terminado la breve fase en que se habló del arte de la estrategia y las combinaciones complicadas. Ha llegado el tiempo de ese frente interminable, del Somme a los Vosgos, según los términos del célebre comunicado de comienzos de septiembre de 1914 que anuncia, sin saberlo, la industria de la matanza rutinaria y de la «salida» inútil, de una trinchera a otra. Se sufren 30 000 bajas para ganar 200 metros. Nunca la

guerra había enterrado, frente a frente, a millones de hombres armados hasta los dientes, la masa activa de dos pueblos, con la misión única de matarse entre sí, de lejos o de cerca, sin esperanza de un golpe decisivo, sin calendario de victoria, pero también sin temporada baja y sin cuarteles de invierno. No hay ninguna diferencia de un régimen al otro. La República francesa no es menos pródiga con la sangre de sus hijos que el Imperio alemán. El encuentro de la industria y del equilibrio de las fuerzas, junto con el número de los combatientes, produjo esa *melée* horrible, cuyo símbolo seguirá siendo la batalla de Verdún. Los mismos obuses que matan a los soldados también entierran sus cadáveres. Los muertos en la guerra son «desaparecidos» del combate. El más célebre de todos, bajo el Arco del Triunfo, será justamente honrado por los vencedores como «desconocido»; la escala de la matanza y la igualdad democrática ante el sacrificio han sumado sus efectos para rodear a los héroes tan solo de una bendición anónima.

La guerra de 1914, democrática, lo es por ser la de los grandes números: de los combatientes, de los medios, de los muertos. Mas por ese hecho también es cuestión de civiles más que de militares; prueba sufrida por millones de hombres arrancados de su vida cotidiana, más que combate de soldados. Poco más de un siglo antes, las batallas de la Revolución francesa y del Imperio contra la Europa de los reyes habían inaugurado la época de la guerra democrática. Pero nunca habían movilizado al conjunto de la población y de las fuerzas del país, ni siquiera del lado francés donde, por lo demás, tantos soldados habían acabado por hacer de su partida al ejército un oficio, y por convertir los peligros afrontados en galones suplementarios. El *grognard* de Napoleón era un soldado, el *poilu* de 1914-1918 sigue siendo un campesino, artesano, tendero o burgués (y, con menos frecuencia, un obrero, debido a las necesidades de producción de armamentos). La guerra la hacen masas de civiles en

regimientos que han pasado de la autonomía ciudadana a la obediencia militar por un tiempo cuya duración no conocen, hundidos en un infierno de fuego en el que es más importante «sostenerse» que calcular, atreverse que vencer. La servidumbre militar nunca tuvo menos nobleza que a los ojos de esos millones de hombres trasplantados, que acaban de salir del mundo moral de la ciudadanía.

No hay mejor testigo de esa situación que Alain, en las cartas que escribe desde el frente a su amigo Élie Halévy entre agosto de 1914 y el comienzo de 1917.[12] Filósofo y moralista del humanismo democrático, Alain no ama la guerra ni su cortejo de valores aristocráticos. Si se alistó el 3 de agosto de 1914, a los 46 años, para servir como simple artillero, fue para no permanecer ajeno a la historia que rodea su existencia; como él mismo dirá poco después: «Siempre he tenido la necesidad de ir a la miseria con los demás, para ser feliz».[13] Pero la guerra es en su opinión el estado político más ajeno al ciudadano, y aquella escapa menos que ninguna a la regla. Lo que la hace necesaria pertenece al orden de las pasiones, sin relación con el de los intereses, que transige, y aún menos con la razón, que aproxima. Ahora bien, la cuestión de honor quedó arreglada en pocas semanas, y el honor estaba a salvo en ambos bandos después del Marne. Desde entonces la guerra no es más que corrupción de los espíritus y de las costumbres: su verdad puede decirse invirtiendo las virtudes democráticas. Se encuentra en la esclavitud de los hombres puestos bajo el poder absoluto de sus jefes;[14] en el miedo universal, que da a la acción militar un carácter mecánico, en la muerte de los mejores, como por una selección a la inversa. El ejército en guerra constituye un orden social en que el individuo ya no existe, y cuya inhumanidad misma explica su inercia casi imposible de quebrantar.

Fuera de las trincheras, la situación no es más brillante. La guerra, en la que combaten estoicamente civiles en uniforme,

se reduce a un espectáculo dirigido por los «patriotas de oficio», que vociferan lejos del frente. Alain detesta el conformismo organizado de la opinión, el chauvinismo, la censura. No encuentra palabras bastante severas para fustigar la competencia belicista de los intelectuales, de los periodistas y de los políticos. No cree en la guerra del Derecho. Desde fines de 1914 se muestra favorable a una paz de compromiso y sigue de cerca, a través de la *Tribune de Genève* que le envía el matrimonio Halévy, todo aquello que se asemeje a un esbozo de negociación, por muy tenue que parezca. Pero no puede hacerse muchas ilusiones: precisamente por ser tan terrible, tan asesina, tan ciega, tan completa, la guerra es muy difícil de terminar. No pertenece, o ya no pertenece, a esa categoría de conflictos armados que algún príncipe cínico puede suspender si juzga que su costo sobrepasa las ganancias posibles, y que el juego no vale la inversión. Es dirigida por patriotas, por gentes honradas elegidas por el pueblo,[15] atrapadas cada día más en las consecuencias de las decisiones de julio de 1914. Los sufrimientos han sido tan grandes y los muertos tan numerosos, que nadie se atreve a actuar como si no hubiesen sido necesarios. Y, ¿cómo dar el primer paso sin quedar como traidor? Cuanto más dure la guerra, más va a durar. Mata a la democracia, de la que sin embargo recibe lo que perpetúa su curso.

Después de la voz de Alain, surge la de Halévy. Las respuestas a las cartas de Alain se han perdido, pero los pensamientos de Halévy durante la guerra se pueden conocer por la correspondencia que intercambió con otros amigos, particularmente con el filósofo Xavier Léon.[16] Al leer esta correspondencia no es demasiado difícil comprender lo que lo acerca y lo separa de su amigo artillero.

Él está menos ligado a la tradición específicamente francesa del radicalismo republicano. Nacido en una gran familia de la burguesía intelectual,[17] de ascendencia judía y protestante, es

un espíritu más cosmopolita que Alain. Su apego a la República se ve matizado de una pasión por la civilización política inglesa, a la cual consagra su trabajo de historiador.[18] Demócrata y no menos liberal, no es pacifista como Alain. No es que sienta la menor simpatía por la guerra, pero no ve cómo evitarla en el estado en que se encuentran las naciones y las opiniones públicas europeas. También él, como su amigo, tiene palabras muy severas para la gritería belicista de la retaguardia y para la histeria del antigermanismo cultural en Francia; mas no por ello la guerra, para él, deja de tener fundamento en las rivalidades de las potencias y las pasiones nacionales. Es menos la consecuencia de intrigas políticas que del enfrentamiento del pangermanismo y del paneslavismo con el centro y el este de Europa; y las opiniones públicas han hecho el resto. Halévy es un espíritu más político que Alain. Y la costumbre de los reveses le ha dado, como a todo gran liberal francés, las virtudes del pesimismo activo. Previó la guerra desde hacía tiempo: ya está aquí. Hay que asumirla con lucidez.

Demasiado viejo para ir al frente, se ofreció voluntariamente como enfermero, y fue asignado a Chambéry, donde vivió «en el clericalismo de ambulancia».[19] No tarda en comprender —y en esto sin duda es uno de los primeros en Europa— que tras la batalla del Marne la guerra ha adoptado un carácter inédito y desesperante:

> *Considero —y esta es la causa de mi irritación— que toda ofensiva se ha vuelto imposible, de un bando o del otro, en las condiciones de la estrategia moderna... No veo que se pueda salir de ahí, durante meses y meses. No veo que se pueda contener. Es una guerra de razas, bastante sórdida, sin gran idea, sin plan táctico.*[20]

Así, la guerra es interminable, menos a consecuencia de lo que está en juego, de sus objetivos, que por el carácter que ha adoptado, por la situación militar que ha creado. Su curso ha revelado su naturaleza; ha funcionado como una trampa. La guerra perdió todo fin previsible en el momento mismo en que dejó de ser popular entre los combatientes. Ya no es más que el

terreno siniestro de la resignación a la fatalidad: los soldados combaten maquinalmente, sin reclamar la paz, pues no ven la posibilidad de esta. Halévy coincide aquí con Alain en sus temores de que esta condición inhumana y sin embargo duradera quebranta la autonomía del ciudadano. En una carta a Xavier Léon hace esta observación profética: «La influencia que puede tener la guerra sobre los destinos del socialismo merece un estudio. Aunque probablemente resulte desfavorable al progreso de las formas *liberales* del socialismo (sindicalismo, etc.), refuerza considerablemente, el socialismo de Estado».[21]

El gran enigma político de la guerra de 1914 es el de la paz, puesto que las condiciones de la batalla ocultan su horizonte. Halévy no presta ningún crédito a las profesiones simplistas de fe de la extrema izquierda revolucionaria o de los intelectuales de la paz inmediata.[22] No cree en un compromiso entre los beligerantes, rumor que corre de cuando en cuando. Para él, el único camino posible hacia la paz exige una derrota militar de Alemania: camino largo, muy largo, en tanto que la batalla sea opaca, y fuerte Alemania. Halévy ve en Alemania a la vez una amenaza para el equilibrio de Europa y una de las formas más poderosas del carácter europeo. Su pesimismo se alimenta de esas dos fuentes: todo el asunto no puede tener una solución duradera sino por la derrota alemana, que será también una derrota europea tras un conflicto interminable.

«¿Y el porvenir? Es, en mi opinión, una batalla sin fin en el tiempo y en el espacio, en la que el tiempo está a nuestro favor…»[23] Y un mes después, el 26 de noviembre de 1914, en una carta al mismo Xavier Léon, prevé que «tenemos delante de nosotros 10 o 15 años o 30 años de guerra. Por tanto, la segunda y última parte de nuestras existencias apenas se asemejará a la primera».[24]

¿Qué quiere decir con esto? No que la guerra en curso vaya a durar 10, 15 o 30 años, sino que inaugura una nueva época de inestabilidad europea —inestabilidad de las relaciones de poder, de las fronteras nacionales, de los regímenes— por la cual el siglo XX se inicia bajo malos augurios. Voy a permitirme citar en extenso una carta del 27 de octubre de 1915, también a Xavier Léon.[25]

Digo:

1.º que esta guerra solo podrá considerarse terminada el día en que haya una derrota comprobada de los imperios del centro. No veo con detalle en qué consistirá esta derrota. Me parece casi imposible vislumbrar un desmembramiento de Alemania; veo más claro un desmembramiento de Austria, pero seguido por la absorción en un solo bloque de la fracción occidental de Austria con el imperio de Guillermo II. No importa. Me explico:

2.º que el tiempo necesario para alcanzar ese resultado no debe calcularse por semanas o meses sino por años. Cuando hablé de 25 años, no me expresé tan mal;

3.º que cuando he contemplado la posibilidad de una guerra tan prolongada como esta, siempre consideré que sería sustituida por paces falsas, paces precarias, por treguas;

4.º que, por consiguiente, esas treguas, debiendo producirse antes de la derrota de Alemania, deberán registrar necesariamente un estado de cosas temporalmente favorable a Alemania y por ello, constituir, momentáneamente, unas paces victoriosas para Alemania.

Halévy añade *in fine* que no olvida que un profeta siempre debe rodearse «de cierta oscuridad»: esa leve ironía consigo mismo, a guisa de advertencia al lector, no quita nada, empero, a su extraordinaria presciencia del drama europeo cuya obertura es la guerra de 1914. El *script* exacto del drama escapa a su

predicción, como es natural, pero no la materia de la tragedia. El historiador del pueblo inglés en su época más dichosa sintió que desaparecía ante sus ojos, destruida por sus propios hijos, la civilización liberal de Europa.[26]

Finalmente, Alain y Halévy coinciden en su pesimismo: ambos ven en la primera Guerra Mundial una gran catástrofe de la historia, después de la cual ya nada será como antes. Están de acuerdo en ver en el régimen de las grandes potencias europeas en guerra un retorno inesperado del despotismo en medio de los tiempos modernos. El dominio creciente de la economía en función de las necesidades del frente da a los Estados un poder extraordinario sobre los ciudadanos, al mismo tiempo que sugiere un ejemplo a cualquier tirano potencial. El peso exclusivo de la idea nacional sobre los ánimos, el chauvinismo de las élites, el conformismo de las multitudes y, por último, la censura, han extinguido toda vida democrática.[27] Las poblaciones civiles solo se han ocupado del correo, que lleva la carta de los vivos o el nombre de los muertos; y de los comunicados del estado mayor, que les mienten so pretexto de no desmoralizarlas. El soldado podría estar más libre que el hombre de retaguardia, ya que es actor de la tragedia, pero se encuentra perdido en esta violencia innombrable; no puede ver ni comprender nada más allá de la obediencia a las órdenes: esta guerra es un vasto caos en el que el espíritu no interviene. Solo cuenta, como en Verdún, la voluntad animal de resistir al aniquilamiento por la artillería enemiga. ¿Mediante qué encarnizamiento excepcional se sostuvieron los combatientes? Alain, desde antes de los motines franceses de la primavera de 1917, comprendió la fragilidad de este heroísmo obligado. «Todo eso se pagará, creedme, cada quien encontrará a sus verdaderos enemigos»[28] escribió.

Por lo demás, ese es el sentido que él da, en cuanto se produce, a la Revolución rusa de febrero, el 3 de agosto de 1917:

No sé qué soldados has visto; tal vez debilitados por la sangre perdida; según yo, no he visto más que rebeldes de espíritu, que hacen girar continuamente los medios de terminar esa matanza y que, al no encontrarlos, meditan venganzas. No hay que decir que esto no es nada. La Revolución rusa es algo. [29]

En una frase, Alain indica el sentido universal que han adoptado los acontecimientos rusos: menos la caída del zarismo que la revuelta de los soldados y del pueblo contra la guerra. ¿A quién le preocupa Nicolás II? Al contrario, las desdichas de la guerra se han vuelto la obsesión de toda Europa. La experiencia militar del filósofo-artillero le hace experimentar de entrada los sentimientos de no pocos combatientes. Por la misma época, Halévy expresa sobre la Revolución de Febrero un punto de vista totalmente distinto.[30] Como al gobierno francés, le preocupan ante todo las consecuencias del cambio de régimen sobre la conducción de la guerra en San Petersburgo, y desea que Miliukov ponga fin al caos ruso para bien de los Aliados. A esta esperanza añade una comprobación más desinteresada y más melancólica, que brota de su carácter liberal: «Dicho todo esto, ¿no es un alivio para todo occidental digno de ese nombre no ser ya responsable del zar y de su corte?». Todo el mundo «siente eso en Inglaterra, en Italia, por conservador que sea. ¿Será necesario que Francia sea siempre un enigma para el observador político? ¿No podrá decirse jamás si es liberal hasta el anarquismo, o locamente reaccionaria?»[31]

Así, Alain y Halévy están lejos uno del otro en la apreciación de lo que ocurre en la primavera de 1917 en el otro extremo de Europa. A uno le gusta la idea de los Consejos de Obreros y de Soldados[32] como expresión de una rebelión contra la guerra. El otro se congratula por la caída de un «Antiguo Régimen», mientras hace votos por que la Revolución rusa no conduzca a una paz separada con Alemania. Y sin embargo, el interrogante que comparten sobre el porvenir, aun el inmediato, los hace coincidir en una misma inquietud: casi tres años después del célebre otoño de 1914, el futuro de Europa es más nebuloso

que nunca. Lo único claro es que los hombres han perdido en la guerra el dominio que tenían sobre su historia. De esta aventura que creían conocer no previeron ni el curso ni el carácter. No supieron conducirla. No pueden ponerle fin. Los acontecimientos de febrero de 1917 en Rusia, seguidos por los motines del *Chemin des Dames*, muestran a quien quiera verlo con qué se pagará la incapacidad de las clases dirigentes y de los gobiernos para imaginar una salida organizada a la guerra de las naciones europeas: simplemente con la revolución, vieja divinidad-madre de la democracia en Europa.

De 1814a 1914, los cien años del siglo XIX, ninguna de las guerras europeas había trastornado duraderamente el orden internacional; ninguna puso en entredicho el régimen económico o social de las naciones en guerra. Cierto que el Segundo Imperio en Francia murió con la derrota de Sedán, donde Napoleón III fue hecho prisionero. Pero su caída no transformó profundamente los datos de la política interna francesa. Y si la fundación del Imperio alemán en Versalles modifica las relaciones de poder en Europa, no altera en lo esencial la economía general del sistema imaginado por los liquidadores de la empresa napoleónica: un equilibrio entre las grandes potencias, Austria, Rusia, Prusia, Francia, relojería diplomática sobre la cual vela Inglaterra, celosa de todo lo que se asemeje a una tentativa de hegemonía continental. Las revoluciones de 1848 amenazaron este equilibrio, que sin embargo se recuperó pocos años después: porque la invención de Austria-Hungría y después la unidad alemana bajo Guillermo II modifican las fronteras pero no el espíritu. En el interior de este conjunto organizado, las guerras que ocurrieron eran limitadas, a la vez por lo que estaba en juego, como por los recursos que intervenían y el tamaño de los ejércitos. Solo enfrentaron a soldados voluntarios o profesionales, y no a pueblos enteros. Fueron breves. No

se inventa aún el acrecentamiento de la industria y de la democracia a la sombra de las herencias militares del pasado.

La guerra de 1914 modifica todo. Su desencadenamiento, empero, aún parece del siglo XIX: la alianza anglo-rusa toma entre tenazas, como en tiempos de Napoleón, a la potencia continental, víctima del mal de expansión. El riesgo viene en adelante de Alemania y ya no de Francia. Pero una vez declarada la guerra, se les va de las manos a sus «razones» y sus protagonistas. El poeta pronto podrá referirse a las guerras anteriores como a los buenos tiempos pasados:

> *¿Dónde están esos bizarros militares soldados del pasado? ¿Dónde están las guerras? ¿Dónde están las guerras de antaño?*[33]

En efecto, la guerra «total»[34] le quitó a la guerra lo que esta implicaba de inteligencia, virtud y previsión. Confirmó a su manera una observación de Constant, hecha a propósito de las guerras napoleónicas, y le ofreció, por cierto un mejor campo de aplicación. En la medida misma en que «la situación de los pueblos modernos», según nuestro autor, «les impide ser belicosos por carácter», la guerra, cuando ocurre, cambia de naturaleza:

> *La nueva manera de combatir, las modificaciones a las armas y la artillería han despojado a la vida militar de lo más atractivo que tenía. Ya no hay lucha contra el peligro; no hay más que fatalidad. El valor debe teñirse de resignación o componerse a base de despreocupación. Ya no se conoce aquel goce de voluntad, de acción, de despliegue de las fuerzas físicas y de las facultades morales que hacía a los héroes antiguos, a los caballeros de la Edad Media, amar los combates cuerpo a cuerpo.*[35]

¡Admirable presciencia de los grandes hombres! Constant describe por adelantado la guerra de 1914 como el reino de la fatalidad y de la resignación. Ha convertido a los hombres en esclavos de la técnica y de la propaganda: doble aniquilación de los cuerpos y de los espíritus.

No otra cosa es lo que dirá Ernst Jünger en 1930 cuando, con la perspectiva del tiempo, intente analizar el carácter único de la guerra de 1914 en la historia de la humanidad.[36] Esta ya

no está sometida a los límites de las guerras «monárquicas» en que las Coronas, movilizando a sus ejércitos fíeles pero no a todas las fuerzas del reino, luchaban por redondear sus patrimonios. Los reyes podían ser derrotados en el campo de batalla y pese a ello conservar su trono. Con el conflicto de 1914-1918 terminan las castas guerreras y los ejércitos profesionales, y se acaba todo cálculo de pérdidas y ganancias. La guerra se ha extendido de las Coronas a las naciones, de los ejércitos a los pueblos; sin una ganancia definible, se convirtió al mismo tiempo en un enfrentamiento entre capacidades nacionales de *trabajo*. Todas las actividades productivas quedan subordinadas a los imperativos de la guerra, y todo el orden civil se alinea con base en el orden militar. Es la Alemania de Hindenburg-Ludendorff, la Francia de Clemenceau, luego el comunismo de guerra de Lenin, el plan quinquenal de Stalin y, mañana, Hitler… A las guerras parciales de los aristócratas y de los reyes las sucede la «movilización total» de los Estados y de los «trabajadores», última palabra del espíritu de progreso y del humanismo «técnico»; de allí le viene el carácter inédito, racional e implacable del primer enfrentamiento del siglo XX. De allí también su resultado, ya que muchas naciones europeas eran demasiado ajenas a la «civilización» para poder vencer: Rusia e Italia, desde luego, inmovilizadas en su atraso, pero también Austria y hasta Alemania, por razones de orden intelectual y moral, ya que los imperios centrales mezclan la tradición absolutista con un espíritu «liberal» constantemente contenido. Con ello, Jünger extiende el alcance de la oposición Kultur-Zivilisation a la interpretación de toda la posguerra…

Pero volvamos a lo que sintieron y pensaron esas multitudes de hombres hundidos durante años en esta batalla «total». Han sacrificado todo en aras de esa inmensa máquina: la guerra moderna; esta ha segado millones de vidas humanas en la flor de la edad, ha dejado pueblos amputados y naciones viudas. Su ca-

rácter interminable se debió al equilibrio de las fuerzas, junto a la potencia de los ejércitos, al enterramiento de los combatientes en las trincheras, al carácter a la vez asesino e insignificante de los avances y de las retiradas. Los soldados, durante la batalla, acusan a la «fatalidad»: no tienen elección.

> *Las emociones de la guerra son semejantes a las del juego. El hombre lo espera todo de la suerte [...] Ellos [los soldados] partieron para defender la civilización. Pero el término empieza a desgastarse. La guerra lo mata por sí sola. Se habría necesitado que fuese rápida para que los conceptos del principio persistiesen a pesar de la guerra, para que se les pudiera recuperar como después de un acceso de delirio. Reducidos a la vida de rebaño, los hombres perdieron la capacidad de reflexionar. Se acabaron los matices en sus vidas, los matices en su pensamiento. Y también muere su voluntad. Se abandonan a la disciplina que los lleva aquí o allá, entregándose al azar que les da la vida o la muerte. Tienen la sensación de depender de la fatalidad. Y esto es lo contrario de la civilización, y aunque combatieran por la civilización, la guerra bastaría para arrancarles el sentimiento de la civilización.*[37]

La paz transforma ese embrutecimiento en rabia. Los sobrevivientes, cuando por fin callan los cañones, se vuelven hacia esos años de pesadilla para descubrir su sentido y sopesar el papel de los gobiernos. La política ha recuperado sus derechos, preñada de interrogantes unánimes sobre el sentido de la violencia y la duración de esa matanza inmóvil.

La causa inmediata de la guerra fue la cuestión de las nacionalidades en los Balcanes. Pero ninguna de las potencias que en ella participaron tuvo objetivos muy claros. Austria-Hungría luchaba por su supervivencia, Rusia por su influencia eslava, Francia por Alsacia-Lorena, Alemania por colonias, Inglaterra por conservar un predominio secular. Los sentimientos de patriotismo que llevaron a los soldados al frente en agosto de 1914 confundieron esos intereses con la exaltación de la nación. La ferocidad de la guerra, por su parte, en vez de hacer a los combatientes odiarse menos, provocó que los de «retaguardia» exigieran más sacrificios. Las metas del conflicto se agrandaron y perdieron en su inmensidad. Como el propio campo de batalla, sé volvieron sin fin.

De ahí que las tentativas de negociación o las proposiciones de compromiso fuesen tan tímidas y se descalificaran tan pronto, pese al costo de los combates y a su incapacidad para producir un resultado. A finales de 1916, cuando ninguna de las potencias en guerra ha obtenido una victoria decisiva ni sufrido reveses irreparables, la idea de una paz sin anexión ni indemnización, que se abre paso hasta el Parlamento alemán,[38] ni siquiera es objeto de un intercambio secreto medianamente profundo. La nota de los Aliados del 10 de enero de 1917, al plantear la idea de una liberación de los checos, implica indirectamente el desmembramiento de Austria-Hungría. Por lo demás, las negociaciones emprendidas por los príncipes de Borbón en nombre del emperador Carlos no logran ningún resultado.[39]

El año de 1917 tal vez pueda considerarse como aquel en que, por falta de objetivos precisos, la guerra encuentra su fundamento ideológico duradero. La Revolución de Febrero en Rusia libera a los Aliados de la hipoteca zarista, blandida por las potencias centrales como prueba de la hipocresía de los franco-ingleses. En abril, el presidente Wilson arrastra a los Estados Unidos a la guerra, reafirmando la solidaridad de las naciones democráticas. Saluda a la Revolución rusa y plantea la cuestión de los regímenes alemán y austríaco: «El autocratismo prusiano no es ni podrá ser jamás nuestro amigo… Nos sentimos felices de combatir por la liberación de los pueblos».

La entrada triunfal de los Estados Unidos en la política europea adopta, conforme al carácter norteamericano, un aire de cruzada democrática. Los dos grandes universalismos democráticos nacidos en la misma época unen sus mensajes en torno a la causa de las nacionalidades europeas. Esta unión no durará más que la de las dos revoluciones de finales del siglo XVIII. Pero el avance del moralismo wilsoniano sobre el jacobinismo clemencista basta para dar a la guerra un sentido más vasto que Alsacia-Lorena, o que el tonelaje de la flota alemana: tan vasto

en verdad, y tan poco negociable, que ya solo podrá alcanzarse la paz por la capitulación del adversario. Los intereses del conflicto son llevados así a la altura de la hecatombe que ha desencadenado. Pero son formulados de tal modo que implican, el día de la victoria, el desplome de los tronos y de los imperios como precio de las repúblicas nuevas, y naciones humilladas al lado de las naciones emancipadas.

Alemania paga cara su derrota. Desde Bismarck, era la mayor potencia europea, y por lo demás seguirá siéndolo durante todo el siglo XX, en estado real o virtual: arruinada dos veces, reducida, ocupada y hasta dividida, recuperará dos veces ese papel predominante en Europa que le dan a la vez su posición geográfica y la capacidad productiva de su pueblo. El Tratado de Versalles anuncia la hora de la primera humillación. El Imperio no resistió a la capitulación sin condiciones. Pierde territorios al este y al oeste, dejando cada vez más alemanes en manos de Estados no alemanes. Debe pagar reparaciones enormes, en dinero y en especie. Se le declara único responsable del conflicto, y es condenado a expiar el crimen: un juicio moral demasiado categórico como para no parecer dictado por la victoria, y que exaspera a los vencidos sin tranquilizar ni unir a los vencedores.

En ese sentido, Raymond Aron no se equivocó al escribir que «el Tratado de Versalles es, en mucho mayor grado del que reconocen sus críticos, la consecuencia lógica de la guerra, considerada a la vez en sus orígenes y en la significación ideológica que progresivamente adquirió en el curso de las hostilidades». [40] Los negociadores de Versalles (y de los tratados anexos) son, en efecto, fideicomisarios de las promesas que nacieron a lo largo del conflicto. Y allí están, inmersos en las querellas de las «nacionalidades» y rodeados de los recuerdos de 1848, haciendo revivir pasiones semiolvidadas, multiplicando los Estados eslavos sobre las ruinas del germanismo vencido y creando por

doquier, de Varsovia a Praga y de Bucarest a Belgrado, improbables repúblicas parlamentarias en las que los burgueses radicales franceses creen trasplantar sus tradiciones cuando en realidad lo que exportan es su régimen. Más que una paz europea, los tratados de 1919-1920 constituyen una revolución europea. Borran la historia de la segunda mitad del siglo XIX en favor de una redefinición abstracta de pequeños Estados multiétnicos que no reproducen sino los defectos, sin las ventajas, del Imperio Austro-húngaro. Tan divididos en el interior de sus nuevas fronteras como en las antiguas y separados unos de otros por sentimientos aún más hostiles que los que habían conducido a la dominación germánica o húngara, los Aliados han miniaturizado los odios nacionales en nombre del principio de las nacionalidades.

De esos Estados improvisados, pobres y divididos, donde por cierto subsisten vastos enclaves de población alemana casi por doquier, se quiso hacer la muralla oriental de la preponderancia anglo-francesa en Europa. Porque la Revolución de Octubre de 1917 liquidó el papel tradicional de Rusia como elemento del equilibrio europeo; lejos de constituir en adelante el gendarme fraternal de los países eslavos y la gran potencia del Este con la bendición de Londres, la Rusia de los soviéticos se convirtió en el polo de la revolución comunista. A tal punto que, apenas nacidas, esas nuevas patrias heteróclitas que acaban de trazarse en la Europa central y oriental quedan investidas de una doble función histórica, demasiado onerosa para ellas: montar la guardia al Este, para proteger a Europa del mesianismo soviético, y al Oeste, para resguardarla de la Alemania vencida, desarmada, quebrantada, pero siempre temida, y más central que nunca en el juego europeo.

Por último y como toque final del cuadro, los tres grandes vencedores no tienen una concepción común del nuevo orden internacional que están imponiendo. No tienen ningún pareci-

do con los negociadores de Viena, que un siglo antes habían reelaborado un equilibrio europeo destinado a durar, y que además compartían una misma filosofía conservadora y, para devolver a la Europa posnapoleónica una posición estable, se habían valido de las viejas recetas de la *Realpolitik*.[41] En Versalles, los Aliados imponen una paz cartaginesa sin ponerse de acuerdo sobre los fines ni, siquiera, sobre los medios. La entrada de los Estados Unidos en el conflicto fue decisiva, pero los objetivos de guerra de Wilson son abstractos, casi imposibles de traducir a términos políticos, y poco apropiados para el arbitraje entre rivalidades territoriales, aun si sus asociados los hubiesen compartido. Los franceses solo tienen ojos para Alsacia-Lorena y un desmantelamiento alemán, mientras que Inglaterra no combatió cuatro años para sustituir la dominación alemana por una preponderancia francesa en Europa.

Jacques Bainville[42] fue en ese momento el crítico lúcido de los negociadores de Versalles, cuyos personajes también pueden comprenderse a través de una divertida página de Keynes.[43] Para concretarme a uno solo de los protagonistas, el culto que los franceses han consagrado a Clemenceau me ha parecido siempre un perfecto ejemplo de las injusticias de la memoria colectiva; pues pocos hombres como ese vencedor legendario fueron tan incapaces de elevarse hasta la visión de la paz. En Versalles, el viejo jacobino de la Vendée se muestra ignorante, estrecho, chauvinista, prisionero de su propio personaje de «padre de la Victoria». La obstinación del jefe de guerra cede el lugar a la ceguera del vencedor. El esteta de la política se ha convertido en el escriba de la paz. El negociador no sabe abandonar su ferocidad de los tiempos de guerra. Viejo sarcástico y apasionado, exasperado por la teología política de Wilson, Clemenceau mezcla en su papel más importante el cinismo con la ingenuidad. ¿Comprende algo del paisaje de ruinas y de revolución que revela el fin del conflicto a través de toda Europa? Ca-

si nada. ¿Qué quiere hacer de esta Europa? No tiene una concepción de conjunto. Con la mirada fija en Estrasburgo, lo que le gusta de la victoria es la caída de los tronos enemigos: la fuga de Guillermo II y el fin del Imperio de Viena. Simultáneamente celebra la victoria de las nacionalidades y la humillación de Alemania. Da a un instrumento diplomático que él pretende sea fundador de un orden nuevo el carácter de un veredicto contra un pueblo culpable.

Así, la Europa que sale de las manos de las potencias victoriosas en 1919 está concebida de modo más disparatado que la guerra que le dio origen. De las cuatro potencias que se repartían en el siglo XIX los territorios situados más allá del Rin: el Imperio otomano, Rusia, Austria-Hungría y Alemania, solo una subsiste, Alemania, vencida, descalificada por la derrota, y sin embargo reforzada a largo plazo por la desaparición de sus antiguos rivales y por la debilidad de sus nuevos vecinos. Francia, principal potencia militar del continente, solo en apariencia tiene los medios para ese predominio provisional. Pero además, los ingleses se lo niegan. Los estadunidenses han vuelto a su patria. Todo condena a esta Europa a la fragilidad, aun del lado de las naciones victoriosas. ¡Qué decir entonces de las otras!

El conflicto movilizó a varias decenas de millones de hombres; varios millones murieron, otros millones volvieron mutilados o enfermos. Estas cifras no tenían por entonces equivalente en la historia de las guerras. Ese volumen monstruoso de tragedias individuales, comparado con los intereses y los resultados, gradualmente quebrantó las sociedades y los regímenes: cuanto menos veían los pueblos en uniforme el fin de la prueba y la recompensa a sus sufrimientos, más inclinados se sentían a cuestionar su sentido. Al enrolar a todos los hombres posibles bajo sus banderas, al exigir a todos el sacrificio supremo, la guerra de 1914 hizo de cada uno, hasta del más humilde, un

juez del contrato social. Constituyó a su manera un test democrático elemental y universal.

El primer régimen que cedió también fue el más débil, el más incapaz de soportar el peso material y moral de la guerra total: la última monarquía absoluta de la historia europea, su último Antiguo Régimen, la autocracia rusa, amenazada desde 1905. La guerra ruso-japonesa de 1904-1906 había abierto la crisis, y la guerra de 1914 entierra al zarismo. Desde luego, Nicolás II intentó hacer de ello un arma para reinventar contra los burgueses y los obreros una monarquía carismática y campesina. Pero improvisándose comandante supremo de un ejército que pronto fue derrotado, solo aceleró la devaluación de su autoridad. Su trono se volvió demasiado frágil para recibir una prórroga de la unión nacional de agosto de 1914. La derrota militar, al contrario, intensifica su aislamiento y precipita su caída al comienzo de aquel terrible año de 1917 en que la guerra se aplaca incluso en el Oeste, antes de reintensificarse con nuevos bríos.

Los rasgos esenciales de la Revolución rusa se explican por el desplome nacional y social que forma su cuadro y que es, a su vez, consecuencia de la desintegración de las fuerzas armadas. De Febrero a Octubre, nadie, ni un solo partido logra contener la anarquía; de una crisis a otra, el poder va derivando cada vez más hacia la izquierda, hasta que los bolcheviques lo recogen en las calles de San Petersburgo en el otoño. Sin embargo, no lo ejercen realmente en el interior hasta antes del otoño de 1918, cuando instauran el terror, el comunismo de guerra, el Ejército Rojo y los comienzos del partido-Estado.

Por ello, lo que muy pronto le da a la Revolución rusa de 1917 —mezcla de Febrero y de Octubre— un carácter universal es menos su estilo propio o sus ambiciones sucesivas (que por cierto nadie conocía bien) que su grito contra la guerra. Que los mujiks se apoderen de la tierra no es algo que deslumbre a los

campesinos-soldados del Oeste enterrados en las trincheras, pues ellos son propietarios desde hace siglos; que el zar haya caído, remplazado por un gobierno provisional del que forman parte los representantes de los diversos partidos no es para ellos algo inédito: por el contrario, está escrito de antemano en la historia del Occidente. Pero el pueblo ruso exige la paz y con ello muestra una solución al trágico callejón sin salida en que los gobiernos del Occidente se han dejado encerrar y se obstinan; porque París y Londres, apostando a Miliukov y después a Kerenski, intentan aún durante algunos meses pasar por alto la pasión central de la Revolución de Febrero; pero desde abril la desbandada militar rusa es incontenible, y el mensaje que llega del Este al Oeste resulta cada día más claramente el de la paz.

Cierto que si los gobiernos burgueses subestimaron la fuerza de Rusia, los bolcheviques finalmente vencedores sobrestiman su poder revolucionario en Europa. Antes de resignarse al realismo de Lenin, Trotski y la mayoría de ellos aguardan el levantamiento de los pueblos en uniforme, comenzando con los soldados alemanes.

Esas esperanzas utópicas se esfuman en Brest-Litovsk en marzo de 1918, con la cesión a Alemania de una tercera parte de la Rusia europea. En el otro frente, en el oeste, se contiene la crisis moral de 1917 en el ejército francés. El gobierno de Clemenceau, formado al fin del año, convirtió la guerra total en programa de acción. El «derrotismo revolucionario» predicado por Lenin desde 1914 no está aún a la orden del día. Además, su hora nunca llegará, ni siquiera en la Alemania vencida. Lo que mostró el año de 1917 ruso a los pueblos europeos es de un orden un poco distinto, aunque no menos importante. El año de 1917 dio a la idea de revolución menos un contenido doctrinal que el sentido universal de la paz recuperada o reconquistada. A falta de una salida negociada de la guerra, los acontecimientos rusos, que parecen tan confusos, tan caóticos y tan le-

janos al Occidente, poseen al menos una certeza: la de haber roto el maleficio que encadenaba las voluntades a una matanza sin fin.

Cuando la guerra termina, un año después, no es por medio de una negociación ni por una rebelión de los pueblos, sino por la capitulación de los imperios centrales, en vísperas de la desbandada militar. Hasta el fin, la contundente fuerza de las armas habrá dicho la última palabra. Pero si el derrotismo revolucionario no venció a la guerra, en cambio la paz con la derrota hace resurgir la idea revolucionaria, que volvió a aparecer el año anterior en el Imperio de los zares.[44] La República de los Consejos adopta una función de desquite sobre la desastrosa dominación de los generales. El bolchevismo, desde antes de existir claramente como filosofía política o como modelo revolucionario, se fortalece con el ejemplo que brinda el cese de las hostilidades. En la Alemania vencida, Kurt Eisner se adueña del poder en Munich; en Berlín, Liebknecht parece que desempeñará el papel de Lenin. En Austria-Hungría, que se reduce en sus dimensiones, Béla Kun triunfa en Budapest.[45]

La paz ha puesto la revolución a la orden del día.

III. EL EMBRUJO UNIVERSAL DE OCTUBRE

ASÍ, la primera Guerra Mundial hace volver al centro de la política europea la idea de revolución, porque se trata sin duda de un retorno. La democracia en Europa había tenido su cuna en la Revolución francesa, temblor de tierra cuyas ondas expansivas había resultado tan difícil controlar para los políticos del siglo XIX. A comienzos del siglo XX, estaba lejos de haber mostrado ya todos sus efectos, pues sus principios, victoriosos casi por doquier, coexistían con la pervivencia de instituciones anteriores, y sus ideas con ideas más antiguas. Por ello los europeos de 1914, antes de entrar en guerra unos con otros, formaban sin duda una civilización política mixta en el interior mismo de cada nación: la labor de la idea democrática, universalmente difundida, se había mezclado en diversas formas, según los casos, las tradiciones y las resistencias. Pero esta mezcla no conducía ya a la revolución. Incluso los partidos obreros, blandiendo la lucha de clases y el advenimiento del proletariado, se habían incorporado, por ejemplo en Francia y en Alemania, a la arena parlamentaria burguesa.

Había una excepción a esta situación: la Rusia de los zares, cuya fragilidad se había demostrado en el año de 1905. No obstante, a través de ella la revolución vuelve durante la guerra a la historia europea desde su punto más remoto. Este acontecimiento es excéntrico, pero no improbable en su modalidad primera: porque en la caída de Nicolás II y la instauración de un gobierno provisional en espera de una Asamblea Constituyen-

te, los europeos, encabezados por los franceses, reconocen su historia. Y se muestran tanto más atentos, pese a la distancia, cuanto que Rusia está en la guerra, aliada de los unos, adversaria de los otros, importante para todos. Lo improbable no está en el 17 de febrero, sino en Octubre, que le sigue tan de cerca.

A partir de Octubre y los bolcheviques la revolución adopta, en efecto, un papel inédito. Ya no enarbola el estandarte de la burguesía, sino el de la clase obrera. Al menos bajo esa proclama avanza, como realización de la demostración marxista de la caída de la burguesía y del capitalismo. Lo difícil del asunto se debe a que ese capitalismo apenas tuvo tiempo de existir: la revolución proletaria estalla en el más atrasado de los grandes países europeos. La paradoja ha alimentado de antemano un debate interminable en el interior del movimiento socialista ruso, y ni siquiera la toma del Palacio de Invierno por los hombres de Lenin zanja la cuestión, pues Octubre pudo no haber sido más que un *putsch* que se hizo posible gracias a la ocasión y, por consiguiente, sin una verdadera dignidad «histórica»: esto es lo que pensará, después de los mencheviques, el pontífice del marxismo Karl Kautsky. Así, lo que la Revolución bolchevique dice de sí misma no es fácil de creer. Que inaugura una nueva época en la historia de la humanidad mediante el advenimiento de los productores es una pretensión que no parece muy verosímil, ya sea teniendo en cuenta la historia de Rusia o las circunstancias tan excepcionales que rodearon la deriva política de la Revolución de Febrero.

Pero el poder de Octubre sobre el imaginario colectivo se debe también a una reactualización, a más de un siglo de distancia, de la más poderosa representación política de la democracia moderna: la idea revolucionaria. Esta reactualización fue interiorizada desde hace tiempo por los bolcheviques, que discuten desde el comienzo del siglo el precedente jacobino. Pero Lenin y sus amigos, antes de la guerra de 1914, no son más que

un pequeño grupo extremista de la Internacional Socialista. Cuando son proyectados al primer plano de la actualidad, en el otoño de 1917, no es solo porque hayan salido victoriosos, sino porque adornan con el encanto irresistible de la victoria un modo de acción histórico en el que la izquierda europea reconoce a sus antepasados y la derecha a sus enemigos. Dicho reconocimiento se renovará a lo largo de todo el siglo XX y gracias a él ningún territorio, ningún país por lejano, exótico e increíble que sea, será considerado incapaz de convertirse en soldado de la revolución universal.

¿Por qué es tan fascinante la revolución? Es la afirmación de la voluntad en la historia, la invención del hombre por sí mismo, figura por excelencia de la autonomía del individuo democrático. En esta reapropiación de sí mismo, tras tantos siglos de dependencia, los héroes habían sido los franceses de finales del siglo XVIII; los bolcheviques entran al relevo. El carácter extraño de esta sucesión imprevista no solo estriba en la nueva dignidad de una nación que había permanecido al margen de la civilización europea. También se debe a que Lenin hace la Revolución de Octubre en nombre de Marx en el menos capitalista de los grandes países de Europa. Pero a la inversa, esta contradicción entre la fe en la omnipotencia de la acción y la idea de las leyes de la historia bien puede ser lo que da a Octubre de 1917 parte de su influencia sobre los hombres: al culto de la voluntad, herencia jacobina pasada por el filtro del populismo ruso, añade Lenin las certidumbres de la ciencia, tomadas del *Capital*. La revolución recupera en su arsenal ideológico ese sustituto de religión que tanta falta le hizo a finales del siglo XVIII en Francia. Mezclando el desprecio a la lógica con esos dos elíxires, por excelencia modernos, compone una bebida lo bastante fuerte para embriagar a generaciones de militantes.

De este modo, la Revolución rusa nunca habría sido lo que fue en el imaginario colectivo de los hombres si no se hubiese

proclamado como la continuación del precedente francés; y si esta ruptura en el orden del tiempo no se hubiese revestido ya con una dignidad particular en la realización de la historia por la voluntad de los hombres. Como si el poder de la idea de la tabla rasa y del comienzo absoluto se reforzara extrañamente por el hecho de haberse producido ya en la historia. Esto es lo que hace necesaria una mirada a esta analogía tan poderosa antes de interrogarnos sobre la seducción del acontecimiento propiamente dicho.

Para comprender cómo se articula el leninismo en la tradición revolucionaria francesa, se puede partir del tratamiento de la Revolución francesa que hacen los bolcheviques. Para ellos, lo esencial es extraer por selección las fases de esta que supuestamente prefiguraron Octubre, sin dejar de criticar sus ilusiones universalistas, inseparables del carácter «burgués» de 1789. El episodio «jacobino» —en el sentido lato del término, que comprende la dictadura de la salvación pública, en 1793 y 1794 — es su preferido. Es el momento más voluntarista y también el menos liberal de la revolución. Presenta además la característica particular, única hasta 1917, de deberse por entero a la ambición revolucionaria, como si esta se bastara a sí misma: en efecto, desde mediados de 1793, la Convención renunció a aplicar la nueva Constitución que acababa de votarse. La revolución no tiene otro fin que ella misma; constituye por sí sola toda la esfera política. Aun así, los convencionistas no han consentido en ese poder sin ley sino a título temporal, hasta lograr la paz. En cambio, los bolcheviques hacen de ese gobierno de excepción una doctrina; han adoptado como regla el poder sin regla.[46]

Al menos, pueden reivindicar como antepasados, así sea imperfectos, a esos burgueses franceses de 1793 que, aunque en forma provisional, pusieron la revolución por encima de todo.

Se reconfortan hasta en la analogía cronológica: el año II borró 1789, así como Octubre borró Febrero.

Ahora bien, esta genealogía manipulada por las circunstancias echa raíces en la cultura europea, donde rápidamente encuentra sus cartas de nobleza. En Francia, por ejemplo, la Liga de los Derechos del Hombre organiza, entre el 28 de noviembre de 1918 y el 15 de marzo de 1919, una serie de audiciones sobre la situación en Rusia.[47] La liga se ganó sus títulos de nobleza en el caso Dreyfus y por tanto es irreprochable para la izquierda. Reúne a una burguesía intelectual que va desde la izquierda republicana hasta el partido socialista, e incluye grandes nombres de la universidad: Paul Langevin, Charles Gide, Lucien Lévy-Bruhl, Víctor Basch, Célestin Bouglé, Alphonse Aulard, Charles Seignobos: porque juzgar a la muy joven Rusia de los soviets es cosa de la izquierda; la derecha no necesita mayor información para odiar a Lenin. ¿Cómo podría mostrar la menor indulgencia hacia ese competidor derrotista, relacionado con la peor tradición nacional, la del Terror? La izquierda, por el contrario, considera la idea de revolución como inseparable de su patrimonio. Cierto que en el siglo XIX, para establecer por fin la Tercera República, los republicanos necesitaron conjurar los recuerdos de la Primera. Pero una buena parte de ellos no dejó de cultivarlos, y en 1917 no está tan lejos el momento en que Clemenceau proclamó ante la representación nacional que la Revolución francesa era un «bloque»…[48] Además, al mismo tiempo que un recuerdo, la revolución designa un futuro. Para un pueblo que en un tiempo hizo de ella una experiencia inolvidable, su dominio es de una elasticidad duradera, como la de un tribunal de apelación de las injusticias del presente. Antes de los bolcheviques, no pocas familias del socialismo francés se atribuyeron el precedente jacobino: Buonarroti, Blanqui, Buchez, Louis Blanc y Jules Guesde, para no citar más que los nombres célebres.

El retorno de esos recuerdos y de esas esperanzas es aún más vivo porque la vida política anterior a 1914 en general los había adormecido. La revolución, en Jaurès, sigue siendo el horizonte de la historia, el paso necesario por la emancipación de la clase obrera, previo a la sociedad sin clases. Pero es solo un horizonte. Lo que no impide las estrategias abiertas de coalición de las izquierdas ni las alianzas tácitas. La idea republicana y la idea socialista no son iguales, pero pueden avanzar juntas, siempre y cuando se ponga más atención al camino que al objetivo. Ahora bien, la victoria de Lenin en Octubre señala el triunfo de la convicción inversa, la supremacía del objetivo sobre el camino, la preferencia dada primero a la revolución, sobre lo que después la hace útil. Se acompaña de un rechazo abierto, violento y hasta enconado de todo reformismo. Al mismo tiempo que remite a la izquierda francesa —republicana y socialista— a sus orígenes, la hace avergonzarse de su pasado. De la exaltación de la voluntad jacobina extrae una condena a sus herederos: chantaje poderoso a la fidelidad, que desde entonces no deja de atrapar en sus garras a dichos herederos.

Y por ello vuelvo a esos días de fines del otoño de 1918, en que los augures de la izquierda intelectual francesa se inclinan sobre la cuna de la recién nacida Revolución soviética, bajo los auspicios de la Liga de los Derechos del Hombre. Los testigos convocados conocen la cuestión de primera mano, por haber vivido en Rusia en el periodo crucial. Se trata de un tal Patouillet, último director del Instituto Francés de Petrogrado; del economista Eugène Petit, allegado a los socialistas-revolucionarios, que vivió en Rusia de septiembre de 1916 a abril de 1918; del periodista Charles Dumas, socialista, exjefe de gabinete de Jules Guesde, quien pasó cuatro meses en Rusia entre diciembre de 1917 y marzo de 1918; del excónsul general de Francia en Moscú en 1917 y 1918, Grenard;[49] de algunos ciudadanos rusos, como Sujomlin y Slonin, exdiputados a la abor-

tada Asamblea Constituyente; Delevski Avkséntiev, miembros de la Liga Republicana Rusa o, también, del general Savinkov, exministro de Guerra de Kerenski. Todos esos testigos describen extensamente, ante el areópago republicano de la liga, la dramática situación de Rusia empleando el método de las «cosas vistas». Ninguno de ellos tiene opiniones políticas de derecha. Los franceses, salvo Grenard tal vez,[50] son demócratas y socialistas. Los rusos fueron actores de la Revolución de Febrero, varios de ellos son socialistas-revolucionarios y acompañaron a los bolcheviques después de Octubre hasta la disolución de la Asamblea Constituyente. Sin embargo, todos denuncian las concepciones antidemocráticas de los bolcheviques, empezando por Lenin y Trotski, la dictadura absoluta de una pequeña minoría de activistas, la mentira de los «soviets» y del poder obrero, el inicio del terror. Temiendo la inclinación reaccionaria de los generales «blancos», como Kolchak, piden la intervención de los Aliados, así como otras elecciones, enarbolando la novísima idea wilsoniana de la «Sociedad de Naciones». En ese concierto angustiado solo hay una voz discordante, pero que se encuentra allí «en misión». Es la de Borís Suvarin, quien alega en favor de la herencia del zarismo y aprovecha el papel nefasto de la contrarrevolución para justificar la lucha de clases, la democracia «real» de los soviets contra la dictadura burguesa, la necesidad del terror.

La revolución proletaria rusa se encontró en 1918 en la situación de la revolución burguesa en 1793. Contra ella, en el exterior, una coalición mundial, y en el interior la contrarrevolución (conspiraciones, sabotajes, acaparamiento, insurrecciones) y varias «Vendées». Las mismas causas produjeron los mismos efectos. Los enemigos de la revolución son responsables del terror.[51]

Así Suvarin defiende ya el Octubre soviético, un año después, menos por lo que han hecho los bolcheviques que por lo

que tienen la intención de hacer; menos por su capacidad de inventar la nueva democracia de los soviets que por la necesidad de combatir a sus enemigos del interior y del exterior. Como en 1793, la revolución se encuentra íntegra en la idea revolucionaria. Sobrepasa y hasta en cierto sentido devalúa el sentido de lo que supuestamente realizará; en el primer caso el advenimiento de la burguesía; en el segundo, el del proletariado: dos contenidos contradictorios, que sin embargo están envueltos en una gesta común y en una epopeya comparable de la voluntad. Esos intelectuales franceses de izquierda que acaban de escuchar los primeros testimonios «antisoviéticos» de la historia sienten un malestar justamente por esta comparación, que Suvarin les ha lanzado como una evidencia, pero que parecía casi natural desde antes de que él la mencionara. Porque vuelven a encontrar no solo el acontecimiento de la historia nacional que les es más familiar, sino la manera misma en que lo explican o lo enseñan. La violencia y los crímenes del Terror de 1793-1794, en Francia, el golpe de Estado antiparlamentario del 31 de mayo al 2 de junio:[52] ¿no tenían ellos la costumbre de atribuirle toda la responsabilidad a las circunstancias de la época, a la guerra exterior, a la contrarrevolución interior, a la Vendée? ¿Por qué negar la misma excusa absolutoria a los bolcheviques, que reclaman expresamente su beneficio?

En ese «jurado» de la Liga de los Derechos del Hombre se halla el más célebre especialista de la Revolución francesa: Alphonse Aulard, titular desde 1886 de la primera cátedra universitaria dedicada al tema en la Sorbona. Republicano, radical-socialista, masón, Aulard es precisamente el historiador de la Revolución francesa que más se ha valido de la absolución por las «circunstancias». En su obra, lo que tiene de terrorista la dictadura jacobina es imputable a la contrarrevolución; lo que anuncia del socialismo se debe a su fidelidad al mensaje de igualdad. Como buen militante republicano, no le convence el fanatismo

que percibe entre los bolcheviques. Pero el historiador de la Revolución francesa desconfía de una condena demasiado súbita a esos jacobinos rusos, que lo haría coincidir con la «reacción».

Las audiencias se inician desde fines de noviembre de 1918. El 28 de marzo de 1919,[53] en la séptima y última reunión del comité, bajo la presidencia de Ferdinand Buisson, el testigo del día es Avkséntiev, exministro socialista-revolucionario del gobierno provisional, quien precisa la situación de finales de 1918: el poder bolchevique, nacido de un *putsch*, es una dictadura antidemocrática, pero en la oposición a esta dictadura tienden a predominar los elementos de derecha, agrupados en torno al almirante Kolchak. En su opinión, la única solución es la constitución de una «Liga de Naciones» que haría presión política, y llegado el caso militar, sobre los bolcheviques para obligarlos a aceptar una Asamblea Constituyente.

La idea de una intervención de ese tipo, aun en esta forma nebulosa, suscita algo más que reservas entre los auditores franceses, y es Aulard, silencioso hasta entonces, el que mejor describe ese desgarramiento de su corazón. Vale la pena escucharlo:

> *Mi corazón, os digo, no es bolchevique, pero razono. Los bolcheviques, nos decís, no son demócratas, ya que no establecen el sufragio universal. ¿Hay en realidad en Rusia una proporción de iletrados que asciende a 85%? Yo no lo sé, vos mismo no lo sabéis, nadie puede saberlo. De lo que estamos seguros es de que los iletrados abundan entre vosotros. Ahora bien, ¿qué dicen los bolcheviques? Dicen —o al menos se nos dice que dicen— que no es posible poner los destinos del país en una masa en ese estado, que sería traicionar al país entregarlo a ella. Confieso que ese razonamiento me interesa. También la Revolución francesa fue hecha por una minoría dictatorial. No consistió en las gestas de aquella Duma en Versalles, sino que se desarrolló en la forma de soviets, y no solo en sus comienzos. Los comités municipales de 1789, y luego los comités revolucionarios, tanto los nuestros como los de ellos, emplearon procedimientos que hacían decir por doquier, en Europa y en todo el mundo en aquel tiempo, que los franceses eran unos bandidos. Así fue como triunfamos. Toda revolución es obra de una minoría. Cuando me dicen que hay una minoría que aterroriza a Rusia, yo entiendo esto: Rusia está en revolución.*

No sé lo que ocurra; pero me impresiona ver que en nuestra Revolución francesa tuvimos, como vosotros, que rechazar una intervención armada; tuvimos, como vosotros, emigrados. Me pregunto entonces si no es todo eso lo que dio a nuestra revolución el carácter violento que tuvo. Si en la Europa de aquel tiempo la reacción no hubiese decidido y practicado la intervención que todos conocéis, no habríamos tenido el Terror; no habríamos derramado la sangre o habríamos derramado poca. Porque se quiso impedir que se desarrollara la Revolución francesa, la Revolución francesa lo destruyó todo. Me veo obligado a comprobar que cuanto más se interviene militarmente, más parece fortalecerse el bolchevismo. Conozco a algunos que se preguntan: si se hubiese dejado tranquilo y extenderse al bolchevismo, ¿no se habría diluido? ¿No se habría vuelto menos peligroso? Por lo demás, ¿qué es el bolchevismo?...

Aulard, dejándose llevar por su elocuencia, va demasiado lejos. Los que escaparon de la democracia rusa de Febrero, que están frente a él, toman a mal esa comparación virtual con los emigrados. El profesor de la Sorbona retrocede unos pasos, les demuestra su simpatía, pero lo dicho dicho está. Por lo demás, ha expresado ideas o dudas que comparten visiblemente algunos de sus colegas, y no de los menores, como Ferdinand Buisson o Victor Basch, si hemos de juzgar por sus rápidas interjecciones. Entre los que escaparon de la Guerra de Febrero y los vencedores de Octubre, no es fácil para ellos tomar partido.

¿Por qué es tan difícil? Por las razones que ha expuesto Aulard. Porque son los herederos de una tradición revolucionaria, todopoderosa en sus espíritus, y sin embargo ambigua en relación con la libertad.

No sienten simpatía hacia el bolchevismo. Cierto es que aún no saben gran cosa de él. Como no son socialistas y no pertenecieron al mundo de la Segunda Internacional, no tienen ninguna razón para estar enterados, desde antes de la guerra, de las polémicas fratricidas encabezadas por Lenin en el interior de la socialdemocracia rusa. Como fueron grandes patriotas en 1914 e intelectuales movilizados contra el militarismo alemán, no sienten indulgencia por el «derrotismo revolucionario» leninista; deploraron la defección rusa oficializada en Brest-Litovsk. De manera más general, nada los lleva a la extrema izquierda, y menos aún al marxismo doctrinario. Son notables de

la izquierda francesa, fuertemente arraigados en la notabilidad y en la izquierda. Hay que insistir en ambos términos, puesto que parecen excluirse. Nada sería más inexacto que convertir a esos militantes experimentados de los Derechos del Hombre, excombatientes de la escuela laica y del caso Dreyfus, en políticos oportunistas de centro-izquierda. Son «republicanos», como se llama en la Francia de la época a esos tardíos herederos de la Ilustración que han conjuntado en ellos la virtud cívica, la religión del progreso mediante la escuela, el laicismo y el régimen de Asamblea: conjunto de convicciones heteróclitas pero fuertes, el cual los arraiga tan sólidamente a la izquierda que les disgusta la idea de tener enemigos en la izquierda. Pero al mismo tiempo, también han «llegado», instalados en las instituciones de la República, profesores, abogados, funcionarios, burgueses a su manera, aunque no les gusten demasiado la burguesía y el dinero. ¿Cómo podrían o habrían podido, si no es conociéndola, sentirse cercanos a una ideología como la de los bolcheviques? Aman la Revolución francesa, pero conocen el valor del tiempo. Su República tardó un siglo en echar raíces en Francia y aún tiene muchos enemigos.

De hecho, su concepción del progreso humano no excluye la idea socialista. La aplaza, pero no la excluye. Abramos el *opus magnum* de Aulard, recién dedicado a la «historia política de la Revolución francesa».[54] En opinión de su historiador, la Revolución de 1789 representa el advenimiento de la democracia política. Se encuentra en dos textos fundadores, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, de 1789, y la Constitución de la Montaña, de 1793: al asociarlos, Aulard une los dos «momentos» de la Revolución, tan violentamente separados por tantos de sus predecesores, para proclamar la unidad del gran acontecimiento. Estas dos cartas plantean los principios del porvenir, de los que después disponen las circunstancias. Los hombres de 1789 redactan la famosa Declaración, pe-

ro conservan la monarquía e instauran el sufragio censatario. Los de 1793 decretan la República y el sufragio universal, pero establecen su poder con base en la dictadura y en el terror. Se necesitó casi un siglo para que los franceses fundaran por fin esa República democrática cuyos rasgos habían imaginado sus antepasados. Ahora bien, también la idea socialista, según Aulard, se encuentra en los principios de 1789, por medio de la idea de igualdad: idea social y ya no política, tan «velada» por quienes la temen, «que aún hoy solo una minoría de franceses han desgarrado ese velo».[55] La consecuencia

> *... es que resulta erróneo oponer el socialismo a los principios de 1789. Y sigue siendo este error el que consiste en confundir la Declaración de Derechos de 1789 con la Constitución monárquica y burguesa de 1789. Sí, el socialismo está en contradicción violenta con el sistema social establecido en 1789, pero es la consecuencia lógica, extrema, peligrosa (si se quiere) de los principios de 1789, que reivindicaba Babeuf, el teórico de los iguales.*[56]

Así, Aulard no es marxista. Se opone a la denuncia de los principios formales de 1789 en nombre de la auténtica igualdad de los individuos. En los derechos del hombre ve la promesa de una emancipación social a largo plazo, después de la emancipación política y al precio de una igualación de las propiedades. En cuanto al calendario, no tiene prisa, y ese «si se quiere» puesto entre paréntesis revela bien sus dudas sobre los posibles beneficios de una revolución igualitaria. Pero ha notado que el espíritu de la Declaración del 26 de agosto de 1789 deja o puede dejar abierta la posibilidad de la igualdad social, y que la idea socialista es, en ese sentido, hija de la Revolución francesa, como lo muestra el ejemplo de Babeuf. Por tanto, no necesita ni la dialéctica ni la lucha de clases para concebir el socialismo: es una ampliación de la igualdad democrática. Su filosofía de la historia no va mucho más lejos, pero al disponer a las sociedades y los regímenes a lo largo de un esquema de esa índole, revela bastante sobre la división común a toda la izquierda intelectual. Aulard es socialista como Jaurès era repu-

blicano: en tono menor. Pero esos matices en el acento unen a los hombres progresistas más que separarlos.

Ahora bien, Lenin ha construido su personaje político mediante una lucha feroz contra este ecumenismo. Bajo su dirección, el Partido Bolchevique ha tomado el poder en Rusia en nombre de una ruptura radical con toda la izquierda, incluso y sobre todo socialista, incluso y sobre todo menchevique o, también, socialista-revolucionaria. El socialismo tocó a las puertas de la historia europea en la forma más propia para escandalizar a los franceses «republicanos», encarnado por la facción más extremista de la ex Segunda Internacional. En esta época, precisamente al término de la guerra, los pontífices de la Liga de los Derechos del Hombre probablemente ignoran el universo en el que se formó el marxismo de Lenin: al menos eso es lo que parece indicar la lectura de las actas de esas sesiones. Pero los hechos del nuevo poder surgido en Octubre son de una naturaleza capaz de perturbar sus convicciones republicanas, en especial la disolución de la Asamblea Constituyente y su dispersión por los guardias rojos en enero: abuso de autoridad que más bien debiera evocar, para los franceses de izquierda, el 18 Brumario que la reunión de los estados generales, y el entierro de la revolución más que su comienzo. Además, los rusos que están cerca de ellos para iluminarlos son hombres de comienzos de la revolución, es decir, de Febrero. No dejan de alegar que no son girondinos vencidos por republicanos más enérgicos, más consagrados a la salvación pública, sino demócratas y socialistas quebrantados por un nuevo poder autocrático. Los profesores de la Liga de los Derechos del Hombre, para saber que Lenin y Trotski son, de momento, enemigos jurados de la democracia, no necesitan haber leído sus diatribas contra el «cretinismo parlamentario»; les basta escuchar a esos sobrevivientes de la Revolución de Febrero que narran el encarniza-

miento de los bolcheviques para eliminar todo lo que queda de la democracia revolucionaria.

¿Por qué, entonces, solo parecen convencidos a medias y como inseguros sobre el juicio que deben emitir? La intervención de Aulard permite comprenderlo: porque creen que el Octubre bolchevique se parece más al 31 de mayo-2 de junio que al 18 Brumario, y que Lenin pertenece a la epopeya revolucionaria. En la ignorancia de sus concepciones en materia de organización del futuro régimen político, ignorancia que ni siquiera con la lectura de sus *Obras completas*[57] se habría borrado, lo imaginan más fácilmente como líder de la Montaña que como un nuevo Bonaparte. Aunque ordena disolver la Asamblea Constituyente, se encuentra en la extrema izquierda de la Revolución rusa, es decir, es el más revolucionario de los revolucionarios, entablando una guerra civil que amenaza agravarse con una intervención extranjera. La analogía con 1793 se fortalece si pensamos en la manera en que Aulard interpreta la Revolución francesa, constantemente dividida entre sus principios y las circunstancias en las que estos concretan la materia histórica. En esta *separación* se sitúa, según él, el curso de los acontecimientos revolucionarios, separación en gran parte ajena a los principios de la revolución, y debida justamente a la inercia de las cosas, pero sobre todo a la resistencia de los adversarios.

Así, toda la revolución es buena por lo que anuncia, pues lo que tiene de nefasto se debe a que no es ella: mecanismo de disculpa que fundamenta la interpretación «republicana» de la dictadura y del Terror del año II en las «circunstancias», pero cuyo beneficio también puede extenderse a la Revolución de Octubre, víctima de las inercias del pasado ruso (el analfabetismo), de la guerra civil y pronto de la guerra extranjera. Este argumento es aún más importante para Aulard en lo referente a los bolcheviques, ante la incertidumbre en que se encuentra sobre lo que debe pensar exactamente de sus ideas y de sus objeti-

vos. A falta de ese juicio, que se reserva, los defiende empero en nombre de la analogía de su situación con la de la Revolución francesa, como si finalmente sus intenciones contaran menos que los obstáculos puestos en su camino y las amenazas mortales que los rodeaban.

En un historiador que celebró en la Revolución francesa el nacimiento de la democracia política, ¡resulta extraordinaria la inversión de esta interrogación casi cómplice sobre una revolución que suprimió la democracia política en nombre de una supuesta analogía de las situaciones y de los medios! Aulard creyó volver a ver en los republicanos rusos de Febrero a los emigrados franceses que llamaban en su ayuda a la Europa reaccionaria. Lo vemos aquí, atrapado por la dialéctica de los dos bandos, la revolución y la contrarrevolución, y predicando la necesidad de las dictaduras revolucionarias de minorías. En su comparación vemos renacer la idea de la ejemplaridad de la Revolución francesa, ya no como conjunto de principios, sino como modo de acción. El militante de la Liga de los Derechos del Hombre dice lo contrario de lo que escribió el historiador de la Revolución francesa: las «circunstancias» han predominado sobre las ideas. Lo que compara y lo que defiende en ambas revoluciones, la francesa y la soviética, no es el hecho de que sean filosóficamente comparables sino, sencillamente, que son revoluciones. De pronto, la lejana Rusia no es ya el laboratorio de una aventura particular en nombre de principios peligrosos y hostiles a la democracia republicana a la francesa: es la nueva patria de una experiencia de cambio radical de la que dieron ejemplo los franceses, y en la que Octubre no es sino la continuación casi natural de Febrero.

Si el historiador republicano se deja llevar por el atractivo de la comparación, ¡qué decir entonces de su rival socialista! Aulard y Mathiez se detestan públicamente desde 1908. Los separa uno de esos odios feroces de vecindario que se alimenta del

hecho de compartir un mismo objeto de estudio, interpretado en ambos casos «a la izquierda». Uno es radical; otro, socialista. Uno de ellos esculpió la estatua de Danton; el otro se ha consagrado a Robespierre.

Y sin embargo, en política están menos alejados uno del otro de lo que creen cuando llega la guerra de 1914. En efecto, Mathiez revela ser un francés tan ardiente como su competidor de mayor edad. Escribe artículos patrióticos y hasta nacionalistas, exaltando el gran precedente jacobino. No deja de exhortar al Parlamento a mostrar mayor autoridad y a la República a tener una fidelidad más exacta a los jacobinos. La Revolución rusa de febrero lo llena de entusiasmo, como a Aulard. El psicodrama universitario prosigue, envuelto en la historia universal. Mientras que su viejo adversario pone a la Duma de San Petersburgo el ejemplo de Mirabeau y de Danton, Mathiez se indigna de que alguien muestre a «esas dos vergüenzas de la Revolución francesa»,[58] y contraataca con su propio panteón: Robespierre, Saint-Just y Couthon. Octubre encuentra un apoyo ferviente con la distribución de la tierra a los campesinos: a una fase moderada de la Revolución rusa le sigue una verdadera fase social, bajo la dirección de los bolcheviques-jacobinos contra el «girondino» Kerenski. Pero el tratado de Brest-Litovsk, que saca a Rusia de la guerra, enfría de tajo su entusiasmo, pues Mathiez no vio con mejores ojos que Aulard esta defección en la lucha contra el germanismo, prueba de que sigue siendo un buen socialista jacobino, y de ninguna manera un leninista.

Sin embargo, tres años después, a finales de 1920, se adhiere al Partido Comunista Francés, que nace en Tours. Recupera así su separación política de Aulard, uniéndose a la Tercera Internacional. Hace borrón y cuenta nueva sobre el asunto de Brest-Litovsk, que salvó a la revolución social de los bolcheviques y que no produjo la victoria de Alemania. Detesta a la derecha arrogante de la posguerra en Francia y a la Cámara «azul-hori-

zonte» de noviembre de 1919. Con la guerra civil y la intervención extranjera ha recuperado las características de la epopeya de la Montaña. A diferencia de Aulard, él comparte los objetivos revolucionarios de Octubre, y le fascina la idea del derrocamiento violento de la burguesía. No es más marxista de lo que había sido antes y de lo que será después, pero su odio a Danton y al burgués hace en él las veces de conciencia «proletaria». Atrás quedó el Lenin derrotista de 1914. ¡El jefe bolchevique se ha vuelto Robespierre! Y lo más asombroso de esta evolución es que Mathiez, cuando llega a celebrar la Revolución soviética, no encuentra mejores argumentos que compararla… ¡con la Revolución francesa![59] No solo discute las modalidades de ambos acontecimientos. También las juzga comparables por lo que ambos tienen de universal. Le encanta que la Revolución de Octubre, como la de 1789, tenga la ambición de emancipar a toda la humanidad: anotación profunda que se relaciona con la fascinación particular de Octubre, en comparación con Febrero, sobre la opinión pública. Pues el derrocamiento del zar y de la autocracia fue solo aún un acontecimiento ruso, que puso a la vieja Rusia en consonancia con la hora europea, mientras que la Revolución de Octubre se marcó como objetivo el fin del capitalismo y la liberación del proletariado. Lenin, surgiendo después de Kerenski, no solo es la Montaña después de la Gironda, Robespierre después de Brissot. También es el jefe político por quien la Revolución rusa se vuelve universal, mientras que la Revolución francesa lo había sido desde 1789.

Hay algo extraordinario y hasta un poco misterioso en la facilidad con que esta idea del universalismo de la Revolución soviética ha echado raíces tan pronto. Porque si Febrero es saludado las más de las veces como algo inevitable, es con el fin de recuperar un día a la Europa civilizada. La caída del zar y el advenimiento de una república forman parte de los sucesos que ya se han producido en Europa, y que el caso tan particular de

Rusia permite ver de nuevo. Ahora bien, ocho meses después lo que anuncia la Revolución rusa con Octubre es la transformación de la sociedad universal; de este modo Rusia pasa del papel de farol rojo al de faro de la historia; y una gran parte de la opinión pública europea pronto lo cree a pie juntillas. El artículo de Mathiez permite comprender ciertos caminos por los cuales se efectúa esta conversión, que no tiene nada que ver con el conocimiento de los hechos. Si el historiador francés admira a los bolcheviques es porque estos imitan la Revolución francesa y en especial aquella parte de la Revolución francesa a la que él rinde verdadero culto. La imitan subjetivamente, porque decidieron imitarla, y objetivamente, porque lograron imitarla. Por ello, la Revolución rusa pierde parte de su lejanía, cualesquiera que puedan ser sus rasgos particulares y pese a haber firmado la lamentable paz separada de Brest-Litovsk. Asciende a la dignidad sucesora de hermana menor o de hija de la Revolución francesa, dramática como la mayor, universal como ella, y por analogía nuevamente familiar al imaginario colectivo de los intelectuales y de los pueblos europeos.

¿Qué quiere decir «universal» exactamente? Si el adjetivo implica un parentesco filosófico con la Revolución francesa, ¿de qué naturaleza es este parentesco? Mathiez no es un verdadero marxista y por tanto no tiene entre su arsenal de ideas el concepto hegeliano de «negación-superación» de 1789 por 1917. Por lo demás, admira demasiado a Robespierre para convertirlo en el héroe involuntario de una revolución burguesa; no pone nada por encima del ideal democrático que deduce de los discursos del Incorruptible. De tal suerte que para él, el universalismo de la Revolución rusa es de la misma naturaleza que el de la Montaña, del que es un simple desdoblamiento, una manifestación nueva más de un siglo después del fracaso de la primera: es el universalismo democrático de la Ilustración tal como se encuentra en el *Contrato social*. «Al entregar a los so-

viets todas las funciones del Estado», escribe Mathiez, en un artículo posterior, de septiembre de 1920,

> *... Lenin espera evitar los inconvenientes de la burocracia y del parlamentarismo y realizar en lo posible ese gobierno del pueblo por el pueblo que es para él, como para Jean-Jacques y para Robespierre, lo propio de la verdadera democracia.*[60]

Rousseau, Robespierre, Lenin: la filiación es doblemente extravagante, tanto por las filosofías que compara como porque mezcla ideas y acontecimientos cual si fueran intercambiables; pero muestra cómo el bolchevismo se instala en lo más profundo de la tradición democrática. Hasta sus actos más dictatoriales —la disolución de una Asamblea elegida, la ilegalidad como sistema, el terror como instrumento de poder— pueden cambiar de signo y considerarse al servicio de las intenciones democráticas, ya que tienen antecedentes en la Revolución francesa. El atraso ruso respecto de Occidente hizo que Lenin y sus amigos solo atacaran su antiguo régimen más de cien años después de los franceses; pero lo hicieron con la misma violencia, los mismos métodos y en nombre de los mismos valores que los jacobinos de 1793. La particularidad rusa solo se debe a esa diferencia en el tiempo: lo que equivale a decir que puede ser reducida fácilmente por el discurso de la repetición histórica, que da a los bolcheviques el beneficio del universalismo jacobino.

La interpretación de Mathiez se apoya en citas de Lenin, quien nunca escatimó la comparación con los revolucionarios del año II. Y no sería difícil mostrar hasta qué punto el ejemplo francés está presente en el espíritu de los actores de la Revolución bolchevique; esto es particularmente cierto a partir del verano de 1918, cuando se organiza el aparato del terror rojo tras la ruptura final con los socialistas revolucionarios.[61] Sin embargo, la analogía borra un rasgo de la Revolución rusa que no tiene equivalente en la Revolución francesa: a saber, la irrupción, en el curso de los acontecimientos, de un partido que pro-

cede a hacer una confiscación absoluta del poder en nombre de principios inversos a los de los comienzos de la revolución. El argumento de Mathiez equipara el 10 de agosto de 1792 o el 31 de mayo-2 de junio de 1793 francés (esta vacilación sobre las fechas es en sí significativa) al «Octubre» ruso. Como si el club de los jacobinos fuera idéntico al Partido Bolchevique. Como si la reglamentación económica por el Estado en nombre de la salvación pública pudiese compararse con la prohibición de la propiedad privada de las fábricas. Como si los esbozos de programa social de la Convención fuesen comparables a la expropiación de las propiedades burguesas en nombre de la clase obrera… ¡La lista de los «como si» podría ser interminable!

En realidad, traduce dos cosas. Primero, la obsesión del historiador francés por la tradición revolucionaria nacional, que lo absorbe y le hace ver por refracción toda la historia. Luego, y sobre todo, su ignorancia del leninismo, que es un cuerpo de doctrina constituido. Porque si bien el líder bolchevique a menudo invocó el precedente jacobino para decir que le gustaría imitar su violencia y su extremismo, no dejó de denunciar la mentira del universalismo democrático, aun en su forma revolucionaria. Al correr de los años y a fuerza de excomuniones, construyó una pequeña vanguardia de militantes, supuestamente portadores de las leyes de la historia, y que bajo su dirección supuestamente eran los intérpretes y los agentes únicos de la dictadura de una clase social en embrión. Inventó el partido ideológico con fidelidad militar, mezclando en fuertes dosis la idea de una ciencia de la historia, por una parte, la de la omnipotencia de la acción, por la otra, y prometiendo así a los iniciados el poder absoluto al precio de su obediencia ciega al partido. Vemos aquí otros tantos elementos que hacen del momento en que el poder recae en él, más por accidente que por necesidad, una ruptura en el curso de la Revolución rusa y en la historia europea. Lejos de ser una repetición, Octubre de 1917 es

una total novedad. Los rasgos que el acontecimiento tiene en común con la dictadura jacobina (el hecho de haber sido incubada por una revolución anterior, el establecimiento de un poder ejercido por una pequeña oligarquía militante sobre un pueblo aterrorizado, y por último el despliegue de una violencia sin reglas contra los adversarios) ocultan, bajo la aparente compatibilidad de las situaciones, poderes revolucionarios que casi no se asemejan.

El futuro lo demostrará, además, ya que el Partido Bolchevique va a conservar durante 74 años el poder absoluto en la ex Rusia de los zares, mientras que Robespierre y sus amigos no «reinaron» verdaderamente sobre la Francia revolucionaria más que durante cuatro meses.[62] La comparación con la Revolución francesa se volverá así cada vez más insostenible a medida que la dictadura del partido de Lenin resulte más interminable. Y sin embargo no cesará jamás. Se la verá reaparecer, pese a su creciente absurdidad, como elemento de interpretación o de justificación de los acontecimientos soviéticos. La Nueva Política Económica (NPE) evocará el recuerdo de Termidor; pero la NPE no afecta en nada la naturaleza de la dictadura, mientras que el Termidor francés obtiene todo, comenzando por su nombre, de la caída de Robespierre y del fin del Terror.[63] Las purgas del decenio de 1930 efectuadas por Stalin en el Partido Bolchevique en nombre de la lucha contra las conjuras contrarrevolucionarias serán comparadas a la liquidación de los hebertistas y de los dantonistas,[64] como si esas «conjuras» tuvieran una credibilidad complementaria por el hecho de que los robespierristas las hubieran realizado antes; el argumento será retomado para justificar los grandes procesos del decenio de 1950 en las «democracias populares» de la Europa centro-oriental. Por regla general, el precedente de la Revolución francesa, y más específicamente de su periodo jacobino, sirvió desde 1917 como absolución general para la arbitrariedad y el te-

rror que caracterizaron toda la historia soviética, con intensidades variables según los periodos.

Este uso interesado del pasado se acompaña de una deformación constante, a lo largo del siglo, de la historia de la propia Revolución francesa, cada vez más acaparada por especialistas comunistas o comunizantes: puesto que lo más importante del acontecimiento francés (y oculto en su evolución) era lo que anunciaba su superación posterior, su verdadero centro ya no era 1789 sino 1793; ya no los derechos del hombre y la elaboración de una Constitución, sino la situación social y política de las clases populares y la dictadura de salvación pública. Mathiez señaló el camino, pero no llegó hasta su término. Conservó aún el equilibrio entre el universalismo jacobino y el bolchevique. Según él, la Revolución francesa queda prisionera de su condición burguesa que le permite, si acaso en su periodo más «avanzado», «anticipar» lo que la seguirá. Anuncia la emancipación de los hombres sin poder emprenderla en realidad. Octubre de 1917 es el heredero de esta promesa abandonada, esta vez para realizarla, pues la burguesía vencida no obstaculizará más las conquistas del pueblo. Así, el orden sucesivo de las dos revoluciones revela el trabajo de la historia, para ventaja del acontecimiento ruso. Los jacobinos tuvieron anticipaciones, y antepasados los bolcheviques. Gracias a esta devolución imaginaria, la Unión Soviética de Lenin se instaló en el puesto de piloto del progreso humano, en el lugar que le conservó, fresco, desde fines del siglo XVIII, la Francia de la Revolución.

No creo que antes de nuestro siglo existan otros ejemplos de este ascenso súbito de una nación en el imaginario colectivo de los hombres, de la situación de país atrasado a la condición de Estado-faro. En cambio, en nuestro siglo existen varios. Después de que las revelaciones de Jruschov empañaron la imagen de la Unión Soviética, la China de Mao la relevó por un momento en ese papel, para no hablar siquiera de la Cuba de Cas-

tro. Esta cascada de modelos lejanos no solo expresa la reducción de la esperanza revolucionaria a lo largo del siglo. Su constancia y su duración, su supervivencia a los desmentidos de la experiencia también revelan su profundidad. Privado de Dios, nuestro tiempo ha divinizado la historia como el advenimiento del hombre libre. De esta historia convertida si no en sustituto de salvación al menos en lugar de la reconciliación del hombre consigo mismo, el momento mitológico por excelencia ha sido la Revolución de Octubre.

Para comprobarlo no hay más que ver la rapidez con que Octubre eclipsó a Febrero, la lentitud con que el mito de Octubre cedió ante la evidencia de los hechos. En efecto, en su origen, los acontecimientos de Octubre están imbricados en lo que comenzó con la caída del zar, ocho meses antes: por ejemplo, bien lo entiende así Mathiez, quien compara a Kerenski con un «girondino» y a Lenin con Robespierre. Sin embargo, la República de Febrero pronto pierde su importancia relativa en favor de la toma del poder por los bolcheviques o, mejor aún, es casi absorbida por lo que la siguió, arrinconada entre Nicolás II y Lenin, hasta el punto de perder toda identidad histórica. Al colocarse, al contrario, en el otro extremo de la misma historia, en los decenios en que el brillo de Octubre declina antes de desaparecer (es decir, desde Jruschov), la revolución de los bolcheviques sobrevive largo tiempo en el imaginario colectivo de la izquierda occidental al aborrecimiento de que es objeto entre los pueblos que han sufrido sus consecuencias. Esta prórroga se fundamenta en una redefinición histórica comparable, aunque de sentido contrario, a la que borró la Revolución de Febrero: basta deslindar a Lenin de Stalin para reinventar un Octubre purificado. El procedimiento parece tan tentador que no es posible jurar que no servirá mañana para una reanimación póstuma de la mitología «soviética».

Porque la fuerza de esa mitología consiste en verse respaldada, desde su nacimiento, en un precedente, y en conciliar así los privilegios de lo absolutamente nuevo con los hábitos mentales de una tradición.

Privada de la referencia francesa, la Revolución de Octubre habría conservado mucha de su extrañeza objetiva. Cierto, tiene la ventaja de enmarcarse en un contexto en que muchos de los antiguos combatientes de la guerra se interrogan a posteriori sobre el sentido de tantos sufrimientos. El derrotismo leninista de agosto de 1914, que iba a contracorriente durante los años de la guerra, alcanzará a importantes sectores de la izquierda europea después de 1918. Además, el Partido Bolchevique se considera a sí mismo el destacamento de vanguardia de la revolución mundial, y nada más. En esa época, Lenin y Trotski no imaginan que su poder llegue a sobrevivir largo tiempo si no es relevado por la clase obrera europea; tienen la mirada fija en Alemania. Sin embargo, ni los cuestionamientos sobre el sentido de la guerra ni el llamado a la revolución universal hubiesen bastado para arraigar el bolchevismo en el Oeste entre amplias capas de la opinión.

Rusia está lejos de Europa. La Revolución de Octubre es doblemente remota: geográfica y cronológicamente. Sustituye al derrocamiento del zarismo, que expresó esta distancia: la que cayó a comienzos del año 1917 fue la última de las monarquías absolutas. ¿Cómo suponer que a un acontecimiento simbólico del retraso en que se hallaba Rusia lo suceda, unos meses después y en el mismo lugar, otro acontecimiento que prefigura el porvenir de Europa y del mundo? Los marxistas, encabezados por Kautsky, fueron los primeros en denunciar lo inverosímil de semejante ambición, tomando en cuenta su concepción de la historia. Proclamar a la vieja Rusia, apenas salida de la autocracia, como patria de la clase obrera internacional era poner el mundo al revés.

Sin embargo, todo cambia si consideramos Octubre a la luz del desarrollo de la Revolución francesa. Neutralizando lo desconocido mediante lo conocido, se reintegra la historia rusa a la matriz occidental, lo que permite olvidar o conjurar sus dificultades. Revolución, contrarrevolución, partidos, dictadura, terror, economía dirigida: ideas abstractas que funcionan como equivalencias. Octubre después de Febrero es como la Montaña después de la Gironda: la disolución de la Asamblea Constituyente por los bolcheviques adquiere la categoría de evidencia si nos remitimos a la purga de la Convención, el 2 de junio de 1793. Se trata más de delimitaciones de situación que de una demostración doctrinal. Eso dice el razonamiento analógico, que libera al historiador —y a la opinión después o junto con él — del examen de lo particular, tanto en los acontecimientos como en las intenciones de los actores. También les da un privilegio más extraordinario, que consiste en abolir el peso del pasado en el análisis de una y otra revoluciones. En efecto, si son tan comparables, ¡qué importan los «antiguos regímenes» que las precedieron!

La ilusión de la «tabla rasa», inherente a la idea revolucionaria, también ayuda a universalizarla. Expresa el «constructivismo» espontáneo de la opinión en la época democrática, su tendencia a imaginar lo social como simple producto de la voluntad; revela el rechazo de la tradición, la pasión del porvenir. Su fuerza desborda lo que dice Lenin, lo que quiere, lo que puede. Lo envuelve en la seducción de otra historia del gran recomienzo, la de los franceses, que hizo soñar a toda la Europa del siglo XIX. Poco importa que el jefe bolchevique sea un doctrinario de la dictadura de un solo partido, que deteste el sufragio universal y el régimen representativo, que crea en el comunismo como en la sociedad futura deducida de una ciencia de la historia; y aún menos que sea populista tanto como marxista y que deba más, acaso, a Chernishevski que a Marx. Porque la

abolición del pasado por parte de la revolución lo liberó al mismo tiempo, también a él, de las determinaciones particulares del pasado ruso. La izquierda europea ve la Revolución rusa de 1917 menos como rusa que como revolucionaria; de ahí, más que del marxismo, recibe lo que se ha considerado como su universalidad.

Por ello fue Octubre y no Febrero el que se benefició de ese privilegio. El derrocamiento del zarismo en febrero todavía es un fenómeno local, el último episodio de ese intento por alcanzar al Occidente que es una de las obsesiones rusas desde Pedro *el Grande*. El gran país semibárbaro, mantenido bajo la bota de un soberano del Antiguo Régimen, se pone al parejo de Europa. No inventa una historia nueva, sino que se alza hasta el nivel de la historia conocida.[65] Aliado a las democracias parlamentarias del Oeste, en guerra a su lado contra Alemania desde 1914, encuentra en su revolución democrática justificaciones complementarias a su política exterior. Francia y Alemania saludan, por su parte, a la nueva República como la última en llegar por un camino que ellas han señalado. Febrero sigue siendo una revolución rusa.

Que Octubre es otra cosa lo muestran no solo el decreto sobre la tierra a los campesinos, sino la voluntad de los bolcheviques de salir de la guerra, y pronto (marzo de 1918) Brest-Litovsk. Por una parte, Lenin concluye la Revolución rusa confiscando el poder en algunos meses; por la otra, inaugura una nueva contra la burguesía en nombre del bolchevismo. Discontinuidad fundamental, que se les escapa a Aulard[66] y a Mathiez por su comparación con la Revolución francesa. Los dos grandes historiadores franceses ven a Lenin menos como el inventor de un régimen social inédito que como el político más izquierdista de una revolución democrática iniciada ocho o nueve meses antes. Encarna menos una doctrina nueva que la fide-

lidad al curso de la revolución y, por tanto, a la propia idea revolucionaria.

De allí su universalidad, la misma que la de Danton o la de Robespierre. Es el hombre por excelencia de ese *espíritu* que colmó a Francia en aquellos años extraordinarios y que reapareció en Rusia en 1917: de ese espíritu que, a falta de un nombre mejor, se llama «la revolución». Definirlo con precisión es difícil, casi imposible, pues no tiene punto fijo o clara desembocadura, como en la historia estadunidense, y solo encarna en un infatigable fluir de acontecimientos. En efecto, la Revolución francesa nunca fue más que una sucesión de «jornadas» y de batallas en torno de una sola idea: que el poder sea del pueblo, principio único e indiscutido, pero encarnado en hombres y en equipos que, por turnos, se arrogan esa legitimidad sin poder inscribirla nunca en instituciones duraderas. De suerte que su verdad termina por expresarse en 1793, bajo la dictadura de la Montaña, con la fórmula de que el gobierno de la Revolución es «revolucionario»; esta tautología expresa estupendamente la naturaleza excepcional de ese poder sin reglas y, sin embargo, más legítimo que si fuera legal. Tal es el misterio de la fascinación que aureola al poder bolchevique más de cien años después del poder jacobino.

Así, la revolución no solo es un modo privilegiado del cambio, un atajo para llegar más pronto al porvenir. Es, a la vez, un estado social y un estado de ánimo en el que se ponen al descubierto las abstracciones jurídicas al servicio de los poderosos mediante la dictadura del pueblo auténtico, por encima de las leyes puesto que allí empiezan las leyes. De ahí que tenga tantos enemigos, y enemigos tan fuertes, y que nunca termine de vencerlos. La hora de la ley no suena jamás, salvo que también sea la de la «reacción», como en Termidor. En 1920 los bolcheviques aún están como en tiempos de Robespierre; si como acontecimiento la revolución no puede ser más que un curso al no

tener jamás un fin aceptado por todos, ¿cómo no darse cuenta de que ellos siguen ejemplificando el espíritu revolucionario contra sus enemigos del interior y del exterior?

Todos los revolucionarios de 1793 en Francia habían querido ser fieles a las promesas de igualdad democrática, descender de lo político a lo social, instituir una sociedad en que el individuo de los intereses y de las pasiones egoístas hubiese cedido el paso al ciudadano regenerado, único actor legítimo del contrato social. Esta intención había sido su único título para llegar al poder, ¡pero qué título! Eminente, autosuficiente, superior a cualquier Constitución. De aquí había recibido Lenin la herencia que lo ponía, de un solo golpe, frente a los mismos enemigos. Y, como los franceses de 1793, se encontraba en la situación revolucionaria por excelencia: poseído íntegramente por la pasión de proseguir con la interminable emancipación de los hombres y amenazado por quienes, al contrario, deseaban impedirla o simplemente retrasarla.

Para seguir la comparación entre 1793 y 1917 no es necesario, por consiguiente, instaurar un orden jerárquico entre los dos acontecimientos y creer que el posterior es superior al de antes; que la revolución comunista es verdaderamente universal, verdaderamente emancipadora a la inversa de la revolución burguesa: esto es lo que dice Lenin. Que la primera «realiza» por fin las «anticipaciones» de la segunda será más adelante la tesis de la historiografía marxista-leninista, casi por todo el mundo. Pero a Aulard, en 1918, le basta que la Rusia bolchevique de los años 1918-1920 «se asemeje» a la Francia de 1793; y a Mathiez, que Lenin sea la reencarnación de Robespierre. Uno de ellos no es comunista, es un buen republicano. El otro se inscribe en el joven Partido Comunista Francés desde su fundación, aunque no permanecerá ahí largo tiempo por su alergia al centralismo dictatorial de la Tercera Internacional. En su opinión, pues, la Revolución soviética se ha interrumpido, co-

mo antes de ella la Revolución francesa. Mas no por ello ambos acontecimientos dejan de conservar en común ese carácter grandioso de haber sido revoluciones.

Así, se puede amar «Octubre» sin ser comunista. Y hasta se puede dejar de ser comunista y seguir amando «Octubre». Gracias a Lenin, la Revolución rusa ha dejado su alejamiento ruso, se ha entroncado en el precedente jacobino y se ha reintegrado a la historia universal. Los sucesos de 1793 no habían hecho olvidar los de 1789, pero Octubre sí ha borrado a Febrero. En el primer caso, los dos grandes episodios de la Revolución francesa no han dejado de ser recordados y reestudiados a la vez como distintos y como trama de un mismo acontecimiento. El análisis de su interdependencia y el juicio sobre su alcance respectivo han ocupado el centro mismo de las interpretaciones. Nada similar ocurre en el segundo caso: Octubre relega a Febrero en su particularidad rusa y acapara en su provecho el universalismo revolucionario. El triunfo de esta confiscación no solo se debe a la meta que se fija Lenin, que consiste en construir una sociedad nueva, y a los múltiples llamados a la solidaridad internacional de los proletarios. Como lo muestran las reacciones de la izquierda intelectual en Francia, también se debe a que la Rusia bolchevique de Octubre, por el relevo jacobino, se instala en la herencia de la Revolución francesa, que ha permanecido abierta desde Termidor.

Paradójicamente, en el momento mismo en que Lenin anula la Asamblea Constituyente, liquidando toda oposición, insultando a sus críticos socialdemócratas, denunciando el pluralismo político e instaurando la arbitrariedad del terror, ocupa su lugar en la tradición democrática de la Europa continental por vía de 1793. No obstante esa había sido ya la paradoja de Robespierre.

Por sí sola, la idea leninista no hubiese penetrado tan profundamente en la opinión de la izquierda de la época. Es y se-

guirá siendo estrecha, fanática y casi primitiva. Pero al combinarse con la idea jacobina adquiere por fusión su fuerza mitológica y, simultáneamente, su credibilidad «burguesa». Esta capacidad de síntesis es uno de los secretos de su aptitud para sobrevivir a las catástrofes que provocará al atravesar el siglo.

Nos queda ahora por considerar la Revolución de Octubre en lo que tiene de propio.

En efecto, ese formidable complemento al capítulo de las revoluciones no siempre embona fácilmente en la herencia que le sirve de modelo. Toma forma más de un siglo después, en otro país y en otras circunstancias. Se adorna con un estandarte novísimo, el del proletariado victorioso. El legado de la Revolución francesa era rico, variado, difuso como la propia democracia: de ahí las formas tan diversas en que se han apropiado de ella diferentes actores. La atracción de la Revolución de Octubre implica una fidelidad más estrecha: lo que hace su universalidad más extraordinaria, pero también más problemática. Algunos burgueses pueden reconocerla. Pero otros marxistas pueden refutarla.

Apenas ha entrado el bolchevismo en la historia cuando por todas partes se desbordan las singulares circunstancias de su victoria en el antiguo Imperio de los zares. Desconocido ayer, desde Octubre de 1917 llena al mundo con sus promesas, renovando un siglo después el misterio de universalidad de 1789. Además el mensaje de la Revolución francesa se había quedado desde hacía tiempo dentro de las fronteras de Europa. El de la Revolución rusa lo rebasa muy pronto, en virtud de un privilegio de extensión que conservará a lo largo del siglo. Teoría esotérica antes de 1914, el marxismo de Lenin constituye muy pronto una creencia universal que despierta pasiones extraordinarias entre sus adeptos y sus adversarios: como si la revolución más remota de Europa poseyera a través de su cuerpo de ideas un poder de seducción tan general que fuera capaz de lle-

gar con su ejemplo más allá de Europa y América, a humanidades donde ni el cristianismo ni la democracia habían podido verdaderamente penetrar.

Esta bendición dada por la historia a un acontecimiento que no merecía tanto se debe en gran parte a la excepcional coyuntura de 1917-1918. Octubre de 1917 en Petrogrado corona el año en que se produjeron las primeras manifestaciones colectivas de los soldados contra la guerra. Señal de emancipación de los pueblos respecto de la fatalidad de la matanza mutua, la Revolución rusa del otoño hizo lo que los hombres de Febrero no se atrevieron a hacer: realizada por campesinos-soldados más que por la «clase obrera», puso a la guerra en contra de sí misma y a los hombres de 1918 en contra de sus recuerdos de 1914. Así, su mayor brillo proviene de la tragedia que la precedió: el país más primitivo de Europa señala el camino a los países más civilizados de Europa, cuya historia no ha dejado de imitar sin haber podido encontrar hasta entonces ocasión de precederla. En suma, a la idea revolucionaria, inseparable desde 1789 de la democracia, el bolchevismo victorioso le ofrece el prestigio complementario de la paz y la fraternidad internacional.

También la Revolución francesa se había declarado la del género humano y de la paz universal. Pero había hecho la guerra, había conducido sus ejércitos más allá de sus fronteras; hasta acabó por poner a la cabeza a un conquistador puro, el más glorioso de sus soldados. Además sus herederos del siglo XIX en Europa y América Latina habían preferido su legado nacional a su enseñanza de libertad. Y los cañones de agosto de 1914 habían enterrado en toda Europa, en sentido propio y figurado, la libertad en nombre de la patria. Los bolcheviques lo habían predicho; no habían cedido a la corriente. Además, ofrecían una explicación del conflicto basada en las contradicciones del capitalismo, esa realidad última oculta bajo las figuras gemelas

de la democracia y de la nación. Así, su internacionalismo no parecía *a posteriori* una simple declaración de principios, sino una estrategia de acción finalmente victoriosa: Octubre había reunido como en un haz la revolución y la paz.

Sin duda, la Revolución rusa no obtuvo esa aureola desde 1917, en el momento en que ocurrió. En febrero las opiniones públicas reaccionaron de manera similar a las cancillerías. Del lado aliado, divididas entre la satisfacción de ver caer al último de los «antiguos regímenes» y el temor de que los ejércitos rusos defeccionaran; con sentimientos inversos del lado alemán, que en adelante tendrá el mayor interés en la anarquía del lado ruso, y que aportará su contribución al «derrotismo revolucionario» de Lenin. En octubre, la toma del poder por los bolcheviques aviva esos temores y esos cálculos. Rusia ha entrado en terrenos desconocidos y pronto firma la paz con los alemanes en condiciones increíblemente duras. Sin embargo, la pequeña secta leninista se adelanta a un vasto movimiento de opinión, sensible desde 1917; sobre todo a través de los motines en el ejército francés y que se expande en el otoño de 1918: el fin de la guerra aguza entre los supervivientes la conciencia retrospectiva de sus sufrimientos, y siembra la duda sobre el sentido de su sacrificio. Y *a posteriori* le da a la estrategia radical de Lenin, tan poco seguida y hasta tan poco comprendida en agosto de 1914, la resonancia inmensa del pacifismo, sentimiento más natural que el entusiasmo guerrero entre los pueblos democráticos. Por este hecho, la paz de Brest-Litovsk firmada en marzo de 1918 pronto deja de ser una defección bolchevique para presentarse como el primer anuncio del fin del conflicto. Porque se propuso lograr la paz a cualquier precio como primera tarea, la Revolución de Octubre revela y encarna por excelencia el profundo trabajo por el cual los pueblos en armas terminaron por interrogarse sobre las razones de la guerra. Así,

la Rusia comunista se ha convertido en uno de los polos de la conciencia europea.

También pertenece ya, más que nunca, a la historia europea, pues no se le ve otro porvenir aparte de una extensión victoriosa de los soviets de obreros y de soldados más allá de sus fronteras, empezando por la Alemania vencida. Inmensa diferencia con los revolucionarios franceses de 1789. Los hombres de Octubre de 1917 no conciben el éxito de su empresa sin un rápido relevo que llegue de otra parte. Lenin, Trotski y los hombres del Partido Bolchevique no imaginan otro camino de triunfo duradero para su empresa que el paso a su bando del país más grande de Europa, que también es la patria de Karl Marx. En opinión de ellos, la idea no es una hipótesis, un buen deseo o una simple estrategia: es a la vez una certidumbre y una necesidad para la supervivencia. Iniciada en Rusia, en el punto más débil del sistema del imperialismo, la revolución proletaria estará condenada a morir si no se extiende a los pueblos europeos que sobrevivieron a la guerra imperialista, empezando por los vencidos. Para Lenin no hay duda de que el destino de Octubre de 1917 se decidirá fuera de Rusia, con el compromiso político total de la Rusia comunista. En esta época, nada le habría parecido más extraño y absurdo que la idea de fundar una estrategia duradera sobre el «socialismo en un solo país».

A esta disposición transnacional de las fuerzas, las potencias victoriosas de la guerra aportan su contribución por el apoyo que ofrecen desde fines de 1918 a los ejércitos contrarrevolucionarios que se han movilizado en el antiguo Imperio de los zares.[67] A esta guerra llamada de «intervención» nunca se le da el seguimiento necesario para llevarla a la victoria, pero ella basta para dar cuerpo a la idea de bipolarización de la Europa de posguerra, pues reanima algunos recuerdos: revolución, y contrarrevolución se enfrentan una vez más por toda Europa, como en tiempos de la Revolución francesa. Solo que los pue-

blos de 1918 detestan la guerra de la que acaban de salir; no están al unísono de aquellos franceses de 1792 que partieron como a una cruzada. De ahí que la intervención aliada en Rusia sea víctima de un descrédito particular, como si estuviera deshonrada de antemano, y que se conduzca lo más posible al margen de la opinión pública. El estandarte de la paz bajo el cual se produjo la Revolución de Octubre continúa protegiendo la acción del Ejército Rojo contra las tropas blancas, sean autóctonas o extranjeras. Con su injerencia, las potencias victoriosas muestran una vez más la tendencia que lleva al capitalismo hacia la guerra. Ofrecen una verificación complementaria a la teoría del imperialismo según Lenin.

Así, los años de la posguerra inmediata transcurren, entre 1918 y 1921, bajo el signo del bolchevismo, que podría resumirse así: de la guerra a la revolución. Lema radical que puede ofrecer un modelo para amarlo e imitarlo y que por ello mismo alimenta las expectativas de millones de soldados que han sobrevivido. Les da un punto de cristalización. En la Alemania vencida es donde más claramente pueden observarse sus efectos: en esta Alemania de Guillermo II donde, como en la Rusia de Nicolás II, *mutatis mutandis*, los pródromos de la derrota militar producen en el otoño de 1918 revueltas de marinos y de soldados, muy pronto seguidas por la disgregación del ejército y del Reich imperial. La capitulación de noviembre hunde a la nación en la anarquía. Parece revivir la situación rusa del año anterior, y poner en el orden del día una revolución dirigida por grupos de la extrema izquierda socialista, en nombre de consejos de obreros y de soldados. Las cosas no siguen ese camino por la radicalización del bando adversario, que reagrupa al estado mayor y al grueso de la socialdemocracia. Pero con ese primer brote la revolución alemana se revela como el horizonte de la Revolución rusa. Casi por doquier nacen en Europa promesas de subversión: en la Hungría de Béla Kun, en la Italia

de los consejos de fábricas y hasta en la Francia victoriosa, donde los soviets han encontrado eco en la ultraizquierda sindicalista y política. El resentimiento contra la guerra, pasado por el filtro de Octubre de 1917, ha dado un impulso formidable a la revolución anticapitalista.

Este impulso es tan visible y afecta en diversas dosis tanto a países vencidos como a vencedores, que debe incluirse en el capítulo de las consecuencias generales de la guerra sobre el estado de ánimo colectivo. La obsesión de esta guerra es tanto más fuerte cuanto que las armas han callado, de acuerdo con esa especie de ley según la cual los pueblos nunca combaten tanto las catástrofes como después de haberlas aceptado; una vez que han revelado sus males, el recuerdo de haber participado en ellas adopta la forma del ¡Nunca más! y es en este «Nunca más» donde la Revolución de Octubre encuentra su público sumando a la fuerza de la esperanza la obsesión del remordimiento. La interminable guerra misma ha conducido los ánimos hacia la revolución, a la vez por acostumbrarlos a la violencia absoluta y para poner frenos a la sumisión militar. Pero también los ha conducido a ella por un camino más secreto: el del recogimiento interior. Millones de soldados que vuelven a la vida civil caen prisioneros del remordimiento colectivo de haber contribuido a que se produjera el 14 de agosto o de no haberlo impedido.

Esto se aplicaba en especial a quienes votaban por el socialismo, electores o militantes fieles a una Internacional que incluía en su programa, en los años anteriores a 1914, impedir la guerra mediante la acción internacional de los obreros. Ahora bien, la guerra había estallado, no acompañada por la huelga general sino por la Unión sagrada. Esa alianza de hecho, que abría un abismo doctrinal y político en el interior de la Segunda Internacional, no la habían borrado ni Zimmerwald (1915) ni Kienthal (1916).[68] Una vez más, Octubre de 1917 desmiente

en bloque esta afirmación y constituye una prueba difícil de refutar por los jefes socialistas: la revolución proletaria encontró su victoria en su lucha contra la guerra.

En esa comprobación hay sin duda algo falaz: pues si bien el Antiguo Régimen ruso demostró ser incapaz de conducir la guerra y se disgregó en el camino, no fue sustituido por una revolución «proletaria»: en rigor, Rusia no es la tierra más idónea para acoger un acontecimiento de ese tipo. Pero lo que lo hace creer, aparte de la palabra de Lenin, es la secuencia Febrero-Octubre, que se asemeja a una devolución en dos tiempos, de la burguesía al proletariado, y constituye la ruptura con los Aliados del Occidente capitalista, la paz de Brest-Litovsk. En el primero de esos tiempos, la izquierda encuentra mediante un atajo, o mejor dicho mediante una aceleración, los periodos de la evolución histórica con los que su formación doctrinal la había familiarizado. En el segundo, vuelve sobre las resoluciones solemnes de antes de 1914, de la Segunda Internacional, y por tanto sobre sus propias convicciones. En ambos casos, el acontecimiento de octubre constituye un reencuentro con su tradición. Su alejamiento geográfico y social se anula ante la credibilidad que le devuelve al cuerpo de ideas socialista, que tan mal quedara en agosto de 1914. La guerra brindó al maximalismo bolchevique las ventajas inesperadas de la ortodoxia y de la continuidad.

Asimismo, es esta familiaridad paradójica la que exime a la Revolución rusa de tener que aportar pruebas. El hecho de que haya ocurrido en la época en que ocurrió basta para confirmar su necesidad, descrita con todo detalle en las viejas resoluciones de la Segunda Internacional. ¿Qué importan el lugar y las condiciones en que se produjo? Si tantos hombres se vuelven hacia ella a la hora en que la paz les devuelve la libertad de cuerpo y de espíritu, es menos por su realidad particular que porque les restituye el nexo, roto por la guerra, entre su tradi-

ción y su ideal del futuro. La revolución proletaria era sin duda necesaria pues ocurrió; en esta prueba ingenua, hecha con una mirada retrospectiva a la traición de 1914 y los sufrimientos de la guerra, se enmarca no solo la victoria del bolchevismo sobre los socialdemócratas sino su irradiación sobre la Europa de 1918.

Desde esta época la magia del fenómeno soviético consiste, pues, en ejercer una poderosa atracción sobre el imaginario colectivo, independientemente de la realidad del régimen. Porque su mayor derecho para apasionar a los hombres consiste en haber ocurrido, y porque su duración, por sí sola, le confirió tan pronto una condición casi mítica, la Revolución de Octubre se libra de la observación y del estudio, para convertirse solo en objeto de amor o de odio. Y Dios sabe que también es detestada, atacada, vilipendiada. Pero esos pánicos reaccionarios llevan consigo su contraveneno: en la virulencia de sus adversarios, los admiradores de la Rusia soviética ven una confirmación más de sus sentimientos. La ideología marxista-leninista engloba, y por consiguiente rechaza de antemano, el discurso del contradictor. Comienza entonces la larga carrera del argumento absurdo según el cual la derecha no puede decir nada sobre la experiencia soviética que no esté descalificado por definición.

La izquierda se libra mejor de esa sospecha con que la propaganda bolchevique intenta también abrumarla, aun cuando no sea mal pensada. Dispone también de un espacio limitado de discusión, a consecuencia de la polarización de las pasiones que ocurre en torno de la Revolución rusa, no solo entre la derecha y la izquierda sino entre la izquierda misma. Empero, la querella de familia resulta mucho más interesante y rica en argumentos que el renovado enfrentamiento del repertorio antiguo entre revolución y contrarrevolución. En primera línea está la izquierda europea, socialista o libertaria, que quiere resistirse al

arrastre comunista: lo que está en juego a corto plazo es su supervivencia, junto con su identidad. Su casa —la «vieja casa» de Léon Blum— arde y él tiene que desempeñar la parte del fuego, trazar en las ruinas una línea que la separa y la abriga de los hermanos enemigos. No le basta maldecir, como puede contentarse con hacerlo la derecha; blandir la propiedad, el orden, la religión. Debe combatir en nombre del cuerpo de doctrina que tiene en común con los revolucionarios de Octubre; por tanto, discutir, refutar, argumentar, llevar lo más lejos posible la frontera de lo que aún le pertenece.

Empresa difícil, ya que en cada giro de su crítica al Octubre ruso esta izquierda reticente u hostil al bolchevismo se expone a la acusación de haberse pasado al bando enemigo: ese proceso está destinado a impedir cualquier debate sobre el comunismo en el interior de la izquierda y también le espera un enorme porvenir. Sin embargo, el argumento no intimidará a Rosa Luxemburgo ni a Karl Kautsky ni a Léon Blum. Sus ejemplos muestran que una vez superado ese chantaje político y moral, los líderes de la izquierda europea son los más capaces de construir una crítica racional del bolchevismo. No es que tengan mayor información que los demás. Pero conocen la historia del socialismo y son capaces de encontrar en ella la genealogía de Lenin, al mismo tiempo que la suya propia. A la familiaridad emotiva de tantos militantes por la revolución oponen un inventario de los textos y la tradición democrática del socialismo.

Rosa Luxemburgo es la primera en criticar Octubre en nombre del marxismo revolucionario. Cuando se inquieta por la Revolución rusa, antes de morir asesinada por los hombres de las tropas irregulares, es más que nunca la militante de indomable independencia que en la Segunda Internacional expresó esa voz tan particular, hecha de vehemencia libertaria mezclada con teoría marxista. Su vida entera, para no hablar de su muerte, es testimonio del verdadero culto que rindió a la idea revo-

lucionaria. Pero Octubre le asusta. Siente miedo ante el monstruo naciente que privaría de todo sentido a su existencia.

Joven judía polaca, nació y creció en Varsovia. Luego pasó sus años universitarios en Zurich, estudiando historia, economía política, *El capital*. En 1898 se instala en Berlín como en el centro del movimiento obrero Europeo, en un socialismo menos fraccionado que el de su natal Polonia, al que la historia le depara un papel principal. Su juventud anuncia así la violencia con que intentará durante toda su vida conjurar las pasiones nacionales, considerándolas una trampa tendida por los burgueses a los obreros: ella no pertenece a ninguna patria sino por entero a la revolución.

En Berlín pasa brillantemente y sin tardanza sus pruebas de militante con su refutación del «revisionista» Bernstein, y se gana la estima de Bebel y de Kautsky. Una parte importante de ella pertenece a la socialdemocracia alemana, de la que es hija —un poco bohemia—, pero también es una de las oradoras más talentosas y una de las mentes más serias que hay. No obstante, su temperamento es demasiado «izquierdista» para su grupo. Siendo mujer en un mundo de hombres, polaca en tierra germánica, libertaria en el seno de una vasta organización disciplinada, permanecerá todo el tiempo en las márgenes del socialismo alemán, y sus relaciones con el «profesor» Kautsky pronto se enfriarán sin que ella intente fundar otro núcleo militante.

Rosa Luxemburgo comprendió desde 1905 que en la Rusia de los zares se había iniciado algo histórico: una suerte de desplazamiento de oeste a este de la revolución europea, por donde ella penetra en el debate entre mencheviques y bolcheviques, más bien del lado de Lenin. Pero sin igualarlo. Pues si bien, como él, solo vive para la revolución proletaria, no está dispuesta, como él, a sacrificar un marxismo que aprendió de Marx y Kautsky. En su espíritu sectario supo reconocer muy

pronto la dictadura de partido que sustituiría a lo que ella llamaba el movimiento de las masas.

Joven militante, desde 1904 no vaciló en expresar su desacuerdo en la *Iskra* con las concepciones expresadas por Lenin en *Un paso adelante, dos pasos atrás*: concepciones demasiado autoritarias, demasiado centralistas según ella, que emparentan al jefe bolchevique más con Blanqui que con Marx. La extrema centralización del partido encierra el peligro de poner al proletariado bajo la influencia de una oligarquía de intelectuales.[69] Rosa Luxemburgo tendrá otros motivos de desacuerdo con Lenin, especialmente sobre la cuestión nacional. Pero este es el más importante, pues mucho de lo que ella dice pronto será premonitorio y volverá a la superficie 15 años después, casi en los mismos términos, en el momento de la revolución. Encerrada en prisión por el gobierno alemán en 1917 debido a su actividad contra la guerra, Rosa sigue los acontecimientos rusos lo mejor que puede, a través de relatos de visitantes o fragmentos de periódicos. Pero sabe lo bastante para inquietarse por la libertad y escribirlo.[70] Por lo demás, apenas sale de prisión, el 10 de noviembre de 1918, en las escasas semanas que preceden a su asesinato a mediados de enero, en plena revolución, ella tampoco comparte ninguna de las ilusiones bolcheviques sobre esta revolución alemana. Más que una ruptura o una modificación decisiva de la relación de fuerzas europeas en favor del proletariado, ella ve allí un caos social del que puede surgir cualquier cosa, hasta una contrarrevolución victoriosa. También desconfía del optimismo exagerado de los bolcheviques y de su tendencia a querer tomar el poder en cualesquiera condiciones, con riesgo de aislar, y por tanto de exponer, a la vanguardia del proletariado. Predica a los espartaquistas la necesidad de organización y conquista de la clase obrera alemana como condición previa al derrocamiento del gobierno socialdemócrata de Ebert.

En sus temores por el giro que toma la Revolución rusa, en sus amonestaciones a los militantes alemanes, hay nada menos que un repudio a la concepción leninista de la revolución, según la cual el poder se debe tomar y conservar por todos los medios cuando las circunstancias de la historia lo ofrezcan a una vanguardia, así sea muy pequeña pero bien organizada y convencida de que encarna los intereses de las masas; pues a fines de este año de 1918 hace ya mucho tiempo, casi un año, que los bolcheviques dispersaron por la fuerza la Asamblea Constituyente elegida, en la que no tenían la mayoría. De ahí siguieron rápidamente en el transcurso del año la censura a la prensa, la dictadura del partido único, el terror en masa y hasta el campo de concentración: otros tantos signos, para Rosa Luxemburgo, del carácter oligárquico de la Revolución rusa. Su breve libro, escrito con base en una información improvisada, muestra el abismo que ya la separaba de Lenin, en el poder desde hacía algunos meses. A mediados de enero de 1919, muere de lo que tan lúcidamente había temido, asesinada por un hombre de las tropas irregulares, demasiado pronto para asumir el papel al que avanzaba en sus últimos escritos: el de testigo crítico de la Revolución bolchevique en nombre de la libertad popular. En esto habría sido incomparable, con su genio libertario y su pasado libre de compromisos o remordimientos. Pero me inclino a pensar que ni siquiera su gran voz habría podido hacerse oír contra la corriente, ya que ni su muerte —que sin embargo confirmaba sus análisis y sus advertencias— le impidió permanecer en el olvido durante tanto tiempo. Desde Lenin, cuando el bolchevismo sale victorioso impone el silencio a sus críticos aunque hayan muerto, sobre todo si han participado en sus combates.

Segundo ejemplo: Kautsky. Tras la heroína, el profesor. El papa de la Segunda Internacional, el amigo y heredero de Engels, el más célebre teórico marxista de la preguerra. Kautsky

fue el principal defensor de la ortodoxia contra el «revisionismo» de Bernstein y el hombre que poco después polemizó contra los jefes de la izquierda ultrarrevolucionaria de la Segunda Internacional. Contra el primero, defendió la necesidad de una revolución, negando que Marx hubiese jamás previsto que el capitalismo fuera a hundirse por sí solo,[71] A los segundos —a Rosa Luxemburgo en particular— les criticó cada vez más su ilusión voluntarista según la cual una sucesión de huelgas en masa, como la que vivió Rusia en 1905, puede y debe constituir la ruptura revolucionaria hacia el Estado proletario. [72] En los años que preceden a la guerra insiste cada vez más en los factores objetivos de la vida social en general y de las revoluciones en particular. El proletariado derrocará a la burguesía, tal es sin duda el siguiente paso de la historia; pero ese movimiento debe ser minuciosamente preparado, pues requiere la organización política de los obreros en partidos y la conquista del poder por las vías democráticas hasta que ese poder caiga, como fruto maduro, en manos del o de los partidos de la clase obrera. La revolución proletaria según Kautsky ya no tiene mucho que ver con esa gran explosión de finales del siglo XVIII que fue la revolución burguesa de tipo francés: acontecimiento que por todas partes sobrepasa las intenciones de sus actores y pronto abandonada a la bárbara violencia de las improvisaciones. La mejor salida que puede tener un acontecimiento de este orden —1905 en Rusia— es precisamente la instauración de un orden burgués, democrático, que suceda a un antiguo régimen despótico. Por el contrario, la revolución proletaria debe su fuerza a una clara conciencia de la historia, y Kautsky solo ve sus pródromos en el oeste de Europa, en primer lugar en Alemania.

Pero después viene Octubre de 1917; la revolución reaparece por la puerta que Kautsky menos esperaba, vestida con el nuevo ropaje que le da Lenin en la teoría del «imperialismo». Ha-

biendo pasado al primer plano de una historia transformada por el conflicto inicial, ya no es la figura más civilizada del Occidente, sino la hija de una Europa que se ha vuelto salvaje, el producto de una matanza sin precedente, surgida de los conflictos del capitalismo avanzado. En vez de que el imperialismo, como suponía Kautsky en 1909,[73] la hubiera hecho nacer en los países democráticos de proletariado numeroso y organizado, desplazó la llama revolucionaria a Rusia, la nación europea más atrasada; por ese eslabón, el más frágil del sistema imperialista, transita la revolución mundial, única salida a la barbarie sangrienta del capitalismo. Ahora bien, Kautsky no cree en 1918 en la revolución mundial, aunque solo fuera porque desde hace largo tiempo mide la fuerza de la burguesía y del ejército en Alemania; ¿qué decir entonces de la situación en los países vencedores, Francia e Inglaterra? Consideró la aceptación de la guerra por los pueblos en 1914 como un retroceso del movimiento socialista, y no esperaba que en el curso de aquella el fracaso se transformara en triunfo. Octubre de 1917 no es para él, en el fondo, como para los mencheviques, más que el remate de 1905 o la culminación de Febrero; la explosión tanto tiempo retardada de una revolución con tareas democráticas en un país despótico. Pero una explosión en la que el pequeño Partido Bolchevique, el más radical de la ex Segunda Internacional, ha tomado las riendas y cuyo carácter pretende transformar. Y esto Kautsky sigue sin poder creerlo.

Kautsky escribe en l918 y l919 dos extensos ensayos dedicados a la naturaleza de la Revolución rusa: *La dictadura del proletariado* desde agosto de 1918, y *Terrorismo y comunismo*,[74] al año siguiente. Una parte de su esfuerzo está dedicada, como de costumbre, a traer a Marx a su bando: pues Kautsky, como Plejánov, nunca dejó de recurrir a los textos fundadores. En este caso, el breve fragmento de frase de Marx sobre la dictadura del proletariado, que se encuentra en la carta sobre la crítica del

programa de Gotha,[75] es lo bastante ambiguo para prestarse a interpretaciones contradictorias. Él no ve ahí más que una definición muy vasta de la hegemonía social del proletariado durante la fase intermedia que se extiende del capitalismo al socialismo, y no, en absoluto, la recomendación de un gobierno dictatorial fundado sobre el monopolio político de un partido. Ahora bien, tal es la realidad de la Rusia de Lenin, tras la máscara cada vez más transparente del poder de los soviets: los bolcheviques han disuelto la Asamblea Constituyente, combatido y pronto proscrito a los mencheviques y a los socialistas-revolucionarios, e instaurado desde mediados de 1918 el reino del terror. Cuanto más se apartan de las grandes masas de la población, más tratan como enemigos a sus antiguos aliados, más se aíslan y más se inclinan hacia una dictadura terrorista: dialéctica infernal que corre el riesgo de agravarse con la inevitable oposición al socialismo por parte de los campesinos rusos, que ya estaban seguros de la propiedad privada de sus tierras.

En un sentido, Kautsky reitera la crítica de su vieja adversaria de izquierda, Rosa Luxemburgo: como ella, niega a los bolcheviques el privilegio de representar a toda una clase social. Pero al menos ella comparte con Lenin la idea de que en Rusia podría desarrollarse una revolución proletaria. Kautsky no. Al igual que los mencheviques, él piensa que ni Febrero ni Octubre de 1917 pueden escapar a su determinación histórica: la vieja Rusia liquida al Antiguo Régimen. Lo que ocurre no es la primera revolución socialista, sino la última revolución burguesa. El cortocircuito por el cual Lenin y Trotski desde 1905 quieren hacer que Rusia corra el riesgo de «saltar» toda una época histórica solo puede desembocar en el despotismo de un partido sobre un pueblo; reactualizará una experiencia de voluntarismo político absoluto, cuyo fracaso fatal ya fue demostrado por el jacobinismo francés.

En ese sentido, la crítica de Kautsky se asemeja al análisis del Terror de 1793 por Benjamin Constant, a finales del siglo XIII.[76] Bajo el Directorio, el joven escritor suizo había propuesto, para explicar el enigma del gobierno por la guillotina en el país más civilizado de Europa, una interpretación por el anacronismo: mientras que la Revolución francesa tenía por objetivo el advenimiento del régimen representativo y del individuo moderno, Robespierre y sus amigos creían, por el contrario, esforzarse por un retorno de la democracia directa a la antigua, fundada sobre la virtud cívica. De ahí su encarnizamiento por plegar la historia a sus voluntades, y la tragedia del Terror. El Lenin de Kautsky, en cambio, no mira al pasado; al contrario, está tan inclinado hacia el porvenir que tampoco ve lo que hace por las limitaciones objetivas que pesan sobre su actuar. Da un salto no atrás sino adelante, anacronismo de sentido inverso y de efectos probablemente peores por ser más duraderos; los encuentros imaginarios con un pasado caduco no pueden ser sino una ilusión pasajera, mientras que la búsqueda de un porvenir escrito por adelantado en el gran libro de la historia mantiene la certidumbre de una convicción. El Terror jacobino y el terror bolchevique están inscritos en el mismo registro de la voluntad extraviada, pero el segundo presenta riesgos de más larga duración —ya que está mejor protegido contra los desmentidos de la experiencia— y de mayor intensidad —ya que por definición está sometido a la tentación de la «fuga hacia adelante»—.

Ese tipo de interpretación presupone, en Kautsky como en Constant, una visión de las etapas y del sentido de la historia sin la cual pierde todo sustento el concepto de anacronismo. También por ello ofrece un blanco a la refutación lógica: pues si la historia tiene un sentido y obedece a una necesidad, la idea de una revolución que se sitúa fuera de su movimiento y hasta en contra de él resulta difícil de imaginar. Es tanto más proble-

mática cuanto que el intérprete y el actor comparten la misma filosofía de la historia, que es el caso de Kautsky y de Lenin, fervientes marxistas ambos. A uno no le queda sino creer que el otro está adelantado a la revolución que dirige, mientras que el otro reprocha a su crítico estar atrasado respecto del acontecimiento que juzga. Nunca los dos conceptos de «revolución burguesa» y de «revolución proletaria», tan importantes en la teoría marxista después de Marx, parecieron tan vagos y tan inciertos como en esta polémica entre Kautsky y Lenin, en la que cada uno reprocha al otro no saber de lo que habla. Por su implausibilidad y por su carácter ambiguo, la Revolución de Octubre ha hecho volar en pedazos las categorías canónicas de la doctrina; pues lo que Kautsky desea expresar, cuando habla de revolución burguesa hecha por los bolcheviques, no solo es la contradicción entre el sentido objetivo de la revolución y su actor; también quiere decir que Lenin no conoce mejor que Robespierre la historia que está haciendo, y que revive, en medio del voluntarismo más obstinado, la incertidumbre de la acción histórica. El amargo descubrimiento del profesor de marxismo en la Segunda Internacional, que en teoría había regulado tan bien el paso del capitalismo al socialismo, es que las revoluciones surgen donde pueden y no donde deben surgir, y que ni su sentido ni su curso están determinados de antemano.

En ese sentido, Lenin tiene mucha razón, en la feroz respuesta que al punto escribe,[77] de acusar a Kautsky de retroceder como un pequeñoburgués «filisteo» —injuria suprema entre los marxistas— ante la situación revolucionaria, ¡pese a que las resoluciones de la Segunda Internacional nunca dejaron de prever y preparar su brote! Él acepta el acontecimiento como viene, y resulta que redacta su respuesta en los primeros días de noviembre de 1918, en el momento en que estallaba la rebelión de los marinos y de los soldados alemanes: la revolución mundial se hallaba en marcha… Mientras que Kautsky teorizó sus

temores, Lenin dio una doctrina a su impaciencia: lo divertido es que la misma filosofía de la acción política les sirve a ambos adversarios. Lenin vaticina sobre la democracia de los soviets, mil veces más democrática, según nos dice, que la más democrática de las constituciones burguesas, pese a que a finales de 1918 dicha democracia ya se ha apagado. Kautsky insiste en arrogarse aún la idea de revolución, más para recusar la que tiene ante sus ojos, diciendo que no es conforme a lo que debiera ser. La contradicción que existe en el meollo del marxismo ha encarnado en los dos más grandes marxistas de la época, que representan sus dos versiones extremas: la del subjetivismo revolucionario y la de las leyes de la historia.

A la larga, Kautsky hace de la experiencia soviética un juicio menos absurdo o menos ilusorio que el de Lenin; además, irá afinando sus términos al correr de los años, sin quitarle nada a su diagnóstico inicial. Pero en el plazo inmediato manifiesta una ceguera casi total ante las pasiones que agitan a sus contemporáneos. No dice nada sobre la guerra ni sobre su estallido, en el que naufragó la Segunda Internacional, ni sobre su curso, que modificó toda la situación del mundo. De un acontecimiento que estremeció a Europa y provocó la muerte de millones de hombres y desarraigó a otros, no tiene más que una visión abstracta, la misma que en los años de preguerra le hacía pensar que llevaría a la huelga general de los proletarios. No siente ni conoce los sentimientos colectivos que llevaron a los pueblos a empuñar las armas unos contra otros, ni las pasiones que han vuelto a masas de soldados contra la guerra en nombre de la revolución, ni la interrogación que se plantea por doquier acerca del sentido de esas muertes innumerables. Hay que comprender el callejón sin salida en que se encuentran el socialismo europeo, la Segunda Internacional y la socialdemocracia alemana, en particular al acabar la guerra. Guerra que aceptaron colectivamente en agosto de 1914, si bien contra su volun-

tad, o en todo caso contra su doctrina y sus promesas, y que no se atreven a reivindicar como los nacionalistas, ni a maldecir como los bolcheviques. Así, la socialdemocracia alemana es ajena tanto al discurso de la nación como al de la revolución, suspendida en un estado de ingravidez política, condenada a servir a uno u otro de sus adversarios. No tiene nada que decir a los sobrevivientes de la guerra. Sus jefes son incapaces de dirigirse a la nación para hablarle de lo que acaba de vivir, pese a que ha sufrido tanto y todo lo ha perdido.

¿Qué les queda? Un marxismo que forma parte de su identidad histórica y que a menudo es de buena calidad en sí mismo, pero que está devaluado por la quiebra de agosto de 1914; al lado de este astro muerto ha surgido la estrella nueva del leninismo, marxismo renaciente de sus cenizas, fortalecido por su triunfo en la historia «real». Por esto, ese marxismo vencido que iba retrocediendo por doquier ante el marxismo triunfador constituye para el socialismo europeo más una desventaja que una ventaja. Lo que conserva en común con su vencedor lo expone al chantaje de la unidad obrera y le hace más difícil que a los partidos «burgueses» la participación en coaliciones democráticas de gobierno. El marxismo socialdemócrata no habría sobrevivido tanto tiempo en el siglo XX a su desplome de agosto de 1914 si no hubiese tenido que proclamarse sin cesar, frente al desafío bolchevique, fiel a sus orígenes.

Tomaré mi tercer ejemplo de Francia, de un debate de naturaleza diferente: el que suscitó la incorporación del grueso de los militantes socialistas a la Revolución de Octubre y a sus «condiciones». El socialismo francés nunca tuvo un teórico marxista cuya autoridad fuera ni de lejos comparable a la de Kautsky en la Segunda Internacional. Es más heterogéneo en lo doctrinal y en lo social que su equivalente alemán, menos obrero, menos marxista, más pequeñoburgués, más teñido de la sangre del republicanismo jacobino. La batalla de ideas y de po-

der entre Guesde y Jaurès nunca se resolvió verdaderamente antes de 1914. A su lado existe una corriente obrera autónoma, el sindicalismo revolucionario, tachonado de anarquismo y celoso de su autonomía: fue allí donde surgieron en 1915 las primeras protestas contra la guerra, o al menos las más audaces, después de que el partido socialista optó en masa por la Unión sagrada en agosto de 1914. Y seguirá fiel a esa elección fundamental hasta 1917, cuando la crisis social y militar de ese año haga deslizarse a la mayoría hacia posiciones wilsonianas, en oposición al extremismo nacionalista de Clemenceau. Pero aun entonces el socialismo francés contempla sin particular agrado los acontecimientos rusos, pues corren el riesgo de debilitar a los ejércitos aliados: esto es lo que ocurre en Brest-Litovsk.

Todos estos motivos contribuirán a que el movimiento socialista francés nunca sea un niño consentido de los hombres de Octubre de 1917. Para colmo, Francia es la gran potencia victoriosa en el continente europeo y por ese hecho se convierte para ellos en la principal guardiana de los intereses imperialistas. Su proletariado está protegido por la victoria misma contra las seducciones del derrotismo revolucionario que terminó por ganar, *in extremis* ciertamente, al proletariado alemán. Está más que nunca, como los obreros ingleses, corrompido por el imperialismo. Los políticos que pretenden defender sus intereses siguen encadenados a las delicias del parlamentarismo burgués. Así, los bolcheviques tienen una respuesta simple para explicar la debilidad del combate socialista francés contra la guerra: acusar a todo el movimiento en su conjunto. Lo que da interés al debate político entre rusos y franceses en torno de los principios de la Tercera Internacional, fundada en Moscú en 1919, es precisamente el alejamiento extremo de sus posiciones de partida.

Al término de la guerra, Lenin no puede contar dentro del móvil socialismo francés más que con ciertos individuos y nú-

cleos de militantes. Puede disponer de mayores simpatías entre la CGT, pero estas simpatías se hacen más tibias cuando se descubre el papel subordinado que se reserva a los sindicatos en las concepciones bolcheviques. Ahora bien, poco más de dos años después, el Congreso de Tours otorga una amplia mayoría a los partidarios de la adhesión a la Tercera Internacional y de las «condiciones» planteadas por esta,[78] que ponen al revés todas las tradiciones del socialismo francés. Cualesquiera que sean los pensamientos y las segundas intenciones que están detrás de este voto, sigue siendo con justa razón el símbolo del esplendor de la revolución leninista hasta en el partido que parecía menos dispuesto a unírsele.

No entraré en las intrigas de esta compleja historia en la que aparecen múltiples intermediarios entre Moscú y París. Estas han sido brillantemente descritas y analizadas por Annie Kriegel.[79] Lo que me interesa es más limitado y a la vez más vasto: comprender el movimiento de opinión que llevó a los militantes franceses hacia las tesis de Moscú.

Encontramos primero el sentimiento, tan difundido entre toda la izquierda europea de la época, del fin inminente del capitalismo, condenado a morir bajo los escombros de una guerra provocada por sus contradicciones. En su prólogo a un folleto de Boris Suvarin que aparece a finales de 1919, el capitán Jacques Sadoul,[80] que se quedó en Moscú para predicar la buena causa a sus compatriotas franceses, marca así la tónica a los partidarios de la Tercera Internacional: «… La sociedad capitalista está definitivamente condenada. La guerra y sus consecuencias, la imposibilidad de resolver con los recursos actuales los nuevos problemas han allanado el camino a la marcha victoriosa de la Tercera Internacional…».[81] Sigue una referencia a los «grandes antepasados» revolucionarios de Francia, cuya llama tan solo hay que volver a encender. Referencia que se encuentra casi por doquier en esta literatura militante, y a la cual

hasta el viejo Sorel dio su bendición, quizá demasiado pronto, añadiendo a la cuarta edición de sus célebres *Reflexiones sobre la violencia* (septiembre de 1919), él, que no era un admirador incondicional de la Revolución francesa, un elogio de Lenin en el que se puede leer en una nota:

> *Los políticos que sostienen con Clemenceau que la Revolución francesa forma un bloque están muy poco autorizados para mostrarse severos contra los bolcheviques; el bloque admirado por Clemenceau llevó a la muerte a por lo menos diez veces más gente que los bolcheviques denunciados por los amigos de Clemenceau como abominables bárbaros.*[82]

Por tanto, es un Lenin-Robespierre, al que ya hemos encontrado bajo la pluma de Mathiez; pero el Lenin de Sorel y de Suvarin se dedica a una tarea más universal que Robespierre, ya que se trata de abolir el capitalismo y la burguesía. Además, la guerra de intervención de las potencias aliadas la hace doblemente necesaria ya que la Revolución de Octubre, nacida para contener la guerra, se encuentra por segunda vez en la necesidad de vencerla. Lenin se encuentra así en el cruce de la revolución y de la paz, ofreciendo al socialismo francés la oportunidad de redimir los hechos de agosto de 1914: la guerra contra la guerra vuelve a ser de actualidad en 1919, en condiciones políticas menos difíciles.

Lo que está en entredicho en el fondo, y aun en la Francia vencedora de los alemanes, es lo que sacude a todos los pueblos de Europa: la cuestión del sentido de la guerra de 1914. Lo que corroe a los militantes socialistas, así sean franceses, es lo bien fundado de la Unión sagrada. ¿Venció Francia a Alemania? Cierto, pero Octubre de 1917 hace reaparecer, tras el orden de las naciones, la lucha de clases y las revoluciones. ¿Cómo podría ignorarlo la izquierda socialista francesa, cuando es la derecha la que capitaliza en la inmediata posguerra los beneficios políticos de la victoria del 11 de noviembre? La cuestión que ocupa el centro del debate sobre las condiciones de adhesión a la Tercera Internacional es menos la naturaleza del régimen

instaurado en Rusia que el juicio del Partido Socialista sobre su pasado en el proceso instruido contra él por Lenin. La fuerza del bolchevismo no proviene de lo que es sino de que, habiendo vencido, muestra al imaginario colectivo lo que habría podido ser una historia del socialismo europeo fiel en 1914 a sus resoluciones. Encarna otra historia de la guerra, que no ocurrió pero relacionada con lo que se produjo: un cataclismo, hasta para los pueblos vencedores.

Los hombres de Octubre, esos revolucionarios conspiradores de quienes se sospecha que son blanquistas, pueden alegar sin embargo el triunfo y el respeto a los compromisos contraídos. Simbolizan *a posteriori* las virtudes y las misiones que fueron traicionadas en agosto de 1914.

Por esta misma razón, las delegaciones enviadas a Rusia en 1920 por la izquierda socialista francesa y que supuestamente la iluminarían, se asemejan más a señales de obediencia que a un deseo de saber.[83] La principal, la de Cachin y Frossard, tiene por objeto principal sellar en Moscú ante la Internacional el acuerdo celebrado entre la izquierda y el centro del partido, el Comité por la Tercera Internacional y el grueso de los «Reconstructores». También lo que está en juego en la discusión en torno de las «21 condiciones» es más vasto que el juicio que se emitirá sobre la Rusia de Lenin: es la adopción o el rechazo de los principios bolcheviques en la estrategia y la organización del movimiento obrero internacional. El que dos viejos políticos —Cachin y Frossard— hayan adoptado las posiciones de Suvarin no se explica por su viaje, sino al contrario, el viaje por su adopción. Apenas saben más que los militantes sobre las realidades de la nueva Rusia, pero al ver el entusiasmo revolucionario de los militantes han comprendido que esta nueva Rusia encarna a la vez sus remordimientos y sus esperanzas recuperadas.

Es esta asociación mental la que Léon Blum trata de quebrantar en su célebre discurso de Tours. Su esfuerzo tiende a disociar la Rusia bolchevique, experiencia revolucionaria particular, de su pretensión de tener valor universal. Sobre el primer punto, recoge un tipo de argumentación menchevique o hasta kautskysta: al surgir en la Rusia de los zares, la revolución recibió del mundo al que trastornaba una parte de sus rasgos. A falta de un fuerte desarrollo capitalista previo y de una verdadera sociedad burguesa, la toma del poder en nombre del proletariado ha adoptado el carácter de un *putsch* por un pequeñísimo partido, militarmente organizado, de revolucionarios profesionales. De ahí los riesgos de que una dictadura del proletariado instaurada de esta manera no sea más que la máscara de la dictadura (a secas), ejercida sobre un pueblo inmenso por una minoría sin mandato. A esta experiencia, cuyos riesgos sugiere sin condenarla, no opone Léon Blum una perspectiva «democrática burguesa», legalista, electoralista o reformista. Al contrario, quiere librar a la tradición socialista, que defiende contra Lenin, de la sospecha de abandonar el proyecto revolucionario por un revisionismo de la reforma. Sabe que debe defender la revolución con mayor razón porque critica la que acaba de tomar el poder en Moscú. ¿La revolución? La palabra, casi sagrada, significa a la vez los medios y un fin, la toma violenta del Estado por la insurrección, y la instauración de un poder «obrero» que liquide la dominación burguesa. Dos convicciones, dos pilares de la tradición socialista que Blum saluda cuando se declara partidario más que nunca de la «dictadura del proletariado», otra fórmula central de las resoluciones de la Segunda Internacional. Esta es utilizada también por los bolcheviques, que se sirven de ella, como hemos visto en la respuesta de Lenin a Kautsky, para subrayar su primer término, contra las nostalgias del pluralismo político burgués. Léon Blum lo utiliza en otra acepción más jauresiana; la «dictadura del proletariado» es pa-

ra él una manera de decir que, coronando un largo desarrollo social y educativo, la revolución proletaria lleva al poder a todo un pueblo ilustrado, que ya casi no tiene adversarios que combatir. Por ello el líder francés, como antes Jaurés, quiere restituirle a la fórmula consagrada una dignidad y casi una moral comprometidas con la aventura de Lenin, quien ha convertido la oportunidad en doctrina.

No obstante, la debilidad de su posición se debe a que esa reconsideración de la revolución proletaria, y por tanto de la tradición, no tiene nada que decir sobre la ruptura de la tradición que ocurrió en agosto de 1914; nada que decir sobre la guerra, cuyo recuerdo aún domina los ánimos. La fuerza de los partidarios de la Tercera Internacional se encuentra en la idea de que la Segunda traicionó en 1914 su misión y sus compromisos; está en la experiencia de las trincheras y de la servidumbre militar, cuyo concatenamiento supieron romper los bolcheviques. Frente a esto, ¿qué importa esa discusión dogmática, oculta en una ambigüedad semántica? Si la gran mayoría de los militantes se decide en Tours en favor de las tesis comunistas, por cierto sin medir bien su alcance, es porque se encuentra presa en el enorme trastorno de toda la vida pública provocado por los años de guerra. Es una manera suya de decir «¡Eso nunca más!».

Pero no hay que subestimar el simbólico efecto duradero que pueden tener en el movimiento obrero los debates sobre el dogma inseparables de las interpretaciones del marxismo. Dicho efecto es uno de los que mejor permiten comprender cómo el bolchevismo, tomando entonces lo esencial de su irradiación en Europa de una experiencia y una coyuntura excepcionales, también encuentra su arraigo en la recuperación de un vocabulario y de una tradición. Pues lo que comienza con la ortodoxia minuciosa de Léon Blum es una larga batalla defensiva en torno de un patrimonio revolucionario común. Los socialistas

que se niegan a plegarse a las condiciones de adhesión a la Tercera Internacional tuvieron cuidado de no dejar prescribir sus derechos al tesoro compartido del marxismo: precaución indispensable para no dejar a los bolcheviques y a sus émulos de todas partes monopolizar todo el espacio de la tradición.

Mas, con objeto de conjurar la acusación de traición que se les hace, los socialistas se aferran aún más a la idea revolucionaria. Si rechazan la revolución bolchevique como una desviación es para apresurar el derrocamiento del capitalismo que esta, sin embargo, ya ha logrado. Así, lo que conservan por convicción o por necesidad de fidelidad al marxismo los hace vulnerables a la competencia comunista. Es la situación normal de toda izquierda ante toda extrema izquierda, ciertamente. Pero en este caso, además, el mantenimiento intransigente de la referencia marxista implica dos inconvenientes. Limita su comprensión de un régimen difícil de pensar en las categorías de Marx, como el régimen soviético. Y la autoafirmación revolucionaria los separa de los partidos del centro, sin ofrecerle mucho espacio a su izquierda, que es el territorio de los comunistas. Pese a haber resistido al encanto del bolchevismo, los partidos socialistas lo han pagado caro en términos de autonomía política o de libertad estratégica, condenados a una actitud estrechamente defensiva o a la alianza inconfesable con los partidos burgueses. A menudo, sus militantes más jóvenes y más activos muestran un complejo de inferioridad ante los «hermanos enemigos», pues conocen los peligros que el bolchevismo entraña para la libertad pero también admiran sus capacidades de organización y el espíritu de sacrificio que despierta entre sus partidarios.

Así, la Revolución bolchevique de octubre de 1917 adquirió en los años de la posguerra inmediata la categoría de acontecimiento universal. Se inscribió en la filiación de la Revolución francesa como parte del mismo orden, inaugurando una época

de la historia de la humanidad. Pese al carácter inverosímil de su cuna, colmó un anhelo de la cultura política europea inseparable desde la Revolución francesa: el advenimiento de una sociedad soberana sobre sí misma por la igualdad al fin conquistada para sus asociados. Anhelo alimentado por la escatología socialista a lo largo de todo el siglo XIX y que recibió renovada fuerza de la desdicha de los pueblos durante la primera Guerra Mundial. El privilegio de universalidad del bolchevismo proviene a la vez de la tradición revolucionaria de Europa y de la situación excepcional que se vivió en 1918-1920.

No acabaríamos de enumerar las declaraciones de intelectuales que celebraron la Revolución soviética en su infancia. El siglo XX se inaugura bajo esta luz deslumbrante en la que muchos de ellos ven una ruptura decisiva y benefactora con el capitalismo y la guerra, dando así su asentimiento menos a una experiencia real que a lo que dicen de sí mismos los héroes de Octubre. Al releer todos esos textos, el lector de hoy puede quedar estupefacto ante tantos juicios perentorios emitidos sin información verdadera. Sin embargo, la explicación es muy sencilla, y por cierto también vale en sentido inverso, en el otro bando: la Rusia de Lenin es un símbolo. Canaliza pasiones, más que ideas. Moldea la historia universal. Los esfuerzos de los teóricos socialistas por regatearle ese privilegio tienen una repercusión muy limitada. Obtienen resultados conservadores; pero entre su marxismo y el de los vencedores de Octubre, es el segundo el que cautiva la imaginación de los hombres de aquel tiempo.

Empero, desde esta época la Revolución rusa no es solo un símbolo: también es una historia. Hasta puede decirse que en un sentido —desde luego, solo en uno— esta historia acaba durante el invierno de 1920-1921. La guerra de intervención ha terminado, la contraofensiva bolchevique fracasó ante Varsovia en agosto de 1920, el comunismo de guerra arruinó la econo-

mía provocando hambrunas, el partido es omnipotente pero está aislado, y reina ya por medio del terror y la policía. En marzo de 1921 es ahogada en sangre la insurrección de los marinos de Kronstadt que, contra los bolcheviques, reclaman para sí la revolución («todo el poder a los soviets y no a los partidos»). Todavía en marzo de 1921, Lenin pone fin al comunismo de guerra e instaura la NPE, obligado a dar un poco de aire a una producción asfixiada por el control y las requisiciones. Así, la Revolución rusa entra en un «Termidor» económico, en el momento mismo en que oficializa y refuerza el aparato de dictadura que le sirve de instrumento de dominación sobre el país. El terror ya no tiene como excusa la guerra, civil o extranjera; se vuelve el régimen en su funcionamiento cotidiano. En el X Congreso, también de marzo de 1921, Lenin vence a la «Oposición Obrera» que protesta contra la identificación de la clase obrera con el partido, y hace votar la prohibición de las fracciones en el interior del partido.[84] Se materializan así las peores predicciones de Rosa Luxemburgo. La Revolución de Octubre ha terminado, ya que el pueblo obrero y campesino ha «vuelto a sus hogares»,[85] sometido en adelante al poder absoluto de una oligarquía. Pero en otros aspectos la revolución no ha terminado, si bien es cierto que esta oligarquía se autoproclama la guardiana del espíritu de Octubre y no tiene otra definición que su fidelidad a la ideología en la que ve el secreto de su victoria.

Los intelectuales de Occidente habrían podido conocer los lineamientos esenciales de esta evolución, pese al misterio del que ya se rodea la política del muy reciente Komintern. La prueba es que algunos de entre ellos han hecho este esfuerzo de observación, como Bertrand Russell, quien a finales de 1920 publica uno de los mejores libros sobre el bolchevismo.[86] El lógico de Cambridge, uno de los cerebros ilustres de Europa, también ha enfocado las cuestiones sociales. Pertenece, como

independiente, a la vasta familia del socialismo inglés, ajeno al marxismo, filosóficamente ecléctico, inclinado al ejercicio de la razón práctica. Quedó horrorizado por la guerra y hasta pasó un tiempo en prisión por haberlo dicho, y teme a su legado de «desencanto y desesperación» que amenaza con conducir a lo que él llama una nueva religión, cuya encarnación le parece ser el bolchevismo. Por ello, decide ir a ver. Pasó, pues, una breve estancia en Rusia, entre el 11 de mayo y el 16 de junio de 1920, al mismo tiempo que una delegación del Partido Laboral inglés, pero por su lado. Visita Leningrado, Moscú, parte de la campiña en la cuenca del Volga. Discute con Kámenev, y es recibido por Lenin, con quien charla durante una hora. También puede ver lo que queda de la izquierda: los mencheviques, los socialistas-revolucionarios. En suma, un verdadero viaje de estudios realizado por un buen observador, todo lo contrario de la visita de Cachin-Frossard a Moscú, hecha por la misma época, pero consagrada por entero al remordimiento y a la adhesión.

Los días del capitalismo están contados; Russell no lo duda ni por un minuto. Pero, por lo que ha visto en Rusia, vuelve de Moscú con la convicción de que el camino bolchevique hacia un nuevo orden social no es el indicado. En la situación que ha observado hace un balance de las circunstancias particulares de la Revolución rusa: el peso del pasado y el retraso ante el Occidente, al mismo tiempo que la guerra de intervención emprendida por los Aliados. Pero, una vez descontado lo anterior, no ve casi nada rescatable en lo que tiene de específicamente nuevo la experiencia revolucionaria rusa. En el dominio económico, el circuito ciudades-campos está casi destruido, el aprovisionamiento urbano es difícil, los campesinos parecen desdichados y hostiles, y pasivos los obreros. No hay nada más siniestro que la descripción que hace Russell de la vida cotidiana rusa durante aquellos años. En el plano político su veredicto es aún más severo. El viajero inglés no se dejó engañar ni por un

instante por el mito «soviético» de una democracia directa de los trabajadores. Vio la dictadura del partido tras el estandarte de los soviets; al retirarse, la revolución popular solo ha dejado en pie la omnipotencia de un aparato. Russell mide su aislamiento y su impopularidad menos de un año antes de Kronstadt. Nota que el bolchevismo es más aclamado en el extranjero que en su patria. En Rusia es un régimen odiado como una tiranía y fuera de Rusia es esperado como una liberación. Un fracaso en el orden de las realidades, acompañado por un éxito en el de las creencias.

El tono de su librito no es polémico sino, más bien, fáctico. Se trata de una comprobación que combina relatos y realidades vividas, lleno de ese sentido de lo concreto y de ese buen sentido superior que constituyen uno de los atractivos de los intelectuales ingleses. El autor ni siquiera se volvió a posteriori adversario encarnizado del bolchevismo, seguro siempre de que el movimiento de la historia conducía hacia el fin del capitalismo. Lo que más combate del bolchevismo es su pretensión de universalidad, su carácter mesiánico que amenaza con llevar al mundo europeo del trabajo hacia un callejón sin salida; esos primitivos del socialismo no tienen nada que enseñar al Occidente. No aportan sino una sustancia ilusoria, una falsa religión a los hombres desencaminados y frágiles de la posguerra. Como no es marxista, para lo cual da argumentos en la segunda parte de su libro, Russell no tiene, como Kautsky o Blum, por qué defender otra versión de la dictadura del proletariado y brindar al siglo un horizonte revolucionario de otro tipo. La experiencia histórica lo proveerá. La tarea del momento es, por una parte, hacer el análisis del fracaso ruso para evitárselo a las demás naciones y, por otra, combatir la propensión a un mesianismo bolchevique, revelado ya en el espíritu de la época.

Russell, quien al final de su vida resistirá menos bien a las seducciones del frente común con los comunistas,[87] al término

de la primera Guerra Mundial no tuvo dificultad para librarse de la fascinación del bolchevismo. Se sintió curioso de conocer lo que era la Rusia soviética, a la vez como socialista y como pacifista. Fue allá, juzgó personalmente, es decir, por observación, como hombre de ciencia. No hay el drama de la pasión en su testimonio, y en esto es atípico.

De este modo comienza entonces una historia mucho más frecuente, y de tipo distinto, entre los hombres progresistas y la Rusia soviética: la de la creencia y el desencanto. Al nacer, la Revolución rusa aglutinó a su alrededor un mundo de admiradores y de fieles. ¿Sabrá responder, al correr de los años, a esas esperanzas? ¿Mantener ese fervor? ¿Cómo sobrevivirá a su curso la fe de sus partidarios?

IV. CREYENTES Y DESENCANTADOS

LA REVOLUCIÓN francesa dejó también una larga serie de admiradores. Tuvo sus partidarios y sus imitadores por toda Europa y en otros continentes. Pero aunque los dos acontecimientos están envueltos en la magia revolucionaria de la construcción de un mundo nuevo, el entusiasmo que han provocado no presenta los mismos rasgos.

La situación histórica de los dos países en cuestión es muy distinta. La Francia del siglo XVIII es el país más «civilizado» de Europa; entre la gente culta se acostumbra imitarla y hablar su idioma: la Revolución de 1789 extiende este hábito, no lo rompe ni lo crea. En cambio la Rusia de 1917 sigue siendo, pese a los rápidos progresos realizados desde comienzos de siglo, una nación que apenas ha entrado en el camino de lo que el pensamiento europeo ha llamado la «civilización». Hasta el «Antiguo Régimen» es reciente en su historia, tomando en cuenta que apenas comienza con la emancipación de los siervos por el zar Alejandro II en 1864.[88] Ahora bien, la Revolución de Octubre tiene la pretensión de ponerse como ejemplo a la humanidad y, para empezar, a Europa. Esta pretensión en sí misma no es nueva en la historia rusa, pero poseía una acepción totalmente distinta: la del mesianismo eslavófilo. Lo que tiene de nuevo en su forma leninista es también lo que tiene de enteramente paradójico: la idea de que la vieja Rusia, apenas salida del zarismo, invente un régimen social y político que pueda y deba servir de ejemplo a Europa y al mundo, al tiempo que se sitúa en la con-

tinuidad de la historia del Occidente. Después de haber visto con lástima durante tanto tiempo a la Rusia campesina y despótica, los obreros de la Europa central y occidental ahora hacen manifestaciones al grito de: «¡Por doquier los soviets!». Esta brusca inversión borra la Rusia de los zares y otorga a la de Lenin sus galones de universalidad a la francesa; pero sigue pareciendo inverosímil, y por ejemplo los jefes socialdemócratas se niegan a darle su asentimiento. Jamás tendrá la especie de evidencia histórica de que gozó el ejemplo francés en sentido inverso, de oeste a este, en el siglo XIX. Por falta de generalización de los soviets y porque Rusia sigue siendo la única depositaria de la marca, el modelo no tiene nada de la universalidad múltiple de la herencia democrática francesa. Cuando llegue la hora del «socialismo en un solo país», correrá el riesgo de recuperar parte del exotismo ruso en Europa, privando de sustancia histórica concreta al universalismo cuyos beneficios debe, más que nunca y por compensación, conservar.

Porque la Revolución francesa, cuando en el siglo XIX extendía sus efectos a Europa y al mundo, constituía un acontecimiento del pasado, con un principio y un fin. La particularidad de la Revolución rusa del siglo XX consiste en que solo tiene principio y en que no deja de producirse. Cierto, yo sería el último en pretender que sea fácil poner la palabra «fin», a la Revolución francesa, ya que el concepto mismo de revolución, nacido con ella, no permite darle un sentido claro; esta ambigüedad priva en la política interior francesa, al menos hasta la Tercera República.[89] Pero en fin, vistos desde Europa o desde más lejos, los acontecimientos que comenzaron en 1789 terminan en todo caso con la caída de Napoleón, cuando los reyes vencedores y los príncipes que han retornado rehacen un orden político y social posrevolucionario y antirrevolucionario. Desde entonces la Revolución francesa ha terminado como acontecimiento. Lo que subsiste de ella es de otro orden: es lo que en la

época se denomina sus «ideas», que constituyen un patrimonio intelectual y político libremente utilizable por cada pueblo. Patrimonio que en apariencia es solo uno, si se le opone al mundo del Antiguo Régimen, pero que en realidad es muy diverso si se considera la multiplicidad de sus legados: la autonomía de los individuos, la igualdad ante la ley, el gobierno representativo, el derecho de las naciones, la dictadura democrática, el socialismo.

Todas estas herencias tienen sus partidarios y sus exegetas. Algunas son compatibles entre sí, otras no. Ninguna está ligada a la magia de un nombre, ni siquiera el bonapartismo, ya que solo existe como tal, y por buenas razones, en Francia: la Revolución francesa escapó a la voluntad de los hombres que sucesivamente pretendieron dirigirla. Acontecimiento de formidable capacidad unitaria y extraordinariamente rico en contradicciones, lo sigue siendo después de haber terminado su carrera, ya que es un tesoro de ideas irreductibles a la apropiación exclusiva por un nombre o por un partido, y un filón constantemente abierto a la curiosidad de los modernos, ya sea en tono optimista o inquieto. Tanto sus preguntas como sus experiencias llenaron el siglo siguiente.

Muy distintos son el carácter y el destino de la Revolución de Octubre de 1917. Quienes ahí toman el poder en nombre del comunismo lo conservan en nombre del comunismo y lo transmiten a sus sucesores en nombre del comunismo. Mirabeau o Robespierre no saben en 1787 que van a hacer la revolución. En cambio Lenin lo supo siempre, poseído por una sola idea que creyó científica y en torno de la cual construyó un partido. Con él, en octubre de 1917, son a la vez la ciencia de la historia y el partido los que se apropian de ese poder sin herederos. Octubre no es, como junio-agosto de 1789 en Francia, la explosión libertaria de una sociedad, sino la confiscación del

poder de Estado por un partido, que además no lo oculta, ya que empieza por disolver la Asamblea Constituyente.

He escrito antes que la Revolución rusa termina en el invierno de 1920-1921, con el fin de la guerra de intervención, la rebelión de Kronstadt, el X Congreso y la NPE, lo cual me parece cierto si por «revolución» entendemos el periodo de fundación más o menos heroico de un régimen, con la puesta en vigor de ideas radicales, como el «comunismo de guerra», un reclutamiento más o menos aceptado por los obreros y un llamado a la subversión internacional. En ese sentido, con el X Congreso y la NPE, ¡la prosa ha sucedido a la poesía! Pero en otro aspecto, la Revolución soviética continúa, ya que Lenin no hace más que un repliegue táctico sin modificar el rumbo final ni la dictadura del partido. En esta aparente concesión a sus adversarios se muestra más fiel que nunca al monopolio político del partido, agravado en el mismo año por la proscripción de las tendencias en el seno de dicho partido. El sistema instaurado en 1917-1918 no da cabida a la experiencia del pueblo, y menos aún a su elección. Es un régimen sin sanción, en que las medidas políticas puestas en vigor pueden cambiar, pero siempre y cuando sean aprobadas y efectuadas por el mismo partido y los mismos hombres. Se perpetúa así la Revolución de Octubre, ya que el poder sigue en manos de quienes la hicieron.

Con ello aparece también la mentira según la cual el terror revolucionario no es más que una respuesta obligada a la violencia contrarrevolucionaria: mentira que tanto sirvió a los defensores y apologistas de la guillotina francesa. En 1921 ha terminado la intervención extranjera, los viejos adversarios de los bolcheviques se han ido al extranjero, la revuelta de Kronstadt ha sido ahogada en sangre, se ha devuelto a los campesinos la libertad de producir y de vender. En el momento en que la dictadura del temor se ha vuelto al parecer menos necesaria, es

cuando se reafirma con mayor fuerza, en el X Congreso del partido en 1921.

Los hombres de la Revolución francesa siempre habían tenido enormes dificultades para domesticar la idea de representación política, una de las más delicadas de la democracia moderna. Hasta coquetearon durante algún tiempo con una concepción esencialista de esta representación, formada por una pirámide de identidades: el pueblo, la Convención, el Comité de Salvación Pública, el Incorruptible. Pero esta concepción jamás fue objeto de una verdadera doctrina. En todo caso, había desaparecido el día 9 Termidor, cuando se había vuelto a presentar la idea democrática de un poder con devolución periódica y, por tanto, incierta. En cambio, los bolcheviques, cuando evocan Termidor a propósito de la NPE, solo tienen en mente el cambio de política económica. Prisioneros de su propia filosofía de la historia, razonan como si solo contara la economía. Su interés moldea su doctrina. Están en el poder, y ahí se quedan. Al hacerlo, añaden un capítulo inédito a la teoría de los regímenes revolucionarios.

En efecto, ellos —y solo ellos— se consideran depositarios del destino y sentido de la Revolución de Octubre a través del partido que los aglutina bajo la autoridad de Lenin; lo que da la legitimidad a ese partido no es la elección por el pueblo, sino el conocimiento de las leyes de la historia, constantemente enriquecida por su «praxis»: de allí su carácter único, incomparable, y la justificación de su monopolio. De allí también el concatenamiento de tautologías que sustituye a las incertidumbres de la representación política de tipo democrático «burgués»: la clase obrera es la emancipadora del pueblo, el Partido Comunista es la cabeza de la clase obrera, Lenin es la cabeza del partido. La idea de ciencia de la historia fundamenta a la vez el carácter irreversible de la Revolución de Octubre y la necesidad de una oligarquía política guardiana de dicha revolución. Lenin

llega a avizorar en el último año de su vida[90] los riesgos de tiranía burocrática que entraña esta concepción del poder. Pero fue él quien hizo la teoría y guio su puesta en vigor, por lo que es demasiado tarde para inquietarse por lo que harán con ella sus sucesores. Su famosa «democracia proletaria», tan celebrada contra Kautsky, en el momento en que se acalla a los soviets ya no es más que el poder absoluto de un partido aislado en medio de un pueblo abrumado por tantas pruebas.

Mas, por su intermediación, la revolución continúa, pese a que su espíritu haya desaparecido entre las masas populares. Prosigue, pues, en el interior de Rusia como una ideología de Estado, indispensable para el mantenimiento de la legitimidad del partido: hay que proceder al «retiro estratégico» de la NPE, pero es para alcanzar mejor algún día el objetivo final del comunismo, cuyo camino solo pueden dominar los bolcheviques. Avanza así la idea de ortodoxia, tanto más indispensable cuanto que la política que se sigue parece alejarse de ella. Aun en el interior del partido ha terminado el tiempo de los debates y de los desacuerdos abiertos: el papel de guardián de la revolución es incompatible con las fracciones y las facciones, ya que el sentido de la revolución no lo resistiría. De la idea de una ciencia marxista de la historia, que fue confirmada por su victoria de 1917, los bolcheviques, cuando llega la hora muerta del reflujo, pasan a la necesidad de un dogma unánimemente recibido: es la única manera de seguir manteniendo con mano de hierro lo que no pueden separar: su interpretación del pasado, y su dictadura sobre el presente.

Esto resulta aún más difícil porque la Revolución rusa tiene, desde su origen, vocación universal. Lo cual no solo significa que para sobrevivir da por sentado el apoyo del proletariado internacional, sino sobre todo que ella es parte de un movimiento más vasto, vanguardia de toda la humanidad. En idénticas premisas los revolucionarios franceses habían encontrado

en 1792 la justificación de una guerra contra Europa que tendría significados y consecuencias múltiples e imprevistos. En cambio los bolcheviques hicieron la revolución contra la guerra. Su concepción del internacionalismo proletario no los incita a exportar la bandera roja por las armas, sino a organizar casi por doquier partidos comunistas a su imagen y semejanza: la creación de la Tercera Internacional, que retoma la tradición de la Segunda pero contra ella, respondió a ese objetivo. Se basa en el principio de que la ideología y el tipo de organización del Partido Bolchevique son universalizables. Pretende formar el estado mayor de un movimiento revolucionario mundial centralizado, cuyos principales estrategas son los hombres de Moscú por el hecho de que poseen los secretos de las revoluciones victoriosas. Implica, pues, el desdoblamiento de la Revolución rusa y del Partido Bolchevique: una corriente nacional y una corriente internacional. Pero, de hecho, este desdoblamiento solo se ha efectuado en la división de las oficinas y las organizaciones. En el plano político, Lenin y los dirigentes del Partido Bolchevique reinan también sobre la Tercera Internacional, donde dominan, presentadas desde otro ángulo, las cuestiones nacidas de la situación en Rusia.

En suma, la Tercera Internacional no es más que la extensión institucional de la Revolución de Octubre a Europa y al mundo. Por ello, encuentra la misma dificultad que la guerra revolucionaria de los franceses a finales del siglo XVIII: revela su carácter particular en el momento en que trata de dar sustancia a la universalidad de su misión. Los franceses se habían abandonado a la guerra, con riesgo de olvidar hasta el sentido que en su origen le habían dado. Los bolcheviques confían el destino universal de su aventura a la receta que aseguró su triunfo en su país: una mezcla de militantismo casi militar, de realismo político radical y de grandes dosis de ideología. Imprimen a la nueva Internacional ese carácter conspirativo inseparable del volun-

tarismo extremo que marca su revolución, y lo envuelven en el ropaje de la ciencia de la historia. Al hacerlo, sobrestiman en toda la Europa de la posguerra la probabilidad de nuevos Octubres, como puede verse en su estrategia alemana o búlgara de 1923. Pero también implantan por doquier partidos sometidos a la autoridad común por la fuerza de una ideología compartida, que pronto será llamada marxismo-leninismo.[91]

En su periodo inicial, la Revolución francesa había encontrado en el extranjero el apoyo de clubes y de círculos de amigos. En su fase expansionista había creado repúblicas hermanas con la ayuda de grupos jacobinos locales, por ejemplo en Italia. Pero su bagaje de ideas, formado por sedimentaciones sucesivas, nunca constituyó una ideología homogénea y unificada, y menos aún el cimiento de una organización internacional centralizada. En cambio la Revolución de Octubre es una sola: preparada, decidida, ejecutada, gobernada por Lenin y su partido, quienes dirigen todo su curso e indican a cada momento su sentido. La experiencia soviética es constantemente pasada por el filtro marxista de Lenin e integrada en el cuerpo de ideas que le dio origen. Es menos universal que la Revolución francesa, pero más fácil de universalizar. Menos universal en la medida en que echó raíces en un país atrasado y que no ofrece al observador sino un contenido relativamente pobre: la dictadura de un partido tras la anarquía de una nación. Pero más fácil de universalizar ya que cada noche sus protagonistas la acuestan en el lecho de Procusto de la ideología, y en consecuencia provista también de un sentido canónico preestablecido antes de ser difundida a escala mundial por la Internacional. Por ese conducto, el desarrollo catastrófico de la Revolución soviética se da aires de realización de la historia universal.

El inconveniente del sistema es su rigidez. Si el Partido Bolchevique está encargado no solo de dirigir la revolución sino de revelar a cada momento su sentido, cualquier desacuerdo polí-

tico en su seno o en el interior de la Internacional también es un desacuerdo sobre su fundamento: su capacidad para dirigir las luchas de clases según la ciencia de la historia. El precio de la ortodoxia es que debe transformar las disensiones en herejías. Pero en este caso el dogma es variable de acuerdo con las circunstancias, de suerte que la ortodoxia no tiene otro punto de referencia que el partido, es decir, sus jefes. Esa fragilidad da al mundo comunista, desde el principio, la apariencia de una gran secta, poblada por millones de fieles pero constantemente sacudida por rupturas políticas vividas como cismas religiosos; porque en adelante ser comunista consistirá menos en ser marxista que en creer que al marxismo lo encarna la Unión Soviética, es decir, lo interpreta el partido comunista bolchevique. Esto garantiza a los convencidos su salvación en el mundo, pero también los expone a los azares de una creencia basada en un objeto de experiencia: aquel es, para colmo, una revolución, y por tanto de un género efímero por definición, y sin embargo debe manifestarse en forma de un beneficio permanente para establecer algo parecido a una fe.

La ilusión de universalidad, consustancial a la creencia revolucionaria del tipo jacobino o leninista, se desgarra en el espectáculo del curso de la revolución: la historia del comunismo no se libra de la regla. Al contrario, la pone en evidencia con un relieve particular, ya que por una parte posee un tinte ideológico muy fuerte, y por la otra está llena de desmentidos trágicos a la promesa de felicidad colectiva que enarbola en su estandarte. Muy pronto, en la primera juventud del movimiento y antes de la muerte de Lenin, en la izquierda europea se cuentan ya por millares los antiguos comunistas que han perdido sus ilusiones o sus esperanzas. El comunismo es una casa en la que a lo largo de todo el siglo no dejarán de entrar unos y de salir otros en cada generación, al azar de las circunstancias. Pero el movimiento también sabrá retener, a lo largo de todas sus vidas, a mili-

tantes tan incondicionales que formarán una especie política particular hasta ya muy entrado el siglo: estos no abandonarán nunca el bando de la Unión Soviética, inseparable para ellos de la revolución. Hasta en los peores momentos, aun rechazados o víctimas de sospechas injustas, no podrían concebir otro sentido para su existencia que servir a la causa de Octubre de 1917, como si allí hubiese nacido en verdad el nuevo mundo.

Trataré de penetrar en las razones de unos y otros a partir de tres ejemplos: tres intelectuales procedentes de universos muy diferentes, pero que nacieron a la política revolucionaria con la guerra y con Octubre y que luego fueron reunidos y separados por esta misma experiencia: Pascal, Suvarin y Lukács.

Uno de los primeros testigos extranjeros de la Revolución rusa es un joven intelectual francés, Pierre Pascal, que ha llevado cotidianamente el registro de lo que ha visto y de lo que ha pensado movimiento también sabrá retener, a lo largo de todas sus vidas, a militantes tan incondicionales que formarán una especie política particular hasta ya muy entrado el siglo: estos no abandonarán nunca el bando de la Unión Soviética, inseparable para ellos de la revolución. Hasta en los peores momentos, aun rechazados o víctimas de sospechas injustas, no podrían y concebir otro sentido para su existencia que servir a la causa de Octubre de 1917, como si allí hubiese nacido en verdad el nuevo mundo.

Trataré de penetrar en las razones de unos y otros a partir de tres ejemplos: tres intelectuales procedentes de universos muy diferentes, pero que placieron a la política revolucionaria con la guerra y con Octubre y que luego fueron reunidos y separados por esta misma experiencia: Pascal, Suvarin y Lukács.

Uno de los primeros testigos extranjeros de la Revolución rusa es un joven intelectual francés, Pierre Pascal, que ha llevado cotidianamente el registro de lo que ha visto y de lo que ha

pensado[92] desde 1917 hasta el año crucial de 1927, que marca el exilio de Trotski y el triunfo de Stalin. Pierre Pascal pertenece a una generación de jóvenes que pasaron por la Escuela Normal Superior poco antes de la guerra (generación de 1910). Siendo estudiante de letras, se interesa muy pronto por Rusia, adonde realiza su primer viaje en 1911. Católico ferviente, ha leído a Solóviev, quien lo ha convencido de la necesidad de la «unión de las Iglesias»;[93] se enamora de Kiev y contempla con mucha curiosidad la vida religiosa rusa. Prepara aquel año en San Petersburgo una tesis de estudios superiores sobre «Joseph de Maistre y Rusia», antes de volver al año siguiente a Rusia, esta vez a Moscú. Por tanto, su curiosidad se ha fijado muy pronto en las cosas rusas, a través de unas preferencias intelectuales y morales cuya orientación podemos adivinar por el tema de su tesis. Ese joven católico, cercano a su condiscípulo Psichari en la Escuela Normal, quiere devolver al espíritu católico su vocación universal y hacerlo florecer en su forma comunitaria. Lo que más detesta del mundo moderno es el imperio del dinero y su corolario, el individualismo burgués, cuyos estragos no han llegado a la antigua Rusia de los campesinos y de la Iglesia ortodoxa. A las mentiras de los derechos del hombre o del régimen parlamentario, él prefiere una monarquía cristiana como la del zar. Pierre Pascal es una rara aleación, un eslavófilo francés. Ama a Rusia como La Mennais había amado a Polonia: por lo que conserva de comunitario, y por tanto de cristiano. Tiene ya en mente un trabajo sobre los «viejos creyentes», que terminará mucho más tarde.[94] Si no aguardó a 1917 para mirar hacia el Este, como los pacifistas o los socialistas, es porque viene de otro terreno y de más lejos. Mas por eso mismo su testimonio es capital, ya que permite comprender la seducción de la Revolución de Octubre sobre una vasta familia de intelectuales «católicos» que en su origen no es marxista ni de izquierda, y

ni siquiera demócrata. Pierre Pascal no es más que el primero de ellos; Louis Althusser será el último.[95]

Gravemente herido en el frente en septiembre de 1914, nuestro héroe combate luego en los Dardanelos, antes de ser enviado —porque habla ruso— a la misión militar francesa de San Petersburgo en 1916. Allí lo sorprende la revolución, que va a fijarlo en Rusia durante largo tiempo. La crónica cotidiana que él lleva durante diez años es un documento sin par, tanto en el plano estrictamente documental como por lo que nos dice de su reclutamiento y luego de su desencanto.

Pierre Pascal es «bolchevique» antes de Octubre, desde Febrero de 1917: de un bolchevismo muy particular, ya que no es marxista sino ruso y cristiano, y refleja la especie de elección histórica que hizo Rusia, patria por excelencia del cristianismo. Sin embargo, su papel oficial es combatir la propaganda derrotista de Lenin y sus amigos, ya que tiene por función, como sus colegas de la misión militar, conservar a la joven República en la guerra al lado de Francia. Hasta debe consagrar una parte de su actividad a exhortar en ese sentido a los soldados rusos. Pero ya subordina ese deber profesional, de obediencia mecánica, a su credo de fraternidad universal: en 1918 se negará a regresar a Francia para seguir siendo testigo de la excepcional aventura. Lo que le gusta de los bolcheviques, entre Febrero y Octubre, es que quieren devolver un sentido a la historia rusa terminando con la guerra, que la ha privado de él. «El pueblo ruso tiene un sentimiento agudo del carácter trágico de esta guerra, que no quiere, que es absurda, que la humanidad no debe querer, y de la que no puede librarse» (t. I, p. 127, 19 de mayo de 1917). El campesino ruso, soldado de la humanidad contra la guerra: visión tolstoiana, que empuja al teniente Pascal hacia Lenin y sus camaradas, en nombre de una escatología tomada de Edgar Quinet: «La guerra se les escapa cada vez más a los gobiernos.

Avanza hacia una revolución social universal. Habrá una confederación europea» (t. I, p. 205, 21 de agosto de 1917).

Llega Octubre, y los bolcheviques toman el poder. «Ellos son los teóricos», comenta Pascal,

> *... pero el pueblo ruso, que no es socialista ni bolchevique más que de nombre, los sigue porque también él vive en el porvenir. Quiere que cesen la injusticia y la desdicha presentes en la Tierra. Torpemente, tristemente, sufriendo, crea sin embargo este porvenir. La Revolución rusa, cualquiera que sea la reacción que pueda venir, habrá tenido una repercusión tan enorme como la de 1789 y hasta mayor: no es un accidente, es una época, y Bossuet comenzaría con ella un capítulo de su Histoire universelle (t. I p. 247, 26 de diciembre de 1917).*

Así, el bolchevismo «teórico» solo es el signo de algo más profundo. Solo es anticristiano en la superficie, porque se ignora a sí mismo. El pueblo ruso lo ha tomado como bandera, pero tiene en mente la realización del cristianismo en la Tierra, etapa de la historia de importancia distinta que el 1789 francés. De los diferentes caminos que la idea cristiana puede tomar para llegar al leninismo, Pascal siguió aquel por el cual, llegado el día, los últimos serán los primeros: la victoria de Octubre no está inscrita en una ciencia de la historia, es un desquite de los humillados, es el día del gran reparto en que el pueblo ruso actúa bajo la mano de Dios. El socialismo es una doctrina justa pero corta, pues no sabe —no sabe aún— lo que es: el instrumento del espíritu cristiano en los asuntos terrenales.

Así, en el otoño de 1918, Pierre Pascal da el paso decisivo. Desobedeciendo órdenes, se queda en Rusia. Junto con algunos compatriotas, el más conocido de los cuales es Jacques Sadoul, [96] va a formar el minúsculo grupo de comunistas franceses de Moscú, que desempeñará un papel de intermediario entre los bolcheviques y la izquierda del movimiento obrero francés en las negociaciones de adhesión a la Tercera Internacional. Vienen entonces los años militares, que también son los años terribles: guerra civil, guerra extranjera, terror en la ciudad y en los campos de la joven Rusia soviética, aislada del mundo exterior

por el «cordón sanitario» de los Aliados. Atacado por la prensa francesa como desertor, inquieto por lo que de él piensen los suyos, Pascal trabaja redactando boletines de información en el Comisariado del Pueblo en Asuntos Extranjeros, mientras reúne toda la documentación que puede sobre la Rusia antigua y nueva. El segundo volumen de su diario de Rusia, que va de 1919 a 1921, se intitula *En communisme*, igual que se dice, comenta él mismo, «en religión» (t. II, p. 7). Este periodo termina en marzo de 1921 con la NPE, que coincide con el comienzo del desencanto: la revolución ha terminado y sin embargo hay que vivir con su cortejo de fracasos y de recuerdos.

El Diario de esos años es menos rico que el precedente en anotaciones cotidianas sobre la vida en Moscú. Acaso el autor tuviera menos tiempo para dedicarlo a sus cuadernos, o por lo menos vive en condiciones materiales precarias, aquejado por el frío y los problemas de abastecimiento. Las relaciones sociales se rompieron con la revolución, y su mundo es en adelante casi exclusivamente político: por un lado, los bolcheviques rusos, a los que ve poco, por el otro el puñado de bolcheviques franceses que se desgarran entre sí: destino habitual de los grupos políticos pequeños en el exilio. A Pascal le resulta difícil combatir la acusación de ser católico, con que Sadoul trata de abrumarlo ante los jefes bolcheviques.[97] Debe someterse a varios exámenes de paso, ¡uno de ellos delante de Lenin y de su amiga Inès Armand! Pero ni esas sospechas de no conformismo ni la dictadura no compartida del partido apagan en lo más mínimo su entusiasmo. Por ejemplo, ¿qué habría tenido él que ver con una Asamblea Constituyente, él, que tanto detestó en Francia al parlamentarismo burgués? Semejante Asamblea, si no hubiese sido disuelta, solo habría servido para volver a poner al mando al partido «menor», órgano de una burguesía rusa occidentalizada, rodeado de mencheviques y de socialistas-revolucionarios, pusilánimes los primeros, inconsistentes y sin ideas

los segundos. Leyendo a Pascal, encontramos intacta la antigua distinción, tan familiar en los debates del socialismo francés del siglo XIX, entre revolución social y revolución política. Lo que le interesa a nuestro historiador católico bolchevizado no es tanto el poder, o la manera de organizarlo, tan sometida a ilusiones o tan propicia a las mentiras cultas, sino la revolución social, el fin del derecho de propiedad y de los ricos. Y la libertad política será lo de menos si los hombres encuentran en la igualdad restablecida y mantenida una nueva moral de la fraternidad, anunciada por Cristo y traicionada por el mundo del dinero.

El bolchevismo de Pascal está más cerca de Buchez[98] que de Marx. Basta transferir de Francia a Rusia la idea de la elección histórica para encontrar en el neófito del leninismo los acentos mesiánicos del profeta neojacobino y neocatólico de la monarquía de julio. Testimonio de ello es ese texto extraordinario, que se propone describir la Rusia de la revolución y que la ilumina con sombríos destellos de apocalipsis igualitario:

> *Espectáculo único y embriagador: la demolición de una sociedad. Es ahora cuando se hacen realidad el cuarto salmo de las vísperas del domingo y el Magníficat: los poderosos expulsados de su trono, y el pobre elevado de su miseria. Los amos de la casa confinados en una pieza, y en cada otra pieza está alojada una familia. Ya no hay ricos: simplemente, pobres y más pobres. El saber ya no confiere privilegio ni respeto. El exobrero ascendido a director manda a los ingenieros. Los salarios, los altos y los bajos, se aproximan. El derecho de propiedad queda reducido a las ropas personales. El juez ya no tiene que aplicar la ley cuando su sentido de la igualdad proletaria la contradice. El matrimonio ya no es más que una inscripción en el estado civil, y el divorcio se puede notificar por tarjeta postal. Los hijos reciben instrucciones de vigilar a los padres. Los sentimientos de generosidad son expulsados por la desdicha de los tiempos: se cuentan en familia los bocados de pan o los gramos de azúcar. La dulzura es considerada vicio. La piedad ha sido aniquilada por la omnipresencia de la muerte. La amistad solo subsiste como camaradería.*[99]

Pascal ya expresa un poco de miedo ante la sombra de la Cheka, que se perfila sobre la vida cotidiana, del Estado que pesa cada vez más sobre esta sociedad espartana, regla única de ese mundo sin reglas. Pero lo tranquiliza la idea de que es una

policía del pueblo, un Estado proletario, casi un no-Estado, ya que está abierto a cada «hogar», según la predicción de Lenin. La prueba es que la palabra «ciudadano», que tiene la frialdad política del individualismo burgués, el régimen la sustituyó por la palabra «camarada,» que expresa la fraternidad concreta del mundo del trabajo y el triunfo de la igualdad auténtica. El Pierre Pascal de 1919-1920 tiene algo de Péguy: «La cabeza rapada, un gran mostacho de cosaco, ojos bondadosos siempre sonrientes, vestido con un blusón de campesino, y descalzo en plena ciudad». (Victor Serge.)[100] Su personaje nos hace comprender hasta qué punto el bolchevismo de esta época reúne, en su provecho, emociones y tradiciones que debió combatir para constituirse: el igualitarismo de los pobres, el socialismo utópico, el espíritu cristiano de comunidad. Él, intelectual francés, los envuelve en un lenguaje más recientemente aprendido, el de Lenin; lo que no es pareja tan dispareja, ya que esos elementos ajenos también son radicalmente revolucionarios y antes bien consolidan la ideología del partido en el poder. La aventura intelectual y política del teniente francés es uno de los primeros ejemplos de la fascinación ejercida por el bolchevismo sobre mentes llegadas de horizontes totalmente distintos, y sin embargo ganadas, en el sentido más fuerte del término, por su «presencia» histórica.[101]

¿Cómo se deshace esta presencia? ¿Cómo se resquebraja esta creencia? ¿Cuándo, cómo y por qué dejan ellas de ejercer su magia? La salida del comunismo cuya experiencia inaugura Pierre Pascal, llamada a ser tan frecuente en el curso del siglo, incluye ya en él los caracteres del fin de una fe: después del entusiasmo del creyente viene, un buen día, la mirada crítica, y los mismos acontecimientos que iluminaban una existencia han perdido lo que les daba su luz. Tal vez en su caso sería mejor hablar del fin de una fe reciente en favor de una fe más antigua, puesto que no siendo ya comunista, es más católico que nunca,

lo que le deja el socorro de su religión a su alma exaltada por la soledad y por el exilio. Lo malo es que deja de llevar su *Diario* en 1921, precisamente en el momento en que se quebranta su fe comunista: esta ruptura detiene su pluma, mientras que a tantos otros los moverá a escribir. Mas por lo poco que dice, pueden verse al menos los acontecimientos que lo han, si no provocado, al menos alimentado en los primeros meses de 1921: la condena del grupo de la «Oposición Obrera»[102] por el X Congreso, la proscripción de las fracciones en el partido, la represión de Kronstadt. En adelante, la Revolución rusa ha perdido para él su pureza casi intemporal de realización religiosa. Es un poder ya no interesado en defenderse, sino en reinar. El tercer tomo del *Diario* de Pascal, consagrado a los años 1922-1926, se titula sobriamente: *Mon état d'âme (Mi estado de ánimo).*

El autor ya no es comunista. Pero sigue amando a Rusia y al pueblo ruso, que lo han traído tan lejos de su patria, mucho antes que los bolcheviques. Llega a ocurrírsele imaginar «la gran revolución que habría podido hacer la Rusia creyente sin la deformación marxista» (t. III, p. 40, 2 de febrero de 1922), recuperando así la mitología eslavófila bajo los escombros de la mitología comunista. La Revolución bolchevique ha muerto, no ha producido más que un Estado burocrático, beneficiario de un nuevo capitalismo; pero el pueblo ruso sigue siendo la esperanza; pues Pascal no amó la revolución aunque fuese rusa, como los comunistas occidentales, y aun muchos bolcheviques, sino porque era rusa y por tanto cristiana. Esto es lo que le da fuerzas para seguir siendo miembro de la sección francesa del Partido Bolchevique, y para trabajar a la vez por el gobierno soviético y para el Komintern. De todas maneras, tiene que seguir escribiendo en «idioma comunista» aun si el lenguaje del militante no ha alcanzado aún la rigidez de la jerga demagógica.

Su ruptura con la Rusia soviética es a la vez radical y sin embargo forzosamente incompleta. Por una parte, ha recorrido

toda la política bolchevique y hasta se ha instruido en su historia: en una carta enviada a Alfred Rosmer el 24 de septiembre de 1925,[103] hace remontarse al II Congreso (el famoso Congreso de 1903)[104] el carácter del partido, hecho de intrigas feroces, de disputas bizantinas y de amor a la fuerza bruta. Percibe muy claramente la superchería del Estado proletario, la nulidad política de los soviets y la mentira que rodea desde esta época a todo el régimen: lo que le evitará, en las luchas de sucesión que comienzan desde que Lenin queda fuera de combate por la afasia, tomar posición por uno u otro de los clanes que se forman. Por ejemplo, ya se sitúa demasiado al exterior de la política comunista para volverse trotskista: el antiguo jefe del Ejército Rojo, el hombre que preconizó la militarización de los sindicatos solo es, para él, rival de Zinóviev o de Stalin por sus ambiciones, no por sus ideas.

Pero, por otra parte, ¿adónde ir? Al elegir domicilio en Moscú en lugar de volver a Francia, ha quemado sus naves. De vuelta en el país tendría que mentir, o bien llevar agua al molino de esos burgueses y de esos políticos que detesta y de los que ha huido. Descubre la situación de quien creyó en el comunismo y ya no cree en él: al retirarse, la creencia deja intacta la pasión de que se había alimentado. ¿Qué hacer con el odio al burgués si se piensa como él sobre el comunismo? La pregunta va más allá de un duro golpe al amor propio, por más doloroso que este pueda ser: pone en juego toda la labor psicológica moderna que se invirtió en la idea de revolución. De ahí que Pascal, apartándose de la Revolución bolchevique, tenga buen cuidado de salvar del naufragio la convicción que lo había llevado a ella y de apelar contra la revolución fallida de Lenin en favor de la revolución futura del pueblo ruso. Lejos de inventar un mundo, los bolcheviques están restaurando el dinero y las riquezas: esta predicción tiene la ventaja de reunir la decepción reciente con el

viejo odio al burgués. Libera a la revolución de una hipoteca, para abrirle de nuevo el curso a la imaginación.

Por una parte está el pueblo ruso, igualitario, pobre, religioso, cristiano, siempre capaz de una reacción. Pascal sigue fiel a este amor de adolescencia. Pero también nos da su testimonio sobre el reverso del cuadro. Describe, día por día, completando lo que dice la prensa por medio de rumores y conversaciones, la política del Komintern y el rebullicio que no deja de crear en el joven Partido Comunista Francés. Mantiene correspondencia con Borís Suvarin, excluido de la Internacional en 1924. Recibe de París *La Révolution prolétarienne*, diario publicado desde enero de 1925 por Pierre Monatte[105] y Rosmer, expulsados el año anterior del Partido Comunista Francés. Le gusta su publicación, aunque resulte un poco «trotskista» para su gusto. Encuentra en ella el espíritu libertario, la hostilidad a los partidos (a veces cercana al anarquismo) de los sindicatos revolucionarios. Ofrece sus servicios para hacer reportajes personales sobre la situación rusa, pero no se siente afectado por la batalla que está en todo su apogeo en esos años (1925-1927) entre las facciones y los jefes del partido: habla del asunto con el tono de un comentador neutral, es decir hostil a todos. La vida política soviética se ha vuelto, en su opinión, tan despreciable como el parlamentarismo burgués. Ya no desempeña allí ningún papel, confinado a trabajos de traducción de Lenin al francés para el Instituto Marx-Engels. Pero esta melancólica disposición de ánimo da a sus notas del último periodo una frescura inmarcesible. La prosa del desencantado conserva las cualidades de la del catecúmeno: sigue siendo sencilla y variada, inclinada hacia lo concreto y rica en detalles cotidianos. Y el divorcio «soviético» entre el mito y la realidad, una vez percibido, le da un valor adicional a este estilo construido a base de «sondeos», que resucita la verdadera vida rusa al mismo tiempo que pinta ya los personajes de la mistificación comunista. Por ejemplo, el del

viajero a la tierra prometida, esbozado del natural el 4 de septiembre de 1927:

> *Ningún régimen ha sido hasta este punto el régimen de la mentira. El resultado es brillante: un joven francés viene a visitar el Instituto; es un intelectual entusiasta, ¡que recuerda a los «héroes» Sadoul, Guilbeaux, Pascal!, y que me mira con admiración. Viene a estudiar la edificación socialista en la Academia comunista. Lleva aquí dos meses. Está férreamente persuadido de que estamos en el camino socialista; las casas obreras, las fábricas del Estado... No ve nada, nada de las realidades. Un comunista del Prombank le ha dicho que nuestra acumulación anual supera a la de los Estados Unidos, y eso le basta. Asegura que hay una formidable persecución del comunismo en Francia, y él lo cree. Lo compara con la libertad de la que se goza aquí, y lo cree.*[106]

Pierre Pascal volverá a Francia en 1933. Reintegrado a las funciones públicas en 1936, poco después de esta extraña desviación hará una carrera clásica de profesor de historia de Rusia, que terminará en la Sorbona. De vuelta en el mundo burgués, se exiliará más que nunca en su amor a la historia y al pueblo de Rusia. Pero no volverá jamás a hablar de la Revolución soviética.[107]

Borís Suvarin[108] es de la misma generación que Pierre Pascal. Pero no pertenece al mismo universo social e intelectual. Nació en Kiev, en una familia de pequeños joyeros judíos que emigra y se instala en París a finales del siglo pasado, cuando él tiene dos años. Breves estudios de primaria, precoz aprendizaje de artesano, lecturas de autodidacta, ideas socialistas. Hace sus comienzos políticos en 1917, empezando a escribir pequeños relatos para *Le Populaire*, que firma con el nombre que iba a labrarse por sí mismo, Suvarin, como homenaje a *Germinal*. *Le Populaire* no es extremista, tampoco es derrotista revolucionario. Abraza y defiende la línea de la minoría del Partido Socialista, en busca de una paz de compromiso, sin vencedores ni vencidos. Cuando llega el 17 de Octubre, en Rusia, el joven Suvarin se apasiona por lo que ocurre en su país natal. Apoya la voluntad pacificadora de los bolcheviques, teme a sus tendencias dictatoriales y no le gusta demasiado la disolución de la Asamblea Constituyente,[109] en la que Charles Rappoport, otro

emigrado ruso, de la generación de sus padres, ve ya el fracaso de la revolución.[110] Pero al final se convence de que la dictadura de los bolcheviques sí es el poder del proletariado: se convierte así en uno de los primeros bolcheviques franceses, en los primeros meses de 1918. Desde entonces será uno de los artífices esenciales de la adhesión al leninismo de una mayoría del Partido Socialista.

Pequeño, activo, inteligente, porfiado, Suvarin pondrá tanta energía durante aquellos años en festejar al bolchevismo como la que dedicará a combatirlo durante el resto de su vida. Forma parte de esa categoría de seres que encuentra una alegría sarcástica en tener razón contra la mayoría: filón que se puede explotar tanto en el comunismo como en el anticomunismo. Tras la primera Guerra Mundial se enfrenta al antisovietismo general de la opinión pública francesa, tal como, después de la segunda, combatirá casi solo a un prosovietismo no menos general. Es una inteligencia menos romántica, menos sentimental que la de Pascal. También él quiere a la Rusia de los humildes, que no es individualista como el Occidente, pero no porque sea cristiana, sino porque forma parte de su mundo familiar y de lo que le rodeó en su niñez. Su cultura, adquirida en gran parte fuera de la escuela, es totalmente democrática y racionalista, menos vasta que la de un profesional del saber, mucho más abierta que la de un militante: trabaja de un tirón, no deja de informarse, cree en los documentos y en los hechos. Esa pasión por la verdad bloqueará muy pronto su carrera política, pero seguirá fija al objeto de su interés original: el bolchevismo. De tal forma que Borís Suvarin atravesará el siglo menos en un exilio interior, a la manera de Pierre Pascal, que como un testigo desesperado y vencido por lo mismo que él había ayudado a nacer.

Ya hemos visto que Suvarin es uno de los que se aprovechan del ejemplo de la Revolución francesa para defender la dictadu-

ra nacida en Octubre de 1917. También participa en las diversas reuniones en favor de la Tercera Internacional y contra la intervención militar francesa en Rusia. Su fiebre militante lo lleva pronto a la extrema izquierda del Partido Socialista, lejos de sus camaradas «minoritarios» que le parecen demasiado tibios en su apoyo a los bolcheviques. Abandona *Le Populaire* a finales de 1919, decidido a entablar la batalla no solo contra los mayoritarios, sino también contra aquellos, hasta la escisión. Es, pues, un verdadero bolchevique, en contacto, por cierto, con los *missi dominici* enviados por la Internacional comunista a Francia.[111] Es uno de sus hombres en París. Pronto funda (en marzo de 1920) la primera de sus revistas efímeras, él, que tanto publicará durante toda su larga vida: es el *Bulletin communiste*, destinado a dar a conocer al medio socialista francés la política y el pensamiento bolcheviques, y a servir de relevo a las cartas de información del grupo Sadoul-Pascal en Moscú. En suma, una especie de nueva *Iskra* para denunciar a los hombres de la Unión sagrada y romper con sus complacientes de la centro-izquierda.

Suvarin se va tan a la extrema izquierda socialista que es detenido en mayo de 1920, en el momento en que terminaba con un fracaso la gran huelga de los ferroviarios, acusado de conjura y de actividades anarquistas. El gobierno ha mezclado en una represión que quiere sea espectacular a los líderes de la huelga —Monmousseau, Midol— y a los activistas del «sovietismo»: Monatte y Loriot con Suvarin, o sea el estado mayor del Comité por la Tercera Internacional. Esa combinación no tiene más fundamento que el motivo de acusación, pero ambos indican bien un clima de época. A la mitología comunista naciente se le contrapone una mitología anticomunista que la refuerza combatiéndola. La Tercera Internacional pretende encarnar la revolución mundial del proletariado, y los gobiernos burgueses de inmediato la relevan de esta pretensión.

Por tanto, desde la prisión de la Santé Suvarin seguirá las noticias de la preparación y las sesiones del Congreso de Tours. En un librito[112] ha narrado cómo se formó una pirámide de militantes entre su celda y el exterior para llegar a obtener un texto común entre el grupo Cachin-Frossard y el Comité por la Tercera Internacional, conforme a los deseos de Lenin, que deseaba a la vez un rechazo espectacular del pasado (por medio del voto de «condiciones» planteadas por la Internacional) y una reunión del grueso del antiguo partido en Moscú. Así fue como se obtuvo en Tours, por el método tradicional de una larga negociación entre las diversas corrientes, la condena radical de esta tradición. De ese pacto falaz nació el PCF, uno de cuyos principales fundadores, aunque de los menos conocidos, fue Borís Suvarin.

Que un hombre como él haya llegado a ser uno de los jefes del partido, al lado de viejos parlamentarios fogueados como Marcel Cachin, nos da la medida del equívoco; pues no hay nada en él del parlamentario de elocuencia florida que hace las delicias en los banquetes socialistas. Es un mal Orador, que se siente incómodo en las campañas electorales, un temperamento poco inclinado a lo que la política tiene de manipulación de hombres y de componendas en materia de ideas. La ironía de la historia querrá que sea Cachin, político sin firmeza y encarnación por excelencia de la «Unión sagrada», que a última hora se unió a Moscú, quien se vuelva el símbolo del giro bolchevique del socialismo francés mientras él, Suvarin, caerá en el olvido después de ser vilipendiado por los mismos a los que sirvió con tanto fervor. Y es que su nexo con la Tercera Internacional es de orden más intelectual que político. Lo que le gusta de los bolcheviques es también lo que hace frágil su compromiso, ya que es íntegro e incorruptible. La política revolucionaria es tanto una creencia como una práctica; además, en él esta creencia no apagó la observación y el análisis.

Cuando Suvarin sale de prisión, absuelto en marzo de 1921, sigue siendo el hombre de la Internacional: ni Kronstadt, ni el giro de la NPE ni el X Congreso del Partido Bolchevique lo han desalentado ni han atenuado su entusiasmo. No conoce desde dentro la vida rusa, como Pierre Pascal, ni el predominio ya absoluto de los bolcheviques sobre el movimiento internacional, como la vieja militante libertaria Angélica Balabánova, quien desde el verano de 1920 desea irse de Rusia.[113] Lo que llama la atención de su comportamiento en Moscú, en el III Congreso de la Internacional, tal como lo describe su biografía, es su devoción aún viva por Lenin, pero también su espíritu crítico: se informa, pide el programa de la «Oposición Obrera», discute con Pascal, se empeña en visitar una cárcel, se inquieta por la represión contra los anarquistas detenidos por la GPU. Asimismo, en 1922 insistirá en que los socialistas-revolucionarios que son juzgados tengan defensores escogidos por ellos, aunque no le indigna la iniquidad del proceso.

Esta actitud poco conformista no le impide ser elegido al Presidium de la Internacional, en compañía de bolcheviques ilustres como Zinóviev, Rádek, Bujarin o Béla Kun. Tiene 26 años y lo encontramos en la cumbre: como secretario del Comité Ejecutivo del movimiento y responsable del seguimiento de los asuntos, especialmente de los del muy joven Partido Comunista Francés. Comienza entonces el gran periodo «político» de su vida, en el que se familiariza con grandes personajes del Gotha comunista: amigo de Bujarin, colaborador de Zinóviev, hombre de sustancia y militante «internacional» con misiones misteriosas, su vida está dedicada al nacimiento de un mundo. Cuando escribe o habla a sus camaradas franceses, es, simplemente, el hombre de Moscú, o mejor dicho, uno de los hombres de Moscú (pues hay otros, a los que él no tiene en gran estima, como el expastor suizo Jules Humbert-Droz).[114] Él aprovecha esta autoridad delegada como un provincial de la

Compañía de Jesús para con sus subordinados un poco lejanos, sin prever que el ejemplo se volverá contra él. Es el periodo final de la ofensiva revolucionaria bolchevique, que materializa el fracaso del Octubre alemán de 1923. Entonces ya nada lo distingue francamente de los militantes profesionales de la Internacional. Vive siempre llevado por el impulso de su pasión revolucionaria, y a la sombra de los grandes camaradas rusos: más feliz de estar al lado de ellos, sin duda, que en las intriguillas que solo tienen por meta la conquista del joven Partido Comunista Francés. Es un hombre de influencia más que un hombre de poder, siguiendo el ejemplo de muchos intelectuales extraviados en la política.

Mas la revancha de la política vendrá, en marzo de 1923, cuando la afasia de Lenin, inaugure la crisis de sucesión del régimen. Esta crisis, que Suvarin comenta con los matices de un experto en su *Bulletin communiste*, tenderá lamentablemente a separar a Trotski del estado mayor bolchevique, bajo los esfuerzos convergentes de la *troika*: Kámenev, el amigo más cercano de Lenin; Zinóviev, presidente de la Internacional, y Stalin, elegido secretario general del partido el año anterior. Por una parte, defiende la unidad bolchevique, negándose a reconocer que Trotski haya constituido una «fracción». Hace un llamado al espíritu de conciliación en la «cuestión rusa», donde los conflictos de ideas y de programa le parecen menores. Por otra parte, trata de disociar la «cuestión rusa» y la «cuestión francesa», de tal modo que se eviten las consecuencias de la primera en la segunda. Ahora bien, en ambas posiciones es sorprendente la ingenuidad de un hombre tan familiarizado como él con el Komintern. El encarnizamiento que han mostrado los hombres de la *troika* y sus partidarios en atacar a Trotski no promete un entendimiento entre los herederos de Lenin. Y, ¿cómo pudo pensar Suvarin, quien desde Moscú bombardeó al partido francés con sus recomendaciones, en una neutralidad

de dicho partido en la batalla que empieza entre los jefes bolcheviques? Sus esperanzas pronto se disipan, y su posición no tarda en cambiar. En Francia, pierde la batalla contra su rival Albert Treint,[115] exprofesor apoyado por los enviados de Zinóviev a París. En el plano internacional, lo vemos catalogado como partidario oculto de Trotski, y como uno de los líderes de una «derecha» de nuevo cuño que actúa en todas las secciones del Komintern. Victoriosa en Moscú, la *troika* quiere cosechar los beneficios de esta victoria en todo su territorio, limpiar su imperio multinacional de sus adversarios: novedad temible, que pulveriza la frágil posición de Suvarin.

En 1921, el grupo Oposición Obrera había sido aislado y derrotado en el Partido Bolchevique, pero ni Shliápnikov ni Kollontái habían sido expulsados. Lenin no había inventado una «oposición obrera» en la escala internacional ni había imaginado amalgamar a todos los adversarios, reales o supuestos, para atraparlos en la misma red. Tres años después Lenin acaba de morir (enero de 1924), y en el debate de Moscú entre Trotski y la *troika*, que reproduce en gran medida el de 1921 sobre la «democracia obrera», se juegan intereses de poder infinitamente más grandes, en el interior de un partido aún más aislado. Repercute a todos los niveles de la Internacional, lo que le confiere un carácter extraordinariamente abstracto, pues debe poner etiquetas idénticas a debates diversos que reflejan luchas por el poder, más que ideas. Suvarin es de derecha, como Brandler en Alemania, lo que también puede expresarse en otros términos mágicos: «revisionista», «neomenchevique», «socialdemócrata». Basta que en su opinión Trotski no merezca esos calificativos —pues eso es todo lo que dice— para que también se le apliquen a él. La Internacional, es decir la *troika*, posee ya esa incontenible prerrogativa de ser la autoridad que define el crimen y designa al criminal.

Ante ese tribunal amañado que es el XIII Congreso del Partido Bolchevique, en mayo de 1924, Suvarin, insultado por la sala, está perdido de antemano: ni siquiera Trotski, que ya ha retrocedido, emite una palabra en su favor. El V Congreso de la Internacional, que le sigue en junio, se encarga de su caso a petición de sus adversarios de la delegación francesa, y el Comité Ejecutivo recomienda una exclusión temporal, que se anuncia de inmediato el 19 de julio en *L'Humanité*. Sin que el interesado lo sepa aún, ha terminado ya el periodo comunista de su vida, que habrá durado poco más de cinco años y que dará a su héroe materia de reflexión crítica para más de 60 años, extendiéndose hasta Brézhnev.

La expulsión de Suvarin tiene un carácter más oficial que la ruptura de Pascal con el comunismo. El joven normalista, enredado un poco por azar en la aventura del bolchevismo, por amor a los rusos más que por fidelidad doctrinaria, nunca desempeñó un papel político de primer plano y además nunca lo buscó. El político, e incluso el politiquero, del grupo comunista francés de Moscú es Jacques Sadoul. Pascal es más bien un testigo moral que muy pronto percibe, desde el fin de la guerra civil, que el régimen no solo es un sueño desvanecido, sino una mentira organizada. Suvarin, por el contrario, fue desde muy joven un socialista militante. Desempeñó un papel fundamental en la adhesión de la mayoría del partido francés a la Revolución rusa. Perteneció al estado mayor de la Tercera Internacional. En este sentido, su derrota de 1924 es ante todo un testimonio del sistema político del que fue parte esencial.

Sistema internacional centralizado, en cuyo interior el partido ruso desempeña el papel dirigente, el comunismo lo fue desde la fundación de la Internacional en 1919. La prohibición de las fracciones por el X Congreso del Partido Bolchevique, en 1921, junto con la condena de la «Oposición Obrera» constituyó un paso decisivo hacia el monolitismo. La novedad de 1924,

en la situación causada por la enfermedad y luego por la muerte de Lenin, se debe a que la crisis interna del Partido Bolchevique se extendió automáticamente a todas las secciones de la Internacional, en los términos fijados por el grupo dirigente: a los «derechistas» de Moscú corresponden en adelante los «derechistas» de París o de Berlín. Se trata del coronamiento precoz de la jerga demagógica, que ya no tiene ninguna relación con una realidad percibida por todos, pero que constituye el código a la vez esotérico y brutal en el cual se expresan las relaciones de fuerza y la obligación de someterse a ellas. Una vez manifestado el partido como divinidad de la historia, su directiva se beneficia a su vez de ese privilegio exorbitante, y reina humillando o excluyendo. Habiendo aceptado el primer punto, los adversarios eventuales quedan desarmados ante el segundo: Trotski da el primer ejemplo en 1924.

¿Fue ingenuo Suvarin al entablar un combate tan desigual, o bien, habiendo medido los intereses y las fuerzas quiso, aun derrotado, prepararse para el porvenir? Ambas hipótesis no son incompatibles. La pregunta se planteará, por cierto, a lo largo de toda la historia del comunismo internacional, cada vez que se humille o excluya a algún jefe, por no hablar de los ejecutados que son, sin duda, los más. El Suvarin de 1923-1924 conoce bien, y con razón, las costumbres políticas de la Internacional. Él mismo regenteó demasiado el PCF de Moscú para hacerse ilusiones sobre el carácter de los debates y de las decisiones. Lo que él le hizo a Frossard en 1922, ¿por qué no se lo haría Treint en 1924? ¿Creyó poder escapar a las reglas, sobrestimó su influencia o su «necesidad» ante los rusos? Hasta aquí la «hipótesis de la ingenuidad». Por otra parte, puede haber medido asimismo lo que anunciaba ya la primera derrota de Trotski: el fin de los «jefes históricos» de Octubre, el partido-burocracia que sustituye al partido-guía, la congelación definitiva de la revolución, el reino de la mentira asociado a la policía. Conoce

desde hace tiempo a Pierre Pascal, con quien lo liga un fondo tan antiguo como su bolchevismo, el anarcosindicalismo. Las detenciones de anarquistas por la GPU y la persecución de los socialistas-revolucionarios inquietaron simultáneamente a los dos franceses. Hasta aquí la hipótesis de una elección deliberada y consciente.

Sea cual fuere la proporción entre esos dos tipos de explicaciones, añadámosle las cualidades de carácter particulares de Suvarin. El exartesano, que no recibió una formación clásica, tiene el tipo mental del historiador. Le apasionan el documento, la precisión, la verdad de los pequeños hechos. El reflujo de la pasión revolucionaria deja al descubierto su naturaleza de intelectual, contrariada en su ocupación anterior. Lo imagino vencido y adolorido pero también liberado, en este verano de 1924 en que se va de Moscú para unirse en Yalta, en Crimea, a la pequeña «comuna» libertaria,[116] donde vuelve a encontrar a Pierre Pascal y a su compañera, al joven anarquista belga Nikolái Lazarévich[117] y a dos camaradas italianos. Desde los primeros años del régimen soviético, quienes trabajaron por él y le dicen adiós esbozan ya, para explicar su ruptura, el argumento con el cual Solzhenitsin quebrantará su dominio: lo peor del comunismo no es la opresión sino la mentira. En esa comprobación coinciden el cristiano Pascal y el marxista Suvarin.

Sin embargo, Suvarin no sale de la órbita soviética de un solo golpe, inaugurando con ello el esquema de ruptura que está llamado a ser el más común. Como la salida del comunismo puede compararse a una especie de desintoxicación intelectual, es al mismo tiempo un momento preciso en una vida —que define un antes y un después— y una recuperación de la mirada crítica que, extendiéndose poco a poco a cada vez más objetos, se instala sobre un periodo más largo, el necesario para habituarse a su propia audacia. Suvarin, quien vuelve a París en enero de 1925, permanece obnubilado por el mundo del que

acaba de ser excluido. Sigue muy de cerca la batalla del aparato en el interior del Buró político ruso, y hasta recupera algo de esperanza en el curso del año de 1925 con el estallido de la *troika* y el cambio de frente. En la derrota de Zinóviev, su perseguidor del año anterior, en el XIV Congreso (diciembre de 1925) él sigue viendo la promesa de un desquite, pese a que también es una nueva victoria de Stalin, asociado a Bujarin, contra Trotski, al que él defendió. Pero al mismo tiempo eleva su pensamiento hacia una crítica general del sistema soviético tal como ha degenerado no desde la muerte de Lenin, sino desde Octubre. Aunque está bajo el efecto de una exclusión temporal, y por tanto podría ser llamado próximamente si las circunstancias le resultaran favorables a una reintegración, no se arrepiente de nada. No deja de escribir, tanto en su *Bulletin communiste*, que ha reanudado, como en la *Révolution prolétarienne*, publicada por sus amigos Monatte y Rosmer, ellos también en relaciones tensas con la Internacional y con el PCF. El siguiente análisis «preorwelliano» del lenguaje de la Internacional nos permite considerar que Suvarin recuperó el pleno ejercicio del espíritu crítico y su talento para la observación:

> *Ni un hecho, ni una cita, ni una idea, ni un argumento: solo afirmaciones insolentes, con media docena de palabras intercambiables, que llegan de la «cumbre» (pues hasta eso se ha decidido en las alturas)... Así en la frase: «Por la unidad bolchevique del partido leninista», invertid el orden de los adjetivos y obtendréis: «Por la unidad leninista del partido bolchevique»; invertid ahora el orden de los sustantivos y lograréis: «Por el partido bolchevique de la unidad leninista» y así sucesivamente. ¿No es maravilloso...?* [118]

El hombre que escribe esos renglones ya ha salido del sistema en el que había encerrado su vida y su pensamiento. En él no hay ya esa complicidad fundamental que invalida la posición de Trotski, de Bujarin y de Zinóviev. A sus ojos, hasta el partido puede equivocarse, ya que a través de la dictadura del secretariado general en el partido se ha instalado la dictadura burocrática en el país. Cuando la exclusión definitiva cae como una cuchilla a finales de 1926, el Comité Ejecutivo del Komin-

tern golpea a un adversario al que bautiza, en su lenguaje binario, como «contrarrevolucionario», sospechando que tiene más que temer de él que de sus enemigos tradicionales, y que debe desacreditar de antemano sus pensamientos y sus recuerdos.

En rigor, la originalidad que presenta la ruptura de Suvarin con el comunismo soviético consiste en haberse vuelto muy pronto una ruptura de combate. Cierto, todavía durante algunos años Suvarin habla como un comunista «no conformista»; hace de su *Bulletin* una tribuna de oposición a la política del Komintern; pide reaccionar a los «militantes honrados» y reivindica el legado de la revolución de los soviets. Pero en realidad su pensamiento sigue muy pronto otra tendencia que le lleva a desbordar el combate de las facciones para abarcar toda la historia soviética. Esto puede verse en el rechazo obstinado que expresa a las propuestas de apoyar a Trotski en 1927-1928, antes y justo después de su exilio. Aquí ya no interviene el orgullo o la pasión de no ser el segundo de nadie, sino más bien el sentimiento de que su combate no es el mismo que el de Trotski. El antiguo jefe del Ejército Rojo, hasta exiliado, sigue prisionero de la superstición del partido, cuya lógica reproduce infatigablemente en la oposición «de izquierda», que desea reanimar todo el movimiento internacionalista. Suvarin ya no quiere ser prisionero de esta lógica que forma parte de la herencia de Lenin. Él está más allá. Es testigo más que actor. Historiador de la quiebra del comunismo soviético.

Así, en la historia del comunismo muy pronto surgió una historia paralela de la ruptura con el comunismo, que es inseparable de aquella y que se reproducirá hasta nuestros días, con cada generación.

Ese fenómeno afecta a todas las especies de comunistas: a los obreros y a los intelectuales, a los experimentados y a los neófitos, a los *apparatchiks* y a los activistas de la base, a los simpatizantes y a los militantes. Entre los intelectuales es donde resul-

ta más interesante observarlo, por razones fáciles de comprender: simplemente porque viven la revolución comunista como una elección pura o, si se prefiere, como una creencia separada de su experiencia social, negación de ellos mismos destinada a la realización de ellos mismos, al modo de una ascesis religiosa. Entre ellos el placer masoquista de perderse al servicio de una causa encuentra su expresión más completa. Por consiguiente, en ellos también la recuperación de sí mismos adopta la forma más brutal. Y por último hacen profesión de escribir, lo que da al historiador que los sigue la ventaja de su testimonio.

Entre los militantes que abandonan la Tercera Internacional durante el periodo que estoy considerando, muchos salen como quien se aparta de un camino que no era el suyo, o como quien disipa un equívoco. En el Congreso de Tours, Frossard había sido uno de los hombres clave para reunir en torno de la bandera de Lenin a una mayoría del Partido Socialista Francés. Pero él nunca se convirtió al bolchevismo. Quiso canalizar la pasión revolucionaria de la posguerra en favor de un partido rejuvenecido, liberado de sus elementos más visiblemente comprometidos en la Unión sagrada. Cuando la Internacional lo expulsa, en 1922, por instigación de Suvarin, comprueba una incompatibilidad de caracteres, más que vivir una verdadera ruptura. Sin dificultad él recuperará en la SFIO su lugar y su existencia anteriores. En el curso de este siglo, millares y millares de hombres repetirán esta experiencia indolora. Más o menos cercanos al comunismo según las épocas y las circunstancias, se alejarán de él sin mayor problema, ya que solo conocen de él lo que lo hace comparable a los demás movimientos políticos: solo que este se halla más a la izquierda.

Por el contrario, hombres como Pascal y Suvarin han abrazado el comunismo como una creencia (no me atrevo a decir como una fe ya que Pascal también era cristiano, y Suvarin habría rechazado el término porque no era creyente). Pero ambos

depositaron en la Revolución soviética la esperanza de ver nacer allí al «hombre nuevo», liberado por fin de la desdicha de ser burgués. Ambos lo pagaron caro. Pascal abandonó Su carrera y su país, Suvarin estuvo en prisión, antes de instalarse —también él— en Moscú, como militante a las órdenes de los héroes de Octubre. Se encuentran en el meollo de la revolución, único lugar que en su opinión vale la pena; y desde ahí justamente observan la muerte de la revolución. Al leer las crónicas y las cartas que escriben desde Moscú nos asombra lo que ya aceptan padecer: la vigilancia policiaca, los exámenes de conformidad leninista, la retención de sus pasaportes, la apertura de su correspondencia, la extinción de todo pensamiento libre: en suma, un extravagante dispositivo de tiranía anterior a la muerte de Lenin. Uno y otro acaban por librarse del maleficio. Primero Pascal, luego Suvarin, cada uno a su manera pero ambos de modo radical y pagando un precio muy alto por la soledad y el retorno sobre sí mismos, vacunados ya contra la tendencia a depositar en ese momento y en ese lugar su sueño del hombre nuevo.

A este respecto, se les puede comparar también con Trotski, por el cual sintieron simpatía, pero al que se negarán a seguir o imitar cuándo este se levante contra Zinóviev y luego contra Stalin. Trotski combate a Stalin pero se somete de antemano al partido, depositario de Octubre de 1917. Actúa para abrir otro camino, pero confirma en cada ocasión que la Rusia bolchevique que lo ha exiliado es un «Estado proletario». Expulsado de la URSS, se batirá contra Stalin con un fuego que su rival victorioso solo podrá extinguir mediante el asesinato. Pero el brillo mismo que su talento de hombre público y su existencia de perseguido dan a esta batalla perdida enmascara la ceguera que padece ante lo mismo que da sentido a su combate. Cuando estuvo en el poder, en lo que se refiere a medidas terroristas nunca estuvo a la zaga. Vencido, deportado, expatriado por la fuer-

za, aún comparte con su enemigo vencedor la idea de una dictadura absoluta del partido o de una necesaria liquidación de los *kulaks*. Solo combate al bolchevismo estalinista en nombre de un bolchevismo del exilio: lo que no quiere decir que las versiones sean idénticas, sino que aún se asemejan demasiado para que una pueda vencer a la otra. Indomable, infatigable y hasta exhibicionista, sin embargo se pone de rodillas ante sus verdugos, cuyo sistema político comparte. Sin posibilidades de vencer, prolonga la mitología de los soviéticos destinada a los decepcionados del sovietismo real, ofreciendo un frágil punto de apoyo a la idealización de Lenin contra Stalin. Suvarin, por su parte, pronto abandona la mitología. Y por ello mismo se expone de antemano a todos los conformistas que, a lo largo del siglo, le reprocharán haber renegado de su juventud, sin comprender que precisamente por ello es interesante y sincero.

Mi tercer personaje muestra el caso inverso al de Pascal o de Suvarin. György Lukács viene de otros horizontes y recorre otro itinerario. Habiendo nacido en Hungría, en el imperio de Francisco José, pertenece a la cultura alemana. Como los otros dos, uno de los primeros bolcheviques, en cambio él seguirá siendo bolchevique hasta su muerte, en 1971. No es que no haya percibido o medido los dramas del movimiento comunista a lo largo del siglo: por el contrario, no dejó de ser a la vez su víctima y su dialéctico, pero nada pudo alterar en él la convicción que reafirmó aún en el umbral de la muerte: que «el peor de los regímenes comunistas es mejor que el mejor de los regímenes capitalistas».[119]

Lukács ofrece así el ejemplo típico de una creencia política que sobrevivió durante más de medio siglo a la observación y hasta a la experiencia, sin dejar de justificarse jamás en el tribunal de la razón histórica. El más grande filósofo contemporáneo de la enajenación capitalista vivió preso de la enajenación comunista durante toda su existencia. No conozco mejor defi-

nición de su caso que esta frase de Saúl Bellow: «Algunos tesoros de inteligencia pueden dedicarse al servicio de la ignorancia cuando es profunda la necesidad de una ilusión».[120]

Lukács nació en 1885, en la aristocracia judía de Budapest: la familia es rica por ambos lados: la madre por herencia, el padre por su talento.[121] Ella desciende de una de las más antiguas ramas del judaísmo alemán de corte; él, Joseph Löwinger, aprendió el comercio sobre la marcha. Habiendo entrado a la banca a los 18 años, a los 24 era el jefe de la sucursal húngara del Banco Angloaustriaco, y uno de los principales hombres de finanzas del Imperio. Ennoblecido muy pronto por el emperador Francisco José, y converso, cambia de nombre en 1910 y se vuelve Joseph von Lukács. Así, el pequeño György encontró ya en la cuna diversas identidades: judío y protestante, judío y noble, Löwinger y Von Lukács. Niño talentoso, precoz, dedicado a los libros, pronto se inventaría otras identidades, instalándose en la cultura alemana, desde donde rompe en espíritu con el filisteísmo social de su ambiente. En otros tiempos habría sido el hijo sabio, el rabino de la familia. Pero en la época en que nació y en el lugar al que han llegado los suyos, el judaísmo aburguesado no le ofrece más que un gran espejo ante el cual representar la escena clásica del teatro burgués: el ataque de los hijos contra los padres. En su caso, a quien detesta es a su madre, por su conformismo caricaturesco; su padre, hombre de negocios liberal y mecenas ilustrado, ofrece menos blanco a sus sarcasmos; pero el carácter imitativo y forzado del éxito de los judíos asimilados ofrece un magnífico blanco al odio a la burguesía que Lukács conservará toda su vida. De ello da testimonio en sus notas de Heidelberg (1910-1913) esta frase que el joven Marx habría podido firmar: «Los judíos son la caricatura del burgués».[122] Lukács acumula dentro de sí dos odios: al judío y al burgués. El primero es una herencia, el segundo una adquisición. Uno y otro suman sus defectos.

Su refugio es lo universal, pero no lo universal de la democracia moderna: el de la filosofía, de la literatura y del arte. Lukács es un intelectual puro y lo seguirá siendo toda su vida, aun cuando haya quedado fascinado para siempre por la historia. Por lo demás, su desprecio al burgués se extiende a todo lo que muy pronto le parecerán las simples mentiras de la política burguesa, desde la soberanía del pueblo hasta el régimen parlamentario. Por último, la cultura alemana, su patria verdadera, lo impulsa más a salvar su alma del conformismo de la chusma que a salvar más a la humanidad. Vive en Kant, Goethe, Hegel, Schopenhauer, Kierkegaard y Nietzsche, al mismo tiempo que anima unos pequeños círculos filosófico-literarios de vanguardia en Budapest. Apasionado por el teatro, consagra un verdadero culto a Ibsen, a quien visita. Gran lector de poesía, coquetea un momento con el reducido grupo de los elegidos que rodean a Stefan George. Embebido en la gran tradición filosófica grecoalemana, pasa unos años en Heidelberg, donde traba amistad con Max Weber. Nadie encarna mejor que ese joven judío húngaro, rico y desdichado, la inquietud febril y abstracta que rodea la vida intelectual de Austria-Hungría a principios de siglo. En la sociedad semifeudal y semiburguesa de Budapest, él ocupa el centro de una pequeña bohemia aristocrática que busca la salvación contra la amenaza de lo moderno, desde antes de que este en realidad haya aparecido.[123] Pero la denuncia del Occidente democrático y mercantil es tema común de sus autores predilectos, desde Nietzsche hasta Dostoievski.

¿Cómo pasa Lukács bruscamente en 1918 al bolchevismo? Para él como para tantos otros la guerra romperá el orden del tiempo. Sin embargo, no lo hará de inmediato, pues a diferencia de sus amigos alemanes, él no se siente comprometido en ella, ni siquiera del lado de los imperios centrales. Gracias a una intervención paternal logra que lo excluyan del ejército y trata de continuar su vida. En esa época lo que más despierta su inte-

rés es su primer matrimonio, muy desdichado, que él vive de manera casi sacrificial. Ni siquiera la Revolución de Octubre le hace interesarse por la política. En aquel año de 1917, su «nueva vida» se anuncia más bien por un acontecimiento de orden privado, que le da una compañera en la cual apoyarse ante la angustia de su vida. Pero sigue siendo hostil al bolchevismo por razones morales y por una negativa kantiana a subordinar la ética a la política. La situación húngara de fines de 1918 es la que lo empuja hacia el comunismo, ya que él es uno de los primeros en adherirse en diciembre al partido húngaro, como si súbitamente se hubiese encontrado ante una elección inevitable y apremiante, cuyas condiciones e intereses serán el desenlace de su interminable juventud.

La Revolución bolchevique, el desastre alemán, toda la Europa central anta la tabla rasa: ese es también el telón de fondo de las famosas conferencias de Max Weber de enero de 1919,[124] en las cuales el más profundo pensador político alemán pone en guardia a sus contemporáneos contra la tentación de atribuirle fines absolutos a la historia, y pugna por una ética de la responsabilidad. De hecho Weber, patriota alemán hundido en la catástrofe nacional, conserva fría la cabeza: sopesa el peligro del contagio ruso, el futuro papel de los Estados Unidos[125] y el porvenir de Alemania. Pero su discípulo y amigo húngaro, a quien en años anteriores había intentado llanamente hacer elegir profesor de Heidelberg, cede a la corriente milenarista que favorecen las circunstancias y deja su salvación en manos de la historia.

Así la guerra de 1914-1918 los separó, pero no en el mismo momento y no de la misma manera ni por la misma duración. Cuando estalla la guerra en 1914, Max Weber abraza las razones alemanas sin sopesar los riesgos, mientras que Lukács teme, de todas maneras, al resultado de esta, aunque no sienta las pasiones que de ella se derivan. Cuando termina, en 1918, Max

Weber evalúa los estragos causados a la historia europea, mientras que Lukács confunde ese crepúsculo con una aurora.

Por lo súbito del cambio, su caso presenta el carácter de una conversión. Pascal había estado enamorado de Rusia antes de unírsele en Octubre. Suvarin había estado ligado a la extrema izquierda revolucionaria desde antes de reconocer como jefe a Lenin. Lukács, por su parte, nunca había amado ni la política ni a Rusia. Hasta entonces él nunca había salido de un trabajo interior sobre sí mismo, ascesis estetizante con la que trata de conjurar la irrisión constitutiva del burgués. En cuanto a Rusia, no la considera (como los alemanes) más que una copia primitiva de la historia prusiana. Los grandes escritores que acabó por producir, como Dostoievski, no expresan a su manera más que la desdicha moderna. Así Lukács, uniéndose al comunismo leninista, reacomoda bruscamente los términos filosóficos en los cuales se plantea el problema de su vida. Esto es lo que acerca su acto a una iluminación. El afán de su alma ya no se encuentra en la grandeza moral o en el arte, sino en la historia y en la política: elección heroica e irracional, en la que el filósofo reconoce lo trágico de la existencia y en la que descarga también, sin saberlo, la violencia masoquista que lo posee desde su infancia. El bolchevismo será en adelante su refugio y su prisión.

Como dice un testigo de la época: «El comunismo encontró a Lukács, y no a la inversa».[126] Constituyó una salida para su miseria filosófica y dio una forma positiva a su desesperación de existir. La pasión de apelar a la historia flota en el aire de la época. Otros, para romper el círculo alemán del alma bella, se orientarán hacia el fascismo, a partir de una fusión moral con el *Volk* redentor. Pero ese judío húngaro solo por la cultura pertenece al germanismo, y el bolchevismo le ofrece con Marx una garantía alemana y a la vez universalista más apropiada a sus esperanzas. Recurre a él como una filosofía mediatizada por el Octubre ruso y por la Revolución húngara. Los acontecimien-

tos definen la urgencia de su adhesión, pero no su razón, que procede de otro orden. En el momento mismo en que confía su destino a la historia, Lukács no se une ni al pueblo ruso, como Pascal, ni a la Revolución leninista, como Suvarin, sino a dos de sus grandes predecesores: Hegel y Marx.

Por lo demás, Lukács se mantendrá ajeno a la política, pese a que no deja de ser juguete de ella, y atravesará toda la historia del comunismo —cuyo más grande filósofo es él— sin comprender su naturaleza, que es ajena a su campo de reflexión. Las más de las veces, los militantes del bolchevismo representan el caso contrario: filósofos mediocres, comenzando por Lenin, se alían a ese simplismo ideológico muy de *savoir-faire* en las maniobras del aparato y la manipulación de los hombres. Lukács, por su parte, conoce y maneja a Marx como a su ángel guardián, en medio de las tinieblas de la acción, desesperado si esta referencia última llega a oscurecerse en el curso del movimiento. Este intelectual de fin de siglo improvisa un relevo entre Marx y Lenin; tarea ya imposible, pero que no será nada aún con respecto a la etapa siguiente: asociar a Marx y Stalin.

De ahí que su existencia comunista presente ese carácter literario que probablemente lo preservó, si no de la desdicha, al menos de la liquidación. Cierto que comenzó por los trabajos prácticos, ya que en cuanto —a los 33 años— se volvió catecúmeno de la Iglesia bolchevique, desde antes de haber leído a Lenin, Lukács ya era comisario del pueblo adscrito a la Educación en la efímera República Húngara de los Consejos, formada según el modelo soviético. Por último, el hijo entró en una verdadera guerra contra el padre. Hasta sirvió en el frente durante seis semanas contra los ejércitos checo y rumano, como comisario político de la Quinta División del Ejército Rojo húngaro. Contamos con fotografías extraordinarias de ese Lukács mitad civil, mitad soldado, arengando a los soldados «proletarios», en un largo impermeable abotonado hasta el cuello, de donde sur-

ge un fino rostro de intelectual, mitad Groucho Marx, mitad Trotski. Ruego al lector que no considere irrespetuosa esta comparación. Expresa el carácter un poco irreal, y en todo caso paródico, de ese primer y ese último contacto entre Lukács y la gran política bolchevique, papel que efectivamente no habrá desempeñado más que una vez. Cierto es que la obra no estaba a la altura de su conversión moral.

La República Húngara de los Consejos,[127] nacida de un mal acuerdo en la cumbre entre socialdemócratas y comunistas, seguida por una dimisión Socialista, obsesionada por el precedente soviético y dirigida por un aventurero, Béla Kun, nunca tuvo ni realidad obrera ni apoyo popular. Su derrota militar y política fue recibida con alivio casi unánime de la opinión. Hiperactivo e intrépido a lo largo de esos 130 días, Lukács sale de ellos vencido, amenazado de muerte, buscado y además enemistado con Kun y mal visto en Moscú por sus exageraciones izquierdistas.

Comienza entonces para él un larguísimo exilio, ya que no volverá a Budapest antes de 1945. Vive en Viena, luego en Alemania y por último en Moscú a partir de 1930. Aunque los años vieneses no hayan sido fáciles, los de Moscú serán los peores. Unos y otros están hechos de batallas a la vez minúsculas y encarnizadas en el interior de la emigración comunista húngara, de la que acaba por ser expulsado en 1929. Pero en Viena, aun perseguido por la policía y por estrecheces materiales, Lukács pudo terminar su gran libro *Historia y conciencia de clase*,[128] publicado en 1923: en Moscú, se encuentra con la policía —la de los suyos— y la miseria de vivir, agravadas por la imposibilidad de publicar y de hablar, así sea para sí mismo. Queda arrinconado, como Pascal antes que él, en ese «Instituto Marxista» de Riazánov donde el Estado confina a los marxistas dudosos. Varias veces tendrá que renegar de su libro. Pronto, su yerno será enviado al *gulag*. Él mismo será detenido por un

momento en 1941, acusado de ser agente de la policía secreta húngara. Victor Serge, quien lo admiraba, lo conoció al comienzo de esos años terribles; recuerda haberlo encontrado entonces, en compañía de su mujer, en una calle de Moscú: «Trabajaba en el Instituto Marx-Engels, sus libros eran pasados por alto, y él vivía soportando valerosamente el temor; casi ortodoxo, no se atrevió a darme la mano en un lugar público, pues me habían expulsado y era conocido como opositor».[129]

«Casi ortodoxo», ¿qué quiere decir esto? Victor Serge, que muy pronto fue proscrito desde el interior, probablemente piensa en el conformismo político de Lukács, quien nunca dejó de alinearse según el curso de los acontecimientos, en el interior del Partido Bolchevique. No tuvo ninguna razón para inclinarse por Zinóviev, de quien Béla Kun era amigo. No se vio tentado de seguir a Trotski, a quien acusó de antisovietismo. Stalin, el vencedor, encarna por ello mismo la razón de la historia mundial, que el filósofo ha convertido en regla de salvación. De ahí que no sea estalinista por cinismo sino al contrario, por sabiduría; y no por sabiduría de resignación sino por sabiduría filosófica. Siendo joven, había pensado librarse de la fatalidad del mundo burgués por la vía del espíritu. A la mitad de su vida conserva el rechazo feroz de su juventud, pero le aporta otra solución: el retorno hegeliano de la conciencia de sí mismo a la unidad, por la acción revolucionaria del proletariado, bajo la insignia de Marx.

El libro de 1923, del que tiene que renegar en Moscú, donde está prohibido todo pensamiento libre, *a fortiori* sobre Marx, presentó sin embargo la teoría de ese fideísmo político. *Historia y conciencia de clase* recupera, en efecto, los acentos del joven Marx para describir las desdichas de la enajenación capitalista, la transformación de los hombres en cosas por obra del dinero. Si el proletariado es el único capaz, en tanto que clase universal, de poner término a esta «reificación», devolviendo al traba-

jo su valor de humanidad, entonces la conciencia de clase de ese proletariado forma el medio necesario de dicha reapropiación. Este movimiento cumple en la realidad lo que Hegel concibió como la reunión del sujeto y del objeto al final de la historia del Espíritu. Al restituirla tal como el joven Marx la había pensado, Lukács critica implícitamente la teoría de la conciencia como «reflejo» de la realidad en Lenin, o la dialéctica de la naturaleza en Engels. Pero, al hacerlo, revalora el papel del agente subjetivo en la emancipación humana y da así al «punto de vista de clase» un poder casi absoluto.

El marxismo de Lukács es demasiado hegeliano para no exponer a su autor a las acusaciones de idealismo entre los perros guardianes del Kremlin; tan cierto es esto que Lukács escribe en secreto, durante esos años moscovitas, ese *Joven Hegel* que solo podrá publicar en Zurich en 1948.[130] Y sin embargo, su interpretación de Marx es demasiado «subjetivista» para no encadenarlo definitivamente al Partido Bolchevique, una vez certificado este como conciencia del proletariado, e identificado en el sentido de que realiza la totalidad del movimiento histórico. Así, nunca dejará de ser ese personaje doble a ojos del exterior: por una parte, un intelectual culto y sutil,[131] que ve en el marxismo el medio de superar la contradicción moderna tal como la han distinguido las mejores cabezas de Europa; por otra, un espíritu limitado por la Revolución bolchevique a guisa de desenlace de la historia universal. Él mismo no siente ningún desdoblamiento. No deja de ahondar en el sentido del marxismo, sin interrogarse jamás sobre el bolchevismo. Obsesionado por el deseo de dar al leninismo un fundamento filosófico más auténtico que el propio Lenin, es indiferente a la historia de la Unión Soviética, y casi se siente feliz de ser, en persona, una víctima.[132]

La fórmula de Victor Serge es perfecta: «casi ortodoxo». En el «casi» incluyamos los reproches menores (nunca expresados

antes de 1956) hechos a Stalin por haber insistido en exceso en la unidad del partido, despreciado en exceso las mediaciones necesarias para la acción revolucionaria y subordinado en exceso la cultura a la propaganda; lo que no es nada en comparación con la construcción del socialismo en la URSS y la necesidad de la lucha antifascista: Lukács es, efectivamente, un «ortodoxo». Ha atravesado la historia comunista como militante vencido por el adversario y por los suyos; la Unión Soviética no como viajero sino como testigo constante. Desde que quiso pasar del aire enrarecido de los círculos intelectuales a la fraternidad con las masas, casi no conoció más que rechazos y soledad. Sin embargo, nada le hace dudar de la superioridad esencial del socialismo estalinista sobre la democracia liberal y, aún menos, de los fundamentos ideológicos del bolchevismo. Su vida no cuenta en relación con su idea del comunismo. No dejará de afirmar, hasta su muerte, la sinceridad de sus diversas autocríticas, y no hay razón para no creerle. Su interpretación de Marx no tendría sentido, según él, si debiera tropezar con el partido que guía la emancipación del proletariado mundial. Lo más sutil que hay en Lukács manda sobre lo más ciego que hay en él. De ahí también lo desigual de su obra, profunda cuando se trata de Hegel o de Marx, y a menudo sumaria si se trata de ilustrar el socialismo real a expensas de la decadencia capitalista.[133] Es difícil no suscribir un juicio de Kolakowski: que Lukács nunca criticó el estalinismo sino en el interior del estalinismo.[134]

El fin de la vida de Lukács mostrará al mundo este cautiverio interior que lo ata a una idea de la Unión Soviética lo bastante poderosa para conjurar lo que él sabe de su historia. Aunque haya participado activamente en la instauración de la vida estalinista en Hungría después de la guerra, Lukács estuvo a punto de ir a prisión en 1949-1950; salió del paso con una nueva serie de autocríticas. Esta es, asimismo, la época en que aparece su

peor libro, la *Destrucción de la razón* (1954). Luego vienen tiempos mejores, después de la muerte de Stalin, cuando Lukács recupera cierto margen de maniobra en un partido dividido. Pero solo se declara abiertamente en octubre de 1956, cuando acepta ser ministro de Cultura en el gabinete de Nagy,[135] pocos días antes de la intervención de los tanques soviéticos. El cargo de ministro de Cultura de 1956 será más efímero aún que el de comisario de Educación en 1919, y aún más desdichado. Apenas nombrado renuncia a su puesto, hostil al fin del partido único y al hecho de que Hungría salga de la órbita soviética; pero esto no impide que sea arrestado por los hombres de la KGB, junto con Nagy, al salir de la embajada yugoslava, donde también él había encontrado refugio al momento de la intervención soviética. Estoico, sarcástico, el anciano comparte por un instante el destino de una revuelta popular cuya deriva «burguesa» había él desaprobado. Deportado cerca de Bucarest, a uno de los castillos kafkianos de la *nomenklatura* rumana, se niega a ser testigo de cargo en el proceso secreto contra Nagy, aun cuando políticamente esté más cerca de Kádár que de su efímero jefe de gobierno.[136] El honor está a salvo, a falta de otras virtudes más «proletarias». Habiendo sobrevivido a ese último naufragio, que refuerza en Occidente su aura revisionista, el filósofo de la praxis pasa el fin de su vida en su Olimpo, reuniendo los elementos de una «ontología del marxismo». Claude Roy, que lo encontró por esta época en su gran departamento a orillas del Danubio, pintó con una sola frase a su personaje inmóvil: «Así como había esquivado los últimos males de Siberia o del cadalso, el viejo *rabbi* hegeliano conservaba, a los 80 años, la última palabra».[137]

Su ejemplo ilumina, aunque en sentido inverso, el mismo fenómeno que revelaron las rupturas de Pascal y de Suvarin con el Komintern: en el mostrador de las creencias políticas, que ocupan un lugar tan importante en el espíritu de los modernos,

el comunismo constituye un licor particularmente fuerte en contenido ideológico. No tanto por su resistencia a la experiencia: ese rasgo es común a todas las convicciones militantes, en gran parte impermeables a los hechos. Ni por una longevidad excepcional: la fe comunista se pierde o se rompe tal vez más a menudo que ninguna otra creencia política, a juzgar por los millones de excomunistas que ha producido el siglo. Su nivel particularmente elevado de carga psicológica se debe a que parece unir la ciencia y la moral: dos tipos de razones tomadas de universos diferentes y milagrosamente unidas. Cuando cree realizar las leyes de la historia, el militante lucha también contra el egoísmo del mundo capitalista en nombre de la universalidad de los hombres. Acompaña su acción con una buena conciencia a la manera nueva, exaltada como virtud cívica, y comparable, empero, a ese filisteísmo burgués que tanto detesta: la angustia de vivir ya no hace presa de él. Pero la ruptura la despierta, y la acompaña de un reforzamiento de la soledad. Independientemente de sus «razones» y de sus caminos, todos los comunistas creyeron o creen vivir por adelantado la reconciliación del hombre consigo mismo. Y Lukács nunca quiso abandonar la pena y el placer de esta certeza casi divina.

V. EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS

LA PRIMERA época del sovietismo se cierra en aquellos años en que la Internacional excluye a Suvarin, y en que Suvarin se separa moralmente de la Internacional. He tomado a este personaje como símbolo de la primera diáspora bolchevique, que iría seguida por tantas otras. En la tragedia general que constituye la Revolución rusa, Suvarin da la señal de la tragedia en pequeño que constituirán la batalla, la derrota, el exilio y la liquidación de los bolcheviques de Octubre de 1917. De suerte que, aun cuando esta primera época de la experiencia soviética esté lejos de ser homogénea, pues incluye a la vez el comunismo de guerra y la NPE, es fácil distinguirla de la que seguirá, ya que se vio dominada de principio a fin por el fundador del régimen, el hombre sin el cual la Revolución de Octubre no habría ocurrido y, si nos remontamos un poco más al pasado, sin el cual no habría existido el propio Partido Bolchevique.

Por ello no importa que Lenin haya instrumentado políticas contradictorias. Él aporta la unidad existencial, práctica y mitológica a la revolución. Goza de ese formidable poder de encarnar uno de los grandes papeles de la democracia moderna: conducir a su pueblo hacia un porvenir ejemplar y nuevo, libre del peso del pasado. Esta imagen lo libera de la obligación de la prueba, y extiende sus beneficios a todo el Partido Bolchevique: en cuanto al terror o al hambre, solo la contrarrevolución es responsable. Para quien desee comprender cómo se formó el

mito soviético, es esencial el personaje de Lenin. Por lo demás, está hecho a la medida, aún más que Robespierre. Todo lo que tiene de abstracto contribuye a lo que tiene de universal.

Ahora bien, su desaparición modifica por completo esta economía de la imaginación revolucionaria. Y evoca en forma natural lo que obsesiona a toda creencia revolucionaria: el fin de la revolución.

Sin embargo, este fin de la revolución ya fue evocado antes, en vida de Lenin: desde el fin de la guerra de intervención y el fracaso del Ejército Rojo ante Varsovia, o desde el fin de Kronstadt, o desde el fin de la NPE. La retirada militar marcaba el fin de la contraofensiva soviética en Europa. La insurrección de los marinos de Kronstadt y la represión que la siguió señalaban el «crepúsculo sangriento de los soviets»,[138] orquestado por Lenin y Trotski. La NPE hacía revivir el fantasma de Termidor. En el interior mismo del Partido Bolchevique, la «Oposición Obrera»[139] había denunciado ya el hielo burocrático de la revolución: la derrota del grupo, a la que siguió la proscripción de las fracciones, destruía el único termómetro que quedaba sobre el estado de la sociedad y de la opinión. El propio Lenin, que había batallado toda su vida en su partido para hacer prevalecer su línea, imponía a su partido (ahora grande y todopoderoso) la sumisión al jefe. Que esta evolución era congruente con cierta lógica en su concepción del partido como vanguardia lo había predicho largo tiempo atrás Rosa Luxemburgo, y desde 1920-1921, la vieja militante Angélica Balabánova y el fiel Pierre Pascal se apartaban de esta revolución petrificada.

Pero es un poco más tarde, en 1923, cuando la enfermedad y luego la muerte de Lenin afectan profundamente la ilusión de un Octubre universal. Porque la desaparición del jefe se inscribe en el reflujo general del movimiento que él había sabido encarnar.

Lenin no pensó jamás que la revolución proletaria pudiera vencer o siquiera sobrevivir un poco más solo en la atrasada Rusia. Para él Octubre de 1917 era solo la apertura de un vasto acontecimiento internacional, tan internacional como la guerra que constituía su trasfondo: la Europa «civilizada» seguiría a Rusia y, en esta Europa, Alemania antes que ningún otro país. Predicción que había tardado en concretarse, ya que él mismo tuvo que combatir en el Comité Central para obligar a sus camaradas a firmar en marzo de 1918 la capitulación de Brest-Litovsk,[140] pero a la que el fin de la guerra daba, en noviembre, algún sustento: por la analogía que las revueltas de los marinos y de los soldados alemanes presentaban con la desbandada del ejército ruso el año anterior, parecía que una nueva revolución de los soviets comenzaba en el centro de Europa, en la patria del marxismo, donde el proletariado iba a compensar, con su actuación, la traición de sus jefes en 1914. El ejército estaba vencido, el Kaiser fue obligado a emigrar, y el poder ahora era ilegítimo después de la derrota. Alemania entraría al gran relevo de la Revolución rusa.

Pero, una vez más, Alemania vivió una revolución fallida, y varias veces fallida: a fines de 1918, entre enero de 1919 y abril de 1920, y por último en 1923, en la Alemania central y en Hamburgo. Incluso la fórmula de «revolución fallida», tomada del precedente de 1848, tal vez oculte un error de apreciación, en la medida en que establece la hipótesis de que la revolución era posible. En la esporádica guerra civil que señala los primeros años de la República de Weimar, dos partidos extremos se combaten fuera de la ley y, al combatirse, muestran en común la ambición de destruir la república constitucional. Ahora bien, unos y otros, comunistas y nacionalistas, sorprenden al historiador más por su debilidad que por su fuerza. Podrán hacer *putschs* efímeros, pero no logran verdaderamente el poder; sin embargo, el menos débil de los dos probablemente es el de la

extrema derecha, que se apoya en el odio al desorden, en la tradición militar y en la desdicha nacional. En el otro extremo, frente a las tropas irregulares y los grupos y grupúsculos nacionalistas, la revolución proletaria a la manera bolchevique no logra reunir más que a elementos muy minoritarios de la clase obrera y a algunos jefes divididos, aun (y tal vez sobre todo) tras el nacimiento del Partido Comunista Alemán.

En efecto, durante todo el periodo, el movimiento sindical y la gran mayoría de la socialdemocracia alemana siguen mostrándose resueltamente hostiles a la Revolución bolchevique, y practican una política inversa a la de los bolcheviques en la Rusia de 1917: quieren que triunfe Febrero y evitar Octubre. Según la buena ortodoxia kautskysta, luchan por fundar una república democrática en un país en que la aristocracia militar y la monarquía han sobrevivido largo tiempo. Lo importante para ellos es contener la disgregación del Primer Reich en el punto preciso en que la disolución del poder podría crear condiciones favorables a un Octubre alemán. De ahí que no vacilen en apoyarse en lo que queda del ejército regular, el *Reichswehr*, y hasta, de cuando en cuando por su intermediación, en las tropas irregulares para quebrantar los embriones de soviets alemanes. Pero también ocurre lo contrario: la tentativa de *putsch* militar de Kapp[141] en marzo de 1920, sostenida por una parte del *Reichswehr*, se ve frustrada por la huelga general convocada por los sindicatos. Las circunstanciáis han obligado a los socialistas a ponerse a la cabeza de la resistencia contra un golpe de Estado de la derecha.

¡Pobre socialdemocracia alemana, atrapada entre dos fuegos, uno de los cuales la priva de un vocabulario nacional, y el otro del prestigio revolucionario! Dejó que le adjudicaran la responsabilidad de la derrota, y cargó con el peso de Versalles. Debe combatir a los bolcheviques que durante largo tiempo han luchado bajo la misma bandera que ella y por las mismas ideas.

Muda ante la guerra, que ha vivido sin desearla ni combatirla, hostil a una revolución que le llega del lado malo de Europa, ha recibido de la historia una misión paradójica: fundar y defender una república burguesa. Misión inédita, prosaica, defensiva, que no despierta ningún eco en su tradición, como tampoco en el espíritu de la época, y mucho menos en la mentalidad política alemana.

No obstante, esta socialdemocracia, espiritualmente desprovista, prisionera de un marxismo aburguesado y arrinconada en una situación tan poco acorde a sus esperanzas, va a ganar la partida: a finales de 1923, el fracaso de la insurrección comunista de Hamburgo en octubre, y el del *putsch* de Ludendorff-Hitler en Munich en noviembre, significan para la república el otoño de la victoria. Ni siquiera la ocupación del Ruhr por los franceses ha modificado la desigualdad de las fuerzas; la facilidad con que fueron vencidas las revueltas de extrema izquierda y de extrema derecha da testimonio de esta desigualdad. Si los socialdemócratas, pese a una situación política tan difícil, han podido seguir tan fuertes no es, como quiere la interpretación comunista, porque se hayan «pasado al servicio» de la burguesía, pues esta interpretación puramente voluntarista del fracaso bolchevique en Alemania por la indignidad de los socialdemócratas pasa por alto lo esencial. No es que los factores subjetivos no hayan desempeñado algún papel, como sucedió con la fidelidad republicana de los socialistas a la Constitución de Weimar, o la falta de realismo de las políticas alemanas del Komintern, o las divisiones de los jefes del KPD. Pero son, sin duda, menos importantes que los elementos objetivos que hicieron inoperante la idea de extender el Octubre ruso a Alemania.

Lenin había tenido un sentido muy agudo del carácter excepcional de las circunstancias que lo habían llevado al poder. Tan excepcional, a decir verdad, que antes de volver de Ginebra

y de publicar sus resonantes *Tesis de abril*, nadie en el estado mayor bolchevique había percibido la posibilidad de esta segunda revolución rusa, pues acababa de concluir la de Febrero. Y hasta en los días que habían precedido a la toma del Palacio de Invierno por los soldados rojos, algunos de sus camaradas más cercanos, como Kámenev y Zinóviev, habían tomado posición contra esta tentativa aventurada. Sin embargo, Lenin había ganado la apuesta con su extraordinario sentido de la oportunidad, con ese olfato para el poder característico de su genio de hombre de acción. Pero él conocía la fragilidad de su victoria, inseparable de las circunstancias que la habían hecho posible: sentimiento que le hacía volver a un marxismo más ortodoxo que el de las *Tesis de abril*, devolviendo su papel a las leyes del desarrollo social: «Es el hecho de ser un país atrasado el que nos ha permitido adelantarnos —dice en un discurso al soviet de Moscú, en abril de 1918— y habremos de perecer si no nos sostenemos hasta el momento en que nuestra revolución reciba una ayuda eficaz de los rebeldes en todos los países».[142] Toda la esperanza en Alemania de los bolcheviques y de la Internacional se encuentra en esta frase, que viene a rematar en noviembre del mismo año, con la derrota germana, la disgregación del Reich.

Rebelión de los marinos y de los soldados, agitación obrera, abdicación del *Kaiser*, remplazado por un gobierno burgués que debe hacer, al mismo tiempo, la paz y una Constitución: rasgos que parecen emparentar noviembre de 1918 en Alemania con febrero de 1917 en Rusia y que, sin embargo, son engañosos. La anomia alemana del otoño de 1918 no es comparable a la anomia rusa del invierno de 1917. Causada por un choque exterior, es producto de la derrota, mientras que el Imperio ruso se desplomó por sí mismo, como descompuesto desde el interior. En la Alemania de Guillermo II, imbuida de la idea de su elección nacional, la capitulación militar hace las veces de un terre-

moto moral. Pero no quebranta a la sociedad. No hace tabla rasa con las jerarquías y las tradiciones. No suprime el dominio de los partidos sobre la opinión, como lo prueban el lugar que ocupan en el centro del tablero político los socialistas mayoritarios, el centro católico y los demócratas liberales o también, tal vez, el papel desempeñado por el *Reichswehr*; o, por último, la removilización en la extrema derecha de las tropas irregulares, donde el espíritu aristocrático y militar resurge con más fuerza tras la humillación sufrida por la nación. La Rusia de 1917 había derivado hacia el bolchevismo sin encontrar jamás clases sociales, partidos o voluntades lo bastante firmes para dominar la anarquía y devolver su fuerza al poder del Estado. Nada similar se produjo en la Alemania posterior a noviembre de 1918. La breve llama de los soviets de obreros y de soldados, más luxemburguista —por cierto— que leninista, es aplastada desde mediados de enero de 1919. Y la magra extrema izquierda leninista que se forma en los meses y los años que siguen constituirá más un argumento de tribuna para los nacionalistas que una auténtica amenaza revolucionaria. Para la joven república alemana, afectada desde su cuna por la leyenda de la «puñalada por la espalda», el mayor peligro sigue estando en la extrema derecha, como lo hará ver claramente el segundo episodio de esta batalla triangular, entre 1930 y 1933.

Sin embargo, Lenin nunca dejó de pedir ayuda y de preparar la revolución alemana. Tal fue, asimismo, el supremo pensamiento de la Tercera Internacional, fundada desde 1919 en Moscú pese a las advertencias de Rosa Luxemburgo: el universalismo del modelo de Octubre de 1917 había tenido su primera prueba en Berlín. Por una parte, la superficial analogía de las situaciones llevaba al optimismo. Por la otra, el triunfo de una segunda revolución proletaria en el epicentro de la Europa culta limitaría en el acontecimiento ruso lo que había tenido de excepcional, reintegrándolo a un telón de fondo de la historia

tan solo como el primero de una serie. Por último, la Revolución rusa era fiel a su propio dinamismo al inspirar contra la República de Weimar un combate paralelo al de las tropas irregulares. Había disuelto la Asamblea Constituyente después de haber abreviado al máximo la duración del episodio «burgués» que se inició en Febrero con la caída del zar. Y todos los bolcheviques recordaban que la tentativa contrarrevolucionaria del general Kornílov,[143] en septiembre, les había abierto las puertas del poder.

Independientemente de esas consideraciones circunstanciales, ellos obedecían a la lógica revolucionaria, que reduce el campo político a dos bandos y solo dos: el que no está conmigo está contra mí. El que no es revolucionario es contrarrevolucionario. Terrible simplificación cuyos peligros para la libertad de los individuos había mostrado ya la Revolución francesa, y cuyos términos agrava la de Octubre de 1917. En efecto, la propensión de la dictadura jacobina a tildar de «aristócrata», al más ínfimo burgués o al más modesto campesino que temieran las requisas o el envío de sus hijos a la guerra recibió de Marx y de Lenin la bendición filosófica que le da fuerza de dogma. Como todos los combates políticos pueden deducirse de las luchas de clases y la hora de la posguerra es la de la revolución proletaria, la batalla por el poder en los grandes países de Europa enfrenta a la burguesía y a la clase obrera, y ya no existen más que partidos obreros y partidos burgueses, revolucionarios los primeros y contrarrevolucionarios los segundos. Que los bolcheviques se consideran y se proclaman los únicos y verdaderos representantes de la clase obrera lo demostró la Revolución de Octubre: desde mediados de 1918 se quedaron solos en la escena, habiendo roto hasta con los socialistas revolucionarios de izquierda, pese a que después retomaron su política agraria.[144] Desde entonces, todas las fuerzas políticas aparte de ellos no son más que otros tantos disfraces contrarrevolucionarios,

desde los mencheviques hasta los guardias blancos. ¿Por qué habría dé ser de otro modo en Alemania, desde los socialdemócratas hasta los hombres de las tropas irregulares? La Revolución leninista tiende a unificar todo lo que se propone derribar.

Pero también conoce el imperativo táctico de utilizar a tal o cual adversario para sus propios fines, si este avanza disperso. A este respecto, Alemania constituye el terreno predilecto de los estrategas del Komintern, a los que ofrece varias palancas de acción: los socialdemócratas en el gobierno, una fuerza de extrema derecha hostil al régimen republicano, un ejército y una opinión pública tanto más nacionalistas cuanto que la Francia de Poincaré ocupa el Ruhr en enero de 1923. En efecto, la socialdemocracia, fragmento «burgués» del movimiento obrero, ocupa un terreno que puede reconquistarse mediante una estrategia de frente único. Y los elementos más reaccionarios del ejército y de las fuerzas conservadoras pueden aprovecharse para debilitar a la vez a la República de Weimar y al imperialismo francés; porque en el contexto de 1923, la convergencia de intereses, la probable alianza entre la Rusia comunista y la Alemania nacionalista —la gran humillada de Versalles— están siempre presentes entre las preocupaciones de los líderes del Komintern. Rádek, que en este año crucial es como los ojos de Moscú en Berlín, no deja de cantar esa tonada, que ya no es exactamente la del internacionalismo obrero. Pero al menos da al comunismo la ventaja de no apostar todo su porvenir alemán a la insurrección de octubre de 1923. Aunque la revolución obrera sea aplastada en las calles de Hamburgo, el Estado soviético no dejará de tratar de seducir a quienes salieron vencedores.

En 1923, cuando los jefes bolcheviques, divididos respecto a su estrategia alemana, ven desaparecer su última esperanza de revolución europea, Lenin ya ha salido de la escena. Víctima en mayo de 1922 de un primer ataque cerebral, se ha recuperado

lo bastante para volver a trabajar a partir del verano. Redacta entonces su famoso «testamento» en los últimos días del año, antes de recaer, en marzo de 1923, en una afasia esta vez definitiva. Morirá en enero de 1924. La Revolución rusa pierde a su jefe en el momento en que se apagaba esta revolución alemana en la que había recaído la vocación universal de Octubre.

Comienza aquí también la batalla de sucesión que en cinco años (1923-1927) llevará a Stalin al poder absoluto. Dejo de lado las peripecias de esta batalla, a la vez decisiva y bizantina, en la que se fijará por más de medio siglo la mentira de un lenguaje de iniciados con el que la pequeña oligarquía de los herederos disimula sus feroces rivalidades. Lo que me interesa aquí es evaluar cómo la victoria de Stalin, por la eliminación sucesiva de sus rivales, modifica la relación del bolchevismo con lo universal, desplazando el acento de lo internacional a lo nacional; pues si esa relación fue relativamente fácil de comprender con Lenin y en la situación creada por la primera Guerra Mundial, está naturalmente más amenazada en el momento en que se constituye lo que se podría llamar el segundo bolchevismo, el de Stalin: la guerra empieza a olvidarse, el ciclo revolucionario ha terminado su curso, ha llegado la hora de la estabilización económica y política del mundo capitalista. Han desaparecido las circunstancias que llevaron el espíritu de Octubre fuera de Rusia y ha muerto Lenin, que lo encarnaba por sí solo.

Para hacer un inventario, si no de la transformación, al menos del desplazamiento que sufrió la relación de la joven URSS con el universalismo revolucionario, se puede partir del terreno de lo simbólico, que no es el peor observatorio para estudiar la evolución del mundo soviético en esos años. Muerto Lenin, se embalsama su cuerpo y se le expone bajo las murallas del Kremlin a la adoración de los fieles, pese a las protestas de su viuda. En vísperas de sus honras fúnebres nacionales, Stalin pronuncia en el II Congreso de los Soviets ese discurso cere-

monial, en forma de prédica religiosa, que termina con los seis solemnes juramentos de fidelidad al jefe desaparecido: «Al dejarnos, el camarada Lenin nos ordenó mantener en alto y conservar pura la gran apelación de miembro del partido. Te juramos, camarada Lenin, ejecutar con honor tu mandamiento, etc». El ex seminarista georgiano se pone a la altura de la ocasión, envolviendo el legado leninista en el lenguaje litúrgico que resurge de su adolescencia; con ello lo hace a la vez más sagrado y más rígido, sin que el historiador pueda precisar la parte que corresponde, en esta adaptación, a la traducción de una certidumbre interior, y la que depende de un cinismo manipulador. En el interior de esta estrecha aristocracia política que forman los militantes del partido, habla como un clérigo a otros clérigos, elevando el orgullo de casta al hecho de compartir una promesa. Se acabó el tiempo de las controversias sobre los textos de Marx y de los debates doctrinales sobre la naturaleza de las relaciones entre el partido y la clase obrera. En adelante, el partido es un clero reunido en torno de una Iglesia y, por tanto, unánime como ella. Bajo la intimidación de un lenguaje tomado de un mundo anterior al de la política moderna, Stalin quiere dar a entender también a Trotski, a Zinóviev y a todos los demás que la unidad del partido es la regla del juego y que él es su árbitro y su guardián.

Lenin había consagrado su vida entera al partido. Pero no lo había deificado. Cierto que a él se le debe la teoría según la cual el partido marxista es la indispensable vanguardia de la clase obrera, su conciencia histórica, sin la cual el proletariado no podría pasar del nivel sindical de organización colectiva. Verdad también que en el X Congreso, en 1921, había hecho votar la prohibición de las corrientes. Pero vivió toda su vida de militante en apasionados debates de doctrina y de política. Hasta se encontró en minoría en momentos decisivos, como antes de Brest-Litovsk.[145] La autoridad supereminente que adquirió en

el movimiento bolchevique, se debió a que él llevó al partido al poder, y no a que él hubiese formado un aparato para su propia devoción. Por lo demás, desde Octubre de 1917 había pasado buena parte del tiempo corrigiendo lo que consideraba como múltiples errores del partido, debidos en gran medida —según él— al extraordinario retraso cultural de Rusia. No acabaríamos de enumerar sus denuncias de ese atraso y de la barbarie rusa hasta, y tal vez sobre todo, en sus últimos escritos. La paradoja de Lenin está en haber instaurado deliberadamente la dictadura de su partido pese a haber temido sus consecuencias. Este dogmático sectario, este hombre de acción expeditivo no tuvo miedo de poner al Estado bajo la influencia del partido y de hacer reinar el terror; pero antes de morir sí temió a la burocratización del régimen que había fundado.

Stalin, en cambio, se encuentra a sus anchas en la burocracia del partido y en el retraso ruso. Desde 1922 es secretario general, puesto sin relieve al principio pero del que hace, poco a poco, un formidable instrumento de clientela y de poder. Siendo georgiano, se vuelve más ruso que los rusos, como un hombre nacido en las márgenes del imperio y que llega a su centro. Sus estudios han sido mediocres y ha leído poco. Lenin llevaba una buena dosis de populismo ruso en su marxismo, pero también tenía un pie en la cultura europea. Stalin conoce a Marx a través de Lenin, sobreponiendo su ignorancia a una interpretación ya simplista. De todos modos, no le agradaban las discusiones y menos aún las ideas, pero sabe que forman parte de la tradición bolchevique: no hay estrategia ni giro político que no deban justificarse en forma de «teoría». El que quiera ser el heredero de Lenin también debe dominar este arte tan particular. Por ello publicó los *Principios del leninismo*,[146] obra formada por una serie de conferencias redactadas para la universidad comunista Svérdlov en abril de 1924. Es la primera muestra de esta prosa granítica que a menudo procede mediante preguntas

y respuestas, como en los catecismos, y que se dedica menos a demostrar que a enumerar, antecediendo de las frases «en primer lugar», «en segundo lugar», etc., los diversos elementos de la respuesta canónica. Es el equivalente, en el orden doctrinal, del mausoleo de Lenin en el orden simbólico. Stalin escribió el comentario (que llegaría a ser sagrado) del pensamiento de Lenin. A menudo interrumpe su texto con largas citas, como para apropiarse mejor de la sustancia del desaparecido padre fundador. De cuando en cuando, un sarcasmo ridiculiza el error o la objeción de un adversario pasado o presente, pues la lectura debe hacerse en dos niveles: como imposición de un dogma político y como ajuste de cuentas más o menos explícito. El conjunto forma un tratado pedagógico compacto y sin gracia, pero claro: es la simplificación del marxismo de Lenin, que a la vez era una simplificación del marxismo de Marx. Pero el autor de ese talmud campesino ha hecho una contribución original: ha tenido cuidado de salpimentar su texto con homenajes al genio del proletariado y del campesinado rusos, que seguramente habrían escandalizado a Lenin. El jefe de la Revolución de Octubre se proclamaba revolucionario aunque ruso. Stalin, georgiano, eligió ser ruso por ser revolucionario.

Los dos se habían enfrentado en septiembre de 1922, precisamente a propósito de Georgia, antes de que Lenin fuera condenado al silencio por su enfermedad. Lenin había acusado a Stalin de querer restaurar el predominio de la Gran Rusia sobre la pequeña república en que había nacido: la sovietización del país se efectuó en 1921, contra los mencheviques locales, mediante las bayonetas del Ejército Rojo. Stalin había retrocedido, pero no dejaba de pensar en ello. La nueva «Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas» que por entonces estaba en estudio, ya que debería sustituir a la «República Socialista Federativa Soviética de Rusia», tenía por objeto asegurar la igualdad de derechos de las naciones asociadas. Pero la concepción de él re-

posaba más bien en la «sovietización» forzosa de las repúblicas hermanas, previa a su absorción por la Unión, so capa de libre asociación. Allí como por doquier, la uniformidad de la dictadura del Partido Bolchevique quitaba de antemano toda sustancia al pluralismo nacional o constitucional. El chauvinismo gran-ruso, tantas veces vilipendiado por Lenin, encontraba su inesperado instrumento en el partido de Lenin, qué había quedado como único amo a bordo en nombre del proletariado, según una concepción también de Lenin. Y el artífice no menos inesperado de esta resurrección-metamorfosis había nacido en Tiflis.

Esta misma evolución podemos verla hacia la misma época en el interior de la Tercera Internacional. Dicha institución fue concebida por Lenin en 1919 para que constituyera el nuevo estado mayor de la revolución internacional, ya que el anterior había traicionado su misión en agosto de 1914. Por tanto, a la vez se adapta a la tradición del movimiento socialista y entra en ruptura con esta pues, según ella, es el modelo revolucionario de Octubre de 1917 el que debe universalizarse y el partido victorioso de Octubre el que debe generalizarse, mientras que la Segunda Internacional se empeña, por el contrario, en negarle su valor de ejemplo. De ahí que, desde el origen, los bolcheviques gocen de un privilegio *de facto* en la Internacional de Moscú, que les debe la vida. Para convencerse, basta considerar las condiciones de adhesión que imponen a los partidos candidatos y las negociaciones a menudo difíciles que de ahí se siguen; o también el reparto de responsabilidades en los diferentes organismos de la institución, en los que los bolcheviques conservan los principales controles; el propio Lenin sigue siendo, por lo demás, la autoridad suprema, aun cuando no esté investido de una función oficial. Esta autoridad es más política que administrativa.

Al correr de los años, empero, adopta un carácter cada vez más burocrático, y la evolución en ese sentido comienza con Lenin. Desde 1921-1922, la Internacional comunista interviene sistemáticamente en los asuntos de los partidos afiliados, como nunca lo había hecho la Segunda Internacional. Multiplica no solo las directivas, sino los procedimientos de control de militantes. Envía por todas partes a sus hombres de confianza, varias veces a un mismo país, con misiones informativas o con recomendaciones de acción: en suma, el centralismo bolchevique difunde también su espíritu en el nivel internacional.

Lo nuevo, con la desaparición de Lenin, es el afán de los diversos aspirantes a la herencia por utilizar en provecho propio las diferentes «secciones» nacionales del movimiento. Nada muestra mejor la subordinación en que han caído los demás partidos respecto del Politburó del partido ruso —y, por cierto, nada la agrava más— que las recaídas de la crisis de sucesión en Moscú. La primera derrota de Trotski frente a la *troika* en 1924, entraña una serie de purgas en los partidos europeos. Ya vimos que, en Francia, Suvarin pierde entonces sus funciones y hasta su pertenencia a la Internacional, no porque defienda a Trotski, sino tan solo porque defiende la idea de una separación entre los problemas rusos y los del movimiento internacional, a través de sus distintas secciones. Al año siguiente se confirma la humillación de Zinóviev, a quien su cargo de presidente de la Internacional no salva de su fracaso en el Politburó. Al mismo tiempo, sus protegidos alemanes, Maslow y Ruth Fischer, que no quisieron traicionar a Zinóviev en favor de Stalin, deben abandonar la dirección del PC alemán.[147] El control de los nombres de las desviaciones que se producen durante la batalla entre los viejos bolcheviques se extiende a toda la oligarquía internacional del movimiento: neomenchevismo, trotskismo, zinovievismo, derechismo, izquierdismo, socialdemocratismo: otras tantas etiquetas arbitrarias a las que el grueso del

Partido Bolchevique, manipulado por Stalin, atribuye una significación tanto más universal cuanto más estrechamente subordinada queda la estrategia del movimiento a la sola potencia del Estado soviético. Y lo más triste de la situación es ver a las sucesivas oposiciones a Stalin combatir en el interior de los marcos ideológicos y políticos fijados por él, aceptando la idea de que hay una ortodoxia del partido y, por ello, vencidas de antemano.

Sin embargo, en medio de esta batalla oculta la palabra clave acabó por ser pronunciada a finales de 1924: el «socialismo en un solo país». Esta fórmula tiene varios usos. Corresponde, para empezar, a un sentimiento de época, tras el fracaso de la revolución alemana: la posguerra ha terminado, y con ella él contagio del sovietismo. Luego, contiene una polémica contra Trotski y su vieja teoría de la «revolución permanente», según la cual la revolución democrático-burguesa rusa, una vez realizada por el Partido Socialdemócrata (estamos en 1905), superaría su horizonte burgués con tal de que se entroncara en la revolución mundial. Lenin, en su tiempo, había discutido esta «teoría», pese a todo bastante cercana a la suya,[148] antes de que llegara Octubre de 1917 haciendo que ambos se pusieran de acuerdo. Ahora bien, en 1924, Stalin recupera la idea de la «revolución permanente» en un contexto totalmente distinto, para convertirla en una doctrina de impotencia según la cual sería imposible construir el socialismo en la Unión Soviética si no se contaba con el apoyo internacional indispensable. Al hacerlo, mata dos pájaros de un tiro. Reconstruye falazmente, incurriendo en un anacronismo, una oposición escolástica entre «leninismo» y «trotskismo», pese a que Lenin no había dejado de repetir desde 1917 que la Revolución bolchevique, para vencer, necesitaba forzosamente la revolución en el exterior. ¡Y de pronto lo encontramos envuelto no solo en el manto del jefe

muerto, sino también en el honor histórico del proletariado y del campesinado rusos!

Porque el sentido último, y el principal, del «socialismo en un solo país» es sin duda aquel por el cual Stalin le hace un guiño al chauvinismo ruso. Al colocar a Trotski en una posición de doble derrotismo, a la vez en el plano nacional y en el revolucionario, vuelve a movilizar esta *hubris* propia del Partido Bolchevique, que ya puso en marcha a la muerte de Lenin. Pues se dirige menos al pueblo, reducido desde hace tiempo al silencio, que al partido, amo único del país, amo aislado en el país. Este partido ya no es el de los viejos bolcheviques o, mejor dicho, los viejos bolcheviques lo dirigen aún, pero su masa está formada por militantes recientes que se han unido a los vencedores por decenas de miles desde Octubre. Todos ellos son, por definición, los cuadros de la nueva administración del país: en su mayor parte se trata así de potentados locales, corrompidos por el poder absoluto, ebrios de una autoridad sin límite, intoxicados por el discurso bolchevique sobre los beneficios de la violencia «proletaria». Además, al haber sido promovidos por Stalin y sus hombres desde que el georgiano ocupa la cumbre del aparato, reciben de él todo lo que tienen, están cerca de él por lo burdo de sus ideas y de sus costumbres, y dispuestos a todo para mantenerlo y quemarle incienso. El Partido Bolchevique siempre ha sido escenario de pleitos, pero a partir de 1924 Stalin arregla de antemano las asambleas y sus partidarios recurren más al insulto y a la violencia que a los argumentos. En ese tipo de militante había pensado Lenin en su último año de lucidez, cuando declaró estar aterrado por la ignorancia de los cuadros comunistas, sus jactancias («com-jactancias») y sus mentiras («com-mentiras»): «Escuchamos todos los días, y yo sobre todo por mis funciones, tantas mentiras comunistas almibaradas, tantas com-mentiras, que siento náuseas, a veces atroces». [149]

A ese tipo de hombres, a la vez serviles y todopoderosos, ignorantes y que creen saberlo todo es a los que Stalin les sirve su alcohol ideológico, después del cual los debates anteriores a la revolución parecen discusiones de sabios, aunque hayan facilitado el camino al concentrado estalinista. ¡Qué lejos está Marx! Dos sistemas se enfrentan. El leninismo, teoría científica de la acción, verificada por la historia, encarnada por el Partido Bolchevique pero amenazada por sus enemigos del exterior y del interior. Y, del otro lado, el trotskismo, enemigo jurado del leninismo, en el pasado y en el presente, peligro mortal que pesa sobre la herencia de Lenin, discurso de capitulación enmascarado en una pugna internacionalista. Tal es el atuendo nuevo del «socialismo en un solo país». Pone el acento en un elemento capital de la psicología «leninista», a saber, que la voluntad lo puede todo si tiene el poder. Y le añade un ingrediente inédito, oculto bajo el llamado al activismo y que Stalin manipula expertamente, para no exponerse al reproche de infidelidad a Lenin: la pasión nacional gran-rusa. Como los jacobinos franceses, también los bolcheviques tardíos han caído en la trampa del país elegido por la historia, de la que escriben una versión nueva aunque más primitiva. La fórmula de Stalin les permite reciclar un chauvinismo tradicional de nación dominante a través de la pertenencia a un partido totalitario.

Ellos no están —¿aún no?— a la cabeza de un Estado lo bastante poderoso como para imaginar que se extenderá por encima de las fronteras de la Unión. Pero en el interior de esas fronteras han prohibido toda autonomía a las nacionalidades, de manera bastante más eficaz que los zares: simulando involucrar a todos los pueblos de la Unión en la «construcción del socialismo», los han sometido uniformemente a su mentira y su poder.

En cuanto al exterior, la Internacional comunista administra en adelante los enclaves residuales de un espacio que se ha en-

cogido con el reflujo de la revolución europea. Su evolución es una calca de la del Partido Bolchevique. Los líderes o las facciones de los partidos hermanos ya no son más que signos del álgebra política rusa, peones desplazados o manipulados al capricho de las maniobras de Stalin, de suerte que toda la aristocracia internacional del comunismo queda integrada, por la buena o por la mala, al sistema político de Moscú. Privados de autonomía, prisioneros de consignas cada vez más abstractas, los partidos comunistas tienden a volverse enclaves políticos rusos en sus sociedades respectivas. A su manera, son partidos-Estados en miniatura, con la diferencia de que el Estado del que reciben su autoridad no es el suyo, sino la Rusia «socialista», ama, en última instancia, de sus destinos. Se habla el mismo lenguaje esotérico que en Moscú y se vive con el temor de ser convocado allá. Por lo demás, esta obsesión imitativa recibió un nombre en el vocabulario de los iniciados: es la «bolchevización». Con esto se evita decir: rusificación. «Bolchevización» todavía evoca algo de la vocación universal de los soviets, pese a que el término ya no remite en realidad más que a un partido-Estado en el poder en Moscú.

He empleado para definirlo el término «totalitario» después de muchos otros, porque es el menos malo. En efecto, el adjetivo designa algo nuevo en la política moderna, que va mucho más allá del monolitismo de un partido o de un grupo. Indica, para empezar, la pretensión de un partido de ser su propio fin en sí mismo, sin que los hombres que lo pueblan puedan tener otra meta en la vida que servirlo *perinde ac cadaver*. Esta pretensión lo emparenta con una secta religiosa, ya que constituye la vida entera de sus miembros (pública y privada) y su salvación, misión que se atribuye pese a que su actividad práctica es de orden puramente mundano: tomar y ejercer el poder. El nexo entre los dos órdenes de realidades proviene de una ideología compartida, que el jefe del partido está encargado de interpre-

tar y de enriquecer en función de las circunstancias. La política debe ser constantemente traducida en los términos de ese lenguaje a la vez sacro y ficticio, que separa, cada vez que es necesario, a los amigos de los enemigos. Los bolcheviques son como el clero de una ideocracia, y Stalin se vuelve el jefe de ese clero destinado a que baste con su palabra.

Este análisis nos permite introducirnos en la famosa cuestión de lo que une a Lenin y a Stalin y lo que los separa. Los amigos de la Revolución rusa han tenido y tendrán (porque aún quedarán) naturalmente la tendencia a separar a Stalin de Lenin; atribuirán la parte mala a Stalin para salvar mejor al inventor de la idea del régimen. En cambio los adversarios han tenido y tendrán la tendencia inversa: poner en el mismo casillero a las dos figuras sucesivas de los regímenes soviéticos: el maestro y el discípulo. En realidad no hay razón para no considerarlos a la vez como unidos y separados. A Lenin le corresponde la dictadura del partido identificada con la dictadura del proletariado: ¡ya bastante se lo reprochó Rosa Luxemburgo! También a Lenin le corresponden el terror, el desprecio a las leyes, la confusión del partido y el Estado. Y también la pasión sectaria del debate ideológico, la idea aristocrática del partido que está en el origen mismo de los bolcheviques. Por último, Lenin hizo, sostuvo y promovió a Stalin casi hasta el fin cuando, a medias y demasiado tarde, quiso dar marcha atrás. Y sin embargo, en el partido de Lenin aún se discutía. El partido totalitario, combinación de ideocracia y de Estado terrorista, empeñado en liquidar a su vieja guardia, es obra de Stalin.

Ruth Fischer escribió,[150] hace ya casi cincuenta años, que todo el que intente comprender los orígenes de la Alemania hitleriana no solo debe mirar hacia la historia alemana y su larga querella con el Occidente. Es cierto que parece lo más lógico, por el antagonismo entre el nazismo y las democracias occidentales, pero se corre el riesgo de olvidar la contribución del

totalitarismo estalinista al desarrollo del totalitarismo hitleriano. En efecto, la victoria de Stalin facilitó la de Hitler. Le ofreció, después de Mussolini, un segundo ejemplo que pese a todas las imprecaciones públicas, estudió y retuvo: ejemplo de brutalidad, de cinismo, de duplicidad. Stalin allana el camino al hombre de *Mi lucha*. Mejor aún: para ganar, debió inyectar nacionalismo ruso a su leninismo, inventándose así un nuevo parentesco secreto con Hitler, mientras que simultáneamente, con la rusificación agresiva del comunismo, le consigue un nuevo público entre la derecha alemana.[151]

Así, el primer bolchevismo murió con la victoria de Stalin. El nuevo jefe no ha liquidado aún a los veteranos, pero los tiene de rodillas, a su merced: ha expulsado del país a Trotski. Su victoria cristaliza y verifica los temores formulados por Pierre Pascal desde 1921, o por Suvarin pocos años después. Sobre una sociedad quebrantada y un país atemorizado, el partido de Octubre de 1917 impuso rápidamente una dictadura terrorista, sin ningún contacto con el pueblo, pero que supuestamente gobierna en nombre e interés del proletariado. Esa mentira constituyó, desde los tiempos de Lenin —que finalmente la persiguió, pero que la había introducido—, la condición de pertenencia a la oligarquía todopoderosa. Produjo un lenguaje obligatorio y ficticio en el que nadie está autorizado a penetrar en la realidad y que tiende invenciblemente a la unidad: allí el desacuerdo se equipara a la herejía, el debate termina en autocrítica o en expulsión. Esta obligación de unidad, inseparable de la ideología, paralizó las oposiciones y preparó el surgimiento de un jefe.[152]

La revolución ha muerto. Nadie, en esa época, lo comprobó de manera más clara que el escritor rumano de lengua francesa Panaït Istrati,[153] en su tríptico literario publicado en París en 1929, pero del que no escribe más que la primera obra; las otras

dos son producto de la pluma de sus amigos Victor Serge[154] y Borís Suvarin.

La parte redactada por el propio Panaït Istrati no es la mejor del conjunto. Se trata de la relación un poco lacrimógena de una decepción: el novelista, invitado en calidad de simpatizante al décimo aniversario de la URSS, narra un largo viaje de 16 meses, entre 1927 y 1929, a través de todo el territorio soviético. El interés principal del relato consiste en mostrar, además de la omnipresencia de la dictadura burocrática del partido, el drama afectivo de la ruptura con el comunismo en la mente del narrador. El segundo autor tiene una orientación más política, ya que es Victor Serge, veterano de las luchas revolucionarias, cuñado de Pierre Pascal y, como él, inquieto desde hace tiempo por el giro que han tomado los acontecimientos, así como demasiado fiel al «ni Dios ni amo» de los anarquistas para soportar esta congelación posrevolucionaria. De hecho, su análisis es radical: la democracia de los soviets es una mentira, la única realidad del régimen es la dictadura de un partido corrompido, lleno de arribistas cínicos, que han sustituido a los militantes de la generación de Octubre. Sobre la manera en que opera la liquidación del trotskismo, escribe Victor Serge líneas dignas de Custine:

> *La atmósfera en que se desarrolla esta lucha no puede expresarse. Todo es misterio, tinieblas, rumores, angustias, afirmaciones contradictorias, desmentidos, sorpresas, ansiedades. Algunos hombres desaparecen misteriosamente al dirigirse a su trabajo o al salir de su casa...*[155]

El último capítulo del breve libro, conmovedor por su triste lucidez, está consagrado a Gorki, quien el año anterior había vuelto a su país natal tras un largo semiexilio en el sol de Sorrento. Hostil a la Revolución de Octubre, el más célebre escritor ruso se había adherido a medias al régimen durante la guerra civil, sin perder por ello su libertad de crítica y de intervención: de allí, por cierto, que partiera en 1921 rumbo a Italia. Su retorno, objeto de una larga negociación,[156] fue minuciosa-

mente organizado por el partido: desde la frontera soviética, cortejos, diputaciones y banderas saludan «al viejo de las duras mandíbulas grises»,[157] que ha aceptado inclinar su gloria ante la mentira de los tiempos nuevos. Aquí lo tenemos, pagando al contado, convertido en pocas semanas en el propagandista de la dictadura. El hombre que se opuso al Octubre de Lenin bendice el bolchevismo de Stalin. ¿Es esto fidelidad a sí mismo? Víctor Serge imagina una explicación menos severa para este naufragio: la ingenuidad política de un viejo autor que cayó en la trampa del país natal y de la vanidad. Esto es lo que llama «la tragedia de Gorki».

Suvarin, por su parte, comienza su larga carrera de cronista del desastre soviético. Su contribución a este extraño tríptico, anónimo en dos terceras partes, obtiene su información esencial de una lectura visiblemente minuciosa de la prensa soviética, empezando por *Pravda*, y del comentario de las estadísticas: es el antídoto utilizado por el autor contra los relatos de viaje soviético con agua de rosas, género que comienza a florecer. Como siempre en la prosa de Suvarin, los elementos no buscan el efecto literario, y la organización de las materias está hecha de manera bastante escolar, pasando de lo económico a lo político. Pero de la acumulación de los datos y de los hechos surge el escenario de una sociedad miserable en la ciudad y en el campo, y que aún no ha recuperado su nivel de 1913: esto no importaría si se tratara simplemente de una herencia del pasado unida a la travesía de circunstancias excepcionalmente difíciles. Pero Suvarin no lo ve así. Por el contrario, señala la culpa del régimen en esta especie de involución de la sociedad, sin cesar azotada por el autoritarismo burocrático, la corrupción, el oscurantismo ideológico, la dictadura de un partido que se confunde con la policía del Estado…

Así, esta *Russie nue* nos pinta ya lo que poco después se denominaría la Rusia «totalitaria». Lo que Suvarin conserva de su

pasado tan cercano lo hace ver en ella más bien una contrarrevolución, un capitalismo de Estado que pone fin al capitalismo a secas: interesado a su manera, como Kautsky o como Blum, después de haberlos combatido, en hacer un análisis marxista del fracaso de una revolución marxista. Pero ese aspecto de las cosas le interesa mucho menos que la propia comprobación del fracaso.

El de esos tres ensayos es, pues, un juicio radical y lúcido, que sin embargo en su época solo llegó a un público limitado. El público de izquierda, al que iban destinados, no compartía esa condena tan rotunda. Sospechó la exageración del amor decepcionado: esta clásica sospecha intervendrá a lo largo de todo el siglo en favor del comunismo soviético, ya que la historia será escrita en gran parte por ex comunistas. Y es que, como no se puede dar crédito a los escritores de derecha —con demasiadas prevenciones—, ni a los socialdemócratas —hermanos enemigos—, ni a los antiguos comunistas —demasiado decepcionados—, la Unión Soviética adquiere una especie de invulnerabilidad histórica: habrá que creer a pie juntillas lo que dice de sí misma, suprimiendo en dosis variables la parte destinada a la «propaganda». Casi nadie pensará que todo su discurso es falaz; tal es su secreto mejor guardado, por lo demás demasiado triste para perseguirlo con insistencia. Para colmo, en el caso del libro de Istrati, el siglo apenas empieza. La Unión Soviética acaba de perder a Lenin. A su sucesor deberá concedérsele el beneficio de un plazo.

Ahora bien, vemos que Stalin, tras haber socavado la oposición «de izquierda» con ayuda de Bujarin,[158] se vuelve inmediatamente después, desde 1928, contra Bujarin y la «derecha». Bujarin es el último invicto del estado mayor de los viejos bolcheviques —y el más joven—, además de haber sido el consentido de Lenin. Pero este aspecto de ese giro es secundario (por lo demás, Stalin domina ya sin competencia el partido) en lo to-

cante a los intereses implicados, pues en esta época en el vocabulario leninista, tras los términos convenidos de «derecha» e «izquierda» se oculta el destino del campesinado, ya que allí se define la actitud que a su respecto debe tener la dictadura del proletariado. Viejo asunto, casi tan viejo como el partido mismo, ya que nunca se olvidó de él Lenin. En buena doctrina, los intereses de las dos clases se oponen, ya que la pequeña producción campesina, una vez emancipada de los grandes propietarios, no deja de alimentar los circuitos de una producción capitalista. Pero la introducción en la escolástica leninista de la categoría «campesinado pobre», por oposición a los *kulaks*, evitaba al proletariado el callejón sin salida de no poder hacer más que una revolución burguesa: porque a través de la lucha de clases en los campos, los obreros debían encontrar aliados entre los campesinos pobres, en torno de un programa de transición al socialismo…

En 1917, esas abstracciones se estrellan contra la realidad rusa. Cuando los bolcheviques toman el poder, se limitan a volver al lema de los socialistas-revolucionarios, ya en vías de aplicación: la tierra para los campesinos. En los años de la guerra civil, llamados del «comunismo de guerra», practican una primitiva política de extorsión obligada de los productos agrícolas en favor de las ciudades. Esta política terrorista, que ya blande como justificación el sabotaje al *kulak*, enajena al régimen todos los campos y arruina la producción y así se presenta la primera gran hambruna de 1921, con cinco millones de muertos. [159] Lenin retrocede, inventa la NPE, que vuelve a abrir los circuitos bloqueados de la economía y da nueva vida a los campos aunque sin hacerlos realmente florecer. Pero la NPE, por indispensable que sea, sigue resultando sospechosa al partido. Siendo un simple retroceso táctico impuesto por la realidad, carece de verdadera dignidad ideológica, pese a los esfuerzos de Bujarin por otorgársela. Trotski, siempre pendiente de los errores,

no deja de denunciar a los defensores de los *kulaks* y pronto recibe la adhesión de Zinóviev. En el interior del país, el apoyo de algunos «burgueses», como Ustrialov,[160] al régimen compromete la nueva política. En el exterior, los mencheviques ven ahí una especie de desquite intelectual y político: la demostración, por los hechos, del carácter inevitable de una Rusia capitalista y campesina.[161]

En esas condiciones, después de haber vencido a los jefes de la oposición, a partir de 1928, Stalin se propone retomar su programa *antikulak*. El deseo de anular a Bujarin probablemente no sea más que una ganancia secundaria de la operación, inscrita en una perspectiva política mucho más general; porque no basta haber proclamado que llegó el momento del «socialismo en un solo país»: también hay que dar sustancia a esa «línea general». Esa fórmula solo indicaría un abandono si no se acompañara de una prescripción. Paradójicamente, la renuncia a la revolución mundial, al menos a corto plazo, impone a Stalin la obligación de radicalizar el curso del régimen bolchevique en Rusia: sin ello se encontraría en un déficit ideológico en los dos frentes, y pronto privado de uno de los recursos esenciales del sistema. La NPE fue una concesión a la sociedad real, pero esta concesión amenaza a la vez el poder de la ideología y el de Stalin. Por el contrario, el «socialismo en un solo país» los llevará, unidos, a su punto de perfección.

«Construir el socialismo» en la Unión Soviética: la fórmula expresa bien los elementos que toma Stalin de la tradición revolucionaria en general y los que toma del bolchevismo en particular. La idea de «construir» una sociedad nueva sobre los escombros de la antigua, heredada del pasado, forma parte en efecto del legado revolucionario francés. Incluso expresa por excelencia la novedad de este, que tanto escandalizó a Burke. Los hombres de 1789 poseyeron la virtud de expresar mediante su idea de revolución, opuesta al Antiguo Régimen como el día

a la noche, el fondo de constructivismo que obsesiona a la sociedad moderna. Esta es un contrato entre asociados iguales en derechos, producto de sus voluntades y, por tanto, secundario en relación con ellas. Esta concepción no es incompatible con la dictadura del Estado revolucionario, con tal de que este sea concebido o presentado como el agente colectivo de las voluntades ciudadanas, que se dirige contra las fuerzas del pasado.

Ahora bien, la versión bolchevique del subjetivismo revolucionario es aún más radical que la de los jacobinos, por dos razones. Primera, porque Lenin elaboró de hecho —aunque diciendo lo contrario y a través de la idea del partido como vanguardia de la clase—, una teoría de la omnipotencia de la voluntad política: la prueba es que no retrocedió ante la idea, aparentemente absurda —sobre todo para un marxista— de hacer de Rusia la cuna de una revolución proletaria. Luego, porque en él, como en todo marxista, la voluntad recibe el apoyo inesperado de la ciencia aun cuando incurra en una aporía filosófica. El partido es a la vez una oligarquía de sabios y de organizadores, una reunión de hombres que cambian al mundo por su voluntad mientras obedecen las leyes de la historia. En el curso de la batalla de sucesión, Stalin fue autoinvistiéndose poco a poco de esta doble misión, a medida que se volvía más problemática y más imaginaria. «Construir el socialismo» es el lema del repunte revolucionario.

Hay una especie de concatenación y gradación de absurdos en esos 12 primeros años del régimen. Lenin instaura la dictadura del proletariado en la sociedad más campesina de Europa y combina la GPU con la NPE. Stalin hereda un país aterrorizado y que ha caído por debajo de su nivel económico de 1914; y pretende hacerle «construir el socialismo». A tal punto que, al lado de la ambición mostrada por el segundo bolchevismo, ¡la política seguida por el primero casi podría parecer realista! De hecho, ambas están condicionadas por la ideología. Pero la se-

gunda constituye un avance sobre la primera por su carácter puramente ideológico, pues se aparta de cualquier relación verdadera con la realidad económica y social. Y es precisamente ese nexo que conserva con la promesa revolucionaria original el que la hace creíble: la revolución está provisionalmente muerta en Francia o en China, pero reanudará la marcha en la Unión Soviética. Así quedará definitivamente conjurado el fantasma de un Termidor ruso, que llevaba implícito la NPE.

La operación tiene dos vertientes: agricultura e industria, colectivización de la producción agrícola y plan quinquenal. Se trata de matar dos pájaros de un tiro: cargar a la cuenta de los campesinos la acumulación de capital necesario para la industrialización, y suprimirlos en el mismo movimiento, como clase de productores independientes. Describir su carácter cataclísmico, sobre todo en el campo, no forma parte de mi tema; además, esta historia está por escribirse, por lo mucho que ha sido amañada, por lo mal conocida que es aún.[162] Hizo entrar a la Unión Soviética en un terror en masa del que no existía por entonces ningún precedente comparable (salvo, tal vez, la matanza de armenios por los turcos, pero de naturaleza diferente). Anunció la hora del Estado totalitario, consumado, orwelliano. Lo asombroso es que a los intelectuales occidentales o a la opinión pública internacional les hubiera parecido un simple episodio familiar, aun cuando fuera extravagante, o hasta ejemplar aun cuando fuera atroz.

La supresión del campesinado como clase independiente, al precio del asesinato o de la deportación de varios millones de sus miembros: así enunciado, semejante proyecto no encontraría partidarios. Lo que le da su sombrío atractivo es el hecho de presentarse envuelto en las abstracciones de la «revolución» y del «socialismo»; de aparecer así como una extraordinaria prueba de la voluntad, jamás vista en la historia de las revoluciones y portadora de una sociedad no menos inédita. Mas, pa-

ra que la revolución tenga toda su dignidad de acontecimiento necesario, le hacen falta enemigos formidables a los cuales vencer. El revolucionario requiere objetos para su odio. La «gran ruptura» de Stalin, en 1929, no escapa a la regla. Hace del odio al enemigo y del miedo a sus maleficios un tema obsesivo de su propaganda. En 1793, los jacobinos franceses habían visto por doquier la mano del contrarrevolucionario y extendido absurdamente la categoría del «aristócrata», pero en efecto estaban en guerra contra la revolución, interior y exterior. En 1929, a falta de nobleza, a falta de burguesía y 12 años después de Octubre de 1917, el enemigo de la revolución es un ser recién llegado a este campo: el *kulak*, el sustituto ruso del burgués y el sucesor del latifundista. En 1921, Lenin había implantado la NPE. En 1929, Stalin transforma a sus beneficiarios en chivos expiatorios.

Poco importa si la definición de esa categoría nunca estuvo bien clara. El *kulak* es el adversario de clase y eso es lo esencial. Sus características varían al capricho del igualitarismo: emplea a uno o dos asalariados, tiene una gran casa, posee dos vacas, etc. Y aun cuando el campesino al que se intenta deportar sea tan pobre como los demás, basta declararlo «kulakizante»[163] para dejar caer la maldición sobre su cabeza. La categoría no tiene importancia por lo que engloba, sino por lo que autoriza. Es la máscara de una guerra contra el campesinado: se mata o se deporta a unos, se subyuga a los otros en vastas granjas bajo el control del partido, koljoses o sovjoses. Nunca hasta entonces, en ningún régimen del mundo, se había iniciado una empresa tan monstruosa, de dimensiones tan gigantescas y de consecuencias tan vastas: eliminar a millones de campesinos, destruir la vida rural hasta en sus mismas raíces. Cuando el historiador relaciona el carácter del acontecimiento con la indiferencia que encontró entonces en Occidente, y hasta con los elogios que a menudo provocó, puede elegir entre dos tipos de

explicación, que no son incompatibles: o bien se ignoraba lo que realmente ocurría en la Unión Soviética, al ser sistemáticamente ocultado, o bien la idea de la «colectivización de los campos» evocaba en muchos espíritus la realización de una utopía positiva, unida a un triunfo sobre la contrarrevolución. La capacidad de mitologizar su propia historia constituyó uno de los logros más extraordinarios del régimen soviético. Pero esta capacidad habría sido menos eficaz si no se hubiese combinado con una tendencia a la credulidad, inherente a la cultura europea de la democracia revolucionaria.

Hasta en materia industrial, Stalin invoca (al servicio de sus objetivos mirificos) la lucha contra los saboteadores, los enemigos, los imperialistas y sus agentes. El saboteador es el *kulak* de la industria: si hay retrasos en la ejecución del plan es porque aún hay enemigos que vencer, ocultos en el interior del régimen. El voluntarismo bolchevique ignora la resistencia de las cosas. Tal es la causa de los procesos por sabotaje económico, que se multiplican a partir del decenio de 1930, donde aparece la confesión pública de los acusados, ya bajo el impulso de Vishinski.[164] Organizado con el mayor cuidado, largamente preparado y orquestado por medio de la tortura moral y física de los inculpados, este siniestro procedimiento ilustra el universo ideológico del estalinismo, producto de un conflicto de voluntades. Hay «bolcheviques» y conjurados, y hasta el mundo de la economía, pese a estar anclado totalmente en lo material, obedece a esta dicotomía. El proceso, acompañado de la confesión, tiene como función brindar el máximo de publicidad a la actividad maléfica, secreta por esencia, de los enemigos del «socialismo». Como acertadamente señaló Orwell, el totalitarismo es inseparable de una constante pedagogía de la desconfianza y del odio. De esta política-ficción, la economía no es más que un dominio de aplicación.

Lo asombroso, con la perspectiva del tiempo, es que la oposición, o lo que queda de ella en el interior del Partido Bolchevique, no reaccione. Los historiadores de este periodo señalan que sigue dando la batalla dentro del aparato, y que hasta inventa intrigas nuevas, confiando en el fracaso de la política de Stalin.[165] Pero no dice una sola palabra sobre la tragedia que recorre el país. Trotski, por ejemplo, desde su exilio de Prinkipo, protesta una y mil veces contra las persecuciones de que son víctimas sus partidarios en el partido; pero nada dice de la atroz hambruna de 1932 en Ucrania, debida enteramente al terror de todo tipo ejercido contra los campesinos. Bujarin, el gentil Bujarin, el más sensible al mundo exterior en general y al destino del campesino ruso en particular, ve lo que ocurre, y en privado lo califica de «exterminio masivo de hombres indefensos, con sus mujeres e hijos».[166] Pero también él está atrapado en la dialéctica infernal del partido, que lo llevará a su perdición. Stalin definió la coyuntura que forma el telón de fondo de la discusión política: el refuerzo de la lucha de clases en la escala internacional e interior. La oposición critica lo que todavía llama una «línea» en términos de escolástica marxista, pero no se atreve o no puede tomar sus argumentos de la realidad.

Pero hay algo aún más pasmoso: que esta anestesia del juicio se extienda a tantas inteligencias fuera de la Unión Soviética: no es que los hechos no puedan conocerse, al menos en lo que tienen de masivamente atroz. La historia del genocidio de los campesinos ucranianos —cinco a seis millones de muertos, según Robert Conquest— o la locura ideológica no son exclusivas de un odio nacionalista. Aún no se conocen con detalle por falta de acceso a los documentos, pero no pueden ocultarse por completo. De ellas hablan los periódicos de los emigrados mencheviques y socialistas-revolucionarios, y también Suvarin.[167] Uno de los buenos libros que existen sobre la cuestión es publicado por Kautsky desde 1930:[168] en él denuncia una vez más el

terror, anuncia el hambre, prevé la generalización del trabajo forzado bajo la mano de hierro de un dictador primitivo. Su análisis resulta aún más interesante de releer hoy porque habría augurado con 50 años de anticipación el desplome final que acabamos de presenciar. Y es que Kautsky, como buen marxista, no cree en la duración de una dictadura tan reaccionaria, que restablece, agravándola, la servidumbre feudal…

Por tanto, el que quería saber, podía hacerlo. Lo malo fue que pocos quisieron. El segundo bolchevismo, el nacional-bolchevismo, el bolchevismo estalinista, sea cual fuere el nombre que se le dé, rebotó sobre el fracaso del primero sin perder nada de su poder mitológico a pesar de su repliegue nacional. Por el contrario, su imagen se engrandeció en la imaginación de los contemporáneos en el momento de sus peores crímenes, de modo que el misterio de esta fascinación se ha vuelto más denso, en lugar de disiparse.

En esta época, la Unión Soviética ha salido ya desde hace tiempo del aislamiento nacional de sus comienzos. Ha recuperado el papel de Rusia como uno de los grandes Estados de Europa, y lo ha ensanchado al convertirse en el centro del movimiento comunista internacional: esta política en dos tableros le ofrece un doble espacio para maniobrar, que emplea con cinismo, pues lo que hace como Estado es distinto de lo que hace como revolución, mientras que de hecho somete a los partidos de la Tercera Internacional a sus intereses de Estado. Como las demás, su diplomacia está abierta a acercamientos circunstanciales con todo tipo de naciones, según los intereses del momento. Mas presenta una peculiaridad: considerándolos a todos como igualmente adversos en tanto que capitalistas, no deja de denunciarlos como tales, aun cuando negocie o ponga en vigor acuerdos mutuos; en cambio, les exige siempre un reconocimiento de legitimidad como precio de cualquier acercamiento.[169] El Estado soviético emplea su renovado poder para

apoyar a su régimen; y a la mentira de su propaganda —difundida por la Tercera Internacional, sus fieles y sus agentes— añade otro instrumento de persuasión: la fuerza bruta.

En plena tragedia ucraniana, en 1932, Herriot, el viejo jefe radical francés, de vuelta a la acción por seis meses, retoma la política de acercamiento a la Unión Soviética que preconiza desde el comienzo de los años veinte; esta política no tiene en sí nada de extraordinario, ya que se inscribe en la tradición del *Quai d'Orsay* anterior a la guerra. Pero el régimen de su socio sí ha cambiado. Mientras que los republicanos de finales del siglo XIX no habían tenido que bendecir la autocracia zarista para contraer una alianza con Nicolás II, en cambio Herriot atiza al mismo tiempo los fuegos del acuerdo diplomático y los del reconocimiento ideológico. Sin embargo, todo separa su visión del mundo de lo que ocurre en Rusia, bajo el poder absoluto de los comunistas de la nueva época. Tampoco se le ocurre, como le sucederá más tarde a la política interior francesa, tener un gesto hacia el PCF, insignificante por entonces, a través de una apertura al Este. Pudo obtener su pacto de no agresión con la URSS, firmado en noviembre de 1932, sin considerar los acontecimientos que allí ocurren. Pero al año siguiente, cuando ya no es presidente del Consejo, ese viejo cacique del parlamentarismo francés hace un viaje en privado por Ucrania, en compañía de Geneviève Tabouis, una de las periodistas de moda por entonces. A su regreso declara:

> *He atravesado Ucrania. ¡Y bien! Os afirmo que la he visto como un jardín en pleno rendimiento. Aseguran, me decís, que esta comarca vive en este momento una época triste. Yo no puedo hablar sino de lo que he visto. Sin embargo, pedí que me llevaran a lugares que habían sufrido. Pero no he encontrado más que prosperidad...*[170]

No cabe duda de que esta declaración alcanza una meta política precisa, ya que Herriot tiene buen cuidado de desmentir, con la ayuda de un recurso de viejo latinista, que esta «comarca», Ucrania, pasa por una «época triste». Por lo demás, fue a Kiev y a Odesa, no a Moscú. Pero no se trata de un simple y

llano mentiroso por razones circunstanciales. Desde luego, fue manipulado, como lo muestra un testimonio.[171] Desde hace siglos, los rusos se han vuelto maestros en el arte de la «aldea Potemkin»;[172] por ello le mostraron un rincón de Ucrania hecho a la medida. Herriot es un burgués francés de izquierda, nutrido en la tradición republicana. Como es partidario de la alianza rusa, acaso esa elección diplomática incida sobre el juicio que hace de la Unión Soviética: a lo largo del siglo veremos a otros aliados ocasionales de Stalin, como Roosevelt, otorgar su aval democrático a ese régimen. Pero lo que reaparece en Herriot, por esta época, es más bien comparable a lo que analizamos en Aulard 12 años antes, en otro contexto: la idea, en un radical de la bella época, de que la Revolución rusa pertenece sin duda a la categoría de las revoluciones tal como la enunció la historia de Francia. Por más que los comunistas franceses de la época hagan gesticulaciones izquierdistas y, por orden de la Internacional, enarbolen la táctica de «clase contra clase», el viejo político radical, tan representativo de la burguesía de tradición democrática, nunca llega a disociar la realidad soviética del mensaje original de la Revolución rusa. Mientras que Kautsky denuncia a Stalin como dictador nacionalista y contrarrevolucionario, él ve en cambio en el hombre de la colectivización a un sucesor ilustrado de Lenin.

Por lo demás, esta ceguera tiene un fundamento más profundo que el simple apego a una tradición: la incapacidad de calibrar y de juzgar lo inédito. El régimen de la Unión Soviética bajo Stalin, cuando aparece a comienzos de los años treinta, no tiene precedente en la historia. No se asemeja a nada que haya existido. Jamás un Estado en el mundo se había fijado como objetivo matar, deportar o someter a sus campesinos. Jamás un partido había sustituido tan completamente al Estado. Nunca había dominado tan enteramente toda la vida social de un país y las vidas de todos los ciudadanos. Nunca una ideología políti-

ca moderna había desempeñado un papel semejante en el establecimiento de una tiranía tan perfecta que quienes la temen deben, empero, elogiar sus fundamentos. Jamás un dictador había tenido nunca un poder tan grande en nombre de una mentira tan completa, y sin embargo tan poderosa, sobre las inteligencias. Ninguno de esos rasgos del bolchevismo del segundo tipo es inteligible a partir de los ejemplos del pasado, o en el interior de un marco conceptual familiar.

Lo mismo se reproducirá con Hitler y el nazismo. A los hombres del lapso entre una guerra y otra les costó mucho trabajo comprender el carácter único, y por ello monstruoso, cada uno en su género, de los regímenes de Stalin y de Hitler. A falta de un precedente comparable en la experiencia de los pueblos europeos, se dejaron engañar por falsas analogías, tomadas de lo que podían conocer. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo necesitarán para comprender que Hitler no es un político nacionalista un poco más «autoritario» que la derecha alemana clásica, sino un político de otra naturaleza? Chamberlain todavía no lo había comprendido en Munich en septiembre de 1938.

En el caso de Stalin la comprensión es más difícil aún, ya que la verdad se ve oscurecida por su posición de heredero, que él tiene buen cuidado de afirmar y reafirmar. Es el discípulo de Lenin, el hijo de la Revolución de Octubre, hija a su vez del marxismo, que es fruto de la democracia europea… El dictador georgiano ha envuelto su personaje shakespeareano en esas armaduras sucesivas, que son para él como otras tantas murallas impenetrables. En el momento mismo en que lanza a la vieja Rusia de los zares hacia un mesianismo nacional renovado, desencadenando sobre ella violencias inauditas, Herriot, el diputado de los pequeños propietarios franceses, el normalista de izquierda, el especialista en madame Récamier, se imagina que él pertenece a la misma familia…

Pero en esta época la ilusión soviética encuentra sus principales refuerzos en la economía política, más que en la tradición democrática revolucionaria «a la francesa». La Gran Depresión hundió a las democracias en una gran angustia colectiva. Coincidiendo con la colectivización agraria y el primer plan quinquenal soviético, la Depresión opone la anarquía capitalista a la organización comunista, y el *laisser-aller* a la voluntad. Probablemente no hay época de la historia moderna de Occidente en que el liberalismo económico haya sido objeto de una condena más universal: resulta difícil imaginar, hoy, cuando la idea del mercado ha conquistado incluso a la ex Unión Soviética, hasta qué punto esta fue casi unánimemente condenada, hace poco más de medio siglo, por la opinión pública.

Esto se puede observar naturalmente en Francia, donde tan arraigada está la crítica del liberalismo económico: ahí la Gran Depresión parece una confirmación del pesimismo nacional ante la capacidad del mercado para formar la base de una verdadera sociedad. Casi por doquier surgen las denuncias del individualismo egoísta y de la anarquía resultante: la crisis ofrece una especie de lección. En contraste, la idea de plan, alimentada por las enormes cifras que anuncia la Unión Soviética, se convierte en el ideal de todos los reformadores sociales. Además se ve reforzada con la elección de Roosevelt a la presidencia de los Estados Unidos y la aplicación del *New Deal* en 1934; y para todos los que la esgrimen también es inseparable de cierta admiración por el fascismo mussoliniano y sus triunfos, ya que presupone un renacimiento de la autoridad política y una reforma del Estado. Tal es la atmósfera de época en el París de aquellos años: común a familias intelectuales tan diversas como los católicos de izquierda que fundan *Esprit* en 1932[173] en torno a Emmanuel Mounier, los socialistas disidentes que acaban de formar un partido en 1933 en tomo a Marcel Déat,[174] o también el pequeño grupo que se intitula «l'Ordre Nouveau» («el

Orden Nuevo»), alrededor de Robert Aron y Amaud Dandieu, [175] y que publica su biblia en 1933: *La Révolution nécessaire*.

Por la misma época se produce una literatura mucho más directamente ligada a la experiencia soviética de la industrialización: la de algunos patrones, entusiasmados por las realizaciones previstas o proclamadas por el plan quinquenal. De ella da ejemplo Emest Mercier,[176] uno de los grandes jefes de la industria francesa de la época, típicamente situado a la derecha y quizá más allá, quien de pronto se convierte a la administración soviética por un viaje que hace a Moscú a finales de 1935. Lo que él admira de la URSS, un poco a la manera de la derecha alemana cinco o diez años antes no es, desde luego, la emancipación del proletariado, sino la energía política, por una parte, y el dominio de la técnica por la otra.[177]

Lo más asombroso es que este enamoramiento de la planificación soviética —cuyo funcionamiento y cuyo desempeño nadie había estudiado realmente— se contagia incluso a las opiniones públicas anglosajonas, tradicionalmente tan reacias a aceptar el estatismo económico. En los Estados Unidos, duramente afectados por la crisis, el plan quinquenal logra que se introduzca la experiencia soviética entre los sectores marginales de la opinión «liberal». Este adjetivo designa, aún hoy, el apego a la tradición democrática y a la igualdad social. Los estadunidenses no han podido, como los europeos, sustituirlo por otro término para designar el campo del progreso, ya que en aquel país la crítica al capitalismo nunca ha logrado reunir a grandes partidos. Mas nada impide que, en el momento de la Depresión, el liberalismo presente en su agenda algunos de los elementos a los que se debe el éxito de la Unión Soviética. El *New Deal* de Roosevelt, tanto en Europa como en los Estados Unidos, se analiza en general desde la perspectiva de que introduce la intervención del Estado en la economía. Los más liberales entre los liberales —es decir, la izquierda del Partido De-

mócrata— a menudo tienen cierta debilidad por las imágenes que, tras el giro «antifascista», empiezan a beneficiar, en su escala minúscula, al pequeño Partido Comunista Estadunidense: unos Estados Unidos ricos pero que se han vuelto pobres por su incapacidad de dominar su economía, contrastados con una Unión Soviética pobre pero que está organizando el progreso de su producción mediante un esfuerzo de voluntad y de razón.

Es fácil comprender todo el sentimiento fraternal que en el carácter nacional estadunidense puede evocar esta visión del sovietismo como conquista planificada de la naturaleza por la técnica. Pero, por otra parte, el espíritu netamente colectivista de este logro y la confiscación de libertades individuales que entraña impiden que esta sovietofilia «económica» haga mella en la opinión «liberal», como no sea en forma de una simpatía cautelosa hacia los objetivos del régimen, acompañada de reservas sobre los medios empleados.[178] El *New Deal* y el antifascismo acrecentarán esta simpatía, aunque sin modificar su carácter. Brindarán a la izquierda estadunidense la dosis de socialismo necesaria para las características de su tradición. Los intelectuales neoyorquinos discuten sobre la revolución, sobre Lenin, Trotski y Stalin. Pero Roosevelt sigue siendo la voz familiar que los une con la tradición de Jefferson y Lincoln.

El mundo se ve empujado a una economía socialista cuyo camino señala la URSS: esta convicción se halla mucho más generalizada en Europa, donde la idea posee a la vez una realidad de clase y una consistencia doctrinal ya antigua que rebasan con mucho el marco de influencia comunista. Esto se puede comprender con el ejemplo de la izquierda inglesa, ajena a la tradición revolucionaria de tipo francés y más bien refractaria al marxismo, apegada a la defensa de los derechos individuales, y por tanto menos sensible que Francia a la política o a la ideología bolcheviques. Pese a todo lo anterior, Inglaterra parece se-

ducida por el plan quinquenal y por lo que imagina que es un triunfo conjunto de la razón experimental y de la libertad.

H. G. Wells constituye un buen ejemplo de este equilibrio inestable. Es un veterano de la sociedad fabiana de antes de la guerra, y hasta de un minúsculo club fundado por los Webb, «The Co-Efficents», que mezclaba la idea de progreso humano con la de reforma social: combinación que el Imperio británico puede ayudar a universalizar, siempre y cuando se deje reorientar. La lucha de clases y la revolución nunca fueron, para Wells, condiciones indispensables para alcanzar el socialismo. Este dependía más bien —según el escritor que ya se había alejado de los fabianos—[179] de una filosofía de la evolución cuyo vehículo natural sería la educación. Después de la guerra, la estrella del novelista pierde algo de su esplendor en el firmamento de la literatura inglesa; pero en cambio se eleva la estrella del portavoz de la humanidad, profeta del Estado mundial, encargado de iluminar la única vía de salvación para le especie humana.

De ahí la pasión de Wells por la experiencia soviética. En 1934, cuando Stalin lo recibe, ya es un reincidente de la peregrinación soviética. Va a ver a Stalin, pero ya se había entrevistado con Lenin en 1920. Ese escritor tan apasionado como un francés por lo universal no es ajeno al esnobismo que impulsa a ciertos hombres de letras hacia los jefes de Estado: la fotografía que revelará su alto rango. Además, Wells siente que tiene consejos que dar. En su primer viaje, en 1920, encontró a Rusia en un estado terrible, pero culpó de ello a la herencia del capitalismo; le simpatizaron los bolcheviques; al menos a los que designa en su librito[180] como «liberales»: Lenin, Trotski, Lunacharski. La Rusia soviética le gustó como un mentís a las predicciones de Marx; pues como Pierre Pascal, pero a la inglesa, Wells era un admirador antimarxista de Lenin, al que celebra como creador de la utopía.[181]

Wells vuelve en 1934 a los lugares en que se elabora el porvenir, después de una permanencia en los Estados Unidos de Roosevelt. Lo que tiene en mente es hacer una comparación entre el *New Deal* y el plan quinquenal: el acercamiento de los Estados Unidos a la URSS no solo es, para él, un producto de las circunstancias, relacionado con el advenimiento de Hitler y la amenaza japonesa, sino que tiene una motivación más profunda: la crisis mundial del capitalismo, y el afán de reorganizar racionalmente la sociedad. El escritor defiende esta idea ante Stalin, quien le hace el honor de sostener con él una larga conversación. «Me parece que yo estoy un poco más a la izquierda que usted, señor Stalin; creo que el viejo sistema está más cerca de su fin de lo que usted cree.»[182] El amo del Kremlin quisiera creerle, pero ¿qué decir de los medios para lograrlo? ¿Qué de los burgueses y los capitalistas? ¿Qué de la revolución proletaria? Wells alega que la Royal Society, reina de las academias, también está en favor de la planificación científica de la economía, y que la lucha de clases, con su tono insurreccional, pertenece a una época ya pasada. El socialismo es la doctrina de actualidad de todos los hombres instruidos, *educated*: el término inglés expresa mejor que otros el valor que se atribuye a los medios educativos en la transformación del hombre y de la sociedad. Frente a él, Stalin debió de reírse para sus adentros aquel día, ¡al ver comparada su empresa con el *New Deal*! Socarrón, repitió apaciblemente el abecé del leninismo, explicó el carácter central del poder político, la lucha de clases, los capitalistas y los obreros, la necesidad de la violencia revolucionaria. Hasta dio, a su manera, un curso elemental de historia de Inglaterra. ¿Y la revolución inglesa? ¿La hizo Cromwell obedeciendo a las leyes? ¿Decapitó a Carlos en nombre de la Constitución? La entrevista termina en las zalemas del escritor al tirano, al que declara árbitro, junto con el presidente estadunidense de la dicha social de la humanidad.

Sin embargo, Wells sabe que no existe ninguna libertad de expresión en la URSS. También fue allá para establecer un puente entre la Unión de Escritores Soviéticos y el PEN Club International, y pudo ver la servidumbre absoluta de los primeros frente al poder.[183] Pero ese mal, quizá provisional, pasa en su opinión a segundo término frente a la ambición que atribuye a Stalin de intentar forjar una sociedad racional: ¡curioso desplazamiento hacia los bolcheviques, en un autor que detesta a Marx, de la idea de una ciencia del desarrollo del hombre! Pero eso le basta para, en nombre del fin del capitalismo, hacer borrón y cuenta nueva sobre la situación política de la sociedad soviética.

Una vez publicada, la entrevista con Stalin despierta comentarios sarcásticos de otra «estrella» de la literatura inglesa, admirador también él del Guía, aunque por otras razones que muestran la diversidad de la filiación «fabiana». A diferencia de su gran compatriota Burke, irlandés como él, Bernard Shaw es un adversario constante del parlamentarismo inglés. Adversario a su manera, la cual dista mucho de darle la categoría de maldito que les gusta a los escritores modernos, ya que está ahíto del inmenso éxito de su obra teatral. Pero ha conservado intactos su odio a la hipocresía victoriana y su desprecio al sistema político inglés, disfraz civilizado de la dominación. Contra ellos ha dirigido una parte de su célebre ingenio. Sus paradojas los tienen constantemente por blanco. Su socialismo «fabiano» se alimenta tanto de esta mentalidad como de una doctrina propiamente dicha. Conoce desde siempre a Wells, admira su genio literario y se burla de su vanidad de reformador universal. No tiene, como él, prejuicios contra la violencia ya que, al contrario, se jacta de ser realista. Lo que provocó su conversión a la Unión Soviética de Stalin en 1931 fue de la misma naturaleza que lo llevó a apoyar ayer a Mussolini y mañana a Hitler: un gobierno eficiente al servicio de la nación. Pa-

ra él, Stalin ha roto con el absurdo internacionalismo de Lenin. Ha tenido el mérito de vencer a Trotski, el hombre de la revolución mundial. Y aquí lo tenemos, al pie del cañón para poner en marcha, «al estilo fabiano», con el plan quinquenal y la reforma agraria, una economía y una sociedad socialistas.

Bemard Shaw se ha vuelto un nacional-bolchevique de la especie más inesperada: la reformista. «Stalin es un buen fabiano[184] —dice por entonces— y eso es lo mejor que pueda decirse de alguien». Lenin encarna (con Trotski) los callejones sin salida de la revolución. Stalin reconstruye gradualmente una Rusia socialista mediante la unión de una dictadura ilustrada y una sociedad de productores-consumidores. Lo que los laboristas ingleses son incapaces de realizar,[185] aquello cuya necesidad ha demostrado la crisis del capitalismo, ha sido emprendido, pues, por el sucesor de Lenin. Esto revela en qué estima tiene el autor dramático más célebre del universo al nuevo recluta del movimiento fabiano.

Shaw ha comprendido lo cómico del intercambio de ideas entre el gran hombre de acción, Stalin, y el buscador de utopías, Wells. Y como también él hizo su visita a Stalin en julio de 1931,[186] y ahí se formó su idea del personaje, imagina cuánto se habrá divertido para sus adentros el dictador bolchevique escuchando las lecciones del infatigable Wells sobre la inutilidad de la lucha de clases y más en general de la política:

> *Nunca he encontrado a un hombre tan capaz de hablar bien y sin embargo tan poco impaciente por hacerlo como Stalin. Wells es un gran conversador; pero también es el hombre menos apto del mundo para escuchar. Y esto es bueno: pues su visión es tan vasta y tan segura de sí misma, que la menor contradicción le produce un furor ciego de elocuencia y de vituperación. Tras un acceso de ese género, Stalin habría podido ser menos indulgente que los amigos más íntimos de H. G. en Inglaterra.*[187]

Lo que sigue del comentario, una vez presentados los personajes de ese diálogo de comedia, está dedicado a darle la razón al realismo de Stalin sobre la utopía wellsiana:

Es evidente que Stalin es un hombre que sabe llevar las cosas a su fin, incluyendo, si es necesario, apartar a Trotski y la revolución mundial de los asuntos corrientes. Con su Estado mundial sin revolución, Wells queda fuera del orden del día de la actualidad. [188]

¡Admirable plasticidad del mito soviético! A Wells y a Shaw les gusta la Unión Soviética de Stalin como patria de un orden económico anticapitalista que pone fin a la anarquía de la ganancia. Pero el primero elogia su paz civil, y el segundo la rudeza de su dictadura. El primero radicaliza la tradición «gradualista», el segundo la pasa por alto. Shaw ridiculiza el angelismo antipolítico de Wells, pero su cinismo no es menos ingenuo, ya que saluda como un triunfo de la razón la deportación, el asesinato o el hambre organizada de varios millones de *kulaks*.

Corresponderá a Keynes, una de las inteligencias más brillantes de la época y, este sí, verdadero reformador del capitalismo, despreciar, juntos, a los dos hombres de letras: «Nuestros dos viejos grandes maestros, Shaw y Wells, los institutores de la mayoría de nosotros a lo largo de todas nuestras vidas, el maestro de teología y el maestro de ciencias naturales. Solo deseo que tengamos un tercero, tan bueno como ellos, para las humanidades». Y he aquí su veredicto: «El comunismo —les dice—, presentado como un medio de mejorar la situación económica, es un insulto a nuestra inteligencia. El secreto sutil y casi irresistible de su encanto es que constituye un medio de agravarla».[189] ¿Por qué? Porque constituye un ideal en un mundo obsesionado por la economía. «Cuando los pasantes [undergraduates] de Cambridge hacen la inevitable peregrinación a la tierra santa del bolchevismo, ¿se decepcionan al encontrarla espantosamente desprovista? Claro que no. ¡Eso es lo que fueron a buscar!»[190] Si la economía política soviética suscita tal enamoramiento no solo es porque forma un contraste casi providencial con el espectáculo que ofrece el hundimiento del capitalismo: es porque descubre una idea moral, a un hombre regenerado, libre de la maldición del lucro.

Acaso lo más interesante del ejemplo inglés sea la facilidad con que la tradición reformista del socialismo nacional reviste la experiencia soviética con el ropaje tanto científico como moral, bajo la apariencia del hombre nuevo. Las dos ideas son incompatibles, y este es, en suma, el argumento de Bernard Shaw: para sostener el experimento estalinista hay que asumir el nihilismo moral del marxismo-leninismo en nombre de la necesidad. El fin justifica los medios. Wells, por el contrario, le explica a Stalin la verdadera naturaleza de su empresa para hacer que regrese al camino recto de la libertad del individuo, que es el estado moral de una humanidad reconciliada. Al año siguiente, los dos antepasados del socialismo fabiano y 3 los propios Webb,[191] llegarán aún más lejos en esta dirección, dando augusta bendición al «socialismo en un solo país», como si el individuo económico de la sociedad moderna hubiese hallado por fin los medios científicos de su vida colectiva en la liquidación de los *kulaks* y el plan quinquenal.

Los Webb ya se acercan a los 90 años. Pero también ellos han hecho el viaje. Optimistas de profesión, coronan una existencia obsesionada por el bien público con esta vasta compilación sobre la URSS, formada por recortes de periódico, obras académicas, sobre todo estadunidenses, literatura de viajes y, también, documentos oficiales. Al parecer no sospechan que estos últimos puedan estar amañados; ellos los toman al pie de la letra, ya se trate de la Constitución, del aparato judicial, de las organizaciones políticas, de la colectivización agraria o del plan quinquenal. Escriben como si el país real pudiese ser descrito y analizado por lo que dice de sí mismo, inaugurando así una tradición universitaria que tendrá larga vida. No citan ni a Russell ni a Suvarin ni a Víctor Serge; tampoco ningún texto que resulte sospechoso para Moscú. El resultado es un libro que, a fuerza de bondad de alma y credulidad, viene a ser uno de los más extravagantes que jamás se hayan escrito sobre el tema. Sin em-

bargo, dentro de ese género es uno de los más ricos. No le falta nada, ni siquiera la justificación del partido único en nombre de la democracia, ya que ese partido solo actúa mediante la persuasión, a través de una pirámide de asambleas en que la población expresa su voluntad, y que Stalin «ni siquiera tiene el vasto poder que el Congreso de los Estados Unidos ha conferido temporalmente al presidente Roosevelt; él no es sino el secretario general del partido».[192] La URSS es una democracia de productores asociados, libre del propietario y del capitalista y que, en nombre de la ciencia, está forjando una civilización inédita, un hombre nuevo.

Esos dos gruesos volúmenes que hoy se han vuelto ilegibles forman así la ilustración más perfecta de las seducciones del comunismo estalinista sobre la tradición menos revolucionaria del socialismo europeo. Como Shaw, y por cierto a instancias suyas,[193] los Webb solo empiezan a ver en la Unión Soviética un ejemplo a partir de 1931: son demasiado radicalmente ajenos a la tradición jacobina para haberse interesado en el bolchevismo y en Octubre de 1917. Pero esos teóricos del «gradualismo» y esos entusiastas del socialismo municipal ven en Stalin un desquite de los expertos contra el marxismo revolucionario; desencantados del socialismo inglés, les parece que su universo va cobrando forma en Rusia. Su amigo Bernard Shaw los ha convencido desde antes de que viajen allá. Pero, a diferencia de él, añaden a su conversión un toque complementario de ilusión, que en el fondo se debe al optimismo utilitario que, sin saberlo, conserva su socialismo: ¡han visto en la Unión Soviética el comienzo del fin del Estado! Espejismo común a la utopía manchesteriana, a la utopía reformista y a la utopía bolchevique, y que le vale a Stalin la bendición de los fundadores de la «Sociedad Fabiana».

En la época del «socialismo en un solo país», la idea soviética no ha perdido, pues, ni un ápice de su capacidad mitológica. Al

contrario, se viven los comienzos de la época estalinista, marcada por el exterminio de los campesinos, el sometimiento absoluto de todos a la autoridad de uno solo, y la gesticulación revolucionaria de los partidos del Komintern contra los socialfascistas. Pero, con ayuda de la Depresión, la URSS del primer plan quinquenal seguirá encabezando el repertorio del humanismo utópico.

VI. COMUNISMO Y FASCISMO

BAJO SUS dos aspectos de movimientos y de regímenes, el comunismo y el fascismo llenaron la misma época: la nuestra. Antes de nuestro siglo son desconocidos en el repertorio de los tipos de gobierno. Al terminar la primera Guerra Mundial, cubren con su carácter novedoso toda la política europea. Portadores de ambiciones inmensas, a la vez comparables y de signo contrario, alimentan el anuncio del hombre nuevo, que les es común, con ideas antagónicas que los oponen. Movimientos en un principio, pronto se vuelven regímenes por sus victorias, imprimiendo entonces a la historia europea rasgos absolutamente nuevos. La entrega política total que exigen y animan ambos solo hace más formidable el combate que traban como sucesores incompatibles de la humanidad burguesa. Lo que los une agrava lo que los opone.

De allí proviene una de las grandes dificultades que presenta la historia del siglo XX. Al estar formada por regímenes inéditos cuyo inventario no aparece ni en Aristóteles ni en Montesquieu ni en Max Weber, y al ser precisamente esos regímenes los que le dan su carácter único, el historiador se ve tentado a reducir lo desconocido a lo conocido, y a examinar el siglo XX con gafas del XIX: como una versión renovada del combate en pro y en contra de la democracia, en la modalidad de fascismo/antifascismo. Esta tendencia ha encontrado amplia resonancia en las pasiones políticas de nuestra época, y ha tenido un carácter casi sacramental desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Que-

dará como ejemplo clásico de las dificultades particulares de la historia absolutamente contemporánea, porque mostró las limitaciones que ejercieron sobre la inteligencia tanto los acontecimientos como la opinión pública.

Esas limitaciones fueron tan poderosas que en los países donde se manifestaron con mayor fuerza —Francia e Italia— la equivalencia postulada entre comunismo y antifascismo bloqueó durante largo tiempo todos los análisis sobre el primero. Dicha equivalencia tampoco facilitó la historia del «fascismo», puesto que en este concepto —pronto devaluado como moneda multiplicada en todas las manos— se confundían el régimen mussoliniano y el nazismo, para luego extenderse a todos los gobiernos autoritarios o dictatoriales: ¡era necesario que el «fascismo» sobreviviera a su derrota y a su desaparición para que el antifascismo pudiese seguir fecundando la historia del siglo! Nunca un régimen deshonrado habrá tenido tantos imitadores póstumos en la imaginación de sus vencedores…

Algún día habrá que escribir la historia de cómo se deshicieron lentamente esas representaciones, y del papel que desempeñaron, respectivamente, las circunstancias políticas y la originalidad de algunos personajes. Y digo «lentamente» pues aún vivimos en las ruinas que nos dejaron: así, la vida pública en Europa hace resurgir, a intervalos regulares, el fantasma del fascismo para unir a los antifascistas, a falta de objetivos menos abstractos. Pero lo que aún les sirve a los políticos ha perdido su uso, al menos en el orden intelectual. El fin del comunismo ha hecho de él un objeto histórico susceptible de autopsia, como el fascismo (o el nazismo). Pasó la hora de los disfraces recíprocos de que se valieron estos grandes monstruos del siglo para salir al combate y engañar. Lo cierto es que esta hora de la verdad estuvo precedida y preparada por hombres y libros lúcidos, cuyo inventario puede hacerse hoy. El lector los encontrará a lo largo de mis análisis. Mas acaso no sea inútil retomar

brevemente las aportaciones de esta época, ya que también me sirven como puntos de apoyo.

La primera de ellas es la invención del concepto de totalitarismo para designar esta nueva realidad de una sociedad más o menos sometida a un partido-Estado que reina por medio de la ideología y del terror. La palabra nació de la cosa, pues los términos «despotismo» o «tiranía» no bastaban para contenerla, y sería apasionante contar con una historia sistemática de su aparición y de sus usos.[194] La insuficiencia del término «despotismo» para calificar el moderno ejercicio del poder sin control y su extensión sin precedentes es una vieja historia. Ya Tocqueville, habiéndolo tomado de Montesquieu y de los clásicos, tenía dificultades para hacerlo expresar el carácter totalmente nuevo del Estado social democrático.[195] El adjetivo «totalitario» cunde en el decenio de 1920, propagado a partir del fascismo italiano: desde 1925, Mussolini exalta ante sus partidarios «nuestra feroz voluntad totalitaria».[196] El término aún no ha adquirido la dignidad de un ideal tipo, pero ya está preñado de una doble significación que ningún otro término tomado del vocabulario tradicional puede contener. Por una parte, expresa la supremacía de la voluntad política sobre toda la organización social y, en el interior del movimiento político, el papel clave de la decisión dictatorial. Por la otra, designa ese punto extremo al que el fascismo ha llevado la idea de Estado, elaborada durante cuatro siglos por el pensamiento político europeo; en el caso de la omnipotencia de la «voluntad totalitaria» no solo se trata del poder absoluto de un déspota no sometido a las leyes, sino de un Estado que controla toda la vida social, por la integración de todos los individuos que hay en su seno.

Ahora bien, el adjetivo muy pronto adquiere carta de ciudadanía por casi toda Europa, en cuanto aparece. Lo emplean sobre todo en Italia los admiradores del fascismo. Se oye en Alemania, para caracterizar al nacionalsocialismo, aunque no sea

utilizado por Hitler, acaso por temor a que crean que está copiando el ejemplo italiano. Pero Goebbels lo emplea. En el terreno culto, Ernst Jünger, como hemos visto,[197] utiliza en 1930 las palabras «total» y «*totalität*», para caracterizar la movilización de los pueblos por sus Estados en la guerra de 1914-1918: combinando el espíritu de la guerra con el del progreso tecnológico, el gigantesco conflicto ha prefigurado unas formas inéditas de dominación política. Cari Schmitt, en un libro de 1931, [198] examina a Jünger y critica el concepto de «Estado totalitario». Según él, no debe hacerse distinción entre «Estado totalitario» y Estado no totalitario, ya que todos los Estados son depositarios del ejercicio legal de la violencia, y el Estado fascista deja subsistir y hasta define claramente una esfera independiente de su acción en la que reina la propiedad privada. El pensamiento del político al que analiza Carl Schmitt justifica de antemano el Estado nazi, aunque sin captar muy bien su novedad. Por lo contrario, y para no salir del contexto alemán, el término «totalitario» —que acabará por engendrar su sustantivo— se volvió usual desde finales de los años treinta entre los intelectuales antinazis y emigrados, a la vez para analizar y para denunciar el régimen hitleriano: por su intermediación, de Franz Neumann a Hannah Arendt, pasa al vocabulario de la ciencia política Estadunidense inmediatamente después de la guerra. Más adelante volveré a ello en este libro.

Pero el inventario del término en el periodo entre las dos guerras no termina allí: desde esta época, el adjetivo «totalitario» y el concepto de totalitarismo como algo distinto del despotismo o de la tiranía también han pasado al uso culto para comparar fascismo y comunismo, y más exactamente la Alemania hitleriana y la Unión Soviética de Stalin. Por ejemplo, la palabra aparece en el artículo «Estado», en la edición de 1934 de la *Encyclopedia of the Social Sciences*, para caracterizar a los Estados de partido único, entre ellos la URSS. La comparación se

volvió común hasta en ausencia del neologismo. En su famosa comunicación a la Sociedad Francesa de Filosofía, intitulada «La era de las tiranías», del 28 de noviembre de 1936,[199] Élie Halévy no emplea en el título el término «totalitario» (aunque sí lo utiliza en la discusión).[200] Pero todo su argumento reposa sobre la comparación entre las dictaduras soviética, fascista y nacionalsocialista, tres «tiranías» hijas de nefastas uniones entre la idea socialista y la guerra de 1914. No hay más que leer el debate provocado por su conferencia para ver que aun cuando la comparabilidad entre comunismo, fascismo y nacionalsocialismo no haya encontrado el concepto que la designa, está en el centro de las preguntas que se hacen sobre el primer tercio del siglo.

Por lo demás, la idea también se encuentra en la literatura política de izquierda, y hasta entre los autores marxistas. Desde 1927, cuando Pierre Pascal recibe a Tasca en Moscú, al oírlo describir (para maldecirla) la vida pública italiana en tiempos de Mussolini, se dice a sí mismo que su anfitrión le pinta al mismo tiempo y sin saberlo las características del régimen soviético. En sus textos del decenio de 1930 a los que ya me he referido, Kautsky compara sin complejos el comunismo estalinista y el nacional-socialismo. Llega incluso a negar al primero la ventaja sobre el segundo de la buena intención y el objetivo emancipador: «La meta fundamental de Stalin, en todos los países, no es la destrucción del capitalismo, sino la destrucción de la democracia y de las organizaciones políticas y económicas de los trabajadores».[201] Por lo tanto, el comunismo soviético no solo se ha vuelto comparable al nacionalsocialismo; es casi idéntico a él. Hasta un autor de «izquierda» como Otto Bauer, que arroja sobre la URSS una mirada más complaciente, escribe en 1936 que «la dictadura del proletariado ha adoptado ahí la forma específica de la dictadura totalitaria monopólica del Partido Comunista».[202] Así, la definición propuesta por el fun-

dador de la «Internacional 2½»[203] toma sus términos del vocabulario del fascismo: da a entender que lo específico del estalinismo dentro de la familia comunista se debe a lo que lo emparenta con las dictaduras «totalitarias» de partidos monopólicos, es decir, con Mussolini y Hitler.

Por tanto, el concepto de totalitarismo no es una invención tardía de los propagandistas de la Guerra Fría, destinada a deshonrar a la Unión Soviética al homologarla a la Alemania nazi, proscrita de la humanidad por el proceso de Nuremberg. En realidad, el adjetivo «totalitario» se volvió de uso corriente en el periodo entre las dos guerras para designar un tipo de régimen hasta entonces inédito. Cierto, aún no ha adquirido la precisión analítica que querrán darle, en la segunda posguerra mundial, Hannah Arendt y los politólogos estadunidenses que se inspirarán en ella.[204] Simplemente quiere decir que las dictaduras «totalitarias» tienen una vocación de ejercer sobre sus súbditos una dominación más estrecha y más compleja que las tiranías del pasado; y, según los casos, incluye o no el régimen soviético dentro de la categoría. Pero no es indispensable para la comparación: Élie Halévy conserva el viejo término de «tiranía» para caracterizar las dictaduras de Mussolini, Stalin y Hitler.

Así, lejos de ser un invento de la posguerra, la comparación entre la Unión Soviética y los regímenes fascistas —sea que reciba o no el calificativo de «totalitaria»— es tema corriente desde el periodo entre las dos guerras; y aunque los pensadores liberales sean quienes la manejan con mayor profundidad, se encuentra presente en todas las familias políticas, de la izquierda a la derecha. Esto es tan cierto que, por doquier, no pocos intelectuales hostiles a la democracia liberal vacilarán a lo largo de los años treinta entre fascismo y comunismo. Si la idea, combatida desde 1945, pudo ser presentada como un invento ideológico nacido de los imperativos de la Guerra Fría, es por-

que tomaba al revés, al menos en Occidente, el sentido de la segunda Guerra Mundial y de la victoria de 1945. Aplastados militarmente por una coalición que había terminado por llevar a la Unión Soviética al bando de las democracias, el nazismo alemán y accesoriamente el fascismo italiano debieron adoptar por sí solos el papel de enemigos de la libertad. Si Stalin se encontraba entre los vencedores, también él era un prócer de la libertad. Este falso razonamiento iba de acuerdo con la mentira original de su dictadura, y parecía confirmar en la experiencia de los pueblos tanta y tanta sangre derramada para quebrantar a la Alemania de Hitler. La idea totalmente negativa de «antifascismo» compensaba la imposibilidad de plantear en positivo cualquier concepto que pudiera unir las democracias liberales al comunismo estalinista. Era a la vez lo bastante vaga para permitir a Stalin aplastar la democracia dondequiera que sus armas lo hubieran llevado, y lo bastante precisa para condenar como blasfematoria toda comparación entre su régimen y el de Hitler. La intrépida Hannah Arendt tuvo la audacia de ignorar lo anterior, como buena heredera de la literatura alemana antinazi desde el advenimiento de Hitler. Pero casi por doquier tuvo en la Europa occidental una función intimidatoria, incluso en la alternativa fascismo/antifascismo. En un país como Italia, en donde la ideología del antifascismo alcanzó su mayor esplendor, el concepto de totalitarismo nunca tuvo derecho de ciudadanía. La idea fue ignorada, casi prohibida, en el lugar donde había nacido el término.

Este análisis no niega que la comparación entre nazismo y comunismo se haya empleado a partir de la Guerra Fría con fines de propaganda para movilizar a las democracias contra la amenaza soviética. Lo fue, desde luego. Pero la idea es anterior a la guerra misma, y su pertinencia es más duradera. Si vuelve a vivir después de la guerra, es porque la censura que pende sobre ella por la victoria de 1945 no tuvo capacidad para borrar

por completo la historia y la experiencia de los pueblos en los años siguientes. Su fuerza se debe menos a una propaganda de cruzada ideológica que al redescubrimiento de un régimen soviético fiel a su naturaleza: que sofoca la libertad en todos los países europeos donde su ejército ha plantado sus banderas.

Ese redescubrimiento es lento, laborioso, pues la herencia de la guerra contraría sus progresos; más adelante en este libro volveré a esta época de la posguerra inmediata, durante la cual el comunismo estalinista vencedor de las dictaduras fascistas logró su mayor esplendor. Pero antes necesito recorrer los años que preceden a ese desenlace, entre la primera y la segunda guerras mundiales. Aquellos años en que el comunismo y el fascismo nacientes mantienen complejas relaciones mutuas, sea como movimientos ideológicos o como regímenes políticos: esas relaciones de engendramiento y de rechazo, de préstamos y enfrentamientos, de pasiones compartidas y de odios inexpiables, de solidaridad tácita y de beligerancia pública entretejen el más trágico cuarto de siglo de la historia europea, de una guerra a la otra. A quien trate de comprender esta historia tan breve, tan deplorable y que en gran parte ha seguido siendo misteriosa, un concepto como el de «totalitarismo» solo le será útil si el historiador le da un uso limitado. En el mejor de los casos designa cierto estado alcanzado por los regímenes en cuestión (no forzosamente todos) en diferentes periodos de su evolución. Pero no revela nada sobre las relaciones entre su naturaleza y las circunstancias de su desarrollo, ni sobre hasta qué punto pudieron engendrarse mutuamente y contienen una reciprocidad oculta.

La guerra de 1914 tiene para la historia del siglo XX el mismo carácter de matriz que la Revolución francesa para el XIX. De ella brotaron directamente los hechos y los movimientos que están en el origen de las tres «tiranías» de las que habla Élie Halévy en 1936. La cronología nos lo dice a su manera, ya que

Lenin toma el poder en 1917, Mussolini en 1922 y Hitler fracasa en 1923, para triunfar diez años después. Nos deja suponer una similitud de época entre las pasiones despertadas por esos regímenes inéditos que hicieron de la movilización política de sus ex soldados el camino hacia la dominación de un solo partido.

Por allí se abre ante el historiador otro camino hacia la comparación de las dictaduras del siglo XX. Ya no se trata de examinarlas a la luz de un concepto, en el momento en que alcanzan cada una la cumbre de su curva sino, antes bien, de seguir su formación y sus triunfos, de manera que se pueda captar lo que cada una tiene de específico y lo que tiene en común con las demás, ya sea que el reconocimiento de la deuda sea explícito o no. Por último, queda por comprender lo que su historia debe a las relaciones de imitación o de hostilidad que mantuvo con aquellos regímenes de los que tomó ciertos rasgos. Por lo demás, imitación y hostilidad no son incompatibles. Mussolini toma cosas de Lenin, pero lo hace para vencer y prohibir el comunismo en Italia. Hitler y Stalin ofrecerán no pocos ejemplos de complicidad beligerante.

Este enfoque, que forma un preámbulo natural al inventario de un ideal tipo como «totalitarismo», tiene la ventaja de seguir más de cerca el desarrollo de los acontecimientos. Presenta el riesgo de ofrecer una interpretación demasiado sencilla a través de una causalidad lineal, según la cual lo anterior explica lo posterior. Así, el fascismo mussoliniano de 1919 puede ser considerado como una «reacción» a la amenaza de un bolchevismo a la italiana, surgido también de la guerra y constituido más o menos según el ejemplo ruso. Reacción en el sentido más vasto del término, ya que, al igual que Lenin, Mussolini procede de un socialismo ultrarrevolucionario y por tanto posee mayor facilidad de imitarlo para combatirlo. Se puede considerar así que la victoria del bolchevismo ruso en Octubre de 1917 es el

punto de partida de una cadena de «reacciones», a través de la cual primero el fascismo italiano y luego el nazismo aparecen como respuestas a la amenaza comunista pero que siguen el modelo revolucionario y dictatorial del comunismo. Una interpretación de ese género puede conducir si no a una justificación, al menos a una trivialización del nazismo, como lo ha mostrado el reciente debate de los historiadores alemanes sobre el tema:[205] ni siquiera Ernst Nolte, uno de los más grandes especialistas actuales en los movimientos fascistas, se libró de esta peligrosa tentación.[206] Además, este modo de ver presenta también el inconveniente de atenuar la particularidad de cada uno de los regímenes fascistas, ya no recurriendo ahora a un concepto único, sino a través de lo que combaten en común.

En ese sentido, agrava incluso los inconvenientes que pueden acompañar el uso no matizado del concepto de «totalitarismo». Si los movimientos fascistas fueran simples reacciones contra el bolchevismo, se encontrarían programados en un modelo que no permitiría comprender bien su singularidad ni su autonomía ni lo que pueden tener en común con su enemigo, en su origen y sus pasiones. El hecho de inscribirlos en un repertorio común de pura negatividad resta riqueza al análisis de sus rasgos respectivos y de las relaciones que mantiene cada uno con el régimen detestado, ya sea como movimientos o, después, como regímenes. Antes que remitir desde el principio todos los fascismos a una fuente única para hacerlos descender juntos el curso tumultuoso del siglo, me parece más fructífero hacer un inventario de sus materiales y sus caracteres diversos. Tal es, por cierto, el camino que sigue la mayor parte de los trabajos históricos sobre el tema.

Porque si el comunismo es indispensable para la comprensión del fascismo (aunque también lo recíproco resulte cierto) es por razones más vastas que las que sugiere la cronología que va de Lenin a Mussolini, 1917-1922, o de Lenin al primer Hi-

tler, 1917-1923, según una lógica de acción-reacción. Bolchevismo y fascismo se siguen, se engendran, se imitan y se combaten; pero antes nacen de la misma simiente: la guerra; son hijos de la misma historia terrible. El bolchevismo, el primero en salir a la escena pública, bien pudo radicalizar las pasiones políticas. Pero el miedo que provoca en la derecha no basta para explicar un fenómeno como el nacimiento de los «fascios» italianos en marzo de 1919. Después de todo, las élites y las clases medias de Europa vivieron mucho antes de la guerra de 1914 en el terror al socialismo, y hasta ahogaron en sangre todo lo que pudiera asemejarse a una insurrección obrera, como la Comuna de París en 1871; pero nada comparable al fascismo vio la luz en el siglo XIX. Reacciones de rechazo o hasta de pánico pueden explicar el consentimiento otorgado a tal o cual régimen. Permiten comprender lo que tiene de antiliberal un régimen fundado en el temor pero nada más. No nos revelan nada sobre su naturaleza, y menos aún sobre su novedad.

Hijos de la guerra, el bolchevismo y el fascismo reciben de ella lo elemental. Llevan al terreno de la política el aprendizaje que recibieron en las trincheras: el hábito de la violencia, la simplicidad de las pasiones extremas, la sumisión del individuo a la colectividad y, por último, la amargura de los sacrificios inútiles o traicionados. Porque es en los países vencidos en el campo de batalla o frustrados por las negociaciones de paz donde esos sentimientos encuentran su hábitat por excelencia. Introducen en el orden político este poder del número al que los liberales del siglo XIX temieron siempre en el sufragio universal, donde no era tan peligroso, y que encuentran donde no lo vieron venir: en esos millones de ciudadanos unidos ya no por el ejercicio solitario de un derecho, sino por la tragedia compartida de la servidumbre militar. Como han escrito muchos autores, la primera posguerra mundial inaugura la época de las masas. Pero esta nueva época no adviene por el desarro-

llo progresivo y natural de la democracia. Irrumpe en la historia por una puerta que podía haberse creído condenada, ya que tantos grandes espíritus de los siglos XVIII y XIX consideraron que las sociedades modernas se dedicarían por completo a la producción de riquezas y los trabajos de la paz.

Así, «la época de las masas» que inaugura este siglo es, en cierto sentido, una señal de los avances de la democracia: hace del gran número, es decir, del más modesto de los ciudadanos, un sujeto activo de la nación. Pero en cambio integra a ese ciudadano a la política no por la educación, como habrían creído los optimistas, sino por los recuerdos de una guerra cuyas proporciones —para no mencionar sus consecuencias— nadie, o casi nadie, pudo prever, querer o controlar. Las masas no entran en acción como conjuntos de individuos ilustrados que han hecho un aprendizaje progresivo de la política moderna. Pasan brutalmente de la guerra a la paz. Llevan las pasiones simples de la guerra a las ruinas en que los encuentra la paz. Entienden mejor el lenguaje de la comunidad fraternal de los combates que el de las luchas civilizadas por el poder. Discurso aclamado en la derecha como homenaje a la tradición, pero también en la izquierda, como promesa de porvenir. Y no habrá que aguardar mucho tiempo, tras el fin de la guerra, para ver cómo el término «socialismo», reinventado por la derecha, inicia una nueva carrera bajo el estandarte del fascismo.

Hemos visto que ya son antiguas las complicidades entre el socialismo y el pensamiento antiliberal y hasta antidemocrático. Desde la Revolución francesa, la derecha reaccionaria y la izquierda socialista comparten la misma denuncia del individualismo burgués y la misma convicción de que la sociedad moderna, privada de verdaderos fundamentos, prisionera de la ilusión de los derechos universales, no tiene un porvenir duradero. Una gran parte del socialismo europeo, en el siglo XIX, despreció la democracia y exaltó la nación: recordemos a Bu-

chez o a Lassalle.[207] A la inversa, en el periodo que precedió a la primera Guerra Mundial, la crítica común del liberalismo llegó a aproximar a la derecha más radical, es decir, la más nacionalista, con la idea socialista; porque es fácil concebir teóricamente una economía liberada de la anarquía de los intereses privados, dentro del marco nacional, y unir así los sentimientos anticapitalistas a la pasión nacional. Por ejemplo, tal fue en Francia la tendencia de la Acción Francesa en sus años «revolucionarios». Maurras percibe muy pronto que «un sistema socialista *puro* quedaría libre de todo elemento de democratismo».[208] Quiere decir que semejante sistema incluye, para él, una sociedad orgánica liberada del individualismo, reconstruida como una unidad de intereses y de voluntad, complemento de la idea nacional, y no su antagonista. Desde luego, el internacionalismo marxista deberá seguir siendo el enemigo por excelencia de los nacionalistas. «Pero un socialismo liberado del elemento democrático y cosmopolita puede venirle al nacionalismo como un guante bien hecho a una bella mano».[209]

La idea de un socialismo nacional no es nueva en 1918 o 1920. Lo que sí es novedoso una vez que callan al fin los cañones, es que se despoje de la toga de la cultura para aparecer en atuendos populares, como instrumento apropiado para enardecer a las masas. Antes de la guerra, el coctel socialismo-nacionalismo no era más que un licor esotérico para consumo de intelectuales. Después, helo aquí convertido en alcohol de consumo generalizado. Su atractivo súbito no proviene, en lo esencial, de una reacción de amor-odio con respecto a la Revolución rusa, o de un cálculo de captación de su herencia, mediante el cual la gente se apropiaría del socialismo con un programa antibolchevique. Concedo que aquí y allá algunos ideólogos hayan pensado efectivamente en ello. Pero la idea nacionalsocialista (o fascista) no es una idea que se haya derivado en forma tan sencilla. En realidad extrae su fuerza de la misma fuente

que el bolchevismo victorioso: la guerra. Como el bolchevismo, permite movilizar las pasiones revolucionarias modernas, la fraternidad de los combatientes, el odio a la burguesía y al dinero, la igualdad de los hombres, la aspiración a un mundo nuevo. Pero les señala otro camino que la dictadura del proletariado: el del Estado-comunidad nacional. Constituye el otro gran mito político del siglo. Lejos de poder reducirse a un uso instrumental de lucha contra el bolchevismo —lo que también es—, va a adquirir tal influencia en la imaginación de los hombres de esta época que las élites europeas resultarán impotentes para limitar sus estragos.

Bolchevismo y fascismo, en cuanto vastas pasiones colectivas, pudieron encarnar en personajes por desgracia excepcionales: esa es la otra vertiente de la historia del siglo XX: lo que tuvo de accidental, que se sumó a lo que de antemano tenía de revolucionaria. Porque hay un rasgo común que emparenta a las tres grandes dictaduras de la época: su destino está supeditado a la voluntad de un solo hombre. Obsesionada por una historia abstracta de las clases, nuestra época ha hecho todo por oscurecer esta verdad elemental. ¡Tanto así se ha empeñado en ver a la clase obrera detrás de Lenin, y a las dictaduras fascistas como títeres del capital! No acabaríamos de contar a los autores que han utilizado con perversidad o con candor lo que en inglés se llama *double standard*, aceptando más o menos de los bolcheviques la idea que se formaban de sí mismos pero sometiendo a los fascistas a una interpretación sin ninguna relación con lo que ellos dijeron. Esta versión culta del «antifascismo» tiene la ventaja de separar la cizaña de la buena semilla dentro de la lucha de clases, y de encontrar así en la oscuridad del siglo el hilo providencial de la necesidad. Lo malo es que no explica nada del papel espectacular de algunos hombres en esta trágica aventura. Suprimamos al personaje Lenin de la historia y no habrá Octubre de 1917. Quitemos a Mussolini, y la Italia de

posguerra seguirá otro curso. En cuanto a Hitler, si bien toma el poder —por lo demás como Mussolini— contando parcialmente con el consentimiento resignado de la derecha alemana, no pierde su desastrosa autonomía: va a poner en vigor el programa de *Mi lucha*, que solo le pertenece a él.

En realidad, los tres conquistaron el poder quebrantando a regímenes débiles con la fuerza superior de su voluntad, dirigida por completo y con increíble obstinación hacia esa meta única. Y lo mismo puede decirse del cuarto: Stalin; sin él, ¡nada de «socialismo en un solo país»! Y, por definición, ¡nada de «estalinismo»! Me parece que no hay precedente histórico de semejante concentración de voluntades políticas monstruosas en un espacio tan restringido y en una misma época. Desde luego, cada una de ellas aprovecha, para vencer, las circunstancias particulares, pero todas triunfan sobre adversarios ya derrotados o casi anuentes. Lenin recoge el poder, más que conquistarlo. Mussolini ordena entrar a sus Camisas Negras en una Roma que les ha abierto las puertas. Hitler es llamado al poder por Hindenburg; en cuanto a Stalin, los adversarios a quienes tuvo que derrotar para reinar aceptaron de antemano las reglas de un juego que los condenaba a la derrota.

Sin embargo, una vez amos del poder, todos lo ejercen de manera autocrática tarde o temprano. Solo Lenin se hizo de él según el esquema revolucionario, pero todos lo utilizan para poner en práctica su concepción del hombre nuevo, más fieles a sus ideas locas que a sus apoyos coyunturales. Su afán de dominio crece y se embriaga con los éxitos obtenidos. De suerte que no tiene gran sentido tratar de relacionar su actuación con intereses, medios o clases sociales. Al menos desde Kronstadt, la «dictadura del proletariado» según Lenin ya no tiene mucho que ver con la clase obrera, para no hablar siquiera de lo que vendrá después. Tampoco el genocidio judío está incluido en el programa del gran capital alemán.

No hay nada más incompatible con una explicación de tipo marxista, sin hablar de lo que tiene de cierto en otros casos, que las dictaduras inéditas del siglo XX. El misterio de esos regímenes no puede aclararse a través de intereses sociales, ya que se debe precisamente al carácter inverso: a su terrible independencia con respecto a esos intereses, sean burgueses o proletarios. Por una ironía de la historia, el materialismo histórico alcanza su mayor esplendor intelectual en el siglo en que más reducida ha sido su capacidad de explicación.

El camino menos malo para adentrarse en el complejo problema de las relaciones entre el comunismo y el fascismo aún es la vía clásica del historiador: el inventario de las voluntades y de las circunstancias. El tema puede dividirse en dos grandes actos, que forman dos épocas: Lenin y Mussolini por un lado, Stalin y Hitler por el otro.

Lenin y Mussolini proceden de la misma familia política:[210] la del socialismo revolucionario. Porque Mussolini fue el *Duce* de la revolución antes de serlo del fascismo: este título le fue dado por primera vez en 1912, al salir con Pietro Nenni de la cárcel por su oposición a la guerra en Tripolitania.[211] Lo merece de sobra. Toda la primera parte de su vida, la que precede a la primera Guerra Mundial, se orienta conforme a la idea revolucionaria en su versión más radical. De Lenin posee la vehemencia subversiva, el amor a la violencia, la obsesión de la toma del poder, la subordinación de cualquier consideración moral a este fin único y hasta la pasión de la escisión: bien lo vemos en el momento de su mayor influencia en el socialismo italiano, entre 1912 y 1914, cuando manda expulsar del partido a los elementos moderados. Su extremismo político tiene otras fuentes aparte del bolchevismo; no se alimenta de la tradición populista rusa; y si hubiera que buscarle antepasados o aliados, más bien los encontraríamos del lado del *Risorgimento*[212] republicano y del sindicalismo revolucionario.[213] Pero en la Europa

anterior a 1914, Mussolini encarna una versión neoblanquista del marxismo, que no está muy alejada de la de los bolcheviques.

Ni siquiera su famoso viraje, en octubre de 1914, de una posición antibélica a una «neutralidad activa y eficaz»[214] en favor de los Aliados, significa que reniegue de la revolución. En el contexto italiano no debe interpretarse como el alineamiento de los socialistas franceses o alemanes a sus bandos respectivos, ya que toda la política italiana desde la unificación se inspiró en la idea de que Austria-Hungría, el gran vecino del norte, era indispensable para el equilibrio europeo, como vanguardia de la Europa católica en los Balcanes. Las pugnas territoriales heredadas por Roma y Viena resultan, por comparación, secundarias. Fue esta concepción conservadora la que condujo a Italia a la *Tríplice*, al lado de las potencias centrales. Por lo contrario, Mussolini enarbola la herencia de Mazzini[215] contra la del conde Balbo:[216] Italia debe volver a su tradición revolucionaria, traicionada por una burguesía amedrentada, y recuperar valerosamente las tierras italianas que aún conserva Austria. Valerosamente, es decir rompiendo con esa pasividad, con esa vergonzosa cobardía indigna de su historia. La originalidad del neonacionalismo mussoliniano consiste, así, en inscribirse en la herencia más revolucionaria del *Risorgimento* para cumplir por fin su promesa.

Temperamento ávido de acción, Mussolini no soporta la pasividad de Italia en el momento en que toda Europa está en llamas. Pero en su activismo belicista, que le vale ser excomulgado por el Partido Socialista, vela por no separar la idea de revolución del renacimiento de la nación. Pretende utilizar la guerra para regenerar el país; no rechazándola, como Lenin, sino participando en ella. Hay en ambos el mismo rechazo del pacifismo, el mismo desprecio al burgués, la misma certidumbre de que la guerra les servirá a sus fines. Pero mientras que Lenin

reanima la revolución en el marco del marxismo, Mussolini la hace presidir el matrimonio subversivo del socialismo con la nación, que ha sustituido al proletariado en la redención del mundo burgués. La Italia intelectual de esta época detesta, como él, a sus políticos demasiado prudentes, esa estrecha oligarquía encarnada por Giolitti, maestro indiscutible de la manipulación parlamentaria. Ve en el intervencionismo el medio de acabar a la vez con Austria y con Giolitti, y de reconquistar al fin, por esta revolución, Trento y Trieste,[217] la Alsacia-Lorena de los patriotas italianos. El belicismo se inscribe así en la cultura italiana como una reanudación de las audacias de 1848 y del *Risorgimento*. La entrada de Italia a la guerra, en marzo de 1915, verdadera revolución antigiolittiana, marca también el ingreso de las masas populares en la política de la nación. En ninguna parte mejor que en el caso italiano el historiador puede ver hasta qué punto la primera Guerra Mundial fue inseparable en el espíritu de los pueblos de una promesa a la vez democrática y nacional.

La guerra debía ser breve, y fue larga. Debía ser victoriosa, y solo lo fue a medias, incapaz de hacer olvidar por completo el desastre de Caporetto en 1916. Cuando termina, no hace realidad todas las reivindicaciones territoriales italianas; no expulsa a Giolitti y a sus semejantes del poder o de su periferia; pero ha alterado tan profundamente la vida nacional, que deja un gran espacio a las confusas esperanzas de los intervencionistas de 1914-1915. El Estado se halla más débil que nunca: D'Annunzio ocupó el Fiume con sus soldados en septiembre de 1919 y se niega a abandonarlo. La oligarquía centrista de notables que reina en el escenario italiano ha perdido su poder: los dos grandes partidos modernos de masas, el Partido Socialista y el novísimo «partido popular» de don Sturzo, que reintegra a los católicos a la política italiana, se han escapado de su control. Y el primero de ellos se ha visto desbordado por las huelgas revolu-

cionarias que se multiplican en 1920, acompañadas de ocupaciones de fábricas, inspiradas en el ejemplo confuso de los soviets. Poco después, en el campo, durante el invierno de 1920-1921, la rica llanura del Po es escenario de violentos enfrentamientos entre jornaleros y terratenientes. Último toque al cuadro: la crítica situación económica y financiera en la cual se encuentra Italia, que debe pagar las cuentas de una guerra demasiado costosa. A partir de esta situación, Mussolini va a imponer su respuesta a los interrogantes de 1914-1915 sobre la necesidad de una revolución italiana. Hacer un repertorio de sus elementos constituye sin duda la definición menos mala del fascismo.

El fascismo italiano es hijo de la guerra, más directamente que ningún otro régimen dictatorial de aquellos años. También lo es el bolchevismo. Pero Lenin conquista el poder por haberse opuesto a ella, no por haberla dirigido. El nacionalsocialismo también lo es. Pero Hitler, soldado desconocido de la derrota, es vencido por la República de Weimar antes de obtener la victoria. En cambio Mussolini, procedente de la extrema izquierda socialista, comenzó su marcha al poder desde 1914, empujando a Italia al conflicto cuando aún podía evitarlo. La guerra es a tal punto inseparable de su recorrido que, una vez concluida esta, él extiende sus procedimientos a la arena política. Desde antes de ser una doctrina, el fascismo es un partido paramilitar que cuenta con organizaciones armadas. Los *arditi*, esas tropas de choque del ejército italiano, formadas en un espíritu de aristocratismo guerrero, integran los primeros «haces» desde su fundación, en la primavera de 1919. ¿Qué mejor misión para esos especialistas en riesgos insensatos, esos estetas de la muerte heroica, que además se ven amenazados por la desmovilización? Su primera hazaña «civil» es el saqueo de las oficinas del periódico socialista *Avanti* en Milán, el 15 de abril de

1919.[218] La política fascista es sencilla como la guerra. Extiende al compatriota la categoría de enemigo.

Con ello nos revela algo de las pasiones que pone en movimiento y del conjunto ideológico que va a manipular. No es simplemente nacionalista, pues en ese caso no ofrecería nada más —y sí algo de menos, la literatura— que D'Annunzio y sus legionarios del Fiume. Constituye un movimiento más vasto, manifiesta una cólera más profunda: la de los burgueses y pequeñoburgueses excluidos de la escena política desde la unidad nacional y que exigen su lugar.[219] Esos hombres se integraron mediante la guerra a la vida nacional. Atrapados en la crisis de posguerra, ven con desagrado el socialismo y temen más aún al efecto contagioso del ejemplo soviético. Pero detestan no menos a la oligarquía parlamentaria de su país, que les confiscó el poder durante tanto tiempo y que no supo ni entrar resueltamente en la guerra ni dar a Italia una paz digna del sacrificio de sus soldados. Ataviados con los valores bélicos, trasladan a la política los medios de la guerra, tratando de conservar la fraternidad y la ferocidad de esta.

La fraternidad: uno de los grandes temas del intervencionismo de 1914-1915 fue el tema del descubrimiento del pueblo. Los fascistas, que en las trincheras se mezclaron con la Italia proletaria y campesina, quieren incorporar a las masas a su conquista del poder. La ferocidad: denunciar la mentira de la legalidad burguesa es un lugar común del socialismo o del sindicalismo revolucionario, antes de convertirse en un *leitmotiv* del movimiento fascista. La fuerza impera sobre el derecho. A Mussolini le basta ser fiel a su pasado para sentirse a sus anchas en su nuevo papel. En el movimiento socialista anterior a 1914, Lenin y Mussolini comparten el odio a los reformistas, esos vergonzosos aliados de la burguesía. Ambos distinguen radicalmente la causa proletaria de la democracia burguesa. Pero 1914 los hace diferentes: Lenin quiso luchar contra la guerra inter-

nacional por medio de la guerra de clases; Mussolini quiso hacer la guerra en el exterior para aprovechar sus consecuencias en el interior. Ambos adoptaron posiciones contradictorias en 1914, mas no por ello sus estrategias dejan de recibir de la guerra una doble analogía. La primera es de orden técnico, y la segunda de orden moral. En el orden técnico, adaptan su acción política al carácter de la época que se ha inaugurado con la guerra. Debe llegar a todos los sobrevivientes de las trincheras, y para hacerlo debe apoyarse en una propaganda tan sencilla y tan masiva como la que los condicionó en los años terribles. ¡Al demonio con las sutilezas parlamentarias o los argumentos demasiado enredados! En la paz como en la guerra, transformar a una masa de individuos en una voluntad única y soldar esta multiplicidad en emociones compartidas constituye el gran secreto de la política democrática. Mussolini se inspira en Le Bon,[220] al que ha leído y releído; imita también a Lenin, al que admira sin dejar por ello de combatirlo.

Pero esta alquimia tiene un precio intelectual y moral. El discurso político tiende a perder todo criterio que no sea el de sus efectos inmediatos. Se vuelve pura demagogia, es decir, se vuelve hacia la utilidad (del que habla) y pierde toda relación con el sentido más universalmente elemental de la moral o con el sentido más común de la observación de los hechos. Los secretos del «príncipe» están en la plaza pública. Helos aquí simplificados en el peor sentido, y hasta condenados a desaparecer como tales en la noche de la mentira general, ya que el «príncipe» ha dado paso al dictador moderno, que comparte los sentimientos y las ideas a las cuales apela. Este conserva todavía el deseo maquiavélico de tomar o de conservar el poder por todos los medios indispensables para el ejercicio del arte político. Pero este arte ha degenerado. En adelante se deberá, en lo esencial, a la capacidad de manipular a las masas con un lenguaje y unas acciones que se dirigen a sus pasiones dominantes. Al implicar

una larga identificación subjetiva del jefe con su discurso, ese arte imprimirá a la lucha política una violencia afectiva, una ausencia de escrúpulos y una brutalidad de medios sin precedente en la historia.

Las cifras en bruto han irrumpido en la escena pública de Europa bajo los rasgos que previeron no pocos pensadores del siglo anterior, por el advenimiento de un tipo de civilización política en que se colapsan los frágiles mecanismos de los regímenes constitucionales debido a las formas primitivas de la participación popular, y la representación parlamentaria por la identificación con un jefe. Antes de que recibiera del anticomunismo parte de su prestigio, el fascismo fue producto de las mismas pasiones políticas que se observan en el comunismo, en una forma no menos extrema: para empezar, el odio al parlamentarismo burgués.

En la actualidad nos es difícil imaginar hasta qué punto el personaje del diputado suscitó en aquella época el odio como personificación de todas las mentiras de la política burguesa: símbolo de la oligarquía bajo la pose del demócrata, de la dominación bajo la apariencia de la ley, de la corrupción oculta en la afirmación de una virtud republicana. El diputado es exactamente lo contrario de lo que pretende ser y de lo que debiera ser: en principio representante del pueblo, en realidad es el personaje a través del cual el dinero, ese amo universal del burgués, también toma posesión de la voluntad del pueblo. El disfraz político de la plutocracia. En esa imagen, común desde el siglo XIX a la extrema derecha y a la extrema izquierda, la crítica de la idea de «representación» del pueblo, inseparable de la democracia moderna, llega a su punto extremo. Tras la primera Guerra Mundial encuentra una nueva fuerza en el ánimo de los soldados que sobrevivieron a la gran prueba, que los parlamentarios aprobaron pero no sufrieron. Aun en su forma constituyente, incluso ennoblecida por el precedente francés, una

asamblea elegida no encuentra gracia a los ojos de Lenin en enero de 1918. La dictadura del proletariado, inscrita en la necesidad histórica y encarnada por el Partido Bolchevique, no quiere tener ninguna relación con los azares de un escrutinio y las incertidumbres de un parlamento. A Mussolini, que se proclama heraldo de los valores de la guerra y fortalecido por la violencia ejercida por sus partidarios en toda Italia, le bastará plegar a los diputados a su voluntad.

Pero en ambos casos, lo que muere con la abstracción política de la representación —y con la abstracción jurídica de la ley — es simplemente la idea del Estado constitucional. La sustitución del voto de los ciudadanos, o de sus representantes elegidos, por el partido o su jefe consagra el fin de la legitimidad y de la legalidad democrática. Por una parte, el centro del poder estará ocupado, en adelante y constantemente, en nombre de una identidad esencial con una clase elegida por la historia o una comunidad nacional superior a las demás: identidad de orden ontológico, que ya no tiene nada que ver con la contingencia empírica de un voto, y que priva de todo sentido a la competencia política arbitrada mediante elección. Por otra parte, el partido o el hombre (o ambos) que han tomado el poder ya no encuentran en su acción la barrera de las leyes. Tienden a sustituirla o a sobreponerle lo arbitrario de su voluntad. Para ellos, la historia no es portadora de un derecho constitutivo de las relaciones entre el Estado y los ciudadanos; simplemente es producto de la dinámica de las fuerzas entre las clases y entre los pueblos. Y la revolución es su figura más constante y más natural.

El desprecio al derecho como a un disfraz formal de la dominación burguesa, la apología de la fuerza como partera de la historia: esos temas son muy anteriores al comienzo del siglo XX en el pensamiento político de Occidente, y su virulencia crece particularmente en los decenios que preceden a la guerra de

1914, tanto en la izquierda como entre la derecha. A este respecto, Georges Sorel sigue siendo uno de los autores más interesantes de esta época, a la vez por el encarnizamiento con que denuncia la irrisoria pusilanimidad del parlamento burgués, y por la esperanza que deposita en la violencia, gran verdad oculta del mundo moderno. Autor interesante pero siempre un tanto sospechoso, porque navega entre el sindicalismo revolucionario y la Acción Francesa, porque es antisemita y porque admirará a la vez a Lenin y a Mussolini,[221] aunque precisamente por esto deberíamos leerlo con una curiosidad particular. Pero lo que aquí me interesa no solo es lo que sus escritos pueden tener de profético sino también el hecho de que nos permiten medir, una vez más, la distancia que hay entre la teoría y la práctica. O, dicho de otro modo, entre los intelectuales y la historia real.

La violencia en Sorel es inseparable de la actividad creadora. Aclarada por una gran idea, la huelga general tiende a desgarrar el velo de la mentira que cubre a la sociedad y a restituir a los individuos, con el sentido de su existencia colectiva, su dignidad moral. Permite, como en Nietzsche, el rencuentro con la grandeza del hombre por encima de la mezquindad universal de los tiempos democráticos. El burgués vive en la hipocresía; la lucha de clases hace regresar la virtud a la escena pública en provecho del proletario. Da a la violencia una finalidad ética, y equipara al militante revolucionario con el héroe. Si el hombre de la huelga general admiró a Lenin y a Mussolini, fue como a dos prodigios de voluntad que se hicieron cargo de sus pueblos para conducirlos a la realización del hombre nuevo. ¡Pobre Georges Sorel! Él, el hijo de Proudhon, el anarquista individualista, aquí lo vemos lleno de admiración por los fundadores de regímenes al lado de los cuales el aborrecido Estado burgués parecería una utopía libertaria. Solo ve en ellos lo que los emparenta con sus pasiones y sus ideas. Lenin es el sucesor de los

grandes zares, tan revolucionario como Pedro el Grande, tan ruso como Nicolás I.[222] Mussolini se inscribe en la tradición traicionada del *Risorgimento* republicano. Uniendo el renacimiento nacional a la idea socialista devuelta a su vocación revolucionaria, esos dos «conductores de pueblos»[223] destruyen por la fuerza el orden burgués en nombre de una idea más elevada de la comunidad.

En realidad, ni el terror rojo ejercido por Lenin para mantenerse en el poder ni el terror fascista utilizado por Mussolini para conquistarlo tienen mucho que ver con la idea filosófica de la violencia desarrollada por el teórico de la huelga general. Más que de una idea, ambas nacieron de un acontecimiento: la guerra. Más que ser productos de una convicción inédita, forman parte de un retorno general a los medios revolucionarios del dominio por el temor.

La guerra ha hecho cundir por doquier el doble hábito de la violencia y de la pasividad. Ha dado a los pueblos europeos la peor de las educaciones políticas en el momento en que movilizaba en su provecho hasta al último ciudadano. La Revolución rusa, incluyendo la de Febrero, no es la excepción a esta regla. Por lo contrario: mezcla de desbandada militar, de impericia gubernamental y de incapacidad revolucionaria, no hace surgir ninguna fuerza que esté capacitada para instaurar un orden constitucional. Es la primera en mostrar que la posguerra pertenece aún a las pasiones y a los arbitrios de la guerra. Lenin no toma el poder en Octubre a causa de sus ideas filosóficas sino a pesar de ellas: es la situación la que le ofrece esta ocasión a su voluntad inflexible, en el más improbable de los contextos para un marxista. Mussolini no triunfa en 1922 porque sea el hombre de una doctrina, sino porque sus adversarios son débiles o pusilánimes o las dos cosas a la vez. El mundo político de la posguerra tal como se anuncia a través de ellos —quienes contradictoriamente se proclaman sus guías— no es, digan lo

que digan, el de la violencia soreliana. Es el del gangsterismo político, que aprovecha la ocasión propicia.

El combate político interno ha perdido ese conjunto de reglas inscritas en las costumbres y en las instituciones, que regulaba sus modalidades en la Europa del siglo XIX. Los impulsos pasionales que lo animan nunca habían sido tan poderosos y tan universales como en el momento en que quedan emancipados de los frenos de la civilización. El odio al dinero y el resentimiento igualitario o la humillación nacional encuentran un eco tanto más vasto cuanto que los grandes jefes echan leña al fuego, sin descansar nunca en sus afanes. Siguen siendo tácticos, atentos a lo posible, pero también, por otro lado, van al unísono de las pasiones desatadas por la guerra, que comparten y a la vez manipulan. En la época en que la política en Europa da un giro más doctrinal, ya que bolchevismo y fascismo son doctrinas, también se vuelve cada vez más elemental: primero, porque transforma ideas en creencias; luego, porque todos los medios son buenos, comenzando por el dolo y el asesinato erigidos en virtudes cívicas. Se mata a un conciudadano como en la guerra. Basta que pertenezca a la clase mala o al partido opuesto. La denuncia de la mentira «formal» de la legalidad desemboca en el ejercicio «real» del poder arbitrario y del terror. El que tiene el poder se arroga, al mismo tiempo, el derecho de designar al adversario que hay que exterminar.

Encontramos así, en el bolchevismo ruso y en el fascismo italiano, un sistema político de doble nivel en el que coexisten una filosofía de la historia y una práctica política; la primera, hecha de intenciones y de ideas nobles; la segunda, de medios expeditivos. La primera es su poesía, la segunda su prosa. El fascismo perdió su poesía con la segunda Guerra Mundial, mientras que el bolchevismo, por lo contrario, encontraba en ella ocasión de hacer olvidar su prosa. Pero el historiador que intenta comprender la Europa de esos años no puede olvidar

que el fascismo mussoliniano fue una doctrina y una esperanza para millones de hombres. No tiene grandes antepasados intelectuales, pero quiere acabar con el burgués en nombre del hombre nuevo y, por lo demás, reúne bajo esa bandera a una gran parte de la vanguardia intelectual, a los futuristas, los nostálgicos del impulso del *Risorgimento*, Marinetti, Ungaretti, Gentile y hasta, por un breve momento, Croce.[224]

Al servicio de esta ambición, las pasiones que busca despertar el militante fascista no son las mismas que aquellas a las que apela el bolchevismo, pero sí son de la misma naturaleza. En lugar de la igualdad social, aparece la patria reinventada como utopía comunitaria, hogar renovado de las grandes emociones colectivas; pero hay múltiples «vasos comunicantes» entre una y otra de esas obsesiones al actuar. En cuanto a los medios, los que preconiza o emplea el movimiento fascista ya están presentes en la panoplia bolchevique: todos son buenos si sirven a la causa.

Vemos así que el fascismo no solo es una reacción al bolchevismo; no se le puede reducir a ese papel funcional de instrumento «burgués». A las preguntas comunistas: ¿cómo acabar con el individualismo de la sociedad moderna?, ¿cómo construir una verdadera comunidad humana?, ¿cómo fundar al hombre privado en el hombre público?, propone otra respuesta, tomada de elementos culturales dispares, sobre el fondo de desesperación italiano. La doctrina no tiene la belleza sinfónica del marxismo, pero como su destino es unir a las masas, esto, a la postre, importa poco. Hay que poder hacerle decir, por turnos, cosas incompatibles. El «leninismo» ha allanado el camino: para convencerse basta comparar el librito *Estado y revolución* escrito por Lenin en 1917 en vísperas de Octubre, con la práctica real de los bolcheviques en materia de gobierno democrático, pocos meses después. El fascismo de Mussolini presenta las mismas facilidades. Con la doctrina por un lado, y la pro-

paganda y acción por el otro, pretende hacer prevalecer sus ideas arrogándose por la fuerza el poder, para instaurar una nueva época de la humanidad.

Su verdadera novedad no está en la movilización de un anticomunismo de masas, que ya existía desde antes —por ejemplo en Alemania, a través de la socialdemocracia, y en Italia, con el partido democristiano—, sino en la invención de una derecha revolucionaria; pues el fascismo de esta época es, con pleno derecho como lo muestra Renzo de Felice,[225] un movimiento revolucionario. De él tiene la ambición, la ideología y la práctica. Aun después de que Mussolini haya tomado el poder al precio de un compromiso táctico con las élites tradicionales de Italia, después de que su régimen haya traicionado a su movimiento, seguirá siendo un dictador que se ha librado del control de las clases dirigentes y de las leyes, pues el régimen fascista no deja de estar obsesionado por la ideología del movimiento fascista.[226] Por lo demás su destino final, inscrito en la fatal alianza de 1938 con la Alemania nazi, es decidido únicamente por Mussolini y sus allegados contra toda prudencia «burguesa», y excluyendo cualquier consulta a las élites tradicionales de Italia.

Por tanto, no hay razón para reducir al fascismo en su forma clásica, es decir, italiana, a una simple negación del comunismo, o incluso a una contrarrevolución. Ese término consagrado aún encuentra su fuerza en la analogía con la Revolución francesa; concede de antemano a la Revolución Bolchevique el título del que esta se ha apoderado en forma expeditiva, del mismo modo como tomó el poder: *putsch* ideológico que no tiene mayor Sustancia que el mito del gobierno «obrero y campesino», pero que ejerce, como se ha visto, el mismo poder sobre el imaginario colectivo. En realidad, el fascismo, a la vez como movimiento y como cuerpo de ideas, se libera de las dificultades que caracterizaron la definición de una política y de una ideología contrarrevolucionarias a fines del siglo XVIII y durante el siglo

XIX. La contrarrevolución, nacida de la revolución e inseparable de ella, se encontró atrapada en la contradicción de tener que emplear, para vencer, medios revolucionarios, y fijarse como meta la restauración de un antiguo régimen que sin embargo fue la cuna de la revolución: callejón sin salida ya señalado por Benjamin Constant desde 1797 para defender al Directorio, y cuya fatalidad quiso vanamente exorcizar Joseph de Maistre.[227] Nada similar ocurre con el fascismo. Solo se le define por reacción a una revolución, pero se considera a sí mismo y quiere ser una revolución. ¿Se dirá que se opone a los principios de 1789? Cierto, pero ni más ni menos violentamente que el bolchevismo. ¿O que desea quebrantar al bolchevismo? Sí, pero no para volver a algo más antiguo que la Revolución de Octubre. También él posee su magia del futuro.

En efecto, en el fascismo existe, como en el comunismo, una idea del porvenir fundada sobre la crítica de la modernidad burguesa. La doctrina posee un árbol genealógico más ecléctico que el bolchevismo. Pero ha acumulado su haber a partir de una multiplicidad de corrientes y de autores llegados de horizontes muy distintos, pero que se caracterizan por su odio a muerte a la burguesía. Pretende ser posmarxista y no preliberal. Quiere restaurar la unidad del pueblo y de la nación contra la disgregación de la sociedad por obra del dinero. Mussolini es el medio que aglutina a todos esos elementos dispersos de la cultura europea anterior a 1914. Para que dejaran de ser excéntricos y contradictorios fue necesaria la guerra, que los integró en las emociones colectivas. Y fue un hijo del socialismo revolucionario italiano el que inventó su nueva versión. El fascismo no solo nació para vencer al bolchevismo, sino para superar por siempre la división del mundo burgués. Es la misma ambición o la misma desdicha la que anima las dos promesas y los dos movimientos. Ambos dan por descontados apoyos distintos y hasta contradictorios, en un caso la clase y en otro la na-

ción, pero intentan conjurar la misma maldición y por los mismos medios.

El fascismo no solo es una mentalidad o una doctrina, sino una estrategia y más que eso: una voluntad de poder. Apoderarse del Estado para hacer un nuevo pueblo a partir del Estado es la obsesión de Mussolini, como antes lo fue para Lenin. Por ello, curiosamente, la fascinación jacobina se extiende hasta un país en que el Estado es débil, casi inexistente, a la vez en su realidad administrativa y en la forma en que el pueblo se imagina su autoridad: tal es uno de los signos más espectaculares de la extensión de la política revolucionaria «a la francesa» en la Europa de posguerra.

La originalidad del escenario italiano está en que ofrece por primera vez el espectáculo de una batalla en tres dimensiones: una izquierda revolucionaria, un conjunto de partidos «burgueses» y una derecha revolucionaria. Desde esta óptica se puede estudiar al fascismo como «reactivo» al comunismo, y la tesis de Ernst Nolte recupera su verdad. No es que el movimiento del *Duce* desempeñe un papel significativo en la derrota de lo que se podría llamar el primer bolchevismo italiano, en 1919-1920. Vegeta durante el gran periodo de agitación obrera y permanece al margen, por ejemplo, de las ocupaciones de fábricas y del fin sin gloria del «maximalismo» socialista.[228] No desempeñó ningún papel en el fracaso de la revolución «obrera», pero este fracaso allana el camino a su revolución «nacional». A partir del otoño de 1920, Mussolini desarrolla la doble estrategia que servirá de modelo a la vía fascista hacia el poder: aterrorizar a las fuerzas de la izquierda para hacer capitular, de rebote, a la monarquía y la burguesía. Por una parte, sus bandas armadas liquidan las revueltas de los agricultores de la llanura del Po, y queman las Bolsas de Trabajo de la península. Por otra, el *Duce* teje su urdimbre de intrigas parlamentarias, aprovechando la reputación de moderado que le inventan sus extre-

mistas, utilizando lo mejor posible la debilidad de los liberales arrinconados entre dos fuerzas indecisas, los socialistas y los *popolari*.

El joven Partido Comunista Italiano hace su contribución capital a la victoria de los fascistas, por una parte reviviendo con sus lemas el fantasma del bolchevismo, y por otra centrando sus ataques en el odiado Partido Socialista. Henos aquí de nuevo en los comienzos mismos del «antifascismo». Pero aunque pretende estar en la primera fila de la batalla contra Mussolini, el Partido Comunista Italiano, dócil a las órdenes del Komintern que acaba de llevarlo a sus fuentes bautismales, engloba en el campo fascista todo lo que está fuera de él: a tal punto que la prioridad del combate antifascista es la liquidación del Partido Socialista.[229] Con su emulación verbal, los comunistas en realidad dejan la vía libre a Mussolini. Si la cuestión planteada es «fascismo o comunismo», la alternativa oculta, bajo una apariencia de radicalismo, un consentimiento (de hecho) a la victoria provisional del fascismo.

La «marcha sobre Roma» de octubre de 1922 parece dar la razón a la tesis del Komintern, ya que esta farsa militar señala la abdicación del rey y de los partidos liberales ante las bandas de los *squadristi*, como si ambos bandos actuaran en una connivencia secreta. En apariencia, Mussolini es llevado al poder por los partidos burgueses. Sin embargo, esta apariencia oculta una realidad muy diferente. En lo que tiene de previsible, el éxito del dictador se logró en los años que precedieron a esta representación de la marcha sobre Roma. Y en lo que tiene de aceptación, revela la ignorancia y la ineptitud, más que la complicidad.

Así pues, el fascismo conquistó el poder antes de haberlo recibido. Si Mussolini es tan fuerte en el otoño de 1922, es porque sus tropas reinan desde hace varios meses sobre vastas regiones del país. Si parece tan inevitable a los augures de la polí-

tica italiana es porque logró conquistar en la opinión pública un espacio lo bastante amplio para encarnar una renovación del Estado. Sus bandas paramilitares reinan más, es cierto, por la milicia que por las ideas. Pero él supo deslindarse de ellas para adoptar una figura más política: y el terror, aunque permite conservar el poder, jamás basta para tomarlo. La fuerza de Mussolini solo reside secundariamente en sus bandas armadas, así como, en el otro extremo del movimiento, solo se debe accesoriamente a sus talentos de político. Lo que la hace tan formidable es de otro orden: su capacidad de dar a una guerra a mitad ganada —y por tanto a mitad perdida— una prolongación nacional fuerte apoyándose, para invertirla, en el empuje revolucionario maximalista de 1919-1920.

En ese sentido, el fascismo italiano se deriva en verdad del comunismo. La frustración nacionalista no habría bastado para crear a Mussolini. Se necesitó el coadyuvante esencial de un anticomunismo capaz de capitalizar en su provecho la fuerza adversa desviada de su objetivo. Con ello, el fascismo se libra del conservadurismo. Ofrece a la derecha, junto con la pasión de llegar al pueblo con temas renovados, los secretos de propaganda del bolchevismo y la idea de otra revolución, hecha esta en nombre de la nación. La energía que recibió de la guerra se duplica con la que recupera de la derrota roja, cuyas ruinas le sirvieron de cuna.

Más avanzado el siglo, cuando Mussolini haya sido vencido y, más aún, deshonrado por la amistad de Hitler; cuando los comunistas vencedores impongan retrospectivamente su interpretación de los hechos, nadie podrá comprender ya que el fascismo haya sido otra cosa que la versión terrorista de la dominación burguesa: una promesa, una esperanza popular, pues bastará que haya sido anticomunista para que aparezca como juguete del gran capital, como si la pasión anticomunista solo pudiera alimentarse del interés y del engaño y no conducir más

que a la dictadura. O como si los egoísmos burgueses fueran incapaces, por definición, de encontrar en la historia del siglo unas causas menos interesadas, como podría ser la democracia. La interpretación comunista del fascismo, que dominó el último medio siglo, ocultó la naturaleza del fenómeno, y su independencia, sea en sus relaciones con el mundo burgués, o en su complicidad conflictual con el Bolchevismo.

El ejemplo italiano —el primero cronológicamente— es claro, a pesar de todo. En octubre de 1922, el *establishment* político italiano tiene dos razones para aceptar el «experimento» de Mussolini. La primera es que el movimiento fascista moviliza la opinión y ocupa el terreno. La segunda es que el *Duce* ha desviado su discurso hacia la derecha, alimentando así la esperanza de que es recuperable en el marco del sistema existente. El viejo sabio de la política italiana, el inagotable Giolitti, notando la flaqueza creciente del Estado liberal italiano, piensa utilizarlo para contrarrestar a los Socialistas y a los *popolari* que le impiden gobernar «como antes». Pero en este episodio, que no deja de asemejarse al ascenso de Hitler al poder, diez años después, el engañado es Giolitti y no Mussolini, pues el jefe fascista no tomó el poder (gracias a una mezcla de presión y de astucia) para consolidar o salvar el régimen, sino para aniquilarlo. Lejos de estar integrado en los partidos parlamentarios, es él, provisto de plenos poderes, el que los incorpora a su lucha: en adelante la violencia de las milicias fascistas contra los comunistas y contra la izquierda socialista será legal. Con una ley electoral hecha a la medida, que concede a la lista que llega a la cabeza dos terceras partes de las curules de la Cámara de Diputados, el partido fascista reina también ahí en abril de 1924. La crisis provocada por el asesinato de Matteoti en junio contiene solo por un instante el proceso fascistizante, que remata en 1928 con la sustitución del Parlamento por el Gran Consejo fascista.

Así, la entronización gubernamental de Mussolini frustró todas las esperanzas de Giolitti y de los políticos liberales o democristianos.[230] Ellos creían domar al revolucionario, que había parecido prestarse de buen grado. Pero él, apenas en el poder, lleva adelante su idea revolucionaria, si aceptamos aplicar este adjetivo a un proyecto de dominación absoluta del Estado, concebido a su vez como algo que engloba a toda la sociedad. En realidad, lo que Giolitti no comprendió es también lo que se les escapa a los comunistas: la novedad de la empresa, que la hace irreductible a los antecedentes, y particularmente misteriosa para los liberales y los marxistas. Y es que liberales y marxistas ponen como fundamento de sus análisis al hombre de la economía política, actor central de la sociedad moderna. Los primeros tienen dificultades para concebir que un político anticomunista, por muy demagogo que sea, no acabe por devolver su papel político a las clases poseedoras, por medio de un compromiso con el sistema representativo. Los segundos creen ciegamente en la determinación por la infraestructura: si Mussolini es llevado al poder por los hombres de la burguesía, es porque se ha convertido en el baluarte más sólido contra la amenaza revolucionaria, y no puede ser más que un pelele del capital. Nadie tomó en serio la crítica fascista de la economía política, que se presentó envuelta en el culto de la voluntad política: pero es precisamente esta crítica la que Mussolini lleva a la práctica a partir de 1922.

Lo misterioso del fascismo italiano, como bien lo señaló De Felice, no es que el mundo del dinero le haya dado una «mano», o que algunos políticos liberales le hayan facilitado por un momento el camino.[231] Nada es más fácil de comprender que esta pusilanimidad burguesa. Pero ella no nos dice nada acerca de las dos grandes causas de la dictadura fascista. Para empezar, el éxito de su predicación ideológica sobre las masas, que hizo creíble su pretensión de gobernar; luego, y sobre todo, su auto-

nomía política: la sorpresa no está en sus compromisos con la burguesía, sino en su independencia con respecto a ella. Lo asombroso es que una vez instalado en el poder con ayuda de los partidos burgueses, Mussolini permanezca fiel a su voluntad de liquidarlos y de instaurar su poder absoluto sobre un Estado absoluto, para llevar a cabo su idea de la nación y de la sociedad. Sabemos que solo lo logrará parcialmente, y que el Estado mussoliniano nunca será tan «totalitario» como el de Hitler o el de Stalin, aunque el término fuese inventado en Italia. [232] Pero el hecho de que la sociedad civil haya podido salvaguardar parte de su libertad no significa en lo más mínimo que el poder haya sido compartido. Mussolini es el amo único (y, por cierto, popular) a partir de 1925-1928; en el orden político, el rey, la burguesía y todo el marco tradicional del reino han quedado desposeídos de cualquier poder de decisión.

El anticomunismo no explica gran cosa de las circunstancias del advenimiento de Mussolini, ya que el peligro «comunista» se había disipado desde hacía tiempo cuando el dictador se volvió jefe del gobierno. Asimismo, no permite captar por qué las clases dirigentes son hechas a un lado del poder en pocos años, y por qué Mussolini disipa con tanto éxito y en su provecho las esperanzas de un compromiso. Para comprenderlo, hay que dejar de fundamentar el fascismo en la burguesía, y restituir al movimiento su dimensión inédita de revolución política. Si el bolchevismo constituye, sin duda, el telón de fondo ante el cual surge el fascismo, no es porque acerque a los políticos burgueses y a los políticos fascistas: porque ese rasgo temporal y circunstancial no nos dice nada sobre la duración del fascismo ni sobre su popularidad. Lo que aparece con el bolchevismo es de otro orden que el de la manipulación y de la instrumentalidad: es una nueva dignidad de lo político, un territorio nuevo abierto a la imaginación, un fundamento más profundo de la pasión revolucionaria. El fascismo se inscribió en este espacio como

una realidad simétrica e inversa. Si no hubiese sido más que un modo de contener o de aniquilar al bolchevismo, no habría dejado en el siglo esta huella deslumbrante y lúgubre. Así como Lenin hizo regresar la revolución al corazón de la izquierda europea, Mussolini la lleva a la derecha, como regalo de su rencuentro con el pueblo. De ahí nace un antagonismo tanto más formidable cuanto que se alimenta de una creencia común en la transformación del mundo mediante la acción militante. No deja lugar más que a partidarios y a adversarios, a justos y a malvados. Los dos bandos enemigos se odian, no solo por lo que los separa, sino por lo que los acerca.

No conozco testimonio más melancólico sobre esta doble exaltación, a la vez fútil y feroz, que el relato de Pierre Pascal al que ya hemos aludido.[233] Corre un día de 1927 en Moscú, en ocasión de una visita de Angelo Tasca, que llega de su Italia natal. Por esta época, Pascal no es más que el testigo desencantado de una Revolución rusa que se ha convertido en un despotismo policiaco. Tasca, por su parte, militante del Partido Socialista Italiano de preguerra, se ha vuelto un hombre de la Tercera Internacional, y aún se encuentra en su periodo de fe.

> *Es uno de esos italianos llenos de ardor —escribe Pascal—, simpáticos por su sinceridad, pero con poco espíritu crítico. Nos cuenta ciertos recuerdos de Mussolini, pues fue discípulo y hasta agente electoral suyo antes de la guerra... Sobre el régimen italiano nos narra ingenuamente una cantidad de hechos que me provocan un deseo loco de reír, tanto así pintan el régimen moscovita: los periódicos mienten sistemáticamente, el público ha perdido el recuerdo de lo que es la verdad, y el poder ha llegado a creer en su propia mentira. En las prisiones, los periódicos están prohibidos, salvo el Popolo d'Italia.*[234] *En el ejército se da una educación fascista. Mussolini, en un discurso reciente, divide a la población en tres: fascistas, filofascistas y «afascistas» («sin partido»)...*[235]

Así, las promesas de la revolución no eran las mismas en cada bando; pero los dos regímenes son comparables, casi idénticos después de algunos años de existencia… Unos fusilaron a los burgueses, otros han aplastado a los obreros, pero unos y otros inventaron el gobierno del partido único, y la mentira de la unidad del pueblo. Describiendo el fascismo mussoliniano,

Tasca no sabe aún que también describe la escena política de Moscú, y hasta su vocabulario. Pascal no puede decírselo, pues ha aprendido por experiencia el peso de la autoceguera y el precio del silencio. Este encuentro de 1927 en Moscú contiene desde época muy temprana lo inconfesable del siglo.

Pero la victoria de Mussolini no es más que un prefacio. Diez años después de «la marcha sobre Roma», el drama se desarrolla en un escenario más vasto y en torno de intereses mayores. En el momento en que Stalin asienta definitivamente su poder, Hitler se apodera de Alemania. En la historia de las relaciones entre comunismo y fascismo, son los dos grandes monstruos del siglo los que aportan la principal materia.

Para comprenderlo, se puede partir de una comprobación que ya es clásica: el bolchevismo estalinizado y el nacionalsocialismo constituyen los dos buenos ejemplos, y los dos únicos, de los regímenes totalitarios del siglo XX. No solo son comparables, sino que en cierto modo forman entre ambos una categoría política que obtuvo carta de ciudadanía según Hannah Arendt. Comprendo que la aceptación no es universal; pero no veo que se haya propuesto un concepto más operativo para definir los regímenes en que una sociedad atomizada, hecha de individuos sistemáticamente privados de nexos políticos, queda sometida al poder «total» de un partido ideológico y de su jefe. Como se trata de un ideal tipo, la idea no entraña que esos regímenes sean idénticos o siquiera comparables en todos los aspectos; tampoco indica que el rasgo considerado se haya acentuado en la misma medida a lo largo de toda su historia. La Alemania de Hitler y la Rusia de Stalin son universos distintos. Y la Alemania nazi es menos totalitaria en 1937 que en 1942, mientras que el terror estalinista está en su apogeo antes y después de la guerra, más que durante esta. Pero eso no impide que los dos regímenes —y solo ellos— tengan en común haber iniciado la destrucción de todo el orden civil por medio de la sumisión

absoluta de los individuos al terror del partido-Estado. En ambos casos —y solo en ellos— la mitología de la unidad del pueblo en y por el partido-Estado, bajo la conducción del Guía infalible, dejó millones de víctimas y presidió un desastre tan completo que quebrantó la historia de las dos naciones, la alemana y la rusa, hasta el punto de hacer casi impensable una continuidad. Hitler y Stalin subieron tan alto en la escala del mal que su misterio se resiste al pobre repertorio causal del historiador. Ningún esquema de causas y consecuencias parece tener peso suficiente para explicar catástrofes de esta dimensión. Pero al menos podemos tratar de captar lo que tienen de inteligible.

Cierto es que el parentesco de los dos regímenes desde el ángulo «totalitario» desmiente la aparente simplicidad de la clasificación según la ideología. La Alemania nazi pertenece a la familia de los regímenes fascistas, y la Rusia de Stalin a la tradición bolchevique. Hitler imitó a Mussolini, mientras que Stalin siguió a Lenin. Esta clasificación debe su fuerza a la historia de las ideas o a la de las intenciones, ya que distingue dos ambiciones revolucionarias, fundada una de ellas en lo particular, la nación o la raza, y la otra en lo universal, considerando que la emancipación del proletariado prefigura a la de la humanidad entera. Esta oposición clásica y literal entre las dos ideologías no impide a la una ni a la otra constituir sistemas cerrados de interpretación inmanente de la historia humana destinados a ofrecer a cada quien algo parecido a la salvación, ante las miserias del egoísmo burgués. Pero si su parentesco fue el secreto de su complicidad, su antagonismo le dio todo su esplendor a su enfrentamiento. La segunda Guerra Mundial, después de haber revelado su complicidad, fue el escenario de su enfrentamiento, del que finalmente recibió todo su sentido.

Sin embargo, el «antifascismo» no da a la historia del siglo más que una versión polémica. Impide la comparabilidad entre

regímenes comunistas y regímenes fascistas desde el punto de vista de la democracia liberal. Más precisamente, tiende a prohibir a la vez la comparación entre Hitler y Stalin, y la distinción entre Hitler y Mussolini. Por una parte los dos regímenes, el hitleriano y el estalinista, son los dos únicos regímenes realmente «orwellianos» del siglo, y por otra, el fascismo italiano no pertenece, en este aspecto, a la misma categoría que el nazismo: no tiene su capacidad totalitaria, no destruye el Estado, lo dirige; por último, no da pie —lejos de ello— a un desastre nacional del mismo orden.[236] Por lo demás, cabe preguntarnos si la diferencia no se inscribe también en el registro de las ideas y de las intenciones: si Mussolini y Hitler pueden atribuirse, al menos en parte, las mismas ideas, lo cierto es que Hitler escribió la palabra «raza» a la cabeza de su credo mientras que Mussolini no es esencialmente racista.[237] Aun después de su reticente y tardía adhesión al racismo hitleriano, la persecución antisemita en Italia no tendrá una relación de escala o siquiera de naturaleza con los crímenes de Hitler.

En cambio, en el capítulo de las ideas, ni siquiera la oposición fascismo/comunismo es tan clara como a menudo se ha creído, aun dejando de lado articulación de esas ideas con los regímenes particulares que afirman descender de ellas. Con Lenin y Mussolini, el enfrentamiento entre clase y nación, que a primera vista parece un reforzamiento de las ideas políticas de fin de siglo, es menos radical de lo que parece, pues ambos proceden de la tradición revolucionaria socialista, y Mussolini nunca abandonará la pretensión del fascismo italiano de volverse universal.[238] Solo Hitler se instalará con cinismo en el culto de lo particular, en nombre de la raza superior. En cuanto al bolchevismo, la victoria de los hombres del «socialismo en un solo país» imprime al movimiento una tendencia nacional, por no decir nacionalista, que encarna en Stalin y que se afirmará al correr de los años: la emancipación del proletariado in-

ternacional tiene como preámbulo la victoria de Rusia. La Unión Soviética sigue siendo inseparable de una ambición universalista, pero el instrumento de esta ambición queda en adelante claramente apartado de su fin. Lo que, después de todo, no es tan distinto de lo que dicen los idealistas del fascismo italiano.

A todas las razones que existen para reservar un destino particular a la historia de las relaciones entre comunismo estalinista y nacionalsocialismo alemán, hay que añadir la consideración de los conjuntos, su vecindad, su dimensión y su potencia y, por último, tomar en cuenta la prioridad que no deja de tener la cuestión alemana en el espíritu de los bolcheviques, así como del desprecio que en *Mi lucha* muestra Hitler para con Rusia y los eslavos en general. Aunque situados en los dos extremos del paisaje ideológico europeo, Stalin y Hitler tienen pasiones monstruosas en común, y un mismo adversario. No me propongo esbozar aquí sus retratos, pues estos acaban de aparecer de cuerpo entero: un gran historiador inglés acaba de escribir sus vidas paralelas,[239] como un Plutarco vuelto hacia la grandeza del mal. Hasta este punto es claro que estas dos biografías ligadas contienen, por excelencia, el horror del siglo.

Esta historia tiene una prehistoria, que empezó mal, como hemos visto: con Alemania, los bolcheviques no dejaron de buscar complicidades, y no encontraron más que fracasos. Vieron en ella la condición y la garantía de la cuestión proletaria en Europa, y encontraron el mentís radical de sus predicciones y de sus esperanzas. Resultaron engañados a la vez por su ideología y por su experiencia. El «derrotismo revolucionario» que había preconizado Lenin, junto con la disgregación del ejército del zar, los había llevado al poder. Pero la receta no funcionó en Alemania. Sin duda, la derrota militar trastornó desde sus orígenes el régimen político, pero en vez de llevar al pueblo hacia la revolución comunista, el precedente bolchevique movilizó

contra él a lo que quedaba del ejército y a los burdos batallones de la clase obrera, que permanecieron fieles a la vieja bandera de la socialdemocracia. El fracaso de la «revolución» de 1919 lo mostró: lejos de ser en Alemania un elemento de movilización de masas del pueblo, la sombra de los soviets une en su contra a sus enemigos jurados: lo que queda del cuerpo de oficiales y los socialdemócratas. Sin embargo, esos viejos adversarios conservan, uno respecto del otro y con razón, todas sus prevenciones: no tienen la misma visión del porvenir nacional. Pero, llevados por la polarización política creada por el espectro de una revolución a la manera bolchevique, se unen para conjurar el azar de esta aventura y seguir amos del futuro.

Rusia se había deshecho pero no había sido propiamente vencida. Alemania, en cambio, estaba vencida pero no se hallaba deshecha. Y el sentimiento público que campeaba en esta guerra perdida era, más que nunca, el de la nación: esta comprobación encierra todo el secreto del fracaso bolchevique en Alemania. Es tan cierto que en los años que siguen a 1919, Lenin y el Komintern reservaron un lugar especial en su estrategia a la miseria nacional alemana: esta podía ser canalizada contra el imperialismo francés que había salido vencedor del conflicto. Pero lejos de llegar a bolchevizar al racionalismo alemán, esta estrategia acredita más bien la idea de un socialismo nacionalista, hostil a la vez a Moscú y a París. Cuando el enviado especial del Komintern a Alemania, Rádek, saluda el heroísmo del joven nazi Schlageter, fusilado por los franceses en mayo de 1923 por «sabotaje»,[240] más que contribuir a la causa de la revolución proletaria, otorga un apoyo adicional a la idea-madre del nacionalismo.

Porque la Alemania de la posguerra se parece un poco a Italia, pero en una versión más radical y trágica. El fin del Estado constitucional y de la Monarquía mitad burguesa y mitad aristocrática ya se consumó sobre los campos de batalla en que se

enfrentaron los pueblos armados. Si hubiese salido victorioso, el Imperio alemán de la posguerra habría tenido que buscar un lugar para sus innumerables soldados que se habían salvado de Verdún y del Somme, plebe unificada por la guerra de trincheras en busca de un orden político que estuviese a la altura de sus sacrificios. Vencido, desapareciendo en el desastre militar, ya no puede dar cuenta del sentido de la guerra y no deja un heredero legal capaz de responder a esta pregunta fundamental. En efecto, el gobierno de los socialdemócratas, que sucede al *Kaiser* por la fuerza de las cosas, en la tormenta de la derrota representa a unos hombres que hicieron la guerra sin quererla y sin odiarla: posición intermedia que había podido tener su lógica, inconsciente o supuesta, entre muchos combatientes, pero que desarmaba a los responsables a la hora de las cuentas. Estos tampoco tenían el recurso de invocar la democracia wilsoniana como finalidad del conflicto porque ese era el argumento de los vencedores. Ellos, que formaban el gobierno de los vencidos, eran socialistas: el socialismo tenía en Alemania raíces más profundas que la democracia.

Ahora bien, la respuesta «socialista» a la pregunta del sentido de la guerra había llegado de otra parte: de la Revolución de Octubre. Para combatir su fuerza revolucionaria, para salvar a Alemania de un callejón sin salida bolchevista no habría bastado a los socialdemócratas apoyarse sobre los escombros de un ejército tradicional. Lo que venció al bolchevismo junto con ellos, en esos años, fue menos el estado mayor de la tradición que otra fuerza revolucionaria, esta de derecha, surgida de la guerra: los grupos militares o paramilitares nacidos del desastre alemán e indispensables para la nueva república. Estos tienen un espíritu totalmente distinto al del antiguo ejército, forjado en la camaradería de las trincheras y de los combates: igualitario mientras que este era jerárquico, comunitario mientras que este era «de castas», independiente mientras que este

no sabía más que obedecer. Desprecian la ley si es dictada por un Parlamento; detestan la política si esta la hacen representantes del pueblo: estos sentimientos habrían podido aproximarlos a los bolcheviques si no hubiesen estado separados de ellos por el más infranqueable de los abismos, el de la sangre derramada en la guerra.

En rigor, comparten con los bolcheviques la fuerza de la convicción revolucionaria. Pero la consideran un añadido de la idea nacional, en lugar de hacerla un instrumento de derrocamiento del orden social. Por ello, los bolcheviques ocupan el primer lugar en la escala de su odio: ellos, a diferencia de los socialistas, muestran una interpretación de la guerra, y esta interpretación, tanto más peligrosa cuanto que viene fortalecida por su energía revolucionaria, lleva directamente a la negación de Alemania. Contra ellos, para empezar, los hombres de las tropas irregulares y de las múltiples asociaciones nacionalistas tienen que repetir incesantemente que la guerra se perdió porque Alemania fue traicionada; pero que Alemania acabará por vencer a sus enemigos del interior para realizar lo que fue interrumpido por su traición. En el momento en que la idea revolucionaria viene en auxilio del conservadurismo alemán para traerle pasiones nuevas, la leyenda de la puñalada por la espalda le ofrece su representación del enemigo.

En el fondo, la guerra ha radicalizado la idea de la misión particular de Alemania en la historia, y la derrota no la ha apagado; por el contrario, le ha dado nuevos bríos que le llegan a la vez de la desdicha nacional y de la amenaza bolchevique. En ese nuevo duelo de la *Kultur* contra la *Zivilisation*, los socialistas no tienen mucho que decir, y su pobreza espiritual y política es uno de los grandes dramas de la época. En tanto que demócratas y principales sostenedores de la República de Weimar encarnan, como el Centro Católico, un destino occidental de Alemania, del lado de la *Zivilisation*; pero ese destino, constante-

mente refutado en la tradición nacional, coincide además con la adhesión a los vencedores. En tanto que socialistas, han brotado de la misma rama que los bolcheviques rusos, y aunque expuestos sin cesar a su odio y a sus golpes, solo los combaten con remordimientos, como divididos en el interior de sí mismos. Son demasiado marxistas para lo que adoptan de burgueses, demasiado burgueses para lo que conservan de marxistas: odiados o despreciados tanto por los comunistas como por la derecha revolucionaria. Hasta tal punto que ni siquiera sus victorias políticas de 1919-1923, no solo sobre el bolchevismo sino también sobré los nacionalistas, darán a la República una mayor legitimidad.

En ese contexto resulta inteligible el cuerpo de ideas y de representaciones puesto en circulación por Hitler. Este se ha curtido durante todo el periodo de posguerra en ese hormigueo de organizaciones nacionalistas y revolucionarias, en nombre del pequeño Partido Obrero Alemán Nacional-socialista, del que ahora se ha convertido en jefe. No tiene, como Mussolini, un pasado político anterior a 1918. No es, como Stalin, el heredero de un partido o de un sistema. En su vida anterior nada existió sino lo que la hace similar a las demás: la época, es decir, la preguerra y la guerra han pasado por él, lo que puede ser una definición del anonimato. Aun después de la guerra, este hombre de la multitud no se distingue de ella sino por un aumento de las pasiones colectivas: nadie ha interiorizado como él la acusación contra los «criminales de noviembre» o contra los signatarios del Tratado de Versalles. A tal grado que el historiador, renuente a imputar a un hombre tan ordinario los crímenes tan extraordinarios que caracterizarán su régimen, puede verse tentado a no asignarle más que un papel contingente y secundario: Hitler encarnaría a través del azar de las circunstancias la fatalidad abstracta y formidable de un capitalismo moribundo y, por ello, tanto más feroz. Hay muchas razones, como lo

veremos, que han dado consistencia a esa interpretación tan descabellada. Una de ellas se debe a la necesidad de conjurar el enigma de la insignificancia de un hombre en comparación con el carácter cataclísmico de su actuación.

Más que al capitalismo, Hitler dio una voz a las pasiones alemanas posteriores a la derrota. Lo que lo llevó al poder, ante todo —a él, que partió de tan abajo, a él, tan improbable canciller—, fue su capacidad de encarnar ideas y temores comunes a millones de hombres. Maldijo la democracia en términos democráticos. La destruyó en nombre del pueblo. No hay nada menos oscuro o ignorado que su programa de dictadura, ya que Hitler lo convirtió en sustento libresco y en base de su prédica. *Mi lucha* también es el medio menos inadecuado para penetrar en el enigma de su triunfo.[241] Y es que para tratar de comprender lo que hizo surgir a Hitler, el estudio de la fascinación que las ideas ejercieron sobre las pasiones es una guía más segura que el análisis de los intereses en juego.

Por lo demás, él mismo lo dijo, cuando habló de la «popularidad» como primer fundamento de la autoridad.[242] Supo, por instinto, el más grande secreto de la política: que la peor de las tiranías necesita el consentimiento de los tiranizados y, de ser posible, su entusiasmo. Secreto tan viejo como el mundo, al que los tiempos democráticos dan una fuerza particular, ya que entonces la opinión es la condición de todo: la ideología es lo que permite unir, mediante sentimientos compartidos, a los ciudadanos aislados y hacerles reconocer por jefe al que sabe traducir los imperativos en emociones colectivas. A este respecto, Hitler es el ideólogo puro, pues no muestra en su discurso más que ambiciones de manipulación y de poder (nihilista radical en ese sentido), pero al mismo tiempo y en todo lo que dice, comparte con la muchedumbre de sus partidarios la creencia que él profetizó. Él proclamó de antemano lo que haría, hasta lo peor, lo que añade un elemento de misterio a su triunfo. En

cambio, los bolcheviques habían tomado el poder en Rusia en nombre de consignas que no eran las suyas, como «la tierra para los campesinos», sabedores de que una vez en el poder desplegarían los diferentes puntos de su ideología. Él nunca dejó de anunciar su color, y hay pocos ejemplos de una acción histórica tan programada por la ideología[243] de principio a fin.

No es que la ideología de Hitler no se origine en parte, como todas las del siglo, en ideas cultas. También esto sucede, en efecto, con el leninismo, ya sea en su modalidad primitiva o en su forma estalinista. Pero en el caso de los bolcheviques la ascendencia intelectual es única, y Lenin y Stalin siempre podrán buscar refugio en Marx, inagotable sustento económico, histórico y filosófico. Nada similar vemos en Hitler. El hombre no se adhiere a ningún gran filósofo y, por lo demás, no se atribuye antepasados. Se basta a sí mismo. Se instaló por sí solo en el papel que los escritores románticos se habían adjudicado un siglo antes: el de mediador entre el pueblo y las ideas.[244]

Por ello devalúa de antemano todas las ideas de que se sirve, por la única razón de que se sirve de ellas. Personaje de la multitud que se dirige a la multitud, se apropia como primitivo de las riquezas del pasado, desarraigándolas a su capricho, es decir, reinventándolas. Es el hombre de una nación que fue arrancada de su tradición por la guerra perdida: de una Alemania de tabla rasa, pues los alemanes se empeñaron con pasión en apostar toda su historia a la guerra. Es como si la derrota los hubiese amputado de sí mismos sin ofrecerles un porvenir en el que pudieran reconocerse. Solo pudo ofrecerles la llegada tardía de las «ideas de 1789», consideradas tan ajenas al espíritu nacional. El bolchevismo, producto ruso, resulta aún más extranjero, pese a la connivencia ruso-alemana que puede nacer del odio común al imperialismo francés, por ser hijo primitivo de la Revolución francesa. En cuanto a las «ideas de 1914», sobreviven en las tropas irregulares al mentís de la historia, pero se han

vuelto caricaturas de sí mismas y de los brotes de la guerra civil. La sociedad alemana se ha vuelto democrática en el momento en que pierde su centro de gravedad nacional. Esta situación, mucho más que Wagner o Nietzsche, forma el terreno sobre el cual medrará la ideología hitleriana.

Por ello, no trataré de hacer el inventario de los autores o las ideas que son reutilizadas en el interior de esta ideología sin que, por cierto, Hitler cite nunca al autor: tan seguro está de la originalidad absoluta de su mensaje. Lo que me interesa es de otro orden: comprender de qué manera la combinación de materiales heterogéneos puede dar la ilusión de una nueva fundación del orden político. Uno de los secretos ya fue descubierto por Mussolini desde 1915: reunir la nación y la clase obrera, arrebatando la primera a los burgueses y la segunda a los marxistas. Un socialismo nacional en el sentido en que Spengler había hablado de un socialismo prusiano:[245] es una manera de recuperar a la vez la pasión anticapitalista y el anuncio revolucionario, para ponerlos al servicio de la elección histórica de Alemania, traicionada por los hombres de Weimar. Trata de crearse un estandarte con el papel que los socialdemócratas, tan poderosos en la Alemania anterior a 1914, no supieron desempeñar en el momento de la guerra: ser a la vez el partido de la revolución y el de la nación. Después de la guerra, abandonaron una y otra, pasándose al servicio de la República de Weimar, convertidos en burgueses. Hitler tuvo la intuición de ese vasto espacio disponible, que los comunistas no podían conquistar en nombre de la Internacional de Moscú.

Si se hubiese detenido ahí nada lo habría distinguido de Mussolini, sino la virulencia particular de la frustración nacional alemana. El fascismo italiano siente el mismo odio por el liberalismo burgués, la misma obsesión por la unidad del pueblo en el Estado, el mismo acento en la indispensable refundación de lo social, la misma imitación de los métodos bolcheviques,

etc. Pero Hitler no representa precisamente un nacionalismo alemán, ni siquiera un pangermanismo. No es exactamente un enemigo de la democracia, así sea fascista: es un profeta del «nihilismo», según la expresión de Rauschning.[246] A diferencia de Mussolini, combate contra el cristianismo en nombre de la selección natural. Se propone revertir toda la tradición europea para sustituirla por el reino de los fuertes sobre los débiles. Quiere destruir la democracia no en nombre de la clase, sino bajo la bandera de la raza. Por ello, la idea nazi rebasa los límites de un nacionalismo, así sea extremo, como el de los fascistas italianos. Hitler es menos un cirujano de la patología nacionalista —de la que sin embargo obtiene buena parte de su poder de opinión— que de una abstracción tomada del social-darwinismo y convertida en promesa de dominación del mundo.

Pues aunque en la prédica de Hitler figuran no pocos lugares comunes del pangermanismo de moda a comienzos del siglo, como la conquista de las tierras eslavas o la inevitable decadencia de Francia, su carácter particular consiste en tener como centro una idea transnacional (o también anacional): la de la raza. Y no es que esta idea sea nueva, ya que fue elaborada en la segunda parte del siglo XIX.[247] Pero, reutilizada de manera sistemática, instalada como el meollo de un programa político, y sustituyendo a la idea de nación como si designara una fuerza a la vez más elemental y más universal, transforma la naturaleza de la ideología nacionalista.

Lo mismo puede decirse del antisemitismo hitleriano. ¡Dios sabe que el odio a los judíos es una vieja pasión en la historia de Europa! En múltiples formas, es inseparable de la Edad Media cristiana, de la época de las monarquías absolutas y hasta de la llamada época de la «emancipación». Por doquier experimentó un renacimiento a finales del siglo XIX: sobre todo en aquella Viena donde Hitler pasó su juventud. El autor de *Mi lucha* no tuvo que buscar muy lejos en su memoria para describir, una

vez más, las maldades del judío plutócrata, definido exclusivamente por su riqueza, ajeno a la urbe, parásito del trabajo colectivo, chivo expiatorio de la derecha y de la izquierda. Solo tuvo que agregarle un papel, nuevo por definición: agente del bolchevismo. El judío de antes de 1914 era burgués o socialista. El de la posguerra también es comunista. El personaje ofrece la ventaja incomparable de encarnar a la vez el capitalismo y el comunismo, el liberalismo y su negación. Bajo la forma del dinero descompone sociedades y naciones. Bajo el disfraz bolchevique, amenaza hasta su existencia. Es aquel en quien encarnan los dos enemigos del nacionalsocialismo: el burgués y el bolchevique,[248] que son también las figuras de la *Zivilisation*, las dos versiones del *homo oeconomicus*, las dos formas del materialismo actual. Hitler no olvida ninguna de las imputaciones del vasto repertorio del antisemitismo moderno.[249] Se sirve del judío en todas las formas que ponen a su disposición la derecha y la izquierda de comienzos del siglo.

Pero más que por su capacidad de conciliar los opuestos, el antisemitismo hitleriano se distingue por su carácter absolutamente radical. Constituye el centro de la profecía política nazi, sin el cual esta perdería todo sentido. En efecto, en las ideologías nacionalistas de fin del siglo, el judío encarna, en diversos grados, el chivo expiatorio de los diferentes males que comprometen o que abruman la vida de la comunidad nacional; solo hay que poner límites a su influencia para salvar a aquella de una corrupción amenazante. Se trata de mantener o defender la integridad, y por tanto el poderío de la patria, en un mundo internacional víctima de una competencia cada vez más feroz. La meta sigue siendo el engrandecimiento de la nación y no la liquidación de los judíos. Cierto que existe, si no en la naturaleza, al menos en la violencia del repertorio antisemita, una particularidad alemana que ya ha dado origen a una vasta literatura histórica.[250] Más que cualquier otro gran país europeo, los

alemanes muy pronto dieron a su visión de la nación una especificidad étnica que puede llevar a una agresividad o a una arrogancia particulares con respecto al mundo exterior. En la política alemana, los conceptos de raza superior, pangermanismo, «vocación mundial» y «espacio vital» aparecieron desde fines del siglo XIX, y constituyeron un terreno especialmente propicio para el antisemitismo. Pero esta búsqueda de origen no debe ocultar la terrible novedad del odio de Hitler a los judíos.

En efecto, el hitlerismo no es en el fondo, como el fascismo italiano, un nacionalismo. Recubre las pasiones nacionalistas, de las que sigue obteniendo gran parte de su fuerza, con una ideología racista que constituye un sistema del mundo. La raza aria, prometida por su superioridad intrínseca a la dominación, tropieza en su camino con el judío, que es su antagonista principal como antiprincipio de este orden natural. El judío es la figura por la cual el destino «ario» adquiere su dimensión universal. Pues reina sobre el Occidente mediante el dinero, y sobre las masas eslavas mediante el bolchevismo, empeñado por doquier en amenazar o destruir al pueblo de los amos. Miembro de una raza pura que quiere perpetuarse como tal, viviendo como parásito en todas las naciones, poseído por un doble genio de imitación y de engaño, y por último oculto en el falso universalismo de los burgueses liberales y del movimiento obrero, también él como los arios, aunque sin tener sus derechos, quiere gobernar el mundo. De ahí el inevitable enfrentamiento mundial del que Hitler se proclama a la vez profeta e instrumento. Los judíos lograron aniquilar a Alemania en noviembre de 1918. Hitler es el hombre de la contraofensiva y de la victoria.[251]

Debo confesar que nunca he comprendido bien la discusión historiográfica que ha hecho furor en la literatura sobre el nazismo, entre los partidarios de una interpretación «intenciona-

lista» y los de una interpretación «funcionalista». En su busca de las causas del genocidio judío, por ejemplo, los primeros hacen hincapié en las intenciones de Hitler, y los segundos en el funcionamiento burocrático del sistema. Sin embargo no acabo de entender por qué las dos explicaciones son incompatibles, y por qué deben oponerse una a la otra. Es evidente que el exterminio de los judíos por la Alemania nazi tiene su fuente primera, en sentido cronológico, en el odio de Hitler a los judíos, odio tan patológico que se encuentra en el principio mismo de su visión del mundo. Esta comprobación no nos impide atribuir un papel, en la ejecución del genocidio, a la obediencia incondicional a la autoridad que caracteriza a las costumbres alemanas, o también a lo que Hannah Arendt ha llamado en un famoso libro la «trivialidad del mal».[252] Si ese segundo tipo de causalidad se utilizó para borrar el primero, tal vez sea porque, al tocar la urdimbre social y moral de un país, le pareció más «profundo» a una época obsesionada por la «estructura» a expensas del «acontecimiento» y a unos historiadores afanosos por desmentir el papel que desempeñan las individualidades y las ideas en la historia: tendencia que, a mi parecer, ha falseado una parte de la literatura histórica sobre la Alemania hitleriana, por no hablar de los trabajos sobre la Rusia estalinista, donde ha hecho estragos.[253]

Pues así como Hitler no habría llegado a ser el amo de Alemania si no hubiese existido la ideología hitleriana, así también Hitler, una vez amo de Alemania, siguió siendo el ideólogo en quien el exterminio de los judíos encuentra su origen precoz. Uno de los rasgos extraordinarios de los grandes dictadores totalitarios del siglo XX es que permanecen dependientes de las ideologías que les sirven de fundamento. Incluso Stalin, que se considera marxista, o sea creyente en una filosofía docta de filiación democrática, transformó esta herencia en un instrumento de gobierno absoluto de las ideas. En sus manos, un

cuerpo de ideas «ilustradas» (en el sentido de *Aufklärung*) degeneró hasta convertirse en simple instrumento de terror. En cuanto a Hitler, su mensaje nunca fue otra cosa. A los dos dictadores, las ideologías no solo les sirven de escalones hacia la conquista del partido o del Estado, para después dejarlas de lado, como ingenuamente creyeron los políticos burgueses. Son de una naturaleza distinta que los programas las profesiones de fe. Constituyen la materia de una creencia, la sustancia de la voluntad, el breviario de la acción. Hasta tal punto que el voluntarismo político, tan espectacular en los dos dictadores, se subordina a ellas: la tarea que se asigna a la acción política consiste en cumplir lo que ya fue señalado por la ideología como algo que debe realizarse. La construcción del socialismo implica la liquidación de los *kulaks*, y la organización de la Europa nacionalsocialista, la de los judíos. Ambas empresas son, cada una en sus registros demenciales, inhumanas y criminales. Pero están ya decididas; y se llevan a cabo. Un punto decisivo separa a las ideologías totalitarias del siglo XX de lo que significa el término en su acepción trivial: es el misterio de la vigilancia estrecha que ejercieron sobre la acción de quienes las profesaron o siguieron, desde los jefes hasta los militantes, y desde los militantes hasta los pueblos.

Queda aún por considerar el papel que desempeñó la fortuna, es decir las circunstancias, independientes por definición de las voluntades. Se supone que es el dominio predilecto de los políticos oportunistas, hábiles para captar la ocasión propicia y aprovechar los momentos favorables, especialistas de lo posible y de la adaptación de las promesas a las realidades. Pues bien, ese dominio resulta un verdadero campo de operación en el que Stalin y Hitler —y por cierto, Mussolini antes que ellos— sobrepasan en astucia a los más astutos políticos burgueses. ¿Qué vale Herriot ante Stalin? ¿Von Papen o Chamberlain frente a Hitler? Aparte de sus talentos individuales —indiscutibles

— para la maniobra política, los dos dictadores poseen sobre sus rivales una ventaja decisiva: ya no tienen el menor sentimiento moral.

Proveyéndolos de una creencia, la ideología los ha liberado de todo escrúpulo respecto a los medios. Cierto que en el momento en que ellos aparecen en el escenario de la historia, hace ya varios siglos que el arte político se ha separado de la moral; varios siglos que la razón de Estado vive según sus propias reglas. Mas la rivalidad o hasta los conflictos entre las naciones son contenidos por la pertenencia a una misma civilización europea, y las luchas de los hombres por el poder en el interior de cada Estado obedecen, asimismo, a unas reglas convenidas. La novedad de Hitler y Stalin reside en el espectáculo de lo que Meinecke ha llamado un «maquiavelismo de masas»:[254] para expresar, al término de la guerra, su espanto ante el nihilismo moral de Hitler.

En efecto, bolchevismo y nacionalsocialismo comparten una verdadera religión del poder, profesada en la forma más abierta del mundo. Para conquistar ese poder y para conservarlo son válidos todos los medios,[255] no solo contra el adversario sino también contra los amigos: todos los medios, incluso el asesinato, práctica corriente de ambos partidos, de ambos regímenes, de ambos dictadores. Sin embargo, hasta ese poder tan inapreciable depende de una lógica superior: el fin que debe realizar, que es el de la historia, escondido en el tumulto de los conflictos y revelado por la ideología. El terror, ya no solo como respuesta real o imaginaria contra el enemigo, sino como práctica cotidiana de gobierno, destinada a imprimir un temor universal, es inseparable de esta realización del porvenir cuyos secretos posee el Jefe supremo, seguido por el partido.[256] Poco importa que a la transparencia de la historia y de la razón se le asignen tareas contradictorias en los dos regímenes: la emancipación del proletariado en el uno y el dominio de la raza aria

en el otro. No es que la distinción sea insignificante en el plano filosófico, como es evidente; pero no invalida la posibilidad de comparar la naturaleza y los resortes de ambos sistemas políticos.

Por lo demás, es vasto el florilegio de las frases con las cuales Hitler expresa su respeto, cuando no su admiración, por el comunismo estalinista y su jefe. Hitler detesta en el bolchevismo la última forma de la conjura judía, e hizo del combate contra las ambiciones bolcheviques sobre Alemania uno de sus primeros lemas. Pero comparte con los bolcheviques el odio y el desprecio a la democracia liberal, y la certidumbre revolucionaria de que la época de la burguesía ha llegado a su fin.[257] El punto de partida de la conquista judía, sus raíces más profundas están allí, en el liberalismo moderno, y más adelante en el cristianismo, al que los comunistas también intentan desarraigar. El enfrentamiento entre nacionalsocialismo y bolchevismo no se da así en primer lugar en el aspecto ideológico. Por lo demás, Stalin se ha liberado de la vieja guardia, en gran parte judía, de los compañeros de Lenin: Trotski, Zinóviev, Kámenev y Rádek, perseguidos o sometidos desde 1927. «No es Alemania la que se volverá bolchevique», vaticina Hitler ante Rauschning en la primavera de 1934,[258]*sino el bolchevismo el que se transformará en una especie de nacionalsocialismo. Además, hay más nexos que nos unen al bolchevismo que elementos que nos separan de él. Hay, por encima de todo, un verdadero sentimiento revolucionario, vivo por doquier en Rusia, salvo donde hay judíos marxistas. Siempre he sabido darle su lugar a cada cosa y siempre he ordenado que los antiguos comunistas sean admitidos sin demora en el partido. El pequeñoburgués socialista y el jefe sindical nunca serán nacionalsocialistas, pero sí el militante comunista.*

Como demuestra lo que sigue del texto, esta comprobación no invalida el deseo de Hitler de atacar un día a Rusia para conquistar las fértiles tierras eslavas: la idea de fundar un imperio

germánico ario lo opondrá en forma más segura a Stalin por cuanto la idea de la expansión territorial también forma parte de las preocupaciones políticas de su rival. Mas la existencia de una voluntad común de quebrantar las democracias liberales lleva al *Führer* a considerar la posibilidad de una alianza provisional con la Rusia de Stalin, al menos mientras vence a Francia. El anuncio está en ese punto en las conversaciones de 1934.

Antes de convertirse en una especie de alianza —la que se concretará en agosto de 1939—, este parentesco inconfesado se manifiesta ya en el terreno como una complicidad conflictiva a lo largo de los años de posguerra. Se debe, para empezar, a una situación general, ya que Alemania y Rusia se encuentran en el bando de los vencidos y, por consiguiente, de los enemigos del Tratado de Versalles: el Komintern espera canalizar la hostilidad alemana al imperialismo francés, y una parte de la extrema derecha alemana, deseosa de avanzar más por el camino abierto en Rapallo,[259] ve con buenos ojos a la joven Unión Soviética. Buenos ojos que pueden ser meramente circunstanciales debido a la coyuntura de posguerra; pero que a menudo encuentran acentos más profundos, tomados de la vieja proximidad germano-rusa frente al Occidente.

Escrito en el año de Rapallo, el *Tercer Reich* de Moeller Van den Bruck preconiza, como Spengler, un socialismo «a la prusiana», antindividualista, corporativista, jerárquico, en suma, «orgánico»; más optimista que Spengler, el profesor nacionalista ve ahí el instrumento del renacimiento de la *Kultur* contra la *Zivilisation*. Como toda la derecha alemana, mezcla en un mismo odio al liberalismo y al marxismo, hostil a la lucha de clases, al internacionalismo «judaico» y a la dictadura del proletariado. Pero también es prorruso, ya que pone por las nubes a Dostoievski, otro profeta del odio a Occidente. De ahí que pueda detestar a Marx mientras, intermitentemente, muestra cierta debilidad por el bolchevismo: basta considerar el régi-

men fundado por Lenin como un socialismo propio de los rusos, y conforme al carácter un tanto primitivo de la nación para recuperarlo en el interior del *Volksgeist*. Como los socialdemócratas pero con fines inversos, los conservadores-revolucionarios alemanes separan marxismo y bolchevismo, para celebrar el segundo a expensas del primero.[260] Hemos visto que los bolcheviques llegan a devolverles la cortesía. En 1923, en el momento de la ocupación del Ruhr por los franceses, comunistas y nacionalsocialistas celebraron en conjunto a Schlageter como héroe nacional.[261] Sin embargo, toda esa pasión que muestran unos y otros en conquistar a la opinión tiene como único fin llegar al poder y derrotarse recíprocamente. Pero han sobrestimado sus fuerzas o subestimado a su adversario común, que cuenta con el apoyo del ejército: la insurrección comunista de Hamburgo es aplastada tan fácilmente como la tentativa de *putsch* de Hitler en Munich.

El conflicto triangular recupera su intensidad a comienzos de los años treinta, cuando la crisis económica devuelve al Komintern la esperanza de una revolución anticapitalista y da a Hitler una nueva oportunidad de llegar al poder. En el análisis de las relaciones del bolchevismo y del nazismo, ese conflicto presenta algunos rasgos simplificados con respecto al periodo 1918-1923, y constituye una especie de caso de laboratorio. Por una parte, Stalin ha vencido en la URSS. Ha purgado a la vez al Komintern y a la dirección de los «partidos hermanos». El Partido Comunista Alemán,[262] uno de los grandes intereses que estaban en juego en la lucha por el poder entre 1923 y 1925, ha sido sometido a la férula de Thaelmann.[263] La política exterior del Estado soviético estará en adelante por encima de todo. Por otra parte, la efervescencia nacionalista y antidemocrática alemana de la inmediata posguerra, finalmente ha encontrado su principal salida en el partido de Hitler, que domina

sin oposición toda la derecha alemana, aportándole sangre nueva.

Comienza entonces el periodo clave —poco más de dos años — durante el cual Hitler va a investir al Estado con una estrategia semejante a la que instrumentó Mussolini 10 años antes. Mezcla la violencia paramilitar de las SA,[264] con un esfuerzo de propaganda y reclutamiento inédito en la política moderna, y con la intriga parlamentaria y la manipulación de las clases dirigentes. Pues, al igual que Mussolini, Hitler será llamado al poder por las autoridades legales de Alemania, en este caso por Hindenburg, y empezará por formar un gabinete de coalición con los conservadores y con el *Reichswehr*, que piensan hacerlo su rehén. Pero lo que ocurre es lo contrario, mucho más pronto aún que en el caso italiano. «Hemos llegado a la meta. Comienza la revolución alemana», escribe Goebbels el 30 de enero de 1933 en la versión publicada de su diario.[265] Conoce de antemano el programa: consolidar la dictadura totalitaria en los meses que siguen. Por ello, si bien es evidente que cierto medio conservador, encabezado por Papen, Schleicher[266] y Hindenburg, logró subirse al carro de Hitler,[267] es absurdo ver en ello la prueba de que el nuevo canciller es un instrumento de la «burguesía». Lo que obtiene en marzo mediante el voto de «plenos poderes» no es una delegación, ni siquiera indirecta, de nadie, sino su libertad de acción. En otros términos, el misterio del triunfo de Hitler no está en la omnipotencia de una clase, sino en el consentimiento de una nación.

Es ese un tema demasiado vasto para el marco de este estudio, de manera que solo lo abordaré desde el aspecto más importante para mis fines: el de las relaciones entre el PC alemán y el Partido Nacionalsocialista en los años anteriores a 1933. El telón de fondo es la crisis económica, que siembra una duda universal sobre la supervivencia del capitalismo. ¿Qué decir entonces de Alemania, donde la crítica del universo capitalista-li-

beral ocupa lugar tan importante en la cultura política nacional? La situación alimenta viejas convicciones, tanto entre la izquierda como entre la derecha, y más especialmente entre los comunistas y los nazis, que por excelencia hacen profesión del odio al burgués. Los marxistas, sobre todo si son leninistas, ven una crisis general del capitalismo que durante mucho tiempo pronosticaron y aguardan el trastorno político de este. Entre la derecha baste citar a Spengler en un libro escrito entre 1932 y 1933:

> *Vivimos en una de las más grandes épocas de toda la historia humana y nadie lo ve, nadie lo comprende. Lo que nos ocurre es una erupción volcánica sin par. Ha caído la noche, tiembla la tierra y corrientes de lava se precipitan sobre pueblos enteros, ¡y pedimos el auxilio de los bomberos!*[268]

Para el historiador alemán, el desplome del capitalismo simplemente cierra la época que comenzó en el siglo XVIII: la democracia liberal, con su recién nacido, el bolchevismo. No de otra manera piensan los nazis.

La cuestión del poder se plantea así en los dos extremos de la escena política, que el electorado alemán refuerza con sus votos a partir de 1930. En las elecciones de septiembre de 1930 el partido nazi, con 102 diputados, es el segundo partido del *Reichstag*, después de la socialdemocracia, que retrocede con respecto a 1928, mientras que los comunistas aumentan en un tercio su capital electoral. La crisis económica viene a aumentar el desafecto que ha rodeado desde su origen a la República de Weimar y lleva la opinión a los dos polos revolucionarios del tablero político. Nada eficaz se hace en el bando comunista para impedir el ascenso de Hitler al poder. Al contrario: las proclamas «antifascistas» recurren a una política que se asemeja más a un apoyo que a un combate.

En ciertas circunstancias, esta política constituye un apoyo tanto mayor cuanto que se presenta como combate. Tal es uno de los secretos mejor guardados de la política comunista del si-

glo XX. En efecto, tomemos el caso ejemplar del Partido Comunista Alemán de este periodo. Manipulado desde Moscú durante una de las fases más sectarias de la política del Komintern, no tiene otra estrategia que la de luchar bajo su bandera por la revolución proletaria. Al hacerlo, siguiendo al joven Partido Comunista Italiano, no establece ninguna diferencia entre democracia liberal y fascismo, o nazismo en este caso; son dos formas de la dictadura burguesa: solapada la una, descarada la otra, detestables ambas, condenadas ambas. Hasta podría ser que la segunda fuese el inevitable prólogo a la revolución «proletaria». Por último, la lucha de los comunistas tiene un blanco favorito: ni los nazis, ni los demócratas, sino la socialdemocracia, que en el lenguaje de la época se denomina el «socialfascismo». Poco importa que los socialistas luchen como puedan contra los nazis. La observación no se dirige contra la ideología; su crimen fue «dividir a la clase obrera», es decir, ser hostiles en nombre de la democracia política a la vulgata leninista del marxismo. Los bolcheviques han aprendido de Lenin que la primera condición para triunfar es quebrantar a los mencheviques. *A fortiori*, tienen que liquidar a los socialistas alemanes, responsables de haber defendido victoriosamente contra ellos —gracias a acuerdos establecidos con el *Reichswehr*— a la República de noviembre de 1918.

Pero al atacar a la socialdemocracia como el «principal apoyo social del fascismo», el Partido Comunista Alemán, más que reforzar su causa, debilita la coalición antifascista. Esto por decir lo menos. De hecho, la alternativa comunismo/nazismo que propone al pueblo da por sentada la victoria de Hitler por dos razones. Primera, pone en el mismo saco, junto con los nazis y los socialistas, a todos los partidos llamados «burgueses», ya se trate del Centro Católico y del Partido Demócrata, puntales de la República, o de los dos partidos de derecha, que al principio no eran favorables a Hitler. Después, y sobre todo, tiende a ha-

cer del comunismo —y solo de él— el centro y el interés de la lucha antifascista. Ahora bien, esto es exactamente hacerle el juego a Goebbels, quien agita el espantajo de la Revolución bolchevique, mientras que los miembros del Partido Comunista Alemán también pasean esa bandera por las calles. Y es que Goebbels tiene mayor espacio que Thaelmann: puede ganar terreno entre la opinión «nacional» en una República nacida de la derrota y que no ha sabido echar raíces profundas. Thaelmann no representa más que una revolución rechazada ya en 1919 y 1923, y que no da más razones para ser más querida con Stalin que con Lenin: además los socialdemócratas montan, más que nunca, buena guardia.

Los comunistas obtienen su poder de convencimiento menos de lo que proponen que de lo que rechazan: Hitler. La proposición es válida también en sentido inverso: los fascistas —por esta época, Hitler no es más que un fascista, si puede decirse— para ganar opiniones se benefician menos de lo que quieren que de lo que rechazan: Stalin. Ambos bandos se ayudan recíprocamente por una negación común de todo lo que existe entre ellos, por sí mismos organizan su beligerancia complementaria y se proclaman a gritos únicos combatientes en la arena y únicos depositarios de las soluciones a la crisis. Pero en ese juego que de antemano deja fuera a la democracia, Hitler es el único que hace fructificar su capital de rechazos: los comunistas no pueden hacerlo, ya que al combatir menos contra Hitler que en favor de la Revolución bolchevique, renuncian al beneficio de encarnar un gran frente antifascista. Su papel se limita a ofrecer a Hitler (quien por su parte convierte esto en un arma poderosa) la ventaja de encarnar por excelencia un anticomunismo «nacional». Cuanto más afirman la necesidad y la inminencia de un Octubre alemán en contra de la burguesía, más allanan el camino del poder a los nazis.

Existe una segunda versión de esta historia, que no es incompatible con la primera: más bien es su complemento en el registro del maquiavelismo puro. Basta con ponerse del lado de Stalin.

En esos años decisivos de 1930-1933 en que Hitler procede a hacer sus grandes maniobras para la conquista del poder, Stalin ya es el amo absoluto del Partido Bolchevique, y por tanto de la Internacional comunista y de toda la política soviética. Acaba de poner de rodillas a Bujarin, su ex aliado y último rival potencial: la vieja guardia ha sido liquidada o sometida, «el socialismo en un solo país» reina sin rival, y el cínico georgiano acaba de adjudicarse la orientación hacia la izquierda preconizada contra él por Trotski y Zinóviev en los años anteriores. La NPE está muerta y enterrada. Es el tiempo de la gran batalla de clase contra los *kulaks* y del primer plan quinquenal.

El Komintern ya no es más que uno de los teclados en que Stalin toca la partitura internacional de la URSS. Desde el origen, la revolución comunista —internacional por definición y por tanto internacionalista por doctrina— oscila entre el país en que nació y aquellos en que trata de extenderse. En la época de Lenin, los bolcheviques rusos ya dominan todo el aparato del Komintern, y con ello regentean a los partidos comunistas «hermanos». Pero su actuación tiene como finalidad suscitar otra revolución, para empezar en Alemania. Están convencidos de que es la condición de supervivencia del régimen nacido en octubre de 1917. Stalin ha heredado la omnipotencia de los bolcheviques rusos sobre la Internacional, pero él es el hombre del repliegue a la construcción del socialismo en la URSS. Los partidos hermanos tendrán como principal deber cerrar filas en torno de la fortaleza sitiada. Por lo demás, la victoria de uno de ellos sería una amenaza para el poder absoluto del secretario general, que entonces tendría que compartir su autoridad con otro partido revolucionario vencedor. ¿Cómo no temería él

particularmente a una Alemania comunista? ¿Cómo se entendería con un Partido Comunista Alemán victorioso en el centro de Europa, en esta Alemania que tantas veces sirvió de ejemplo a los zares de Rusia y que también fue la gran esperanza de Lenin? En lo que a él toca, la revolución alemana ya no está en su agenda.

Lo que en cambio sí figura en ella más que nunca es el odio a la socialdemocracia. Esta pasión y esta política son rasgos de origen en el bolchevismo. Pero a comienzos del decenio de 1930 alcanzan un clímax con el giro a la izquierda y la estrategia de «clase contra clase». Democracia parlamentaria o fascista, no dejan de repetir los hombres del Komintern, constituyen una falsa alternativa. Son dos versiones igualmente detestables de la dictadura del capital, y la segunda, por la violencia manifiesta que enarbola, tiene sobre la primera una superioridad pedagógica: revela la verdad de la dominación burguesa. El combate necesario es el del proletariado por la revolución proletaria, que pasa por la destrucción de la República de Weimar: razón de más para atacar a la socialdemocracia, su principal baluarte. Lo que Hitler quiere liquidar como el partido de «la revolución de noviembre» de 1918 es el blanco favorito de Stalin, como meollo de la contrarrevolución de 1918, pilar de la República burguesa y alimento del fascismo. Partido marxista para los nazis, la socialdemocracia es social-fascista para los comunistas. Sin embargo, unos y otros odian en ella lo mismo: una fuerza política independiente y popular cuyas raíces están en Occidente.

Porque los socialdemócratas alemanes, fundadores y salvadores de la República de Noviembre, a la cual dieron su primer presidente, Friedrich Ebert, también son en gran parte quienes le imprimieron su carácter de compromiso entre las clases sociales, los sindicatos y los partidos políticos. Ellos constituyeron su principal soporte gracias a su encuadramiento del mun-

do del trabajo, y hasta 1930 participaron en sus gobiernos. Al mismo tiempo que un régimen de compromiso social y de democracia pluralista, encarnan una política exterior orientada al Oeste, hacia ese capitalismo anglosajón cuyo apoyo es condición para la recuperación económica nacional. Por último, esos marxistas son partidarios intransigentes del pluralismo político. Doctrinarios al mismo tiempo que políticos o líderes sindicales, solo consideran el socialismo como un remate de la democracia; además su viejo mentor, Karl Kautsky, desde 1917 fue el crítico más completo y lúcido de la experiencia bolchevique. La ironía de la historia de Weimar es, así, que la tradición liberal del Oeste, pesadilla de la derecha alemana y de los comunistas rusos —la *Zivilisation* para los primeros, el capitalismo para los segundos— esté representada allí por socialistas cuyo inspirador es el heredero testamentario de Engels: situación que se reproducirá en el curso del siglo y que desviará a menudo al socialismo democrático de su meta expresa para convertirlo en el defensor indispensable de las libertades «burguesas». El caso alemán es ejemplar, ya que entre 1930 y 1933 la socialdemocracia es allí abiertamente el blanco favorito de la extrema derecha y de la extrema izquierda. Para Hitler encarna a la vez el «marxismo» y la República burguesa: dos pájaros de una pedrada. Para Stalin representa la traición al marxismo, y por tanto el instrumento por excelencia del capital y de Hitler: prueba de que fuera del leninismo no existe más que Hitler. En ambos bandos, es la tradición occidental entera lo que se quiere liquidar por medio de ella.

Esta complicidad ideológica que Stalin mantiene con los nazis a través del odio preferente a los socialdemócratas coincide con intereses nacionales mutuos bien establecidos en la época y destinados a durar: ya hace tiempo que la joven Unión Soviética mantiene con Alemania relaciones estrechas aunque en gran parte secretas en materia económica y militar. Desde Rapallo

en 1922, esas relaciones no han dejado de extenderse:[269] la URSS encuentra en la industria alemana con qué equiparse, y el *Reichswehr* se rearma clandestinamente con material producido en Rusia por empresas alemanas. Por su parte, el Ejército Rojo, renovando una antigua tradición, recibe parte de su formación de instructores alemanes. Esta colaboración goza de una recepción muy favorable entre los círculos dirigentes de Alemania, ya se trate de oficiales, de industriales o de diplomáticos, medios que por tradición se inclinan fácilmente a la hostilidad hacia Occidente: los diputados conservadores alemanes del Reichstag se han unido al Partido Comunista para votar contra el Tratado de Locarno y el Plan Dawes. Desprecian a los rusos, pero les temen menos que nunca en su versión bolchevique, muy favorable a sus designios. Han sido los pilares más constantes de una política exterior prorrusa y pronto Stalin les pareció menos un jefe revolucionario que un dictador nacional.

En efecto, el advenimiento de Stalin consolidó los sentimientos de simpatía que la derecha «conservadora-revolucionaria» alemana sintió desde 1919 en grados diversos hacia la URSS.[270] El georgiano, pese a sus orígenes, parece haber dado un giro muy ruso a la Revolución soviética, restituyéndole así su verdad nacional. Expulsó del poder a los judíos en Moscú comenzando por el más visible, Trotski. Lanzó el primer plan quinquenal y emprendió la colectivización de los campos, verdaderos desafíos al capitalismo occidental. Nuevo zar, conquistó el poder absoluto, que ejerce con puño de hierro en favor y en nombre de la nación rusa. La imagen del bolchevismo ha cambiado, y esta extraña derecha alemana «nacional-bolchevique» reconoce en él sus pasiones, transpuestas al marco de la Rusia salvaje y sometida a la voluntad de un hombre. El odio al Oeste, la omnipotencia de la decisión política, el rechazo al catolicismo, la naturaleza aristocrática del partido en el poder, el culto al trabajo y al trabajador, el carácter orgánico de la socie-

dad que está naciendo: la Rusia de Stalin constituye la versión primitiva de algo neoprusiano, un socialismo ruso organizado como campamento militar. ¡Vaya manera de colocar a la propia Revolución soviética en la larga lista de las muchas cosas que Rusia ha tomado de Prusia!

Ese batiburrillo de ideas se encuentra por ejemplo en los escritos de la época de Ernst Niekisch, ex militante de extrema izquierda, ex presidente de los soviets de Baviera en febrero de 1919, después del asesinato de Eisner, y que se ha vuelto nacionalista por hostilidad a la política exterior proccidental de los gobiernos de Weimar. Entre sus nuevas convicciones, Niekisch conserva la idea de la elección histórica de la clase obrera; lo nuevo es que esta elección en adelante hace del trabajador ya no el emancipador de la humanidad, sino la encarnación de la nación, el símbolo de la Razón de Estado.[271] Octubre de 1917 no utilizó el disfraz marxista sino para afirmar mejor la nacionalidad rusa, que estaba siendo borrada por el capitalismo occidental: «el leninismo es simplemente lo que queda del marxismo, cuando un hombre de Estado genial lo utiliza con fines de política nacional». Stalin es el auténtico, el único heredero de Lenin: «Profundamente ligado a la esencia misma de las cosas rusas», posee el don político más precioso según Niekisch, «el fanatismo de la Razón de Estado».[272] Así podemos entender que nuestro autor haya regresado de un viaje a Rusia en 1932 emocionado por el prodigioso desafío de la voluntad a la técnica[273] que representaba el plan quinquenal gracias a la movilización total de un pueblo. Después de todo, las razones de su entusiasmo son menos absurdas —ya que él detesta la democracia liberal— que las de Herriot o de Pierre Cot, que la aman y quieren defenderla. Lo cierto es que el historiador permanece confundido ante la extraña capacidad que posee la experiencia soviética para engendrar ilusiones tan contradictorias.

El nacional-bolchevismo no solo es cuestión de escritores o de intelectuales. Encuentra un verdadero eco en numerosas asociaciones de la juventud y hasta en la izquierda del partido nazi: Goebbels siempre ha sido un tanto prorruso y hasta prosoviético por odio al Occidente, y Otto Strasser por radicalismo revolucionario. Varios grupos practican la unidad de acción con el Partido Comunista Alemán, convencidos de que a fin de cuentas, aun si el comunismo triunfara provisionalmente, no hará más que abrir el camino al socialismo *völkisch*. Los comunistas piensan lo mismo aunque en sentido inverso: que los obreros o los pequeñoburgueses extraviados en el nazismo constituyen su reserva; y que aun cuando los nazis parezcan vencedores por un momento, habrán trabajado objetivamente por el éxito final del comunismo. Tal es el sentido de la «Declaración-Programa por la liberación nacional y social del pueblo alemán», publicada por el PCA el 25 de agosto de 1930: el documento, de tono muy anti-Versalles y muy en línea de la política «Schlageter»,[274] trata de disociar a los electores nazis de los jefes del movimiento, para recuperarlos en favor de la revolución comunista. Esto es lo que parece hacer posible la partida de Otto Strasser del partido nazi, que ocurre poco después. La ilusión durará hasta la derrota.

Stalin, desde luego, está tras la política del PCA, del que Thaelmann, su enlace, se convierte en único patrón a partir de 1932.[275] No necesita que la derecha alemana sea nacional-bolchevique para preferirla a los burgueses liberales, por no hablar siquiera de los socialdemócratas. Trata con ella desde hace suficiente tiempo para saber que tienen en común intereses y cálculos, mucho más que ideas. Los industriales, los grandes propietarios, los militares: lo poco que sabe del marxismo basta para convencerlo de que se está enfrentando a los únicos poderes que realmente cuentan. ¿Cómo no compartiría la convicción de que llegado el momento ellos tendrán el poder necesa-

rio para controlar el movimiento nazi? Por lo demás, todo lo que está a la derecha de los socialdemócratas es para él uniformemente burgués: tanto mejor favorecer a los que son prorrusos. Enarbolar el estandarte de una revolución comunista, luchar contra los socialdemócratas y por último favorecer a la derecha alemana son las tres partes de una misma política. Esa es la contribución de Stalin al triunfo de Hitler.

El historiador de hoy se ve tentado a ir más lejos en este inventario de las ventajas que el régimen nazi puede obtener de los cálculos del dictador georgiano. Después de todo, en esa época Hitler iba a ser, como amigo y como enemigo, el más formidable aliado del comunismo estalinista al que iba a permitir —primero como asociado y luego como adversario— la extensión territorial hasta el centro de Europa. Sin contar con que el nazismo pronto se convertiría en el blanco fundamental de la propaganda del Komintern y luego del Kominform, situación que duraría medio siglo. Aunque tal vez sería excesivo creer en la intuición política de Stalin atribuyéndole esta presciencia maquiavélica. En cambio, lo que sí es seguro es que vio inmediatamente la capacidad de juego que aportaba a la política soviética un mundo «burgués» desgarrado por la aparición de una Alemania gobernada desde la extrema derecha y, por consiguiente, decidida a quebrantar el orden internacional establecido por el Tratado de Versalles: Rusia recuperaba allí un inesperado espacio para maniobrar entre Alemania y los países vencedores de la guerra, empezando con Francia, espacio que no tardaría en ocupar. En ese sentido, la larga complicidad de Stalin con la derecha alemana y el aislamiento al que confina al PC alemán en los momentos decisivos constituyen un prólogo al pacto de 1939.

La política de los años treinta, en los que se concreta la segunda Guerra Mundial, tiene un último aspecto: la naturaleza del régimen hitleriano. La Europa de posguerra ha visto nacer

y crecer sin saberlo el totalitarismo soviético. Ha presenciado con mirada de aprobación la victoria de Mussolini en Italia. En 1933 surge una última novedad política: la Alemania hitleriana. Es la repetición del guión italiano, a un ritmo más acelerado. La revolución nazi se hace desde el interior, después que su jefe ha llegado a canciller. Pero en lugar de extenderse durante varios años, como en la Italia de 1922, cae como un tornado, con la diferencia de que se trata de una estrategia deliberada, tendente a liquidar a unos adversarios aislados y ya vencidos. Desde fines de febrero, a menos de un mes del ascenso de Hitler al gobierno, millares de comunistas son arrestados, y tras el incendio del *Reichstag* se suspenden las garantías constitucionales de las libertades. El 5 de marzo, en medio de una propaganda masiva y de una violencia abierta, las elecciones otorgan más de la mitad de los votos a la coalición nacionalista, 44% de ellos a los nazis. Es el prólogo a la liquidación de las instituciones de Weimar. Antes de que terminara el mes, el *Reichstag* cede a la intimidación y otorga plenos poderes a Hitler. Luego vienen el sometimiento de las *Länder*, en adelante bajo la égida del Estado central, la prohibición de los sindicatos y sus partidos y la entrega de todo el poder al partido nazi. Entre fines de enero y comienzos de julio de 1933, la primera oleada de la revolución ha derribado todos los obstáculos. La segunda, al año siguiente, va a depurar al propio partido revolucionario. El 30 de junio de 1934, Hitler manda asesinar a un centenar de sus partidarios, en la primera fila de los cuales se encuentra Röhm, jefe de las SA, y uno de sus más viejos compañeros.

El salvajismo de esas ejecuciones revela mejor que nada la naturaleza del régimen que se instala, pues indica cómo este, más que eliminar las ideas diferentes de las del jefe, actúa liquidando a quienes muestran o pueden mostrar un espíritu de independencia con respecto al jefe. Hitler no manda matar a Röhm porque este sea más de izquierda que él, pues esas distin-

ciones tomadas de otro universo político no tienen sentido entre ellos. El hombre al que asesina es uno de sus más antiguos partidarios, es un rival potencial que él conoció en la línea de partida y que cuenta con la fidelidad personal de sus tropas. La Noche de los Cuchillos Largos, aplicada como un ajuste de cuentas entre gángsters, reduce el asesinato de Matteotti[276] a una tragedia menor: el diputado socialista italiano había sido muerto por esbirros descalificados y su asesinato provocó una gran indignación pública. Hitler dirigió en persona la expedición de sus «hombres de confianza», ¡y el ejército lo aprueba y la opinión le da la razón![277]

Bien parece que Hitler se ha ganado, además, la admiración de Stalin. El secretario general es un experto, pero en ese dominio no será más que un imitador. Por entonces no ha matado ni mandado a matar a los viejos bolcheviques, contentándose con exiliarlos o ponerlos a su merced. Pero la Noche de los Cuchillos Largos le da un ejemplo que no tardará en seguir. Menos de seis meses después de la liquidación de Röhm y de sus partidarios, toca el tumo a Kírov, número dos del partido, en Leningrado. Stalin no actuó como Hitler. Tomó como pretexto un asesinato[278] para lanzar una operación aún más vasta y más duradera que la expedición de Hitler del 30 de junio: es el punto de partida de una gigantesca e interminable represión cuyos blancos por excelencia son los miembros del Partido Bolchevique.

Así, los dos regímenes dan a conocer casi al mismo tiempo dos rasgos que los apartan de la humanidad civilizada: el reinado del partido único sobre el Estado, y la dominación no compartida de dicho partido por un solo hombre. Sistemas políticos sin leyes fijas, en los que nada protege a nadie y la policía política puede detener y hacer desaparecer absolutamente a cualquiera, salvo a uno solo. Este terror universal había sido de tiempo atrás uno de los pilares del régimen soviético; pero es-

taba fundado a la vez en la doctrina y en la excusa de las circunstancias: la guerra, la contrarrevolución, la lucha de clases, los *kulaks*. En la represión masiva y ciega cuya señal en toda la URSS es la muerte de Kírov, 17 años después de la revolución, la novedad se debe a que la excusa de las circunstancias o la explicación ideológica son cada vez más increíbles, pues la «dictadura del proletariado» tiene ya casi una generación de existencia y no ataca al supuesto enemigo sino a sus más viejos partidarios. Desde ese momento, en Stalin como en Hitler, el terror se alimenta de sí mismo, de su propio movimiento; se perpetúa por la irracionalidad misma de sus golpes, indispensable para que el temor sea universal, incluso entre quienes lo ejercen, excepto el *Big Brother*. Esto ya no tiene nada que ver con la dictadura de clase de la que hablaba Lenin, ni con el «Estado total» que preconizaron tantos profesores alemanes[279] de Weimar. Esos años revelan el advenimiento de dos monstruos inéditos en el repertorio de la política europea.

Por ahí vuelvo al punto de partida de este capítulo: la analogía que presentan no se les ha escapado a los buenos observadores de la época, aun cuando no todos ellos empleen el vocabulario del «totalitarismo». ¿Es necesario otro testimonio, acaso más revelador, puesto que no emana de un autor célebre como Élie Halévy o Karl Kautsky? Lo tomaré de un autor alemán que ha permanecido en la oscuridad y que no es ni liberal como Halévy ni socialista como Kautsky: un judío convertido al catolicismo, profesor universitario reducido a la emigración por el terror pardo: Waldemar Gurian. Desde 1935 publica un pequeño libro con un tema inesperado, por el cual es expulsado de Alemania: *El porvenir del bolchevismo*.[280]

El autor no es un admirador antinazi de la Unión Soviética, sino al contrario, un crítico radical del régimen ruso, el cual surgió, según su teoría, del mismo molde que el nazismo: en efecto, el bolchevismo no puede definirse simplemente a la ma-

nera de Berdiáiev, como negación del cristianismo; ni, según la sabiduría burguesa, como destrucción de la propiedad; ni, a la manera de Spengler, como el retorno de Europa a la barbarie. Además, por todas esas razones ha perdido la capacidad de encantamiento que poseyó a fines de la guerra, ya que ha sido vencido y en apariencia hasta exterminado, primero por el fascismo italiano y luego por el nacionalsocialismo. Empero, si sigue teniendo tanta fuerza en el siglo es por una razón que se oculta tras el estrépito de los insultos recíprocos: que Hitler es el hermano tardío de Lenin. Existe una manera más filosófica de expresar este parentesco secreto, aun cuando el bolchevismo no se considere un concepto más vasto que el régimen ruso, marcado por la marginalidad geográfica y el atraso histórico; pues si la esencia del bolchevismo no está ni en el marxismo ni en la herencia rusa o rusoasiática, sino en la prioridad absoluta dada al orden político y a la formación de la sociedad, entonces el régimen nacido en Octubre de 1917 puede ser considerado como la primera aparición del Estado-partido, investido por la ideología con una misión escatológica.

Esta aparición adoptó en Rusia la forma del marxismo por razones particulares: el país no tiene otro cuerpo de ideas disponibles para entrar en la modernidad, y recurrir a Marx permite que las masas se enciendan a la vez por el espíritu revolucionario y por el poder de la ciencia y de la técnica, nueva religión del siglo XIX. Por el contrario, en el resto de Europa, es decir en su centro, los hombres y los partidos que se creen encargados de la misma vocación que el Partido Bolchevique en Rusia no pueden actuar en nombre del siglo XIX. También ellos son absolutistas de la voluntad política y de la ideología; pero quieren dirigir su combate contra las ideas del siglo XIX y por consiguiente, a la vez, contra el liberalismo y contra el marxismo, incluyendo su versión rusoasiática. Tal es la función del nacionalsocialismo, ese «bolchevismo pardo».[281]

La comparación hecha por Waldemar Gurian entre nazismo y comunismo parte en el fondo del mismo principio que, antes del advenimiento de Hitler, motivó la simpatía de una parte de la extrema derecha alemana hacia la URSS. En su opinión, los dos regímenes nacieron del mismo rechazo apasionado al liberalismo, cuya filosofía circunstancial en Rusia fue el marxismo. Ambos quieren liberar a la técnica de su dependencia respecto del capital. Gurian, filósofo católico, tampoco es un liberal; los regímenes bolchevique y nazi le parecen productos de la crisis de la Europa burguesa, muerta entre 1914 y 1918 por no haber podido ir más allá de sí misma. Pero lo que en esta crisis les atraía a los nacionales-bolcheviques, él lo rechaza. En el espíritu antirromano y anticatólico que ellos celebraban, él ve el signo de una decadencia moral. En la filosofía de la vida, la barbarie y el culto de la fuerza que ellos saludaban como un renacimiento, él ve el retroceso y hasta el suicidio de la civilización. Al nacionalismo, su razón de ser, le teme él como a un veneno democrático. En el fondo, retoma en condiciones nuevas (puesto que Hitler está en el poder) los términos del análisis nacional-bolchevique, mas para maldecir lo que este admiraba.

El bolchevismo «rojo» se analiza así como un fenómeno anunciador de los regímenes totalitarios del siglo, aunque revestido con un atuendo de otra época. Lo que prefigura es realizado en su forma moderna por Hitler. En efecto, Alemania no solo no está atrasada en materia de tecnología o industrialización, sino que más bien sufre de un exceso en la materia. Waldemar Gurian ve en el hiperdesarrollo económico una de las razones de la multiplicación de los intereses corporativos y de los grupos de presión: encuentra aquí la objeción clásica de tantos conservadores alemanes contra la República de Weimar, acusada de no poder ser otra cosa que un árbitro entre *lobbies*. Mientras que los bolcheviques rusos tomaron el poder apoyándose en la anarquía, los nazis alemanes se han apoderado de él

blandiendo el temor a la anarquía, en nombre de un Estado único y fuerte encarnado por un jefe.

Por esta comparación no hay que suponer, en absoluto, una complacencia de nuestro autor hacia el régimen que lo expulsó de su país. Al contrario, los dos bolchevismos, el rojo y el pardo, pertenecen en su opinión a un movimiento de disolución política de la civilización europea. Para convencerse basta leer el capítulo de su obra dedicado al Estado hitleriano. A diferencia del régimen soviético, que opera bajo un camuflaje democrático, este muestra su color, pero en esencia su papel y su funcionamiento obedecen a las mismas reglas: el partido ha sometido al Estado, y a través de él controla a toda la sociedad y toda la opinión, comenzando por las iglesias. Hay un pueblo nacionalsocialista como hay un pueblo soviético: quien queda fuera es un individuo antisocial. La unidad es constantemente celebrada y reafirmada en público, sobre todo en las recitaciones de la ideología. Encuentra su forma suprema en el culto al jefe. Así, las masas están en comunión obligatoria y permanente con el Estado-partido. Más allá solo hay enemigos del pueblo, designación a criterio del jefe, a la vez elástica y repetitiva: el burgués para Lenin, el judío para Hitler: pues la eventualidad de la conjura debe seguir omnipresente para que el pueblo siga movilizado y el régimen sea eterno. ¿Qué importan el contenido de las ideologías utilizadas y las circunstancias que han allanado el camino de los dos regímenes si ambos son totalmente nuevos y comparables?

Queda la última pregunta, ante la cual no retrocede Gurian: ¿es posible que dos regímenes tan enemigos uno del otro encarnen un mismo espíritu? Su respuesta va dirigida a aquellos conservadores alemanes antinazis que dudan de esta identificación, so pretexto de que a sus ojos el nazismo es menos radicalmente nihilista (sobre todo en materia de hostilidad al cristianismo) que el bolchevismo. Ambas ideologías, responde, no de-

ben ser juzgadas como filosofías. Son instrumentos de acción, fuerzas históricas orientadas hacia la misma meta, que revela el sentido de ellas: el poder político absoluto del partido que reina sobre un pueblo unido, gran secreto de las sociedades del siglo XX. En esta medida, es el nazismo «el que muestra más claramente el tipo de la ideología bolchevique»[282] pues es un nihilismo puro, sin este nexo lejano que a través del marasmo conserva la doctrina bolchevique con el universalismo de la razón. Solo habla de fuerza vital, solo tiene como fin el poder, y como medio la violencia, mientras que el constante camuflaje del idioma leninista traiciona aún sus orígenes, como un homenaje oculto del vicio a la virtud, y conserva como fin declarado una humanidad reconciliada.

La hostilidad de los nazis al bolchevismo ruso se alimenta menos de la realidad del régimen de Stalin que de lo que este ha conservado de marxista. En efecto, solo Hitler y sus partidarios han hecho aparecer al desnudo, libre de toda utopía a la manera del siglo XIX, el culto a la fuerza y al poder. A una sociedad aterrorizada, y con razón, por la amenaza del comunismo, le ofrecieron una defensa y una renovación; pero utilizando medios idénticos, en una versión ideológica que suprime radicalmente toda idea de moral. El bolchevismo ruso quiso ser una ruptura con el pasado, mientras que no pocos de los conservadores o de los burgueses alemanes creyeron ver en el nazismo (sobreponiendo la idea de nación a la de raza) un nexo de continuidad con la tradición. No obstante se equivocan por completo: el nazismo es un bolchevismo que se ha rebelado contra el bolchevismo inicial. Su superioridad sobre su predecesor viene de su renuncia a la utopía y sobre todo de las condiciones técnicas e intelectuales en las que ejerce su acción: Alemania está incomparablemente más avanzada que la Unión Soviética en ese dominio. Hitler realiza mejor que Stalin la promesa totalitaria de Lenin. Mejor también que Mussolini, quien dejó en pie la mo-

narquía, la Iglesia, la sociedad civil. Es en la Alemania nazi donde se ve el bolchevismo más perfecto: el poder político engloba allí verdaderamente todas las esferas de la existencia, desde la economía hasta la religión, desde la técnica hasta lo espiritual. La ironía de la historia, o su tragedia, es que los dos regímenes totalitarios, idénticos en sus ansias de poder absoluto sobre seres deshumanizados, se presentan cada uno a su manera como un recurso contra los peligros que presenta el otro. Los argumentos más sólidos de su propaganda los obtienen de la hostilidad a lo que se les asemeja.

¿Es esta Alemania menos peligrosa que la Unión Soviética para el porvenir del mundo, en la medida en que no se dedica a un proselitismo internacionalista? No, responde Gurian; todo lo contrario. Está condenada a la expansión, mientras que la URSS, todavía primitiva y llena de riquezas potenciales, tiene su «frontera» en el interior de su territorio. Si bien es cierto que el bolchevismo en sus dos formas es un producto del siglo, debido a la disgregación-caída del mundo burgués, ¿cómo imaginar que el movimiento nazi, único de los dos que es realmente moderno, no tenga una fuerza contagiosa o conquistadora?

Así, el nazismo posee una superioridad potencial sobre el bolchevismo ruso en el orden del mal. El análisis de Gurian priva a sus contemporáneos de esta especie de consuelo que puede dar la reducción del hitlerismo a una forma política conocida en el inventario de los regímenes: pues si Hitler no es más que un dictador, las dictaduras terminan junto con las circunstancias sociales que las hicieron nacer, y si no es más que un pelele del gran capital, al menos se puede esperar cierta docilidad para con sus comanditarios, y por tanto un mínimo de cálculo racional. Pero no. Gurian sugiere que ese tipo de interpretaciones oculta en realidad el gran enigma del poder del hitlerismo sobre los alemanes, que llegó después del de los bolcheviques sobre los rusos: a saber, que ese poder es precisa-

mente exterior a toda fuerza social consciente y organizada, y que se les escapó —rasgó singular— a las élites del país, tanto después como antes de su victoria. En el fondo, las teorías liberal o marxista del fascismo no explican nada del rasgo esencial de la historia europea desde 1918: que la política, en varios grandes Estados, se ha escapado de las manos de la burguesía. No solo no explican nada de esto, sino que lo ocultan. Ahora bien, en el caso de la victoria de Hitler en Alemania —especialmente en ese caso— el fenómeno posee un relieve espectacular; la confiscación del poder en nombre de las «masas» por un partido de aventureros se consumó en uno de los países más civilizados de Europa, con élites a la vez poderosas, numerosas y cultas y sin que se haya producido una disgregación comparable al desastre ruso de 1917. El misterio está menos en las circunstancias parlamentarias de enero de 1933 que en la manera en que, en pocos meses, los nazis redujeron el país, incluyendo la burguesía, a la obediencia absoluta.

Gurian encuentra entre los intelectuales alemanes a no pocos compañeros de análisis. Thomas Mann, a quien el incendio del *Reichstag* sorprende en el extranjero, no volverá a Munich, pues los nazis no vacilan en amenazar hasta a los más grandes nombres de la cultura alemana. Por más que el hombre que puso en guardia a sus compatriotas contra las «ideas de 1789» en nombre de las «ideas de 1914» sea un patriota incondicional y uno de los escritores más célebres de Alemania y de Europa, le basta existir como testigo independiente para resultar sospechoso. El 27 de marzo de 1933 anota en su Diario:

> *A los alemanes les estaba reservado organizar una revolución de un género nunca visto: sin idea, contra la idea, contra todo lo más elevado, lo mejor y lo conveniente, contra la libertad, la verdad, el derecho. Nunca había ocurrido nada análogo en la historia humana. Al mismo tiempo, increíble júbilo de las masas que creen haber deseado realmente eso, pese a que simplemente han sido engañadas con una loca astucia...*[283]

Lo «nunca visto» que tiene el nazismo es el odio a las ideas nobles y hasta a las ideas a secas en un gobierno, como si la cul-

tura alemana se volviera contra sí misma. No obstante, el régimen de Hitler tiene dos precedentes, «los trastornos antidemocráticos en Rusia y en Italia»,[284] pues al igual que ellos se origina en la guerra; esos pueblos fueron «democratizados» por la derrota o la humillación y no pudieron manejar este encuentro explosivo. El nazismo es un bolchevismo alemán.[285] La triste originalidad del régimen hitleriano se debe a que es la muestra extrema en materia de indignidad cultural y moral, como si Alemania pagara su elección histórica con un rebajamiento particular: en opinión del hombre que llora ante las «ideas de 1914», la guerra que preparan los nazis no es más que una locura de aventureros en la que perecerá la nación.

Pocos años después, en las sombrías horas del pacto Hitler-Stalin, Thomas Mann se pondrá a gemir ante una Alemania «separada del Occidente tal vez para siempre, caída del lado oriental»: en suma, ante el fin de Alemania.

> *En Alemania ha ocurrido una revolución de efectos profundos que ha desnacionalizado totalmente al país, según todas las concepciones tradicionales delcarácter alemán, dándose aires «nacionales». El bolchevismo nazi no tiene nada que ver con el carácter alemán. La nueva barbarie ha encontrado en forma muy natural el contacto con Rusia, en apariencia opuesta.*[286]

El autor de las *Consideraciones* desea que la «civilización» pueda quedar lo bastante intacta y ser lo bastante poderosa para dar fin a esos dos monstruos coaligados: por ahí vuelve a su desconfianza de antaño hacia el Occidente demasiado «civilizado», en el momento, empero, en que no le queda otro recurso contra el nazismo vencedor de la *Kultur*…

A esa desesperación lúcida de algunos grandes alemanes, inciertos sobre la supervivencia misma de su nación, el mejor contrapunto nos lo da el lado occidental por la clarividencia de algunos grandes espíritus, en la primera fila de los cuales aparece, como hemos visto, Élie Halévy. Siguiendo el mismo camino que Gurian o Mann, el profesor de la calle Saint-Guillaume bautizó la época en su famosa conferencia de 1936 como

«la era de las tiranías».[287] Escogió la palabra «tiranía» como más acorde con la situación que la de «dictadura», para indicar el carácter duradero de los regímenes ruso, italiano o alemán. La dictadura define un estadio provisional del estado político hacia la libertad, mientras que la tiranía rebasa este horizonte. Se basta a sí misma y se niega a contemplar otro fin. Nace de la degeneración de la democracia y de las contradicciones del socialismo; posee la ambición de sustituirlos. La guerra de 1914 fue su cuna. En cuanto a la forma, Mussolini imitó a Lenin antes de dar el ejemplo a Hitler. En cuanto al fondo, la estructura moderna del Estado no ha dejado de ofrecer a los partidos totalitarios algunos medios ilimitados de dominación absoluta sobre la sociedad. Por último, la historia de las tres «tiranías» del siglo reduce su separación ideológica: el comunismo se hace cada vez más nacional, y el fascismo cada vez más social. Así, el análisis de Élie Halévy tiende a atenuar las diferencias entre los dos tipos de «tiranías» en favor de lo que las hace semejantes, y que Marcel Mauss describe en una frase: «El Partido Comunista sigue instalado en mitad de Rusia, del mismo modo como el partido fascista y el partido hitleriano están instalados sin artillería y sin flota, pero con todo el aparato policiaco».[288]

Sin embargo, justamente en la misma época, el comunismo trata de redefinirse mediante el combate específico contra el fascismo.

VII. COMUNISMO Y ANTIFASCISMO

QUINCE años después de su nacimiento, el comunismo soviético ya tenía numerosas facetas: encarnó la paz, la revolución internacional, el retorno del jacobinismo, la patria de los trabajadores, la sociedad liberada de burgueses, el hombre no enajenado, la anarquía capitalista vencida, la economía puesta al fin en manos de los productores. Aun cuando todas esas representaciones provienen de un foco común, no se mezclan por completo entre sí. De hecho, variaron en intensidad y en capacidad de persuasión, al ritmo de la historia interior y exterior de lo que en 1922 se convirtió en la URSS. Ello se debió a que la idea revolucionaria volvió a florecer en el territorio de un pueblo, y no pudo librarse, al igual que le aconteció a finales del siglo XVIII, de las peripecias de la encarnación. En el decenio de los treinta, esa idea se desgastó por obra del tiempo y de los acontecimientos: Stalin sucedió a Lenin, Trotski estaba en el exilio, los desencantados empezaron a hablar, los partidos comunistas vegetaban o estaban vencidos: en una palabra, el «socialismo en un solo país» había modificado la partitura del bolchevismo revolucionario. Lo que aún conservaba del antiguo original, como lo hemos visto, cabe más asignarlo a la economía que a la política, debido a que el mundo occidental, víctima de la más universal de las crisis que haya azotado al capitalismo, ofrecía un contraste hecho a la medida para la propaganda de la que se rodeó el primer plan quinquenal. Pero si esta comparación ayudaba a ocultar los horrores de la «dekulakiza-

ción», también significaba que la revolución comunista habría de obtener en adelante lo más notable de su irradiación menos de sí misma que de las desdichas de ese capitalismo al que había puesto fin.

Ahora bien, esto es también lo que ocurrirá en el ámbito político. Después de haber recibido el brillo que aún le queda de la crisis del capitalismo, el comunismo estalinista va a encontrar un nuevo espacio político en el antifascismo.

La Internacional comunista ha sido antifascista siempre, desde antes del reinado de Stalin y desde los primeros pasos de Mussolini. Pero hay dos antifascismos en el mundo comunista. Según el primero, cuyo ejemplo acaba de ofrecemos la estrategia del Partido Comunista Alemán frente a Hitler, el fascismo no es más que una modalidad de las dictaduras capitalistas burguesas: los únicos verdaderos combates antifascistas son los que entablan los comunistas, pues solo ellos están dispuestos a desarraigar al capitalismo y a la burguesía. Fuera de esto, todo lo demás no es más que fachada, destinada a desviar a las masas populares de la revolución proletaria. La socialdemocracia es el instrumento por excelencia de esta desorientación, debido a la influencia que ejerce sobre los obreros; por lo mismo, también es el adversario por excelencia, el obstáculo principal en el camino de la dictadura del proletariado. Estas concepciones estratégicas muestran el poder que el voluntarismo leninista atribuye a su enemigo; en efecto, los bolcheviques alimentan su odio a la burguesía con el reconocimiento de la formidable potencia que aquella representa: demócrata o fascista, el burgués impera manipulando los hilos de un partido socialista puesto a sus órdenes.

Bien mirado, acaso sea más fácil derrotar a la burguesía en su modalidad fascista, pues los comunistas, propensos a racionalizar como inevitable todo cuanto ocurre, tienden a ver *a posteriori* en las victorias del fascismo otras tantas «fases supe-

riores» de la dominación burguesa. Y «superior» quiere decir más dictatoriales que nunca, aunque también más frágiles y, asimismo, los últimos de la historia, dado que son portadores, sin saberlo, de la revolución proletaria. Marx ya había creído reconocer la forma «última» de la dictadura de la burguesía en el Segundo Imperio;[289] los bolcheviques, por su parte, creen reconocerla en el fascismo. Recordemos que fue la guerra de 1914 la que los llevó al poder, y que están tan habituados a esta dialéctica de la desdicha que ya se hallan preparados, desde hace mucho tiempo, para hacer frente a las tragedias en que se gestan sus victorias.[290] A esas consideraciones doctrinales que se perfilan como un primer gesto que asiente al fascismo tras la máscara de una lucha sin cuartel, Stalin añadió, como lo hemos visto, razones circunstanciales, aduciéndolas en nombre de la política internacional de la Unión Soviética, la cual favorecía las relaciones con la derecha alemana. El hecho es que el gran proyecto abrigado por el bolchevismo desde su cuna, el de la revolución proletaria alemana, se paralizó súbitamente al llegar Hitler al poder.

Es entonces, en los pocos años que siguen, cuando toma cuerpo un segundo antifascismo comunista que, lejos de estar destinado a sustituir definitivamente al primero, más bien alternará con él para configurar la estrategia estalinista. Este segundo antifascismo renuncia a meter indiscriminadamente en el saco de la burguesía todo lo que no es comunista. Por lo mismo, consiente en establecer una diferencia entre la democracia liberal y el fascismo, aceptando defender a la primera, al menos por un tiempo, codo con codo con los partidos burgueses y la socialdemocracia. Por supuesto, no es que renuncie a sus colores, y menos aún a su naturaleza; pero sucede que ha cambiado de táctica. Ahora esta ya no se deduce simplemente de su doctrina, y, sin embargo, ese cambio no implica la imposibilidad de rectificar el rumbo hacia una interpretación más rígida en otras

circunstancias. Lo admirable de la ideología lenino-estalinista se halla en esta capacidad de conciliar estrategias contrarias en virtud del solo mandato del Gran Intérprete.

Las razones de ese viraje se localizan en dos series de acontecimientos: la primera corresponde a la situación internacional de la URSS y la segunda a la política de la Internacional comunista. Una y otra son de importancia desigual, pues cuando llegue la hora del «socialismo en un solo país» el resultado de la batalla se decidirá primero en la URSS. Ello logrará alterar el equilibrio de la lucha proletaria internacional, sin hacerla, empero, menos necesaria. Stalin no se comprometió públicamente en ninguna época en los asuntos del Komintern, pues deseaba mantenerse a distancia de ese foro cosmopolita que durante tanto tiempo estuviera en manos de sus rivales, Zinóviev y después Bujarin, antes de que él instalara a sus adeptos, Mólotov y Manuilski. Pero, una vez que así lo hace, a partir de ese momento el destino de la Internacional es irrevocable. Hace ya mucho tiempo que las cuestiones internas del Partido Bolchevique y las de los partidos hermanos están imbricadas, como lo hemos visto, por ejemplo, a propósito de Suvarin, en 1924-1925.[291] Pero en esa época todavía se procuraba definir por doquier la estrategia revolucionaria del proletariado. Cuando la prioridad se desplazó a la edificación del socialismo en la URSS, los partidos hermanos ya solo tendieron a ser los meros defensores del bastión central. La política exterior soviética, por su parte, aspiró a convertirse en la razón última del proletariado mundial. Esta evolución, inscrita en la naturaleza y el funcionamiento del Komintern, convertirá a los jefes comunistas del mundo en un aparato internacional dirigido desde el Kremlin. Es probable que esa política se llevase a cabo en la época que reseñamos: Stalin no tardará en manipular los partidos comunistas extranjeros, al igual que lo hará Hitler con los alemanes fuera de Alemania.[292]

Ahora bien, el ascenso de Hitler al poder en Berlín es un factor que amenaza con modificar la situación europea: el hombre que escribió *Mi lucha*, que reclamó las tierras eslavas en nombre del espacio vital alemán y que pronunció tantas arengas incendiarias contra el orden estipulado por el Tratado de Versalles no es *a priori* un socio confiable para nadie, sea en el Oeste o en el Este. Sin embargo, Stalin debió de creer —como lo hizo todo el sector de políticos «realistas» con que cuenta la política europea— que Hitler, una vez instalado en el poder, podría modificar entonces sus ideas y sus proyectos. El hecho es que Stalin guarda silencio durante todo el año de 1933 aun después del incendio del *Reichstag* y la proscripción de los comunistas alemanes, y aun después de la primavera, cuando ya era evidente que el nuevo canciller del Reich seguía siendo el hombre de la revolución nacionalsocialista. Es verdad que Hitler tuvo buen cuidado de recalcar ante el *Reichstag*, a partir del 23 de marzo, que las relaciones exteriores de Alemania no obedecían a la misma lógica que su política interna, y que deseaba conservar las relaciones de amistad con la URSS, a condición de que la cuestión del comunismo siguiera siendo asunto interno.[293] Stalin no tiene dificultad para comprender este lenguaje, pues también es el suyo. Todos presienten que está en peligro la continuación de las buenas relaciones entre la URSS y la derecha alemana; todos contienen el aliento.

La primera reacción pública de Stalin tiene lugar en enero de 1934, en el XVII Congreso del Partido Bolchevique, que constituye la ocasión solemne por excelencia. Lo que entonces calla Stalin es tan importante como lo que dice: ni una palabra sobre el incendio del *Reichstag*, sobre el proceso de Leipzig o sobre Dimitrov, que son cuestiones que se encuentran en el centro de una gigantesca campaña orquestada por el Komintern;[294] sí, en cambio, la mención de algunos pasos en dirección de la Sociedad de Naciones, a la que la Alemania hitleriana ha dejado de

pertenecer en octubre de 1933, y a la que la Unión Soviética ingresará en septiembre de 1934. Esta medida de precaución por parte de Stalin no debe interpretarse como una adhesión a la Europa del Tratado de Versalles o como un acto de hostilidad hacia alguien; el georgiano ha comprendido que Hitler amenaza irremediablemente la paz del mundo; pero tiene buen cuidado de indicar dentro de qué límites se ejercerá su acción. De ello es testimonio esta advertencia, que nos descubre el fondo del pensamiento estalinista:

> *En nuestra época, los débiles no cuentan, solo cuentan los fuertes ... No estábamos más orientados ayer hacia Alemania de lo que hoy estamos orientados hacia Polonia o hacia Francia. Estábamos orientados ayer y estamos orientados hoy hacia la URSS y únicamente hacia la URSS.*

A buen entendedor… En materia internacional, la Unión Soviética no consultará más que a sus intereses y solo contará con sus propias fuerzas. Stalin guarda silencio, observa y rectifica su política en procura de un acercamiento a Francia. La bella época de la alianza franco-rusa no está muy lejos, y el apremio geopolítico rehabilita sus derechos al mismo ritmo que Alemania recupera sus fuerzas. El 2 de mayo de 1935, Stalin y Pierre Laval —extraña pareja— firman en Moscú el tratado franco-soviético de ayuda mutua. En él se estipula que ambos países deben prestarse ayuda recíproca «en caso de ataque sin provocación de parte de un Estado europeo». Este acuerdo, sin embargo, no es tan claro como lo parece; Francia, para apaciguar la inquietud que le provoca a Inglaterra un compromiso demasiado rígido, hace especificar que el «ataque» en cuestión deberá ser comprobado por el Consejo de la Sociedad de Naciones, cuya estrella, por cierto, se eclipsa: en los meses siguientes, la guerra de Abisinia le dará el tiro de gracia.[295] La Unión Soviética, por su parte, no figura en la hipótesis de una agresión japonesa; en cuanto al Oeste, el paso de las tropas soviéticas por territorio polaco —una medida indispensable para acudir eventualmente en ayuda de Francia si es atacada— es una cuestión

que permanece indefinida, debido a que en ella va de por medio la soberanía polaca. En realidad, ninguna de las partes del tratado está verdaderamente interesada en contemplar esa hipótesis, y en esto se apartan de los acuerdos franco-rusos de 1891-1892. Por su parte, Laval procura que la diplomacia francesa recupere un poco de iniciativa. Con este fin se ha vuelto hacia Moscú después de haberle abierto las puertas a Italia; asimismo, complace al partido radical y se divierte de antemano sorprendiendo por la espalda a los comunistas franceses. Del lado soviético no se considera seriamente (tampoco allí) la hipótesis militar. El interés del tratado consiste en que constituye un obstáculo al acercamiento franco-alemán o, más precisamente, porque impide que Francia dé luz verde a una agresión nazi contra la URSS.[296] Prueba de ello es que las disposiciones relativas a una colaboración militar se discutirán durante los cuatro años siguientes, sin que ninguna de las partes se decida a tomar la iniciativa ante la mala voluntad polaca.

Aun cuando no tiene implicaciones militares, el tratado de 1935 sí tiene consecuencias políticas, ya que antes de volver a París Pierre Laval arranca a *Monsieur Staline* el famoso comunicado por el cual el secretario general legitima los gastos de defensa nacional en Francia. Esta declaración no solo contradice al antimilitarismo del movimiento obrero, sino más especialmente a la tradición de donde nació el PCF. Por mi parte, aprovecho esta coyuntura para establecer el punto de enlace con el otro lado de esta historia, en la que Stalin ya no figura como jefe del gobierno soviético, sino del comunismo mundial. En este segundo papel su desempeño es menos visible, oculto como está tras el Komintern, pero su soberanía no sufre ningún menoscabo por ello. Forma parte del carácter del régimen el tener constantemente a su disposición esas dos partituras, supuestamente distintas, de las que sin embargo el director de orquesta

único obtiene la misma música, ejecutada con los mismos fines.[297]

Stalin es tan soberano en el Komintern como en la política exterior de la URSS. Mólotov y Manuilski son sus ejecutantes en el primero, así como Litvínov lo es de la segunda en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Además, esta es la época de la subordinación absoluta de los partidos comunistas a la Internacional. Cada uno de esos partidos es objeto de un minucioso control por parte de los enviados de Moscú, quienes mandan al «centro» frecuentes informes pormenorizados.[298] Se trata, sin duda, de verdaderas secciones de un movimiento muy centralizado,[299] de modo que aquí conviene darle al término «secciones» su significado más amplio: es en ellas donde resulta tanto más interesante observar, en su segunda versión, la inflexión de la política soviética en esta época decisiva.

Para captar el sentido de esa mudanza es necesario volver a partir del movimiento «contra el fascismo y la guerra», anterior al ascenso de Hitler al poder, ya que el Congreso Internacional de Amsterdam, reunido bajo esa doble consigna, se inaugura el 27 de agosto de 1932. El Komintern desempeñó en ese congreso un papel central, especialmente por intermediación de Willi Münzenberg, su principal animador de las marionetas. Este personaje merece que lo examinemos con cierto detenimiento, pues gracias a él la gris aventura de los funcionarios del Komintern recibió un poco del trágico resplandor de una novela. No es necesario convertirlo en un héroe antiestalinista solo porque acabó por romper con Stalin: amenazado de «liquidación» en las cavernas de la Lubianka, verdaderamente careció de opciones. Hasta 1937 fue un fiel ejecutante, como cualquier otro militante de la vasta jesuitería burocrática de Moscú. Pero la historia le asignó un papel a su medida. En la época del viraje antifascista, fue algo así como el ministro clandestino de la propaganda del Komintern en el mundo, empezando en el oeste de

Europa. Esa función convenía a su muy moderno talento para la publicidad política y la manipulación de imágenes y de palabras. Entre tantos escritores, tantos artistas, tantos intelectuales que fueron sus instrumentos o las víctimas de sus engaños, ninguno de ellos ha podido resolverse a detestar su recuerdo. Además, tuvo la suerte de contar con dos grandes retratistas en la persona de dos de sus colaboradores de la época, que se han desencantado del comunismo, pero no de su antiguo patrón: me refiero a Arthur Koestler y Manès Sperber. Cada uno de ellos nos legó un retrato de Münzenberg.[300] Este último, hijo de un cafetero de Turingia, cuyo padre había sido hijo ilegítimo de un barón, iba a llevar un poco de los modales refinados a su vida de militante obrero.

Münzenberg obtuvo desde la adolescencia los galones de la aristocracia de los grandes autodidactas revolucionarios, en calidad de jefe de las «Juventudes», esa reserva de porvenir del Partido Socialista Alemán. Antimilitarista radical, Willi pasó los años de guerra en Zurich, donde conoció a Lenin, pero fue expulsado por los suizos en 1917 y regresó a Alemania. Aquí se unió a los espartaquistas, antes de ser uno de los fundadores del Partido Comunista Alemán en 1919. Entonces Lenin lo llamó a Moscú que, si bien no era el lugar idóneo para sus talentos, sí era el único que convenía a sus ideas. Bolchevique por la intensidad de su fe revolucionaria, Münzenberg pertenece al *agitprop*, más que a la teoría. Poco aficionado a los debates y las mociones en que se enfrentan los tenores del partido, y alejado también de las batallas del aparato, él es distinto de los demás, ya que es extrovertido y se orienta íntegramente hacia el proselitismo y la propaganda. De haber sido estadunidense habría hecho una carrera en la cadena Hearst; pero siendo alemán y proletario, un militante revolucionario, sirve a la causa bolchevique con el mismo talento que le hubiese hecho rico e influyente en el mundo burgués.

En Moscú, Willi mostró de inmediato un perfil original. Lenin le confió en 1921 la responsabilidad de la vasta operación de socorro a las poblaciones hambrientas del Volga. Münzenberg fundó asimismo el «Socorro Obrero Internacional», y en ambos casos se trató de movilizar energías, sentimientos y medios en socorro de la Revolución de Octubre. «Willi», como todo el mundo lo llama, es un militante internacional, pero de un tipo particular: no tardará en ponerse a la cabeza de una red de sociedades múltiples, cuyo propósito es difundir la experiencia soviética y ganarle por doquier amigos, pero por diferentes vías: prensa, cine, teatro, despensas populares, asociaciones humanitarias, reuniones de intelectuales, peticiones de solidaridad. El inmenso «*trust* Münzenberg» acabará también por administrar, desde la Europa occidental hasta Japón, un mundo de simpatizantes, embriagados al paso de los años con la propaganda del patrón, que a su vez se da aires de independencia respecto del Komintern. Willi es el gran director de orquesta del «simpatizante», esta figura típica del universo comunista —que también lo es, por cierto, en esa época, del mundo fascista —: el hombre que no es comunista, pero que por ello es todavía más confiable cuando combate al anticomunismo. La víctima favorita de Münzenberg era el intelectual, por ser a la vez más influyente y más vanidoso que el común de los mortales. Manes Sperber comenta:

> *[Münzenberg] empujaba a escritores, a filósofos, a artistas de todo género a atestiguar, por su firma, que se colocaban en la primera fila de los combatientes radicales... Formaba así caravanas de intelectuales que solo esperaban de él una señal para ponerse en camino. Él también señalaba en qué dirección.*

A fuerza de vivir en la periferia del comunismo y de prodigar su encanto a los simpatizantes del exterior, el rey del *agitprop* acabó por vivir un poco de su propio credo, adulado por su séquito de emigrados, consciente de la superioridad de su talento, orgulloso de la dificultad de su arte *in partibus infidelium*. Vagamente sospechoso a los *apparatchiks* de Moscú, detes-

tado sobre todo por el grupo alemán (al que integraban los futuros jefes de la Alemania del Este), Münzenberg solo gozó de algunos buenos años en París en la época del Frente Popular, entre 1934 y 1936. Llamado a Moscú en 1937 en la época siniestra del Gran Terror, Willi vaciló, cayó enfermo y finalmente se quedó en Francia, contentándose con enviar una carta a Stalin.[301] En 1939 ya no tenía patria: Alemania y la Unión Soviética pedían su cabeza. Los franceses lo internaron en un campo de concentración por ser alemán. Cuando Willi se evadió en junio de 1940 para escapar de Hitler, hubo buenas razones para pensar, aunque no hubiera pruebas, que un agente de la GPU fue quien lo asesinó.[302]

Pero volvamos a los comienzos de su época feliz, la de «Amsterdam-Pleyel». Se puede ver allí en acción tanto su talento como su fideísmo, pues el Congreso Internacional contra el Fascismo y la Guerra reunido en Amsterdam en el verano de 1932 —congreso que fue, en gran parte, resultado de su infatigable actividad— no se apartó ni una coma de la línea del Komintern. No se trataba de una reunión «antifascista» como las que serán movilizadas uno o dos años después contra Hitler, pues en ese entonces todavía se trata de la «lucha por la paz», y esta es, en efecto, la que figura en el primer plano de la política soviética desde 1929: en este contexto, el «fascismo» se entiende aún en el sentido más lato[303] y más vago, como un fenómeno ligado a la militarización de los países capitalistas. De estos últimos, primero Inglaterra y después Francia son considerados como los más amenazadores, debido a que son los imperialismos vencedores de 1918. Se cree que cuanto más pacíficos pretenden ser, más peligrosos son en realidad. Una de las grandes cuestiones que figuran en Amsterdam es la denuncia del «pacifismo ginebrino», es decir, el de la SDN. En suma, en esta época, con el nombre de defensa de la paz, nos hallamos frente a una defensa de la Unión Soviética en calidad de única poten-

cia pacífica, en la medida en que es la única que ha logrado liberarse del capitalismo. Esta defensa es tanto más apremiante cuanto que la guerra antisoviética es declarada «inminente»[304] por el congreso. Desde comienzos de 1932, como un conjunto óptimamente coordinado, todas las publicaciones del Komintern hacen hincapié en la inminencia de la guerra contra la URSS,[305] la cual se relaciona con el fin del periodo de la estabilización capitalista y ha proporcionado ya, el año anterior, síntomas evidentes de su realidad a partir de la invasión de China por los japoneses.

El hecho de que ese mismo año de 1932 la Unión Soviética firme pactos de no agresión con Finlandia, Letonia, Estonia, Polonia y, por último, con la Francia de Herriot (en noviembre) no consigue atenuar siquiera un poco el febril delirio del Komintern, cuya causa son los preparativos de una guerra antisoviética en el Oeste: lo que no constituye sino un testimonio complementario de que la política comunista se configura como un mundo en dos etapas, en cada una de las cuales todos contribuyen al fin común: la revolución mundial. La política exterior de la URSS vela por proteger contra toda agresión militar la fortaleza del proletariado internacional. La Internacional comunista define los objetivos y las consignas revolucionarias de sus secciones locales. La lucha contra el Tratado de Versalles, contra el pacifismo burgués y el imperialismo se adapta muy bien a la estrategia de «clase contra clase». El 14 de enero de 1933, al lado de Thaelmann, Thorez se dirige en estos términos a los comunistas berlineses:

> *Nosotros, los comunistas de Francia, luchamos por la anulación del Tratado de Versalles, por la libre autodeterminación del pueblo de Alsacia-Lorena —incluyendo su separación de Francia—, por el derecho de todos los pueblos de lengua alemana a unirse libremente...,*[306]

Quince días después, Hitler es canciller del Reich. En la estrategia del Komintern, 1933 es el año del cambio: el ascenso de Hitler al poder modifica el tablero internacional. No lo hace

de un solo golpe ni en un solo día, pues aún fue necesario aguardar para ver cómo evolucionaba la pareja Hitler-Hugenberg.[307] Los comunistas creyeron en la identidad de Hitler con la derecha alemana y en el carácter provisional del fenómeno nazi por igual. Pronto los desengañarán los acontecimientos, y sin embargo Stalin, como jefe de la Unión Soviética, no deja de ser cauteloso, como lo hemos visto: es muy posible que solo la Noche de los Cuchillos Largos lo convenciera de la omnipotencia de Hitler sobre Alemania. Pero, por intermediación del Komintern, Stalin reacciona rápido. El incendio del *Reichstag* y el terror que este hecho desató ofrecen el primer terreno en el que puede prosperar una vasta campaña antifascista armada con nuevo material. Ya no solo se trata de atacar el Tratado de Versalles o la Sociedad de las Naciones o el imperialismo francés o la socialdemocracia, que son los blancos habituales de Moscú. Ahora ha brotado un imperialismo complementario, y este no es otro que Hitler, el enemigo de la libertad y la nueva amenaza para la paz.

Esta novedad se presenta primero como un gran espectáculo, puesto en escena en París por el Kominterniano ad hoc para llevar a cabo la empresa: Willi Münzenberg, para quien el incendio del *Reichstag*[308] fue el *leitmotiv* de su vida. Genio de la propaganda, abate en campo abierto al doctor Goebbels, que sin embargo era otro gran especialista en la materia. Asimismo, Münzenberg diseña el nuevo rostro del estalinismo: el del comunismo antifascista. En esta coyuntura decisiva cedo la palabra a Koestler, quien a la sazón llega a París, en calidad de comunista un tanto decepcionado, de regreso de una larga permanencia en la URSS, y a quien el proceso de Leipzig va a reavivar los ánimos:

> *Llegué a París en la época en que el proceso del incendio del Reichstag apasionaba a Europa. Al día siguiente de mi llegada conocí a Willi Münzenberg, jefe de propaganda del Komintern en Occidente. Ese mismo día comencé a trabajar en su cuartel general, y de este modo me convertí en una especie de suboficial en la gran batalla de propaganda*

entre Berlín y Moscú. Esta contienda terminó con la derrota total de los nazis, la única que sufrieran en el curso de los siete años que precedieron a la guerra.

El objetivo de ambos adversarios era probar que la parte contraria era responsable de haber prendido fuego al Parlamento alemán. El mundo siguió el desarrollo de este espectáculo con pasión, sin comprender su verdadero sentido, como un niño pequeño que presenciara una complicada película de intriga. Ello se debió a que el mundo aún no estaba acostumbrado a las representaciones dramáticas, a las enormes mentiras, a los procedimientos de gran guiñol de las propagandas totalitarias. En ese caso, no había un solo director de escena, como sucediera después en los procesos de Moscú, sino dos, que rivalizaban en trucos, como los brujos negros lo hacen ante la tribu reunida.[309]

El hechicero nazi es conocido y él mismo anuncia estruendosamente su papel: es el doctor Goebbels. El otro manipula la opinión oculto tras un «Comité Internacional de Ayuda a las Víctimas del Fascismo Hitleriano», cuyo escaparate lo forman celebridades democráticas mundiales, y multiplica folletos y escritos.[310] Goebbels proclama que Van der Lubbe es un agente comunista; Münzenberg afirma que es un provocador nazi. Koestler añade:

El mundo creía presenciar un combate clásico entre la verdad y la mentira, entre el culpable y el inocente. En realidad, ambos bandos eran culpables, pero no de los crímenes que se imputaban uno al otro. Los dos mentían, y los dos temían que el otro supiera más de lo que en realidad sabía. Así, esta batalla era en realidad como el juego de la gallina ciega entre dos gigantes. Si el mundo hubiese conocido en esa época las estratagemas y el bluff puestos en acción en esa lid, habría podido ahorrarse no pocos dolores. Pero ni en ese momento ni después Occidente comprendió en realidad la psicología totalitaria.[311]

En esa reflexión retrospectiva sobre su vida, donde considera con una especie de compasión resignada la parte que él desempeñó en la batalla de propaganda, el escritor tal vez exagera el talento del hombre del Komintern. La «derrota total» de Goebbels, que él comprueba, se debe también a elementos de más peso, que Münzenberg explota hábilmente, aunque sin ser su creador. El nazismo es más fácil de identificar como enemigo de la democracia que el comunismo, pues el primero ha hecho su credo de su hostilidad a la segunda. En el Oeste, la opinión comprueba que el incendio del *Reichstag* señala el brusco inicio de la asunción del poder íntegro por parte del partido

nazi: *is fecit cui prodest*. Al mismo tiempo, los comunistas detenidos junto con el desdichado Van der Lubbe pasan por héroes de la democracia contra la dictadura. Ante el tribunal de Leipzig, en septiembre, el militante búlgaro Dimitrov desempeña brillantemente su papel frente a Goering: está dispuesto a sostener cualquier causa, por poco que esta cuente con el apoyo de Moscú. Pero es la causa de la democracia la que lo coloca en el escenario del mundo bajo una luz más favorable, y él se desempeña a la altura de la ocasión. Por lo demás, acaso Dimitrov sepa que su destino es o será decidido sin intermediarios entre Hitler y Stalin.[312] El proceso resulta un triunfo del Komintern porque sus dos héroes, el actor principal y el director de escena, Dimitrov y Münzenberg, se han presentado con el vestuario que involuntariamente les aportara Hitler, a saber: el de las ideas democráticas. Ante una revolución nazi que en pocos meses acaba con todos los partidos, el «Comité Internacional» organizado por Münzenberg apela a la indignación y a la ayuda de todos los amantes de la libertad.

La heroización «democrática» de Dimitrov lleva indiscutiblemente la huella de Münzenberg; pero no por ello hay que concluir que se trata de una iniciativa política personal, ni que el gran agitador se haya encargado de poner ya en marcha el nuevo derrotero. Stalin vela sobre Dimitrov, a quien hace repatriar a Moscú en febrero de 1934, pocas semanas después de su liberación, y probablemente al precio de una negociación secreta con Hitler. Pero, como lo hemos visto, Stalin también toma la precaución de no unir su voz al coro de la campaña mundial orquestada por Münzenberg; también del lado del Komintern prevalece la prudencia en las declaraciones políticas. Durante este año de 1933 y parte de 1934, todos sienten en Moscú que lo que está en juego son las relaciones entre la URSS y la derecha alemana. La situación que ha logrado sostenerse en pie desde Rapallo, con ventaja para ambos, ¿podrá seguir hacién-

dolo? Esta pregunta, traducida del lenguaje del Estado soviético al del movimiento comunista internacional, puede formularse en dos partes: ¿se puede considerar que, atacada por un Estado imperialista —por ejemplo, la Alemania hitleriana—, la Unión Soviética cuente con el refuerzo de otro Estado imperialista, como Francia? Y de acuerdo con esta hipótesis, ¿el PCF podría verse obligado a apoyar a «su» propia burguesía en nombre de los intereses superiores de la revolución proletaria?

La cuestión solo es bizantina para quien se mantiene al margen del universo marxista-leninista. Por el contrario, contemplada desde dentro, vemos cómo socava internamente las estrategias y los debates de los partidos comunistas occidentales, nacidos de la condena de la traición de 1914, y obsesionados por el combate contra su propia burguesía, contra su propio imperialismo y contra su propio ejército. Sin duda, para ellos, luchar contra la guerra (inseparable del capitalismo) también era militar por la revolución (que pondría fin a aquella maldición); asimismo, era ser fiel a la lucha de clases y redoblar la batalla en el interior en nombre de la solidaridad internacional con la URSS. Nada en el concepto de fascismo, tal como este era concebido y utilizado por el Komintern desde hacía años —es decir, como un producto casi normal de la democracia burguesa apoyada por la social-democracia—, permitía justificar una verdadera diferencia de trato para con los Estados imperialistas ni concebir algo que se asemejara a la guerra de la democracia contra el fascismo. Ello adquiría carácter forzoso cuando se trataba de señalar a Alemania como principal adversaria, mientras que aún era la gran víctima del Tratado de Versalles. El movimiento de Amsterdam había tenido en la mira este tratado, y la reunión de la sala Pleyel en París en junio de 1933 no había modificado esta orientación. La lucha «contra la guerra y el fascismo» había seguido siendo ante todo una guerra contra el pacifismo burgués y el antifascismo chauvinista de las poten-

cias aniquiladas. Asimismo, el movimiento Amsterdam-Pleyel no había logrado reunir a mucha gente en torno de su núcleo comunista más o menos hábilmente camuflado.

Todavía a finales de 1933, por la época en que llega a su fin el proceso de Dimitrov, la XIII Sesión del Comité Ejecutivo de la Internacional comunista no da visos de nada espectacular.[313] El viejo bolchevique Kuusinen, que presenta el informe, interpreta la crisis mundial del capitalismo como signo de una nueva época y promesa de profundos trastornos: fascismo, guerras, revoluciones. Reconocemos en su texto los acentos tradicionalmente apocalípticos del pensamiento leninista, acompañados de la redención final por obra de la revolución proletaria. Ese texto afirma que el fascismo y la guerra forman parte de la lúgubre racionalidad del capitalismo, aunque también anuncian su fin. Añade que el nacionalsocialismo hitleriano no se escapa de esta regla, pues con él retorna, como en los primeros años de la Tercera Internacional, la promesa de la revolución proletaria alemana. El orden del día llama, pues, más que nunca, a la lucha contra los burgueses y los «social-fascistas».[314]

Habrá que aguardar hasta junio de 1934 para ver a los «internacionales» de Moscú esbozar una nueva orientación. Por esta época, Stalin medita en dar un paso hacia el Oeste, y lo dará en septiembre, cuando la URSS ingrese en la SDN, siempre tan vilipendiada. Dimitrov fue instalado, un año después de su llegada a Moscú, en el secretariado general de la Internacional, lo que es signo de que el Jefe supremo, si bien guardó silencio ante este episodio, no descuida el capital político aportado por el proceso de Leipzig. De hecho, en su proyecto del informe destinado al VII Congreso del Komintern, a efectuarse en julio, Dimitrov propone abandonar la calificación de «socialfascismo» y modificar la estrategia y la táctica del movimiento hacia la formación de un Frente Unido, el cual llegaría a sustituir la

consigna «clase contra clase». De modo que henos aquí en el umbral del «viraje».

Esa inflexión es facilitada por los acontecimientos. En Alemania, el 30 de junio, la Noche de los Cuchillos Largos[315] ya no deja ninguna duda, si aún quedara alguna, sobre la determinación de Hitler de reinar como amo absoluto. En Francia, un poco antes, entre el 6 y el 12 de febrero, el Partido Comunista fue llevado, un poco a su pesar, a acercarse al Partido Socialista;[316] así que, en adelante, la atención y los esfuerzos del Komintern se concentrarán en Francia. La segunda parte de 1934 se caracteriza por la firmeza que adopta la resolución del viraje, sin que sea posible establecer una cronología más precisa, dado lo que sabemos: el 24 de octubre Thorez, quien está bajo la tutela de Fried, su superior inmediato en la Internacional, va a proponer al Partido Radical, reunido en un congreso en Nantes, un Frente Popular antifascista cuyos alcances rebasarán los de la SFIO. Fried parece haber inventado la designación de «Frente Popular», que conocerá un gran porvenir.[317] Es verdad que Ceretti ha narrado en sus memorias[318] que en la misma mañana de ese 24 de octubre Thorez recibió en su casa de Ivry a una delegación del Komintern, formada por Togliatti, Gottwald y él mismo. También está allí Fried, pero este guarda silencio. Al parecer, Togliatti intentó disuadir al secretario general del PCF de dirigirse a Nantes para lanzar su iniciativa. Es posible, pues, que en esta época siguieran coexistiendo dos «líneas». Habrá que aguardar al 9 y 10 de diciembre para ver cómo el Comité Ejecutivo de la Internacional le otorga carácter oficial a la nueva política. Thorez fue invitado a este comité a presentar un informe sobre la experiencia modelo del PCF.

La señal evidente del viraje la ofrece, por fin, la firma del pacto franco-soviético del 2 de mayo de 1935. Solo que el pacto, que de suyo no es sino un instrumento diplomático, en este sentido resulta menos decisivo que el comunicado que Laval

logra arrancarle a Stalin, el cual equivale a una instrucción para el movimiento comunista internacional. Los partidos comunistas —y el PCF en primer lugar— ven cómo el frente antihitleriano se despliega como el centro de su batalla, así sea al precio de una colaboración provisional con sus propias burguesías nacionales. El viraje, además, resulta tanto más brutal por cuanto hay que reorientar, al mismo tiempo, la lucha internacional: esta ya no se enderezará contra los vencedores del Tratado de Versalles, sino contra los vencidos, a expensas de una nueva definición del nacionalsocialismo hitleriano. Dimitrov expone la cuestión desde todos esos ángulos en su informe al VII Congreso Mundial de la Internacional comunista, el 2 de agosto de 1935.[319]

Para el nuevo secretario general de la Internacional, el problema consiste en ofrecer una teoría marxista del fascismo que le permita no solo singularizar la especie «fascismo» dentro del género «dominación burguesa», sino también el nacionalsocialismo alemán dentro del fascismo. La tipología de los regímenes políticos ha sido el rompecabezas clásico del pensamiento marxista, y ello es posible verificarlo nada menos que en Marx, a propósito del bonapartismo. Toda modalidad de poder de la época burguesa que no adopta la forma clásica —deberíamos decir, inglesa— del gobierno representativo, no ha dejado de ofrecer dificultades a su desciframiento en términos de dominación de clase. A propósito del primero y del segundo bonapartismos, Marx se mostró indeciso entre varios diagnósticos: ora los concebía como el Estado que reconcilia fracciones hostiles en el interior de la burguesía, ora como el Estado de las masas rurales que arruina las élites políticas, ora como el Estado hipostasiado y que se ha independizado de la sociedad.

Dimitrov, por su parte, sobrepone al carácter tiránico del régimen fascista la idea de la fracción de clase: el fascismo en el poder es «la dictadura terrorista abierta de los elementos más

reaccionarios, los más chauvinistas, los más imperialistas del capital financiero». La definición es descendiente directa de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, la biblia del leninismo. Permite incluso distinguir, en el interior del sector fascista, los elementos particularmente imperialistas, que son los que en verdad mueven los hilos del régimen. A continuación figura la caracterización específica del nacionalsocialismo alemán dentro de los diversos fascismos, a saber: su peculiar ferocidad en materia internacional e interior. Esta característica distintiva es más afirmada que analizada por medio de una comparación implícita con el caso italiano; pero lo importante, por lo que se refiere al pasado, consiste precisamente en afirmarla. A partir de la clasificación de Dimitrov, el «fascismo» deja de ser exclusivamente, para el pensamiento comunista, esta tendencia política activa casi por doquier en las democracias burguesas y en los partidos socialdemócratas; ahora adquiere forma concreta como régimen político dictatorial que se singulariza en varios países de Europa: la Italia mussoliniana, la Polonia de Pilsudski y la Alemania nazi. Y Hitler es el ejemplo típico, cual si el nacionalsocialismo se hubiese constituido por fin en el centro de la política de la Internacional.

Al menos indirectamente así es, dado que el verdadero centro no es otro sino la defensa de la Unión Soviética, el bastión del proletariado mundial. Pero Hitler ha ocupado el lugar de las potencias beneficiarias del Tratado de Versalles como principal adversario de la URSS y de la paz. Él es ahora la vanguardia de la contrarrevolución, lo que permite a Dimitrov señalarlo a la vez como el enemigo de los comunistas en cada país y como el hombre empeñado en destruir el Estado soviético por la guerra.

Comunismo y fascismo se encuentran así cara a cara en la antinomia revolución/contrarrevolución, la cual le resulta familiar a la cultura política europea, y el nazismo no hizo sino

llevar el enfrentamiento a su tensión máxima. Los dos regímenes antagónicos están estrechamente ligados, pues el fascismo es, en muchos aspectos, una respuesta a la amenaza de la revolución proletaria y, a fin de cuentas, el duelo entre ambos es el punto en el que confluyen las batallas del siglo: en ese sentido, el antifascismo no es otra cosa que la arena de la revolución. Pero visto desde otro ángulo abarca, al menos en un primer estadio, incluso a los partidarios de la democracia pluralista que marchan al lado de los comunistas; es decir, no solo a los obreros socialistas, anarquistas, católicos o desorganizados, sino también a los partidos burgueses o campesinos fieles a la libertad. La nueva táctica propuesta por el VII Congreso tiene como objetivo congregar al Frente Popular Antifascista —en el que los comunistas aparecen como los campeones en torno de la herencia democrática burguesa— alrededor del frente único de la clase obrera, columna vertebral de la coalición. El objetivo final sigue siendo la dictadura del proletariado, el derrocamiento, por doquier, de la burguesía. Solo que el camino a seguir ahora es distinto. La experiencia francesa de 1934-1935, a la que rinde homenaje Dimitrov, servirá en adelante de referencia a la Internacional. El Frente Popular ha sustituido a la táctica de «clase contra clase».

La fuerza del nuevo dispositivo radica en su extraordinaria elasticidad. Por una parte, el extremo que corresponde a la revolución obrera ha dejado de contemplarse como el lejano horizonte de la acción comunista y ahora se considera como el resultado natural de la batalla antifascista que se lleva a cabo: si el capital financiero es el recurso último de los fascistas, su derrota también será la del capitalismo en su etapa «superior», es decir, en la última. Lo que ha hecho Dimitrov es recuperar una dialéctica ya clásica en la historia del marxismo: cuanto más necesita la burguesía de la dictadura, más se acerca a su fin… De donde resulta que los comunistas son los únicos que cono-

cen de antemano el verdadero sentido de la acción antifascista. Si se consagran a ella figurando en la primera fila, ni por un instante imaginan que trabajan exclusivamente por la restauración de las libertades burguesas.

Por otro lado, su combate ha cambiado de nombre. El militante comunista en adelante va a blandir un estandarte diferente al de la República de los soviets: el del antifascismo democrático. No lo hará, desde luego, porque se halle separado de alguna manera de su mito de origen; lejos de ello, la Unión Soviética sigue siendo más que nunca para estos militantes, la patria de todos los trabajadores, dondequiera que estos hayan nacido. Asimismo, la defensa incondicional del territorio de la URSS es el imperativo supremo de su acción. Sin embargo, esta solidaridad ciega con la Unión Soviética cambia un poco de naturaleza cuando se articula en el combate antifascista, pues entonces pierde una parte de su extrañeza y de su rudeza; su razón de ser y su moral política ganan con ello en solidez. El militante del «tercer periodo» tenía fe en Stalin porque odiaba a la burguesía y porque alimentaba la pasión de apresurar la llegada del gran día. El comunista antifascista ingresa en el ejército de la revolución proletaria sobre todo para defender y asegurar la libertad contra Hitler. En ambos casos, el combate comunista está investido de dignidad filosófica, pues a la larga acabará por emancipar a toda la humanidad de la explotación del hombre por el hombre. La prioridad dada a la batalla contra Hitler provee a esta abstracción de intereses más inmediatos, a la vez que lima las asperezas que caracterizaron a la lucha de clases durante el «tercer periodo».

En efecto, el racismo hitleriano parece confirmar *ipso facto* la exclusividad de universalismo democrático que no ha dejado de reclamar para sí el marxismo bolchevique, tanto bajo Stalin como bajo Lenin. El hecho de que Stalin sea adversario de Hitler constituye una demostración de la legitimidad de esta pre-

tensión más enérgica y más tangible que cualquier proclama filosófica. Por lo demás, ese hecho relega a segundo plano la cuestión de la naturaleza del régimen soviético, ya sea que la política antifascista de la URSS y del Komintern constituya en sí misma una prueba del carácter democrático de dicho régimen, o ya sea que el combate contra Hitler implante en los espíritus una jerarquía de prioridades que relativiza o acalla los cuestionamientos sobre la condición de la libertad en la Unión Soviética. Llevado a sus últimas consecuencias, el argumento consiste en incriminar al nazismo por lo que es posible confesar —los procesos en primer lugar— del terror estalinista. Al igual que los jacobinos, los bolcheviques solo dirigen sus golpes contra el enemigo, es decir, contra los agentes de Hitler en la URSS.

Por último, el antifascismo despoja al movimiento comunista del carácter particularmente sectario que tuvo la lucha de clases, tal como esta fue rigurosamente concebida y practicada en el periodo 1929-1934. En adelante, la «clase obrera» conoce la apertura a unas perspectivas en verdad nacionales; ha recuperado en su favor las tradiciones y las virtudes del patriotismo, y se ha ganado en la derecha muchos aliados, dejando a la zaga a los socialistas. Por toda Europa, salvo en los Estados fascistas, los partidos comunistas multiplican sus afiliados y sus diputados. Francia, la patria del «Frente Popular», constituye el ejemplo más notable de este proselitismo. Pero por doquier, la voluntad de bloquear el camino a Hitler fue la que condujo al comunismo a su cénit y la que proporcionó a sus militantes todo lo que la ilusión puede tener de nobleza.

Queda en pie el hecho de que el papel desempeñado en la época por el antifascismo en la cultura comunista expuso el conjunto del movimiento a una cierta fragilidad. Entonces fue cuando sobrevino el viraje de la política exterior de la URSS, de modo que la identidad militante de esos catecúmenos del bol-

chevismo se encontró puesta en entredicho. Ello se vería en el otoño de 1939, cuando los aparatos de los partidos comunistas fueron los únicos en recibir el golpe de la tempestad desencadenada por el pacto germano-soviético. En efecto, la movilización antifascista de mediados de los años treinta no logró debilitar un ápice la subordinación del comunismo internacional a Stalin. Lejos de constituir su fuerza, la fijación en un territorio y una historia que sin cesar amenazan su carácter de universalidad contribuye más bien a la flaqueza del movimiento internacional. De hecho, en este año de 1935 en que nos encontramos, el más vasto terror de Estado que se haya ejercido jamás sobre un pueblo se abate sobre la Unión Soviética. Stalin aprovechó el pretexto que le ofrecía la muerte de Kírov[320] en diciembre de 1934 para desencadenar una represión sin precedentes contra los «enemigos del pueblo», los cuales fueron arrestados, muertos o deportados por millones.[321] En la escala del terrorismo de masas, ¡Hitler no es por entonces más que un aprendiz en comparación con él! Si se la compara con la liquidación del Partido Bolchevique entre 1935 y 1938, ¡la Noche de los Cuchillos Largos no es más que un incidente menor!

Pero el antifascismo desvía las miradas de la URSS para fijarlas en la Alemania nazi, donde los acontecimientos ocurridos a partir de enero de 1933 bastan y sobran para provocar la indignación de los amigos de la libertad. Sin embargo, la observación de los hechos interviene menos en esta indignación que la simple tradición ideológica: en el momento en que Hitler se jacta de quebrantar la democracia, la ofrece como bandera a sus adversarios. La habilidad de Stalin consiste en apoderarse de ella. Debido a su negatividad abstracta y desprovista de todo contenido, el «antifascismo», la nueva cara de la democracia permite unir a demócratas y comunistas. Al asumir la apariencia de una alianza entre iguales, el comunismo pretende extender su alcance, sin importar si ello es a expensas de adherirse a

lo que Lenin detestó y quiso impedir para siempre en Octubre de 1917. Si Hitler perora contra los principios de 1789, por su parte Stalin hace promulgar, con fanfarrias, la nueva Constitución soviética de 1936. El antifascismo les ha permitido a los comunistas recuperar los galones democráticos sin tener que abandonar nada del acervo de sus convicciones. A la hora del Gran Terror, el bolchevismo se reinventa como libertad en virtud de una negación. Al tiempo que obtiene fuerzas de lo que detesta —lo que representa, por lo demás, el homenaje del vicio a la virtud—, intimida a sus adversarios difundiendo la sospecha de que el antisovietismo es la antesala del fascismo. Hitler no solo resulta útil para devolver la salud a la idea del comunismo democrático, sino también para catalogar al anticomunismo democrático como un crimen. Así, el gran viraje del Komintern de 1934-1935 orquesta en su registro la reorientación de la política exterior de la Unión Soviética.

Después de 12 o de 18 meses, Stalin ha juzgado a Hitler como buen conocedor. No perderá el tiempo, como los dirigentes ingleses, titubeando ante la cuestión de saber lo que el dictador nazi «realmente quiere». Stalin ha comprendido lo que nadie en el Oeste quiere ver: que *Mi lucha* es un programa de gobierno. Por tanto, la URSS está amenazada. *Ergo*, hay que evitar que sea la única en enfrentarse a Hitler, o bien la primera en recibir su asalto. Ello explica el ingreso de la Unión Soviética en la SDN y su apertura al Oeste, especialmente a Francia. A su vez, el Komintern ejecuta la misma melodía en otro instrumento, en que la ideología, por definición, amplifica y transforma las razones de la *Realpolitik*. Si nos atenemos al motivo principal, su secuencia es la siguiente: comunismo antifascista sucede al comunismo antiburgués, el comunismo del Frente Popular al comunismo de «clase contra clase», y los ataques contra Hitler a los insultos contra Briand. De este modo, la Revolución rusa recupera en el nazismo el medio de enriquecer su carácter uni-

versal, precisamente en el momento en que es más «asiática» que nunca. Stalin, por su parte, toca sobre los dos teclados: por una parte, anima por medio de Dimitrov la propaganda del comunismo democrático y, por la otra, sopesa con Litvínov las inclinaciones y los medios de las grandes potencias europeas.

En efecto, no hay razón para pensar que Stalin solo tiene ojos para la «gran» política internacional y que desprecia o descuida la «botica» del Komintern.[322] Es verdad que no aparece por ahí personalmente, pero Manuilski reina en su nombre. Aun cuando hemos empezado a conocer bien la actividad y el funcionamiento de esta vasta burocracia revolucionaria internacional, necesario es confesar que no sabemos casi nada de su articulación suprema, aquella en virtud de la cual Manuilski se subordina a Stalin. Pero también ignoramos por completo el modo en que se toman las decisiones en la cumbre de la Unión Soviética de esta época. Lo único que resulta seguro es que Manuilski, como Litvínov en el sector diplomático, no tiene el menor margen de autonomía respecto del todopoderoso secretario general, cuyo culto empieza a celebrarse en la Unión Soviética y entre los partidos hermanos.

Lo que plantea la historia del «viraje» de 1934-1935 no es el comienzo de la pérdida de autoridad del Komintern, sino exactamente lo contrario: una vigorosa recuperación de todo el aparato internacional, el cual resulta más indispensable que nunca. En efecto, solo los militantes del Komintern pueden darle a la dictadura sangrienta del Kremlin en su peor época esa apariencia del antifascismo unitario que conquistará los corazones de los demócratas.

No es que Stalin, por su parte, subordine su política a la batalla contra el fascismo: esto se verá bien en 1939. Lo que sucede es que el nuevo periodo que se inaugura en 1934 le ofrece un lema popular y un espacio político por cuyo medio implantará por toda Europa un enorme aparato de subversión revolu-

cionaria, enteramente dedicado a su devoción. En 1939, en 1940, cuando se haya convertido en aliado de Hitler, no abandonará a los Kominternianos «internacionales» de los años antifascistas.[323] Muchos de ellos, tras haber pasado en Rusia las dos épocas de la guerra —antes y después del 20 de junio de 1941—, darán a conocer a partir de 1945 los secretos del antifascismo estalinista, transformándose por todo el este europeo en instrumentos, a la vez serviles y omnipotentes, del totalitarismo soviético.

Pero no adelantemos los acontecimientos y volvamos al París de un poco antes de mediados de los años treinta para tratar de comprender, en su época, el poder que este antifascismo ejercía sobre el imaginario colectivo.

París es en estos años, por cualquier lado que se le mire, el mejor observatorio que puede tener el historiador del comunismo antifascista.

Desde 1917, el comunismo soviético había hecho en Alemania sus grandes inversiones. Después de haber representado su esperanza suprema hasta 1923, había seguido siendo su terreno de maniobras privilegiado, al mismo tiempo que su aliada más útil. Presidida por Hindenburg a partir de 1925, la República de Weimar no había aflojado los nexos unidos en Rapallo. Pero al ser víctima de la crisis económica, Alemania había desembocado en un régimen de porvenir incierto, y quizá también llegase a ser víctima de una revolución, 10 o 12 años después del fracaso de las tentativas anteriores. Hitler le puso punto final a esta larga ilusión en 1933: Berlín dejó de ser la segunda capital del mundo comunista, pues la primera era Moscú.

Los comunistas alemanes se refugiaron en París, donde se encontraron con sus camaradas italianos. También vivían allí no pocos militantes expulsados de la Europa central o danubiana por las dictaduras de derecha. La Francia de la época abrió

sus puertas a las víctimas de las persecuciones políticas, y fue en París donde la Internacional reinstaló muchas de sus actividades europeas. Lo hemos visto con Münzenberg, quien fue capaz, a partir del verano de 1933, de conmover al proletariado parisiense con las desdichas del comunismo alemán. La labor iniciada con el movimiento de Amsterdam-Pleyel va a proseguir con mayores dimensiones y con nuevos gastos, puesto que ha cambiado el frente principal de la batalla.

A tal señor, tal honor: el anfitrión en París es el PCF, que desempeña este papel en un periodo decisivo de su historia. La sección francesa de la Internacional comunista vegetó durante mucho tiempo después de partir pomposamente a Tours, en diciembre de 1920. En su origen había incorporado en el caldero de la inmediata posguerra tantos elementos totalmente ajenos al espíritu del leninismo, que pronto se encontró reducida a algunas decenas de miles de militantes. A estos, Moscú los mantenía en perpetua alerta contra la tradición oportunista del socialismo francés; además, nunca los abandonaba la obsesión por las pugnas internas sobre el carácter obrero del partido o sobre la «exactitud» de su línea revolucionaria. Las bases electorales del movimiento permanecieron rigurosamente localizadas y en conjunto muy limitadas, y aun volvieron a estrecharse en 1932 en comparación con 1928. Sin embargo, por esta época el PCF iniciaba el esbozo de lo que habría de convertirse en su perfil histórico.

Para comenzar, en el plano interno. No deseo entrar aquí en el dédalo de las intrigas del aparato, en París y en Moscú, que condujeron en 1931-1932 a la eliminación del «grupo Barbé-Célor» y a la selección de los hombres que configurarán el núcleo dirigente duradero del comunismo francés: Thorez, Duclos, Marty, Frachon.[324] Toda la operación es organizada y realizada por Manuilski y su estado mayor. Thorez, por lo demás, se hace acompañar desde 1931 por Eugen Fried, joven veterano

eslovaco del primer periodo, que escapó de la aventura de Béla Kun en 1919 e ingresó en el aparato de la Internacional en 1924; en 1928 fue miembro del Politburó del partido checo, y luego se le instaló en París con plenos poderes.[325] Fried es en Francia el hombre de lo que Robrieux llama la «glaciación», término que designa el predominio completo y directo de la Internacional sobre el PCF.

Ahora bien, esta «glaciación» interna, que se alcanza en 1932-1933, precede inmediatamente al viraje exterior, decir, a la política del Frente Popular. Esta última la comparte el conjunto del mundo comunista; pero en Francia adquirirá categoría de ejemplo, ya que es ahí donde encontrará el terreno óptimo en que habrá de elaborarse y triunfar.

Como lo hemos visto, la cronología muestra, en efecto, el papel desempeñado por la situación francesa en el viraje operado por el Komintern en el transcurso de 1934. Ese viraje no se realiza al comienzo del año, aun cuando esto vaya en contra de lo que ha querido hacer creer una vulgata thoreziana, con objeto de afirmar aun a expensas de la verdad la autonomía política del PCF. Los acontecimientos del 6 de febrero de 1934 y de los días que siguen prueban lo contrario: que los comunistas franceses se manifiestan el día 6 contra las ligas de extrema derecha, pero no en favor de la República o de la democracia;[326] lo mismo ocurre el 9, en que las consignas siguen siendo «los soviets por doquier» o «gobierno obrero y campesino»; por último, si el día 12 el PCF se une finalmente, después del Partido Socialista, a la huelga general antifascista cuya iniciativa se debe a la CGT, no por ello cesan sus ataques contra el socialfascismo en los meses siguientes. La política de unidad con la socialdemocracia contra el fascismo, defendida en la época por Doriot y Barbé, es tildada de «oportunista» por Thorez en varios artículos de *L'Humanité* de marzo y abril de 1934. A fines de mayo, Doriot es expulsado del partido después de haberse

negado a ir a Moscú para un arbitraje de la Internacional. Thorez ha conseguido la cabeza de su rival. Fiel hasta entonces a la táctica de «clase contra clase», no da un paso hacia la política preconizada por Doriot sino a fines de junio, en la Conferencia Nacional del PCF en Ivry, sobre la base de recomendaciones escritas llegadas de Moscú.[327]

A partir de ese momento los hechos se desencadenan con rapidez: el 15 de julio tiene lugar el gran mitin de la unión social-comunista, organizado en común por la dirección de la región parisiense del PC y por las dos federaciones, del Sena y de Seine-et-Oise, de la SFIO. En la reunión participa una multitud, pero la sala Bullier no ofrece bastante espacio, así que se repite el mitin en el gimnasio Huyghens. A esa asamblea sigue un pacto de unidad de acción, firmado el 27 de julio por ambos partidos, en virtud del cual se comprometen a unir sus fuerzas contra el fascismo y a abstenerse de críticas recíprocas durante la «acción común», que deberá ser dirigida por un comité de coordinación formado sobre una base paritaria. A comienzos de octubre la reunificación sindical CGT-CGTU es un hecho. El 9 del mismo mes, en la sala Bullier, Thorez lanza la consigna de un «Frente popular del trabajo, de la libertad y de la paz». La repite en Nantes el día 24, solo que ahora abarca en la unión antifascista a los radicales. Esta incorporación resulta tanto más natural cuanto que el Partido Radical ha trabajado de tiempo atrás por un acercamiento franco-soviético; por cuanto Herriot ha sido, como hemos visto, un trabajador a la vez lúcido y ciego; y por cuanto en su izquierda, hombres como Anatole de Monzie y Pierre Cot son partidarios del régimen soviético y se encuentran comprometidos en el movimiento de Amsterdam-Pleyel y en el RUP (Rassemblement universel pour la paix, Reunión Universal por la Paz), que son iniciativas manipuladas desde Moscú.[328]

De manera que todo ocurre como si el comunismo francés, lejos de escapar de la lógica obligatoria de las estrategias del Komintern, constituyera por el contrario su punto de aplicación privilegiado. Como Alemania ha quedado para un buen rato bajo la influencia de Hitler, Francia adquiere para Stalin aún mayor importancia que en los tiempos en que no representaba sino el imperialismo vencedor del Tratado de Versalles. El Partido Comunista Francés, objeto de una perpetua remodelación en Moscú desde su origen, pero más aún a partir de 1931, por fin ha adquirido un estado mayor estable, encargado de una tarea capital: la de ser la vanguardia del viraje antifascista tras haberse convertido en un partido realmente estalinista. Pero si el PCF no se escapa de la ley del Komintern, queda en pie el hecho de que desempeñará su papel con una madurez y un brillo excepcionales. Los enviados especiales que se suceden en Francia durante todo el año de 1934 —Manuilski en persona, Anna Pauker, Gottwald, Togliatti, por no hablar de Fried— no habrán trabajado en vano. No dejaron de discutir, de consultar, de argumentar, pues el universo comunista une a su complacencia por la palabra «teórico» el afianzamiento de la servidumbre voluntaria. Pero esta vez, a diferencia de lo que ha ocurrido en Alemania, los enviados de Moscú quedan convencidos de que han plantado la buena semilla en buena tierra: si Alemania los había rechazado, ahora Francia va a escucharlos.

Francia vive desde 1918 a la sombra de la guerra. En cada hogar, cada familia ha colocado en el lugar de honor la foto del padre, del hermano o del marido desaparecidos; cada aldea ha hecho grabar en el monumento erigido en la plaza mayor la larga lista de sus muertos, que aún hoy asombra al visitante, y que no ha dejado por completo de conmover. Nadie sabe que esta formidable victoria militar es a la vez la primera y la última del siglo, si bien todo el mundo ha resentido su precio y continúa pagándolo en la economía de sus recuerdos. La hecatombe

ha diezmado a las generaciones jóvenes, ha arruinado al país vencedor —que no era el más fuerte—, así como al país vencido, que es castigado con extremo rigor. De derecha o de izquierda, los franceses no quieren volver a partir rumbo a la matanza, pues ello puede conducirles ya sea a exaltar una fuerza que los ha abandonado, ya sea a hacer la guerra a la guerra, incluso contra su gobierno.

Sospecho que algo de esta misma pasión interviene en las fanfarronadas patrióticas o en las proclamas antimilitaristas de la posguerra, es decir, cierta dosis de aquel «¡Nunca más esto!». Los franceses de esa época son ese pueblo al que la victoria le ha costado tan cara que su voluntad se ha paralizado. El temor retrospectivo a lo que padecieron los lleva por un camino que ellos mismos desconocen, hacia una especie de abdicación colectiva. Esto es lo que le da a nuestra época de entre guerras ese carácter un poco lúgubre y ese desenlace sin gloria.

Sin embargo, durante los años veinte el odio a la guerra había alimentado en la izquierda sentimientos violentos, y había sido todo salvo una pasión cómoda, pues era inseparable de la revolución. No había más que releer los famosos textos de la Segunda Internacional, traicionados en 1914; en ellos los culpables habían sido señalados de antemano: los intereses capitalistas, el sistema imperialista, las burguesías. Su crimen fue aún más grande cuatro años después, en la experiencia padecida por quienes habían logrado escapar con vida de las trincheras. Así, la denuncia de la guerra imperialista se había convertido en el anatema preferido del extremismo revolucionario, cuyo centro lo constituía el joven PCF, pero que en su periferia albergaba otros núcleos: los remanentes del sindicalismo revolucionario, los pacifistas o los antimilitaristas radicales o, por ejemplo, los intelectuales de *Clarté*.[329]

No obstante, el pacifismo posee también ya desde esta época una faceta moderada. Por lo que respecta a los vencedores, la

idea de conservar la paz en virtud de la superioridad permanente de la fuerza militar todavía permitió justificar la ocupación del Ruhr por el ejército francés en 1923; pero esa idea murió a causa de su contradicción interna y por empeñarse en conservar puesta la máscara de la guerra una vez que la paz había retornado. El deseo dominante en la opinión francesa es el de conservar esta paz tan arduamente conquistada tejiendo una red defensiva de alianzas e instaurando un sistema internacional de obligaciones y de sanciones. El silencio definitivo de las armas en la solución de los conflictos entre Estados no dependería de la revolución, sino de la aceptación unánime de los procedimientos jurídicos de la democracia; de aquí que la Sociedad de las Naciones fue concebida como tribunal de arbitraje. Este pacifismo fue denunciado como una consecuencia del Tratado de Versalles y denostado como el pacifismo de los vencedores, como un disfraz del imperialismo; pero dado que era democrático y nacional, traducía mejor los sentimientos ambiguos de un número mucho mayor de ciudadanos. Los franceses hubiesen querido ser los notarios de su victoria.

Entre los dos tipos de pacifismo existe una oposición de principios. Basta ver ese bastión de la izquierda, la Liga de los Derechos del Hombre —cuya historia ha esbozado Christian Jelen—,[330] para percatarse de hasta qué punto el debate sobre la paz es conflictivo cuando su punto de partida lo constituyen un ideal y un sentimiento compartidos. Por ejemplo, a comienzos de 1927 se inauguró el debate sobre la ley Paul-Boncour relativa a «La organización general de la nación en tiempos de guerra». El contenido de esa ley prevé, por una parte, una organización militar estrictamente defensiva frente a Alemania y, por otra, incluye diversas disposiciones de gobierno y de movilización del país en caso de que ocurriese esa eventualidad. La mayoría de los miembros de la liga aprobó el espíritu democrático de dicha ley; pero la hipótesis misma de la guerra bastó pa-

ra despertar la indignación de los pacifistas radicales: «Desde 1914 —truena Michel Alexandre— sabemos cómo se evaden las leyes y cómo toda guerra de aventura puede ser bautizada guerra de defensa».[331] Alexandre es un filósofo discípulo de Alain, al que ofrece una tribuna cada mes en su publicación mensual *Libres Propos*. Pertenece a ese reducido grupo de jóvenes intelectuales que públicamente se oponen a la guerra desde 1916 y que han hecho de esta rebelión el *leitmotiv* de su existencia. Se caracterizan por su vehemencia contra las mentiras de la propaganda belicista; son hostiles al Tratado de Versalles, al imperialismo francés y a la SND, y ridiculizan el patriotismo y el ejército. Sin embargo, hace tiempo no se hacen ilusiones sobre el Partido Socialista, que sigue hablando en términos del antimilitarismo mientras traiciona su espíritu.

Estos jóvenes pacifistas son proclives, en diversos grados, al comunismo, del que a menudo lo ignoran todo, excepto que eliminó al capitalismo y, por tanto, a los comerciantes de cañones. La Unión Soviética, víctima en 1918-1920 de la guerra de intervención y objeto del odio de las grandes potencias imperialistas, ofrece a sus pasiones un flanco poderosamente atractivo. No obstante, también posee un aspecto menos atractivo: a esos individualistas y a esos libertarios no les gusta el encuartelamiento comunista. Por su parte, el partido desconfía de los intelectuales y no ha olvidado las críticas de Lenin del pacifismo pequeñoburgués, así fuese este el más intransigente. Más aún: en el amplio espectro de posiciones políticas que ofrece la pasión por la paz, las más extremas son, para los comunistas, las más sospechosas. Si los pacifistas pretenden ser hijos de la revolución, muy bien puede tratarse de una revolución que no es la comunista y, por tanto, peligrosa para esta, por cuanto odia al Estado en lugar de adorarlo. Además, si los pacifistas se empeñan en mostrarse hostiles a toda guerra cualesquiera que sean las circunstancias y los participantes, un día podrían ha-

cerle el juego al adversario de clase. Los acontecimientos que siguen serán prueba de ello.

En efecto, la «lucha por la paz» también figura en la primera fila de las luchas comunistas y traduce, asimismo, la condenación del capitalismo. Solo que en ese contexto adquiere una significación muy particular, pues descansa enteramente sobre una evaluación de las relaciones entre la URSS y el mundo capitalista. De allí proviene la dramatización imaginaria de la inminencia de una guerra antisoviética, a la que constantemente recurre Stalin para esgrimirla como la razón de ser de la vigilancia revolucionaria, de la unidad del Partido Bolchevique y de la disciplina de todo el movimiento. A partir de la crisis económica mundial y de los progresos del nacionalsocialismo alemán, vino a añadirse como novedad el desplazamiento a segundo plano de la «agravación de las contradicciones» entre la Unión Soviética y el imperialismo mundial para darle prioridad a la creciente probabilidad de unas guerras interimperialistas.[332] Esta hipótesis, de irreprochable corte leninista, dota a la Unión Soviética con un espacio diplomático donde maniobrar entre las potencias capitalistas. Subyace, asimismo, en la organización del movimiento de Amsterdam-Pleyel (y en su evolución de Amsterdam a Pleyel, entre 1932 y 1933) y en la idea de un acercamiento a Francia, que poco a poco se ha convertido en el objetivo principal de la política exterior soviética.

El viraje antifascista, que se consuma y recibe carácter oficial en 1935, va acompañado por la declaración de Stalin a Pierre Laval, en el momento de la firma del pacto franco-soviético.[333] Stalin, con el sobrio estilo que es habitual en él, aprueba allí «la política de defensa nacional de Francia para mantener sus fuerzas armadas según lo requiera su seguridad». La breve frase confirma por parte del lado soviético la reorientación de la «lucha por la paz» y provoca un verdadero revuelo en la vida pública francesa y, en especial, en las relaciones del PCF y de la iz-

quierda. En su aspecto anecdótico, el asunto tiene el atractivo teatral de las sorpresas y de los cambios súbitos: *L'Humanité*, al hablar de los militares, abandona los insultos y publica, en cambio, comentarios sobre el «ejército republicano». Pero en lo que el asunto tiene de importante, constituye un retoque fundamental a la imagen del comunismo en la opinión francesa.

Ese retoque tiene dos partes: una de ellas se refiere a la ruptura con el pacifismo «duro», y la otra al avance de un pacifismo unitario, e incluso nacional, a través del antifascismo.

A partir de ese 15 de mayo de 1935 y hasta 1939, el PCF rompe abiertamente con los militantes del antimilitarismo y de la paz a cualquier precio, así sea el de hacer concesiones a Hitler. Los que siguen obsesionados ante todo por la lucha contra el Tratado de Versalles, por la batalla contra su propia burguesía y su propio ejército se encuentran en adelante apartados de la órbita del partido, y a menudo son sus adversarios. En el pacto (que sin embargo es tan vago) concluido con Stalin, los militantes de la paz ven renacer la alianza rusa que precedió a la guerra de 1914; en la renuncia a combatir los presupuestos militares de Francia, ven el retorno de la «Unión sagrada».

Se opondrán cada vez más a la guerra contra Hitler sin ceder un ápice en sus posiciones, incluso cuando se precisen las ambiciones de Hitler y la probabilidad de la guerra. Están persuadidos de que se puede «aplacar» al canciller alemán por medio de la negociación, aunque solo fuera porque también él impugna las consecuencias del Tratado de Versalles, y en este sentido son los intérpretes de una verdadera corriente de opinión de la izquierda, que prevalece sobre todo entre los maestros, cuyo sindicato dominan. Por otra parte —lo que resulta tristemente sintomático de la época—, su lucidez ante Stalin crece en la misma medida que sus ilusiones sobre Hitler, pues dejan de ser amigos del comunismo soviético para convertirse en sus detractores. Y lo primero que denuncian es su tiranía. Los pacifis-

tas también sospechan que lo inevitable de la guerra con Hitler, que recusan tan apasionadamente, forma parte de los cálculos de Stalin, y que la verdadera meta del secretario general es orientar la amenaza nazi hacia el Oeste. En las capillas del antimilitarismo como en el Sindicato de Maestros, en lo que queda del sindicalismo revolucionario como entre los discípulos de Alain, las palabras cuidadosamente sopesadas de Stalin a Laval son la señal del inicio de la guerra. Todo el mundo sigue siendo antihitleriano, pero coloca la paz por encima de la cruzada contra el fascismo.

La fuerza del Partido Comunista, ante ataques de ese género, consiste en defender su nueva línea, también *en nombre de la paz*. Esa nueva línea, a su vez, consiste en no disociar la lucha antifascista y el combate por la paz. Por lo demás, este ya había sido el lema del movimiento de Amsterdam-Pleyel; solo que en aquella época el fascismo no era específicamente alemán, sino la tendencia de todo imperialismo, comenzando por las potencias victoriosas de 1918. En 1925 el fascismo encontró un país propicio, Alemania, y un nombre propio, Hitler. ¿Cómo la opinión francesa, por muy cansada que estuviese de los horrores de la guerra, pudo ignorar esta manifiesta germanización del fascismo? Al darle carácter oficial al rearme alemán, al aumentar los riesgos de un nuevo conflicto, la conquista del poder absoluto por parte de Hitler también ha hecho más indispensable la lucha por la conservación de la paz. En 1932, cuando la Internacional comunista hablaba de la inminencia de un ataque imperialista contra la URSS,[334] solo creían en ella, bajo palabra, los convencidos de antemano. No es que la situación de entonces no hubiese podido alimentar el pesimismo; pero ningún francés podía imaginar que se hallaba en vísperas de una movilización armada contra la URSS. En 1935, por el contrario, la Alemania nazi hace revivir una imagen más familiar de la guerra: los recuerdos aún están muy frescos. Por ello los franceses

se muestran más decididos a conjurar ese trágico recomienzo al que no pueden dejar de temer, aunque Hitler declare que tampoco él lo quiere.[335] Y, por lo mismo, la nueva situación alemana otorga a la lucha por la paz la credibilidad que nunca pudo otorgarle la denuncia del imperialismo francés. El PCF, adosado a la SDN, como la URSS, e imbuido de un nuevo respeto al orden internacional y a los tratados firmados por Francia, en adelante ejecutará sus melodías pacifistas en un tono más burgués.

Los nuevos adversarios del PCF, a los que pronto se une Doriot,[336] el expulsado de 1934, lo acusan de acceder de antemano a la guerra por interposición del tratado franco-soviético. La sospecha no es absurda, pues se percata con bastante claridad de los planes de Stalin y del origen mismo del viraje comunista. Pero, por otro lado, la Unión Soviética se ha unido a la SDN; ha adquirido un certificado de buena conducta internacional y parece que se ha adherido a la diplomacia de «seguridad colectiva» que constituye el acervo común de Herriot y de Blum en materia de política exterior. Finalmente, el fascismo, este eterno merodeador de los alrededores del capitalismo, ha encontrado su encarnación principal en el enemigo hereditario de Francia: la Alemania vencida en 1918 que, no obstante, ha vuelto a ser la Alemania de siempre. Estas constituyen otras tantas razones que permiten darle a la defensa de la paz un contenido no solo antifascista, sino también nacional. El adjetivo «nacional», prohibido durante tanto tiempo y que sigue pareciendo sospechoso cuando no tiene valor de anatema en la extrema izquierda pacifista, les servirá a los comunistas franceses para forjarse un arma nueva. No tendrán que hacer sino adaptarla a la lucha de clases para evitar exponerse al reproche de no tener ya enemigos en el interior: estos, al mismo tiempo, contra todo lo que cabría esperar, pero obedeciendo a una es-

pecie de necesidad a la vez retórica y «objetiva», se transforman en los «hitlerianos franceses».

Mera invención comunista, el «hitlerismo» francés es, en efecto, casi imposible de encontrar en la vida política francesa anterior a 1939. Lo que más se le asemeja es el PPF de Doriot, en los años 1938-1939, después de que la mayor parte de sus luminarias, Drieu, Pucheu y Jouvenel, salieron de él. La existencia misma de un verdadero fascismo francés es puesta en duda las más de las veces por los historiadores de este periodo. En cambio, lo que sí resulta evidente es la existencia de un «campo magnético»,[337] de la ideología fascista, principalmente en su modalidad mussoliniana, en la política francesa: es posible hacer su inventario y calcular sus efectos entre las Cruces de Fuego del coronel de La Rocque, en la derecha, así como entre los neosocialistas de Déat, los «frontistas» de Bergery, o los tránsfugas del comunismo, como Doriot, en la izquierda. La vida intelectual ofrece por su parte muchos testimonios, pero en otro plano. En el orden político, la admiración y la imitación del nacionalsocialismo chocan con las limitaciones de la situación nacional e internacional: los franceses, vencedores frágiles del último conflicto, no sienten inclinación por el belicismo nacionalista, y Hitler es el enemigo potencial de su patria en una guerra de revancha, cuyas pasiones se dedica a agitar su régimen. Del mismo modo, el nacionalsocialismo no se erige con verdadero carácter paradigmático ante quienes detestan al unísono el liberalismo, el parlamentarismo o el comunismo. Lo que le gana, no digamos amigos, pero sí al menos espectadores indulgentes; recibe su sustento principal de la idea de pactar con Hitler: pero esto es lo que también le impide existir como movimiento fascista, al privarlo de la pugna nacionalista.

En la otra orilla, los comunistas se han puesto el atuendo nacional. Todavía tienen que mostrar carta blanca en materia de democracia; pero esto no es tan fácil, *a priori*, para un partido

que constituye una sección de la Internacional comunista. Los grandes procesos de Moscú, que comienzan en 1936, mostrarán una especie de escaparate del terror. La existencia de una vasta represión, cuyos golpes se dirigen a personalidades de renombre, es menos fácil de ocultar que la liquidación del *kulak* ucraniano algunos años antes.

Un recurso de primera mano para refutar estos hechos consiste en hacer referencia a la radicalización del combate: el nazismo no distingue entre sus adversarios. Hitler liquidó de un solo golpe el Partido Comunista Alemán y la República de Weimar. Metió en el mismo saco a comunistas y demócratas, a todos los partidos juntos. Mejor aún: al empezar por quebrantar a los primeros, Hitler mostró que la persecución anticomunista allanaba el camino a la liquidación de la democracia. Al mismo tiempo que otorgó esta lúgubre preferencia, en sus primeros campos de concentración, a los militantes comunistas alemanes, dio al Komintern una carta de triunfo estratégica e ideológica, al simplificar el combate en solo dos bandos: el fascismo y el antifascismo. La identificación de la democracia liberal y del marxismo —tan familiar al pensamiento alemán, tan fundamental en la ideología nazi— recibió de los acontecimientos de 1933 una especie de confirmación, incluso en el espíritu de quienes la juzgaban incoherente o absurda. Hitler terminó por imponerla aun a sus enemigos, reuniéndolos a su pesar contra él. Si marxistas y demócratas liberales son perseguidos por igual, ¿no es esta una señal de que comparten algo más importante que sus desacuerdos? Por lo menos, ¿no es la señal de que deben unirse ante un adversario común? En general, los demócratas no reflexionan demasiado sobre el aspecto filosófico de la primera pregunta; ellos prefieren aprovechar las facilidades que les ofrece la segunda: el apremio de las circunstancias bien vale la absolución a la incoherencia de los principios. Además, los comunistas suelen maniobrar políticamente en forma de-

masiado sutil para llevar más lejos de lo necesario la discusión sobre el orden constitucional o el pluralismo democrático. Por esta razón, la reunión de demócratas y comunistas frente a Hitler y sus supuestos cómplices en Francia se constituye, al principio, en tomo de una negación: la causa del antifascismo abriga indistintamente a partidos y hombres que tienen ideas opuestas sobre la democracia.

Sin embargo, esta negación efectúa ya una primera reintegración del comunismo al orden democrático en la medida en que da por sentado que este forma parte de aquel. Para concebir esto, basta separar liberalismo y democracia, según una corriente que le resulta familiar al genio nacional desde la Revolución francesa. Así, el antifascismo también puede proporcionar, en una modalidad más elaborada que la simple reacción de defensa, un comienzo de respuesta a la pregunta filosófica sobre la democracia moderna. Al simplificar el universo político en dos bandos, conduce implícitamente a la idea de que uno de ellos, el que lucha contra Hitler, no congrega a simples aliados de ocasión que difieren en todo, unidos solo por las circunstancias, sino a hombres que representan dos épocas del mismo movimiento de emancipación: la democracia burguesa y la democracia proletaria. La idea de esta articulación cronológica forma parte del patrimonio socialista. Es verdad que Blum y sus amigos, en el momento del Congreso de Tours, se han negado a extender este beneficio a los bolcheviques y han preferido la libertad a la unidad. Sin embargo, no han clausurado el debate sobre las relaciones del régimen soviético con la democracia. Aun en la época en que los comunistas franceses trazan con el mayor rigor posible la línea que los separa del mundo capitalista, batallando sin cesar contra la izquierda del mundo burgués, contra los socialistas y contra radicales, muchos elementos de esta izquierda continuaron tratándolos como hermanos lejanos, pero no perdidos.

Echemos una mirada retrospectiva al Congreso Nacional de 1927 de la Liga de los Derechos del Hombre, verdadero santuario de la República y de los republicanos. El orden del día llama a un debate sobre «los principios de la democracia».[338] Esta es una manera de volver a la eterna polémica francesa sobre las relaciones entre la libertad y la igualdad, entre los derechos formales y los derechos reales o, asimismo, entre la democracia y la revolución. ¿Se puede dar «vacaciones» a la legalidad republicana —pregunta un delegado de la sección de Courbevoie— en nombre de los progresos de la igualdad o del socialismo? La pregunta hace resurgir el espectro de la «dictadura del proletariado» a la que sigue hostil la mayor parte de esos republicanos, en nombre de la libertad y los derechos del hombre. Pero el presidente de la liga, el viejo *dreyfusard* Víctor Basch, no puede decidirse a hacer una profesión de fe tan legalista, y concluye la discusión ofreciendo a la República —sí, aun a la República— un porvenir revolucionario:

> *Digo que al partir, no de principios políticos —no nos dejaremos arrastrar a ese terreno—, sino al partir de los principios de libertad e igualdad que son nuestros, los principios mismos de 1789, la insurrección puede llegar a ser para nosotros el más sagrado de los derechos y el más indispensable de los deberes.*
>
> *¡Ah, camaradas, no temamos a la palabra revolución! Démosnos cuenta de que toda revolución implica necesariamente unas «vacaciones» de la legalidad. (Aplausos).*
>
> *Nosotros hemos nacido de la Revolución, nuestra República ha nacido de una revolución. ¿Creéis, pues, que la época de las revoluciones se ha ido para siempre?... Porque una clase haya adquirido, gracias a esa revolución, el lugar que tenía razones para reivindicar, ¿podéis creer que las clases que no se beneficiaron de la Revolución se contentarán eternamente con el lugar humilde que les ha asignado la actual organización social? ¡No! No creáis nada de eso...*

La revolución: he aquí probablemente la palabra clave que une a esos demócratas de la Liga de los Derechos del Hombre con la experiencia soviética, aun cuando conocen (un poco) y critican su carácter despótico. En efecto, los demócratas comparten con los bolcheviques rusos el recuerdo del origen revolucionario de la democracia francesa. Por más que ese origen esté ya lejano, no ha dejado de resurgir del pasado, atraído por

las ocasiones de reencarnación que los acontecimientos no han dejado de ofrecerle a su leyenda. De este modo, la política revolucionaria de estilo francés ha acompañado toda la historia de Francia y de la Europa continental durante el siglo XIX, como lo mostraron con máxima claridad los acontecimientos de 1848. Esa política no dejó de acudir a la cita con el bolchevismo ruso, y ya hemos visto hasta qué punto la izquierda francesa de la inmediata posguerra, a su vez, se representó la Revolución de Octubre a través del prisma de 1793.

Ello obedece a que la Revolución francesa ofrece el carácter excepcional de contar con un desenvolvimiento sumamente fecundo y complejo, de modo que puede ser reclamada como precedente aun por quienes han tratado de negar su herencia. Para un marxista y aún más para un marxista-leninista, nadie puede dudar de que la Revolución francesa señala el advenimiento de la burguesía y de su cortejo de ilusiones políticas. Sin embargo, también engendró el jacobinismo; pero este constituyó su momento heroico, en tanto que el burgués solo consideró lo útil. En efecto, el jacobinismo es una tensión extrema de la voluntad, mientras que el burgués prefiere lo económico a lo político; el primero opuso su carácter de aventura igualitaria a los sueños de riqueza del burgués; por último, la democracia sin libertad del jacobinismo contrasta con el deseo del burgués de hacer lo que se le antoja. El episodio jacobino rehabilita la guillotina en nombre de la salvación pública, y la justifica por anticipado en nombre de la igualdad. Gracias a él, la Revolución francesa se hizo de los elementos de su propia superación, y por ello puede reinar aún sobre los siglos que la siguen.

El bolchevismo ruso del decenio de 1920, como también, por cierto, los comunistas franceses, nunca dejó de referirse al ejemplo jacobino: fácil sería mostrarlo por la frecuencia con que aparece esta referencia en *L'Humanité*, incluso en los periodos más sectarios de la historia del PCF. Esto no es nada raro si

concebimos el jacobinismo como un precedente del bolchevismo en el orden de la dictadura terrorista ejercida en nombre del pueblo: antes de ser condenada como «democracia totalitaria» por los historiadores de la segunda mitad del siglo,[339] la democracia jacobina fue celebrada ora como dictadura de salvación pública,[340] ora como prefiguración efímera del poder del pueblo concentrado contra sus enemigos del exterior y del interior.[341] En ambos casos, sobre todo en el segundo, el precedente de 1793 resulta indispensable para legitimar la «dictadura del proletariado», tal como Lenin, auténtico Robespierre del proletariado, la concibe y la pone en práctica por medio del terror a partir de 1918.

Pero el 1793 ruso no concluye con la guerra civil ni con la guerra extranjera. La dictadura terrorista del Partido Bolchevique sobrevive a su victoria y a la eliminación de sus enemigos. Al tiempo que se perpetúa como poder absoluto, fundado sobre la ideología y el temor, cada vez más monolítico y cada vez más en manos de un solo hombre, se lanza a aventuras sin precedente, como la colectivización de los campos. Ya no lucha contra sus enemigos: los inventa para liquidarlos. Con ello, conforme pasa el tiempo y el régimen soviético afirma su omnipotencia, tiende a perder una parte de su legitimidad «jacobina» a medida que se consolida. Por más que Moscú evoque de cuando en cuando, entre 1927 y 1932, la «inminencia» de una guerra antisoviética, la consigna tiene por resultado, antes bien, movilizar por doquier a la extrema izquierda revolucionaria contra cada una de las burguesías imperialistas, más que recrear, en favor de la URSS, una situación de salvación pública.

Esta situación, una vez más, será Hitler quien se la ofrezca como regalo a Stalin, en virtud de las amenazas que hace contra la URSS en cuanto llega al poder. No es que el nuevo canciller alemán al punto se lance a competir agresivamente en el terreno de la política exterior: antes bien, hace lo contrario. Pero

el proceso de Leipzig lo muestra como espectáculo ante el mundo, como el personaje central de la lucha contra el comunismo internacional. Stalin toma en cuenta lo que los dirigentes ingleses y franceses se negarán a ver durante largo tiempo: que esta vez, con Hitler, lo que viene es la guerra, y que ahí se decidirá el destino de la URSS, según las modalidades que adopte el conflicto. De allí que hable, como si tal cosa, de la salvación pública, y que en el oeste de Europa, sobre todo en Francia, los adversarios de Hitler crean escuchar acentos ya familiares. Si la lucha de Hitler y de Stalin es, una vez más, la de la revolución y la contrarrevolución, ¿cómo podrían ignorarse uno al otro?

Stalin habla de la escalada de los peligros exteriores, de la agudización de la lucha de clases en el interior, de la «purga» de los traidores, de la movilización general para salvar a la patria socialista: esos temas «jacobinos» ocultan el terror de masas, desencadenado por órdenes suyas desde 1935 y que no tiene nada que ver con la defensa del país ante la Alemania nazi. Mas, para los militantes de una izquierda francesa habituada a justificar el Terror jacobino en nombre de las conjuras de la contrarrevolución, ¿cómo podría dejar de surtir efecto la perorata de Stalin? Al entrar en uno de sus peores periodos, el totalitarismo estalinista encuentra una parte del apoyo que recibe —o del entusiasmo que despierta— en esta «analogía» histórica. Desde 1918, el pretexto de las circunstancias había servido para idealizar el carácter de la Revolución rusa. A mediados de los años treinta, el papel es renovado, en un escenario mucho más vasto, debido a la amenaza del nazismo. Al satanizar el comunismo, al designarlo como el enemigo por excelencia, Hitler lo convierte en amigo de los demócratas: el odio que siente contra él avala la legitimidad democrática de su adversario. Así como Francia tiene pacifistas fascistizantes, también tendrá demócratas comunizantes.

El sentido más profundo de la ideología antifascista elaborada por los hombres del Komintern consiste, sin duda, en que esgrime como argumento la división bipolar del mundo político planteada por el nazismo para forjarse contra él un arma decisiva. Por obra de Hitler, la Unión Soviética se encuentra en el bando de la libertad. No basta que por la fuerza de las cosas la URSS se haya convertido en la aliada natural de las democracias. La lógica de la ideología también exige que sea democrática: no como Francia, puesto que es comunista, sino más aún, ya que ha suprimido el capitalismo. La izquierda francesa no tiene que ir muy lejos a buscar un nombre en su tradición para bautizar a una nación que intenta construir un nuevo orden social y que debe defenderse contra potencias reaccionarias, a saber: democracia revolucionaria. Si los soviéticos no pueden darse todos los lujos de la libertad es precisamente a causa de esta situación. A una revolución gangrenada de tiempo atrás por el terror burocrático, Hitler le ha devuelto la inocencia de sus comienzos.

Incluso sobre los grandes procesos de Moscú,[342] un poco después, se proyectará una luz que los hará verosímiles, despojándolos de su extravagante y misteriosa novedad: también ellos tienen precedentes en la Revolución francesa. Antes que Stalin, Robespierre tuvo que desenmascarar a los enemigos de la Revolución, ocultos en el seno de la misma. Abramos, por ejemplo, un librito publicado en 1937 por el historiador comunista Jean Bruhat, intitulado *Le Châtiment des espions et des traîtres sous la Révolution française*.[343] La obra se inicia con una evocación del peligro de guerra que pesa sobre la Unión Soviética, a causa del cerco capitalista, y con unas citas de Stalin sobre la comparación de las conjuras antisoviéticas con las intrigas extranjeras urdidas contra la Francia revolucionaria. En ambos casos se trata del mismo fenómeno: la «conspiración del extranjero» compra personalidades revolucionarias para sabo-

tear la revolución. El proceso de Danton por Robespierre acaba de ser reconstruido por Mathiez, quien no ve en él otra cosa que el castigo de un traidor y de un hombre corrompido, en manos de la justicia revolucionaria. El protector del traidor Dumouriez es el antepasado de los Zinóviev y los Kámenev, y Saint-Just es un justiciero, como Vishinski. Para que no quepa duda sobre lo que está pensando, Bruhat pasa revista a los generales de la Revolución francesa ejecutados por «traición». De ahí a Tujachevski y a su complicidad con los nazis no hay más que un paso, que no tarda en darse:

> *¿Por qué lo que fue verdad en 1793 habría de considerarse una calumnia odiosa en 1937? ¿Cree alguien que las potencias fascistas no sienten hacia la Primera República obrera y campesina un odio tan violento como el que animaba a los Estados feudales contra la Revolución francesa?*[344]

Es así como la melodía del antifascismo se interpreta sobre un doble teclado: por una parte está destinada a reunir contra Hitler (y, accesoriamente, contra Mussolini) no solo a la izquierda comunista y socialista, sino también a los demócratas e incluso a los patriotas; en suma, a esta enorme e imprecisa nebulosa que el vocabulario del Komintern llama las «masas populares». Por otra parte, debe tener por centro la unidad de la clase obrera y por guías a los partidos comunistas, dado que el fascismo no es más que una modalidad política tardía del capitalismo: en consecuencia, su extirpación definitiva presupone que se pondrá fin a la dominación del capital. La táctica de proselitismo antifascista forma parte, a largo plazo, pues, de una estrategia revolucionaria: esto se verá claramente después de la guerra en los países de la Europa central y oriental que, bajo esa bandera, se transformarán en «democracias populares». Pero incluye, asimismo, una primera fase defensiva, consagrada a vencer al fascismo con la ayuda de todos los demócratas, e incluso puede abarcar, en un momento de ambigüedad propicia y según el grado de iniciación de los combatientes, todas las variantes de la gama «democrática» en el sentido en que los mar-

xistas entienden esta última: desde la defensa de la República, de los derechos del hombre y de las libertades, hasta el combate por el modelo soviético, en el que supuestamente esas consignas carecen de significado, puesto, que allí no existe ya la lucha de clases. En las manifestaciones de masas, las consignas de defensa antifascistas sustituyen al viejo «por doquier los soviets» del proletariado parisiense. Sin embargo, el objetivo final, no se ha perdido de vista. La idea de «democracia revolucionaria», que los comunistas franceses exhuman de 1793, viene como anillo al dedo para ocultar las ambigüedades de un antifascismo a la vez liberal y antiliberal, defensivo y conquistador, republicano y comunista.

En este libro no se pretende hacer la historia propiamente dicha del Frente Popular en Francia. Lo que me propongo comprender es otra cosa, a saber: la situación y la estrategia que lo hicieron posible, así como el conjunto de representaciones políticas que le hicieron el momento más brillante de la izquierda francesa entre las dos guerras. En el ejemplo francés es donde el historiador ve encarnar con mayor claridad el viraje de la política del Komintern en 1934-1935, y donde capta en toda su complejidad el sentido del antifascismo, a la vez como la ideología sucedánea del comunismo y como el cimiento de la recuperada unidad de la izquierda.

En aquellos años, la victoria del nacionalsocialismo en Alemania vino a añadir sus efectos a la crisis francesa: a la crisis económica, que se desencadenó más tarde que en los Estados Unidos o en Alemania, pero que no veía llegar el fin; a la crisis política, latente y rodeada de habladurías, que hicieron patente los acontecimientos de febrero de 1934 y cuyo síntoma más notorio fue el antiparlamentarismo, tan difundido entre la izquierda como entre la derecha. Pero acaso esa victoria nos remita a un mal más general aún, y que es de orden nacional. Insuficientemente resguardada por una victoria cuyos beneficios

teme perder sin querer en cambio aceptar sus condiciones, Francia es una nación privada de voluntad, ante una Alemania empeñada en recuperar la suya. De esta desigualdad de condiciones proviene una gran parte de la fascinación que el fascismo ejerce sobre la política francesa… y, por consiguiente, también por el antifascismo.

Las ideas fascistas —por ejemplo, el desprecio al régimen parlamentario o la crítica al Individualismo burgués, o la exaltación de la comunidad nacional— flotan en el aire de la época. Se cruzan con temas añejos en la derecha y en la izquierda francesas. En la derecha —por ejemplo, en las ligas—, esas ideas tropiezan con el ánimo antialemán, y en la izquierda se topan con el apego a la República. Pero en ambos extremos efectúan un lento trabajo de disgregación, sin asegurarle a nadie un equilibrio ideológico estable. Por ejemplo, ni siquiera el antifascismo militante de un Bergery resistirá a partir de 1933-1934 la tentación de imitar inconscientemente los métodos de lucha y de propaganda fascistas. Al tener su punto de partida en el apoyo al movimiento de Amsterdam-Pleyel, el político radical se deslizará poco a poco de las filas del Frente Popular hacia las de los simpatizantes del fascismo italiano y de quienes buscan la paz a cualquier precio.[345] Christian Jelen ha sido el cronista idóneo de las ambigüedades del pacifismo francés de los años de preguerra, pues mezcla ¡la extrema izquierda con la extrema derecha![346] Ahora bien, solo hay que considerar al Partido Socialista de Léon Blum, dividido desde 1920 entre la intransigencia doctrinaria y la participación en gobiernos burgueses: ese partido debe seguir siendo marxista para no ceder demasiado terreno de su izquierda a su rival comunista; pero con ello se impide gobernar con el Partido Radical; dejando impotente a la izquierda, por ejemplo después de las elecciones de 1924 y de 1932.[347] A partir de 1933, el partido de Blum conoció la escisión de los «neos», que imprime en su seno el en-

frentamiento característico entre un socialismo de unidad nacional y un socialismo de tradición obrera. Si en 1936 gobierna la Francia del Frente Popular, el hecho es que el Partido Socialista no tuvo la iniciativa del movimiento. Léon Blum encontró en el antifascismo una razón bastante apremiante para gobernar por fin o, mejor dicho, para «ejercer» el poder,[348] según sus propios términos. No obstante, se apartará de los comunistas en la cuestión de la guerra de España: su partido seguirá siendo fundamentalmente pacifista, y sin tentarse mucho el corazón aprobará los acuerdos de Munich.

Por el contrario, el Partido Comunista ha hecho del antifascismo su doble, y su estrategia solo tiene este objeto: tanto así que forma un solo cuerpo con la revolución. El hecho de que el partido esté ligado por una connivencia estrecha a la defensa de la Unión Soviética no es algo que escandalice a sus militantes. Por el contrario: el antifascismo no es sino el nombre internacional de la fidelidad a la patria de los trabajadores. De suerte que los comunistas viven protegidos de los efectos contagiosos del fascismo, y también prevenidos contra toda debilidad al respecto. Lo que hay de verdad en la crítica fascista del diputado corrompido o del especulador capitalista lo han aprendido en el leninismo. Desde hace mucho tiempo los comunistas se han albergado en esos inmuebles doctrinales, de modo que son inmunes a la turbia pasión de la «comunidad» que ha azotado a Alemania y que tal vez amenaza a Francia, dado que ellos pretenden ser los únicos amos de esta pasión. Los fascistas son sus mayores enemigos, debido a que han penetrado en su terreno; pero también son sus últimos enemigos, pues les abren las puertas de la revolución final. «¡Bien has cavado, viejo topo!», había dicho Marx en otras circunstancias.[349] El topo tampoco lo hizo mal en el siglo XX: ofreció al comunismo estalinista la bandera del antifascismo. De esta ocasión tan bien explotada

por los herederos de Lenin, la victoria del Frente Popular en Francia dejaría recuerdos memorables.

Desde que existe, el Komintern ha perdido casi todas sus batallas, sea en Europa, sea en el Extremo Oriente.[350] La revolución alemana, que durante todo el tiempo fue su pensamiento prioritario, ha fracasado una y otra vez: en 1918, en 1923 y, por fin, cuando la crisis económica mundial acabó con su misma posibilidad. La cuestión llega a su término con Hitler. La primavera francesa de 1936 invierte la corriente. El electorado da una clara mayoría a los candidatos de los tres partidos unidos en el Frente Popular. Entre ellos, distingue particularmente a los comunistas, que logran los mayores progresos en relación con los resultados de 1932.[351] Este triunfo constituye una especie de justicia, pues el Frente Popular es hijo suyo. Quince años después de la escisión de Tours, después de tantas purgas internas y de tanta verborrea revolucionaria, el Partido Comunista Francés por fin se ha encontrado con «las masas». Sus consignas se han cruzado con sus aspiraciones políticas.

Sin embargo, una victoria electoral constituye, según la buena doctrina leninista, una prueba demasiado burguesa para ser significativa. Más que en los sufragios, la fuerza del partido se mide por su influencia en la clase obrera y la disciplina de sus cuadros. En el segundo punto ya no queda nada por hacer: el aparato está constituido, es controlado y verificado, y ya no se moverá apenas. Mas para el primer punto, el año de 1936 sigue siendo decisivo: no me refiero a las elecciones de abril-mayo, sino a las huelgas de junio.

No obstante, los acontecimientos, por sí mismos, no proceden de una iniciativa comunista. Los primeros paros laborales, acompañados de la ocupación de las fábricas, ocurrieron desde antes de mediados de mayo en el sector metalúrgico en Toulouse y en París. Desencadenados por solidaridad con los obreros despedidos por haberse declarado en huelga en la jornada

del 1º de mayo, esos movimientos no tardan en obtener la victoria. En las semanas siguientes, el movimiento cunde, sobre todo a partir del lunes 25 de mayo, en la secuela de una vasta manifestación ante el Muro de los Federados. Si el homenaje tradicional a los fusilados de la Comuna reúne a centenas de miles de obreros parisienses es porque se deja invadir por la atmósfera excepcional que genera la victoria electoral de los candidatos del Frente Popular el 3 de mayo. La Francia de la izquierda vive en estado de gracia, y la clase obrera constituye su centro: los dos partidos que reclaman a esta Francia como obra suya están a la cabeza de un movimiento unitario. El primero de ellos, el Partido Comunista, se la arroga porque a él le corresponde la iniciativa; el segundo, el Partido Socialista, porque él aportó los grandes batallones. Es la primera vez en la historia de Francia que el proletariado obrero también es honrado, y puesto por el voto de los franceses en la vanguardia de la nación: ya no es el personaje trágico de una insurrección efímera, como en junio de 1848 o en la primavera de 1871, sino el pionero de una coalición llamada por el sufragio universal a gobernar la República. Este sentimiento sutil y poderoso de una fuerza por fin unida y liberada ocupa un lugar importante en el extraordinario contagio del movimiento huelguista de fines de mayo y comienzos de junio de 1936, en el momento preciso en que Léon Blum forma su gobierno. La clase obrera, la gran olvidada de la Tercera República, hace su entrada espectacular en la historia de Francia, a la que infunde un poco del espíritu de febrero de 1848.

No hay comentador más profundo de la época, vista desde este ángulo, que una joven filósofa que deliberadamente quiso conocer desde el interior la desdicha de la «condición obrera». [352] Normalista, con un título en filosofía, Simone Weil arde desde muy joven en los dos dones que la consumirán: la inteligencia filosófica y la compasión. Muy joven, conoció *La Révo-*

lution prolétarienne de Monatte y lo que quedaba del sindicalismo revolucionario. Fue amiga de Suvarin. Profesora del Liceo du Puy en 1931, no tardó en relacionarse con el medio local del sindicalismo obrero, pues se contrató en un taller de ajustes durante 1934-1935. Su «Diario de fábrica», que ella lleva cotidianamente, forma el mejor testimonio que hay sobre la miseria material y moral del trabajo obrero en la Francia de esos años: hostigado por el capataz, embrutecido por el ritmo de trabajo, humillado por la cadena de mando, el proletario se hunde en la alienación. Al ser prisionero del carácter fragmentario de la producción, ni siquiera ve lo que hace. Simone Weil describe, en pleno siglo XX, la condición del proletario del siglo XIX, agravada por el taylorismo. En términos rousseauístas, ve allí la negación de la naturaleza humana del hombre:

> *Nada paraliza más el pensamiento que la sensación de inferioridad necesariamente impuesta por los embates cotidianos de la pobreza, de la subordinación y de la dependencia. Lo primero que hay que hacer por ellos [los obreros de las fábricas modernas], es ayudarlos a recuperar o a conservar, según el caso, el sentimiento de su dignidad.*[353]

No es que Simone Weil sea revolucionaria: su espíritu es demasiado religioso para depositar esperanzas irracionales aquí en la tierra. La compasión no oscurece jamás su pensamiento, y esta santa en busca de una fe no deja de argumentar como un lógico. Además, no espera nada bueno del comunismo, cuya verdadera naturaleza ha adivinado, y, sin embargo, el espíritu de clase le parece un medio de progreso, en la medida en que libera al obrero de la sumisión aceptada y lo lleva a la libertad. Simone Weil desea apasionadamente ser útil. En los seis primeros meses de 1936 mantiene una correspondencia extraordinaria con un director de fábrica, que tiene un poco de sentido social. Por medio de sus cartas quiere convencer a su interlocutor de que le confíe la educación de sus 800 obreros, mientras la contrata a ella en la categoría más humilde de su fábrica.

Pero ese proyecto de un diario cultural de fábrica que ella habría redactado para convertirlo en instrumento del orgullo

recuperado del obrero, es destrozado en junio de 1936 bajo el peso de la realidad de la lucha de clases. Pocos días después de «los acuerdos Matignon»,[354] Simone Weil participa a su interlocutor la alegría que sintió al seguir el movimiento y el triunfo de las huelgas. No es que ella aguarde un cambio en el orden político:

> *En cuanto al porvenir, nadie sabe lo que aportará, ni si la victoria obrera actual habrá constituido a fin de cuentas una etapa hacia un régimen totalitario comunista o hacia un régimen totalitario fascista o (lo que espero, ay, sin creer en ello) hacia un régimen no totalitario.*[355]

Pero ese pesimismo lúcido sobre la época va acompañado en ella por una verdadera alegría moral ante el espectáculo de la inversión de las fuerzas que provocaron las huelgas:

> *... Si ese movimiento huelguista ha provocado en mí una alegría pura (alegría pronto remplazada, por lo demás, por la angustia que no me abandona ya desde la época lejana en que comprendí hacia qué catástrofes íbamos), no solo es en interés de los obreros, sino también en interés de los patrones. No pienso en este momento en el interés material..., sino en el interés moral, en la salvación del alma. Creo que es bueno para los oprimidos haber podido durante algunos días afirmar su existencia, levantar la cabeza, imponer su voluntad, obtener las ventajas debidas a otra cosa que a una generosidad condescendiente. Y creo que es no menos bueno para los jefes —para la salvación de su alma— haber tenido, a su vez, por una ocasión en la vida, que plegarse ante la fuerza y sufrir una humillación. Estoy gozosa por ellos.*[356]

La gran Simone Weil, que es sin duda la voz más original de esta época, presta atención a lo que constituye con seguridad la más grande emoción colectiva ligada a la victoria del Frente Popular: la incorporación triunfal de los obreros en la política nacional. La filósofa ha reconocido las fuentes a la vez cristianas y democráticas de su emoción: los obreros se han reapropiado su humanidad por medio de la rebelión. La mayoría de sus contemporáneos, cuando no se dejan arrastrar por el pánico de clase, experimentan o expresan los mismos sentimientos de un modo menos elaborado, pero no por ello menos sincero: ora como historia, ora como ideología.

La Tercera República no fue benévola con los obreros. No nació, como su predecesora, de un impulso de fraternidad so-

cial; al contrario, surgió como resultado de un cálculo conservador, en la secuela de la terrible represión efectuada en las calles de París en nombre del orden burgués. El hombre que disparó contra la Comuna también fue el fundador de la República. Sus sucesores casi no han prestado atención a la particularidad de la cuestión obrera: para ellos, los franceses solo existen definidos por la igualdad ciudadana y el patriotismo común a todos. Pese a los esfuerzos de Jaurès, el movimiento obrero volvió a florecer en Francia menos a través de la alianza con una izquierda republicana que en la forma de un socialismo o de un sindicalismo de clase, trátese de la versión guesdista (orientación a la vez marxista y patriótica que le imprimió al socialismo Jules Guesde. [E.]) o de la anarcosindicalista. Por lo demás, Clemenceau, el radical, no se muestra más favorable a esa alianza que Jules Ferry, el oportunista: en la memoria obrera, Ferry es el responsable de las matanzas de Draveil y de Villeneuve-Saint-Georges.[357] Por último, la Unión sagrada de 1914, concertada sobre la tumba apenas cerrada de Jaurès, no fue más que una alianza forzada del movimiento obrero con el belicismo republicano: su verdadero carácter se puso de manifiesto en el transcurso de los años terribles, pues el socialismo francés no cesa, a partir de 1917, de orientarse hacia la búsqueda de una paz de compromiso, mientras que la política inversa —la victoria a cualquier precio— encuentra a su hombre en el más jacobino de los republicanos.

La República ha ganado la guerra, pero la victoria no ha impedido el exilio obrero en el interior de la nación. Por el contrario, desde el Congreso de Tours, este exilio encuentra un intérprete privilegiado en el joven Partido Comunista Francés. Este, nacido como reacción contra la Unión sagrada, obsesionado por la desviación «derechista», desconfiado de los intelectuales y vigilando celosamente su composición proletaria, no deja de hacer hincapié en lo que lo separa radicalmente de

los partidos burgueses y de sus cómplices, los socialistas. En un país como Francia, dotado de una vasta y antigua cultura democrática, el partido afirma la supremacía de la revolución obrera, como absolutamente distinta de la democracia burguesa, y dependiente por entero de su acción. En ese sentido la enseñanza leninista, repetida incansablemente por el Komintern, pugna por una tradición obrerista preexistente. Le ha dado a esta, con el marxismo bolchevique, algo más que un ejemplo y una doctrina; en efecto, le ha proporcionado una cultura y un partido, en virtud de los cuales el mesianismo obrero ha adoptado la fisonomía de una ciencia y de un porvenir. También los socialistas quieren ser un partido proletario, y no están dispuestos a ceder el monopolio del adjetivo a sus hermanos enemigos. Pero todos los diputados socialistas son burgueses; su revolución resulta cada vez más problemática y carece de precedentes conocidos; por último, nadie los ve en las fábricas.

Esto puede parecer aceptable en junio de 1936. No es que los comunistas se encuentren en el origen directo del movimiento, demasiado amplio para haber sido desencadenado por la instigación de un solo partido. Sí, en cambio, son los únicos en acogerlo, en organizarlo, en tomarlo con la mano como si la historia acudiera por fin al encuentro de su prédica. Las elecciones de abril-mayo proporcionan a los comunistas la influencia de un gran partido. Y, lo que es más importante a sus ojos, de pronto las huelgas los confirman como los dirigentes del mundo obrero, del cual pretenden, desde Tours, ser los únicos representantes auténticos. De modo que los comunistas resultan ser los beneficiarios más notorios de los dos grandes acontecimientos del «Frente Popular» en Francia. Por un lado, se incorporan en la política nacional, aun cuando se niegan a participar en el gobierno de Blum en calidad de contingente lateral movilizado de la coalición antifascista victoriosa, por otro, enmarcan a los centenares de miles de huelguistas que ocupan sus fá-

bricas con la alegría de una fuerza recuperada, pero se abstienen de hacerlo en nombre de la dictadura del proletariado.

Lo paradójico de la situación se debe a que el comunismo estalinista arraiga en Francia a través de acontecimientos ajenos a su programa, es decir, por medio de elecciones democráticas y de huelgas reivindicativas. En el momento en que el antifascismo le hace don, en las dos vueltas del escrutinio, de un amplio electorado socialista e incluso burgués, el triunfo de las huelgas de junio le permite dilatar su vocación obrera en el marco de la unión antifascista. El Partido Comunista gana así en ambos tableros, a la vez como partido «democrático» y como partido leninista. Nunca le han faltado buenas referencias revolucionarias, y no las pierde en la aventura de 1936, que lo despoja de su carácter un tanto conspirador sin debilitar empero su promesa. Instalado por derecho propio en el séquito de los recuerdos, de los sentimientos y de las pasiones inseparables de las victorias de 1936, el partido le ha dado al mesianismo obrero (cuyo guardián es él ahora más que nunca) un nuevo contenido histórico.

Poco importa que el Frente Popular en Francia probablemente no haya estado, por su acción, a la altura de su brillo entre la opinión: de hecho, ni su política económica, ni su política militar, ni su política exterior supieron responder verdaderamente a las necesidades del momento, y, por otra parte, los más grandes recuerdos que ha dejado son de orden social. Pero, en fin, la victoria de una izquierda unida en 1936, y el primer gobierno de nuestra historia dirigido por un socialista han servido para establecer un contraste con la rutina harto mediocre de la política francesa, y tampoco es cualquier cosa haber cambiado la condición moral y material de la clase obrera en la nación. En este sentido, 1936 constituye una fecha clave en la historia intelectual de la izquierda francesa, y en la del PCF en el interior de la izquierda. Ese primer séquito de recuerdos felices, in-

separable de la unidad obrera y de la congregación popular en tomo de ella, constituirá durante un cuarto de siglo un capital político que los comunistas franceses no dejarán de alimentar y del cual podrán abastecerse a manos llenas. Las victorias que ellos hicieron posibles en Francia bien valen el olvido o la ignorancia de los horrores que promueven en la URSS. Mejor aún: hacen que estos resulten casi inconcebibles. Al rechazar la revolución en Francia en favor de las 40 horas de trabajo y de las vacaciones pagadas, el partido ha devuelto a la Revolución soviética un carácter benevolente. La misma mitología obrera acoge el progreso social y la dictadura totalitaria, los acordeones del Frente Popular y los asesinatos de la NKVD.

Por la misma época del Frente Popular francés, los acontecimientos de España constituirán la segunda gran prueba para la nueva línea política del Komintern. Paradójicamente, la guerra civil provocada por la insurrección militar de julio de 1936 causará los primeros desacuerdos públicos en el interior del Frente Popular francés, al mismo tiempo que permitirá al antifascismo comunista aumentar su resonancia internacional.

En la cuestión española toma cuerpo una crisis internacional, a la cual le da un contenido ideológico aparentemente límpido, tomado del enfrentamiento de los partidos en el escenario local. La izquierda española ha ganado —con pocos votos, pero en muchos escaños— las elecciones de febrero de 1936. Aun cuando se halla muy fragmentada, pues solo tiene como punto de unión el voto electoral (con excepción de los anarcosindicalistas), constituye el primer éxito de un «Frente Popular» en Europa. De allí que la derecha reaccione con la movilización, con falangistas y militares a la cabeza, apoyándose en las fuerzas sociales reaccionarias, así como el desencadenamiento de la ofensiva franquista del 17 de julio de 1936. En este cuadro simplificado, pero fiel a la marcha de los acontecimien-

tos, hay todo para animar el gran escenario Kominterniano del fascismo y del antifascismo.

Hitler y Mussolini no dejan, por cierto, de aportar la prueba, apoyando públicamente al general Franco y dándole casi inmediatamente, en agosto, ayuda militar en hombres y en material bélico. De suerte que los progresos de Franco van ligados a los éxitos de Hitler, así como sus retrocesos consagrarán la victoria común de la democracia y del comunismo, unidos bajo la bandera del antifascismo. Stalin inscribe sin dificultad su política en el contexto ideológico que constituye su propiedad desde 1934: afirma el apoyo de la URSS a la República española, a la cual envía, al comienzo del otoño, consejeros político-militares y material bélico, mientras que el Komintern toma la iniciativa de las «Brigadas Internacionales». Pero Inglaterra y Francia deciden, por el contrario, seguir una política de no intervención, junto con un embargo internacional a las armas destinadas a España.

Esta disparidad de actitudes entre la URSS, por una parte, y las democracias occidentales, por otra, presenta en favor de la URSS una ventaja moral: en efecto, da a la política soviética la apariencia de una perfecta correspondencia entre sus palabras y sus actos. Más aún: la inscribe en un espacio de solidaridad democrática internacional que le amerita, ante la izquierda europea, un certificado de buena conducta: resulta que después de haber denunciado durante largo tiempo como mentira imperialista la política de «seguridad colectiva», ¡ahora la «patria de los trabajadores» se excede en sus obligaciones en este renglón! por el contrario, el pobre Léon Blum, jefe de un gobierno de Frente Popular, parece traicionar sus ideas mientras que es prisionero a la vez del pacifismo de la opinión pública en Francia y de la alianza inglesa. Por la política llamada de «no intervención» debe resignarse a abandonar sin gloria a la República española, y a mantener oculto lo poco que deja hacer en su fa-

vor. A su izquierda, ¡el PCF le da lecciones de democracia internacional! Se puede ver en lo absurdo de esta situación, que el jefe de la izquierda francesa padece como un tormento moral, hasta qué punto la idea antifascista, en su falsa simplicidad, funciona también como una trampa.

Ello es porque ni la política internacional ni la situación española se deben por completo a la oposición entre fascismo y antifascismo. A causa de España, la segunda Guerra Mundial extiende su amenaza a toda Europa, y esto cada quien lo comprende en grado variable. Pero el peligro avanza por medio de tres protagonistas, no de dos: Hitler, Stalin y las democracias. Los dirigentes ingleses, cuyas decisiones dominan la política exterior francesa, tienen sus razones para negarse a ayudar a la República española: al ser conservadores, no les gusta demasiado el retintín revolucionario que les llega de España, y menos aún la idea de verse arrastrados prematuramente a un enfrentamiento con Hitler. Mientras que Stalin, dando el ejemplo de ayuda a España, espera crear una situación que obligue a los ingleses a intervenir, así sea indirectamente (levantando el embargo a las armas, por ejemplo), de modo que contribuyan, en el escenario internacional, a lo que sería un retroceso de Alemania. Pero los ingleses, que de todas maneras no abrigan la esperanza de una República liberal en Madrid, no tienen ninguna prisa por intervenir al lado de Stalin contra Hitler.

Para los ingleses, la derrota de los franquistas en España significaría un avance del comunismo en Europa. El gobierno conservador, y por buenas razones, no se siente interesado por la alternativa fascismo-antifascismo, lo que le permite hacerse unas ilusiones peligrosas sobre el nuevo régimen alemán, si bien por otra parte contribuye a mantener cómodamente sus prejuicios realistas sobre el comunismo. La política inglesa de no intervención se sitúa en el cruce de esos dos estados de espíritu, como comprobación de una impotencia que se ha resig-

nado a aceptar, a falta de una opción claramente conforme al interés nacional. Extendida a Francia, esa política de no intervención choca allí, por el contrario, con las ideas y las promesas que constituyeron los fundamentos del gobierno del Frente Popular. Solo pocos meses después de su victoria, en virtud de su consentimiento a la no intervención en España, Léon Blum rompe, en opinión de los comunistas, la unión antifascista que lo había llevado a esa victoria. No tardarán en hacérselo saber.

Desde esta época, los comunistas no dejaron de contrastar la actitud de la URSS y la de las democracias occidentales para con la República española. La actitud de la URSS hacía gala de una solidaridad infalible, a la vez de parte del Estado soviético y del Komintern, por intermediación de las Brigadas Internacionales. La actitud de las democracias, por el contrario, se caracterizaba por el cobarde abandono de la libertad en España, so pretexto de un embargo ficticio, con el que contribuía a allanar el camino a la victoria de Hitler y de Mussolini por interposición del franquismo. A través de esta interpretación, la guerra de España se transformó en el paradigma del acontecimiento clave de los años treinta, dado que en él ya se enfrentaban, en un primer conflicto, las fuerzas internacionales del fascismo con las de la libertad. Las democracias del Oeste no acudieron a esta cita, mientras que la Unión Soviética acudió con hombres, armas y aparatosos toques de clarín. El antifascismo comunista forja a la vez su historia y su leyenda.

Veamos la parte de verdad que hay detrás de la mitología. La no intervención habría podido ser una política no solo prudente, sino eficaz, a condición de ser aplicada a todos. Pero al no suceder así, no fue más que el disfraz de la debilidad o de una semicomplicidad con Franco y sus protectores extranjeros. Esto nos remite de nuevo a la causa básica de la actitud inglesa, fundada sobre una pasión anticomunista más fuerte que la desconfianza hacia el nazismo alemán. No es que los conservado-

res ingleses se equivoquen en absoluto al ser anticomunistas: lo triste de toda esta historia, cuya amargura persiste, es que los ingleses son lúcidos ante Stalin por razones fútiles, mientras que otros son ciegos por razones generosas. Pero su culpa, ante Hitler, está en permitir que este anticomunismo domine su política exterior. Los conservadores ingleses cometen un error inverso al de los demócratas que son procomunistas porque son antifascistas: se inclinan (en mayor o menor grado) hacia las potencias fascistas porque son anticomunistas o, más exactamente, porque son poco proclives a los debates ideológicos y quieren manifestar a Stalin que no se dejarán arrastrar a un conflicto con Hitler, y a Hitler quieren hacerle saber que su verdadero enemigo está en el Este. Por no saber jerarquizar a sus enemigos, los ingleses quisieran verlos aniquilarse el uno al otro. Este modo de sentir no es desconocido en París, sobre todo en la derecha, aun si Léon Blum no participa de él: a causa de la no intervención en España, el jefe del gobierno del Frente Popular, alineándose con Londres, se apoya —sin alegría, pero sin mucho vacilar— en el pacifismo de la izquierda. Sea como fuere, está seguro de que esta política a la vez hipócrita y arriesgada fue un símbolo notorio, durante tres largos años, de la flaqueza moral de las democracias frente al fascismo, lo que explica una buena parte de su fracaso político y militar.

Esta melancólica comprobación no agota el asunto de la no intervención; a lo sumo, explica sus peores causas. Pero existen otras que son mejores y que se deben, a la vez, a la naturaleza de la guerra de España y a las ambigüedades del antifascismo comunista.

La España de la época ocupa desde hace algunos siglos la periferia política de Europa: encerrada en su pasado, excéntrica, violenta, España ha seguido siendo un país católico, aristocrático y pobre, en que el Antiguo Régimen sigue siendo poderoso, alimentando contra él las pasiones revolucionarias. La monar-

quía se ha desacreditado allí por una sucesión de malos reyes; se teme al ejército como a un instrumento de dictadura, y la democracia representativa no tiene un fuerte apoyo social. La propia unidad nacional es problemática, y a la diversidad de los partidos nacionales se añade la de los separatismos catalán y vasco. Las elecciones de febrero de 1936 dieron a ese cuadro a la vez arcaico y diverso la apariencia engañosa de la simplicidad: por una parte, por la división en dos bandos, uno en pro y otro en contra del Frente Popular y, por la otra, por el efecto de semejanza con la situación francesa de la misma época. A partir de julio, la guerra civil le dará un carácter definitivo a esta división con los sacrificios de los combatientes y la sangre derramada, como si la vieja España no retornara al centro de la historia europea, tras un larguísimo exilio, sino para ser símbolo y campo de batalla de las ideologías del siglo XX. La intervención de las dictaduras fascistas al lado de Franco valdrá como confirmación de este extraño y brusco encuentro de las pasiones europeas del siglo XX con la España del siglo XIX.[358]

Cabe señalar que la España de 1936 es uno de los países de Europa que menos pueden ser comprendidos por medio de la oposición fascismo-antifascismo. La insurrección de julio de 1936 es una revuelta del ejército, apoyada por la Iglesia católica, los monárquicos, los terratenientes y todo lo que en España figura como fuerza tradicionalista. Lo que tiene de propiamente «fascista» se debe a lo que queda de la Falange de Primo de Rivera y de su programa social.[359] Pero esta «izquierda» del franquismo pronto será despojada de toda influencia, al mismo tiempo, por cierto, que la derecha legitimista. La nueva Falange, nacida de los progresos de la insurrección, acompañará a la victoria, pero no será su punta de lanza. En cuanto a Franco, ¿qué jefe hay menos carismático, menos comparable al *Duce* o al *Führer*, que ese general ni más ni menos conocido que sus iguales, oligarca astuto, Luis XI de la contrarrevolución, tan

poco dotado para conmover a las masas? Hitler y Mussolini no lo han reconocido como uno de los suyos, pero no han dejado escapar la ocasión de extender su influencia por el sur de Europa y de poner a prueba, por la interposición de España, la voluntad franco-inglesa. El mismo Franco, por cierto, algunos años después, no sentirá para con Hitler o Mussolini la obligación de corresponder a su solidaridad. Al permanecer al margen de la segunda Guerra Mundial, Franco relativiza a la vez lo que lo ha ligado al fascismo y el alcance internacional de su victoria.

Si pasamos al otro bando, ¡cuántas ideas y partidos contradictorios vemos bajo el signo del antifascismo! Para comenzar, el vasto movimiento anarquista español, representado por la FAI (Federación Anarquista Ibérica), tan influyente en el interior de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), ha rechazado por conservador el programa del Frente Popular, mientras deja a sus fieles en libertad de apoyarlo con sus votos. Con esto, el gobierno que ha brotado de las elecciones y en que dominan los republicanos del centro y de la izquierda no ejerce ningún dominio sobre el movimiento social que sigue, como en Francia, al triunfo electoral. Más aún que en Francia, ¡el pequeño pueblo obrero y campesino alberga tantos motivos de venganza! La terrible represión que siguió a la insurrección obrera de Asturias aún está muy cercana. Pero a diferencia de Francia, el gobierno español es impotente para poner fin a las huelgas obreras y a las ocupaciones de tierras por los campesinos. Se trata de una revolución social libertaria y vagamente milenarista, muy conforme al genio del anarquismo español, y a la cual impulsa también el poderoso sindicato dirigido por los socialistas de izquierda, la UGT (Unión General de los Trabajadores), hostil a la alianza del movimiento obrero con los republicanos liberales. El pequeño Partido Comunista, que apenas sale de su periodo de «clase contra clase», navega lo mejor que pue-

de entre la revolución y el gobierno del Frente Popular, sin influir gran cosa sobre el curso de los acontecimientos.

Sin embargo, la insurrección militar de julio, fiel a la inclinación de la derecha europea en el siglo, se justificó esgrimiendo la necesidad de salvar a España del comunismo: en el caso español, la amenaza comunista —inexistente— sirve de pretexto a una contrarrevolución de corte clásico. Pero también sirve para designar una verdadera revolución popular a la cual da nuevas fuerzas la rebelión del ejército. España ofrece el espectáculo de un conflicto más antiguo que el del fascismo y del antifascismo: sobre su suelo se enfrentan la revolución y la contrarrevolución.

En efecto, el levantamiento militar radicaliza en sentido inverso el movimiento social y acentúa su carácter revolucionario, justo en el momento en que el nuevo gobierno republicano, por muy moderado que sea, no tiene otra opción que la de apoyarse sobre las organizaciones populares, los sindicatos y los partidos. En efecto, le faltan todos los medios: el ejército, la mayor parte de las fuerzas de policía y una parte considerable de la administración se han alineado con los rebeldes. El gobierno republicano, pues, se ve obligado a dejar actuar, en lugar de un Estado abandonado, a un personal improvisado, definido más por su decisión de combatir a Franco y a sus fieles que por su competencia o su disciplina. Es la hora en que las milicias armadas del anarquismo o del sindicalismo revolucionario españoles hacen reinar el orden en las grandes ciudades que han permanecido leales; el tiempo en que innumerables comités populares aceleran la organización de una autogestión campesina sobre las tierras arrancadas a los grandes propietarios. La España aristocrática y burguesa se oculta, cuando no simpatiza de corazón con la causa de los insurgentes. La Iglesia católica paga casi por doquier el precio de su connivencia con el Antiguo Régimen. El gobierno del profesor José Giral casi no tiene

más que poder nominal. Los comités y las milicias de la CNT o de la UGT han tomado a su cargo la salvación de la República en nombre de la revolución.

Pero esta revolución, que el levantamiento del ejército lleva a la incandescencia, tiene múltiples caras. Los anarquistas, hijos de Bakunin y del sindicalismo revolucionario, son fuertes, sobre todo en Cataluña y en Andalucía, y quieren realizar ahí el ensayo violento de una sociedad de pequeñas comunidades de autogestión y autónomas, convocadas a federarse libremente en el sector regional o nacional para intercambiar sus productos. Las iglesias serán cerradas, como otros tantos símbolos del oscurantismo, y sustituidas por una enseñanza universal, destinada a regenerar a los hombres por la libertad y la fraternidad. Esta utopía, que renace del siglo XIX, no tiene nada que pueda atraer a los socialistas, por no hablar siquiera de los comunistas. Los primeros se encuentran, como en otras partes, divididos entre una derecha que mira hacia el centro y una izquierda que se orienta al bolchevismo: el viejo reformista Largo Caballero se cree un Lenin español, y las Juventudes Socialistas han entrado en el engranaje de la fusión con las Juventudes Comunistas. El Partido Comunista Español, aún escaso en militantes y electores, acaba de ser tomado otra vez de la mano por los enviados de Moscú, como sucede en todas las secciones de la Internacional. También ese partido tuvo la iniciativa del Frente Popular, vencedor en febrero. En la efervescencia revolucionaria enarbola una política de defensa republicana. A esta diversidad centrífuga de las fuerzas políticas aún cabe añadir las condiciones de autonomía acordadas a las provincias católicas y reaccionarias, como el País Vasco o Navarra, y lo imprevisible del comportamiento catalán: en Cataluña, en efecto, la burguesía media y pequeña, urbana y rural, se encuentra confinada entre la pugna anarquista y la centralización madrileña.

Si observamos la situación a partir de esas semanas de julio de 1936, el tablero político español no parece ofrecer otra salida a la revolución española, en caso de victoria republicana, que una segunda guerra civil destinada a señalar a los verdaderos vencedores de la primera: los anarquistas, los trotskistas, los socialistas, los comunistas, e incluso los separatistas sujetos a diversas consignas. En el momento en que se deshace abiertamente la unidad de la República debido a la rebelión del ejército, la crisis nacional saca a flote las múltiples Españas nacidas de los conflictos acumulados generación tras generación. Detrás de la aparente simplicidad de los dos bandos —el sable y el hisopo por una parte, los obreros y los campesinos por la otra — ha llegado la hora, casi por doquier, de la dislocación y de los poderes improvisados que se ejercen a punta de fusil, con su séquito de violencias y de asesinatos. A esta multitud de pequeñas repúblicas revolucionarias o contrarrevolucionarias, la referencia al fascismo y al antifascismo les da al menos un sentido ideológico unificado.

El estandarte del «fascismo» le da a la contrarrevolución española visos de modernidad y una promesa de victoria. A la revolución española, el estandarte del antifascismo le da todo lo que puede tener de unidad. Sin embargo, la primera agrupa ante todo un ejército y una Iglesia tradicionalistas. La segunda, en cambio, congrega fuerzas heterogéneas y hasta hostiles unas a otras; pero casi todas revolucionarias pese a encontrarse divididas sin remisión a causa de la ambición que comparten. En el verano, la ayuda italiana y alemana a Franco, seguida por la movilización del Komintern en el sentido inverso, confina a la guerra civil a dos lenguajes totalitarios. A partir de ese momento, España se convierte en el foco de la política soviética y de la acción del Komintern. En efecto, no habrá mejor observatorio que ella para considerar la naturaleza de la nueva estrategia antifascista.

¿Qué fue lo que quiso Stalin? En aquella época, estaba obsesionado por el aislamiento, pues quería evitar ante todo que la Unión Soviética tuviera que enfrentarse sola a una agresión de la Alemania hitleriana. El tratado firmado con Francia el año anterior no era sino una débil garantía, dado que no incluía cláusulas militares. Si dicho tratado representaba una maniobra de política interior del lado francés, por el lado soviético era tanto un aviso destinado a Hitler como un compromiso al lado de Francia. Stalin adivinó el juego de los conservadores ingleses y de una parte de la derecha francesa, tanto más fácilmente cuanto que tenía las mismas intenciones que ellos, pero en sentido inverso: era hacia el Occidente hacia donde quería desviar la tormenta hitleriana. La guerra civil española le ofrece la ocasión para ello, pues por poco que se internacionalice, fijará la atención de las potencias fascistas en el extremo Oeste, con buenas probabilidades de comprometer al menos a Francia, donde la izquierda está en el poder. Pero será necesario que esa guerra dure y, por tanto, que la República reciba medios complementarios para combatir. Si Franco gana, a la postre habrá dado a la batalla entre fascismo y antifascismo un punto de asentamiento lejano, sin mayor riesgo para la URSS. Si pierde, dejará una República española exangüe, que se habrá convertido en un satélite de la URSS y en calderilla de la que puede echar mano en cualquier ocasión oportuna. En ambos casos, España es, a bajo precio, el escaparate antifascista de la propaganda soviética, al mismo tiempo que un mensaje cifrado a Hitler.

Por un lado, a finales de agosto, Stalin se adhiere al pacto de no intervención, para no separarse de la comunidad internacional y especialmente de las potencias del Oeste. Pero por el otro, no respeta más las condiciones del pacto que los alemanes o los italianos, cuyas primeras entregas de armas y de aviones a España, desde comienzos del mes de agosto, sin duda fueron

decisivas en el éxito inicial de la insurrección. Al mismo tiempo que Stalin firma el pacto, se aprovecha de su carácter ficticio para intervenir, enviando por su parte hombres antes que armas, y tantos políticos como militares. En el momento preciso en que se celebra en Moscú el primer proceso de los viejos bolcheviques en que son condenados a muerte Kámenev y Zinóviev, la República española es invadida por una nutrida misión soviética, en Barcelona y en Madrid.

Desde entonces, la intervención soviética en España responde a un doble objetivo, político y militar. En el plano militar, se trata de contener el avance del ejército insurgente, amo ya de la mitad noroeste de España y de Andalucía. La Unión Soviética ha proporcionado —o, mejor dicho, vendido, a cambio del oro del Tesoro español— armas, aviones, carros blindados, que llegarán en octubre. El Komintern ha organizado las Brigadas Internacionales. En noviembre, las columnas franquistas son detenidas a las puertas de Madrid. Los encarnizados combates alrededor de Madrid, en el invierno de 1936-1937, ponen de manifiesto un equilibrio de fuerzas que promete una guerra larga.

Entonces también sale a flote la cuestión del precio reclamado por Stalin como pago de una deuda: se trata de una especie de privilegio acordado a sus hombres por la España republicana en la dirección del país. Este aspecto del asunto español ha sido tabú durante largo tiempo, y lo sigue siendo aún, en cierta medida, aunque haya sido objeto de testimonios múltiples y de numerosos estudios. No obstante, fue pasado en silencio[360] debido a que enturbiaba la imagen del comunismo antifascista. En realidad, la ayuda prestada a España por Stalin y el Komintern fue acompañada por una intromisión creciente en la política del gobierno español. Desde octubre de 1936, el personal soviético es integrado e instalado por doquier del territorio español en la forma habitual, mitad pública, mitad clandestina: embajada, NKVD, asesores militares y civiles, simpatizantes te-

leguiados. Ese personal dirige las Brigadas Internacionales, que están al mando de Kominternianos confirmados; y dirige, asimismo, el Partido Comunista Español que, siendo muy pequeño, se ha vuelto importante a causa del apoyo dado por Moscú a la República. En esas circunstancias, en septiembre de 1936, el débil Giral, expuesto a todos los vientos de la revolución española, cede la silla de jefe de gobierno al viejo socialista Largo Caballero, de cuya retórica gusta bastante el público español. Si bien Largo Caballero logra restablecer un mínimo de unidad en la dirección del país, en cambio no es lo bastante dócil en opinión de los comunistas: sobre todo, se opone a la fusión de los partidos socialista y comunista, la cual es una técnica kominterniana que llegaría a tener un gran futuro, pero que en su primer ensayo fracasa. Desde entonces, el destino de Largo Caballero está decidido.

La estrategia comunista está hecha de dos movimientos, en apariencia contradictorios y en realidad complementarios: celebra la reunión antifascista, y la unión de mayores alcances de todos los republicanos, desde los obreros revolucionarios hasta los burgueses liberales. De allí los llamados a un gobierno central fuerte, como conductor del esfuerzo bélico, y a una política social moderada, condición de la unión de clases. Esto permite medir la distancia que separa a los comunistas de los anarquistas —una vez que se han confundido todos los matices— y, ante todo, el espacio que media entre los primeros y los partidarios intransigentes de la autogestión obrera y campesina, así como de la devolución de los grandes predios a las comunidades, para no hablar siquiera de quienes incendian iglesias. Pero el PCE detesta más aún, si cabe, la pugna revolucionaria de los militantes que han pasado por el comunismo y se han separado de él decepcionados pero sin perder su llama subversiva: tal es el caso de los hombres del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), nacido en septiembre de 1935 de la fusión de dos

grupos disidentes del comunismo, y donde aún se encuentran antiguos sobrevivientes del trotskismo.[361] Ello representa un encuentro embarazoso, para los enviados de Stalin, a la hora del primer proceso de Moscú.

Pero, por lo menos, no se les dificulta justificar su condenación del izquierdismo en nombre de la necesidad de la unión de los republicanos. Lo apremiante de la hora parece darles la razón. En realidad, su política incluye un segundo movimiento, enmascarado tras la salvación pública, a saber, el dominio de esta República que han venido a defender. Hay que leer los dos libros de Burnett Bolloten para formarse una idea de la penetración comunista en el aparato del Estado republicano español, así como de la creciente subordinación de dicho Estado a los representantes de la URSS, a partir del otoño de 1936. Existe en España un gobierno soviético en miniatura, en cuya cúspide se encuentra el hombre de la NKVD, Orlov,[362] quien recibe órdenes directamente de Yezhov y de Stalin, y las hace ejecutar por intermediación de una dilatada red de instituciones de pantalla y de asociados o de cómplices resignados: la no intervención franco-inglesa sitúa a Stalin en una condición de monopolio del chantaje de la ayuda militar a España. El socorro a esta sirve de mampara a una satelización de España.

En esta operación todo lleva la huella de Stalin, mezcla de brutalidad y de prudencia. Él no corrió los riesgos, como lo hizo Mussolini, de una intervención abierta: sus servicios secretos son los encargados de comprar y de llevar armas a España, a cambio de dinero (u oro) contante y sonante. Las Brigadas Internacionales dependerán del Komintern. Múltiples consejeros rusos se encaminan a España, pero casi no se les verá al frente, pues es preciso que permanezcan en la sombra. Y además, Stalin impone sus condiciones a un socio débil, acosado por sus enviados y por sus adeptos locales ¿Se trata de nombrar, en noviembre, al comandante supremo del ejército republicano? Será

el general Berzin, uno de los jefes de la misión soviética, que se escuda tras el nombre del general José Miaja, un sujeto débil, vanidoso y poco proclive a la izquierda pero, por ello mismo, tanto más manejable. ¿Hay que nombrar una junta de defensa de Madrid en las horas en que se combate en la Ciudad Universitaria? Será Koltsov, corresponsal de *Pravda*, quien se ocupe de todo, apoyándose en las juventudes social-comunistas. Mejor aún: en mayo de 1937, la sustitución de Caballero por Juan Negrín como jefe de gobierno es, en gran parte, producto de una intriga Soviética. Al viejo líder de la izquierda socialista, no siempre dócil, prefieren los rusos un brillante universitario proveniente de la derecha socialista, más manejable y menos anticomunista que el líder de su grupo, Indalecio Prieto, candidato lógico a ese puesto.

El objetivo de Stalin no es salvar la libertad ni acudir en ayuda de la revolución de España. Acaso tampoco se proponga vencer la insurrección franquista: me inclino a pensar que le basta con impedirle salir victoriosa, con objeto de mantener un foco de atención de la guerra europea que le permita quedarse con una prenda sin exponerse demasiado y atraer la atención de los alemanes hacia el Oeste. Su objetivo es colocar a la España republicana bajo la influencia soviética y hacer de esta España un país «amigo de la URSS». Esta expresión deja en su lugar a la burguesía siempre que esta sea prosoviética. Tal es el «Frente Popular» en su versión del Komintern en la escala internacional. La estrategia utilizada no es defensiva ni ofensiva, sino ambas cosas, pues llegado el momento podrá ofrecer una base de negociación en caso de repliegue o una ocasión de avanzar hacia una «revolución» a la soviética, del género de las que tendrán lugar inmediatamente después de la guerra y en otras circunstancias en la Europa centro-oriental. En 1936, es la hora de la defensiva. Según toda hipótesis, Stalin ha señalado su lugar, aun cuando este se encuentre tan alejado de su patria.

El acontecimiento más característico de la intromisión de Stalin en la República española es la represión que él teleguía desde Moscú contra la izquierda revolucionaria no comunista en Cataluña, en la primavera de 1937, poco antes del ascenso de Negrín a la dirección del gobierno. Estas famosas «jomadas de mayo» en Barcelona han sido descritas por Orwell en su *Homenaje a Cataluña*:[363] desencadenadas por una intentona de los comunistas por adueñarse de la central telefónica controlada por los anarquistas, son la tumba de la revolución española. A partir del día 3, la gran ciudad obrera levanta barricadas mientras que el gobierno catalán, sostenido por la izquierda republicana y los comunistas, defiende más o menos bien los barrios burgueses. La insurrección liberal desborda la CNT y la FAI, que buscan una solución política. Las juventudes anarquistas, el POUM, los trotskistas y los «Amigos de Durruti»[364] la enmarcan como pueden, apelando a la disolución de las autoridades legales y a una Asamblea Constituyente catalana formada a partir de los comités de base. La crisis se resuelve un poco a partir del 5 de mayo por la formación de un nuevo gobierno catalán del que es excluido el ministro del Interior, que había sostenido el ataque contra la central telefónica, pero cuya mentalidad política no es apenas distinta de la del antiguo. Los días 6 y 7, el arribo de tropas enviadas a Barcelona por el gobierno de Valencia pone fin a los combates: la victoria de la burguesía republicana y de los comunistas catalanes se paga, así, con un retroceso del separatismo provincial.

La cuestión que estaba pendiente desde la victoria del Frente Popular Español en febrero de 1936 queda zanjada, pues, en mayo de 1937 en Barcelona, por la victoria de Marx sobre Bakunin, y por el triunfo del «socialismo» —en el sentido más lato— sobre el anarquismo. La diferencia entre febrero de 1936 y mayo de 1937 es que en el ínter ese «socialismo» ha adoptado matices cada vez más comunistas. El pequeño PCE se ha vuelto

grande y poderoso, fortalecido con la coyuntura nacida de la guerra civil, las intervenciones italiana y alemana, la pasividad occidental y la ayuda soviética. Todo ello explica algunas de las peculiaridades de la situación a la que diera lugar su victoria en ese comienzo de mayo de 1937.

Su fuerza creciente en la opinión, sobre todo en el sector moderado, se debe a que el partido se presenta afirmando que lo subordina todo a la victoria sobre Franco, mientras que el antifascismo anarquista, al poner por encima de todo el derrocamiento de la autoridad pública, hace problemáticas la existencia de un Estado y la dirección de la guerra. Sin embargo, este argumento de salvación pública, de que tan a menudo se vale el PCE, solo da cuenta del aspecto público de su acción y no de sus resortes ocultos; pues si se beneficia la imagen de los comunistas españoles con la ayuda soviética a la República, también son intermediarios en la invasión del Estado español por los consejeros soviéticos. La ayuda rusa se mide constantemente por la anuencia de los gobernantes españoles a obedecer los «consejos» de los enviados de Moscú. De esta manera, la República española se ha vuelto progresivamente un país subordinado a su gran aliado, al que ha abierto las puertas del aparato militar, diplomático y policiaco del Estado, ofreciéndole, además, garantía de impunidad para las acciones de sus súbditos.

En todas las historias de la guerra de España, de derecha o de izquierda, podemos leer que esa era la condición de la República en la primavera de 1937. Lo más extraordinario acaso sea la formación de un aparato de represión, directamente dirigido por los servicios soviéticos, y que posee sus procedimientos, sus agentes y sus prisiones, independientes del Estado español. En realidad, todo en la represión que liquida al POUM después de las jornadas de mayo en Barcelona lleva su sello inconfundible: las acusaciones de «hitlero-trostkismo», el objeto de odio

de que es víctima la extrema izquierda, la falsificación de testimonios, las confesiones obtenidas por medio de tortura, los asesinatos. Precisamente a la hora del proceso de Tujachevski, Orlov procede en España como Yezhov en la URSS, ya que posee sus prisiones particulares. De ello es prueba el asesinato, en junio de 1937, de Andrés Nin, viejo bolchevique y luego secretario de Trotski, después fundador de la «Izquierda Comunista» en España y, por último, uno de los líderes del POUM: otras tantas credenciales que lo señalan como víctima idónea de los torturadores y los asesinos de Stalin. En el capítulo de las atrocidades de la guerra civil española, lo que distingue la contribución soviética es el afán deliberado de inscribir a sus víctimas en la misma nómina que la de los procesos de Moscú: el POUM es llamado trotskista, *ergo* hitleriano, *ergo* franquista.

En muchos aspectos, el experimento español es para Stalin más político que militar. Mucho se ha escrito que la guerra de España constituyó el primer laboratorio del conflicto mundial que pronto iba a seguir. Es verdad que allí se experimentaron y se compararon, en uno y otro bando, armas, carros blindados, aviones. Sin embargo, la intervención militar decisiva de Hitler, la *Blitzkrieg*, tiene lugar hasta septiembre de 1939, con la Misión de las *Panzerdivisionen* en la llanura polaca. Por el contrario, lo que está a prueba en España es la técnica política de la «democracia popular», tal como florecerá en la Europa centro-oriental después de 1945.[365] Incluso está presta la teoría según la cual la República democrática española que los comunistas hacen profesión de defender en nombre del antifascismo es, en realidad, una República «de tipo nuevo», de contenido social inédito, aún no del todo proletaria, pero donde las raíces del orden burgués ya han sido destruidas o están en vías de serlo.[366] Lo que no puedo menos que calificar de teoría bizantina, ya que afirma dos cosas contradictorias, a saber: que el comunismo antifascista defiende la democracia burguesa, y que tiende a

suprimirla. Pero, como a menudo ocurre con el lenguaje comunista, esta teoría ofrece el interés de manifestar lo que por otra parte oculta: que el antifascismo «consecuente» implica el advenimiento del predominio político de los comunistas. En ese sentido, no considero que sea acertado escribir, como lo hace Hugh Thomas,[367] que a partir de la derrota anarquista de mayo de 1937 y de la formación del gobierno de Negrín, se enfrentan dos «contrarrevoluciones»: la de Franco y la que anima el Partido Comunista Español, a la sombra del nuevo primer ministro. Esta definición conviene a Franco, pero no al otro bando. Es verdad que los comunistas han sofocado una revolución en Barcelona, mas solo para sustituirla por la suya.

Ahora bien, es verdad que los comunistas españoles no cuentan con el apoyo decisivo de que sus homólogos rumanos, polacos, húngaros y checos se beneficiarán en los años de posguerra: la presencia del Ejército Rojo. Pero esto solo constituye una razón de más para maniatar a la policía, invadir los servicios de seguridad militar, adueñarse del control del Ministerio de la Guerra y de la mayor parte de los comandantes militares en el terreno. No es falso decir que forman la punta de lanza del combate «antifascista»; pero, por eso mismo, la escinden y la debilitan al anteponerle un objetivo que es el suyo particular, constantemente perseguido por medio de la descalificación política o la eliminación física de sus adversarios en su propio bando. Cuando los comunistas se encuentran en la cumbre de su influencia, en la primavera de 1938, en el momento en que se forma el segundo gabinete de Negrín, la situación militar aún no es muy mala, pues los ejércitos republicanos han defendido victoriosamente Valencia y pasarán a la ofensiva sobre el Ebro. Pero la presión comunista, tal vez eficaz para unificar la organización militar, ha terminado por quebrantar el resorte político del antifascismo español. En el momento en que logran expulsar a su viejo adversario, Prieto, del Ministerio de la De-

fensa, los comunistas ya no dominan más que un escenario político poblado de fantasmas: han sofocado la revolución popular, aniquilado al POUM, sometido el separatismo catalán, regimentado el anarquismo, apartado la izquierda y la derecha del Partido Socialista, es decir, a Caballero y a Prieto, respectivamente; obligado a Azaña[368] y a Negrín a seguirlos. Pero la República española ha perdido con ello su llama. La autoridad que finalmente pudo constituir para vencer a Franco es menos republicana que pretotalitaria. «Digo desde hace tiempo —escribe entonces a su hija el dirigente socialista Luis Araquistáin— que en caso de derrota, como en caso de victoria de la República, los socialistas dependientes serán obligados a marchar al exilio. En el primer caso, seremos asesinados por Franco, y en el segundo, por los comunistas».[369]

Está comprobación no disculpa en nada el error de Inglaterra y Francia, de la política llamada de «no intervención», que en realidad fue de pura pasividad. Por el contrario: al cerrar los ojos ante la ayuda italiana y alemana, y al dejar a la España republicana casi tête à tête con Stalin en cuestión de ayuda militar, las democracias occidentales agravaron las condiciones del chantaje soviético a Caballero y Negrín. No veo que proceda retirar los severos juicios que se han hecho a la pasividad anglo-francesa ante Hitler, aun si la parte que corresponde al peso de la opinión pública me parece que por lo general se subestima. La «no intervención» en España, tal como fue practicada por Londres y París, es la sucesora de la cobarde resignación del 7 de marzo de 1936 y prefigura el espíritu de Munich.

Por lo anterior, no se puede deducir de la condenación de la política anglo-francesa la idea de que esta, en lugar de permitir o de sugerir a Hitler una expansión territorial al este (lo que para Francia era particularmente delicado, teniendo en cuenta su sistema de alianzas), hubiera debido participar de la lógica antifascista planteada por Moscú. Una cosa era saber jerarquizar

los peligros y otra sucumbir a los espejismos de la ideología. Los gabinetes de Londres y de París son culpables de haber corrido el riesgo de manipular a Hitler contra Stalin, y no de haber desconfiado de Stalin, dado que el georgiano participa, como ellos, en un doble juego. Se podrá discutir interminablemente qué es lo que Stalin detesta más en su fuero interno: el nacionalsocialismo o las democracias occidentales. Lo seguro es que no se deja engañar por la palabrería pacifista: él sabe, cada vez más, que viene la guerra, y le obsesiona el aislamiento de la URSS. Ahora bien, la hipótesis de una guerra entre potencias imperialistas figura desde siempre en el abecé del comunismo.

También en Moscú, las miradas van hacia Berlín. En sus memorias,[370] el agente soviético Krivitski, que se pasó al Occidente en 1937 después de haber sido «residente» de la NKVD en Holanda, mirando a la Europa del oeste afirma que Stalin, desde 1934, buscaba en realidad un acuerdo con Hitler: su acercamiento a Francia y luego a los Estados de la Europa oriental no habría sido más que un rodeo para mejor alcanzar este objetivo. De hecho, un enviado soviético a Berlín exploró el terreno en febrero de 1937, pero regresó con las manos vacías.[371] En suma, lo menos que puede decirse es que Stalin conserva dos velas encendidas: por lo demás, así lo da a entender desde 1934 y así lo dirá claramente después de Munich. Él sabe bien que la vida internacional de Europa tiene tres polos y no dos, como pretende establecerlo la lógica del antifascismo. El problema es que esos tres polos forman, si se acoplan de dos en dos, tres pares antagónicos, y que, por ello, toda verdadera alianza resulta imposible.

La guerra de España no escapa a esta regla. Inglaterra, seguida por Francia, no quiso meter ni el dedo meñique en este engranaje revolucionario, y menos aún convertirlo en motivo de guerra con Hitler; pero Stalin, por su parte, ha puesto mucha atención para no dejarse arrastrar a un conflicto mayor con el

dictador alemán. Si hemos de creer a Krivitski, Stalin quiere dar a entender a Hitler que él es su mejor interlocutor. Según otra hipótesis, desea atraer a Inglaterra y a Francia a un campo de batalla que, con motivo de una guerra prolongada, pueda «inmovilizar» a un costo controlable por la URSS, y lejos de sus fronteras, lo que la situación internacional tiene de explosivo. Hugh Thomas lo dice en tres frases:

> *El [Stalin] no dejaría que fuera vencida la República, aun si no la ayudara necesariamente a ganar. El desenvolvimiento de la guerra le daría la libertad de actuar en un sentido o en otro. Ni siquiera era imposible que diera lugar a una guerra mundial en la que Francia, Gran Bretaña, Alemania e Italia se destruirían unas a otras, y en que Rusia, que había permanecido al margen, desempeñaría el papel de árbitro.*[372]

Así, en todos esos escenarios, el dominio político de España es una buena carta en la mano soviética.

Sin embargo, la historia se desenvuelve de otra manera, pues relega antes de lo previsto la guerra civil española al segundo plano de la situación internacional. En 1938, la crisis europea se ha desplazado de España a Austria y luego, en el verano, a los Sudetes. Hitler tiene en mente unas maniobras más importantes que la ayuda militar a Franco: en efecto, piensa repatriar a la Legión Cóndor (lo que finalmente no hará). Los ingleses hablan con los italianos. Los franceses también lo hacen, ya que la alianza italiana, deslucida por la intervención en masa de Mussolini en España, es una vieja obsesión del *Quai d'Orsay*. Stalin pone atención a las amenazas de Hitler en la Europa central, y piensa en reducir su compromiso español. El propio Negrín, en España, se ha mostrado accesible con Franco —lo que resulta inútil para una paz de compromiso—: en lugar de esa componenda, el ejército republicano entabla la terrible batalla del Ebro, que culmina en el momento de la crisis de los Sudetes, en septiembre de 1938. La capitulación franco-inglesa en Munich empuja a Stalin a llegar a un acuerdo con Hitler, al que nunca excluyó de su juego. Y ello representa una razón de más para

desembarazarse de España, de lo que es símbolo el retiro de las Brigadas Internacionales en el otoño.

A partir de ese momento, España ya no es, en relación con la tragedia europea, más que un drama secundario, al que se le promete un desenlace inminente. Privada de su resorte revolucionario, incapaz de tener un lenguaje propio, agotada por las violencias cometidas por ella y por sus enemigos, la República de Azaña y de Negrín no se imagina ya otro porvenir que una guerra mundial en que por fin encontraría, a su lado, a Inglaterra y Francia. Pero ni siquiera llegará hasta ahí.[373] No obstante, esta República vencida también es una República legendaria.

Su recuerdo permanece como un tesoro para quienes han perdido todo menos el honor de una justa lid, pues si la República española encarnó desde julio de 1936 los valores de la democracia, la insurrección franquista nunca supo hacer algo parecido en el dominio de lo simbólico. En el bando republicano, como hemos visto, con el paso del tiempo se encuentra todo el repertorio del romanticismo revolucionario europeo: Bakunin y Marx, Sorel y Lenin; hay algo que proviene de los encuentros tardíos con la imaginación social de 1848 que aureola la retórica de la izquierda española. A este universo brillante pero fraccionado por la competencia de las ideas y la rivalidad de los hombres, le aporta Franco, con su golpe de Estado, la apariencia de unidad, debido a que le cede todo el espacio de la democracia, colocado bajo la amenaza de una dictadura militar.

El general nacionalista no tiene nada de lo que en la época dio su encanto al fascismo, y de la dictadura no ofrece más que una versión oligárquica y pasajera. José Primo de Rivera había sido un jefe carismático, y la primera Falange fue una milicia ideológica.[374] Él, Franco, solo es un militar de tradición, y la segunda Falange es un partido del orden. La dictadura que sale victoriosa de la guerra civil se asemeja más a una autocracia reaccionaria respaldada por la Iglesia y los propietarios que a

un poder totalitario conquistado en nombre de las masas populares bajo la bandera de un nacionalismo social. De allí que, predemocrática tanto como antidemocrática, esa dictadura ofrezca un dilatado campo de acción a sus adversarios.

Asimismo, les ofrece un repertorio demasiado conocido para que se pueda creer lo que ella dice, a saber, que solo desea abatir el comunismo. Al hacer resurgir la derecha contrarrevolucionaria, que se muestra hostil al mundo moderno, no puede dejar de amenazar a todos los liberales sin tener, en cambio, la capacidad de atraer a su esfera, como lo hacen los movimientos fascistas, a los que se han decepcionado de la igualdad democrática o del socialismo. A esa característica de ser un orden moral más que una promesa de comunidad debe el franquismo la peculiar naturaleza de su ferocidad. Es verdad que en ningún bando se ha dado cuartel, y los anarquistas o los comunistas, por su parte, han derramado mucha sangre inútil o «inocente». Pero las tropas franquistas bombardean o asesinan en nombre de Dios; han inscrito en sus banderas, al lado de la España eterna, la religión y la propiedad. Incorporan al siglo XX una Edad Media católica ligada al pánico social de los burgueses del siglo XIX. Al mismo tiempo, sus matanzas hacen revivir a menudo sentimientos de hostilidad más antiguos que el antifascismo: la opinión pública de tradición protestante, con Inglaterra y los Estados Unidos a la cabeza, encuentra allí el fantasma de la Inquisición. En Francia, una parte de la *intelligentsia* católica —cuyas figuras de vanguardia son Mauriac y Bernanos— considera con horror este enrolamiento de su fe al servicio del franquismo.

Aún queda por precisar la parte que desempeñara el Komintern en la orquestación ideológica que acompaña a la guerra civil española. Sin duda, fue una parte capital, si pensamos que Münzenberg está por entonces en la cumbre de su arte,[375] y que el acontecimiento le ofrece un motivo casi providencial.

¿Dónde podría mostrar mejor que en España la equivalencia entre antifascismo y democracia? Mussolini y Hitler han acudido al auxilio de Franco para sustituir la República por la dictadura: al mismo tiempo, la intervención soviética adquiere un aire de nobleza al llevar un atuendo democrático que le va por naturaleza. El pequeño poblado de Guernica, hogar inmemorial de las libertades vascas, es destruido por los aviones alemanes de la Legión Cóndor el 26 de abril de 1937: ¿qué mejor ejemplo del carácter del conflicto? Este gran estreno del bombardeo aéreo moderno ilustra la barbarie de una Internacional fascista y, por consiguiente, la necesidad de una solidaridad internacional antifascista. Con motivo de la guerra de España, la Unión Soviética pareció dar una auténtica sustancia universal al internacionalismo.

En realidad, como hemos visto, la URSS no intervino en España como potencia fraternal ni siquiera en nombre de sus intereses o de sus cálculos, sino ante todo, obedeciendo a su inclinación de partido-Estado totalitario; de modo que intervino menos para ayudar a la República que para adueñarse de su control militar y político. Vendió aviones y armas a España, pero también liquidó al POUM, asesinó a Nin y llenó de policías a sueldo el bando republicano. Así, el antifascismo comunista tiene dos caras, ninguna de las cuales es, en este caso, democrática, pues la primera, la de la solidaridad, que ha ennoblecido a tantos combatientes, no deja de ser la máscara tras la cual se efectuaban la conquista del poder y la confiscación de la libertad.

Por eso la leyenda de la guerra de España, tal como se ha transmitido a las generaciones, contiene en igual medida verdad y mentira. En julio de 1936, el antifascismo fue el estandarte de la revolución española antes de ser, menos de un año después, su sudario. Ese ramillete de pasiones democráticas y libertarias se marchitó al extremo de convertirse en un dogma

de doble fondo y prácticas policiacas; se degradó a tal punto que mató la energía republicana so pretexto de organizarla, así como comprometió la causa republicana so capa de defenderla. Pero de esta historia nada se puede confesar, pues habría que deslindar las responsabilidades, a riesgo de debilitar aún más el combate. Apenas de vuelta en Inglaterra después de haberse batido en las tropas del POUM, Orwell escribe en un semanario inglés que la guerra de España produjo «la más abundante cosecha de mentiras desde la Gran Guerra de 1914-1918».[376] Orwell sabe bien lo que dice. Es uno de los rarísimos intelectuales comprometidos del siglo que es capaz de ver y que coloca la realidad por encima de la abstracción.[377] No ingresó en las milicias del POUM sino por recomendación del pequeño partido libertario del que es miembro en Inglaterra, el Independent Labour Party; también habría podido —y en la época sin duda habría preferido— enrolarse en una unidad comunista. Lo que le abre los ojos, antes de ser herido en el frente de Aragon, es haber sido testigo del terror comunista enderezado contra los anarquistas y los militantes del POUM en Barcelona, en la primavera de 1937. Él mismo deberá ocultarse, tras salir del hospital, hasta poder llegar a Francia. Solo o casi solo entre los combatientes extranjeros, y en el silencio general de la prensa de izquierda, Orwell se propone difundir lo que ha presenciado. Seis meses después de su artículo de julio de 1937, precisa lo siguiente:

> *Buen número de personas me han dicho con más o menos franqueza que no se debe decir la verdad sobre lo que ocurre en España y sobre el papel desempeñado por el Partido Comunista, porque ello suscitaría en la opinión pública un prejuicio contra el gobierno español, ayudando así a Franco.*[378]

De esta época data el velo de silencio y de mentira que recubrirá a lo largo de todo este siglo la historia de la guerra de España.

Esto no es decir que el antifascismo, aun en su forma comunista y aun entre militantes comunistas del aparato, no haya

despertado la pasión por la libertad. Evidentemente, lo contrario es lo verdadero, y las Brigadas Internacionales, rigurosamente controladas por Moscú, no esgrimieron consignas de servidumbre ni los combatientes albergaron en su fuero interno sentimientos de duplicidad. A quien quiera saber hasta qué punto hubo un entusiasmo español incluso en el aparato del Komintern le bastará leer las memorias escritas por los combatientes después que se emanciparon del comunismo.[379] El escritor alemán Gustav Regler, por ejemplo, que en las Brigadas Internacionales ha huido del Moscú de la Lubianka y del proceso Kámenev,[380] proclama: «Mientras haya fascistas todos seremos españoles».

El entusiasmo «español» de los militantes no atenúa siquiera un poco la realidad de la política comunista, cuya naturaleza no cambia con la guerra de España. Solo que esta le ofrece un nuevo terreno a la ilusión, así como su primer campo de batalla internacional al antifascismo. Incluso a los decepcionados del comunismo les quedará la gloria de haber emprendido un combate justo contra Franco. Tanto es así que muchos de ellos, felices de haberse comprometido al menos con la mitad de una buena causa, no querrán examinar demasiado de cerca la otra mitad. Fue así como el tabú de la guerra de España, deliberadamente definido como tal por la historiografía estalinista, pudo encontrar cómplices en los recuerdos de los combatientes. En cuanto a los militantes que decidirán romper ese silencio, ya se trate de anarquistas o de viejos disidentes del bolchevismo, víctimas de la represión de 1937-1938, o de los Kominternianos cuyos ojos se abrieron en España, si dicen la verdad sobre la acción de Moscú no solo corren el riesgo de empañar su propia historia: confirmarían, con ello, las tesis del enemigo. El antifascismo comunista se beneficia de la lógica de la guerra, que añade su cuota de sangre a la dialéctica de la lucha de clases.

Malraux, como siempre, ha expresado a la vez la verdad y el mito del caso español, sin tratar de separarlos. Percibió, desde el primer disparo, con qué peso la historia lastraba ese conflicto local situado en la periferia del mundo europeo. Casi 20 años después de los soviets rusos, nacidos en el extremo oriente de Europa, el movimiento obrero español volvió a encender la llama de la revolución en el extremo occidental. Pero había bastado a los bolcheviques saltar de la guerra a la dictadura comunista para borrar del imaginario colectivo el rezago ruso: a la República española, en cambio, no le basta rencarnar la revolución, dado que su imagen no se pliega al modelo soviético. Ahora bien, he aquí a esta República, víctima de la agresión de un general reaccionario, apoyado por Mussolini y por Hitler: semejante República, al articular rígidamente el fascismo a la contrarrevolución, adquiere carácter universal al menos por aquello que combate.

Y se coloca así —provisionalmente al menos— en el centro de los asuntos mundiales. La guerra de julio de 1936 concentra y simplifica las pasiones políticas del siglo: las hace heroicas por la acción armada; las amplifica por el antifascismo a la escala de Europa y del mundo. Por último, reduce la complejidad a dos bandos: fascistas y antifascistas. Malraux intuye el carácter calculador de la dicotomía, tan cara a los soviéticos, al tiempo que lo justifica en nombre de los imperativos de la guerra. En la época en que participa en los comienzos de la guerra de España, a la cabeza de una escuadrilla de voluntarios, aún se encuentra en su periodo comunizante. Pero su temperamento profundo lo lleva a exaltar la voluntad humana que se yergue contra la tragedia de la historia. De este equilibrio provisional va a salir uno de los libros característicos de la época: *L'Espoir*, novela del antifascismo escrita al modo pesimista.

Lo fascinante del libro radica en que une la servidumbre de las armas con la libertad de la democracia. La acción tiene lugar

al comienzo de la guerra, entre el 19 de julio y la defensa victoriosa de Madrid a fines del año: tiempo memorable por excelencia, ya que por ese entonces llega a su punto de efervescencia la pasión revolucionaria que ha seguido a la noticia del levantamiento militar; es el momento del desorden heroico de los comienzos, de la formación de ejércitos de ciudadanos y hasta el de la bendición efímera de la victoria. La Revolución francesa no entró en campaña contra la Europa de los reyes sino tres años después de haber brotado. La revolución española nace casi al mismo tiempo que la guerra, pues los meses que separan el triunfo electoral de la insurrección franquista no constituyen más que un breve prefacio, entre febrero y julio. Por tanto, la revolución española vivirá como un ejército, mientras que el espíritu que la alienta detesta la autoridad. Ella es el gran personaje desgarrado de *L'Espoir*, encarnado por esta escuadrilla cosmopolita, o por esos batallones improvisados que combaten entre Toledo y Madrid.

El principal derecho de la revolución de España para aspirar a la solidaridad de los pueblos no reside en su ser revolucionario: ¡demasiados pensamientos contradictorios se agitan bajo su casco! A esos futuros que se combaten por anticipado en el interior de la guerra antifascista, Malraux les imprime su agilidad de espíritu a través de todo un reparto de combatientes discutidores que él escucha como si fuesen los portavoces de su talento: el siglo del mesianismo político ha encontrado, con él, a sus héroes. Sin embargo, la única sabiduría que el novelista hace surgir de sus diálogos es más antigua, a saber: la verdad eminentemente práctica de la acción.

> *Los comunistas —dice García a Hernández, ante el Alcázar sitiado— quieren hacer algo. Vosotros y los anarquistas, por razones diferentes, queréis ser algo... Es el drama de toda revolución como esta. Los mitos de que vivimos son contradictorios: pacifismo y necesidad de defensa, organización y mitos cristianos, eficacia y justicia, etc. Debemos ordenarlos, transformar nuestro Apocalipsis en ejército, o reventar. Eso es todo.*[381]

O, un poco más adelante: «La acción solo se piensa en términos de acción».

No obstante, Malraux sabe bien que en el siglo XX esta fórmula maquiavélica no vale nada si no va acompañada de un nombre en el orden de las ideas, y de una causa en el orden de las emociones. Al no ser sino una simple negación, ¿es el antifascismo, acaso, esta idea, esta causa? La pregunta da a la novela su tono pesimista, que no solo es un efecto literario, pues Malraux no le da respuesta política ni filosófica. Le basta que la guerra de los republicanos tenga este ingrediente de fraternidad entre los combatientes. Le basta que los eleve por encima de sí mismos, en el ejercicio de pasiones nobles y con valor de gratuidad. Malraux crea unos héroes que hablan en un tono un poco «elevado», pero es insuperable en lo que se podría llamar el «reportaje psicológico»; por ejemplo, cuando describe a tantos hombres sencillos, españoles o voluntarios extranjeros, que en la guerra civil recuperan unos sentimientos olvidados o prescritos. A una izquierda europea que sigue tan profundamente herida por los recuerdos de 1914-1918, la España republicana de *L'Espoir* le devuelve una belicosidad moral y un heroísmo democrático.

El antifascismo no es para Malraux una filosofía revolucionaria: es el estandarte de la reconciliación de los pueblos con la guerra, divinidad del siglo. En las Brigadas Internacionales, que inmortaliza como pintor de la guerra, Malraux elige la milicia del Komintern; celebra la vanguardia de un ejército fraternal que está borrando el recuerdo de la matanza fratricida de 1914:

> *Magnin fue a la ventana: todavía vestidos de civiles pero calzados con botas militares, con sus rostros tercos de comunistas o sus cabellos de intelectuales, viejos polacos con bigotes nietzscheanos y jóvenes con caras de filme soviético, alemanes de cráneo afeitado; argelinos, italianos que tenían un aire de españoles extraviados entre los internacionales, ingleses más pintorescos que todos los demás, franceses que se asemejaban a Maurice Thorez o a Maurice Chevalier, rígidos, no con la afectación de los adolescentes de Madrid, sino por el recuerdo del ejército o el de la guerra que habían hecho unos contra otros, los hombres de las brigadas martilleaban la calle estrecha, sonora co-*

mo un corredor. Se acercaban a los cuarteles, y comenzaron a cantar; y por primera vez en el mundo, los hombres de todas las naciones mezclados en formación de combate cantaban la Internacional.[382]

Así es como Malraux da una voz a la pasión española de la izquierda, en el momento en que Orwell denunciaba ya su mentira.[383] El que quiera comprender las ambigüedades de la guerra antifascista debe leer juntos a ambos autores, como si se tratase de dos profetas de aquello de que España no había ofrecido sino un escenario en miniatura. Por lo demás, el fin de segunda Guerra Mundial encontrará a ambos escritores en sus puestos, desempeñando papeles renovados pero comparables. Uno de ellos verá su antifascismo de 1936 pisoteado por el pacto germano-soviético de 1939; pero reinventará una versión menos frágil en el marco de un gaullismo tardío. El otro, centinela melancólico de la verdad aun a expensas de la acción, quedará como acusador solitario de las mentiras de la guerra, ocultas esta vez bajo las flores de la victoria.

VIII. LA CULTURA ANTIFASCISTA

EL ADVENIMIENTO de Hitler en Alemania y el giro antifascista del Komintern modificaron profundamente el tablero de las fuerzas políticas en Europa. La violencia de los nazis y la estrategia del Frente Popular dictada por Moscú polarizaron la relación derecha/izquierda en torno del fascismo y el comunismo: fue este un periodo capital en la historia política contemporánea, pues él cristalizó por largo tiempo sentimientos e ideas. Francia siguió siendo el mejor observatorio, por razones que dependían a la vez de su tradición y de su debilidad. En el siglo XIX, fue el laboratorio de la política democrática, y sigue siéndolo en el siglo XX: prisionera de sus recuerdos, que los bolcheviques despertaron, no desaprovechó esta ocasión tardía de revivir su historia por medio de cuerpos doctrinales que aún se definían por su relación con 1789 o 1793. Pero Francia ya no era el Estado más poderoso de Europa, a pesar de haber alimentado esa ilusión en 1918, a partir de la victoria de sus ejércitos: albergaba a un pueblo fatigado, una burguesía pusilánime, una vía política estrecha y una diplomacia dependiente. De ahí, sin duda, que se pudiera observar en Francia con singular claridad esa tendencia a la internacionalización de la política interior, característica de esa época. No es que el país haya caído lo bastante bajo para ser el terreno de los enfrentamientos entre comunistas y fascistas: la izquierda estaba lejos de ser mayoritariamente comunista, y la derecha no incluía sino un pequeño número de fascistas auténticos. Pero, al fin, la

izquierda se reagrupó en el Frente Popular —de iniciativa comunista—, y la derecha simpatizó globalmente, si no con el fascismo, al menos con el anticomunismo de los regímenes fascistas. De esta manera, la lucha democrática de los partidos por el poder se acercó a dos fuentes de inspiración antidemocráticas, que se reforzaban por su oposición mutua.

Este rodeo por la situación francesa se acompaña, en mi memoria, de otra elección deliberada: el privilegio que se concedió a los aspectos intelectuales de los debates políticos. No es que nuestro libro esté especialmente consagrado a la irradiación del comunismo entre quienes hacen profesión de pensar o de escribir.[384] Su objeto es más vasto, ya que pretende reconstruir los avatares de la mitología de la URSS y del comunismo en la opinión general. Sin embargo, en el momento de la historia al que hemos llegado, cuando el bolchevismo adquiere una segunda juventud al tiempo que obtiene sus primeros grandes triunfos políticos en el exterior, la consideración particular de los intelectuales ofrece ciertas ventajas: solo ella permite analizar con detalle el batiburrillo de representaciones e ideas que se sustenta en la nueva configuración de las fuerzas políticas. Esta consideración no implica que los intelectuales, en la medida que forman un grupo social distinto, escapen a la ceguera y vean el porvenir mejor que sus contemporáneos: la historia del siglo XX podría probar incluso lo contrario: ¡cuántos intelectuales se adhirieron con tanto entusiasmo a causas deplorables! Pero al menos los intelectuales tienen la obligación de exponer sus razones y, por consiguiente, de dilucidar más o menos sus orígenes y su formación, sus concatenamientos y sus rupturas, su lógica y sus contradicciones.

En otras épocas, particularmente en las que precedieron a la democracia moderna, no existía esta ventaja. En ese entonces, la política estaba en manos de un reducido número de hombres y no era objeto de la apasionada entrega a que incita la religión.

Lo contrario ocurrió en nuestro siglo, en el que, pese a verse reducidos a la servidumbre por un partido todopoderoso, los pueblos fueron constantemente atiborrados de lemas que le permitían al *Big Brother* renovar a cada minuto y en cada ciudadano sus derechos a la dominación absoluta. Cuando, en cambio, se les dejó en libertad de elegir a sus jefes y se vieron protegidos por la ley de los abusos de poder, aún tenían interés en conservar esta libertad y en definir, en forma global, sus medios y sus límites: los hombres y los partidos les proponían sus ideas y sus fórmulas. Los embates de que fue objeto la política por parte de la ideología alcanzaron su primer apogeo a mediados de los años treinta. De ahí el interés de considerar, a través del prisma de los intelectuales, la imbricación de las ideas, de las demoras y de las pasiones.

Los caminos sinuosos por los que invito a transitar al lector —la política francesa, los intelectuales franceses— se entrecruzan sin cesar, pues Francia es, desde el siglo XVIII, la nación de Europa donde escritores, filósofos y artistas desempeñan un papel político preponderante. Este fue, más que nunca, el caso entre las dos guerras, por razones que se añaden al peso de la tradición. La aparición del comunismo y del fascismo, con la crítica de la democracia parlamentaria que ejercen unidos, así como la espectacular oposición que los enfrenta para apropiarse de sus despojos, ofrecen un nuevo escenario a estos especialistas de lo universal: los intelectuales franceses. En este teatro, de vastas dimensiones, se representa la obra decisiva: se trata nada menos que de modificar la condición humana. Ciento veintiocho años después de la Revolución francesa, los bolcheviques retomaron su proyecto liberador para llevarlo más adelante: libres de las limitaciones burguesas en las que se encerraron sin saberlo los hombres de 1789, ellos se lanzan a la emancipación del proletariado y, en consecuencia, de la humanidad.

La línea a la vez continua e interrumpida que une ambos acontecimientos ejerce un hechizo particularmente poderoso sobre la izquierda francesa. Al hacer que Octubre de 1917 se singularice con respecto a 1789, enlaza así las dos fechas en una concepción del progreso histórico, en la cual una versión empobrecida del marxismo es el sucedáneo de la filosofía de la Ilustración. Esa vinculación cronológica lanza a la Unión Soviética por un camino abierto por Francia; le confiere la condición de segunda nación de vanguardia, más de un siglo después que la primera: a muchos franceses les basta depositar en la patria del proletariado un poco del orgullo que tienen de la universalidad de su historia revolucionaria para comulgar con esa nueva lumbrera de la humanidad que ha nacido de sus huellas y, además, ello los consuela de las miserias de su presente.

A todos esos motivos que tiene la izquierda para recuperar por medio del comunismo ruso sus grandes épocas, añade el fascismo su contribución: hace renacer, con todo su resplandor amenazante, la idea de contrarrevolución. A decir verdad, los bolcheviques no esperaron por ella para compararse con los jacobinos, y ya se vio que desde 1918 la guerra de intervención antisoviética bastaba para recordar a los franceses los momentos heroicos de 1793. Pero el fascismo o, mejor dicho, en este caso el nacionalsocialismo, representa a un enemigo de una energía totalmente distinta de aquella coalición heteróclita de ejércitos débiles, que fuera reunida o financiada por los vencedores de la primera Guerra Mundial. Hitler da al antisovietismo el esplendor de una ideología y la fascinación de la fuerza. Se presenta como anillo al dedo para desempeñar el papel del formidable adversario que necesita el espíritu revolucionario para dar toda su plenitud a lo que emprende. De haber faltado esta amenaza inminente, Stalin la habría inventado, justificando su diplomacia del «tercer periodo» por la existencia de una vasta conspiración imperialista que se preparaba para atacar a

la URSS. A partir de 1933, el peligro hitleriano —demasiado real— proporciona a Stalin un pretexto complementario para justificar el desencadenamiento del «terror», siguiendo la tradición jacobina, y Dios sabe que este pretexto se dio con largueza. Del lado francés, la referencia a aquel gran precedente de la Primera República pudo ser aceptado con tanta mayor familiaridad cuanto el enemigo que había que vencer no solo era la contrarrevolución, sino Alemania, la eterna Alemania, recién vencida y ya amenazante.

De este modo, todo conspira para hacer de la escena político-intelectual francesa el punto de observación privilegiado que permite advertir cómo funciona en las cabezas el antifascismo comunista. Francia, nación de tradición revolucionaria, o sea, democrática y antiliberal, a diferencia de Alemania, que no es ni democrática ni liberal, o de Inglaterra, más liberal que democrática, tiene —o, mejor dicho, cree tener, lo que para nuestros fines es lo mismo— unas relaciones particulares con el régimen nacido en Octubre de 1917.

Si lleváramos demasiado lejos este análisis correríamos el riesgo, empero, de pasar por alto una característica peculiar del comunismo de este periodo y que es, justamente, la excepcional universalidad de su irradiación; pues esa irradiación es visible por doquier, hasta en los países como Inglaterra, donde no existe una herencia democrática revolucionaria a la francesa. Es verdad que en Inglaterra la irradiación comunista no alcanza en profundidad, como en Francia, a las clases populares, aun cuando el pequeño Partido Comunista Inglés ponga idéntico celo en obedecer las mismas directivas que su homólogo francés. Pero los intelectuales, por su parte, acaso por estar menos sometidos al peso de las solidaridades y por encontrarse más indignados contra su propio gobierno, y acaso, también, por ser más sensibles a las amenazas que el nazismo hace pesar sobre la cultura y a las seducciones de lo universal, reciben con

júbilo el antifascismo comunista. Hemos visto cómo desde antes del viraje de 1934-1935, la experiencia soviética gozaba de la simpatía de varios grandes hombres de letras ingleses. Pero un autor como Bernard Shaw no puede ser tildado de «antifascista» sovietófilo, ya que admira a Mussolini y a Hitler al mismo tiempo que a Stalin, tanto por fidelidad al anticapitalismo marxista (luego fabianista) de su juventud, como por su afán de «escandalizar al burgués». Por el contrario, la generación siguiente no maduró en los combates de la izquierda socialista. Su despertar político fue inseparable de la hostilidad al nazismo victorioso, que los *tories* contemplan y tratan con indulgencia.[385]

Muchos de esos jóvenes intelectuales antifascistas provienen de buenas familias, y algunos han realizado su aprendizaje en el aire enrarecido del Grupo de Bloomsbury, reunido en torno de Virginia Woolf. El mejor testigo acaso sea Stephen Spender, quien escribió sus memorias:[386] era un joven inglés inteligente y sensible; como poeta era talentoso, pero se hallaba mal dotado para participar en las pasiones políticas del siglo y, por lo demás, fue indiferente a su ámbito hasta el advenimiento de Hitler. Su trayectoria intelectual reproduce en cierta medida, 10 o 15 años después, la de un Lukács, en el sentido en que transita de un esteticismo de torre de marfil a una obsesión apasionada por una aurora de la historia. Desde el fondo de la desesperación de la época surgió la realización temporal, con Hitler, de este nuevo amanecer, pero, tal vez, fue más bien el tenue fulgor de una promesa: como el fascismo, también el comunismo se nutre (en sentido inverso) del sentimiento de hacer tabla rasa y del fin inminente del mundo burgués. De todos modos, en el caso de Spender su conversión al comunismo encubre también la continuidad de una tradición: «Soy comunista porque soy liberal»,[387] escribe hacia la época de su adhesión, atribuyéndose lo que aún mejor podría llamarse el «radicalis-

mo» inglés, desde Thomas Paine hasta el último Mill, pasando por Godwin y Bentham.

En efecto, hay que interpretar el término «liberal» en el sentido político que ha adoptado la palabra inglesa, y hasta en su acepción más libertaria, donde liberal quiere decir enamorado de la libertad, partidario de la libertad máxima de cada individuo en el sentido civil y político, indistintamente. Así, el comunismo tiene una naturaleza que permite atraer, al menos provisionalmente, las pasiones liberales y las pasiones antiliberales por igual, a los adversarios del Estado y a los enamorados del Estado a la vez. En ello radica lo milagroso de su doble naturaleza, ya sea que se le considere como realidad histórica (el régimen soviético) o como profecía filosófica (el hombre desalienado). Y es que el comunismo tuvo buen cuidado de seguir siendo una utopía al tiempo que se convertía en un Estado: de ahí que se viese obligado a ocultar su realidad para seguir siendo una «idea»; y de ahí el papel que la ideología desempeña en su funcionamiento y su propaganda. Hitler añade desde el exterior un complemento de verosimilitud a la ilusión, reuniendo en una misma maldición a la burocracia burguesa y al comunismo: Spender solo tiene que volver contra el dictador nazi esta doble condena, tradicional en la cultura alemana; celebrando la conjunción que fuera objeto de una y la misma maldición de Hitler, le proporciona un escaparate «liberal» a la URSS.[388]

La sovietofilia occidental llega a su culminación en Inglaterra con la adhesión del célebre «Grupo de Cambridge»:[389] Philby, Burgess, MacLean, Blunt,[390] y tal vez algunos otros cuyos nombres aún ignoramos, ya no son solo admiradores de la Unión Soviética ni meros militantes del Partido Comunista Inglés. Hacen su servicio en el sistema de información soviético, pasando de un solo golpe, tan jóvenes, al compromiso más incondicional e irreversible. Su caso muestra a la vez la naturaleza conspiradora del movimiento comunista internacional y la

intensidad de las devociones que es capaz de inspirar. El primer punto no corresponde a mi temática, pues forma parte de una historia del comunismo. El segundo, en cambio, le pertenece en la medida en que ofrece el ejemplo más radical de la pasión comunista entre los intelectuales de Occidente.

En Inglaterra, la Revolución rusa tuvo más éxito en las universidades que en las fábricas. La historia del «Grupo de Cambridge» es aleccionadora por lo que se refiere al aislamiento social en que se encontraban estos jóvenes estudiantes revolucionarios ingleses a comienzos de los años treinta, y a la naturaleza particularmente abstracta de su compromiso. Lo que permite compararlos con todos aquellos que, en la misma época, querían figurar en la primera fila de la lucha contra el fascismo es su convicción de que solo el movimiento comunista les ofrecía la estrategia y los medios adecuados, en tanto que «guía» de la clase obrera. Pero ellos eligieron o aceptaron, para asociar su vida al proletariado, un camino sencillo en extremo y, al mismo tiempo, extraordinariamente aristocrático, por ser el más elevado: servir directamente a la patria de dicho proletariado. En la sutil trama de abstracciones que forma el telón de fondo intelectual de la creencia comunista, esos jóvenes se sitúan deliberadamente en el plano más general: el de la identidad entre el Estado soviético y la revolución obrera internacional. Pasan por alto los estadios intermedios de la actividad militante y suprimen las mediaciones. Se encuentran a pie llano sobre el terreno de la historia Universal.

Sus motivaciones escapan, pues, a lo que constituye el fondo de los asuntos de espionaje cuando se trata de agentes que trabajan para un país extranjero: la corrupción, el chantaje, el dinero. Por lo demás, ninguno de estos jóvenes reclutas tiene, por el momento, nada importante que revelar a los servicios soviéticos. Se trata, del lado de la NKVD, de estrechar el cerco, y, del suyo, de una pasión política; pero esto, si bien no disminuye su

ceguera, los obliga a considerar sus razones. Su caso es interesante por lo que tiene de deliberadamente extremista.

Los numerosos retratos que se han hecho de esos jóvenes proporcionan el esbozo de un ambiente. Son hijos de familia, no tanto acomodados como bien nacidos, que se educaron durante sus primeros años en buenas escuelas antes de encontrarse en Cambridge, entre las venerables paredes del Trinity College, en la época en que la Gran Depresión azotaba a Inglaterra. Ahí aprendieron historia y economía, y el que escogieron por maestro, Maurice Dobb, les reveló los secretos de la última a la luz de *El capital*. A diferencia de la vida actual del estudiante, la de aquella época favorecía las pequeñas aristocracias de elección, que no faltaban en Cambridge. Esta sociedad se constituyó en torno de la convicción comunista, sazonada con el fastuoso estilo excéntrico de las clases altas inglesas, pues esos hijos perdidos de la Inglaterra imperial no se parecen en nada a los militantes kominternianos. De estos no tienen ni la regularidad de las costumbres ni la pasión democrática por el anonimato. También los jóvenes de Cambridge son creyentes, pero creyentes llegados de otra parte, que llevan al mundo al que quieren entrar los mismos modales del que desean abolir. Sin duda, esta es una de las razones por las cuales no ingresaron en el modesto Partido Comunista Inglés sino, apuntando al pináculo del sistema, a la misma Unión Soviética: he aquí una manera aristocrática de servir al proletariado, donde la vida de bohemia, el esnobismo, la homosexualidad, el whisky y el dolor de vivir encuentran en la conspiración un poco del sentido de la periclitada caballería andante. ¿No es una de las máximas preferidas de Burgess que más vale traicionar a la patria que a los amigos?[391]

Compadecemos a esos jóvenes ingleses, huérfanos de una Inglaterra que está desapareciendo ante sus ojos, la Inglaterra que sus padres amaron y sirvieron. Constituyen, sin duda, la

primera generación que, desde hace siglos, resiente con tanta intensidad el fin de una tradición. Fue la guerra de 1914 la que liberó a Europa de sus amarras. Como los intelectuales de Weimar, pero un poco después, esos estudiantes de Cambridge han perdido las huellas de su historia. La Gran Depresión arruinó la economía británica, que apenas ayer reinaba sobre el mundo. Hitler conquista el poder en Berlín. En Londres, el Partido Laborista se hunde sin gloria en 1931, y los *tories* en el poder no tardan en dar muestras de amistad al nuevo amo de Alemania. La Unión Soviética de Stalin, tras el fracaso alemán, reorienta sus esfuerzos hacia París y hacia Londres, donde aparece entre los intelectuales con un brillo que no tenía la Unión Soviética de Lenin. En virtud del plan quinquenal, contrasta notoriamente con el decrépito mundo capitalista. En virtud del antifascismo, avergüenza a los conservadores ingleses por su debilidad ante Hitler. Al sustituir en la imaginación la que fuera, en el siglo precedente, la grandeza inglesa, la Unión Soviética parece inaugurar una nueva época en la historia: la Roma del proletariado después de la City.

Así, esos jóvenes estudiantes encuentran en ese relevo, augurado por la historia, con qué contrarrestar el asco que les inspira su clase, y con qué alimentar su certidumbre de la agonía capitalista. Su odio al burgués es una característica de la época, común a todos los intelectuales de Europa. Pero a diferencia de sus émulos franceses (para no hablar de los alemanes), esos jóvenes ingleses no han sido tentados por el fascismo. Si la tradición liberal inglesa no los protege de la ilusión estalinista, sí logra inmunizarlos contra la mitología nacionalsocialista. Su revolución mundial sobrepasa la reconstrucción de una comunidad: es la etapa superior de la emancipación del hombre, de suerte que se ajusta como un guante a la versión antifascista del comunismo de aquellos años.

En cuanto al carácter particular de su compromiso, que los condena tan pronto a una doble vida, no es tan excepcional que no pueda explicarse por la naturaleza internacional del movimiento, cuyo centro se ubica en Moscú a partir 1917. Siempre ha habido una manera secreta de servir a la revolución proletaria, además de la manera pública. Los jóvenes de Cambridge son reclutados como militantes a una edad en la que no tienen acceso a ningún secreto de Estado: su celebridad mundial en la historia del espionaje del siglo XX se debe a su éxito, el cual se atribuye, a su vez, a ciertos azares, como el escaso profesionalismo que caracterizó a los servicios de información ingleses en circunstancias tan capitales como la guerra y la posguerra. De haber sido menos eficaces, se les habría recordado menos como espías y más como militantes, debido a que su compromiso —por extraordinario que ello nos parezca aún—, aureolado por lo que iban a llegar a ser, se traduce en el fondo en unas ideas y unas pasiones idénticas a las de tantos intelectuales europeos condenados a la prosa de la vida militante o a la condición de meros simpatizantes. Como ellos, Philby, MacLean, Burgess o Blunt creen en la victoria inevitable de la Unión Soviética y del comunismo, y esperan haber contribuido a ella. Fortalecida por la guerra, esta certidumbre sobrevivirá a la derrota de Hitler y, después de la caída de este, todavía se nutrirá entre ellos del odio a los Estados Unidos. El hecho de que una de las primeras universidades de Europa, dónde han germinado tantas ideas, haya proporcionado a la URSS sus agentes más incondicionales y eficaces permanecerá como símbolo del sitial ocupado en esté siglo por la idea comunista.

Si se necesitara otra prueba, la encontraríamos, finalmente, en la seducción que esta idea ejerce, por la misma época, en los Estados Unidos, donde las libertades y los derechos del individuo gozan de un respeto casi sagrado, ya que la pertenencia nacional tiene por terruño original a la democracia. También

existe allí, a falta de una tradición socialista dominante en la clase obrera, un pequeño Partido Comunista burocratizado, que ya tiene en su haber la historia tormentosa de todas las filiales del Komintern. A finales de los años veinte, el partido excluyó una oposición de derecha y una oposición de izquierda, a la cual sus vínculos con el trotskismo le da un relieve intelectual del que carece en Europa. El radicalismo del lema «clase contra clase», predicado por Moscú durante el «tercer periodo», no le permite movilizar la angustia particularmente aguda de los asalariados estadunidenses ante la crisis económica: los militantes del partido acumulan la violencia creciente para ponerla al servicio de su pedagogía anticapitalista, y logran ciertos éxitos en el núcleo de los sindicatos. Pero será sobre todo la estrategia del «Frente Popular» la que, en 1935, les ofrecerá un clima más afín al espíritu público estadunidense. Se acabaron los tiempos en que no solo el presidente Roosevelt, sino también el candidato socialista de 1932 a la Casa Blanca, Norman Thomas, eran tildados de «sociaifascistas». En adelante, los comunistas se colocan a la izquierda del New Deal, dónde encontrarán un público cada vez más nutrido hasta 1939.

A esas épocas felices del comunismo estadunidense se agrega, como en Francia y tal vez más aún que en Francia —en la medida en que la influencia popular o electoral del PC estadunidense sigue siendo incomparablemente más débil que el PCF —, el importante papel que llegan a desempeñar en ciertas universidades, como en la de Nueva York, y entre los hombres de pensamiento y de letras. La historia abunda en ello demasiado para que yo pretenda siquiera incursionar por allí; por lo demás, ya contamos con el relato de testigos ilustres o de los historiadores ulteriores.[392] Lo más significativo para nuestro propósito consiste en señalar, una vez más, la fuerza del eslabón subjetivo que tantos intelectuales establecen entre el comunismo y la libertad llevados por su odio al fascismo. Los Estados

Unidos de la época ofrecen, tal vez, la ilusión comunista en su versión más paradójica. He aquí a la nación más democrática del universo, cuyas instituciones políticas son objeto —a diferencia de Francia— de una especie de culto nacional; ha elegido y reelegido un gobierno de reforma y de progreso, cuyo jefe es de carácter popular y, sin embargo, muchos de sus intelectuales ponen sus esperanzas en la URSS cuando se trata de defender la libertad contra el fascismo, como si el antifascismo fuese inseparable de una tendencia inevitable al comunismo.

Una parte de este atractivo secreto se debe, como sucede por doquier, a la simplicidad del mensaje, unida a la excepcional capacidad de organización de los comunistas. La proliferación de las ligas y de las asociaciones, cuyos hilos penden de sus manos, les permite ejercer la máxima influencia sin disimular su propaganda, en la que el prosovietismo es casi el único artículo. Pero el contenido auténtico de ese prosovietismo es independiente de la naturaleza del régimen en cuestión. Su seducción es obra de dos elementos totalmente exteriores; la hostilidad al fascismo y la crítica al capitalismo. De ninguna manera se trata de instaurar el comunismo en los Estados Unidos, sino de defender la democracia en el mundo: este papel le corresponde a los Estados Unidos por excelencia, y la desdicha de los judíos alemanes no hace sino investirlo de una moral estrepitosa y de un carácter apremiante que se percibe mejor en Nueva York que en París o en Londres. Puesto que Stalin está contra Hitler, ¿cómo y por qué habría que combatir también su régimen? El inventario estadunidense del mal en materia política está calcado de la ley moral: no es tan complejo que permita concebir dos tiranías antagónicas. Por lo demás, la Unión Soviética ha destruido el capitalismo, que Roosevelt se contenta con rectificar; razón de más para colocar al comunismo a la izquierda del *New Deal* en lugar de convertirlo en el enemigo complementario de la democracia. Los mismos comunistas han dado el

ejemplo con su adhesión espectacular a la unión antifascista. Y la guerra de España no tarda en mostrarle a todo el mundo el espectáculo de los dos bandos enfrentados: la democracia y la dictadura. Más de 3.000 estadunidenses, comunistas y «liberales» unidos, en su mayor parte jóvenes profesores, irán a combatir a Franco alistados en el batallón Abraham Lincoln de las Brigadas Internacionales.

De este modo, en aquellos años, la izquierda intelectual de los Estados Unidos tendrá, por lo que respecta al comunismo, un comportamiento comparable al de su homóloga de la Europa occidental: no le atraerá la idea de examinar de cerca la situación interior de la URSS, o la de sopesar la veracidad de las confesiones hechas por los acusados de los grandes procesos de Moscú. Tendrá sus marxistas disidentes, sus comunistas excluidos, sus trotskistas (tal vez más resueltos y emprendedores que en ninguna otra parte del mundo).[393] Si leemos los textos de la época, por ejemplo las *Memorias* que dejara Sydney Hook,[394] uno de los personajes más lúcidos de ese medio (aun si a veces parece demasiado satisfecho de haber tenido la razón), un historiador francés podría reconocer sin dificultad todos los personajes del pequeño escenario intelectual neoyorquino: el militante infatigable y fanático, el simpatizante que a veces tiene línea directa con Moscú, el marxista desconfiado del Komintern, el trotskista cuya desdicha consiste en sentirse antisoviético, el liberal deslumbrado por su encuentro con la «clase obrera», el pacifista que no está seguro de las relaciones del antifascismo con la guerra, etc. ¿Cómo no habría de reconocer nuestro historiador francés todos esos papeles, puesto que son los mismos que se encuentran en la historia de su país?

Y con esto vuelvo al caso francés, una vez convencido de su generalidad.

Nos encontramos, pues, en la época en que arraiga en la izquierda una cultura antifascista de masas, la cual presenta la

doble característica de ser independiente y, sin embargo, inseparable del comunismo. Su novedad se debe a esta ambigüedad deliberada, pues el antifascismo de izquierda es, desde luego, anterior a 1934 o 1935, y se le vio florecer a partir de la guerra contra Mussolini y otros, ya fuese en su forma comunista, socialista o liberal, combatiendo cada quien las más de las veces bajo su bandera. El Komintern del «tercer periodo» se especializó en lanzar la acusación de fascismo contra todos sus adversarios, fuesen de derecha o de izquierda. La novedad, a partir de 1934, es que los comunistas renuncian a extender la inculpación de fascismo a todos los que no son ellos —por ejemplo, a los socialistas o a los liberales—, a condición de que socialistas y liberales se alíen a ellos para combatir la amenaza. Aceptan ceder una parte de su monopolio antifascista a condición de que los nuevos aliados se despojen de todo anticomunismo: trato ventajoso, pues se apartan de una pretensión insustancial para adquirir, a cambio, un privilegio inapreciable. En adelante, el antifascismo será incompatible con el anticomunismo, y el odio a Hitler no será sino una máscara si va acompañado de una hostilidad a Stalin. En los días felices del «tercer periodo», los hombres del Komintern no aceptaban que nada pudiese interponerse entre la revolución proletaria y el fascismo, pues aun los socialistas estaban del lado del fascismo. A partir de 1935, al parecer cedieron un poco de autonomía a todas esas fuerzas intermediarias: no solo a los socialistas, sino también a los demócratas, a los liberales, a los «republicanos». Pero es una libertad vigilada, debido a que controlan el espacio del antifascismo y entregan los certificados de pertenencia. El universo político conserva, más que nunca, dos dimensiones.

Ello le permite a la Unión Soviética adquirir un nuevo *status*: ya no es solo la patria del proletariado, sino el bastión de los antifascistas. ¡El internacionalismo obrero debe dilatarse hasta constituirse en la internacional de la democracia!. La tentativa

es difícil, si pensamos en lo que ocurre en Moscú y en la inmensidad rusa, donde se desencadena el terror. Y sin embargo, la tentativa llega a realizarse: los bolcheviques son expertos en la organización de viajes destinados a ganar para su causa a huéspedes de elección.[395] En 1933, Herriot, a su regreso de Ucrania, no tuvo más remedio que atestiguar que ahí no ocurría nada anormal. A Herriot lo siguió Pierre Cot. En 1935 le tocó el tumo a Romain Rolland.

El autor de *Au-dessus de la mêlée* no es, como Barbusse, un amigo incondicional de la URSS, aunque haya sido uno de los primeros escritores que saludaron a Octubre de 1917. Después de la guerra, durante los primeros años del régimen soviético, Rolland siguió siendo una de las grandes figuras de la izquierda intelectual europea: pensador pacifista, internacionalista, dedicado a las grandes causas, pero más inclinado hacia la no violencia, a la Gandhi, que hacia el leninismo. Le atrae el proyecto del régimen soviético, pero detesta sus medios. Por ejemplo, en junio de 1927 escribe a uno de sus lectores: «Ante el bolchevismo, mi actitud no ha variado. Portador de ideas elevadas (o, mejor dicho, representante de una gran causa, pues el pensamiento nunca fue su fuerte), el bolchevismo se ha (y las ha) arruinado por su sectarismo estrecho, su intransigencia inhábil y su culto a la violencia. Ha engendrado el fascismo, que es un bolchevismo a la inversa».[396] Y sin embargo, ese mismo año, a instancias de Barbusse, acepta firmar una proclama contra «la ola de barbarie del fascismo», dejando para más tarde su exigencia anterior de añadir una condenación de todos los terrores.[397] Al año siguiente renueva su amistad con Gorki en el momento preciso en que este se dejaba convencer por Bujarin y por Stalin, quien se servirá de él sin piedad. Rolland se informa, lee; la URSS vuelve a ocupar su atención. En 1929, aconseja a Panaït Istrati no publicar su libro,[398] para no darle armas a la

reacción: síntoma de un paso decisivo en dirección del bolchevismo.[399]

No habrá que esperar mucho para encontrar a Rolland, en calidad de simpatizante, exhibido por el partido, editado por miríadas en la URSS, como el más ilustre —con Barbusse, después con Gide y por último con Malraux— de esta pléyade de intelectuales que, a partir de 1932-1933, va a integrar la población de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, de la revista *Commune*, del antifascismo de Amsterdam-Pleyel y del conjunto de escaparates de Münzenberg. Y Rolland también es, a pesar de su edad, bastante representativo. Esos escritores, cuya edad e inspiración resultan tan disímbolas —Gide, Guéhenno, Jean-Richard Bloch, Vildrac, Malraux, Aragon, Nizan—, no han sido, como sus predecesores Suvarin o Silone, militantes del movimiento comunista. La crisis del Partido Bolchevique ha quedado atrás: Trotski está en el exilio, y ellos tienen otras cosas que hacer: el mundo occidental está en ruinas, Hitler gana terreno en Alemania y sube al poder. Ante ellos se yergue la Unión Soviética del plan quinquenal, la vasta cantera del hombre nuevo. La crisis del capitalismo otorga relieve a la idea de la construcción del socialismo, la cual hace olvidar la inmensa deportación de campesinos. En 1933, el terror nazi se abate primero sobre los comunistas: ¿cómo creer que las primeras víctimas del nazismo puedan pertenecer, por otra parte, a un sistema de terror y de policía, lo mismo que sus verdugos en Alemania? Por lo demás, los nazis pertenecen al antiguo mundo, que tratan de salvar; los comunistas pertenecen al nuevo, que están edificando. La imagen de lo viejo y de lo nuevo sirve para distinguir radicalmente las dos voluntades que hay en juego, y también para condenar la violencia de aquí para justificar la de allá.[400] De esta manera, el combate contra el fascismo es inseparable de una exaltación de la URSS; constituye un modo de expresar la idea, tan difundida por ese entonces, de

que el fascismo tenía vocación para absorber todo el mundo burgués, y que frente a él no existía, como adversario irreductible, sino el país de la revolución proletaria.

El viaje de Romain Rolland a Moscú, aplazado durante largo tiempo por razones de salud, se inició finalmente en junio de 1935. Fue este un periodo fasto para las relaciones franco-soviéticas, debido a que se acababa de firmar el pacto Laval-Stalin; pero fue terrible para los ciudadanos de la URSS, pues entonces comenzó la empresa de la liquidación de decenas de miles de rusos pertenecientes a los viejos cuadros bolcheviques. Se acordó una acogida regia para el escritor, quien se vio colmado de atenciones y asediado por delegaciones de admiradores; aun cuando los elogios prefabricados eran abrumadores, lograron tocar su vanidad; El suceso culminante de la visita fue una entrevista de dos horas, a solas, con Stalin, que tampoco ahorra en materia de efectismo, pues recibió a su visitante con estas palabras: «Me siento feliz de poder charlar con el escritor más grande del mundo».[401] Y sin embargo, la conversación no carece de interés, justamente por lo que pone en escena; porque reúne dos imágenes arquetípicas del panteón antifascista: el intelectual humanista y el dictador conforme a la razón.

Cada cual desempeñó su papel. Romain Rolland adoptó el suyo con naturalidad, ya que era el que le correspondía en la vida: él combatió por Dreyfus y contra la guerra de 1914. Hoy —piensa para sí— da un paso adicional: es el testigo del comunismo ante el tribunal de la historia; es el hombre universal por cuya intermediación el acontecimiento de Octubre de 1917 recibe, una generación después de su nacimiento, su confirmación. Barbusse había sido demasiado amigo, desde siempre, del régimen soviético para ser útil en el desempeño de este papel. Gide aún no era célebre por su amor a las grandes causas. Stalin no se equivocó de hombre. Y el historiador se pregunta, en esta ocasión como en tantas otras, de dónde le venía al rústico

georgiano esta penetración psicológica que le permitía prever las reacciones y los sentimientos de una estrella de la literatura europea. Stalin solo recibió una educación deficiente; nunca salió de Rusia; no conocía ninguna lengua extranjera; su vida transcurrió en las intrigas del Partido Bolchevique, y, sin embargo, diríase que conocía a Occidente, a sus hombres de letras, a sus políticos y sus recovecos. En pocos hombres del siglo XX el genio político (en su peor versión, es verdad) ha constituido un don tan evidente.

Romain Rolland no perdió la oportunidad de salpicar el diálogo con preguntas críticas destinadas a dar mayor peso a su personaje, a la vez que con ello manifestaba su independencia: se interesó por la cuestión de Víctor Serge[402] (que causó revuelo en París); por la pena de muerte para los niños menores de doce años, recién instaurada después del asesinato de Kírov, y por la alianza de la URSS con la Francia burguesa. Hizo otras tantas preguntas sobre los medios que distinguen al simpatizante del militante. Stalin, tranquilizador, le responde con un aplastante sentido común en nombre de la lucha de clases, intensificada por el fascismo. Hasta se da el lujo de arrogarse el papel de hombre moderado ante la opinión soviética que le exige la cabeza de Zinóviev y de Kámenev, responsables, según él, de la muerte de Kírov. Stalin y Rolland se separan haciendo gala de una profesión de fe humanista. El escritor se ha encontrado con la vida nueva.

A pesar de todo, su *Voyage à Moscou* sigue siendo uno de los mejores relatos de ese género un tanto monótono, pues, extrañamente, se ve atravesado por relámpagos de lucidez. El anciano un poco vanidoso que respira el incienso soviético no deja de percibir que llega a un mundo pequeño, perturbado por una profunda crisis política, víctima del miedo y bajo vigilancia policiaca. No comprende la escena que se desarrolla ante sus ojos, pero sí sospecha que se trata de una actuación. Rolland

pasó la mitad de su estadía Soviética en la *dacha* de Gorki, y advierte que su gran amigo soviético, «reconquistado» por el poder en 1928,[403] no tiene ninguna autonomía: envejece tristemente en una prisión dorada; su secretario es el cancerbero de todas sus comunicaciones con el mundo exterior.[404]

Si el viajero conserva demasiado fácilmente su fe, apartándola de esas observaciones peligrosas, es porque en él ya se ha iniciado el proceso de culto a Stalin, lo cual prefigura una nueva característica de un periodo histórico del comunismo. Ninguna duda lo inquieta sobre las faltas de Trotski o los crímenes de Zinóviev o las atrocidades de los fascistas y, por último, sobre la sabiduría del «jefe». No es un jefe del tipo carismático, que arrastre a las multitudes en virtud de la magia de las emociones colectivas, como sucede entre los fascistas; se trata, más bien, de un *primus inter pares*, sabio y firme, amo de sus pasiones: en suma, es una figura de la razón. Romain Rolland aureola a Stalin con el poder racional: una figura tradicional del pensamiento europeo, ambigua por definición, ya que puede ocultar tanto el amor a la razón como la fascinación del poder. En todo caso, desde entonces esta idea no ha faltado en el repertorio de los enamorados de la URSS. El mismo Romain Rolland, algunos años después, de vuelta del fuero interno de sus ilusiones, habiendo sido juzgado y condenado su amigo Bujarin, no se atreverá a afrontar, con una declaración pública, la fuerza pura del régimen de Stalin.

Es así como el viaje de 1935 otorga a la Unión Soviética, de manos de su intermediario, la bendición del universalismo democrático. A través de Rolland, la patria del comunismo deja de ser ese país distante y violento en que unos intelectuales revolucionarios entablan, en condiciones oscuras; encarnizadas batallas por el poder. Es un país vasto en el que, bajo la dirección de un guía ilustrado, un régimen ha retomado la antorcha de la Revolución francesa: regenerar al hombre. Es decir, se

trata de un orden posrevolucionario que ha permanecido fiel al proyecto revolucionario, de una acumulación providencial cuya fórmula no supieron encontrar los franceses de fines del siglo XVIII: ello permite aumentar el número de fieles al reunir las tradiciones de la izquierda europea en torno de un mínimo compartido: la democracia sin el capitalismo.

La imagen se nutre, por contraste, de la intención proclamada por los fascistas de poner fin a los principios de 1789. Mussolini, y después Hitler, nunca ocultaron su hostilidad a la Revolución francesa y a la pretensión de reconstruir la sociedad sobre los derechos individuales. Mezclaron la crítica de derecha y la crítica de izquierda del individualismo burgués, oculto bajo la máscara de los derechos. Fue esta una confusión demasiado natural, pues esta crítica es la misma, en el fondo, de Burke a Marx, que opone la realidad social a la abstracción igualitaria. Pero Burke solo muestra el contramodelo de la sociedad tradicional, mientras que Marx inventa una sociedad posindividualista e insiste en la condenación del mundo burgués, pero a través de lo que supuestamente habrá de remplazarlo. Así, al negar el mundo burgués también lo legitima como etapa preliminar indispensable, redoblando en nombre de la historia el rechazo radical de lo que la ha precedido.

Del mismo modo, fascistas y comunistas pueden detestar juntos a los burgueses; pero esta pasión compartida no cambia en nada sus ideas contradictorias sobre los objetivos de la acción política. La «comunidad» fascista, sostenida en la negación de 1789, no puede dejar de evocar, haga lo que haga, la idea contrarrevolucionaria. El comunismo, por el contrario, hace acto de presencia en una continuidad dialéctica (la famosa «negación de la negación») con la Declaración de los Derechos del Hombre y la democracia burguesa. Quiere realizar, por fin, la promesa. Rolland y Gide no dicen otra cosa cuando exaltan a la Unión Soviética como la cantera del porvenir.

Esta visión lineal de la historia contemporánea, desgarrada entre las fuerzas reaccionarias —con un destacamento de choque formado por los fascistas— y un campo democrático —cuya vanguardia es la URSS—, se alimenta menos, por cierto, del marxismo que de un sentimiento del progreso humano, cuya articulación principal es la Revolución francesa. El marxismo propiamente dicho, en el sentido en que constituye una filosofía, no será verdaderamente influyente en las universidades europeas, por ejemplo, sino después de la segunda Guerra Mundial.[405] La política soviética y los partidos comunistas que son su secuela solo presentan sus rudimentos, pero es esta misma rusticidad la que le permite endosarse en su provecho cualquier concepción optimista de la historia, es decir, toda la tradición democrática. Y ello a tal grado que, aun en las naciones en donde la democracia tuvo unos orígenes y un desarrollo independientes de la Revolución francesa, como son Inglaterra y los Estados Unidos, el resplandor de una Unión Soviética antifascista puede difundirse, precisamente, en nombre del optimismo histórico: quien combate contra Hitler, por ello mismo combate por los derechos y las libertades, en el sentido de la emancipación del hombre.

En ese sentido, el antifascismo sustrae al comunismo soviético una buena dosis de la agresividad antiburguesa con la que Lenin lo había rodeado en sus orígenes y que le sirviera para separar al bolchevismo de la socialdemocracia. El antifascismo le rehace al comunismo una fachada menos repulsiva para el Occidente: Lenin había disuelto la Asamblea Constituyente apenas elegida; Stalin promulga en 1936 una Constitución aparentemente conforme a los buenos principios: cuanto más asiático es su poder, más aires occidentales se da. La Unión Soviética atenúa su extravagancia ante las democracias para hacer aún más notoria la singularidad de Hitler. Lo que le resta de originalidad le permite avanzar por el camino de la libertad, lo que a

su vez le permite explicar la peculiar hostilidad que le muestra el dictador alemán. Como un judoka, Stalin aprovecha, invirtiéndolo, el odio manifiesto de los nazis a la democracia.

Por último, para colocar a la Unión Soviética en la primera fila de las naciones democráticas en lucha contra las potencias fascistas, Stalin obtiene una carta de triunfo: un enemigo feroz, desprovisto de enternecimientos liberales, identificable y sin embargo omnipresente. Desde Octubre, la revolución proletaria encuentra frente a sí a la burguesía internacional, monstruo abstracto al que señala para que lo aborrezcan todos los obreros del mundo. Abstracto tiene que ser, en un sentido, pues la revolución necesita un adversario que sea tan general como ella misma, dispuesto a luchar por doquier, dando grandeza y dignidad a la batalla entre el pasado y el porvenir. Los franceses de fines del siglo XVIII habían tildado de «aristócrata» todo lo que les había parecido o había sido hostil a su revolución, desde el antiguo señor emigrado hasta el campesino de la Vendée, pasando por el tendero «acaparador». Esos revolucionarios vivieron con la obsesión de la «conjura aristocrática». Los bolcheviques rusos, por su parte, agitan al espantajo burgués, más indeterminado aún, pues la burguesía está dondequiera que un hombre se enriquece. En su forma internacional, la burguesía es tan universal como el capitalismo, y tan abstracta que sus amenazas contrarrevolucionarias pierden una parte de su realidad. Los franceses de 1793 hacían la guerra a la Europa aristocrática. La Revolución rusa, después de la NPE, se desgañita anunciando la agresión inminente del «imperialismo»; pero este imperialismo no tiene un nombre, pues tiene muchos, entre los cuales la propaganda no se molesta en elegir uno. El movimiento comunista combate contra una amenaza sin rostro.

Todo cambia con el ascenso de Hitler al poder: la amenaza tiene ahora un rostro. No es que el nazismo agote de suyo todo el imperialismo; pero sí reactualiza la idea de la guerra interim-

perialista y permite a Stalin señalarlo como el enemigo principal. Hasta su victoria, el fascismo no era sino la versión antiliberal de la dominación burguesa en el siglo XX; presente por doquier, no caracterizaba en particular a ningún país. Es verdad que había existido Mussolini, pero la Italia fascista no amenazaba la paz del mundo y, por lo demás, la Unión Soviética mantenía con ella unas relaciones bastante buenas. Por el contrario, Hitler incluye la guerra en su programa, y Stalin es el primero en comprenderlo, ya que esta es la razón del viraje de 1934. Pero eso no es todo. La maniobra también ofrece beneficios suplementarios. Al instaurar el terror en Alemania, Hitler por fin ofrece a la Revolución soviética un enemigo digno de ella. La dictadura de la burguesía reconoce ahí sus rasgos verdaderos y a la vez concretos. En Alemania ya no se puede ocultar tras los disfraces liberales, como sucede en la democracia estadunidense, el parlamentarismo inglés o la república francesa. Ahora hela aquí, delatada por los nazis como lo que es, a saber: incapaz en adelante de asumir su propia legalidad y recurriendo sin recato a la violencia.

Un poco antes de que Stalin desencadenara en la Unión Soviética un terror de mucho mayor envergadura, el terror hitleriano poseía, para empezar, una utilidad profiláctica: al hacer de Berlín el centro de la indignación del mundo democrático, Stalin desvió por adelantado esa cólera de lo que ocurriría en Moscú dos años después. Este es uno de los sentidos de la agitación por Dimitrov y el contraproceso del *Reichstag* de 1933. De miembro permanente del Komintern, Dimitrov pasó a héroe del antifascismo. Por su intermediación, el comunismo cambió de rostro. Ya no se define por lo que en realidad es, sino por lo que lo opone a Hitler y, con ello, a los fascistas en general.[406]

De ahí viene, a partir de esta época, la ligereza con que se emplea, en la lengua sagrada, el término «fascista». Era menes-

ter que los fascistas estuvieran en todas partes, ya que por doquier habría que definir a los comunistas. El temor geopolítico que Stalin concibió hacia Hitler se tradujo, en la ideología neorrevolucionaria del bolchevismo, en una nueva tonalidad: la revolución proletaria se convirtió en la vanguardia de la democracia contra el fascismo. El enemigo era formidable, a la vez concreto y oculto; se encarnaba en Hitler y, sin embargo, estaba omnipresente en los países burgueses y hasta en la Unión Soviética; conspiraba sin cesar para poner de rodillas al país del socialismo, su adversario más temible. Esta bipolarización del mundo político, típica del credo revolucionario, explica por qué ya no quedaba en la URSS estalinista adversario que no fuera «fascista», comenzando por Trotski y sus partidarios, que ocupan los primeros lugares en el reparto de los papeles contrarrevolucionarios: el «hitlero-trotskista» venía a la cabeza de la lista de los enemigos del pueblo y de los criminales del antisovietismo.

Para comprender esa denominación, hay que quitarle lo que tiene de absurdo e interpretarla por su función en el antifascismo estalinista: significaba que todo adversario o todo crítico de la URSS acabaría por servir a la causa de Hitler. Los más nocivos de esos adversarios o de esos críticos eran los que luchaban en el interior, o los que, desde el exilio, seguían dirigiéndose a sus antiguos partidarios que aún se hallaban en el país. El indomable Trotski es el más ilustre de estos exiliados, pues además permaneció fiel al bolchevismo de los primeros tiempos, blandiendo contra Stalin el estandarte de Lenin. En política, y aún más en política revolucionaria, donde la legitimidad ideológica desempeña un papel tan importante, el enemigo más odiado es el adversario más próximo. Una de las funciones de los procesos de Moscú, entre 1936 y 1938, consistirá en establecer ante la faz del mundo la complicidad de Trotski con Alemania y Ja-

pón en una vasta conspiración encaminada a destruir a la Unión Soviética.

La extraordinaria credulidad de la opinión pública mundial ante esta fábula no solo se debe a las confesiones públicas de los acusados. Estos, como bien lo sabemos hoy, repetían un parlamento aprendido bajo amenazas y bajo tortura. Se podía dudar de sus autoacusaciones con solo demostrar que incluían hechos o encuentros que no podían haber ocurrido. Esta fue la refutación que hizo Trotski en el contraproceso que organizó la izquierda estadunidense bajo la égida de John Dewey.[407] Pero esta refutación empírica, la más indiscutible de todas, también allanaba el camino a unos interrogatorios más generales; pues si los hechos confesados eran falsos y, por consiguiente, las confesiones carecían de valor, ¿qué se podía pensar de un régimen que las convertía en sus instrumentos de propaganda y justificaciones de su combate? Si Trotski era inocente, entonces la moral dejaba de estar en la izquierda, de tal modo que la aceptación de esas avalanchas de confesiones correspondía menos a una convicción razonada, con base en el examen de su contenido, que a un afán más o menos consciente de no dudar de la causa de la Revolución soviética. O bien era menos costoso, en términos psicológicos, creer en las confesiones, pese a su inverosimilitud, que dudar de ellas, pese al espectáculo ofrecido por los acusados. En el primer caso, había que cerrar los ojos ante ciertos «detalles» para no poner en peligro la estructura general. En el segundo caso, había que rendirse a la evidencia de pequeños hechos demostrables, aun cuando era imposible aceptar ulteriormente el conjunto. La debilidad, junto con la pasión, llevaron a la mayoría a la primera solución: a unos porque ya eran comunistas o comunizantes; a otros, sin duda los más, porque necesitaban una «buena» imagen de la Unión Soviética para que la lucha antifascista conservara su sentido; a otros más, sin duda, por temor a caer en un antisovietismo

reaccionario; a otros, por último, simplemente porque la URSS de Stalin se había convertido en una gran potencia, además aliada de Francia. La verdad es que poseía, en adelante, un gran poder de intimidación, y supo servirse de él.

En este asunto, lo dramático no es que la coalición antifascista —de la que la izquierda hace, por todo el mundo, su razón de ser— incluya un gran Estado que es totalitario. Al fin y al cabo, no es difícil imaginar una coalición de ese género que no hubiese tenido más punto de coincidencia que la hostilidad a la Alemania nazi, pues el temor a Hitler podía ser razón suficiente para unirse. Pero este no fue el caso. Antes que geopolítico, el antifascismo es ideológico. Ha inscrito en sus estandartes la palabra democracia. ¿Cuál democracia? El Estado soviético, que supuestamente encarna al proletariado en el poder, se presenta a la vanguardia; en calidad de sucesor de las revoluciones burguesas, lleva más adelante el mensaje de libertad e igualdad de estas. La prueba de ello es que Stalin le da a su política interior, asimismo, la apariencia del antifascismo democrático: Zinóviev, Kámenev, Rádek o Bujarin no solo son culpables de debilitar la cohesión política del pueblo frente a Hitler, sino de conspirar secretamente con la Gestapo. Por ello, quienes ponen en duda sus crímenes confesados no son ya antifascistas, sino también aliados de Hitler. La terrible lógica de la guerra —que, en su versión patriótica, había indignado tanto a la extrema izquierda europea en 1914-1918— vuelve a ejercerse en su forma ideológica, solo que esta vez lo hace para provecho del bolchevismo y en tiempos de paz. Quien critica a Stalin está en favor de Hitler. El genio del georgiano consiste en haber hecho caer a tantos hombres razonables en esa trampa, tan simple como aterradora.

La casualidad quiere que en el momento preciso en que Romain Rolland se decide por fin a emprender la peregrinación a Moscú, en junio de 1935, Suvarin publique en París su volumi-

nosa obra *Stalin*, que lleva por subtítulo: «Compendio histórico del bolchevismo». El libro es el resultado de un largo trabajo iniciado en 1930, y que ha tenido que salvar no pocos obstáculos. El contrato que firma a la sazón con un gran editor estadunidense pronto es anulado so pretexto de los retrasos de Suvarin que, al mismo tiempo, compila su documentación y lleva la dirección-redacción de la *Critique sociale*.[408] Una vez terminado, a mediados de 1934, ese manuscrito de más de mil páginas tiene un efecto perturbador en los tiempos que corren. El acercamiento diplomático franco-soviético está en curso, orquestado por los testimonios entusiastas de los «amigos de la URSS», elocuentes sobre todo entre los radicales. Desde mediados del año, la unión antifascista experimenta un viraje en su interior. Suvarin tiene dificultades para encontrar un editor francés: rechazado por Gallimard, pese al apoyo de Alain (incitado a su vez por Simone Weil), por fin encuentra editor en Plon, aun contra la oposición de Gabriel Marcel.[409] El libro aparece, pues, en junio de 1935, el mismo mes en que se celebra en París el «Congreso de Escritores por la Defensa de la Cultura», donde no falta un gran desfile antifascista organizado por Münzenberg: se trata de otra coincidencia simbólica.

El *Stalin* de Suvarin constituye la primera historia de la Unión Soviética, incluida la Revolución de Octubre, y durante largo tiempo será la única. Ya en 1930, el autor era un espíritu excepcionalmente libre. Como veterano del movimiento comunista, poseía la ventaja insustituible de conocer desde el interior la realidad soviética. Al igual que los excluidos o los tránsfugas, el fin de la ilusión le había proporcionado esa mirada desencantada que es una de las condiciones del análisis. Más que la mayor parte de aquellos, había hecho del estudio el centro de su vida: lo que caracterizó sus pequeñas empresas militares desde la gran ruptura, junto con la modestia de sus ambiciones, fue la pasión de la verdad, con la que revistió la llama de

su juventud. En su conversión radical de un género a otro siempre movilizó las mismas energía y agresividad: ayer, contra los burgueses; de hoy en adelante, contra los mistificadores del comunismo. Al escribir su obra, Suvarin encontró su vocación.

Al leerlo, al instante comprendemos mejor lo que lo separó de la disidencia trotskista.[410] A pesar de ser un bolchevique tardío, el antiguo jefe del Ejército Rojo encarnó, junto con Lenin, el bolchevismo victorioso de Octubre. Y pese a la derrota y al exilio, hizo de esta herencia el sentido de su propia vida. Desde Turquía, desde Noruega o desde México, siguió siendo, ante sus propios ojos, responsable de la Unión Soviética, puesto que él y solo él había sido el compañero de Lenin. La revolución proletaria lo siguió al exilio, y a ello debe su grandeza, su heroísmo y el poder que ejerció sobre las imaginaciones. Pero también le debe su ceguera: empeñado en denunciar lo que separaba a Stalin de Lenin, no pudo concebir nada de lo que los unía. Incapaz de criticar los fundamentos del Estado soviético, nunca hizo frente a Stalin con otra cosa que una polémica leninista, solo suficiente, como tenía que ser, para dividir al reducido número de sus partidarios.[411]

Al lado de ese profeta sin misión que fue Trotski, Suvarin encarna la razón analítica. Hace sobre el siglo un diagnóstico de convicción francamente pesimista: la esperanza revolucionaria de su juventud no solo murió en la Unión Soviética sino que el país en que cristalizó se ha vuelto, por excelencia, la patria de la mentira de Estado. Al mismo tiempo, el trabajo que se impone Suvarin consiste menos en emprender con nuevas pérdidas una nueva revolución que en comprender lo que ha ocurrido en Rusia. Suvarin aún era «comunista» a su manera entre 1925 y 1930; o al menos pretendía serlo, como paliativo a su soledad y para no perder su último vínculo con su pasado. Pero su libro, escrito entre 1930 y 1934, ya no tiene nada de manifiesto político. Fruto de pacientes investigaciones y de una vas-

ta documentación, podría ser un trabajo casi académico si el valor de que hizo acopio para tratar semejante tema no fuese excepcional, pues Suvarin es todo, menos un maestro del *understatement*. Mediante el paso de un hecho a otro y la concatenación de las causas y las razones, de los motivos y las justificaciones, escribe una historia política bastante clásica, donde toma en cuenta los constreñimientos de la situación, pero también las decisiones y las responsabilidades de los hombres. Lo que patentiza su excepcional talento son la justeza y la intrepidez del juicio, así como el ejercicio sin reticencias del magisterio moral del historiador. El joven veterano del bolchevismo recupera así la tradición clásica.

No quiero adentrarme en el análisis de la obra de Suvarin más mentada que realmente conocida, a juzgar por su destino editorial.[412] Para mis propósitos, basta el hecho de que ese libro establece, durante un prolongado periodo, los cuadros de la historia política del bolchevismo, a la vez que plantea las grandes preguntas: la relación del comunismo de Lenin con la tradición rusa; el verdadero carácter de Octubre; la degeneración terrorista y burocrática de la revolución ya desde los tiempos de Lenin; la naturaleza y las causas de la victoria de Stalin en la guerra de sucesión; los misterios de su carácter y sus pasiones; el costo exorbitante de toda la empresa desde el punto de vista económico y moral. El enigma que pesa sobre la publicación del libro en 1935 no radica en su contenido, sino en su débil repercusión. Todavía joven, Suvarin pertenece sin embargo, por su vida, a una época del comunismo que el viraje antifascista casi ha borrado de todas las memorias. Él conoció a Lenin, las 21 condiciones, el nacimiento del Komintern y del PCF, así como los comienzos de la batalla de sucesión, en la cual no pudo o no supo influir. Todo eso ya es historia antigua, pues Stalin ganó, y desvió contra Hitler la actividad del Komintern. Gide es más viejo que Suvarin pero, habiendo llegado tarde al comunis-

mo, constituye un personaje nuevo —por lo demás, provisional — en los estrados del antifascismo. Suvarin, por su parte, arrastró su soledad rebelde por los pequeños grupos marginados, demasiado débiles para ofrecerle protección, demasiado visibles para no exponerlo. Viejo blanco de los insultos del partido francés, que ve en él (y con razón) a un adversario irreductible, Suvarin agotó su crédito entre la opinión. La derecha desconfía de él porque fue comunista, la izquierda porque ya no lo es. A la hora de la sacra unión contra Hitler, no se debe tolerar el anticomunismo. Por ello los comunistas han hecho todo lo posible para denunciar al primer gran libro escrito sobre su historia, mostrándolo como el sórdido ajuste de cuentas de un renegado.

Vemos cómo todo lo que atenta contra la Unión Soviética se vuelve, cada vez más, tabú para la opinión democrática. Sabemos, además, que la tendencia ya es antigua y que se halla inscrita en un privilegio y en un escrúpulo: por una parte, la URSS es la depositarla del fuego revolucionario, y, por la otra, no deja de ser blanco de las calumnias de la reacción.

He aquí una doble razón para contener las críticas, aun las amistosas, *a fortiori* las hostiles. La situación política de 1934-1936 transformó esta especie de impedimento interior en una regla moral, cuyos depositarios son los comunistas. Quien desee formarse una idea de la época puede transportarse en la imaginación al gran «Congreso de Escritores por la Defensa de la Cultura», ya mencionado. Estamos a finales de junio de 1935, y la flor de la *intelligentsia* antifascista francesa y europea se ha puesto en marcha para celebrar, contra Hitler pero al lado de los comunistas, los valores de la cultura encarnados por el humanismo soviético. Están allí, del lado francés, Alain, Rolland, Barbusse, Aragon, Malraux, Gide, Guilloux, Vildrac; los alemanes Heinrich Mann, Bertolt Brecht, Johannes Becher; los

rusos Ehrenburg y Alexis Tolstoi, así como Aldous Huxley y E. M. Forster por Inglaterra.

Como en todos los congresos, hay un estrado y los pasillos. El primero lo ocupan los oradores del día, los abrazos, los grandes discursos humanistas. En los pasillos, a hurtadillas, está presente un solo asunto y reina un gran embarazo: el problema de Víctor Serge. Hijo de exiliados rusos establecidos en Bélgica,[413] el joven Víctor Serge había militado antes de 1914 en el movimiento anarquista; implicado en el asunto de la «banda de Bonnot», había tenido que purgar cinco años de prisión en Francia antes de unirse en 1919 a la Revolución soviética y al Komintern. Expulsado del partido por «trotskismo», en 1928, y detenido poco después, pronto quedó libre sin haber cambiado, empero, de ideas. Allí lo tenemos escribiendo por su cuenta, instalado en Leningrado, ya autor de uno de los tres volúmenes de la serie de Istrati,[414] de vuelta de todas sus ilusiones sobre el universo estalinista. Nuevamente lo detienen en marzo de 1933 y lo deportan a Orenburg, en los Urales. Su familia política, los Rusakov (como Pierre Pascal, también Serge había casado con una hija de Rusakov), es expulsada de Leningrado. Asimismo, detienen a su esposa, Anita.

Victor Serge es un personaje de la pequeña izquierda francesa, que corre a darle auxilio. ¿Quién puede comprender mejor que Rosmer, Pascal o Suvarin lo que le ocurre? El primer llamado a luchar por su liberación aparece en el número 8 de *Critique sociale*, a partir de abril de 1933, mientras la sumisa prensa comunista guarda silencio o intenta descalificar a Victor Serge. Barbusse calla en *Monde* y Aragon en *Commune*. Romain Rolland y Gide experimentan malestar y tratan de intervenir discretamente desde arriba, sin romper abiertamente con la Unión Soviética. El asunto de Serge es paradigmático porque constituye uno de los primeros ejemplos de la manipulación colectiva que sobre los intelectuales antifascistas ejerció el

chantaje del anticomunismo. En el Congreso de la Mutualidad de junio de 1935, los organizadores tuvieron que aceptar de antemano que se pudiera hablar de Victor Serge en la tribuna, pero en la distribución de papeles y de discursos hicieron todo lo posible para reducir al mínimo esas intervenciones. Sin embargo, un pequeño grupo —en el que se cuentan André Bretón, Magdeleine Paz, Charles Plisnier y Henri Poulaille— logra llevar a la tribuna al gran profesor italiano exiliado por Mussolini, Gaetano Salvemini: «No me sentiría con derecho de protestar contra la Gestapo y contra la OVRA fascista si me esforzara por olvidar que existe una policía política soviética. En Alemania hay campos de concentración, en Italia hay islas penitenciarias, y en la Rusia soviética está Siberia… Y es en Rusia donde Victor Serge está preso».[415] El tema es retomado al día siguiente por otros conjurados, pero no recibe mejor acogida. ¡El congreso no fue organizado para criticar a la URSS, sino para exaltarla! Por último, Serge recibirá autorización, casi un año después, para abandonar el territorio soviético rumbo a Bélgica: gesto excepcional de Stalin, menos destinado, sin duda, a refutar a sus adversarios que a dar las gracias a sus amigos, encabezados por Romain Rolland, tendiéndoles una última añagaza.

Entre los congresistas de la mutualidad que guardan silencio ante el caso de Victor Serge, el más célebre es André Gide, quien se encuentra a la sazón en la cumbre de la gloria literaria. No ha dicho gran cosa, pero ha escuchado. No es comunista, pero ejemplifica bastante bien, desde comienzos de los años treinta, la figura del simpatizante. Primero, por lo que su solo nombre representa para la causa. Segundo, por la manera en que llegó a la escena pública: por una vía más estética que filosófica, y más sentimental que política. Gide es, por excelencia, el autor burgués antiburgués. Su arte ha explotado tan asiduamente esta llaga, o este filón, que de la condición general del es-

critor moderno ha logrado crear una literatura burguesamente subversiva. Nacido en una gran familia protestante, Gide se avergüenza de ese privilegio. Al ser homosexual, detesta la hipocresía moral de las convenciones. Es un viajero filósofo que, como nuevo Montaigne, denuncia las violencias de la colonización francesa en África. Y aun cuando a veces reproduce el acento literario de Nietzsche, el fondo de su espíritu responde a los Evangelios y a una fe crística, en una precaria mescolanza de rebelión y de culpabilidad: el clásico derrotero de las utopías revolucionarias. A este individualista, a este esteta, a este patricio, el comunismo no solo le servirá para garantizar la autenticidad de su actitud antiburguesa, sino que además le proporcionará el inestimable beneficio de un encuentro con la comunidad. En fin, por poco que se tome en cuenta esa pizca de credulidad que tan a menudo se encuentra entre los escritores, aun entre los más grandes, Gide amplificará su gloria hasta hacerla alcanzar las dimensiones de la humanidad. Cuando no es un militante oculto, un «submarino», el verdadero simpatizante a menudo se aparta de la causa de la que cree servir por un equívoco radical: por eso su asociación con ella resulta tan inestable. Por lo demás, no se equivocan los hombres del Komintern, que tienen de todo esto una concepción estrictamente instrumental.

Pasemos a las circunstancias. Como tantos de sus contemporáneos, Gide vio en el primer plan quinquenal la antítesis perfecta del desorden capitalista, el surgimiento de la razón en la historia. A partir de ahí, se formó poco a poco una imagen de la URSS como patria del desarrollo, de la instrucción y de la cultura. Conoce a Vaillant-Couturier, el veterano de los intelectuales comunistas franceses; traba amistad con Jef Last y Eugène Dabit, ambos comunistas. Todavía en 1932, Gide se niega a inscribirse en la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios; pero en 1933 acepta figurar en el Comité de Patronato

de *Commune*, la revista de la asociación. El ascenso al poder de Hitler en Berlín encumbra a Gide en el escenario público: se le ve en todos los mítines en favor de Dimitrov, en todos los comités de intelectuales antifascistas y luego en las tribunas del Frente Popular, aprendiendo a hablar el lenguaje político de la izquierda unida. Sin embargo, nunca es difícil adivinar al artista tras el catecúmeno.[416]

Los comunistas lo creen más uncido a su carro de lo que en realidad está. No desconfían lo bastante de su espíritu de independencia, a menos que cuenten demasiado con su vanidad o su flaqueza. El hecho es que se desviven por convencerlo de que haga un viaje a la Unión Soviética. La peregrinación a Moscú está de moda, y los soviéticos han adquirido el arte, casi perfecto, de saber recibir a sus huéspedes ilustres. En el verano de 1934, Malraux, Aragon y Jean-Richard Bloch, se preparan para asistir al Congreso de Escritores Soviéticos, y Malraux multiplica las declaraciones de solidaridad con la URSS.[417] El viaje de Romain Rolland ha sido un triunfo, tanto por su desarrollo como por sus efectos propagandísticos. La idea es volver a montar la misma escena con la segunda gran estrella literaria del movimiento comunista francés. Asediado, solicitado, halagado por todas partes, Gide cede. ¡El gobierno soviético anuncia que ha hecho imprimir tres mil tarjetas postales con su retrato![418] El escritor llega a Moscú, con su compañero Pierre Herbart, a finales de junio de 1936, exactamente un año después de Romain Rolland, y encuentra en Leningrado a cuatro de sus amigos íntimos que también han emprendido el viaje: Jef Last y Eugéne Dabit, pero también Louis Guilloux y el editor Schiffrin.

Lo esperan una recepción regia, un tren de vida fastuoso y atenciones a cada instante: nada se deja al azar en el singular encuentro del esteta francés con la cruda realidad de la Unión Soviética. Gide y sus amigos se avienen con el ceremonial y de-

sempeñan el papel debido. Cuando llegan, Gorki acaba de morir, y Gide pronuncia una oración fúnebre perfectamente ortodoxa que, por lo demás, fue retocada por Aragon. Pero no tarda en sentirse vigilado, y lo que Romain Rolland había aceptado como inevitable, a Gide le parece una esclavitud. Bujarin, el patético Bujarin, a quien Rolland había podido ver aún el año anterior (aunque el primero ya no podía hablar), no logra atravesar el cordón de policía secreta que lo aísla del mundo exterior. Si leemos el relato que Pierre Herbart hizo del viaje,[419] ahí resulta claro que Gide reacciona a la recepción con una especie de desconfianza instintiva, y que bajo la fiesta aparente que llena la agenda de los días y las visitas, la desilusión se ha apoderado de estos turistas suspicaces.

Lo comprenderemos mejor al leer ese *Retour de l'U.R.S.S.*, que Gide publica en Gallimard desde finales de octubre, como si le urgiera liberarse de una impostura en la que había sido comparsa. No es que la obra esté escrita en un tono deliberadamente hostil a la Unión Soviética; tampoco es posible compararla, en absoluto, con la literatura reaccionaria sobre el tema. Por el contrario: al tratar una cuestión candente, Gide no pierde la delicadeza de su estilo. En ciertos aspectos, su reportaje conserva incluso huellas de ingenuidad; por ejemplo, en su descripción de los establecimientos modelo adonde lo han llevado. Es verdad que también se percata de la triste monotonía de la vida social, de la fealdad de los objetos que se producen, de la desigualdad restaurada, de la nulidad del arte. Pero el fondo de su decepción no es de orden económico, social o estético. Obedece, más bien, a la desaparición de la libertad.

En las salutaciones de los estajanovistas, en las zalemas de los académicos y en los cumplidos de los «pioneros», Gide percibió por doquier la propaganda falsa, la tiranía y el miedo. Había partido al encuentro de una sociedad revolucionaria, y solo encontró esclavos reducidos a adorar a Stalin. La fuerza de su

breve libro, semioculta por la urbanidad exquisita del estilo, se debe a esa comprobación de que la URSS no era o había dejado de ser lo que pretendía; que un poder absoluto obligaba allí a todos los ciudadanos a repetir e incluso a creer lo contrario: que ella era lo que simulaba ser.

> *Lo que hoy se exige es la aceptación, el conformismo. Lo que se quiere y se exige es la aprobación de todo lo que se hace en la URSS; lo que se pretende obtener es que esta aprobación no sea resignada, sino sincera y hasta entusiasta. Lo más asombroso es que esto se logra. Por otra parte, la menor protesta, la menor crítica son susceptibles de los peores castigos y, por lo demás, se les sofoca de inmediato.*

A continuación aparece la frase más terrible del libro: «Y dudo que en algún otro país de hoy, así fuera en la Alemania de Hitler, sea menos libre el espíritu, menos sometido, menos temeroso (aterrorizado), más avasallado».[420]

Gide partió como simpatizante, pero regresa haciendo una comparación entre Stalin y Hitler y con un diagnóstico que prefigura al de Ciliga,[421] posterior en dos años, o, más cerca de nosotros, a los de Orwell o de Solzhenitsin: la Unión Soviética es el país de la mentira generalizada y obligatoria. ¿Previó el autor el escándalo que su libro iba a provocar en la izquierda? Sin duda, pues demasiado le aconsejaron que no publicara el libro para que él haya podido hacerse ilusiones al respecto. Por lo demás, los comunistas le salen al encuentro, en compañía de sus amigos y de su artillería más pesada. Por otra parte, no tienen otra opción: el éxito de ese *Retour de l'U.R.S.S* es tan grande que el público se lo disputa en las librerías,[422] no tanto debido al tema como al nombre del autor y a la curiosidad que su regreso ha despertado. El *Retour de l'U.R.S.S.* pertenece al género de acontecimiento político-literario que adoran los franceses, sobre todo los parisienses. He aquí a uno de los más grandes nombres de la literatura francesa, a uno de los más grandes intelectuales del Frente Popular, atacando al comunismo mientras la euforia de la primavera dura todavía.

Si fuera necesario ofrecer una prueba complementaria de que la actitud para con la Unión Soviética se considera a la sazón como la piedra de toque de la solidaridad de las fuerzas de izquierda, los comunistas franceses nos la proporcionan a propósito del libro de Gide, así como los comunistas españoles, poco después, la administrarán *manu militari* en Barcelona. España, ni más ni menos, cuya guerra civil constituye una circunstancia agravante para el escritor, quien no vaciló en dividir el bando democrático ante el enemigo. Pero el PCF también analiza a fondo el expediente, en todos los terrenos, tanto por parte de los simpatizantes como por parte de los militantes. Georges Friedmann invoca el peso del pasado ruso y le reprocha a Gide su ligereza; Fernand Grenier, el patrono de los «Amigos de la Unión Soviética», cree notar la influencia trotskista; unos obreros mencionan los prejuicios burgueses del autor, mientras que algunos burgueses —que hicieron el viaje con él y que fueron pastoreados con menos lujo pero con el mismo cuidado— dan testimonio de otra URSS.

Súbitamente, Gide decide escribir una posdata a su *Retour*, que publicará en junio del 1937: *Les Retouches à mon Retour de l'U.R.S.S.* Con ella quiere responder a sus adversarios y a sus misivas. Mientras tanto, ha leído la literatura que critica a la URSS, cuyas obras había desdeñado en su periodo de fe, como el libro tan bien documentado de sir Walter Citrine.[423] Asimismo, se ha entrevistado con los herejes, que se sienten atraídos por su no conformismo, y, desde luego, con Victor Serge; pero también con el obrero Yvon, ex comunista que vivió 11 años en la URSS y de quien *La Révolution prolétarienne* publicó un folleto muy hostil a la patria de los trabajadores bajo Stalin.[424] Se entrevistó también con el sindicalista Legay, que visitó el lugar de los hechos rodeado por una delegación de «Amigos» y que sin embargo volvió indignado por las condiciones de vida de los mineros soviéticos.[425] Por todo ello, los *Retouches* acentúan

la ruptura con el progresismo comunistófilo. Gide persiste, y firma. Y, por si algo faltara, añade a la escena los procesos de Moscú y los miles de deportados:

> *A esas víctimas yo las veo, yo las oigo, yo las siento a mi alrededor. Fueron sus gritos amordazados los que me despertaron esta noche; es su silencio el que hoy me dicta estas líneas... En favor de ellos no interviene nadie. Los periódicos de derecha si acaso se sirven de ellos para atacar al régimen que execran; pero aquellos a quienes son caras las ideas de justicia y libertad, los que combaten por Thaelmann, los Barbusse, los Romain Rolland, han guardado silencio;*[426] *se callan mientras a su alrededor se agita la inmensa muchedumbre proletaria ciega.*[427]

Pocas semanas después, con fecha de agosto de 1937, el autor de los *Retouches* se pregunta en su *Diario* cuándo y cómo el espíritu comunista dejó de diferenciarse del espíritu fascista.[428]

El interés del caso Gide consiste en que exhibe, por lo que se refiere al ejemplo francés, lo que el comunismo antifascista conserva de fragilidad, pese a sus espectaculares triunfos en la opinión general. Por un lado, el afán de combatir el terror hitleriano, junto con el viraje político del Komintern —notablemente puesto en acción por Thorez y sus camaradas—, acercó a muchos demócratas y liberales al comunismo. Por el otro, allí está la Unión Soviética de Stalin, potencial aliada contra Hitler y presente al lado de los republicanos españoles, pero que también es un universo apartado del mundo civilizado, cuyo régimen inédito y misterioso es objeto de testimonios contradictorios y apasionados. Esta dualidad podrían experimentarla todos los adversarios del fascismo si su opinión sobre la Unión Soviética no fuese el proemio a su reclutamiento. Ahora bien, es así por varias razones, y, para empezar, por obra de los comunistas. La estrategia de los frentes populares antifascistas es invención suya, y no piensan abandonar ese derrotero. O no quieren tener responsabilidad gubernamental (la han rechazado en Francia), o no pueden disimular a la Unión Soviética bajo la alfombra: a la vez porque su movimiento tiene su centro en Moscú, debido a que recibe su impulso fundamental a partir de

la exaltación de la patria de los trabajadores liberada de la explotación capitalista, y porque, a fin de cuentas, se trata de proteger, de preferencia, esta patria contra un ataque de Hitler. Pero, por otra parte, esta URSS que ellos enaltecen es acusada por sus críticos (los más penetrantes de los cuales salieron de sus propias filas) de no ser menos totalitaria que la Alemania nazi y, por consiguiente, de despojar de todo sentido al combate antihitleriano si este debe acompañarse, incondicionalmente, de una piedad o una ingenuidad prosoviéticas. Así, el viraje antifascista del Komintern en el fondo solo ha desplazado, pero no resuelto, la contradicción que gravita sobre la historia del comunismo desde sus orígenes: la de una idea que también es un territorio.

Los años de implantación del régimen soviético vieron nacer la primera generación de desencantados: Angélica Balabánova, Pascal, Suvarin, Monatte, Rosmer, a los que se añadieron poco después, en la época del viraje a la izquierda de la «tercera época», Silone, Tasca, Maurin, Marión. Por su parte, Gide es uno de los desencantados más tardíos del comunismo antifascista. Su desilusión se debe menos a una experiencia de las luchas fraccionarias internas (aunque este sea el caso de Doriot) que al encuentro, cara a cara, con la realidad de la Unión Soviética de Stalin. Estos desencantados no son tanto hombres del aparato, ligados a las batallas de tendencias —estas ya no existen— cuanto militantes o simpatizantes, cada vez menos seguros de que se pueda luchar por la democracia bajo la misma bandera que enarbola Stalin. Gide allana el camino por el cual se lanzarán, abiertamente o de puntillas, entre el Frente Popular y el pacto germano-soviético, Manès Sperber, Louis Fischer, Koestler, Malraux, Friedmann, Nizan y muchos otros. La obligación de sovietofilia que los comunistas imponen a los antifascistas se topa, gracias a estos hombres, con sus límites.

Sin embargo, sería erróneo considerar el debate sobre la naturaleza del régimen soviético como la única gran cuestión que enfrenta entre sí a los adversarios del fascismo. Existe otra cuestión, no menos apasionada, y que por lo demás tampoco deja de tener relación con la Unión Soviética: la de la paz y la guerra.

El pacto franco-soviético de mayo de 1935, seguido por la aprobación pública que otorgara Stalin a los gastos franceses de defensa nacional, trastornó la actitud de los espíritus y de las fuerzas de izquierda en Francia. Aquí, los comunistas nunca habían sido pacifistas, pero sí habían tenido una buena relación con estos últimos, tan numerosos y tan poderosos desde el fin de la guerra. Después de todo, el anticapitalismo y el antimilitarismo apasionaban por igual a todos los enemigos de la guerra. Además, la obsesión de un ataque conjunto a la URSS por parte de las potencias imperialistas, que había caracterizado la propaganda comunista del «tercer periodo», condujo de vuelta a los espíritus a la época de la unión contra la guerra de intervención, en 1918 y 1919. Pero he aquí que en mayo de 1935 los comunistas franceses aplauden, como siempre, a Stalin, dispuestos a hacer a un lado de un día para otro sus proclamas antimilitaristas y antipatrióticas. ¿Puede separarse la lucha contra Hitler de la lucha contra la guerra? Esta lucha, ¿nos va a eximir de combatir por la revolución y por la paz?

Los comunistas lo niegan apasionadamente. Sin embargo, al hacer hincapié en el carácter particular de su pacifismo, su actitud provoca un gran debate sobre el antifascismo. Este es demasiado importante para que no nos explayemos un poco sobre él. Tomaré mi primer ejemplo de la historia del «Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas»,[429] fundado en París poco después del motín del 6 de febrero de 1934. Estamos ante un fenómeno muy francés: se trata de reunir, fuera de los partidos, a esos famosos «intelectuales» que desempeñan un

papel tan peculiar en la historia nacional, militantes y a la vez portavoces de las grandes causas. La del antifascismo reanuda la relación con todas las luchas emprendidas en nombre de la democracia, a la que Hitler acaba de destruir en Alemania y a la que las ligas antirrepublicanas amenazan en Francia. Asimismo, hace resurgir el caso Dreyfus, con tanta mayor fuerza por cuanto los judíos alemanes son perseguidos y el antisemitismo es poderoso en la derecha francesa. Por tanto, ese comité se forma obedeciendo al mismo impulso colectivo que va a arrastrar a la formación del Frente Popular, y es como una anticipación de la alianza de los partidos.

Tres nombres le sirven de insignia, en el punto de convergencia de las ciencias y de las letras, de la universidad y de la vida intelectual: Alain, Paul Rivet, Paul Langevin. Alain,[430] nuestro artillero antimilitarista de la guerra de 1914, que ya es un monumento nacional debido a su célebre cátedra y a sus libros, forma en la filosofía, en los cursos preparatorios del liceo Enrique IV, a las generaciones de futuros normalistas. Ha permanecido radicalmente hostil al ejército y a la guerra; pero también, en la misma línea de pensamiento, es muy individualista y desconfía del reclutamiento militar, así sea por las buenas causas. De hecho, se hará representar en el comité por su amigo y casi su doble, su colega en el liceo Enrique IV, el filósofo Michel Alexandre, un viejo pacifista judío de extrema izquierda y partidario del desarme unilateral, que ha destinado sus clases a su oposición a la guerra de 1914, para luego enderezarlas contra el orden internacional de los vencedores y la SDN. Alexandre, pues, está dispuesto a justificar ciertas ambiciones territoriales de Hitler en nombre de las que él considera injusticias de Versalles.

Por su parte, Paul Rivet es socialista. Llegó al Museo de Historia Natural por vía de la etnografía, que por ese entonces recibe sus títulos de nobleza universitarios; a él se debe la inicia-

tiva del Museo del Trocadero, que en 1936 se convertirá en el Museo del Hombre, y en el que Rivet figura a la cabeza de un equipo que, junto con Griaule, Leiris y Métraux, incluirá en el dominio de las ciencias humanas a las sociedades no europeas. Relativamente marginal —si se le compara con Alain— dada su especialidad, y mucho menos conocido que aquel, no es menos sensible a los peligros concretos que ve prefigurarse en la ideología nazi. En realidad, Rivet se sitúa en el centro de gravedad política del comité, ya que el último miembro del triunvirato, el físico Paul Langevin, es un simpatizante comunista. Langevin se instruyó durante largo tiempo en las campañas pacifistas de la posguerra, apoyando con su autoridad científica la denuncia del carácter exterminador e ilimitado de la guerra moderna. Por medio del «Frente Común contra el Fascismo» de Bergery, participó en el movimiento de Amsterdam-Pleyel, de donde se deslizó a posiciones cercanas a las de los comunistas. Y ahí habrá de quedarse.

La composición del comité refleja la del triángulo que forman sus padrinos: algunos millares de intelectuales integran un cuadro completo de las familias de izquierda. Se encuentra allí una fuerte minoría comunista o comunizante: Aragon, Nizan y Wurmser por la primera; Langevin, Joliot-Curie, Romain Rolland, Jean-Richard Bloch por la segunda. Al lado de ellos hay socialistas de todos los matices (André Philip, Colette Audry, André Delmas, Victor Basch…), radicales (Albert Bayet), independientes, profesores, escritores, artistas (André Breton, Guéhenno, Gióno, Ramon Fernandez, Lucien Febvre, Marcel Bataillon)… Esos nombres abarcan una superficie mayor que la de los partidos; por lo demás, ciertos militantes tienen un brillo mayor que el de su partido. Victor Basch es el presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, Albert Bayet posee una influencia incomparable en el ambiente de la enseñanza pública, mientras que André Delmas es el secretario general del podero-

so Sindicato Nacional de Maestros. Así, toda esta izquierda intelectual precedió en algunos meses al pacto de unión antifascista de los partidos. Aleccionada por los acontecimientos de 1933 en Alemania, esta izquierda intelectual se levantó en defensa de las libertades después de los acontecimientos de febrero de 1934 en Francia. Por lo demás, ofrece su ejemplo a las organizaciones obreras formándose, de antemano, bajo su estandarte común en 1935.

Sin embargo, este ejemplo muy pronto resultará ambiguo. Después de ser la primera en mostrar las virtudes de la unión, la izquierda intelectual también será la primera en poner de manifiesto la fatalidad de la desunión. La manzana de la discordia no es la definición ni la ponderación del peligro fascista, sino el vínculo entre la acción antifascista y la lucha por la paz. En efecto, sobre los primeros puntos todo el mundo está de acuerdo en ver en el fascismo, en el ejemplo alemán, un producto de la crisis del capitalismo al mismo tiempo que el fin de la democracia. Todo el mundo teme que esta amenaza se propague en Francia, y aun se exageran los riesgos. El 6 de febrero impresionó brutalmente a la opinión republicana y llevó a muchos espíritus a ver la sombra de Hitler tras la silueta del coronel de La Rocque. Fue esta la época en que el término «fascista» cobraba, a través del antifascismo, una extensión cada vez más considerable.

Aún falta saber cuáles habrían de ser las consecuencias del combate contra el fascismo en la empresa antibelicista. Originalmente, todos los miembros del Comité de Vigilancia coincidían en el pensamiento de que el antifascismo no debía ser pretexto ni justificación para ninguna guerra. En efecto, a comienzos de 1934, los comunistas aún eran fieles a las consignas del «tercer periodo» y centraban su propaganda y su actividad en un punto: «contra el fascismo y la guerra». Puesto que el fascismo era un mal que amenazaba a todos los países capitalistas, y

dado que su modalidad victoriosa por excelencia era la guerra imperialista, no existía una diferencia esencial entre ambas catástrofes: el que conjuraba una de ellas evitaba la otra. El antifascista era un pacifista, y a la inversa. Muchos de los miembros más influyentes del Comité de Vigilancia se conocieron en el movimiento de Amsterdam-Pleyel, donde, al precio de un equívoco, tuvieron oportunidad de ensayar un papel idéntico para todos.

El viraje decisivo de la política comunista en 1934-1935 descansa, en efecto, sobre la hipótesis nueva de una guerra que no sería la coalición de las naciones imperialistas contra la URSS ni un simple conflicto interimperialista, sino un enfrentamiento en que la URSS podía alinearse al lado de las democracias contra la Alemania nazi y que, por ese simple hecho, ya no podría ser calificada de imperialista. Al mismo tiempo, el deber de los antifascistas no se limitaba forzosamente a evitar la guerra por medio de la lucha de cada quien contra su propio imperialismo, o por la negociación con el adversario eventual; tampoco obligaba —una vez que hubiese estallado la guerra— a tratar de contener su brazo. Si en adelante el peligro fascista está encarnado por los nazis, entonces el antifascismo, incluso en Francia, recibe prioridad en nombre de la resistencia a las maniobras de Hitler sobre las requisitorias clásicas del pacifismo. Este es el fondo del barullo provocado en la izquierda francesa por la declaración de Stalin del 15 de mayo de 1935.

En el momento en que la URSS se decide a unirse a la SDN, los pacifistas insisten en no ver en la mecánica de Ginebra más que un instrumento en manos de los vencedores de 1918. Cuando Hitler truena contra el sistema de Versalles, le dan la razón a medias, pues también ellos condenaron y siguieron impugnando a Versalles, que, a sus ojos, fue lo que engendró a Hitlert. Cuando los comunistas franceses se vuelven patriotas, los pacifistas les reprochan su abandono del combate contra su

propia burguesía para recaer en el viejo chauvinismo antigermánico. Consentir de antemano a la guerra contra Hitler, afirman, no solo es retornar al viejo carril de la alianza franco-rusa, sino dar la mano al fascismo en nombre del antifascismo, ya que la guerra satisface, por excelencia, las condiciones del poder fascista. Así, la experiencia de 1914-1918 aún subyace en las pasiones del pacifismo radical.

Los primeros debates del comité sobre los problemas internacionales han vuelto a poner sobre el tapete el consenso tradicional sobre la necesaria revisión de los Tratados de Versalles y otros similares, y sobre el desarme. En el momento de la invasión de Abisinia por las tropas italianas, en octubre de 1935, aún prevalece la unanimidad para actuar contra Mussolini por medio de sanciones económicas. Pero desde finales del año surge una división entre los partidarios de una negociación con Hitler sobre las cláusulas de Versalles, y los que se oponen a esta medida. Alain escribe a Rivet y a Langevin, en una carta abierta del 5 de enero de 1936: "… A propósito de la guerra y de la paz, no veo que los hombres libres tengan una doctrina común. Unos se inclinan, en ocasiones sin darse cuenta, hacia la guerra preventiva que abolirá las dictaduras militares. Otros buscan obstinadamente los medios de evitar toda guerra, incluso la guerra del derecho". Lo que plantea el filósofo es el problema de la revisión de los Tratados de Versalles, mientras que la diplomacia soviética ya no se ocupa de ellos, por doquier imitada en esto por los comunistas. Esta posición será reafirmada en marzo, en el momento de la ocupación de Renania por las tropas de Hitler: a ojos de los pacifistas, esto constituye una prueba de que hay que rehacer un orden internacional justo para despojar a Hitler del gran papel de reparador de las injusticias infligidas al pueblo alemán.

La fuerza de la argumentación pacifista radica en lo que calla: la exactitud de la sospecha de las verdaderas razones del vi-

raje comunista, subordinado al cambio diplomático de Stalin. Su debilidad se debe a que trata a Hitler como a un vulgar Mussolini, como a un dictador nacionalista más, sin reconocer la verdadera naturaleza del nazismo. Por el contrario, los comunistas se colocan en una posición ventajosa por su sumisión a Moscú. Lo que había sido hasta entonces su debilidad es ahora su fuerza, ya que la Unión Soviética da la impresión de querer llegar a un entendimiento con Francia: el patriotismo revolucionario es un sentimiento más natural que el derrotismo revolucionario. Pero la tensión entre las dos concepciones de antifascismo es irreductible, e inevitablemente cae en la acrimonia: unos y otros se acusan recíprocamente de ser servidores de Moscú o profascistas disfrazados. La ruptura se consuma a partir de junio de 1936, en el momento en que se verifica el Congreso de los Comités de Vigilancia, en pleno triunfo electoral del Frente Popular.

Como a menudo ocurre, se llega al rompimiento con un voto de procedimiento, que oculta el desacuerdo político. Paul Langevin y sus amigos, derrotados, abandonan la oficina del comité y son remplazados por hombres y mujeres más cercanos a los pacifistas que a los comunistas, como Marc Delaisi, Jules Isaac, Magdeleine Paz, Jean Guéhenno, Maurice Lacroix y Marcel Bataillon, quienes, empero, no son tan extremosos como Alain o Alexandre, pues insisten ante todo en la revisión negociada de los Tratados de Versalles para desarmar a la propaganda nazi. Paul Rivet, que no logró evitar la escisión, dimite de la presidencia para volver provisionalmente a las filas… pues volverá a ocupar su cargo en enero de 1937.

Sin embargo, una vez apartados los comunistas subsisten los problemas. La guerra de España se ocupa de renovarlos, haciendo resurgir la división entre quienes piden que se levante el embargo a las armas, tras el engaño de la no intervención, y los pacifistas radicales, empeñados en oponerse a toda carrera ar-

mamentista. Los primeros establecen la distinción entre su rechazo a una cruzada militar antifascista y la situación española, donde la ausencia de ayuda, aun indirecta, significa abandonar la República al fascismo. Pero el afán de salvar la unidad del Frente Popular actúa en favor de los segundos. Desde que finalizó la guerra casi se ha olvidado el predominio del pacifismo entre la izquierda no comunista de esta época: el rechazo apasionado de la guerra es mayoritario en el partido socialista, bajo la égida de Paul Faure; la CGT lo comparte en buena medida, y domina el Sindicato Nacional de Maestros, tan influyente en la formación del espíritu público. Después de la partida de los intelectuales comunistas, el Comité de Vigilancia se ve inevitablemente arrastrado hacia ese polo político en su forma más intransigente. Y es así al grado de que, fundado para luchar contra el fascismo, el comité acaba por abogar por la negociación con el fascismo. En el verano de 1938 será uno de los focos de la actividad militante en favor de los acuerdos de Munich. Por esta época, Paul Rivet y sus amigos abandonan el comité, que desde entonces solo estará integrado por «pacifistas integrales» que perderán su último combate: el del verano de 1939.

Lo interesante para la historia cuyo hilo trato de seguir, es que esta extrema izquierda pacifista, que se equivoca sobre Hitler, no carece de lucidez para juzgar a Stalin, como si el escenario político de la época estuviese plagado de hemipléjicos. Los simpatizantes del PC, en cambio, son lúcidos ante Hitler y ciegos para con Stalin; los pacifistas radicales son ciegos ante Hitler, lúcidos para con Stalin. Los últimos confunden al dictador nazi con un nuevo Guillermo II, al que se podría aplacar mediante la restitución de algunas parcelas de su ex imperio colonial.[431] En cambio, han adivinado los cálculos de Stalin desde 1935, en el momento del pacto con Laval: si la guerra es inevitable, más valdrá que nazca en el Oeste. El Frente Popular

mezcló esas dos izquierdas —aunque tal vez sea mejor decir «esas dos extremas izquierdas»— en un mismo combate, y también en la victoria de las fuerzas del progreso social sobre las de la reacción. En el momento en que reunió esas fuerzas, en 1934-1935, el frente no hizo que su acuerdo explícito sobre la política internacional fuese condición de la unión: por lo demás, en esa época, como lo atestigua la historia del Comité de Vigilancia, el enfrentamiento solo es potencial, ya que las consecuencias del viraje comunista solo aparecerán después que Stalin haya aprobado los gastos militares franceses. Esas consecuencias son desigualmente sensibles: la reocupación de Renania por Hitler, el 7 de marzo de 1936, no suscita en el PCF una reacción comparable a la campaña que este lanzará en julio en favor de la España republicana. La Unión Soviética se encuentra comprometida en el segundo asunto, no en el primero.

Si el Frente Popular supo ser el instrumento memorable de la emancipación de las clases populares del país, inmediatamente quedó demasiado dividido para preparar la nación a la prueba que la aguardaba. Como ya hemos visto, no todo le es imputable en este fracaso: la diplomacia inglesa, el estado de la opinión francesa y la escasa confiabilidad de Stalin constituían otros tantos obstáculos a una política coherente de firme resistencia a Hitler. Lo que sí es responsabilidad del Frente Popular es ese desgarramiento interno de la coalición, encubierto por las ampulosas palabras sobre el arbitraje internacional, desgarramiento que Léon Blum siente en carne propia, como una fatalidad que obedece a todo lo que a él lo ha llevado a la acción política. Pacifista de corazón y de razón, socialista apegado a la Sociedad de las Naciones, anglófilo por tradición, antibolchevique desde el primer momento, antinazi insospechable, el jefe del gobierno del Frente Popular solo posee convicciones grandes; pero cada una de ellas contradice a las demás. No está de acuerdo con el consentimiento dado de antemano a la guerra ni

con la política de evitarla a cualquier precio; tampoco favorece la intervención en España ni la no intervención; asimismo, se muestra inconforme con el rearme acelerado y con Munich. Blum es el testigo más inteligente del callejón sin salida en que poco a poco irá entrando la Francia victoriosa de 1918.

Hay que desechar, por consiguiente, el estereotipo según el cual en esos años un bando antifascista consecuente, cuya vanguardia estaba formada por los comunistas, tropezó con una derecha más o menos prohitleriana, decidida de antemano a afrontar el desastre nacional en nombre de su pasión anticomunista, y provista de argumentos por una *intelligentsia* pacifista, orientada a la «colaboración». La realidad de la época fue más compleja en todo aspecto. Primero, porque no había una ideología «hitleriana» influyente, a menos que definamos de esa manera la muy general atracción ejercida por el fascismo en Francia a partir de Mussolini. Segundo, porque la cuestión fundamental era la conservación de la paz, que hay que distinguir de la opción fascistizante. Es verdad que el pacifismo extremo hubiera podido arrastrar a un cierto número de intelectuales hacia Alemania: Ramon Fernandez, uno de los miembros fundadores del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas, terminará la guerra como «colaborador». Pero este no es el caso general, además de que ello solo sucederá más tarde. Hasta antes de la guerra, el pacifismo francés, y hasta muniquense, permanece en gran parte anclado a la izquierda.

Por último, no olvidemos la cuestión comunista-anticomunista, que tiene muchos aspectos. El más clásico de ellos se encuentra en las reacciones de odio o de desconfianza que suscita en la derecha y en la opinión burguesa en general la política comunista, de cualquier orientación que sea. A ojos de los anticomunistas, el viraje de 1934-1935 vino a agravar la amenaza del comunismo sobre el orden social, extendiendo la influencia del PCF a la izquierda victoriosa y al gobierno mismo. Por mucho

que este último multiplique las promesas «republicanas», cubra de oprobio todas las especies de izquierdismo y tienda la mano a los católicos y a los patriotas, sigue siendo sospechoso de no haber modificado su fin, sino solo sus medios. La brusquedad misma con la que se unió a una política de defensa nacional, a partir de una simple frase de Stalin, puso de manifiesto la inexistencia de su autonomía. Los mismos militantes que insultaban a la patria en nombre de la oposición a los Tratados de Versalles, celebran de un día para otro la movilización de todos los buenos franceses contra Hitler. Lo que está en entredicho no es su espíritu de sacrificio, sino su inconstancia; es decir, su independencia de juicio y, por tanto, la estabilidad de su nueva estrategia.

La fuerza y la flaqueza del comunismo residen, más que nunca, en su realidad última: la Unión Soviética. Por lo que se refiere a su fuerza, la Revolución bolchevique está adosada a un inmenso país organizado sobre principios nuevos, que ofrece un zócalo ideológico, político y militar a los antifascistas que se oponen a las ideas y las empresas de Hitler. Pero al concederle un papel tan grande a la URSS, la economía general del antifascismo comunista descubre sus puntos débiles, pues la aceptación, por adelantado, de una guerra contra la Alemania nazi en alianza con la URSS representa el peligro de entregar los pequeños países de Europa del Este, empezando por Polonia, al Ejército Rojo. Por lo menos, constituye una empresa arriesgada en la que va de por medio la solidez de la alianza entre las democracias capitalistas y la Unión Soviética de Stalin; en todo caso, no permite que muchos diplomáticos del Oeste lleven a cabo su cálculo preferido: orientar a Hitler hacia el Este, a riesgo de sacrificarle los países que lo separan de la URSS.

Por último, ahí está la naturaleza del régimen soviético de la que, a fin de cuentas, según muchos intelectuales, depende todo. Y si la Unión Soviética puede definirse por el antifascismo

y hasta por un antifascismo radical (por el hecho de ser socialista), ¿cómo vacilar en apoyarse sobre ella? Pero ¿qué si es «totalitaria», o solamente dictatorial, tan hostil como Hitler a la libertad? La derecha francesa o inglesa no necesita cuestionarse largo tiempo sobre el régimen soviético para detestarlo: le basta obedecer a su propia inclinación. Pero toda una parte de la opinión reacciona de manera menos simplista, sobre todo en la izquierda y en el centro: si la Unión Soviética aspira al papel de vanguardia en la lucha contra el fascismo, y si hay que ser, como lo piden los comunistas, prosoviético para ser antifascista, entonces no basta considerar la alianza con la URSS en términos diplomáticos, como un beneficio meramente circunstancial; también hay que verificar los títulos del país candidato a encarnar la idea antifascista. Este examen hará honor a la izquierda, pues la derecha se contentaba, las más de las veces, con el anatema.

Ahora bien, por los años a los que hemos llegado, la URSS se encuentra en uno de los peores periodos de su historia: el Gran Terror, del que Gide no percibió más que la superficie. A partir de su célebre *Retour*, los grandes procesos públicos de Moscú han puesto de manifiesto la dimensión de la depuración en curso, entre 1936 y 1939, al mismo tiempo que el procedimiento inédito de las confesiones, por cuyo medio los acusados demuestran a la vez su culpabilidad y la clarividencia del poder que los aniquila. En especial, la función de estos procesos es poner en escena la radical bipolarización de la política, contenida por entero en la lucha del fascismo y del antifascismo: Trotski ya no es un bolchevique disidente o vencido, sino un cómplice de los nazis. La inverosimilitud de lo que se dice en esos simulacros de audiencias, donde comparecen hombres quebrantados, no hace inmutarse a los creyentes. Pero en la batahola sobre el «hombre nuevo» y la dicha de los koljoses, sí introduce una disonancia frágil y a la vez aguda que ninguna jus-

tificación podrá atenuar, por muchos esfuerzos que se hagan por acallarla. La mayoría de las celebridades del mundo intelectual no quiere oírla. Mas para los descendientes de Pascal, de Suvarin, de Rosmer o de Silone, los procesos de Moscú arrojan una luz lúgubre sobre el país que ellos amaron. Victor Serge, expulsado al fin y de nuevo en la brecha, multiplica análisis y advertencias. Es uno de los primeros que hablan, como si se tratase de un sistema, del universo de las prisiones y de los campos de concentración: «Ni las estadísticas optimistas ni los relatos de los turistas que recorren Eurasia en *wagons-lits* podrían, para nosotros, acallar el terrible murmullo que asciende de las prisiones y de los tugurios».[432] Otro militante que escapó de las prisiones soviéticas es el croata Ante Ciliga, quien publica en 1938, en Gallimard, *Au pays du grand mensonge*:[433] un vasto reportaje sobre el mundo soviético de los campos de concentración, encubierto con el lenguaje de la utopía. La obra no tiene ningún éxito, pero ya señala el terreno en que se aleccionarán Krávchenko, después de la guerra, y los grandes disidentes de los años sesenta y setenta. A partir de los procesos y de los campos de concentración tiene lugar el nuevo «desencanto» comunista de 1937-1939, cuya historia será coronada por el pacto germano-soviético.[434]

De este modo, la realidad soviética vuelve a rondar, aquí y allá, como un retorno de lo reprimido, por la escena del antifascismo comunista, cuya coherencia tiende a destruir: si la Unión Soviética oculta, tras la máscara del poder proletario, una dictadura policiaca tan universal y tan feroz que solo autoriza en público la aprobación solemne de las víctimas, ¿cómo hacer de ella el estandarte de la batalla contra el fascismo? Indestructible y sin cesar renaciente, la cuestión acecha como una amenaza la certidumbre abstracta de que Stalin, encarnación del socialismo, está en las antípodas de Hitler, producto del capitalismo. Retornemos una vez más, a fin de captar la profundi-

dad del problema, hacia la Liga de los Derechos del Hombre, el mejor foro de la Francia antifascista.[435]

La liga nació del combate contra un error judicial: es hija del caso Dreyfus. Agrupa una burguesía intelectual de profesores y de abogados, particularmente sensible, por tradición y por oficio, a la defensa de los derechos del hombre en el mundo; de aquí que se halle más cercana a 1789 que a 1917, y a la ideología masónica que al marxismo-leninismo. El primer proceso de Moscú, en el verano de 1936, cae sobre este areópago del antifascismo francés como un rayo, en el momento en que todas las miradas se volvían hacia España. Unas ejecuciones en nombre de la salvación pública precedidas de un procedimiento judicial secreto hubiesen desconcertado menos, sin duda, a esos demócratas, de lo que lo hizo el tribunal soviético que condena a los compañeros de Lenin con las formalidades públicas de la justicia, pero basándose en confesiones inverosímiles. El presidente de la liga, Victor Basch, tuvo espontáneamente la idea de elevar una protesta;[436] pero, puesto que se trataba de la URSS, la solución aceptada fue la de una comisión investigadora.

Las primeras conclusiones de esta comisión[437] fueron presentadas desde el 18 de octubre de 1936 por su relator, el abogado Rosenmark, del consejo jurídico de la liga. A manera de prólogo, el abogado despacha las irregularidades del proceso de Moscú estableciendo una comparación con el derecho francés: unos civiles juzgados por un tribunal militar, una instrucción secreta, ausencia de defensores y de testigos, el extraño lenguaje del procurador Vishinski. Pero casi todo el informe gira en torno a la cuestión central de las confesiones, considerada como un problema de derecho. En efecto, lo que hace admisibles esas confesiones, y por tanto creíbles a pesar de su carácter extraordinario, es que nunca se retractó nadie a lo largo de toda la instrucción y del proceso, y que fueron hechas por todos los acusados: dieciséis de dieciséis. «Es contrario a todos los datos

de la historia de la justicia penal suponer que mediante torturas, o la amenaza de torturas, se haga confesar a inocentes, en proporción de dieciséis sobre dieciséis».[438] Y sin embargo, el informe concluye en la necesidad de una información más amplia, dado que ese proceso de Moscú puso a descubierto la existencia de un complot nazi que ya se había propagado por varios países; de modo que la URSS solo sería la víctima predilecta, como lo había sido en su tiempo, por parte de otros conspiradores, la Francia de la Revolución: «Sería renegar de la Revolución francesa que, según frase célebre, es un "bloque", negarle a un pueblo el derecho de combatir a los autores de guerras civiles, a los conspiradores ligados con el extranjero».[439]

Así, la comisión continúa su trabajo. A sus tres miembros iniciales, Victor Basch, Mirkin-Guétzevich, presidente de la Liga Rusa de los Derechos del Hombre, y Rosenmark, se agregan el historiador socialista radical Albert Bayet y el abogado Maurice Paz. La comisión está en pie para examinar las piezas del segundo proceso de Moscú, que se abre en enero de 1937 contra una nueva hornada de viejos bolcheviques, en cuya primera fila aparecen Rádek y Piatakov. Y comienza un vasto debate público en el seno de la liga durante su congreso de julio del mismo año, inmediatamente después de haberse celebrado el tercer gran proceso de Moscú en el que fueron condenados —esta vez, a puerta cerrada— los grandes jefes del Ejército Rojo, culpables también ellos de haber dado su apoyo a la intriga hitlero-trotskista.

La ofensiva contra el informe de Rosenmark es encabezada por el viejo pacifista Félicien Challaye, quien en 1935 se volvió muy hostil a la URSS después de haber sido comunista o simpatizante desde 1920. Challaye denuncia las confesiones arrancadas mediante el terror, la extravagancia de las acusaciones y la indulgencia de la liga hacia los verdugos en desmedro de las víctimas, so capa de imparcialidad. ¡Los Cuadernos de la liga

llegaron a negarse a publicar una refutación del informe Rosenmarkj obra de Magdeleine Paz! Del lado literario, Challaye recibió el apoyo de Alain, André Breton, Jean Giono y Georges Bataille. También lo respaldó, en plena sesión, Georges Pioch, otra figura de la izquierda anticomunista después de haber sido uno de los jefes del joven PCF a comienzos de los años veinte. Él pone en guardia a sus amigos «ligueros» contra los dos mecanismos mentales que amenazan con cegar su juicio ante los procesos soviéticos: la analogía con la Revolución francesa y el chantaje de la unión antifascista. Entonces contrataca Rosenmark, quien vuelve a defender la libertad de las confesiones de los acusados, basándose en los testimonios de la prensa, y la validez de las mismas, ¡aduciendo la jurisprudencia francesa e inglesa!

Al presidente le corresponde decidir ese debate difícil, interrumpido por intervenciones más o menos amables. Víctor Basch[440] dispone de gran autoridad moral sobre su público. No es que los miembros de la liga sean fáciles de dirigir, y aún menos de unir: impacientes ante toda disciplina impuesta, además la mayor parte de ellos se encuentra dividida en su fuero interno, preocupados por las contradicciones de un antifascismo vencedor y a la vez muy frágil. Su presidente es anterior a los tiempos ambiguos que a ellos les ha correspondido vivir. Basch nació en Bratislava, en una familia judía húngara, en tiempos de Francisco José, medio siglo antes de la primera Guerra Mundial; fue educado como ciudadano francés por la escuela de la República y por el caso Dreyfus. Fue catedrático de alemán y profesor de la Sorbona en 1906; militó a la sombra de Jaurès por el socialismo y la paz; fue miembro desde 1907 del Comité Central de la Liga de los Derechos del Hombre. Nada lo hizo titubear en 1914, pues veía el derecho de parte de la causa francesa y, sin embargo, no fue un extremista de la guerra. Su verdadera patria moral y política no dejó de ser nunca la

universalidad republicana a la francesa, tal como Jaurès supo integrarla al porvenir socialista, concebido este como la nueva manifestación pacífica, realizada por el proletariado, de los ideales de la Revolución francesa.

Este espíritu de síntesis lo destina, con toda naturalidad, a la presidencia de la liga en 1926, y de ahí, sobre todo a partir de 1933, a la vanguardia del combate antifascista. Él, que tanto habló a partir de 1918 por la reconciliación con Alemania, esta vez reaparece, dejándose llevar por la historia a una cruzada de la democracia contra el país cuya lengua y literatura enseña desde hace tanto tiempo. Para Basch, Hitler es el enemigo principal, y combate en primera fila por la formación del Frente Popular y por la ayuda a España; cuenta con el apoyo de la mayoría en el interior de la liga, donde frecuentemente tropieza con los pacifistas.

El debate de 1937 expresa bien la convicción y, a la vez, el dilema de Basch. No siente ninguna simpatía por el comunismo ni por la intolerancia del credo bolchevique. Pero tampoco hay nada en su experiencia y en su visión de la política que le ofrezca elementos de comprensión. De esta manera, tiende a percibir este universo excéntrico a través de las ideas que se lo hacen familiar, y a justificar lo que hay que ver como más opuesto a los derechos del hombre como falla provisional de una revolución amenazada. Por lo demás, los que denuncian con mayor vehemencia los procesos de Moscú, ¿no fueron acaso los más ardientes partidarios de Lenin? Victor Basch, que otrora protestara contra el terror ejercido por Lenin y Trotski, se procura, por la misma vía, un argumento que esgrime la prudencia ante los procesos de Moscú, como si alguna prioridad en la crítica del naciente régimen soviético justificara una mayor circunspección cuando se trata de juzgar el terror estalinista. En este caso se trata, antes bien, del procedimiento clásico que, a imitación de los comunistas, tiende a eliminar del debate

sobre el comunismo, por exceso de parcialidad, a aquellos que lo combaten después de haberlo servido.

En realidad, los hombres de la izquierda francesa que se enfrentan en julio de 1937 con motivo de los procesos de Moscú disputan al mismo tiempo sobre la situación del antifascismo en Francia. Como será de rigor durante todo el siglo y por toda Europa, los desacuerdos de opinión sobre el régimen soviético solapan y a la vez revelan los enfrentamientos políticos más concretos de la política interior. En la Francia de 1937, donde la coalición antifascista victoriosa de 1936 ya adolece de profundas fisuras, la cuestión del terror en la URSS amenaza todo el espíritu que inspira el Frente Popular. Félicien Challaye, veterano del pacifismo incondicional, se ve tanto más obligado a explicitar esta amenaza por cuanto detesta el aire de cruzada militar que los comunistas quieren dar al antifascismo. Victor Basch reacciona en sentido contrario, subordinando lo que teme saber sobre Stalin a la lucha contra Hitler.[441] Por nacimiento y por oficio, Basch es uno de esos pocos millares de hombres que al punto comprendieron la empresa hitleriana: los judíos de pertenencia germánica están en la primera línea desde 1933. Hijo adoptivo de la democracia francesa y convertido en una de sus figuras morales, Basch puede hablar sin tapujos, a la inversa de tantos de esos refugiados expulsados de Alemania y después de Austria por Hitler, condenados a callar en una Francia que no gusta de los profetas de la desdicha, y menos aún si son judíos.

Por ello, a Victor Basch le repugna la idea de quebrantar la unidad del Frente Popular, a la que ha consagrado tantos esfuerzos. Aunque, como les dice a todos, tenga muchas dudas sobre los procesos de Moscú, no quiere que este debate vaya a obstaculizar la unión contra Hitler, aun cuando tampoco está en sus manos impedirlo: el informe de Rosenmark, al que dio su venia, es producto de esa semiceguera voluntaria que expre-

sa bien el espíritu predominante en la liga.[442] Pocos meses después de esta victoria aún se tranquiliza a sí mismo con ayuda de su referencia predilecta:

> *También nuestra Revolución hizo correr la sangre de millares de inocentes, y sin embargo si se nos planteara a nosotros los demócratas esta pregunta: ¿qué preferiríais si se dejara en vuestras manos, la Revolución con sus crímenes, o ni un solo crimen sin Revolución, quién de nosotros se decidiría por la segunda opción?*[443]

Mientras tanto; los jefes de la minoría han abandonado la liga: Challaye, Pioch, Bergery, Michel Alexandre, Magdeleine Paz y otros. La mayor parte de ellos, lúcidos ante los procesos de Moscú, pretenden ignorar el belicismo de Hitler.[444] A Victor Basch y a su mayoría, lúcidos ante Hitler, no les agrada la idea de condenar el régimen estalinista.

Para completar este inventario ideológico-político, nos queda por examinar una última familia de espíritus, casi borrada de nuestra memoria y sin embargo muy numerosa en aquella época entre los intelectuales franceses. Nos referimos a aquellos que, en diversos grados, miraron con interés o con simpatía tanto al comunismo como al fascismo. Ellos solo entran en mi estudio por la puerta excusada, ya que no se sienten a sus anchas en la coalición antifascista, aunque detesten a la burguesía conservadora. Y sin embargo, sin ser de izquierda ni de derecha, contribuyen a esclarecer mi tema ofreciendo una nueva perspectiva de las ambigüedades del comunismo soviético en el juicio de Occidente.

Si hemos de definirla por lo que dice de sí misma, la URSS es el paraíso de la libertad «auténtica», por fin conquistada. Si la consideramos por lo que hace, nos ofrece la imagen de una sociedad en que el individuo está enteramente sometido al Estado. Pero esta comprobación elemental y por lo demás relativamente neutral, puede entenderse, a su vez, por el polo negativo o por el positivo: en ambos casos, tiende a emparentar el comunismo con el fascismo, sea para detestarlos en conjunto, sea pa-

ra convertirlos, por el contrario, en dos modalidades ejemplares del mismo fenómeno: la superación del individualismo moderno. En las «tiranías» contemporáneas, con su doble rostro —si hemos de utilizar el vocabulario de Élie Halévy—, los liberales detestan la omnipotencia del partido, el fin de las libertades, la confusión de los poderes y el culto a un jefe. Pero a los enemigos del liberalismo también les puede agradar, en ambos tipos de regímenes totalitarios, el fin de la anarquía individualista, la restauración de un poder fuerte, la reunión del pueblo en torno de una gran meta colectiva: durante los años treinta, esta familia de espíritus es más numerosa, más potente, y emborrona más cuartillas que su predecesora. Aunque todavía se encuentra entre nosotros, nos resulta casi imposible imaginar cómo fue en aquel entonces. A partir de 1945, el fascismo quedó proscrito de la humanidad por sus crímenes. Sin embargo, la historia nos obliga a reconocer que antes de ser eliminado como una maldición, para muchos intelectuales europeos el nazismo fue una esperanza, con tanto derecho a ello como el comunismo.

La ambigüedad del fascismo se debe a que nació como hermano enemigo del comunismo, mediante una serie de plagios mutuos destinados a neutralizar cuanto fuera posible al rival. A la hora de Stalin, el comunismo presenta unas características inéditas que aumentan la tentación de establecer su analogía con el fascismo: un acento nacional, la construcción de un orden nuevo y el culto al jefe. Ya hemos visto la fascinación que ejerció sobre una parte de la derecha alemana, en el caso del «nacionalbolchevismo». Francia no está ausente en esta tendencia, pues en ella la crítica de la sociedad burguesa es universal tanto en la derecha como en la izquierda de la vida intelectual. La Acción Francesa es el escaparate de su clientela política y se ocupa de la educación de la mayoría de los escritores entre las dos guerras. Uno de sus hijos, Georges Valois, maurrasiano

imbuido de «sorelismo», admirador de Mussolini y probablemente el primer fascista francés, definió como sigue, desde 1925, la fraternidad del fascismo y del comunismo:

> *Quienquiera que gane y absorba al otro, el comunismo en Rusia y el fascismo en Italia tendrán resultados idénticos. Nada de Parlamento, nada de democracia; sí, en cambio, una dictadura, una nación que se forma a sí misma. Cuando la burguesía haya sido expulsada, la alianza entre el Estado y el pueblo obligará a todos a incorporarse a la disciplina nacional ... El fascismo ha tomado de la Acción Francesa y del socialismo todo lo mejor que estos tenían. En Europa, está convirtiéndose en la síntesis de todos los movimientos antidemocráticos positivos.*[445]

Texto profético. No sería difícil formar un florilegio de escritos franceses de esta vena, que predicaban el matrimonio de la revolución y de la nación. Esos textos jamás desembocan en la construcción de una fuerza política autónoma, y menos que nunca en esos años de 1934-1936 en que los comunistas lograron tomar la iniciativa de los frentes populares antifascistas. El interés de los comunistas, en el marco francés, consiste en mostrar que aun en este periodo de enfrentamiento entre derecha e izquierda en torno del fascismo, sobrevive un espacio político antiliberal en cuyo interior la experiencia soviética sigue siendo una referencia positiva, aun a ojos de hombres tentados por el fascismo. Dígalo si no Drieu La Rochelle, zarandeado por el siglo, incapaz de encontrar un apoyo para la acción, y sin embargo poseído por la pasión de descifrar su sentido y de desempeñar un papel.

Menos dotado que Malraux, del que es amigo, su posición no está muy alejada de él: a Drieu La Rochelle también le agrada el estruendo de la historia, los hombres de acción, las fidelidades contradictorias, las ideas vagas. Pero Malraux percibe las grandes ocasiones del siglo y las toma todas por los cabellos, para formar sus personajes y sus libros. Drieu no las ve venir, las desaprovecha, y por ello muere. Lo que lo perdió fue haber tenido, bajo su dandysmo literario, pasiones fascistas, como el odio a los judíos, a los masones y a los diputados. Un talento

más brillante que el suyo —o una naturaleza más fuerte— habría sobrevivido mejor al tono de época de esos sentimientos; pero al carecer de ellos, Drieu ha quedado entre nosotros al menos como uno de los mejores testigos del estado de espíritu ideológico que me esfuerzo por describir.

Llegado a la edad viril con la guerra de 1914, Drieu pasó por la Acción Francesa y también coqueteó con el surrealismo. Joven veterano de guerra, a la vez patriota y pacifista, fue amigo de Raymond Lefebvre, uno de los fundadores del comunismo francés.[446] Los escritos políticos de Drieu de los años veinte piden una Europa federal, única capaz de salvar a las naciones más antiguas del mundo —arrinconadas entre la URSS y los Estados Unidos— de la guerra o de la decadencia. Todos estos textos están empapados de hostilidad al capitalismo y a la anarquía liberal. A comienzos de los años treinta, Drieu aún está un tanto a la izquierda, cerca de Bergery y de su «Frente Común» antifascista; pero pertenece más que nunca a este incierto movimiento de la opinión intelectual de lo que separa a la izquierda de la derecha, dando lugar con ello a un constante vaivén de opiniones y de hombres: se proclama antiburgués y antiliberal, reclamando a voz en cuello la planificación y el renacimiento nacionales, pero desgarrado entre los polos comunista y fascista. En el momento en que se forma el Frente Popular, Drieu se inclina hacia el segundo, pero en nombre del ideal del primero:

> *He adquirido la convicción de que el fascismo es una etapa necesaria de la destrucción del capitalismo, pues el fascismo no contribuye al capitalismo: esto va en contra de lo que creen los antifascistas, en contra de lo que cree la mayoría de quienes se unen al fascismo... El fascismo crea una civilización de transición, en la cual el capitalismo tal como ha existido en su periodo de gran prosperidad se ve arrastrado a una destrucción rápida.*[447]

En el mismo año de 1934, con ese tino infalible para hacer las cosas a destiempo que nunca lo abandonará, Drieu publica un librito intitulado *Socialisme fasciste*.[448] Se trata de un nuevo «ensayo sobre las revoluciones» como modalidades necesarias

del cambio. Europa solo adquirió su configuración histórica a través de la primera oleada de revoluciones «democráticas y parlamentarias», cuya señal de arribo fue dada por Inglaterra en el siglo XVII. Octubre de 1917 inauguró una segunda serie de revoluciones en la cual se inscriben también Mussolini y Hitler, pues la marcha a Roma y la toma del poder por los nazis son, por lo que respecta al bolchevismo, menos contracorrientes que derivaciones suyas. Así como Octubre no fue «proletario» sino autoritario, leninista y no marxista, y así como no instauró la dictadura de una clase sino la de un partido, así también las revoluciones fascistas, que fueron necesarias debido a la crisis de la economía capitalista y de la democracia parlamentaria, son «socializantes y autoritarias», destinadas a llevar al poder a una aristocracia política agrupada en torno a un jefe. Stalin, Mussolini y Hitler son tres figuras de un mismo combate, a la vez revolucionario y nacional: «Los intereses de la nación y de la revolución se confunden a ojos de la juventud rusa, como a ojos de la juventud italiana o alemana».[449] Así traduce Drieu, a su manera, la omnipotencia de la idea revolucionaria sobre los espíritus. A las revoluciones les confiere, como a la izquierda, el honor de ser acontecimientos necesarios, revestidos de una dignidad histórica particular. Pero, llevado por las consecuencias necesarias de su comparación, Drieu tiene que desplazar el punto de aplicación, de la clase hacia el partido, la nueva divinidad de la época. A sus ojos, bolchevismo y fascismo no pueden separarse adjudicándoles las categorías marxistas del proletariado y de la burguesía, respectivamente. Por el contrario, coinciden en la búsqueda de una solución a la «gobernabilidad» de las naciones modernas. La burguesía no es sino una clase económica, incapaz por definición de formar una élite política, y lo mismo puede decirse de la clase obrera: ya no existen más clases gobernantes que clases revolucionarias. Las revoluciones del siglo XX intentan llenar ese vacío con el partido único, for-

mado por elección deliberada, semillero de jefes en torno del gran jefe. Drieu el perezoso, Drieu el abúlico, no deja de interrogarse sobre el enigma de la voluntad política, que también es la obsesión de su época.[450]

Sin embargo, el parentesco entre los regímenes antidemocráticos nacidos después de 1917 no les impedirá hacerse la guerra. Por el contrario, han sobrepuesto a las querellas de ayer las ambiciones de ideas de que son inseparables las revoluciones:

> *... Alemania (hitleriana o no) aún es para Rusia el gran vecino cuya superioridad técnica no se ha anulado. Y además, existe entre el semisocialismo de los fascistas alemanes y el semifascismo de los comunistas rusos el mismo sordo odio familiar que entre el imperialismo de los Romanov y el de los Hohenzollern y de los Habsburgo. En ambos bandos vemos una misma base fuertemente nacional y, por encima de todo, una misma tendencia a la evangelización mundial. Y esto conduce a la lucha.*[451]

Así, para el futuro inmediato se pronostica nada menos que la decadencia o la ruina de las democracias capitalistas de Occidente, a las que sucederá la Europa de Hitler o la de Stalin.

Cuando escribió esto, Drieu aún no era fascista, aunque, si leemos entre líneas, ya se puede adivinar en él al hombre vencido que escribirá diez años después, el 10 de junio de 1944, en su *Diario*: «La mirada vuelta hacia Moscú. En el desplome del fascismo, mis últimos pensamientos van al comunismo».[452] Pero el interés del testimonio del Drieu de 1934 no se halla en esta predicción demasiado fácil y, por otra parte, la trayectoria del escritor hacia un compromiso nacionalsocialista es demasiado singular para ser típica. Por el contrario, lo que sí lo es hacia 1934-1936, es la existencia de la doble fascinación que ejercen sobre muchos intelectuales el fascismo y el comunismo, en los que condensan el odio a la sociedad burguesa en la que viven.

A la inversa de Drieu, la mayoría de esos intelectuales se sentirán tanto menos inclinados u obligados al compromiso partidista en favor del fascismo cuanto que el curso de la preguerra,

y después el de la guerra, hará de Francia un adversario y después una víctima de la Alemania hitleriana. Al finalizar la guerra, ¡ninguno de ellos se acordará de haber considerado al nacionalsocialismo como una experiencia social o política digna de interés! Todo el mundo correrá entonces a alinearse retrospectivamente en el interior de un espacio bipolar, en adelante consagrado por tanta sangre derramada y, desde luego, en el lado bueno. El otro lado ya no existirá sino como crimen. En realidad, las cosas ocurrieron de otra manera: basta recorrer la literatura política de la época, de derecha y de izquierda en conjunto, para ver hasta qué punto la dictadura mussoliniana y el nacionalsocialismo alemán ocupan allí un lugar preponderante. Si las más de las veces esta literatura no ofrece gran interés, ello no se debe a que sea demasiado polémica, sino porque tiende a criticar el parlamentarismo francés, más que a analizar esos regímenes extranjeros. En lugar de ceder la palabra a los judíos alemanes que afluyen, los franceses discuten —como Drieu, en ese punto— sobre las fechorías o sobre las ventajas del liberalismo. El debate sobre el fascismo no está mejor informado que la polémica sobre él comunismo… por las mismas razones: la observación de los hechos solo desempeña un papel modesto.

Es desde esta perspectiva, me parece, que se debe considerar la interminable polémica que se prolonga desde hace 15 o 20 años en Francia, a propósito de las posiciones políticas de los intelectuales católicos de izquierda y de su revista, *Esprit*, en aquellos años. La corriente de la opinión es antigua y hunde sus raíces al menos hasta el surco de Marc Sangnier, a comienzos del siglo. Esa corriente rompe en definitiva con el carácter radicalmente antimoderno de las posiciones filosóficas y políticas de la Iglesia católica, como lo habían hecho ya los católicos liberales de mediados del siglo XIX. Pero va más lejos que ellos: trata de instaurar un debate con la izquierda marxista, incluyendo a los comunistas.

Como bien lo ha visto Daniel Lindenberg,[453] el concepto por medio del cual esta izquierda católica lleva su curiosidad hasta Marx es el de «comunidad». Este término, transmitido por la tradición cristiana, remite a un universo social en que las actividades de los individuos están organizadas en función del bien común, expresado, este último, por la voluntad divina y por el sacrificio de Cristo. El concepto de comunidad también se halla presente en el siglo XIX en la crítica romántica de la sociedad moderna: integrada por individuos aislados entre sí, cada uno en busca de su propio interés, esta sociedad es lo contrario de una comunidad. Aun cuando la crítica romántica está vuelta hacia el pasado en su añoranza de una Edad Media orgánica, en el fondo no es diferente de la crítica socialista, orientada hacia el futuro: ambas consideran que la moderna sociedad de mercado ha sido demasiado subvertida por el individualismo burgués para poder constituirse jamás en la fundadora de un verdadero orden social. La ambición de los pensadores socialistas solo desplaza hacia el porvenir la solución del problema; intenta reconstruir sobre los escombros de este individualismo un mundo fraternal de hombres asociados en torno de un proyecto común. Por lo demás, desde la primera mitad del siglo XIX, una cierta interpretación mesiánica de la promesa evangélica se fundió en Francia y en Europa con la fe revolucionaria en la regeneración del hombre: hostil a los burgueses de 1789, el neocatólico Buchez vio en la revolución jacobina de 1793 la prefiguración francesa del encuentro de la humanidad con la comunidad.[454]

Un siglo después, lo que más le interesa a Mounier del marxismo es su afán de rehacer una comunidad. Sin embargo, el director de *Esprit* no se inclina, como Buchez, a mezclar lo espiritual con lo temporal. Tampoco desea, como Le Play, rehacer una sociedad de categorías siguiendo el modelo de la familia, de la empresa y del oficio. La comunidad en la que piensa Mou-

nier no es producto de una historia providencial ni la resurrección de un orden precapitalista desaparecido. Corresponde a la necesidad más fundamental de la persona humana, que es criatura de Dios, apertura al otro, búsqueda constante de la superación de sí mismo. A la sociedad capitalista, simple agregado mecánico de individuos aislados, opone Mounier la comunidad viva y libre de los asociados, espiritualmente activa, imantada por una emulación creadora hacia el bien común de todos. Nueva figura «personalista», que cuenta en su haber con un inventario inagotable de utopías asociativas antiburguesas, la Ciudad de Mounier y de sus compañeros se inclina hacia la izquierda. Es incompatible con el comunismo en el orden filosófico, pero comparte con el primero la hostilidad al capitalismo y el espíritu militante, pues estos alimentan el diálogo y pueden permitir la acción común.

Y sin embargo, *Esprit* no es llanamente «antifascista», pues también el fascismo forma parte de lo que Mounier llama «la inmensa ola comunitaria que rompe sobre Europa».[455] También el fascismo tiene como base la denuncia del individualismo burgués, y se sirve, como medio, de la exaltación de la voluntad colectiva. Lejos de constituir un retorno a las viejas sociedades muertas de la Europa aristocrática es, por el contrario, la remodelación comunitaria de las democracias agotadas por la dominación de los intereses privados. La especie de subnietzscheísmo que circula en la época le atribuye al fascismo el mismo prestigio que al comunismo: el de las aventuras gratuitas de la voluntad opuestas a las fatalidades de la economía.

Esa mirada de la época, si no siempre favorable al menos frecuentemente benévola, a las experiencias fascistas, italiana y alemana, no puede considerarse, pues, como una conversión al hitlerismo. Esa óptica se difundió por casi todas las familias políticas —salvo la de los comunistas— hostiles al liberalismo económico o a la democracia parlamentaria, y se posó sobre los

regímenes que se encontraban en su fase triunfal: Mussolini se hallaba en la cumbre de su popularidad en Italia y de su reputación internacional; la economía alemana renace rápidamente con Hitler y contrasta con el estancamiento francés. De esta suerte, los elementos circunstanciales vinieron a añadir su peso a las razones y a las pasiones que la ideología movilizó. Las dictaduras italiana y alemana parecían ser los motores de la política europea. Lo triste de esos tiempos es que, si bien los antisemitas pueden experimentar por doquier cierta debilidad hacia Hitler, no hay necesidad de ser antisemita para verse tentado a buscar fórmulas expeditivas en el fascismo: basta con ser no comunista y a la vez antiliberal. Esto define una buena parte de la opinión intelectual, tanto de derecha como de izquierda. He escrito, a sabiendas, «no comunista» en lugar de «anticomunista»: la pasión antiliberal, el rechazo de la mentira burguesa, unidos al nihilismo que colorea la época, pueden ser lo bastante fuertes para bastarse a sí mismos y lograr confundir, en muchos espíritus, la atracción del fascismo con la debilidad por el comunismo.

Para esclarecer el fenómeno en toda su complejidad habría que disponer de una historia paralela de Marx y de Nietzsche en el contexto francés del siglo XX. Esta historia permitiría comprender la Francia intelectual y moral del siglo XX con mayor profundidad de lo que lo permite la oposición del fascismo y del antifascismo. Pero esa historia no se ha escrito. Lo que de ella despunta en la *intelligentsia* francesa de los años del Frente Popular basta para mostrar hasta qué punto las coaliciones del antifascismo político ocultan la realidad de la época, en vez de manifestarla. Este es el gran secreto de su fragilidad.

Si el lector quiere captar en profundidad lo que un autor reciente ha llamado «el desconcierto francés en 1938»,[456] deberá orientarse más por la crítica literaria o filosófica que por la política. Es en ese terreno donde resulta más evidente la verdade-

ra explosión del positivismo republicano que siguió a la primera Guerra Mundial, al mismo tiempo que resultan observables los fragmentos heterogéneos de un nihilismo estético que ese positivismo difundió por todo el espacio cultural. El más hermoso de esos fragmentos, el surrealismo, se desintegró desde el interior bajo el efecto de su propio eclecticismo, y desde el exterior por la competencia del comunismo. El surrealismo relegó a Aragon a las campañas del Komintern, y pronto hizo de Breton un profeta sin profecía, un «revolucionario sin revolución»,[457] una vigorosa voz que pronto no tuvo gran cosa que decir. Sintomático de este siglo, Breton, el escritor francés cuyo tipo mental era el mejor adaptado para ejercer esta magistratura moral que la tradición nacional confía a la literatura, debió guardar silencio, o casi, a los 35 años. Se negó a mentir, y eso lo honra, pero su silencio también puso de manifiesto la estrechez y la fragilidad de su filosofía: ve cómo se apaga la llama revolucionaria en el este de Europa, y helo aquí, como intimidado porque la historia lo defraudó. Pero si hubiese deseado reanimar esta llama por sus propios medios, ¡qué debilidad la suya! ¡Y qué soledad! André Breton permanecerá como un testigo extraordinario del siglo, agrandado incluso por su retiro y por su prematuro consentimiento al olvido. La época lo condenó muy pronto a medir estoicamente el fracaso de su magistratura de ideas. En ese sentido fue más realista que su amigo Trotski, otro exiliado, otro indomable, pero empeñado este en desmentir los mentís de la Historia.

El movimiento surrealista murió prematuramente por no tener ya nada que decir sobre la revolución, de la que había hecho su consigna. El chantaje comunista lo quebrantó. La historia, al confiscarle su amuleto, le devolvió a sus confidentes la libertad aristocrática que es natural en los escritores y los artistas. Libertad a la que Aragon renunció, escogiendo una servidumbre mucho más rigurosa que la de la condición burguesa;

pero al menos pudo encontrar en ella el desempeño de unos papeles políticos y los grandes géneros literarios. En cuanto a Breton, rey desposeído de todo reino, Trotski de la literatura, se convirtió en un genio sin empleo. Lo que sobrevive del surrealismo ya escapa a su férula, y por lo demás no ha conservado nada de la majestad clásica de su estilo. El surrealismo es el anatema antiburgués, más violentó que nunca, pero desvinculado de todo uso político, y también emancipado de las formas canónicas: Niétzsche y Freud, antes que Marx, envueltos en una literatura de relámpagos.

En Bataille, como en tantos otros, el odio al burgués constituye la pasión primigenia, el venero de escritos perentorios y breves, denunciadores de la miseria psicológica de este hombre de lo útil y de lo homogéneo, perdido en el prosaísmo universal del cálculo económico. El burgués despojó el trueque de lo que este tenía de orgiástico, de festivo, de portador de un sentido sagrado en las sociedades descritas en el *Essai sur le don*.[458] El burgués ya no consiente en «gastar» sino para él mismo, o sea ocultándose, obligado a la hipocresía por su condición. Su abyección es la ignominia del hombre. La sociedad moderna sobre la cual reina la burguesía se ha vuelto trágicamente homogénea, integrada como está por individuos sometidos, sin excepción, a la medida del dinero, y en adelante, ajenos al campo de la diferencia, lo que es decir, de las pasiones y, para empezar, de la primera de ellas: la pasión sexual. Se trata de otros tantos temas familiares que tienen su fuente en Hegel, cuyo intérprete en París es por ese entonces Kojève, y que se revisten de un nuevo radicalismo a partir de Nietzsche y de Freud. Así es como se anuncia el alba de una nueva obsesión alemana en el pensamiento francés, sobre las ruinas aún majestuosas del positivismo universitario. Bataille no ofrece la explotación más coherente de los grandes autores del otro lado del Rin,[459] pero sí

toma de ellos lo suficiente para nutrir un nihilismo de la desesperación.

Y es que Bataille no tiene en la mira otra cosa que la tradición de la Ilustración, prolongada por el optimismo revolucionario del siglo XIX: Condorcet y Marx juntos. Quiere sustituir la «concepción geométrica del porvenir» por la fuerza dinámica de la desesperación: «El porvenir no descansa sobre los esfuerzos minúsculos de algunos organizadores de un optimismo incorregible; depende por entero de la desorientación general.»[460] A sus ojos, la época se ha hundido en la desdicha: desdicha irremediable de las democracias burguesas que han caído en la incapacidad de existir; desdicha también de las rebeliones que se dirigen contra esas democracias en nombre de la vida contra la inercia:

> *Toda fuerza viva ha adoptado hoy la forma del Estado totalitario... Stalin es la sombra y el frío que su solo nombre ampara, más allá de toda esperanza revolucionaria; esta es, asociada al horror de las policías alemana e italiana, la imagen de una humanidad cuyos gritos de rebelión se han vuelto políticamente insignificantes, y que ya no expresan sino desgarramiento y desdicha.*[461]

Escritas en septiembre de 1933, después del advenimiento de Hitler, esas líneas manifiestan con bastante claridad que no hay esperanza sino en lo absoluto de la desesperación.

Todo separa, pues, a Bataille del antifascismo, al que considera una empresa inútil y carente de sustancia histórica, asociada a una hueca filosofía del progreso. Los antifascistas son «brujos que luchan contra las tormentas»,[462] cuando solo las «tormentas» pueden hacer temblar el pedestal inerte de la sociedad burguesa. El fascismo, como el comunismo, son tormentas no desencadenadas, ya que finalmente constituyen unas sociedades serviles que es preciso combatir en nombre del odio al Estado. Pero su surgimiento, lo que las ha hecho nacer, y hasta su total fracaso, también son testimonio de la patética miseria del hombre en el siglo XX. El comunismo fue, en su origen, la rebelión del proletariado, la única clase heterogénea de la so-

ciedad en la medida en que no es burguesía. En cuanto al fascismo, al que Bataille dedica un estudio especial ese mismo año, [463] encarna por oposición al Estado burgués, agente este último de la sociedad de masas y sometido a ella, la heterogeneidad del poder, el retorno de su elemento sacro. De la «sociedad real», la sociedad fascista logra restaurar, en efecto, la autoridad en la que lo religioso y lo político son inseparables, lo que constituye la instancia psicológica colectiva indispensable a la heterogeneidad de los individuos. Pero esta restauración también es una negación de la sociedad burguesa, y por ello ofrece una solución distinta de la revolución proletaria a las clases en pugna con la sociedad homogénea, a la vez que dota de una base popular al fascismo. «De esta posible dualidad de la efervescencia resulta una situación sin precedente. Una misma sociedad ve formarse, simultáneamente, dos revoluciones hostiles una a la otra y, a la vez, hostiles al orden establecido». [464] La gran convulsión moderna responde a dos movimientos adversarios, pero que coinciden en su deseo de emanciparse de la condición burguesa. Se alimentan uno por el otro, el uno del otro, movilizando unas fuerzas afectivas que se conjugan y a la vez se neutralizan; son testigos y protagonistas de la interminable subversión que teje la historia de la emancipación humana, sin terminarla jamás.

Antes de la guerra, Bataille nunca se explicará mejor que en esos textos de 1933 sobre las grandes cuestiones políticas de la época. Después de un breve acercamiento a Breton en 1935, que dura lo suficiente para hacer un llamado a la revolución mundial, [465] se encierra en los pequeños grupos ultraizquierdistas: [466] minúsculas comunidades de elegidos, destinados a penetrar los secretos de la existencia social. La última de estas diminutas asociaciones, el Colegio de Sociología, que frecuentan en 1938-1939, según los días, Benda y Drieu, Benjamin o Adorno, se fijó por objeto «el estudio de la existencia social en todas

aquellas manifestaciones suyas en que sale a la luz la presencia activa de lo sagrado».[467] De manera un tanto extraña, Bataille se declara heredero de Durkheim para hacer de su descubrimiento de lo «social», en tanto que sede de lo religioso, el campo de investigación de un nihilismo posnietzscheano.

Pero los escritos de Bataille valen menos por su rigor —que no existe— o por su talento —que es mediocre—, que por esta fría violencia de muerte que los anima, así como por su declaración del fin del universo de la Ilustración. El antifascismo republicano tiene por divinidades a Jean-Jacques Rousseau y a Víctor Hugo, es decir, a los padres y a los hijos de 1789. Acoge al comunismo soviético en esta filiación tranquilizadora: la identidad revolucionaria impide establecer la diferencia entre la democracia y el totalitarismo. Ahora bien, Bataille derriba ese castillo de naipes. Ni la Ilustración ni la Revolución francesa resultan de utilidad para reflexionar en las convulsiones del siglo XX.

Esta grieta abierta en el patrimonio democrático de Francia y de Europa la ha sentido y analizado casi de inmediato un joven filósofo, sin concederle esa especie de absolución desesperada de los regímenes totalitarios que hemos encontrado, aquí y allá, en Bataille y sus amigos. Se trata de Raymond Aron, que emprende su carrera solitaria en la *intelligentsia* francesa. Cuando apenas era un joven normalista, profesó un socialismo de creencias pacifistas.[468] Más tarde, apenas ingresado en la vida profesional y asignado a Alemania a comienzos de los años treinta, trae de su larga permanencia en ese país una visión lúcida de la empresa hitleriana, por una parte, y la crítica de la razón histórica, por la otra.[469] Tratase de dos cosas que pertenecen a órdenes de realidad diferentes, pero que muy pronto se integran en su espíritu en una serie de preguntas inéditas en la Escuela Normal Superior, de la que egresa. ¿Cómo luchar contra Hitler? ¿Cómo interpretar la historia, y cuál es la rela-

ción de esta interpretación con la verdad? Hasta qué punto es poco académica esta segunda interrogación, pese a su, carácter abstracto, es algo que podemos ponderar en la defensa de tesis que sostiene Aron en la Sorbona en 1938. El postulante no solo pertenece a una generación distinta de la de sus examinadores; también viene de otro mundo político y moral: se ha nutrido de Max Weber y de Dilthey, y ha tenido la oportunidad de analizar la condición incierta de nuestro conocimiento del pasado en el momento en que se ve atrapado por la tragedia de la historia, a la que ha comprendido antes que nadie. En el examen profesional de Aron, su jurado teme al fantasma de la inquietud nihilista surgido en medio de las certidumbres del derecho y del progreso.[470]

Sin embargo, este hombre dividido, este filósofo crítico, le da a la primera y más apremiante interrogante traída de Berlín una respuesta categórica: la lucha contra Hitler tiene prioridad absoluta en el momento. Pero Aron no entiende esta lucha a la manera «antifascista» de la izquierda de la época. Al vivir en el entorno profesional de Bouglé y siendo admirador de Élie Halévy, no se hace ilusiones sobre la Unión Soviética, y también critica al Frente Popular.[471] Además el antifascismo, ambiguo en sus alianzas y en sus objetivos, proviene, a ojos de Aron, de una tradición muerta: la del optimismo histórico de la Revolución francesa y del siglo XIX, relevado por el positivismo universitario. El texto más interesante del joven Raymond Aron a este respecto es una comunicación a la Sociedad Francesa de Filosofía, del 17 de junio de 1939, en vísperas del último verano de paz en Europa.[472]

El orador se impuso como tema «Estados democráticos y Estados totalitarios», y con el segundo adjetivo no designa en su exposición sino a la Alemania de Hitler y a la Italia de Mussolini. Sin embargo, es claro que no incluye a la URSS en la primera categoría, pues una de las tesis que desarrolla es la si-

guiente: «Los regímenes totalitarios se oponen en primer lugar a las democracias y no al comunismo». En efecto, los fascismos pretenden destruir, dejando atrás incluso la herencia política del siglo XIX, lo que constituye el espíritu de la tradición occidental. En este sentido, son «auténticamente revolucionarios», y nada es más «extraño» que el favor de que gozan entre la opinión conservadora inglesa y francesa. Frente a ellos, las democracias adoptan una posición defensiva, conservadora: el riesgo consiste en verlas crisparse sobre un patrimonio muerto, incapaces de devolverles la vida. «Hoy no se trata de salvar las ilusiones burguesas, humanitarias o pacifistas. Los excesos del irracionalismo no descalifican, sino al contrario, el esfuerzo necesario para volver a poner en duda el progresismo, el moralismo abstracto o las ideas de 1789. El conservadurismo democrático, como el racionalismo, solo puede salvarse renovándose.»[473] Única manera, según Aron, de evitar la catastrófica disyuntiva fascismo-comunismo.

Entre quienes escuchan hablar ese día al joven filósofo se encuentra Victor Basch, a quien ya conocemos.[474] El presidente de la Liga de los Derechos del Hombre encarna bastante bien todo eso que el orador critica: progresismo, pacifismo, tradición revolucionaria a la francesa. De ahí que entablen un cortés diálogo de sordos. Victor Basch se indigna de que alguien pueda honrar a Hitler o a Mussolini con el título de revolucionarios, así como hablar de las democracias como si estas fuesen regímenes conservadores. Esta actitud de Basch no podía ser más coherente, ya que a sus ojos la democracia es de esencia revolucionaria. Pero lo que más lo ofusca, entre las frases del conferenciante, es que alguien pueda poner en entredicho los principios de 1789, juzgarlos «abstractos» e incapaces de renovar el impulso democrático: el viejo «liguero» reafirma la profesión de fe republicana que ha guiado toda su existencia.

Aron no se propuso atacar las ideas de 1789 en tanto que ideas; su intención era criticar la posibilidad que ofrece el universalismo revolucionario francés de pensar y de actuar en el mundo del siglo XX. Este universalismo no solo no permite comprender las revoluciones contemporáneas, sean estas fascistas o comunistas, sino que las oculta, en lugar de iluminarlas. En el plano práctico, desarma a los hombres de las democracias, en lugar de prepararlos al combate; los conduce por la vía de la retórica y del moralismo; los desvía de las realidades económicas y militares; impide la reforma de las instituciones y conduce al pacifismo: este es, en resumen, el balance negativo del Frente Popular y del «antifascismo». Desde su primer gran debate con la izquierda intelectual francesa, en el ambiente que fue su origen, Raymond Aron indicó con precisión la magnitud de su desacuerdo, al mismo tiempo que destacaba la originalidad de su posición crítica. Por lo que se refiere al orden intelectual, Aron se muestra atento a la novedad radical de las revoluciones del siglo XX, y es, asimismo, portador de una «comprensión» de la historia que debe más a Weber que a la vulgata democrática revolucionaria francesa. Por lo que atañe al orden político, Aron es más demócrata que republicano; resulta demasiado reformador para la derecha y, para la izquierda, excesivamente hostil al discurso antifascista. Para ambas, se trata de un pensador demasiado lúcido ante la guerra que se aproxima.

IX. LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

LA SEGUNDA Guerra Mundial constituye una especie de laboratorio donde se ponen a prueba las ambigüedades del antifascismo comunista, formada como está por dos periodos encadenados y a la vez contradictorios. De septiembre de 1939 a junio de 1941, Stalin es el principal aliado de Hitler; de junio de 1941 a mayo de 1945, el primero se convierte en el enemigo más encarnizado del segundo. La memoria selectiva de los pueblos las más de las veces no ha retenido del interminable conflicto más que el segundo periodo, al que la victoria extendió su certificado de autenticidad. Pero la historia también debe dar razón del primero, a menos que desee condenarse a sí misma a no ser más que la versión de los vencedores.

Así pues, hay que partir del pacto firmado en Moscú por Ribbentrop y Mólotov el 23 de agosto de 1939, que inaugura la época de la alianza entre la URSS y la Alemania nazi. Alianza, en efecto, y no solo convenio de no agresión, como lo pretendió la primera presentación que se hizo, de momento, en plena crisis polaca: el contenido del pacto accesible al público iba acompañado de un protocolo secreto,[475] cuya existencia negarán por mucho tiempo los soviéticos, debido precisamente a que el texto pone al descubierto la magnitud del acuerdo territorial entre ambas partes, en vísperas de que las tropas alemanas franqueen la frontera polaca. Hitler se ha reservado Lituania y la Polonia occidental; pero ha concedido que pertenezcan a la esfera de influencia soviética Estonia, Letonia y la parte de

Finlandia situada al este de los ríos Narev, Vístula y San, la Besarabia. La importancia de esas concesiones hechas de antemano a la expansión de la URSS indica el interés del dictador nazi en el giro de 180 grados dado por Stalin: ya lo tenemos con las manos libres, no solo en Polonia, sino sobre todo en el Oeste.

De hecho, Hitler penetra en Polonia el 1 de septiembre y se encuentra en guerra con Inglaterra y Francia el día 3. Durante otras dos semanas —periodo en el que los carros blindados alemanes avanzan rápidamente por la llanura polaca—, la idea de continuar la política antifascista por otros medios es defendible, y de hecho defendida, en especial por el PCF:[476] el acuerdo germano-ruso del 23 de agosto, único que se hace público, es analizado como una respuesta de Stalin a las tentativas de los dirigentes anglo-franceses por aislarlo como un medio de ganar tiempo manteniéndose al margen del conflicto. Incluso la entrada de las tropas soviéticas en Polonia, el 17 de septiembre, puede interpretarse, en rigor, como la simple posesión de una prenda. La opinión pública no sabe que al este del país los hombres de la NKVD, en la retaguardia del Ejército Rojo, hacen exactamente lo mismo que las secciones de las SS detrás de la *Wehrmacht*: liquidan o deportan a las élites polacas y a todo lo que pueda asemejarse a un adversario potencial. En ocho días, Stalin se ha apoderado de la Bielorrusia occidental y de las tierras polaco-ucranianas.

Pero el 28 de septiembre, cuando Ribbentrop viaja de nuevo a Moscú, ya no se puede dudar de la política soviética, aun desconociendo los protocolos secretos sobre las líneas del reparto de Polonia y la redistribución de las poblaciones, según su filiación étnica.[477] Esta vez, el ministro nazi firma con Mólotov un auténtico tratado de cooperación y de amistad, al que corona el célebre comunicado:

> *El gobierno del Reich y el gobierno de la Unión Soviética, habiendo resuelto definitivamente, por el acuerdo hoy firmado, las cuestiones que se desprenden de la disolución*

del Estado polaco, y creado así la base para una paz duradera en la Europa oriental, expresan en común la opinión de que correspondía al verdadero interés de todas las naciones poner fin al estado de guerra que existe entre Alemania, por una parte, y Francia e Inglaterra, por la otra. Llegado el caso, ambos gobiernos emprenderán esfuerzos comunes, de acuerdo con otras potencias amigas, para alcanzar tan rápido como sea posible esa meta. Empero, si los esfuerzos de los dos gobiernos no tuvieran éxito, entonces se comprobaría que Inglaterra y Francia son responsables de la continuación de la guerra. [478]

A partir de ese momento, es claro que Hitler hará la guerra en el Oeste, contando con la neutralidad benévola de la Unión Soviética.

Por lo demás, la evolución de la política soviética no deja la menor duda. Stalin hace satélites suyos, en un abrir y cerrar de ojos, los tres pequeños Estados bálticos con la venia de Alemania, antes de anexárselos al año siguiente. Todavía en el otoño de 1939 quiere someter a Finlandia e inaugura un procedimiento al que recurrirá asiduamente: el día que el Ejército Rojo ataca sin previo aviso en la frontera finlandesa, Radio Moscú anuncia la creación, en la pequeña porción del territorio invadido, de un «gobierno democrático» de Finlandia, encabezado por Otto Kuusinen, veterano del Komintern. Esta guerra no resultará tan bien como la de Hitler en Polonia; pero vuelve totalmente evidente y hasta espectacular el afán de Stalin de recibir su tajada de los primeros botines de una guerra mundial que él previó con tanta anticipación, y que comienza con tan buenos auspicios.

Este activismo prudente pero deliberado invalida la justificación que desde hace tanto tiempo se ha dado al pacto germano-soviético del 23 de agosto: a saber, que el viraje de Stalin no fue sino un pago con la misma moneda, y una manera de frustrar las intrigas occidentales que pretendían empujar a Hitler hacia Ucrania para desviarlo del Mosa o del Rin. No es que esas intrigas no hayan existido o que no hayan pesado sobre la política de Inglaterra y de Francia. Incluso lograron una victoria, en cierto sentido, con los acuerdos de Munich en septiembre de

1938, aun cuando no hayan sido —ni mucho menos— la causa única. El pacifismo de las opiniones públicas del Oeste no dejó de actuar contra los checos; y en el espíritu de los dirigentes ingleses y franceses, esta ceguera superó, sin duda, a cualquier previsión. Pero resulta comprensible que, apartado de la opinión pese a los compromisos soviéticos con Checoslovaquia, Stalin haya visto en Munich los preámbulos de una conjura panimperialista contra la URSS. Desde Octubre de 1917, esta idea ocupa un lugar privilegiado en el repertorio bolchevique. El hecho es que el discurso de Stalin ante el XVIII Congreso del Partido Bolchevique, el 10 de marzo de 1939, constituyó una advertencia a las democracias occidentales, al mismo tiempo que una proposición a Alemania. ¿Se trata de la primera proposición? Hemos visto que no.[479] Pero es claro que la política de tener «dos velas prendidas», que probablemente nunca abandonó la mente de Stalin desde 1934, adquirió después de Munich su orientación decisiva hacia Alemania. Mólotov no tardará en remplazar a Litvínov, el hombre de la «seguridad colectiva», en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Lo irónico del asunto es que esa elección se hace en el momento preciso en que los conservadores ingleses por fin han perdido las ilusiones que depositaron en Hitler después de la invasión de Checoslovaquia el 15 de marzo de 1939: la guerra entre Alemania y las democracias parece casi inevitable, aun a los ojos de las últimas, lo que refuerza la posición soviética.

Stalin pudo elegir, en la primavera de 1939, entre la reafirmación de la política antifascista de seguridad colectiva y la inversión de las alianzas. Exploró los dos caminos a la vez, para encontrar que sobre el primero se habían acumulado las desconfianzas. La proposición rusa de un acuerdo militar tripartito (URSS, Inglaterra, Francia), que abarcara todos los países limítrofes de la URSS —desde los países bálticos hasta Rumania, pasando por Polonia—, tropieza con la negativa polaca y ruma-

na a aceptar el paso eventual del Ejército Rojo por sus territorios, por miedo a que este no volviera a salir de ellos nunca: la historia demostraría lo bien fundado de esos temores. De hecho, Stalin avanza sobre todo por la otra vía, como lo demuestra el nombramiento de Mólotov el 4 de mayo. La negociación es tanto más fácil cuanto que Hitler comprende con medias palabras las ambiciones del otro bando, pues son el complemento de las suyas; él está perfectamente dispuesto a borrar a Estonia o a Polonia del mapa de Europa si tal es el precio que hay que pagar por la expansión de Alemania en el Este y por tener libres las manos en el Oeste. La cuestión polaca, que dividía al bando «antifascista»,[480] une, por el contrario, a los nazis con los comunistas.

Así, aunque resulte evidente que la política de «apaciguar» a Hitler practicada por los conservadores ingleses y por los dirigentes franceses ha desempeñado un papel en el viraje diplomático de la URSS hacia Hitler en 1939, no se debe convertir a esa política en la explicación esencial de ese «viraje». Primero, porque el solo uso de ese término tiende a hacer pensar que entre 1934 y 1939 la política exterior soviética no era sino un calco del antifascismo ideológico, lo que no es el caso. Segundo, porque el problema polaco (el principal obstáculo para un acuerdo militar franco-anglo-ruso) no fue inventado por occidentales maniáticos del antisovietismo. Polonia tenía sobradas razones para sentirse amenazada por Stalin y por Hitler a la vez; y Francia, por ejemplo, ligada a ella por un tratado, no estaba en condiciones de proteger su independencia en el caso hipotético de que las tropas rusas acamparan en su territorio. Los dirigentes anglo-franceses, para proteger a Polonia contra Hitler, ¿debían aceptar que fuese ocupada por Stalin?

Al menos hay que plantear esta pregunta. La política exterior antifascista de seguridad colectiva tropezó con contradicciones más graves aún que la política interior practicada en nombre

del antifascismo, tal como sucedió en Francia: la última unía en la superficie a bandos opuestos en lo esencial; la primera fingía tomar a sus adversarios por asociados suyos. Esta observación no le resta valor a la crítica de la política de «apaciguamiento», en la que se unieron estulticia y cobardía, pero sí relativiza su alcance, en la medida en que muestra los límites de la política inversa. Stalin no era hombre que asociara la Unión Soviética a un frente unido antinazi en virtud de una pasión ideológica, por amor a la libertad, o incluso por el afán de lograr el equilibrio europeo. Necesitaba, como mínimo, protegerse de un ataque alemán y, de ser posible, borrar en su país el recuerdo de Brest-Litovsk. Ahora bien, llegado el caso, Hitler tenía en ambos puntos más que ofrecerle que Chamberlain o Daladier.

El reparto de Polonia entronca en una vieja tradición germano-rusa de dominación compartida en la Europa oriental. En los siglos XVIII y XIX, la parte alemana comprendía a la vez Prusia y Austria, o el Imperio alemán y Austria-Hungría. En el siglo XX, Hitler desempeña, él solo, todos estos papeles frente a Stalin, el sucesor de los zares. Lo que ambos dictadores reconstruyen juntos se debe también a su origen común, de cuño más reciente que los repartos de Polonia, debido a que ambos incluyen en sus herencias respectivas el afán de destruir la Europa de los Tratados de Versalles, que había sido concebida para asegurar la dominación del imperialismo francés sobre el cinturón de pequeños Estados situados entre la Alemania vencida y la Rusia de Octubre del 1917.

Al dar la mano a Hitler, Stalin renueva —si es que algún día había prescindido de ella por completo— la política exterior bolchevique anterior a 1933, a saber: la alianza con la extrema derecha alemana en nombre de la lucha contra el sistema establecido por los Tratados de Versalles. La situación le es tanto más favorable a Stalin cuanto que, al volver sus pasos sobre unas huellas que no son tan antiguas, por ello mismo da luz

verde a la guerra interimperialista entre Alemania, por una parte, e Inglaterra y Francia, por la otra. Una guerra que, por ese entonces, todo anuncia que deberá ser larga y agotadora para los beligerantes y, por tanto, propicia en todo caso a la consolidación del poder soviético y a su expansión territorial. ¡No es cualquier cosa haber borrado ya el recuerdo de Brest-Litovsk con ayuda de la misma Alemania que había dictado a Lenin condiciones humillantes!

La cuestión de saber si Stalin prefería a Hitler sobre las democracias occidentales, o a la inversa, no tiene pues mucho interés en el caso. Lo más probable es que metiera ambos tipos de regímenes en el mismo saco, el del capital. Su decisión de agosto-septiembre de 1939 obedeció a consideraciones circunstanciales, no doctrinales. A él, que había vencido a todos en el interior de la URSS, he aquí que los hombres y las cosas, es decir, la situación, le ofrecían un nuevo papel por intermediación inesperada del dictador nazi: el de creador de un imperio, con una parte de Polonia como primer estímulo. En ese sentido, el pacto germano-soviético señala en la biografía de Stalin el paso hacia una ambición aún más vasta que la representada por la Unión Soviética: ella llenará el resto de su vida. Aun cuando entre tanto haya cambiado de aliados, no existe diferencia entre el Stalin de 1939 que ocupa la parte oriental de Polonia y el Stalin de 1944 que «libera» su parte occidental. El año de 1944 es la secuela de 1939: al reparto con los nazis sucede la dominación no compartida de Moscú sobre una nación desplazada hacia el oeste con todo y su población. El otoño de 1939 expone a la luz de la opinión que Stalin concibe la expansión del comunismo en Europa como la exportación armada del régimen soviético, comandada por sus agentes.

Si, por lo demás, se necesitara una prueba complementaria del verdadero carácter del pacto germano-soviético, se la encontraría en el modo en que dicho pacto se presentó y justificó

revestido con la terminología marxista-leninista. Para el historiador constituye una verdadera bendición la naturaleza ideológica del universo comunista, pues lo obliga a explicar todo en este idioma universalista y extraño en el que se urde la infalibilidad del partido y de su jefe: basta descifrar su código para disponer en todo momento de un inestimable instrumento de interpretación, ya que el actor principal, individual y colectivo, ha consignado en ese idioma sus razones. Aun cuando la lengua marxista-leninista es repetitiva y monótona en periodos de calma, constituye un venero vital que resulta particularmente inapreciable en los momentos decisivos; casi diríamos que cobra vida y colorido con las situaciones extremas, cuando tiene que volver sobre sí misma y modificar la economía interna de sus diferentes elementos. Este es el caso clásico en el que se encuentra en este otoño de 1939, después de seis años de martilleo ideológico «antifascista».

El pacto germano-soviético es, en efecto, a primera vista, el acontecimiento político que ofrece mayor resistencia a dejarse enmarcar en una racionalización leninista. El suceso no ha sido dictado, como Brest-Litovsk, por un peligro extremo; ni, como el viraje de 1934935, ha sido impuesto por un acontecimiento nuevo (la dictadura de Hitlér). Antes bien, lo debe todo a las circunstancias: la necesidad, para Hitler, de neutralizar a Stalin antes de desencadenar la guerra; la ventaja que le reportó a Stalin el primer reparto de la Europa oriental. Si hubiese que añadir a las circunstancias unas razones de mayor peso, entonces todo el asunto de agosto-septiembre de 1939 entre Alemania y la URSS puede plantearse en términos de razón de Estado. Las dos grandes dictaduras ideocráticas del siglo finalmente se entendieron haciendo a un lado sus ideologías. Casi no hay que explicar a Hitler, en la medida en que la invocación del nacionalismo a la par con el cinismo del vencedor bastan para su prédica. Pero Stalin no puede ampararse en la razón de Estado

sin poner en entredicho la vocación mundial del comunismo. No puede justificar su acuerdo con Hitler sin tomar del revés todo lo que han dicho y pensado los militantes comunistas por todo el mundo desde el proceso de Leipzig. Sin embargo debe hacerlo, ya que Stalin sigue siendo su jefe y está dotado de una doble naturaleza, nacional y universal. Es en este doble papel que debe desempeñar aun contra su voluntad donde el historiador encuentra su más rico filón.

La recepción de que fue objeto el pacto del 23 de agosto por parte de los partidos comunistas tendió, para empezar, a reducir la novedad brutal del hecho; lo que es una reacción perfectamente natural, análoga a la de alguien que se entera de una mala noticia. Los dirigentes comunistas en el extranjero ignoraban lo que se preparaba secretamente en Moscú. Hicieron suya y repitieron la advertencia dada por Stalin en Londres y en París el 10 de marzo, pero no modificaron el tono dominante del antifascismo en su propaganda y en sus actividades, pues lo consideraban intocable. En los días que siguieron a la noticia del pacto, aprobaron a Stalin como el autor de una última maniobra para evitar la guerra (lo que ya era bastante acrobático); pero siguieron resueltos a permanecer en la primera fila de los soldados contra Hitler si aquella estallaba.[481] Ese tipo de declaración no aplacó la indignación popular contra la Unión Soviética, suscitada por el pacto del 23 de agosto; pero al menos ofreció la ventaja de tranquilizar a los militantes, garantizando un mínimo de continuidad en la línea política de los partidos del Komintern. Por lo demás, en esos mismos días los hombres de la Internacional en Moscú no pensaban de otra manera. El 27 de agosto, en una carta cuya existencia acaba de ponerse al descubierto,[482] los dos máximos responsables, Dimitrov y Manuilski, escribieron a Stalin pidiéndole instrucciones sobre la situación del PCF en París:

Creemos que la posición del partido debe seguir siendo la misma: resistir a la agresión de la Alemania fascista. Debe sostener los esfuerzos tendientes a reforzar el potencial defensivo de Francia, pero, a cambio, debe exigir que el partido tenga la posibilidad de expresar abiertamente su opinión y de desarrollar sus actividades.

Esta carta no recibe una respuesta inmediata: en esos últimos días de agosto, Stalin aún vacila ante la presentación pública que habrá de darle a lo que acaba de hacer. El 31 de agosto, en la cuarta sesión del Soviet Supremo, Mólotov todavía da una interpretación minimalista del «pacto»: este fue necesario debido a la política muniquense de los occidentales, y no es una inversión de alianzas: simplemente pone fin a la hostilidad entre Alemania y la URSS en interés de ambos países, al mismo tiempo que subraya el decisivo papel internacional de la segunda, sobre todo en lo que concierne a la Europa oriental. Mediante este inciso, Mólotov quiere sin duda preparar a la opinión para lo que se ha conseguido por escrito en el protocolo secreto.

Al día siguiente ocurre la invasión de Polonia, y la rapidez del avance alemán —que reduce el plazo para la intervención soviética— obliga a Stalin a tomar cartas en el asunto. El 7 de septiembre recibe a Dimitrov en presencia de Mólotov y de Zhdánov. Esta es, que yo sepa, la primera vez que aclara ante el movimiento comunista las implicaciones filosófico-políticas del pacto. El acta de sus palabras, tal como esta acaba de salir de los archivos del Komintern, es tan interesante que debo citarla extensamente.[483] En esa entrevista, declara Stalin que la guerra se desarrolla entre dos grupos de países capitalistas —pobres y ricos desde el punto de vista de las colonias, de las materias primas, etc.— por el reparto del mundo, por la dominación.

No tenemos nada que decir contra el hecho de que luchen entre sí como tiene que ser y que se debiliten mutuamente —dijo Stalin—. No estaría mal que la situación de los países capitalistas más ricos (sobre todo de Inglaterra) fuese quebrantada por intermediación de Alemania. Hitler, por su parte, sin comprenderlo y sin desearlo, debilita y socava el sistema capitalista.

Stalin declara además que, antes de la guerra, la distinción entre fascismo y régimen democrático era justa. «Durante la guerra entre potencias imperialistas, esto se vuelve erróneo. La división de los países capitalistas en países fascistas y democráticos ha perdido todo sentido». Stalin adopta a continuación una posición claramente hostil a Polonia, habiéndola caracterizado como un Estado fascista que oprimía a los ucranianos, los bielorrusos, etcétera.

En las condiciones actuales, la supresión de este Estado significaría que habría un Estado fascista menos. No estaría mal que Polonia sufriera una derrota y nosotros pudiésemos englobar en el sistema socialista nuevos territorios y nuevas poblaciones.

... En cuanto al movimiento comunista, Stalin se propone renunciar al lema de frente popular unificado. Los comunistas de los países capitalistas deben levantarse resueltamente contra su propio gobierno, contra la guerra...

En estas instrucciones orales está dicho casi todo lo que será la nueva política comunista. Allí se desenmascara Stalin, por cierto, como el amo del Komintern, en la misma forma en que lo es de la Unión Soviética: como señor absoluto. Disociar sus dos papeles equivaldría a desconocer la naturaleza del universo leninista. En el momento mismo en que afirma la supremacía de los intereses del Estado soviético sobre todo lo demás, el secretario general no abandona ninguna de sus prerrogativas de regentear «todo lo demás» en nombre del marxismo-leninismo. El precio que tendrá que pagar por ejercer esta pedagogía es caro: se trata nada menos que de hacer y decir lo contrario de lo que ha dicho y hecho desde 1934.

Desde 1934 o 1935, según el punto de referencia elegido, la guerra imperialista, a la sazón inevitable por las rivalidades de las potencias capitalistas, no era únicamente «imperialista» como en 1914, o como en la denuncia que de ella hacía el Komintern del «tercer periodo». Por el contrario, enfrentaría un grupo de Estados fascistas, cuya punta de lanza era la Alemania de Hitler, contra una alianza de Estados democráticos, con Inglaterra y Francia a la cabeza, que, aunque eran capitalistas, se en-

contraban en posición defensiva y, por consiguiente, menos agresiva. Uno de esos Estados, Francia, había concluido en 1935 un tratado de alianza con la URSS; por tanto, la posición de su política exterior se encontraba dignificada: tan vigoroso había sido ahí el fundamento filosófico de la estrategia antifascista. Ahora bien, el 7 de septiembre de 1939, Stalin coloca hombro con hombro a los beligerantes, que son igualmente imperialistas, por lo que ya no es necesario efectuar ninguna distinción entre ellos. No se trata, por completo, de un retorno a la situación del «tercer periodo», ya que en esta época las potencias imperialistas amenazaban juntas a la Unión Soviética. Ahora, en septiembre de 1939 se hacen la guerra entre sí, como en 1914, a riesgo de debilitarse mutuamente en provecho de la URSS. Esto es lo que explica la especie de buena calificación dada pese a todo a Hitler, quien socava al imperialismo más rico, es decir, el de Inglaterra. De esta manera, en las frases de Stalin del otoño de 1939, cobra nueva vida la idea que nunca se ha apartado demasiado (ni aun cuando es rechazada) de los análisis comunistas de la Alemania fascista en todas las épocas: que en todo caso, el nazismo es un aliado objetivo de la Revolución soviética.

Este análisis tiene sus incoherencias: Stalin no explica por qué el bando imperialista decidió debilitarse a sí mismo en lugar de combatir al enemigo común, que también es el enemigo mortal. Pero Stalin no pretende ser coherente. Más bien tiende a manipular, sirviéndose de los elementos de la tradición leninista, una nueva interpretación universal de la situación creada por los acuerdos, públicos y secretos, del 23 de agosto. Lo más urgente es poner, fin a la estrategia antifascista, convertida en sello del movimiento comunista internacional, y, en principio, hay que poner un término a su influencia, debido a que los partidos comunistas de todo el mundo continúan atribuyéndosela, a la vez que aprueban el pacto. A corto plazo, esta situación es

insostenible, ya que al percatarse de la rapidez del avance alemán hacia Varsovia, Stalin sabe que dentro de poco tendrá que dar orden al Ejército Rojo de recorrer la otra mitad del camino en Polonia, rumbo al encuentro pacífico de los nazis. ¿Cómo será posible que los comunistas franceses llamen a sus compatriotas a tomar las armas contra Hitler en el Rin, cuando su hermano mayor soviético se entiende con él al este del Vístula? La respuesta no puede eludir la reactivación de la idea de «guerra imperialista», que a su vez hace revivir la consigna de lucha contra la guerra: en lugar de combatir a Hitler y al fascismo, los militantes de las naciones «democráticas» deberán en adelante tomar por blanco único a su propia burguesía y a su propio gobierno.

¿Es este un retorno a la estrategia leninista de 1914? En apariencia, sí, y como su eco. Pero la consigna de Lenin, en su época, había sido transformar la guerra imperialista en guerra civil para convertirla en palanca de la revolución proletaria. Stalin, empero, no irá tan lejos, pues en adelante esta revolución tiene una patria, y en lugar de dispersar los esfuerzos de los partidos comunistas en la lucha por el derrocamiento de sus respectivas burguesías —de acuerdo con la perspectiva de Lenin durante la primera Guerra Mundial—, hay que unirlos, por el contrario, para la defensa de esta patria común de los trabajadores. De este modo, se trata menos de «derrotismo revolucionario» —la fórmula leninista no es pronunciada en 1939940 en el contexto del viraje político— que de lucha por una paz inmediata. Paradójicamente, la nueva estrategia comunista se basa en la consigna pacifista que con tanta violencia combatiera en los años anteriores, y que le presta la voz de sus adversarios de ayer.[484] Pero, en el movimiento comunista del otoño de 1939, las razones profundas de esta consigna no tienen nada de pacifistas: se proponen alcanzar la solidaridad incondicional de todos los

partidos con la Unión Soviética. No expresan una rebelión: imponen una sumisión.

La última idea impulsora de esta entrevista decisiva de Dimitrov con Stalin, el 7 de septiembre, es en efecto la de la prioridad absoluta de la Unión Soviética en el mecanismo comunista internacional. La idea no es nueva, pues vemos cómo adquiere forma tan pronto como se constituye el Komintern; pero se configura más en el sentido de la dominación política rusa sobre el movimiento que como una concepción de la revolución internacional. Asimismo, adopta una realidad complementaria con el advenimiento de Stalin y bajo el estandarte del «socialismo en un solo país», así como por el sometimiento del Komintern a la voluntad de un líder; pero el viraje antifascista de 1934935 había ocultado con su universalidad esta tendencia nacionalista de la dictadura estalinista. En septiembre de 1939, la máscala cae junto con el antifascismo, cuando Stalin se encuentra en vísperas de absorber, para empezar, el tercio oriental de Polonia, y luego los países bálticos. Esto explica la racionalización nueva de los progresos del socialismo, asimilados ahora a la expansión de la URSS.

En efecto, tratándose de la Polonia oriental, Stalin no habla de los territorios perdidos en Brest-Litovsk y que deben ser reintegrados a Ucrania o a la Bielorrusia soviética. Ahora ataca al Estado polaco tildándolo de «fascista» y, por ende, indigno de existir. Este ataque es un poco incoherente, pues sigue a la afirmación de que la distinción entre «fascista» y «democrático» ya no tiene sentido, y va acompañado de un acuerdo con Hitler sobre el reparto del territorio polaco. No obstante, es interesante porque muestra hasta qué grado de simplificación ha llevado Stalin la famosa «cuestión nacional»: «No estaría mal que Polonia sufriera una derrota y nosotros pudiésemos englobar en el sistema socialista nuevos territorios y nuevas poblaciones». En adelante, el porvenir del «sistema socialista» está

por entero en manos de la URSS. En 1944945, Stalin adaptará esta teoría a la moda del momento sin alterar su contenido esencial. Sin duda resulta significativo que desde 1939, en la época en que renuncia al «antifascismo», se atribuya, empero, un solo fin: la absorción por la Unión Soviética de una parte de un Estado independiente. En ese sentido, las frases del 7 de septiembre de 1939 hacen época. Después del nacionalismo oculto del «socialismo en un solo país», Stalin inaugura el nacionalismo semiabierto de los «progresos del sistema socialista» mediante la expansión de la URSS.

Así se hace explícita muy pronto, dos semanas después del pacto del 23 de agosto —solo algunos días antes de que estalle la segunda Guerra Mundial—, la nueva línea política del movimiento comunista. No es un simple ajuste circunstancial de la lucha antifascista, atribuible a la duplicidad de las democracias capitalistas, como quisieran creerlo por todo el mundo los militantes y hasta los dirigentes de los partidos. Es una inversión completa de estrategia, cuya magnitud nos la indica Stalin. Su característica más espectacular es la renuncia al antifascismo y, en especial, a la prioridad de combatir a Hitler. Este viraje le permite recuperar a Stalin ciertos elementos de la política bolchevique anterior a 1934: la identificación de la democracia burguesa con el fascismo; la denuncia de la socialdemocracia como socialfascismo, la lucha encarnizada contra la guerra imperialista. Pero la situación del otoño de 1939 es nueva, pues la guerra imperialista ya no es un peligro que se deba conjurar; ha comenzado y ha sido la ocasión para que el Estado soviético se embolsara una primera ganancia con la liquidación del Estado polaco, en total acuerdo con Alemania. De esta suerte, la consigna de lucha contra la guerra imperialista, si apunta preferentemente —como lo hizo en el tercer periodo— a los ingleses y a los franceses, esta vez conduce menos a la gesticulación revolucionaria[485] de los partidos comunistas que a una prueba decisi-

va de su subordinación a la patria internacional del proletariado. Sea en el aislamiento o, inclusive, en la ilegalidad (como en Francia), esos países se ven obligados a confirmar que la revolución proletaria internacional tiene en adelante, como eje, la expansión de la URSS.

El contenido proalemán de esa chapuza ideológica será confesado, por cierto, con mayor claridad después de mediados de septiembre, cuando Stalin haya comprobado hasta qué punto ha cumplido Hitler sus compromisos al pie de la letra. El asunto polaco ha podido despacharse como una carta que se echa al correo, y ha permitido el comunicado común germano-soviético del 28 de septiembre. Entre fines de septiembre y mediados de octubre, los tres Estados bálticos deberán hacer juramento de lealtad a la nueva superpotencia de la Europa oriental, ya que Alemania, su «protectora» tradicional, ha consentido en ello. El 31 de octubre, Mólotov describe con cierto triunfalismo las características y la evolución de la política exterior soviética, donde la nueva amistad con Alemania ocupa un lugar ingente, al lado de la necesidad de recuperar la paz:

> *Si se habla hoy de las grandes potencias europeas, Alemania se encuentra en la situación de un Estado que aspira a ver el pronto cese de la guerra y el advenimiento de la paz, mientras que Inglaterra y Francia, que ayer todavía se declaraban contra la agresión, están en pro de la continuación de la guerra y se oponen a la conclusión de la paz. Los papeles cambian, como lo podéis ver...*

Lo que sigue no tienen parangón en su cinismo: «No podría tratarse, como cada quien lo puede comprender, de restablecer la antigua Polonia. Así que resulta insensato continuar la guerra actual so pretexto de restablecer al antiguo Estado polaco». [486] Mólotov, como siempre, repite lo dicho por Stalin en lenguaje más claro. El pacto de no agresión del 23 de agosto fue, sin duda, el comienzo de una alianza.

Empero, nada nos ofrece un atisbo mejor de la extraordinaria disciplina —verdaderamente única en la historia de la humanidad— de un movimiento político tan multinacional como

el comunismo, que el modo en que, en pocas semanas, lo que había dicho Stalin a Dimitrov el 7 de septiembre se ha convertido en el breviario universal del movimiento. Hay algo que activa la imaginación con una doble sensación de grandeza y de pavor en este súbito alineamiento de un ejército militante tan vasto a una política contraria a la de ayer. En todo el mundo los partidos comunistas acatan la directiva del Komintern del 9 de septiembre contra la guerra imperialista, y la ponen en acción. Los comunistas estadunidenses se consagran, en adelante, a impedir que los Estados Unidos se unan a las democracias occidentales. Los comunistas sirios y libaneses, que habían tolerado el mandato francés del Frente Popular, se vuelven contra el imperialismo francés. Los comunistas malayos vuelven a ser antingleses. Los comunistas belgas cultivan de nuevo la neutralidad de su país. Los comunistas ingleses, belicistas irreductibles a comienzos de septiembre, emprenden su autocrítica antes del fin del mes, y lo mismo hacen los estadunidenses, los belgas, los franceses, etcétera.

Es en Europa donde este acontecimiento singular cobra mayor relieve, pues es allí donde chocan las pasiones más violentas. Fuera de Europa, en muchas naciones colonizadas, Hitler y Stalin podían ser vistos sin gran dificultad como dictadores que coinciden en su odio a las dos grandes democracias coloniales de Occidente. Pero Europa era la cuna del comunismo y del fascismo, el escenario de su historia y de sus maniobras, el lugar del universo en el que ambos regímenes ejercían, en pugna, su poder de fascinación. El continente europeo acababa de vivir unos años durante los cuales el comunismo y el fascismo habían llenado la vida política de las naciones democráticas con su rivalidad y sus insultos recíprocos, a veces hasta con su enfrentamiento sangriento, como ocurrió en España. El antifascismo le había dado un barniz occidental al comunismo, y el anticomunismo le extendió al nazismo su certificado de civili-

zación. Los dos regímenes más monstruosos del siglo habían domesticado a la opinión democrática con su rivalidad. La guerra misma había sido objeto de un reparto premeditado de los papeles.

Ahora bien, de pronto la guerra se inicia con la inversión de este reparto. Los pueblos europeos, estupefactos, ven cómo la Unión Soviética y Alemania se reparten Polonia, y cómo al unísono les exigen a Inglaterra y a Francia que pongan fin a su «agresión». El anticomunismo ya no puede servir para justificar las simpatías fascistas, que en adelante solo podrán aducir el retorno incondicional a la paz. Pero también el antifascismo ha dejado de ser la garantía democrática del comunismo. De esa doble jugada de deslegitimación, la segunda es más radical que la primera, pues antes y después de los acuerdos germano-soviéticos de agosto-septiembre de 1939, Hitler aún conserva en su arsenal propagandístico la posibilidad de una paz blanca en el Oeste; y esta idea le es muy cara a los pacifistas del Oeste. Desde 1933, Hitler siempre fue el enemigo potencial, de modo que al convertirse el 3 de septiembre de 1939 en el enemigo real pero pasivo, no siempre ha descalificado por completo a los partidarios de un nuevo Munich.

Stalin, por su parte, ha abandonado el papel de aliado potencial para desempeñar el de enemigo declarado, aun cuando no está en guerra con Inglaterra ni con Francia. Su cambio de bando causa la indignación de todas las familias políticas de la democracia occidental. Desde luego, de todos los anticomunistas, que no tienen más que seguir su inclinación. De la derecha patriótica, ya que Stalin ayuda a Hitler. De los pacifistas, pues ha abierto la puerta a la guerra. De la izquierda antifascista, que al saberse engañada y al verse privada de sus convicciones unitarias y de sus recuerdos acaba por amargarse. No es necesario recurrir a la hipótesis de una conjura del capital para explicar el descrédito en que cae el comunismo, como idea y como Estado,

en los días y las semanas que siguen al 23 de agosto de 1939. ¡Basta con leer los textos del Komintern y los discursos de Mólotov! Nada en toda la historia del movimiento puede compararse a esta liquidación de su influencia. Dios sabe, empero, hasta qué punto esta historia ha atravesado periodos difíciles: la aridez sectaria del «tercer periodo», la derrota del PC alemán, los procesos de Moscú. No obstante, nada lesionó tanto su legitimidad entre la opinión europea como el acuerdo de Stalin con Hitler.

Una vez más, probablemente el mejor observatorio para el fenómeno es Francia, cuyas pasiones políticas se alimentaron entre las dos guerras en los puntos de encuentro y de conflicto entre la democracia, el comunismo y el fascismo. Antes de agosto-septiembre de 1939, existe en Francia un Partido Comunista vigoroso, orgulloso de haber sido el «inventor» del Frente Popular antes de ser su principal beneficiario, galonado de sufragios y de influencia. La Asamblea, hija de la victoria electoral de la izquierda en 1936, no ha abandonado sus funciones, aun cuando se ha desmoronado la unión de los partidos de izquierda. Tiene dificultades para dar con una fórmula estable de gobierno en el centro, bajo la guía de los radicales. Si la mediocridad de la vida pública contrasta con la intensidad de las pasiones ideológicas, ello se debe a que estas se alimentan menos del interior que del exterior, revistiéndose con un manto que resulta demasiado amplio para las querellas domésticas. En una palabra, como si la vida nacional, privada de energía interna, tuviera que encontrar su impulso allende sus fronteras: a través del antifascismo, el comunismo constituye la referencia inconmovible de la izquierda; a través del anticomunismo, el fascismo forma el «campo magnético»[487] de las ideologías de derecha, mientras que mantener la paz constituye el pensamiento común de la nación.

Las pasiones políticas francesas de la preguerra, cuya intensidad respondió a las exigencias de la tradición nacional, tuvieron, pues, el carácter de un *préstamo*. Viven gracias a la procuración de la situación internacional y de los monstruos que la animaron. De ahí que el pacto germano-soviético las despojara de todo contenido, tomándolas a todas ellas por el revés. El antifascismo ya no impera en Moscú; el anticomunismo no impera en Berlín; Stalin y Hitler, al unísono, son los responsables de la guerra. El encadenamiento de estas tres proposiciones delata su origen: el súbito viraje de Stalin. Si la guerra que ha comenzado es una guerra imperialista, como la de 1914, entonces, «¿Morir por Danzig?» ya no solo es una pregunta planteada por Marcel Déat,[488] sino una negativa a combatir del proletariado internacional, que se expresa por boca de sus representantes autorizados. La proclama de la mentira del antifascismo por parte del Komintern despoja a muchos franceses (que habían sido particularmente activos contra el nazismo) de sus razones para combatir a Hitler. Por su parte, la Francia del pacto de Munich proscribe al Partido Comunista en nombre de una guerra que también ella había hecho todo por evitar, llegando incluso al abandono de sus compromisos internacionales. Esta Francia pretende que en septiembre de 1939 se reinicia agosto de 1914: pero ya entonces había rechazado de antemano los sacrificios de una guerra simplemente nacional; al presente, ya no tiene, por cierto, medios materiales ni morales para emprender una guerra como la anterior. Y por lo que se refiere a una guerra antifascista, ello no cuenta ni siquiera como idea desde que Stalin le ha dado la mano a Hitler.

En el caso francés es donde vemos con mayor claridad hasta qué punto el comunismo de esta época —en todas sus variantes: desde el militante hasta el simpatizante— se había fundamentado en Europa en el antifascismo. El PCF entró en la vida política francesa en 1920 con la promesa, hecha a Lenin, de po-

ner fin a los errores «oportunistas» de sus predecesores socialistas, sin importar a qué familia hubiesen pertenecido estos: no otro era el sentido de las condiciones que la nueva Internacional imponía al ingreso de sus postulantes, sin excepción, ya que todos o casi todos eran culpables del hundimiento de 1914; pero Lenin estimaba que el acatamiento de esas condiciones era particularmente necesario en Francia, donde el comunismo debía romper en definitiva con la tradición democrática burguesa, la retórica republicana y el parlamentarismo; donde era necesario prever un sector de actividades clandestinas; abandonar a sus jefes pequeñoburgueses, abogados y profesores, en favor de obreros animados por el odio de clase; destacar todo lo que los separaba en adelante de todos los demás partidos, incluso, y sobre todo, de los socialistas. De esta forma, el joven Partido Comunista había repartido su tiempo entre la cultura obrerista y la pugna revolucionaria, que alcanzó su apogeo durante el «tercer periodo».

El antifascismo puso fin a esta estrechez de miras, sin suprimir, empero, sus adquisiciones: dotó de un espacio más vasto a la pedagogía comunista, sin dejar que prescribiera ninguno de los privilegios que había adquirido en el terreno obrero. Esto es lo que constituye, como hemos visto, una estrategia y una prédica de doble fondo: en su aspecto más evidente, unió el comunismo a la democracia en un combate contra su enemigo común: Hitler. Al revalorar la filiación democrática del comunismo a través de la Revolución francesa lo dotó asimismo, de manera global, con un contenido universal y a la vez nacional. Hitler, repite el antifascismo, quiere destruir los valores de 1789 y poner de rodillas a Francia. Después del Frente Popular, los comunistas colocan en la vanguardia un frente de patriotas franceses.[489] Pero su antifascismo no compensa la renuncia a la vocación revolucionaria del «partido de la clase obrera». Por el contrario, lo instala en la primera fila de una batalla en la que

ha encontrado aliados pero de la que presupone que, a fin de cuentas, será el único beneficiario, pues la liquidación del fascismo no tiene otro fin verdadero, a sus ojos, que el fin del capitalismo, o sea la victoria del proletariado. Así, esta perspectiva les da a los comunistas un inestimable excedente de dignidad a todos sus esfuerzos por terminar con el exilio obrero en el interior de la nación. En la punta de lanza del antifascismo, el proletariado revolucionario presenta su combate de clase como la oportunidad de la libertad y la salvaguardia del interés nacional.

Los recuerdos de los militantes de ayer, gloriosos como batallas ganadas, le permiten al historiador comprender hasta qué punto el brusco viraje soviético de agosto cayó como un rayo sobre la opinión democrática, agravado por la interpretación impuesta a los partidos del Komintern en septiembre. De hecho, el PCF se ve acorralado en unas pocas semanas en una política antinacional, que lo deja sin defensores ante las medidas represivas del gobierno.[490] El partido pierde todo el apoyo de la opinión, sus militantes esenciales, muchos de sus elegidos; hasta los triunfos que ha obtenido en el periodo anterior en nombre del antifascismo agravan su caída y facilitan su casi liquidación, ya que nadie reconoce su nueva identidad, que se ha vuelto lo opuesto de la precedente. La situación se presenta como una especie de agosto de 1914 invertido. En agosto de 1914, el Partido Socialista había renegado de sus compromisos pacifistas para unirse al gobierno de la nación en guerra. En septiembre de 1939, el Partido Comunista reniega de su acción patriótica para adherirse a la proscripción de la nación en guerra.

Solo comprenden esas razones quienes conocen la verdadera naturaleza del movimiento: la supremacía que otorga a lo internacional sobre lo nacional y, en lo internacional, el principio primero al que se atiene de solidaridad incondicional con la

Unión Soviética. Ello explica por qué, a pesar del rechazo de la opinión de la «traición» comunista, y a pesar de que los militantes abandonan los partidos del Komintern, el aparato del movimiento sigue en pie, como puede verse en Francia y en otras partes. No es que se le haya prevenido o mantenido al corriente de lo que se tramaba; para prepararse, no tenía otra cosa que la literatura de Moscú, lo que no bastaba. Una vez llegado el día, sus cuadros se muestran a la vez abrumados y obedientes, previendo el elemento de tragedia que la situación aporta a sus existencias y al mundo, sin retroceder, empero, ante el precio que hay que pagar pues, a sus ojos, es el precio de la revolución. Primero, los comunistas justificaron el pacto del 23 de agosto; vino luego el fin del antifascismo, el reparto de Polonia, la alianza descarada Stalin-Hitler, los discursos de Mólotov: todo ello rematado por su autocrítica, ¡ya que no lo habían comprendido todo desde el principio, desde agosto!

Las cosas ocurrieron en el otoño de 1939 como si el aparato del Komintern hubiese estado a la altura de las consignas establecidas por Lenin para todo movimiento revolucionario. El hundimiento de la influencia política del partido, la destrucción de muchas de sus organizaciones, el desconcierto de los militantes no empañaron la fe ni la disciplina de los cuadros. En ese nivel de responsabilidad los disidentes fueron pocos, y estos pocos fueron pronto marginados o aun liquidados, sin disponer jamás de una masa, de un espacio o de una libertad suficientes para echar las bases de una organización rival. Las pruebas ponen de manifiesto que Stalin fue, en ese dominio, buen discípulo de Lenin: su Komintern, tanto en Moscú como en los «países de misión», forma sin duda ese inconmovible núcleo de militantes incondicionalmente fieles a los que puede exigirles todo, incluso renegar de su palabra en nombre de la revolución mundial. Estamos ante un pequeño mundo —una aristocracia, si se quiere—, y si bien es más numeroso y más in-

ternacional, también es más homogéneo y se encuentra aún más sometido que en tiempos de Lenin. ¿Ello es efecto del terror o consecuencia de la duración? No importa, pues ambos factores actúan en el mismo sentido: dan en conjunto al segundo bolchevismo esos contrafuertes duraderos de la pasión revolucionaria: la seguridad de una fe y el atractivo de la fuerza.

La guerra mundial, al principio cómplice involuntaria del comunismo, se ha convertido así, antes de mediar el siglo, en el arma aquiescente de su desarrollo. El primer conflicto bélico había llevado al comunismo al poder; el segundo, apenas comenzado, suprime el precio que Rusia había tenido que pagar para llegar a ser una realidad: da a la Unión Soviética unos territorios y unas poblaciones abandonadas por la fuerza en Brest-Litovsk, y añade, incluso, una parte de Polonia. Ya en 1920 Lenin había esbozado, en el momento de la ofensiva del Ejército Rojo hacia Varsovia, la concepción militar de los progresos del socialismo. Stalin la retoma en 1939940 a su manera, aún más elemental. Mientras la Gestapo instala su régimen policiaco en el oeste de Polonia, Stalin emprende la depuración política de su zona. Hitler reúne y manda asesinar no solo las numerosas minorías judías, sino a decenas de miles de polacos en nombre del racismo antisemita y antieslavo; Stalin, por su parte, deporta y mata en nombre del socialismo.

La masacre de Katyn, que data de esta época, constituye un caso paradigmático de su método. Desde septiembre de 1939, las escuadras de la NKVD han hecho redadas; se han esmerado particularmente en la Polonia oriental, en todo lo que el sector pueda ocultar de cuadros presentes o futuros de una resistencia nacional: los oficiales de acción y de reserva, o sea unos 15.000 hombres, la mitad de ellos en uniforme, la otra mitad formada por institutores, profesores, periodistas, abogados, médicos, sacerdotes. Todos ellos fueron repartidos en tres campos de concentración soviéticos: Ostachkov, Kozielsk y Starobielsk.

Los de Kozielsk —poco menos de 5.000 hombres— fueron asesinados en abril de 1940 en el bosque de Katyn, de un tiro en la nuca.[491] Nadie supo nada, jamás, de los otros 10.000 desdichados, cuyas osamentas yacen, sin duda, en algún lugar de la tierra rusa o bielorrusa. Las posibilidades de un polaco, por poco que perteneciera a la élite de su país, eran por entonces ser deportado al azaroso Gulag, a Siberia o al Asia central. Centenas de miles de ellos reaparecieron en 1941, por demanda del gobierno polaco de Londres cuando Stalin, por fuerza, tuvo que cambiar de bando.

Pero el año que va de septiembre de 1939 al verano de 1940 lo consagra Stalin a agregar nuevos territorios a la Unión Soviética, a liquidar este cinturón de Estados proccidentales que los vencedores de Versalles habían querido establecer como garantía de seguridad al este de Alemania y al oeste de la URSS y que, por el contrario, se convierten en zonas de influencia alemana o rusa. Tras su semifracaso finlandés del invierno de 1939940,[492] Stalin se apresura más, en la primavera, a poner en acción los otros dispositivos del protocolo secreto de agosto de 1939, mientras que los nazis aumentan su fuerza y su prestigio mediante la ocupación de Dinamarca y la invasión de Noruega, y, sobre todo, aplastando a Francia en junio. El mismo mes, con el pretexto de una «actividad antisoviética» en los países bálticos, ya avasallados desde el otoño anterior, Stalin hace entrar ahí sus tropas. En julio-agosto los anexará en forma de tres nuevas repúblicas soviéticas.[493] Al mismo tiempo, obliga a que le devuelvan Besarabia, que Rumania se había apropiado en 1918, y otorga en calidad de prima la Bukovina del norte, que jamás había pertenecido al Imperio ruso y que no figuraba en el protocolo secreto del año anterior. Esta concesión territorial de Stalin provoca irritación entre los alemanes que se mantienen muy atentos a todo lo que ocurre en las proximidades de sus fuentes de aprovisionamiento de petróleo.

Hasta ahí, las relaciones entre los dos Estados totalitarios se caracterizaron por una gran cordialidad aparente, inseparable de un cinismo compartido. Stalin llegó incluso a devolver por la fuerza a la Alemania nazi a varios centenares de antifascistas alemanes y austríacos, muchos de los cuales, ex comunistas, eran sospechosos a sus ojos, o bien ya estaban cautivos en el archipiélago del Gulag. Margarete Buber-Neumann, viuda del ex dirigente del Partido Comunista Alemán, narró después de la guerra esta lúgubre odisea de un campamento al otro, y el paso del puente del ferrocarril de Brest-Litovsk, frontera de los dos imperios, donde fue entregada por un oficial de la NKVD a un oficial de las SS.[494] En el dominio económico y comercial, las relaciones entre Alemania y la URSS son excelentes y llegan a ser objeto de varios acuerdos. Ambos países se ayudan recíprocamente en materia de industria militar. En política, sus intereses son convergentes. Una vez zanjada la cuestión polaca, Hitler quiere tener libres las manos en el Oeste, y Stalin desea mantenerse fuera del conflicto, al tiempo que redondea los territorios del «socialismo en un solo país». Los dos dictadores se han vuelto vecinos en el este sobre una larguísima franja territorial, sin que ello modifique las razones que los decidieron a aliarse.

Sin embargo, la derrota aplastante de Francia alteró el equilibrio de Europa. Stalin, como muchos de sus contemporáneos, tendió a prever la duración de la segunda guerra imperialista basándose en la de la primera. Su interés lo movió a ello: cuanto más larga fuera la guerra, más favorable sería su posición, ya que los beligerantes se agotarían al paso que la URSS se robustecería, fuese para intervenir directamente, fuese para disuadir a las burguesías europeas de oponerse a la revolución comunista. Una Alemania demasiado poderosa que dominara a Europa no convenía a esos cálculos. En todo caso, Stalin obligó a su socio de agosto de 1939 a jugar con prudencia cada vez mayor.

Por su parte, Hitler puso de rodillas a Francia, pero no a Inglaterra, que se negó a ceder. Ahora bien, Hitler siempre había pensado, desde *Mi lucha*, que debió haber terminado en el Oeste antes de atacar a Rusia. De ahí sus vacilaciones en el verano de 1940. Desde julio, el *Führer* piensa a la vez en un desembarco en Inglaterra y en la invasión de Rusia, como Napoleón en 1805.[495] Pero, desde el otoño, Keitel lo disuade de lanzarse a la segunda empresa por falta del tiempo necesario para prepararla. En cuanto a la primera, fracasa a mediados de septiembre cuando la aviación alemana resulta incapaz de lograr el dominio de los cielos ingleses. Así, Hitler se queda sin realizar uno u otro proyecto. El desembarco en Inglaterra pronto es abandonado por falta de recursos técnicos; pero la invasión de Rusia solo ha sido aplazada. Las empresas soviéticas del verano en Rumania hacen aún más probable esta invasión. Al no poder sojuzgar a la URSS en Inglaterra, Hitler sojuzgará a Inglaterra en la URSS. Matará dos pájaros de un tiro: someterá a los eslavos a la voluntad nazi, y privará a Inglaterra de su último aliado potencial en Europa.[496] Familiarizado con la historia europea, Hitler comete sin embargo el mismo error que Napoleón en 1812, abriendo con su propia mano la puerta a la catástrofe final.

La decisión de atacar a la URSS en 1941 está casi tomada en el verano, ya que el estado mayor trabaja en el proyecto. La medida es formalmente adoptada el 18 de diciembre de 1940: se programa la operación «Barbarroja» para el mes de mayo. Esta constituye la lógica secreta de la política alemana, ocho a diez meses antes de entrar en acción. Pero si la decisión de Hitler no se caracteriza por revelar ningún misterio y, además, encuentra sus razones en el programa de *Mi lucha* y en la dinámica de la potencia coronada por la victoria en Francia, lo que Stalin creyó o quiso hacer es mucho más oscuro. Tras las cortesías que se prodigan los dos aliados, sabe que se encuentra en una situa-

ción difícil: ha pasado el tiempo en que le bastaba recolectar territorios a espaldas del ejército nazi —vuelto este enteramente hacia el Oeste— y hacerse pagar su alianza con esas jugosas propinas, ganadas con tanta rapidez. Hitler es ahora el amo de un vastísimo espacio europeo y ha recuperado su libertad en el Este; ofrece su garantía a Rumania; hace de árbitro entre esta y Hungría sobre la Transilvania, y se declara en favor de los finlandeses. Stalin juega con precaución, sin rebasar el marco de los acuerdos de 1939. El 12 de noviembre envía a Berlín a su mejor notario, Mólotov, a pedir que se respeten los textos, es decir, las zonas de influencia. La idea de Ribbentrop, a cuya iniciativa se debe el encuentro, es incitar a la URSS a unirse a los miembros del pacto tripartito (Alemania, Italia, Jápón) recién firmado, a fin de interesar a Mólotov en un desmembramiento del Imperio inglés en Asia. Pero aun ante el propio Hitler, el notario ruso despliega, ya desde entonces, los recursos de cínica obstinación que lo harán célebre. Los sermones spenglerianos del Führer sobre la política mundial no acallan los llamados que le hace Mólotov a apegarse al reglamento: en este caso, a los acuerdos secretos germano-rusos sobre la Europa oriental. Stalin sabrá expresar, pocos días después, su interés por la idea de un reparto del mundo entre cuatro (reclamando el privilegio soviético en el norte de Irán, en Irak y en la Turquía oriental). Sin embargo, nada pudo arreglarse sobre el desacuerdo acerca de Finlandia ni de los Balcanes.

En el momento en que Hitler fija la fecha de «Barbarroja», Stalin tiene, pues, razones para desconfiar de él, y el comportamiento de Mólotov en Berlín manifiesta que efectivamente desconfía desde noviembre de 1940. Sin embargo, ¿ha dejado de poner todos sus huevos en la misma cesta? Después de embolsarse las ganancias de una política, ¿ha recomenzado a esbozar la contraria? Los textos de la época del Komintern son, como siempre, los documentos más reveladores de la política co-

munista. Ahora bien, las directivas de Moscú al Partido Comunista Francés manifiestan una inflexión desde el verano de 1940. En la Francia humillada y ocupada por los nazis, los comunistas empezaron por entablar conversaciones con las autoridades alemanas para que reapareciera su prensa y para organizar a las masas contra Vichy y la burguesía, con la tolerancia del ocupante. Esta estrategia está en consonancia con los lineamientos de septiembre de 1939, pero corre el riesgo de parecer, en las nuevas circunstancias del triunfo alemán, demasiado favorable a los nazis. De ahí la rectificación, exigida por la Internacional, en el sentido de una menor complacencia para con los ocupantes. El texto de Moscú, terminado hasta en sus últimos detalles el 5 de agosto, no es ferozmente antinazi, pero sí prohíbe toda manifestación de colaboracionismo.[497] Condena, sin mencionarlos explícitamente, los trámites efectuados ante Abetz para que reapareciera *L'Humanité*, y recomienda que la actividad indispensable del partido, legal —pues el caso sale a colación— e ilegal, se despliegue con independencia de los alemanes, sin llegar al grado de preconizar una resistencia activa contra ellos. Las consignas son, en resumen: prioridad al combate social, denuncia de la política burguesa de Vichy, desconfianza hostil para con los ocupantes. Todo el invierno de 1940941 prevalecerá esta ambigüedad, en la que el propio Stalin ha metido mano, ya que se le consultó respecto al documento del 5 de agosto. En el fondo, la tonalidad casi no habrá cambiado hacia fin de año, que es cuando dirá a Dimitrov, tras la visita de Mólotov a Berlín: «Nuestras relaciones con los alemanes son exteriormente correctas, pero también hay serias fricciones entre nosotros».[498]

Si así era a finales de 1940, resulta difícil comprender por qué Stalin no previó el giro de Hitler contra él en junio de 1941, por qué no creyó a todos los que se lo anunciaron, y por qué el ataque alemán del 22 de junio de 1941 cayó como un ra-

yo sobre un Ejército Rojo mal preparado para hacerle frente. Dios sabe que no faltaron advertencias, tanto por parte de los acontecimientos como por parte de los hombres. El avance de Hitler por los Balcanes fue coronado por el sometimiento de Bulgaria, la conquista de Yugoslavia y la de Grecia en abril. Sobre la frontera germano-rusa, las incursiones de los aviones alemanes sobre territorio soviético se multiplicaron en 1941. Las concentraciones de carros blindados no dejaron de ser observadas por los servicios soviéticos. A comienzos del año, el agente de información Sorge anunció desde Tokio a Stalin la decisión de Hitler de atacar la URSS; Churchill, en la búsqueda desesperada de un aliado, en abril; hace transmitir la misma información por su embajador en Moscú; el gobierno estadunidense hace idéntico gesto en marzo. Ahora bien, Stalin desdeña todos esos factores y no da fe a ninguna de esas advertencias. En los meses que preceden al 22 de junio de 1941, parece poner, por el contrario, especial empeño en no tomarlas en cuenta, como si tuviese miedo de despertar la hostilidad alemana. Las entregas de materias primas y de artículos alimentarios soviéticos a Alemania se intensificaron desde enero[499] y Hitler vela por la reciprocidad, para engañar mejor a su asociado. Quando el ministro japonés de Asuntos Exteriores, Matsuoka, se va de Moscú el 13 de abril, después de firmar allí un tratado de no agresión, Stalin aparece espontáneamente en la estación para repartir saludos. Pide estrechar la mano del embajador alemán, a quien declara: «Debemos seguir siendo amigos, y debéis hacer todo para ello». La frase, dicha diez semanas antes de «Barbarroja», parece la conjuración de un destino, pero también puede ser disimulo… Poco después, a comienzos de mayo, el secretario general del partido remplaza a Mólotov como jefe del gobierno soviético. Ello ofrece nuevas dificultades de interpretación, ya que este «ascenso» deliberado, aun cuando probablemente responde a la previsión de grandes aconteci-

mientos y anuncia un encuentro cara a cara con Hitler, en cambio no indica la naturaleza, pacífica o belicosa, de ese encuentro…

La mejor prueba (a decir verdad la única) de que Stalin no creyó en la inminencia de un ataque alemán, pese a los informes y a las advertencias, la constituyen el estado desprevenido del Ejército Rojo ante el asalto del 22 de junio de 1941, la lentitud de la reacción militar soviética y el comportamiento extraño del propio Stalin: es Mólotov el que anuncia la invasión por la radio soviética el 22 de junio al medio día, mientras Stalin se refugia, exánime, en su dacha de Kuntsevo, y solo reaparece el 3 de julio para hablar al país. Otros tantos hechos que, presentados por Jruschov en su famoso informe del XX Congreso del PCUS de 1956, son interpretados entonces a la luz de la impericia de su predecesor y del aislamiento patológico en que se retrajo. Menos severos para con las capacidades de Stalin, los historiadores generalmente han atribuido su actitud a su, desconfianza de todos y de todo: al leer sus obras, veremos que la mayoría de ellos coinciden en atribuir su postración al hecho de que el secretario general creyó que se trataba de una campaña de intoxicación organizada para querellarlo con Hitler, y por tanto desatendió hasta el último momento unos avisos que le parecían provocaciones. Pero ese tipo de explicación cuadra mal con la degradación (relativa) que experimentaron las relaciones ruso-alemanas a partir del verano de 1940; no nos permite comprender tampoco por qué en 1941 Stalin se fiaba más de la palabra de Hitler que de la de Churchill.

Un libro reciente, escrito por un oficial del GRU que se pasó al Oeste, Víctor Suvórov,[500] ha propuesto una nueva clave para desentrañar el misterio. A partir de fuentes soviéticas, principalmente militares, el autor intenta demostrar que Stalin, en el momento en que se desencadena el ataque alemán, está preparando la operación inversa: la invasión de los territorios alema-

nes por el Ejército Rojo.[501] Esta tesis se apoya ante todo en el estudio de los preparativos militares soviéticos que siguieron a la ocupación de la Polonia oriental, en septiembre de 1939. Suvórov pinta a un Stalin empeñado en destruir el dispositivo de defensa construido en el decenio de los treinta a lo largo de las antiguas fronteras orientales de la URSS, y en sustituirlo por una estrategia de «todo a la ofensiva», a base de caminos transitables para numerosos carros de asalto ligeros. El pacto del 23 de agosto de 1939 no habría sido más que una etapa de esta política, tendiente a utilizar a Hitler como un ariete que despejaría el camino a la revolución mundial, unificando a Europa bajo la bota del fascismo, para ofrecerla como presa al Ejército Rojo. De este modo el dictador nazi habría desbrozado el camino bajo los pies del dictador rojo, adelantándosele en unas semanas o en algunos meses, con lo que se habría beneficiado, además, de la inexistencia de un sistema de defensa soviético. No todo es absurdo en esta tesis,[502] cuyo autor recae en la vieja obsesión comunista que concibe al fascismo como la «etapa superior» del capitalismo, es decir, como el instrumento de su liquidación. Sin embargo, cuesta trabajo imaginar a un Stalin tan poco realista que pensara en atacar a Hitler cuando este se hallara en la cúspide de su poder, fuese en 1941 o en 1942. Sin duda, fue más natural en él la idea de que con el pacto de 1939 no solo había ganado territorios y potencia, sino también tiempo.

Es verdad que en este caso no existe hasta hoy una explicación convincente de la especie de confianza que Stalin alimentó en la duración de su alianza con Hitler, así como del enloquecimiento que experimentara en los días que siguieron al 22 de jimio de 1941. Tal vez se descubra algún día en los documentos soviéticos, pero al menos una cosa no deja lugar a dudas: que la gran ruptura que intervino en junio de 1941 en el curso de la segunda Guerra Mundial, y que acabaría por definir el sentido de esta en la opinión general, le debe todo a Hitler y nada a Sta-

lin. En efecto, vistas desde el lado alemán, las razones de esa ruptura son tan claras como son oscuras o ambiguas del lado soviético. Aun cuando hubiese sido un error político decisivo, la invasión de la URSS fue deliberadamente deseada y organizada, poniendo en ejecución un programa expuesto casi veinte años antes en *Mi Lucha*. La ocupación del territorio situado entre el Vístula y el Ural en nombre del espacio vital alemán constituye uno de los objetivos originales y fundamentales del nazismo. La única sorpresa que hay en la agresión de junio de 1941 es que fue emprendida antes de que Hitler hiciese capitular a Inglaterra; el resto no es más que la puesta en acción de una ideología, junto con la subestimación de las fuerzas del adversario. De suerte que, al marchar hacia el Ural bajo el signo del fascismo, también la *Wehrmacht* dotará de un sentido universal a la guerra: el antifascismo. Con ello, el comunismo recupera el estandarte al que había traicionado, sin que siquiera le fuese necesario desearlo. Hitler proveyó a todo.

En un sentido, desde luego, la guerra contra el fascismo no comenzó el 22 de junio de 1941, sino el 3 de septiembre de 1939, cuando Inglaterra y Francia declararon la guerra a la Alemania de Hitler, que había invadido Polonia dos días antes; pues ya desde esta época el conflicto tiene un carácter ideológico. El horror a las plutocracias occidentales, la humillación de una Francia decadente, el reparto al menos parcial del Imperio inglés son otros tantos encabezados de *Mi lucha*, a los que se otorga el mismo derecho que al espacio vital alemán, el cual deberá serle arrancado a los eslavos. Así, la guerra se inscribe sin disimulos en el programa y en el calendario nazis, donde figura como el enfrentamiento de las democracias con su enemigo, al que se unirá la Italia de Mussolini.

Sin embargo, muchos otros elementos intervienen en la manera como se percibe la guerra. El conflicto de 1914, aún presente en todas las memorias, teje su trama de recuerdos hasta

1939, pues da al reinicio del conflicto franco-alemán, e incluso al anglo-alemán, el carácter de una interminable querella entre naciones, más que el sentido nuevo de una batalla de ideas. Por lo demás, los gobiernos occidentales que declaran la guerra a Alemania el 3 de septiembre están en manos de los mismos dirigentes que el año anterior firmaron los acuerdos de Munich. Ahora hacen por Polonia lo que en ese entonces no hicieron por Checoslovaquia, pero la *drôle de guerre manifiesta* que no todos han abandonado la esperanza de un nuevo compromiso con Hitler, una vez vencida Polonia.[503] Incluso por encima de sus previsiones, la opinión pública, especialmente en Francia, ha aceptado la guerra más como una fatalidad nacional que como una misión ideológica: ya hemos visto hasta qué punto la izquierda antifascista rechazaba allí, antes de 1939, la idea de una cruzada antifascista.[504] Por entonces, solo los comunistas la predicaban; pero el gran viraje del 23 de agosto de 1939 también los ha transformado —sobre todo a ellos— en combatientes de la paz de compromiso, enderezándolos contra la «guerra imperialista»: el término «antifascista» o «antinazi» desaparece completamente de su literatura.[505] De suerte que todos los soldados de las democracias, de derecha e izquierda unidas, que parten a combatir los ejércitos de Hitler en septiembre, se han echado la mochila a la espalda para defender a la nación y no tanto para combatir el fascismo.

De hecho, la victoria de Hitler sobre Francia no tiene nada específicamente fascista: ni en su curso y ni aun siquiera en sus objetivos. Su curso solo tiene de nuevo, aparte de su rapidez, el empleo intensivo de los tanques y de la aviación: los combates se efectuaron conforme a las leyes de la guerra. En cuanto a los objetivos, Hitler se encontró en lucha con Francia por causa de Polonia; tiene contra el «enemigo hereditario» más quejas debidas a la tradición que a la ideología: Hitler quiere ser el vengador de Rethondes, recuperar Alsacia-Lorena, subordinar el

viejo país demasiado «civilizado» al Reich renaciente. Además, el deseo de humillar a Inglaterra en Canossa le impide despojar por completo a la Francia vencida: unas condiciones de armisticio demasiado duras podrían impulsar a los franceses a continuar la guerra desde Casablanca o Argel, reforzando así la determinación inglesa. A pesar de Mussolini, el África del norte y la flota seguirán en manos del gobierno de Vichy. Francia conserva un Estado sobre dos quintas partes de su territorio; en las tres quintas partes ocupadas por el vencedor, los soldados alemanes reciben la consigna de observar un comportamiento decoroso.

Hasta 1941, la guerra no ha elegido más que una sola nación de Europa como víctima del terror nazi, entregada a una empresa sistemática de destrucción: Polonia, en su parte occidental. Pero nadie o casi nadie lo ha sabido o ha querido saberlo; nadie lo ha dicho o ha dejado de decirlo con voz lo bastante alta para mostrar el carácter casi bárbaro de lo que allí daba principio. Por lo demás, los bolcheviques actuaban de manera similar en la parte oriental, lo que no ayudaba a estigmatizar el comportamiento nazi. Por el contrario, la invasión de Rusia por Hitler reunió todas las condiciones para una prédica antifascista renovada: volvió a colocar el régimen de Stalin en el bando de la democracia, al lado de Inglaterra y, mañana, de los Estados Unidos, al mismo tiempo que hizo del territorio soviético el escenario por excelencia de la barbarie nazi.

¡Qué contraste, en efecto, ofrecen las directivas de Hitler a la *Wehrmacht* acerca de la conducta que debe observar en la Rusia conquistada con las instrucciones dadas en 1940 en lo tocante al oeste de Europa! Es que Hitler no tiene la intención de instalar en Francia el gran Reich milenario que, por el contrario, se encontrará en las vastas llanuras del este del Vístula. Basta leer sus «charlas de sobremesa»[506] (las primeras datan precisamente del verano de 1941) para comprender hasta qué punto la pri-

mera colonización agrícola germana, en lo que él llama el «desierto ruso», ocupa su imaginación. Se trata de una utopía productivista, que tiene su base en un desprecio absoluto a los eslavos, en un racismo tan radical que legitima toda violencia, matanza o hambruna contra esos nuevos «pieles rojas».[507] De hecho, las directivas que da a sus tropas de invasión escapan de manera tan exorbitante al derecho común de la guerra —matar, por ejemplo, a todos los comisarios políticos que caigan prisioneros—, que no se atreve a confiar su ejecución íntegra a los oficiales de la *Wehrmacht*. Algunas de esas órdenes —las más criminales— son confiadas a Himmler y a las SS bajo el control directo del Führer. En su «directiva especial» del 13 de marzo, Hitler justifica a la vez el carácter total de la guerra contra la URSS y esta asignación particular de tropas SS a «ciertas tareas» en nombre de la oposición radical entre ambos sistemas políticos.[508] Él mismo da así a la ferocidad de la batalla una razón y un alcance ideológicos. El 30 de marzo, ante 250 oficiales, presenta el asesinato del enemigo con el carácter de un deber militar, nacional y político:

> *Luchar contra el veneno de la disgregación. Los jefes deben tener conciencia de lo que está en juego. En esta lucha deben ser guías... Los comisarios y los de la GPU son criminales y deben ser tratados en consecuencia... Los combates serán muy distintos de lo que fueron en el Oeste. En el Este, la mano dura será prenda de magnanimidad para el porvenir. Los jefes deben ser lo bastante fuertes para dominar sus escrúpulos.*[509]

Tras esas exhortaciones de reducir a los eslavos a la servidumbre y liquidar los cuadros comunistas, existe una tercera categoría de enemigos del Reich de la que Hitler habla menos abiertamente en este periodo, aun cuando desde siempre los haya considerado sus peores adversarios: los judíos. Estos son implícitamente designados con la fórmula «veneno de la disgregación»; sin duda engrosan, para Hitler, las filas de esos comisarios políticos[510] que hay que liquidar. Que el Führer, hablando a sus soldados, no mencione a los judíos en la primera fila de los enemigos, constituye una novedad que responde a

diversas razones. Los judíos no tienen ni territorio nacional ni ejército: esos millones de hombres indefensos y dispersos por las ciudades del Este no tienen nada que les constituya en enemigos conforme a la tradición militar. Su persecución, en el sentido etimológico del término, no es, para el honor del soldado, un objetivo glorioso como lo sería una victoria sobre el Ejército Rojo o la liquidación de la URSS. Por lo demás, esta persecución ya está en su apogeo desde septiembre de 1939, en la ex Polonia ocupada por las tropas alemanas. Dirigida por las SS y la Gestapo —pues el ejército regular muestra poca inclinación a participar en ella—, da lugar a una vasta deportación hacia el Este, así como a un nuevo confinamiento forzoso de las comunidades judías en los ghettos:[511] esta es la única solución que pudo encontrarse a la necesidad de expulsar a los judíos, no solo de Alemania, de Austria y de Bohemia, sino también de los territorios polacos directamente incorporados al Reich. Esto explica la trágica concentración judía en la zona del «Gobierno general»,[512] donde también se encuentran decenas de miles de polacos, expulsados asimismo de la parte occidental de su patria, ahora alemana. El gobernador general Frank no deja de protestar contra esta sobrepoblación de indeseables que él tiene que regir, ya que no es más que un engrane administrativo del mismo sistema de violencia que los empuja hacia su ingrato principado, en compañía de los desventurados gitanos. Pero todavía estamos en la época (1940) en que los jefes nazis juegan con la idea de una definitiva expulsión de los judíos europeos, por ejemplo a Madagascar. La formación de *ghettos* y el censo burocrático de la población judía —que ya asciende a 1,5-2 millones de individuos— podrán facilitar, en adelante, su emigración forzosa.

La idea del refugio africano para los judíos murió cuando Hitler meditó sobre su campaña de Rusia y preparó a sus oficiales para lo que esperaba de ellos, hacia finales del invierno y

comienzos de la primavera de 1941. Por tanto, no puede ignorar que marchando hacia el este su ejército va a encontrar triplicado o cuadruplicado el problema de los judíos: los judíos ucranianos, los judíos bielorrusos, los judíos rusos; en una palabra, las mayores concentraciones demográficas del judaísmo europeo, junto con los judíos polacos. Y si la política de los *ghettos* ya no es el preámbulo a una expulsión general de los judíos de Europa, ¿a qué puede conducir, sino a hacer más lento el avance de los soldados, condenados a esta tarea complementaria de concentración y de control? Por eso, la matanza de judíos figura en esas «tareas especiales» que Hitler asigna a unas tropas no menos especiales, encargadas de limpiar el terreno conquistado por el ejército de los enemigos jurados del Reich. Desde el 3 de marzo, a resultas de una reunión de trabajo entre Hitler y el general Jodl, la misión particular de esta segunda oleada de invasores —que llega pisando los talones a las tropas de primera línea, y que está formada por una élite criminal que es el negativo de las virtudes militares— fue definida en estos términos: «Extirpar la *intelligentsia* judeo-bolchevique, de preferencia en el teatro mismo de las operaciones».[513] Este eufemismo abstracto, destinado a atenuar el horror de lo que prescribe, sin embargo dice bien lo que quiere decir: terminó la perspectiva de la emigración: pasó el tiempo del control y de las concentraciones; ha llegado la hora de las matanzas. La constitución de los cuatro *Einsatzgruppen* (fuerzas operativas de intervención), unidades especiales encargadas de la liquidación de los judíos en la Retaguardia misma del frente, anuncia las ejecuciones en masa del verano y del otoño de 1941.

Si nos circunscribimos exclusivamente al dominio de las intenciones alemanas, el 22 de junio de 1941 constituye una irregularidad en el carácter de la guerra, que adopta una dirección exterminadora en nombre de una ideología racial. Sin duda, esta particularidad estaba ya presente en 1939940 en la deporta-

ción hacia el este de polacos y de judíos polacos. Pero, por una parte, la persecución, por más atroz que fuese, no tenía como fin confesado la matanza; por la otra, lo esencial de la guerra había ocurrido al oeste de Europa, donde la victoria de Hitler había revestido un aire más tradicional. La guerra nazi, en todo el sentido del término, no descubre plenamente su auténtica naturaleza sino con las instrucciones de Hitler en la primavera de 1941. A partir de ese momento, la guerra ya no es una especie de fatalidad que impulsa periódicamente a las naciones a combatir y que somete a sus ciudadanos soldados a penas interminables, aun cuando también les ofrece un escenario extraordinario en el cual demostrar su patriotismo. Inscrita en una ideología más vasta que la nación, producida por una ambición deliberada de dominación universal, combatiendo a un adversario que rebasa la singularidad del soldado o del país de enfrente, buscando la victoria con tanta mayor ferocidad cuanto que su contenido es más abstracto, la guerra nazi, presente en la voluntad de Hitler desde antes de ocurrir, será trágicamente fiel a las intenciones de su promotor, ya que el pueblo alemán actuará como si estas intenciones fuesen las suyas. Un crimen colectivo tan inmenso y perpetrado con tal minucia, por tantos individuos, no ha podido menos que conservar en el espíritu una parte de su misterio.

La Unión Soviética será el primer escenario de la guerra nazi, su blanco más visible y su adversario más heroico. El país de Stalin fue detestado en Europa desde agosto de 1939 casi por todo el mundo: tanto por sus viejos enemigos como por sus viejos amigos, confirmados los primeros en sus sentimientos, traicionados los segundos en sus esperanzas. La URSS tuvo parte en las atrocidades antipolacas y no necesitó de ningún cómplice, en la segunda mitad de 1940, para suprimir a los países bálticos mediante ejecuciones y deportaciones en masa. Pero de súbito la invasión del 22 de junio de 1941 transforma al

verdugo en víctima. De un día para otro, la Unión Soviética se encuentra en el bando de Inglaterra, por tanto, en el bando de las democracias, y pronto deberá favores a los Estados Unidos. Al cabo de algunos meses, la dimensión de los medios puestos en acción por Hitler, la barbarie de la ofensiva nazi y el encarnizamiento de la resistencia rusa harán de la Unión Soviética él mártir y la ocasión propicia de libertad en Europa.

No hay más que ver la actitud de Churchill. El viejo líder, durante tanto tiempo aislado en el seno de los conservadores ingleses por su afán de resistir a Hitler, también es un veterano del antisovietismo. Su hostilidad al comunismo es tan antigua como el propio régimen soviético. Pero en la primavera de 1941 Churchill ha sufrido derrota tras derrota: en el Cercano Oriente, en Grecia, en Creta. Se encuentra en una situación demasiado difícil para poder ser exigente con sus aliados, por escasos que estos sean. Advertido por sus informadores de los preparativos alemanes en el este, previene a Stalin, quién no le cree. Pero desde el anuncio del ataque, el 22 de junio, proclama su solidaridad con el gobierno al que detesta, ya que este se ha vuelto enemigo de los nazis. Sus consejeros militares tienden a pensar, como Hitler, que la Unión Soviética caerá de rodillas dentro de pocas semanas; pero el genio de Churchill ha percibido, antes bien, el viraje decisivo de una guerra en la que Inglaterra se quedó sola desde hace casi dos años. El 12 de julio, en plena desbandada del Ejército Rojo, el gobierno inglés firma en Moscú con el gobierno soviético un acuerdo que los une hasta el fin de la guerra: ninguno de ellos aceptará firmar una paz separada con Alemania. El 2 de agosto, los Estados Unidos se comprometen a ayudar militar y económicamente a la URSS. En octubre se celebra un acuerdo tripartito anglo-estadunidense-soviético en el mismo sentido. La Unión Soviética se ha convertido en la aliada o la amiga de las dos democracias liberales más grandes del mundo, antes incluso de que la más po-

derosa de ellas entre en guerra. Cuando el contrataque del Ejército Rojo en Moscú, el 6 de diciembre, pone el primer alto militar a la potencia nazi, ¿cómo no habrían de olvidar las opiniones públicas al Stalin aliado de Hitler?

Sin embargo, eso apenas fue ayer. Esta misma frontera que los tanques alemanes franquearon el 22 de junio de 1941 para lanzarse hacia el este la había conquistado Stalin en septiembre de 1939 con la complicidad de Hitler, pasando sobre el cadáver de Polonia. Y él tiene ahora, como aliado, por la fuerza de las cosas, ¡al gobierno polaco emigrado, que se había refugiado en Londres! Es que las guerras en general —y esta más que todas, la más universal de la historia— simplifican a más no poder las elecciones. También empalman el pasado con el presente. No conocen más que dos bandos, bajo cuyas banderas vienen a formarse en orden de batalla no solo los combatientes y las pasiones, sino las ideas y hasta los recuerdos. En el caso de la guerra germano-rusa de 1941, el carácter gigantesco del enfrentamiento —los millones de hombres, el despliegue de la fuerza mecánica, el rigor del clima— lleva este efecto hasta sus últimas consecuencias. La entrada en la guerra de los Estados Unidos y de Japón, el 8 de diciembre, en el momento decisivo del primer contrataque ruso, no hace sino dar el último toque a la batalla de Moscú, cuyos intereses universaliza.

Stalin no es el último en comprender la influencia de la guerra sobre la política soviética y, en particular, sobre su dictadura. Cuando el conflicto estalla sin que él haya querido creer en quienes se lo habían anunciado, él ya es, a su manera despótica y cruel, el hombre de la potencia rusa. Él ha establecido la doctrina del «socialismo en un solo país», los planes quinquenales, la industrialización forzosa, la modernización del armamento. Aunque haya matado a más rusos que ningún enemigo de Rusia, y liquidado especialmente a una buena parte de los cuadros del Ejército Rojo en el momento del Gran Terror, en 1939940

fue el hombre de la expansión territorial y siguió los pasos de los zares en nombre del «socialismo». Cuando el 3 de julio de 1941 se dirige a sus «hermanos y hermanas» para exponer un primer programa de resistencia al enemigo, su discurso abunda en llamados al patriotismo: Stalin sabe mejor que nadie que el pueblo, a condición de que aún tenga fuerza para levantarse, marchará contra el invasor para defender la tierra de la patria, no los koljoses ni el Politburó.

Hitler contribuye con lo suyo a este impulso nacional. Ahí mismo donde, como en muchos koljoses ucranianos, sus tropas son recibidas con flores, pues los aldeanos suspiran por el fin de la colectivización de los campos, el comportamiento de los soldados, que obedecen instrucciones, pronto desalienta esta fraternización errónea: los objetivos de guerra nazi son destruir el Estado soviético por todos los territorios conquistados, pero con la única intención de convertir a las poblaciones locales en mano de obra gratuita al servicio de Alemania. Cuando el 30 de junio de 1941 se forma una organización nacional ucraniana deseosa de fundar en Lvov un Estado separado de Moscú, la *Wehrmacht* arresta a sus promotores y sus partidarios.[514] Alemania nunca intentará seriamente fomentar entre las Repúblicas Soviéticas una política de secesión, que, de cualquier manera, no habría tenido ningún porvenir, dadas las concepciones racistas cuya puesta en práctica es la invasión. Al ser una guerra ideológica, la guerra nazi en Rusia paga el precio de la ideología.

Por ese mismo hecho, el periodo también se caracteriza por ser el único en toda la historia de la Unión Soviética en que el poder totalitario encuentra una especie de asentimiento profundo, aunque limitado, en el patriotismo del pueblo. Aunque sea enteramente responsable del desorden militar y de las sucesivas derrotas que señalan los primeros meses de la invasión nazi, ese poder también ha destruido, de antemano, todos los

recursos en que habría podido pensar la población caída en la desdicha: hombres, instituciones, iglesias, tradiciones. No hay nada que pueda oponérsele. Cuanto más visible es su imprevisión, más omnipotente es, ya que del fondo de la derrota adquiere lo que tiene de nacional. Si le afloja un poco el cordel a la Iglesia para convertirla en mejor instrumento de la predicación patriótica, no deja que se le escape ninguna de las prerrogativas de la NKVD. Robert Conquest[515] narra que durante la retirada de los ejércitos soviéticos, Stalin no logró evacuar a sus millares de prisioneros a paso bastante rápido, y que entonces decidió fusilarlos antes que dejarlos como testigos de cargo en manos de los alemanes.

Al este del frente, en las profundidades del país, la industria masiva del trabajo forzado recibe de la guerra una razón más para justificar su necesidad. El Gulag se acrecentará en los años venideros con poblaciones enteras de deportados en nombre de una enfermiza sospecha de traición, como los alemanes del Volga, y los kalmukos y los chechenos. Es verdad que Stalin también retira oficiales donde y cuando lo cree necesario, como el general Rokosovski; y que con los deportados forma cierto número de regimientos de *zeks*. Nada expresa mejor el carácter siniestro de ese patriotismo de la servidumbre, así como la extraña sensación de distensión colectiva creada por una guerra atroz que estas palabras puestas por Pasternak en boca de uno de sus héroes:

> *Quienes se ofrecían voluntarios para los regimientos penitenciarios quedaban liberados si sobrevivían a esos combates interminables. Después de eso, los ataques sin fin, los kilómetros de alambradas electrificadas, las minas, los morteros, meses y meses bajo una tempestad de fuego. No en balde se nos llamaba los condenados a muerte: esta nos acechaba a todos. ¿Cómo he sobrevivido? ¿Cómo he podido sobrevivir? Sin embargo, entiende bien que todo ese infierno de sangre era un paraíso comparado con los horrores del campo de concentración. La dureza de las condiciones no entra en la cuenta. No, es otra cosa... Los forzados como tú no fueron los únicos en respirar de pronto más libremente, a pleno pulmón. Todos, sin excepción, tanto en la retaguardia como en el frente, experimentaron una verdadera dicha al lanzarse como ebrios al crisol de la lucha terrible, mortífera y saludable...*[516]

Hacer la guerra a los invasores nazis en las condiciones particularmente atroces a las que se ven sometidos los regimientos penitenciarios: he aquí el privilegio que se disputan innumerables *zeks* a través del Gulag. A su juicio, la guerra al menos le da un sentido al presente y, por ello mismo, ¿quién sabe?, acaso permita vislumbrar un porvenir.

La opinión democrática internacional no muestra la prudencia de ese «¿quién sabe?», tan trágicamente aprendido por los ciudadanos soviéticos. Por definición, esa opinión no tiene la experiencia de la vida en la URSS. El mundo comunista sigue siéndole más ajeno que nunca; pero la comunidad que ha establecido el combate le da un nuevo aspecto fraternal, que nunca había tenido un alcance tan amplio. Esta fraternidad es menos abstracta que la de la ideología y, sin embargo, se mantiene distante en la medida en que los pueblos del Oeste, ocupados o combatientes, no conciben la atroz novedad de la guerra en el Este: tienden a imaginarla según el precedente de 1914, y este, para ellos, resulta tan espantable que les impide concebir algo que lo supere en el orden del horror. Esos pueblos no perciben el carácter absolutamente inhumano con que el nazismo ha dotado por primera vez a la guerra de la era democrática. Sin embargo, los ciudadanos de Occidente comienzan a colocar en sus cocinas heladas unos mapas de la inmensa URSS, para trazar en ellos las líneas del frente y seguir los pasos de la resistencia y los progresos del Ejército Rojo. Son también indiferentes al exterminio de los judíos, por muchas razones en las que se entremezclan, en proporción variable, el antisemitismo, la ignorancia de lo que ocurre, la impotencia para imaginar el espíritu de sistema y el genio del mal asociados en una empresa tan diabólica. Además, los judíos son unos millones de desdichados, dispersos por la superficie de Europa, cuya suerte no afecta el resultado de la guerra. Por el contrario, detrás de la Unión Soviética, los pueblos del Oeste ven a otro pueblo, los rusos, comba-

tir heroicamente al invasor de su territorio, y con ello debilitando a la Alemania nazi que se ha propagado por Europa. Sobre los mapas, que toman al hilo de los comunicados un extraño aire de familiaridad, los nombres de las ciudades que desconocían ayer, Stalingrado, Kursk, Orel, Vitebsk, Minsk, se transforman en los símbolos de una nación que combate por la libertad. La guerra contra la Alemania nazi vuelve a colocar a la patria de Octubre de 1917 en la vanguardia de la humanidad.

Esta reubicación se efectúa, para empezar, por la vía de la nación en armas contra Hitler; pero también sirve para confirmar el universalismo revolucionario. La Unión Soviética había parecido traicionar su misión con el pacto de agosto de 1939; pero la guerra de junio de 1941 transforma este aparente abandono en un paréntesis táctico. Esta interpretación retrospectiva se ve allanada por el carácter secreto de los repartos de territorio previstos entre Stalin y Hitler. Los inauditos sacrificios realizados por el Ejército Rojo en la batalla contra Alemania hacen inconcebible toda alianza, así fuese breve, entre el nazismo y el comunismo. Por lo demás, para olvidar el ayer basta rememorar el antes de ayer. La guerra renueva la gran época en que, no ha mucho, los comunistas ocupaban la primera fila del combate contra Hitler: helos aquí como nunca, con las armas en la mano como en España, pero en diferente escala. El antifascismo europeo recupera su posición política gracias a la censura de los sucesos que tuvieron lugar entre la caída de Madrid y la invasión alemana de Rusia. En virtud de este ajuste, saca de su situación fuerzas renovadas, ya que se despliega en las dimensiones del patriotismo y de la lucha contra el ocupante. Uno de los efectos de esta represión colectiva es acreditar el mito de un Stalin y de un Komintern capaces de descifrar el avance de la historia.

En realidad, Stalin sacó ventaja de su error más burdo. Creyó engañar a todo el mundo con el pacto de 1939, suponiendo

que los beligerantes se agotarían en favor de la URSS. Hitler lo engañó, no obstante, y se encontró a dos pasos de la catástrofe. Pero antes incluso de que lo salvara el amor del pueblo a su tierra, reconstruyó el lenguaje de su dictadura sobre la plataforma del antifascismo, al que casi desechó en 1939. El término, que había desaparecido del lenguaje soviético después del 23 de agosto de 1939, reapareció con toque de fanfarria después de junio de 1941, asociado al patriotismo. Todos los partidos comunistas europeos se apoderan de él cómo un solo hombre, felices de obedecer en esa ocasión a un viraje que los rejuvenecía, devolviéndoles los recursos de una política democrática y nacional. Apenas importaba que a ese viraje Hitler, a fin de cuentas, lo hubiese hecho inevitable, y que no hubiese sido libremente decidido por Stalin. Esta astucia de la razón, que Hitler empleó para ventaja de aquel a quién combatía, era vieja conocida de los marxistas.

Sin embargo, en esta segunda molienda del antifascismo comunista, si la consideramos desde el punto de vista de Moscú, existen contradicciones tan profundas que la política soviética jamás logrará resolverlas, aun cuando se empeñe en acallarlas, conjurarlas, prohibirlas o amenazar con la prisión. Todas esas contradicciones remiten a la misma causa. La guerra finalmente ha logrado que la URSS, al lado de las democracias anglosajonas, se constituya en la vía de la libertad, tanto de los individuos como de las naciones. Pero la guerra resulta impotente para transformar la naturaleza del régimen soviético. Por el contrario, todo se desarrolla como si el nuevo papel y la nueva imagen de la URSS no fueran sino los medios suplementarios para apuntalar a un déspota y a un régimen que no han cambiado.

Lo que se juega en la guerra moderna es doble o nada: tiende a dar un poder total a los gobiernos que la hacen, a menos que la derrota los deshonre. Stalin escapa a esta regla harto repetida

desde 1918 ya que ha conquistado un predominio absoluto sobre la URSS sin necesidad de comprometer a su país en un conflicto exterior. Le ha bastado evocar sin cesar la inminencia de la guerra, las conjuras imperialistas, las intrigas «hitlero-trotskistas». Pero he aquí que en junio de 1941 esas repetidas advertencias parecen confirmarse; y además la historia le concede a Stalin la buena fortuna de figurar en una verdadera situación de salvación pública, seguida de un resurgimiento militar ante Moscú y, en el siguiente invierno, una formidable victoria en la ciudad que lleva su nombre. Desde entonces, la guerra es la aliada más inapreciable de su poder absoluto. Por lo demás, ella conviene mejor que la paz a la organización estatal de la economía; permite beneficiarse de una masiva ayuda estadunidense; legitima las relaciones primitivas de autoridad, y da un marco racional a la sumisión incondicional del pueblo y a la idolatría de un líder. Semidiós antes de la guerra, Stalin ha logrado conquistar la divinidad íntegra en Stalingrado.

El arranque de patriotismo que levantó a tantos soldados del Ejército Rojo contra el invasor no se encontró, pues, con la libertad en la cita que constituyó el combate contra Hitler. Logró salvar, sí, el territorio nacional, pero a cambio le forjó nuevas cadenas; quebrantó al *Führer* nazi, pero deificó al Guía de Moscú. «De los dos feroces enemigos —escribe Solzhenitsin— nuestro pueblo escogió al que hablaba su idioma.»[517] Estas palabras permiten creer demasiado en la posibilidad de elección, si pensamos en el desprecio y en las violencias de que son objeto los pueblos ruso y ucraniano por parte de los invasores; sin embargo, tienen el interés de mostrar lo que se oculta en el equívoco nacional que recubre a la guerra de la Unión Soviética contra Alemania. Stalin obtiene una nueva prórroga de dominación totalitaria: la victoria le da al comunismo un mínimo de asentimiento nacional. Por el contrario, los mejores de quienes se han batido con tanto valor contra Hitler han visto en la

inmensa batalla una oportunidad de renacimiento civil, una ocasión y una esperanza de libertad. Pero estos vencedores de la guerra serán, por lo mismo, los más grandes vencidos, pues solo han conseguido eternizar en su patria el tipo de poder que habían quebrantado en Berlín.

Es así como la guerra germano-rusa, al mismo tiempo que constituye una ruptura en la línea política del Kremlin, disimula por otra parte la continuidad de un régimen totalitario, oculto mejor que nunca tras la máscara del antifascismo. Esto se puede verificar asimismo en el caso de la política exterior soviética, la cual permanece fiel a sí misma antes y después del 22 de junio de 1941. En apariencia todo ha cambiado. En 1939940, la Unión Soviética se ha anexado, gracias a la complicidad alemana, una porción de Bielorrusia, los tres países bálticos, una tercera parte de Polonia, el borde oriental de Finlandia, Besarabia y la Bukovina septentrional. Poco importa aquí que algunas de esas anexiones sean una recuperación de antiguas posesiones del Imperio ruso, pues se han realizado al modo hitleriano, es decir, por la superioridad de las grandes potencias sobre las pequeñas. Por el contrario, después del 22 de junio de 1941, la Unión Soviética se convierte casi en forma natural —ya que está en guerra contra Hitler— en paladín de las naciones pequeñas contra los abusos de las grandes. La Alemania nazi pretende ocupar y explotar en su provecho toda la Europa eslava, en nombre de la superioridad aria. Frente a ella, la URSS se torna baluarte de la igualdad y de la independencia de todas las naciones, lo que no es sino una consecuencia natural del antifascismo. Por su geografía y por su historia, la URSS posee una vocación particular para aplicar ese programa en la Europa eslava, precisamente allí donde Hitler ha pisoteado la idea nacional en provecho de la idea racista.

La independencia nacional reconquistada es, pues, inseparable de la guerra antifascista. Esta consigna moviliza no solo a

los ejércitos que luchan contra la Wehrmacht, sino a los combatientes clandestinos de los movimientos de resistencia en la Europa ocupada. Stalin así lo ha inscrito en sus objetivos de guerra y en los textos del movimiento comunista internacional. Para darle más brillo a la consigna, llegará a disolver el Komintern el 15 de mayo de 1943: ¿qué testimonio más espectacular puede haber de que en adelante hasta los diferentes partidos comunistas nacionales quedan emancipados de la tutela de Moscú? Como siempre, Stalin no tarda mucho tiempo en percibir las consecuencias políticas de la nueva situación. La época ya no es, como en 1939940, propicia a la ocupación brutal de territorios. Así como había imitado el estilo de Hitler, Stalin hablará de ahora en adelante el lenguaje de sus nuevos aliados: el de la libertad.

Pero no tiene la menor intención de llevar a la práctica sus principios: su táctica y su lenguaje han cambiado, pero no así sus métodos ni sus ambiciones. Stalin sigue siendo más que nunca, en favor de la guerra, el hombre del Imperio soviético, decidido a plantar la bandera del comunismo lo más lejos posible al oeste. Pero ni la extensión territorial que él tiene en mente (y que sus ejércitos van trazando poco a poco) ni la lógica de una guerra antihitleriana permiten, en lo futuro, la anexión pura y simple de nuevas unidades nacionales a la Unión Soviética. Por lo demás, la agresión del 22 de junio ha mostrado los inconvenientes de una frontera común con Alemania, y la idea de una explanada de repúblicas no integradas, sino satélites, dará una seguridad mayor a la República rusa. Por ello, Stalin necesita más que nunca partidos comunistas locales bajo su bota, y la disolución del Komintern es un señuelo destinado a sus aliados del Oeste. De todas maneras, conserva para cualquier eventualidad en el territorio de la URSS a los antiguos y futuros estados mayores de todos los partidos comunistas europeos, lo que le permitirá formar burós políticos aquí y allá: rumano, po-

laco, húngaro, búlgaro, checo, alemán y hasta italiano o francés. Wolfgang Leonhard ha narrado en sus *Memorias* cómo su triste vida de joven comunista alemán refugiado en la URSS con su madre se transformó después del 22 de junio de 1941; cómo fue reclutado, en el fondo de la República de Bashkiria, en una escuela de cuadros comunistas extranjeros, organizados para el día *J*; y cómo se encontró el 30 de abril de 1945, en compañía de Grotewohl, de Ulbricht y de algunos otros, en el primer avión civil que se posó en la Prusia oriental, siguiendo el paso del Ejército Rojo, para organizar allí una nueva administración alemana.[518]

El caso polaco es más tristemente simbólico, ya que se trata del país que fue el origen de la segunda Guerra Mundial antes de ser una de sus grandes víctimas. Como causa del conflicto en septiembre de 1939 y en calidad de primer escenario de las operaciones militares, Polonia nunca dejó de estar en el epicentro del sismo europeo: primero fue repartida, saqueada y diezmada por Alemania y la URSS; luego fue objeto de desacuerdos entre la URSS y las democracias anglosajonas, hasta que por fin perdió su independencia, al cabo de una guerra comenzada para garantizarla. De este modo, Polonia manifiesta paradigmáticamente lo que la voluntad de Stalin tuvo de inconmovible, antes y después del 22 de junio de 1941, a través de una sucesión de alianzas contradictorias. En 1939 y 1940, el secretario general había obtenido, mediante la negociación con Hitler, un dilatado conjunto de territorios en la Europa oriental. Aún quería lo que Mólotov iría a pedir a Berlín en noviembre de 1940: una especie de protectorado sobre Rumanía, Bulgaria, Finlandia y Turquía; el control de los Balcanes; la categoría de superpotencia mundial al lado de la Alemania nazi. Nada de todo eso cambió realmente con la nueva disposición de las alianzas. Sin embargo, hubo dos diferencias: Stalin aumentó más sus ambiciones en el Oeste, en virtud de los progresos de su ejército, y, en

adelante, tuvo que negociarlas, ya no con Hitler, sino con Churchill y Roosevelt.

El asunto polaco demuestra que Stalin apenas encontró más dificultades con los jefes de las democracias que con el dictador nazi. Aunque reconoció muy pronto, después del 22 de junio, al gobierno polaco de Londres —lo que constituyó el preludio a la formación de un ejército polaco en territorio soviético— se negó a incluir en el acuerdo cualquier mención de la frontera polaco-soviética. Además, Stalin indicó claramente a los ingleses, desde el otoño de 1941, su deseo de conservar los territorios que había recibido, empero, de los alemanes. Churchill y Roosevelt intentaron ganar tiempo, dejando para cuando se negociara la paz el trazado de las fronteras. Pero al no poder abrir de momento el segundo frente europeo que Stalin reclamaba estentóreamente, tuvieron que cederle algo a su aliado, de quien temían —por el precedente de 1939— que firmara una paz separada con Hitler. Las democracias pagaron esas concesiones prematuras al afán de expansión soviético por el estado de imprevisión militar en que la guerra las sorprendió. Y aún hay que atribuir una parte, también, a las ilusiones: Churchill casi no las tiene, pero Roosevelt sí. Al hablar de la Unión Soviética y de su líder, el presidente estadunidense se muestra a la vez ignorante e ingenuo. A propósito de Stalin, alimenta ideas tan extrañamente optimistas que cuesta trabajo imaginarlas en un hombre de Estado tan brillante en su patria. Es verdad que la época se presta a ello: el recuerdo del pacto germano-soviético se borra con los años y el Ejército Rojo ha pagado con sus sacrificios el alto precio de la redención; Stalingrado borra los intercambios de cortesías entre Ribbentrop y Mólotov. La guerra impone su lógica maniquea, que poco a poco se convierte en opinión obligada.

En 1943, los nazis descubren el osario de Katyn, lo que complica el embrollo polaco, provocando la ruptura entre la URSS

y el gobierno polaco de Londres, por una parte, y la formación en Moscú, por otra, de un nuevo equipo polaco, prefiguración del futuro poder comunista. La suerte está echada del lado soviético en el momento mismo (fin de 1943) en que la restauración de la independencia de las naciones y la libre elección de su gobierno por cada una de ellas se proclaman como los objetivos de guerra de la URSS. En la misma época, la «línea Curzon»[519] es aceptada por Churchill y Roosevelt en Teherán como frontera oriental de Polonia. Esta disposición es inseparable de un vasto desplazamiento hacia el oeste del territorio polaco, en detrimento de millones de alemanes a los que habrá que expulsar. Implica, asimismo, la estrecha dependencia de la futura Polonia respecto de la URSS.

Desde entonces, el resto de la historia está casi escrito. El avance militar soviético por el oeste hace inevitable que también se conceda la parte que no se había convenido de antemano. La querella insoluble que opone a Stalin el gobierno de Mikolajczyk[520] es zanjada sobre el terreno en agosto de 1944. Al término de un rápido avance, el Ejército Rojo llega hasta Praga, que es un barrio de Varsovia, en la margen derecha del Vístula. En ese mismo momento, el gobierno polaco de Londres decide afirmar su derecho: por medio de sus unidades militares clandestinas desencadena la insurrección en Varsovia. Pero lo dramático de su situación se debe a que, frente a las tropas alemanas, para vencer necesita la ayuda del ejército soviético, acampado en el otro lado del río. El Ejército Rojo no se mueve. Presencia de lejos, el 2 de octubre, la capitulación del «ejército nacional» polaco y la destrucción de la vieja ciudad de Varsovia. En diciembre, el «Comité de Liberación Nacional de Polonia», formado en Lublin por iniciativa de los rusos, se transforma en gobierno provisional del país, inmediatamente reconocido por Moscú. En Yalta, en febrero de 1945, Churchill y Roosevelt no llegan a obtener de Stalin más que la participa-

ción de los polacos de Londres en ese gobierno provisional. Esta «unión nacional» ficticia no resistirá largo tiempo a la situación de la realidad.

Pero en esa época nadie se preocupa por ese triunfo de la fuerza sobre el derecho, que viene a rematar una guerra iniciada en nombre del derecho contra la fuerza. Sucede que la idea comunista se encuentra a la sazón en pleno apogeo en el siglo: triunfante al mismo tiempo en los hechos y en las ideas.

En una de las novelas más bellas de este siglo,[521] Vassili Grossman, escritor soviético, introduce el personaje de Stalin en la hora de Stalingrado. Estamos a fines de noviembre de 1942; el secretario general acaba de enterarse de que el Sexto y el Cuarto ejércitos alemanes están rodeados por sus tropas. Con los ojos cerrados, es el primero en saborear ese momento. Grossman le atribuye estos pensamientos:

> *Era la hora de su triunfo. No solo había vencido a su enemigo actual, sino a su pasado. La hierba se espesará sobre las tumbas de 1930 en las aldeas. Las nieves y los hielos más allá del círculo polar permanecerán silenciosos. Sabía mejor que nadie en el mundo que no se juzga a los vencedores.*

En la primavera de 1945, la victoria acude a la cita de Stalingrado. Establece la alianza de las dos divinidades que forjan las épocas de la historia: la fuerza y las ideas. En el orden de la fuerza la victoria es absoluta, de acuerdo con los compromisos adoptados muy pronto por los Aliados de no hacer una paz separada y de no abandonar el campo de batalla antes de la rendición incondicional del enemigo. En el orden de las ideas no es menor el triunfo, que se caracteriza por la proscripción del fascismo por parte de la humanidad. La idea de exigir al enemigo una capitulación sin condiciones hubiera podido parecer discutible en la primera Guerra Mundial, y sin duda así hubiera sido. Pero ese no era el caso ahora: si la idea de una paz de compromiso fue concebible con Guillermo II, ya no lo era con Hitler. [522]

Tal vez nunca en la historia la fuerza de las armas había parecido tan legítima como la de la coalición antinazi a la hora de la victoria, envuelta en el triunfo de la libertad. Entonces apenas estaba permitido señalar que esta legitimidad le había parecido mucho más incierta a los puebla europeos, con excepción de los ingleses, cuatro o cinco años antes, en el momento de las victorias alemanas en Europa, cuando la fuerza había resuelto provisionalmente las cosas en dirección opuesta. Debido a la victoria, el conflicto militar y el enfrentamiento de las ideas habían perdido el carácter problemático que habían tenido otrora en los espíritus. En el lenguaje de la época, la historia había decidido, y su veredicto equivalía a la anulación de las incertidumbres que la habían precedido.

Por ese triunfo sin precedente de la democracia, la Unión Soviética había pagado más de lo que le correspondía. Tardíamente, es verdad, ya que la patria del comunismo solo había entrado en la guerra a mediados de 1941, y por la fuerza, como consecuencia de la agresión nazi. Por el contrario, entre el verano de 1939 y el verano de 1941, Stalin había recorrido una parte del camino con Hitler, y nada indica que no le hubiese gustado continuar una política que le había permitido anexarse sucesivamente la Polonia oriental, los Estados bálticos y la Besarabia rumana. Mas finalmente, una vez unida al bando democrático en virtud de la invasión alemana, la Unión Soviética había hecho a la victoria de 1945 la más gravosa contribución en sufrimiento voluntario y en sangre derramada; había dado una prueba de su potencia militar, de su cohesión social, del patriotismo de sus pueblos. El Ejército Rojo había sido el primero en entrar en Berlín: ocupaba Varsovia, Bucarest, Praga, Budapest. De este modo, ofrecía a Stalin una posición inexpugnable para negociar después de la guerra.

Pero esta ventaja inesperada era tanto política como ideológica: era el comunismo el que había ganado la guerra y el que

así ofrecía un nuevo compromiso con la historia. No es que se viese amenazado desde el interior en el periodo que precedió a la guerra: el Gran Terror del decenio de los treinta en la URSS había mostrado suficientemente la extensión del poder absoluto de Stalin sobre el PC de la URSS y sobre la misma Unión. Pero la fidelidad de los partidos hermanos y, en todo caso, su influencia habían sido sometidas a prueba por el abandono de la línea antifascista que tuvo lugar entre 1939 y 1941. La victoria de 1945 borraba este episodio de la memoria de los pueblos y disipaba los malos recuerdos entre los militantes. Todo lo que pudiera subsistir en el espíritu de unos o de otros, los partidos comunistas se encargarían de exorcizarlo, poniendo en ello un puntilloso esmero, con el argumento de autoridad.

Ahora bien, la imagen de la Unión Soviética nunca ejerció una seducción más poderosa que en esta época, cuando se vio engalanada con todo el prestigio de la fuerza y de la idea. En los años que habían seguido a Octubre de 1917, la Revolución rusa había devuelto la vida a una de las representaciones políticas más vigorosas de la cultura europea; pero la idea revolucionaria que hacía resucitar en su pureza prístina, aún no empañada por las máculas de su historia, no había tenido un atractivo relativamente duradero sino entre las pequeñas élites obreras y los círculos de intelectuales. A partir de la década de los treinta, la Unión Soviética había difundido su prestigio, pese a las calamidades de su historia interna, a la vez como sistema económico invulnerable a la crisis y, luego, casi de inmediato, como potencia aliada a las democracias que se oponían a Hitler. Pero el pacto germano-soviético de agosto de 1939 había confinado al régimen de Octubre de 1917 a un aislamiento moral y político en Europa: Stalin conquistaba no pocos territorios, pero el comunismo perdía con ello su atractivo. Por el contrario, en 1945, la guerra y la victoria le devolvían un brillo que jamás había tenido (y que, por cierto, nunca recuperaría). El Ejército

Rojo acababa de unir sus pendones, sobre el Elba, a los de las tropas estadunidenses después de haber liberado toda la Europa central y oriental de la opresión nazi, de suerte que no solo era la imagen de la fuerza, sino también la encarnación de la libertad.

Así, de un solo golpe quedaban borrados, no solo por la victoria, sino por *esta* victoria sobre Hitler, por los crímenes del régimen contra los pueblos y los ciudadanos de la Unión Soviética. Sin embargo, la guerra no había aplacado ni la arbitrariedad ni la violencia de Stalin. Si este se había visto obligado a reclutar regimientos de *zeks*, no por ello había dejado de alimentar con la otra mano al Gulag, deportando en masa, por ejemplo, a las minorías alógenas o a los habitantes de los territorios anexados. No estaba lejano el tiempo en que enviaría allí a centenares de miles de ciudadanos soviéticos hechos prisioneros por los alemanes, o que durante la guerra habían huido de la URSS, con objeto de liquidarlos. Como sus antepasados de 1812, esos soldados habían combatido con un patriotismo que ni siquiera la servidumbre logró menoscabar; por lo demás, al combatir a las tropas nazis descubrían una figura de Europa peor aún que la de su propio régimen. De suerte que Stalin se beneficiaba a la vez del patriotismo de la servidumbre y del de la resistencia. Victoriosos sobre los nazis, su ejército y su pueblo se aseguraban —o volvían a asegurarse— para siempre sus cadenas, bajo el estandarte abstracto de la libertad.

Este estandarte también es de un inestimable valor cuando lo agitan las naciones de la Europa centro-oriental «liberadas» de las tropas de Hitler al paso del avance ruso. «Liberadas» lo son sin duda, en un sentido. Pero ¿a qué precio y con qué intención? El Ejército Rojo multiplicó a su paso los pillajes y las violaciones, sin hacer mucha diferencia entre los países supuestamente aliados, como Polonia, o enemigos, como Hungría. A ese respecto, las polacas de Gdansk o de Budapest comparten los

mismos recuerdos. Sin embargo, todavía es posible endosar esas violencias a la cuenta de los sufrimientos acumulados y de la exasperación de los combates. Pero ¿y si no son más que las primeras señales de una ocupación duradera? Los pueblos del este de Europa —en diversos grados, y aun cuando no hayan sido aliados de Hitler (pensemos en los polacos)— tienen buenas razones para creer que Stalin quiera continuar en 1945 lo que había comenzado en 1939940: la conformación de una explanada protectora hecha de naciones anexadas o satelizadas, que se extienda lo más lejos posible hacia el oeste, siguiendo las huellas del Ejército Rojo. La diferencia es que en 1939940, Stalin había avanzado fuera de sus fronteras gracias a la complicidad de Hitler. Ahora, en 1945, expulsa a Hitler de esas naciones eslavas,[523] presentándose como su liberador antes de ser su ocupante: la historia le ofrece a sus ambiciones territoriales la legitimación de la democracia. Si su ejército acampa en Polonia o en Checoslovaquia, ello es en nombre de la independencia polaca o checa.

Hitler habría sido así el autor involuntario del formidable aumento de la potencia material y de la fuerza imaginaria del comunismo. Para empezar, por haber legado al mundo de la posguerra una Europa comunista cuyos límites se prolongaron absurdamente hacia el oeste y por mucho más tiempo de lo que lo hubieran permitido sus medios; es decir, más poderosa en apariencia que en realidad, y más inclinada a la intimidación que a la verdadera prueba de fuerza, como lo mostrará su diplomacia de la posguerra. Pero Hitler hizo mucho más por Stalin. Después de haberlo deshonrado arrastrándolo a su intriga de dominación por el pacto de 1939, le dio la ocasión de redimirse con la invasión del 22 de junio de 1941. Le ofreció entonces la oportunidad de volver a encontrarse con el patriotismo ruso; pero, sobre todo, le proporcionó el medio de recubrir al comunismo con los colores de la democracia.

La guerra, en virtud de las pasiones que despierta y por la sangre que derrama, hinca las opiniones y los recuerdos en lo más profundo de los corazones. El hecho de que la Unión Soviética saliera del último conflicto mundial como gran potencia democrática no tuvo nada que ver con la naturaleza de su régimen: todo se debió a la coyuntura histórica. Aliada a las grandes democracias madres, Inglaterra y los Estados Unidos, y perdiendo por su parte 12 o 15 millones de sus hijos en las batallas contra los nazis, la URSS había pagado muy caro su nuevo blasón nacional, el *antifascismo*.

Antifascismo: con esa palabra está dicho todo lo que dará su resplandor al comunismo de la posguerra. Por lo demás, no se equivocaron al respecto los comunistas, que no dejaron de militar bajo esa bandera, preferible sobre cualquier otra. Dejaron de desear, para siempre, otro terreno político para su acción que no fuera ese espacio bidimensional o, mejor dicho, bipolar, uno de cuyos extremos estaba representado por los «fascistas» y el otro por ellos mismos. En torno de unos y de otros se agruparon, de manera más o menos laxa, otras fuerzas o, mejor dicho, otras debilidades. Las ventajas políticas del dispositivo son tales que bastarían por sí solas para explicar el encarnizamiento comunista por hacer sobrevivir el fascismo, a través de múltiples imitadores, después de haber sido aplastados los regímenes que lo habían encarnado. Con ello se puede perpetuar la identificación del comunismo con la democracia, al mismo tiempo que la sospecha lanzada contra todos los gobiernos «burgueses» de abrir la puerta a todos los émulos de Mussolini o de Hitler. Desde el fin del fascismo, ya no habrá política comunista sin un «peligro fascista»: se trata de una profilaxia póstuma, de la que no habría que quejarse si no estuviera destinada a ocultar la naturaleza del régimen soviético y a inventar inverosímiles «fascistas», como Adenauer, De Gaulle o Eisenhower.

Si la idea de antifascismo tuvo tan amplia resonancia en la Europa de posguerra, después de haber perdido su punto de aplicación, fue porque prolongó la terrible experiencia de la segunda Guerra Mundial, dando un sentido y un nombre a la desdicha de los pueblos. El antifascismo tiene la fuerza de un recuerdo universal, y acaso también la de un remordimiento colectivo, compartido en proporciones diversas, pero presente casi por doquier: el de no haber combatido a tiempo a Mussolini, a Hitler y a sus ideas. La tendencia natural en los hombres a entablar *a posteriori* los combates de ayer ha salido reforzada. Pero, ante todo, la segunda Guerra Mundial no terminó, como la primera, con una incertidumbre sobre los culpables. Al vencer a Hitler, los Aliados han puesto a la luz las fechorías extraordinarias que su derrota, precisamente, permitió conocer.

Por lo demás, la opinión pública considera criminal al régimen nazi, y así lo será ante el tribunal internacional solemnemente reunido en Nuremberg para juzgar y condenar a sus responsables. De noviembre de 1945 a octubre de 1946, se necesitará casi un año para examinar caso por caso la siniestra enumeración del acta de acusación.[524] La Unión Soviética dispuso cuidadosamente ese juicio sin precedentes, conforme al procedimiento anglosajón, en que la humanidad entera figuraba como la parte civil. La URSS atribuyó tanto mayor importancia a poseer el acta jurídicamente certificada de los crímenes de Hitler cuanto que de ella esperaba, por contraste, la demostración de los méritos democráticos de su principal víctima, que también es su principal vencedor. El hecho de que haya tratado de añadir Katyn a la lista de los horrores cometidos por los nazis, [525] indica lo que la Unión Soviética esperaba del veredicto de Nuremberg. Derrotada en ese punto, recibió sin embargo de la sentencia final la confirmación solemne del sentido democrático de su victoria. En ese aspecto, la justicia de Nuremberg fue, como lo han dicho sus adversarios, una justicia de vencedores.

Pero esta afirmación no expresa más que una parte de la verdad, pues no significa que los vencedores no hayan hecho justicia.

La enormidad de los crímenes nazis se ha hecho patente y es inseparable de la guerra deliberadamente deseada por Hitler. Ya era previsible desde antes de 1939, pero entonces esos crímenes estaban limitados al territorio alemán, muy lejos por cierto de alcanzar la magnitud de la represión soviética contra los pueblos ucraniano y ruso en esos mismos años. Las matanzas nazis, si pudieron ser conocidas al menos en parte por los Aliados durante la guerra,[526] no son manifiestas para la opinión pública sino después del desplome militar y del descubrimiento de los campos de exterminio, cuando regresan los sobrevivientes, en la primavera de 1945. Y aun entonces, Occidente no se percata, en esa época, de lo que los crímenes nazis tienen de más horriblemente singular: la exterminación de los judios.[527] Estos, cuando no regresan, son contados entre los muertos de las naciones de que eran miembros. Cuando regresan, tanto más trabajo les cuesta exhibir en la plaza pública la tragedia particular de su pueblo, al que los Estados de Europa no quieren atribuirle un destino por separado, como parte del repertorio de las víctimas del nazismo. El primer lugar lo ocupa la Unión Soviética, que llegará hasta prohibir toda mención a las matanzas de los judíos rusos, bielorrusos o ucranianos en los monumentos conmemorativos de los crímenes nazis cometidos en su territorio. En el momento en que se empeña en endosar a la cuenta de Hitler todos los crímenes de la guerra, incluso los que ella ha cometido, la URSS se priva del único argumento que hubiera permitido estigmatizar a Hitler, para diferenciarlo de Stalin, en el orden de la matanza deliberada: el genocidio racial. Es así como los judíos lo han perdido todo, incluso su desdicha. Y esto es señal de que los malos días no han terminado.

El antifascismo del tipo de 1945 obtiene menos fuerza del análisis de la guerra que del sentido que le da a esta. Al finalizar el primer conflicto mundial, las naciones europeas habían alimentado sus luchas —internas y externas— con el enigma de su significación. Después de la segunda Guerra Mundial, la interpretación de la victoria no es refutada por nadie, ni siquiera por los vencidos. Alemania queda proscrita de las naciones. Las atrocidades de las tropas soviéticas sobre suelo germano, el éxodo forzoso de 12 a 15 millones[528] de alemanes hacia el oeste, la muerte de buen número de ellos no son siquiera comentados por la prensa y apenas son notados por la opinión. Los crímenes nazis, públicamente castigados, constituyen la fachada de este acuerdo universal. Al encontrarse este investido por una significación infinitamente más vasta que el tradicional «¡Ay de los vencidos!», expresa algo más que la mala conciencia de haber esperado demasiado para combatir a Hitler: añade a la condenación política la intransigencia del sentimiento moral, que relega al fascismo a los dominios del mal absoluto. Por tanto, el antifascismo es menos una opinión política —aun cuando también sea esto— que el sentimiento general de los pueblos que salieron de la Segunda Guerra Mundial y el juicio moral que de ella hicieron.

Estos sentimientos y este juicio se encuentran entonces con la ideología antifascista propiamente dicha: la que los combates de la izquierda europea habían forjado poco a poco contra Mussolini y contra Hitler, y que había encontrado su mejor terreno en la defensa de la República española, entre 1936 y 1939. En efecto, la guerra civil de España había cristalizado las pasiones políticas a la escala europea. Pese a la derrota final y a despecho de las sangrientas batallas internas, la defensa de la República española había constituido para el antifascismo de preguerra un venero de recuerdos y una tradición política: recuerdos y tradición que, más o menos embellecidos o adapta-

dos, servirían de títulos de propiedad a los interesados beneficiarios del antifascismo de posguerra.

De este modo, la guerra acabó por realizar en gran parte la profecía antifascista en su versión comunista. No era que hubiese terminado con la extinción de la democracia, ya que los estadunidenses y los ingleses se encontraban en la primera fila de los vencedores, y una parte de Europa, la que ellos habían liberado de los nazis, había recuperado con la libertad sus instituciones democráticas. Pero la otra parte de Europa estaba en manos del Ejército Rojo, que pronto impondría allí regímenes y protectorados soviéticos hasta Budapest y Praga. Y esto aún no hubiera sido nada, en la medida en que esta expansión territorial, pese a su extensión excepcional, pertenecía al orden de la potencia pura: la idea de un imperio edificado a partir de Moscú no era nueva para las cancillerías ni para la opinión pública europea, pues contaba por lo menos con dos siglos de historia. Lo que en 1945 era totalmente nuevo, por el contrario, se debió a las formas y a la ideología con que se revistió este avance imperialista, exportando e instalando sociedades y regímenes de tipo soviético en nombre del antifascismo.

Se podría verificar esto por la manera en que poco a poco, entre 1945 y 1948, en los países de la Europa central y oriental, los gobiernos de coalición ceden el lugar a la dominación no compartida de los partidos comunistas locales, en nombre de la lucha contra el fascismo. Pero la naturaleza del fenómeno exige, antes bien, un análisis de otro orden, menos interesado en la utilización instrumental del antifascismo como justificación de la toma del poder que en la extraordinaria irradiación social de la idea, tanto en el oeste como en el este de Europa, al servicio del comunismo.

Para ello, siempre será necesario volver una vez más a la guerra.

Esta guerra no tiene equivalente en la historia en cuanto al carácter del conflicto y las fuerzas que enfrentó. Ambos elementos se refuerzan uno al otro. Debido a que el enfrentamiento tomó un carácter cada vez más ideológico, movilizó, hasta la rendición incondicional de la Alemania nazi y del Japón imperial, todas las fuerzas de las grandes potencias económicas del mundo. Había comenzado en 1939 como una guerra europea entre Hitler y las democracias occidentales, pero los Estados Unidos permanecían aún fuera del conflicto, y el pacto de no agresión germano-ruso, seguido del reparto de Polonia y de la denuncia, por parte de los hechos, de una alianza secreta, rodeaba los acontecimientos de cierta ambigüedad política. A partir de junio de 1941, esta ambigüedad se disipó con la invasión alemana a Rusia, en virtud de la cual el comunismo volvió a ser antifascista y, por tanto, democrático. El ataque de los japoneses a Pearl Harbor y la entrada de los Estados Unidos en la guerra completan el mecanismo. Una vez que este ha sido dispuesto, la opinión olvida lo que debe a las circunstancias, es decir, a dos agresiones, cuyas víctimas no habían previsto su inminencia y menos aún su inevitabilidad. La guerra mundial, ahora, ha cobrado carácter de necesaria. La ambigüedad que señaló sus inicios no hace sino otorgar mayor énfasis aún a la labor de una razón histórica a la que finalmente le corresponde asignar las fuerzas y los papeles: la libertad contra la dictadura, la democracia contra el fascismo.

De esta forma, la guerra ha adquirido para los pueblos la forma de un tribunal de la historia; ha impreso en los espíritus la escena ideológica, y ha privilegiado los elementos más dispares, por las mismas razones: no otra es la lógica de recurrir a la fuerza bruta. Al mismo tiempo, la guerra dota con una especie de irrecusabilidad a esas dos filosofías de la violencia histórica que se enfrentan en su seno: el nazismo y el marxismo-leninismo. Entre estas y en esas circunstancias, a la democracia ya no

le resulta tan fácil abrigar certidumbres sencillas, salvo en los Estados Unidos, donde es una creencia nacional. El hecho es que por toda Europa, donde su causa se mezcla con la del aliado comunista, el adjetivo «democrático» se ha vertido en gran parte en la corriente del leninismo a la hora en que cesan los combates.

En esta Europa, de hecho, la democracia jamás fue objeto de un culto sin reticencias y sin temores. Lo fue menos que nunca en los años que precedieron a la guerra. Dejemos aparte a Inglaterra, la única de las grandes democracias europeas que verdaderamente figuró del lado de los vencedores, y la única también en la que una sociedad y un gobierno moderno fundados sobre la libertad de los individuos se inscribieron al correr de los siglos como adquisiciones imprescriptibles de la tradición. Basándose en su historia, Inglaterra habría podido ofrecer a la Europa que había salvado en 1940 el atractivo de una idea común. Pero ya se había desplazado un poco hacia la segunda fila de los vencedores, y sobre todo su bandera mostraba más —como siempre— su genio particular que su condición de ejemplo. En la Europa continental, los años de preguerra habían sido los del fascismo y del antifascismo, y el fin de la guerra apuntaba más a la victoria del antifascismo que a la de la democracia.

Las ventajas de la anterior expresión política resultan mejor comprensibles en el ejemplo de Francia, patria tumultuosa de la idea democrática en su versión revolucionaria. La Francia de preguerra acumuló una sobre otra varias familias de enemigos de la democracia, que no deberán confundirse, pero que también podrían unir sus fuerzas llegada la ocasión. La primera de ellas está formada por los adversarios tradicionales de los principios de 1789, siempre al acecho de una ocasión para acabar con la República; estos, empero, apenas forman pequeños batallones, más fuertes —gracias a Maurras— en el terreno de las ideas que en la escena pública. La otra familia es mucho más

numerosa, más moderna, pero también más difusa, y mezcla en dosis variables el antiparlamentarismo, el nacionalismo o también la revolución fascista, por imitación de Italia o de Alemania. Participa de la cultura antidemocrática de derecha en la medida en que rechaza la Revolución francesa, aunque sin odiarla tanto como los monárquicos. También comparte con la izquierda el odio al capitalismo; como los socialistas o los comunistas, detesta a los burgueses; sueña, asimismo, con una verdadera comunidad de hombres más allá de los intereses individuales. A la sazón, la izquierda francesa de entreguerras está, más que nunca penetrada por esta pasión, a la que favorece la competencia entre los dos partidos socialista y comunista, así como su desacuerdo sobre la naturaleza de la URSS. Por ello insiste tan vehementemente, contra la evidencia de los hechos, en ver al adversario fascista como un pelele del capitalismo.

Esta mentira tiene un precio. Al ocultar lo que secretamente une los sentimientos políticos de la derecha antiparlamentaria y de la izquierda revolucionaria, debilita la cultura democrática en su forma institucional y jurídica, en favor de la idea revolucionaria, la que recupera su sitial tanto más victoriosamente por cuanto se nutre con los grandes recuerdos de la historia nacional. Pero al sustituir la democracia por el antifascismo como motivo de unión de las fuerzas de izquierda y del centro, esa mentira ofrece también una extraordinaria utilidad: conserva para la izquierda todas las oportunidades de una ulterior subversión de la democracia, una vez que aquella haya triunfado sobre el fascismo. Los socialistas participan en esta estrategia por debilidad, porque no se atreven a renunciar a la idea de la suplantación revolucionaria de la democracia burguesa. Los comunistas la han inventado por cálculo, pues dan por descontada esa suplantación.

La conclusión de la segunda Guerra Mundial da por fin al antifascismo su segundo aliento político, desembarazándolo

para siempre de su enemigo fascista. En adelante, el antifascismo ya no tiene rival en la crítica de la democracia burguesa: todo el estrado le pertenece. En ese sentido, el fin de la segunda Guerra Mundial es una victoria política de la idea comunista, aún más que de la idea democrática.

Hemos de ir aún más lejos. La victoria de 1945 dio por resultado político fundamental otorgar al antifascismo el monopolio de la pasión dominante en la escena política europea de la preguerra: el odio al dinero y al capitalismo. Esta pasión era compartida en el periodo de entreguerras por la izquierda y por la derecha revolucionarias, ya fuese que el predominio estuviese en manos ora de los socialistas o comunistas ora de los fascistas; los primeros se la adjudicaban en nombre de la igualdad; los segundos la legitimaban con el signo de la nación, reuniendo ambos bajo sus banderas a la comunidad recuperada de los hombres. Después de 1945 esa pasión deja de escindirse: se halla intacta, indivisible como es en Europa y en la condición democrática y del siglo, pero se carga por completo a la izquierda, pues el otro camino le está vedado.

Vedado, ¿es bastante decir? Hay pocos ejemplos en la historia, desde las guerras de religión, de una idea política combatida por las armas que haya sido objeto de una proscripción tan radical como entonces lo fue la idea fascista. Sin embargo, había tenido su cuna y sus triunfos en dos de los países más civilizados de Europa, Italia y Alemania. Antes de convertirse en una maldición, había sido una esperanza para muchos de los más distinguidos intelectuales. Ahora bien, al final de la guerra no existe más que en la forma satanizada que le vale, es verdad, una larga supervivencia, pero, condenada, esta, a eternizar a sus vencedores.

Ni la derrota ni el carácter ideológico de la guerra bastan para explicar ese destino: las guerras no siempre reducen a la esclavitud las ideas a las que vencen, y hasta llega a ocurrir que

exacerben su fuerza. Si el fascismo se ha convertido en esta ideología que no cuenta con otros intérpretes que los que la maldicen ello se debe a razones más complejas, que por lo demás son de un orden diferente. Algunas de esas razones son atribuibles a la naturaleza de la doctrina, que enaltece lo nacional y lo racial y toma así del revés, por la exaltación de lo particular, al universalismo democrático del que los modernos han hecho un sentimiento tan poderoso. Sin duda, hay en el exclusivismo racial de los nazis algo tan contradictorio con este sentimiento que su sola expresión choca con la convicción más general de los hombres de este siglo. ¿Qué decir, entonces, de los crímenes cometidos en su nombre entre 1941 y 1945? Estos confirman con su horror la desconfianza que provoca la idea de superioridad racial. Conocidos poco a poco por los pueblos en los años que siguen al desplome del Tercer Reich, estos crímenes constituyen, por el contrario, la sanción moral de la victoria militar. La idea fascista queda deshonrada no solo por la derrota —en cuyo caso se habría recuperado—, sino por los últimos años del nazismo, que en adelante la definen.

Poco importa que no haya servido, por ejemplo, en Italia, de justificación a crímenes similares. Poco importa, incluso, que en Alemania, solo hasta 1941, los arrestos y los asesinatos hayan sido incomparablemente menos numerosos que los que se han perpetrado en nombre de la revolución proletaria en la Unión Soviética. Los últimos cuatro años del nazismo resumen, en adelante, la verdad del fascismo: provocan tal horror que absorben toda la indignación del mundo civilizado; en cuanto al que no lo es tanto, como la URSS, esta aparece a la vez en la primera fila de las víctimas y en la primera fila de los vencedores, lo que basta para hacer olvidar cuál es su verdadera naturaleza. Alemania paga por todo el mundo y por todos los crímenes del siglo.

Pero nada de todo esto basta para explicar por qué la idea comunista es la gran beneficiaria del apocalipsis nazi. Después de todo, también estaba disponible el contramodelo estadunidense, que lenta pero progresivamente iría recuperando el terreno perdido en el medio siglo que sigue. La cuestión consiste en saber, pues, por qué ese contramodelo es intelectualmente tan débil en 1945 en comparación con el marxismo-leninismo en la mayor parte de las *intelligentsias* de Europa, incluso de Europa occidental, con excepción sin duda de Alemania, que representa, como es natural, un caso particular.

Uno de los elementos de la respuesta ya fue esbozado antes: en la Europa continental, donde la cultura política de derecha y de izquierda no ha dejado de ser inseparable de una crítica del capitalismo, el marxismo-leninismo, en su versión de 1945, ofrece la ventaja esencial de recuperar todo el ámbito del anticapitalismo, en el momento preciso en que la estrategia y la idea antifascistas, de las que ha sido el instigador interesado aunque intermitente, le devuelven con la victoria toda su dignidad democrática. Es así como la idea comunista se encuentra con esta coyuntura providencia] que le ha permitido apropiarse del monopolio de la crítica del capitalismo habiendo regresado, al precio de la sangre derramada solo cinco años después del pacto germano-soviético, a la primera fila del combate democrático contra el fascismo. Si no ponemos mucha atención, el fin de la guerra parece confirmar la definición marxista del antifascismo, según la cual la victoria definitiva sobre Hitler y sus émulos eventuales no se logrará sino por el desarraigo total de la economía capitalista.

Esta tesis es absurda, como lo demostró lo que vino después, y como se podía comprender ya desde esa época; sin embargo, a la sazón obtiene su poder sobre la opinión —poder que conservará durante tanto tiempo, ante todo entre los intelectuales — a partir de dos órdenes de realidad diferentes. Por una parte,

los comunistas aparecieron desde 1941 como los combatientes antifascistas más radicales, gracias a los sacrificios a los que se sometieron y a su arte de la propaganda. Renovaron así, trascendiendo el periodo de 1939941, la estrategia que corresponde al ambiente de los años treinta, lo que facilitó, por lo que a ellos correspondía, fomentar la ilusión de continuidad del antihitlerismo. La ilusión resultó tan fuerte que finalmente fue compartida, en 1945, por la mayoría de los mismos que habían denunciado como una traición el pacto de agosto de 1939. Existe, entonces, algo así como la recuperación de un excedente de antifascismo, que actúa en favor de la Unión Soviética y de los partidos comunistas, y que es tanto más fuerte cuanto que la enormidad de los crímenes hitlerianos a partir de 1941 hace verosímiles retrospectivamente las denuncias de los años de preguerra.

Por otra parte, el derrumbe del nazismo no ha puesto fin a las grandes religiones seculares del siglo XX. Al contrario: también en ese terreno su desaparición radical deja al marxismo-leninismo como único amo o único beneficiario del cerco religioso que forma parte de la disputa por la ciudadela. Lejos de haber reducido lo teológico-político, la guerra ha extendido su dominio sobre los pueblos europeos. Lejos de constituir una ruptura con los mesianismos laicizados de la preguerra, la guerra llega a su fin con la dominación de la filosofía marxista-leninista de la historia, que adopta una multiplicidad de formas más o menos degradadas. Se ha operado, sin duda, una simplificación en el paisaje; pero no se ha transformado su naturaleza: el horizonte de la realización revolucionaria del hombre social ya solo se despliega a partir de un solo punto de origen, pero es más obsesivo que nunca.

La democracia liberal no tiene nada que ofrecer en materia de interpretación de la guerra, tan sencillo y tan poderoso como la secuencia de identidades capitalismo-fascismo, por una

parte, y antifascismo-comunismo, por la Otra, inscritas sobre las banderas del Komintern y luego del Kominform. Ante el cataclismo que acaba de ocurrir, y cuya magnitud desmiente el optimismo de tantos pensadores del liberalismo democrático, ¿cómo podría este elevarse hasta la reflexión sobre ese siglo de espanto? La «mano invisible» de Adam Smith había dejado a los hombres del siglo sin recursos ante la catástrofe económica de 1929; pero esa mano parece más inútil aún en la secuela del apocalipsis sangriento que fue la guerra. El marxismo, y aún más el leninismo, tienen por el contrario un lugar real que asignarle a la tragedia, ya que este lugar es el del capitalismo agonizante, con Hitler como principal protagonista. El fárrago de abstracciones que constituye el sentido de la historia en el marxismo-leninismo ha encontrado unas encarnaciones que le dan la apariencia de la verdad.

Así se explica la extraordinaria flexibilidad del discurso comunista sobre la guerra, capaz de complacer a todos los públicos. La satanización del enemigo no es realmente compatible con el marxismo y con la idea de que los hombres obedecen a las leyes de la historia. Pero en este caso corresponde a los sufrimientos inauditos provocados por la guerra y a la indignación universal causada por los crímenes hitlerianos. Los muertos, los deportados, los torturados, los que simplemente padecieron hambre y frío, en suma, toda Europa en ruinas, señalan al responsable de sus desdichas en un lenguaje adaptado a su condición moral: es decir, por medio de un discurso sobre el mal y la responsabilidad del mal, pero oculto, en adelante, en una teología de la historia. En otro nivel, esta teología complace a los intelectuales como una confirmación de la predicción leninista sobre las crueldades inseparables de la «etapa superior» del capitalismo. Les ofrece un género inagotable de especulaciones filosóficas sobre la dialéctica de la historia y de la li-

bertad, donde la segunda solo tiene como elección final, aunque compleja, obedecer a la primera.

En ese sentido, la guerra de 1939 remata lo que había comenzado la de 1914: el predominio de las grandes religiones políticas sobre la opinión pública europea. Pero de esas religiones ha aniquilado a una y coronado a la otra; por tanto, ha decuplicado su fuerza. El antifascismo victorioso no alteró el terreno moral y político sobre el cual había crecido; hizo más profunda la crisis de la idea democrática, aun cuando aparentó haberla resuelto: esta es la gran ilusión de la época. De ella acabamos de salir, más por la fuerza de las cosas que por las virtudes del intelecto.

X. EL ESTALINISMO, FASE SUPERIOR DEL COMUNISMO

EL FIN de la segunda Guerra Mundial inaugura, pues, el breve periodo —un decenio— durante el cual el comunismo soviético ejercerá su máxima fascinación sobre la imaginación política de los hombres del siglo XX. Su leyenda, como hemos visto, viene de lejos, y aun debilitada sobrevivirá a la muerte de Stalin como un eco de los grandes años. Sin embargo, nada en su historia es semejante a la extensión que cobró después de la guerra, durante los últimos años del dictador. La denuncia del «culto a la personalidad» hecha por Jruschov en 1956, no habría tenido su carácter de extraordinario efecto teatral si ese culto no hubiese sido sino la característica particular de un régimen. Si 1956 fue y sigue siendo una fecha fundamental de nuestra posguerra, ello se debe a que no solo quebrantó la continuidad de la dictadura soviética, sino también a que destruyó el pasado de una utopía universalista.

En este sentido, el resplandor de la URSS después de 1945, puede compararse al del comunismo antifascista de los años 1935939, del que es una amplificación. Esta comprobación suscita, por cierto, la misma amargura retrospectiva, pues las dos épocas se señalaron por una feroz represión en el interior de la URSS. Pero si los años de posguerra constituyeron para la idea comunista una época de vendimia excepcional, fue porque para empezar se vieron acompañados por la más poderosa de las divinidades históricas: la victoria. Así como la primera Guerra

Mundial había sido la cuna de la Revolución soviética, la segunda llevó sus banderas hasta el corazón mismo de Europa. Además, el triunfo de las armas hizo descender sobre la Unión Soviética una bendición más conforme a su filosofía que el pacifismo. El antifascismo comunista de 1935 era ante todo defensivo; el de 1945 es triunfante.

Ese triunfo, además, resulta extraordinariamente visible para todos los pueblos europeos, y aun para los del universo entero, pues altera el mapa de Europa, transformando el equilibrio político del mundo en su aspecto más perceptible universalmente. Es verdad que este equilibrio acaba de ser modificado en el verano de 1945 por el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki, que introdujo entre los vencedores un desequilibrio decisivo entre las potencias; pero, de momento, esta alteración no es percibida por la opinión como lo que en realidad es: tiene lugar cuando los vencedores ya han zanjado las grandes cuestiones de la posguerra. Por lo demás, aun después de comenzada la Guerra Fría, durante los pocos años en que goza de su monopolio, los Estados Unidos de Truman retrocederán ante la brutalidad del chantaje atómico. En realidad, la capitulación de las potencias del Eje, después de una guerra tan terrible entablada en nombre de los valores democráticos, no hace sospechar a la opinión pública que las potencias victoriosas estén a punto de venir a las manos entre ellas; antes bien, le ofrece, en proporciones variables, el espectáculo de un final feliz y de una liberación cuyo precio más alto pagó el Ejército Rojo (que también se embolsó las ganancias más espectaculares).

El desplome alemán, al crear un vacío en el centro de Europa pone de relieve, más que nada, el formidable crecimiento de la potencia rusa. No otro es el resultado de la batalla militar que llevó al ejército de Stalin más allá de Berlín, hasta Praga. Pero también es producto de la fisionomía moral y política que la guerra ha dado a Europa: Francia fue eliminada del concierto

de las grandes potencias por su derrota de 1940, y solo regresó por la puerta trasera, habiendo recuperado más las insignias de su «rango» que la realidad de su influencia: demasiado bien habría de experimentar esto el general De Gaulle durante los años de guerra. Por su parte, Inglaterra se encuentra por derecho propio entre las naciones victoriosas; pero la victoria puso de manifiesto su decadencia, que Roosevelt no hizo nada por contener. El único gran país en guerra con la Alemania nazi desde septiembre de 1939, la única potencia que se batió contra Hitler entre mediados de 1940 y mediados de 1941, Inglaterra sale del conflicto gloriosa pero debilitada, heroica pero exangüe, cada vez menos segura de su dominio sobre el *Commonwealth* y habiendo perdido su tradicional capacidad de arbitraje en Europa. En el momento en que en el centro de Europa se configura un espacio en gestación, el Occidente europeo ya no tiene los medios ni el empuje moral para hablar allí en voz alta.

Queda el extremo Occidente: los Estados Unidos. Son, con la URSS, la otra gran potencia victoriosa, y la primera, por mucho, en el orden económico. Organizaron y realizaron en las playas de Normandía una de las operaciones militares más espectaculares de la historia. Después de haber ocupado Italia, liberaron a Francia, Bélgica y los Países Bajos de la opresión nazi, y conquistaron Alemania hasta el Elba, donde se unieron los ejércitos de los dos grandes vencedores. Pero los Estados Unidos, hijos de Europa, están lejos de esta y por tradición se niegan a comprometer a sus soldados en las tragedias europeas más que lo rigurosamente necesario. Por lo demás, Roosevelt cree de buena fe que la tragedia concluye con el aplastamiento de Hitler. Hasta su muerte, en la primavera de 1945 y en los últimos días de la guerra, Roosevelt mantuvo relaciones bastante buenas con Stalin, mismas que dejan traslucir sus ilusiones sobre la posibilidad de una evolución democrática de la URSS después de la victoria. El reparto de las zonas de influencia en

Europa, que poco a poco va cobrando forma, pese a su hostilidad, entre Teherán y Yalta es contemplado por su parte menos con una actitud calculadora que con una resignación a lo inevitable, moderada por una fe demasiado optimista en la existencia de un mínimo de ideas comunes entre las potencias «antifascistas». De suerte que, aun los Estados Unidos, que poco después se volverían los más resueltos adversarios del comunismo soviético, comenzaron por ser los cómplices de su prestigio, más allá de lo que las circunstancias lo imponían.

La segunda Guerra Mundial consagró lo que la primera solo había anunciado: la decadencia de Europa. La crisis de la que ha salido este continente es tan profunda que ya no es posible recurrir a ningún camuflaje al amparo del viejo «equilibrio europeo». El espíritu del Tratado de Versalles ha desaparecido para siempre con el fracaso de la Europa de Versalles. Y lo que llega a remplazarlo no es, como lo había querido Hitler, el reverso de la preponderancia anglofrancesa, es decir, la dominación alemana, sino el precario condominio sobre Europa de dos potencias que le son a la vez próximas y lejanas.

La más alejada en el espacio también es la más próxima por su genio político, en perfecta armonía con el espíritu de la segunda Guerra Mundial. Para combatir contra Hitler, la democracia estadunidense no necesitó otra bandera que la fidelidad a su filiación inglesa y la fe en las ideas liberales y democráticas de la Ilustración. Una vez vencida su resistencia a la idea misma de guerra, las razones de esta le parecieron irrecusables. Por lo demás, su opinión pública no podía comprender otras razones; lo que quiere decir, en cambio, que una vez vencido Hitler y victoriosa la libertad, sus soldados podrían volver a su patria e integrarse de nuevo a las labores de la paz. Si, por el contrario, Rusia se encuentra en Europa por la geografía, le es tan ajena por las costumbres y las tradiciones políticas que ha hecho de esta pertenencia el más grande signo de interrogación de la his-

toria moderna de Europa. Pero la idea comunista conjuró desde 1917 las inquietudes que provocaba esta extrañeza, al reunir el sentimiento de una misión particular de Rusia con el de su filiación europea. Ello permitió a los nuevos amos de la nación apropiarse la herencia despótica de su historia al tiempo que presentaba a su régimen como la forma más avanzada de la democracia.

A este respecto, el estilo en que Churchill y aún más Roosevelt realizaron con Stalin la gran alianza de guerra, así como la garantía democrática que dieron a su aliado desempeñaron un papel importante. Esta efusividad que intervino en la celebración de unas ideas compartidas, ¿era necesaria para ganar la guerra? Técnicamente no: podemos imaginar una alianza militar estrecha y la misma ayuda en medios materiales por parte de los Estados Unidos a la URSS sin ese diluvio de proclamas sobre las «metas comunes» de las tres potencias aliadas, porque, por principio, esas metas comunes no existieron jamás. Desde finales de 1941, Stalin exigió que se le reconocieran de antemano las fronteras de junio de 1941, que comprenden el este de la antigua Polonia y los países bálticos, como si al cambiar de aliado fuese natural que conservara las ganancias adquiridas con la ayuda del aliado precedente. ¿Era indispensable la idea de una comunidad de metas ante la opinión pública? No es seguro. Después de todo, los franceses y los ingleses de 1914 supieron siempre que su país no se batía por la misma causa que la Rusia zarista. En el caso de la segunda Guerra Mundial, que comenzó con un alarde espectacular del cinismo de la política soviética, la opinión pública, aun en los Estados Unidos, tal vez habría aceptado una definición menos confusa de las causas defendidas y de los objetivas buscados: eso, al menos, es lo que se puede pensar si nos atenemos a los sondeos de opinión hechos en el otoño de 1941, que colocan, hombro con hombro,

igualándolas en un descrédito común, a la Alemania nazi y a la Rusia soviética, por entonces en guerra desde junio.[529]

De manera inversa, podemos interrogarnos con objeto de averiguar si una distinción clara de los objetivos de guerra habría podido sobrevivir al espectáculo de las victorias soviéticas, a la admiración que provocaban estas y a la presión que ejercían sobre la opinión pública. La segunda Guerra Mundial posee un carácter ideológico sin precedente en la historia (salvo en el caso de las guerras civiles) por el hecho de que se entabla contra Hitler, quien desea destruir a la democracia y al comunismo a la vez, y porque constituye un acontecimiento demasiado gigantesco y demasiado universal para no tener un sentido harto simple y asimismo universal: la fuerza del antifascismo patriótico blandido por Stalin a partir de junio de 1941. Pero Roosevelt, por su parte, necesitó invocar la democracia para convencer a los estadunidenses de entrar en guerra contra Hitler. Al mismo tiempo, la crítica al comunismo estalinista pasaba de moda. Desde junio de 1941, Churchill recibió con los brazos abiertos al nuevo aliado soviético, enviado por las circunstancias. Solos en la guerra desde la capitulación de Francia, los ingleses no iban a escatimar los elogios al Kremlin. El presidente de los Estados Unidos, probablemente más que el primer ministro inglés, creyó o quiso creer en una posible comunidad de objetivos con Stalin. No obstante que era un político genial en materia interior, Roosevelt tuvo un gesto de carácter bastante patricio al haber esperado entenderse con Stalin, en el interior del Club de los Tres, sobre los asuntos mundiales; asimismo, dio muestras de una tendencia de espíritu asaz democrática al mantener la esperanza de un régimen comunista aplacado por la victoria y que volvería a ajustarse al ideal que de él se había formado la izquierda liberal del *New Deal*.[530]

Así, la credencial democrática de la URSS, tan pronto, tan a menudo y tan multiformemente confirmada por las autorida-

des de Occidente, nunca recibió mayor garantía ni fue incluso tan celebrada como a partir de 1941; y nunca fue tan valiosa como en esos años de 1944945, en que se jugaba el porvenir del panorama europeo, pues le permitió a la URSS engalanar su expansión territorial con el atuendo de la idea democrática. ¡Qué admirable versatilidad la del arsenal ideológico soviético! Stalin ha hecho la guerra canalizando en provecho de su dictadura la pasión nacional de los rusos. Hará la paz reinventando para uso de sus tropas victoriosas una misión internacionalista: el Ejército Rojo ya no es más que el apóstol desinteresado del antifascismo a través de los países que ocupa. La paz no es sino la continuación de la guerra en un nuevo contexto. El secreto de la estrategia estalinista de posguerra consistió en apoyarse sobre las ideas, las pasiones y las fuerzas liberadas por la guerra para hacer de la victoria militar el trampolín de nuevos triunfos, no solo territoriales, sino políticos.

En la hora más trágica de su historia, en lo más enconado de la guerra, Europa necesitó de los Estados Unidos por segunda vez en el siglo; y los Estados Unidos, una vez más, cumplieron valerosamente con su deber de soldados de la democracia. Mas si a la hora de la victoria necesitó Europa más que nunca de los Estados Unidos, supo conservar, empero, su sempiterna costumbre de no tomar en consideración al régimen del país de la democracia. Los historiadores del porvenir se asombrarán, sin duda, de que el periodo de posguerra haya sido tan pobre en reflexiones y en estudios sobre la democracia estadunidense; como si en el momento en que el poderío de los Estados Unidos resplandece por doquier en el mundo, se perpetuara en Europa ese desconocimiento de su experiencia histórica como en los tiempos en que no era más que una nación lejana. Ni siquiera la guerra de 1914918 modificó la condescendencia de la vieja Europa para con el joven país. En 1945, helos aquí a ambos, deslumbrantes vencedores, añadiendo la Constitución de los

Estados Unidos al ajuar de la libertad. Sin embargo, lo que está en el orden del día de la victoria es la cuestión del comunismo, no la de la democracia.

Lo anterior se puede explicar de varios modos. De manera general, desde hace dos siglos los europeos están habituados a pensar en su historia en términos de discontinuidad: se inclinan a interpretar la sucesión de sus regímenes a través de los grandes acontecimientos, cuyo modelo más célebre es la Revolución francesa. La democracia estadunidense es un estado social, mientras que la democracia en Europa es una fuerza subversiva, que opera sin cesar en la urdimbre de la historia. La segunda Guerra Mundial, al transformar la vida del más humilde de los ciudadanos, ilustró poderosamente la historicidad particular de las sociedades europeas; además, alimentó la fe en la omnipotencia de la voluntad y de la fuerza más aún que la primera Guerra Mundial. Las naciones que salieron del segundo conflicto bélico tienden a medir sus esperanzas con el patrón de la tragedia que han experimentado; por ello están más ávidas de programas revolucionarios que de fórmulas constitucionales.

El año de 1945 reprodujo la situación de 1918 en otro contexto y en mayor escala. El fascismo (más valdría decir el nazismo) fue un asunto europeo, no solo porque Alemania fue su cuna y su hogar, sino porque conquistó Europa y obligó a todos sus pobladores a definirse por relación a su empresa de dominio. En ese sentido, el fascismo constituyó una experiencia más general —al menos por lo que toca a Europa— que el comunismo, pues este solo existió como régimen al este del Elba, de modo que pudo conservar en el Oeste, al menos por mayor tiempo, un rostro menos alterado por su realidad. Por su parte, el fascismo no tuvo este destino o esta oportunidad. A la hora de la derrota, la sangre que derramó en nombre de la fuerza sin más produjo en todos los pueblos que fueron sus víctimas una

reacción de contraviolencia análoga a la violencia sufrida; y para este género de respuesta, el comunismo tiene mejores disposiciones naturales que la democracia. La Alemania vencida de 1945, como la de 1918, atrajo sobre ella las pasiones de desquite suscitadas por la arrogancia de la nación; pero la Alemania de Hitler debió pagar mucho más que el precio tradicional de la derrota: debió expiar la idea de la superioridad racial, que encarnó con una barbarie sin precedentes.

El horror al nazismo creció durante la guerra y estalló en el momento en que el régimen nazi fue vencido, no solo porque lo fue, sino porque la derrota lo expuso por fin a la vista de todos. A ello se añadieron dos elementos: el «descubrimiento» de los campos de concentración por el gran público es inseparable de la entrada de los ejércitos aliados en Alemania y de la libertad de prensa recuperada. Yo no soy tan optimista ante la naturaleza humana como para pretender ignorar que el factor de la derrota desempeñó un papel más decisivo aún que el factor del «conocimiento». La prueba es que la información estaba disponible durante la guerra, pero no fue utilizada y ni siquiera sistemáticamente difundida por los Aliados. Por lo demás, aún en 1945, la dimensión específicamente judía de las matanzas nazis fue en gran parte pasada por alto o en silencio.

Sin embargo, recuerdo la sorpresa horrorizada que se adueñó de la opinión pública occidental al comienzo de esta última primavera de la guerra, al aparecer los primeros reportajes sobre los campos de concentración y las primeras fotografías de esas masas de sobrevivientes esqueléticos, embutidos en pijamas a rayas, al lado de enormes fosas atestadas de cadáveres. Durante la última quincena de abril de 1945, el nazismo se convirtió en la empresa criminal que los jueces de Nuremberg debían condenar como tal al año siguiente, sobre la cabeza de sus jefes. Antes de 1939, el fascismo había sido un régimen cuyas violencias, pero también sus méritos, habían sido objeto de

debates apasionados. En Occidente había tenido adversarios y admiradores incondicionales, pero también testigos y observadores inciertos de su propio juicio, que sopesaban los riesgos y las ventajas, las deficiencias al lado de los logros. Durante la guerra, la fuerza le había permitido al fascismo borrar las huellas de sus crímenes; pero a la hora de la derrota, helo aquí proscrito por la humanidad, objeto de una reprobación pública sin precedente en la historia y sin la excusa de las circunstancias militares. La suerte de las armas no le dio más que una oportunidad a su barbarie.

Todo ello fue llevado a tales extremos, que los pueblos europeos tendieron naturalmente a reimaginar su pasado a partir de lo que la guerra había puesto de manifiesto: que el antifascismo se había convertido en su patrimonio obligado. Más que el afán de construir o reconstruir ahí unos Estados democráticos, fue esta consigna negativa la que unió al Este y el Oeste, pues solo ella daba a la guerra su sentido más general, a la vez que prolongaba en el espíritu de los hombres las pruebas particulares de la guerra. En forma global, esta consigna era simultáneamente la traducción más abstracta y la expresión más concreta de la espantosa experiencia que acababa de ocurrir, así como de la victoria total que acababa de ponerle fin. Las atrocidades cometidas por los nazis, si por doquier eran de naturaleza comparable, distaban mucho de haber tenido una amplitud idéntica en el oeste y en el este de Europa. Pero la guerra, la ocupación por el ejército alemán, la humillación nacional, la deportación de los patriotas y la persecución de los judíos formaron el cuadro de una desgracia compartida, cuyo común denominador y único culpable era el nazismo. El precio de la paz ya no estaba, como en Versalles, en la humillación de Alemania, sino en la extirpación del nazismo. Los alemanes de 1918, condenados como nación, habían reaccionado como nación. Los de 1945, reprobados como nazis, son objeto de un oprobio mucho más

radical y mucho más duradero, ya que deben suscribirlo ellos mismos: el único porvenir que les queda consiste en volverse antinazis. La forma ideológica que Hitler dio a sus pasiones nacionalistas las desnaturalizó en la medida en que les impidió otra salida de la guerra que no fuese la expiación ideológica.

Ahora bien, fue precisamente en ese espacio político reocupado, íntegro, por el antifascismo donde el comunismo encontró y extendió sus medios de influencia e incluso de fascinación; pues la victoria del Ejército Rojo y su ocupación de una gran parte de Europa no habrían bastado si no hubiesen coincidido, en ese rencuentro, con la idea comunista tal como esta había seducido a Occidente antes del viraje del verano de 1939. Una inversión semántica bastará para hacerlo comprender: en 1939, la Unión Soviética había «invadido». Polonia; en 1944 la «libera». Aunque en ambos casos la «ocupa» —y en el segundo más completamente que en el primero—, el vocabulario muestra de sobra el abismo que separaba en la opinión ambos episodios.

En el antifascismo, la URSS está a sus anchas, lo mismo que el comunismo: es un viejo conocido, que ya le prestó grandes servicios en los años anteriores a la guerra. Su mayor ventaja consiste en no existir sino por una negación y ocultar así, bajo el pretexto de la urgencia, la cuestión de la democracia política. En 1945, esta urgencia ya no existe puesto que el fascismo yace por tierra; no obstante, sobrevive a las circunstancias que constituyeron su carácter apremiante, llevada por la victoria, que exacerba las pasiones de la guerra en el momento en que las hace menos necesarias. La Unión Soviética había dejado de ser antifascista en agosto de 1939, a la hora del mayor apremio; pero a la hora de la victoria hace olvidar esta deserción mediante un redoblamiento de la propaganda y de las proclamas, hasta tal punto que el peligro fascista no parece nunca tan inminente como cuando ya ha pasado.

El antifascismo es un estandarte tanto más valioso cuanto que da su mayor brillo a la idea revolucionaria. La segunda Guerra Mundial, como la primera, ha puesto la revolución en el orden del día, con la diferencia de que en la primera esto se había hecho en nombre de la nación: al terminar, en el extremo agotamiento de los combatientes, los revolucionarios, para dar cuerpo a su proyecto, debieron ir contra las pasiones nacionales; pero allí fracasaron sus intentos, incluso en la Alemania vencida. La segunda Guerra Mundial, por el contrario, envolvió el enfrentamiento de las naciones en un combate de ideas; tuvo como objetivo explícito la liquidación del fascismo; los pueblos que salieron de ella no tuvieron que recorrer un gran trecho para ir de ahí a la revolución.

En efecto, si la guerra fue producto del fascismo, el fascismo fue producto del capitalismo y de la burguesía. La vieja convicción del movimiento socialista, o sea que el capitalismo lleva la guerra en sus flancos, encuentra por este concatenamiento de razones una verificación complementaria. Desde mediados de los años treinta, el Komintern había definido el fascismo como la forma más reaccionaria del capitalismo de monopolio, dominado por el capital financiero:[531] fue esta una buena manera de situarlo, en la clasificación de los regímenes, en el extremo opuesto del «socialismo» soviético, como su adversario más encarnizado. En 1945, esta interpretación simplista parece confirmada por los acontecimientos. Aunque no los explique, propiamente hablando, su abstracción le permite simular una restitución de la disposición de las fuerzas militares y políticas a la hora del triunfo; tiene la ventaja de hacer de esta victoria una etapa hacia la revolución, es decir, hacia la abolición completa del capitalismo. La historia de la guerra tendrá entonces su sentido, entre toda la izquierda europea, condensado en la célebre fórmula de Horkheimer: «El que no tiene nada que decir sobre el capitalismo debe callarse también sobre el fascis-

mo». Los marxistas de la escuela de Francfort no dejan de machacar esta idea falsa, que sin embargo alimentó a tantos pensadores políticos de la posguerra en Europa.[532]

Vemos así que es necesario tratar de comprender esta extraordinaria empresa, pero no solo a partir de los pensadores, que siguen aquí la opinión pública, más que iluminarla. La fuerza de la empresa comunista proviene ante todo del encuentro, en esta época, de la reciente experiencia histórica de masas y de la cultura política revolucionaria. Que la guerra es inseparable de la dominación burguesa y debe serle imputada a esta es una convicción ya vieja de la izquierda socialista. Ahora bien, esta convicción fue desencadenada por un dictador que ascendió al poder con la complicidad de los partidos burgueses alemanes: en el contexto de 1945 no se necesita más para achacar el horror suscitado por el nazismo a la «burguesía», no solo alemana sino europea; pues si los políticos alemanes son señalados como responsables de haber creado a Hitler, los ingleses y los franceses firmaron los acuerdos de Munich.

De esta forma se constituyó una racionalización «marxista» de la segunda Guerra Mundial, infinitamente más poderosa que la de la primera, en 1917-1918, pues su fuerza se debe a que cuenta con una encarnación monstruosa del burgués. Lo simplista no le quita lo convincente; por el contrario. Poco importa que en realidad Hitler haya destruido en gran parte el orden tradicional de la sociedad alemana, que haya sido el adversario más feroz de Occidente y, durante un tiempo, el aliado de Stalin: su derrota aún puede servir para deshonrar lo que él combatió en vano, es decir, la democracia burguesa.

Tenemos, así, que la paradoja de la posguerra consiste en que el antifascismo victorioso se alimenta de unas representaciones y unas pasiones que comparte con el enemigo detestado y vencido. Por una parte, el antifascismo es totalmente democrático; se define por el combate contra Hitler, sus soldados y sus ideas.

Pero por la otra, es antiburgués y anticapitalista, y se orienta hacia una democracia de nuevo cuño. Esta caracterización no hace del régimen soviético forzosamente un modelo, pero sí tiende a ganarle las preferencias de Occidente. En todo caso, hace olvidar lo que tan a menudo lo hizo comparable con el nazismo anterior a la guerra. Por lo demás, el movimiento comunista es un virtuoso que se desempeña tan bien sobre un teclado como sobre el otro. Así como la URSS es la aliada de Inglaterra y de los Estados Unidos, los partidos del Komintern han reanimado en cada país desde 1941 las políticas de unidad antifascista en el interior de los «frentes nacionales». Nunca se olvidan de recalcar, empero, que solo ellos son los portadores de un antifascismo radical, es decir, anticapitalista. Este eufemismo negativo basta para privilegiar a la Unión Soviética entre las potencias aliadas contra Hitler.

Es así como la guerra le asigna, en exclusiva, a la patria del socialismo el papel principal del repertorio democrático: la crítica de la democracia en nombre de la democracia. Los ingleses y los estadunidenses, valerosos soldados antinazis, se han quedado confinados en el horizonte capitalista. El antifascismo comunista se beneficia a la vez de ser el aliado de los Estados Unidos y de tratar de allanar el camino a una democracia liberada del poder del dinero. Y esto basta para hacer olvidar, en provecho de Stalin, que los dos antifascistas europeos más acendrados no fueron comunistas y ni siquiera hombres de izquierda, sino conservadores: Churchill y De Gaulle.[533]

Al finalizar la primera Guerra Mundial, la Unión Soviética había comenzado su trayectoria en la política de Europa como el icono de la idea revolucionaria que se erguía contra la guerra imperialista. Mas por entonces su fuerza para movilizar la opinión era muy escasa y resultó incapaz de infundir una inspiración duradera siquiera fuese a las naciones humilladas. En 1945, cuando se yergue como un gran Estado victorioso, une la

fuerza material al mesianismo del hombre nuevo. La primera Guerra Mundial le había dado el ser; la segunda la instala en la primera fila de la historia en virtud del doble efecto de la potencia militar y del retorno de la idea revolucionaria. La Unión Soviética de Stalin, si aceptamos considerarla como la «rusificación» avanzada del modelo leninista-soviético (injertado ya a su vez en la autocracia zarista), nunca fue más «rusa» que en 1945 y, en el contexto europeo, más «eslava». Ahora bien, esta también es la época en que la Unión Soviética posee el más vasto alcance universalista. No otro es el regalo que la historia le hace a Stalin, quien toma la ocasión por los cabellos.

La suerte que le sonríe se extiende, por cierto, allende Europa, y para apreciar su verdadera magnitud sería necesario considerar sus consecuencias por todo el mundo; pues la idea soviética, así como pone las pasiones democráticas al servicio de la tiranía, posee también la capacidad de movilizar una tradición europea contra Europa. A mediados del siglo XX, hace ya mucho tiempo que la globalización del mundo progresa por medio de la conquista europea de los mercados y de los territorios. De este modo, los imperios construidos por Occidente han contribuido a difundir, por la fuerza, las ideas democráticas modernas, que su política de dominación colonial se ocupa de desmentir: por ello los pueblos colonizados han asimilado mejor el mensaje revolucionario que la promesa liberal. Ahora bien, la guerra ofrece nuevas posibilidades a su emancipación, pues debilita al menos relativamente la Europa del oeste y reafirma contra Hitler los valores universales de la democracia. Por lo demás, ni Roosevelt ni Stalin hicieron un misterio de su anticolonialismo. Pero el presidente de los Estados Unidos dirige la mayor potencia capitalista del mundo, a la que todo apunta como sucesora del Occidente europeo. Por su parte, Stalin levanta el estandarte del marxismo-leninismo contra el capital.

Esta doctrina tiene todo para complacer al más exigente: cuenta con la respetabilidad de una gran filiación filosófica, con el marchamo democrático, con la dignidad de una «ciencia». Con su triunfo de Octubre de 1917 salió avante en sus pruebas en las márgenes de Europa. La URSS ha dado el ejemplo de un cortocircuito histórico que ofrece al mundo no europeo la promesa de «ponerse al corriente» rápidamente. El marxismo-leninismo puede seducir a los espíritus complicados, que insisten en el primer término de la doctrina; pero también a los espíritus sencillos, que ponen el acento en el segundo término. A unos y a otros les ofrece un cuerpo de ideas occidentales capaz de unificar las pasiones antiburguesas en Europa y fuera de Europa. En los diferentes movimientos nacionalistas del mundo colonizado, el nazismo alemán había tenido a menudo buena prensa, antes y después de la guerra, en la medida en que atacaba los imperios francés e inglés. Pero al concluir la guerra, la Unión Soviética ya no tiene un competidor antioccidental en Europa. ¿Qué mejor canal que el marxismo-leninismo para los resentimientos que abrigan las élites de los países pobres, colonizados o dependientes, de todo el planeta? La doctrina les ofrece a la vez la filosofía y la estrategia de la emancipación, antes de proponerles los medios. Ningún cuerpo de doctrina europeo habrá sido nunca adoptado con tanta avidez fuera de Europa como, en nuestro siglo, el marxismo-leninismo, filosofía poshegeliana sazonada como ideología totalitaria.

Ese triunfo espectacular en el chamarileo de ideas se debe, en efecto, a que el marxismo-leninismo ofrece la justificación universalista del poder absoluto. Armado con el precedente soviético, el tirano de la segunda mitad del siglo XX obtiene su legitimidad inédita de una ambición emancipadora: lleva a su país al socialismo con el señuelo de una nueva versión de la democracia moderna, liberada de la hipoteca capitalista. La fórmula es lo bastante general para abarcar toda clase de estados

sociales, desde Vietnam o Yemen hasta Polonia o Checoslovaquia. Pero en todos los casos incluye la concentración de todo el poder en un solo partido —aun si nominalmente existen otros— y en la pequeña oligarquía que dirige ese partido en nombre de las leyes de la historia, comenzando por el secretario general. De esta suerte, la mentira sobre la cual se ha edificado el régimen soviético tiende a universalizarse bajo la bandera de la revolución. El fenómeno puede tomar el aspecto de una simple expansión territorial de la URSS, como en el caso de los países del Báltico, o de la creación de repúblicas hermanas bajo la égida de partidos comunistas locales sometidos a Moscú, como en el este de Europa. Pero el sistema ideológico-político posee una dinámica que trasciende la organización de las conquistas militares o los efectos de la vecindad. También es exportable a un círculo más vasto, por no decir que casi a cualquier parte si hemos de juzgarlo por la atracción que ejerce simultáneamente en la Europa rica y en el mundo pobre. La admiración que despierta entre los pueblos de ultramar confirmará en Europa su carácter universal.

Y es que Europa sigue y seguirá siendo la parte del globo en que va a decidirse el destino del comunismo. Hijo de la cultura europea, el régimen marxista-leninista podrá, después de la guerra y en su época de mayor fortuna, extenderse a otros continentes, como África y Asia, y aun a naciones inmensas, como China. Esos triunfos darán testimonio, por una parte, de la universalidad de su lenguaje, y por la otra, de la eficacia de sus fórmulas en materia de poder absoluto. Sin duda alguna, también confirmarán su capacidad para unir estas dos ventajas y para hacer pasar la necesidad del partido único como si fuese la de la historia. Sin embargo, es en Europa donde el tipo de régimen instaurado por Lenin y continuado por Stalin en nombre del marxismo-leninismo será juzgado por la opinión: ante todo donde nació, pero también donde se extendió y, por último, ahí

donde, sin llegar a reinar jamás, encontró el asentimiento de tantos electores y de tantos espíritus ilustrados. La atracción universal que poseyeron las revoluciones comunistas de la posguerra fuera de Europa la adquirieron del ejemplo soviético, ya fuese porque lo imitaran, ya porque lo «rejuvenecieran». Pero aun en el segundo caso, maoísmo y castrismo no sobrevivieron largo tiempo como mitos que sustituyeran al modelo en crisis.

En realidad, es en los años que siguen inmediatamente a la posguerra, y en Europa, cuna del régimen soviético y escenario de sus hazañas, cuando se decide el porvenir del comunismo. El momento de su mayor fuerza constituye también el de su ordalía: como gobierno, como potencia, como idea.

La historia interior de la URSS después de la guerra solo tiene una relación indirecta con el tema de este ensayo; para mis propósitos basta observar que la guerra no transformó la naturaleza de esta historia; por el contrario, la victoria agravó su carácter, debido al aumento del prestigio y al aura de infalibilidad que dio a Stalin. Sobre la cabeza del secretario general gravitaba ya la doble bendición internacional y rusa, inseparable del «socialismo en un solo país». El mariscal le añadió la del soldado victorioso. Una vez resignados a la dictadura, los combatientes de la terrible guerra elaboraron para sí una nueva justificación de su esclavitud colectiva. Ya es costumbre atribuir su formidable resistencia, su espíritu de sacrificio y su heroísmo al sentimiento patriótico, comparándolos con sus antepasados de 1812, vencedores también ellos de un invasor extranjero que llegó a acampar sobre su tierra. Esta comparación manifiesta, a su manera, que los soldados del Ejército Rojo defendieron su patria, no su régimen. Sin embargo, si ese régimen salió triunfante de la batalla no solo fue porque supo atraerse el patriotismo ruso ante la crueldad de los nazis, sino también porque hizo la guerra y organizó la victoria según su espíritu. La servidumbre en la que se mantuvo a los pueblos de la URSS subor-

dinó sus efectos a las obligaciones de la obediencia militar, y lo hizo a tal grado que, aun siendo patriótica y «antifascista», la guerra también será en su historia la búsqueda de la experiencia totalitaria, antes de convertirse en su agudización.

De vuelta la paz, en la URSS de Stalin esa servidumbre no es sino la continuación de la guerra por otros medios. Nada lo muestra mejor que las condiciones en que se efectúa la «repatriación» de los ciudadanos soviéticos que se encuentran en el extranjero en el momento en que callan los cañones. No se trata de un puñado de hombres: son cerca de cinco millones, arrancados a su desdichada condición de preguerra por la desgracia aún más vasta de la guerra; unos forman la inmensa cohorte de los soldados que cayeron prisioneros de la *Wehrmacht*, sobre todo en 1941-1942, y que sufrieron condiciones de cautiverio muy duras; otros fueron llevados por el enemigo a trabajar a Alemania; otros más, de grado o por fuerza, colaboraron con los alemanes y hasta sirvieron en el «ejército de Vlásov».[534] Por último, están aquellos que huyeron de la URSS aprovechando las circunstancias para refugiarse en el Oeste.

Los acuerdos de Yalta previeron la repatriación de todos los ciudadanos soviéticos que manifestaran el deseo de volver, así como el retorno forzoso de todos los que llevaron el uniforme alemán o colaboraron con el enemigo. Pero la cuestión, para Stalin, no se limita a castigar a los traidores. La prohibición de salir de la URSS constituyó, desde que se instituyó el Estado, un dogma de la política interior soviética, y la autorización para salir del país fue uno de los privilegios más exorbitantes. La ignorancia absoluta de lo que ocurre en el extranjero es esencial al «socialismo en un solo país». Ahora bien, he aquí que el inmenso y sangriento vaivén de la guerra muestra, a la hora de la historia, a millones de ciudadanos soviéticos fuera de la triunfante Unión. La situación es tanto más intolerable cuanto que una gran parte de ellos amenaza con renovar las tropas de

la emigración rusa en Occidente para contrarrestar allí las espectaculares ventajas que la guerra antifascista le ha ofrecido a la propaganda soviética. Hasta tal punto esto es verdad, que para Stalin todo ciudadano soviético que esté fuera de las fronteras, y *a fortiori* en Occidente, es sospechoso; las más de las veces es un «fascista», aun si solo fue llevado en cautiverio a Alemania por el azar de los combates. ¡Pobres prisioneros de guerra soviéticos, tan cruelmente tratados ya en los campamentos alemanes y que irán a parar a los campos de concentración soviéticos a la hora del retorno a su patria! Pues Stalin no establece apenas diferencia entre el cautiverio en manos del enemigo, la deportación, la emigración voluntaria y la traición. Él se propone recuperar a todo el mundo para liquidar a todo el mundo, hasta a los emigrados «blancos» de la primera posguerra mundial que nunca habían sido, por definición, súbditos «soviéticos».

El drama es que los ingleses, seguidos por los estadunidenses y los franceses, se anticipan a las demandas de Stalin, es decir, van mucho más allá de los acuerdos de Yalta. En las multitudes de hombres y mujeres que entregan, a menudo por la fuerza, a los agentes de la NKVD que acuden a enmarcar su retorno, hay muchos que no sirvieron a Alemania. Y aun a los que la sirvieron, no pasarán cinco años antes de que los estadunidenses los miren con otros ojos: no porque hayan cambiado de opinión sobre el hitlerismo, que es de lo que los acusará la propaganda soviética, sino porque han descubierto que los soldados perdidos de los ejércitos de Vlásov quizá puedan tener circunstancias atenuantes en su doble condición de súbditos de Stalin y de prisioneros de Hitler. Solzhenitsin, a quien le gusta bordear los precipicios, lo dirá a su manera, delicada y poderosa, en un capítulo de *Archipiélago Gulag*.[535]

Nikolái Tolstoi[536] describió las escenas desgarradoras a que dio lugar, sobre todo en Inglaterra, esa repatriación forzosa. Lo

mismo hicieron Heller y Nekrich, al evocar el gozoso retorno de los soldados soviéticos desmovilizados, no sin dejar de añadir:

> *Pero también había otros convoyes, otros vagones cerrados, con ventanillas enrejadas, que también se llevaban a soldados soviéticos; de esos vagones para ganado no salían música ni cánticos. Nadie acudía a recibirlos a las estaciones. Día y noche rodaban. Los navíos atracaban en muelles desiertos, y los militares soviéticos, bajo buena escolta, ponían pie en su tierra natal: eran los ex prisioneros de los campos de concentración nazis; también figuraban aquellos que, de grado o por fuerza, habían ayudado o servido a los alemanes; y, por último, estaban aquellos otros que, sin haber vivido en la Rusia posrevolucionaria, habían sido considerados ciudadanos soviéticos por los aliados estadunidenses, británicos y franceses, y entregados a las autoridades soviéticas, es decir, a la arbitrariedad y no a la justicia.*[537]

De hecho, esos dos millones de prisioneros, acusados casi todos ellos de traición y sumariamente juzgados en grupos enteros, irán a poblar los campamentos del Gulag, cuando no son condenados a muerte y ejecutados.

Esta liquidación colectiva no es comparable, pues, en nada, a los procesos de depuración que tuvieron lugar en Occidente en respuesta a actos de colaboración con el enemigo. La primera engloba indistintamente a ciudadanos culpables de haber servido en las formaciones de Vlásov y a otros, prisioneros de guerra, trabajadores reclutados por la fuerza, prófugos ocasionales o deliberados, y emigrados. No se le hace justicia a nadie, sea culpable o inocente. El episodio señala que la derrota del hitlerismo ha dejado no solo intacto sino omnipotente al otro totalitarismo vencedor. Digo que es omnipotente en el doble sentido de que no ha perdido nada (al contrario) de su violencia arbitraria contra sus propios ciudadanos, y porque ha logrado hacer cómplices de esta violencia a los Estados democráticos. El hecho de que Inglaterra, los Estados Unidos y Francia hayan renegado abiertamente del tradicional derecho de asilo en beneficio de Stalin muestra mejor que ningún otro acontecimiento el formidable poder de la opinión, conquistado por la Unión Soviética desde 1941, y coronado por la victoria de sus armas.

La segunda Guerra Mundial no produjo, como la primera, unos Estados totalitarios; por el contrario, los encontró en su cuna; pero al destruir a uno reforzó al otro. Al liquidar a Hitler y Mussolini, la guerra llevó al pináculo a Stalin. Este último, sin duda, nunca requirió la bendición de los gobiernos occidentales para poblar su Gulag. Pero el hecho de que le hayan dado la mano públicamente en esta siniestra tarea constituye un extraordinario exceso de legitimidad ofrecido a la dictadura victoriosa; con ello Occidente no se limita a dar cuerpo a la mitología del régimen: favorece directamente sus crímenes.

No obstante, lo que da entonces a la URSS este extraordinario ascendiente en la opinión no es la idea democrática en sí. Es, más bien, el sentido que se le da a la victoria sobre la Alemania hitleriana. El hecho de que la URSS haya pagado el precio más alto por esta victoria, en alianza con Inglaterra y los Estados Unidos, naciones madres de las libertades, hace olvidar a los pueblos los procesos de Moscú y los brindis que intercambiaron en 1940 Mólotov y Hitler. Los sofistas y los simples pueden incluso iluminar retrospectivamente esos episodios tenebrosos con la luz del triunfo final; la ejecución de Tujachevski y el reparto de Polonia no eran, entonces, sino medios deplorables pero necesarios para la victoria sobre Hitler. Sin embargo, esta fabulación delata de suyo la fuente de la que la URSS obtiene su brillo: del juicio de la «historia» más que del amor por la democracia y por las libertades.

A este respecto, el adjetivo «antifascista» sirve aún, como en el decenio de los años treinta, para enmascarar la naturaleza del comunismo soviético, pues ese adjetivo define a un enemigo, no a un régimen. En 1945, las simplificaciones políticas, que son inseparables de la guerra, parecen haberle dado un sentido unívoco mientras que, en realidad, nunca lo despojaron de su ambigüedad. En lugar de esclarecerlo, le hicieron un cortejo de sangre. Queda en pie el hecho de que, muy a menudo sin duda,

la derrota del nazismo es ante todo la derrota de Alemania. Esta Alemania vencida fue la de Hitler; pero Alemania no esperó a Hitler para invadir Europa en el siglo XX, ya sea que los pueblos le fueran un tanto favorables, como los húngaros, o resueltamente hostiles, como los polacos. La ideología nazi no alteró en los espíritus esos datos más antiguos: la dominación de Hitler sobre Europa en 1941-1942 fue concebida como la dominación de Alemania. Asimismo, en 1945, la derrota del nazismo significó, en la experiencia de los pueblos, la derrota de Alemania. La victoria de la Unión Soviética, por muy antifascista que fuese, canalizó las pasiones nacionales antialemanas tanto en el este como en el oeste de Europa.

Los soviéticos lo comprenden perfectamente bien. En todas las pláticas de los Aliados sobre la posguerra, a partir de 1943, ellos fueron los más empeñados en inutilizar para siempre los resortes de la potencia alemana, tomando por su cuenta el expediente alegado por Clemenceau en 1918-1919. Los soviéticos se apoderaron de prendas territoriales mucho más extensas que los franceses de la época. No solo ocuparon todo el este de Alemania, Pomerania, Prusia, Brandeburgo, Sajonia, Silesia y Turingia, sino que estaban decididos a imponer un considerable desplazamiento de las fronteras de Polonia hacia el oeste, de modo que ello les permitiese conservar sus adquisiciones de 1919, e indemnizar a los polacos con territorios alemanes. Sus demandas de reparaciones materiales fueron tan exorbitantes que el propio Churchill las juzgó irrazonables.[538] En las decisiones de Yalta y de Potsdam, sobre la sumisión a tutela de la Alemania vencida al mismo tiempo que su desmembramiento, la Unión Soviética no dejó de estar a la vanguardia, como le daban derecho sus millones de muertos y su territorio devastado. Además, capitalizó la ventaja que poseía sobre los anglosajones: la de ofrecer a los pueblos rescatados una interpretación sistemática de las fechorías alemanas del siglo XX; pues la derrota de

Hitler lleva a la opinión a inculpar también a lo que precedió a Hitler y a no ver en ello más que la prehistoria de Hitler.

El militarismo alemán, ya culpable de la primera Guerra Mundial, saqueó toda Europa con el uniforme nazi un cuarto de siglo después. Este aserto, que resume convenientemente el sentimiento de las naciones, no es particularmente marxista. Sin embargo, incluye en su segunda parte una definición del nazismo que podría pasar por tal, y que por ello da mayor fuerza al antinazismo soviético. En efecto, si Hitler no fue sino la encarnación más feroz del militarismo alemán, ello se debió a que «representó» las mismas fuerzas económicas y sociales que dominaban la historia nacional desde Bismarck: la alianza de los *junkers* prusianos y de la gran industria renana.[539] De suerte que, para sofocar por siempre ese foco incendiario, no había más remedio que quebrantar por siempre esas fuerzas a la vez racionales y sociales: con ello el antifascismo desembocó con toda naturalidad en la exportación de la revolución, casi inscrita en la misión del Ejército Rojo.

El comunismo soviético permaneció bastante fiel, en cierto sentido, a la vieja condena socialista de la guerra, a esta fatalidad del capitalismo que no es sino una matanza inspirada por los mercaderes de cañones. Pero esta vez, contrariamente a la situación de 1914-1918, también coloca sus fuerzas en la balanza, y ahora aparece entre los vencedores. Al mismo tiempo, la responsabilidad de la segunda Guerra Mundial ha dejado de ser compartida desde 1941 entre las potencias imperialistas, para recaer íntegramente sobre la Alemania de Hitler, la hija del capitalismo germánico. Esta nueva versión del combate contra la guerra por la guerra tiene, sobre su predecesora, una superioridad inmensa. Da un sentido a los sacrificios consentidos por los soldados, mientras que el derrotismo revolucionario llevaba a estos a reprimir incluso sus propios recuerdos de heroísmo. Asimismo, cede un lugar de honor a los sentimientos

patrióticos de los pueblos, mientras que la abstracción internacionalista de ayer tendía a desacreditarlos. Uno de los grandes secretos de la ideología soviética en la Europa de 1945 consiste en asociar las pasiones nacionales al universalismo revolucionario, esta vez por medio de la victoria sobre el militarismo alemán. Desde que la Alemania de Bismarck se convirtió en la principal potencia de Europa, atrajo sobre sí resentimientos y odios, cuyo vengador supo ser Stalin.

Ese recurso secreto de influencia solo es utilizable en dosis variables, según los países y las circunstancias. Es muy poderoso sobre la opinión rusa; pero no tiene ningún poder inmediato sobre los alemanes vencidos, sometidos a una dura ocupación y a enormes pérdidas de maquinaria y de materias primas. Lo mismo le ocurre, en menor grado, a Hungría, que fue aliada de Hitler. Pero en la mayor parte de la Europa central y centro-oriental, la Unión Soviética, aun cuando es temida como gran potencia, también aparece como el gran hermano eslavo, en el momento del ajuste de cuentas con el opresor germánico. Es así como los sentimientos de desquite que animaron a los rusos pueden ser compartidos, por ejemplo, por los búlgaros, los checos o los serbios. Y aun cuando fue ex satélite de Alemania, también Bulgaria conserva un fondo de rusofilia. Checoslovaquia recuerda haber sido traicionada en Munich por Occidente, y a la hora del triunfo su Partido Comunista obtiene gran parte de su fuerza del hecho de mezclar, como si fuese cosa natural, el patriotismo y el apego a la URSS. En cuanto a los pueblos de Yugoslavia, que se enfrentaron trágicamente durante la guerra, Tito, con el apoyo de Churchill, logró unirlos en el ejército de guerrilleros que liberó Belgrado, de la mano con el ejército del general soviético Zhdánov. ¿Existe mejor ejemplo de la ósmosis casi providencial que la época efectúa entre el régimen soviético y la liberación de las naciones sometidas?

Visto desde este ángulo, el caso más interesante es el de Polonia, precisamente porque es el más complejo. Allí comenzó la guerra en septiembre de 1939, y los polacos encontraron, al punto, elementos para darle un carácter trágico a sus dos pasiones patrióticas: el odio a Alemania y el odio a Rusia, las eternas destazadoras de su territorio. El reparto de 1939 despertó los malos recuerdos al mismo tiempo que avivó el sentimiento de excepción nacional: Polonia es la única nación del mundo que soportó al mismo tiempo la Gestapo y la NKVD, actuando cada verdugo sobre la parte que le correspondía a raíz de la conquista concertada de antemano. El ardor del patriotismo polaco se alimenta del sentimiento de fragilidad de la patria, cuando no cultiva la melancólica creencia en una elección particular de la nación, así sea para la desdicha. Los otros pueblos europeos podrán «olvidar» los años de 1939-1940 en favor de 1944-1945, pero no así los polacos, que allí perdieron una vez más y por largo tiempo su patria. La historia de su tragedia, en que figuran a la vez las matanzas nazis y las deportaciones soviéticas, los obsesiona más que los errores cometidos por sus gobiernos antes de la guerra. Ello es porque esa historia viene a confirmar en forma indeleble su odio a las dos naciones vecinas. El rencor a los nazis se entiende por sí solo; el temor a Rusia sobrevivió a la invasión de Rusia por Hitler.

Los polacos no necesitaron esperar que los alemanes anunciaran a los cuatro vientos la matanza de Katyn para saber que decenas de millares de ellos, que en su mayoría eran cuadros de la nación, desaparecieron entre el otoño de 1939 y la primavera de 1940 en las profundidades de Rusia. Hostiles por tradición al Imperio ruso, los polacos encontraron en el comunismo soviético una razón de más para temerlo. Hasta el pequeño Partido Comunista Polaco, hijo burocratizado de Rosa Luxemburgo y que sigue siendo uno de los raros puntos de simbiosis judeopolaca, tuvo su conflicto con Moscú y en Moscú: fue disuelto

en 1938 por el Komintern, después que la mayoría de los miembros de su Comité Central en el exilio fueron fusilados. [540] De todas maneras, habrían sido excluidos al año siguiente del consenso nacional en tomo del gobierno polaco en el exilio.

Y es que la invasión de los alemanes y luego la de los rusos no rompieron la continuidad del Estado polaco. La originalidad de su caso se debe a que el país tiene un gobierno legal formado en Francia desde el 30 de septiembre de 1939, en torno de los grandes partidos de la ex oposición, dado que el llamado régimen «de los coroneles»[541] se había desplomado. Ese gobierno posee un ejército, que combatió primero al lado de Francia y luego de Inglaterra; dirigió desde Londres la resistencia interior polaca, precoz, poderosa por el número y extraordinaria por el valor y la eficiencia. Al arrojar a los alemanes a su paso, en 1944, el Ejército Rojo encontró, pues, a sus puertas, una Polonia nacional y hasta nacionalista con quien hablar. El «abandono» de la insurrección de Varsovia fue su primer cañonazo de advertencia.

La cuestión polaca constituye el punto de mayor desacuerdo entre los Aliados sobre la posguerra. Extraordinariamente simbólico, el caso polaco ilustra el curso contradictorio de la guerra, al mismo tiempo que la imposibilidad de una paz duradera en Europa. La nueva frontera oriental de Polonia fue la trazada por el pacto germano-soviético de agosto de 1939 y consagrada por la invasión rusa de mediados de septiembre: ¿cómo el gobierno polaco en el exilio, constituido para oponerse al desmembramiento de su patria, podría consentir en ese trazado? La URSS, por su parte, no puede concebir que, como precio de los sacrificios de sus soldados desde 1941, tenga que aceptar el abandono de sus ganancias territoriales de 1939 y el renacimiento de una Polonia nacionalista; además, la frontera de 1939 reproduce, con pocas diferencias, la línea Curzon,[542] lo que le da una especie de legitimidad histórica. A fin de cuentas,

como hemos visto, la situación militar zanja la cuestión. Pero asentir a estos hechos no agota el sentido del fracaso sufrido por el gobierno de Mikolajczyk, pues este gobierno es tan político como militar. Stalin se apoya en la fuerza de su ejército, pero no solo en ella. La opinión pública de los pueblos democráticos, que lo detestó en 1939-1940, se ha pasado de su lado justo en el momento en que él cambia de bando. Lo inverso les ocurrió a los polacos de Londres: heroico en 1939, el gobierno en el exilio resulta quimérico en 1944. La razón es que ha concentrado dos guerras en una, y que sigue combatiendo la primera cuando ya se termina la segunda. Sigue siendo a la vez antinazi y antisoviético, cuando el ascendiente sobre la opinión que ha recuperado la Unión Soviética se debe a haber desarmado el antisovietismo esgrimiendo el antinazismo.

Por todo ello, la historia polaco-rusa no se reduce a una simple capitulación del gobierno polaco de Londres ante el Comité de Lublin, llegado en furgones rusos; incluso el antisovietismo polaco, probablemente el más virulento de Europa junto con el de los países bálticos, cede una parte de su vigor al espíritu de la época: tan grande es el odio suscitado por la Alemania nazi. Polonia fue dividida sin faltar a ninguna formalidad. Perdió tres millones de hombres, sin incluir a los judíos. La nación pasó por una prueba terrible, comparable solo a la de Ucrania o la de Rusia. Mientras imaginaba ser la avanzada de Occidente por el este, para Hitler no era más que el occidente de los eslavos: es saqueada y diezmada tanto por lo que pretende ser, como por lo que es. Solo los judíos, el pueblo universal, se encuentran por debajo de ella en la escala nazi del desprecio y el odio. Pero si el espectáculo de su exterminio no basta para sofocar el antisemitismo polaco, al menos la desdicha común por la que han pasado las naciones eslavas y el despliegue victorioso del Ejército Rojo llevan a la opinión, incluso en Polonia, a anteponer el odio a Alemania al temor a Rusia. Cuando las tropas soviéticas ha-

cen recular la *Wehrmacht* por territorio polaco, en la segunda mitad de 1944, sin duda se las recibe con sentimientos mezclados, pero también con las sospechas que refuerza su provisional inacción ante la insurrección nacional en Varsovia.[543] El hecho es, sin embargo, que liberan a Polonia de la opresión nazi, poniendo fin a una de las peores épocas de la historia de la nación polaca.

La guerra, tal como finalmente se desarrolló, también prohíbe poner en el mismo nivel a los dos enemigos tradicionales de la independencia polaca. Esta observación, evidente en 1944, aún es válida en los años siguientes, si bien el comportamiento soviético confirma las pesimistas advertencias de los miembros del gobierno polaco de Londres o de los nacionalistas del ejército del interior. No basta, en efecto, que la URSS haya logrado que sus aliados reconozcan la línea Curzon ni el predominio de sus agentes del Comité de Lublin sobre los polacos de Londres. Desde octubre de 1944, en la secuela misma de la derrota de los insurgentes en Varsovia, la URSS ha emprendido la pacificación general del país a la vez liberado y conquistado. Mientras Stalin manifiesta con una recepción espectacular en Moscú el apoyo que da al Comité Polaco de Liberación Nacional, este, ayudado por los hombres de la NKVD, emprende inmediatamente la lucha contra los destacamentos del ejército clandestino, que permanece fiel al gobierno polaco de Londres. La política del hecho consumado está ya en marcha, y llegará hasta sus últimas consecuencias.[544] Churchill y Roosevelt creyeron que Stalin se daría por satisfecho con la línea Curzon, bordeando a una Polonia amiga pero libre, mas se equivocaron. A esta Polonia amiga solo la concibe el «Tío Pepe» dirigida desde Moscú, por intermediación de sus hombres de confianza, educados en su serrallo.

Sin embargo, esta nueva confiscación de la independencia polaca da lugar, gracias a la que la precedió, a circunstancias fa-

vorables que actúan en el mismo sentido que las relaciones de fuerza. En el exterior, la opinión pública internacional, asombrada por el carácter y por la amplitud de los crímenes nazis, tiende a inscribir la política soviética en Polonia en el capítulo de las precauciones contra un eventual resurgimiento del militarismo alemán. En Polonia misma, este argumento adquiere una pertinencia particular a partir del hecho de las nuevas fronteras de la nación. A cambio de lo que ha tenido que abandonar a la URSS en el este, el país ha obtenido[545] algunas compensaciones en el oeste, con la incorporación de 100.000 kilómetros cuadrados de territorios alemanes. Este desplazamiento del conjunto de tierras polacas hacia el oeste, que entraña la expulsión forzosa de millones de alemanes, implica en el futuro una contención germano-polaca que da a la URSS, garante de las nuevas fronteras, la categoría de indispensable aliado de Polonia. De esta manera los comunistas locales, muy minoritarios en su propio país debido a su dependencia de Moscú, al menos pueden, como compensación, aprovechar la tendencia antialemana del nacionalismo polaco.

Al aniquilar progresivamente los numerosos enclaves de resistencia militar a su régimen —esta guerra de guerrillas durará hasta 1947—, los comunistas aún pueden afirmar que son parte de la resistencia antinazi, en la que solo desempeñaron un papel insignificante, y cuyos últimos batallones liquidan ellos. Al continuar el combate clandestino en los vastos bosques polacos después de la derrota de Alemania, lo que queda del ejército secreto puede ser denunciado esgrimiendo que solo obedece ya a motivos partidistas o, peor aún, a órdenes llegadas de Londres o de Washington. La gran parte de la opinión que simpatiza (en dosis variables) con el combate contra la intervención soviética en el país, se encuentra sometida a este poderoso chantaje: desde comienzos de 1946, Mikolajczyk, polaco de Londres en el gobierno dominado por los hombres de Lublin, es acusado por

Gomulka de ser agente del Oeste,[546] porque se opone a la unidad de su partido con el bloque socialcomunista. En esta forma, la apropiación del tema nacional por parte de los comunistas solo permite traslucir su aspecto instrumental e hipócrita, aun cuando también comporta una parte de realidad, por poco que aceptemos considerar menos las luchas por el poder que la época en general.

Alemania está vencida. No obstante, los pueblos viven su historia según un ritmo diferido en relación con los acontecimientos. Deshecha, ocupada, deshonrada, Alemania es aún más detestada que en los días de su dominación. Aún están frescos los recuerdos de las atrocidades cometidas por su ejército, y el temor que suscitó su fuerza se ha disipado; la capitulación alemana ha dado toda su resonancia a la cuestión del peligro alemán. Esto constituye un formidable refuerzo de la imagen de la Unión Soviética en Europa, cuyo mejor ejemplo lo ofrece el caso polaco, pues en el momento mismo en que el ex «ejército del interior» cambia de adversarios, los comunistas polacos vuelven en su contra el sentido de su combate anterior. Así como el ejército combatió contra la opresión nazi, ellos, por su parte, continúan la misma lucha contra el peligro alemán.[547]

La prueba es que extienden las fronteras de la patria, expulsando de sus hogares a millones de alemanes, hasta esas tierras de Pomerania y de Prusia oriental que constituyeron, precisamente, el suelo nutricio de los junkers y del militarismo germánico. El riesgo de un posible desquite aparece inscrito en esta vasta expropiación que coloca a la nueva Polonia en un puesto de avanzada de la paz del mundo. Razón de más para liberar a la patria de sus malos pastores tradicionales, de todo ese mundo de pequeña nobleza, de dirigentes «campesinos» y de católicos de otra época que no supieron proteger al país contra Alemania y que ahora se niegan a reconstruirlo en la entente con Rusia. A pesar de Katyn (la culpabilidad soviética aún es dudosa

en esta época entre muchos espíritus), el argumento comunista de 1945 en Polonia también dista de ser insustancial, y sería un error desconocer su fuerza retrospectivamente, pues ello equivaldría a desconocer también lo que dio su prestigio a la URSS en esta época, incluso entre el pueblo de Europa menos favorablemente dispuesto hacia ella. Por lo demás, si consideramos la continuación de la historia, la dominación soviética sobre Polonia, aunque fue mucho más duradera, jamás revistió el carácter de ferocidad que tuvo la opresión nazi. A diferencia del nazismo, que martirizó de preferencia a los pueblos europeos fuera de Alemania, la víctima más lastimosa del bolchevismo será el pueblo ruso, su propia cuna.

Al exterior de sus fronteras, el movimiento comunista da muestras a la hora de la victoria de una extraordinaria capacidad para adaptarse a la nueva situación hegemónica de la URSS en la Europa central y oriental. Por una parte, en su patrimonio ideológico tiene con qué presentar una interpretación universalista de esta hegemonía: le basta imputar el nazismo al gran capital alemán y a sus secuaces para hacer de cada régimen que se instala bajo su égida, en los países «liberados» por el Ejército Rojo, un triunfo de la democracia y de la paz. La doctrina esbozada por el Komintern desde los años treinta[548] alcanza su forma culminante en 1945: la victoria de las fuerzas del progreso, y mañana del socialismo, exige la extensión del mundo soviético.

Por otra parte, la victoria militar le permite a la URSS volver, en su provecho, la idea nacional, por doquier pisoteada por la ocupación nazi, aun entre los pueblos que fueron aliados de Alemania, como Rumania y Hungría. En el momento en que Stalin puede aplicar con éxito y en gran escala esa política de satelización de los Estados extranjeros que ya había esbozado desde antes de la guerra de España, también encuentra en el estado de ánimo de los pueblos rescatados sentimientos antiale-

manes suficientes para mantener viva la ilusión de una verdadera restauración nacional. Este es el legado póstumo del hitlerismo: haber dado a los partidos comunistas, en tantos países de Europa, el papel de paladines de la independencia recuperada.

Al apoderarse así de la idea nacional, el movimiento comunista reunifica en su provecho las dos grandes pasiones políticas de la democracia del siglo XX: la nación y la revolución. Después de la primera Guerra Mundial, la pasión nacional había sido movilizada por el fascismo y lanzada contra la pasión revolucionaria, encarnada por el bolchevismo. Al terminar la segunda Guerra Mundial, la derrota de la Alemania nazi libera los sentimientos nacionales de los pueblos europeos en favor de los comunistas: ya sea que estos, como en Yugoslavia, hayan asegurado su hegemonía con la resistencia armada al invasor, o bien que, como en Polonia, sean los representantes obligados del nuevo contrato de la nación con la historia. Entre esos dos extremos hay toda una serie de casos intermedios. Pero por doquier, y en proporción variable, el impacto de la guerra, la dinámica de la victoria, la sensación de lo inevitable, el descrédito de las antiguas élites y, por último, el odio a Alemania aseguran a la Rusia soviética el apoyo de una esperanza nacional en los países que está a punto de someter.[549] El dispositivo de Versalles se ha hundido sin gloria, y Occidente perdió ahí su crédito. La consiguiente dominación alemana mezcló la arrogancia con la ferocidad. Ha llegado la hora de los rusos, investidos de la idea revolucionaria. Nadie imagina aún que después de ellos habrá que echar de menos a Austria-Hungría.

En esta resurrección, así sea efímera, de los pueblos sometidos, oprimidos o martirizados por la Alemania nazi hay un gran ausente: el pueblo judío, numeroso en estas tierras desde hace siglos, hace poco aún disperso por este mosaico incierto de nacionalidades y, desde 1941, objeto de la más vasta tentati-

va de exterminio que se haya hecho en toda la historia. Sin embargo, su desdicha aún no tiene nombre. Sería pecar de parcialidad acusar de ello solamente a la Unión Soviética, ya que Churchill y Roosevelt, que desde 1943 pudieron percatarse de la magnitud de la tragedia, tampoco hablaron de ella ni hicieron nada particular por detenerla.[550] El hecho es que, desde el comienzo del hitlerismo, Stalin jamás manifestó la menor compasión por los judíos. ¡Hasta tiene un trasfondo de opinión hostil a los judíos! Antes de la guerra, deliberadamente cerró el territorio soviético a las víctimas alemanas de la persecución antisemita.

Después de la guerra, siempre desconfió de las centenas de miles de judíos polacos que huían de Hitler a la URSS, primero en el otoño de 1939 y luego en los meses que siguieron al ataque de junio de 1941: les temió por su doble carácter extranjero, de judíos y de polacos. Varias decenas de miles de esos desdichados terminaron ese éxodo en el Gulag.[551] Poco después, en 1944-1945, el Ejército Rojo liberó a clases y naciones, pero no tuvo una sola palabra, en su vocabulario, para la tragedia judía; cuando entró en Auschwitz, en enero de 1945, en Occidente no se sospechaba nada de lo que encontraría allí. Habrá que esperar hasta mayo y a una demanda inglesa para obtener un informe oficial cuya versión, difundida por la radio, no incluye la palabra «judío».[552]

En las naciones del este de Europa liberadas y ocupadas por su ejército, Stalin encuentra una razón de más para no conceder a los judíos participación alguna en la victoria sobre el nazismo, pues esas naciones conservan un fondo de opinión antisemita, que sobrevive a la matanza organizada de judíos:[553] su sentimiento nacional es inseparable de él. Ya es bastante tomarlo de revés por la gran proporción de judíos que lograron salvarse por estar incluidos en la *nomenklatura* de los pequeños partidos comunistas locales: por una especie de pugna para ob-

tener una compensación, será necesario que esos dirigentes judíos hagan olvidar su origen por partida doble; siendo los más patriotas de los patriotas en sus países respectivos, y los más fieles a Moscú de los fieles a Moscú en el movimiento comunista internacional. De suerte que el martirio judío vendrá a diluirse en el de las naciones, y en cada uno de estas el peso de su desdicha se inscribirá en la cuenta de crédito del Ejército Rojo. Después de Auschwitz y de Treblinka, los judíos sobrevivientes aún pagan el elevado precio de no tener patria.

En el Oeste, los pueblos fueron liberados de los alemanes por el ejército estadunidense. No conocieron al Ejército Rojo sino por la radio, a través del relato de sus hazañas, de Stalingrado a Berlín. No solo ignoraron las exacciones cometidas por los soldados soviéticos incluso en las naciones amigas, sino también el clima político de intimidación que transportaban en sus furgones. Los pueblos occidentales se encontraban tanto más dispuestos a celebrarlo por cuanto veían en los triunfos del Ejército Rojo a una Unión Soviética ataviada con sus recuerdos y con sus esperanzas.

Los Estados Unidos, hijo emancipado de Europa, han regresado allí por segunda vez en el siglo al rescate de Occidente, pero hace mucho tiempo que este no forma parte de sus recuerdos. Los estadunidenses han inventado una sociedad tan original y tan poderosa que constituye por sí sola un género de la democracia moderna, diferente por definición y por voluntad de todo lo que existe en Europa, y que se ha mantenido deliberadamente apartada todo el tiempo que ha podido de la política del Viejo Continente. Asimismo, los Estados Unidos no han dejado de ser fieles a la decisión que los define como nación: abandonaron las riberas de Europa para fundar un nuevo contrato social del otro lado del océano. Al ser adoptada por millones de hombres en el curso de los últimos siglos, esta decisión también exigió renunciar al papel de modelo revolucionario en

Europa: lo que la civilización estadunidense posee de virtualidades utópicas presupone el alejamiento de Europa por parte de los europeos. Por lo demás, en su realidad está a la vez demasiado imbuida de fe cristiana y demasiado confiada en el espíritu de libre empresa para seducir a todos los que no pueden considerar el porvenir de la democracia sino separado del cristianismo y del capitalismo: a los innumerables hijos de la Revolución francesa.

La URSS, por el contrario, se ha reincorporado a esta filiación. Más que nunca, se ha convertido en la depositaria de esta herencia. Para reconocerla en ese papel, la izquierda europea no tiene que buscar muy lejos en su memoria: le basta pensar en los grandes años del antifascismo. La alianza de la Unión Soviética con las democracias anglosajonas confirmó en el plano internacional la estrategia de los frentes populares, al mismo tiempo que la doble naturaleza del comunismo, que une la defensa de la democracia al combate por la revolución. La guerra contribuyó a reforzar esta demostración con el argumento de la sangre, y también le concedió la sanción de la fuerza. Deshonró asimismo al pacifismo, tan influyente en la opinión francesa e inglesa antes de 1939, el cual se mostró, en el mejor de los casos, impotente y, en el peor, cómplice de Hitler. Su descrédito se extiende a la vez a la izquierda no comunista y a la derecha en general, culpables al unísono de la política de «apaciguamiento» para con la Alemania nazi entre 1936 y 1938. Y es que la paradoja de la situación moral de la posguerra se debe a que la opinión pública del Oeste parece haber olvidado el pacto germano-soviético para no recordar sino los acuerdos de Munich que lo precedieron. Al no poder acusar en adelante a una URSS mártir y victoriosa, vuelve contra sí misma o, mejor dicho, contra sus jefes del momento, la acusación de haber querido evadir una guerra inevitable y justa. La victoria soviética extiende, a posteriori, su red de significaciones sobre todo lo

que ocurrió antes. Gracias a esta maniobra, la Unión Soviética ya no encarna el sentido de la historia por la sola virtud de una ideología, sino por el sacrificio de sus soldados y el triunfo de sus armas. Reforzada por esa experiencia universal que fue la guerra contra Hitler, la imagen de la Unión Soviética es lo bastante poderosa para modificar no solo las ideas sino hasta los recuerdos.

A ese respecto, a partir de 1945 el oeste y el este de Europa se encuentran en situaciones diferentes. El nazismo fue una tragedia europea, pues sometió a casi toda Europa en ambos lados de Alemania; todos los pueblos conquistados sufrieron la opresión, en forma desigual, sin duda, pero todos la recuerdan como la experiencia de un desastre. Por el contrario, el comunismo vencedor solo va a instalarse en los países liberados por el Ejército Rojo. No será una experiencia real en Europa más que de Varsovia a Praga. En el Oeste proseguirá su curso imaginario, amplificado por la coyuntura de 1945, independiente de la realidad histórica. En Europa central y oriental, la derrota de Hitler pone al descubierto la verdad del comunismo; en Europa occidental refuerza la ilusión. La universalidad aparente del movimiento se origina, de hecho, a partir de una falla de la conciencia europea, que aún nos deja ver sus efectos.

En aquella época, en Occidente, el comunismo ya no tiene enemigos declarados. Estos se ocultan, o bien callan. La jerga «antifascista» ha invadido todo el escenario político, llevando consigo sus mentiras, sus eufemismos y sus omisiones. Toda crítica a la Unión Soviética está prohibida por definición: lanzarse por este camino constituiría una concesión al fascismo, cuando no un paso hacia su rehabilitación. Una vez más, no conozco un testigo más fidedigno de este estado provisional de embrutecimiento de la opinión pública que George Orwell, el escritor más rebelde a la propensión totalitaria del siglo. Poco después de la guerra, a propósito de una reunión del Pen Club

destinada a celebrar el tricentenario de la obra de Milton *Areopagítica*, Orwell se indigna de que haya menos libertad intelectual en su época que en la de Milton.[554] ¿Por qué? Existen, en este estado de cosas, razones que responden menos a la persecución que a la evolución de las sociedades modernas: el poder del dinero, el del Estado, la creciente pasividad del público, y por fin la guerra, instrumento por excelencia del embrutecimiento público. Al lado de esos adversarios ocultos, la libertad tiene sus enemigos declarados: los poderes totalitarios, cuyo espíritu dista mucho de haberse apagado; por el contrario, este espíritu es más fuerte que nunca, debido a que ahora lo conduce el comunismo vencedor. Orwell, que no ha escrito aún su 1984,[555] conoce desde la guerra de España cuánto pesa la mentira en las imágenes soviéticas. Y lo experimenta más que nunca. Pese a la debilidad del pequeño Partido Comunista, la «mitología soviética» es, en realidad, omnipresente en la vida pública inglesa. Al haberse independizado por completo de su apoyo de extrema izquierda, esa mitología explica por qué Inglaterra repatrió a la URSS a tantos prisioneros de guerra y «personas desplazadas» de nacionalidad soviética, contra su voluntad y sin que nadie haya dicho nada a la prensa.

> *La bruma de mentiras y de informes falsos —escribe también Orwell— que toca temas como el hambre ucraniana, la guerra de España, la política rusa en Polonia, etc., no es la obra exclusiva de una insinceridad consciente; pero todo escritor o periodista que es simpatizante de la URSS —simpatizante en el sentido en que los propios rusos quieren que lo sea— debe participar en la falsificación deliberada de las cuestiones esenciales.*[556]

Esa mentira no es un fenómeno transitorio, como lo creen o lo dicen los comunistas supuestamente más sutiles que los otros, deseosos de recuperar (pero más adelante) el afán burgués de la verdad. Pues para ese tipo de poder «la historia es algo que se debe crear, más que aprender. De hecho, un Estado totalitario es una teocracia, y su casta dirigente, si quiere seguir siéndolo, deberá ser considerada infalible».[557] De ahí que la or-

todoxia que el comunismo difunde, aun fuera de sus fronteras, por medio de una tiranía que accede voluntariamente a la autocensura, represente un peligro aún más grande que el poder del dinero o de la burocracia. En efecto, esa ortodoxia corrompe la vida del arte y de las ideas en su fuente misma, deshonrándola como una falsificación de la experiencia; hace imposible la literatura: con ello, la humanidad pierde voluntariamente su libertad.

Orwell pinta la situación ideológica de posguerra desde Londres. ¡Qué decir, entonces, de París!

Ha sido destino de los franceses, en el siglo XX, vivir mal la victoria y la derrota. Victoriosa en 1918, Francia no tuvo ni la fuerza moral ni la visión histórica, ni el talento diplomático, ni el crecimiento demográfico, ni la fuerza militar que le hubiesen permitido administrar duraderamente una situación de predominio en la Europa continental. Derrotada en 1940, no evitó ni la autoflagelación ni el desquite de la derecha contra la izquierda ante la mirada del enemigo, ni la iniciativa poco gloriosa, pero precoz y deliberada, de las medidas contra los judíos. En 1945 se encontró en una situación inédita: ni victoriosa ni derrotada o, mejor dicho, a la vez victoriosa y derrotada. Gracias a De Gaulle, a los ejércitos que este pudo reunir y a la resistencia interior, pudo obtener —penosamente, *in extremis*— un taburete ante la mesa de los vencedores, el día de la capitulación. Pero no estuvo presente en Yalta ni en Potsdam. Nadie olvida en realidad que capituló en junio de 1940, y que contribuyó solo marginalmente a la victoria final.

Los franceses lo saben mejor que nadie. ¿Qué otro pueblo está más habituado a la fragilidad de la grandeza nacional y, por cierto, qué otro pueblo es más sensible a ella? Un déficit de gloria militar pesa desde 1815 sobre la historia de Francia: Sedán agravó esta frustración, pero Joffre y Foch vengaron Sedán. La derrota de la primavera de 1940 revive el sentimiento de humi-

llación nacional llevándolo a un punto extremo: ¡tan rápida y total ha sido! El régimen de Vichy consagra este resentimiento, so pretexto de aliviarlo: la existencia de un gobierno francés bajo un protectorado alemán más o menos disimulado, y en gran parte sostenido —al menos en sus principios— por la opinión pública, limita el alcance del llamado del 18 de junio, y esto vale tanto para lo inmediato como para la historia. De Gaulle quiso conjurar la derrota provisional por medio de la participación de los franceses en la victoria final. Pero esa derrota, a la que Vichy le dio carácter oficial, son los estadunidenses y los ingleses, por no hablar de los rusos, del otro lado de Europa, quienes finalmente la han borrado, no los ejércitos franceses. La opinión pública nacional es gaullista en 1944, después de haber estado por Vichy en 1940, y esto es signo de que ha *seguido* la guerra, más que haberla ganado. El desplome de 1940 no fue borrado de su memoria por la victoria de 1944-1945, como Sedán había sido vengado por el Marne. De Gaulle permite no pensar más en ello, no olvidarlo, menos aún borrarlo, debido precisamente a que la necesidad de olvidar impide el olvido. Los franceses festejaron su liberación en agosto de 1944, pero la victoria del 8 de mayo de 1945 no hizo lanzarse a nadie a las calles.[558] Francia sale de la guerra como una nación aún herida, guiada por su curandero.

Es verdad que existe otro recurso, por poco que uno pertenezca a la izquierda. Su núcleo básico, rodeado de una constelación de satélites, es el Partido Comunista, que desempeñó un papel importante en la resistencia, de la que fue el polo principal en el interior de la izquierda, primero en el aislamiento y luego mediante una alianza con las otras fuerzas, bajo la autoridad más nominal que real del general De Gaulle. Muchos de quienes habían abandonado el partido en 1939 volvieron a él a partir de 1941. Muchos más aún, al correr de los años de guerra, llegaron a admirar su acción contra el invasor y el valor de

sus militantes. El sentido de organización, el talento para manipular, que son los puntos fuertes del arsenal bolchevique hicieron lo demás: en el momento de la liberación del territorio, el PCF pareció tan poderoso y tan «nacional» que durante algunas semanas, a finales del verano de 1944, su autoridad pareció amenazar a la de las autoridades nombradas por De Gaulle.[559]

También en Occidente, el comunismo salió de la guerra revestido con los colores nacionales. En comparación con el Este, la ausencia del Ejército Rojo lo ponía en desventaja en materia de poder, pero esta aparente deficiencia favoreció a su propaganda en la medida en que atribuyó a todo lo que era soviético una potencia puramente imaginaria, imposible de remitir a la realidad. En su calidad de referencia a la vez poderosa y lejana, la URSS fue liberadora sin estar presente. Esta situación era idónea para la imagen patriótica del comunismo francés.

Esta imagen fue, asimismo, pura fachada, ya que el partido de 1944-1945 siguió siendo el de 1939-1940 en sus concepciones estratégicas, su dependencia de Moscú y lo esencial de su encuadre. El cambio de rumbo que operó en 1941 no modificó su naturaleza, como tampoco modificó el régimen interior de la URSS ni la política internacional de Stalin. Si los franceses no consiguen olvidar 1940, el Partido Comunista, por su parte, tampoco logra borrarlo, pero por razones distintas: este episodio de la historia de Francia pone en entredicho a la vez su tradición antifascista y la continuidad de su política nacional contra Alemania. Por ello dicho episodio sigue siendo el secreto mejor guardado y el más agriamente defendido de esta época: basta evocarlo para atraerse el encono de un partido que se ha vuelto demasiado nacionalista en comparación con la obediencia que mostró, cuatro años antes, para acceder al acercamiento germano-soviético, pero que ahora es más fiel que nunca al anatema lanzado contra sus adversarios. Del largo capítulo de los recuerdos reprimidos que legó a los franceses el año

de 1940, la política comunista de esta época no constituye más que un elemento secundario, comparado con la dimensión de la crisis nacional a la que diera inicio el desplome del país. Pero el episodio adquiere en 1944 un relieve hasta entonces desconocido, tanto más significativo por cuanto el Partido Comunista pretende encarnar de manera paradigmática la continuidad nacional, frente a Vichy ciertamente, pero también y más sutilmente por lo que respecta a De Gaulle.

El ejemplo francés permite, acaso mejor que ningún otro, comprender la fuerza y la flaqueza de la línea patriótica, de resonancias casi chauvinistas, que fue la que adoptó el movimiento comunista internacional. En una Europa que salía de la opresión nazi, la exaltación de las dependencias nacionales y de los sentimientos antialemanes y antinazis que le eran connaturales permite capitalizar el sentido de la guerra y de la victoria en provecho de la Unión Soviética y de los partidos comunistas locales. La idea es tanto más redituable cuanto que las victorias espectaculares de Alemania, acaecidas entre 1939 y 1941, privaron a los países conquistados de su base política y moral: arrancados de su pasado, inciertos de su porvenir, desdichados en el presente, estos países vencidos tienen buenas razones para guardar rencor a sus dirigentes de la preguerra, antes de que el fin de la guerra les lleve a detestar a los que, entre ellos, simpatizaron o pactaron con los alemanes. Es en esta especie de vacío donde se alojan los partidos comunistas, portadores de programas de renacimiento nacional. La tradición jacobina les proporciona el aglutinante para adosar el universalismo antinazi al chauvinismo antialemán. Mas, por otra parte, la dolencia que resuena en estos patrióticos toques de clarín se debe a que se hacen oír a través de dos tipos conflictivos de recuerdos: los de la resistencia y los de 1939-1940. Las memorias recientes recubrieron a las más antiguas, aunque ninguna sea realmente antigua; pero los buenos recuerdos expulsan a los malos, y la

tentativa de coexistencia pacífica con el ocupante, esbozada en el verano de 1940 por el PCF, se beneficia de la represión colectiva que acompaña a todo lo que concierne a aquel año maldito. La intimidación se encarga del resto.

Sin embargo, en un país como Francia, el comunismo tiene raíces demasiado diversas y demasiado profundas para participar, íntegro, en ese endeble matrimonio de la idea nacional con la realidad internacional del movimiento. Posee allí, como en Italia y al contrario de Inglaterra, una poderosa base social entre la clase obrera, constituida al correr de los años por una acción militante sistemática llevada a cabo en nombre de la tradición revolucionaria. Desde antes de 1936 el PCF había conquistado, sobre todo en los alrededores de París, unos bastiones obreros en los que comenzó a forjar lo que Annie Kriegel llamó su «contrasociedad».[560] En 1936, son ante todo sus militantes quienes encuadran el vasto movimiento de huelga. El partido no participa en el gobierno, pero constituye, de todas maneras, un poder paragubernamental en virtud de su propia fuerza y a través de la influencia que ejerce por interpósitas personas. De todas maneras ya ha conquistado ese privilegio extraordinario —en una República que nunca ha manifestado una atención particular a su proletariado— de ser la encarnación de la clase obrera en la nación: a esta le ha devuelto la dignidad histórica, al mismo tiempo que la ha convertido en la figura del porvenir. La originalidad francesa en la historia del comunismo consiste en que, desde esa época, revistió a su Partido Comunista con una especie de respetabilidad revolucionaria: el papel dirigente del partido en la clase obrera, de la clase obrera en el Frente Popular, del Frente Popular en los progresos del socialismo, son hipostasiados como una serie de ajustes necesarios. En una coyuntura social y política, la izquierda ha descifrado la marcha de la historia conforme a la proclividad universalista del genio nacional.

De hecho, por poco que decidamos considerarla desde arriba, la situación de 1936 se repite en 1945, en más vasta escala y amplificada por una victoria total: Europa se cubre de partidos comunistas, de frentes populares, de proclamas anticapitalistas y de compromisos revolucionarios. La imagen de la URSS se encuentra en su cénit; la izquierda francesa ha rencontrado sus huellas, y el antifascismo triunfante se presta más que nunca para definir lo que une a los comunistas con sus aliados. En efecto, ofrece una doble ventaja, táctica y estratégica. La primera consiste en hacer recaer la sospecha de no ser antifascista, o al menos de no serlo bastante, sobre todo aquel que no se ha alineado en el interior de la alianza. La segunda concierne a las metas de la acción; si el fascismo ha muerto, todavía es necesario que el antifascista extirpe sus raíces, de las cuales supuestamente mostró el ejemplo alemán que se encuentran en el propio capitalismo.

De este modo, el fascismo se sobrevive a sí mismo como amenaza latente, hasta el día de la revolución socialista, única que puede destruir su posibilidad. La unión antifascista de 1945 tiene, sobre el Frente Popular de 1936, la superioridad de abrir el camino a una democracia anticapitalista, concebida esta como una etapa en el camino del socialismo. Esta estructura ideológica, que dará lugar a tantas discusiones bizantinas, tiene por objeto, precisamente, producir ese enredo con el fin de escapar del triste análisis de la realidad. Al dar a la acción política un objeto negativo —el antifascismo, el anticapitalismo— evita a la vez un debate sobre la democracia y un debate sobre el socialismo. Pretende que el antifascismo conduce necesariamente a la apropiación colectiva de los medios de producción, como que el anticapitalismo es forzosamente democrático. En una palabra, tiende a ocultar la idea revolucionaria y la idea democrática.

La obsesión «revolucionaria» nunca fue tan visible en la política francesa como en el momento de la liberación. Estuvo ahí omnipresente, ya no más ligada como en 1918 a una reacción contra la guerra sino, por el contrario, obedeciendo al afán de realizar su sentido en el orden civil. Las guerras del siglo XX han inscrito esta obsesión en las ideas y en las emociones. El primer conflicto bélico acrecentó contra ella la pasión revolucionaria en los bandos enemigos, a la extrema derecha y a la extrema izquierda. El segundo al parecer la puso en pie entre todos como consecuencia de su curso. Poco importa para el caso que los franceses hayan sufrido y no dirigido esta obsesión. Las desdichas de su historia desde 1940 hicieron más necesaria aún la ruptura con el pasado y la idea de un nuevo punto de partida, destinado a conjurar el gobierno de Vichy.

Si leemos los textos de la época nos llamará la atención el carácter universal del llamado revolucionario. Al difundirse, este no ha perdido nada de su violencia retórica: el vocabulario del año II, el «castigo a los traidores», los llamados a la energía nacional, los gritos contra el egoísmo de los intereses están en el orden del día. Las circunstancias hacen resurgir, en su versión izquierdista, el afán de ruptura con la Tercera República que el gobierno de Pétain había utilizado en la versión de derecha en 1940. A decir verdad, este afán tiene orígenes más antiguos: se le vio manifestarse entre las dos guerras casi en todas las familias políticas, sobre todo durante los años treinta; pero como nadie supo darle forma, no tuvo más remedio que mostrarse vacilante en cuanto al papel que había de desempeñar en el repertorio que se tomó prestado del fascismo y del comunismo, o a veces de ambos simultáneamente. En 1940, esta voluntad de ruptura es más incierta que nunca, si bien encubre un verdadero sentimiento popular de hostilidad al régimen caído. No obstante, esta revolución llamada «nacional» es lo contrario de una voluntad, ya que es la secuela de la victoria alemana y de la

prolongada ocupación de dos terceras partes del país. Sin embargo, ni siquiera la persecución de que fue objeto por parte de Vichy logra acercar la Tercera República a la resistencia francesa, en que se confunden todos los matices. También la resistencia, en el momento de la liberación del país, ansía la revolución; no le basta la independencia recuperada, como tampoco la participación de Francia en la victoria final. Quiere romper con un pasado más antiguo, no solo con el régimen de Vichy, y reinventar algo más que una República sobre las ruinas que dejó la última; una Sociedad liberada de la tiranía del dinero. Lo malo es que, para hacerlo, no tiene otras ideas que las del antifascismo comunista o comunizante,[561] y por ello se atiene al pasado más que al porvenir.

De hecho, apenas terminada la guerra, la Cuarta República siguió los pasos de su predecesora. De las fuerzas políticas inéditas que salieron de la resistencia se apartó De Gaulle por no haber podido hacer prevalecer sus concepciones constitucionales; los democristianos, recién llegados y pronto aburguesados en los palacios gubernamentales, no aportaron nada realmente nuevo al ideario republicano con el que, sin embargo, habían soñado para renovar el horizonte social. En cuanto a la izquierda, el Partido Socialista ignora desde hace mucho lo que entiende por revolución, y los comunistas lo saben demasiado bien, lo que sirve para explicar el mediocre compromiso de 1946 que pesa sobre las instituciones. La reivindicación «revolucionaria», esgrimida con tanta pasión por la resistencia como inseparable de la liberación nacional, no ha alcanzado mayores logros que en los años treinta, aunque haya parecido beneficiarse en su segunda versión con un considerable acuerdo de la opinión. El general De Gaulle acusa de este fracaso a los partidos, y los partidos acusan al general De Gaulle; el Partido Comunista acusa a los partidos burgueses, el Partido Socialista al Partido Comunista, y así sucesivamente. Esas imputaciones

contradictorias traducen a su manera un fenómeno más general, a saber: que a pesar de su brillo aparente, la idea revolucionaria no sale de la guerra más fuerte de como había entrado. Antes de la guerra, esa idea estuvo presa en las ambigüedades de la relación entre el fascismo y el comunismo; tras el desastre del nazismo, se atiene a un bolchevismo tardío en el que participa más el consentimiento pasivo que un esfuerzo de la voluntad o de la imaginación.

Los franceses de entonces se han librado de los alemanes, pero no de la fatalidad de la historia. Por el contrario, albergan más que nunca este sentimiento y esta idea, que contribuyen a nutrir en especial al marxismo elemental de la época. La victoria de los Aliados sobre Hitler ha adoptado el carácter de un destino. Los dos bandos se combatieron ferozmente, cada uno en nombre de una religión del porvenir, y por ello la fuerza de los vencedores aparece como conducida por la necesidad. De las dos creencias que hacen fascinante la idea revolucionaria, la necesidad y la voluntad, la primera casi ha absorbido la segunda. De ahí proviene el carácter frecuentemente nihilista, privado en todo caso de consistencia moral, de tantos discursos de la época sobre la revolución; carácter que ha logrado escandalizar tanto más a su último historiador, Tony Judt, por cuanto lo encuentra casi por doquier entre los intelectuales franceses y hasta entre los escritores católicos.[562] No cabe duda: las fuentes se localizan en la historia vivida, en el espíritu del tiempo, y provisionalmente son más fuertes que la razón e incluso que la religión.[563]

Ahora bien, una vez hecho el inventario, quedan por analizar las circunstancias y las razones. A partir de aquí retomamos la historia del comunismo en Francia, en ese entonces depositario de la idea revolucionaria como nunca lo fuera antes, y responsable, asimismo, de lo que hace a la nación tan poderosa y a la vez tan viciada.

En efecto, ¿qué queda de las familias de la izquierda francesa en 1944? La guerra ha deshonrado finalmente al pacifismo, tan poderoso en 1939, y ha reducido la influencia del Partido Socialista, culpable, también él, de los acuerdos de Munich. En cuanto al partido radical y al viejo remanente republicano que está a su cargo, no se libraron del descrédito general en que cayó la Tercera República después de la derrota. Por lo demás, ni los socialistas ni los radicales desempeñaron, en tanto que partidos, ningún papel espectacular en la resistencia. Al quedar liberado el territorio, en el verano de 1944, la opinión pública francesa se inclina a «la izquierda» como en ningún otro momento de su historia, y no posee en esa izquierda más que un solo aglutinante de cuantía: el Partido Comunista.

Este se ha fortificado por las victorias del Ejército Rojo y por su acción en la resistencia. Comparte con el pueblo los recuerdos dichosos de 1936; no participó en Munich; las circunstancias lo alistan para encarnar la izquierda francesa en su versión ecuménica, mezclando en proporción variable la pasión democrática y la pasión revolucionaria, el espíritu republicano y el «jacobinismo» bolchevique, el amor a la libertad y el culto del Estado. En el momento mismo en que obtiene una parte de su fuerza del antigermanismo tradicional, el antifascismo vencedor permite también dar una apariencia de unidad y un máximo de esplendor a todos estos sentimientos políticos unidos. A los franceses les complace esa mezcla de géneros, pues con ella rinden homenaje a su tradición con el término mismo que pretende subvertirla. Esto es lo que da a la prédica revolucionaria su fundamento histórico.

La Unión Soviética ya no es sospechosa, siendo como es la gran potencia victoriosa sobre los nazis por excelencia. Los procesos de Moscú, demasiado notorios, ya no son más que el testimonio de una vigilancia premonitoria contra la quinta columna de Hitler. Por lo demás, la victoria le permitirá al régi-

men de Stalin suavizar lo que ha tenido de coacción y de dictadura siguiendo el ejemplo del terror revolucionario de 1793: ¿cómo no creerle, ya que hasta Roosevelt, el otro gran vencedor, así lo pensó, o al menos así lo esperó?[564] La imagen de la Unión Soviética se beneficia en la guerra de un redoblamiento de su universalidad, y la Revolución de Octubre recibe un nuevo bautismo democrático. La extrema izquierda aún puede admirar allí, a través de las batallas ganadas por el Ejército Rojo, la violencia revolucionaria en marcha y la promesa de una sociedad radicalmente nueva. Pero las victorias soviéticas también traen consigo la restauración de la democracia, y hasta la promesa de un orden social más democrático. Las polémicas de la preguerra sobre la naturaleza del régimen soviético ya no están de moda, y menos aún las comparaciones con las dictaduras fascistas: tanta es la elasticidad que le ha dado la coyuntura a su esfera de ilusión.

El comunismo francés hace florecer allí su doble naturaleza, al mismo tiempo que recupera en gran escala el encanto de la época del Frente Popular: el de ser a la vez gubernamental y revolucionario, respetable y subversivo, nacional y estalinista. Este placer no está reservado a los intelectuales, que tanto celebran la identificación recuperada entre nación, democracia y revolución; también recompensa de antemano, sin aguardar a la toma del poder, los esfuerzos de los militantes. Entre los dirigentes, estos se pagan de contado su servidumbre oculta con él. En cuanto a los franceses, si estos son de izquierda, les agrada precisamente lo que la imagen del comunismo tiene de revolucionario, sin por ello dejar de apreciar lo que tiene de tranquilizador: desde la Revolución francesa se caracterizan por la costumbre de mezclar su pasión de recomenzar con el afán de la continuidad del Estado. Basta ver el arsenal de ideas constitucionales que defiende el Partido Comunista en 1945-1946 para comprender que sus electores se han reinstalado en sus

dominios: el espíritu de sus instituciones sigue siendo el de la Tercera, rejuvenecido por un retomo al modelo original de la Convención.

Sin embargo, esta filiación democrática burguesa no es más que un decorado. Ese escenario de los recuerdos no es sino una transición, pues no se pierde de vista el objetivo: una de las características de la historia del comunismo es esta firmeza en medio de las circunstancias cambiantes. El Komintern ya no existe, y la independencia nacional se encuentra en la primera fila de los programas de los partidos comunistas. Pese a todo, el movimiento no ha perdido nada de su carácter ultracentralizado ni de la naturaleza de sus objetivos revolucionarios. Por el contrario, Stalin se ha vuelto infalible en virtud de haber permanecido fiel a sí mismo, y el culto de que es objeto en el universo comunista simboliza bastante bien los estrechos límites en que se mantiene la autonomía de los partidos miembros del ex Komintern. Casi todos los jefes de esos partidos, en pie en sus países respectivos en 1944-1945, han pasado los años de guerra en la URSS, y son los *missi dominici* del Guía supremo. Francia no es excepción a la regla.

Sin embargo, objetivamente, la esperanza revolucionaria parece recibir su significación concreta de las condiciones en que Europa se liberó del yugo nazi; es decir, de los progresos del Ejército Rojo. No es que dicho ejército imponga la dictadura del proletariado en los países de donde expulsa a las tropas nazis, pero al menos impone la amistad con la URSS como la primera condición que deben cumplir sus regímenes internos, al mismo tiempo que garantiza un papel privilegiado a los partidos comunistas locales, que deberán su influencia a su procuración. Nada parecido ocurre en el oeste de Europa. Las circunstancias de agosto-septiembre de 1944 han señalado al partido francés los límites de su acción, no solo por causa de De Gaulle, sino porque Francia fue liberada por los estadunidenses. Aun-

que el comunismo —con excepción de Yugoslavia— tenga sus más fuertes bastiones europeos en Francia y en Italia, allí es impotente para emprender una acción revolucionaria. De donde resulta que es débil donde es fuerte, y fuerte donde es débil, pues, en ambos casos, la «revolución proletaria» avanza sobre las huellas del Ejército Rojo más que sobre las fuerzas del proletariado. En otras partes, el comunismo encuentra algo más que la burguesía: los Estados Unidos.

Esta es la consecuencia paradójica, y sin embargo natural, del «socialismo en un solo país». Llegado el día, la victoria militar hace de ese país elegido el instrumento y el beneficiario del «socialismo» entre sus vecinos, donde exporta hasta el personal de encuadre político y policiaco. Pero, por ello mismo, la Unión Soviética tropieza con los límites de su potencia, que cesa donde se encuentra con el otro gran vencedor de la guerra. La simple presencia de las tropas estadunidenses en el oeste de Europa, donde la sociedad burguesa tenía su apoyo histórico, no basta para explicar que los partidos comunistas francés o italiano no se hayan adueñado del poder a la hora de la liberación. La presencia de los Estados Unidos constituye, por lo menos, la garantía mínima de que el Ejército Rojo no impondrá ahí a sus clientes, antes de encarnar, poco después, la garantía suprema de la fidelidad de Occidente a la democracia liberal. De este modo, la idea de revolución ha perdido su vínculo directo con las relaciones de clase en el interior de las naciones, por lo que recibe una acepción que no tiene ya nada que ver con el internacionalismo obrero original. Ya no traduce la solidaridad de los, proletariados en su combate; ahora abraza la geografía internacional de la potencia militar. El destino final de la clase obrera europea ya no está ligado, como en los años que siguieron a Octubre, al relevo del bolchevismo por unas revoluciones proletarias en los grandes países capitalistas europeos, comenzando por Alemania. Ahora depende del hecho de

que el Ejército Rojo ha acampado en Praga, lo que puede interpretarse como un formidable avance y, a la vez, como un equilibrio provisional.

Nunca, pues, en Occidente la pasión revolucionaria fue más confusa que en la época en que parecía reinar sobre el escenario público: bien podemos verlo en Francia y en Italia. Poseyó ahí la extensión universal del antinazismo victorioso, que tejía la prédica comunista en el telar de la democracia. Italia fue fascista, aliada de Alemania; la Francia vencida produjo el gobierno de Vichy. La guerra, incluso la guerra antinazi, no fue una experiencia que pudiese propiciar la reconciliación de estos dos pueblos con la democracia burguesa; como no dejó en pie sino una sola crítica del liberalismo, habiendo liquidado la otra, hizo inclinarse la opinión pública de ambos países hacia la idea de una democracia nueva, en que el poder del burgués y del dinero se reduciría en nombre del pueblo.

Semejante esperanza no era, por sí misma, forzosamente revolucionaria, al menos por lo que se refiere a los medios planeados para realizarla. Lo que le dio por entonces un carácter de aurora fue que obtuvo su vigor de la fuerza retroactiva de la guerra, dándole un sentido: de un acontecimiento tan gigantesco, ¿cómo no pensar que inauguraba una época? En el desplome wagneriano de Hitler, ¿cómo no leer la promesa invertida de un orden nuevo? Pero ¿cuál orden? La proporción incierta de democracia y revolución que ya caracterizaba al antifascismo en 1936 constituyó en 1945 una mezcla aún más inestable y un programa harto ambiguo, demasiado leninista para lo que conservaba de pluralista, y demasiado pluralista para lo que vaticinaba de leninista. Era la hora de las «vías nacionales» hacia el socialismo;[565] pero la fórmula, por lo demás provisional, era más la de un encantamiento que la de un descubrimiento. Por lo demás, el nuevo orden del mundo, conducido por los ejércitos victoriosos, desmentía con su existencia misma la confu-

sión entre lo democrático y lo revolucionario, privándola así de realidad.

No otro fue el triste reverso de la época de la liberación en el oeste de la Europa continental. El retorno de la libertad, debido ante todo a las hazañas de los ejércitos extranjeros, fue festejado por un concierto de pensamientos endebles y de programas falsos. Los primeros se alinearon sobre el culto de la historia, al no analizar las dos figuras del orden social que esta había colocado en el primer plano de la escena: la Revolución soviética en su estadio estalinista y la democracia a la manera estadunidense. Prisioneros de las ambigüedades del antifascismo, los segundos finalmente tendieron sin decirlo —y las más de las veces sin saberlo— a alinearse sobre el orden del poder en el mundo. Concebido en Londres, el diagnóstico de Orwell juzgó todo el occidente de Europa.

El antinazismo de esta época impide pensar incluso en el nazismo mismo. El ejemplo del genocidio judío puede ser retomado desde este ángulo. Ya hemos visto hasta qué punto, en las naciones del este de Europa liberadas por el Ejército Rojo, el mayor crimen nazi fue obliterado por los partidos comunistas en nombre del renacimiento nacional. Los judíos polacos exterminados eran polacos judíos. Los judíos ucranianos, masacrados en Babi Yar, eran ciudadanos soviéticos. En Francia, las cosas no llegan hasta esta supresión oficial. Sin embargo, ahí la libertad tiene unos resultados que son bastante comparables, en tono menor, a los obtenidos por la ortodoxia ideológica. También en Francia los judíos son los grandes olvidados de la victoria.[566] El antifascismo, cuando es de tendencia comunista, no tiene un lugar que asignarle a la masacre de los judíos: los comunistas no están dispuestos a ceder la primera fila en el odio a Hitler, pues lo han conquistado al precio de una ardua lucha. Por lo demás, en sus filas figuran muchos militantes judíos. En cuanto al antifascismo definido por su mínimo común

denominador, a saber, el sentimiento democrático, acentúa por reacción el universalismo abstracto de la tradición francesa, que es ciega a la existencia de los judíos como colectividad particular a la hora en que esta particularidad se ha convertido en la piedra de escándalo de una persecución sin precedentes. Esta tradición ha hecho a los franceses especialmente indiferentes a la suerte de los judíos extranjeros en su tierra, y no se interesaron más, apenas, cuando salió a la luz la magnitud de la hecatombe judía en los campos de concentración.[567] En su forma más general, esta masacre le sirvió de pretexto a los franceses para olvidar las leyes antisemitas adoptadas desde el otoño de 1940 por el gobierno de Pétain, y para imputar la responsabilidad de las deportaciones de judíos efectuadas desde Francia a los crímenes de la «colaboración». De este modo, la metamorfosis imaginaria de la nación francesa en pueblo de resistentes antinazis contribuyó a oscurecer lo que la guerra tuvo de intereses filosóficos y morales.

XI. EL COMUNISMO DE LA GUERRA FRÍA

LA IDEA comunista no conservó intacta por mucho tiempo esa aura de consideración o de admiración casi unánime que le había valido la victoria del Ejército Rojo sobre las tropas de Hitler, y con la que se coronó en la inmediata posguerra. Su hora de turbia respetabilidad, tan ajena a su naturaleza, solo constituyó un capital efímero, cuyos rendimientos eran inciertos. Muy pronto su historia entró en una nueva fase.

Esta vez se hallaba presa en el orden de la potencia mundial: incluso en Europa, Stalin solo se encontró con la potencia estadunidense. Al verse fortalecido por el antifascismo universal, Stalin invadió políticamente, por intermediación de los «frentes nacionales» y de los partidos comunistas locales, todos los países en que su ejército decía la última palabra. El rechazo general y forzoso que esos países opusieron al Plan Marshall en julio de 1947,[568] así como la imposición de la disciplina en Polonia[569] y el golpe de Estado checo de febrero de 1948[570] remataron la formación de un imperio territorial que colindaba con un Occidente asolado, donde las tropas estadunidenses montaban guardia en una Alemania culpable.

La historia de la formación de ese imperio concierne menos a mi tema que la manera en que reproduce, sobre una superficie más extensa, el sistema de doble mando, tan característico del sovietismo. Por un lado se encuentra la URSS, con su ejército, su diplomacia y sus «servicios», que sería como cualquier otro Estado policiaco si no estuviese investida por el pri-

vilegio ideológico de encarnar el socialismo. Del otro lado están los partidos comunistas, cuyos dirigentes todos son hijos del Komintern que, una vez disuelto, no tardó en ser remplazado en 1947 por el Kominform, más flexible en principio y, de hecho, no menos omnipotente sobre los «partidos hermanos». [571] El movimiento comunista conserva su carácter de iglesia ultracentralizada y al mismo tiempo sostiene más que nunca la ficción de la autonomía de sus elementos. En nombre de la ortodoxia ideológica, es una sola mano la que dirige a la vez el Estado soviético y los partidos comunistas. Esa ortodoxia, al tiempo que organiza la dominación del primero sobre las pequeñas naciones en que está acantonado el Ejército Rojo, otorga a los segundos (a condición de que estén en manos de hombres que vivieron la guerra en Moscú) la apariencia del poder político local bajo la bandera de la independencia nacional y del antifascismo. Por esta razón, apenas importa que esos partidos hayan sido fuertes, como en Checoslovaquia, o casi inexistentes, como en Rumania, pues, como sea, el principio de su predominio se localiza fuera de ellos mismos. Poseen, en cambio, el signo de este predominio, que no es otro sino el lenguaje de la ideología. Fue así como la Unión Soviética constituyó un imperio europeo inédito, tanto por sus dimensiones como por su naturaleza. Nunca en la historia había sido tan profundo el avance de Rusia hacia el oeste; nunca había adoptado la forma de una idea social nacida en Occidente y vuelta contra Occidente; nunca tantas y tan diversas naciones habían estado sometidas en virtud de la uniformidad tiránica de una ideología. Esas naciones formarán, incluso, un «campo»: el de «el socialismo y la paz».

Vemos cómo la idea comunista se ha encontrado con la potencia imperial sin que ello la obligue a abandonar nada de lo que la constituye: unida desde su origen al culto de la fuerza, y luego sometida al servicio exclusivo de un país, encuentra co-

mo cosa natural un espacio de mayor amplitud en las circunstancias de la posguerra. Lo único que esta idea tiene que hacer es modificar sus dimensiones. Hela aquí, ama y señora no solo de un territorio más vasto sino, lo que es mejor, de una parte de Europa donde ya cuenta de antemano con sus militantes, formados de tiempo atrás. A partir de la primavera de 1947, una larga frontera que va de Lübeck a Trieste, pasando por Praga, ha separado del mundo capitalista a esta Europa que hace aparecer a la revolución internacional con un rostro único. El peso histórico de esta realidad solo lo pueden calcular, sin duda, quienes lo sintieron o lo sufrieron en esa época.

El dominio que esta idea ejerce sobre el imaginario colectivo proviene, asimismo, de otra fuente: el pensamiento de la guerra, que no tarda en reaparecer con renovado vigor. Los hombres de esta época crecieron con los recuerdos o los relatos de 1914, y apenas han dejado atrás el segundo conflicto mundial, que escindió su existencia. El fin de la primera Guerra Mundial había alimentado al menos la esperanza de un periodo de paz de diez años; pero apenas terminada la segunda Guerra Mundial he aquí que se yergue la amenaza de la tercera. No se trata de una amenaza vaga o remota sino, por el contrario, de un enfrentamiento casi inevitable en la medida en que es proclamado y percibido como tal, con grandes fanfarrias, en los dos bandos. [572] La atmósfera que prevalece en Europa no se presta al optimismo; no hay asomo siquiera de lo que había sido el idealismo pacifista de la primera posguerra, muerto y enterrado en 1939. Saturada de violencia y de tragedia, cínica y a la vez sentimental, la opinión se ha acostumbrado un tanto a la desdicha. Por lo demás, Europa es más el botín codiciado que uno de los protagonistas principales. Lo que la hace parecer esencial en relación con el papel de fuerza mundial no consigue sino otorgar mayor relieve al desfallecimiento de su voluntad política: asentir a la historia se ha convertido en su imperativo moral.

No examinaré aquí las causas o las imputaciones de la Guerra Fría,[573] pues estas rebasan el alcance de este libro. Lo que me interesa es, antes bien, la rapidez con la que se accedió a ese nuevo conflicto, casi por doquier y por parte de casi todos, cuando no hacía mucho que había terminado el anterior. Podemos reconocer los prolegómenos, antes de la caída de Hitler, en las discusiones y los desacuerdos entre los Aliados sobre Polonia, especialmente en Yalta.[574] Aun cuando Roosevelt hubiese querido evitado —o creer que así id hacía—, el combate abierto por las zonas de influencia en Europa comenzó en los últimos meses de la guerra, y de ello es muestra, por ejemplo, la intervención armada de los ingleses en Grecia, o el afán de Stalin, cualesquiera que fuesen sus motivos, de «cercar» el terreno ocupado por su ejército. Ese combate dio a la capitulación nazi el extraño carácter de un suceso destinado tanto a inaugurar una época de angustia como a terminar con una era de desdichas.

Pocos conflictos han ido tan acompañados en la historia por esa sensación de fatalidad como el que se conoce con el nombre de Guerra Fría. Los dirigentes de ambos bandos no solo la aceptan, sino que la hacen su filosofía. Stalin no tiene que ir a buscar muy lejos en el arsenal de sus ideas para condenar el imperialismo, cuya figura de vanguardia son ahora los Estados Unidos. En cuanto a Truman, este elabora una «doctrina»[575] para la lucha contra el comunismo, lo que es señal de que incluso su talento político, especializado en la ejecución, se adapta a las exigencias de la situación y al espíritu de la época. Los pueblos europeos, que apenas han dejado atrás una larga guerra ideológica, no tienen dificultades para participar en las justificaciones de una nueva guerra ideológica, que sigue las huellas de la anterior, y de la cual se pretende fiel heredero cada uno de los bandos. Stalin esgrime la amenaza de un nuevo fascismo, que sería el retoño del imperialismo estadunidense, para volver

contra su aliado de ayer todo el enorme aparato del que se sirviera en la batalla contra Hitler. Truman, por el contrario, denuncia a la Unión Soviética como la potencia sucedánea de la Alemania nazi. Solo que ahora es necesario no repetir los errores de la política muniquense contra esta potencia. Ha pasado la hora de las ilusiones rooseveltianas sobre la evolución «aceptable» del comunismo, y ha llegado la hora del combate. Es así como la tercera guerra mundial se ubica en la secuela de la segunda mediante la manipulación de analogías contradictorias y la reutilización de recuerdos opuestos. Ese es el precio de la ambigüedad de la gran alianza antihitleriana. También es, sin duda, uno de los secretos de la resignación de los pueblos, a los que la ferocidad de las ideologías ha dejado exhaustos, mas no por ello menos incapaces de librarse de ellas si no quieren perder el sentido de su historia. Después de haber unido, la guerra antifascista ahora divide.

Nada muestra mejor esta ambigüedad que el trato que los soviéticos dan a la cuestión alemana. Deshecha, aplastada y criminal, la Alemania de 1945 no existe ya como cuerpo político: ni siquiera el desplome militar logró levantar, como en octubre-noviembre de 1918, a una parte del pueblo contra sus malos pastores. Ello la convierte, con mayor razón, en un botín de cuantía entre sus vencedores; representa una presa tan formidable que la Comisión Militar Cuatripartita[576] encargada de administrarla solo pudo trabajar algunos meses de manera colectiva. De todos los vencedores, la Unión Soviética es la más interesada en cobrarse en especie; así que procede, entre 1946 y 1948, a hacer una verdadera mudanza de la infraestructura industrial alemana a su zona, desmontando edificios, maquinaria y hasta rieles del ferrocarril. Pero este ensañamiento se puede concebir simplemente como una compensación circunstancial por la enorme devastación perpetrada por la *Wehrmacht* en Rusia y en Ucrania. Por el contrario, la idea antifascista, tal como

la aplica la autoridad militar soviética, impone inmediatamente a esta zona oriental de Alemania una fisonomía particular.

No es que la «desnazificación» prevista por los acuerdos de Potsdam se tome ahí menos en serio que en el Oeste, donde reinan los ejércitos estadunidense, inglés o francés; por el contrario, está en labios de todos. Pero en el Este se la concibe y se la practica menos como un repunte de la investigación sobre la actividad pasada de los individuos que como la conjuración colectiva de un crimen nacional. En el Este lo político predomina sobre lo jurídico: ha llegado, por fin, el momento del Partido Comunista Alemán, sacralizado como la quintaesencia del antifascismo, y cuyos jefes llegaron de Moscú pisando los talones del Ejército Rojo.[577] Poco importa que las diferentes tentativas por derrocar a Hitler desde el interior no hayan sido precisamente obra del PCA: este se beneficia menos de haber sido la primera víctima de la persecución de Hitler, en marzo de 1933, que de ser elegido por el vencedor soviético como el símbolo de la resistencia de la clase obrera alemana a la dictadura nazi, tan deseada, esta última, por la burguesía: es una imagen de la ortodoxia, al mismo tiempo que un instrumento del poder. A quienes lo escuchan, difícil les resulta imaginar que hubiese otros prisioneros en los campos de concentración de Hitler, aparte de los militantes comunistas y los obreros. He aquí de nuevo a los judíos, exiliados de su propia desdicha en nombre de la ideología.[578]

Resistentes ejemplares a la vez que principales víctimas, los comunistas alemanes son aún más víctimas que resistentes. No reaparecieron en el escenario político de su país como revolucionarios vencedores que por fin realizaran el gran designio de los años veinte, sino como militantes liberados o recuperados por el Ejército Rojo, único amo de esta zona oriental donde los comunistas alemanes no gozan de mayor prestigio que el de haber sido los grandes testigos del antifascismo. Son los gran-

des testigos, sí pero no los únicos, pues esta «victimización» incluye a los otros partidos autorizados,[579] comenzando por los socialistas. Pero lo importante es que la victimización constituya el único horizonte del debate político, de tal modo que enmarque a los protagonistas en una interpretación única. Por lo demás, los dos partidos «obreros» se fusionarán en abril de 1946, con la venia de la administración rusa. La desnazificación a la manera soviética consiste menos en castigar y en excluir a los culpables que en inscribir la política alemana, controlada, en el estrecho círculo del sovietismo. No hay término medio entre el nazismo y el comunismo: el que no es aliado de los comunistas es, por ello mismo, sospechoso de nostalgia o de complacencia para con el nazismo. Y no se trata de cualesquiera comunistas, sino prioritariamente de quienes se refugiaron en Moscú a partir de la aparición de Hitler y durante el desempeño de Hitler: ellos son los únicos beneficiarios de la confianza soviética.

La diáspora comunista alemana que optó por el exilio o lo sufrió en el Oeste (en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, en México) quedará subordinada a la URSS, y su historia permanecerá casi tan ignorada como la de la resistencia burguesa o aristocrática contra Hitler, o como la de la conspiración del 20 de julio de 1944. El único «antifascismo» es el que creció a la sombra de Stalin; por lo demás, pronto lo hallaremos reconvertido contra el imperialismo estadunidense y su satélite alemán del Oeste: la República de Adenauer será denunciada como neonazi en el momento en que incorpore la historia alemana en el constitucionalismo occidental. La de Ulbricht, en cambio, se adosará al antifascismo ideológico en el momento en que instaure la dictadura del partido único bajo el protectorado soviético.

Esta dictadura crea la situación política más extravagante posible, pues no concede a los alemanes otra opción que la de

adorar no solo a su vencedor, sino también al régimen que este trae consigo en sus furgones. Desde ya, la primera reivindicación se asemeja a la cuadratura del círculo: el Ejército Rojo ha multiplicado las atrocidades en Prusia oriental y en Pomerania, empujando ante él a centenares de miles de fugitivos aterrorizados. Todo el año que sigue, el trazado de las nuevas fronteras germano-polacas añade a la derrota el carácter de un éxodo formidable. A Alemania, a ese pueblo desarraigado que solo anhela sobrevivir, el vencedor le impone como penitencia un catecismo político que constituye la matriz ideológica del régimen venidero. Los comunistas alemanes, los únicos que conocen bien el lenguaje de esa ideología y que están preparados desde hace tiempo para desempeñar el papel de catequistas, se colocan así a la cabeza de un fragmento de su país, como una selecta aristocracia inocente del crimen nacional en la medida en que esta élite está integrada por sus víctimas, si bien reina como un poder delegado, pues ha sido impuesta por la Unión Soviética. Esos herederos de una gran tradición obrera prostituyen a esta al comprometerla en la aventura extranjera de un antifascismo póstumo, transformado pronto en la ideología de un poder policiaco.

La revolución por la que fueron asesinados Rosa Luxemburgo y Liebknecht se realiza merced a la fuerza de un ejército de ocupación, en medio del silencio y de la culpabilidad del pueblo. La nacionalización de la industria y la misma reforma agraria, celebradas como victorias de las masas populares adquieren así una tonalidad punitiva y burocrática. Es como si el espíritu del comunismo alemán, después de ser aplastado por el nazismo, no sobreviviera mucho mejor al aplastamiento de este último. El milagro consiste en que con los años logrará, a pesar de todo, mantener más o menos viva una cultura marxista endógena en medio de una sociedad sovietizada. Ni siquiera el régimen más meticulosamente policiaco del movimiento soviéti-

co logrará desacreditar el marxismo-leninismo en el país en el que nació Marx y en el que murió Liebknecht.

De esta suerte, antes de convertirse en dos Estados distintos, las dos Alemanias están separadas por dos interpretaciones y dos prácticas del antifascismo. En el Oeste, el renacimiento de la vida política pone de manifiesto la preponderancia masiva de los partidos anticomunistas, e incluso de los socialdemócratas, pues ahí estos partidos han seguido siendo ellos mismos. Por lo demás, es posible calcular la magnitud, entre 1946 y 1948 —por no decir nada del periodo siguiente—,[580] de la impopularidad del comunismo entre la opinión pública si consideramos el destino final de los millones de alemanes «desplazados». En el Este, el nuevo Partido Socialista Unificado, rodeado de su red de asociaciones «antifascistas», incorpora a los dos partidos «burgueses» en el «Bloque Democrático». Ese partido no es más que una organización sucedánea de la administración militar soviética, encargada de solemnizar la nueva frontera polaca, de sancionar el saqueo económico del territorio por los rusos y de justificar las detenciones, hechas las más de las veces por la propia policía soviética. Es, desde el origen, lo que seguirá siendo hasta el fin: el partido más directamente dependiente de Moscú, dado que también es, en nombre del antinazismo, el puesto de avanzada, casi expiatorio, del bolchevismo vencedor en medio del pueblo vencido.

En la crisis de Berlín, que constituye la primera gran llamada de alerta de la Guerra Fría, cobran cuerpo esas contradicciones. La excapital alemana, incorporada en la zona soviética, adquiere una categoría particular que la coloca bajo administración militar cuatripartita. Ha conservado un partido socialista independiente, el mismo del Oeste, y que resulta mayoritario en el Consejo Municipal a partir de las elecciones de octubre de 1946. En el momento en que la cortina de hierro desciende sobre Europa, menos de un año después Berlín constituye un en-

clave occidental en territorio sovietizado: es a la vez un escaparate del Oeste y, por tanto, una incitación constante a la comparación o a la fuga, así como un factor de aislamiento adicional para el comunismo alemán, que alcanza nuevos niveles de impopularidad.[581] El bloqueo de Berlín por los soviéticos, en el invierno de 1948-1949, intenta reducir ese absceso como medida preliminar a la fundación de un Estado alemán en su zona oriental. Tal vez se trata, asimismo, de una primera tentativa, muy a la manera de Stalin, de sondear la resolución del adversario. Al menos la respuesta no es incierta, en términos de desempeño técnico: la aviación estadunidense tiende resueltamente un puente aéreo con Berlín. Esta extraordinaria inversión de la situación y de las fuerzas cobra mayor relieve en virtud de la identidad de los lugares. Los hombres de la época no necesitan tener una memoria extraordinaria para recordar que Berlín había sido el blanco de los aviones estadunidenses, antes de convertirse en objeto de su ayuda. Berlín había sido la capital de un imperio totalitario antes de erigirse en el símbolo de la libertad. Los berlineses han mudado de papel al mismo tiempo que los soviéticos. Ello es señal de que la amenaza de una tercera guerra mundial se cierne exactamente ahí, donde se terminó la segunda y, además, como su secuela, pues los antiguos Aliados se disputan el sentido del conflicto que apenas ha concluido.

Es así como el viraje alemán permite penetrar más a fondo la naturaleza de la idea comunista durante la posguerra, al igual que la modificación que sufrió entre 1946 y 1948. En 1946, dicha idea se había visto acompañada de un formidable aumento de la potencia de la Unión Soviética; no obstante, a la sazón seguía ligada a las políticas de unión democrática antifascista perteneciente al género del que la guerra dio ejemplo en el plano internacional. En 1948, la idea comunista se encuentra de nuevo en camino a la guerra y a la revolución, fortaleciendo

por doquier sus posiciones frente al imperialismo, y fabricando fortalezas en lugar de pasajes. En ese sentido, esa idea coloca al observador ante la oscilación permanente que constituye su historia: la sucesora del comunismo de guerra, la NPE, fue remplazada por la política sectaria del «tercer periodo»;[582] más adelante, la estrategia de los frentes populares fue relevada por el viraje del pacto germano-soviético; y ahora, dos años después de haber terminado la guerra contra Hitler —que entablara al unísono con las democracias— la Unión Soviética cierra filas en torno de la idea comunista para ampararla contra el imperialismo… Se acabaron los vagos idilios del tiempo de la guerra contra Hitler. Se terminó la época de los «caminos nacionales hacia el socialismo». El mundo comunista es un bloque, o también un «campo».

La señal de que se iniciaba este proceso la dio la creación del Kominform en septiembre de 1947. El informe de Zhdánov, el lugarteniente de Stalin, alineó a todo el «campo socialista» en la izquierda y lo colocó bajo la dirección, absoluta como nunca, de la Unión Soviética, amenazada de una agresión imperialista.[583] No bastaba que los partidos comunistas participaran en los gobiernos para que estos pudieran considerarse verdaderamente «democráticos»; también era menester que por su intermediario, la «clase obrera», aliada de las «masas trabajadoras», ejerciera en ellos una acción dirigente. En otros términos, la única diferencia con el régimen soviético «puro» era el mantenimiento de partidos satélites en el interior de las coaliciones, cuyas llaves estaban exclusivamente en manos de los comunistas. Para que todo estuviera tan claro en el Oeste como en el Este, la delegación yugoslava se encargó de denunciar a los partidos francés e italiano, acusándolos de haber colaborado demasiado tiempo con los gobiernos burgueses, hasta el punto de dejarse engañar por ellos. Así es como procede el partido yugoslavo, el más inflexible del «campo socialista», que da leccio-

nes a Thorez y a Togliatti en pleno oportunismo. Pero ni Thorez ni Togliatti se encuentran ahí: tal vez intuyeron que les esperaba un momento desagradable. Del lado francés, empero, es Jacques Duclos el que recibe el regaño yugoslavo… y el que da las gracias prometiendo enmendarse, según el ritual del movimiento comunista. De la reunión de Szklarska Porba, pequeña ciudad polaca cercana a Wroclaw, existe un relato casi estenografiado de Eugenio Reale,[584] que merecería llegar a ser un clásico de la historia del comunismo, pues en él se manifiestan óptimamente las relaciones de violencia y de servilismo que imperan en el cónclave de los partidos hermanos.

¿Se trata, acaso, de un retorno al «tercer periodo»? En cierto sentido, sí. El texto de Zhdánov tiene un aire de *déjà vu*. En él campean en la amenaza del imperialismo y el peligro inminente de una guerra contra la Unión Soviética. De suerte que no es la hora de afinar los matices de la teoría sobre los conflictos interimperialistas y el margen de maniobra que estos dejan a la patria del socialismo: esta distinción ya había servido de base a la estrategia de los frentes populares, y fue declarada caduca en septiembre de 1939, para recuperar toda su fuerza a partir de junio de 1941. Pero hela aquí de nuevo, solo que ahora en desuso, pues los dos grandes vencedores de 1945 se enfrentan por todo el mundo. Ya no hay más que un solo imperialismo, dominado en adelante por la potencia económica y militar estadunidense, cuya influencia se reduce día a día en Europa y fuera de Europa. Lo que explica su agresividad y su afán de destruir a la URSS, vanguardia de los pueblos. Lo mismo que en el periodo de 1927-1932, la lucha por la paz está, pues, en el orden del día, dado que se confunde con la defensa de la URSS. Y como en aquella época el fascismo no está limitado a un país o a varios países particularmente agresivos; antes bien, ronda por doquier; prepara la guerra antisoviética, es decir, casi en todo el mundo capitalista y, para empezar, en los Estados Unidos pero

también en la Europa occidental, sobre todo en esta Alemania occidental por la que aún deambulan nazis impunes… De modo que el deber de los partidos del Kominform es encabezar ese combate maniqueo en que debe proclamarse *urbi et orbi* fidelidad absoluta a la URSS. Los socialdemócratas, cuando aún se muestran hostiles a los comunistas, vuelven a ser los principales sospechosos de una colusión con el imperialismo.

Ese replanteamiento de la lucha internacional se hace, empero, en un marco distinto que el del «tercer periodo». La guerra más mortífera de la historia acaba de terminar apenas cuando Zhdánov evoca el espectro de un tercer conflicto mundial que adopta la apariencia de la última imagen del segundo: el hongo atómico por encima de Hiroshima aniquilada. La previsión del horror de mañana sobrepasa los peores recuerdos del de ayer, y la imaginación deja atrás a la memoria, aunque sin dejar de alimentarse de ella. En mayor medida que después de la gran hecatombe de 1914-1918, el temor a la guerra arraiga en un fondo universal de emociones comunes a la población civil y a los excombatientes: la segunda Guerra Mundial afectó a todo el planeta, y la tercera no hará distingos entre sus víctimas. Contemplada como un triunfo tecnológico absoluto, ni siquiera dará ocasión de ejercer el valor o el patriotismo. Al mismo tiempo, la lucha por la paz despierta vocaciones menos vehementes, pero los sentimientos que la acompañan son más compasivos y más universales. Ahora el pacifismo no ataca de frente, como lo hiciera en la Europa posterior a Versalles, las pasiones nacionales ni las virtudes militares; ofrece, en cambio, un amplio asilo a las opciones políticas más diversas, que van desde la solidaridad incondicional a la Unión Soviética hasta lo que el pacifismo pueda tener de inocente, pasando por todos los matices de hostilidad a los Estados Unidos. Esta vez reviste al activismo revolucionario con el ropaje de los buenos sentimientos.

En lo que concierne al «tercer periodo», la Unión Soviética está fuerte; pero es débil respecto de los Estados Unidos. De esta ambigüedad obtiene la idea comunista no pocos argumentos de persuasión. Además, el país en que ha encarnado, convertido en la mayor potencia europea y en la segunda del mundo, goza de la influencia política que otorga la fuerza, duplicada por la autoridad moral que le confirió la guerra contra Hitler. No obstante, ha pagado muy cara su victoria, tanto en hombres como en daños materiales; tiene que reconstruir toda su economía y no cuenta con la bomba atómica. Estas desventajas son tan evidentes, que aun los que no creen en la inminencia de una guerra desatada por los Estados Unidos pueden comprender que Stalin esté persuadido de ello, y se inclinan, en todo caso, a equilibrar mediante una firma o un voto esta desigualdad de fuerzas, considerada peligrosa para la paz. Se ama al comunismo porque es fuerte y también porque es débil. Ese fárrago de imágenes y esta confusión de sentimientos, tan patentes en las élites de los países colonizados, no son ajenos a la opinión pública de la Europa occidental. En la política democrática, el temor y la compasión hacen mejor pareja de lo que podría suponerse.

Así, las condiciones en que se efectúa el viraje de 1947 impiden que este sea un simple retorno al comunismo de los comienzos de la época estalinista. Antes bien, se trata de una reafirmación del espíritu del «bolchevismo en un solo país», que cobra la amplitud del bolchevismo en varios países. Ello define el carácter internacional y a la vez ultracentralizado del movimiento, el cual se edifica más que nunca en torno del bastión soviético, así como la estrecha dependencia de este último de los nuevos países de la «democracia popular». A lo anterior hay que agregar la intensificación de la lucha de clases en el interior y el exterior, el llamado a la vigilancia revolucionaria frente a las «conjuras» del imperialismo, y la prioridad a la lucha contra

la guerra antisoviética. Todas estas consignas, que en 1930 tenían el aire mustio de una fortaleza sitiada, producen en 1947 un optimismo conquistador, como si hubieran perdido su carácter extremista para emprender el camino recto de la democracia. Esa señal permite reconocer que el bolchevismo ha alcanzado, parafraseando a Lenin, su etapa superior. Lo que no significa la última, pues vendrán otras: el adjetivo quiere decir que el sistema soviético ha alcanzado lo que podría llamarse su «madurez total»: ejerce sobre los ciudadanos de la URSS un control de una perfección sin precedentes en la historia humana; ha logrado extenderse a varios países de Europa, y mañana alcanzará a China; está encarnado en un jefe único que es adulado como soldado, como filósofo y como hombre de Estado, y goza en todo el mundo de un prestigio ideológico solo comparable al de una religión. De este universo siniestro y, sin embargo, objeto de admiración y de envidia, constituye la apoteosis el informe de Zhdánov de 1947, que reúne en un popurrí final todas las grandes arias del repertorio.

Pero justamente lo que se pretende inaugurar con este suceso entra en crisis a partir del año siguiente, con la secesión yugoslava.

La importancia de la ruptura yugoslava con la URSS en 1948 se debe menos al hecho de modificar la relación de fuerzas mundial que a lo que expresa simbólicamente. Considerada en sí misma, esta ruptura no tiene consecuencias militares: Yugoslavia, un mosaico de pequeñas naciones, no forma más que un pequeño Estado. Pero al apartarse del orden estalinista, Tito inaugura un nuevo género en la historia del comunismo: el cisma del comunismo nacional. Dios sabe que hasta ese momento los heréticos no han faltado en el movimiento, e incluso se han multiplicado generación tras generación. Esto, empero, está de acuerdo con el papel que la ideología desempeña en el movimiento. Con Tito, sin embargo, la herejía no solo se ha propa-

gado en todo un partido, sino en todo un Estado. Un partido habría podido ser reducido por la exterminación de sus cuadros, como lo fue el partido polaco en 1938; pero para reducir a un Estado, se necesitaría una guerra. Ese es el precio que tiene que pagar la URSS por su ambición de llegar a ser un imperio.

Stalin calculó mal la capacidad del partido yugoslavo para resistir a su presión. El conflicto gira en torno de sus tentativas de establecer células no solo en el partido, sino en el ejército, la administración o los servicios de seguridad: se trata de una antigua técnica que Stalin ha aplicado casi por doquier en los países satelizados y que coronó con la instalación, *in situ*, de consejeros soviéticos. Tito protestó ante estas medidas y se negó a ceder a ellas, lo que lo llevó al borde de una ruptura pública, que recibió su forma ideológica en la prolija «resolución» del Kominform de junio de 1948.

El hombre condenado por «desviación nacionalista» —antes de ser tildado, no mucho después, de agente imperialista o de criminal fascista— resulta ser el jefe comunista más célebre de Europa después de Stalin. En efecto, Tito dirigió la guerrilla antialemana, a la cabeza de un verdadero ejército. Viejo kominterniano convertido en una de las grandes personalidades de la segunda Guerra Mundial, figura como el lugarteniente más aguerrido de Stalin, a la vanguardia de la presencia soviética en Europa. La Unión Soviética respaldó y defendió con obstinación las reivindicaciones de Tito sobre Carintia y sobre Trieste. Tal vez esta misma acumulación de derechos a la celebridad haya hecho un poco de sombra a Stalin. Tal vez, en sentido inverso, ella alentara a su beneficiario a ser más audaz. El hecho es que la encíclica del Kominform arroja sobre Tito un resplandor adicional en la escena internacional. Ya famoso como dirigente comunista, el jefe militar y después civil de la nueva Yugoslavia añade a su gloria pasada el triunfo de un comunismo indepen-

diente, que obtiene una parte de su fuerza precisamente de aquello con lo que ha roto.

En ese momento se inicia una fase nueva en la historia del comunismo. El Imperio soviético, apenas constituido, experimenta su primera escisión. Esta es de una magnitud espacial muy reducida; pero resulta fundamental en el orden político, pues va acompañada de un inevitable enfrentamiento ideológico. Tito, excomulgado, debe también refutar los términos de esta excomunión y volver la acusación de herejía contra sus acusadores. El líder yugoslavo proyecta con dimensiones estatales el esquema de ruptura con el comunismo del que tantos militantes habían dado muestra desde hacía más de un cuarto de siglo a nivel individual: abandonando las protestas de fidelidad para oponer una hostilidad cada vez más categórica a la iglesia madre, pero supeditándose a la *lingua communis*. La violencia casi histérica de sus acusadores obliga a Tito a proceder así, al mismo tiempo que sobre él gravita la presión indefinida de sus nuevos admiradores, por no hablar de la necesidad de encontrar aliados. Así es como se forma un nuevo polo territorial del comunismo, más por la fuerza de las cosas que por la iniciativa de los hombres. Este polo se encuentra bastante próximo del antiguo, en virtud de los discursos y las ideas, como para poder remplazarlo, y se encuentra bastante alejado como para atraer a todos los desengañados de la revolución comunista.

Tito tendrá varios imitadores: tan verdadero es así, que el discurso antisoviético en lenguaje soviético constituirá después de él todo un *género* en el repertorio de la pasión revolucionaria. Mao Zedong será el más célebre de estos imitadores, pero no el único, y hasta la minúscula Albania de Enver Hodja se levantará contra Moscú en los años ulteriores, como un polo del marxismo-leninismo europeo. De modo que la idea comunista deja de tener, a partir de 1948, una patria única para territoria-

lizarse fuera de la Unión Soviética. Ahí donde la historia la fija, y para empezar en Yugoslavia, es sentenciada de antemano al mismo destino de las promesas mesiánicas encarnadas en un territorio o en un régimen. Más aún, su duración será más efímera que la de la mitología soviética de la que procede, dado que no posee ni sus títulos de antigüedad ni el resplandor de su potencia ni sus medios de propaganda.

En cambio, esa idea cuenta, durante un momento muy breve, con la ventaja de la lozanía. La Yugoslavia de Tito no arrastra tras de sí el dramático cortejo de recuerdos que rodea la historia de la Unión Soviética desde 1941. Brotó de la guerra antifascista, nacida de la resistencia heroica de un ejército de guerrilleros contra la *Wehrmacht*, y es hija de la unión de la idea nacional con la idea revolucionaria; en una palabra, es el símbolo perfecto de un comunismo regenerado por el antinazismo, lo que le permite beneficiarse de la tradición sin tener que llevarla a cuestas. El cisma yugoslavo ofrece así un punto de apoyo a la pasión revolucionaria de quienes fueron abandonados por el estalinismo. Los nostálgicos de Lenin, muchos de los expartidarios de Trotski, los decepcionados de la Unión Soviética, todos ellos encuentran ahí el territorio que les faltaba: a tal punto la época es favorable a la encarnación de la idea revolucionaria. El territorio yugoslavo recupera ese exotismo del que no puede prescindir la imaginación: después de la Rusia de Octubre, he aquí a los desventurados Balcanes rebautizados como vanguardia de la sociedad europea.

Sin embargo, el cisma encuentra sus límites en lo mismo que pretende remplazar, en mayor medida aún que en la fragilidad de su ser, pues la iglesia madre, al verse amenazada, se defiende con dientes y garras. Hoy, nos es difícil imaginar la violencia extrema con la que los partidos del Kominform combatieron eso que, por ello mismo, contribuyeron a construir: el «titismo». El Kominform y los partidos comunistas repiten contra

Tito las disparatadas acusaciones con que el Komintern había abrumado a Trotski antes de que Stalin hiciera asesinar a su viejo rival en México, en 1940. Como Tito, también Trotski había desafiado menos al régimen soviético que a su jefe, vulnerando con ello, más que al régimen soviético propiamente dicho, su legitimidad misma en la historia y en el mundo, en la persona de su único intérprete autorizado. Por ello Trotski fue denunciado como contrarrevolucionario, cómplice de los nazis y eterno conjurado contra la URSS. Tito no tiene ninguno de los talentos intelectuales de Trotski, aunque sí se beneficia, como él, de una gran reputación militar. Solo que Tito encabeza a un Estado, lo que da a su desafío una resonancia de otro alcance. El gran exiliado del bolchevismo no había sabido agrupar sino a pequeñas facciones dispersas por el mundo; el mariscal croata, en cambio, hace participar en la querella unos medios y unas tribunas de alcance mucho mayor.

Es una señal de los tiempos el que Tito no logre afectar la unidad del mundo comunista y de su imperio, así como tampoco amenazar seriamente la legitimidad ideológica de Stalin. De nada le sirve jurar fidelidad al marxismo-leninismo-estalinismo, acelerar el ritmo de la colectivización agraria en el interior y abstenerse de todo acercamiento con el Oeste.[585] La URSS y las naciones satélites lo tratan como apestado, hasta tal punto que su figura pronto servirá como referencia a los procesos incoados a los «traidores» que se han infiltrado en los partidos comunistas del este de Europa, así como la figura de Trotski había servido para designar al villano de los procesos de Moscú antes de la guerra. Menos de un año después de la condenación del Kominform, el proceso de Rajk en Budapest no constituye, como lo ha escrito François Fejtö, «más que un *ersatz* del proceso de Belgrado, que no había podido celebrarse. Más que acusado, Rajk era un testigo, el principal testigo de cargo contra Tito».[586] Ya tenemos al cismático de Belgrado converti-

do en criminal, certificado como tal por sus «cómplices» en los países vecinos.

El hecho es que si Tito no puede vencer a Stalin en materia de marxismo-leninismo —lo que lo llevaría a combatir en el terreno del adversario en una época en que este adversario parece todopoderoso—, le hace, en cambio, una pregunta que ni la represión ni el terror podrían cancelar: la de la rebelión de los Estados-naciones en el interior del Imperio soviético. Al final de la guerra, la URSS se presentó como la amiga de las naciones pequeñas, a las que liberaba de la opresión. Esta imagen nunca fue tan atractiva como en Belgrado, en el corazón de esta Serbia tradicionalmente vuelta hacia el gran hermano ruso, y en esta capital, cuya libertad habían recuperado los ejércitos reunidos de Tito y del general soviético Zhdánov. Ahora bien, es ahí mismo donde menos de cuatro años después brota la primera querella entre los asociados de ayer; es ahí donde el nuevo jefe de Yugoslavia, viejo militante estalinista y fundador de un régimen particularmente represivo, se arriesga a la ruptura con Moscú en nombre de la independencia nacional. Poco importa que, en su caso, la razón de Estado que Tito defiende contra los rusos sea la de un Estado federal que agrupa varias naciones pequeñas, pues la idea que se barrunta en su empresa inédita no es la de poner fin al comunismo para favorecer una mayor fisiocracia plurinacional, sino la de afirmar la autonomía del Estado yugoslavo tal como él es en relación con la Unión Soviética.

La pregunta planteada por Tito desde 1948 solo en un sentido puede considerarse como una reivindicación de la independencia nacional. Entraña, ante todo, una exigencia de autonomía política respecto de Moscú por parte de los nuevos Estados comunistas de la Europa del este, formados en los años que siguieron inmediatamente a la posguerra. Casi es natural que esta petición de autonomía vaya acompañada de un guiño dirigi-

do al sentimiento nacional: esto podrá apreciarse mejor aún algunos años después en Polonia o en Hungría, que son naciones unitarias, a diferencia de Yugoslavia, estructurada como una federación. Pero la querella de Tito con Moscú muestra que el fondo del desacuerdo tiene menos que ver con la libertad de las naciones que con la razón de Estado en el interior de cada nación, es decir, con el poder de los partidos comunistas locales por lo que respecta al gran partido hermano de la URSS. En ese sentido, el cisma yugoslavo confirma *a contrario* la naturaleza internacional del sistema comunista, rígidamente centralizado a partir de Moscú, si bien no entraña modificaciones en la naturaleza de la dictadura comunista en Yugoslavia: a su manera, Tito practica el «socialismo en un solo país», encerrado más que nunca en el marxismo-leninismo. Las dimensiones de 1946-1948 del Imperio soviético resultaron ser efímeras; no obstante, los hijos infieles que se desmembraron de ese imperio siguieron hablando su lenguaje. La coacción de la ideología es de tal magnitud que los elementos centrífugos se atribuyen carácter focal.

No otro fue el origen de los procesos, destinados a suprimir toda ambigüedad. Una vez más, su objetivo no consiste tanto en poner al descubierto las conjuras del imperialismo yanqui como en desenmascarar a aquellos comunistas que han pactado con él. Difundida por naciones allende el territorio ruso, rodeada de repúblicas vasallas y convertida en imperio, la Revolución de Octubre aún obedece a la ley que ha gobernado su desarrollo: devora a sus propios hijos. Es verdad que rebasa considerablemente este marco, y que al exportar su espíritu y sus procedimientos expeditivos a las naciones vecinas su primer paso consistió en golpear a los «enemigos de clase». Esas naciones no eran aún, supuestamente, sino unas democracias liberadas del fascismo cuando empezaron a expropiar, intimidar o aprisionar a los partidarios del antiguo régimen social o

político, que quedaron excluidos de los «frentes nacionales». El proceso y la ejecución del cabecilla campesino búlgaro Nikolái Petkov (septiembre de 1947) fueron el punto culminante de las persecuciones. Pero una vez bajo el control directo y visible de los partidos comunistas locales, impuestos en 1947-1948, esas «democracias populares» no presentan más que peligros potenciales ante el genio desconfiado de Stalin, pues el ejemplo yugoslavo las incita a la independencia. Al igual que el asesinato de Kírov, acaecido a finales de 1934, el caso de Yugoslavia desencadena el terrorismo organizado de la «vigilancia revolucionaria».

A decir verdad, Stalin no necesita ese pretexto para seguir gobernando la Unión Soviética con mano de hierro: según los datos disponibles más recientes,[587] la población del Gulag, después de haberse reducido entre 1941 y 1946, vuelve a aumentar después de la guerra para alcanzar en 1952-1953 cifras superiores a las de 1939-1940. Pero si la represión continúa en todo su apogeo, ya no tiene, en cambio, ese aspecto teatral que antes de la guerra le dieron los procesos de Moscú: ahora solo existe en virtud de su aspecto horriblemente cotidiano, cuidadosamente oculta a los ojos de los extranjeros y rodeada de un silencio de cementerio. Por el contrario, el escenario del terror se ha desplazado más al oeste, como si los injertos aún frágiles del sovietismo en el corazón de Europa no pudiesen prescindir de su aleccionamiento: no otro es el objeto del proceso de Rajk, que reproduce con toda exactitud, hasta en sus respuestas, los juicios de Moscú que lo precedieron. La diferencia con la preguerra consiste únicamente en la renovación de los papeles: la Gestapo se ve remplazada por la CÍA; Tito ocupa el lugar de Trotski, y los viejos bolcheviques son desplazados por Rajk y sus «cómplices».

El proceso de la denuncia del jefe yugoslavo señala con bastante claridad la sovietización de las naciones satélites. Al pur-

gar a los partidos comunistas, después de quebrantar la oposición «burguesa», Stalin procede a lo que ya desde la época del Komintern se designó la «bolchevización» de esos partidos, es decir, su absoluto sometimiento a su voluntad. En adelante no habrá ningún jefe de partido que no se sienta amenazado, ninguno que pueda permitirse halagar, así fuese en una medida insignificante, el sentimiento nacional de su pueblo. Nacida de la resistencia a las presionas soviéticas, la ruptura de Tito se consuma con una vuelta de tuerca más rápida a la sovietización del «campo socialista». Stalin no encara el problema que se le ha planteado: le basta ahogarlo en la ortodoxia «bolchevique».

Pero al proceder así, Stalin se condena a agravar el conflicto. La Unión Soviética, tantas veces celebrada por haber resuelto el problema nacional en el interior de sus fronteras, se topa con él en el exterior. No tuvo que esforzarse mucho para colocar todo el antiguo Imperio de los zares bajo la férula del totalitarismo comunista; pero en la Europa centro-oriental tropieza con otras sociedades, que se sienten orgullosas de pertenecer a Europa y que no cargan con la herencia de la sumisión a los funcionarios de Moscú: ¡en Budapest o en Varsovia, Rusia no representa precisamente la civilización! A esas naciones tan a menudo infelices, ora liberadas y luego nuevamente sometidas, que por ello mismo sienten tanto mayor nostalgia de su pasado, Stalin no tiene nada que ofrecerles, para retenerlas bajo su yugo, más que la idea comunista. Esta idea, revestida con lo que la guerra le había devuelto de juventud y con lo que el porvenir le deparaba de incertidumbre, aún podía parecer seductora a la hora del retorno de la libertad: una vez más, obtenía lo esencial de su poder efímero del hecho de presentarse como la negación del fascismo. Al cabo de algunos años, empero, la misma idea se inscribe finalmente en la lógica lúgubre de la sovietización: sofocamiento policiaco de la sociedad civil y subordinación del país a Moscú.

Así es como se lleva a cabo el primer encuentro, fuera de Rusia, del comunismo y del poder; podríamos decir, el primer test de tamaño natural desde Octubre de 1917, la primera puesta a prueba de la universalidad del sovietismo. Ahora bien, este solo es capaz de reproducir su carácter opresivo incluso en sus manifestaciones espectaculares, como si no poseyera otra universalidad que la de la fuerza, oculta en la ideología. Las naciones de la Europa del este siempre han sabido que Rusia fue la última en incorporarse a la historia de la «civilización»; y ahora ven que el comunismo soviético, lejos de haber avanzado por este camino, como lo proclama, no tiene nada que ofrecer, a no ser una sumisión uniforme y aderezada con mentiras obligatorias. No ha sabido producir más que un imperio policíaco, a falta de una sociedad plurinacional. En el Oeste aún es posible vivir con el culto o la esperanza de un comunismo democrático, o también con la incertidumbre de lo que se hace en su nombre. Pero al Este de Praga, la idea muere en cuanto se ofrece a la experiencia de los pueblos.

Al no poder asociarse jamás a la libertad, esa idea no ha tenido otra posibilidad duradera que la de hacer buena pareja con el sentimiento nacional. Pero a partir de 1948-1950, se agotó el crédito que le fuera concedido por el odio común a Alemania. Por más que la propaganda soviética denuncie en todos los tonos a los «revanchistas» que supuestamente pueblan la Alemania del oeste, ha pasado ya el tiempo en que el antigermanismo lograra hacer aceptar o desear al ejército soviético en el territorio de las patrias liberadas. Por una parte, la evocación de una Alemania neonazi incitada a la guerra antisoviética por el Pentágono no ofrece una credibilidad extraordinaria. Sobre todo, ya no es posible dudar que el Ejército Rojo hace acto de presencia menos para proteger a las naciones pequeñas del este de Europa que para convertirlas en un cinturón de Estados comunistas rígidamente sometidos a la URSS. No basta que esos Es-

tados sean «amigos de la Unión Soviética», y ni siquiera basta que le obedezcan: además es necesario que tengan el mismo régimen, las mismas instituciones y las mismas palabras para disimular la misma naturaleza. El «comunismo en un solo país» no es capaz de exportar al extranjero más que a sí mismo. Una vez que ha plantado sus banderas en el mosaico de las naciones europeas que la separan del Oeste, la URSS no sabe qué hacer con la diversidad de las tradiciones nacionales. Obliga a esos países a organizarse uniformemente, uno por uno,[588] siguiendo su ejemplo y añadiendo a la opresión nacional la obligación de adorar al opresor como a un paradigma. Una situación semejante reproduce el fenómeno colonial, pero invirtiéndolo, dado que queda circunscrita a Europa: el poder «oriental» de Moscú llega a someter hasta a las viejas tierras del venerable Imperio austrohúngaro. Esta inversión nos permite calcular todo lo que ha destrozado el nuevo reparto de Europa.

De este modo, el movimiento comunista recupera, en forma renovada y después de tantas peripecias, a su más viejo adversario en el espíritu de los pueblos: el sentimiento nacional. El enfrentamiento entre la pasión revolucionaria y la fidelidad nacional inauguró el siglo, y después de la primera Guerra Mundial constituyó durante mucho tiempo el platillo principal de los combates políticos en Europa. Pero el estalinismo y el nazismo corrompieron su sustancia: el primero sometió el internacionalismo obrero a la defensa incondicional del régimen soviético; el segundo deshonró la pasión nacional al mezclarla con la supremacía racial. La segunda Guerra Mundial pareció florecer, en sus comienzos, sobre estos restos, antes de encontrar en la síntesis antifascista su razón de ser. Sin embargo, una vez victoriosa, esa alianza circunstancial de ideas contradictorias ha dejado ver su mentira: la unión del estalinismo y de la independencia de las naciones no logró sobrevivir al advenimiento de la Unión Soviética a la categoría de superpotencia

mundial. Esta URSS trata a los países atrapados en su órbita militar como el Komintern trataba a los partidos sometidos a su mando. Y aún cabe añadir que estos últimos solo se prestaban a ello por una servidumbre voluntaria; en cambio, la Polonia o la Rumania de la posguerra no pueden elegir su destino nacional.

Este es el telón de fondo ante el cual se perfilan todos los «asuntos»[589] políticos o judiciales que enfrentan, secreta o públicamente, a los gobiernos de las democracias populares y a su «protector» soviético. La melancolía que las democracias dejan traslucir se debe a que las fuerzas de los adversarios son muy desiguales, pues uno de ellos está casi vencido de antemano: Tito es la excepción que confirma la regla.[590] En los demás Estados, la regla de oro de la solidaridad incondicional con la URSS se aplica, como antes, a los militantes que se han convertido en jefes de gobierno y que en su mayoría pasaron los años de guerra en Moscú. Pero no basta con decir que esa regla «se aplica»: es tan fundamental y se encuentra tan interiorizada que sirve de norma universalmente aceptada de todas las depuraciones, de principal acusación en todos los procesos. Es en esta época cuando puede verse hasta qué punto los hombres del aparato formados por el Komintern resultan indispensables 10 o 20 años después para la política del Kominform. Las circunstancias exactas que presidieron esas crisis internas permanecen en gran parte desconocidas. Al menos es seguro que todas se deben, de una manera o de otra, a la razón de Estado soviética, es decir, a la política exterior de la URSS. Incluso el antisemitismo se moviliza a su servicio, en el momento del proceso de Slánský —que tuvo lugar durante los últimos años de Stalin—,[591] en forma de acusaciones contra un complot sionista internacional. Al parecer, el dictador no vacila para reinterpretar, en tono menor y antes de morir, el aria de la más grande tragedia del siglo.

Sin embargo, ni las violencias ni la posesión de las presas, ni las purgas ni los procesos pueden eliminar el caso Tito. Al desplegarse sobre las naciones, el movimiento comunista ha venido a chocar contra las ilusiones que alimenta sobre su universalidad, colocando unos espejos ante su mentira. No basta que la ideología esté al servicio de la dominación de un nuevo imperialismo ruso y que la oculte; sobre las ruinas de los antiguos regímenes, esta dominación solo trae consigo una servidumbre más completa. El internacionalismo es la máscara de la fuerza; la democracia «popular», la del totalitarismo. La fragilidad del sistema se verifica en esos dos desenmascaramientos distintos y sin embargo complementarios, pues el primero conduce al segundo.

Una vez levantado contra Stalin, Tito pronto tiene que imaginar un comunismo a su manera, pues no otra es la lógica de la revuelta nacional cuando esta es obra de viejos Kominternianos: forzosamente ha de tomar urna forma ideológica y volverse «revisionista». De este modo, la revuelta procura darle un peso particular a lo que hasta entonces, en la historia del comunismo, no habían sido más que rupturas individuales. Suvarin o Ruth Fisher no fueron más que militantes de sus partidos respectivos, condenados y excluidos por el Komintern. En cierto sentido, Tito es víctima del mismo destino, pues al fin y al cabo, tanto antes como después de la guerra, los militantes extranjeros han roto con Moscú, menos —por cierto— a propósito de la libertad que por su margen de independencia en lo tocante a la estrategia o la táctica que iba a aplicarse en su propio país. Pero en las personas de estos militantes el movimiento comunista no había encontrado sino oponentes débiles, comprometidos, divididos, fáciles de vencer o al menos de aislar. Tito no manifiesta otra cosa, pero a través de la idea nacional pone al descubierto la mentira del universal revolucionario. Esto cons-

tituye un mal irreparable, y la reconciliación posterior no logrará reducir su alcance; por el contrario, lo amplificará.

En el momento en que Tito desgarra el velo de la universalidad comunista, el enfrentamiento de los dos exaliados introduce un cambio en la herencia ideológica de la guerra. Una vez vencidos Hitler y Mussolini, que ya han desaparecido de la escena, he aquí que la paz muestra una Europa dividida en dos bandos. Zhdánov lo ha dicho, después de Churchill y Truman.

La desaparición del fascismo tuvo por efecto casi mecánico simplificar el escenario político. Pronto no subsistirá en él más que la pareja antagónica del capitalismo y el socialismo, de la democracia liberal y la democracia «popular» en sus encarnaciones vivas: los Estados Unidos de América y la Unión Soviética. Y es que las ideologías políticas modernas, cual religiones de la inmanencia, tienen sus territorios predilectos. Estos se definirán en adelante, estrictamente, a partir de la distribución del poder, que se impone sobre la adjudicación de las ideas.

Es verdad que el antifascismo sobrevivió a la muerte de Hitler y al fin de la Alemania nazi. La URSS y después de ella el Kominform lo colocaron en el centro de su propaganda, como una continuación de la guerra por otros medios. Pero la evocación constante de ese peligro después que ha desaparecido no constituye nada comparable al verdadero salvoconducto democrático que fueron los sacrificios y las victorias del Ejército Rojo. El mismo término de antifascismo se devaluó al dársele tanta amplitud. Su fuerza consistía en ser portador de unos recuerdos muy recientes; aún se hallaba bastante vinculado a su referencia de origen para alejarse demasiado de ella sin perder, por ello mismo, su poder de convencimiento. La satanización del enemigo resultaba, pues, menos fácil. Los nazis y sus colaboradores ya habían sido fusilados o arrojados a prisión. La idea comunista, más o menos privada de una parte de sus argumentos tradicionales, en adelante habría de alegar, ante todo,

su propio expediente: no solo el régimen soviético en sí, que salió de la guerra magnificado por su victoria, sino también la historia de las naciones europeas del Este después de esta victoria. La Unión Soviética se ha extendido hacia el oeste, y se ha rodeado de un cinturón de países «protegidos» que pone a las sociedades comunistas en contacto con las sociedades occidentales de Europa. La URSS es ahora más poderosa, más visible y más próxima. Pero, por ello mismo, es más vulnerable.

No entiendo la vulnerabilidad en el sentido en que define una relación de fuerzas que le sería desfavorable a la URSS; es decir, ligada, por ejemplo, al hecho de que antes de 1951 la Unión Soviética no poseía la bomba atómica. Ello se debe a que deliberadamente dejo de lado la historia de los comienzos de la Guerra Fría, pues prefiero exponer la de sus repercusiones sobre la idea comunista, blandida más que nunca por la URSS como bandera. La potencia sin más y la exhibición de esta potencia son uno de los ases de la idea comunista en un siglo prosternado ante la historia: nada lo muestra mejor que la época que reseñamos. Que, en cambio, la idea reciba, más o menos pronto, pero sin falta, los contragolpes de esta asociación, ello también es el precio inevitable que ha de pagar por su carácter exclusivamente instrumental. Un concepto universalizado por la fuerza de las armas, ¿cómo podría conservar su universalidad de idea? El cisma de Tito ha corroborado en el interior del «campo socialista» la pertinencia de esta pregunta. Pero ¿y en el exterior, es decir, en Occidente?

Ahí, la idea no ha sufrido la experiencia del sovietismo. Exceptuemos de esta afirmación a la Alemania del Oeste, que en 1949 se ha convertido en una República Federal y en tierra de asilo de millones de alemanes que huyeron ante el avance soviético, y que después fueron expulsados de sus tierras por los polacos, los checos y los húngaros. Esta Alemania no tiene nada que aprender sobre la ferocidad del Ejército Rojo ni sobre la

germanofobia a ultranza que da el tono a los nuevos Estados de la «democracia popular». Nación deshecha, nación desarraigada, nación culpable, en adelante solo podrá manifestar su hostilidad al comunismo eslavo mediante votaciones periódicas y en el silencio del aislamiento. Pero el espectáculo ofrecido por la dictadura policiaca que se ha instaurado en la exzona soviética basta para confortar, día tras día, sus sentimientos.

En el resto de la Europa occidental, por el contrario, el Ejército Rojo solo es célebre por el estruendo de sus victorias lejanas. El mundo comunista ha logrado aproximarse en el espacio geográfico; pero sigue siendo objeto de un conocimiento indirecto, influido por los sentimientos favorables que su victoria sobre Hitler creó en la opinión. En realidad, Churchill y De Gaulle no tardaron en ofrecer resistencia al comunismo, cada uno a su manera y en función de su situación. Desde el otoño de 1944, Churchill había comprendido, a partir del asunto polaco, su incapacidad de pesar sobre la resolución y el afán de Stalin de encadenar el este de Europa.[592] Asimismo, Churchill sabía, antes de que terminara la segunda Guerra Mundial, que ya había comenzado la tercera. De Gaulle, en la misma época y dentro del radio francés, debió someter al PCF para reinstaurar un régimen democrático. Los comunistas se vengarán en enero de 1946 apartándolo del poder, pero para ese entonces también la hora de ellos habrá pasado. En los años siguientes, los dos más grandes antifascistas de Europa se encontrarán en la vanguardia de la lucha contra la amenaza soviética de posguerra.

Aquello para lo cual Churchill y De Gaulle dan la señal constituirá el meollo de la política de la Europa del oeste durante cerca de medio siglo. No se trata, pues, de un viraje ocasional, sino de una reacción profunda, casi orgánica, de las sociedades occidentales, con el fin de conservar su independencia y su modo de vida en un mundo político internacional de solo dos dimensiones. Esta reacción no carece de amargura, pues va

acompañada, asimismo, de la comprobación de su dependencia de los Estados Unidos de América; pero también es facilitada por ello, dado que no exige más que una contribución financiera o militar limitada. Inglaterra ha salido agotada de una guerra de la que fue el combatiente más antiguo; la Francia y la Italia de posguerra no tienen ejércitos capaces de medirse con los de la URSS. La presencia de las tropas estadunidenses en Alemania sigue siendo la garantía del equilibrio de las fuerzas situadas en uno y otro lado de las fronteras de Potsdam.

El hecho es que si la Europa occidental se encuentra en el «bando estadunidense» por su situación objetiva, pertenece a él, ante todo, por propia elección. Aun en los países como Francia e Italia, donde existen partidos comunistas poderosos, las elecciones nunca han dejado la menor duda al respecto. Ahí, los partidos conservadores reciben la ayuda de los socialistas, o a la inversa, para constituir mayorías enormes en materia de «atlantismo». Attlee ha relevado a Churchill en Potsdam,[593] como heredero fiel de la hostilidad del segundo a la URSS. También es en esta época cuando Léon Blum inventa, a propósito del Partido Comunista Francés, la fórmula de «partido nacionalista extranjero».[594] Las viejas democracias de Occidente siguen vivas, aun cuando comparten la tristeza de la época, que proviene de la sensación de su decadencia. La presencia estadunidense en Europa, secuela de la liberación de Italia y de Francia por los ejércitos de los Estados Unidos, tiene además el efecto de dar un carácter inédito a la batalla ideológica de esa época: en efecto, mientras que antes de la guerra la denuncia del mundo capitalista por parte de los comunistas tenía por blanco las democracias parlamentarias de París o de Londres, o bien los Estados fascistas, en adelante se enderezará contra los Estados Unidos de América, lo que significa que también la Europa burguesa ha perdido su rango entre sus adversarios.

Para quien quiera conocer el carácter particular que adopta el debate de esta época, Francia ofrece el mejor campo de observación. Fue en Occidente donde, 10 o 15 años antes, apareció por vez primera el comunismo en su versión victoriosa, como instigador y como elemento activo del Frente Popular. También allí hizo olvidar los terribles 20 meses del pacto germano-soviético en virtud de su compromiso con la resistencia interior; y lo hizo en tal forma que incluso pudo presentarse durante algunas semanas, en el momento de la liberación, como rival de De Gaulle, antes de volverse su aliado, por la fuerza, durante algunos meses. En suma, el Partido Comunista Francés, partido estalinizado si los hay, no solo posee un vigoroso fundamento de clase: tiene una historia al parecer venturosa con la libertad y combatió por la nación. Los años de 1936 y 1945-1946 constituyen sus referencias, al mismo tiempo que son sus grandes periodos electorales.

Ahora bien, aquí lo tenemos desde 1947 en una situación nueva. Expulsado del gobierno[595] por los socialistas, requerido por el Kominform pocos meses después de haber consolidado su oposición, el PCF se ve arrastrado por la lógica de la Guerra Fría: no tiene más remedio que apelar, una vez más, a su vocación revolucionaria en el momento mismo en que la situación condena de antemano toda «revolución», en el sentido soviético del término. En efecto, a la sazón Stalin digiere —no sin dificultades— sus adquisiciones, y la Europa occidental se encuentra atada a los Estados Unidos. Por lo demás, en Francia misma, la situación es inversa a la de 1936; los radicales y los socialistas, menos numerosos ciertamente que en aquella época, sostienen el centro y hasta el centro-derecha en nombre de una política exterior de defensa de la libertad. Al unísono toda la izquierda agrupada en el Frente Popular, el PCF había conjurado la amenaza del fascismo y, a la vez, había abierto el camino a una coalición de progreso social. A partir de 1947, aislado en el

seno del escenario político, el PCF ya solo combate a los gobiernos democráticos, integrados esencialmente por antiguos resistentes, a los que se acusa de preparar, de consuno con un De Gaulle ahora «neofascista», la guerra estadunidense. El partido no propone ninguna idea suplente y se contenta con bloquear, por su sola presencia protestataria, el funcionamiento normal de la alternancia derecha-izquierda en el poder. Representa, así, el retorno de un comunismo anterior al «antifascismo», solo que ahora fortalecido por su victoria sobre el fascismo; no es más que una gran fuerza inútil, de la que hubiera podido creerse que se hallaba demasiado aburguesada por sus éxitos como para remprender el camino de la gesticulación revolucionaria, pero que se mantiene, por el contrario, fiel a sus orígenes y es dirigida, por cierto, por los mismos hombres formados en el «tercer periodo». Todo lo cual sirve para demostrar, una vez más, el carácter extraordinario de un movimiento cuyos diversos elementos responden aún de tan excelente manera a una estrategia internacional, a la vez que adquieren tanto peso.

Si lo que comienza es una larga batalla en retirada para los partidos comunistas de Occidente, aislados como están entre el adversario por su pertenencia al otro bando, el combate los encuentra en el pináculo de su trayectoria. En efecto, en política sus aliados apenas son lo bastante poderosos para figurar como meros comparsas suyos, pues carecen de posibilidades para modificar la línea divisoria en que se basa la Guerra Fría. No obstante, los partidos comunistas han logrado conservar, prodigándole los mayores cuidados, una reserva de opinión. Será por intermediación de los intelectuales que la idea comunista encenderá sus fuegos más vivos en el oeste de Europa, justo en el momento en que se apagaban en el este: aquí sacará partido de su fracaso, y allá será víctima de su victoria. La historia no

podía ofrecer una demostración más palpable de su carácter polimorfo.

El fenómeno es general en toda la Europa occidental. Es particularmente claro en Francia y en Italia, donde dos poderosos partidos obreros pueden provocar en el filocomunismo intelectual la sensación concreta de estar del lado del pueblo. Dichos partidos usan y abusan de esta sensación sin vergüenza y sin límites, porque satisface simultáneamente la vanidad y la peculiar inquietud de los profesionales de las cosas del espíritu. La vanidad se gratifica con el reconocimiento de una multitud imaginaria, debidamente membretada como tribunal de la historia por los representantes de la «clase obrera», y la inquietud encuentra un respiro en el deseo de servir. El profesor comunista de Oxford o de Cambridge ha abrazado el mismo movimiento histórico de su homólogo francés o italiano; pero, falto de un gran partido «revolucionario», no experimenta la misma holgura psicológica. Por lo demás, tal vez la necesite menos, pues es hijo de una guerra más gloriosa, que no incluyó ni a Mussolini ni la pareja junio de 1940-Vichy. A los intelectuales italianos y franceses los partidos comunistas les proporcionan, además de todo un pueblo de izquierda, la imagen de un desquite contra las tragedias del ayer.

O algo mejor aún: por medio de la guerra y de la resistencia, la idea comunista, en forma de antifascismo, se ha infiltrado en la tradición democrática nacional para llevarla a su apogeo. Si imaginamos, en efecto, que la historia nacional es un botín a repartirse entre los partidarios de esta tradición y sus adversarios, entonces los títulos de nobleza del antifascismo se remontan a la Revolución francesa y al *Risorgimento*. También hay que abstenerse de considerar los dos acontecimientos como si ellos mismos hubiesen estado atravesados por el conflicto, de modo que ya desde entonces hubiesen puesto de manifiesto el carácter pusilánime de una burguesía liberal dispuesta, tan pronto, a

renegar del sentido de su combate. En la Francia de finales del siglo XVIII, esta burguesía tuvo que aceptar la alianza de las clases populares, mas solo para romperla casi de inmediato, guillotinando a Robespierre y allanando el camino a la corrupción termidoriana y, después, al despotismo napoleónico. En la Italia de mediados del siglo XIX, la burguesía prefirió a la lucha revolucionaria por la emancipación del pueblo y de la nación un compromiso con la aristocracia terrateniente del sur y con la monarquía piamontesa. Como clase desprovista de energía, siempre dispuesta a traicionar la libertad por el orden, la burguesía vuelve a dimitir en el siglo XX, esta vez en provecho del fascismo: sostiene a Mussolini en Italia y a Pétain en Francia. En adelante, solo la «clase obrera» podrá tomar en sus manos el porvenir de la nación. Este encadenamiento de abstracciones, que solo ha sustituido a los protagonistas de la historia, confiere nobleza y necesidad por igual al antifascismo «proletario»; conjura la faceta popular y revolucionaria del fascismo, reduciendo este a lo que ha sido objeto de sus detracciones: el universo burgués. Al mismo tiempo, esos ergotismos recuperan en favor exclusivo de la izquierda «antifascista» la crítica de la mentira liberal que compartiera con su adversario 15 o 20 años antes. La historia ha zanjado la cuestión entre los pretendientes a la reconstrucción de un orden social posindividualista. Al mismo tiempo, nadie ha sido más partidario de Mussolini o de Pétain que los burgueses. Además, nadie puede ser buen demócrata y verdadero antifascista si es hostil a los comunistas. Cuando se mostró frágil, la Unión Soviética fue amada como una causa amenazada; ahora que es poderosa, es adulada como un destino inevitable.

A lo largo de todo este libro nos hemos encontrado con la creencia en que se fundan esas racionalizaciones amnésicas y esos juicios de rebaño, a saber, la religión de la historia. Esta vivió por entonces sus mejores días, como si la guerra hubiese

constituido su escenario y su veredicto por excelencia, y como si ese fallo hubiese sido aceptado de antemano por los beligerantes. Aun cuando el marxismo la convirtió en doctrina particular, ese culto existió casi por doquier en los espíritus, en una forma o en otra. Quizá la convicción más difundida al respecto sea la que dice que en la época moderna la moral se reduce, íntegra, a la política: esta sería la depositaria única, en última instancia, del bien y del mal. Como lo vemos, esto no es sino una manera de conservar de la primera únicamente la buena conciencia necesaria para el fanatismo ideológico. La energía interior del militante comunista proviene de la sensación de realizar la historia como si esta fuese el bien soberano, así como de emplear los medios de la fuerza al servicio de un buen fin. Lejos de parecer un disfraz del cinismo, esa mezcla de géneros se considera como un imperativo categórico contra «el idealismo», y funciona entre muchos intelectuales —y también, más generalmente, entre el público— como justificación de las violencias y los crímenes del bolchevismo estalinista, que son absueltos o hasta celebrados en nombre del fin del que supuestamente son los medios. Recuerdo haber leído con pasión, hacia 1947, *El cero y el infinito*, de Koestler, sin que esta lectura me disuadiera de adherirme poco después al Partido Comunista: yo admiraba que el juez y el acusado pudiesen convenir en servir a una misma causa, el primero como verdugo y el segundo como víctima. En esta versión filosófica de los procesos de Moscú, me complacía la marcha de la razón histórica, cuyo culto bárbaro, por el contrario, había querido denunciar Koestler.

Si ese espíritu de consentimiento ciego de que lo ya consumado es «racional» se originó parcialmente en el formidable desencadenamiento de violencia que fue la guerra, también se alimentó del sentimiento de que esta guerra no puso punto final a nada, de que continúa y de que la fuerza no ha agotado su virtud. La Guerra Fría no es la guerra, pero sí conserva su es-

píritu, harto favorecido por ese maniqueísmo ideológico en que Moscú no tiene rival. Sin duda, esta es la razón por la cual el gran viraje comunista de 1947, que constituye un hito en la vida política de las democracias occidentales, no tiene la misma importancia en su historia intelectual. Los partidos comunistas ya no van por los caminos del poder, pero su devenir intelectual y mundano no ha cambiado mucho: sigue siendo muy amplio, sobre todo en Francia y en Italia, y más amplio aún en Italia, donde el Partido Comunista ocupa todo el espacio de la izquierda, con la complicidad involuntaria de un Pietro Nenni avasallado. La Guerra Fría ha restaurado a los gobiernos para los que la alianza atlántica constituye la norma, aunque al excluir del poder a los comunistas les deja al menos los privilegios de la oposición y la administración de los grandes recuerdos.

El comunismo occidental ya no es vulnerable, como en el pasado, a los grandes virajes de la Internacional: ahora encarna una revolución que se ha erigido en tradición. Al ser nuevamente un movimiento de la lucha de clases en la retaguardia del enemigo, no permite que caduque nada de su capital democrático y nacional. Nacido de la guerra de 1914-1918, el comunismo había crecido contra ella; sin embargo, la segunda Guerra Mundial le sirvió de apoyo hasta el periodo en que sobrevino la división de los vencedores: ello fue así porque el comunismo vive de su patrimonio y no de sus perspectivas del porvenir. La «revolución proletaria», que es su razón de ser, se encuentra aplazada *sine die* por la situación internacional, o bien depende, una vez más, de la guerra. Los conflictos bélicos que supuestamente deben producirse en el este de Europa indican bastante bien que la probabilidad de las revoluciones depende únicamente de la geografía. Por lo que se refiere al oeste comunista, ya no se trata sino de embellecer el recitativo para hacer de él un homenaje a su historia. Época extraña en verdad la de

esos años, en que la propaganda del nuevo «antifascismo» reinventa a Hitler con la fisonomía de Adenauer, denuncia la democracia estadunidense en nombre de la libertad y reviste al Imperio soviético con los recuerdos de las revoluciones de 1848.

En el desempeño de esta tarea, el filocomunismo de los intelectuales franceses ha recibido de la crítica la palma de oro de la que, ¡ay!, no es indigno. Debido a que este tema ya ha sido objeto de varios libros,[596] no repetiré aquí la enumeración de los sucesos. El fondo del comunismo francés está constituido por la vieja pasión antiliberal que ya dominaba el escenario parisiense durante los años treinta, en múltiples formas y en el seno de tradiciones muy diversas. Al liquidar el fascismo, la guerra dejó en manos del comunismo el monopolio de este mercado de ideas. La victoria total galvanizó a los convencidos, ganó para su causa al mayor número, intimidó a los vacilantes y, por lo demás, castigó a los culpables. Conforme al papel que en ella desempeñó la URSS, esa victoria es la del antifascismo más que la de la democracia, a tal punto que se la puede festejar sin renegar de la escasa inclinación que se siente por el ejercicio liberal de la democracia. Ello permite conservar, aun si se ha cambiado de bando con la historia, un fondo ininterrumpido de sentimientos. De ahí que la ruptura de 1947 entre los antiguos Aliados no tenga grandes repercusiones sobre la vida intelectual, pues el conflicto de ideas que pasa a ocupar el primer plano de la política carece de nombre en el arsenal ideológico del antifascismo.

Ciertas peculiaridades de la tradición francesa añadieron su peso, como, por ejemplo, la costumbre nacional de reflexionar sobre las cuestiones políticas en términos universales, como si la política fuese el ámbito natural de la emancipación del hombre. A lo largo de toda la historia de la Revolución rusa, la Revolución francesa no dejó de ser el precedente que aseguraba su

legitimidad: confirmaba por una parte lo inevitable de las revoluciones, dado que la burguesía también había recurrido a ellas, y por la otra contenía un periodo breve pero ejemplar que había servido de modelo a Lenin. El hecho de que esta filiación constituyera durante tanto tiempo en Francia un dogma historiográfico, pese a que los dos acontecimientos son apenas comparables, es buen testimonio de la extraordinaria abstracción con la que el hecho bolchevique se presenta ataviado en la *itelligentsia*: el año de 1917 redobló el universalismo de 1789. El milagro es que esta idea aún existiera, más fuerte que nunca, 30 años después, como si de antemano se hubiera otorgado el finiquito a toda la historia soviética. Para seguir con el ejemplo de la Revolución francesa, lo que la Revolución rusa tuvo de represivo solo se debió a la necesidad de defenderse; por tanto, a algo ajeno a su esencia, que por definición es buena. Este modo de ver las cosas, tan característico de la herencia revolucionaria francesa, exonera a la URSS de la prueba de cargo. Asimismo, sin duda explica una parte del celo prosoviético parisiense de aquella época.

Cabe añadir que, en virtud de esta equiparación ontológica de ambas revoluciones, los intelectuales se reinventaron un papel colectivo que la historia real les había negado en la nación desde junio de 1940. Una parte de ellos simpatizó con el régimen de Vichy, e incluso, en algunos casos espectaculares, con los nazis: algunos de estos simpatizantes provenían de la derecha; otros, del pacifismo. A quienes se opusieron a Hitler —por cierto cada vez más numerosos a medida que se planteaba la cuestión de la guerra—, el gaullismo a menudo les pareció sospechoso. El papel que De Gaulle desempeñó en este sector traía a la memoria la imagen del hombre providencial y asaz ajeno a la tradición republicana: los generales, incluso ese, no pasan fácilmente por hombres de democracia y de progreso social. El mismo Raymond Aron, que residía en Londres desde junio de

1940, compartió a medias esas reticencias;[597] Malraux solo se hizo gaullista después de la guerra.[598] Por el contrario, el antifascismo permitió a los intelectuales celebrar su rencuentro con la tradición revolucionaria nacional, indisolublemente democrática y patriótica; con ello, ocupaban las primeras filas entre los espectadores de la historia, como sus antepasados de 1789 y de 1793, y se investían del papel de profetas de la sociedad que desempeñaban desde el siglo XVIII. Por lo demás, el marxismo-leninismo ofrece, a todo el que lo desee, la doctrina de esos rencuentros imaginarios, a través de la idea de una ciencia de la historia cuyo secreto posee solo una vanguardia.

De suerte que el derecho de copropiedad de la referencia revolucionaria permite a la vez eliminar la decadencia nacional y recuperar una misión. Esta es, me parece, una de las principales causas del poder de encantamiento que posee el Partido Comunista sobre una parte tan considerable de la intelectualidad francesa. No es que no existan otros partidos, y hasta más mecánicos si me atrevo a decirlo: en Francia como en cualquier otra parte, el comunismo atrae hacia sí a los individuos —al mismo tiempo que hace un llamado al idealismo y a la ignorancia— apelando a su oculto afán de poder, que puede ir acompañado de una pasión masoquista de la fuerza. De ello es Aragon, en la cultura francesa, la víctima más ilustre y, al mismo tiempo, el manipulador más consumado. Pero el mismo poder de adulación o de intimidación del partido descansa sobre una realidad de otro orden. Lo que le hizo tan eficaz por entonces fue también lo que iría vaciándolo paulatinamente de su contenido a partir de los siguientes decenios. El partido es detentador del marbete «Revolución de Octubre», que a su vez domina toda la universalidad de la tradición revolucionaria. Y poco sería decir que vela sobre su tesoro.

El caso francés muestra por qué casi todos los grandes debates de ideas de la posguerra giran en torno de una cuestión úni-

ca: la naturaleza del régimen soviético, cuya conformidad con la esencia de la revolución socialista es defendida con uñas y dientes por los intelectuales comunistas y progresistas. Dicha cuestión es tan antigua como la URSS, y lo que constituye su novedad es ese lugar central que ahora ocupa. En los años del Frente Popular, incluso en pleno triunfo de la izquierda, ese cuestionamiento no había dejado de rondar por la escena pública, si bien ocupaba un lugar secundario con respecto a la lucha contra Hitler y a la cuestión de la guerra o de la paz. Después de la victoria, la URSS es más antifascista que nunca, aun cuando el enemigo fascista ya ha sido vencido. También es más fuerte que nunca, pero se presenta menos encubierta ante los Estados Unidos y la Europa occidental. Incluso en la época de la histeria anticomunista animada por el senador McCarthy (1950-1954), los Estados Unidos de Truman y de Eisenhower no ofrecen una imagen verdaderamente creíble de neonazismo; sus soldados, que llegan de tan lejos, vencieron a Hitler en Francia. En cuanto a la Europa del oeste, rehace su riqueza, sin gloria pero democráticamente, al abrigo de los Estados Unidos y con su ayuda inicial. Por su parte, la Alemania del oeste ha entrado en el orden constitucional. Todo ello se desarrolla en tal forma que, privado de un aval fascista, el mismo régimen soviético pasa a ocupar la primera línea en este orden de cosas, y se ve obligado a alegar más lo que es que lo que protege.

Es verdad que en los primeros años de la Guerra Fría, antes de 1951-1952, cuando la Unión Soviética aún no tenía el arma nuclear, disimuló su relativa inferioridad militar en una vasta campaña mundial por la paz, que le ofrecía a la vez una guarida y una coartada: reunidos en torno del «llamado de Estocolmo» contra la bomba atómica, los «partidarios de la paz» sucedían a los «antifascistas consecuentes». Pero incluso este nuevo movimiento, tan diferente del que se produjo entre las dos guerras, remitía a los espíritus a la cuestión soviética. Después de 1918 y

hasta 1935, el pacifismo solo había sido prosoviético un poco por accidente, porque la Unión Soviética era débil y porque había sido dejada de lado por las potencias que participaron en el Tratado de Versalles. Después de 1945 sobrevino el cambio radical: pues si el pacifismo debía alimentarse de la crítica de los vastos programas militares a los que se lanzaron los Estados Unidos, al parecer dio su aval a la otra superpotencia, cuya política exterior no estaba exenta de toda sospecha en la tensa atmósfera internacional. Aun si Stalin no era Hitler, aun si se guiaba ante todo, en sus relaciones con el mundo capitalista, por la desconfianza y por la paciencia, quedaba el hecho de que Rusia había puesto bajo cerrojo la Europa central y oriental. El ataque de Corea del Sur por Corea del Norte, en junio de 1950, pareció desmentir incluso las interpretaciones puramente coyunturales del afán de paz soviético.

La Guerra Fría —que en esos años se volvió la guerra a secas — enfrentó dos sistemas políticos y sociales. Llevó a sus últimas consecuencias el carácter ideológico del siglo, dividiendo al mundo en dos campos y cubriendo, en virtud de esta simplificación, la idea nacional —por importante que esta siguiera siendo— con la idea de imperio o la de bloque. Forzosamente, la idea comunista adquirió con ello un formidable brillo, si bien este provenía más de lo que era y de lo que se construía en su nombre, que de aquello por lo que combatía: hela aquí, poderosa en el mundo, victoriosa en China, visible por toda Europa hasta Praga, pareciendo llevar consigo el porvenir cuando las viejas naciones occidentales estaban en decadencia. Fue entonces cuando esta idea alcanzó, al mismo tiempo, su máximo nivel de influencia y un grado inédito de vulnerabilidad: su existencia contradecía su esencia. Los intelectuales franceses se aferraron más que nunca a la esencia. No obstante, al mismo tiempo debían hacer juramento de lealtad a la «ideología fría» —según el término de Kostas Papaioannou—,[599] declarar cul-

pables a Rajk y a Slánský, negar la existencia de los campos de concentración en la URSS,[600] jurar que ahí estaba naciendo una «ciencia proletaria», celebrar a Stalin como genio universal, etc. El placer de la servidumbre voluntaria se agota en esas acciones sucesivas, cuyas ocasiones no deja de renovar la historia por boca del partido.

Es entonces cuando se inicia entre el occidente y el oriente de Europa el profundo equívoco del que aún no hemos salido.[601] La idea comunista está en su cénit en Roma o en París en el momento en que, en Varsovia o en Budapest, da visos de no ser más que la máscara de la opresión rusa. Nacido de una filosofía occidental, el comunismo ha reinado en Moscú. Vencedor de la guerra, se extendió hasta Leipzig y Praga. En el este y en el centro de Europa su «idea» no sobrevivió mucho tiempo a su gobierno, mientras que en el oeste resplandecía, por el contrario, por el papel que desempeñó en la guerra contra Hitler, sin sufrir menoscabo por el despotismo que en el este instauraba en su nombre. Así, impuesta por la fuerza de los hombres y de las cosas, la cortina de hierro entre las dos Europas existe también en los espíritus, aunque no siguiendo siempre las líneas de enfrentamiento de los dos campos, que separan a los comunistas del Este de los anticomunistas del Oeste. Sucedía que en las naciones de la Europa centro-oriental, el crédito abierto a los comunistas por la *intelligentsia* estaba agotándose desde comienzos de los años cincuenta; en Occidente, mientras tanto, el grueso de los intelectuales, seguido de una buena parte de la opinión pública, continuaba rindiendo al comunismo de posguerra el respeto debido a las ideas que supuestamente encarnaba. Vista desde París, desde Roma o desde Oxford, la validez universal de la causa era independiente de lo que ocurriera en Varsovia, Praga o Budapest. Por lo demás, la *intelligentsia* occidental siempre se ha jactado de pertenecer, en virtud de una elección particular, a una historia «más universal» que la de los

polacos, los checos o los húngaros, e incluso, sin saberlo, proyecta en la abstracción comunista su antiguo complejo de superioridad: bastante ha hecho accediendo a compartir su privilegio de una universalidad con la distante Rusia. ¿Por qué debería dar marcha atrás ante los nacionalistas polacos o ante los reaccionarios húngaros?

Abandonadas en 1938 a los alemanes por los acuerdos de Munich, sujetas a reparto por la URSS en 1945 por los acuerdos de Yalta y de Potsdam, las naciones de la Europa central y oriental son por fin olvidadas en espíritu por la Europa del oeste, hasta el punto de verse despojadas de sus nombres en las designaciones colectivas provenientes del repertorio soviético: las «democracias populares», el «campo socialista», o también el «Este europeo». Esta última pérdida ya no es impuesta por la fuerza, como las dos primeras, sino obtenida por obra del opio de la ideología, que suprime simplemente su objeto. Daladier bien supo que abandonaba Checoslovaquia, y Churchill Polonia. Los intelectuales del Oeste ya no tienen necesidad de cuestionarse, pues esos Estados y sus vecinos no son más que puntos de orientación en el camino del socialismo soviético. En su forma extrema, esta ceguera durará poco; pero tardará mucho en desaparecer por completo.

Al instalarse en el centro de la política mundial, la Guerra Fría solo ha modificado un poco —lentamente, en todo caso— las grandes herencias de ideas de la política europea. Magnificada por la guerra y por la victoria, la imagen de la Unión Soviética no ha perdido, al adornarlos con una potencia nueva, los atractivos revolucionarios de una sociedad socialista: el fantasma de Hitler todavía la hace aparecer como garante de la democracia, y Stalin, como mariscal, le proporciona un cortejo de buenos recuerdos.

En los Estados Unidos, por el contrario, el viraje antisoviético de la opinión pública después de la guerra es tan notorio que

pronto provoca una de esas crisis de intolerancia y de desconfianza, cuyo secreto guarda el populismo estadunidense. La vertiente trasatlántica de la historia de la idea comunista no está incluida en mi tema; pero como no deja de tener algunas repercusiones sobre la situación de Europa, le dedicaré algunos comentarios.

El comunismo nunca ha sido poderoso en los Estados Unidos, donde el público mezcla con toda naturalidad la libre empresa con la libertad, como si la primera fuese uno de los elementos constitutivos de la segunda. No obstante, el comunismo había echado algunas raíces en el decenio de los años treinta, en forma bastante tímida, es verdad, casi como un ingrediente indispensable en la Weltanschauung de todo buen «liberal», o mejor dicho, de un «radical», es decir, en términos europeos, de un militante de izquierda.[602] La Gran Depresión había puesto de moda la idea de la intervención del Estado en la economía, y el advenimiento de Hitler en 1933 había llamado la atención, una vez más, hacia las tragedias de Europa, en la forma del antifascismo. La coyuntura de ambos sucesos favoreció a Roosevelt: primero como inventor del *New Deal* y luego como vencedor de Hitler. Pero también permitió a la izquierda del «rooseveltismo» el desarrollo relativo de un Partido Comunista que contaba con unas decenas de miles de miembros y que polarizó la atención de los intelectuales neoyorquinos. Por ello reconocemos en los Estados Unidos de los años de la preguerra la peculiar fisonomía, en miniatura, de la política comunista: un partido estalinista y unitario, conspirador y antifascista, integrado por *apparatchiks* y por idealistas, en la medida en que unos y otros no siempre eran incompatibles. Su carácter miniaturista se debe a que casi no tiene influencia, a no ser en los alrededores de Nueva York, y a que, fuera de un puñado de cuadros sindicales, solo tiene eco en una clase media de inmigración reciente, formada a menudo por judíos de la Europa

central y oriental, estudiantes, profesores, abogados y profesionales del *show-business*, que han trasplantado la leyenda bolchevique a su nuevo país, donde no tiene raíces.

El periodo del pacto germano-soviético confinó al Partido Comunista Estadunidense a un aislamiento tanto más total cuanto que este reaccionó como buen soldado del Komintern, pasando de la noche a la mañana del antifascismo a la «guerra imperialista». Pero el ataque de Hitler en junio de 1941 contra la URSS volvió a integrar al partido a la política rooseveltiana, exigiendo a partir de entonces la entrada en la guerra de los Estados Unidos y luego, a voz en cuello, una vez obtenida esta, la apertura de un «segundo frente» en Europa. Para el pequeño Partido Comunista Estadunidense, esos fueron los mejores años de un matrimonio mal avenido con los Estados Unidos, porque fue entonces cuando obtuvo su fuerza precisamente de lo que no era, esforzándose por ser la izquierda del Partido Demócrata y predicando, con más fuerza que nadie, la unión nacional. No es que la opinión pública se hubiese vuelto, incluso durante la guerra, prosoviética, y aún menos procomunista. El Partido Republicano, y la derecha estadunidense en general, seguía siendo muy anticomunista. Este argumento a menudo le sirvió para atacar toda la política del *New Deal* y la alianza de los liberales y de los sindicatos con los «rojos». La elección presidencial de 1944 sirvió de ocasión para enderezar violentos ataques contra el presidente saliente, precisamente a propósito de esas cuestiones. Sin embargo, mientras duró la guerra, la analogía entre Hitler y Stalin —lugar común de la prensa estadunidense durante los años treinta—[603] fue ocultada bajo la alfombra, en provecho de un juicio más optimista sobre la URSS, al menos en cuanto se refería al porvenir. No otra es la lógica de la guerra, de la que ofreció ejemplo el propio Roosevelt cuando creyó que la victoria llevaría a Stalin a liberalizar su dictadura: ¿cómo imaginar que toda esa sangre derramada en la

refriega contra los ejércitos de Hitler no hubiese corrido al servicio de la libertad?

Sin embargo, el conflicto con la Unión Soviética comienza desde antes de que termine la guerra, a propósito de las nuevas fronteras europeas. Ya en los últimos meses de la gestión de Roosevelt, y aún más en los primeros de la de Truman, el supremo personal diplomático y militar estadunidense se inquietó por lo que ya se barruntaba, y vio reaparecer la comparación Hitler-Stalin,[604] que estaría en boga en los años siguientes. El conocimiento del régimen soviético era en esta época, en los Estados Unidos, bastante elemental, y esta analogía sumaria le sirvió un poco de sustituto: lo que no deja de tener sus peligros, pues tiende a hacer de la Unión Soviética, en 1946 y 1947, un agresor tan inminente como habría podido serlo Hitler en 1938 y 1939, y de este modo contribuye a desarrollar, so pretexto de no repetir Munich, una psicosis de guerra inevitable.

Ese es el momento, pues, en que el Partido Comunista Estadunidense alcanza su cénit —un pequeño cénit; pues solo cuenta con 40.000 o 50.000 miembros—, inmediatamente después de la guerra y desprovisto de un suelo nutricio. El partido fracasó completamente en su afán de popularizar la idea comunista entre la sociedad estadunidense, pero proveyó de un acompañamiento local a la alianza estadunidense-soviética. La biliosa ruptura de la alianza lo aisló incluso de la izquierda del Partido Demócrata. Peor aún: Stalin le exigió que renegara de sus buenos años. A partir de la primavera de 1945, por intermediación de Jacques Duclos,[605] Stalin condenó la política oportunista del partido para con el rooseveltismo y le reprochó su olvido de la lucha de clases: esta política llegará a figurar, en el repertorio de las desviaciones, con el nombre de «browderismo», en honor del exsecretario general Earl Browder, expulsado del partido en febrero de 1946 en calidad de «social-imperialista».

¿Por qué escogió Stalin al pequeño Partido Comunista Estadunidense para anunciar la reanudación de la «lucha de clases», más de dos años antes de la creación del Kominform y del gran despliegue de la Guerra Fría? El comunismo estadunidense no era poderoso, como el francés o el italiano, ni era candidato al poder; no había peligro en debilitarlo, puesto que ya era débil. Sobre todo, debió su interés estratégico al hecho de encontrarse en el corazón del imperialismo, dadas las nuevas circunstancias.[606] En lo que al Partido Comunista Estadunidense concierne, el viraje «a la izquierda», efectuado después de Yalta y que habría de colocar el acento sobre la alineación general de 1947, apunta estrictamente a objetivos de política internacional. El partido no practicará más ni menos que antes la lucha de clases; sin embargo, su gran designio será presentar para la elección presidencial de 1948, en nombre de un Progressive Party cuyos hilos maneja, a un político prosoviético, Henry Wallace, exvicepresidente de los Estados Unidos entre 1940 y 1944, durante la administración de Roosevelt.

Pero el candidato no reunió en noviembre de 1948 —en plena crisis de Berlín— sino poco más de un millón de sufragios, y el nuevo partido no constituyó apenas, en los años siguientes, sino una fachada legal para los comunistas perseguidos, debido a que no logró hacer mella seriamente en el movimiento sindical ni en el grueso de la opinión demócrata. Aunque su desempeño de 1948 señala —relativamente— el punto culminante de su influencia, siguió siendo estrictamente «estalinoide», o también «liberal-totalitario», para emplear los adjetivos que utilizara uno de los observadores más inteligentes de la época, víctima de un amor desventurado a la extrema izquierda estadunidense: Dwight Macdonald.[607] El interés que este tiene para el historiador consiste en mostrar que, aun en una escala extraordinariamente reducida, la fascinación que ejercía el comunismo —tan poderosa en esa época en París y en Roma— también

existía en Nueva York y se expresaba en los mismos términos. Wallace admiró la URSS como si esta fuese la gran cantera del porvenir[608] y el gran aliado de ayer. Acusó a Truman de haber traicionado esta alianza para seguir los pasos de los nazis, utilizando contra los comunistas unos textos y unas ordenanzas que pertenecían a los tiempos de la guerra y cuyo destino no era otro que luchar contra la «quinta columna». Vemos cómo el progresismo estadunidense se vio también preso en las tenazas del siglo, que suprimen toda diferencia entre comunismo y fascismo.

Pero ese progresismo de los Estados Unidos fue ahogado bajo el peso de otra simplificación: nos referimos a aquella que gozó de su mejor época entre 1939 y 1941, y según la cual el fascismo y el comunismo no constituyen sino dos momentos de la misma amenaza contra la democracia y la nación estadunidense. Hitler ya fue vencido, pero Stalin es más poderoso que nunca, y más abiertamente temible de lo que fuera Hitler antes de la guerra, ya que su imperio no tiene otro obstáculo que los Estados Unidos. El «fascismo rojo» —para emplear una expresión de la época— añade a la monstruosidad que puso de manifiesto el nazismo vencido una presencia que este no había tenido; incluso en el interior, y más aún que el nazismo, tiene su «quinta columna», a la vez pública y clandestina. Demasiado débil como para dar vida a toda una política, el pequeño Partido Comunista Estadunidense es lo bastante fuerte para desencadenar una «cacería de rojos».

El fenómeno político típicamente estadunidense que entre 1950 y 1954 será el «macartismo»[609] —llamado así a partir del nombre del senador de los Estados Unidos que fungirá como gran inquisidor—, también tiene su prehistoria en los dos últimos años del primer periodo de Truman, y recibe su mayor impulso de la unión el Partido Demócrata —que incluye a la mayor parte de la opinión liberal, a las «minorías» y los sindicatos

— con un anticomunismo de combate, dirigido tanto al exterior como al interior. La formulación de la «doctrina Truman» y el decreto que exigía verificar la «lealtad» de los funcionarios federales datan de marzo de 1947, si bien entre ambos textos no media ninguna relación explícita. El segundo de ellos inaugura una dinámica por cuyo medio las libertades constitucionales de los ciudadanos estadunidenses se verán amenazadas en nombre de la defensa de la Constitución: es como si el miedo al comunismo volviera a alimentar, esta vez en la democracia liberal más unánime del mundo, unas pasiones ideológicas inversas y comparables a las del detestado adversario.

El macartismo está ligado, para empezar, al descubrimiento patológico de la fuerza. La guerra acaba de terminar. Las naciones de la Europa central y oriental, donde tantos estadunidenses tienen sus raíces y hasta sus recuerdos, pronto quedarán encadenadas a la órbita soviética, mientras que la libertad de Polonia fue defendida en vano por Churchill. Los Estados Unidos descubren que solo ellos sirven de contrapeso, en Europa y en otros lugares, a la Unión Soviética, convertida esta en sistema internacional. Pero en los Estados Unidos la opinión pública no está acostumbrada a comprometerse perentoriamente en los asuntos del mundo; de modo que reacciona a esa nueva situación con ambivalencia y con exceso, por temor y por arrogancia: teme a la subversión, pero se jacta de su fuerza.

El primer sentimiento traduce curiosamente una intuición acertada de la naturaleza del enemigo, aunque mezclada a un falso sentimiento de su potencia. La obsesión de una conjura contra la soberanía del pueblo se presenta en todas las crisis de la democracia moderna. En los Estados Unidos de la época, esta obsesión encuentra una presa que no es del todo imaginaria, dado que la conspiración es una de las facetas del comunismo. [610] Pero, para hacerla tan amenazadora como supone que es, así como lo bastante temible para justificar una movilización

interna de salvación pública, aún es necesario que esa obsesión revista a la conjura con la fuerza espectacular del movimiento comunista en el mundo. Los comunistas estadunidenses, los vicarios del adversario que ya fueran denunciados tiempo atrás por los republicanos, a partir de 1949 se transforman en algo más que meros espías activos o potenciales: ahora son señalados como enemigos públicos que se han fortalecido gracias al apoyo manifiesto o clandestino que han urdido con el correr de los años. Conforme a la lógica de este género de pensamiento, agravada por el carácter masivo del conformismo de la opinión en los Estados Unidos, la acusación se remonta, a partir de estos inculpados, a todos los que un día u otro, a partir de los años treinta, los siguieron, los escucharon o se encontraron con ellos. La inquisición y la denuncia recorren los Estados Unidos como otras tantas pruebas de virtud.

No podía ser de otra manera, pues la cruzada anticomunista también es una cruzada del Bien. Los Estados Unidos de América no son una nación como las demás, donde una historia común constituye el fundamento del cuerpo político. Son, en cambio, una colectividad de inmigrantes europeos cuya identidad nacional reposa sobre las ideas de libertad y democracia. Vemos así que el siglo XX hace de estas ideas ya no solo el árbol de la vida a cuya sombra viven los estadunidenses como un pueblo dichoso, sino también un tesoro amenazado que solo ellos pueden salvar. Los Estados Unidos han nacido como tierra bendita de Dios: han encarnado en el siglo XIX el paraíso de los pobres: el mesianismo democrático forma parte de su patrimonio, tanto en su versión religiosa como en su forma degradada, y da a su movilización contra el comunismo el carácter de llamado del destino. La formidable potencia de los estadunidenses en los asuntos del mundo les ha advenido un poco por azar, más como producto de sus avances técnicos que por su explícita voluntad de dominio. Pero cuando descubren esta úl-

tima, la engalanan con un sentido de misión que se transforma en el atuendo de la *pax americana* de la segunda mitad del siglo XX, y encuentran magnificados, con dimensiones ahora mundiales, los secretos del *American way of life*: la religión, la democracia y la libre empresa contra el comunismo ateo, despótico y colectivista.

Es así como el macartismo renueva esta violencia antiliberal que en la historia estadunidense caracterizó a muchos movimientos populistas. Portador de los valores de la nación, el «pueblo», obsesionado por la traición de las élites, se arroja en los brazos de los demagogos: con ello recupera la tradición «nativista»,[611] xenófoba, que persigue con encarnizamiento todo lo que no es «americano» en América, todo lo que se asemeje al cosmopolitismo y cuyos vehículos casi naturales son los intelectuales: la realidad social del comunismo y del «progresismo» en los Estados Unidos ofrece un blanco privilegiado a la pasión antintelectualista que forma parte del acervo político nacional.[612] El carácter paradójico de este «miedo a los rojos» se debe a que, al transformar un adversario exterior en enemigo interior, moviliza al servicio de una política exterior intervencionista la tradición aislacionista de la opinión estadunidense.

Así es la química de las pasiones políticas, ya manifiesta en la tradición revolucionaria, y que la derecha estadunidense hace profesión de detestar. En el caso de la Revolución francesa, esta justificó el Terror, al menos en parte,[613] por el peligro que acechaba en las fronteras. La Revolución soviética, por su parte, estuvo obsesionada por la conjura y la agresión «imperialistas»: 20 años después de Octubre, con los procesos de Moscú, Stalin aún lleva al escenario una representación en grande de la conspiración, que vuelve a ser puesta en escena en Budapest y en Praga después de la guerra. El senador McCarthy se sirve con la misma cuchara, solo que en un contexto democrático: se li-

mita a erigir una tiranía provisional. Con este fin manipula genuinas pasiones populares, que se alimentan de las malas noticias del extranjero: el bloqueo de Berlín en 1948, la «pérdida de China»[614] en 1949, la guerra de Corea en 1950. Entre los ciudadanos estadunidenses que gritan «traición», muchos son nacionalistas del interior, muchos han sido hostiles o reticentes a la entrada en guerra de los Estados Unidos, en los años 1940-1941. Pero el contexto internacional, al imponer su lógica, los enrola al servicio de los Estados Unidos, que son una potencia mundial. Entonces se encuentran con liberales más ilustrados, más modernos, mejor informados; estos, tan indignados como ellos por la manera en que Stalin ha metido la mano en la Europa central y oriental, y no menos inquietos a causa de la guerra en el Extremo Oriente, han medido el alcance de los nuevos límites que les confiere *a fortiori* la condición de superpotencia, y se comprometen más con el anticomunismo de la Guerra Fría que con el de la «Comisión de Actividades Antiestadunidenses».[615] En el seno de esta dialéctica se gesta la nueva idea de la misión estadunidense en el mundo, al mismo tiempo que cobra forma el acuerdo sobre una política exterior bipartidista. Elegido en 1952 para suceder a Truman, Eisenhower constituirá el símbolo por excelencia de esta orientación: general en jefe de la segunda Guerra Mundial, ahora es llamado a conducir como jefe político lo que amenaza con ser la tercera; reconciliador del antifascismo y el anticomunismo, toma su cargo, en nombre del Partido Republicano, la herencia internacional de Roosevelt de manos de Truman. El demagogo de Wisconsin[616] no sostendrá por mucho tiempo esa falsa unión de electores, pues es incapaz de mantener viva la histeria de la sospecha y, por lo demás, ha salido victorioso en su batalla contra el comunismo interior.

Todo el episodio manifiesta, una vez más, hasta qué punto la democracia estadunidense desarrolla y emplea a su manera las

ideas políticas que comparte con la Europa occidental. Asimismo, la desproporción de potencia que en adelante existirá entre las naciones europeas y los Estados Unidos contribuirá a aumentar lo dispar de las situaciones y la desigualdad de las voluntades. En la bipolarización del universo que tiene lugar, la opinión pública de la Europa del oeste no se siente muy a sus anchas en la medida en que ella destaca su decadencia y su escasa disposición para pagar el precio, en hombres y en material, de un vasto programa militar. La protección estadunidense la exime de dar estos pasos y, además, oculta sus veleidades de renovar el blando pacifismo de los años treinta. Sobre todo, la Europa del oeste no concibe fácilmente la idea democrática en forma de cruzada anticomunista: no solo porque la guerra ronda muy de cerca, sino porque los Estados Unidos de Truman parecen haber demostrado una vez más que el imperialismo, etapa superior del capitalismo, es inseparable de la dictadura fascista.

La historia no hará al Kominform el don de unos Estados Unidos fascistas. Por lo demás, ha sido preciso ignorar en buena medida la historia de los Estados Unidos para concebir el macartismo bajo la rúbrica del fascismo. Pero la democracia estadunidense sigue siendo demasiado capitalista a ojos de los europeos para no ser eternamente sospechosa de ocultar el imperio del dinero bajo los lemas de libertad. El advenimiento del *leadership* estadunidense es un hecho circunstancial que se ha inscrito en una voluntad y que ha logrado apartar la idea democrática de toda filiación comunista. Sin embargo, he aquí que al mismo tiempo es libertad pura, afirmación *quasi* religiosa del individuo; de modo que se halla desligada de lo social y es vulnerable a la crítica de los derechos formales en nombre de los derechos reales. La cruzada ideológica de los Estados Unidos pone frente a frente, con toda claridad y por primera vez en el siglo, al comunismo y a la democracia; pero lo hace al

precio de una depuración de la idea democrática en la que Europa no reconoce su tradición. En la época en que la intelectualidad estadunidense se ha convertido globalmente al anticomunismo, la mayoría de los intelectuales europeos tienen dificultades para comprender sus «razones»: si es necesario pagar la defensa de la libertad contra Stalin con la aquiescencia al culto estadunidense de la libre empresa, ¿cómo podrían aceptar sin más la alternativa? A esos intelectuales les cuesta menos ser antiestadunidenses que antisoviéticos o, asimismo, conservar el consuelo intelectual de una doble crítica en la que son objeto del mismo rechazo. Pero incluso este doble rechazo solo aparentemente es imparcial, pues lo malo que hay en la URSS no se le imputa al sistema, sino a las circunstancias, mientras que en los Estados Unidos ocurre lo contrario. El filocomunismo de la Guerra Fría está cada vez menos protegido por el antifascismo; no obstante conserva más que nunca la coartada del anticapitalismo, que en forma casi idónea le ofrece la superpotencia estadunidense.

Esto se puede apreciar, por ejemplo, en el escaso alcance político —aumentado ulteriormente por un triunfo cultural— que tuvo una iniciativa como la del «Congreso por la Libertad de la Cultura»[617] en países como Francia e Italia y, en menor grado, en Inglaterra. La idea se originó en los Estados Unidos, donde un cierto número de intelectuales estadunidenses anticomunistas[618] se agruparon, en la primavera de 1949, para dar lustre a una manifestación «por la paz» organizada en Nueva York por los comunistas, bajo la égida de personalidades de renombre. [619] Casi todos ellos eran «liberales» o «radicales», indignados de que el Kominform renovara contra los Estados Unidos una campaña «antinazi». Casi todos ellos, asimismo, detestaban el macartismo como una desnaturalización de la democracia estadunidense.

Para que esta iniciativa neoyorquina alcanzara nivel internacional fue necesario el encuentro entre el genio de la organización y la nostalgia del *agit-prop*: de Irving Brown y de Koestler. Este último era un Münzenberg postumo, pero vuelto contra el comunismo. Fue entonces cuando se trató de entablar sobre un gran escenario la batalla de ideas contra Moscú, del modo en que el hombre del Komintern, antes de la guerra, había orquestado sus grandes manifestaciones por la «defensa de la cultura»:[620] las palabras fueron casi las mismas. Por lo demás, los comunistas no habían perdido la partida, y desde el comienzo de la Guerra Fría multiplicaron las iniciativas de ese tipo.[621]

A Koestler le vino muy bien el papel de Münzenberg. Al escritor lo devoraba la pasión de repetir el recorrido, solo que en sentido inverso y ahora al servicio de la verdad. El personaje que representó, bohemio y brillante, al tiempo que autor de primera fila, era demasiado literario para desempeñar un papel profético; sin embargo, fue él quien dio el tono a la primera reunión del «congreso» en Berlín —enclave occidental en el universo comunista—, en junio de 1950, en los primeros días de la guerra de Corea. Cierto número de quienes lo rodeaban, nacidos como él a principios de siglo, eran también excomunistas que se habían liberado de la gran ilusión y que estaban decididos a combatirla, aunque en estilos diferentes: Silo[622] era, además, un testigo; Borkenau[623] era, asimismo, un combatiente. Nadie pretendía renegar del antifascismo; por el contrario, deseaban prolongar su espíritu para combatir al otro enemigo de la libertad. Por lo demás, la asamblea reunida en Berlín fue irreprochable en ese aspecto, comenzando por sus más grandes figuras: Dewey, Russell, Maritain, Croce y Jaspers, célebres todos ellos desde antes de la guerra. En cuanto a los demás, también eran más de izquierda que de derecha: había liberales como Aaron o Trevor-Roper, o socialdemócratas como Carlo Schmidt o André Philip. Lo mismo puede decirse aún con ma-

yor razón de los participantes estadunidenses, en la medida en que la izquierda pudo definirse ahí sin complejos a la vez como anticomunista y como hostil al macartismo. Raros eran los que, como James Burnham, sentían cierta debilidad por el senador de Wisconsin. No faltaron quienes coquetearan, como él, con la extrema izquierda trotskista o libertaria, de donde procedía, por ejemplo, el sindicalista estadunidense Irving Brown, inquieto representante en Europa de la American Federation of Labor.[624] En suma, la reunión de Berlín congregó a todos los que detestaban preferentemente a los comunistas en una asociación de combate que llevaba la firma de los Estados Unidos. [625]

El «Congreso por la Libertad de la Cultura» tendrá, al correr de los años, influencia en los medios intelectuales de la Europa occidental. Una prueba de ello la constituye, por ejemplo, el éxito internacional de sus notables empresas editoriales: *Der Monat*, una revista alemana; *Encounter*, una revista inglesa, y *Preuves*, publicada en París. Pero la llama militante que quisieron infundirle al congreso sus primeros activistas apenas se mantuvo encendida un poco más de lo que durara la reunión berlinesa. Ni los liberales ni los socialistas están hechos para las cruzadas; además, los invitados de Irving Brown conservaron durante todo el tiempo una libertad de la que no gozaban los convidados de Münzenberg. Muchos de ellos, encabezados por Trevor-Roper y por Russell, aunque también por Silone, desconfiaban del maniqueísmo koestleriano. Lo menos que puede decirse es que el clima intelectual de la Europa del oeste no era propicio a él: en Francia y en Italia el anticomunismo era más que nunca sospechoso de ser fascistizante. Por esta razón, los Estados Unidos macartistas ofrecían su aspecto negativo. El «congreso», que se instala en París y organiza ahí un brillante festival musical y artístico en 1952, se halla en un medio hostil.

En muy poco tiempo ha ensanchado el foso que separa a París de Nueva York en lugar de tender un puente.

En realidad, en esos años, la principal contribución intelectual al análisis del comunismo provendrá de los Estados Unidos, pero indirectamente. Ese análisis se inscribirá en la prolongación de la corriente de pensamiento antitotalitario alemán de los años treinta, del que será, en el contexto de la posguerra, una repetición con nuevos desarrollos. Uno de sus más brillantes representantes, Hannah Arendt, publica su voluminoso libro sobre el totalitarismo en 1951. Judía alemana expulsada de Alemania en 1933 y luego refugiada de Francia en los Estados Unidos en 1941, Arendt adoptará la ciudadanía estadunidense. Pero esta elección final significa, ante todo, que los Estados Unidos le han ofrecido el marco político donde puede vivir como ciudadana, libre y desarraigada. Deliberadamente «moderna», aislada de la tradición, Hannah Arendt ya no es ni alemana ni judía y es, apasionadamente, ambas cosas.[626] En ella no hay nada más profundo que sus relaciones tiernas y apasionadas con la Kultur, que datan de sus años de estudiante, cuando tomaba lecciones de filosofía con Heidegger y con Jaspers.[627] Durante toda su vida conservará el desprecio, que le fuera enseñado por sus maestros, a los «hombres de letras» franceses, ingeniosos, talentosos, llenos de ideas, pero desprovistos de un alma e indiferentes a la verdad. Arendt también se interesará por el sionismo, pues odia la psicología del judío asimilado, siempre tan dispuesto a integrarse a una sociedad antisemita. Hitler la condenó al destino judío, sin más alternativa que la de ser advenediza o paria. Pero Hannah Arendt detesta la primera opción, y se inscribe en la segunda, que orientará su existencia a la bohemia de los emigrados alemanes de París y de Nueva York. Ahí encuentra al hombre de su vida, Heinrich Blücher. Este es otro paria, solo que llegado del bolchevismo, pues es el

ex*alter ego* de Brandler, el gran vencido del Octubre alemán en 1923.

Entre la indiferencia de la época ante la desventura judía, Hannah Arendt sobresale, al contrario, por la pasión con que la comparte, la combate y la comprende. Nunca conocerá en nada la moderación. A los judíos alemanes nadie los escuchó en París antes de la guerra, por temor de que arrastraran a Francia al conflicto. Hannah Arendt, empero, trabajó ahí para organizaciones sionistas. Sin embargo, después de un primer viaje a Palestina en 1935, volvió insegura del sentido general de la empresa: admiraba la energía de los colonos, pero la había aterrado el conformismo social que reinaba en los *kibbutz*. Llegó incluso a extender al nacionalismo judío el odio que sentía hacia los Estados-naciones. Al comienzo de la guerra, en Nueva York luchó por crear contra Hitler un ejército judío, con ese tino para las ideas impracticables que no la abandonará jamás; ella hubiera querido que ese ejército fuese independiente de los partidos y de los notables del sionismo, mientras que los judíos estadunidenses no podían abrazar semejante proyecto sin pasar por malos estadunidenses, por no decir nada de la hostilidad que una iniciativa de ese género hubiese suscitado entre los ingleses. Por lo menos, la suya fue una de las primeras voces que desde los comienzos de 1943 dieron la alerta a la opinión pública sobre la tragedia de los judíos europeos. Mejor que nadie, Hannah Arendt comprendió la dimensión aterradora e inédita de lo que ocurría en aquella Alemania cuya lengua y poesía seguía habitando ella en espíritu. Fue como si el apocalipsis de los judíos masacrados por un pueblo al que una parte de ella misma tan claramente pertenecía la hubiese escogido como su profeta. Ella creyó abandonar Alemania para siempre, pero siguió siendo su testigo después de haber sido su hija.[628] Este será el centro de gravedad existencial que servirá de telón de fondo a sus tumultuosas relaciones con el sionismo.

La idea del libro que se convertirá en *Los orígenes del totalitarismo* nació precisamente en 1943, como un proyecto que le permitiría reflexionar en la *inutilidad* de las matanzas de judíos. Incrédula al principio ante las aterradoras noticias provenientes de Europa, Hannah Arendt se rinde ante la evidencia al iniciarse 1943. ¿Por qué había sido incrédula? Porque, mientras que en las guerras normalmente se enfrentan enemigos, «esto [las matanzas de judíos] era de otro orden. Fue como si se hubiese abierto un abismo».[629] El talento de Hannah Arendt se sitúa en la confluencia de la actualidad y de la reflexión filosófica, de modo que se define por su capacidad de interrogar al acontecimiento con mayor profundidad que el periodista. La pregunta que la dictadura de Hitler hace brotar, una vez que ha pasado el horror del régimen, es de su novedad. Su misterio se debe a que carece de precedentes, tanto en la historia propiamente dicha como en las tipologías políticas de los grandes autores. ¿Cómo interpretar semejante suceso?[630]

Ninguna de las «causas» imaginables que es posible asignarle pueden contenerlo, por definición, pues de ser así lo reducirían a un precedente. Se trata, más bien, de precisar sus «orígenes» y de identificar el terreno en el cual se desarrollaron sus diversos elementos. Arendt señala un primer gran culpable, a saber: el Estado nacional, tal como la historia europea ha querido presentarlo, y con el que obsesionó a los espíritus a partir del siglo XVI. El apogeo de esa instancia coincide con los primeros síntomas de su patología, durante la segunda mitad del siglo XIX. Lo que a Arendt le parece aceptable de la historia estadunidense es que ahí el Estado federal se ha apartado de la idea de nacionalidad. Al menos, esta es la idea un tanto simple que se forma de él, y que permite, a falta de un verdadero Estado nacional y de una tradición del mismo orden, el ejercicio republicano de la libertad. Por el contrario, la Europa de finales del siglo XIX nos muestra a los Estados-naciones lidiando con problemas que no

pueden resolver: el antisemitismo, que es la reacción chauvinista a la «cuestión judía» que la asimilación no bastó para resolver; el imperialismo, que no es sino la modalidad nacionalista de la universalización del mundo. El Estado nazi fue la respuesta a la vez criminal y demente a esos desafíos surgidos en la década de los ochenta del siglo pasado.

De esos conceptos iniciales brotaron los diferentes planes que Hannah Arendt asignó a su empresa entre 1944 y 1946, y que obedecen a la secuencia siguiente: disgregación del Estado nacional-antisemitismo-imperialismo-imperialismo racista (nazismo). Se inspiró, siempre sin confesarlo, en autores emigrados alemanes como ella, que fueron los primeros historiadores del Estado nazi: en Frank Borkenau[631] y, más aún, en Franz Neumann, cuyo *Behemoth*[632] se publicó en 1942. A Neumann se debe el término «imperialismo racista» (*race imperialism*), empleado para designar al nazismo; su libro ha constituido, hasta hoy, el estudio documental clásico de las estructuras del Estado nazi. El elemento novedoso en el planteamiento del libro de Arendt consiste en la aparición de la palabra «totalitarismo», que figura en la última versión del borrador elaborado a comienzos de 1947: antisemitismo-imperialismo-totalitarismo. Con ese término aparece o, mejor dicho, reaparece la comparación de los años treinta, que se había convertido casi en tabú desde 1945: la vinculación de los dos totalitarismos del siglo, el de la Alemania nazi y el de la Unión Soviética.

Todo ello contribuye a explicar el carácter deshilvanado del voluminoso libro, que apareció en 1951.[633] Las dos primeras partes están dedicadas al antisemitismo y al imperialismo. Fueron escritas —y parcialmente publicadas como artículos— entre 1944 y 1946, en la época en que la autora solo se había fijado como meta precisar los orígenes del nazismo. Ellas no se limitan exclusivamente a la historia de Alemania; por el contrario, consideran a Europa en general y a las corrientes subterrá-

neas, pero vigorosas, que condujeron a la decadencia del Estado-nación, lo que a su vez constituye el telón de fondo de la catástrofe alemana. Por ejemplo, el antisemitismo moderno, inseparable para Arendt de la asimilación previa de los judíos en el marco del susodicho Estado-nación, se manifiesta ante todo en la Alemania y la Francia del siglo XIX. El imperialismo, ligado al afán de expansión desenfrenada de la burguesía, y que, a falta de cualquier cuerpo político definido, conduce a la dominación pura del hombre por el hombre, es ante todo un fenómeno europeo. La alianza política «del populacho (*mob*) y del capital» a la que da lugar ese afán, y que se respalda en una ideología racial, resulta perceptible para Arendt en Francia, con el caso Dreyfus, y en la Inglaterra victoriana con la idea de la superioridad racial de los colonizadores, difundida a través del Imperio británico; por último, detecta su forma continental en los movimientos pangermánico y paneslavista. En este último caso, el colapso del Estado-nación alcanza su punto crítico, pues sus partidos tradicionales e incluso su legitimidad son puestos en entredicho en nombre de una idea racial cuyo alcance es mucho más vasto y que se le acusa de traicionar. Cabe señalar, por nuestra parte, que aun cuando reconocemos cuán natural y hasta necesario resulta establecer una relación entre pangermanismo y nazismo, la relación implícita que la autora propone entre paneslavismo y comunismo soviético nos parece, por lo menos, arbitraria.

En realidad, hay dos libros en el que al parecer es uno solo. El primero concierne sin duda a los orígenes del «totalitarismo», pero casi no tiene a la vista más que el nazismo, puesto que solo examina la aparición del antisemitismo moderno y de las ideologías de superioridad racial. El segundo —al que corresponde la tercera parte, escrita posteriormente en 1948-1949—[634] reanuda, por el contrario, la tradición inaugurada a partir de 1934 por Waldemar Gurian, que por cierto es amigo

de Arendt.[635] En esta sección de su libro, la autora decide hacer una comparación sistemática entre el régimen hitleriano y el régimen estalinista. Solo que ahora el tema y la estructura contextual son diferentes. En las dos primeras partes, Arendt se basa sólidamente en la tradición marxista socialdemócrata, de Hilferding a Neumann: de allí la inscripción del racismo en la universalización del mundo por el capital. En la tercera parte, por el contrario, la polémica antiliberal y antiburguesa cede el lugar a la denuncia analítica de los aparatos y de las ideologías «totalitarios» de derecha y de izquierda. El capital no figura más. El «populacho» desarraigado y deshumanizado que encarna, para Arendt, lo contrario de la ciudadanía libre, puebla tanto la Rusia estalinista como la Alemania nacionalsocialista, aunque el dinero no haya sido ahí la causa de la disolución. La comparación se contempla ahora desde otro ángulo.[636]

La época de los campos de concentración no ha terminado: esta es la intuición central en que se fundamenta la comparación de los dos totalitarismos. Por esta puerta del dolor, la autora europea que ha sido la primera en ser más afectada por el martirio de los judíos también se muestra capaz de penetrar en la tragedia de otros pueblos, comenzando por la de los rusos. La indiferencia a la desdicha rusa es tan universal en el siglo XX que esta excepción cobra por ello mayor relieve. En aquella época, la literatura sobre los campos de concentración —en ambos bandos— estaba en su infancia. Arendt leyó los libros de David Rousset[637] y *Der SS Staat*, de Eugen Kogon;[638] por lo que toca al otro lado, leyó una memoria anónima sobre los campos rusos, *The Dark Side of the Moon*,[639] y sin duda los debates del proceso de Krávchenko, en París.[640] Para ella, la existencia de una enorme población desarraigada y privada de derechos, sometida a la arbitrariedad absoluta del poder y tratada como objeto de experimentación social constituye la característica distintiva de las sociedades totalitarias, pues nunca antes se le ha-

bía visto en la historia. Dios sabe que en todas las épocas han surgido despotismos, tiranías y dictaduras; pero el horror totalitario es nuevo, en la medida en que, siendo obra del hombre, escapa sin embargo al orden humano en virtud de la negación absoluta que de él constituye. No hay en él nada reconocible, en la panoplia de las pasiones, que permita remitirlo a su aparición; es algo que aún no ha recibido nombre en la tradición filosófica o política.

La cuna del horror totalitario es la democracia moderna o, mejor dicho, esta forma degradada de democracia en que la sociedad no es sino un mero agregado de individuos aislados unos de otros, privados no solo del nexo cívico, sino también de solidaridades de clase. A este conglomerado, es solo la pura fuerza del número la que le permite apiñarse en torno de las emociones elementales de las que se inviste un demagogo. No otro es el desenlace patológico del individualismo burgués, transformado en violencia antiburguesa. La política solo existe para el totalitarismo en la forma primitiva de un afán de unidad. La patria del ciudadano, lo que constituye la sede natural de la libertad, se ha convertido en la herramienta de un sometimiento sin precedentes, no solo consentido, sino reclamado a grandes voces. Una vez instaurada por las masas, la dictadura totalitaria consolida el terreno en que ha madurado, despojando a la sociedad de todo lo que aún pudiera utilizar como medio de autonomía. Hitler destruyó las *Länder*, los partidos, la aristocracia, las asociaciones independientes; y a lo que logró escapar de esta debacle le impuso el aparato del partido único. Por su parte, Stalin, heredero de un régimen en que está proscrita la propiedad privada, pudo liquidar incluso al campesinado, para no hablar siquiera de las clases, de los partidos y de todo lo demás: el Partido Bolchevique reinó soberano sobre una plebe universal de individuos atomizados. No obstante, ambos

regímenes gozan hasta el fin del apoyo de esta plebe, a la vez fascinada y aterrorizada por ellos.

Aquello por lo cual el hombre de la democracia de masas abandona su destino en manos del Guía, es algo connatural a la ideología.[641] Este término no designa, en Arendt, un conjunto de ideas y de representaciones compartidas por tal sociedad o tal época, sino un sistema cerrado de interpretación de la historia que niega todo sentido a la acción creadora del hombre. En la sociedad totalitaria, el orden ya no se organiza en virtud de las convenciones que regulan las relaciones sociales o políticas, y en función de una ley natural o de unos principios filosóficos que sirviesen de fundamento a esas relaciones. La ley de la sociedad totalitaria no es sino una con la de la historia; suprime toda desviación de su fundamento y su único objeto consiste en abrazar a cada momento el sentido del movimiento histórico, cuyos intérpretes son el partido y, en el interior del partido, el Guía. Por ello el terror es su instrumento natural. No se trata de un medio circunstancial, como sucede en la tiranía, sino de un aparato esencial, total, que abarca el dominio entero de las leyes políticas y de las leyes civiles en las que la historia no repara en su marcha hacia el hombre nuevo. El terror está menos destinado a quebrantar las oposiciones, casi desde ya inexistentes, que a inventarlas, para hacer de ellas alarde de su trayectoria. Empeñado en conjurar la división del cuerpo social, y dispuesto a abolir incluso el espacio de vida privada que separa a los individuos, el terror se ejerce en nombre de todos, por todos y sobre todos: es la única fuerza de la Ley en ese mundo sin leyes. Los campos de concentración ponen al descubierto la esencia del totalitarismo.[642]

Esta es la tónica de ese libro importante, escrito sin embargo a la buena de Dios, hecho de retazos y de fragmentos, prolongado durante demasiados años, mal compuesto, en fin, y que habiéndose iniciado con el propósito de analizar el nazismo

concluyó con una teoría política en la que queda mejor encuadrado el comunismo. Asimismo, al tiempo que afirma la novedad radical del fenómeno totalitario, consagra más de la mitad de la obra a la investigación de sus orígenes, limitando esta búsqueda, por lo demás, al lado alemán. Arendt mezcla en su libro, como Neumann, la vieja crítica de la democracia de masas con la genealogía capitalista del fascismo, a la vez que retoma la inspiración de Gurian sobre la inhumanidad fundamental de los regímenes «ideológicos», si bien no les opone, como él, la trascendencia divina.[643] Confuso, perentorio, contradictorio, el libro se hace perdonar, sin embargo, su longitud y sus digresiones por la sombría violencia que lo recorre por entero y por el brillo de su tercera parte. En sus páginas escuchamos la tenebrosa cantinela de la posguerra, de los crímenes alemanes, del genocidio judío, de las catástrofes de la libertad, de los campos de concentración soviéticos que sobreviven a los campamentos nazis, de la guerra a la guerra. Antinazi, antiburguesa, antisoviética e incluso antisionista, Arendt asume con provocadora violencia la figura del paria. La época contribuye dándole a su personaje los últimos retoques al confiscar, al menos provisionalmente, «su» República estadunidense, a la sazón intimidada por un demagogo y también abatida bajo el golpe del «populacho».

Desarraigada de todo, Hannah Arendt no es más una escritora política de la Guerra Fría que una autora de «derecha» o de «izquierda». Aprueba la política exterior estadunidense, pero detesta el macartismo; no fue a Berlín en junio de 1950; quiere ser «radical», en el sentido estadunidense del término, mientras proscribe de la humanidad al comunismo soviético. Ello se debe, sin duda, a que su ambición es de otro orden: ella aspira a pensar la experiencia política del siglo XX. En los Estados Unidos, el debate sobre el régimen soviético se empareja con el del régimen nazi, que ya tiene sus títulos de nobleza. La polémica

se apoya sobre el auge que la historia rusa y soviética conoce en las grandes universidades.[644] En marzo de 1953, dos años después de la publicación del libro de Arendt, se celebró en Boston el primer coloquio universitario consagrado al «totalitarismo», que sería seguido por muchos otros. Colocado bajo la presidencia de Cari Friedrich,[645] el coloquio no reunió a la derecha intelectual estadunidense, sino a la izquierda, y se situó deliberadamente fuera del anticomunismo histérico del momento. Por lo demás, Hannah Arendt asistió e intervino, sin presentar su informe. Pero la tercera parte de su libro fue citada y discutida a menudo; pues si todos los participantes estaban de acuerdo en aceptar que el concepto de «totalitarismo» era aplicable a la Unión Soviética, se limitaron, empero, al análisis de los regímenes ya constituidos, sin adentrarse en la cuestión de sus «orígenes». Como lo dice Friedrich en una fórmula aceptada, que justifica y limita a la vez la comparación entre Hitler y Stalin: «Las sociedades totalitarias son fundamentalmente comparables, y cada una es históricamente única. ¿Por qué son lo que son? No lo sabemos».[646]

Los «antecedentes» particulares de las sociedades totalitarias, que no tienen nada del carácter inevitable de la causalidad, finalmente han conducido, a través de los azares de la historia, a unas sociedades que se asemejan. Este es el misterio en virtud del cual la idea totalitaria se torna indispensable y, a la vez, difícil de descifrar.

La izquierda intelectual europea, considerada en su conjunto, ni siquiera intenta elucidar el enigma:[647] es que es antifascista, pero no antitotalitaria. La fórmula de Orwell resulta más acertada que nunca en el momento en que el viejo izquierdista rebelde publica su *1984*, en 1949.[648] Es la historia misma la que arrojará sobre la cuestión de Hannah Arendt un resplandor inevitable, con la muerte de Stalin y la apertura de su sucesión.

XII. EL PRINCIPIO DEL FIN

RAYMOND ABELLIO hizo de la muerte de Stalin un acontecimiento de orden astral. En *La Fosse de Babel* escribió:

> *La muerte de Stalin se produjo en marzo de 1953, bajo la conjunción de Saturno y Neptuno. Con esta muerte, Rusia perdía mucho más que un jefe hierático: abandonaba el sacerdocio oculto que hasta entonces había ejercido sobre las masas en marcha. Y así como antes en India las viudas y los servidores del rey eran arrojados en holocausto a la pira fúnebre, los cadáveres de los obreros de Berlín Oriental destrozados el 17 de junio siguiente por los tanques rusos acompañaron el féretro del último dictador de Europa, para señalar el fin del reino y la escisión de los tiempos.*[649]

¿La escisión de los tiempos? No exageremos: la Unión Soviética sobrevivirá a Stalin. Pero sí, ciertamente, el fin de una época. La muerte del Guía hizo patente una vez más la paradoja de un sistema supuestamente inscrito en las leyes del desarrollo social, y en el que todo dependía hasta tal punto de un solo hombre que, una vez desaparecido este, el sistema sufría una pérdida esencial. En la especie de pánico colectivo que acompañó sus funerales en Moscú, y que causó varios centenares de muertos, era posible adivinar esa doble angustia por el pasado y por el porvenir, pues la muerte de Stalin no fue la muerte de Hitler. El dictador alemán, que se había creado a sí mismo a la par con su régimen, se suicidó una vez vencido, sin dejar tras de sí más que ruinas. Por el contrario, Stalin era un heredero, un vencedor, el fundador de un imperio, y murió cuando era más poderoso que nunca, pocos años después de haber sido celebrado al cumplir 70 años como genio universal.

Como sucesor de Lenin, Stalin había participado de la gloria de su célebre predecesor. No fue el único aspirante a esta filiación, pero, habiéndola conquistado por la astucia y por la fuerza, hizo de ella una prerrogativa casi indiscutida, eclipsando a sus rivales con su formidable poder antes de reducirlos por el asesinato o el exilio, o por ambos a la vez, como en el caso de Trotski. Por lo demás, su derecho a la sucesión se apoyaba sobre algo firme: el partido único, la ideología bolchevique, el terror y la policía política constituían el legado leninista. Stalin lo integró en un sistema de gobierno «asiático», que coronó con el exterminio del campesinado so pretexto de que este era «burguesía». Realizó tan bien esa maniobra política que hubiera podido reclamar tanto como el que más su derecho a la idea original, y tal vez con mayor razón, pues su principal carta de triunfo consiste en haber hecho durar, simplemente, ese régimen tan poco hecho para durar; en haber prolongado e incluso reimpulsado la ilusión revolucionaria al mismo tiempo que con ella forjaba una cadena de autoridad primitiva, pero no por ello menos obedecida. Trotski, en quien el hombre de letras pesaba más que el terrorista, casi seguramente hubiese naufragado. El discreto Bujarin hubiese dilapidado el patrimonio familiar en un retorno asaz moderado al capitalismo. Stalin hizo fructificar la herencia, añadiendo a esta su genio político propio, y atemperando al uno con la otra.

Acto seguido, el georgiano ganó la guerra, transformó la Unión Soviética en imperio y en superpotencia y dio a la idea comunista un resplandor sin precedentes. Su gobierno conoció entonces la respetabilidad que dan la victoria y la fuerza; su persona fue objeto de reverencia universal, y llegó a ser temido por doquier, incluso por quienes lo idolatraban. El Estado soviético se encontró en una posición más estable, no porque fuese menos arbitrario o menos despótico o porque hubiera cesado la represión de las masas; esta, por el contrario, se renovó;

pero la tribuna del Kremlin presentaba a los mismos dirigentes en cada aniversario de Octubre, y la maquinaria burocrática adquirió un barniz «moderno» que no había tenido antes de la guerra un partido a la vez todopoderoso, y sin embargo diezmado sistemáticamente por un grupo mudable de fieles en torno de un jefe de grupo imprevisible.

Así, todo contribuía a hacer creer que el día de la desaparición de Stalin la transmisión del poder soviético se efectuaría de manera menos dramática y menos conflictiva que después de la muerte de Lenin. Por lo demás, la situación exterior de la URSS imponía esa obligación a sus sucesores. Sin embargo, Stalin no se preocupó de ello. En los últimos años de su reinado, en ningún momento manifestó el menor cuidado por organizar su sucesión. Su única obsesión fue conservar el poder y, para empezar, la vida, frustrando las conjuras que su desconfianza paranoica no dejaba de ofrecerle a su imaginación. En su vejez de potentado conservó las costumbres del conspirador y del aventurero, reforzadas por el hábito del poder absoluto: vivía rodeado de guardias y soldados, no hablaba casi nunca en público,[650] cambiaba de residencia y de itinerario, y hacía que otros probasen los platos que salían de su propia cocina. Ni siquiera su séquito más cercano y más antiguo, fuese político o familiar, estuvo libre de sus sospechas.[651] El fiel entre los fieles, Mólotov, cuya mujer ya había sido arrestada, parecía ser la próxima víctima. El descubrimiento de la conjura de los médicos judíos,[652] en enero de 1953, puso de manifiesto la vigencia intacta de los resortes del régimen: la ideología y el terror.

Por todo ello, no basta con afirmar que Stalin no pensó en organizar su sucesión. Antes bien, actuó deliberadamente como si esa sucesión no debiera ocurrir, afectando a la vida pública con una pasión propia de la vejez; o también como si la muerte, inevitable, necesariamente debiera clausurar una época. No pudiendo ser inmortales, los grandes monstruos de la historia de-

ben contentarse con no tener continuadores. A su muerte, Stalin dejaba, por fuerza, un inmenso vacío en el mundo: él había ganado la guerra contra Hitler, y él era el jefe universal del comunismo. Pero aún tenía que asegurarse de que nadie heredaría su papel y su poder, ya que por definición nadie era digno de ellos. Sospecho que si no hizo «testamento», como Lenin, no solo fue porque conocía personalmente la inutilidad de ese tipo de disposiciones en materia política, sino porque imaginaba que solo él había «hecho época». Esta actitud, por cierto, muestra bastante bien lo que diferencia a los dos jefes sucesivos y los dos periodos del bolchevismo.

De hecho, la muerte de Stalin creó, al sobrevenir, una emoción universal en que se mezclaron los recuerdos de la guerra y los temores del porvenir. Curiosamente, la opinión no comunista no solo rindió homenaje al mariscal vencedor, sino también a la prudencia y moderación de su política exterior.[653] Su desaparición —mientras se eterniza la guerra de Corea— provoca gran angustia por la paz del mundo: es el precio de la sustitución de lo conocido por lo desconocido en una URSS en que el poder no tiene límites. Pero la verdad —un atisbo de verdad— sobre la «época» de Stalin no provendrá de Occidente, sino del ámbito donde fue vivida: del mundo comunista en general y del Partido Comunista de la Unión Soviética en particular. De la dialéctica interna de una «sucesión» imposible nacerá la primera definición del periodo estalinista.

Los detalles de este conflicto en nada contribuyen a mis propósitos y, por lo demás, su historia en realidad aún no se ha escrito: ello corresponderá a trabajos futuros. Lo que aquí me interesa es lo que ese conflicto logró sacar a la luz, en pocos años, del comunismo soviético, pues lo hizo de tal manera que logró convencer a millones de hombres que se negaban a modificar sus creencias ante las críticas mejor documentadas o los testi-

monios más irrecusables. La batalla por la sucesión de Stalin tuvo por primera víctima la mitología soviética.

Ello fue, para empezar, simplemente por el hecho de haber tenido lugar, si tomamos en cuenta que uno de los aspectos seductores del totalitarismo es el de presentarse como un orden perfecto. El régimen estalinista era un orden de este género, estructurado en una pirámide de equivalencias: una economía planificada según la razón social, una sociedad sin antagonismos de clase, un partido único para guiar y representar a la vez a esta sociedad, un Presidium de dicho partido y un secretario general. La condición política del hombre se extinguió ante la mentira omnipresente de la ideología. Ahora bien, apenas comenzaba a enfriarse el cadáver de Stalin cuando la política renació en un círculo muy estrecho y en su forma más primitiva: la reducida oligarquía de los herederos no aguardó ni un minuto para lanzarse a una precoz lucha por el poder. El acontecimiento no fue sino una repetición de lo que ya se había iniciado en 1922, a raíz de la primera parálisis de Lenin, y había terminado, entre 1927 y 1929, con el triunfo de Stalin sobre sus rivales. Pero en aquella época el sistema soviético todavía se encontraba en su infancia, muy cerca aún de la inmensa anarquía que había sido su cuna, y por ello resulta comprensible que el porvenir de la revolución, es decir, de la sociedad nueva, ofreciera un marco natural a los desacuerdos políticos de los compañeros de Lenin. Una generación después, en 1953, el mundo soviético había encontrado su misión social y su gobierno, proclamados *urbi et orbi* como las dos caras de una misma razón histórica. Entonces, ¿sobre qué pueden disputar los compañeros de Stalin?

Los textos públicos nos lo dan a conocer de inmediato: disputan sobre la política económica y aún más sobre el terror. O sea, sobre dos cuestiones a propósito de las cuales, implícitamente, se ponen en entredicho el hombre que acaba de morir y

quienes lo sirvieron adulándolo. Los herederos de Lenin habían combatido entre ellos para sucederle, pero todos ellos lo hicieron a la sombra del padre fundador y todos, incluso Stalin, en nombre de una interpretación aceptable de lo que él habría hecho si no hubiese muerto. Por el contrario, los herederos de Stalin se enfrentan a propósito de una sucesión bajo beneficio de inventario, en nombre de una crítica del hombre que los precedió. Esta crítica es, para empezar, más oblicua que abierta, y por razones que saltan a la vista. La persona de Stalin ocupó un lugar tan preponderante como encarnación del comunismo, dentro y fuera de la URSS, que el derribo de su estatua entraña grandes riesgos; y los Malenkov, los Beria, los Jruschov y los demás no son los más indicados para emprenderlo, pues ellos fueron los principales ejecutores de la política estalinista.

Sin embargo, de inmediato se deja escuchar una cierta desaprobación del antiguo jefe todopoderoso, proferida en lenguaje técnico, pero muy clara para quien sabe entender. Desde mediados de marzo, el acento puesto por Malenkov sobre la satisfacción «máxima» de las necesidades del pueblo constituye una especie de primer reconocimiento de la pobreza general, sobre todo en los campos. La consigna de «dirección colectiva», acompañada de un primer reparto de funciones,[654] tiene visos de ruptura con la práctica precedente. A continuación tiene lugar el golpe estrepitoso del 4 de abril: un comunicado del Ministerio del Interior anuncia, sin hacer mayores comentarios, que la «conjura» de los médicos descubierta en enero no había sido más que una provocación maquinada por los antiguos miembros del Ministerio de Seguridad del Estado.

Ese lacónico comunicado me parece un dato fundamental, no solo porque es, por sus implicaciones, abiertamente antiestalinista, sino sobre todo por lo que saca a la luz del debate fundamental en curso entre los sucesores de Stalin. Estos son sobrevivientes de la vieja guardia, amenazados ya desde 1949-

1950, como el caso de Mólotov o de Voroshílov. Los demás —Malenkov, Jruschov— han hecho sus pinitos durante el gran terror de la segunda mitad de los años treinta, y fueron atraídos por Stalin al reducido círculo del poder absoluto que a la sazón se gestaba sobre las ruinas del anterior Partido Bolchevique. Ahora bien, después de la guerra, en el clima de la guerra fría, esos hombres temieron una reanudación de la Gran Purga, cuyos síntomas reconocen en la densa atmósfera de desconfianza y de represión que rodea los últimos años de Stalin.[655] El mejor testimonio de ello lo dará Jruschov mismo poco después, en su célebre discurso del XX Congreso del PCUS. En ese clima, en que muchos de esos sobrevivientes esperaban ser detenidos de un día para otro, el asunto de los médicos pareció ser el anuncio de lo que temían: de ahí su prisa por recusar públicamente la acusación, como señal de que ya no quieren sentir miedo. Pero, al dar ese paso, forzosamente allanan el camino no solo a las esperanzas, sino también a las revisiones del pasado: si los médicos del Kremlin son inocentes, ¿quid de los millones de condenados políticos que los precedieron?

Mutatis mutandis, los herederos de Stalin se encuentran ante una situación «termidoriana». No tuvieron, como sus predecesores franceses, la fuerza o la voluntad necesarias para liquidar al tirano, que era incomparablemente más antiguo, más poderoso, más sanguinario, más legítimo y más nacional que el desventurado Robespierre. Tampoco tuvieron, respecto de Stalin, independencia ideológica, ni siquiera después de su muerte. Sin embargo, en dos sentidos la suya se asemeja a la situación francesa del verano de 1794: quieren abolir el terror, al menos entre ellos, como medio de arbitrar sus querellas; y pretenden conservar el poder. No es fácil reconciliar ambos objetivos, dado que al proscribir el terror en las luchas por el poder, por una parte es imposible impedir su condenación retrospectiva (lo que va en detrimento de la ideología), y por otra parte es difícil

conservar la ventaja que representa contra la sociedad y en beneficio de un solo partido. De tal modo que lo que principalmente va de por medio en ese tipo de situación es la amplitud y el ritmo que deben darse a la ruptura con lo que la precedió.

A reserva de conservar el poder mediante elecciones fraudulentas, los revolucionarios franceses de 1794 aceptaron, en pocos meses, la lógica del 9 Termidor, presionados como estaban por la opinión pública:[656] desmantelaron la legislación terrorista, restauraron la libertad, sacrificaron a aquellos de los suyos que estaban más comprometidos con el robespierrismo. Pero los sucesores de Stalin son bolcheviques; en su mayoría bolcheviques de la segunda generación, pero bolcheviques al fin, que han mamado con la leche de su madre el odio de Termidor. El precedente francés de 1794 fue la pesadilla de Octubre de 1917 en la medida en que la Revolución soviética no dejó de querer conjurar la idea de que un día podría terminar, por no decir que con ella podría arrastrar a su fin a la historia misma. El espectro de Termidor la acompañó durante toda su trayectoria: estuvo presente en el momento de Kronstadt, al inicio de la NPE, en las batallas del aparato desencadenadas por la parálisis y después por la muerte de Lenin. Stalin logró vencer a su último rival, Bujarin, en nombre de este deseo de continuidad que, como causa, era inutilizable por cuanto era consustancial al proyecto revolucionario mismo: la colectivización de los campos y la industrialización a marchas forzadas solo le dieron un nuevo contenido. Ahora los sucesores de Stalin, que acaban de temer por sus vidas, deberán rechazar su tiranía al tiempo que prolongan su régimen. Al insistir en la «dirección colectiva» ponen al descubierto el compromiso que implica el delicado equilibrio entre esos dos aspectos de la gestión sucesora. Con ello también manifiestan el acuerdo provisional de una oligarquía por lo que se refiere al carácter anónimo de esta gestión: todos desean, en efecto, que ninguno de ellos pueda pre-

valecer echando mano del «fin» del terror, pues ello le reportaría una ventaja probablemente decisiva en la lucha por el poder. La «conspiración» contra Robespierre en julio de 1794 también había obedecido, aun después de la victoria y por las mismas razones, a esta imposición del anonimato.

Sin embargo, al parecer hay una excepción a la regla: la liquidación de Beria. En realidad, este último asesinato en el seno del grupo dirigente confirma la resolución de poner fin a los asesinatos *inter pares*. Las razones de ese crimen siguen siendo oscuras debido a la falta de testimonios y de documentos, al menos hasta hoy. Beria era el dirigente principal de la NKVD desde 1939: lo que le hacía temer por sus colegas, y a la vez amenazaba con hacerlo más popular que ellos, debido a que su cargo contribuía a presentarlo como el inspirador lógico del decreto que exculpaba a los médicos del Kremlin, así como el autor de la disminución del terror, al parecer simbolizada por este decreto. En realidad, esta decisión había sido precedida por la amnistía de un millón de presos, dispuesta por él, y fue seguida por una nueva orientación tendiente a conceder mayor latitud a los derechos de los no rusos en las repúblicas alógenas. En ambas medidas podía reconocerse la marca de Beria. Por último, si hemos de creer a las investigaciones recientes,[657] las intenciones «liberales» de Beria también apuntaban a la política exterior: al parecer, él fue el primero en proponer un encuentro secreto con Tito, y supuestamente redactó un documento, no menos secreto, con miras a restablecer la empresa privada en la República Democrática Alemana, de tal modo que esa medida sirviera de preámbulo a las condiciones en que habría de negociarse la reunificación de Alemania. Detenido desde junio de 1953, Beria fue liquidado en condiciones que aún ignoramos; no solo desapareció de la dirección del partido, sino también de la historia soviética, según un procedimiento ya consagrado.

De este modo, el último asesinato político típicamente estalinista fue, sin duda, el que sacrificó al más activo de los desestalinizadores. Como Beria también había sido uno de los más aduladores entre los sicofantes del Guía, así como el más feroz entre sus ejecutores, la operación pudo presentarse sin gran dificultad como la liquidación del último estalinista. Gracias a ella, los órganos de seguridad volvían a colocarse bajo el control del partido, lo que tranquilizaba a los conjurados provisionales de la dirección colectiva. Pero el interés del hecho consiste, ante todo, en que nos permite percatarnos de la estrechez del canal en que Malenkov, Jruschov y los demás trataban de hacer avanzar la chalupa que transportaba la herencia del bolchevismo: a los miembros de esta dirección colectiva solo los obliga a tolerarse el hecho de su respectiva debilidad individual y el recuerdo de los crímenes compartidos, que la sangre de Beria no puede borrar. Todos son aún hijos de Stalin en el momento en que se separan de él con la precaución de un fraile, incapaces de imaginar un universo político verdaderamente distinto del suyo, y condenados a caminar juntos so pena de perderlo todo, mientras sueñan precisamente con ganarlo todo.

Sin embargo, la lógica de la desestalinización, unida a la de la sucesión, empujará a los miembros de la dirección colectiva hacia adelante. Y como solo cuentan con esos dos conceptos para establecer una línea divisoria, para definir esta todos ellos pondrán el mayor cuidado en ensalzar los fundamentos del régimen: legitimismo inscrito, en todo caso, en su naturaleza y su funcionamiento, y tanto más indispensable cuanto que ellos se aprestan a criticar sus modalidades. La segunda transmisión del poder bolchevique —después de la que llevara de Lenin a Stalin — se opera, pues, como la primera, en el marco de la veneración a Lenin, pero, a diferencia de la primera, bajo los auspicios de un retorno al padre fundador. Por lo mismo, implica la sospecha de que el partido, bajo su segundo jefe histórico, haya

podido equivocarse al no interpretar correctamente las leyes de la historia. ¿En qué medida? ¿Cómo? ¿Por qué? Estas preguntas ya no las formulan Trotski o Tito: las vemos surgir nada menos que del sanctasanctórum; se les analiza en el interior de las murallas del Kremlin en su doble carácter: son inevitables, mas no por ello menos vertiginosas.

Una vez planteados, esos cuestionamientos se propagan casi por doquier, como fisuras que invaden el universo totalitario: se trata del rescate que es preciso pagar por el papel que ahí desempeña la ideología. La crítica de Stalin, implícita en las medidas que se llevaran a cabo de marzo a abril, ¿cómo no sería retomada, a modo de angustiada interrogante, por los centenares de miles de prisioneros liberados del Gulag en el verano? ¿Cómo la rehabilitación de los «batas blancas» podría no entrañar la de esta multitud de exenemigos del pueblo arbitrariamente condenados o sumariamente ejecutados? ¿Cómo los millones de *zeks* que permanecen en los campos de concentración aceptarían mantenerse pasivos después de haber entrevisto la libertad?[658] La desacralización de Stalin muerto, sucediendo tan de súbito a la adulación de Stalin vivo, da a la tarea de ablandamiento del régimen el carácter de un accidente en el terreno y, por lo mismo, enfrenta a los responsables de este designio, a su pesar, al incómodo dilema de dar marcha atrás o de huir hacia adelante.

No otra cosa ocurre en el exterior. En contra de lo que creyeron tantos augures del mundo occidental en los días que siguieron a la muerte de Stalin, la desaparición de este puso fin al periodo más crítico de la Guerra Fría, con lo cual quedó al descubierto el papel esencial que había desempeñado en ella. Pero si la URSS posterior a Stalin no tarda en firmar un armisticio en Corea, dado que poseía desde el origen del conflicto las claves del mismo, la conmoción producida en su régimen interior por las primeras medidas tomadas en la primavera de 1953

afecta todo el comunismo internacional, comenzando por los satélites del imperio en la Europa central y oriental.

Los acontecimientos de ese año de 1953 en el seno del mundo comunista prefiguran bastante bien, aunque en tono menor, el escenario en que 36 años después tendrá lugar el derrumbe del comunismo. En el centro del sistema, en Moscú, el estado mayor político se propone reformar el régimen edificado por Stalin; pretende eliminar el terror en el seno del partido y reducir las obligaciones militares en provecho del consumo. Este programa, difícil de aplicar, resulta casi una imposibilidad si se convierte en objeto de una competencia. Al menos, todo o casi todo ocurre en la cumbre, en el interior del aparato y conforme a la idiosincrasia del régimen. En los países satélites, por el contrario, las oligarquías comunistas son de implantación reciente, y su dominio solo data de unos cinco o seis años atrás; colocadas como están bajo el riguroso control de Moscú y en manos de veteranos del Komintern, son sin embargo lo bastante antiguas para recibir de lleno la crítica del estalinismo que les llega del Este y que las expone, a su vez, al levantamiento de las poblaciones. ¡Abajo las ambiciosas consignas de industrialización acelerada y de colectivismo rural a cualquier precio! Ha llegado el momento de olvidar ese plagio estalinista para inscribirse en la escuela de Malenkov-Jruschov. Estos propugnan un ritmo más lento, impulsar el consumo, moderar el miedo y la liberación o la rehabilitación de las víctimas del terror. En la Europa central y oriental ni las oligarquías estalinistas ni la misma idea comunista sobreviven fácilmente a ese cambio de rumbo.

Las primeras señales de la crisis se manifiestan desde junio en Checoslovaquia. En ellas ya es aparente esa mezcla inestable de sentimientos populares anticomunistas que en adelante dominará la opinión pública de los países de esta parte de Europa: huelgas obreras contra el bajo nivel de los salarios, frustracio-

nes nacionales provocadas por la dominación-ocupación rusa, reivindicaciones liberales y democráticas contra el sistema de partido único. Todavía en junio, exactamente los días 16 y 17, se levanta la primera gran rebelión popular contra el comunismo desde la de Kronstadt: la de los obreros de Berlín Oriental, que protestan por el aumento de las normas de producción, que exigen elecciones libres y maldicen al trío Ulbricht-Pieck-Grotewohl. El día 18, la intervención de los tanques soviéticos acaba con la insurrección. El día 19, son condenados a muerte por los tribunales militares soviéticos e inmediatamente ejecutados 19 «provocadores». El aspecto paradójico de todo el asunto se debe a que los sucesores de Stalin en Moscú, muy ocupados en apropiarse cada uno la crítica de su antecesor, refuerzan a su pesar en Berlín al hombre de Stalin, Ulbricht. Al liquidar a Beria, suprimen el personaje con quien contaban los opositores del secretario general en el interior del SED; y al disparar sus tanques contra los manifestantes, permiten que el más estalinista del Buró político recupere todo el poder. En 1933, el comunismo del «tercer periodo» había terminado en Berlín. Veinte años después, también es en Berlín donde los hombres de la nueva orientación sufren su primer fracaso; es decir, descubren los límites estrechos en los cuales se inscribe su afán de reforma.

Sin embargo, el carácter ultracentralizado del sistema, junto a la función todopoderosa que en él desempeña la ideología, no puede impedir que las primeras señales de una «desestalinización» en Moscú ponga en peligro todo el orbe comunista. En primer lugar en las repúblicas satélites, donde la implantación del régimen es reciente y donde las sociedades, pese al terror de los años 1948-1952, no están aún lo bastante «sovietizadas» para sufrir sin más los cambios provenientes de la cúspide. Conforme a la tradición, los dirigentes de Moscú quieren colocar a sus hombres en todas partes. Destituyen a Rákosi en Bu-

dapest, para sustituirlo por Imre Nagy; poco después sacan de la prisión a Gomulka en Polonia. Al proceder así, sin embargo, se exponen a un doble peligro: por una parte, comprometen de antemano el cambio que preconizan dándole la forma de una orden de Moscú; por la otra, al abrir la puerta a la denuncia de los «errores» del pasado, debilitan a la vez la dictadura de los partidos hermanos entre ellos y la autoridad absoluta que sobre ellos tienen.

Así, el fin del terror desquicia todo el sistema comunista internacional. Pero ello no se debe a que se vea amenazado desde el exterior; al contrario: el Oeste no pretende en ningún momento beneficiarse de las circunstancias. Lo que afecta al comunismo es poner en entredicho sus dos pasiones madres: el temor y la fe. El debilitamiento del primero se traduce en la crítica de los fundamentos de la segunda, pues libera la reflexión al tiempo que obliga a dar marcha atrás ante la necesidad del terror. Sin embargo, es en este terreno peligroso por el que Jruschov ha decidido avanzar para encontrar allí la ocasión de eliminar a sus rivales, antes de que suene para él la hora de pagar. En febrero de 1955, Jruschov obtiene el remplazo del «liberal» Malenkov por Bulganin en el cargo de presidente del Consejo de Ministros; por otra parte, humilla a Mólotov —y a la vieja guardia de Stalin— al ir a Yugoslavia en mayo a presentar sus excusas públicas a Tito por la ruptura de 1948. Pero eso no basta. Su verdadera toma de poder tiene lugar en el XX Congreso del PC de la URSS, en febrero de 1956.

El discurso «secreto» de Jruschov en el XX Congreso probablemente constituye, para el historiador de la idea comunista, el texto más importante que se haya escrito en el curso del siglo. Sin embargo, su tema está lejos de ser el más profundo, el más completo o el más nuevo: a pesar del formidable secreto que rodeó al régimen soviético desde 1917, y a pesar también de la alta barricada de mentiras que se erigió para proteger su

mitología, la historia de la URSS ha sido objeto de cierto número de libros excelentes. Los mejores, como el *Stalin* de Suvarin, fueron escritos por disidentes, por razones fáciles de comprender. En efecto, solo los excomunistas poseen a la vez la experiencia interior del sistema y la posibilidad de analizarlo desde el exterior. Este «exterior» debe interpretarse en el doble sentido espiritual y material, ya que la capacidad de conocimiento solo se adquirió al precio de la ruptura, y la oportunidad de publicar está subordinada a una vida fuera de la URSS. Pero esos excomunistas, convertidos en testigos de cargo de la causa a la que habían servido, tuvieron que pagar muy caro su apostasía: ¿cómo creerles, ya que no ha mucho sostenían lo contrario de lo que ahora escriben? ¿Cómo no pensar que en ambos casos se equivocaron, y que su juicio se dejó llevar por la pasión tanto en la adhesión como en la repulsa? A esta desconfianza intelectual se une la acusación moral de haber cambiado de bando y de amigos, y semejante recriminación resulta capital en un siglo en que las pasiones políticas han tenido tan a menudo el carácter de guerra civil. Así, la literatura de los excomunistas sobre la Unión Soviética nunca ha gozado de gran credibilidad. En cuanto a la otra, la que se escribe en la universidad, apenas comenzó a aparecer en el decenio de los años cincuenta, empezando por los Estados Unidos y obedeciendo a la situación internacional de la posguerra.[659]

Ahora bien, el «informe secreto» de febrero de 1956 trastorna de un solo golpe, en cuanto se da a conocer, la posición de la idea comunista en el universo. La voz que denuncia los crímenes de Stalin ya no proviene de Occidente, sino de Moscú y, lo que es más, del sanctasanctórum de Moscú, el Kremlin. Ya no es la voz de un comunista que ha roto con su bando, sino la del primero de los comunistas del mundo, la del jefe del Partido de la Unión Soviética. En lugar de verse afectada por la desconfianza que inspira el discurso de los excomunistas, está investi-

da de la autoridad suprema que el sistema ha otorgado a su dirigente. Por ello esa voz adquiere una fuerza universal, tanto entre comunistas como entre no comunistas. Los primeros tienen ya la vieja costumbre de creer a sus dirigentes por la sola virtud de su palabra y, por lo demás, la crítica de Stalin se les ha dosificado en pequeñas cantidades desde marzo de 1953. Los segundos no tienen ninguna razón para poner en duda las «revelaciones» del primer secretario del Comité Central: si son hostiles al comunismo, ahí encuentran una confirmación de sus opiniones, o de lo que ya sabían; si desconfían del anticomunismo, ¿cómo podrían rechazar, empero, el testimonio de un hombre que ha atravesado toda la época al lado de Stalin, y que ha decidido libremente ensombrecer la causa a la que sirve? La extraordinaria influencia del «informe secreto» sobre los ánimos se debe a que no tiene contradictores. Durante algunas semanas, solo se discute sobre su autenticidad. ¡Así de sorprendente o de incómoda es la noticia![660] Pero una vez confirmada esta, el contenido del texto forma parte, para todos, de la historia del comunismo, reuniendo en torno de lo que denuncia, por primera vez desde 1917, a adversarios y a partidarios del régimen soviético.

¿Por qué provocó Jruschov esta unanimidad peligrosa en torno a la crítica de Stalin? ¿Por qué corrió el riesgo de debilitar el conjunto del universo comunista? ¿Cómo no se detuvo a reflexionar con mayor cuidado en los estragos inevitables que la denuncia de los crímenes de Stalin causaría en un movimiento en el que la ideología constituye su razón de ser y el culto de Stalin, la religión unitaria? Más adelante, en sus *Recuerdos*,[661] Jruschov dio a esas preguntas su propia respuesta, que no parece inverosímil. El clima político del Presidium del partido, tal como él lo reconstruye, es, sin duda, semejante al que siguió a Termidor. La liquidación de Beria no bastó para exorcizar el fantasma de Stalin, que siguió rondando a sus sucesores. Tito se

burló un poco de ellos en 1955, cuando pretendieron endosar a la cuenta del exjefe de la policía la ruptura ruso-yugoslava de 1948. Pero los sucesores dijeron demasiado, o demasiado poco. Él, Jruschov, quiere ir más lejos, pese a las resistencias de los miembros de la vieja guardia: Voroshílov, Mólotov, Kaganóvich, y pese a las reticencias de Malenkov.[662] Mikoyán, por su parte, ya no está en contra. Por último, los sucesores deciden formar una Comisión Investigadora, dirigida por Pospélov, uno de los «teóricos» del partido, director del Instituto Marx-Engels-Lenin en los años 1949-1952. Pero una vez elaborado el expediente del tirano muerto, ¿qué hacer con él?, ¿cómo utilizarlo? Más aún: ¿es necesario utilizarlo?

Esta es la verdadera pregunta del XX Congreso, aunque el debate tiene lugar entre bastidores. En apariencia, el ritual procede conforme al uso clásico: un informe terso, una dirección colectiva, unos delegados unánimes. Pero Jruschov quiere ir más lejos y dar a conocer a los camaradas el contenido medular del expediente elaborado por la Comisión de Pospélov. Sin duda intervienen en su intención elementos políticos, relacionados con la lucha por el poder: al afirmarse ante el partido —una de las grandes víctimas de las purgas de 1936-1939— en la vanguardia de la «desestalinización», el primer secretario pretende consolidar su posición, a la vez contra la vieja guardia y contra su principal rival, Malenkov, que emprende la retirada. Jruschov ofrece un argumento excelente, imposible de refutar, a saber: que de todas maneras los crímenes de Stalin no podrían seguir ocultos, pues centenares de miles de prisioneros liberados del Gulag van a reintegrarse a la vida pública y a narrar lo que han vivido. Pese a las protestas de Mólotov, Voroshílov y Kaganóvich, el Presidium cede a la lógica de lo que ha comenzado a gestarse en 1953. Liberar a los presos no es nada; también hay que disponerse a escucharlos y a responderles.

Jruschov se encuentra, durante la transmisión del poder soviético, entre dos generaciones de dirigentes.[663] Es demasiado joven para haber servido cerca de Stalin durante la guerra civil, como Kaganóvich o Mólotov, y demasiado viejo para ser un producto puro del estalinismo, como Brézhnev. Además, no ha realizado lo más relevante de su carrera en Moscú —en el corazón del aparato del partido, como su contemporáneo Malenkov—, sino sobre el terreno, en Ucrania. Esas peculiaridades de su existencia no bastan para otorgarle verosimilitud cuando, en sus *Recuerdos*, asegura haber ignorado casi todo respecto de las matanzas perpetradas por orden de Stalin. Lo que esas peculiaridades sí pueden explicar, es que se haya sentido menos culpable que Mólotov o Malenkov, y que haya sido menos cínico que Brézhnev. Jruschov, inscrito en el Partido Bolchevique pocos meses después de Octubre de 1917, figuró como soldado raso en la guerra civil y se incorporó a la política durante los tiempos heroicos del bolchevismo, como hijo de Lenin. Treinta y cinco años después, al parecer ese fuego aún arde en él, pese a todas las catástrofes que el primero ha causado, y el «retorno a Lenin», una consigna casi obligatoria, está más presente en el pensamiento que un retroceso táctico de político: lo que no es sino la expresión de una verdadera esperanza. La pasión dominante del bolchevismo estalinista en Rusia ha sido el temor. Pero aún en esta época tardía, ese temor no ha logrado despojar a la ideología de su fundamento en la creencia. Jruschov cree lo que dice, y eso es lo que le permite encarnar con tanto vigor, y el primero entre todos, la figura que va a dominar en adelante las representaciones imaginarias del comunismo: en especial, la de una remodelación general del edificio. Y también eso es lo que da a su persona ese aspecto atractivo que conservó aún después del fracaso.

¿Qué dice Jruschov en ese famoso discurso? ¿Qué ocurrió en aquella noche del 24 al 25 de febrero de 1956, en la sala del

Gran Palacio del Kremlin? Cuando el primer secretario sube a la tribuna, no es posible que no lleve en el bolsillo su discurso escrito: los jefes bolcheviques no tienen la costumbre de improvisar, y la cuestión es tan delicada que lo permitiría menos que nunca. Jruschov narra en sus *Recuerdos* que Pospélov se encargó de retocar su informe para darle forma de discurso;[664] pero el texto debió de ser objeto de una última afinación, en *petit comité*, sin que pueda saberse hasta hoy cuál es la parte personal del orador, que supongo es importante. Toda la dificultad del asunto consistió en deslindar con la mayor exactitud la parte de verdad que podía decirse, de modo que no pusiera en entredicho ni a los sucesores de Stalin ni al partido ni al régimen. Romper y sin embargo continuar; descubrir y sin embargo ocultar: el secreto del «informe secreto» reside en ese sutil equilibrio que, por lo demás, habrá de hallar expresión en la boca de un orador propenso, por costumbre, al efectismo.

El blanco del discurso es Stalin.[665] Malenkov es citado una o dos veces, pero como ejecutor, y solo de paso. El conjunto de los miembros del Presidium se mantiene colectivamente al margen del asunto, pues todos fueron excluidos de la toma de decisiones. Beria pagó ya por todos ellos, de modo que vuelve a aparecer entre los que rodean a Stalin como el único villano de la historia, y es tildado, en otro fragmento del discurso, de «agente de un servicio de espionaje extranjero»: lo que significa que las costumbres del terrorismo sobreviven en la misma voz que las denuncia. De hecho, el proceso póstumo de Stalin se lleva a cabo de manera muy selectiva. Se apoya sobre el célebre testamento de Lenin, por fin reintegrado al patrimonio bolchevique, pero legitima la eliminación de Trotski y de Bujarin. Acusa al antiguo secretario general de innumerables liquidaciones arbitrarias, pero no dice ni una sola palabra sobre las atrocidades que acompañaron la colectivización de la agricultura. Este silencio obedece a dos preocupaciones: la primera es

que el retorno a Lenin no incluye una condena a la edificación del «socialismo en un solo país», del que son hijos todos los dirigentes del XX Congreso. Antes bien, se trata de un retorno al espíritu de Lenin en el interior del régimen edificado por Stalin: la ambigüedad de este planteamiento pone al descubierto con bastante claridad la de la empresa. La segunda preocupación se deduce de la primera: a través de los delegados al congreso, Jruschov se dirige al partido, no a la sociedad. Resulta difícil creer que haya podido pensar que su discurso permanecería secreto. Por lo demás, su propio autor no tardó en comunicar su tenor o el texto a diferentes instancias diplomáticas soviéticas y a los partidos hermanos. Sin embargo, lo concibió como un documento interno del movimiento comunista. En él, Stalin no es acusado de haber martirizado a los pueblos de la URSS, sino de haber aterrorizado, torturado y asesinado a sus camaradas, a partir del asesinato de Kírov, en 1934.

No obstante, en la segunda mitad de su discurso, después de haber dicho tantas cosas horribles ante una audiencia atónita, Jruschov rebasó ese marco cuando emprendió la crítica de Stalin durante la guerra. No contento con haber derribado la efigie del secretario general, atacó también al mariscal, esta vez por lo que se refería a su derecho de legitimidad, ya no en la oligarquía del partido, sino en el contexto de la nación. Se negó a cederle la página más gloriosa de la historia de Rusia escrita por el régimen. Cobardía, incompetencia, jactancia: tales fueron las «virtudes», según su sucesor, del célebre caudillo de la guerra que tanto se autocelebró, apartando a la hora de la victoria a todos los que habrían podido hacerle sombra. Peor aún: Stalin utilizó la coyuntura de la guerra para acrecentar su tiranía. Hizo deportar en masa a las naciones pequeñas, sin que hubiese para ello ninguna justificación en el orden militar. Jruschov no dijo nada de las matanzas de campesinos ucranianos en los años de la colectivización; pero sí habló de la deporta-

ción, en 1943-1944, de los kalmukos, de los chechenos y de los balkares. Los ucranianos —añade, mitad en broma, mitad con aire trágico—, se salvaron de ese destino por su simple número. Aunque él era el último que podía hablar de un poder totalitario, evocó sin embargo su espectro, como para despojar al recuerdo de Stalin del periodo más memorable de su reinado: aún en la gran guerra patriótica, el tirano encontró ocasión para forjar nuevas cadenas a los pueblos de la Unión Soviética.

El interés cardinal del «informe secreto» reside precisamente en esta amplificación de su objeto inicial. Como los termidorianos franceses, Jruschov quiso salvar una parte para no perderlo todo: lo que confiesa del terror le otorga a la repulsa de este un carácter solemne. Solo que ha exagerado, y ello le impide dar por resueltas las cuestiones que ha planteado: los termidorianos tampoco hubieran podido hacerlo. Tal vez la historia dirá un día si el intérprete se mantuvo fiel al libreto original, o si se excedió. El hecho es que el día en que el «informe secreto» se da a conocer públicamente, el mundo comunista ha perdido sus insignias, más que entrar en una época nueva.

Jruschov bautizó el mal que había denunciado, «el culto a la personalidad»; pero la expresión, puramente descriptiva, no explica en absoluto el surgimiento de ese mal inédito en un partido cuyos militantes supuestamente son los servidores de una causa que los ciñe y que los trasciende. El movimiento de la historia puede tener sus artífices o sus adversarios, pero no sus usurpadores. A su manera un poco primitiva, el primer secretario ha señalado la principal contradicción del bolchevismo, que ya se perfilaba con claridad en tiempos de Lenin y que resulta manifiesta bajo Stalin: el lugar que se da a la voluntad política en el movimiento bolchevique no concuerda con el papel asignado a las leyes del desarrollo social; por el contrario, contribuye en buena medida a propiciar el «culto a la personalidad». Solo que al no poder plantear la cuestión en otros tér-

minos que los del marxismo-leninismo, Jruschov la ofrece en bruto y con su misterio intacto a los militantes: ella entraña, en efecto, el problema de concebir la conjunción de la sociedad «socialista» y del poder absoluto, fundado sobre la policía y el terror, de un solo individuo.

La contradicción sería llevadera, sin duda, si hubiese permanecido reprimida. Pero el «informe secreto» la ha puesto al descubierto bruscamente como una negación radical, pues lo que denuncia con tanta violencia es precisamente lo que era ensalzado *urbi et orbi*. El hombre cuyos asesinatos enumera, cuya arbitrariedad e incompetencia denuncia, fue venerado como un genio incomparable por los mismos que hoy lo cubren de denuestos. Los hechos mismos han cambiado de sentido, de modo que en adelante habrá que presentarlos conforme a su nuevo significado, sin que los especialistas de su significación anterior hayan podido explicarlos verdaderamente. La manipulación de la historia, vieja técnica estalinista, encuentra sus límites al ejercerse en sentido inverso, como agua de juvencio: si denunciamos retrospectivamente la sucesión de las mentiras, ¿dónde nos detendremos? Si transformamos en paranoico criminal al hombre venerado como un genio universal, ¿quién nos creerá? Stalin ocupó un lugar excesivamente preponderante en el movimiento comunista para que pudiera ser objeto de una llana operación de limpieza, así fuera esta pública. Sus herederos, sean compañeros o hijos infieles, no pueden matarlo sin herirse a sí mismos.

El XX Congreso del PC de la URSS y el informe secreto han confirmado, con estrépito, lo que ya se barruntaba desde 1953: que la cuestión de la «desestalinización», como se le designa en la época, se encuentra en el meollo de las luchas de sucesión en Moscú. El término implica una renuncia, al menos parcial, al terror, y los herederos han jurado sobre el cadáver de Beria no volver a matarse entre sí, al mismo tiempo que comenzaban a

devolver la libertad a centenares de miles de *zeks*. Pero la «desestalinización» también significa un «nuevo derrotero» económico, con miras a favorecer la producción de bienes de consumo. Por último, y sobre todo, implica la revisión de un larguísimo periodo de la historia de la Unión Soviética y del movimiento comunista internacional. En un cuarto de siglo, Stalin no solo había creado una sociedad y un régimen, sino que también había establecido su genealogía y su doctrina canónicas. Privado de legalidad —como lo está por definición—, el comunismo había conservado a través de la figura histórica de su dirigente un grado extraordinario de legitimidad: en el fondo, el principal misterio de la Rusia estalinista es haber prolongado, en provecho de un territorio y de un Estado, el encanto poderoso pero fugaz de la idea revolucionaria encarnada en un hombre.

Al impugnar retrospectivamente a este hombre, ¿cómo no empañar ese encanto? La pregunta es tanto más inquietante cuanto más amplio y diverso es el movimiento. Este siempre ha sido internacional; pero antes de la guerra no incluía fuera de la URSS más que a unos partidos cuyos cuadros eran celosamente elegidos en función de su fidelidad incondicional al «centro», cualesquiera que fuesen los virajes de la política y de la ideología. A partir de 1945, el movimiento también engloba a gobiernos extranjeros mediante la interposición de comunistas. Como lo hemos visto en la escisión titista de 1948, estos gobiernos pueden verse tentados por la independencia nacional. Además, fuera de su esfera particular, deben tomar en cuenta la opinión pública, que aún se acuerda de los breves encuentros con la nación y con la libertad, al concluir la guerra. Los pueblos de la URSS, habituados al yugo ruso y sin una tradición liberal, están intoxicados desde hace mucho de despotismo, y el estalinismo ha podido gozar ahí de una larga vida. Los polacos, los checos, los húngaros, al ser herederos de una historia menos

oriental, solo han conocido cinco o seis años de sometimiento cuando muere Stalin.

De este modo, el margen para maniobrar de los hombres del Kremlin se ha reducido, al tiempo que ha aumentado su poder. Ello es porque la desestalinización, inscrita en los requerimientos de la sucesión, afecta a la vez su legitimidad y la de todo el sistema comunista. Si se la lleva demasiado lejos y con excesiva energía, será grande el riesgo de poner en peligro la unidad del movimiento, organizado aún como ejército ideológico y, lo que es más, también peligrará la cohesión del Imperio soviético. En 1955, la ruptura con Tito se endosó a la cuenta de las sospechas enfermizas de Stalin; pero el coro de los denunciadores de Tito fue tan unánime y tan vehemente a partir de 1948, que la reconciliación puede crear más tensión que restaurar la unidad. Asimismo, la exportación brutal, a la antigua, de la nueva línea política del Kremlin en los partidos comunistas, crea inevitables disensiones internas, particularmente peligrosas cuando esos partidos tienen el poder.

El aparato internacional está acostumbrado a los virajes, y ya ha visto no pocos. Sin embargo, este es de un tipo particular, pues no pone en entredicho la táctica ni la estrategia del movimiento, sino su mentira constitutiva; y también porque recupera los tonos de Trotski o de Suvarin, y porque es obra de una dirección nueva, cuyos observadores experimentados no tienen ninguna dificultad para adivinar que ya se ha dividido. Antes que tener que tomar parte en el terror estalinista, los nuevos dirigentes pueden verse tentados por la resignación, aguardando que vengan días menos difíciles para su identidad política, y esperando contar con Mólotov para ofrecer resistencia a Malenkov y con Voroshílov para enfrentarse a Jruschov. Queda en pie el hecho de que el informe secreto, proferido por la más alta autoridad comunista de la Unión Soviética, más bien invita a

los nostálgicos de Stalin a la retirada en orden que al mentís y a la contraofensiva.

Por otra parte, en los países de la Europa central y oriental en que los partidos comunistas son los amos del poder desde 1947-1948, la liberación prometida en Moscú desde la primavera de 1953 suscita en la opinión pública expectativas que exceden lo que de esa promesa cabe esperar. Ya lo hemos visto, no ha mucho, en la Alemania del Este, donde los obreros han organizado manifestaciones contra las normas de producción del plan, pero también contra Ulbricht y en pro de unas elecciones libres. Casi por doquier, en los años que separan la muerte de Stalin del XX Congreso, el «nuevo derrotero» ha quedado simbolizado por el remplazo de los antiguos dirigentes por otros nuevos; pero también ha generado brotes de opinión que ponen en entredicho ya no las modalidades del régimen comunista sino sus fundamentos: los campesinos contra las cooperativas, los obreros contra los bajos salarios, los intelectuales contra la censura.

Esta coyuntura de incertidumbre y de inestabilidad pudo ser una de las razones que incitaron a Jruschov a cortar por lo sano, en febrero de 1956: después el informe secreto, nadie podrá ya declararse descendiente de Stalin.

Sin embargo, no se ve que el primer secretario hubiese abrigado el temor, en aquella época, de un repunte masivo de los fieles del dictador muerto; a menos que haya creído que la dimisión de Malenkov, remplazado el año anterior por Bulganin, hacía necesario asestar un golpe del otro lado. Tal vez, sencillamente, haya tenido a la vista, ante todo, la situación soviética, como lo dice en sus *Recuerdos*. Los sobrevivientes de los campos de prisioneros van a regresar, y van a hablar. Extirpar el culto a Stalin de la historia rusa puede parecer una empresa más difícil que criticar su papel en el marco del comunismo internacional. Para realizar esa tarea se necesitarán medios más

radicales. Pero será en el país en que Stalin solo reinó indirectamente, y no más que durante algunos años, donde la denuncia de sus crímenes en el interior de la URSS provocará los efectos más inmediatos.

De Polonia a Hungría, los pueblos acaban de conocer, en una escala mucho menor, la arbitrariedad y el terror inseparables del «culto a la personalidad». También ellos han visto por doquier los retratos de Stalin; pero sus pobladores no han sido «sovietizados» aún, y la condición política del hombre no ha desaparecido por completo, por falta de tiempo: todavía existe el campesinado, pese a los progresos forzados de la colectivización, y los obreros no han olvidado la tradición de la acción colectiva. Las antiguas clases dirigentes se ocultan o se adaptan, pero aún no han sido exterminadas como en la Rusia de Lenin. El antiguo mundo no constituye un recuerdo lejano, y el de antes de la guerra se encuentra embellecido por la posguerra. Los polacos aún están orgullosos de haber conservado, frente a los rusos, la frontera católica de Europa. Los húngaros se vanaglorian de haber sido los asociados de los austríacos y de los alemanes contra los eslavos. Los checos tuvieron su época de esplendor en la Europa del Tratado de Versalles. Todos recuerdan haber sido independientes y haber combatido durante mucho tiempo por llegar a serlo. La opresión rusa aglutina provisionalmente, contra ella, esos sentimientos colectivos.

Debido a todo lo anterior, la «desestalinización» adquiere en esos aledaños recientes del Imperio soviético un carácter más dramático que en la URSS. En los confines de esta, en efecto, pronto desborda los intereses interiores del movimiento comunista, en la medida en que promueve el cuestionamiento del régimen y el de la nación. Ante los delegados del XX Congreso, Jruschov no tuvo mayores dificultades para distinguir entre la edificación de la sociedad socialista y el terror, es decir, entre la acción benéfica y la acción nefasta de Stalin. Pero ¿en Varso-

via?, ¿en Budapest? Lo que el antiguo *apparatchik* ucraniano no ve es de la misma naturaleza que lo que su lejano sucesor Gorbachov ignorará, más de 30 años después: la fuerza de la opinión. Ambos son servidores de un régimen en que el fenómeno de la opinión carecía de existencia autónoma, y por esta razón no saben calcular sus alcances en otras partes; pero semejante falta de visión resulta obligada si esta otra parte se encuentra en el radio de acción de su poder. En 1956 como en 1989 las cosas ocurren como si los dos más grandes y únicos reformadores de la historia soviética, que recién han resultado vencedores en su patria de una batalla interna del partido, descubrieran en sus fronteras, y también en su Imperio, otro paisaje. Lo que emprendieron en Moscú sin causar ningún sobresalto, tuvo en Varsovia, en Berlín y en Praga efectos subversivos, si se acepta que lógicamente no podía suceder de otra manera: el régimen soviético es tanto más imposible de reformar cuanto que en esos países es más reciente y más europeo. La estructura imperial del sistema compromete en sus confines occidentales su capacidad de evolución.

En todo caso, Jruschov había asegurado de antemano sus derechos sobre la herencia territorial: en mayo de 1955, el llamado Pacto de Varsovia había sellado la unión política y militar del bloque soviético al grado de posibilitar, en caso de necesidad, una ayuda mutua «fraternal». Pero su informe secreto actúa en sentido inverso. El partido yugoslavo, que lo recibe calurosamente, lo interpreta en un sentido tan descentralizador que Jruschov, tras haber procedido a la disolución del Kominform en abril de 1956, debe reafirmar poco después el papel dirigente del PC de la URSS.[666] Después de estas delicadezas protocolarias a modo de preámbulo, tiene lugar la gran prueba por la que ha de pasar el jruschovismo, y que irrumpe en dos oleadas: el asunto polaco y la revolución húngara. No se trata sino de

otros enfrentamientos de rutina, pero los pueblos les otorgan lo que ha constituido su importancia histórica.

En efecto, en el origen de estos conflictos encontramos la crisis interna de los partidos comunistas, la cual inició desde 1953 a partir del hecho de que en Moscú se pusieron en entredicho los arrestos arbitrarios, la liberación en masa de prisioneros, el comienzo de las rehabilitaciones. Cada república satélite ha experimentado en pequeña escala y a lo largo de un breve periodo el terror político, ya sea en forma pública o en forma secreta. Per tanto, siguiendo el ejemplo de la URSS, cada una deberá explicarse, rehabilitar a los muertos embarazosos y liberar a quienes ha aprisionado por error… Algunos resultan candidatos al poder. En Polonia no hubo grandes procesos públicos a la manera de Rajk o de Slánský. Pero el secretario general del partido, Gomulka, fue destituido en 1948, excluido del partido en 1949 y luego aprisionado en 1951, acusado de desviación nacionalista de derecha. El día de su liberación, prevista como inevitable y que tuvo lugar en 1954, esa imputación hará de Gomulka el símbolo de un comunismo a la vez liberal y nacional. A falta de un sistema político pluralista, es en el interior del Partido Comunista donde se ejerce la presión de la sociedad. Desde esta época, el «nuevo derrotero» saca a la luz las cuestiones reprimidas o prohibidas, desde la exterminación de los jefes del Partido Comunista Polaco en 1938[667] hasta las torturas aplicadas por los órganos de la Seguridad del Estado a los presos políticos. *Mutatis mutandis* no ocurre otra cosa en Hungría, donde, desde junio de 1953, Rákosi, incondicional de Stalin —nada menos que el gran guionista del proceso de Rajk—, ha tenido que compartir el poder con su rival Imre Nagy, el cual se muestra hostil a su política económica de industrialización a ultranza. Semejante compromiso le ha sido impuesto a Rákosi desde Moscú: él ha logrado seguir siendo el jefe del partido, mientras que Nagy se convierte en el jefe de gobierno. De suer-

te que en el Partido Comunista Húngaro confluyen dos políticas. La diferencia con Polonia es que Rákosi logra recuperar todos los poderes en 1955 y aplazar la hora de las cuentas cuando esta iba a sonar.

Al considerar el breve periodo que va de la muerte de Stalin al discurso secreto de Jruschov (menos de tres años), el historiador se ve invadido por un doble sentimiento. Por una parte, todo sigue como antes, en el sentido en que todo sigue teniendo su fuente en Moscú, tanto las decisiones políticas como la elección de hombres. Pero dado que, por otra parte, Moscú ya no es Moscú, el conjunto del mundo comunista se encuentra suspenso, como si estuviese inseguro del porvenir. La muerte de Stalin demostró lo mismo que su vida: faltante su voluntad, el universo que él había creado perdería algo fundamental. Solo él podía llevar, en virtud de la mezcla de temor y de adoración que inspiraba, la pesada carga de mentira y de terror que legó a sus sucesores. Estos la heredaron, pero hubiesen deseado no tener que soportar su peso y sus riesgos; no obstante, no pudieron liberarse completamente de ellos, y menos aún repartírselos. De ahí que la cuestión de los procesos, de las purgas y del terror constituya el punto cardinal de esos años en que se estremece la identidad comunista. Esa cuestión ya no es planteada por el enemigo —lo que la haría inofensiva—, sino desde el interior y por los compañeros de Stalin —lo que le imprime una fuerza incomparable, pues las víctimas de la paranoia estalinista eran asimismo comunistas.

En el XX Congreso, el más valeroso y el más inteligente de los sucesores de Stalin abrió la herida. Quiso decidir lo que era condenable y lo que no lo era; pretendió trazar la línea divisoria entre la herencia aceptable y la herencia recusable. Esta práctica ya había sido intentada en dosis homeopáticas desde 1953, pero no había tenido resultados muy halagadores. Esta

vez, emprendida como un ambicioso proyecto histórico, tampoco tiene mayor efecto estabilizador.

El informe secreto no representa un texto importante de análisis político, lo que le será reprochado a Jruschov por muchos, sobre todo por los marxistas. Pero tiene algo que un tenor más filosófico hubiese desvirtuado: su acento de indignación y su claridad de lenguaje, que hacen de él un documento único en toda la literatura comunista. Gracias a que se mantiene ajeno a la lengua técnica y a que escapa como por milagro de esa órbita de mentiras, el informe obtiene, debido precisamente a ese contraste, un efecto universal que se extenderá mucho más allá de las circunstancias en que fue escrito. Las circunstancias en las cuales se le acoge pronto lo confirmarán.

En la historia del comunismo, la segunda parte del año de 1956 pertenece a los polacos y a los húngaros. Ante todo, es la experiencia de esos dos pueblos la que pone punto final, casi por doquier en Europa, a la gran época mitológica del sovietismo. No repetiré el relato pormenorizado de esos dos; episodios, que, por lo demás, ya han sido objeto de excelentes obras. [668] Lo que tienen de nuevo esas dos historias paralelas es que ponen de manifiesto la intervención de la opinión y de los pueblos en la política nacional, aun cuando esta siga siendo monopolio del partido. En ambos países, la frustración es evidente a partir de la muerte de Stalin, y la agitación se incuba subrepticiamente. En 1955, los intelectuales —periodistas, escritores, profesores, estudiantes— forman núcleos de oposición organizados, disponiendo las más de las veces de las instituciones oficiales del régimen, destinadas a regimentarlos: uniones de escritores, revistas literarias, periódicos, escuelas y asociaciones de estudiantes. No tardará en nacer una multitud de clubes que harán revivir las grandes horas de 1848. En Budapest, el círculo de Petöfi[669] hace la guerra a Rákosi. En Varsovia, la juventud opositora se reúne en torno del semanario *Po Prostu*, antes de

llegar a constituir, en abril de 1956, una federación nacional de clubes.

En esta creciente multitud de jóvenes que se manifiestan en nombre de la libertad, muchos de ellos, al menos entre los más activos, aún ayer eran partidarios de la dictadura del proletariado. Reclaman la democratización del régimen tras haber condenado la democracia como una ilusión burguesa. En el bolchevismo vencedor vieron, al finalizar la guerra, la esperanza nacional y la emancipación social; pero en el bolchevismo reinante esos jóvenes ven, pocos años después, sus patrias subyugadas por el Ejército Rojo y sus asociaciones vigiladas por la NKVD. La desestalinización que ya se ha puesto en marcha en Moscú le ofrece una segunda oportunidad a sus países y a su fe, siempre y cuando ellos también sepan denunciar y poner fuera de combate a los hombres y las instituciones que colaboraron con los agentes de Stalin. Por lo demás, la revolución no había ocurrido en 1945 ni en 1947; pero he aquí que se redime en 1956, engalanada con los colores deslumbrantes de la nación.

Esta revuelta ilustra la resurrección —y la flexibilidad— de cierto optimismo revolucionario, una vez quebrantada la fascinación o la fuerza que había hecho de él un subproducto del marxismo-leninismo. Los rebeldes del verano de 1956 crecieron en esa mentira de grado o por fuerza; pero la desaparición del engaño libera más aún a quienes estaban convencidos que a quienes se habían sometido a él. La costumbre militante se encarga del resto, dándole a todo el episodio la alegría de haber recuperado un discurso verdadero. Al levantarse contra la opresión soviética en nombre de sus esperanzas frustradas o de sus libertades escarnecidas, esos jóvenes no pretenden volver al pasado y restaurar no se sabe qué. Lo que quieren es salvar la idea socialista del naufragio al que la ha arrastrado la historia de la URSS, así como renovar el espíritu de Octubre para oponerlo a la tiranía que él mismo engendrara. Para estigmatizar a

los jóvenes rebeldes, los burócratas en el poder exhuman de sus gavetas una vieja palabra perteneciente al vocabulario de excomunión del socialismo marxista: los llaman «revisionistas».

Revisionistas: el adjetivo fue forjado en la transición del siglo XIX al siglo XX, cuando la polémica entre Bernstein y Kautsky, [670] para condenar las tesis del primero como contrarias al marxismo. El término es menos brusco que «renegado», epíteto que será utilizado poco más adelante por Lenin contra Kautsky.[671] En el ínter, la terminología del desacuerdo ha optado por el insulto; pero incluso como mera expresión de una desavenencia, no deja de implicar la idea de una interpretación tan nueva como falsa de la doctrina de Marx. El «revisionista» es un hereje surgido del seno de la creencia ortodoxa, de la que propone una versión inédita, diferente de la de los intérpretes autorizados. Sin embargo, el término ha perdido en 1956 ese sentido inequívoco, tomado de la analogía con la religión. A la sazón designa un conjunto de ideas políticas que comparten el carácter de pertenecer, en mayor o menor medida, a la tradición socialista, pero al que no sería fácil atribuirle un autor único, y ni siquiera una inspiración idéntica. El acento libertario de la rebelión constituye el desquite póstumo de Rosa Luxemburgo sobre Lenin; pero el llamado al sentimiento nacional no pertenece ni a uno ni a otra. El proceso que se entabla al estalinismo lleva a todos los espíritus a rechazar la «dictadura del proletariado», preñada de la del partido; pero también redescubre los dilemas del pluralismo democrático, que Lenin había reprimido en lugar de resolver. ¿Habrá que tratar estos problemas a la manera reformista, como los socialdemócratas de Occidente, o al modo revolucionario, reinventando el porvenir?

Es entonces cuando reaparece la idea de los «consejos». Muerta desde Kronstadt, esa idea resurge entre los escombros del bolchevismo polaco y húngaro para llenar de terror a los descendientes del bolchevismo ruso. Los dos primeros movi-

mientos no se limitan a tomarla prestada de la tradición revolucionaria; esa idea ha surgido de algunas fábricas: primero en Varsovia, en la primavera, para luego ser retomada en Budapest, en el otoño. Ella es menos sorprendente de lo que parece, pues en última instancia se dirige a las dos únicas clases urbanas que el régimen había dejado, si no de pie, al menos con cierta conciencia de existir: los obreros y los intelectuales. Lo chusco de la situación se debe a que las dos alas del comunismo en marcha —o que presumen ser tales— se han transformado en las dos alas del movimiento en marcha contra la dictadura comunista, tomando su lema fundador del régimen que desean destruir. De hecho, esos «consejos obreros» que se adaptan al nuevo estilo de 1956 apenas se asemejan a los soviets de Petersburgo de 1917. Como sus predecesores, combaten por el pan y por la justicia; pero también, en Polonia, por la libertad de la Iglesia católica, y en ambos países, además, luchan por la libertad de la nación. Los himnos patrióticos polaco y húngaro se escuchan con más frecuencia que *La Internacional*. Profesores y estudiantes enaltecen a los trabajadores de las fábricas, no porque los consideren la vanguardia de la lucha de clases, sino porque ven en ellos a los soldados de la libertad y del renacimiento nacional.

En ambos países, la Unión Soviética sofoca la rebelión —casi en la misma época, hacia fines de octubre y comienzos de noviembre—, valiéndose de distintos medios. En Polonia, el Partido Comunista, dividido y privado de su líder estalinista —que muere providencialmente en Moscú, casi al terminar el XX Congreso—, no ha perdido totalmente el contacto, a través de sus elementos liberales, con la agitación democrática y nacional. Ha conservado a Gomulka, que demuestra ser el hombre que reclama la situación en el punto culminante de la crisis, es decir, en esas famosas jornadas del 19 y del 20 de octubre de 1956 en que Jruschov, Mikoyán, Mólotov y Kaganóvich, acom-

pañados del mariscal Kónev y de una pléyade de generales, finalmente aceptan como un mal menor (y contra garantías en materia diplomática y militar) confiar en él para que canalice el movimiento revolucionario. A partir del año siguiente, esta medida demostrará ser un riesgo bien calculado.

En Budapest, los rusos no evitan la intervención armada. El partido, encabezado por Rákosi —el más detestado de los jefes estalinistas—, estaba totalmente aislado de la opinión. Este país no tenía las mismas razones históricas que Polonia para aceptar un compromiso con Rusia por temor a Alemania. En julio, la dirección soviética no encuentra para remplazar a Rákosi más que a uno de sus semejantes, Ernö Gerö. No hacía falta nada más para que la agitación cobrase nuevos bríos. La situación es incontenible desde comienzos de octubre, cuando todo Budapest hace las exequias nacionales de Rajk, y se agrava en la segunda quincena del mes, cuando los consejos obreros, los estudiantes, los clubes y toda clase de organizaciones nacidas en un día se adueñan de las calles, donde la muchedumbre destruye el monumento de Stalin, ocupa las radiodifusoras y masacra a los agentes de la policía política. Es demasiado tarde incluso para Imre Nagy, el Gomulka polaco, atrapado en la pugna de las revoluciones: en efecto, habiéndose iniciado como la exigencia de un comunismo nacional y democratizado, la insurrección se transforma en algunos días, al irse las tropas rusas, en la exigencia del fin del partido único y del restablecimiento del pluralismo democrático. Por su parte, Nagy, privado de toda fuerza material, negocia trabajosamente con los soviéticos para dilatar su campo de acción. Solo que al no tener ninguna influencia sobre los revoltosos, carece de importancia para los rusos. A fin de cuentas, son los tanques del Ejército Rojo los que aplastan la revolución popular a partir del 4 de noviembre, por petición del secretario general del partido, Kádár, que había sustituido a Gerö el 24 de octubre. Kádár empezó por colocarse al

lado de Nagy, para luego darle la espalda en la mañana del 4 de noviembre, antes de partir en secreto a la URSS para formar ahí un nuevo gobierno «obrero y campesino». El apólogo de la historia bien habría podido ser concebido por Stalin: cuando «el orden» se restablece en Hungría al precio de una represión metódica,[672] Nagy es atraído a una trampa por las tropas soviéticas; es arrestado y conducido al Este, donde será juzgado en secreto y muerto con tres de sus compañeros, en junio de 1958.[673]

Es así como la Revolución húngara vencida parece revivir los días más sombríos del estalinismo. Para que esta impresión sea completa, la operación se efectúa envuelta en un lenguaje orwelliano puro: se presenta como una ayuda fraternal que se brinda a la clase obrera húngara para ayudarla a triunfar de la contrarrevolución. Sin embargo, es engañoso el contraste que solo en apariencia opone la solución «liberal» de la crisis polaca al resultado catastrófico de la insurrección húngara. Ello no se debe únicamente a que en ambos casos se trata de un triunfo de la geopolítica soviética, dado que las fronteras del «campo del socialismo» se conservan intactas. Se debe, más bien y sobre todo, a que los dos regímenes comunistas que se instauran a partir de los acontecimientos de octubre de 1956 no tardarán en asemejarse uno al otro en mucho mayor medida de lo que hubieran permitido suponer las condiciones de su nacimiento: resulta que Gomulka será menos liberal y Kádár menos estalinista que quienes los colocaron, respectivamente, en el poder. Uno y otro son viejos militantes formados en la dura escuela de la fidelidad incondicional a la URSS; ambos fueron aprisionados (y Kádár, además, torturado) por el poder totalitario que habían contribuido a instaurar en sus respectivos países; atravesaron por esa prueba tras la muerte de Stalin sin modificar sus convicciones esenciales, pero decididos a poner en práctica una «dictadura del proletariado» menos feroz para sus hijos.

Kádár y Gomulka encarnarán esta dictadura en su nuevo género autoritario, policiaco, siniestro; pero ella será soportable, a condición de que se entienda esta palabra en su sentido más elemental. En sus países respectivos, la sociedad recupera un poco de autonomía en relación con el Estado. Siempre que no manifieste hostilidad pública al partido, ya no estará obligada a creer lo que este dice, o a aplaudir lo que hace. Al haber encadenado la más grande crisis de la historia del comunismo, la desestalinización pone al descubierto, a través de sus prosaicos vencedores, los límites de sus ambiciones, que no son sino los de sus posibilidades.

Las cuestiones que la desestalinización planteó, por lo demás, obedecen más a las implicaciones del texto que a su contenido literal, dado que este último es puramente descriptivo e histórico. Al añadir el «culto a la personalidad» al vocabulario del movimiento comunista, Jruschov contribuyó con un marbete más al repertorio de sus desviaciones. Cuando hizo mención de esta en particular, empañó la acción de Stalin y, por lo mismo, la conjuró según la regla acostumbrada. Pero para el caso, este nominalismo no resultó suficiente para circunscribir la historia dada a conocer por el primer secretario. Su «informe» se encontró escindido entre lo que narraba y lo que explicaba. En efecto, Stalin desempeñó un papel preponderante en exceso en la historia del comunismo, y fue demasiado exaltado como encarnación de la historia universal para terminar simplemente, en la memoria revolucionaria, adoptando la fisonomía con que lo habían pintado, mientras vivió, sus peores enemigos.

Y es que el culto a la personalidad, según Jruschov, no remitía sino a la paranoia particular de quien había hecho de ese culto un medio de dominación arbitraria. El concepto condensa en un solo hombre y en su psicología todo lo que el régimen tuvo de inhumano. Es una denuncia del estalinismo en térmi-

nos estalinistas, y tiene la virtud de que permite ahorrarse la dificultad del análisis y el dolor de la confesión. Muy bien lo dijo Claude Lefort en aquella época:

> *... la nueva dirección, estigmatizando vigorosamente el culto a la personalidad, ni siquiera se preguntó cómo le fue posible desarrollarse. De ordinario, un culto es obra de quienes lo practican; pero el culto estalinista fue presentado como obra del propio Stalin ... Resulta evidente que los dirigentes actuales, por el hecho mismo de recurrir a una explicación semejante, no se han liberado del famoso culto, y no han hecho sino deslizarse, podríamos decir, del rito positivo al rito negativo ...*[674]

Este expediente no solo exime de todo esfuerzo de interpretación, sino que prohíbe particularmente un análisis del marxismo. El informe de Jruschov, al tiempo que descubre como verdaderos —por boca de la más alta autoridad comunista— una multitud de acciones y de episodios atroces que hasta ese momento habían permanecido secretos o sido negados, no dice nada que permita reflexionar, haciendo un nuevo esfuerzo, en el pasado del movimiento y en su porvenir. Lo que confirma o descubre sobre el pasado basta para excluir del certamen a todos los militantes o los admiradores del comunismo en el mundo, sin ofrecerles ninguna explicación: como si la URSS, presunta patria de la clase obrera y tierra de elección de una teoría científica de la historia, hubiese podido caer casi por azar bajo la autoridad criminal de un tirano. En cuanto al porvenir, el retorno a Lenin, o aun a los principios de Lenin, es una fórmula carente de sentido y simplemente encantatoria. Por lo demás, la expresión ya formaba parte del repertorio de Stalin. Con ella no se define ninguna política.

En realidad, la suerte del XX Congreso y del informe secreto no se decide recurriendo a la herencia de Lenin, sino por la gestión del universo legado por Stalin. Ningún texto de Lenin —y por buenas razones— puede servir de guía sobre la manera de dirigir el Imperio soviético; pues, pese a las apariencias, este imperio mismo, creado por Stalin, obedeció a una lógica posterior y ajena al leninismo, a saber: la del «socialismo en un solo

país». En efecto, dicho imperio fue concebido y organizado íntegramente como un vasto muro en torno de la Unión Soviética, formado de países dotados de unos regímenes idénticos al suyo, y sometidos rigurosamente a su autoridad, incluso en materia de política interior. Jamás la extrema centralización del movimiento comunista fue más implacable que en esos años de posguerra en que el «socialismo» se extendió a varios países; pero, por doquier, esa expansión se realizó como una copia del sistema soviético y como una prolongación de su predominio militar. En ese momento la URSS desempeñó el doble papel de fortaleza sitiada y de superpotencia mundial, jugando más que nunca con las dos cartas de la debilidad y de la fuerza.

La espectacular autocrítica de Jruschov en Belgrado, en mayo de 1955, seguida por el informe secreto (en que Tito nuevamente fue «rehabilitado»), la disolución del Kominform y la declaración sovieto-yugoslava de junio de 1956,[675] mostraron el deseo de renunciar a las relaciones de dependencia de los partidos y de los países comunistas respecto de Moscú. Incluso Togliatti, como hemos visto,[676] hablaba ya de «policentrismo» en una entrevista que apareció el mismo día que el texto firmado en Moscú por Tito y Jruschov. Pero una semana después, sin duda bajo la presión de las inquietantes noticias de Polonia,[677] se dio marcha atrás: Togliatti fue criticado por Pravda, que volvió a hablar del «papel dirigente» de la URSS en el movimiento comunista.

El episodio pone al descubierto las ambigüedades o las incertidumbres de la desestalinización en materia de organización del sistema comunista internacional. Muestra asimismo el poder de dislocación, más que de remodelación, que poseyó también ahí la intervención de Jruschov en el XX Congreso. Por una parte, Togliatti se apoyó en el rencuentro con Tito para intentar constituir un polo relativamente independiente de Moscú. Por la otra, los partidos que se mostraron más reticen-

tes frente al informe secreto temieron, antes bien, un debilitamiento o un estallamiento del mundo comunista: con Thorez y Ulbricht a la cabeza, ejercieron presión, sobre Jruschov para que este no abandonara demasiadas de las prerrogativas internacionales de Stalin. Paradójicamente, la desestalinización, que ellos no querían, sin embargo dio mayor fuerza que antes a su consejo, debido a que el relajamiento de la centralización del universo comunista internacional también permitió a los partidos más o menos nostálgicos de la gran época tener mayor influencia en los cónclaves o en las consultas internas. Al mismo tiempo que esos partidos echaban de menos la disciplina del Komintern o del Kominform se beneficiaban, sin embargo, del aumento de influencia que su relajamiento les había permitido adquirir.

Por último, el partido chino llegó a ocupar en los acontecimientos del XX Congreso un lugar esencial en el dispositivo comunista internacional, lugar que le prometían a la vez el peso de China en el mundo, la autonomía de la victoria revolucionaria de 1949 y el brillo de la personalidad de Mao Zedong. Pero en esa época Stalin acaparaba toda la gloria de encontrarse al mando del movimiento. Sin embargo, el partido chino no se sintió demasiado feliz ante la condena del culto a la personalidad en el XX Congreso: también Mao, durante la época de Stalin, tuvo su culto «secundario» como todos los jefes nacionales; y después de Stalin, podía aspirar al primer papel del reparto. ¿Quién podría disputárselo al jefe de la larga Marcha? El fin de la guerra de Corea en 1954 disminuyó la dependencia de China respecto de la Unión Soviética. Además, los jefes del partido chino, encabezados por Mao y Zhou Enlai, pesaban con mayor autoridad sobre las decisiones del movimiento. Jruschov fue a visitarlos desde el otoño de 1954. Ellos favorecieron la autonomía polaca y sostuvieron a Gomulka en el otoño, pero optaron en cambio por la intervención de los tanques soviéticos en Bu-

dapest (al mismo tiempo, por cierto, que los partidos checo, rumano, búlgaro y alemán del Este). Al fin del año, los líderes chinos hicieron publicar en el *Diario del pueblo* del 29 de diciembre, con un título que dejaba ver la ambición «teórica» del texto, las «Nuevas consideraciones sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado». Con él se trataba de responder a un discurso de Tito, pronunciado el 11 de noviembre, en que el jefe yugoslavo, reconociendo la triste necesidad de la intervención soviética en Hungría, lamentaba que Kádár no hubiese sabido apoyarse en los «consejos obreros». A todo ello, el diario chino respondió que «el imperialismo» había sido la causa fundamental de la insurrección húngara; y luego procedió a reducir la crítica de Stalin a unas proporciones controlables, afirmando que si bien hubo, por parte del líder ruso, una tendencia al «chauvinismo de gran potencia» y por tanto a la dominación del vecino y hasta del hermano, quedaba en pie el hecho de que «si se quiere terminantemente hablar del estalinismo, se puede decir que este es ante todo el comunismo, que es el marxismo-leninismo».[678]

De este modo, la invasión soviética de Hungría fue seguida por comentarios que incluso llegaron a poner en entredicho, más o menos explícitamente, lo dicho por Jruschov en el XX Congreso. Esto no era ninguna sorpresa, dado que la insurrección húngara finalmente había planteado a todo el movimiento comunista, estalinista y antiestalinista, una pregunta de vida o muerte. Se había salido de su cauce, o mejor dicho, del cauce que de antemano le había asignado el XX Congreso: el del comunismo regenerado. Este, a fin de cuentas, aún debía permanecer unido a la totalidad del campo, mientras que Nagy había terminado por sugerir un estatuto de neutralidad. Además, el comunismo regenerado aún debía conservar el poder exclusivamente en las manos del Partido Comunista o de sus asociados, mientras que Nagy había terminado por hacer resurgir el

pluralismo político. Por primera vez desde 1917, había aparecido en Budapest el espectro de la reversibilidad del comunismo[679] en capitalismo. En 1948, Tito, pese a haber sido excluido y separado del campo, nunca renunció al monopolio del partido. Ahora bien, Nagy había resucitado ese precedente, aún más temible que el comunismo nacional: el comunismo suicida.

Lo que los acontecimientos de 1956 vinieron a demostrar se debió sin duda a la incapacidad en que se encontraron Jruschov y sus amigos para redefinir otra política en su propio campo a partir de las denuncias planeadas en el XX Congreso. La «desestalinización» no era una filosofía ni una estrategia, ni una idea ni un programa. El término no tiene ni ha tenido sino la fuerza de la disolución, una potencialidad de desorden. Interpretada como un rexamen del pasado, la «desestalinización» puso en entredicho los dos resortes del régimen soviético: la ideología y el terror. El sistema expuso a las iras de la opinión —o de lo que quedaba de ella— a sus protagonistas principales —que se habían forjado a través de un arduo y prolongado aprendizaje— en el momento en que a sus víctimas se les devolvía una cierta libertad. Esta era una situación mucho más delicada que la de un régimen autoritario que tendiera a ser más liberal, ya que el régimen comunista hacía algo totalmente distinto: renegaba de lo que adoró y cedía la palabra a quienes condenó, a condición de que estos renovaran su contrato de arrendamiento exclusivo con el partido cuyas víctimas habían sido. Esta cláusula, que implica la vigencia de un mínimo de terror, prohíbe a la crítica de Stalin renovar el repertorio del movimiento comunista. La insurrección de Budapest mostró el callejón sin salida y contribuyó a estrechar el camino. Mao Zedong cerró el paso.

El balance de este año capital en la historia del comunismo es doble: por una parte, se inicia la disgregación del bloque y,

por la otra, llega a su fin el mito unificado del que ese bloque era portador.

Jruschov habría deseado una expansión. A cambio de su reconciliación con Tito, había pensado establecer entre los partidos comunistas relaciones más iguales e intercambios genuinos; e incluso agregar al «campo de la paz y del socialismo» —trascendiendo a una Yugoslavia que había vuelto a ser amiga pero que había conservado su susceptibilidad por lo que se refería a la personalidad de su régimen— una nebulosa de Estados del Tercer Mundo cuyo socialismo era sospechoso de una ortodoxia más que incierta. Como se esperaba que la desestalinización reforzara la autoridad moral de la Unión Soviética, entonces también cabía esperar que la coexistencia pacífica hiciera de la URSS el centro de la dinámica de progreso destinada a depurar de sus errores la parte del mundo que seguía bajo el yugo del imperialismo. Esta hipótesis era doblemente ilusoria, pues al denunciar a Stalin la desconfianza de la que se le hace objeto también incrimina a sus acusadores, y porque el retroceso de una amenaza de guerra tiende a despojar a la centralización de una de sus más grandes razones de ser, sin ofrecerle en compensación otras nuevas.

A finales de 1956, esas lógicas asociadas han dado ya frutos. El mundo comunista se encuentra desgarrado entre los ultras y los adversarios de la desestalinización. Los primeros han terminado por poner en duda, en Hungría, los fundamentos mismos del régimen comunista. Los segundos, debido a la resistencia que ofrecen al nuevo derrotero de Moscú, han comprometido esta tradición de extrema centralización, cuya época y cuyo inspirador echan de menos secretamente. Los dos bandos han abierto, juntos, el surco del «policentrismo».

En este debilitamiento general de la autoridad de Moscú vino a insertarse el brillo creciente de la China revolucionaria y del personaje de Mao (único comunista, con Tito —aunque con

otra dimensión—, que después de Lenin haya conquistado el poder por sus propios medios). Las otras repúblicas satélites recibieron el poder del Ejército Rojo. Tito lo había tomado por sí solo, desde antes del desplome nazi, y a pesar de Stalin.[680] A lo largo de toda su actividad, Mao había orientado la estrategia del PCCH independientemente de Moscú: la extensión territorial de China daba a esta independencia un formidable poder de desunión potencial. Los sucesores de Stalin lo comprendieron pero no pudieron conjurar durante largo tiempo la amenaza, a menos que hubiesen renunciado a su prerrogativa en el movimiento comunista internacional. Mao les brindó su apoyo en el asunto húngaro, pero no sin hacerles algunos recordatorios en materia doctrinal, los cuales le dieron a este apoyo un carácter implícitamente condicional. De todas maneras, China es demasiado extensa, está demasiado poblada y es demasiado importante para ser un mero socio sometido de la política mundial de la URSS. La desestalinización, a la manera de Jruschov, le proporcionará a China el espacio ideológico donde poder ejercer su independencia como Estado.

Asistimos, de esta manera, al fin del «socialismo en un solo país». El sistema había sobrevivido, a pesar del cisma yugoslavo, a la absorción de los Estados-naciones de la Europa central y oriental en el interior de un imperio casi tan centralizado como lo estaba la propia Unión Soviética. Pero la desaparición de Stalin, seguida de la «desestalinización», ha proporcionado mayor espacio a las fuerzas centrífugas, gracias al doble efecto del relajamiento del terror y de un cierto margen de juego en el interior de la ideología. Este movimiento se inicia con bastante naturalidad en la periferia europea del imperio, y no tarda mucho en encontrar sus límites, pero no así su fin: las revueltas de 1953-1956 han dejado en esta parte del mundo comunista, incluso en el interior de los partidos comunistas, recuerdos que no se olvidan. Los sentimientos nacionales, la exigencia de de-

mocracia, el deseo de vivir mejor alimentarán casi por doquier y en proporción variable unas fuerzas centrífugas que la URSS podrá contener pero no apagar. Tolerará mejor, por cierto, los comunismos «nacionales» del tipo de Ceaucescu, que los comunismos «liberales» del tipo de Dubček. Por último, la disidencia manifiesta de China, encarnada en Europa por la diminuta Albania desde 1960, muestra que ni siquiera la hostilidad común al «imperialismo» ha bastado para mantener la unidad de un campo que se atribuye ya no digamos la misma doctrina, sino idéntica interpretación leninista de dicha doctrina.

Así es como ocurre el desplome, en virtud de la nueva situación, del mito soviético, atacado desde los dos flancos del marxismo-leninismo: por los chinos y por los yugoslavos, por los albaneses y por los italianos; así es como se efectúa el reflujo de la idea comunista, amenazada por la pluralidad. Trotski nunca logró dar vida política a un antiestalinismo de izquierda. Después de los polacos y los húngaros. Tito y Mao, que al menos compartían el objeto de sus críticas, dan cuerpo, una vez muerto Stalin, a un comunismo antisoviético. Sin duda, la idea comunista sigue siendo poderosa en el mundo, pero su encarnación en un territorio exclusivo es denegada. Roma ya no está en Roma.

Es la hora del «revisionismo»: esta es la palabra que mejor expresa esa oscilación de la estatua sobre su pedestal. El término le rememora, al mito soviético, el principio del fin, sin ofrecerle, empero, una figura sucedánea. A diferencia de su primer significado, que implicaba el rechazo de los disidentes que se apartaban de la ortodoxia, en adelante el término «revisionista» está a disposición de casi todo el mundo, en el interior de un movimiento de flujo y reflujo de acusaciones recíprocas, en el que parece haberse disuelto la idea misma de un modelo. Jruschov se guardó bien de emplear ese término, prefiriendo a la idea peligrosa de una «revisión» la afirmación tranquilizado-

ra de un retorno al leninismo, como si la revolución no tuviese más guía que la tradición. La incoherencia de la frase se debe a que Jruschov es, a su pesar, más sucesor que reformador. Es legatario de una herencia gigantesca, que incluye la ruina agrícola, la industrialización burocrática, una sociedad nueva, el Imperio soviético extendido hasta Praga, la carrera armamentista, el movimiento comunista paralizado por la servidumbre. Este heredero, pues, tiene mayores oportunidades de regresar a Lenin que las que tuvo Luis XVIII, en 1814, de restaurar el Antiguo Régimen. Al atacar a Stalin, Jruschov, sin saberlo, y aún menos queriéndolo, en realidad ha abierto el camino de la revisión.

Los yugoslavos habían sido los primeros en lanzarse por esta vía en 1948, y el viaje de reconciliación de 1955 les reconoció ese derecho. Han aprovechado este, por cierto, con moderación, ya que Djilas,[681] y después Kardelj[682] fueron condenados por Tito por haber criticado el monopolio político del partido. Al año siguiente, los acontecimientos de Polonia y aún más los de Hungría mostraron la fragilidad de una simple «rectificación» de los errores pasados. Por encima del terror, han puesto a la vista la miseria de los obreros, la ausencia de una democracia política, el sometimiento nacional. En Hungría, la «revisión» ha llegado a amenazar incluso al propio régimen. En los casos polaco y húngaro, la amplitud de esa «revisión» tropezó únicamente con los imperativos de la geopolítica y de la razón de Estado soviética. Con ello, la idea de un socialismo reconciliado con la democracia y con la nación sobrevive a su fracaso con tanta mayor fuerza cuanto que ha recibido el apoyo, digno de admiración, de los intelectuales y de los obreros. Esa idea no dejará de realizar su obra en las sociedades de la Europa central y oriental, incluso en el interior de los partidos comunistas.

En sentido inverso, en los años siguientes Mao y los comunistas chinos se empeñaron en conjurar esta amenaza, que a la

sazón gravitaba constantemente sobre la ideología del movimiento: para empezar, ayudaron a los soviéticos a colmar la brecha, en 1956-1957, y luego reivindicaron para sí el privilegio de la ortodoxia. La unidad ya no estaba comprometida principalmente por los desbordamientos que rebasaban por mucho los diques trazados por el XX Congreso; antes bien, fue severamente fustigada por la crítica de quienes participaron en él. El propio Jruschov se había convertido en el «revisionista» por excelencia, en el sentido más clásico del término, es decir, en sepulturero del comunismo. El lanzamiento del Sputnik no logrará hacer olvidar los inicios de esa disgregación ideológica, a la que no le falta ni siquiera el lado cómico: el establecimiento de Albania como polo europeo del marxismo-leninismo «ortodoxo». La idea comunista no sobrevivió intacta ni por mucho tiempo al imperio comunista y a la muerte de su fundador.

El efecto de disociación provocado por el informe secreto puede observarse, asimismo y por último, en el comunismo occidental, sirviéndonos del ejemplo de sus dos más grandes partidos, el italiano y el francés. Estos partidos nunca han sido verdaderamente uña y carne; pero han seguido, en general, desde el fin de la guerra, trayectorias paralelas y políticas comparables, pues ambos obedecen al mismo centro; son partidos hermanos más por fuerza que de grado, y entablan la misma batalla en la retaguardia del adversario.

Pero la muerte de Stalin creó una situación nueva.[683] Thorez, y más aún Togliatti, son veteranos del Komintern, y son considerados líderes prestigiosos no solo en su patria, sino también en Moscú. Aun cuando son discípulos incondicionales de Stalin, no tienen las mismas razones para someter sus pasados al juicio de Malenkov o al juicio de Jruschov. Son conocedores bastante buenos de la jerga técnica para comprender lo que se maquina en Moscú desde 1953, aun cuando yace oculto tras los lemas de la «dirección colectiva» y en el hincapié en la

coexistencia pacífica. El informe secreto de febrero de 1956 designa al vencedor, por lo menos provisional, de la batalla por la sucesión, así como el precio que hay que pagar por estar en su bando: la denuncia del culto a Stalin. El movimiento comunista se descentralizó *de facto* en el momento en que ofreció a sus grandes barones la elección más difícil de su vida, pues en ella iba de por medio su identidad misma.

Thorez y Togliatti pronto se enteraron del informe secreto, en Moscú. Ellos se encontraban a la cabeza de partidos demasiado poderosos, demasiado arraigados en cada uno de los dos países para que una revisión, aun de esta magnitud, amenazara su existencia, como fue el caso de lo que queda del comunismo estadunidense.[684] Pero ¿cómo maniobrar para minimizar el daño, al tiempo que disocian su cargo y su persona de ese «culto a la personalidad» del que han sido a la vez instrumentos, imitadores y beneficiarios? Como lo ha demostrado Marc Lazar, en la primavera de 1956 ambos líderes adoptan, durante dos meses, una táctica comparable, salvando de antemano lo que pueden, pues aún no se conoce el texto completo del informe secreto, pero también recordando los méritos de Stalin en la edificación y la victoria del socialismo soviético. Ambos comparten el mismo desprecio por el amateurismo de Jruschov, quien los expone, a ellos y a todo el movimiento, a riesgos tan inconsiderados. Desde junio, empero cuando las «revelaciones» del primer secretario —ahora publicadas *in extenso*— han llegado al público, Thorez y Togliatti siguen caminos diferentes. Togliatti concede entonces su célebre entrevista a *Nuovi Argumenti*, que le sitúa en el ala «revisionista» del comunismo, al lado de Tito; ahí esboza también una interpretación del «culto a la personalidad» menos severa que la de Jruschov, poniendo en entredicho la degeneración burocrática del régimen soviético, y apoya, por último, la idea del «policentrismo» del movimiento.[685] Thorez, por su parte, sigue hablando del informe «atribuido al

camarada Jruschov» e intenta cerrar, apenas abierto, el expediente de Stalin. Se apoya en la reacción negativa de la dirección soviética a la entrevista de Togliatti. Una delegación del partido francés enviada a informarse a Moscú regresa portadora de la resolución soviética del 30 de junio,[686] ya en pleno reflujo por cuanto se refiere a los «errores» de Stalin mencionados en el informe secreto, y destacando, contra Togliatti, el papel dirigente de la URSS en el seno del comunismo internacional.

Ambos partidos, el italiano y el francés, aprobarán en noviembre la intervención de los tanques rusos en Budapest: el primero lo hará con resignación, el segundo con alivio. En la insurrección húngara, el partido francés no vio más que una conjura del imperialismo, y el partido italiano mencionó también las faltas del comunismo húngaro. Ambos conocen el alcance del espíritu crítico de sus intelectuales: el partido italiano atribuye mayor importancia al debate público; el partido francés favorece el argumento de autoridad en los procedimientos de exclusión. En el fondo, sus posiciones respectivas no son muy diferentes, pues Togliatti rechaza con tanta firmeza doctrinal como Thorez la idea de las libertades «burguesas» y ensalza con no menor intransigencia el «centralismo democrático» en el seno del partido. Pero en un sistema que se guía por la ortodoxia los menores matices cobran el carácter de señales. Basta que en el VIII Congreso del partido italiano, en diciembre, Togliatti haya rescatado del olvido la vieja cantinela de «el camino italiano al socialismo» para que los camaradas franceses denuncien ahí, por voz de Roger Garaudy, un riesgo de desviación oportunista.[687] Menos de un año después del informe-decreto, todo ocurre, también en Occidente, como si el efecto más claro de la desestalinización no hubiese sido echar una mirada más franca al pasado, sino organizar una nueva disposición de fuerzas. Desde la muerte de Stalin, el comunismo está

menos emancipado de sus mentiras que del puño de hierro que mantenía unidas sus diferentes ramas.

Con ello, el movimiento manifiesta ser poseedor de una peculiaridad que será mucho más visible treinta y tantos años después, a la hora de Gorbachov: su ineptitud para la reforma. En efecto, el movimiento autoriza las componendas en el interior de la ideología, cualquier cosa que permita hacer concesiones a la diversidad nacional del movimiento. Pero el papel que sigue desempeñando en su seno la ortodoxia «doctrinal» limita el alcance real de esas componendas al mismo tiempo que hace absurdamente significativo el menor matiz. Es así como el universo comunista ha experimentado una mayor división sin perder por ello su fundamento en una mentira universal. Existen en adelante un comunismo ruso y un comunismo chino, un comunismo alemán del Este y un comunismo yugoslavo, un comunismo italiano y un comunismo francés, etc. Todos ellos son parientes más o menos cercanos, y todos reivindican el patrimonio; de aquí que se encuentran unidos por lo que los separa. Una vez muerto Stalin, los «revisionistas» se hallan casi por doquier, es decir, casi en ninguna parte. Al debilitado mito central le ofrecen treguas e incluso oportunidades para que se actualice.

En el momento en que se inicia esa interminable chapuza, que mantendrá ocupada a la izquierda occidental hasta que suene la hora de la desaparición de los regímenes comunistas, un autor soviético escribe, en su país, una obra de duelo. Ya lo he citado: se trata de Vassili Grossman. Nadie lo conocía por aquel entonces en Occidente, donde sus libros no habían sido traducidos. En ese momento nadie conocerá tampoco —ni siquiera la Unión Soviética— la profundidad de la crisis moral que, entre 1952 y 1960, va a separarlo del comunismo e incluso de Rusia, pues el libro que escribe en esos años,[688] y que manifiesta ese drama interior, solo será publicado tardíamente, en el

Oeste, en 1980. Por tanto, Grossman no ejerció ninguna influencia, intelectual o política, sobre sus contemporáneos, rusos u occidentales. Lo que le da importancia, en mi opinión, se debe menos al reconocimiento póstumo de su talento que a la transformación aparentemente rápida de un autor soviético en un escritor antisoviético: sería el primero de la posguerra, si pensamos en Solzhenitsin, que le sigue de cerca, pero con gran brillo.

Vassili Grossman es un judío ruso, nacido en Berdichev, en el corazón judío del Imperio ruso, en 1905. Después de hacer estudios técnicos en Kiev y luego en Moscú, trabajó algunos años como ingeniero antes de ceder a su vocación literaria, alentado por Gorki. Se estrenó en el oficio en 1935, con una primera colección de relatos, uno de los cuales, intitulado *En la ciudad de Berdichev*,[689] se había publicado de manera independiente el año anterior. El título parece anunciar una historia judía, pero es todo lo contrario: en una de las viejas capitales del hasidismo, Grossman pone en escena, como para conjurar el genio del lugar, a una militante bolchevique, Vavílova, comisaria política del Ejército Rojo, en el momento en que la contraofensiva polaca de 1920 amenazaba la Ucrania occidental. Vavílova está embarazada, y entre dos combates da a luz a un Aliosha, para vivir desgarrada desde entonces entre el amor maternal y su pasión por reintegrarse al combate. Los judíos solo le dan al relato el color local: las lamentaciones de las mujeres, la vacilación de los hombres antes de tomar partido, la estrechez familiar del *shtetl*. La inspiración de la novela es conforme a la idiosincrasia del régimen, al mismo tiempo que a sus directivas: Grossman no es un escritor judeo-ruso, sino un escritor soviético.

Su posición es bastante confortable, una vez que se ha sacrificado la independencia. Es precisamente una «posición»: para todo miembro de la Unión de Escritores, la vida material es re-

lativamente fácil. Por lo demás, Grossman no tiene nada de cínico; como profesional de los temas del partido, y en calidad de apóstol de la buena causa, también quiere ennoblecer esos temas obligados con un verdadero trabajo literario, inspirado en la tradición tolstoiana. La guerra civil, la guerra de intervención, la guerra ruso-polaca, la producción, los koljoses, la revolución, el heroísmo militar y civil de los bolcheviques: todos estos temas, en el fondo y en la forma, son tratados por Grossman como lo haría un buen obrero del realismo socialista.[690] A la inversa de Solzhenitsin, no es empujado a la literatura por la rebelión. Grossman se instala en el quehacer literario como en un oficio protector, que el espíritu de rebelión irá invadiendo poco a poco.

La guerra habría debido confirmar la pertenencia soviética de este hijo judío de los confines polaco-ucranianos. De hecho, lo que hace es ponerla en duda. Grossman sigue al Ejército Rojo durante cuatro años, en calidad de corresponsal del principal periódico del ejército, *Krasnaia Zvezda*. Es uno de los que mejor conocieron ese lugar de apocalipsis, el frente germano-ruso, la terrible retirada del Ejército Rojo, Stalingrado y los sucesivos avances de la contraofensiva que llevará en dos años las banderas soviéticas hasta Berlín. Grossman ha podido apreciar la magnitud del patriotismo ruso, al mismo tiempo que la de los crímenes nazis, a lo largo de todo el territorio reconquistado. En una de sus crónicas de guerra se esfuerza por pintar «el infierno de Treblinka».[691] El escritor entró en el campamento nazi tras los talones del ejército soviético a comienzos de septiembre de 1944, poco menos de un año después de que los alemanes lo habían «cerrado» tratando de borrar sus huellas. Pero Grossman observa, desconfía, se informa en los alrededores y adivina la dimensión industrial del crimen. Su artículo, publicado en noviembre en *Znamia*, constituye uno de los primeros grandes textos sobre los campos de exterminio del este de Po-

lonia: Treblinka, Sobibor, Belzec y Birkenau.[692] Ningún periodista autorizado ha expresado mejor que Grossman el carácter de lo que estaba en juego en la guerra antinazi. Ningún escritor soviético fue capaz, como él, de imaginar la desdicha judía, y ninguno tuvo el valor de Grossman para hablar de ella.

Otro texto, un poco anterior, nos permite comprender por qué fue así. Publicado en 1943, el relato[693] transcurre en junio de 1942 en un pueblo de Ucrania como el que lo vio nacer, en el momento en que los alemanes llegan y hacen reinar el orden del ocupante. Grossman narra la historia de la liquidación de los judíos de la localidad, conducidos y ejecutados en masa poco después al borde de una cañada; el viejo profesor, el héroe de la novela, estoico y sabio como un rabino, explica a sus compatriotas que van a morir «lo que pasa en el mundo»:

> *Los fascistas han creado una gran cárcel universal, paneuropea, y para hacerse obedecer de los presos, han construido una inmensa escala de opresión. Los holandeses viven peor que los daneses; los franceses viven peor que los holandeses; los checos viven peor que los franceses. Peor aún es la suerte de los griegos, los serbios y los polacos; y todavía es peor la de los ucranianos y la de los rusos. He aquí los grados de la escala de la prisión. Cuanto más se desciende, más sangre, esclavitud y sudor se ven. Y en lo más bajo de esta enorme prisión de varios niveles se encuentra el abismo al que los fascistas condenaron a los judíos. El destino de estos debe aterrorizar al conjunto de la prisión europea para que cada destino, por muy terrible que sea, parezca una dicha comparado con el destino de los judíos. Y me parece que los sufrimientos de los rusos y de los ucranianos han alcanzado hoy tal extremo que ha llegado el momento de mostrarles que existe un destino aún más terrible, aún más atroz. Ellos dirán: «No os quejéis, estad orgullosos; sentíos felices de no ser judíos».*[694]

El argumento del viejo profesor vale lo que vale. Muestra al menos que Grossman es uno de los primeros escritores, en el mundo de la época, en interrogarse sobre el genocidio judío: sobre la ferocidad de los verdugos, por supuesto, pero también sobre la angustia de las víctimas. «¿Qué hacer?», dice el deshollinador Mendel. «Es el destino. Una vecina le ha dicho a mi hijo: "Iachka, no pareces judío; corre al pueblo". Mi Iachka le responde: "Quiero tener cara de judío; donde lleven a mi padre, iré

también yo".»[695] Grossman es como este niño: quiere tener «cara de judío», a pesar de la ortodoxia soviética.[696]

Sin embargo, él no se volvió judeo-ruso, como Babel. Quería ser un escritor ruso, como Chéjov, como Tolstoi, que eran sus modelos. Y el *leitmotiv* de su vida sigue siendo la grandeza del pueblo ruso, que sufre una de las más grandes pruebas de su historia. Grossman siguió al Ejército Rojo hasta Stalingrado, donde nació la obra que le ocuparía el resto de su vida. Es un libro concebido según el modelo de *La guerra y la paz*, es decir, una «novela-río» con innumerables personajes e intrigas entrecruzadas, elaborada sin embargo en torno de una familia central, y que pone en escena al pueblo en guerra. La batalla de Stalingrado constituye el crisol de la verdad, y el nombre de la ciudad mártir sería el del título de la obra, que fue cambiado, por intervención del poder, en *Por una causa justa*. Con este título, a la vez más anodino y más «soviético», después de la guerra las autoridades harán volver a las filas a un autor que se había vuelto sospechoso. En efecto, el gran manuscrito conoce un periodo de dificultades con la censura entre 1945 y 1952. Publicado inicialmente en forma de fragmentos cuando aún estaba inconcluso, luego quedó «congelado» durante largo tiempo porque en él no se hablaba lo bastante de Stalin y se hablaba demasiado de los judíos.[697] Cuando al fin apareció, en 1952, lo hizo en forma de fragmentos sucesivos y recibió una buena acogida por parte del público. Pero también fue objeto de un violento ataque de prensa, dirigido desde arriba, a la manera soviética. Todo este episodio se narra detalladamente en los dos libros consagrados a Grossman de que me he servido para mi exposición.[698]

¿Se habrá salvado el escritor por la muerte de Stalin, que sobreviene inmediatamente? Sí y no. Sí, si se piensa que el suceso le permite, sin duda, evitar el Gulag. No, si con ello se quiere decir que, debido a la publicación de su libro en 1954, Gross-

man se ha reintegrado a la literatura soviética. De hecho, él hace la elección inversa. Al verse aislado, se hunde en la soledad. Cuando por fin aparece *Por una causa justa*, en la época de la «dirección colectiva», el autor ha comenzado a retomar su obra. So pretexto de escribir el segundo volumen consagrado a la batalla de Stalingrado,[699] elabora otra versión: el tema, los personajes y la ambición siguen siendo los mismos, solo que esta vez ha hecho a un lado prudencias y concesiones, y bautiza su obra con un título verdaderamente tolstoiano: *Vida y destino*. «Como nos lo enseña la tradición rusa —dice Grossman a un amigo—, los dos sustantivos deben ir ligados por la conjunción y.»[700]

¿Qué ocurrió, qué separó al Grossman de *Por una causa justa* del Grossman de *Vida y destino*? El Grossman de posguerra, un autor que ya era sospechoso pero que seguía siendo, como fuere, un autor soviético, ha realizado el peregrinaje de una revista autorizada a otra para publicar su libro, estableciendo todavía compromisos con la censura; y el Grossman posterior a Stalin, que en apariencia ha ganado la partida, pero que, al confinarse entonces en un exilio interior, escribe otro libro, ¿ha vuelto a ser un escritor ruso? *Por una causa justa* aparece finalmente, por entregas sucesivas, en tiempos de Stalin. El manuscrito de *Vida y destino* es confiscado por la KGB de Jruschov, en febrero de 1961.[701] Este contraste paradójico lo dice todo sobre el efecto de la libertad en Grossman y sobre las contradicciones del jruschovismo.

En realidad, el tema del libro permite reconocer el origen del desencanto del escritor: es la guerra y su séquito de sacrificios y esperanzas. Al movilizar el valor primitivo y estoico del pueblo ruso al servicio de la patria, la guerra también ha contribuido a ponerlo al servicio de la libertad, pues el enemigo por vencer es la Alemania de Hitler.[702] Al mismo tiempo que una cruzada antinazi, la guerra aparece como la remisión democrática del

régimen, conjurando los malos recuerdos en nombre de un mañana más libre. La esperanza de Pasternak o de Grossman no difiere de la ilusión que se hiciera Roosevelt sobre Stalin: todos ellos creyeron que la guerra contra Hitler poseía una lógica implacable. Pero las cosas ocurrieron de otra manera, y el régimen de Stalin salió intacto de su victoria. Con todo, no se ha dicho bastante: el régimen de Stalin añadió los judíos a su lista de odio y de persecución —al menos a los que salieron vivos del genocidio hitleriano—. El antisemitismo soviético se recrudeció después de la guerra y fue alentado por el poder como nunca lo había sido en ningún otro periodo de la historia de la URSS, hasta culminar en la gran campaña «antisionista» que tuvo lugar entre 1949 y 1953. ¿Cómo Grossman, ese ruso judío, testigo voluntario de la desdicha judía, sería autorizado a apropiarse Stalingrado, ese monumento a la gloria del régimen estalinista?

De suerte que la guerra ha agravado el destino de la nación: ganada a expensas de las extraordinarias virtudes de un pueblo ingenuo que se fio de Stalin, resulta que conduce al reforzamiento de un poder totalitario comparable al del enemigo vencido. ¡Los rusos, y entre ellos los judíos rusos, se equivocaron al negarse a odiar a sus jefes! La guerra ha sido un sacrificio inútil. Y no otro es el acento desesperado de *Vida y destino*, uno de los libros más tristes del siglo.

En efecto, la guerra es juzgada en esa obra en nombre de la esclavitud que ella permitió vencer, pero también en nombre de la que contribuyó a consolidar. Es una guerra admirable por el heroísmo sencillo que en ella desplegó el pueblo ruso; pero también es una guerra sin solución, en la medida en que solo puede tener unos vencedores deplorables: Hitler o Stalin. El dilema de Grossman es más agudo que el dilema de Stauffenberg.[703] En el caso del joven aristócrata alemán, la elección se plantea entre la derrota de la patria, que sin embargo permitirá su

liberación, y su victoria, que la dejará definitivamente cautiva, junto con toda Europa, del aventurero nazi: la elección es dramática, pero no imposible. El camino de la libertad y del bien se presenta con la forma de un calvario nacional, pero existe. Para el autor de *Vida y destino*, el cautiverio del pueblo ruso se cifra exclusivamente en estas dos hipótesis: bajo Hitler o bajo Stalin. Entonces, ¿qué hacer? No hay ni que pensar en ayudar a Hitler. Grossman comprende lo que hizo actuar a Vlásov, pero no lo aprueba. Las atrocidades cometidas por las tropas nazis en Rusia y en Ucrania hacen aún más imperioso el deber natural de combatir por la patria. Pero al defender su tierra rusa, el pueblo aprieta el nudo corredizo que ya lo asfixia; contribuye con todas sus fuerzas al servicio de la dictadura, y por lo mismo amenaza con exportarla a toda Europa… De modo que ya no hay alternativa buena y solo cabe optar por la menos mala; mala, en efecto, pese al valor del que se hace acompañar. Existe un pueblo desdichado, elegido por la desventura de la época, y condenado a remachar sus grilletes ni más ni menos que con el mazo de sus virtudes.

Esa desventura forma el telón de fondo de la novela y constituye el rumor que envuelve constantemente a los personajes, trátese de soldados o de civiles. Todos ellos han sido aleccionados desde hace mucho por la desgracia, de modo que la guerra al menos le da mérito a sus sufrimientos. De ello es testigo esta vieja campesina ucraniana, Krysta Chuniak, que un día acoge en su *isba* providencial al chofer Semionov, que había sido abandonado moribundo por un convoy de prisioneros hechos por los alemanes en Stalingrado. El enemigo le hizo pasar hambre a Semionov. Krysta recuerda haber pasado hambre por los suyos y haber perdido a su marido, 12 años antes:

> *La aldea estaba llena de gemidos, dulces y plañideros. Semejantes a pequeños esqueletos, los niños reptaban por tierra, en las isbas, gimiendo. Los hombres, con los pies hinchados de líquido, erraban por los patios, incapaces de hacer el menor esfuerzo. Las mujeres buscaban algo que cocer, pero ya lo habían cocido todo, ya se lo habían comido*

todo: ortigas, bellotas, hojas de tilo, pezuñas, huesos viejos, cuernos desperdigados por los patios, pieles de oveja... Y los mocetones llegados de la ciudad iban de casa en casa, pasando ante los muertos y los agonizantes; abrían los sótanos, excavaban agujeros en las granjas, rebuscaban en la tierra con varas de hierro: buscaban y requisaban «el cereal que ocultaban los kulaks». En una sofocante jornada de verano, Vassili Chuniak dejó de respirar. En aquel momento, los muchachos de la ciudad habían vuelto entre ellos, y uno de ojos azules, prolongando la r a la rusa, como Semionov, dijo contemplando al muerto: «Estos kulaks resisten hasta reventar».[704]

El otro año negro, año cumbre del terror de la preguerra, es el de 1937, en que ocurren tantos y tan imprevisibles arrestos en el Partido Bolchevique: se trata nada menos que de la depuración de todos los cuadros de la nación. *Por una causa justa* había consagrado una gran parte a los bolcheviques, mas no a su parte maldita. Ahora encontramos en *Vida y destino* a los mismos personajes, pero abrumados por su tragedia. El más complejo es Krimov, secretario del Comité Regional de Stalingrado, veterano del Komintern y del lenguaje burocrático, todo lo cual no impidió que estuviese a punto de ser arrestado en 1937-1938. Solitario, abandonado por su mujer, encuentra un papel que desempeñar en Stalingrado donde, sin embargo, pronto se encuentra solo porque el pueblo renace allí: «Las relaciones entre la gente eran buenas en Stalingrado. La igualdad y la libertad vivían sobre este río de hielo regado de sangre».[705] Internacionalista abstracto, Krimov se ha vuelto ajeno al idioma de la nación. Por último, no se libra de ser arrestado en plena guerra: lo que es señal de que el reino de la denuncia sigue en vigor en el partido y de que la burocracia de Stalin no ha perdido nada de su poder absoluto. Señal, también, de que será esta burocracia la que gane la guerra, investida de nacionalismo, en lugar de los verdaderos vencedores.

De ahí que el antisemitismo, que después de la guerra es objeto por doquier de una interdicción moral, sobreviva e incluso prospere, alentado por el Estado en la Unión Soviética de Stalin. Como patriota ruso que es, Grossman está obsesionado por la matanza de los judíos perpetrada por los nazis: ello hace de

él un personaje raro, por no decir excepcional, en un país en que la lengua oficial no distingue las víctimas del nazismo, y donde lo que existe de oposición «rusa» al sovietismo no deja de reprochar a los judíos su participación en el movimiento comunista. Grossman considera el genocidio antisemita como el acontecimiento distintivo del primer medio siglo: un «periodo de exterminio total de enormes masas de la población judía; exterminio fundado sobre teorías sociales o raciales»,[706] y añade: «El mundo actual lo pasa en silencio con una discreción muy comprensible». Esta observación resultaría verdadera casi por doquier, pero lo es de modo inigualable en la URSS, donde el antisemitismo alcanza su apogeo después de la guerra, adoptando la misma forma estatal que tuvo en Alemania:

> *En los Estados totalitarios, donde la sociedad civil no existe, el antisemitismo tiene que ser estatal. El antisemitismo estatal es síntoma de que el Estado pretende apoyarse sobre los idiotas, los reaccionarios, los fracasados, sobre la estupidez de las supersticiones y la venganza de los hambrientos. En su primer estadio, este antisemitismo es discriminatorio ... Más adelante, el antisemitismo estatal pasa a la etapa del exterminio.* [707]

Es así como el libro de Grossman se organizó íntegramente en torno de la comparación de los dos totalitarismos que se enfrentan, no logrando con ello sino privar de su victoria al pueblo ruso, dado que su enfrentamiento no incluye un bando de la libertad. Al combatir el comunismo, Hitler augura una esclavitud comparable a la del primero, o quizá peor. Al combatir el nazismo, Stalin pretende dilatar la esfera de su poder absoluto. Ambos desean destruir lo más noble que hay en el hombre: el instinto de libertad. Ambos condenan a este a un destino de esclavo, mientras que la vida humana consiste en ser libre; libre como los soldados que defienden Stalingrado.

De ahí la importancia del tema de los campos de concentración —la institución común a los dos regímenes—, del que Grossman hace la descripción novelesca, y que fuera una cuestión que también planteara Hannah Arendt (a la que el autor

ruso parece no haber leído). Su relato es un ir y venir incesante de los campos de concentración alemanes a los campos soviéticos, y viceversa: del mundo de los *zeks* en la taiga siberiana al de los prisioneros, rusos y no rusos, encuadrados por los miradores nazis. Una tarde de 1943, detrás de uno de esos miradores, en la unidad especial en que están confinados los viejos bolcheviques, de interés especial para la Gestapo, uno de ellos, un comandante soviético prisionero en Stalingrado, para definir el sentido de la guerra no cuenta con más expediente que el odio profesado al comunismo por el fascismo. Y retoma, para dirigirse a sus camaradas, el argumento de Stalin:

> *Nuestro padre tiene razón: el odio de los fascistas debe regocijarnos. Los odiamos y ellos nos odian. ¿Comprendes? Y ahora, piensa en lo que representa encontrarse en un campamento dominado por los suyos. Prisionero de los tuyos. Eso sí que es una desdicha. Mientras que aquí eso no es nada. Somos jóvenes robustos. ¡Todavía se lo haremos ver a los alemanes!*[708]

Un poco más adelante, en el mismo campo de concentración, Grossman pone en escena la misma idea en forma diferente, pues la comparación entre Hitler y Stalin la hace esta vez un oficial nazi. El comandante del campo, Liss, un SS rubicundo, ha hecho venir a su oficina a un viejo mililitante bolchevique, Mostovskoi, aprisionado por el zarismo, pilar del Komintern, incondicionalmente fiel, y sin embargo detenido antes de la guerra por haberse sentido atraído por Bujarin. Liss le habla del carácter intercambiable de sus papeles:

> *Veinte horas de vuelo y hete allí, entre los tuyos, en la Unión Soviética, en Magadán, instalado en el sillón de un comandante de campo. Aquí, entre nosotros, están ustedes entre los suyos, pero, simplemente, no han tenido suerte... Cuando nos miramos no solo vemos un rostro odiado, sino que nos miramos en un espejo. ¿Es posible que no se reconozcan en nosotros? ¿Que no encuentren su propia voluntad en nosotros? ¿No es el mundo para ustedes voluntad, como para nosotros? ¿Hay algo que pueda hacerlos vacilar, o detenerlos?*[709]

De suerte que la guerra entablada por los nazis no tiene ningún sentido intelectual o moral, pese a ser objeto de una sobredeterminación ideológica. Solo se alimenta de los odios nacio-

nales de ambos bandos y, mientras tanto, opone entre sí «formas diferentes de una misma esencia: el Estado-partido». Si la Alemania de Hitler resulta victoriosa, seguirá sola frente a los pueblos, sin asociados que compartan el peso de este odio. Pero si resulta vencida, el nazismo seguirá viviendo oculto en el triunfo del comunismo: incluso el odio por los judíos podrá tomarlo Stalin por su cuenta.

Mostovskoi, desconcertado por la situación, se ve víctima, por un instante, del vértigo al que lo arrastra el enemigo. Entrevé que para refutar el discurso del oficial SS tendría que rehabilitar las ideas y los hombres que también él ha aprendido a detestar; tendría que reconocerles una dignidad filosófica a la moral o a la religión; dar razón a los cristianos o a los tolstoianos, o incluso a los mencheviques. En suma, desautorizar a Lenin y a Stalin. Pero esta perturbación pasajera cede ante la realidad de la situación, que lo reintegra a su fe política, es decir, al fundamento de su fuerza psicológica y moral. Mostovskoi piensa en la historia, que está de su lado. Pero encuentra su refugio más seguro en la relación amigo-enemigo, que le permite recuperar, intacto, su odio al adversario.

No creo que haya que interpretar esta escena de *Vida y destino* como una manera de ilustrar la idéntica participación en el mal de los dos regímenes cuyos ejércitos se enfrentan en Stalingrado. El discurso de esa identidad es puesto por el autor en boca del oficial SS, que lo pronuncia con ánimo provocador y para sondear la moral del adversario,[710] aunque con ello lo que hace en primer lugar es relativizar su alcance. Por lo demás, y sobre todo, para Grossman, la batalla de Stalingrado no enfrenta a dos enemigos igualmente detestables; por el contrario, los soldados rusos combaten para defender sus tierras, acudir en socorro de la patria y salvar la libertad. Incluso los comunistas obedecen a estas razones, puesto que gobiernan el país; así que también ellos se ven envueltos en esta causa justa, así fuera solo

temporalmente. El heroísmo del Ejército Rojo sirve a la moral y la justicia, salvando a los bolcheviques de las consecuencias de su propia doctrina. Ello explica la aparente paradoja de que el escritor ruso que estuvo más obsesionado por la matanza de judíos europeos entre 1941 y 1945 sea el mismo que constantemente se remite al paralelo entre nazismo y comunismo. Si el martirio judío está omnipresente en *Vida y destino*, desde la reproducción de los *ghettos* hasta la cámara de gas, es porque define el crimen nazi como algo inaudito, y porque, con ello, da al combate del pueblo ruso su sentido más relevante. Pero la peculiaridad que constituye la matanza de judíos no suprime aquello por lo que siguen siendo comparables las filosofías del poder y de la negación de la libertad de ambos regímenes. La guerra justa del pueblo ruso no le quita un ápice al nihilismo bolchevique, que se enmascara mejor que nunca como odio al nazismo. La victoria del pueblo ruso hará sonar también la hora de un cautiverio sin remisión. Los vaticinios de Liss son otras tantas profecías *post factum* del autor.[711]

Hay algo de Solzhenitsin en Grossman. Ambos sienten el mismo amor por el pueblo ruso y la misma compasión por su desdicha injusta y su bondad traicionada; ambos condenan radicalmente el régimen soviético y la ideología bolchevique; ambos comparten el mismo sentido de la religión, sin filiación en el uno, cristiano en el otro. Además, Solzhenitsin es arrestado en uniforme pocos meses antes de terminar la guerra, como si encarnara de antemano, con su vida, el pesimismo absoluto de *Vida y destino*. Mejor aún, al llegar al Gulag, Solzhenitsin es recibido, junto con otros detenidos que lo acompañan, con el grito de «¡Aquí están los fascistas!»[712] Se trata de un grito de alegría, pues significa la libertad para los delincuentes de derecho común, amnistiados por Stalin con motivo del fin de la guerra:

> *Los presos de derecho común, que siempre nos habían odiado o despreciado, ahora nos contemplaban con amor, pues éramos sus relevos. Y esos mismos prisioneros de guerra que habían aprendido de su cautiverio entre los alemanes que no hay sobre esta tie-*

rra una nación más despreciada, más abandonada, más extraña y más inútil que la rusa, ahora, saltando de sus vagones rojos y de sus camiones sobre el suelo ruso, descubrían que en el seno mismo de ese pueblo de réprobos eran la tribu más infortunada, la más miserable.[713]

Solzhenitsin escribe, pues, algo así como la continuación de *Vida y destino*. Los héroes de Grossman, transformados en los *zeks* del archipiélago, son señalados como infames por el poder al que salvaron; asimismo, son estigmatizados con la ideología del enemigo al que han vencido: lo que no hace sino probar que Stalin necesita más que nunca, contra toda prueba, del fascismo posterior al fascismo: hasta ese punto el antifascismo ha llegado a convertirse en figurante indispensable en la farsa de su poder. Uno de los resortes más profundos de *Vida y destino* es esa sutil revelación de la connivencia secreta que vincula al nazismo con el comunismo, incluso cuando la guerra los lleva a enfrentarse.

Grossman no sobrevivió largo tiempo a la confiscación de su manuscrito. Murió en 1964, pobre y desesperado, pensando en su libro perdido.[714] De las seis categorías de entierro a las que podían aspirar los escritores soviéticos, obtuvo con dificultades la quinta, gracias a los esfuerzos de su amigo el poeta Semión Lipkin,[715] y por consideración a lo que el escritor había sido antes de *Vida y destino*. Ello representó un privilegio ínfimo y al mismo tiempo excesivo, puesto que Grossman ya no era un autor soviético. El mundo descubrirá en él, 20 años después, a un gran escritor ruso de origen judío, que es también uno de los testigos más profundos del siglo. Durante el periodo inaugurado por el XX Congreso, la novela rusa reinventó, gracias a él, su tradición.

EPÍLOGO

HAY CIERTA imprevisión en la denuncia de Stalin por parte de su sucesor. Jruschov da muestras de tanta vehemencia en su discurso, que sentimos intervenir en el «informe secreto» al XX Congreso algo más que un cálculo político: se trata de la voz de un hombre que rompe un tabú y que, dejándose contagiar por el asombro que suscitan sus palabras, pierde el sentido de su efecto. Durante una noche, en esa ocasión, Jruschov abolió las leyes del lenguaje demagógico.

Sin embargo, su discurso también se inscribió en la lógica de la necesidad o, si se prefiere, de la sucesión. No existen en la historia regímenes fuertemente identificados con la existencia de un hombre que hayan sobrevivido intactos a la muerte del único detentador de la autoridad. Y el caso de Stalin no constituye una excepción a la regla. La reasunción de un poder tan exorbitante como el suyo por parte de un solo individuo no es aceptable para ninguno de los presuntos herederos. Esta actitud contribuye a allanar el camino que conduce a declarar ilegítimo el régimen estalinista, con tanta mayor razón por cuanto la consigna de «dirección colectiva» armoniza mejor con los anales del marxismo que las proclamas de devoción a un Guía. Y aun si ese nuevo concepto apenas es de alguna utilidad para interpretar lo que ha ocurrido, resulta indispensable, sin embargo, para apropiarse el presente y el futuro.

En buena medida, el reparto que había de suceder al régimen de Stalin estaba, pues, escrito de antemano en un estilo que ya

era familiar: cambio y continuidad. Jruschov contribuyó con un talento suyo que resultaba inconcebible en un *apparatchik* formado en la escuela del silencio y del temor, a saber: el sentido de la dramatización y el amor al riesgo. Pero, al mismo tiempo, dio a esta primera crisis de sucesión el carácter de anuncio del final. En efecto, denunció el terror, uno de cuyos brazos ha sido él; rebajó a Stalin, al que otrora celebrara; hirió demasiado brutalmente el pasado del régimen para no afectar su leyenda. Jruschov necesitó de la desestalinización para revertir en su favor la asunción del poder soviético. Solo que habiendo decidido asumir esta sucesión a la manera de una discontinuidad, puso en entredicho su fundamento ideológico. En virtud de la autoridad suprema del movimiento, en la URSS y en todo el mundo los comunistas fueron despojados de una parte esencial de su pasado, de la que sin embargo seguían siendo hijos. Nada volvería a ser como antes.

No es que el sistema se haya tambaleado sobre su base en el interior de la Unión Soviética. Las rivalidades entre los dirigentes no quebrantaron en absoluto la dictadura del partido sobre el país. La ejecución de Beria, a hurtadillas, no causó más sensación que las ejecuciones de Zinóviev o de Bujarin en la gran época de los procesos. La expulsión de Mólotov, Malenkov y Kaganóvich del Comité Central en julio de 1957, o la del mariscal Zhúkov, en octubre, tampoco afectaron a la «opinión» naciente. Y desde marzo de 1958, Jruschov, como Stalin, reúne en su persona los dos cargos claves de primer ministro y de primer secretario del partido. Helo aquí, pues, afianzado a su vez al poder absoluto por medio del control del partido, y pronto venerado como hombre de Estado de incomparable sabiduría, cualquiera que sea el carácter de sus iniciativas o de sus veleidades.

Por ello, la novedad de su reinado no reside en la transformación de las instituciones políticas del régimen. El Partido

Comunista sigue siendo el amo único y todopoderoso, y la KGB no tolera ninguna oposición. Tampoco cabe atribuir carácter innovador a las reformas económicas: la socialización de toda la producción y del cambio de manos del poder, así como la gestión burocrática de la economía siguen siendo las piedras angulares de la sociedad, como lo demuestra el fracaso de los ambiciosos proyectos agrícolas del primer secretario. Por último, su política exterior desciende en línea directa de la de Stalin: sigue empeñado en reforzar el bando del socialismo y de ser posible extenderlo, aun cuando haya que recurrir al imperialismo, al precio de un formidable esfuerzo técnico en materia militar, o, en caso de necesidad, echando mano de una verdadera ferocidad política: el muro de Berlín, una invención tan extravagante que se la creería pertenecer a otra época de la humanidad, data de 1961. Jruschov proclama casi por todo el mundo que es más fiel que nunca a la ambición de todo bolchevique: enterrar el capitalismo.

Entonces, ¿por qué la actuación de Jruschov se caracterizó por ese estilo iconoclasta y su personaje histórico adquirió una reputación perdurable? Simplemente porque él encarnó el fin de los asesinatos políticos y del terror en masa: venció a sus rivales, pero no los liquidó. Por lo demás, ellos se vengarán de él en 1964, pagándole con la misma moneda. Por otro lado, Jruschov no hizo nada por reducir la arbitrariedad de la policía del Estado, e incluso instituyó en 1957 la cacería de los «parásitos», ofreciendo así un blanco a las denuncias y una razón de ser a la KGB. No obstante, el país ya no estará sometido a represiones comparables al martirio del campesinado ucraniano, al terror de los años 1936-1938, o a la deportación en masa de los pueblos pequeños. Además, ¿acaso había dicho otra cosa en el informe secreto? Jruschov no hizo en él una profesión de fe liberal; no presentó ninguna idea política nueva, no concibió un socialismo distinto. Por lo que se refiere a Stalin, no atacó su

sistema y ni siquiera todos sus métodos, sino simplemente lo que el terror entrañó de horrible, de universal y de casi demente.

Durante el reinado de Jruschov, la Unión Soviética dio el paso de la etapa totalitaria a la etapa policiaca. El empleo que hago de ambos adjetivos tiene menos la intención de definir con precisión ilusoria los dos estados de una sociedad política que la de señalar su evolución asignándole esos términos. Es claro que con Jruschov, y también después de él, la URSS conserva elementos totalitarios: por ejemplo, el afán de poder en su modalidad de control del pensamiento a través del lenguaje, así como bajo la forma de un pueblo que no puede hablar como no sea con el vocabulario y a través de las consignas impuestos desde arriba. Pero si este afán de poder sigue siendo inseparable de la dictadura del partido en la medida en que esta se ejerce hoy como ayer en nombre del marxismo-leninismo, por otra parte ya ha dejado de ser objeto de universal obediencia. Incluso permite que se escuchen públicamente voces provenientes del exterior, que hubiera podido creerse perdidas para siempre. De suerte que esa voluntad de poder ha perdido el control casi perfecto que alguna vez llegó a tener sobre ese inmenso rumor de autoexaltación que emanaba de la URSS desde hacía más de un cuarto de siglo. Otros ciudadanos soviéticos han empezado a hacerse escuchar y a narrar la otra versión de la historia.

Para convertir a la URSS en un espacio absolutamente hermético, del que nada pudiera salir y donde nada pudiera entrar que no fuese conocido de antemano por su policía, Stalin había puesto especial cuidado en someter la intelectualidad o en liquidarla: enroló a Gorki, hizo asesinar a Mandelstam.[716] Jruschov, por el contrario, necesita el apoyo de la *intelligentsia*. No la deja renacer, sino solo salir a la superficie con la desestalinización. Y le conncede, también, un pequeño espacio público. Gorbachov hará lo mismo, en otras circunstancias, 30 años

después, obedeciendo sin duda a intenciones comparables y en virtud de un diagnóstico similar por lo que se refiere a los medios. De ambos dirigentes, ninguno de ellos tuvo mucho donde escoger en una sociedad cuyos resortes estaban rotos. Por lo demás, muchos interlocutores de Gorbachov serán todavía (encabezados por Sájarov) los mismos que nacieran a la oposición en tiempos de Jruschov. Con ellos, la sociedad rusa habrá recuperado un hilo de voz y señalado el camino de un renacimiento moral y político.

No es que esos intelectuales cuenten con una verdadera libertad de expresión, y aún menos de difusión. Durante sus primeras tentativas para darle a conocer a Jruschov su oposición creciente a los experimentos con la bomba de hidrógeno, a finales de los años cincuenta, Sájarov fue objeto de vigorosas amonestaciones y hubo de recorrer un trecho del camino del sospechoso. Por la misma época estalló el «escándalo» de Pasternak. Terminado en 1955, *El doctor Zhivago* apareció en noviembre de 1957, pero en Italia.[717] La Unión de Escritores, fiel intérprete de los designios del poder, se opuso a su publicación en Moscú. Menos de un año después, Pasternak recibió el Premio Nobel. La consagración del libro en Occidente desató en la URSS una lluvia de denuestos sobre el escritor, quien fue acusado de traicionar a su patria al mismo tiempo que recuperaba su historia. La campaña fue montada por la prensa y por las organizaciones del partido, y resultó ser tan poderosa que el desventurado Pasternak tuvo que retractarse de haber aceptado el premio y manifestó su sumisión en *Pravda*.[718]

Pero lo siniestro del mundo soviético, que sale a flote con motivo del «caso Pasternak», no debe ocultar las novedades que presagia. Para empezar, Pasternak está vivo, mientras que 20 años antes habría sido enviado a prisión, deportado y finalmente muerto. Además, su libro se publicó, mientras que antes el manuscrito habría sido confiscado y destruido. Por último,

su caso se ventila públicamente, mientras que antes habría sido soterrado. El torrente de lodo que el partido dirige contra él está hecho de pasiones bajas, sí, pero no por ello menos intensas: son las del igualitarismo y las del nacionalismo. Asimismo, el partido promueve, ante las actitudes valerosas y de entrega a la libertad, el simulacro de un minúsculo movimiento liberal, en que a menudo aparecen los sobrevivientes recién liberados del Gulag. De modo que aun cuando el caso Pasternak termina tristemente, con la soledad del escritor en su país,[719] inaugura sin embargo un nuevo periodo de las relaciones entre el régimen y la sociedad. La persecución, cuando no se propone aniquilar, hace visible lo que persigue; cuando no destruye la literatura de oposición, hace que se la lea. Además, hasta cierto punto Jruschov ha menester de esta literatura: eso da un cariz político incluso a las novelas o a la poesía. La denuncia del culto a la personalidad le ha asignado a la intelectualidad el papel clave de testigo privilegiado, que ya no dejará de desempeñar.

De ese hecho procede la modificación capital, si bien paulatina, de las relaciones que mantienen los intelectuales del Oeste con la imagen de la URSS. Hasta entonces, no habían visto ni conocido, en materia de literatura en la Unión Soviética, más que a los escritores favorables al régimen, las más de las veces en misión entre ellos. Gide mantuvo un intercambio epistolar con Gorki antes de ir a visitarlo.[720] Malraux, en la época en que era uno de los grandes personajes del antifascismo komintern-iano, entre 1934 y 1939, fue objeto de todas las atenciones de Koltsov y de Ehrenburg.[721] Decir que la idea de un intelectual soviético que fuera antisoviético era a la sazón ignorada no es decir nada: semejante idea apenas era concebible. El caso de Victor Serge, una vez resuelto, dio al traste con muchas inquietudes. Cuando la *intelligentsia* soviética fue diezmada durante los años treinta, ello pasó casi inadvertido en el oeste de Euro-

pa. La derecha no habló de ello, por falta de interés. La izquierda, por falta de lucidez.

Esta situación se repite con Pasternak, Sájarov, Solzhenitsin y todos los que van a acompañarlos o a seguirlos. El intelectual soviético ya no es mero espectador del socialismo: ahora es un escritor disidente. Sin embargo, este trastocamiento de los papeles impone la necesidad de desempeñarse acorde con la nueva situación creada por la muerte de Stalin, por el fin de su mito, por el debilitamiento de la dictadura y por la reaparición de voces individuales. Según la triste ley a la que obedece este género de representaciones, en el momento en que los intelectuales soviéticos cesan de ser objeto de exterminación es cuando recuperan la posibilidad de que se les compadezca. Pero, a partir de entonces, su restaurada calidad de hombres de pensamiento y de pluma les permite recuperar el privilegio de la influencia que el terror les había arrancado para ofrecérselo a los paniaguados del régimen. Y he aquí que sustituyen a estos por la imagen del escritor o del sabio perseguido por sus ideas, combatiente de la libertad y de la democracia. Esta figura, en absoluto desconocida en Occidente, desencadena el comienzo de la disgregación de la mitología soviética y constituye el cauce por donde esta disgregación se acelera y se dilata. En efecto, la sustitución que se ha llevado a cabo propaga la crítica del régimen de Moscú por todos los sectores de la opinión, incluso en la izquierda. Krávchenko no era más que un funcionario que había abandonado su país. Pasternak es un escritor víctima de la censura y al que su gobierno le impidió ir a recibir el Premió Nobel. Prohibido en Moscú, *El doctor Zhivago* se publicó primero en Italia y luego en toda Europa merced a los oficios de una editorial de extrema izquierda. La derecha anticomunista ya no necesita trabar batalla en torno del libro: la propia izquierda de filiación comunista se le ha adelantado.

Sin duda, no hay que exagerar esta actitud. En el caso de Pasternak, la iniciativa procede del comunismo italiano, que es el más proclive al «policentrismo» y, por lo demás, se trata de una iniciativa editorial de la que el partido no había tenido que apartarse. Aun cuando la novela fue saludada casi por doquier como la resurrección de la gran literatura rusa, la novela-río de Pasternak también hizo rechinar no pocos dientes entre los comunistas, habituados como estaban a textos soviéticos más corroborativos y siendo poco inclinados a admirar la independencia del escritor, pues esta fue aclamada por el adversario de clase. Es verdad que Pasternak no ha ocultado cuán poca estima le merece el desastre de Octubre de 1917. Sin embargo, todo el asunto constituye otra vuelta de tuerca en el viraje que se opera en la visión que de la URSS tiene el Oeste, en la medida en que se presenta como una confirmación imprevista del informe secreto. Lo sorprendente de la situación se debe a que la opinión occidental tiende, en adelante, a figurarse el destino de Pasternak en los términos que Jruschov utilizó para inculpar al despotismo estalinista. De esta suerte, lo que hizo posible el retorno del poeta a la escena literaria también es lo que hace escandaloso el reinicio de su persecución. La mínima libertad recuperada basta para percibir lo que el totalitarismo permitía ocultar: la distancia que separa al régimen soviético de la libertad. En lugar de reducir la sospecha, la denuncia de que es objeto Stalin la hace universal; con ella, la URSS se ha privado de su mentira inmunitaria y ha resucitado a los testigos. Si Stalin cometió tantos crímenes, ¿cómo creer entonces a sus herederos, dado que estos fueron sus servidores? En tiempos del dictador, la desaparición de cierto número de escritores —Pilniak, Babel, Mandelstam— había pasado casi inadvertida entre la opinión occidental. Pero en tiempo de sus sucesores, la prohibición de una novela —verdad es que laureada en Estocolmo— se convierte en escándalo universal.

La novedad que constituye el carácter observable de la persecución no deja de tener efecto, tanto más por cuanto Jruschov pareció prometer su fin en el discurso del XX Congreso, y porque necesita un mínimo de apoyo en la sociedad para compensar la hostilidad de sus rivales en la vieja guardia bolchevique. Así, durante algunos años, la lógica que condujo a la denuncia frontal de Stalin sigue produciendo sus efectos en favor de los intelectuales, a la vez beneficiarios, testigos y protagonistas de esta liberalización: si el hombre del informe secreto dejara de avanzar en esta dirección, con ello los entregaría en calidad de rehenes a sus rivales. Es verdad que tuvo que seguir a estos en el caso Pasternak, pero no se propone poner fin a la «desestalinización», que se ha convertido en el certificado que lo acredita para gobernar el partido y el país, y por la cual se abre paso el renacimiento moral y literario de la opinión. De ahí esta política de altibajos, que alterna concesiones y represiones según el humor del nuevo amo y su situación política. Los pocos años que preceden y que siguen al XXII Congreso (1961) presencian el nacimiento del *samizdat*, la literatura «concentracionaria», la poesía contestataria, la lucha por los derechos cívicos, la reflexión libre sobre la experiencia soviética; son los día de Vassili Grossman, Varlam Shalámov, Evguenia Guinsburg, Vladímir Bukovski, Alexandr Solzhenitsin, Andrei Sájarov. Pero esos años también tienen su parte de arrestos, de internamientos en hospitales psiquiátricos y de condenas exorbitantes. A corto plazo, la lucha sigue siendo extraordinariamente desigual entre unos cuantos puñados de hombres y el régimen soviético. Pero con la denuncia de Stalin, el mismo régimen ha puesto en entredicho la legitimidad de las detenciones efectuadas en su nombre. De modo que al verse privada de su fundamento ideológico la represión se debilita, al tiempo que el primero no puede prescindir de la segunda.

El mejor testimonio sobre esos años es el de Solzhenitsin. El escritor narró, en un libro de memorias,[722] cómo encontró y aprovechó ahí la ocasión de su vida. En 1958 tenía 40 años; es decir, era lo bastante viejo para haber escapado del Gulag. Fue objeto de estricta vigilancia y se le arrestó desde febrero de 1945; la guerra no había terminado y él aún llevaba el uniforme. «Recibió» ocho años de campo de concentración, por su talante descarriado. La NKVD le dio la experiencia capital de su existencia, pues vino a añadir a su pasión de escribir el sentido de una misión providencial. Liberado en 1953, se le autorizó a volver a su casa en 1956;[723] cuando se le rehabilitaba en 1957, el azar de la desestalinización salió al encuentro de su genio. Solzhenitsin escribió en secreto sus primeros libros, y ya se sentía el nuevo Tolstoi del Gulag cuando volvieron los sobrevivientes, lo que contribuyó a que su desdicha dejara de ser tabú.

Fue así como Solzhenitsin pudo entrar en la gloria literaria por la puerta oficial, lo que le daría un resplandor inesperado a su prédica antisoviética. Como gran escritor, combatiente inutilizable y personalidad profética que era, de todas maneras no habría tardado en ser reconocido como tal. No obstante, el hecho de que su potente voz encontrara una tribuna provisional —en favor de un gigantesco equívoco— en una publicación del régimen fue obra de las circunstancias. En el momento en que Solzhenitsin presentó *Un día en la vida de Iván Denisóvich*[724] a la revista *Novy Mir*, Jruschov, víctima de las intrigas hostiles de sus rivales, había dado un nuevo giro antiestalinista al XXII Congreso, en el otoño de 1961. Pocos años antes, el dirigente había investido de su autoridad la persecución de Pasternak, menos sin duda por el contenido de su obra que a causa de la publicación de *El doctor Zhivago* en el Oeste, que fuera seguida de la intrusión de un Premio Nobel en el sistema tan rigurosamente vigilado de la literatura soviética. Pero esta vez, ¡he aquí que Jruschov interviene personalmente ante Novy Mir, para

dar derecho de ciudadanía al personaje del deportado en la literatura nacional!

Sin duda, Jruschov quiso evitar que se repitiera el «caso» Pasternak en el momento en que necesitaba más que nunca el apoyo de la *intelligentsia*. Pero se equivocó de hombre y de obra. El poeta, uno de los últimos escritores que quedaban de los buenos tiempos, había retomado con *El doctor Zhivago* la antorcha de la tradición novelesca; no había mostrado muchos miramientos a la Revolución de Octubre, pero al menos había tenido el cuidado de no abordar en su novela los tiempos más trágicos de la historia nacional. Este hijo del Antiguo Régimen aún poseía la benevolencia del *understatement* que lo arma con una especie de prudencia. Por su parte, Solzhenitsin no conoció de la vida social más que la «edificación del socialismo». En ese medio incubó un temperamento rebelde, cuya violencia no se aplacó con su recuperación de una poderosa fe cristiana. En su búsqueda de un aliado, el primer secretario ha tropezado con el más implacable antisoviético del universo. Jruschov, que pretendía poner de su parte la literatura, de pronto ha hecho del deportado el personaje central y casi el único «héroe positivo» de las letras en la URSS. Al «hombre nuevo» de material moldeable que ensalzaban durante los años treinta y los cuarenta los congresos de escritores «antifascistas» lo ha sustituido, sin quererlo, con un héroe verdadero, tan viejo como el mundo, pero cuya condición renueva la historia del siglo: el perseguido, el preso, el deportado, en suma, el *zek*. El público ruso aclama triunfalmente *Un día en la vida de Iván Denisóvich*. De pronto, Solzhenitsin es célebre en Rusia antes de serlo en Occidente. Esta prioridad es lo bastante notable para dar a su gloria un carácter indiscutible, pues nadie puede sospechar que sea producto de una intriga antisoviética. El libro del antiguo *zek* se beneficia del mismo privilegio de que gozara el informe secreto del primer secretario algunos años antes, a saber: que el testigo

no es recusable en el Oeste si se le escucha y se le aclama en Moscú. Todavía Jruschov, al denunciar a Stalin, tuvo cuidado de atemperar los estragos y de separar el principio de su poder de los crímenes de su predecesor. En cambio, Solzhenitsin le ha declarado la guerra al principio mismo del poder.

Además, el régimen no tiene menos que temer de otro de sus hijos privilegiados. En efecto, Sájarov es su físico más brillante y ha sido halagado desde muy joven por su utilidad: fue miembro de la Academia de Ciencias a los 32 años, en 1953, y uno de los artífices de la bomba de hidrógeno soviética. Ahora bien, helo aquí, también a él, dejándose conducir a su manera por la desestalinización a partir de 1957: como sus colegas occidentales y estadunidenses de 10 o 15 años antes, Sájarov se inquieta por los peligros a los que exponen a la humanidad las pruebas nucleares, así como por el riesgo de una guerra de esta naturaleza. A partir de ahí se concatena la serie de notas confidenciales y de rechazos que llevan a Sájarov a adoptar una posición cada vez más abierta. «La cuestión atómica —explicaría después— siempre fue en parte científica, en parte política. Como era de esperarse, allanó el camino a las cuestiones políticas. Lo importante fue haber abandonado el conformismo, ante un problema u otro. Después de esa primera ruptura todo sucedió con naturalidad.»[725] El poder mismo contribuye, con su persecución, a que el físico busque acogida en los pequeños círculos de la oposición intelectual. Asimismo, va a dotarlo, al lado de Solzhenitsin, con una personalidad moral de otro tipo, pero no por ello menos prestigiosa ni menos reconocible para el mundo civilizado que aquella de la que goza el escritor-profeta maldito: la del sabio que combate por la paz y la libertad en nombre de la ciencia y del progreso.

Cuando Jruschov es expulsado del gobierno, en el otoño de 1964, a causa de haberlo ejercido con excesiva imprudencia, ninguno de sus sucesores es capaz de regresar a la época en que

la Unión Soviética constituía un territorio herméticamente cerrado de donde no salía más que la voz del poder, a la que hacían eco las decenas de millones de sometidos. En adelante, la URSS es un Estado que ninguna palabra de ningún idioma puede calificar o, a falta de algo mejor, definir en términos cronológicos como régimen «postotalitario». En efecto, el Estado soviético es asaz represivo para atiborrar las cárceles y los hospitales psiquiátricos con los «malpensantes», pero en adelante resulta incapaz de inspirar el temor universal, que es la condición indispensable del silencio asimismo universal. La fidelidad que logra recuperar para con el despotismo estalinista tropieza con lo que debe mantener en pie de la denuncia de Stalin. Lo que tiene de terrorista ya no cuenta con el apoyo de ese dios misterioso que se llama el «espíritu de la época». Los asesinos han perdido la fe y se han vuelto cínicos; las víctimas ya no tienen miedo y ahora las vemos protestando.

La época de Brézhnev, desde mediados de los años sesenta, fue, sin duda, en términos materiales, la menos desdichada de la historia soviética de Rusia. Pero también fue la menos legítima: la Unión Soviética invadió Checoslovaquia y ocupó Afganistán; mandó al exilio, aprisionó o deportó a sus disidentes; por último, estaba en manos de una burocracia de ancianos corrompidos. Había llegado a su fin la época idílica de la idea revolucionaria vinculada a su territorio. Esa duró medio siglo.

Comienza entonces en el Oeste el sepelio de la idea comunista, que va a durar 30 años. El suceso congregará a su alrededor una muchedumbre inmensa e irá acompañado de lágrimas. Incluso las generaciones jóvenes se integrarán al fúnebre séquito, intentando darle, aquí y allá, visos de renacimiento. Me habría gustado relatar, paso a paso, la crónica de este movimiento; pero como con ello este libro adquiriría proporciones desmesuradas, habré de contentarme con señalar sus principales etapas.

En el momento en que la Unión Soviética deja de ser un paradigma digno de veneración, a tal punto que sus disidentes empiezan a ser escuchados incluso en la izquierda europea (lo que no significa que se les apruebe), la idea comunista recurre a la explotación de diversos territorios sustitutos. Como lo hemos visto, encuentra escaparates de repuesto en el interior del viejo imperio ideocrático estalinista, precisamente en los Estados emancipados menos por la muerte del déspota que por la denuncia de sus crímenes, sin importar que estos Estados se liberen de la tutela de Moscú en virtud de la defensa de Stalin, como acontece con la China de Mao, o bien, que adquieran un poco de independencia debido a su competencia con el jruschovismo, como el primer Gomulka o el segundo Kádár. El informe secreto de 1956 ha abierto irremediablemente los dos caminos, que incluso van a ramificarse. Y es que en materia de herejía ideológica, el único paso difícil es el primero: por lo demás, este ya ha sido dado por Jruschov; posteriormente, por medio de los disidentes, la propia URSS deja escapar no pocas voces discordantes, de las cuales más de una se atribuye nada menos que un comunismo diferente.

La idea comunista ha ganado en extensión lo que ha perdido en cohesión. Avanzó incluso más allá de lo que constituía la herencia de Stalin, por medio de los movimientos de independencia del Tercer Mundo. La extrema izquierda intelectual francesa creyó recuperar por un momento en el FLN argelino algo así como el socio otrora extraviado de una política de «derrotismo revolucionario»; pero ello no fue sino una manera de aplicar el esquema leninista de 1914 a la situación creada por la lucha del nacionalismo argelino contra la «burguesía» francesa. De modo más general, los combates y las guerras relacionados con la emancipación de los pueblos colonizados rejuvenecerán las tesis de «el imperialismo, etapa superior del capitalismo», abriéndoles espacios nuevos, más lejanos aún de lo que había

estado Rusia en 1917 respecto de Europa. Por aquel entonces, la distancia se había anulado gracias al efecto de familiaridad producido por las circunstancias de la guerra y la idea de la revolución socialista. Medio siglo después otros factores de orden muy diferente contribuirán asimismo a reducir la distancia: la rápida universalización del mundo debida al progreso técnico y a la tribuna de las Naciones Unidas; el sentimiento de culpa del hombre blanco, y la simplificación en dos polos del tablero político mundial. La teoría del imperialismo viene como anillo al dedo para designar al elemento principal del sistema capitalista, al enemigo omnipresente de la emancipación de los pueblos: los Estados Unidos. Como pueblo nacido de una rebelión colonial pero también como pueblo hijo de la civilización europea, los Estados Unidos en este segundo papel ofrecen a ese leninismo tardío la imagen condensada del adversario.

El odio a los Estados Unidos da una proyección universal al odio al capital, solo que este encono ya no tiene como correlato privilegiado la adoración o la imitación de la URSS. Es verdad que alimenta movimientos o regímenes diversos, canalizados con mayor o menor pericia por la diplomacia soviética, que a veces los constituye en núcleos, y a menudo los ayuda materialmente; pero esos movimientos ya no están sometidos a la obligación de reproducir tal cual el gobierno o el lenguaje de Moscú. Jruschov intentó redefinir el «campo socialista» sobre esas bases de mayor amplitud, y lo hizo al precio de una trivialización de la ideología, el cual tuvo que pagar de antemano en el XX Congreso. La Unión Soviética ganó con ello un espacio político adicional en el Tercer Mundo, pero por lo mismo corrió el riesgo de abandonar la pugna revolucionaria en manos de sus rivales. China ocupa el primer lugar entre estos, como ya hemos visto. Jruschov reintegró a Tito a la familia, si bien no del todo, pero perdió a Mao Zedong.

Al mismo tiempo, el presidente chino se siente naturalmente atraído a capitalizar en su provecho la misma fascinación que había ejercido Stalin. Las circunstancias han cambiado y el líder chino ya no está a merced del avasallador oleaje del antifascismo. La historia de China, sea reciente, sea la que compartió con el Oeste durante la segunda Guerra Mundial, sigue siendo un misterio para la opinión pública de las democracias; y esta opinión, asimismo, no se apasiona nunca por lo que ocurre tan lejos que escapa a su apreciación. Por lo demás, los partidos comunistas están alertas. A diferencia del estalinismo, el maoísmo quedará limitado a pequeños grupos de estudiantes o de intelectuales, incapaces incluso de formar partidos. En efecto, el maoísmo solo logrará removilizar en pequeña escala la pasión ideológica que ya carece de filiación desde el XX Congreso soviético.

Como hemos visto, la China de Mao se separó rápidamente de la «desestalinización». Revistió su conflicto de poder con la Unión Soviética con el antiguo lenguaje universal prostituido por Jruschov: el marxismo-leninismo, cuya cátedra se encuentra vacante. Los huérfanos del estalinismo volverán a articular ese lenguaje en su versión china. Contra los «revisionistas» del Kremlin, Mao reencarna la fidelidad a la tradición: así como Trotski había acusado a Stalin de haber traicionado a Lenin, ahora Mao acusa a Jruschov de haber traicionado a Stalin. Por lo demás, al líder chino no le faltan derechos para aspirar a ocupar la sucesión. Mao quiso, como Stalin, hacer una revolución en la revolución: su gran «salto adelante» puede compararse con las marchas forzadas de los primeros planes quinquenales, y su «revolución cultural» con el «socialismo en un solo país». Ambos líderes quisieron destruir el partido del que seguían siendo las cabezas: Stalin por medio de su policía, Mao recurriendo a sus «guardias jóvenes». Ambos fue ron los grandes maestros sucesivos de un catecismo marxista-leninista ex-

puesto en fórmulas sencillas y sacramentales: *Fundamentos del leninismo* y *El pequeño libro rojo*: dos grandes *best-sellers* mundiales.

Ese desplazamiento de la pasión revolucionaria, de Stalin a Mao Zedong, queda oculto por el enfrentamiento entre la URSS y la China popular, que llena con su tumulto las décadas de los sesenta y los setenta: la violenta hostilidad del Partido Comunista Chino a la URSS oculta sus afinidades con el detestado adversario que, por lo demás, le ha dado su lenguaje, sus pasiones y sus prácticas de dominación terrorista. El maoísmo es esa cosa curiosa: un estalinismo antisoviético, al que Jruschov le ha ofrecido la ocasión, pero no así el contenido. Mao combate a la Unión Soviética con el lenguaje que esta inventó, y él lo desacredita, a su vez, pretendiendo hablarlo mejor. En efecto, si el «imperialismo» tiene en adelante como vector principal al «revisionismo» de Moscú, ¿qué sentido pueden conservar entonces las palabras de la ideología? El hecho de que estas puedan resucitar en Occidente entre los círculos estudiantiles el fanatismo de los grandes días, esta vez al servicio de Mao, no es sino señal del extraordinario poder que aún conservan sobre las mentalidades. Pero ese fanatismo posee la exasperación de una herejía milenarista, más que las características de una religión de la historia: anuncia el crepúsculo del marxismo-leninismo, no su renacimiento; intenta superar al estalinismo, pero lo hace como una ilusión que se suma a otra ilusión. Ese fanatismo ha llegado demasiado tarde a la subasta de las ideologías del siglo, y además lo ha hecho presentándose como la copia antisoviética del sovietismo. Por si fuera poco, no ha nacido para durar.

El «castrismo» constituyó en la misma época la otra encarnación de la idea revolucionaria en Occidente. Tuvo en común con la China de Mao la presencia de un líder carismático, la efigie del intelectual elegido por la historia, que conduce al triun-

fo a un ejército popular. También Castro tiene su Larga Marcha, menos larga, quizá, pero más reciente. Él conquistó el poder, a la cabeza de sus guerrilleros, solo hasta finales de 1958. Es demasiado joven, está demasiado lejos y en sus primeros pasos se ha mostrado demasiado inmaduro para ser arrollado por las pugnas que desunen al universo comunista. No tiene que sufrir, como Mao, la ira de Jruschov ni, como este, las de Mao. Además, su marxismo tiene el encanto de los trópicos, en lugar de la austeridad de las interminables llanuras eurasiáticas. La peregrinación ideológica a Cuba casi podría figurar en los folletos turísticos de las agencias de viajes.[726]

La imagen de Fidel Castro, apoyada por la del Che Guevara, viene a añadir su peculiar fisonomía al caleidoscopio revolucionario que sucede al monolitismo estalinista. Como en el caso de Mao, la izquierda europea inventa un culto menor del dictador barbado en una versión menos hierática, mejor adaptada a la dimensión del escenario cubano y a la dulzura de la vida en el Oeste. Si el culto de Mao fue uno de los últimos destellos del mesianismo comunista puro y estricto, el de Castro también permite establecer un compromiso menos puritano y menos autoritario. La China maoísta representa en París, para los discípulos de Althusser, la utopía de un universo pobre, austero y justo. La Cuba de Castro representa para los estudiantes californianos el paraíso latino del calor comunitario. ¡Qué lejos estamos de los años treinta y del entusiasmo provocado por los planes quinquenales soviéticos! La idea del crecimiento económico ya no es nada en comparación con la de igualdad o la de comunidad. Occidente es rico, cada vez más rico, gracias al progreso económico y la sociedad de consumo. En contra de los pronósticos unánimes que se hacían entre las dos guerras, el capitalismo occidental, lejos de estar enterrado, vive sus mejores días. La utopía comunista se ha replegado sobre la reflexión

de la pobreza; pero esta ya no afecta más que a los hijos de los ricos.

Ese desplazamiento social es una de las características de la época. Se le puede observar en su forma más visible en los países de Occidente, donde los partidos comunistas conservan su influencia sobre una parte de los obreros —en Francia, en Italia — y donde apenas gravitan sobre los movimientos estudiantiles, que van a buscar su inspiración fuera de la URSS. En efecto, estos movimientos, cuando son ajenos a la tradición política marxista, no tienen ninguna razón para excluir a la Unión Soviética de su crítica de la opresión burocrática moderna. Además, cuando reutilizan el marxismo para acusar con mayor precisión al capitalismo, le buscan un nuevo ropaje, ajeno al vestuario moscovita. Incluso el marxismo occidental se emancipa. Helo aquí entregado a una función menos arriesgada que la de una filosofía de Estado, aunque ya no sirva más que para denunciar a la sociedad burguesa, y aunque se atribuya ideas de Marcuse o de Gramsci, más que de Zhdánov o de Casanova.[727] La crisis del marxismo-leninismo permite al marxismo (a secas) recuperar la apariencia de una segunda juventud a expensas de una interpretación ecléctica, según que conduzca a la recuperación de un radicalismo revolucionario o —lo que es más frecuente— a la reivindicación de un individualismo antiburgués. La agitación estudiantil de finales de los años sesenta muestra en conjunto todos esos marxismos, como si se tratase de una fotografía de familia de la que ha desaparecido la unanimidad sobre la fidelidad debida a una patria de elección. Ello se debe a que el movimiento tiene por fuente y por centro algo mucho más difuso que el sentimiento de clase o una estrategia internacional: constituye una nueva época política, en que la clase obrera abandona su papel mesiánico al mismo tiempo que la Unión Soviética es despojada, poco a poco, de su mito. Es la hora de una bohemia intelectual dividida entre el odio a sí mis-

mo y el culto a sí mismo, que incluye la inculpación de la sociedad presente, más que la invocación de una sociedad modelo. La tentativa episódica de un encuentro con los batallones obreros de las fábricas no representa sino la supervivencia del pasado en el presente: los estudiantes encuentran la puerta cerrada. En realidad, la crítica del capitalismo y de la democracia burguesa ha cambiado de protagonistas, de referencia y de tono.

Es así como en Occidente todo conspira para debilitar el mito de la Unión Soviética. Las sociedades europeas han entrado en una época de transformación rápida; en adelante serán empujadas por esa misma economía capitalista que habían declarado condenada a muerte un cuarto de siglo antes. Ahora esas sociedades logran integrar a sus obreros mejor que a sus estudiantes; debilitan las solidaridades de clase al tiempo que agudizan las expectativas y las frustraciones. De la época que termina, conservan la idea comunista en el repertorio de sus representaciones políticas, pero su magia se ha desvanecido. Y aun cuando esta se sobreviva a sí misma en los viejos partidos del Komintern —que fueron los blancos-testigos de otra época —, o aun cuando vaya y venga al azar de los grupos pequeños —a imitación de lo que fue en su forma trotskista—, no cabe duda que la pluralidad de los modelos que se atribuye, así como las políticas contradictorias que ampara, expresan, en forma paralela, el agotamiento de la encarnación soviética. La URSS es, más que nunca, una superpotencia militar mundial[728] cuando ya ha perdido gran parte de su función utópica.

Ninguna de esas imágenes sustitutas logrará remplazar verdaderamente a la Unión Soviética en el orden imaginario en que ocupó un lugar tan preponderante desde Octubre de 1917. El activismo maoísta solo nutrirá a grupúsculos terroristas, sin poder gozar de un verdadero espacio de opinión. Castro envejecerá mucho más pronto que Octubre de 1917, pues el joven héroe revolucionario se convertirá, pocos años después, en un

tirano estalinoide. El atractivo que el comunismo conserva en Europa se debe aún, en parte, a que logra preservar el resplandor de los grandes años sovietófilos. Esta herencia es administrada por los partidos del ex Kominform con un cierto talento de adaptación a las circunstancias. Ya no se trata de ensalzar a la URSS con acentos triunfalistas, sino de proteger su imagen al precio de concesiones inevitables. La patria del socialismo ya no es ese régimen ideal en que florecen juntos el progreso material y el moral, la libertad y la igualdad. Es, más bien, un país que conoció el «culto a la personalidad», cuyas consecuencias todas no se han superado. Este eufemismo le permite a Brézhnev participar del generalizado carácter sagrado en que debe permanecer protegida la Revolución de Octubre, aun cuando sus herederos hayan cometido errores. Asimismo, la expresión es lo bastante abstracta para dar a los partidos comunistas una libertad mínima de desaprobación, indispensable para sostener en pie la tesis principal, según la cual la Unión Soviética encarna el sentido de la historia, es decir, la superioridad absoluta del socialismo sobre el capitalismo.

Este margen para maniobrar permite salvar lo esencial, al tiempo que se concede un poco de espacio a la idea de un comunismo menos autoritario, que podría unir mayor flexibilidad en la gestión de la economía con mayor libertad en el debate político y en la transmisión del poder. Así es como se gesta una especie de utopía degradada, ajena a su forma pura y destinada a impedir la decadencia de esta; algo que, sea como fuere, sería asimismo un derivado del «género» soviético, aunque sin presentar el déficit de este en materia de libertades individuales.[729] Esta cuadratura del círculo filosófico —reconciliar el marxismo con la idea de los «derechos del hombre»— no es menos insoluble en el orden histórico, pues la dictadura del partido único constituye el instrumento que comparten todos los regímenes comunistas existentes. Sin embargo, también

constituye el fondo de las esperanzas depositadas en la moderación relativa del gobierno de Kádár en Hungría, antes que constituir la explicación del entusiasmo de Occidente por la «primavera de Praga». Ahí, a la opinión le atrae menos el margen de independencia recuperada frente a Moscú que la aparición tardía de las imágenes «liberales» del comunismo. Precisamente, uno de los secretos de la popularidad de Dubcek entre la izquierda europea en 1968 consiste en encarnar el resurgimiento de la libertad en el interior del partido único, sin dejar así lugar a la aparición de nuevos partidos «burgueses». El episodio checo muestra con claridad los límites en los cuales sigue operando incluso el «revisionismo» más liberal. La intervención militar soviética no modifica, por cierto, su naturaleza, ya que la breve tentativa de «eurocomunismo» durante los años setenta sigue estando fundada sobre el proyecto de una modalidad «dulce» del comunismo soviético. Dulce, pacífico… para decirlo de una vez: occidental y, sin embargo, perteneciente a la misma familia, heredera, ella también, del linaje de Octubre.

No otro es el ropaje del que se reviste la idea comunista en el momento en que inicia su descenso en el horizonte de la historia: semejante atuendo fue confeccionado obedeciendo a la doble preocupación de hacerla revivir de otro modo sin apartarla, empero, de su fidelidad a sus orígenes. Liberada del lecho de Procusto estalinista, la idea comunista ha perdido en fuerza lo que ha ganado en flexibilidad. Ha salvado lo que ha podido, de tal modo que aún le sea posible reunir a aquellos cuyos recuerdos los congregan en torno de la imagen antigua, así como a quienes desean infundirle una nueva juventud. Unos y otros sienten al menos la misma hostilidad hacia los hombres que quieren deshonrar ese pasado o impedir ese renacimiento. De tal modo que si el comunismo se ha transformado, aquí y allá, en una fe menos fanática, el anticomunismo, por el contrario, sigue siendo, más que nunca, una herejía condenable.

Este viejo interdicto es, desde el origen, el aliado más fiel de la idea comunista en la medida en que impide formular su crítica. Desempeña casi el mismo papel que el antifascismo en su versión kominterniana, asegurando a la experiencia soviética una protección tanto más hermética por cuanto las razones a las que obedece esta protección son ajenas al desarrollo de dicha experiencia y, por tanto, independientes de toda observación. La inmunidad así concedida a la URSS había encontrado uno de sus puntos de apoyo en el combate contra Hitler, si bien su fundamento era más antiguo, independiente de las circunstancias y de primer orden. Toda crítica a la Revolución de Octubre queda expuesta a partir de 1917 a la acusación de combatir la emancipación obrera y, por lo mismo, el sentido de la historia. No es mucho decir que esta acusación fue un recurso constante del *agit-prop* comunista; lo fue, de Lenin a Brézhnev, reiterada una y otra vez con una violencia de excomunión. Hoy, es difícil concebir que haya desaparecido, y cómo y por qué intimidó tanto los intelectos y los ánimos. Pero solo para darse una idea, vale la pena recordar el encantamiento que ejerció sobre el pensamiento en nuestro siglo la divinidad «historia». Ahora bien, los comunistas lograron beneficiarse de su encanto en nombre de la «clase obrera». De ahí la fuerza de sus prohibiciones.

Lo curioso es que la acusación de combatir a la historia sobrevive a su debilitamiento y, más aún, en él encuentra fuerzas y razones adicionales para mantenerse en pie. Jruschov destruyó el mito de Stalin, pero creyó obstinadamente en el sentido de la historia. Empobreció la imagen de la Unión Soviética, pero difundió la del socialismo. La sociedad que debe suceder al capitalismo no ha perdido nada de su necesidad de poseer, en adelante, modelos diversos, algunos de los cuales aún están por inventarse. Los estudiantes de París, Berlín o Roma que critican en 1968 la burocracia soviética, piensan, precisamente, en otras

modalidades del socialismo. Incluso los hijos del capitalismo de abundancia condenan a este a los basureros de la historia, tal como lo había hecho, 35 años antes, la generación de la Gran Depresión. Los padres fueron capaces de concebir, a raíz de la crisis mundial, sentimientos de admiración hacia la Unión Soviética; pero los hijos no tuvieron este recurso en la prosperidad. No obstante, dado que conservan, por razones inversas, la misma hostilidad hacia la economía mercantil, entonces la idea del socialismo, aun estropeada por la Unión Soviética, es útil para su revuelta, pues he aquí que ya se ha librado de sus malos pastores. En todas sus modalidades —china, cubana, albanesa, italiana, checa, soviética, camboyana, sandinista—, el comunismo conserva su privilegio histórico de ser el sepulturero del capitalismo.[730]

Por ello, la señal de alto colocada ante el anticomunismo no ha perdido nada, en esta época, de su carácter obligatorio. Ella da forma a esta mínima ortodoxia en la que se entretejen unos pensamientos difusos y unas medidas políticas concebidas a partir de un rechazo unánime. Los partidos comunistas velan sobre ella, naturalmente, como en torno de la tradición obrera: montan guardia disminuidos y envejecidos, pero siempre de pie, fieles a su navío que hace agua, y obteniendo aún importantes dividendos de su capital mitológico.[731] Siguen siendo lo bastante fuertes para pensar en hacer volver al redil, a largo plazo, a los herejes marginales del maoísmo o del castrismo, al tiempo que se han vuelto lo bastante débiles para no discutir más por simples fruslerías.

Por su parte y en pocos años, la agitación estudiantil produce, más que incondicionales de la revolución, una vasta clase media izquierdista, hija de la democratización universitaria y de las ideas de 1968. El legado más impresionante de los «acontecimientos» ocurridos en la Sorbona, en la Universidad Libre de Berlín, en la Escuela Normal Superior de Pisa y en

Oxford, no es ni el maoísmo ni el castro-guevarismo (estrellas efímeras), sino un nuevo progresismo burgués, más difundido que el antiguo y con distinto acento. Los exestudiantes del 68 no tardaron en contemporizar con la publicidad, con el mercado y con la sociedad de consumo, donde a menudo se hallan como peces en el agua, como si solo hubiesen denunciado sus taras cómo para adaptarse mejor a ellas. No obstante, se empeñan en conservar los beneficios intelectuales de la idea de revolución en medio de su posición social. En sus autores predilectos —Marcuse, Foucault, Althusser—, el totalitarismo sigue siendo exclusivamente el del orden burgués. En vano buscaríamos en ellos un análisis crítico del «socialismo real» del siglo XX.

Es verdad que, en Francia, los «nuevos filósofos» acaban con esta inmunidad otorgando por fin el derecho de ciudadanía al concepto de totalitarismo aplicado a la historia de la Unión Soviética.[732] Pero, por una parte, el caso francés es único en Occidente, ligado como está a la excepcional recepción que allí se da a la publicación de *El archipiélago Gulag*.[733] Por otra parte, el antiestalinismo tardío no impide ahí la floración de un «revisionismo» compensatorio, destinado a hacer revivir una tradición marxista-leninista ya depurada. En los mismos años en que Solzhenitsin se anota un triunfo sensacional con la edición francesa de su obra, la izquierda socialista opta, como medio de resurgimiento, por la unión con el más viejo partido estalinista del Oeste en torno de un proyecto común de «ruptura con el capitalismo». Esta pareja, anacrónica pero fecunda, es la que lleva a la presidencia a François Mitterrand, aprisionado durante algún tiempo en el último programa neobolchevique de la historia universal. El motivo soviético ha muerto en la opinión intelectual, pero sobrevive entre el público en forma degradada, a través de la idea revisionista,[734] y, negativamente, por medio de la condenación del anticomunismo.

No hay lugar en que el fenómeno del anticomunismo sea más visible, en esa época, que las universidades estadunidenses, que constituyen un campo de observación insustituible para el estudioso de ese tabú, tan típico de las generaciones posteriores a los años sesenta. En los Estados Unidos el anticomunismo constituye, desde los años de posguerra, una actitud en gran parte compartida por los medios intelectuales de todo el país. La rebelión estudiantil de los años sesenta, más duradera y más generalizada que en Europa, pone punto final al consenso de la Guerra Fría. Los jóvenes mezclan al malestar que les provoca la sociedad de consumo la denuncia de la guerra de Vietnam. En adelante tendrán por blanco, al menos provisional, su propio país, en una versión en que se invierten los frentes del derrotismo leninista; ahora los hijos privilegiados de las universidades se encuentran del lado de la revolución, y los sindicatos obreros del lado del orden. Las ideas y las pasiones que los primeros manifiestan son mucho más complejas que el odio de clase en que el fundador del bolchevismo había creído ver, siguiendo a Marx, el motor de la acción revolucionaria, y aquí no me propongo hacer siquiera su mero inventario. Lo que me importa señalar es que surge, sobre las huellas de una compasión teatral para con Vietnam, un repunte de ilusionismo sobre el mundo comunista. ¿Un repunte? Mejor será decir una nueva oleada, diferente de la antigua y poseedora de un área de opinión mucho más vasta.

Con el XX Congreso había zozobrado lo que quedaba del Partido Comunista Estadunidense después de la persecución macartista. Lo que renace de activismo revolucionario con la rebelión estudiantil ya no está bajo la férula soviética. Como en París, Roma o Berlín, las referencias han cambiado; ahora los grandes nombres son Mao, Ho Chi Minh, Castro, Guevara y, hasta el más tardío, Ortega, el hombre de la Nicaragua «sandinista». Pero esos resurgimientos de fanatismo exótico solo al-

canzan a pequeñas minorías y, por lo demás, se disipan pronto. Por el contrario, la aportación permanente del movimiento estudiantil consiste en haber reinventado una cultura política «radical» en cuyo tribunal los Estados Unidos son menos democráticos de lo que pretenden, y la Unión Soviética lo es más de lo que sus adversarios dicen. Los «filisteos» [* Además del sentido figurado del término, que designa a una persona vulgar y de espíritu grosero, el argot estudiantil emplea el epíteto para referirse a los burgueses. [E.]] de Washington han querido ver en los dos bandos a dos tipos de sociedades, tan distintas entre sí como la libertad de la servidumbre y el bien del mal. En respuesta, los «radicales», una vez llegado su turno de ocupar las cátedras universitarias, enseñarán a las generaciones siguientes la parte de responsabilidad de los Estados Unidos en la Guerra Fría,[735] así como las circunstancias atenuantes que puede alegar la Unión Soviética, por poco que se la rexamine.

Suena la hora de las ciencias sociales: estas permiten dar a esta tentativa visos de objetividad, ratificando de antemano la ambición del *social scientist* de encontrar las causas reales del funcionamiento social ocultas bajo el interminable comentario que cada sociedad hace de sí misma. En ese juego, pierde su importancia el carácter ideológico de la sociedad soviética, pues ese carácter no le pertenece en exclusiva. La Unión Soviética es una sociedad «pluralista», como todas las sociedades complejas. El adjetivo «totalitario», ya clásico desde Hannah Arendt, pierde su pertinencia y su vigencia, no solo por lo que atañe a la URSS de Brézhnev, sino también por lo que concierne a la de Stalin. El término tiene menos sentido aún cuando se trata de estudiar en adelante a los protagonistas sociales más que al Estado. Ello es en virtud de que las ciencias sociales añaden a sus cualidades «científicas» el buen hábito de la democracia: del enfoque desde la «infraestructura» y de la preferencia que otorgan al *little man* hacen una y la misma cosa; analizan la ma-

teria social de abajo arriba. Y por su intermediación, la URSS reingresa en el derecho común de las sociedades.

El lector habrá reconocido en esas líneas la fisonomía de una sovietología de nuevo cuño, que ocupa en los Estados Unidos y en Europa del Oeste el primer plano de la escena universitaria durante los últimos 20 años del régimen soviético. Como todas las escuelas historiográficas, esta tiene algo bueno y algo malo, según los temas y los autores.[736] Lo que me interesa aquí no es establecer su bibliografía crítica, sino decantar su acento común, dado a conocer a menudo como una solidaridad generacional, sobre todo en los Estados Unidos, donde la crisis social y moral de los años sesenta fue más profunda. Los viejos —Fainsod, Schapiro, Pipes, Ulam, Malia, Besançon, Conquest—[737] son sospechosos de haber escrito una sovietología de la Guerra Fría. Los jóvenes, más propensos a acusar a su propio país, se dejan llevar por el rechazo inverso del anticomunismo. Se trata de demostrar que el estalinismo es un periodo no solo diferente, sino ajeno a la historia del bolchevismo, durante y después de Stalin. Sin duda, hubo momentos terribles en la historia inaugurada por la Revolución de Octubre, pero estos no bastan para condenar la totalidad de esta historia en la medida en que no son una consecuencia necesaria de la misma. Esta es la versión culta de la idea, tan poderosa en la época, de que el comunismo, incluso el de Brézhnev, debe ser colocado aparte de los crímenes cometidos por Stalin. También, aunque en forma más general, se trata de la idea según la cual el régimen fundado en Octubre de 1917 es bueno pese a los desastres que siguieron a su nacimiento, en tanto que el capitalismo es malo, pese a las riquezas que ha engendrado.

Por una curiosa inversión, los profesores estadunidenses rechazan el concepto de totalitarismo, después de haberlo elaborado ellos mismos, en el momento en que los intelectuales franceses empiezan a considerarlo, después de pasarlo por alto.

Pero son las universidades estadunidenses las que expresan el pensamiento más generalizado de la época, que también es perceptible en Italia, en Inglaterra y en Alemania. Según ese pensamiento, en los dos últimos decenios de su existencia la Unión Soviética, si bien perdió para siempre el extravagante privilegio de paradigma universal, sigue protegida por lo que casi por doquier subsiste de su promesa original. El fracaso de la ambición de Octubre, reconocido por todos, no ha extinguido la idea comunista, que encuentra otras patrias provisionales. En la propia Unión Soviética, su herencia subsiste al abrigo del resplandor que aún conserva. El lado trágico de su desarrollo se debe más a las circunstancias de su historia que a Lenin o a Stalin. Por lo demás, la sociedad moderna que se ha batido en su nombre aún puede redimirse, por poco que, saliendo de su pobreza, recupere la estrella que presidió su cuna. También la patria del marxismo-leninismo se encuentra bajo la protección paradójica de la idea «revisionista».

Es así como en este periodo la imagen del comunismo en el Oeste sufre una evolución contradictoria: a la decadencia de la mitología soviética en su modalidad estricta corresponde una extensión de su modalidad flexible. Los tiempos de la posguerra han cambiado, y la URSS ha perdido para siempre ese carácter de país modelo que por todo el mundo enaltecían los partidos comunistas. Sus partidarios se han vuelto menos exigentes y se contentan con un balance «globalmente positivo», coronado con la esperanza de futuros brillantes. De ahí que al no ser más que la matriz imperfecta de un orden social mejor, el régimen soviético ofrezca menos motivos de ataque a sus adversarios, que se hacen sospechosos de pertenecer a una época pasada de pasiones políticas. Por muy agotado que esté, ese régimen puede servir más que nunca de apoyo al encono anticapitalista o antimperialista. Si ya nadie está obligado, ni siquiera los comunistas, a justificar o a consagrar incluso la menor de

sus acciones, la idea que le sirve de estandarte queda, por ello, más universalmente disponible. Una vez aliviada del peso que representa la infalibilidad, la Revolución de Octubre muestra un rostro ya ajado, pero también rejuvenecido.

Ese retorno a la promesa original se efectúa tanto más fácilmente por cuanto pasa a través de las tendencias políticas de las jóvenes generaciones de estudiantes, que tanto influyen en la formación de la opinión pública. Esas generaciones han logrado que los derechos del hombre vuelvan a figurar en el primer plano de la escena pública, ocupando el lugar de la lucha de clases. Al hacerlo así, se anticipan al fin de la URSS, pues pretenden someter el régimen nacido en Octubre al mismo tribunal de principios que Marx y Lenin habían denunciado como mentiras burguesas. Pero ignoran esto. Lo que quieren hacer es totalmente distinto: tratan de renovar el enfrentamiento de las ideologías de lo universal y de lo particular por medio de una pugna de abstracciones democráticas. Para este juego los comunistas no son muy duchos, porque van a contracorriente de su doctrina y porque su balance, en materia de derechos, incluso ya avanzado el siglo, sigue siendo aterrador. Pero en el mundo de fines morales que constituye el universalismo de los derechos del hombre, los comunistas aún pueden alegar sus buenas intenciones. Ellos encuentran un recurso contra su historia en el parentesco ideal que los vincula, por lo que a sus fines respecta, con la utopía liberal y democrática. Hasta el fin, la Unión Soviética habrá resguardado su imagen en aquello mismo que quiso destruir. En víspera de la implosión del régimen fundado por Lenin, el anticomunismo es sin duda más universalmente condenado en Occidente que en los buenos tiempos del antifascismo victorioso.

El último episodio de la historia soviética constituye la demostración más contundente de que el comunismo reformado, el socialismo «con rostro humano», es la más universal de las

empresas políticas cuya historia he procurado relatar. Gorbachov cierra la fila de los dirigentes comunistas aclamados por Occidente.

La manera en que llevó a cabo el proceso de descomposición de la Unión Soviética, y después de su Imperio, sigue siendo un misterio. Es difícil precisar la parte que en ello desempeñaron los designios humanos. Más fácil es establecer el papel de los factores objetivos. El precio cada vez mayor que hubo de pagar por llegar a ser una potencia mundial, y especialmente la carrera armamentista, terminaron por extenuar la economía soviética, a la que había que fortalecer. Tal vez los historiadores dirán un día que la política de Reagan fue, en ese aspecto, más eficaz de lo que generalmente lo reconoció la prensa internacional. Queda en pie que el deterioro interior de la Unión Soviética había alcanzado, al final de los años de Brézhnev, tal magnitud que no solo la fuerza del país, sino su salud física y moral, su avituallamiento, su hábitat, sus hospitales, en suma: la capacidad de las autoridades públicas para satisfacer las necesidades sociales más elementales se encontraba en entredicho. Ello era así hasta el punto de que uno de los observadores que previeron, siguiendo a Amalrik,[738] la crisis general del régimen, fue un joven demógrafo, Emmanuel Todd,[739] que durante los años setenta había descubierto el aumento de la tasa de mortalidad infantil soviética.

Los individuos acaso podían vivir un poco mejor que en el pasado —lo que no es mucho decir—, pero el régimen se quedaba sin aliento: el partido estaba gangrenado por la corrupción; por doquier se veían el cinismo, la embriaguez y la pereza. La vulnerabilidad particular de un sistema de partido único omnipotente que impera sobre la sociedad causó este desplome general, producido por el del partido. Sin embargo, ese bolchevismo crepuscular habría podido sobrevivir aún, sin duda, y tal vez llegar al fin del siglo. Si ya no había una verdadera creencia,

sí, en cambio, había una numerosa policía, velando porque todos hablaran la lengua muerta de la ideología. Sájarov estaba bajo estricta vigilancia en Gorki. Los hospitales psiquiátricos cuidaban de los disidentes.

Pero los sucesores de Brézhnev —sobre todo Andrópov, antes de Gorbachov—[740] tienen que diferenciarse de su predecesor: esta es una lógica cuyos riesgos ya mostró Jruschov, y constituye el punto débil de la dictadura del partido desde la muerte de Lenin. No sabemos en qué medida interviene esta vez un plan concertado de reforma, formando una especie de contrato tácito entre Andrópov, primero, y después entre Gorbachov y una mayoría del Comité Central. Esta historia aún está por escribirse y, lo que es más, simplemente por conocerse, pues aun en vísperas de desmoronarse, la Unión Soviética sigue envuelta en el misterio. Al menos es seguro que el colapso se inició como una clásica crisis de sucesión, a causa del ejercicio obligado de cada nuevo amo del partido: tomar las riendas del aparato. Andrópov o Chernenko no permanecieron en funciones el tiempo suficiente para ser el blanco de su sucesor: todavía eran los hombres de Brézhnev los que había que someter o eliminar para convertirse en el amo. Así, Gorbachov hizo como Jruschov después de Stalin, y como Brézhnev después de Jruschov: acumuló en sus manos el máximo de poder. Pero lo hizo de manera inédita. Antes que él, el partido constituía el único medio del poder. En ocasiones, el secretario general podía volverse contra el partido y destruir su osamenta para rehacerlo, como lo hizo Stalin durante los años treinta; pero nadie era el amo de la Unión Soviética si no contaba con autoridad absoluta sobre el aparato comunista. Cuando Jruschov perdió esta autoridad en 1964, no tardó en caer. Ahora bien, Gorbachov, para imponerse, tomó otro camino. No le bastó remodelar las altas esferas del partido para ponerlas al servicio de su reinado. Se apoyó, además, sobre elementos externos al partido. La libera-

ción de Sájarov, en 1986, indica que modificó las reglas del régimen.

Esa táctica, en el fondo, no se diferenciaba mucho de la de Mao Zedong cuando este lanzó a los jóvenes contra el aparato del partido: se trataba, a la vez, de reivindicar un entusiasmo comunista y de debilitar a los dirigentes comunistas, sus rivales descarados o potenciales en el Buró político. Pero las cosas resultaron de otra manera, porque los mandos no respondieron. La modesta apertura hacia la sociedad y la relativa suspensión del terror policiaco no manifiestan una pugna por el comunismo sino una vaga aspiración a la democracia, sobre la cual Gorbachov se apoyó poco a poco, a la vez por elección propia y por la fuerza de las circunstancias. Jruschov nunca puso en entredicho el monopolio político del partido, pero su lejano sucesor, en cambio, infringe esta regla fundamental;[741] amenazado, como él, de encontrarse en minoría en el Comité Central, reanimó el Parlamento y debió apoyarse sobre algunos sectores de la opinión pública, como la *intelligentsia*. Mas, con ello, al debilitar a sus adversarios también se debilitó a sí mismo, destruyendo la fuente de su legitimidad y ofreciendo un nuevo terreno de batalla a unos rivales imprevistos. Asimismo, al suprimir el miedo de hablar, suprimió el principio de la obediencia. Incluso el desorden creciente de la economía encuentra ahí una de sus causas, en la medida en que es inseparable de la anarquía del Estado: «Al suprimir el terror», me dijo por entonces un miembro del Parlamento soviético, «Gorbachov también ha suprimido la confianza». Palabras terribles pero profundas, que muestran bien el carácter frágil y ambiguo del primero y último «presidente de la Unión Soviética», demasiado comunista para lo que ha concedido de libertad.

Sin duda, aún es demasiado pronto para saber exactamente lo que Gorbachov quiso hacer. La única respuesta segura a esta interrogación es que no quiso hacer lo que hizo, pues no hay

ninguna razón para suponer que Gorbachov haya sido un anticomunista disimulado, o siquiera un mal comunista, tanto antes como después de su ascenso al poder. Todo nos lleva a creer en las palabras de este hijo criado en el mundo cerrado del sovietismo, dado que durante todos esos años no dejó de predicar el renacimiento del comunismo por la vía de la reforma. Si en el otoño de 1989 Gorbachov allanó el camino para la liquidación de los regímenes comunistas del este de Europa, fue porque no deseó derramar sangre allí, no por afán deliberado. En la patria del bolchevismo se mantuvo fiel a la idea original, que él quiso rejuvenecer y renovar, no traicionar. Sin duda, incluso el abandono del monopolio político del partido se inscribe, para él, en una estrategia: la de concertar a su alrededor, con el grueso de los comunistas, un gran partido del presidente, que tendría a sus flancos una derecha y una izquierda marginadas. Es decir, algo similar al Partido Revolucionario Institucional mexicano, el cual es fiel guardián de una legitimidad revolucionaria perdida en la noche de los tiempos. Si el proyecto pronto puso de manifiesto su inconsistencia, ello no prueba que no fuese planeado.

Lo más notable de la historia no es, por cierto, que Gorbachov haya querido infundirle un nuevo aliento a la idea comunista; lo pasmoso es que Occidente le haya creído bajo palabra y se haya entusiasmado por él. En la popularidad del último líder soviético en el Oeste, sin duda interviene la prudencia de los gobiernos: a ningún poder establecido le agradan las rupturas bruscas en las situaciones y en los hábitos, y la URSS forma parte desde hace tanto tiempo del mobiliario internacional que nadie desea su desaparición, ni siquiera sus adversarios más empedernidos.[742] Gorbachov, además, propugna la *détente* y la reducción de los armamentos. La ayuda financiera de Occidente, de la que nunca careció la URSS, se vuelve masiva cuando ya

no solo se trata de permitirle alcanzar ambos objetivos, sino de evitar su fin.[743]

Pero si el deseo de ayudar es tan fuerte por parte de los Estados capitalistas, ¿qué decir de la opinión occidental? Esta encomia en los términos vagos pero prometedores de *glasnost* y de *perestroika* la promesa de una Unión Soviética por fin obediente a la obsesión, muy de fin de siglo, de los «derechos del hombre»; de una sociedad que sería menos el paraíso de los trabajadores —como en los años de entreguerras (pues el mesianismo obrero casi no existe apenas)—, que un mundo de individuos a la vez protegidos contra la desigualdad y libres. La Unión Soviética de Gorbachov sigue conservando del Octubre original el símbolo sagrado de la ruptura con el capitalismo, al que añade el redescubrimiento de los «derechos». Lo que en la primavera de 1968 se llamó en Praga «el socialismo con rostro humano» queda encarnado, en adelante, por la nación-madre del comunismo, reintegrada por fin a la ambición que el Ejército Rojo había hecho abortar 20 años antes.

Esta es la trayectoria que en los últimos tiempos ha seguido la mitología soviética; tiempos que han transcurrido embozados en esta síntesis ficticia entre los principios del bolchevismo y los principios del pluralismo liberal-democrático; el bolchevismo es compatible con el nacionalismo, como lo demostró Stalin durante todo su reinado, y hasta con una parte de autonomía restituida al mercado, tal como lo había imaginado Lenin —como expediente provisional, es verdad— con la NPE. Pero el bolchevismo no admite ninguna flexibilidad en materia de ideología y de libertad política; solo puede reinar por la mentira y el temor. Incluso Jruschov tuvo que matar a Nagy. Brézhnev toleró a Ceausescu y a Kádár, pero no a Dubček. Ahora bien, Gorbachov retoma la partitura de Nagy y la de Dubček en un escenario más amplio, en el centro del Imperio: se trata de la reforma y del resurgimiento del bolchevismo mezclados a los

principios que este había querido destruir en Octubre de 1917. Gorbachov pretende renovar el régimen comunista, y para ello no cuenta con otras ideas que las que toma de la tradición occidental; sus únicos medios son los que mendiga ante las grandes democracias capitalistas. Todo lo que hace contradice lo que afirma proponerse. Cuando la referencia a Occidente se ha convertido, poco a poco, en un pensamiento que comparte con Sájarov, uniendo la *nomenklatura* y la oposición intelectual, de la idea comunista ya solo queda lo que esta ha destruido. Una sociedad ha sido quebrantada hasta sus cimientos y en esa debacle incluyó sus recursos de reconstrucción a la manera occidental, precisamente cuando ya no tenía otros a su disposición.

Así lo comprendieron al punto los pueblos de las naciones del centro-oriente de Europa, que rompieron las cadenas que las ataban a Moscú para recuperar lo más pronto posible las fuentes de su historia. En la propia Rusia, Gorbachov aún es odiado como líder comunista, antes de empezar a serlo como político vendido a Occidente. Él pretende que aún gobierna su país, pero eso solo lo cree la opinión pública occidental, que no abandona su credulidad inquebrantable en todo cuanto afirma la Unión Soviética. Los rusos sintieron que Gorbachov presidía una disgregación general, sin un porvenir previsible, para ver si con ello lograban desmentir, una vez más, una última idea del marxismo según la cual las sociedades solo mueren en el momento en que están dispuestos los elementos de relevo, gestados en el seno del antiguo mundo. Solo que aquí no ocurre nada semejante. El comunismo soviético muere de una descomposición interna, que Gorbachov solo contribuyó a precipitar, antes de que su rival, Yeltsin, se volviera el ejecutor. Nacido de una revolución, el comunismo soviético desaparece en una involución. Pero su último dirigente, detestado en Rusia, sigue siendo adorado hasta el fin en Occidente, que no se resigna a su caída, ya que esta entraña también, por fuerza, el fin de la ilu-

sión que había colmado el siglo. La Unión Soviética abandona el escenario de la historia antes de haber agotado la paciencia de sus partidarios fuera de sus fronteras. Y dejará muchos huérfanos por el mundo.

La quiebra del régimen nacido en Octubre de 1917, y tal vez más aún el carácter radical que esta quiebra adoptó, privaron en efecto a la idea comunista no solo de su territorio de elección, sino también de todo recurso: lo que murió ante nuestros ojos, con la Unión Soviética de Gorbachov, engloba todas las versiones del comunismo, desde los principios revolucionarios de Octubre hasta su historia, e incluso la ambición de humanizar su trayectoria en condiciones más favorables. Fue como si acabara de clausurarse el camino más grande jamás ofrecido a la imaginación del hombre moderno en materia de felicidad social. El comunismo nunca concibió otro tribunal sino la historia; helo aquí, pues, condenado por la historia a desaparecer en cuerpo y alma. Habría podido perder la Guerra Fría y sobrevivir como régimen; o bien, habría podido dar nacimiento a unos Estados rivales, pero sin morir como principio; o quizá hubiese podido presidir el desarrollo de sociedades diversas, que sin embargo lo hubiesen conservado como referencia original. Podemos imaginarle asimismo otros destinos en que se le habría utilizado sin causar su naufragio como cuerpo de ideas. Pero el destino que tuvo no le deja nada. Los regímenes comunistas han tenido que ceder el lugar, en pocos meses, a las ideas que la Revolución de Octubre creyó destruir y remplaza: la propiedad privada, el mercado, los derechos del hombre, el constitucionalismo «formal», la separación de poderes; en una palabra, toda la panoplia de la democracia liberal. En este sentido, el fracaso es absoluto, ya que implica la desaparición de su ambición original.

Pero el fracaso no afecta solo a los comunistas y los comunizantes. Su alcance es mucho mayor y obliga a repensar algunas

convicciones tan viejas como la izquierda occidental, y aun tan antiguas como la democracia, comenzando por el famoso «sentido de la historia» con el cual el marxismo-leninismo había pretendido otorgarle al optimismo democrático la garantía de la ciencia. Si el capitalismo ha llegado a ser el porvenir del socialismo, si el mundo burgués es la continuación de la «revolución proletaria», ¿qué sucede con esta garantía al paso del tiempo? La inversión de las prioridades canónicas reduce a la nada la trabazón de las épocas en la marcha del progreso. La historia vuelve a ser ese túnel en que el hombre se lanza, a ciegas, sin saber adónde lo conducirán sus acciones, incierto de su destino, desposeído de la ilusoria seguridad de una ciencia que dé cuenta de sus actos pasados. Privado de Dios, el individuo democrático ve tambalearse sobre sus bases, en este fin de siglo, a la diosa historia: esta es una zozobra que tendrá que conjurar.

A esta amenaza de la incertidumbre se añade en el ánimo del hombre la inquietud de un porvenir cerrado. El hombre está habituado a proyectar sobre la sociedad esperanzas ilimitadas, pues la sociedad le promete que será libre como todos, e igual a todos. Pero aún es necesario, para que esas promesas cobren su sentido pleno, que el hombre pueda un día rebasar el horizonte del capitalismo, trascender el universo en que existen ricos y pobres. Ahora bien, el fin del comunismo le hace regresar, por el contrario, al interior de la antinomia fundamental de la democracia burguesa. Entonces redescubre, como si fueran de ayer, los términos complementarios y contradictorios de la ecuación liberal: los derechos del hombre y el mercado; y con ello compromete el fundamento de lo que ha constituido el mesianismo revolucionario desde hace dos siglos. La idea de otra sociedad se ha vuelto algo imposible de pensar y, por lo demás, nadie ofrece sobre este tema, en el mundo de hoy, ni siquiera el esbozo de un concepto nuevo. De modo que henos aquí, condenados a vivir en el mundo en que vivimos.

Pero semejante condición resulta demasiado severa y demasiado contraria a la idiosincrasia de las sociedades modernas para que pueda durar. La democracia genera, por el solo hecho de existir, la necesidad de un mundo posterior a la burguesía y el capital, en que pudiese florecer una verdadera comunidad humana. Lo hemos visto a lo largo de todo este libro en el ejemplo de la Unión Soviética: la idea del comunismo no dejó de amparar en todas sus épocas la historia del comunismo, hasta ese momento postrero en que la segunda, en virtud de la simple detención de su curso, arrastró consigo a la primera a su desaparición, después de haberla encarnado durante tanto tiempo. Pero el fin del mundo soviético no modifica en nada la exigencia democrática de otra sociedad, y por esta misma razón se puede apostar a que esta enorme quiebra continuará gozando, en la opinión del mundo, de circunstancias atenuantes, y tal vez, incluso, un día volverá a ser admirada. No digo que, dada la forma en que ha muerto, la idea comunista pueda renacer. No cabe duda que la revolución proletaria, la ciencia marxista-leninista, la elección ideológica de un partido, de un territorio y de un imperio han agotado sus posibilidades con la Unión Soviética. Pero la desaparición de esas figuras familiares de nuestro siglo solo pone punto final a una época, mas no agota el repertorio de la democracia.

FRANÇOIS FURET (París, 27 de marzo de 1927-12 de julio de 1997) fue un reputado historiador liberal, miembro de la Academia francesa.

Nacido en el seno de una familia burguesa, François Furet inició brillantemente la secundaria en el liceo Janson-de-Sailly. Luego comenzó los estudios de Letras y Derecho en París, pero una tuberculosis le obligó a interrumpir los estudios en 1950. Hasta 1954, permaneció internado en distintos sanatorios de los Alpes.

Convaleció luego en un centro Fondation de France, en la calle Quatrefages de París, donde entró en contacto con comunistas famosos como Emmanuel Le Roy Ladurie. Sobre el comunismo, experiencia capital del siglo XX, escribiría más tarde

El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX (1995).

Tras ganar una agregaduría de Historia en 1954, François Furet obtiene plaza de profesor de instituto en Compiègne, donde enseñará hasta 1955, año en que pasa a ejercer su magisterio en Fontainebleau. En 1956, entra en el CNRS, donde desarrollará sus investigaciones sobre la Revolución Francesa, campo fundamental de sus trabajos.

En 1995, recibió el Premio europeo Amalfi de Sociología y Ciencias Sociales, por su obra, ya mencionada, *El pasado de una ilusión*. Fue también presidente de la Escuela Superior de Estudios de Ciencias Sociales.

Entre sus obras, escritas muchas de ellas en colaboración, destacan: *La Révolution française,* con Denis Richet (1965), *Pensar la Revolución Francesa* (1978), *Fascisme et Communisme,* con Ernst Nolte, *La democracia en Europa*, /1993), *El pasado de una ilusión* (1995) y el monumental *Diccionario crítico de la Revolución Francesa* en 4 volúmenes (1993), escrito en colaboración con Mona Ozouf.

Notas

[1] Habría que matizar esta afirmación según los países; por ejemplo, es menos verdadera en Polonia que en Hungría. Estoy pensando en el caso de la URSS, de donde a fin de cuentas dependió todo, pues desde Moscú se propagó la onda de disgregación del Imperio soviético. <<

[2] Me refiero aquí, sobre todo, al autor del *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres.* <<

[3] José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* (comenzó a aparecer en España en 1926, en forma de artículos, en una revista de Madrid, y se publicó corno libro en 1930). <<

[4] Hannah Arendt, *El sistema totalitario* (3a. parte de los *Orígenes del totalitarismo)* ed. estadounidense, 1951; trad. Francesa, Le Seuil, 1972. <<

[5] James Joll, *The Origins of the First World War*, Longman, 1984. <<

[6] Benjamín Constant, *De l'esprit de conquête et de l'usurpation dans leurs rapports avec la civilisation européene*, 1814, en *De la liberté chez les Modernes*, textos escogidos y anotados por Marcel Gauchet, col. Pluriel, Hachette, 1980, pp. 118-119. <<

[7] V. I, Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Petrogrado, 1917, en *Obras completas*, t. I, Progreso/Eds. de Cultura Popular, Móscú, México, 1979. El estudio fue escrito en Zurich, en la primavera de 1916. <<

[8] Jean-Jacques Becker, *Comment les Français sont entrés dans la guerre. Contribution à l'étude de l'opinion publique (printemps-été 1914)*, Presses de la Fondation nationale des sciencies politiques, 1977. <<

[9] T. Mann, *Betrachtungen eines Unpolitischen*; trad. francesa: *Considérations d'un apolitique*, Grasset, 1975. <<

[10] T. Mann, *op. cit.*, p. 35. <<

[11] El mejor análisis de esta novedad de la guerra de 1914-1918 sigue siendo, en mi opinión, el de Raymond Aron en *Les Guerres en Chaîne*, Gallimard, 1951, cap. I: «La surprise technique». <<

[12] Alain, *Correspondance avec Élie et Florence Halévy*, París, Gallimard, 1957. <<

[13] Idem, p. 251, carta del 31 de enero de 1917. <<

[14] *Cf.* esta nota del 17 de octubre de 1917, sobre *Le Feu*, de Barbusse, que acaba de publicarse: «*Le Feu* me parece aburrido. Es una opinión de oficial. El mal más sensible a la guerra es la esclavitud». (*Id.*, p. 255.) <<

[15] *Idem*, p. 193, carta del 15 de marzo de 1915: «Desgraciadamente somos gobernados, y en semejantes épocas, por hombres honrados: un soberano cínico habría hecho pronto la paz». <<

[16] Una pequeña parte de esta correspondencia, destinada sobre todo a Xavier Léon, fue editada junto con la *Correspondance* de Alain con Élie y Florence Halévy, op. cit., a partir de la página 322. Yo pude consultar el resto de las cartas de Élie Halévy durante la guerra de 1914-1918 en los papeles de Élie Halévy, gracias a la amabilidad de la señora Guy-Loë, a quien le expreso aquí mi agradecimiento. <<

[17] Élie Halévy es el hijo de Ludovic Halévy, célebre libretista de ópera, y de Louise Bréguet, hija de una dinastía de relojeros

protestantes. Él es el hermano de Daniel. Los dos niños fueron educados en la religión de su madre, según la regla de la familia. <<

[18] Élie Halévy consagró sus dos grandes obras a la historia inglesa: *La Formation du radicalisme philosophique*, 3 vols., F. Alean, París, 1901-1904; *Histoire du peuple anglais au XIX^e siècle*, 4 vols., Hachette, 1912-1932, reimpr. Hachette Littérature, 1973-1975, 5 vols. Véanse también las «Rhodes Memorial Lectures» que pronunció en Oxford en 1929: *The World Crisis of 1914-1918, an Interpretation*, Oxford, Clarendon Press, 1930; texto en francés en *L'Ère des tyrannies*, col. Tel, pp. 171-199. <<

[19] Carta del 17 de noviembre de 1914 a Xavier Léon. Inédita. <<

[20] Carta del 27 de enero de 1915 a Xavier Léon. Inédita. <<

[21] Carta inédita a Xavier Léon, 3 de julio de 1915. La misma idea se encuentra poco más de dos artos después, en una carta del 18 de septiembre, también inédita, dirigida al mismo destinatario: "… la Guerra y el Socialismo. El estado de guerra favorece directamente al socialismo de Estado y, por reacción, al socialismo revolucionario o anárquico". <<

[22] Carta inédita a Xavier Léon, 29 de noviembre de 1915. «Si los proletarios quieren la paz a cualquier precio y sin frases, yo comprendo esas convicciones brutales e incultas. Pero la frivolidad política de los hombres de la escuela de Challaye no deja de asombrarme…» <<

[23] Carta inédita a Xavier Léon, 21 de octubre de 1914. <<

[24] Carta a Xavier Léon, 26 de noviembre de 1914, *op. cit.*, p. 342. <<

[25] Carta a Xavier Léon, 27 de octubre de 1915, *op. cit.*, p. 355. <<

[26] Carta inédita a Xavier Léon, 24 de marzo de 1916: «Vuelvo siempre a mi tesis. El día en que Jaurès fue asesinado y se inició el incendio de Europa, se inauguró una época nueva de la historia del mundo. Es una estupidez creer que en seis meses podrá apagarse…» <<

[27] Tocqueville, *La democracia en América*, 2a. parte. Libro III, cap. 22: «La guerra no abandona siempre a los pueblos democráticos al gobierno militar, pero no puede dejar de aumentar inmediatamente las atribuciones del gobierno civil, centralizando casi por la fuerza en sus manos la dirección de todos los pueblos y el uso de todas las cosas Si no conduce de repente al despotismo por la violencia, lo atrae dulcemente por los hábitos». <<

[28] *Idem*, carta del 13 de noviembre de 1915, p. 217. <<

[29] *Idem*, carta del 3 de abril de 1917, p. 252. <<

[30] Cartas a Xavier Léon del 17 y 28 de mareo de 1917, *op. cit.*, p. 363. <<

[31] Élie Halévy a Xavier Léon, carta del 28 de marzo de 1917, *op. cit.*, p. 363. <<

[32] *Idem*, carta del 30 de junio de 1917, p. 253. <<

[33] Guillaume Apollinaire, «C'est Lou qu'on la nommait», en *Calligrammes*, 1917. <<

[34] La expresión fue tomada del vocabulario político posterior a la guerra. Por ejemplo, en Ernst Jünger, «Die Total Mobilmachung» en *Krieg und Krieger*, 1930; trad.: «La Mobihsation totale», en *Recherches*, núms. 32 y 33, septiembre de 1978. Retomado de *L'État universal*, Gallimard, 1990, col. Tel, pp. 97-140. <<

[35] Benjamin Constant. *De l'esprit de conquête et de l'usurpation…*, 1814, en OEuvres, Gallimard, La Pléiade, cap. II, «Du

caractère des nations modernes relativement à la guerre» (cita p. 961). <<

[36] E. Jünger, *La Mobilisation totale, op. cit.* <<

[37] Léon Werth, Clavel soldat, novela, Éd. Viviane Hamy, París, 1993, pp. 100 y 265. <<

[38] El 19 de julio de 1917, el *Reichstag* aprobará por 212 votos contra 126 una moción en ese sentido, adoptada por los nacionalistas, el centro y el partido progresista, contra los conservadores y los nacionales liberales. <<

[39] A comienzos de 1917, Carlos I de Austria encarga al príncipe Sixto de Borbón-Parma, su cuñado, que está en el bando aliado, una misión en favor de la paz. Gracias a sus contactos con Jules Cambon, el príncipe es recibido por Raymond Poincaré en febrero. Pero la tentativa de iniciar negociaciones tropieza con la doble oposición de Alemania y de Francia, atada por sus compromisos con sus aliados rumanos y serbios. A comienzos de junio fracasa una nueva misión del príncipe Sixto. <<

[40] Raymond Aron, *Les Guerras en chaîne, op, cit.*, p. 33. <<

[41] El argumento es desarrollado por Henry Kissinger en *Diplomacy*, Simón and Schuster, Nueva York, 1994, cap. IX, «The new face of diplomacy: Wilson and the Treaty of Versailles», pp. 218-245. (Hay versión en español del FCE, 1995.) <<

[42] Jacques Bainville, *Les conséquences politiques de la paix*, Librairie A. Fayard, 1920; reimpr. 1941. <<

[43] 39 John M. Keynes, *Les Conséquences économiques de la paix*, Gallimard, 1920, y Essays in Biography, Nueva York, 1951. El primero de esos ensayos («Le Conseil des quatre») está dedicado a un retrato de los negociadores de Versalles, donde Keynes fue uno de los miembros de la delegación inglesa. Dice sobre Clemenceau: «Tenía hacia Francia los mismos sentimien-

tos de Pericles hacia Atenas: solo ella era grande, nadie más contaba; pero su concepción de la política era la de Bismarck. Tenía una ilusión, Francia; y una desilusión, la humanidad, incluyendo a los franceses, para no hablar siquiera de sus tres colegas». <<

[44] Cf. Élie Halévy, *Une interprétation de la crise mondiale de 1914-1918* (se trata de las tres «Rhodes Memorial Lectures» pronunciadas en Oxford en 1919) en *L'Ère des tyrannies*, Gallimard, col. Tel, 1990, p. 197:…la cuestión consiste en saber si una guerra revolucionaria podía terminar de otro modo que mediante un tratado revolucionario". <<

[45] El emperador Guillermo II abdica el 9 de noviembre de 1918. En la noche del 9 al 10, el socialista Friedrich Ebert concluye un pacto secreto con los jefes del *Reichswehr* contra la amenaza de una revolución inspirada por los bolcheviques que parece posible con el caos permanente (huelgas, manifestaciones, consejos de obreros y de soldados). Los militantes de la Liga Espartaco que fundan el Partido Comunista Alemán los días 29 de diciembre de 1918-1 de enero de 1919 piensan en tomar el poder. Al destituir el 4 de enero al prefecto de policía de Berlín, que había organizado una especie de policía revolucionaria, las autoridades entablan la confrontación. El general Noske recibe plenos poderes y reprime implacablemente la insurrección comunista. Rosa Luxemburgo es asesinada al mismo tiempo que Karl Liebknecht el 15 de enero por unos oficiales. <<

[46] «La dictadura es un poder que se apoya directamente en la violencia y no está coartado por ley alguna.» Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, en *Obras escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, p. 69. <<

[47] *Bulletin des droits de l'homme*, año X, núm. 3, 1 de febrero de 1919, núms. 5 y 6, 1-15 de marzo de 1919, «Enquête sur la situation en Russie». Esos debates llegaron a conocimiento de

los historiadores por el libro de Christian Jelen, *L'Aveuglement, les socialistes et la naissance du mythe soviétique*, prólogo de Jean-François Revel, Flammarion, 1984. <<

[48] «La Revolución es un bloque»: esta fórmula se encuentra en un discurso de Clemenceau, pronunciado el 29 de enero de 1891 durante un debate parlamentario, tras la prohibición de Thermidor, obra teatral de Victorien Sardou. <<

[49] Fernand Grenard es el autor de *La Révolution russe*, Armand Colin, 1933 <<

[50] En todo caso, esto es lo que se puede deducir de las acusaciones de antisovietismo encarnizado que hace contra él Pierre Pascal en su *Diario* en 1918. <<

[51] *Bulletin des droits de l'homme, op. cit.*, p. 148. <<

[52] Son las dos «jornadas», del 31 de mayo y el 2 de junio, en cuyo curso la Convención se purgó a si misma de sus elementos «girondinos», bajo la presión de las secciones parisienses. <<

[53] *Bulletin des droits de l'homme*, núms. 5 y 6, 15 de marzo de 1919, p. 230. <<

[54] Alphonse Aulard, *Histoire politique de la Révolution française. Origines et développement de la démocratie et de la République*, Armand Colín, 1901 (reimpr. 1926). <<

[55] Alphonse Aulard, *op. cit.*, p. 46. <<

[56] *Id.*, pp. 47-48. <<

[57] El primero de los grandes textos de Lenin traducido al francés es *La enfermedad infantil del comunismo*, en vísperas del Congreso de Tours. <<

[58] La controversia es analizada por James Friguglietti en *Albert Mathiez, historien révolutionnaire (1874-1932)*, Société des Études robespierristes, 1974 (cita p. 136, nota 58). <<

[59] De ello dan testimonio los dos artículos que publica al principio de 1920, dedicado uno de ellos a una comparación entre bolchevismo y jacobinismo, y el otro a un paralelo entre Lenin y Robespierre. El primero, que es el más importante, toca un tema ya abordado por él mismo en noviembre de 1917, en un periódico del Franco Condado, que, como se ha visto, que también está en el espíritu de Aulard. Bolchevismo y jacobinismo son «dos dictaduras, nacidas de la guerra civil y de la guerra extranjera, dos dictaduras de clase que operaban por los mismos medios, el terror, la requisición y los impuestos, proponiéndose en última instancia un objetivo semejante, la transformación de la sociedad; y no de la sociedad rusa o de la sociedad francesa, sino de la sociedad universal». Como a menudo ocurre, las obligaciones del género comparativo llevaron al historiador a hacer aproximaciones, pues la dictadura bolchevique, efectivamente ejercida en nombre de una clase, y después inscrita durante largo tiempo en el programa de Lenin, provoca la guerra civil y la extranjera, más que proseguirlas; mientras que la del año II, más circunstancial, constituida poco a poco en nombre de la salvación pública, se instala en el contexto de una guerra civil y de una guerra exterior, y por referencia a ellas. <<

[60] Citado por James Friguglietti, *Albert Mathiez..., op. cit.*, p. 165. El artículo apareció en *Le Progrès civique*, 11 y 18 de septiembre de 1920. <<

[61] Dmitry Shlapentokh, «The Images of the French Revolution in the February and Bolchevik Revolutions», *Russian History*, 16, núm. 1 (1989). <<

[62] Entre la ejecución de los dantonistas y la caída de Robespierre, o sea entre el 3 de abril y d 27 de julio de 1794. <<

[63] Tamara Kondratieva, *Bolcheviks et jacobins*, Bibliothèque Historique Payot, Payot, 1989. <<

[64] Véase infra, p. 273. <<

[65] En este orden de ideas, no se puede dejar de reflexionar sobre aquel pasaje del *Contrato social* en que Rousseau se interroga sobre el carácter de la obra de Pedro *el Grande* y sobre la tendencia rusa a tomar de otra parte y de imitar. «Los rusos, por ejemplo, no serán verdaderamente civilizados, porque lo fueron demasiado pronto. Pedro *el Grande* tenía el genio imitativo, no el verdadero genio, ese que crea y hace todo de nada. Hizo algunas cosas buenas; la mayor parte fueron extemporáneas. Vio a su pueblo sumido en la barbarie, pero no vio que no tenían el estado de madurez requerido y quiso civilizarlo cuando era necesario hacerlo aguerrido. Quiso hacer un pueblo de alemanes e ingleses, cuando debió comenzar por hacerlo de rusos, e impidió que sus súbditos fuesen jamás lo que estaban llamados a ser, por haberlos persuadido de que tenían el grado de civilización de que aún carecen». (Lib. III, cap. VIII). <<

[66] Por lo menos en 1918-1920. En sus intervenciones posteriores a 1920, Aulard reconocerá esta discontinuidad, y opondrá la Revolución bolchevique a la Revolución francesa, en beneficio de la segunda. Esta instauró la democracia; la otra, la dictadura. <<

[67] En un primer periodo, la actitud de los Aliados hacia los bolcheviques queda subordinada a los imperativos de la lucha contra Alemania. Se envían contingentes simbólicos a Murmansk, Arcángel y Vladivostok para reforzar el bloqueo. A partir del verano de 1918, ayudan —con ciertas condiciones— al almirante Kolchak en Siberia y al general Denikin en la Rusia meridional. La capitulación alemana modifica la situación, pero no se decide ninguna política coherente. Como Clemenceau, también Churchill es partidario de una intervención, mientras que Lloyd George se inclina hacia la negociación. Se pone un alto a la intervención francesa en Odesa y su región (cerca de 45.000 hombres) con motivo de los motines de la flota en el Mar Negro (abril de 1919). En septiembre, Arcángel y después

Murmansk son evacuados, y en el verano los británicos salen del Cáucaso. <<

[68] La conferencia de Zimmerwald (5-8 de septiembre de 1915) une a los socialistas partidarios de la paz «sin anexión ni indemnizaciones», por entonces muy minoritarios en los diferentes partidos socialistas. Lenin, allí presente, defiende la idea de la creación de una nueva Internacional. La segunda conferencia de los «minoritarios» se celebra en Kienthal, del 24 al 30 de abril de 1916. Allí preconiza Lenin el retiro de los socialistas de todos los gobiernos y la negativa a dar créditos militares. <<

[69] Su artículo de 1904, originalmente intitulado «Problemas de organización en la social- democracia rusa», fue reproducido en inglés con el título de «Leninism or Marxism», con introducción de B. Wolfe, University of Michigan Press, 1961. Rosa Luxemburgo, *Questiotis d'organisation de la social-démocratie russe*, Nouveau Prométhée, 1934, reimpr., Spartacus, 1946. Se trata de una crítica del folleto *Un paso adelante, dos pasos atrás*, que Lenin escribió en 1904 como respuesta a las críticas de P. Axelrod. <<

[70] Este escrito de prisión sobre la Revolución rusa será publicado a fines de 1921 por Paul Levi en el momento de la ruptura de este último con Lenin. La primera traducción francesa se debe, desde 1922, a Alexandre Bracke-Desrousseaux, «*La Révolution russe*», en *OEuvres II*, pequeña colección Maspero, 1969. <<

[71] Hago alusión a las refutaciones de Bernstein que Kautsky publica en 1899 en el *Neue Zeit*, así como a su obra, del mismo año, sobre la cuestión agraria. *Cf*. Peter Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism. Eduard Bernstein's Challenge to Marx*, Nueva York, Columbia University Press, 1952. En 1899, Eduard Bernstein, albacea testamentario de Marx, publica *Les Présupposés du socialisme et les tâches de la social-démocratie* (Le Seuil,

1974), libro en que pone en entredicho los cánones del marxismo en materia de evolución del capitalismo, pero también la idea de ruptura revolucionaria como preámbulo a la instauración del socialismo. Karl Kautsky responde al «revisionismo» de Bernstein publicando *Bernstein und das sozialistische Programm*, 1899 (*Le Marxisme et son critique Bernstein*, Stock, 1900). Los análisis de Bernstein serán rechazados por la mayoría de los socialdemócratas. <<

[72] *Karl Kautsky, Rosa Luxemburg, Anton Pannekoek. Socialisme, la voie occidentale*, presentado y anotado por Henri Weber, traducido por Alain Brossat, puf, 1983. <<

[73] Karl Kautsky, *Le Chemin du pouvoir*, Giard et Briére, 1910. <<

[74] Karl Kautsky, *La Dictature du prolétariat*, Viena, 1918 (traducción 1922); reimpr. UGE, «10/18», 1972; *Terrorisme et communisme. Contributions à l'histoire des révolutions*, 1919, J. Pololzky et Cie, 1921. <<

[75] Karl Marx, *Critique du programme de Gotha*, en (*Euvres: Économie I*, Gallimard, la Pléiade. 1977. La cita se encuentra en la p. 1429. «Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se sitúa el periodo de transformación revolucionaria de la una a la otra. A este periodo corresponde asimismo una fase de transición política, en que el Estado no podría ser otra cosa que la *Dictadura revolucionaria del proletariado*.» <<

[76] Benjamin Constant, *De la force du gouvernement actuel et déla nécessité de s'y rallier*, 1796; *Des effets de la Terreur*, 1797. <<

[77] Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, 1918 (trad., Ed. Progreso, Moscú, 1921), reimpr., Moscú, Éditions sociales, 1971. <<

[78] Borís Suvarin precisa, en su breve libro *Autour du Congrès de Tours* (Champ libre, 1981), que fueron adaptadas y modificadas para tener en cuenta la situación francesa. <<

[79] Annie Kriegel, Aux origines du communisme français, 2 vols., París-La Haya, Mouton et Cie, 1964. <<

[80] Jacques Sadoul, prefacio a Boris Souvarine, *La Troisième Internationale*, Éditions Clarté, 1919. <<

[81] Jean-Louis Panné, *Boris Souvarine, le premier désenchanté du communisme*, Robert Laffont, 1993, p. 136. <<

[82] Georges Sorel, *Réflexions sur la violence*, prefacio de Jacques Julliard, Le Seuil, 1990, apéndice III, «para Lenin», p. 296. <<

[83] En mayo de 1920, la comisión administrativa de la SFIO designa como delegados, para ir a Moscú, a Jean Longuet y a Marcel Cachin, «reconstructores» ambos (de la Segunda Internacional). Longuet es remplazado por Louis Frossard. Este último y Cachin parten el 31 de mayo y llegan a Petrogrado el 10 de junio. Marcel Cachin ya había ido a Rusia en abril de 1917, como enviado de la Comisión de Asuntos Extranjeros de la Cámara, con el aval del gobierno.

A comienzos de abril de 1920, Alfred Rosmer, miembro del Comité de la Tercera Internacional, se dirige a Italia, a Viena y luego a Berlín, de donde pasa a Rusia. Habiendo partido a inicios de julio, Raymond Lefebvre (otro miembro del Comité de la Tercera) y los sindicalistas libertarios Marcel Vergeat y Jules Lepetit llegan a Rusia a fines de julio. A su regreso, a principios de octubre, los tres desaparecen en el mar. <<

[84] Michel Heller y Aleksandr Nekrich, *L'Utopie au pouvoir. L'histoire de l'URSS de 1917 à nos jours*, Calmann-Lévy, 1982, p. 109. Véase también, sobre los primeros años de la Revolución rusa en general, Richard Pipes, *The Russian Revolution*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1990, trad., *La Révolution russe*, PUF, 1993. <<

[85] Tomo la expresión de Michelet, en el momento en que describe el estado de ánimo de los franceses en 1792. *Cf.* Jules

Michelet, *Histoire de la Révolution française*, Robert Laffont, Bouquins, 1989, t; II, lib. IX, cap. I, p. 127. <<

[86] Bertrand Russell, *The Practice and Theory of Bolchevism*, Londres. G. Alien & Unwin, 1921. Trad. francesa: *Théorie et pratique du bolchevisme*, París, La Sirène, 1921; reimpr. Le Mercure de France, 1969. <<

[87] Lo explica así en su autobiografía (*The Autobiography of Bertrand Russell*, 1944-1969, Nueva York, Simón and Schuster, p. 10): «En esta época [1948], yo era persona grata entre el gobierno inglés pues, aunque adversario de la guerra nuclear, también era anticomunista. Luego me vi llevado a ser más favorable al comunismo, en el momento de la muerte de Stalin en 1953, y de la prueba atómica de Bikini en 1954; y llegué a atribuir cada vez más el riesgo de una guerra nuclear al Oeste, a los Estados Unidos de América, y menos a Rusia. Esta evolución fue favorecida por hechos internos de la política norteamericana, como el macartismo y los atentados contra las libertades de los ciudadanos». <<

[88] Alain Besançon, «La Russie et la Révolution française», en *The French Révolution and the Creation of Modern Political Culture*, vol. III (François Furet y Mona Ozouf, comps.), Pergamon Press, Oxford, 1989, pp. 575-584. <<

[89] Véase François Furet, *La Révolution (1770-1780)*, Hachette, 1988. <<

[90] Moshe Lewin, *Le Demier Combat de Lénine*, Éditions de Minuit, 1967. <<

[91] El término «leninismo» aparece inmediatamente después de la muerte de Lenin (*cf*. Boris Souvarine, *Staline, op. cit.*, pp. 307-309). A comienzos de abril de 1924, José Stalin pronuncia una conferencia en la Universidad de Sverdlov, que publica con el título: *De los principios del leninismo*. Durante 1925, Grígori Zinóviev escribe *Léninisme* (ed. francesa, 1926). Desde media-

dos de los años treinta, el adjetivo «marxista-leninista» forma parte del arsenal ideológico del PCF («Los hechos confirman la teoría marxista-leninista del partido», Escuela elemental del PCF, V lección, 1937). El empleo del sustantivo «marxismo-leninismo» se vuelve común con el poder absoluto de Stalin, que lo impone con su opúsculo *Materialismo dialéctico, materialismo histórico* (1938). <<

[92] Pierre Pascal, *Mon journal de Russie, 1916-1918*, t. I, prefacio de J. Laloy, L'Áge d'homme, 1975; *En Communisme. Mon Journal de Russie, 1918-1921*, t. II, 1977; *Mon état d'âme; Mon journal de Russie, 1922-1926*, t. III, 1982; *Russie 1927; Mon journal de Russie*, t. IV, 1982. <<

[93] Sobre el catolicismo de Pierre Pascal, que tiene algo a la vez del Movimiento llamado Sillon (Surco) y del «unionismo» tan caro al padre Portal, véase Régis Ladous, *Monsieur Portal et les siens*, prefacio de Émile Poulat, Éd. du Cerf, 1985. <<

[94] Pierre Pascal, *Avvakum et les débuts du raskol. La crise religieuse au-XVIIe siècle en Russie*, París, librairie Honoré Champion 1938; *La Vie de l'archiprêtre Awwakum écrite par lui-méme...*, trad., introd. y notas de Pierre Pascal, Gallimard, 1960. Sobre el *raskol*, véase Léon Poliakov, *L'Épopée des vieux-croyants*, Perrin, 1991. <<

[95] Yann Moulier Boutang, *Louis Althusser. Une biographie*, Grasset, 1992. <<

[96] Secretario de la federación socialista de la Viena anterior a 1914, Jacques Sadoul (1881-1956) se vuelve subsecretario de Estado de Artillería en el gabinete de Albert Thomas, quien lo envía con la misión militar francesa a Rusia. Sadoul intenta entonces servir de intermediario entre los Aliados y los bolcheviques, esperando que estos últimos continuarían la guerra contra Alemania. Incorporado al bolchevismo y aconsejado por Lenin, que no lo estima mucho, publica sus cartas a Albert

Thomas. Condenado a muerte en 1919 por el Consejo de Guerra de París, Sadoul vuelve a Francia en 1924; queda libre, después de un nuevo proceso. Muy ligado a los soviéticos, colabora en *Izvestia*. <<

[97] Jacques Sadoul ambiciona ser el dirigente exclusivo del grupo comunista francés. Para apartar a sus rivales, denuncia ante Lenin a Pierre Pascal como partidario de los mencheviques. Se abre una investigación y Pascal tiene que justificarse ante la Cheka. Sadoul vuelve a denunciar a Pascal, esta vez como católico. Véase Pierre Pascal, *Journal de Russie, op cit.*, t. II, pp. 111-114. <<

[98] Philippe Joseph Benjamin Buchez (1796-1865), autor, con Prosper-Charles Roux, de la monumental *Histoire parlementaire de la Révolution française*, que apareció en fascículos entre 1834 y 1838. Ex *carbonaro* y ex saint-simoniano, Buchez es un intérprete a la vez católico y socialista de la Revolución. Por estas dos razones, exalta el mesianismo comunitario de los jacobinos, que opone al individualismo burgués de 1789. <<

[99] Pierre Pascal, *Journal, op. cit.*, t. II, p. 16. <<

[100] Victor Serge, *Souvenir d'un révolutionnaire*, Le Seuil, 1951, pp. 153-154. Sobre Victor Serge, *cf. infra*, p. 327. <<

[101] De los materiales de su *Diario*, que durante tanto tiempo permaneció inédito, Pierre Pascal sacó un pequeño libro comunista edificante, publicado a fines de 1920, en vísperas del Congreso de Tours, e intitulado *En Russie rouge. Lettres d'un communiste françáis*, Petrogrado, Éditions de l'Intemationale communiste, 1920; París, Éditions de la Libraire de l'Humanité, 1921. <<

[102] Surgida en 1919, la Oposición Obrera es animada por Alexandr Shliápnikov y Alexandra Kollontái, que defienden en marzo de 1921 sus ideas, con motivo del X Congreso del Partido Bolchevique, contemporáneo de la insurrección de Kronsta-

dt. La Oposición Obrera pretendía ser una emancipación de la «parte avanzada del proletariado que no ha roto su relación viva con las masas obreras organizadas en sindicatos…» Sus tesis sobre el papel de los sindicatos fueron rechazadas por el Congreso, que prohibía todo grupo de oposición en el seno del partido. Véase Alexandra Kollontaï, *L'Opposition ouvrière*, Le Seuil, 1974. <<

[103] Carta a Rosmer, 24 de septiembre de 1925; *cf*. Pierre Pascal, Mon journal de Russie, t. III, *op. cit.*, pp. 114-116. (Esta carta, fechada por error en 1923, hace alusión explícita a hechos ocurridos en 1925.). Amigo de L. Trotski, Alfred Rosmer (1877-1964) pertenece desde 1920 al Comité Ejecutivo del Komintern. Miembro del Comité Director del PCF (Partido Comunista Francés), en 1923-1924 acabaría rompiendo al mismo tiempo que Monatte y participando en 1925 en el lanzamiento de *La Révolution prolétarienne*. Después, se acercará a la corriente trotskista, y se peleará momentáneamente con el exiliado en 1930. A. Rosmer es autor de una *Histoire du mouvement ouvrier pendant la guerre*, 2 tt., 1936 y 1959. <<

[104] Pierre Pascal alude al Congreso de Londres de 1903, en que el partido socialdemócrata ruso se escindió virtualmente en dos grandes facciones distintas, la de los mayoritarios (bolcheviques), encabezados por Lenin, y la de los minoritarios (mencheviques), dirigidos por Mártov. <<

[105] Sindicalista-revolucionario y fundador de *La Vie ouvrière* (1909), Pierre Monatte (1881-1960) es uno de los primeros en apoyar la Revolución bolchevique, animando la tendencia revolucionaria en el seno de la CGT, hasta la escisión de 1921. Ingresa en *L'Hummanité* en marzo de 1922, pero solo se adhiere al Partido Comunista en mayo de 1923. Sale de él a fines de 1924, por protestar contra la «bolchevización», y después funda una nueva revista, *La Révolution prolétarienne*. <<

[106] Pierre Pascal, *Journal, op. cit.*, t. IV, p. 190, 4 de septiembre de 1927. <<

[107] En 1933, apenas de regreso de la Rusia soviética, Pierre Pascal se asocia con Borís Suvarin para emprender la defensa de Victor Serge, que acababa de ser detenido, una vez más. En 1936, escribe un prefacio para el folleto de M. Yvon (*Ce qu'est devenue la révolution russe*), cuyo título, «Aquellos a quienes hay que creerles», indica el valor que atribuye al testimonio de este obrero que vivió 11 años en la URSS. En marzo de 1952, publica en *Preuves* «La Revolución rusa y sus causas», artículo en el cual opone «la más generosa de las revoluciones» al «odioso sistema que ha dado a todas las esperanzas de 1917 el más brutal mentís». En 1967, retomó esta distinción entre revolución y régimen en *La Révolution prolétarienne* («Octubre y febrero no son más que una revolución», abril de 1967), y participó asimismo en un debate organizado por *La Table ronde* (núms. 237-238, octubre-noviembre de 1967), con Jean Bruhat, Stanislas Fumet y Pierre Sorlin sobre el tema «Octubre de 1917, la Revolución rusa y su destino». <<

[108] Borís Suvarin acaba de ser objeto de una notable biografía, a la cual deben mucho las páginas siguientes. Jean-Louis Panné, *Boris Souvarine, le premier désenchanté du communisme*, Robert Laffont, 1993. <<

[109] Jean-Louis Panné, *Boris Souvarine, op. cit.*, pp. 60-61. <<

[110] Charles Rappoport, *Une vie révolutionnaire, 1883-1940. Les Mémoires de Charles Rappoport*, texto establecido por H. Goldberg y G. Haupt, presentación de M. Lagana, Éditions de la maison des Sciences de l'homme, 1991. <<

[111] Para ese punto, véase Borís Souvaríne, *Autour du Congrés de Tours*, Champ libre, París, 1981, *addendum* E; los «missi dominici». <<

[112] Boris Souvarine, *op. cit.* <<

[113] *Cf.* la carta escrita posteriormente (1929) a Amédée Dunois, citada por Jean-Louis Panné, *op. cit.*, p. 220. Véase también Angélica Balabanova, *My Life as a Rebel*, Harper and Brothers, Nueva York, 1938. <<

[114] Jules Humbert-Droz, *L'Oeil de Moscou à Paris, 1922-1924*, col. Archives, Julliard, 1964. <<

[115] De profesión maestro, Albert Treint (1889-1971) termina la guerra como capitán. Habiéndose unido al bolchevismo, pertenece al ala izquierda del Partido Comunista. A partir de 1923, es secretario del Partido Comunista y miembro del Presidium del Komintern. Ligado a Zinóviev, abraza la política de este último y se opone a los demás dirigentes del partido durante la «bolchevización». A su vez, se volverá su opositor tras la expulsión de Zinóviev, animando pequeños grupos antes de ingresar en la SFIO. <<

[116] Boris Souvarine, «Pierre Pascal et le sphinx», Mélanges Pierre Pascal, *Revue des études slaves*, t. LIV, 1982. Reimpreso en Boris Souvarine, *Souvenirs sur Panaït Istrati, Isaac Babel, Pierre Pascal*, Éditions G. Lebovici, 1985. <<

[117] Nacido en Bélgica, Nikolái Lazarévich (1895-1975) va a Rusia en 1919, y luego se ve obligado a emigrar a Rumania en el verano de 1919. En Milán, durante las ocupaciones de fábricas en 1920, retorna a Rusia, donde trabaja primero como obrero y luego como traductor en el Komintern. Desde esta época critica al régimen. Detenido en 1924 por haber organizado un grupo de obreros que militaban en favor de sindicatos auténticos, sería expulsado en septiembre de 1926. Ligado a los anarquistas rusos exiliados en Francia, fue expulsado a Bélgica, donde continuó militando activamente. En 1931 se dirige a España, donde seguirá con atención el movimiento social. Regresa a Francia en 1936 y trabaja como corrector. Después de la

guerra, siendo siempre amigo de Pierre Pascal y de Suvarin, colabora con Albert Camus. <<

[118] Jean-Louis Panné, *op. cit.*, p. 166. <<

[119] György Lukács, entrevista publicada en la *New Left Review*, julio-agosto de 1971. Apéndice a *Georg Lukács, Record of Life*, por Istran Eörsi, Verso Éditions, 1983, p. 181. <<

[120] Saúl Bellow, *To Jerusalem and Back*, Nueva York, Avon, 1977, p. 162; trad. Flammarion. 1977, p. 167. <<

[121] Arpad Kadarkay, *Georg Lukács. Life, Thought and Politics*, Basilea, Blackwell, 1991. <<

[122] *Ibid.*, p. 11. <<

[123] Sobre el joven Lukács, el esteta de Budapest: György Markus, *The Life and the Soul: the Young Lukács and the Problem of Culture*, en Agnès Heller (comp.), *Lukács Reappraised*, Columbia University Press, 1983. <<

[124] Max Weber, *Politik als Beruf*, 1919; *Wissenschaft als Beruf*, 1919 *[La Política como vocación, la ciencia como vocación]*, trad.: *Le Savant et le politique*, prefacio de Raymowd Aron, Plon, 1959. <<

[125] Max Weber escribe en noviembre de 1918: «Hemos evitado lo peor: el knut ruso… La dominación mundial de los Estados Unidos se ha vuelto tan inevitable como la de Roma en la Antigüedad después de las guerras púnicas. Espero que no siga siendo objeto de un reparto con Rusia… pues el peligro ruso se ha evitado hoy, pero no para siempre». Citado en Arpad: Kadarkay, *Georg Lukács, op. cit.*, p. 188. <<

[126] Arpad Kadarkay, *Georg Lukács, op. cit.*, p. 203. <<

[127] *Cf. supra*, p. 75n. <<

[128] Trad. francesa, 1960, Éditions de Minuit. Trad. inglesa, con un prólogo de 1967, por Rodney Livingstone, The MIT Press, 1968. <<

[129] Victor Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*. Le Seuil, 1951, p. 198. Serge fecha ese encuentro en 1928 o 1929. En realidad debió ser más tardío, ya que Lukács se instala, con su mujer, en Moscú en la primavera de 1930. El propio Lukács notó el error en sus elementos de autobiografía redactados en los últimos años de su vida (*cf. Gelebtes Denken Notes towards an Autobiography*, en *Georg Lukács, Record of a Life, op. cit.*, p. 143). <<

[130] La edición francesa apareció en 1981: *Le Jeune Hegel*, Bibliothèque de philosophie, Gallimard, 2 vols. <<

[131] Andrew Arato, Paul Breine, *The Young Lukács and the Origins of Western Marxism*, Nueva York, Seabury Press, 1979. <<

[132] Sobre la seducción del despotismo en Lukács: Lee Congdon, *The Young Lukács*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1983. <<

[133] Pienso en la *Destrucción de la razón*, 1954, y en general en el espíritu maniqueo que anima su estética. <<

[134] Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism*, vol. III, *The Breakdown*, Clarendon Press. 1978, pp. 253-307. <<

[135] *Cf. Infra*, pp. 519-523. <<

[136] *Cf.* Arpad Kadarkay, *Georg Lukács, op. cit.*, cap. XIX, pp. 434-438. <<

[137] Claude Roy, *Somme toute*, Gallimard Folio, 1976, pp. 139-145. <<

[138] Tomo la expresión de un folleto de Ida Mett, *La commune de Kronstadt, crépuscule sanglant des Soviets*, Spartacus, 1948. <<

[139] *Cf. supra*, p. 128. <<

[140] Tras haber preparado, unidos, el *putsch* de octubre, Lenin y Trotski se oponen durante la negociación con los alemanes. Trotski se atiene a la alternativa siguiente: «O la Revolución rusa determinará un movimiento revolucionario en Europa, o las potencias europeas aplastarán la Revolución rusa», mientras que Lenin, en cambio, invita a sostenerla cediendo a las exigencias alemanas para obtener un respiro. Lenin, minoritario en el seno del Comité Central, amenaza con renunciar para imponer sus opiniones. En cuanto a Trotski, adopta una actitud intermedia: ni la guerra ni la paz. La renovación de la ofensiva alemana, que no encuentra ninguna resistencia, hizo que el debate se resolviera en favor de Lenin. <<

[141] Desde 1919, el periodista nacionalista Wolfgang Kapp traba relaciones en los medios militares para realizar un *putsch* contra la República de Weimar. Con el apoyo del general Von Lüttwitz, comandante de las tropas de Berlín, y de las tropas irregulares Erhard, pasa a la acción el 13 de marzo de 1920. Su intentona fracasa al cabo de cuatro días. Durante estos acontecimientos, el Partido Comunista Alemán permanece neutral. <<

[142] Boris Souvarine, *Staline. Aperçu historique du bolchevisme*, Ivréa, 1993, p. 172. <<

[143] El 9 de septiembre de 1917, el general Kornílov, comandante en jefe del ejército ruso, es destituido por Kerenski. Negándose a someterse, Kornílov marcha entonces sobre Petrogrado. Para oponérsele, el gobierno provisional se apoya en los bolcheviques que actuaban en la clandestinidad desde las jomadas de julio. Estos últimos recuperan entpnces una influencia inesperada, mientras que el general Kornílov es abandonado por sus tropas. <<

[144] El célebre decreto sobre las tierras que surgió después de Octubre de 1917 no creó una propiedad social de la tierra. Permitió redistribuir a los campesinos las grandes propiedades, por intermediación de los comités locales y de los soviets campesinos regionales. Salió, íntegro, del programa socialista-revolucionario, como una concesión bolchevique destinada a robustecer la alianza entre campesinado y clase obrera. <<

[145] *Cf. supra*, p. 152. <<

[146] Ese texto enseguida fue objeto de múltiples reimpresiones en ruso y en todos los idiomas. Por lo general se le coloca a la cabeza de un libro aumentado con discursos posteriores de Stalin e intitulado *Las cuestiones del leninismo*, Éditions sociales internationales. 1938-1939, 2 vols., Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1947. <<

[147] Hay pocos libros tan instructivos sobre las costumbres políticas del Komintern en esta época —pese a sus prejuicios y sus errores— como el de Ruth Fischer, *Stalin and Germnn Communism, a Study in the Origins of the State Party*, prólogo de Sidney B. Fay, Harvard University Press, 1948. <<

[148] En él había opuesto, en la época, su concepción de la «dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado». Pero de hecho, desde Octubre de 1917, Trotski y él estuvieron en total acuerdo sobre la idea de que el triunfo de la revolución proletaria en Rusia estaría subordinado a la revolución, si no mundial, al menos europea. <<

[149] Boris Souvarine, *Staline, op. cit.*, p. 269. <<

[150] Ruth Fischer, *Stalin and German Communism, op. cit.*, 1948, p. 641. <<

[151] *Cf. infra*, pp. 230-232. <<

[152] Sobre ese «primer bolchevismo», véase Richard Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, A. Knopf, Nueva York, 1993.

<<

[153] Panaït Istrati, *Vers l'autre flamme I. Après seize mois dans l'URSS*, Rieder, 1929; [Víctor Serge], *Vers l'autre flamme II. Soviets 1929*; [Borís Suvarin], *Vers l'autre flamme III. La Russie nue*. El primer volumen de la trilogía fue reimpreso en 1987 (Gallimard, Folio essais). <<

[154] Hijo de populistas rusos refugiados en Bélgica, Victor Serge (1890-1947) se vio mezclado en el asunto de la banda de Bonnot. Después de cinco años de prisión, fue expulsado a España, donde participó en el movimiento revolucionario. Habiendo logrado llegar a Rusia, el libertario se une a los bolcheviques y trabaja en los servicios del Komintern. A partir de 1925, se aleja debido a la evolución del régimen y apoya a Oposición de Izquierda. Detenido por primera vez en 1928, es relegado a Oranienburg en 1933 con su mujer y su hijo. Una campaña internacional le permite salir de la URSS en 1936. Publica enseguida varias obras sobre el régimen soviético. Refugiado en Marsella en 1940, logra llegar a las Antillas en 1941, y luego a México. En sus últimos escritos, denuncia al «nuevo imperialismo ruso». <<

[155] [Víctor Serge], *Soviets 1929, op. cit.*, p. 132. <<

[156] Simpatizante de los bolcheviques antes de la Revolución de Octubre, Máximo Gorki (1868-1936) no deja de denunciar su empresa en su publicación *Vida nueva*, que es definitivamente prohibida por Lenin en julio de 1918 (véase *Pensées intempestives*, Pluriel, 1977). En 1921 se exilia en Berlín y luego en Italia hasta mayo de 1928. Desde 1924, en *Lenin y el campesino ruso*, rinde homenaje al fundador del Estado soviético, primera etapa hacia su reconciliación. En 1928, las autoridades soviéticas le organizan un retorno triunfal para celebrar sus 60 años. Gorki comienza entonces una nueva carrera, la de escritor oficial que preside la Asociación de Escritores Soviéticos y pone su pluma

al servicio del régimen, exalta sus «conquistas» y aprueba su política represiva; predica la rehabilitación por el trabajo y publica reportajes elogiosos sobre el campamento de las islas Solovietski (1929), o la perforación del canal entre el Mar Blanco y el Báltico, que costó la vida a decenas de miles de prisioneros. Conserva la libertad de salir al extranjero hasta 1933; después le será negado cualquier tipo de visa.

Corrompido por el éxito, permanece bajo la estrecha vigilancia de los «órganos» y desempeña un papel esencial ante los intelectuales franceses, ante Romain Rolland en primer lugar, para animarlos a sostener el poder soviético. Después del asesinato de Kírov (diciembre de 1934), llama a «exterminar al enemigo sin piedad», otorgando así su aval a las purgas más sangrientas. Sobre los últimos años de Máximo Gorki, véase el libro de Vitali Chentalinski, *La Parole ressuscitée. Dans les archives littéraires du K.G.B.*, Robert Laffont, 1993.<<

[157] [Victor Serge], *Soviets 1929, op. cit.*, cap. XVI, p. 196. <<

[158] En 1925, Nikolái Bujarin (1888-1938) sostiene que el desarrollo económico de la Rusia soviética debe fundarse sobre la alianza del proletariado y de los campesinos. Desea que se otorgue a los campesinos la posibilidad de aumentar su producción mediante la cooperación y el desarrollo del mercado. Y da a su proclama este lema: «Enriqueceos, desarrollad vuestras explotaciones…» Recibe entonces el apoyo de Stalin y la aprobación de Nikolái Ustrialov. Véase el libro de Stephen Cohen, *Boukharine and the Bolshevik Revolution: a Political Biography 1888-1938*, A. Knopf, Nueva York, 1973, trad.: *Nicolas Boukharine. La vie d'un bolchevik*, F. Maspero, 1979. *Cf.* Anna Larina Boukharina, *Boukharine ma passion*, Gallimard, 1990. <<

[159] Michel Heller y Alexandre Nekrich, *L'Utopie au pouvoir, op. cit.*, p. 100. <<

[160] Nikolái Ustrialov era profesor de derecho, personalidad del partido menor durante la Revolución de Febrero de 1917, y luego combatiente en la de Octubre, en el gobierno de Kolchak. Tras haberse refugiado en China, cambia de actitud en 1920-1921 con respecto a la Unión Soviética, en nombre del patriotismo ruso. Animará, desde fuera y en el interior de la Unión Soviética, una corriente «nacional-bolchevique». Elabora especialmente la idea de un «Termidor» soviético. *Cf*. Tamara Kondratieva, *Bolcheviks et Jacobins. Itinéraire des analogies*, París, Payot, 1989, pp. 90-109. <<

[161] Véase M. Heller y A. Nekrich (*op. cit.*, p. 168), que citan a N. Valentinov. Uno de los primeros bolcheviques, Nikolái Valentinov (1879-1964), rompe en 1904 con Lenin, a quien frecuentó asiduamente durante su exilio común en Ginebra. En 1953, explicará sus desacuerdos filosóficos y políticos en un libro esencial: *Mes rencontres avec Lénine* (G. Lebovici, 1977). Convertido en menchevique, trabaja en el Consejo Superior de la Economía Nacional, antes de emigrar a Francia en 1930. Ahí publicaría numerosos artículos sobre la cuestión campesina en la URSS en *Le Contrat social*, de B. Suvarin. <<

[162] El principal estudio escrito «en caliente» sobre el hambre ucraniana es el de un alemán del Báltico, Edwald Ammende, colocado entonces a la cabeza de una organización interconfesional de socorro por el cardenal de Viena: *Muss Russland hungern? Menschen und Völkerschicksale in der Sowjetunion*, Viena, 1935. Existe igualmente: La Famine en Russie. *Rapport adressé au gouvernement allemand par le Dr. Otto Schiller*, experto en las cuestiones agrarias, agregado a la embajada de Alemania en Moscú, 1933. <<

Entre la bibliografía de testimonios o de recuerdos: Malcolm Muggeridge, *Wintter in Moscow*, Boston, 1934, y *Chronicles of Wasted Times*, t. I, Nueva York, 1973. Víctor Kravchenko, *J'ai choisi la liberté! La vie publique et privée d'un haut fonctionnaire*

soviétique, Self, 1947. Vassil Barka, *Le Prince jaune*, Gallimard, 1981. Mirón Dolot, *Execution by Hunger. The Hiden Holocaust*, Nueva York, W. W. Norton, 1985; trad.: *Les Affamés. L'Holocauste masqué. Ukraine 1929-1933*, Ramsay, 1986.

Entre los estudios históricos: W. Hryshko, *The Ukrainian Holocaust of 1933*, Toronto, 1983. Robert Conquest, *Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror Famine*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.

[163] M. Heller y Alexandre Nekrich, *op. cit.*, p. 193. <<

[164] Robert Conquest, *La Grande Terreur. Les Purges staliniennes des années trente*, Stock, 1970 (trad. del inglés *The Great Terror*, Londres, McMillan, 1968), apéndice F. p. 508, «Primeros procesos soviéticos». <<

[165] Robert Conquest, *op. cit.*, cap. I, pp. 38-51. <<

[166] *Ibid.*, pp. 36-37. <<

[167] Jean-Louis Panné, *Boris Souvarine, op. cit.*, p. 199. <<

[168] K. Kautsky, *Le Bolchevisme dans l'impasse*, trad. de Bracke, París, Alcan, 1931, reimpr. PUF, 1982, prefacio de Henri Weber. <<

[169] Alain Besançon, *Court Traité de soviétologie à l'usage des autorités civiles, militaires el religieuses*, París, Hachette, 1976, cap. n, pp. 61-88. <<

[170] Fred Kupferman, *Au pays des Soviets, le voyage français en Union soviétique*, 1917-1939, Gallimard-Julliard, 1979, pp. 87-90. <<

[171] Jean-Louis Panné, *Boris Souvarine, op. cit.*, pp. 200-202. <<

[172] El príncipe Grígori Potemkin (1739-1791) se anexa Crimea en 1783. Organiza el viaje que realizó allí Catalina II en 1787, para lo cual hace construir aldeas ficticias, pobladas de comparsas disfrazados de campesinos, con objeto de hacer creer que había conquistado una provincia fértil y rica. Cuando

asiste a una fiesta ofrecida en el Palacio de Invierno de San Petersburgo, el marqués de Custine escribe: «En los países despóticos, todas las diversiones del pueblo me parecen sospechosas cuando concurren con las del príncipe. No puedo olvidar el viaje a Crimea de la emperatriz Catalina y las fachadas de aldeas falsas, situadas a cierta distancia, hechas de madera y de lienzos pintados, a un cuarto de legua del camino, para hacer creer a la soberana triunfante que el desierto se había poblado durante su régimen» (Custme, *Lettres de Russie*, prefacio de P. Nora, Gallimard, Folio, 1975, pp. 142-143). <<

[173] Michel Winock, *Histoire politique de la revue «Esprit»*, Le Seuil, 1975. <<

[174] En 1930, Marcel Déat (1894-1955) publica *Perspectives socialistes*, libro en el cual preconiza la alianza de la clase obrera y de las clases medias para permitir una socialización progresiva de la economía bajo la égida del Estado. Sus tesis son rechazadas por la SFIO y Déat funda en 1933 el Partido Socialista de Francia-Unión Jean Jaurès. En 1935 logra que el comité del plan que él había creado publique *Le Plan français*. Déat, originario de Munich, funda durante la ocupación la Unión Nacional Popular, partido colaboracionista al que desea convertir en el único partido que sostenga la política nazi. Véase al respecto Philippe Burrin, *La Dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery*, Le Seuil, 1986, y Marcel Déat, *Mémoires politiques*, Denoël, 1989. <<

[175] Robert Aron y Arnaud Dandieu, *La Révolution nécessaire*, Grasset, 1933. En el prefacio (p. XIII) se puede leer: «La revolución, que se prepara, y de la cual los movimientos ruso, italiano y alemán no son más que los pródromos incompletos e imperfectos, será realizada por Francia». <<

[176] Ernest Mercier, politécnico, administrador del Banco de París y de los Países Bajos, presidente de la Compañía Francesa

de Petróleo y de la Unión de Electricidad, también es, antes de 1935, uno de los partidarios del coronel de La Rocque, y el fundador de un movimiento con el título de época: «le Redressement Françáis» («el Resurgimiento Francés») *U.R.S.S. Réflexions par Ernest Mercier, janvier 1936*. Éditions du Centre polytechnicien d'études économiques, febrero de 1936. <<

[177] Charles Beaurepaire, «M. Ernest Mercier fait l'eloge de Staline», en *Masses*, núms 5-6, 25 de febrero de 1936. <<

[178] F. A. Warren, *Liberals and Communism. The «Red Decade» revisited*, Indiana University Press, 1966. <<

[179] Fundada en 1884, en tomo a Sidney y Beatrice Webb, la Fabian Society se refiere a Fabio Cunctator, llamado *el Contemporizador*, que dirigió los ejércitos romanos durante la segunda guerra púnica. Sus miembros se oponen al marxismo y piden un socialismo reformista que tratarán de implantar progresivamente. La sociedad se da a conocer por la publicación en 1889 de los *Ensayos fabianos*, de George B. Shaw. Los fabianos pretenden influir sobre el Labour Party y sobre los sindicatos. A comienzos de los años treinta, sufren la atracción de la Rusia soviética. G. B. Shaw viaja allá en 1931 y declara a su regreso que «el sistema que se ha instaurado en Rusia es un sistema fabiano». Después de pasar ahí una temporada en 1932, Beatrice y Sydney Webb (que regresa solo a la URSS en 1934), publican una descripción elogiosa de la URSS: *Soviet Communism: A New Civilization*?, Longmans, Green and Co., Londres, 1935, 2 vols. <<

[180] Herbert G. Wells, *Russia in the Shadows, 1920*; trad., al francés: *La Russie telle que je viens de la voir*, Éditions du Progrès Civique, 1921. <<

[181] Herbert G. Wells, *La Russie..., op. cit.*, cap. VI, p. 150: «En Lenin, yo comenzaba a darme cuenta de que el comunismo po-

día, a pesar de todo y *a pesar de Marx*, adquirir un poder constructivo enorme». <<

[182] «Staline-Wells Talk. The Verbatim Record and a discussion by G. Bernard Shaw, H. G. Wells, J. M. Keynes, Ernst Toller», *The New Stateman and Nation*, diciembre de 1934, reimpr. *The Detached Sympathizers. Seeds of Conflict series 4*, reimpr. Kraus 1975. La entrevista Wells-Stalin del 23 de julio de 1934 está reproducida en Joseph Staline, Oeuvres, vol. XIV, 1934-1940, Nouveau Bureau d'éditions, 1977. <<

[183] Wells declaró en una reunión, a su regreso, que en la URSS no existía ninguna libertad intelectual. Este comentario le fue reprochado por el comunista alemán Ernst Toller, quien por entonces había emigrado a Londres, en la discusión sobre la entrevista con Stalin. «Staline-Wells Talk», *op. cit.*, pp. 27-28. <<

[184] Citado en David Dunn, «A Good Fabian fallen among the Stalinists», *Survey*, invierno de 1989, pp. 15-37, p. 28. <<

[185] El gobierno de MacDonald tuvo que renunciar en 1931, mostrando la impotencia de los laboristas ante la crisis económica y social. <<

[186] Bernard Shaw pasó 10 días en la URSS a finales de julio de 1931, en compañía de lord y lady Astor, respondiendo a una vieja invitación de la Unión de Escritores. Allí recibió la suntuosa recepción reservada a las grandes celebridades intelectuales de Occidente. <<

[187] «Staline-Wells Talk…», *op. cit.*, p. 22. <<

[188] *Ibid.*, p. 26. <<

[189] J. M. Keynes, en «Staline-Wells Talk…», *op. cit.*, p. 35. <<

[190] *Idem* (las traducciones corrieron por mi cuenta). Debe notarse que el propio Keynes hizo en 1925 un viaje a la Unión Soviética, con motivo del bicentenario de la Academia de Cien-

cias de San Petersburgo (convertido en Leningrado). De ahí regresó con un breve estudio, bastante crítico, publicado por sus amigos del «Bloomsbury Group». *Cf*. John M. Keynes, *A Short View of Russia*, The Hogarth Press, 1925. <<

[191] Sidney y Beatrice Webb, *Soviet Communism: a New Civilization*?, Longmans, Green and Co., Londres, 1935, 2 vols. En la segunda edición del libro, publicada en 1937, los autores reprimieron la interrogación. <<

[192] *Ibid*., último capítulo: «Is the Party a Dictator?», p. 431. <<

[193] David Dunn, artículo citado, p. 32. <<

[194] Se pueden encontrar elementos de esta historia en Leonard Schapiro, *Totalitarianism*, Pall Mall, Londres, 1932; Karl Dietrich Bracher, «The Disputed Concept of Totalitarianism, Experience and Actuajity», en *Totalitarianism reconsidered*, Ernest A. Kenze (comp), Kennikat Press, Londres, 1981; Guy Hermet (comp.), *Totatitarismes* col. Politique Comparée, Económica, 1984 [*Totalitarismos*, edición en español del FCE]. <<

[195] Lo que no hace de Tocqueville un pensador del «totalitarismo». Pero en él hay sin duda la intuición de que en las sociedades modernas caracterizadas por la autonomía y la igualdad de los individuos, el sometimiento de los hombres por el poder puede adoptar formas extremas, nunca antes vistas en el mundo. <<

[196] Mussolini, *Opera*, XXI, p. 362. *Cf*. Leonard Schapiro, *Totalitarianism, óp. cit.*, p. 13. <<

[197] Ernst Jünger, *La mobilisation totale, op. cit.* <<

[198] Carl Schmitt, *Der Hüter der Verfassung*, Tubinga, Mohr, 1931, p. 79. *Cf*. Ernst Fraenkel, *The Dual State. A Contribution to the Theory of Dictatorship*, trad. al inglés por Oxford University Press, 1941, p. 60. <<

[199] Publicado en Élie Halévy, «L'ère des tyrannies», en *Études sur le socicdisme et la guerre*, Prefacio de C. Bouglé, posfacio de R. Aron, Gallimard, 1938, pp. 213-249. <<

[200] Empleado por el filósofo Maurice Blondel, *op. cit.*, p. 237. <<

[201] Karl Kautsky, «Marxism and Bolchevism, Democracy and Dictatorship», en J. Shaplen y D. Shub (comps.), *Socialism, Fascism, Communism*, Nueva York, 1934, p. 213. <<

[202] Citado por Henri Weber, *La Théorie du stalinisme dans l'oeuvre de Kautsky*, en Évelyne Pisier (comp.), *Les Interprétations du stalinisme*, PUF, 1983, p. 63. <<

[203] Fundada en Viena en febrero de 1921 por los partidos socialistas que se apartaron de la Segunda Internacional y que eran hostiles a la adhesión a la Tercera Internacional, la «Internacional 2½», esencialmente formada por austríacos, terminará por disolverse y fundirse en la Internacional Obrera Socialista, la Segunda Internacional. <<

[204] *Cf. infra*, pp. 490-498. <<

[205] *Historikerstreit*, Munich, 1987, trad. francesa: *Devant l'histoire*. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des Juifs par le régime nazi, Editions du Cerf. col. Passages, 1988. <<

[206] Desde hacía 20 años, pero sobre todo desde el debate en que se enfrentaron en 1987 los historiadores alemanes a propósito de la interpretación del nazismo (*Historikerstreit, op. cit.*), el pensamiento de Ernst Nolte fue objeto, en Alemania y en Occidente, de una condena tan sumaria, que merece un comentario especial.

Uno de sus méritos fue el de haber pasado por alto, muy pronto, la prohibición de establecer paralelos entre comunismo y nazismo: prohibición más o menos general en Europa occi-

dental, especialmente en Francia y en Italia, y particularmente absoluta en Alemania, por razones evidentes, cuya fuerza no se ha extinguido. Desde 1963, en su libro sobre el fascismo (*Der Faschismus in seiner Epoche*; trad. francesa: *Le Fascisme en son époque*, 3 vols., Julliard, 1970), Nolte presentó las grandes líneas de su interpretación histórico-filosófica, a la vez neohegeliana y heideggeriana, del siglo XX. El sistema liberal, por su carácter contradictorio e indefinidamente abierto al porvenir, ha constituido la matriz de las dos grandes ideologías: la comunista y la fascista. La primera, a la cual Marx abrió la puerta, lleva al extremo la «trascendencia» de la sociedad moderna, por lo cual el autor entiende la abstracción del universalismo democrático, que arranca el pensamiento y la acción de los hombres a los límites de la naturaleza y de la tradición. En sentido inverso, el fascismo quiere tranquilizar a aquellos contra la angustia de ser libres y sin determinaciones. Encuentra su inspiración lejana en Nietzsche y su voluntad de proteger la «vida» y la «cultura» contra la «trascendencia».

A ello se debe que estas dos ideologías no puedan estudiarse por separado: ambas despliegan en conjunto y de manera radical las contradicciones del liberalismo, y su complementariedad-rivalidad ha ocupado todo nuestro siglo. Pero también se inscriben en un orden cronológico: la victoria de Lenin precedió a la de Mussolini, para no mencionar siquiera la de Hitler. La primera condiciona a las otra dos, en opinión de Nolte, que no dejará de profundizar en esta relación en sus libros posteriores (*Die Faschistischen Bewegungen*, 1966; trad. francesa: *Les Mouvements fascistes*, Calmann-Lévy, 1969; *Deutschland und der Kalte Krieg*, 1974; y sobre todo *Der Europaïsche Bürguer Krieg, 1917-1945*, 1987); en el plano ideológico, el extremismo universalista del bolchevismo provoca el extremismo de lo particular en el nazismo. En el plano práctico, la exterminación de la burguesía realizada por Lenin en nombre de la abstracción de la

sociedad sin clases crea un pánico social en el punto más vulnerable de Europa a la amenaza comunista; hace triunfar a Hitler y al contraterror nazi.

Sin embargo, Hitler no emprende por sí mismo más que un combate perdido de antemano contra sus enemigos. También él está atrapado en el movimiento universal de la «técnica» y utiliza los mismos métodos que el adversario. Como Stalin, da alas a la industrialización. Pretende vencer al judeo-bolchevismo, ese monstruo de dos cabezas de la «trascendencia» social, pero quiere unificar a la humanidad bajo la dominación de la «raza» germánica. Por tanto, en esta guerra programada no quedará nada de las razones para ganarla. Así, el nazismo traiciona en su evolución su lógica original. También por las mismas razones, en una de sus últimas obras (*Martin Heidegger, Politik und Geschichte im Leben und Denken*, 1992), Nolte explica y justifica el breve periodo militante de Heidegger, quien después fue su maestro, en favor del nazismo. El filósofo habría tenido razón, a la vez, para entusiasmarse por él nacionalsocialismo y para sentirse decepcionado enseguida.

Podemos concebir cómo y por qué los libros de Nolte escandalizaron a las generaciones de posguerra, abrumadas por la culpabilidad, o por el temor de debilitar el odio al fascismo tratando de comprenderlo, o simplemente por conformismo de la época. Al menos en los dos primeros comportamientos, las razones son nobles. El historiador puede y debe respetarlas. Pero si la imitara se privaría de tomar en consideración el terror soviético como uno de los elementos fundamentales de la popularidad del fascismo y del nazismo durante los años veinte y treinta. Tendría que ignorar lo que el advenimiento de Hitler debe a la anterioridad de la victoria bolchevique y al contraejemplo de la violencia pura erigida por Lenin en sistema de gobierno; por último, a la obsesión kominterniana de extender la revolución comunista a Alemania. En realidad, el veto impues-

to a ese tipo de consideraciones impide construir la historia del fascismo; en el orden histórico, hace contrapeso al antifascismo en su versión soviética en el orden político. Al prohibir la crítica del comunismo, ese tipo de antifascismo historiográfico bloquea también la comprensión del fascismo. Entre otros méritos, Nolte tuvo el de romper ese tabú.

Lo triste fue que, en la discusión de los historiadores alemanes sobre el nazismo, la interpretación de Nolte se debilitó por exagerar su tesis: quiso hacer de los judíos los adversarios organizados de Hitler, en tanto que aliados de sus enemigos. No es que Nolte fuera un «negacionista». Varias veces expresó su horror ante la exterminación de los judíos por los nazis, y ante la singularidad del genocidio judío considerado como liquidación industrial de una raza. Sostiene la idea de que la supresión de los burgueses como clase por los bolcheviques señaló el camino y que el *gulag* es anterior a Auschwitz. Pero el genocidio judío, aunque inscrito en una tendencia de época, no solo es, en su opinión, un medio para la victoria; conserva la horrible particularidad de ser un fin en sí mismo, un producto de la victoria, cuyo mayor objetivo fue la «Solución final». Queda en pie el hecho de que, tratando de descifrar la paranoia antisemita de Hitler, Nolte, en un escrito reciente, pareció encontrarle una especie de fundamento «racional» en una declaración de Chaim Weizman en septiembre de 1939, en nombre del Congreso Judío Mundial (*Devant l'Histoire, op. cit.*, p. 15), en la que exige a los judíos del mundo entero luchar al lado de Inglaterra. Su argumento es a la vez chocante y falso.

Sin duda remite a ese fondo de nacionalismo alemán humillado que sus adversarios han reprochado a Nolte desde hace 20 años, y que constituye uno de los resortes existenciales de sus libros. Pero aun en lo que tiene de cierta esta imputación no basta para desacreditar una obra y una interpretación que se

encuentra entre las más profundas que haya reproducido este último medio siglo.

Cf. Hans Christof Kraus, «L'historiographie philosophique d'Ernst Nolte», en *La Pensée politique*, Hautes Études-Le Seuil-Gallimard, 1994, pp. 59-87; Alain Renaut, prefacio a *Ernst Nolte: les mouvements fascistes, op. cit.*, pp. 6-24. <<

[207] Ferdinand Lassalle (1825-1864). Uno de los fundadores del socialismo alemán, personaje espectacular y bohemio, inicialmente ligado a Marx y a Engels durante la revolución de 1849 en Renania, antes de volverse su rival. Fiel a una concepción más hegeliana que marxista, ve en el Estado el instrumento de realización de la comunidad: la conquista del Estado por la clase obrera es la condición de la emancipación de la humanidad. Lassalle funda en 1803, un año antes de su muerte prematura (murió en un duelo), la Asociación General de Trabajadores Alemanes. En la táctica que practica y preconiza, favorece la lucha contra la burguesía liberal, así sea al precio de una alianza de los partidos obreros con las fuerzas del conservadurismo preliberal o antiliberal: la aristocracia, el ejército, la monarquía o la burocracia prusiana. De ahí sus célebres encuentros con Bismarck. <<

[208] *L'Action française*, 15 de nov. de 1900, citado en Zeev Sternhell, *La Droite révolutionnaire 1885-1914. Les origines françaises du fascisme*, Le Seuil, col. L'univers historique, 1978, p. 359. <<

[209] Ch. Maurras, *Dictionnaire politique et critique*, t. V, p. 213, citado en Zeev Sternhell, *op. cit.*, p. 359, <<

[210] La comparación entre Mussolini y Lenin es reconstruida por el propio Mussolini en una larga entrevista de 1932. *Cf.* Emil Ludwig, *Entretiens avec Mussolini*, Albin Michel, 1932, páginas 164-168. <<

[211] André Brissaud, *Mussolini*, Librairie Académique Perrin, 1975, t.I, p. 85. <<

[212] El *Risorgimento* (*i.e.* «resurrección») es el movimiento literario, filosófico y político que, a mediados del siglo XIX, acompañó y apuntaló la emancipación y la unidad italianas. <<

[213] Acerca de los antecedentes intelectuales, sobre todo en Francia, del fascismo mussoliniano, el libro clásico es el de Zeev Stemhell, *La Droite révolutionnaire, 1885-1914. Les origines françaises du fascisme, op. cit.* <<

[214] Tales son los términos que emplea en el artículo del 18 de octubre de 1914 en *Avanti*, que señala su nueva orientación. <<

[215] Giuseppe Mazzini (1805-1872), uno de los grandes héroes de la Europa romántica de las nacionalidades, a la vez escritor y fundador de la Italia moderna. Miembro, al principio, de la asociación secreta de los Carbonari, que fracasa en 1831 en su tentativa de levantar toda Italia, funda en 1834 el movimiento «Joven Europa», inseparablemente político e intelectual. Se trata de emancipar a las nacionalidades oprimidas y de imprimir a esta acción un espíritu de devoción humanitaria análogo a una religión: Mazzini es de la misma familia intelectual que Michelet y Mickiewics. Refugiado en Suiza y después en Londres, participó en la revolución de 1848 en Italia, y se enroló momentáneamente en las tropas de Garibaldi. Poco después se adhirió a la unidad nacional, aunque sin dejar de lamentar que esta se hubiese constituido bajo la autoridad de un rey. Los últimos años de su vida fueron ensombrecidos por el mentís que dio la historia a sus ideas: las «nacionalidades» fueron sustituidas por el nacionalismo, y su religión de la humanidad por el socialismo de Marx y de Bakunin. <<

[216] En su libro de 1844, *Le Speranze d'Italia* (*Las esperanzas de Italia*), el conde Balbo expone la tesis conservadora de la unidad italiana (nada de trastornos del equilibrio europeo) contra la te-

sis revolucionaria de Mazzini (la unidad italiana como parte de una revolución europea de naciones, que implicaba la caída de los Habsburgo). *Cf*. Federico Chabod, *A History of Italian Fascism*, Weidenfeld, 1963, ed. italiana, Einaudi, 1961, parte I, cap. I. <<

[217] Michel Ostenc, *Intellectuels italiens et fascisme, 1915-1929*, París, Payot, 1983, pp. 30-92. <<

[218] Michael A. Ledeen, «Italy: War as a Style of Life», en Stephen R. Ward (comp.), *The War Generation*, Kennikat Press, 1975, pp. 104-134. <<

[219] Mi análisis, en las páginas siguientes, debe mucho al más grande historiador actual del fascismo italiano, Renzo de Felice, y a su monumental biografía de Mussolini, así como a otros dos de sus libros: *Il fascismo. Le interpretazioni dei contemporanei e degli storici*, Laterza, Bari, Roma, 1974; *Fascism. An Informal Introduction to its Theory and Practice. An Interview with Michael Ledeen*, Transaction Books, New Brunswick, 1976 (1ª ed.: *Intervista sul fascismo*, Laterza, 1975).

Se consigue en francés: *Le fascisme, un totalitarisme à l'italienne?*, Presses de la Fondation des sciences politiques, París, 1988 (se trata de fragmentos de la biografía de Mussolini en cuatro volúmenes). <<

[220] Gustave Le Bon, *La Psychologie des foules*, París, PUF, 1990, En un artículo posterior a su célebre libro, Gustave Le Bon comentará el parentesco entre Lenin y Mussolini: «L'Évolution de l'Europe vers des formes diverses de dictature», *Annales politiques et littéraires*, 1924. <<

[221] Georges Sorel, *Réflexions sur la violence*, Éd Marcel Rivière, reimpr. 1972, prefacio de Claude Polin. Véase *in fine* pp. 375-389, el texto escrito por Sorel en septiembre de 1919 para apoyar a Lenin: «Por Lenin». Sobre la comparación entre Len-

in y Mussolini, véase *Propos de Georges Sorel recueillis par Jean Variot*, Gallimard, 1935, pp. 66 y 86. <<

[222] Georges Sorel, *Réflexions sur la violence, op. cit.*, pp. 380-384. <<

[223] *Propos de Georges Sorel, op. cit.*, p. 86. <<

[224] Michel Ostenc, *Intellectuels italiens et fascisme, 1915-1939, op. cit.*, pp. 97-207. Sobre Benedetto Croce, véanse las pp. 242-249. <<

[225] Renzo de Felice, *Mussolini, op. cit.*, t. I, *Mussolini il revoluzionario*, 1965. *Cf.* también, del mismo autor, *An Interview with Michael Ledeen, op. cit.*, pp. 43-60. <<

[226] Michael Ledeen, *Universal Fascism. The Theory and Practice of the Fascist International, 1928-1936*, Nueva York, Howard Fertig, 1972. <<

[227] En efecto, Constant escribe en 1797, en el capítulo VI de su folleto intitulado *Des réactions politiques*, refiriéndose a sus colegas demasiado propensos a criticar —así fuera de buena fe — los excesos de la Revolución: «Tras esos escritores, cuyas intenciones son puras, pero están dominadas por recuerdos amargos o por escrúpulos excesivos, avanza, con visiones más vastas, medios mejor combinados y proyectos mejor estructurados, un partido del tipo montañés, pero montañés para la realeza» (*Écrits et discours politiques*, comp. O. Pozzo di Borgo, t. I, p. 49). A esta evocación de un terror contrarrevolucionario responde Joseph de Maistre, algunos meses después, en el capítulo X de las *Considérations sur la France*, intitulado «Des prétendus dangers d'une contre-révolution» (Éd. Slatkine, 1980, pp. 159-184). <<

[228] Sobre este tema, aparte de los trabajos de R. de Felice, ya citados, existe en francés la obra de Angelo Tasca: *Naissance du fascisme, l'Italie de l'armistice à la marche sur Rome*, París, Gallimard, 1938; reimpr. 1967 (prólogo de Ignazio Silone). <<

[229] Angelo Tasca, *op. cit.*, 1967, p. 182: «Prácticamente ellos (los comunistas) luchan contra los fascistas ni más ni menos que los otros, pero su posición constituye para el fascismo un saldo inapreciable. Para ellos, todo es fascismo: el Estado, la burguesía, la democracia, los socialistas. Ponerlo todo en el mismo saco, eso "simplificará" la lucha. Ni siquiera habrá que medir y dirigir los golpes. En realidad, los comunistas no luchan seriamente y a fondo más que contra los socialistas: es ahí donde recogen sus laureles, en un juego reñido de competencia y de emulación». <<

[230] Federico Chabod, *A History of Italian Fascism, op. cit.* <<

[231] Renzo de Felice, *Le Fascisme*, entrevista realizada por Michael A. Ledeen, *op. cit.*, p. 63. <<

[232] El contraste fue notado, en vivo, por Karl Löwith, con motivo de una estadía en Italia entre 1934 y 1936. *Cf.* Karl Löwith, *Ma vie en Allemagne avant et aprés 1933*, Hachette, 1986, pp. 108-109. <<

[233] *Cf. supra*, p. 186. <<

[234] *El Popolo d'Italia* es el periódico de Mussolini. <<

[235] Pierre Pascal, *Mon journal de Russie, op. cit.*, t. IV, pp. 28-29. <<

[236] En este punto sigo los trabajos de R. de Felice, ya citados. La misma idea se encuentra en Karl Dietrich Bracher, *La Dictature allemande*, trad. por Frank Straschitz, Privat, 1986 (*Die Deutsche Diktatur*, Verlag Kiepenheuer und Witsch, Colonia, 1969 y 1980), pp. 18-20, y en Hannah Arendt, *L'Impérialisme, op. cit.*, pp. 222-225; Ernst Nolte (*Les Mouvements fascistes, op. cit.*, pp. 93-96) coloca, por lo contrario, al fascismo italiano entre los regímenes totalitarios, en la medida en que todo el Estado fue investido por Mussolini y su partido. <<

[237] Sobre este punto se puede consultar, aparte de las obras ya citadas: Meir Michaelis, *Mussolini and the Jews*, The Clarendon Press, Oxford, 1978. Mussolini fue hostil durante largo tiempo al racismo hitleriano, sobre el cual se expresó varias veces en términos muy enérgicos. Nunca se decidió a integrar la idea de raza a la doctrina fascista hasta julio de 1938, a consecuencia de su diplomacia. Sin embargo, las leyes antisemitas italianas de 1938-1939 serán poco aplicadas. La catástrofe del judaísmo italiano (que alcanza a una quinta parte de los 40.000 judíos italianos, mientras que 6.000 de ellos emigran) es posterior a la caída de Mussolini en julio de 1943. Ocurre porque los alemanes en adelante se vuelven los amos de Italia del norte. <<

[238] *Cf.* Michael Ledeen, *Universal Fascism, op. cit.* <<

[239] Alan Bullock, *Hitler and Stalin. Parallel Lives*, A. Knoff, Nueva York, 1992; trad.: *Hitler et Staline. Vies parallèles*, Albin Michel-Robert Laffont, 1994, 2 vols. <<

[240] El 9 de mayo de 1923, un tribunal militar francés había condenado a muerte al teniente Schlageter, veterano de las tropas irregulares y jefe de un comando de combate contra la ocupación francesa. La ejecución de Schlageter, el 26 de mayo, provocó una gran indignación en Alemania. <<

[241] Poco importa que el libro haya sido escrito después del fracaso de su *putsch* bávaro, durante su estadía en prisión (en 1924), en lo que concierne al primer tomo, y el segundo un poco después, ya que sistematiza el pensamiento de Hitler más que imprimirle una orientación nueva. Los mismos grandes temas se encontrarán sin mayor dificultad en el discurso de antes de 1924 o en los posteriores. <<

[242] Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Munich, Franz Eher, 1925: trad. Nouvelles Éditions latines, 1934; reimpr. 1979, vol II, cap. IX, p, 514. <<

[243] La mejor introducción general al tema es Karl Dietrich Bracher, *The Age of Ideologies. A History of Political Thought in the XXth Century*, trad. Ewald Osers, Nueva York, St. Martin's Press, 1984 (*Zeit der Ideologien*, Stuttgart, 1982). <<

[244] A ello se debe que los escritores y los filósofos de la derecha revolucionaria alemana acompañen, poco después, las victorias del nazismo, más que dejar englutir en ellas sus ideas y su obra. De ello son testigos Carl Schmitt, Spengler y Jünger. Pero el caso más célebre es el de Heidegger. Con la publicación de *El ser y el tiempo*, el filósofo dio la apariencia de un golpe de Estado filosófico al rechazo de toda la tradición: el odio a lo moderno y a la *Zivilisation* tomó la forma radical de una negación de la metafísica occidental, unida no a una nostalgia de la sociedad «orgánica», sino al afán de fundar una nueva existencia heroica, libre de lo inauténtico. En su «Discurso del rectorado», el propio Heidegger dio crédito a las analogías políticas que su poema filosófico abría a la imaginación de los contemporáneos; pues, para ofrecer a Hitler la bendición del filósofo, no le quedaba, como comenta Carl Löwith, más que «salir del aislamiento aún semirreligioso, y trasponer el *Dasein* "propio de cada uno" y su deber en *Dasein* propiamente alemán, con su destino histórico, para introducir en el movimiento general de la vida alemana la carrera al vacío de las categorías de la existencia ("decidirse por sí mismo", y "atenerse a sí mismo ante la nada", "querer su destino" y "remitirse a sí mismo"), para ponerse a practicar la destrucción sobre una base política» (*Ma vie en Allemagne avant et aprés 1933, op. cit.*, p. 48). *Cf*. Richard Wolin, *La Politique de l'étre, la pensée politique de Martin Heidegger*, Kimé, 1992. <<

[245] Oswald Spengler, *Preussentum und Sozialismus*, Munich, C. H. Beck Verlag, 1921; trad.: *Prussianité et socialisme*, Arles, Actes Sud, 1988. <<

[246] Hay que unir al Hitler de *Mi lucha*, obra destinada al gran público, y al Hitler de los discursos, el Hitler de las «conversaciones» más o menos privadas: Herman Rauschning, *Hitler m'a dit. Confidences du Führer sur son plan de conquête du monde*, Coopération, 1939; reimpr. Pluriel, Le Livre de Poche, 1979; *La Révolution du nihilisme*, Gallimard, 1939, reimpr. 1980. Y *Hitler's Table Talks: 1941-1944, his Private Conversations*, introducción de H. Trevor-Roper, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1973. Véase también *The Testament of Adolf Hitler. The Hitler-Bormann Documents*, febrero-abril de 1945, Londres, 1961. <<

[247] Pierre-André Taguieff, *La Force du préjugé. Essai sur le racisme et ses doubles*, Gallimard, col. Tel, 1990. <<

[248] La idea de una filiación natural del liberalismo al bolchevismo es un lugar común del pensamiento alemán de la época. Por ejemplo, Oswald Spengler, *Années décisives. L'Allemagne et le développement historique du monde*, trad. por R. Hadekel, Mercure de France, 1934, pp. 158-202. <<

[249] Según Hitler, el judío está en el origen del cristianismo «democrático», a través de la acción de San Pablo, siendo a la vez responsable de la muerte de Jesús. Por tanto, es doblemente culpable: de haber matado al Mesías y de haber difundido su mensaje. Doble enemigo, de los cristianos y de los anticristianos. Cf. Hitler's Secret Conversations, op. cit., pp. 62-65. <<

[250] Por ejemplo, Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair. A Study in the Rise of the German Ideology*, Berkeley, University Press, 1974; trad.: *Politique et déspoir: les Ressentiments contre la modernité dans l'Allemague préhitlérienne*, Armand Colin, 1990. <<

[251] Resumo simplemente aquí una parte de *Mi lucha, op. cit.*, sobre todo el capítulo XI del primer volumen («El pueblo y la raza») y el capítulo XIII del segundo («La política alemana de las alianzas después de la guerra»), en los que puede verse bien

el carácter central de la cuestión judía en la visión planetaria de Hitler. <<

[252] Hannah Arendt, *Eichmann à Jérusalem, Rapport sur la banalité du mal*, Gallimard, 1966. <<

[253] *Cf. infra*, pp. 563-564. <<

[254] Friedrich Meinecke, Die Deutsche Katastrophe. Betrachtung und Erinnerungen, Wiesbaden, E. Brockhaus, 1947; trad. al inglés: *The Germán Catastrophe*, Harvard University Press, 1950, p. 52. En un sentido tal vez más preciso, se podría escribir, acaso, que Hitler se sale del cuadro del pensamiento de Maquiavelo, ya que la razón de Estado, para él, como por cierto también para Stalin, se encuentra subordinada a la realización de una ideología. <<

[255] Al grado de que, por momentos, Hitler compara el nacionalsocialismo con la imitación de los métodos bolcheviques: «Lo que me ha interesado e instruido entre los marxistas son sus métodos… Todo el nacionalsocialismo está contenido allí… Las sociedades obreras de gimnasia, las células de empresa, los cortejos en masa, los folletos de propaganda redactados especialmente para la comprensión de las masas: todos esos nuevos medios de lucha política han sido inventados casi enteramente por los marxistas. Solo tuve que apoderarme de ellos y desarrollarlos, y así me procuré el instrumento que necesitábamos». *Cf.* H. Rauschning, *Hitler m'a dit, op. cit.*, p. 211. <<

[256] El lector reconocerá sin dificultad en esas líneas lo que debo al estudio de obras contemporáneas sobre el totalitarismo, y a la discusión del libro de Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, en 1951. Estoy pensando en primer lugar en Raymond Aron, pero también en Claude Lefort y Alain Besançon. <<

[257] Hermann Rauschning, *La Révolution du nihilisme, op. cit.*, primera parte, cap. III. <<

[258] Hermann Rauschning, *Hitler m'a dit, op. cit.* (cap. XXI, «La Russie, amie ou ennemie?»). <<

[259] El Tratado de Rapallo (1922) fue uno de los primeros grandes triunfos de la joven diplomacia soviética, al establecer una relación privilegiada entre la Rusia de los soviets y la Alemania de Weimar, los dos Estados parias del orden de Versalles. El tratado hizo de Alemania el más importante socio comercial de la URSS: también se encuentra en el origen de una colaboración militar clandestina entre ambos países, por la cual Alemania pudo comenzar a burlar las prohibiciones a su rearme establecidas por el Tratado de Versalles. <<

[260] Louis Dupeux, *National-Bolchevisme dans l'Allemagne de Weimar 1919-1933*, Librairie H. Champion, 1979. Sobre Moeller Van den Bruck: F. Stem, *Politique et désespoir, op. cit.*, p. 52; le dedica la tercera parte del libro. <<

[261] Karl Rádek hizo el elogio de Schlageter durante el Tercer Pleno del Comité Ejecutivo del Komintern (junio de 1923): «El destino de ese mártir del nacionalismo alemán no debe pasar en silencio ni tratarse con desprecio. […] Ese valeroso soldado de la contrarrevolución merece ser honrado por nosotros, soldados de la revolución… Haremos todo para que hombres como Schlageter, que estaban dispuestos a morir por una gran causa, no se vuelvan viajeros a la nada, sino viajeros hacia un porvenir mejor de la humanidad entera…» *Cf. Bulletin communiste*, núm. 30, 26 de julio de 1923, pp. 420-421. <<

[262] Fundado en diciembre de 1919, el Partido Comunista Alemán (KPD) se fusiona en diciembre de 1920 con los socialistas independientes (USPD) para formar el PCA unificado (VKPD), con 300 000 afiliados. Tras la expulsión de Paul Lévi, que había desaprobado la acción insurreccional de marzo de 1921, los comunistas son dirigidos por H. Brandler y por A. Thalheimer, quienes después del fracaso del octubre alemán (1923) ce-

den el lugar a una nueva dirección (R. Fisher-A. Maslow). Ha llegado la hora de la «bolchevización» del partido, que en adelante estará adherido a Moscú. Pero Fisher y Maslow son apartados en 1925 como «zinovievistas». Bajo la dirección de Thaelmann, el PCA aplica la línea de «clase contra clase» que lleva a los comunistas a poner en el mismo plano al nacionalsocialismo y a la socialdemocracia. A partir de 1931, Heinz Neumann, quien al principio había defendido sin ambages esta línea sectaria, trata de oponerse a ella, pero es apartado en 1932 y luego enviado a Moscú, donde será liquidado pocos años después. El PCA continuará su política aun después de la toma del poder por Hitler. <<

[263] Llegado a la dirección del PCA en 1923, Ernst Thaelmann (1886-1944) se vuelve miembro del Presidium del Komintern en 1924. Como diputado es candidato a la presidencia ese mismo año. Comprometido en 1928 en el asunto del comunista prevaricador Wittorf y mantenido a la cabeza del partido por Stalin, aplica la línea de «clase contra clase», que señala a los social-demócratas como adversarios prioritarios. Detenido en 1933, será encarcelado y ejecutado el 18 de agosto de 1944. <<

[264] Las SA (Sturm Abteilung, Secciones de Asalto) fueron creadas desde 1921 para asegurar la protección de los militantes del Partido Nacionalsocialista Alemán. Constituidas por antiguos militares, las SA se vuelven un verdadero ejército político (300.000 hombres a comienzos de 1933), comandados a partir de 1931 por Ernst Röhm. Prohibidas en abril de 1932, vuelven a ser autorizadas en junio por Von Papen. Después de la «Noche de los Cuchillos Largos» (30 de junio de 1934), las SA serán liquidadas en favor de las SS. Ernst Rohn (1887-1934), ex oficial, participó en la aventura de las tropas irregulares en el *putsch* de Munich (noviembre de 1923). Después de un desacuerdo con Hitler, se exilia en 1925 en Bolivia y luego vuelve a

Alemania en 1930, llamado por Hitler. Después de enero de 1933, predica una «segunda revolución» antiburguesa, para pasar de la revolución nacional a la revolución nacionalsocialista. <<

[265] Joseph Goebbels, *Vom Kaiserhof zur Reichskanzlei*, Munich, 1937. <<

[266] Parlamentario del Centro Católico, Franz von Papen (1879-1969) apoya en 1925 la candidatura del mariscal Hindenburg contra el candidato de su propio partido. Habiendo llegado a canciller el 1 de junio de 1932, vuelve a autorizar a las SA, intentando incluir a los nacionalsocialistas en su mayoría. Después de ser remplazado por Von Schleicher, sirvió de intermediario entre Hindenburg y Hitler, ofreciéndose como garante de este último para convencer al viejo mariscal de llamar al jefe del NSDAP.

En noviembre de 1918, Kurt von Schleicher (1882-1934) asegura la relación entre el ejército y el gobierno. Luego organiza clandestinamente el Reichswehr y negocia con los soviéticos para que sean entrenados en la URSS. Nombrado jefe de la sección política del ejército, se presenta como representante de este, negociando sin éxito en el verano de 1932 con Hitler, con la intención de neutralizarlo. Una vez canciller, el 1 de diciembre de 1932, intenta debilitar al NSDAP y provoca una escisión. Privado del apoyo de los militares, tiene que renunciar el 29 de enero de 1933. Será asesinado el 30 de junio de 1934. <<

[267] La cuestión del apoyo financiero de los industriales alemanes a Hitler en los años anteriores a 1933 ha sido objeto de numerosos estudios (sobre todo porque va ligada a la tesis marxista sobre el nazismo, interpretado como dictadura del capital financiero). La obra más reciente y más elaborada sobre ese problema, reduce a relativamente poco las contribuciones en dinero de la alta burguesía industrial a los nazis. *Cf*. Henry

Asby Turner, *German Big Business and the Rise of Hitler*, Nueva York, Oxford University Press, 1985. <<

[268] Oswald Spengler, *Années décisives. L'Allemagne et le développement historique de monde, op. cit.*, prefacio. <<

[269] Edward H. Carr, *German-Soviet Relations between The Two World Wars*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1951; Gustav Hilger y Alfred G. Meyer, *The Incompatible Allies: A Memoir History of German-Soviet Relations*, 1918-1941, Nueva York, MacMillan, 1953. <<

[270] Louis Dupeux, *National-Bolchevisme dans l'Allemagne de Weimar, op. cit.*, especialmente pp. 388-427. <<

[271] En esta medida, Niekisch anuncia *Der Arbeiter* de Ernst Jünger, Hamburgo, Hanseatische Verlaganstalt, 1932; trad.: *Le Travailleur*, C. Bourgois, 1989. Podemos considerar que el Jünger de esos años pertenecía a la inspiración nacional-bolchevique, estando también en la periferia del nazismo puro y simple. No se quedará ahí mucho tiempo después de 1933. <<

[272] Louis Dupeux, *National-Bolchevisme dans l'Allemagne de 'Weimar, op. cit.*, p. 405. <<

[273] La necesidad de emancipar la «técnica» de su subordinación al capitalismo para convertirla en el instrumento del Estado *völkisch* es un lugar común de la extrema derecha alemana de la época. Esta emancipación no puede encontrar su filosofía en el marxismo, retoño del liberalismo, pero al renunciar a esta herencia, Stalin puede ser en cierta medida su agente para los nacional-bolcheviques. Pero es el Estado nazi el que cumplirá sus condiciones. *Cf.* Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism. Technology, Culture and Politics in Weimar and the Third Reich*, Cambridge, University Press, 1984. [Hay edición en español del FCE.) <<

[274] *Cf. supra*, pp. 212-214, 223. <<

[275] En 1928, el VI Congreso del Komintern define el periodo venidero como el de una revolución potencial que los partidos comunistas deberán realizar. La política del Partido Comunista Alemán (KPD) se inscribe en el marco de esta política que señala a la socialdemocracia como el principal obstáculo en la vía de la revolución y cómplice de los nazis. (E. Thaelmann en el XI Pleno del Comité Ejecutivo del Komintern: «Nos encontramos actualmente en Alemania en una situación tal que la socialdemocracia despliega la mayor actividad para la realización de la dictadura fascista»). La política deseada por el Komintern se apoya en un clan que le está enteramente sometido, y solo será abandonada en la primavera de 1934.

Bajo el control estrecho de Moscú, la dirección del PCA aplicará la «línea»; por ejemplo, en agosto de 1931, con motivo de un referéndum sobre la disolución del *Landtag* de Prusia los comunistas mezclan sus sufragios con los de los nazis, contra el gobierno socialdemócrata. El 3 de noviembre de 1932, los obreros de los transportes de Berlín se declaran en huelga pese a la oposición de la dirección sindical, pero bajo la dirección del PCA con el apoyo de los nazis. Al día siguiente de las elecciones al *Reichstag* (6 de noviembre) los nazis les piden volver al trabajo. En Berlín, el PCA obtiene la mayoría, superando a los nazis y a los socialdemócratas. Gracias a su participación en la huelga aceptada por los comunistas, los nazis logran limitar su retroceso electoral. <<

[276] *Cf. supra*, p. 207. <<

[277] Marlis Steiner (*Hitler*, Fayard, 1991) cita informes de la policía de la época que mostraban una gran aprobación al hecho. <<

[278] Alia Kirilina, *L'Assassinat de Kirov*, Seuil, 1995. Según la autora de este libro, ni la NKVD local ni la NKVD nacional es-

tuvieron implicadas en el asesinato de Kírov, que fue cometido por un iluminado. <<

[279] Jerry Z. Muller, *The Other God that failed. Hans Freyer and the Deradicalisation of German Conservatism*, Princeton University Press, 1987. El mejor testimonio sobre el estado de ánimo de los profesores alemanes, escrito en caliente en 1940, se encuentra en Karl Löwith: *Ma vie en Allemagne et aprés 1933, op. cit.* <<

[280] Waldemar Gurian, *The Future of Bolshevism, 1936* (*Bolshewismus als Weltgefahr*, Lucerna, 1935).

Waldemar Gurian nació en 1902 en San Petersburgo, en una familia de la burguesía judía; pero hizo sus estudios en Alemania, donde su madre se había instalado en 1909 tras la ruptura de su matrimonio, convirtiendo al mismo tiempo a sus hijos al catolicismo. Hannah Arendt escribe, en el elogio fúnebre que le dedicó en 1955, que fue discípulo de Max Scheler y de Carl Schmitt. El hecho es que sus primeros escritos, entre 1925 y 1931, dan muestra de una curiosidad vuelta hacia el examen de la situación de la Iglesia católica en el mundo moderno, especialmente a través del ejemplo francés. Siendo neotomista, este crítico del liberalismo francés no se muestra menos hostil hacia una concepción instrumental de la religión y de la Iglesia, como la de Maurras. La época le ofrece, precisamente en sus dos patrias, dos regímenes agresivamente antiliberales y anticatólicos: comunismo y nazismo. Tal es el origen de su angustia y el enfoque de su obra, cuyo primer testimonio es *El porvenir del bolchevismo*, que aparece en 1935 en Lucerna. Por esta época, Waldemar Gurian había huido de la Alemania nazi para refugiarse en Suiza. A partir de octubre de 1934 publicó, en colaboración con Otto Knab, alemán emigrado y también católico, un volante antinazi pobremente mimeografiado y de aparición semanal llamado *Die Deutschen Briefe*. En 1937 se va de Europa para ingresar en la universidad católica estadunidense de Notre Dame,

en Indiana. Allí hará una carrera universitaria como especialista en nazismo y comunismo, analizados como señales gemelas de la crisis moral de la Europa del siglo XX: el nazismo es la forma alemana de la «bolchevización». Después de 1945, la mayoría de sus trabajos se dedicará al análisis de la Rusia comunista (especialmente: *Bolshevism: an Introduction to Soviet Communism*, University of Notre Dame Press, 1952). Su evolución se puede seguir a través de la revista que había fundado en 1938 y que dirigirá hasta su muerte en 1954: *The Review of Politics*, publicada por la Universidad de Notre Dame. El número de enero de 1955 de dicha revista contiene diferentes homenajes a su memoria, uno de ellos de Hannah Arendt, así como una bibliografía escogida de sus obras. <<

[281] En ese punto de su análisis, Waldemar Gurian cita a Carl Schmitt, al que llama «principal constitucionalista del Reich nacionalsocialista», y su libro *Staat, Bewegung, Volk* (Estado, movimiento, pueblo), Hamburgo, Hanseatische Verlagsanstalt, publicado en 1933. Schmitt explica allí que la Unión Soviética es un tipo de Estado característico de la época, por oposición al siglo XIX, ya que el «movimiento», es decir, el partido único, domina al Estado al tiempo que guía al pueblo. <<

[282] Waldemar Gurian, *op. cit.*, cap. V, p. 81. <<

[283] Thomas Mann, *Journal 1918-1921, 1933-1939*, versión francesa presentada y anotada por C. Schwerin, trad. del alemán por R. Simon, Gallimard, 1985, 27 de marzo de 1933, p. 214. <<

[284] *Ibid.*, 7 de septiembre de 1933, p. 285. El pasaje merece citarse íntegro: «Después de los trastornos antidemocráticos en Rusia y en Italia, país insignificante en el plano espiritual e intelectual, Alemania solo sigue con el suyo —que significa la toma del poder por el estrato de población más bajo en el plano espiritual e intelectual, las masas de pequeñoburgueses caídos

en la miseria y llenos de odio— en la tercera posición. ¿Qué tiene de más que los otros? ¿Debe el mundo curarse de la mística manchada, de la filosofía de la vida desfigurada que mezcla en su movimiento? Porque las transformaciones que están ocurriendo en la técnica y el gobierno políticos adoptan la forma de una religión sanguinaria, de la sangre y de la guerra, cuyo nivel moral e intelectual es el más miserable de su historia. El resentimiento y el delirio de grandeza se unen para traer un peligro al mundo entero, en comparación con el cual el imperialismo de la preguerra era la inocencia misma». <<

[285] La comparación entre bolchevismo y nazismo se repite a menudo en el *Diario* de Thomas Mann. Por ejemplo, 1 de octubre de 1933, pp. 301-302: «Los centinelas de las SA ante la *Feldherrenhalle*, inmóviles como estatuas, copiados directamente y sin recato de los centinelas rusos ante el mausoleo de Lenin. Como en el cine, a quien imitamos sin escrúpulos y tal vez inconscientemente es al supuesto enemigo mortal en el plano filosófico. La comunidad del *estilo del tiempo* es mucho más fuerte y más decisiva que la enemistad racional en el dominio filosófico».

O también, a propósito del proceso de Dimitrov, el 24 de noviembre de 1933, p. 322: «Me veo tentado a ver el sentido inconsciente del proceso cuando se pone en evidencia la proximidad, del parentesco y hasta de la identidad del nacionalsocialismo y del comunismo. Su "resultado" conducirá al odio y a la estúpida rabia destructiva del uno contra el otro *ad absurdum*, punto en el que en realidad no necesitan guía. Los dos fenómenos son expresiones fraternalmente distintas de una misma y única realidad histórica, del mismo mundo político, aún más inseparables que el capitalismo y el marxismo, y algunas explosiones simbólicas, como el incendio del edificio del *Reichstag* son, como pronto se podrá sentir, a falta de poder verlo, su obra común». <<

[286] *Op. cit.*, 11 de septiembre de 1919, p. 580. <<

[287] Élie Halévy, *L'Ère des tyrannies, op. cit.*, reimpr. Gallimard, col. Tel, 1990. <<

[288] La carta muy aprobatoria de Marcel Mauss a Élie Halévy, contribución al debate de la sociedad («su deducción de las dos tiranías italiana y alemana a partir del bolchevismo es absolutamente exacta») es citada como apéndice en el *Bulletin de la Soctété de Philosophie, op. cit.*, pp. 234-235. Marcel Mauss es un antiguo y lúcido crítico del bolchevismo. Véase su «Appréciation sociologique du bolchevisme», en *Revue de métaphysique et de morale*, enero-marzo de 1924. <<

[289] Karl Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Editorial Progreso, Moscú, 1976, p. 495: «Manifiestamente, la burguesía no tenía ahora más opción que elegir a Bonaparte. Despotismo o anarquía. Y se pronunció, naturalmente, por el despotismo. […] La burguesía francesa exclamó también, después del *coup d'État*: "¡Solo el jefe de la Sociedad del 10 de diciembre puede salvar aún a la sociedad burguesa!"» <<

[290] Aun después del ascenso de Hitler al poder, e incluso después de las medidas que siguieron al incendio del *Reichstag*, los comunistas persistieron en ver en la victoria de los nazis un pródromo de la revolución proletaria. *L'Humanité* del 1 de abril de 1933 cita, por ejemplo, este fragmento de una resolución tomada por el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista a finales del mes de marzo: "… la instalación de la dictadura fascista abierta, disipando todas las ilusiones democráticas de las masas y liberando a estas de la influencia de la socialdemocracia, acelera la marcha de Alemania hacia la revolución proletaria". <<

[291] *Cf. supra*, p. 134-135. <<

[292] La idea se encuentra en Alan Bullock, *Hitler et Staline. Vies parallèles, op. cit.*, t. I, p. 574. <<

[293] Gustav Hilger y Alfred Meyer, *The Incompatible Allies. A History of German-Soviet Relations 1918-1941*, Nueva York, MacMillan, 1953, p. 262. <<

Véase también J. Grunewald, «L'évolution des relations germano-soviétiques de 1933 à 1936», en *Les relations germano-soviétiques de 1933 à 1939*, J.-B. Duroselle, (comp.) Armand Colin, 1954.

[294] *Cf. infra*. pp. 251-252. <<

[295] La agresión italiana a Abisinia tuvo lugar en el otoño de 1935. <<

[296] Sigo aquí la interpretación del tratado de 1935 que ofrece Adam B. Ulam, *Expansión and coexistence. Soviet Foreign Policy 1917-73*, 2a. ed., Praeger Publishers, cap. V. <<

[297] *Cf.* Alain Besançon, *Court Traité de Soviétologie... op. cit.*, cap. II. <<

[298] La apertura de los archivos del Komintern permite establecer que el PCF estaba totalmente controlado desde Moscú, por intermediación del Komintern y de los órganos de seguridad, y que las decisiones que le concernían eran sometidas, por vía del Komintern, al propio Stalin (véase Guillaume Bourgeois, «Comment Staline dirigeait le PCF», en *Le Nouvel Observateur*, 5-11 de agosto de 1993). <<

Los dos hombres clave del Komintern en París fueron Fried y Togliatti. Judío húngaro de Eslovaquia, Eugen Fried (1900-1943) se convierte en miembro de la oficina de organización del Komintern durante los años veinte. Enviado a Francia en el otoño de 1930, en calidad de agregado a la dirección del PCF, controla un «colegio de dirección», encargado de supervisar la política en curso, e instituye los métodos de selección de los cuadros. A partir de 1932 forma, con M. Thorez, una especie de tándem en que Fried protegía a Thorez. En 1934, lo apoya contra Doriot e inicia el «viraje» hacia la política del Frente Popular.

Miembro del Comité Central del PCI, Palmiro Togliatti (1893-1964) se dirige a la URSS en 1924 y llega al Presidium del Komintern con el seudónimo de Ercoli. Unido a Stalin, llega a ser secretario del Komintern en 1937 y desempeña un papel considerable en España. En 1934 se encuentra en misión en Francia para controlar la acción dirigida por Fried y Thorez. Después de la guerra, será el líder del comunismo italiano.

[299] El Partido Comunista Francés es el otro nombre de la sección francesa de la Internacional Comunista. <<

[300] Arthur Koestler, *Hiéroglyphes*, trad. por D. Van Moppès, Calmann-Lévy, 1955, cap. XVII: «Colin-maillard»; reimpr. en Robert Laffont, col. Bouquins, 1994; Manès Sperber, *Les Visages de l'histoire*, Éd. Odile Jacob, París, 1990, pp. 85-97. <<

[301] Esta extensa carta del 14 de julio de 1937 se encuentra publicada en *Communisme*, núm. 38, 1994, pp. 171-180 («Les Kominterniens I. Dossier Willi Münzenberg»). <<

[302] Detenido durante el desastre de mayo-junio de 1940, Willi Münzenberg se escapa del campo de internamiento de Chambaran cerca de Lyon, junto con otros dos detenidos, al parecer con la idea de llegar a Suiza. Varios meses después se encuentra su cadáver, con huellas de estrangulamiento. Su compañera, Babette Gross llegó a la conclusión de que pudo haber sido asesinado por agentes de Stalin. Babette Gross, Willi Münzenberg, *Eine politische Biografie*, Stuttgart, 1967; *Willi Münzenberg, 1889-1940, Un homme contre*, Colloque International d'Aix-en-Provence. *Actes*, 26-29 de marzo de 1992; Stephen Koch, *Double Lives-Spies and Writers in the Secret Soviet War of Ideas against the Wesf*, The Free Press, Nueva York, 1994. <<

[303] Por ejemplo, casi nunca se menciona a la Italia mussoliniana, con la cual mantiene la Unión Soviética desde hace años excelentes relaciones. Por el contrario, la Francia de Briand es constantemente citada como Estado imperialista en vías de «fascistización». <<

[304] Sobre este periodo, véase una tesis reciente, aún inédita: Yves Santamaría, *Le Parti communiste français dans la lutte pour la paix (1932-1936)*, 2 vols. Tesis sostenida en 1989 en la Universidad de París-X-Nanterre, bajo la dirección de Annie Kriegel; del mismo autor, «Le comité de lutte contre la guerre dit Amsterdam-Pleyel, 1931-1936», en *Communisme*, núms. 18-19, 1988, pp. 71-98. <<

[305] Yves Santamaría, *op. cit.*, t. I, pp. 159-184. <<

[306] *L'Humanité*, 15 de enero de 1933. <<

[307] Ex director de los establecimientos Krupp, Alfred Hugenberg (1887-1951) funda su propio Konzern. Compra o toma el control de la mitad de la prensa alemana, así como de la agencia de información Unión Telegráfica y de la empresa cinematográfica UFA. Diputado del Partido Nacional Alemán a partir de 1919, del cual llegó a ser presidente en 1928, forma en octubre de 1931, con los nacionalsocialistas y los Cascos de Acero (*Stahlhelm*), el Frente de Harzburg. Por haber apoyado a Hitler, Hugenberg fue ministro de Economía y Abastecimiento de enero a junio de 1933. <<

[308] El incendio del Reichstag, el 28 de febrero de 1933, fue para los nazis la señal de que se iniciaba la cacería de los comunistas y de que entraba en vigor una legislación de excepción que suspendía todas las garantías constitucionales que respaldaban las libertades individuales. Véanse, entre las obras recientes: Hans Mommsen, *The Reichstag Fire and its Political Consequences*, MacMillan, 1985; Uwe Baches, Karl-Heinz Janssen, Hans Mommsen, Fritz Tobias, et. Al., *Reichstagbrand: Aufklärung einer historischen Legende*, Munich, Piper, 1986. Hoy se cree que el incendio fue obra exclusiva de Marinus Van der Lubbe, el joven holandés descubierto por la policía en el lugar, y que la afirmación de la culpabilidad de los nazis se apoya en documentos falsos. <<

[309] Arthur Koestler, *Hiéroglyphes, op. cit.*, cap. XVII: «Colinmaillard», p. 231. <<

[310] El más célebre de los escritos de Münzenberg sobre el tema, publicado por la editorial que acababa de fundar, Éditions du Carrefour, fue el afamado y anónimo *Livre brun sur l'incendie du Reichstag et la terreur hitlérienne*. El *Livre brun*, comenta Koestler, «es sin duda la obra que ha ejercido mayor influencia política desde *El sentido común* de Thomas Paine». <<

[311] Arthur Koestler, *op. cit.*, cap. XVII, p. 232. <<

[312] Ruth Fisher afirma que la liberación de Dimitrov fue negociada entre Berlín y Moscú (*cf. Stalin and German Communism, op. cit.*, pp. 308-309). Una opinión comparable se encuentra en Margarete Buber-Neumann (*cf.* «Le Conspirateur sans mystére», en *Preuves*, núm. 74, abril de 1957). <<

[313] Edward H. Carr, *The Twilight of Comintern 1930-1935*, Londres, MacMillan, 1982. <<

[314] El término forma parte del vocabulario en boga en el Komintern, para designar a los partidos socialdemócratas. <<

[315] La expresión designa la matanza, por orden de Hitler, de Röhm y de los jefes de las secciones de asalto nazis (SA), así como de algunas decenas de otros «sospechosos», como el general Von Schleicher, que había desempeñado un papel capital en el ascenso de Hitler al poder. La matanza comenzó en la noche del 29 al 30 de junio de 1934 y prosiguió durante 48 horas. *Cf. supra*, pp. 223-233. <<

[316] Los acontecimientos se sitúan en el marco del caso Stavisky. El día 6, el PCF se une a la manifestación de las ligas contra el nuevo presidente del Consejo, Daladier, que acaba de cesar al prefecto de policía Chiappe. Solo que el PCF da este paso con un séquito distinto. El 9, da a conocer sus propios colores, declarándose contra el fascismo y contra el gobierno por igual. Esta manifestación es duramente reprimida. El 12, día de la huelga general decidida por la CGT, las dos manifestaciones separadas de comunistas y de socialistas se unen espontáneamente. No obstante, el PCF aún se muestra hostil durante algunos meses a la unidad entre los dos partidos. *Cf. infra*, p. 262. <<

[317] Philippe Robrieux, *Histoire intérieure du Partí communiste français*. Fayard, 1980, t. I, cap. VII, p. 457. <<

[318] Giulio Ceretti, *Con Togliatti y Thorez. Quarantanni di lotte politiche*, Milán, Feltrinelli, 1973, pp. 168-172; trad. francesa: *Á l'ombre des deux T. Avec Palmito Togliatti et Maurice Thorez*, Julliard, 1973. En la edición francesa fue omitido el capítulo que trata de las relaciones entre el PCI y el PCF. <<

[319] Georges Dimitrov, *OEuvres choisies*, prólogo de Maurice Thorez, París, Éd. Sociales, 1952, pp. 37-168. <<

[320] Secretario del partido y «patrón» de la región de Leningrado, Serguéi Kírov (1888-1934) predicaba una cierta moderación para con los adversarios. Se opuso a Stalin en el asunto de la «plataforma de Riutin». En el XVII Congreso del PCUS (26 de enero-10 de febrero de 1934), los antiguos adversarios son reintegrados, y el congreso ovaciona a Kírov. Trescientos delegados votan contra Stalin en las elecciones del Comité Central. Kírov es asesinado el 1 de diciembre de 1934. Stalin aprovecha el asesinato para ordenar las primeras represiones en masa en el seno del partido. *Cf. supra*, p. 234, n. 85. <<

[321] El libro clásico sigue siendo hasta el día de hoy: Robert Conquest, *La Grande Terreur. Les purges staliniennes des années 30*, Stock, 1970; trad. inglesa: *The Great Terror*, MacMillan. Londres, 1968. Nueva edición inglesa, 1991, *The Great Terror: A Reassessment*, Oxford University Press. La obra será reimpresa en francés por Robert Laffont en la colección Bouquins. <<

[322] Es la hipótesis planteada por E. H. Carr, en el libro antes citado, *The Twilight of Comintern*, 1930-1935. <<

[323] A condición, desde luego, de que permanezcan fieles en el momento del pacto de agosto de 1939. <<

[324] Si se toma en cuenta la eliminación de Doriot en 1934, y la defección de Vassart y de Gitton en 1939. Para esos problemas de la historia interior del PCF, el mejor guía sigue siendo Philippe Robrieux, *Histoire intérieure du Parti communiste français*, cap. VI, pp. 311-406. <<

[325] *Cf. supra*, p. 247, n. 10. <<

[326] El punto ya no es refutado en la historiografía. Uno de los testimonios más útiles de esta historia, vista desde el interior del PCF, es el relato que hace Cilly Vassart, la esposa de uno de los dirigentes comunistas franceses de esta época, basándose en las notas que dejara su marido. Albert Vassart fue secretario de la organización hasta abril de 1934, fecha en la que se vuelve representante del PCF en Moscú (puesto que Marty dejara vacante en diciembre de 1933): por tanto, estaba en los primeros lugares para seguir el caso Doriot-Thorez, y luego el viraje antifascista del PCF. *Cf.* C. Vassart, *Le Front populaire en France*, París, 1962 (recuerdos inéditos). <<

[327] *Cf.* Philippe Robrieux, *op. cit.*, cap. VI, pp. 456-457; C. Vassart, *op. cit.*, p. 34. <<

[328] Yves Santamaría, *Le Parti communiste dans la lutte pour la paix, op. cit.*; Thierry Wolton, *Le Grand Recrutement*, París, Grasset, 1993. <<

[329] Movimiento internacional de intelectuales fundado en 1919 por Henri Barbusse. <<

[330] Christian Jelen, *Hitler ou Staline. Le prix de la paix*, Flammarion, 1988. <<

[331] Christian Jelen, *op. cit.*, cap. VI, p. 79. <<

[332] *Cf.* Stéphane Courtois, «Le système communiste international et la lutte pour la paix, 1917-1939», en *Relations internationales*, núm. 53, 1988, pp. 5-22. <<

[333] *Cf. supra*, pp. 245-246. <<

[334] Yves Santamaría, *op. cit.*, t., I. pp. 159-199. El análisis de la Internacional tiene como telón de fondo la crisis económica mundial, la agresión japonesa a China y la tensión en Europa a propósito de las «reparaciones» alemanas. Como es su costumbre, mezcla la reflexión profunda sobre las contradicciones

crecientes entre las grandes potencias con el delirio interpretativo sobre la «inminencia» de un ataque «imperialista» contra la URSS. <<

[335] Hitler no deja de afirmar su deseo de paz en sus discursos de 1934, 1935 y 1936. <<

[336] Doriot escribe, por ejemplo, en «La France ne sera pas un pays d'esclaves» (*Les OEuvres françaises*, 1936): «Para Stalin es necesario que sirvamos de pararrayos a este inmenso huracán que Hitler ha desencadenado en su país. Es necesario que atraigamos ese ciclón hacia nuestras costas. He aquí la meta de Stalin… la alianza con los soviets es la guerra. Los que no comprenden esto no comprenden nada de la situación». <<

[337] La expresión fue tomada de Philippe Burrin, *La Dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1933-1945*, París, Le Seuil, 1986. Véase también sobre el mismo tema: Michel Winock, *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France*, Le Seuil, Points-Histoire, 1982, pp. 248-292; Antoine Prost, *Les Anciens Combattants et la société française, 1914-1939*, Presses de la Fondation Nationale des Sciences politiques, 3 vols., 1977. <<

[338] *Ligue des droits de l'homme. Le Congrès national de 1927*, acta estenográfica, 15-17 de julio de 1927, Éd. de la Ligue des droits de l'homme. <<

[339] Pienso ante todo en Jacob Leib Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy*, Secker and Warburg, 1952; trad. francesa: *Les origines de la démocratie totalitaire*, Calmann-Lévy, 1966; *The Myth of the Nation and the Vision of Revolution (the Origins of Ideological Polarisation in the XXth Century)*, University of California Press, 1981. <<

[340] Es el caso más frecuente en la historiografía republicana francesa del siglo XIX, de Michelet a Aulard, con múltiples matices sobre la legitimidad del recurso, así sea provisional, al terror. <<

[341] En este renglón, el autor-fuente me parece que es Buchez. <<

[342] Al finalizar el primer proceso de Moscú (19-23 de agosto de 1936), los 16 acusados (entre ellos G. Zinóviev y L. Kámenev) son condenados a muerte y ejecutados 24 horas después. En el segundo proceso (23-30 de enero de 1937), 15 de los 17 acusados (entre ellos G. Piatakov y K. Rádek), son igualmente condenados y de inmediato ejecutados. En el tercer proceso (2-13 de marzo de 1938), otros «viejos bolcheviques» (Bujarin es el más célebre) son liquidados; entre ellos se encontraba Iagoda, el ex director de la policía política, que había organizado los procesos precedentes. Esos tres procesos ofrecen las mismas características: las fantásticas acusaciones no tienen otro fundamento que las confesiones arrancadas a los acusados. <<

[343] París, Bureau d'éditions, 1937. <<

[344] J. Bruhat, *op. cit.*, p. 56. <<

[345] Philippe Burrin, *op. cit.*, cap. VII, «Les ambiguités du frontisme». <<

[346] Christian Jelen, *L'Aveuglement*, prefacio de Jean-François Revel, Flammarion, 1984; *Hitler ou Staline, op. cit.* <<

[347] Simple alianza electoral de los radicales y de los socialistas, en que el cartel de las izquierdas gana las elecciones en mayo de 1924. Édouard Herriot propone a los socialistas participar en su gobierno o sostenerlo sobre la base de un programa de 10 puntos. Por razones doctrinales, Léon Blum escogió el «apoyo sin participación». En 1932, la Unión de las Izquierdas, electoralmente victoriosa, se encuentra en la misma situación; pero los socialistas están divididos ante la cuestión de la participación, mientras que Herriot busca su apoyo, antes bien, en el centro, en tanto que el ala izquierda de su partido se niega a romper con los socialistas. <<

[348] La distinción entre la «conquista» y el «ejercicio» del poder es planteada por Léon Blum para defender la necesidad de un gobierno socialista después de las elecciones de 1936. <<

[349] Cf. Karl Marx, *El 18 brumario..., op. cit.*, pp. 487-488: «Pero la revolución es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Hasta el 2 diciembre de 1851 había terminado la mitad de su labor preparatoria. Ahora [Marx escribe en enero-marzo de 1852] termina la otra mitad. Lleva el primero a la perfección el poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a la perfección el *poder ejecutivo*, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará y gritará jubilosa: "¡bien has cavado, viejo topo!"» <<

[350] Fundado en 1900 por Sun Yat-sen, disuelto en 1913, el Guomindang (Partido Nacional Popular) se reconstituye a partir de 1923 con la ayuda de los emisarios soviéticos. Los comunistas chinos, muy minoritarios, se integran a él. A partir de 1926, fecha de la ofensiva del Guomindang hacia China del Norte, se acentúa la rivalidad entre la fracción nacionalista, dirigida por Chiang Kai-shek y la fracción comunista. En ciertas regiones, los comunistas instauran su propio poder. En 1927, el Guomindang aplasta a los comunistas en Shangai (abril), y luego de nuevo en Wu-Han (noviembre). En diciembre también es bárbaramente reprimido el movimiento comunista de Cantón. En Rusia, la oposición de izquierda hace responsable a Stalin del fracaso del comunismo chino. <<

[351] En las elecciones de abril-mayo de 1936, el Partido Comunista lograba 72 elegidos, o sea un avance de 62 escaños. La SFIO, 146 elegidos, con un avance de 62 escaños. Los radicales,

115 elegidos, o sea una pérdida de 43 escaños. La ventaja relativa del PCF resulta aún más clara en el número de sufragios, ya que los comunistas casi duplican su número, mientras que los socialistas llegan al tope y los radicales retroceden. <<

[352] Simone Weil, *La Condition ouvrière*, en OEuvres complètes, t. II, vol. II, Gallimard, 1991. <<

[353] *Ibid.*, p. 126. <<

[354] Para poner fin al movimiento de ocupación de las fábricas, el gobierno de Léon Blum, erigiéndose en árbitro, organiza la negociación entre la CGT y los patrones. Firmados el 8 de junio de 1936, los acuerdos Matignon prevén el establecimiento de contratos colectivos, el reajuste de salarios y la creación de delegados obreros elegidos en las empresas. <<

[355] Simone Weil, *op. cit.*, p. 158. <<

[356] *Ibid.*, pp. 158-159. <<

[357] El 2 de junio de 1908, una intervención de la policía en un café en que se reúnen varios canteros en huelga deja ocho muertos. La CGT llama a la huelga general para el 30 de julio; ese día, la manifestación efectuada en Villeneuve-Saint-Georges es escenario de nuevos enfrentamientos (cuatro muertos, centenares de heridos). En 1911 quedó establecido que la policía había infiltrado a sus agentes provocadores entre los agitadores más radicales de la CGT. <<

[358] Me sirvo, para escribir estas páginas, de la obra clásica de G. Brenan, *The Spanish Labyrinth*, Cambridge University Press 1943; trad. francesa: Éd. Champ libre, 1984. <<

[359] El abogado José Antonio Primo de Rivera (1903-1936) es hijo de Miguel Primo de Rivera, que instaura un régimen militar en España de 1923 a 1925. José Antonio funda la Falange española en octubre de 1933. Elegido diputado ese mismo año, combate sin descanso la República. Detenido en marzo de

1936, es ejecutado por los republicanos en noviembre. La Falange predicaba un «nacional-sindicalismo», que combinaba la propiedad individual y familiar con la propiedad sindical, la nacionalización del crédito, la reforma agraria y la creación de un Estado autoritario capaz de luchar contra los separatismos regionales. En abril de 1937, se convirtió en el partido único de la España nacionalista. <<

[360] Por ejemplo, la obra de Bumett Bolloten, *The Grand Camouflage (The Spanish Civil War and Revolution, 1936-1939)*. 1ª. ed. 1961, Londres, Hollis and Cárter, 2ª. ed., acompañada de una introducción de H. R Trevor-Roper, 1968; trad. francesa: *La Révolution espagnole. La gauche et la lutte pour le pouvoir*, Ed. Ruedo Ibérico, 1977. El último gran libro de Burnett Bolloten es póstumo y se publicó en 1991, cuatro años después de la muerte de su autor: *The Spanish Civil War. Révolution and Counter-Révolution*, Chapel Hill, University of Carolina Press. La obra clásica sobre el tema es la de Hugh Thomas: *La Guerre d'Espagne, Juillet 1936-mars 1939*, Robert Laffont, col. Bouquins, 1985. Véase también el reciente estudio de Pierre Broué: *Staline et la révolution. Le cas espagnol 1936-1939*, Fayard, 1993. <<

[361] El POUM es el producto de la fusión, realizada en septiembre de 1935, de la «Izquierda Comunista» de Andrés Nin y del «Bloque Obrero y Campesino» de Joaquín Maurín. La mayor parte de sus militantes proviene de la expulsión, en 1929, de la sección catalana del Partido Comunista Español, en el momento de la táctica de ultraizquierda impuesta por el Komintern. Joaquín Maurín (cuñado de Suvarin) es su jefe, pero pasará toda la guerra civil en prisión. En cambio, Andrés Nin fue trotskista, pero rompió con Trotski cinco años antes, al mismo tiempo que otro líder del POUM, Andrade. El POUM no tiene, pues, nada de organización «trotskista» en el sentido riguroso del término. No obstante, sus acusadores estalinistas lo califican así, y algo de ello le ha quedado. La verdad es que

sin ser trotskista, el POUM es bastante hostil al estalinismo, al que denuncia como régimen burocrático «termidoriano». <<

[362] Bolchevique desde 1917, Alexandr Orlov (1895-1973) se incorpora en los servicios especiales en 1921. Llegado a España en 1931, por cuenta de la GPU, será responsable del asesinato de Andrés Nin en 1937. Llamado a Moscú en julio de 1938, defecciona y advierte a Trotski de la presencia de un agente de la NKVD en el grupo que rodea a su hijo, León Sedov. Sobre este personaje, véase John Costello y Oleg Tsarev, *Deadly Illusions. The KGB Orlov Dossier Reveals Stalin's Master Spy*, Nueva York, Crown Publishers, 1993. Antes de ser en España el gran jefe de los servicios soviéticos, Orlov había estado en 1934 en Inglaterra, en el centro de reclutamiento de la célebre red de Cambridge (Philby, MacLean, Burgess, Blunt). Se pasará al Oeste en 1938, por temor de ser liquidado por Stalin, como otros tantos «españoles». <<

[363] G. Orwell, *Homage to Catatonia*, Londres, Martin Secker & Warburg, 1938; ed. francesa: Gallimard, 1955 (con el título *La Catalogne libre*), reimpr. por Champ libre, 1981, trad. por Y. Davet . <<

[364] Tras haberse puesto el nombre del prestigioso militante Buenaventura Durruti (1896-1936), los «Amigos de Durruti» agrupan en el seno de la Federación Anarquista Ibérica a los militantes más radicales, para quienes la alternativa política se reduce a «revolución social o fascismo». En Barcelona, en mayo de 1937, los Amigos de Durruti participan en la insurrección desencadenada como respuesta a la tentativa comunista de adueñarse de la Generalidad. <<

[365] Tomo la idea del testimonio de uno de los antiguos jefes del POUM, Jullien Gorkin, *Spain: First Test of a People's Democracy*, en Jeane J. Kirkpatrick (comp.), *The Strategy of Deception*,

Farrar, Strauss and Co., 1963. *Cf.*, del mismo autor, *Les Communistes contre la révolution espagnole*, Belfond, 1978. <<

[366] *Cf.* la declaración del secretario general del PCE, José Díaz, en marzo de 1937: «Combatimos por la República democrática, por una República democrática y parlamentaria de un nuevo tipo y de un contenido social profundo. El combate que se desarrolla en España no tiene por meta el establecimiento de una República democrática como la de Francia o de cualquier otro país capitalista. No. La República democrática por la cual combatimos es diferente. Combatimos para destruir los fundamentos materiales de la reacción y del fascismo; pues sin su destrucción ninguna verdadera democracia política puede existir… » (Citado en B. Bolloten, *op. cit.*, Tercera Parte, cap. XXIII, p. 232). <<

[367] Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 517; Cuarto Libro: *La Guerre de deux contre-révoludons*. Se encuentra la misma idea en el libro del ex dirigente del PCE, Femando Claudin, *La Crise du mouvement communiste*, Maspero, 1970: mucho antes de que las tropas fascistas hubiesen tomado Barcelona y Madrid, la contrarrevolución había triunfado silenciosamente en la España republicana. <<

[368] Azaña es presidente de la República, y Negrín jefe de gobierno. <<

[369] Citado en B. Bolloten, *op. cit.*, Libro IX, p. 630. <<

[370] Sobre el valor de las memorias de W. B. Krivitski (en *Stalin's Secret-Service*, Harper and Brothers, Nueva York, 1939), remito al análisis que de ellas hace B. Bolloten, *op. cit.*, Libro I, pp. 105-106, así como las notas 43 a 53, pp. 780-782. <<

[371] B. Bolloten, *op. cit.*, Libro I, p. 106. <<

[372] Hugh Thomas, *op. cit.*, Libro II, cap. XX, p. 266. Se encuentra la misma idea en Jesús Hernández, ex ministro comunista de Negrín, quien escribe en sus *Memorias*: «Para el hom-

bre de la mayor mentira socialista, el problema español se planteaba claramente: sacrificando al pueblo español, empujo a Hitler hacia Occidente, lejos de mis fronteras. Y el miedo de los gobiernos francés e inglés les obliga a mostrarse dóciles hacia la URSS. Por otra parte, al aumentar la tensión entre el grupo franco-inglés y las potencias nazi-fascistas, podré orillarlos a la guerra que hará de la URSS el árbitro de la situación». (Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, México, 1952, trad.: *La Grande Trahison*, Fasquelle, 1953). <<

[373] El 26 de enero de 1939, los nacionalistas toman Barcelona; el gobierno de Negrín, siempre apoyado por los comunistas, se refugia en Valencia. El 5 de marzo de 1939, el general Miaja lo derroca, quebrantando la resistencia comunista. La junta militar se prepara para negociar la rendición de Madrid, que es ocupada sin combate el 28 de marzo. Es el fin de la guerra civil. El gobierno del general Franco fue reconocido desde febrero por Francia y por Inglaterra. <<

[374] *Cf. supra*, p. 287. <<

[375] En la cumbre de su arte, mas no así de su influencia, pues sus dificultades con Moscú han comenzado, característicamente señaladas por el arresto de su protector y amigo Rádek, en septiembre de 1936. <<

[376] *New English Weekly*, 29 de julio de 1937: «Spilling the Spanish Beans», citado por H. Thomas, *op. cit.*, p. 885, nota 46. <<

[377] Lionel Trilling, «George Orwell and the Politics of Truth», en Lionel Trilling, *The Opposing Self*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1978, pp. 132-151. <<

[378] Carta al redactor en jefe de *Time and Tide*, 5 de febrero de 1938. Citado en H. Thomas, *op. cit.*, Libro IV, cap. XLV, pp. 626-627. <<

[379] Los otros, por definición, no tuvieron la libertad intelectual para escribir la verdad. <<

[380] Gustav Regler, *Le Glaive et le fourreau*, Plon, 1960. *Cf*. Caps. XI y XII, pp. 261-330. <<

[381] André Malraux, *L'Espoir*, Gallimard, 1937; reimpr. en col. Folio, pp. 249-250. [Hay varias traducciones al español: *La esperanza.*] <<

[382] Ibid. Segunda Parte, cap. II, p. 325. <<

[383] Orwell escribe *Hommage à la Catalogne* en la segunda parte de 1937, año en que también aparecerá *L'Espoir*. <<

[384] Esta cuestión ya ha sido objeto de varios trabajos; por ejemplo, W. Drabovitch, *Les Intellectuels français et le bolchevisme. La Ligue des droits de l'homme. Le néo-marxisme universitaire*, París, Les Libertés françaises, 1937; David Caute, *Le Communisme et les intellectuels français, 1914-1966*, París, Gallimard, 1967 (título original: *Communism and the French Intellectuals*, 1964); del mismo autor, *Les Compagnons de route 1917-1968*, Robert Laffont, 1979. <<

[385] Neal Wood, *Communism and British Intellectuals*, Columbia Universitv Press, Nueva Yorkj, 1959. <<

[386] Stephen Spender, *World within World*, Londres, Harold Matson Co., 1951. <<

[387] Stephen Spender, *Forward from Liberalism*, Londres, Víctor Gollancz, 1937, p. 202: «I am a communist because am a liberal». <<

[388] El propio Stephen Spender explicó, en un texto posterior, cómo se habían abierto sus ojos, inmediatamente después de adherirse al PC inglés, a la realidad del comunismo internacional; y cómo, de la tentativa de asimilar el «liberalismo» al comunismo, volvió a la idea de su incompatibilidad. Sus observaciones sobre la guerra de España desempeñaron un papel importante en ese cambio. *Cf*. la contribución de S. Spender, en *Le Dieu des ténèbres*, Calmann-Lévy, 1950, pp. 247-286. <<

[389] Youri I. Modine, *Mes camarades de Cambridge*, Robert Laffont, 1994; Philip Knighfley Philby, *The Life and Views of the KCB Masterspy*, André Deutsch, 1988; Hugh Trevor-Roper, *The Philby Affair*, William Kimber, 1968. <<

[390] El quinto, John Cairncross, no pertenece al mismo medio. <<

[391] Andrew Boyle, *The Fourth Man. The Definitive Account of Kim Philby, Guy Burgess and Donald MacLean and Who Recruited*

them to Spy for Russia, The Dial Press, 1979, cap. IX, p 283. <<

[392] Eugene Lyons, *The Red Decade*, Arlington House, Nueva York, 1970; Daniel Aaron, *Writers on the Left: Episodes in American Literary Communism*, 1961; Sidney Hook, *Out of Step. An Unquiet Life in the XXth Century*, Carroll and Graf Publishers, Nueva York, 1988; Stephen Koch, *Double Lives*, Free Press. Nueva York, 1994; Theodore Draper, «American Communism Revisited», en *A Present of Things Past*, Hill and Wang, 1990, pp. 117-153, y *American Communism and Soviet Russia*, Nueva York, 1960. <<

[393] Pienso en Jay Lovestone, Sidney Hook, Irving Howe, Edmund Wilson, James Burnham, Dwight MacDonald, etc., y también en el contraproceso de Moscú que esta pequeña izquierda estadunidense logró organizar en 1938, con ayuda del renombrado John Dewey. En la Europa occidental no existe nada equivalente a la *Partisan Review* de los años treinta. <<

[394] Sidney Hook, *Out of Step, op. cit.* <<

[395] Fred Kupferman, *Au pays des Soviets. Le voyage français en Union soviétique 1917-1939, op. cit.* <<

[396] Romain Rolland, *Voyage à Moscou. Juin-juillet 1935*. Introducción y notas de Bernard Duchatelet, A. Michel, 1992, p. 48. <<

[397] *Ibid.*, pp. 45-46. <<

[398] Panaït Istrati, *Vers l'autre flamme. Aprés seize mois dans l'URSS. Cf. supra*, p. 163. <<

[399] La historia íntima dice que es la época (verano de 1929) en que se encuentra con la «princesa» María Kudásheva, después de haber sostenido con esta un largo intercambio epistolar. María Kudásheva, unida a la causa bolchevique a comienzos de los años veinte, será después su mujer. <<

[400] Gide se explica claramente en la alocución de apertura a una manifestación contra el fascismo organizada por la AEAR el 21 de marzo de 1933: «¿Por qué y cómo he llegado a aprobar aquí lo que repruebo allá? Es que en el terrorismo alemán veo una repetición, una conquista del más deplorable, del más detestable pasado. En el establecimiento de la sociedad soviética veo, en cambio, una ilimitada promesa de porvenir». (A. Gide, Littérature engagée, Gallimard, 1950, p. 24.) Romain Rolland piensa exactamente en los mismos términos. <<

[401] El texto oficial de la entrevista de Stalin con Romain Rolland, revisado por los dos interlocutores, se encuentra en el anexo del *Voyage à Moscou, op. cit.*, pp. 237-247. <<

[402] Víctor Serge, *cf. supra*, p. 163. El caso de Víctor Serge era el filón que explotaba una campaña de prensa en Francia, y Romain Rolland se había propuesto defender su causa ante Iagoda y Stalin. Serge será expulsado de la Unión Soviética en abril de 1936. <<

[403] *Cf. supra*, p. 164. <<

[404] Romain Rolland, *op. cit.*, pp. 229-232. <<

[405] Hay que poner aparte a Cambridge, como lo hemos visto. Pero en Francia, por ejemplo, el marxismo no invadirá masivamente las universidades sino hasta después de 1945. Entre las dos guerras, gozó de mayor difusión entre los escritores que entre los profesores. <<

[406] El punto ha sido bien analizado por David Caute, *Le Communisme et les intellectuels français, 1914-1966, op, cit.*, Segunda Parte, cap. II, p. 127. <<

[407] *Cf.* la nota 10, p. 315. <<

[408] J.-L. Panné, *Souvarine, op. cit.*, cap. XVI, pp. 222-226. <<

[409] *Ibid.*, p. 224. <<

[410] *Cf. supra*, p. 138. <<

[411] La parte más lúcida de los escritos de Trotski en el exilio es la que dedica a la crítica de la política alemana en el Komintern, entre 1930 y 1933. Trotski ve claramente el desastre al que conduce la denuncia de los socialdemócratas como «social-fascistas», así como las concesiones tácticas hechas a los nazis. *Cf.* Léon Trotski, *Comment vaincre le fascisme. Écrits sur l'Allemagne, 1930-1933* (trad. del ruso), Éditions de la Passion, 1993. <<

[412] Boris Souvarine, *Staline. Aperçu historique du bolchevisme*, Plon, 1935; reimpr. en 1937 y en 1940 (aumentado con un capítulo: «La contre-révolution», y con una posdata). *Ibid., Stalin. A Critical Survey of Bolshevism* (trad. CRL. James), Londres, Seker and Warburg, 1939; Amsterdam, Querido, 1940. Reimpresión de la edición de 1940, Champ libre, 1977 y 1985 (aumentada con un prólogo y un epílogo); reimpr. por Ivrea, 1993.

En abril de 1937, las ventas ascendían a 6.800 ejemplares. La edición de 1940 lleva la mención de octavo millar. No se conocen las ventas de la edición en lengua inglesa. *Cf.* Jean-Louis Panné, *Boris Souvarine, op. cit.*, p. 225. <<

[413] *Cf.* J.-L. Panné, «L'affaire Victor Serge», en *Communisme*, núm. 5, 1984, PUF, pp. 89-104. Victor Serge, *Mémoires d'un révolutionnaire*, 1901-1941, *op. cit.* <<

[414] *Cf. supra*, pp. 170 171 164-165. <<

[415] La declaración de Gaetano Salvemini se reproduce en el séptimo cuaderno (julio de 1935) de la revista *Les Humbles* (pp. 5-9), con el título: «Pour la liberté de l'esprit». <<

[416] En 1932, André Gide publicó sus *Pages de Journal (1929-1932)* en la *N.R.F.* y donde manifiesta (con fecha 27 de julio de 1931) su simpatía hacia la Unión Soviética. A veces su entusiasmo se vio moderado por los informes que le comunicaba Pierre Naville pero, con el correr de los años, su adhesión al comunismo se hizo más profunda en la medida que aumentaba su re-

chazo al mundo capitalista. Sin embargo, se mantuvo apartado de las organizaciones comunistas como la AEAR, hasta que Hitler ascendió al poder. Más tarde se alineó ostensiblemente al lado del PC con la publicación de *Les Caves du Vatican* (en folletín, en *L'Humanité*), y participando en las campañas por la liberación de G. Dimitrov y E. Thaelmann. Su antifascismo es componente esencial de su adhesión al comunismo, la cual culminó durante el Congreso de Escritores por la Defensa de la Cultura (París, 21-25 de junio de 1935), donde hizo la defensa de la Unión Soviética contra las acusaciones de uniformación y de negación de los derechos individuales. <<

[417] F. Kupferman, *Au pays des Soviets, op. cit.*, cap. III, p. 103. Jean Lacouture, *André Malraux. Une vie dans le siècle*, Le Seuil, 1973, cap. XXI, pp. 170-174. <<

[418] P. Daix, «Les Voyages à Moscou. Un demi-siècle d'illusions», en *Le Fígaro*, lunes 15 de junio de 1992. <<

[419] Pierre Herbart, *En U.R.S.S. 1936*, Gallimard, 1937. A su regreso de un viaje a China y a Indochina como reportero de la revista de Barbusse, *Monde*, Pierre Herbart (1904-1974) se adhirió al Partido Comunista. Ingresó en *L'Humanité* y luego, en noviembre de 1935, se encaminó a Moscú para dirigir la edición francesa de la revista *Littérature internationale*. El descubrimiento de la sociedad soviética, el viaje de Gide, al que acompaña, lo llevaron a reconsiderar su compromiso político; pero la guerra de España lo contuvo de adoptar una posición pública contra el comunismo soviético. En 1958, volvió a hablar de su permanencia moscovita en *La Ligne de force* (Gallimard, Folio, 1980), que constituye un testimonio particularmente vigoroso. <<

[420] A. Gide, *Retour de l'U.R.S.S.*, Gallimard, 1936, p. 67. <<

[421] Ante Ciliga, *Au pays du grand mensonge*, Gallimard, 1938; reimpr. Champ libre, 1977. Nacido en Istria, Ante Ciliga (1898-

1992) milita en el movimiento nacionalista croata. Se adhiere al comunismo después de la guerra; participa en la creación del partido yugoslavo y luego prosigue sus estudios en Praga, Viena y Zagreb. En 1922, es secretario del partido por Croacia. Ascendido a miembro del Buró político, es detenido y expulsado. En Viena trabaja en la oficina balcánica del Komintern, y es enviado a Moscú en el otoño de 1926. Después de tres años en Moscú y un año en Leningrado, comienza a criticar al régimen. Aprisionado durante tres años en el aislamiento de Verkné-Uralsk y luego exiliado dos años en Siberia, Ciliga logra salir de la URSS en diciembre de 1935, alegando su nacionalidad italiana. Una vez instalado en París, escribe y publica su obra capital: *Au pays du grand mensonge*. A partir de 1941, emprende un viaje por Europa, es detenido por los ustachis y recluido en prisión durante seis meses en el campo de concentración de Jasenovac. Una vez liberado, vuelve a Berlín y presencia el desplome del Tercer Reich. Después de la guerra, fija su residencia en Francia y después en Italia, donde dirige una revista consagrada a los problemas de Yugoslavia. <<

[422] Según Fred Kupferman, *op. cit.*, p. 182, *Retour de l'U.R.S.S.*, fue editado nueve veces entre el 30 de octubre de 1936 y el 9 de septiembre de 1937, o sea, se tiraron 146.300 ejemplares. *Les Retouches à mon Retour de l'U.R.S.S.*, publicados en junio de 1937, solo tendrán dos ediciones, o sea, un tiro de 48.500 ejemplares. Ambos títulos pronto dejarán de venderse. <<

[423] Sir Walter Citrine, *I Search for Truth in URSS*, trad. francesa: *À la recherche de la vérité en Russie*, Berger-Levrault, 1937. <<

[424] M. Yvon, *Ce qu'est devenue la révolution russe*, 1937, Cannes, folletos de *La Révolution prolétarienne*. Yvon publicará al año siguiente, en Gallimard, con un prefacio de André Gide, *l'U.R.S.S. telle qu'elle est*. <<

[425] Kléber Legay, *Un mineur français chez les Russes*, prefacio de Georges Dumouiin, Pierre Tisné, 1938. Las «buenas páginas» de ese libro fueron publicadas en *Le Populaire* de 1937, lo que es una señal de que Blum, prisionero de la unidad de acción, se hace menos ilusiones que nunca sobre la URSS. <<

[426] Barbusse murió en Moscú el 30 de agosto de 1935. <<

[427] A. Gide, *Retouches à mon Retour de l'U.R.S.S.*, Gallimard, 1937. p. 66. <<

[428] A. Gide, *Journal III, 1889-1939*, La Pléiade, Gallimard, 1939, p. 1268. Citado en D. Caute, *op. cit.*, p. 292. <<

[429] El primer nombre del comité fue «Comité de Acción Antifascista y de Vigilancia» antes de convertirse en «Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas». *Cf*. Nicole Furlaud-Racine, «Le Comité de vigilance des intellectuels antifascistes», en *La France sous le gouvernement Daladier d'avril 1938 à septembre 1939*, Coloquio de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 4-6 de diciembre de 1975. <<

[430] Alain publica su libro sobre la guerra, *Mars ou la guerre jugée*, en 1935. Entre 1921 y 1935, hace publicar sus «Libres propos», casi sin interrupción, por sus amigos Michel y Jeanne Alexandre. A partir de 1935, sus *propos* aparecen en las Feuilles libres de la quinzaine. <<

[431] De hecho, hubo un debate en el Comité de Vigilancia, en 1937, sobre el efecto que podría tener semejante restitución sobre la situación alemana, como factor para aplacar la agresividad de los nazis. <<

[432] *Victor Serge, Seize fusillés à Moscou*, París, Spartacus, 1936, reimpr. 1972, p. 93. <<

[433] Ante Ciliga, *Au pays du grand mensonge, op. cit; cf. supra*, p. 328. <<

[434] *Cf. supra* pp. 333-334. <<

[435] *Cf.* Chrístian Jelen, *Hitler ou Staline. Le prix de la paix, op. cit.* <<

[436] *Cf.* Congrès national de la Ligue des droits de l'homme, 17-19 de julio de 1937, «Les procès de Moscou», intervención de Victor Basch, p. 169. <<

[437] *Les Cahiers des droits de l'homme*, núm. 31, 15 de noviembre de 1936, «Le procès de Moscou», informe presentado en nombre de la comisión, por el abogado Raymond Rosenmark, pp. 743-750. <<

[438] Les Cahiers des droits de l'homme, p. 748. <<

[439] *Ibid.*, p. 750. <<

[440] Sobre Víctor Basch, véase Françoise Basch, *Víctor Basch. De l'affaire Dreyfus au crime de la Milice*, Plon, 1994. <<

[441] Observamos el mismo tipo de reacción, por ejemplo, en Julien Benda. En un texto poco conocido, que se encuentra en una efímera publicación antifascista y antimuniquesa, *Les Volontaires* (núm. 1, diciembre de 1938), Benda acepta el calificativo de «totalitario» para caracterizar al comunismo por oposición a la democracia, pero es para darle un sentido favorable, por oposición al fascismo. Fascismo y comunismo son, a sus ojos, dos tipos diferentes de totalitarismo: coinciden en que subordinan totalmente el individuo al Estado y suprimen las libertades; pero difieren por los objetivos de transformación social, que solo pertenecen a los comunistas. También hay un totalitarismo bueno y uno malo. *Cf. Les Volontaires*, núm. 5, abril de 1939, número especial. *Le fascisme contre l'esprit*, Julien Benda, «Démocratie et communisme». <<

[442] El informe de Rosenmark recibe 1088 mandatos, contra 258 para la moción de Challaye. <<

[443] V. Basch, «Mise au point», en *Les Cahiers des droits de l'homme*, núm. 21, 1 de noviembre de 1937. <<

[444] En el verano de 1938, en plena crisis de los Sudetes, Félicien Challaye hará, en la Alemania hitleriana, por invitación del «Frente Alemán del Trabajo», un viaje organizado a la manera de los viajes a la URSS. Volverá de ahí con unos juicios tan complacientes sobre el régimen nazi como los de los simpatizantes comunistas hacia el régimen soviético. El antiguo *dreyfusard*, ex colaborador de los *Cahiers de la Quinzaine*, el viejo jauresista, el ex simpatizante del PCF, al finalizar su viaje llega a la misma conclusión que había tenido al partir: que la Alemania de Hitler no desea la guerra. <<

[445] *Popolo d'Italia*, 18 de octubre de 1926. Citado en Alastair Hamilton, *L'Illusion fasciste, les intellectuels et le fascisme 1919-1945*, Gallimard, 1971. <<

[446] Pierre Andreu y Frédéric J. Grover, *Pierre Drieu La Rochelle*, 1979, reimpr. La Table Ronde, 1989. Frédéric J. Grover, *Drieu La Rochelle (1893-1945)*, Gallimard, 1979, col. Idées. <<

[447] La Grande Revue, marzo de 1934, citado en A. Hamihon, *op. cit.*, pp. 235-236. <<

[448] Pierre Drieu La Rochelle, *Socialisme fasciste*, Gallimard, 1934. <<

[449] Pierre Drieu La Rochelle, *op. cit.*, p. 149. <<

[450] El éxito del libro de Malaparte, *Technique du coup d'État*, cuya traducción francesa aparece en Grasset en 1931, es un buen testimonio de esta obsesión. <<

[451] Pierre Drieu La Rochelle, *op. cit.*, p. 163. <<

[452] Pierre Drieu La Rochelle, *Journal 1939-1945*, col. Témoins, Gallimard, 1992, p. 386. <<

[453] Daniel Lindenberg, *Les Années souterraines, 1937-1947*, La Découverte, 1991, cap. V, páginas 165-245, «L'homme communautaire». <<

[454] *Cf. supra*, p. 126. <<

[455] Citado por Daniel Lindenberg, *op. cit.*, cap. V, p. 209. <<

[456] Vincent Descombes, *Philosophie par gros temps*, París, Éd. de Minuit, 1985. <<

[457] Tomo prestada la expresión del bello libro de André Thirion, *Révolutionnaires sans révolution*, París, Robert Laffont, 1972. <<

[458] De la obra de Marcel Mauss, *Essai sur le don*, 1926, reimpr. en *Sociologie et Antropologie*, PUF, 1983, col. Quadrige, Bataille toma la idea de un intercambio desvinculado de la utilidad económica, y de un nexo social fundado sobre el «gasto» puro. <<

[459] Vincent Descombes, *op. cit.*, cap. IV, «La crise française des Lumières», pp. 69-95. <<

[460] «Le problème de l'État», en *La Critique sociale*, septiembre de 1933, núm. 9. *La Critique sociale* es una revista bimensual fundada por Borís Suvarin en marzo de 1931, y que agrupa en torno de él y de la que es su mujer por esa época, Colette Peignot, a los miembros o los simpatizantes del Círculo Comunista Democrático. Su inspiración responde a una crítica marxista no dogmática de la actualidad política y literaria. Simone Weil participa de manera intermitente en el círculo y en la revista a partir de 1932. Lo mismo puede decirse de Georges Bataille, más heterodoxo aún (o menos marxista). Este publica en 1933, en la revista de Suvarin, tres artículos que me parecen los más interesantes que haya escrito en materia de pensamiento político: «La notion de dépense», en enero, «Le problème de l'État», en septiembre, y «La structure psychologique du fascisme», en noviembre. *La Critique sociale* se verá arrastrada por la quiebra de la editorial de Marcel Rivière en 1934. Sus números sucesivos se volvieron a publicar por las ediciones de La Différence en 1983.

Cf. J.-L. Panné, *op. cit.*, cap. XV, «Un cercle sans quadrature», pp. 196-219.

Cf. C. Ronsac, *Trois noms pour une vie*, Robert Laffont, 1988. <<

[461] Georges Bataille, «Le problème de l'État», en *La Critique sociale*, núm. 9, septiembre de 1933, reimpr., p. 105. <<

[462] *Idem*, «La structure psychologique du fascisme», en *La Critique sociale*, núm. 11, marzo de 1934, p. 211. <<

[463] «La structure psychologique du fascisme», en *La Critique sociale*, núm. 10, noviembre de 1933, pp. 159-165, y núm. 11, marzo de 1934, pp. 205-211. <<

[464] *Ibid.*, p. 211. <<

[465] Breton y Bataille redactan juntos, en el otoño de 1935, el texto declaratorio del grupo «Contre-Attaque», que no durará ni un año. Este manifiesto procura dar una definición nueva de la revolución, que no solo se base en la socialización de los medios de producción y que sea capaz de rebasar el marco nacional. Contiene, implícitamente, una triple crítica del modelo soviético: por su reivindicación de una «intratable dictadura del pueblo armado»; por su exigencia de una revolución universal y, sobre todo, por el hincapié que hace en la necesaria subversión de las «superestructuras». En todo ello se reconoce el pensamiento de Bataille. *Cf.* A. Thirion, *op. cit.*, pp. 430-431. El texto del llamado constitutivo del grupo Contre-ALtaque se reproduce en *Tracts surréalistes et déclarations collectíves (1922-1939)*, E. Losfeld éd., 1.980, pp. 281-284. <<

[466] *Acéphale*, y luego *Le Collège de sociologie*. <<

[467] Denis Hollier, *Le Collège de sociologie*, Gallimard, col. Idées, 1979, p. 24. <<

[468] Jean-FrançoiS Sirinelli, Génération intellectuelle. *Khâgneux et normaliens dans l'entre-detuxc-guerres*, PUF, col. Quadri-

ge, 1994, cap. XIII, «Les élèves d'Alain», pp. 484-494. <<

[469] Nicolas Baverez, *Raymond Aron*, Flammarion, 1993; Raymond Aron, *Mémoires*, Julliard, 1983, cap. III, «Découverte de l'Allemagne», pp 50-80. <<

[470] Raymond Aron, *Mémoires, op. cit.*, cap. V, pp. 105-106. <<

[471] *Ibid.*, pp. 143-145, y «Raymond Aron 1905-1983. Histoire et politique», en Commentaire, febrero de 1985, pp. 311-326. <<

[472] El texto no será publicado en el *Bulletin de la Société française de philosophie* antes de la primavera de 1946. *Cf. Bulletin de la SFP*, año 40, núm. 2, abril-mayo de 1946, pp. 41-92. Raymond Aron, «États démocratiques et Etats totalitaires», reproducido en *Machiavel et les tyrannies modernes*, Éditions de Fallois, 1993, pp. 165-183. <<

[473] Raymond Aron, *Machiavel et les tyrannies modernes, op. cit.*, p. 166. <<

[474] *Cf. supra*, pp 336-346. <<

[475] Por ello más valdría hablar de los pactos germano-soviéticos, en plural, como lo ha propuesto Stéphane Courtois. <<

[476] Después de la firma del pacto Ribbentrop-Mólotov (23 de agosto de 1939), los comunistas franceses votaron el día 25 una resolución de resonancias patrióticas («Si Hitler a pesar de todo desencadena la guerra, que sepa bien que se encontrará ante el pueblo de Francia, con los comunistas en la primera fila…»); después, el 2 de septiembre, aprobaron los créditos de guerra y respondieron a las órdenes de movilización. El 19 de septiembre, en una carta a Léon Blum, Marcel Cachin, en nombre de los parlamentarios, confirmó esta orientación. Pero, simultáneamente, otros comunistas propusieron una línea política diferente, haciendo responsables a las democracias de la agresión hitleriana contra Polonia. Por último, fue la denuncia

de los «autores de guerra imperialistas» anglo-franceses la que adquirió preponderancia a partir del 1 de octubre (el PC había sido disuelto el 26 de septiembre), cuando los diputados A. Ramette y F. Bonte enviaron una carta a Édouard Herriot, advirtiéndole de las próximas proposiciones de paz de parte de la URSS, que había invadido Polonia el 17. Las únicas «proposiciones» que se hicieron fueron las de Hitler, el 6 de octubre: el *Führer* hizo un llamado a las democracias a deponer las armas. <<

[477] Se había previsto que los alemanes o los polaco-alemanes que vivieran en territorio en adelante soviético volverían a pasar a la Polonia alemana; los ucranianos y los bielorrusos en zona alemana harían el movimiento inverso. <<

[478] Stéphane Courtois, *Le PCF dans la guerre*, Ramsay, 1980, cap. II, p. 50. <<

[479] *Cf. supra*, pp. 297-298. <<

[480] Durante las negociaciones entabladas por Francia y Gran Bretaña con la URSS, a partir de mayo de 1939, los soviéticos subordinaron la firma de un acuerdo político a la de un acuerdo militar. Desde el comienzo de las negociaciones (12 de agosto), los soviéticos pugnaron para que los anglo-franceses obtuvieran de Polonia (y de Rumania) la autorización para que las tropas soviéticas atravesaran su territorio. El mariscal Voroshílov hizo de ello un requisito que los anglo-franceses, respetuosos de la soberanía de los Estados, intentaron revertir proponiendo que continuasen las negociaciones en espera de las respuestas de los gobiernos en cuestión. El 17, soviéticos y alemanes firmaron un acuerdo económico que prefiguró el pacto del 23 de agosto. El mismo día, los polacos se negaron a aceptar las exigencias soviéticas. <<

[481] Sobre las reacciones del PCF ante el pacto germano-soviético, y la reiterada confirmación de la unión nacional contra

Hitler durante la última semana de agosto y la primera mitad de septiembre, véase S. Courtois, *op. cit.*, cap. II. <<

[482] Mikhaïl Narinski, «Le Komintern et le Parti communiste français, 1939942», en *Communisme*, núms. 32-34, 1993, p. 12. <<

[483] Mikhaïl Narinski, art. cit., p. 13. <<

[484] S. Courtois, *Le PCF dans la guerre. De Gaulle, la Résistance, Staline op. cit.*, cap. III, pp. 1000l, notas 8 y 9. <<

[485] Sin embargo, aquí y allá la adopción de la nueva línea definida por Stalin el 7 de septiembre suscitó consignas «derrotistas revolucionarias»: por ejemplo, en el PCF y debidas a la pluma de André Marty, artista de la materia. *Cf.* Philippe Buton, «Le parti, la guerre et la révolution, 1939940», en *Communisme*, núms. 32-34, 1993, p. 44. <<

[486] Citado por S. Courtois, *op. cit.*, cap. III, p. 88. El texto íntegro de ese discurso fue publicado en francés por los *Cahiers du bolchevisme* clandestinos de enero de 1940. *Cf. Les Cahiers du bolchevisme pendant la campagne 1939940, Molotov-Dimitrov-Thorez-Marty*, prólogo de A. Rossi, Éd. Dominique Wapler, París, 1951. <<

[487] *Cf. supra*, p. 270. <<

[488] Título de un célebre artículo de Marcel Déat en su periódico, L'OEuvre, del 4 de mayo de 1939. <<

[489] En enero de 1936, M. Thorez lanzó la consigna de «Unión de la nación francesa», que tendió la mano a los católicos y a los militares de la Cruz de Fuego. El 25 de agosto de 1936, durante un mitin celebrado en el velódromo de Búfalo, Thorez preconizó un «Frente francés» por el respeto de las leyes sociales, la lucha antifascista en el interior por la unión de los trabajadores y de los republicanos en torno del Frente Popular, y por una verdadera política de paz que comprendiera la

ayuda a la España republicana. Luego, en octubre de 1937, el PCF defendió la consigna de «Francia para los franceses» (*cf.* Philippe Robrieux, Maurice Thorez, *Vie secrete et vie publique*, Fayard, 1975, p. 216). Después de la firma de los acuerdos de Munich (29-30 de septiembre de 1938), Thorez, ante el Comité Central reunido el 21 de noviembre, reiteró la consigna de «Unión de la nación francesa» y, simultáneamente, llamó a la formación de un «Frente de los franceses», concebido siempre como una ampliación del Frente Popular que, por cierto, estaba ya moribundo. No obstante, cuando se votó sobre los acuerdos de Munich, el PC fue el único partido que votó contra su ratificación. <<

[490] Es sabido que el Partido Comunista Francés en una primera etapa justificó el pacto germano-soviético del 23 de agosto, mientras reiteraba sus profesiones de fe antihitlerianas. El 2 de septiembre, los diputados comunistas votaron los créditos militares. El día 6, los movilizables se incorporaron a sus unidades, encabezados por Maurice Thorez. Una vez puesto al corriente, a mediados de septiembre, de las nuevas directivas de Komintern sobre el carácter «imperialista» de la guerra en curso, el partido intentó un viraje, mismo que le fue impuesto a finales de septiembre, en el momento en que era proscrito por el gobierno (26 de septiembre). Este cambio de rumbo será tema de numerosos textos entre octubre y diciembre, así como de una autocrítica de la dirección, en enero de 1940. Este periodo de la historia del PCF ha sido objeto de numerosos estudios. Presento a continuación los que me han sido más útiles: A. Rossi, *Les Communistes français pendant la drôle de guerre 1939940*, París, 1951, reimpr. Albatros, 1972, y *Les Cahiers du bolchevisme pendant la campagne 1939940*, prólogo de A. Rossi, Ed. Dominique Wapler, París, 1951; S. Courtois, *Le P.C.F. dans la guerre, op. cit.*; J.-P. Azema, A. Prost, J.-P. Rioux (comps.), *Le Parti communiste français des années sombres (1938941)*, París, Le Seuil, 1986,

y *Les Communistes français de Munich à Châteaubriant (1938941)*, París. Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1987; Ph. Buton, «Le parti, la guerre et la révolution, 1939940», en *Communisme*, núms. 32-34, 1993. <<

[491] Las autoridades nazis en la Polonia ocupada denunciaron la matanza de Katyn a principios de abril de 1943, en cuanto descubrieron los cadáveres. El espantoso acontecimiento se convirtió en el motivo central de la propaganda antisoviética hasta el fin de la guerra. Tres comisiones investigadoras, una de ellas internacional (organizada por iniciativa del doctor Conti, jefe del servicio de salud alemán), una polaca (convocada por las autoridades nazis en Polonia pero que, bajo la protección de la Cruz Roja polaca, informaba a la resistencia) y, por último, una específicamente alemana, en la primavera examinaron, cada una de ellas por separado, los cadáveres y llegaron a las mismas conclusiones: las víctimas habían sido muertas tres años antes, en abril o mayo de 1940, fecha que excluía toda culpabilidad nazi. En enero de 1944, una investigación soviética organizada por la NKVD llegó a la conclusión opuesta. <<

Antes del descubrimiento de la matanza y de que se llegara a esas conclusiones, el gobierno polaco en Londres, en el momento en que trataba de reconstruir un ejército (julio de 1941) con los ciudadanos polacos que se encontraban en la URSS, comprobó que no tenía noticias de 15.000 oficiales que no habían contestado al llamado. Entre 1941 y 1943, los soviéticos responden con evasivas a las preguntas de los polacos. El 14 de noviembre de 1941, Stalin sugiere ante el embajador polaco que los oficiales desaparecidos «seguramente huyeron al extranjero». La denuncia de la matanza de Katyn en abril de 1943 pone fin, de la manera más siniestra, a las incertidumbres polacas, al menos por lo que se refiere a 5.000 de sus oficiales. Viene a agravar, asimismo, el carácter contencioso de las relaciones polaco-soviéticas.

En el proceso de Nuremberg, el procurador soviético Rudenko intentó que Katyn figurara en el inventario de los crímenes alemanes; pero no pudo lograrlo, pese al cuidado del tribunal por apartar a los testigos polacos que habían escapado del ejército de Anders, del de Berling, o de la resistencia interior. La acusación de Katyn fue retirada del veredicto dado el 30 de septiembre de 1946.

En 1948 se publicó, con un prólogo del general Anders, un informe polaco sobre la matanza de Katyn, que retomaba todos los motivos de cargo contra la URSS. Puede encontrarse una traducción al inglés de ese libro: *The Crime of Katyn. Facts and Documents*, Polish Cultural Foundation, Londres, 1965.

El 14 de octubre de 1992, el presidente Yeltsin hizo público el texto de la decisión del Buró Político del PC soviético, firmado por Stalin el 5 de marzo de 1940, en que ordenaba fusilar a cerca de 26.000 polacos internados en la URSS, después de la agresión contra Polonia en septiembre de 1939. *Cf. Le Monde*, 16 de octubre de 1992.

Sobre el conjunto del caso de Katyn, véase Alexandra Kwiatkowska-Viatteau, *Katyn, l'armée polonaise assassinée*, Éd. Complexe, col. La mémoire du siècle, 1982.

[492] Ante la resistencia de los finlandeses a su ultimátum, Stalin tuvo que atacar Finlandia a finales de noviembre de 1939. Su plan, que denuncia la formación de un gobierno títere, incluía la instauración de una República carelo-finlandesa, en que Finlandia sería unida a la Carelia soviética. La guerra fue difícil y sangrienta para el Ejército Rojo debido a la resistencia feroz y hábil del ejército finlandés sobre la línea Mannerheim. Finlandia obtuvo en marzo de 1940 una paz que limitaba los estragos a cambio de ceder territorio, pero con ello logró salvar su independencia. La agresión de Stalin a Finlandia despertó un antisovietismo muy vivo en Occidente. La URSS fue excluida de la

SDN en diciembre de 1939: este fue el último homenaje de la «seguridad colectiva» a una época ya periclitada. <<

[493] Jean Cathala, director del Instituto Francés de Tallinn (Estonia) desde 1929, ha narrado la entrada de las tropas soviéticas en Tallinn, en junio de 1940, y la integración de los países a la URSS en el verano, después de unas elecciones fraudulentas efectuadas en julio. Cathala relata una redada gigantesca efectuada en junio (cerca de un millón de arrestos) por la NKVD en los tres países bálticos. *Cf*. Jean Cathala, *Sans fleur ni fusil*, Albin Michel, 1981. Sobre la adquisición del dominio por la URSS, el autor escribe: «La sovietización constituye… un fenómeno respecto del cual hay que remontarse muy atrás en la historia para encontrar un equivalente, pues no solo se trata de un cambio o de la pérdida de la soberanía: constituye el ingreso a otro universo, a un mundo de instituciones, de prácticas y de modos de pensar que debe ser aceptado en bloque, porque lo espiritual y lo temporal, la doctrina y el Estado, el régimen y los métodos de gobierno, la patria y el partido en el poder se confunden en él» (pp. 78-80). Un poco más adelante afirma: «Ya no estoy tan seguro, hoy, de que sea exacta la comparación con las SS: estas no lo habrían logrado tan bien. Lo que le faltó al fascismo fue el espacio geográfico que requiere un sistema concentracional en grande escala, un poder estructurado que abarque en forma íntegra la sociedad civil, el régimen político, la economía y la represión y, sobre todo, el fundamento en un estado de los espíritus y de las costumbres que ha brotado del fondo de los tiempos. El nacionalsocialismo solo pudo colmar este hiato por medio de la atrocidad» (p. 97). <<

[494] Margarete Buber-Neumann, *Under Two Dictalors*, trad. por Fitzgerald (ed.), Nueva York; *Déportée en Sibérie*, Le Seuil, 1949 (reimpr. en 1986); *Déportée à Ravensbrück, id.*, 1988. La escena del puente de Brest-Litovsk se encuentra en *Déportée en Sibérie*, p. 213. <<

[495] Analogía que ya fue notada por Alan Bullock, *Hitler, a Study in Tyranny*. Penguin Books. 1990 (la. ed., Odhams, 1952), p. 597, nota 1. <<

[496] Hitler también creía que la destrucción de la URSS reforzaría el poder de Japón en el Extremo Oriente, lo que tendría por efecto atraer hacia esta región del mundo la inquietud de los Estados Unidos para debilitar su solidaridad con Inglaterra en Europa. *Cf. General Halder's Diary*, con fecha de 31 de julio de 1940, citado por A. Bullock, *Hitler and Staline, op. cit.*, p. 682 <<

[497] Sobre este episodio y el texto del documento destinado al PCF ratificado por el secretario del Comité Ejecutivo del Komintern el 15 de agosto, véase M. Narinski, art. cit., en Communisnme, núms. 32-34, 1993, p. 22.

Véase también, en el mismo número, el artículo de S. Courtois, «Un été 1940. Les négociations entre le PCF et l'occupant allemand à la lumiére des archives de l'Intemationale communiste», pp. 8510. <<

[498] M. Narinski, art. cit., p, 25. <<

[499] Un nuevo tratado de comercio germano-ruso fue firmado en enero de 1941. <<

[500] Victor Suvorov, Le Brise-Glace, Olivier Orban, 1989, trad. del ruso por Madeleine y Wladimir Berelovitch. <<

[501] Esta es, por cierto, una de las «justificaciones» que Hitler presentará para legitimar el calendario de la operación «Barbarroja». <<

[502] *Communisme*, núms. 35-37, 1994, misiva de René L'Hermitte a la revista, pp. 287-290. <<

[503] Sobre esta continuidad del pacifismo francés después del 3 de septiembre de 1939, y la inclinación antisoviética de ese pacifismo durante la *drôle de guerre*, véase la obra reciente de

Jean-Louis Crémieux-Brilhac, *Les Français de l'an 40*, 2 vols., Gallimard, 1990. *Cf*. el t. I, *La Guerre oui ou non?*, cap. II. <<

[504] *Cf. supra*, p. 259. <<

[505] Todavía a partir del verano de 1940, cuando esta literatura adquiere una tonalidad que si no francamente antialemana, al menos es proclive a la reconquista de la independencia nacional, solo trata de unirse contra el extranjero o el ocupante. Antes de junio de 1941 no se habla de nazismo, de fascismo o, a la inversa, de democracia. *Cf*. M. Narinski, art. cit., en *Communisme*, núms. 32-34, 1993, p. 26. <<

[506] *Hitler's Table Talk, 1941944, op. cit.* <<

[507] *Ibid.*, pp. 68-69, 17 de octubre de 1941. <<

[508] Alan Bullock, *Hitler et Staline, Vies parallèles, op. cit*. (libro III, cap. XI, p. 641, directiva especial del 13 de marzo de 1941, a propósito de la guerra contra la URSS). <<

[509] Informe del general Halder, jefe del estado mayor general del ejército, citado por Joachim Fest, *Hitler*, t. II, París, Gallimard, 1973, libro VII, cap. II, pp. 329-330 (ed. alemana, Verlag Ullstein Gmbh, 1973). <<

[510] Aun cuando Hitler, en otros momentos, haya podido dar a Stalin el crédito de haber liquidado el dominio judío sobre el bolchevismo. *Cf*. Hermann Rauschning, *La Révolution du nihilisme*, Gallimard, 1980, p. 328: «En la primavera de 1937, antes de la ejecución de ciertos jefes del ejército ruso, varios periódicos de provincia alemanes consagraron unos artículos singulares a los acontecimientos de Rusia. Si hemos de creerles, el Estado bolchevique tendía a un nuevo nacionalismo. Se insistía sobre la depuración que apartaba del gobierno a los judíos y a los doctrinarios de la revolución. Se estudiaba extensamente el antisemitismo de Stalin y se otorgaba relieve a la idea autoritaria de un nuevo zarismo y en la teoría de un nuevo nacionalismo». <<

[511] Cf. Raúl Hilberg, *La Destruction des Juifs d'Europe*, Fayard, 1988 (*The Destruction of the European Jews*, Nueva York, Holmes and Meier, 1985), cap. VI, pp. 138-235. <<

[512] El «Gobierno general» al este de los territorios polacos «incorporados» formaba un triángulo cuyo vértice superior se situaba alrededor de Varsovia, y cuya base iba del sur de Cracovia al sur de Lvov. <<

[513] J. Fest, *Hitler, op. cit.*, t. VII, cap. II, p. 329. Véase también R. Hilbert, *op. cit.*, cap. VII, p. 243; G. Fleming, Hitler et la solution *finale*, prólogo de A. Grosser, posfacio de S. Friedlander, París, Julliard, 1988, cap. III, p. 65 (ed. alemana, *Hitler und die Endlösung, 1982*; éd. inglesa, *Hitler and the Final Solution*, 1985).

Véase también Christopher R. Browning, *Ordinary Men*, Harper Collins, 1992 (*Des hommes ordinaires*, prólogo de Pierre Vidal-Naquet, Les Belles Lettres, 1994). <<

[514] M. Heller, A. Nekrich, *op. cit.*, cap. VIII, p. 335. <<

[515] R. Conquest, *op. cit.*, epílogo, p. 458. <<

[516] Boris Pasternak. *Le Docteur Jivago*, Gallimard, 1958, p. 602. [Hay varias traducciones al español: El doctor Zhivago.] <<

[517] Alexandre Soljenitsyne, L'Erreur de l'Occident, Grasset, 1980, trad. del ruso al francés por Nikita Struve, Geneviève y José Johannet, p. 84. <<

[518] Wolfgang Leonhard, *Child of the Revolution* (trad. por C. M. Woodhouse), Chicago, 1958 (ed. alemana, 1955). Trad. francesa: *Un enfant perdu de la révolution*, Éditions France-Empire, 1983. <<

[519] El problema de las fronteras polacas fue uno de los dolores de cabeza de los aliados victoriosos de la primera Guerra Mundial, que aun cuando estaban deseosos de restaurar la independencia de Polonia, se sentían inseguros sobre los territorios que convenía incluir en ella, teniendo en cuenta la pobla-

ción mezclada de alemanes en el oeste, y de ucranianos y de bielorrusos en el este. La línea Curzon —llamada así en honor del ministro inglés de Relaciones Exteriores de la época— fue trazada con el acuerdo de los franceses y de los estadunidenses en 1919, en Versalles, prescindiendo de toda consulta con los rusos. Esta línea hacía coincidir la frontera oriental de la nueva Polonia con el curso del río Bug, pero casi inmediatamente se volvió caduca por el hecho de la guerra polaco-soviética de 1920. La victoria final de Pilsudski, después del desastre del Ejército Rojo sobre el Vístula, permitió a los polacos extender su frontera más al este, incorporándose poblaciones rurales ucranianas y bielorrusas.

La línea Curzon recupera actualidad en agosto-septiembre de 1939, poco más o menos, en virtud del acuerdo secreto entre Hitler y Stalin, y el reparto que, de hecho, le sigue. Durante la guerra, a partir de 1941, la línea Curzon ocupará el centro de lo contencioso entre el gobierno polaco de Londres y la Unión Soviética. Stalin rechazará obstinadamente cualquier otro trazado de la frontera polaco-soviética que no sea el de septiembre de 1939. En Yalta, frente a Churchill y Roosevelt que piden que la ciudad de Lvov y ciertos campos petrolíferos situados al este de la línea Curzon sean, no obstante, incluidos en territorio polaco, Stalin dará esta respuesta significativa: «¡Quieren que seamos menos rusos que Curzon o que Clemenceau!» <<

[520] Así llamado en honor del jefe del gobierno polaco exiliado en Londres. <<

[521] V. Grossman, Vie et Destín, Julliard-L'Âge d'homme, 1983, p. 618. <<

[522] George Kennan, *La Russie soviétique et l'Occident. Quarante années d'histoire*, trad. por C. E. Romain, Calmann-Lévy, 1962, pp. 333-334 (*Russia and the West under Lenin and Stalin*, Little Brown and Co., Boston, 1960). <<

[523] Y también de Hungría. <<

[524] En enero de 1941, los Aliados hacen una primera declaración sobre los crímenes de guerra. En octubre de 1942, los anglo-estadunidenses proponen a los soviéticos formar una Comisión Investigadora Internacional sobre los crímenes de guerra. El 30 de octubre de 1943 se celebra en Moscú una conferencia durante la cual se firma el acta que crea el tribunal. En la primera época, Stalin había querido atenerse a una represión semejante a la que había aplicado en los años 1936938. La idea del proceso volvió a ser lanzada en ocasión de la Conferencia de Potsdam (julio-agosto de 1945) por el presidente H. Truman y el juez Robert Jackson: el tribunal internacional estaba destinado a juzgar los crímenes contra la paz, los crímenes de guerra y los crímenes contra la humanidad. El proceso de Nuremberg se inauguró el 20 de noviembre siguiente y terminó el 1 de octubre de 1946. Véase Telford Taylor, *The Anatomy of the Nuremberg Trials. A Personal Memoir*, Little Brown, 1982. <<

[525] *Cf. supra*, pp. 376-377. <<

[526] *Cf. infra*, p. 415. <<

[527] Annette Wieviorka, *Déportation et Génocide. Entre la mémoire et l'oubli*, Plon, 1992. <<

[528] De seis a siete millones fueron expulsados de Silesia, Pomerania, Prusia oriental; de dos a tres millones de Checoslovaquia; cerca de dos millones de Polonia y de la URSS; entre dos y tres millones de Hungría, Yugoslavia y Rumania. <<

[529] L. K. Adler y T. G. Paterson, «Red Fascism: the Merger of Nazi Germany and Soviet Russia in the Image of Totalitarianism, 1930's950's», en *American Historical Review*, vol. LXXV, núm. 4, abril de 1970. <<

[530] R. Dallek (comp.), *The Roosevelt Diplomacy and World War II*, Holt, Rinehard and Winston, Nueva York, 1970. La mejor crítica de la ignorancia estadunidense en materia de relaciones con la URSS se encuentra en el primer volumen de las *Mémoires* de Georges Kennan, publicado en 1967. G. Kennan se encontraba por segunda vez en Moscú, entre 1944 y 1946, desempeñando el cargo de ministro consejero de la embajada de los Estados Unidos. Allí será el abogado de la política de *containment*. A ese volumen de *Mémoires* le anexó un cierto número de sus comunicados de la época, sobre todo la célebre «disertación telegráfica», que constituye el larguísimo telegrama del 22 de febrero de 1946 sobre la naturaleza de la política exterior soviética. *Cf*. G. Kennan, *Memoirs*, 1925-1950, Little Brown and Co., Boston, 1967. En lo que concierne a la actitud de Roosevelt para con Stalin durante la guerra, Henry Kissinger, en su último libro, separa con bastante acierto los diversos elementos. El presidente estadunidense tuvo dificultades para llevar a su país a la guerra contra Alemania en nombre de la democracia, lo que luego no le dejó libertad para plantear una definición más matizada de la coalición antinazi. Por lo demás, Roosevelt, como su predecesor Wilson, comparte con sus conciudadanos el deseo de hacer volver a la patria a los «muchachos» una vez terminada la guerra, así como el rechazo de la visión tradicional de la diplomacia europea, fundada sobre el equilibrio de fuerzas. Según el parecer de Roosevelt, la guerra debe terminar con una paz garantizada por un directorio formado por cuatro potencias victoriosas: los Estados Unidos, la URSS, Gran Bretaña y China. Por último, Roosevelt sobrestima el poderío inglés, que él contribuyó a debilitar, y quiere relegar

a Francia a un papel menor. Vemos cómo su concepción, mezcla de idealismo wilsoniano y de realismo churchilliano, dependía en gran parte, para entrar en acción, de la cooperación soviética. Cf. Henry Kissinger, *Diplomacy, op. cit.*, cap. XVI, «Three Approaches to Peace», pp. 394-397. [Hay edición en español del FCE, 1995.] <<

[531] *Cf. supra*, pp, 255-256. <<

[532] Por ejemplo, todavía en 1967 escribía Marcuse: «La transformación del Estado liberal en Estado "autoritario total" se hace sobre la base de un orden social intacto. Por relación a esta base económica no modificada, puede decirse que el liberalismo produjo el Estado autoritario total, como su culminación en un estadio más avanzado de su desarrollo. El Estado autoritario total lleva consigo la organización y la teoría de la sociedad correspondiente a la época monopólica del capitalismo». (*Kultur und Gesellschaft*, Francfort, 1967, vol. I, p. 37.) [Hay traducción al español: *Cultura y sociedad*, Buenos Aires, 1978.] <<

[533] Constituye una nueva señal de su comunidad de destino y de su relativa soledad el hecho de que ambos, casi unidos, deban renunciar a dirigir su país una vez vencido el fascismo. <<

[534] No se conoce bien la cuestión de la «colaboración» militar soviética con los nazis. Fue, por excelencia, el tema tabú de la historiografía del régimen. La idea nunca recibió del lado alemán más que un apoyo intermitente y frágil proveniente, o bien de los elementos antinazis de la *Wehrmacht*, o bien, entre los nazis, de los partidarios de una política de fragmentación nacional de la URSS, como Rosemberg, o bien de políticos realistas que trataban de debilitar al adversario, como Goebbels. En todo caso, las atrocidades cometidas en territorio soviético por los ejércitos nazis en nombre del racismo antieslavo no dejaron mucho campo para el desarrollo de esta política.

Las primeras formaciones militares soviéticas que sirvieron bajo uniforme alemán fueron reclutadas, desde el verano de 1941, entre los centenares de miles de hombres hechos prisioneros en los primeros meses de la guerra. Esas formaciones fueron engrosando poco a poco, probablemente debido a razones múltiples que iban desde la hostilidad al régimen de Stalin hasta el simple deseo de supervivencia, pues las condiciones de vida de los prisioneros del Ejército Rojo en los campos de concentración alemanes a menudo fueron atroces. Esas formaciones, utilizadas al principio en el terreno para combatir a los «guerrilleros» soviéticos en la retaguardia del frente, también poco después fueron reagrupadas por nacionalidades para servir en el Oeste, sobre todo en Francia, contra la resistencia interna.

El esfuerzo más serio por unificar las fuerzas militares «soviéticas» al servicio de Alemania lo intentó en septiembre de 1942 el general Vlásov, hecho prisionero en julio de ese mismo año, y fundador en diciembre, en Smolensk, del «Comité Nacional Ruso». Sin embargo, durante largo tiempo Vlásov solo logró dar la impresión de una autoridad ilusoria, en nombre de un programa nacional ruso que desmentía su situación de dependencia, y de todos modos muy poco apropiado para seducir a las minorías nacionales de la URSS y a los diferentes destacamentos militares de origen soviético formados por nacionalidades: nunca logró llevarlos al frente oriental. Estrechamente sometidos a las unidades de la *Wehrmacht*, estos destacamentos siguieron asignados esencialmente a tareas de represión en el Oeste.

La misión de Vlásov solo recibió un poco más de importancia, en la política nazi, en el otoño de 1944, cuando se anuncia el desastre final. Himmler acepta darle un poco de cordel al general ruso, quien funda en Praga, el 14 de noviembre, el «Comité por la Liberación de los Pueblos de Rusia»: el prolijo

«Manifiesto» que corona esta jornada ofrece el extraño carácter de ¡un programa antibolchevique «liberal» bajo el patrocinio de los nazis! El hecho es que Vlásov fue capaz entonces, aprovechando el amplio reflujo de poblaciones expulsadas hacia el Oeste por el avance del Ejército Rojo, de formar dos ejércitos, reuniendo en ambos unos 50.000 hombres. Uno de ellos adquiriría notoriedad los primeros días de mayo de 1944, cambiando de bando y liberando a Praga de los regimientos de las SS.

Al finalizar la guerra, de un total aproximado de cinco millones de «personas desplazadas» de origen soviético, se puede calcular en 500.000 o un poco más el número de ciudadanos soviéticos de diversas nacionalidades que servían en la *Wehrmacht*, número al que hay que añadir los dos ejércitos de Vlásov de fines de 1944. El resto está formado por prisioneros de guerra, deportados de trabajo, deportados a secas y, por último, aquellos que huyeron al Oeste por una razón u otra, en el momento del retorno ofensivo de los ejércitos soviéticos. De esos cinco millones de hombres, la mitad de los cuales se encontraba en territorio ocupado por el Ejército Rojo, tres millones doscientos mil serían repatriados en el verano de 1945. Los otros, o sea cerca de dos millones, fueron tomados a su cargo por las potencias aliadas, y casi todos fueron devueltos a la URSS entre 1945 y 1947, de grado o por fuerza. *Cf*. George Fischer, *Soviet Opposition to Stalin. A Case Study in World War II*, Harvard University Press. 1952. *Cf*. Nicolas Bethell, *Le Dernier Secret, 1945: Comment les Alliés livrèrent deux millions de Russes à Staline*, Le Seuil, 1975. <<

[535] A. Soljenitsyne, *L'Archipel du Goulag, 1918-1956, Essai d'investigation littéraire*, 3 vols., Le Seuil, 1974-1976. *Cf*. Quinta Parte, cap. I (vol. 3, pp. 27-31). [Hay varias traducciones al español: Archipiélago Gulag.] <<

[536] N. Tolstoi, *Victims of Yalta*, Londres, Hodder and Stoughton, 1977; trad. francesa: *Les Victimes de Yalta*, France-Empire, 1980. <<

[537] M. Heller y A. Nekrich, *op. cit.*, cap. IX, p. 375. <<

[538] J. P. Nettl, *The Eastern Zone and Soviet Policy in Germany, 1940-50*, Oxford University Press, 1951, cap. II pp. 43-45. Dennis L. Bark y David R. Gress, *Histoire de l'Allemagne depuis 1945*, Robert Laffont, col. Bouquins, 1992 (ed. inglesa: Basil Blackwell, 1989), I, Primera Parte, pp. 3-87. <<

[539] En realidad, el papel político de esas fuerzas económicas y sociales fue anulado por Hitler. Sobre la «democratización» de la sociedad alemana por el nazismo, véase David Schoenbaum. *La Révolution brune, la société allemande sous le Troisième Reich*, Robert Laffont, 1979. <<

[540] La historia del comunismo polaco es tumultuosa y triste. La de sus relaciones con el Komintern es, además, trágica. Formado desde 1918, el partido fue, para empezar y según la ortodoxia luxemburguista, hostil a la independencia de Polonia, siendo partidario de su adhesión a la joven República Soviética. Esta posición llegó a su paroxismo en 1920, cuando sostiene la ofensiva del Ejército Rojo hacia Varsovia. Prisionero de una pugna antinacionalista, víctima de querellas internas, dirigido por militantes judíos internacionalistas, el partido encuentra muy poco eco en Polonia, y desde 1924 se gana el odio de Stalin a causa de sus inclinaciones trotskistas: la primera «limpia» de su directiva en Moscú data de aquel año, lo que no impide que otro equipo de dirigentes, dos años después, reciba una nueva amonestación de Stalin por haber apoyado el golpe de Estado militar de Pilsudski contra el régimen parlamentario. Este error táctico fomentaría contra el partido polaco, durante 30 años en Moscú, la acusación de ser un partido infiltrado por agentes «fascistas». <<

Después, sin embargo, y hasta el advenimiento de Hitler, el partido polaco no será para el Komintern más que un instrumento accesorio al servicio de la política alemana; por ejemplo, se ve llevado a defender contra el interés nacional la idea de una revisión de las fronteras establecidas por el Tratado de Versalles en la Alta Silesia y en Danzig. El partido continuó siendo objeto de un control estrecho y de una cacería de trotskistas (uno de ellos será Isaac Deutscher, expulsado en 1932), dirigida periódicamente desde Moscú.

Ni siquiera el giro de 1934-1935 le devuelve al partido polaco un espacio interior de maniobra o un mínimo de consideración en Moscú. Aunque cesa su propaganda absurda en favor del revisionismo alemán, sobre él gravita demasiado su espectacular subordinación al Komintern, y también es demasiado débil (entre 5.000 y 10.000 miembros) para convencer al Partido Socialista o al *Bund* de la sinceridad de su nuevo patriotismo o de la necesidad de su apoyo. Por lo demás, Stalin teme a la efervescencia de sus facciones más de lo que cree en su utilidad: la prueba es que comienza a liquidar, a partir de 1934, a varios dirigentes polacos presentes en Moscú. En 1937-1938 tiene lugar la gran purga: todos los comunistas polacos que están en Rusia son deportados o muertos, comenzando por los miembros del Comité Central del partido. El propio partido es disuelto por el Komintern en 1938, en fecha que no se conoce con exactitud. Los escasos sobrevivientes del comunismo polaco solo debieron su salvación a los azares de un arresto anterior en su país y al abrigo que les ofrecieron las prisiones de Pilsudski.

Las razones de esta liquidación, del lado soviético, no han sido enteramente elucidadas. El Partido Comunista Polaco siempre fue sospechoso a los ojos de Moscú, tanto por ser demasiado judío como por ser demasiado proclive al trotskismo y a la disidencia ideológica y, también, sin más, por ser demasiado

polaco: esta última característica fue favorecida por la línea antifascista de mediados del decenio de los treinta. En todo caso, la proximidad geográfica entre Polonia y la URSS hace que Stalin, en caso de necesidad, deba fiarse más del Ejército Rojo que de un pequeño partido sin influencia, capaz de verse arrastrado por sentimientos nacionalistas. Por último, es posible que en 1938 Stalin hubiese concebido su viraje contra Hitler. En ese caso, el partido polaco habría sido la primera víctima del pacto germano-soviético.

Véase al respecto N. Bethell, *Le Communisme polonais, 1918-1971. Gomulka et sa succession*, prefacio y posfacio de G. Mond; trad. del inglés por A. Mond, Le Seuil, 1969; M. K. Dziewanowski, *The Communist Party of Poland, an Outline of History*, Harvard University Press, 1976; Jan B. de Weydenthal, *The Communists of Poland, an Historical Outline*, Hoover Institution Press, 1978. Por último, sobre la desgracia de la relación entre los intelectuales polacos y el comunismo, existe la admirable autobiografía de Alexandre Wat: *Mon siècle, confession d'un intellectuel européen*, prólogo de Czeslaw Milosz, Éd. de Fallois, L'Âge d'Homme, 1989.

[541] A partir de los años treinta Polonia fue gobernada, bajo la autoridad del mariscal Pilsudski (muerto el 12 de mayo de 1935), por coroneles que ocupaban los puestos clave del Estado, como Josef Beck en Relaciones Exteriores. <<

[542] *Cf. supra*, pp. 395-396. <<

[543] Hago esta observación basándome en las numerosas conversaciones que he sostenido sobre el tema con amigos polacos que fueron testigos o protagonistas de este periodo de su historia. <<

[544] Krystyna Kersten, *The Establishment of Communist Rule in Poland, 1943-1948*; trad. al inglés de University of California Press, 1991. <<

[545] En calidad de provisional, en la Conferencia de Potsdam. Es sabido que lo provisional nunca recibirá carácter oficial en virtud de un tratado de paz definitivo entre los Aliados. <<

[546] K. Kersten, *op. cit.*, cap. VI, p. 245. <<

[547] No hay nada más interesante sobre las ambigüedades de la relación soviético-polaca después de la guerra y sobre las condiciones del sometimiento polaco que los dos libros de Czeslaw Milosz, *La Prise du pouvoir*, trad. francesa: Gallimard, 1953, y *La Pensée captive*, trad. francesa: Gallimard, 1953. <<

[548] *Cf. supra*, pp. 293-294. <<

[549] No olvido que Hungría fue aliada de Alemania, y también Rumania, hasta el golpe de Estado del rey Miguel, el 23 de agosto de 1944. Pero aun en ese país, la idea de una renovación nacional dirigida o sostenida por los partidos comunistas locales no es, simplemente, producto de la ocupación por el Ejército Rojo (*cf.* François Fejtö, *Histoire des démocraties populaires*, Le Seuil, col. Points, 1972, Primera Parte, cap. V: «Le sort des trois satellites de l'Allemagne»). <<

[550] M. Marrus, *The Holocaust in History*, University Press of New England, 1987. *Cf.* también, B. Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe, 1939-1945*, Oxford University Press, 1979; W. Laqueur, *The Terrible Secret: An Investigation into the Suppression of Information about Hitler's «Final Solution»*, Weidenfeld P. Nicholson, 1980; trad. francesa: *Le Terrifiant Secret. La «solution finale» et l'information étouffée*, Gallimard, col. Témoins, 1981; D. S. Wyman, *The Abandonment of the Jews: America and the Holocaust, 1941-1945*, Pantheon Books, 1984, trad. francesa: *L'Abandon des Juifs. Les Américains et la Solution finale*, Flammarion, 1987. <<

[551] M. Marrus, *op. cit.*, cap. VIII, pp. 172-176. *Cf.* del mismo autor, *The Unwanted: European Refugees in the XXth century*, Oxford University Press, 1985, pp. 194-200, 241-252. <<

[552] M. Marrus, *op. cit.*, cap. VIII, pp. 175-176. <<

[553] También en la Polonia de posguerra hubo *pogroms* antisemitas. Por ejemplo en Cracovia, en agosto de 1945; en Kielce, en julio de 1946. *Cf*, K. Kersten, *op. cit.*, Segunda Parte, cap. V, pp. 214-220. <<

[554] G. Orwell, «The Prevention of Literatura», en *Shooting an Elephant and other Essays*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1950; trad. francesa: «Où meurt la littératune», en *Essais choisis*, Gallimard, 1950, p. 207. (La traducción es mía.) <<

[555] George Orwell concibe 1984 desde febrero de 1943, pero se consagra, para empezar, a *La granja de los animales*, que se publica el 17 de agosto de 1945. La muerte de su esposa Eilen y otros trabajos hacen que el libro solo quede terminado en octubre de 1948 y sea publicado a comienzos de junio de 1949. Orwell muere el 21 de enero de 1950. [Hay varias traducciones al español de ambas obras: *1984* y *La granja de los animales*.] <<

[556] G. Orwell, «Où meurt la littérature», *op. cit.*, p. 207. <<

[557] *Ibid.*, p. 209. <<

[558] Véase, por ejemplo, el contraste, descrito por Raymond Aron, entre el 11 de noviembre de 1918 y el 8 de mayo de 1945: «Noviembre de 1918… Lo que era París el día del armisticio y al día siguiente del armisticio es algo que nadie puede imaginar, hay que haberlo visto. La gente se abrazaba en las calles. Todos: burgueses, obreros, empleados, jóvenes, viejos; era locura popular, pero una locura gozosa… Por el contrario, en el mes de mayo de 1945, París estuvo mortalmente triste, tal como yo lo viví. Recuerdo una conversación con Jules Roy, aquel día. Era víctima, como yo, de esta tristeza, de esta ausencia de toda esperanza. Era la victoria de los Aliados, más que la de Francia. Nada podía compararse a los arrebatos de entusiasmo

de los días de noviembre de 1918». (Raymond Aron, *Le Spectateur engagé*, Julliard, 1981, p. 110.)

Sobre la especie de tristeza fanfarrona que caracterizó al París de esta época, en Francia, véanse las remembranzas del escritor inglés Malcolm Muggeridge, *Chronicles of Wasted Time*, Londres, Collins, 1973, t. II, «The Infernal Grave», cap. IV, «The Víctor's Camp». <<

[559] Philippe Buton, *Les Lendemains qui déchantent. Le Partí communiste français à la Libération*, Presses de la Fondation des sciences politiques, 1993. <<

[560] Annie Kriegel, *Les Communistes français dans leur premier demi-siècle, 1920-1970*, Le Seuil, 1985. <<

[561] La lectura del programa del Consejo Nacional de la Resistencia, adoptado el 15 de marzo de 1944, permite comprender bastante bien, en retrospectiva, hasta qué punto la retórica revolucionaria de la resistencia interior tomó prestado casi todo su elenco del arsenal comunista. No se encuentran en ese texto, en el segundo título —que enumera las medidas por tomar en cuanto quede liberado el territorio—, más que las abstracciones clásicas del antifascismo, acompañadas del afán de estatización de lo económico y de lo social. Nada se dice respecto de la nueva organización de los poderes públicos, que había suscitado tantos proyectos a comienzos de los años treinta y que sería la causa de la ruptura con De Gaulle. <<

[562] Tony Judt, *Past Imperfect. French Intellectuals 1944-1956*, University of California Press, 1992, pp. 39-41; trad. francesa: *Le Passé imparfait. Les intellectuels de France 1944-1956*, Fayard, 1992. <<

[563] Los mejores comentarios de ese desierto político francés se deben a Albert Camus, y figuran en sus artículos de *Combat* entre 1944 y 1947, reproducidos en *Actuelles, chroniques 1944-1948*, Gallimard, 1950. <<

[564] *Cf. supra*, pp. 413-415. <<

[565] Según Philippe Buton (*Les Lendemains qui chantent, op. cit.*, pp. 251-256), la declaración de Maurice Thorez de 1946 («Los progresos de la democracia a través del mundo… permiten considerar, para la marcha hacia el socialismo, otros caminos que los que siguen los comunistas rusos… Siempre hemos pensado… que el pueblo de Francia… encontraría por sí solo el camino hacia más democracia, progreso y justicia social…») no modifica en nada el objetivo estratégico de los comunistas, a saber, el establecimiento de una «democracia popular». Esa declaración debe relacionarse con las políticas elaboradas desde mediados de los años treinta en el momento de la guerra de España, y llevadas a la práctica en los países del Báltico a partir de 1939. <<

[566] Annette Wieworka, *Déportation et génocide. Entre la mémoire et l'oubli, op. cit.*; Annie Kriegel, «Les intermittences de la mémoire: de l'histoire immédiate à l'Histoire», en *Pardès*, núms. 9-10, 1989. <<

[567] Los judíos extranjeros refugiados en Francia constituyeron la gran mayoría de los judíos deportados de Francia y muertos en los campos de concentración nazis. <<

[568] El 5 de junio de 1947, el general George Marshall, secretario de Estado estadunidense, propuso a los Estados europeos —incluso a la URSS— beneficiarse con un plan de reconstrucción y de restauración de Europa. Después de la conferencia de París, la URSS rechazó el 12 de julio la oferta estadunidense, por temor a la intromisión de un control sobre la economía de la naciones que dominaba, el cual pondría en entredicho su estrategia en los países de la Europa central y oriental. Aunque Checoslovaquia y Polonia estaban dispuestas a aceptar el Plan Marshall, la URSS las obligó a rechazarlo. <<

[569] En la conferencia de Yalta (febrero de 1945), la URSS aceptó el principio de elecciones «libres y sin trabas» mientras al mismo tiempo aprisionaba a 16 líderes de la resistencia polaca. El 19 de enero de 1947, unas elecciones fraudulentas daban la mayoría a la coalición sometida a los comunistas. <<

[570] En Checoslovaquia, los comunistas, que dominaban los sindicatos y que habían infiltrado a sus agentes en los partidos no comunistas, comenzaron, a principios de 1947, la «limpieza» sistemática de la policía. El 13 de febrero de 1948, el nombramiento en Praga para altos cargos policiacos de ocho comunistas provoca una crisis entre moderados y comunistas en el seno del gobierno de coalición. Tras la dimisión de los ministros liberales minoritarios, los comunistas organizaron grandes reuniones en todo el país, haciendo un llamado a la depuración. El 22 de febrero, el partido eslovaco tomó el poder en Bratislava. El 23 de febrero, el oportuno descubrimiento de una supuesta conjura organizada por los socialistas-nacionales les permitió a los comunistas dominar totalmente el Frente Nacional. Al día siguiente fueron ocupados los periódicos y las oficinas de los partidos liberales. El 25 de febrero, el presidente Beneš, aceptando la dimisión de los ministros liberales, se sometió a las exigencias de los comunistas, en adelante amos indiscutibles del poder. <<

[571] La disolución del Komintern en mayo de 1943 no significó, sin embargo, la interrupción de las relaciones entre los partidos comunistas y el poder soviético. Al considerar que era indispensable reorganizar su dispositivo en Europa, los soviéticos decidieron crear una oficina de información y de enlace, o Kominform, lo que se hizo durante la conferencia internacional que reunió a los partidos comunistas europeos en Polonia (22-27 de septiembre de 1947). La formación del Kominform se dio a conocer el 5 de octubre de 1947. <<

[572] A modo de punto de referencia, el célebre discurso de Churchill en Fulton, en que denunciaba la «cortina de hierro» que cayó sobre Europa, data del 5 de marzo de 1946. La fundación del Kominform, y la definición de los dos campos, el del imperialismo y el del socialismo, data de septiembre de 1947. <<

[573] Esta cuestión fue objeto de gran debate en la historiografía estadunidense cuando, a partir de mediados de los años sesenta y en el marco de la guerra de Vietnam, una escuela de historiadores llamados «revisionistas» destacó el papel de los Estados Unidos en el desencadenamiento de la Guerra Fría. Por una parte, ese papel fue objetivo, en la medida en que se le podía deducir de un análisis económico y de la fatalidad expansionista de un capital cuyo aparato productivo se encontraba escaso de mercados de exportación; por otra parte, era subjetivo por cuanto la muerte de Roosevelt cedió indiscutiblemente el lugar a unos gabinetes menos dispuestos a comprometerse para hacer durar la alianza de guerra. Por ejemplo, la decisión de lanzar la bomba atómica sobre Hiroshima puede ser objeto de dos interpretaciones; ¿fue ante todo un medio de terminar cuanto antes la guerra con Japón? ¿O fue ante todo una advertencia a Stalin? Pero esta historiografía, en virtud de su pasión revisionista, adolece de unilateralidad y olvida, por ejemplo —nada menos—, la naturaleza particular del régimen soviético y

el carácter único de su diplomacia. Para un resumen matizado de los dos puntos de vista, véase B. J. Bernstein, «American Foreign Policy and the Origins of the Cold War»; A. Schlesinger Jr., «Origins of the Coid War», en B. J. Bernstein, y A. J. Matuson, Twentieth Century America, Recent Interpretations, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1972, pp. 344-394, y pp. 409-435. Véase también J. L. Gassis. «The Tragedy of Cold War History, Reflections on Revisionism», en Foreign Affairs, enero-febrero de 1994. <<

[574] *Cf, supra*, pp. 428-433. <<

[575] En un discurso al Congreso estadunidense del 12 de marzo de 1947, destinado a obtener el financiamiento de los préstamos militares a Grecia y Turquía, el presidente de los Estados Unidos definió una «doctrina» de ayuda a los gobiernos y a los pueblos que luchaban por mantener «sus instituciones libres» a salvo del comunismo. Esta doctrina tiene dos caras: la exterior se vuelve sobre todo hacia Europa, y la interior solo concierne a los Estados Unidos. <<

[576] Francia obtuvo una zona de ocupación alemana en Potsdam. La administración militar francesa se singularizó, en relación con los estadunidenses y los ingleses, por su reticencia a favorecer la puesta en marcha de las autoridades políticas alemanas. <<

[577] *Cf. supra*, p. 446-447. <<

[578] Muy revelador del «olvido» del genocidio judío por parte de los comunistas y los alemanes del Este resulta el destino reservado poco después, en 1951, a uno de los dirigentes del partido, Paul Merker. Merker era un viejo militante Kominterniano, quien experimentó el exilio en Francia y el campo de concentración de Vernet, para llegar finalmente a México en 1942. En Berlín, en 1946, fue uno de los dos grandes líderes comunistas de Alemania del Este (el otro era Franz Dahlen) que

no vivió la guerra en la URSS. No siendo judío, también fue el único que destacó el carácter central del antisemitismo en el nazismo (lo que constituía una herejía ideológica con respecto a la lucha de clases), así como el horror particular de la matanza de judíos, mientras que el discurso oficial ponía a la «clase obrera» en la primera fila de las víctimas del nazismo. En 1948 escribió un ensayo en que daba sus parabienes a la creación de Israel. Merker fue expulsado del Comité Central del SED en agosto de 1950. sospechoso de haber tenido contactos con el «agente estadunidense» Noel Field: esta acusación también constituirá una de las bases del proceso de Slánsky, en Praga, en noviembre de 1952. De hecho. Merker fue arrestado poco después como cómplice del imperialismo estadunidense y del sionismo internacional. Fue juzgado en secreto y condenado a ocho años de prisión. Liberado en enero de 1956, nunca obtuvo la rehabilitación que siguió exigiendo inútilmente hasta su muerte, ocurrida en 1969. *Cf*. Jeffrey Herf, «East German Communists and the Jewish Question», en *Journal of Contemporary History*, vol. 29, núm. 4, octubre de 1994. Véase también, sobre la cuestión judía en Polonia, Jean-Charles Szurek, «Le camp-musée d'Auschwitz», *À l'Est la mémoire retrouvée*, La Découverte, 1990. <<

[579] A finales de 1945, cuatro partidos recibieron de las autoridades militares aliadas la autorización de ejercer sus actividades en las cuatro zonas: los comunistas y los socialistas, más dos partidos «burgueses»: la Unión Cristiana Democrática y el Partido Demócrata Liberal. Estos últimos eran particularmente débiles en la zona soviética, donde, por lo contrario, dominaban los partidos «obreros», *Cf*. J. P. Nettl, *The Eastern Zone and Soviet Policy in Germany, 1945-1950*, Oxford University Press, 1951. <<

[580] *Cf*. Albert O. Hirschman, «Exit, Voice and the Fate of the German Demoeratic Republic: An Essay in Conceptual Histo-

ry», en *World Politics*, vol. XLV, enero de 1993. <<

[581] *Cf.* J. P. Nettl, *op. cit.*, cap. IV, p. 107. <<

[582] *Cf. supra*, cap. V, pp. 149-152. <<

[583] Secretario del Comité Central, Andrei Zhdánov (1896-1948), sucedió a S. Kirov en Leningrado. Nombrado representante del realismo socialista, defendió en el Congreso Literario Pansoviético (agosto de 1934) la idea de impulsar las artes y las letras en beneficio del régimen. Estalinista de las fuerzas de choque, ingresó en el Politburó en 1939. Durante la guerra, dirigió la defensa de Leningrado. Ascendió a tercer secretario del partido en marzo de 1946, emprendió una gran campaña por la reforma de la «línea ideológica» del partido en matearía de artes y letras, atacando a B. Pasternak. Anna Ajmátova y D. Shostakóvich, como preludio a una nueva ola de depuraciones. En septiembre de 1947, Stalin lo envió a Polonia para dirigir la fundación del Kominform. <<

[584] Eugenio Reale, *Avec Jacques Duclos au banc des accusés, à la réunion constitutive du Kominform, à Szklarska Porba* (*22-27 septembre 1947*), trad. del italiano por Pierre Bonuzzi, Plon, 1958. Eugenio Reale fue uno de los dos dirigentes del PCI presentes en la asamblea fundadora del Kominform. Al año siguiente, en 1948, abandonó la dirección del PCI. En 1952 renunció al Comité Central. Hostil a Togliatti y a la subordinación del partido a la URSS, fue expulsado el 31 de diciembre de 1956. <<

[585] Hablo aquí de los dos o tres años que siguieron a la condenación. <<

[586] F. Fejtö, Histoire des démocraties populaires, t. I, *op. cit*, p. 265. <<

Ministro de Relaciones Exteriores de Hungría, después de haber sido ministro del Interior hasta al otoño de 1948, Rajk fue arrestado en mayo de 1949, juzgado en septiembre, condenado a muerte y ejecutado. *Cf.* F. Fejtö, «L'affaire Rajk quarante

ans plus tard», en *Wingtième Siècle*, enero-marzo de 1990; Roger Stéphane, *Rue Laszlo-Rajk: une tragédie hongroise*. Odile Jacob, 1991.

[587] J. Arceh Getty, Gabor T. Rittersporn y Victor N. Zemskov, «Les victimes de la répression pénale dans l'U.R.S.S. d'avant-guerre, en *Revue d'études slaves*, t. LXV, fascículo 4, pp. 631-670; Nicolas Werth, "Goulag: les chiffres? », en *L'Histoire*, septiembre de 1993. <<

[588] Las tomas del poder por los partidos comunistas en la Europa central y oriental se hicieron según un proceso casi idéntico: con el apoyo del Ejército Rojo, los comunistas dirigían una coalición de la que apartaban a sus adversarios, unos tras otros. En octubre de 1944, el Ejército Rojo llegó a Yugoslavia; el 11 de noviembre de 1945, el Frente Nacional tomó el poder, y se proclamó la República el 29 de noviembre siguiente. En Bulgaria, el gobierno de coalición fue remplazado por el del «Frente de la Patria», presidido por el kominterniano Georgi Dimitrov; la República popular fue instituida el 15 de septiembre de 1946. En Rumania, el 27 de febrero de 1945, Andrei Vishinski impuso un gobierno formado por los partidos del Frente Nacional Democrático; este triunfó en las elecciones del 19 de noviembre de 1946; el rey Miguel abdicó el 30 de diciembre de 1947. En Hungría, la Unión de las Fuerzas de Izquierda triunfó en las elecciones de agosto de 1947 (60% de los sufragios), y luego en las de 1949 (¡95.6%!). El 20 de agosto de 1949 se proclamó la República popular. <<

[589] Pienso, por ejemplo, en la exclusión de Gomulka del Partido Comunista Polaco, y en su detención en 1949-1950; o en la de Clementis, ministro de Relaciones Exteriores checoslovaco, por la misma época; o en el proceso de Slánsky en Praga, en noviembre de 1952; o también en la expulsión de Anna Pauker en Rumania, por la misma época. <<

[590] Hay que poner aparte, asimismo, el caso de Kóstov, viejo militante búlgaro del Komintern; juzgado por «traición» en Sofía, en diciembre de 1949, se retractó de sus confesiones y se opuso al acta de acusación. <<

[591] El proceso de Slánský se celebró en Praga, del 20 al 27 de noviembre de 1952. Rudolf Slánský, exsecretario general del Partido Comunista Checo, detenido el año anterior, fue juzgado ahí como líder de una conspiración contra el Estado. De los 14 inculpados, 11 eran judíos y fueron designados como tales en el acta de acusación, que describía una conjura en que el «sionismo internacional» desempeñaba un papel central. Slánský fue condenado a muerte y ahorcado, junto con otros 10 de los coacusados. Los tres restantes fueron condenados a cadena perpetua. Dos de ellos escribieron la historia del proceso: Arthur London, *L'Aveu. Dans l'engrenage du procés de Prague*, Gallimard, col. Témoins, 1968; Eugen Loebl, *Stalinism in Prague. Tlte Loebl Story*, Nueva York, Grove Press, 1969; y *Le Procés de l'Aveu. Prague 1952*, París, Éditions France-Empire, 1977. <<

[592] El momento en que Churchill se sintió burlado por Stalin en el caso polaco puede situarse entre las entrevistas que sostuvo con el mariscal soviético en Moscú a comienzos de octubre de 1944, y las discusiones de Yalta, que tuvieron lugar en febrero de 1945. *Cf*. R. Douglas, *From War to Cold War*, St. Martin's Press, Nueva York, 1981, caps, IV-VII, pp. 37-82. <<

[593] Los resultados de la elección legislativa inglesa del 5 de julio de 1945 solo se conocieron tres semanas después, cuando Churchill ya se encontraba en la conferencia de Potsdam. <<

[594] Léon Blum, À l'échelle humaine, Gallimard, 1945 (cita p. 105); reimpr. en col. Idées. <<

[595] Como consecuencia de la huelga desencadenada en la fábrica de la Renault por militantes trotskistas, los ministros comunistas decidieron exigir que se pusiera un alto al bloqueo de

los salarios y los precios. El 2 de mayo de 1947, Paul Ramadier planteó la cuestión de la confianza en la Asamblea. El día 4, esta adoptó el orden del día favorable al gobierno. Los comunistas votaron en contra. Para evitar la dimisión colectiva del gobierno, Ramadier dio las gracias esa misma tarde a los ministros comunistas. <<

[596] Jeannine Verdés-Leroux, *Au service du Parti. Le Parti communiste, les intellectuels et la culture (1944-1956)*, Fayard-Minuit, 1983; David Caute, *The Fellow-Travellers*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1973; trad. francesa: *Les Compagnons de route, 1917-1968*, Robert Laffont, 1979; Pierre Rigoulot, *Les Paupières lourdes. Les Français face au Goulag: aveuglements et indignations*, prefacio de Jean-François Revel, Éditions Universitaires, 1991; Tony Judt, *Past imperfect, French Intellectuals, 1944-1956*, University of California Press, 1992; trad. francesa: *Le Passé imparfait, op. cit.*; Natacha Dioujeva y François George, *Staline à Paris*, Ramsay, 1982.

El libro de Raymond Aron, L'*Opium des Intellectuels* (Calmann-Lévy, 1955), sigue siendo fundamental al respecto. <<

[597] Raymond Aron, *Mémoires, op. cit*, pp. 182-188. En 1943, Aron publicó en *La France libre* un artículo intitulado «L'ombre des Bonaparte», en el cual pone en guardia contra el resurgimiento de un «cesarismo popular» que habría podido tentar al general De Gaulle. Raymond Aron comentó el sentido de este artículo en sus *Mémoires* (pp. 184,-186). *Cf*, también, «Raymond Aron, 1905-1983, Histoire et politique», *Commentaire*. Julliard, 1985. páginas 359-368. <<

[598] Jean Lacouture, *André Malraux. Une vie dans le siècle, op. cit*. cap. XXXVIII, pp. 320-326. En agosto de 1945, Malraux se encontró con el general De Gaulle y se unió al jefe de la Francia libre. En 1947 fue nombrado delegado de la propaganda de la Reunión Popular Francesa. <<

[599] K. Papaioannou, *L'Idéologie froide*, J.-J. Pauvert éditeur, col. Libertés. 1967. <<

[600] Desde luego, estoy aludiendo al célebre proceso ganado por Víctor Krávchenko contra *Lettres françaises*, que se celebró del 24 de enero al 4 de abril de 1949. Véase Guillaume Malaurie, *L'Affaire Kravchénko, Paris, 1949, le Goulag en correctionnelle*, Robert Laffont, 1982. <<

[601] Tony Judt, «The Past is Another Country: Myth and Memory in Post-War Europe», en *Daedalus*, vol. CXXI, núm. 4, otoño de 1992. <<

[602] *Cf. supra*, p. 313. <<

[603] L. K. Adler y T. G. Paterson, «Red Fascism: the Merger of Nazi Germany and Soviet Russia in the American Image of Totalitarianism, 1930's-1950's», en *American Historical Review*, art. cit., pp. 1046-1049. <<

[604] *Ibid.*, pp. 1051-1061. <<

[605] La carta de J. Duclos apareció en la revista mensual del PCF, *Cahiers du communisme*, en abril de 1945. <<

[606] Retomo aquí la argumentación de I. Howe y L. Coser, *The American Communist Party. A Critical History*, Frederick A. Praeger, Nueva York, 1962, p. 442. Se encontrará una interpretación semejante de la precoz alineación del Partido Comunista Estadunidense al lado de las posiciones de la Guerra Fría, en Arthur Schlesinger Jr., *Origins of the Cold War*, art. cit., pp. 426-427. <<

[607] Dwight Macdonald, *Memories of a Revolutionist. Essays in Political Criticism*, Farrar, Straus and Cudaly, Nueva York, 1957, p. 202: «What is Totalitarian Liberalism?» (se trata de la republicación de un artículo de agosto de 1945 en *Politics*, la revista de D. Macdonald). <<

[608] Es el autor del célebre comentario siguiente, hecho en vísperas de un viaje al Asia soviética, como vicepresidente, en la primavera de 1944: «Con una gran sensación de esperanza parto al encuentro de la experiencia siberiana… Más de 40 millones de personas han remplazado a los siete millones —prisioneros en su mayoría— que ahí vivían miserablemente bajo el régimen del zar. De suerte que los detractores de Rusia deberán callarse ante el Asia soviética de hoy… Visitaré las ciudades. Sentiré la grandeza que es inseparable del trabajo inteligente del hombre sobre la naturaleza…», en D. Macdonald, *Henry Wallace, The Man and the Myth*, The Vanguard Press, Nueva York, 1948, p. 103. (La traducción es mía.) <<

[609] D. Caute, *The Great Fear - The Anti-Communist Purge under Truman and Eisenhower*, Simon and Schuster, Nueva York, 1978; R. M. Fried, *Nightmare in Red. The McCarthy Era in Perspective*, Oxford University Press, 1990. <<

[610] Dejo deliberadamente de lado este aspecto de la historia del comunismo estadunidense, rica en numerosos asuntos y con una vasta bibliografía. Nadie duda ya, en la actualidad, de que la rapidez con que se perfeccionó la bomba atómica soviética se debió a complicidades en Occidente. Extrañamente, el senador McCarthy, el perverso demagogo, tuvo una intuición del adversario parcialmente exacta. <<

[611] Uno de los episodios más célebres del «nativismo» estadunidense fue el vasto movimiento de opinión animado por las sociedades «evangélicas» y hostil a la inmigración católica que se desarrolló en los años de 1820-1830, en torno de la idea de una conjura papista que tenía por meta conquistar por infiltración los Estados Unidos. <<

[612] Richard Hofstader, *Anti-Intellectualism in American Life*, Knopf, 1963. <<

[613] Me permito incluir esta reserva en la medida en que esta racionalización del Terror se encuentra más entre los historiadores de la revolución que entre los propios revolucionarios. *Cf*. M. Ozouf, «Guerre et Terreur dans le discours révolutionnaire, 1892-1894», en *L'École de la France, essais sur la Révolution, l'utopie, l'enseignement*, Gallimard, 1984. <<

[614] La interrogación «Who lost China?» constituyó una de las principales acusaciones de la campaña del senador McCarthy contra los «traidores» del interior. <<

[615] Comisión especial de la Cámara de Representantes (House Committee on Unamerican Activities), cuya existencia data de 1938, pero que se mostró particularmente activa durante los años del macartismo. <<

[616] El poder de McCarthy sobre los medios políticos estadunidenses, y aun sobre el Partido Republicano, decreció a partir de comienzos de 1954. Los métodos de intimidación del senador de Wisconsin fueron objeto de un voto de censura del Senado el 2 de diciembre de 1954. <<

[617] Fue en Berlín, en junio de 1950, donde se celebró el Kongress für Kulturelle Freiheit, que inició en Europa el reagrupamiento de los intelectuales opuestos al totalitarismo soviético. En marzo de 1951 apareció la revista *Preuves*. <<

[618] Albert Einstein, Charlie Chaplin, Paul Robeson y Leonard Bernstein, por ejemplo. <<

[619] P. Coleman, *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Post-War Europe*, The Free Press, Nueva York, 1989; E. Shils, «Remembering the Congress for Cultural Freedom», en *Encounter*, septiembre de 1990; S. Hook, *Out of Step* Harper and Row, Nueva York, 1987, caps, XXVI y XXVII. <<

[620] La más célebre de estas manifestaciones había sido la celebración, en París, en 1935, del Primer Congreso Internacio-

nal de Escritores por la Defensa de la Cultura, con participantes ilustres: Gide, Malraux, Benda, Huxley, Heinrich Mann, Brecht, Dreiser, Pasternak, Babel, Ehrenburg. *Cf. supra*, pp. 326-329. <<

[621] En septiembre de 1948 se había celebrado un gran Congreso de la Paz en Wroclaw, antigua Breslau, en la Silesia polaca, seguido de un segundo, en París, en abril de 1949. Mientras tanto, había tenido lugar la manifestación de Nueva York, en marzo. <<

[622] Secondo Tranquillo (1900-1978), llamado Ignazio Silone, fue secretario de los obreros agrícolas de los Abruzzos, opuesto a la guerra. En Roma, fue secretario de la Juventud Socialista (1919) y luego participó en la fundación del Partido Comunista Italiano (1921). Expulsado en 1931 y refugiado en Suiza, escribió su primera novela, *Fontamara*, que tuvo éxito. En 1938 publicó *L'École des dictateurs*. En 1940 se unió al Partido Socialista Italiano. Internado en Suiza en 1942, volvió a Italia en 1944 y fue uno de los dirigentes del PSI. Colaboró en numerosas revistas: *Preuves, Témoins*, y fundó en 1955 *Tempo presente*; también publicó ensayos inspirados por su experiencia política, como *Sortie de secours, Le Fascisme*. <<

[623] Comunista hasta 1929, Franz Borkenau (1900-1957) trabajó después en el Instituto de Investigaciones Sociales de Francfort. Se refugió en Londres y, tras una estadía en Panamá, se dirigió a España al comienzo de la guerra civil. En 1937 publicó *The Spanish Cockpit* (Faber & Faber). Varias de sus obras se ocupan del comunismo: *European Communism* (Faber & Faber, 1953) y *World Communism, a History of the Communist International*, prefacio de R. Aron (Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1962). <<

[624] Irving Brown se encontró cerca de Jay Lovestone, una de las grandes figuras del primer comunismo estadunidense en los

años veinte y luego jefe de un grupo disidente, antes de convertirse en un antiestalinista de primera fila. <<

[625] El financiamiento del «Congreso por la Libertad de la Cultura» por la CIA, por medio de fundaciones «pantalla» fue denunciado por una serie de artículos del New York Times en abril de 1966. Esa «noticia bomba» tardía, que confirmaba una acusación comunista tan vieja como la asociación misma, provocó una crisis interna que condujo a la disolución del «congreso» en septiembre de 1967. Este fue sustituido por una «Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura», que gozó de vida hasta 1979, sin haber recuperado nunca en realidad el crédito perdido. *Cf*. P. Coleman, *op. cit.*, caps. XIV y XV. <<

[626] Fue así como caracterizó a Walter Benjamin en el retrato que hizo de él (en *Men in Dark Times*, Harcourt, Brace and World, 1968, pp, 193-206). Pero esos rasgos también le pertenecen a ella, [Hay trad. al español de esta serie de artículos de Arendt: Walter Benjamín; Bertolt Brecht; Hermann Broch; Rosa Luxemburgo, Barcelona, 1971.] <<

[627] E. Young-Bruehl, Hannah Arendt, *For Love of the World*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1982. *Cf*. cap. II, «The shadows». <<

[628] Nada lo permite comprender mejor que su larga correspondencia con K. Jaspers después de la guerra. H. Arendt y K. Jaspers, *Correspondance 1926-1969*, Harvest Book. Nueva York, 1993. <<

[629] Entrevista de H. Arendt por Günter Gaus, 28 de octubre de 1963. Citado por E. Young-Bruehl, *op. cit.*, cap. V, pp. 184-185. <<

[630] La pregunta ha sido planteada, como lo hemos visto (*cf. supra*, cap. VI, pp. 183-190), a la reflexión política europea, sobre todo en Alemania y en Francia, desde los años treinta. Pero

también lo está en la ciencia política estadunidense, antes de la guerra. Como prueba solo quiero mencionar un coloquio universitario, sostenido en 1940, bajo los auspicios de la American Philosophical Society, sobre el tema «El Estado totalitario». La mayor parte de las colaboraciones a ese coloquio son de excelente calidad y se anticipan a ideas que las más de las veces se atribuyen a Franz Neumann o a Hannah Arendt, aunque los nombres de sus autores no hayan pasado a la posteridad. La última comunicación de dicho coloquio, presentada por un profesor de Columbia, J. H. Carlton Hayes, se intitula: *La Nouveauté du totalitarisme dans l'Histoire de l'Occident*. En ella, Carlton engloba la Alemania de Hitler y la URSS de Stalin. No he encontrado en ninguna parte, en los libros de Arendt, referencia a esta publicación, de la que no podemos saber si ella la leyó. *Cf. Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. LXXXIII, Filadelfia, 1940, pp. 1-103, «Symposium on the Totalitarian State».

En el mismo orden de ideas, véase también la obra de Frank Borkenau, The Totalitarian Enemy, Faber & Faber, Londres, 1940. El prefacio del libro, fechado el 1 de diciembre de 1939, indica que la comparación del nazismo y del comunismo se había vuelto indispensable como consecuencia del pacto germano-soviético. Ciertos elementos del análisis de Borkenau (el nihilismo moral de los dos sistemas, el papel de la disolución de las clases sociales, por ejemplo), también se encuentran en Arendt. Cf. Robert A. Skotheim, Totalitarianism and American Social Thought, Holt, Rinehart and Winston, 1971. <<

[631] *Cf. supra*, p. 490. <<

[632] F. Neumann, *Behemoth. The Stmcture and Practice of National Socialism, 1993-1944*, Oxford University Press, 1942, reimpr. en 1994; trad., *Behemoth. Structure et pratique du national-socialisme, 1933-1944*, Payot, 1987, col. Critique de la politique. <<

[633] Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt. Brace, 1951. [Hay trad. al español: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, 1974.] Esta edición ira seguida de varias otras, de 1956, 1966, 1968, 1973, generalmente aumentadas con nuevos prefacios. La obra será publicada tardíamente en Francia, y en fragmentos: *Le Système totalitaire*. Le Seuil, 1972; *Sur l'antisémitisme*, Calmann-Lévv, col. Diaspora, 1973; L'Impérialisme, Fayard, 1982 Véase también Hannah Arendt, *La Nature du totalitarisme*. Payot, Bibliothèque philosophique 1990. <<

[634] Es poco lo que se puede concluir de la correspondencia de Hannah Arendt y Karl Jaspers, en la cual ella habla varias veces del trabajo sobre su manuscrito. <<

[635] *Cf*. supra, pp. 235-239. <<

[636] *Cf*. André Enegren, *La Pensée politique de Hannah Arendt*, PUF, 1984, o también, «Hannah Arendt, 1906-1975, Les Origines du totalitarisme, 1951», en *Dictionnaire des oeuvres politiques*, Éd. François Châtelet, Olivier Duhamel, Évelyne Pisier, PUF, 1986. <<

[637] D. Rousset, *L'Univers concentrationnaire*, Le Pavois, 1946; reimpr. por UGE, 1971; *Les Jours de notre mort*, Le Pavois, 1947, col. Le Chemin de la Vie; reimpr. en UGE, 1974. <<

[638] E. Kogon, *Der SS Staat, Das System der deutchen Konzentrationlager*, Francfort, 1946, trad. estadunidense Farrar Strauss, Nueva York, 1950: *The Theory and Practice of Hell; The German Concentration Camps and the System behind them*; trad. francesa: L'Enfer organisé, La Jeune Parque, 1947; reimpr. como *L'Etat SS*, Le Seuil, 1970. <<

[639] *The Dark Side of the Moon*, prefacio de T. S. Eliot, Nueva York, 1947. <<

[640] *Cf. supra*, pp. 479. <<

[641] Si bien la idea se encuentra ya en la edición de 1951 de *Los orígenes...*, el análisis más preciso de Arendt sobre el carácter «ideológico» de los regímenes totalitarios apareció dos años después, en el número de julio de 1953 de la *Review of Politics*, con el título «Ideology and Terror. A Novel Form of Government». El texto, presentado inicialmente en forma de conferencia en la Universidad de Notre-Dame, formaría el decimotercero y último capítulo de la reimpresión de 1958 de *Los orígenes... Cf.* Young-Bruehl, *op. cit.*, cap. VI, p. 251. <<

[642] La primera discusión profunda, en Europa, del libro de Hannah Arendt, es dirigida por Raymond Aron: «L'Essence du totalitarisme», en *Critique*, 1954 (estudio retomado, en lo esencial, en «Raymond Aron, Histoire et politique», en *Commentaire*, pp. 416-425). Raymond Aron volvería a esta cuestión en los cursos de la Sorbona publicados con el título *Démocratie et Totalitarisme*, Gallimard, 1965. Aron reconoce las similitudes de hecho de los dos regímenes, hitleriano y estalinista, pero se niega a convertirlos en dos especies de un mismo género, pues difieren en el plano de la intencionalidad ética.

Acerca de lo que separa a Hannah Arendt de Raymond Aron en materia de epistemología del conocimiento histórico: Luc Ferry, «Stalinisme et historicisme. La critique du totalitarisme stalinien chez Hannah Arendt et Raymond Aron», en *Les Interprétations du stalinisme*, Évelyne Pisier-Kouchner (comp.), PUF, 1983, pp. 226-255.

Sobre la recepción de que fue objeto en Occidente el concepto de «totalitarismo», *cf.* Pierre Hassner, Le totalitarisme vu de l'Ouest, en *Totalitarismes*, Guy Hermet (comp.), Economica, 1984. <<

[643] Para Gurian, así como para Eric Voegelin, otro filósofo alemán emigrado, el totalitarismo es el producto del ateísmo moderno, más que de un proceso sociopolítico. Véase la discu-

sión Arendt-Voegelin en la revista de Gurian, *The Review of Politics*, 1952, XV. Para Gurian, véase su colaboración al coloquio sobre el totalitarismo, organizado en marzo de 1953 en Boston, «Totalitarianism as Political Religion», en C. J. Friedrich (comp.), *Totalitarianism*, Harvard University Press, 1954, pp., 119-129. <<

[644] Sobre todo en Harvard. <<

[645] C. J. Friedrich (comp.), *Totalitarianism. Proceedings of a Conference Held at the American Academy of Arts and Sciences*, marzo de 1953, Harvard University Press, 1954. Cari J. Friedrich (1901-1984), nacido en Alemania, emigró a los Estados Unidos en 1922, donde se naturalizó en 1938. Profesor de ciencias políticas en Harvard, después de la guerra fue uno de los impulsores de la investigación sobre la Alemania nazi y sobre el totalitarismo. <<

[646] C. J. Friedrich, *op. cit.*, p. 60. <<

[647] La más notable excepción a ese conformismo tan difundido es, desde luego, Raymond Aron. El filósofo de los límites de la comprensión histórica también es el escritor político que ha poseído la mayor penetración analítica para la inteligencia de la época. *Cf*. Nicolas Baverez, *Raymond Aron, op. cit.* <<

[648] George Orwell, *1984*, Londres, Secker & Warburg, 1949. <<

[649] Raymond Abellio, *La Fosse de Babel*, Gallimard, 1962, p. 15, reimpr. en col. L'imaginaire. <<

[650] Solo hará una breve intervención en el XIX Congreso del PCUS —el primero desde 1939—, en octubre de 1952. <<

[651] Svetlana Alliluyeva, *Twenty Letters to a Friend*, Londres, 1967; trad. francesa: *Vingt lettres à un ami*, Le Seuil-Paris-Match, 1967. <<

[652] Jean-Jacques Marie, *Les Derniers Complots de Staline. L'affaire des blouses blanches*, Bruselas, Complexe, 1993. La «conjura» llamada de las «batas blancas» fue organizada por el Ministerio de Seguridad del Estado, y el asunto fue seguido de cerca por Stalin. Nueve eminentes médicos soviéticos —entre ellos seis judíos—, encargados de atender a los más altos dirigentes del Estado, fueron detenidos bajo la acusación de haber fraguado una conjura que tenía por meta asesinar a sus pacientes. Todos ellos confesaron bajo presión, e incluso aceptaron ser responsables de la muerte de Zhdánov en 1948. La «conjura» fue dada a conocer a la opinión pública el 13 de enero de 1953 y dio lugar a una agitación antisemita a la que es probable que Stalin, si hubiese vivido, le habría dado enorme resonancia. Los médicos fueron liberados y rehabilitados un mes después de la muerte de Stalin. <<

[653] A la muerte de Stalin, las autoridades de los países democráticos elogiaron al dictador recordando la victoria soviética sobre el nazismo. Por ejemplo, Édouard Herriot declaró en la tribuna de la Asamblea Nacional: «Es un recuerdo del que no podemos liberarnos: me refiero al papel desempeñado por Stalin en el fin de la guerra y la preparación de la victoria. Nos percatamos de ello en las ruinas de Stalingrado o al estudiar esta batalla de Moscú [dirigida en realidad por el general Zhúkov], en que el genio militar de Stalin se manifiesta de manera innegable». El *Quai d'Orsay* hace una declaración que atribuye a Stalin una sorprendente moderación en política exterior: «Si el gobierno soviético había asumido la responsabilidad de cierto número de empresas peligrosas para la paz, no se podía perder de vista que Stalin había parecido deseoso de limitar el alcance de esas empresas cuando amenazaban con crear algo irreparable». <<

[654] Malenkov abandonó el 14 de marzo su cargo en la secretaría del Comité Central del partido para consagrarse a la pre-

sidencia del Consejo de Ministros; Jruschov dominará en adelante la secretaría del Comité Central, y en septiembre será primer secretario titular. <<

[655] *Cf.* M. Heller y A. Nekrich, *L'utopie au pouvoir, op. cit.*, cap. IX, pp. 375-426, «Le crépuscule de l'ère stalinienne». <<

[656] Bronislaw Baczko, *Comment sortir de la Terreur: Thermidor et la Révolution*, Flammarion, 1989. <<

[657] Amy Knight, *Beria, Staline's First Lieutenant*, Princeton University Press, 1993; trad. francesa: *Beria, premier lieutenat de Staline*, Aubier, 1994. <<

[658] El episodio más importante de la rebelión del Gulag es el del campo de concentración que dependía de las minas de cobre de Kinguir, acaecido en la primavera de 1954. Ha sido narrado por Solzhenitsin, *L'Archipel du Goulag, op. cit.*, vol. III, cap. XII: «Les quarante jours de Kinguir», pp. 234-269.

Cf. M. Heller y A. Nekrich, *op. cit.*, cap. X, p. 433.

Cf. Nicolas Werth y Gaël Moullec, *Informes secretos soviéticos, 1921-1991*, Gallimard, 1994, pp. 417-424. <<

[659] Por ejemplo: Richard Pipes, *The Formation of the Soviet Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1954. Merle Fainsod, *How Russia is Ruled*, Cambridge, Harvard University Press, 1953; ediciones revisadas y aumentadas en 1963 y 1979; trad. francesa: *Comment l'URSS est gouvernée*, Éditions de París, 1957; *Smolensk under Soviet Rule*, Cambridge, Harvard University Press, 1958; trad. francesa: *Smolensk à l'heure de Staline*, Fayard, 1967; Leonard Schapiro, *The Origins of the Communist Autocracy*, Harvard University Press, 1954. <<

[660] En la noche del 24 al 25 de febrero de 1956, Nikita Jruschov leyó su informe sobre los crímenes de Stalin. El documento fue comunicado a los secretarios de las delegaciones extranjeras que asistían al XX Congreso. El 16 de marzo, el New York Times dio la primera información al respecto. El 4 de junio, lo

publicó el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Estos recibieron de Polonia dicho informe, donde los comunistas lo difundieron ampliamente. El 6 de junio, el Partido Comunista Estadunidense reconoció la autenticidad del informe. Por lo contrario, Togliatti lo calificó (en privado) de «hablillas sin importancia»; Thorez y el PC de Francia se atuvieron a la fórmula «informe atribuido al camarada Jruschov» y defendieron «la obra» de Stalin. Sin embargo, el informe fue autentificado indirectamente por el acta misma del XX Congreso, que se refería a la sesión secreta de la célebre noche de febrero. En los Estados comunistas, los comunistas polacos fueron los primeros en tener la audacia de publicarlo íntegramente (*Polityka*, 27 de julio de 1988). Véase Branko Lazitch, *Le Rapport Khrouchtchev et son histoire*, Le Seuil, 1976. <<

[661] N. Khrouchtchev, *Souvenirs*, introducción, comentarios y notas de E. Crankshaw, Robert Laffont, 1970. <<

[662] Sigo aquí los *Souvenirs* de Jruschov, cap. IX, pp. 327-331. <<

[663] Debo esta observación al libro de Martin Malia, *The Soviet Tragedy*, The Free Press, 1994, cap.IX, pp. 319-320. <<

[664] N. Khrouchtchev, *op. cit.*, cap. IX, p. 333. <<

[665] N. Jruschov, citado en A. Rossi, *Autopsie du stalinisme*, posfacio de Denis de Rougemont, Éd. P. Horay, 1957, p. 128. <<

[666] Como respuesta a la entrevista de Togliatti publicada el 20 de junio de 1956 en la revista italiana *Nuovi Argumenti*, y anticipando la idea de «policentrismo» en el movimiento comunista, una declaración del Comité Central del PC de la URSS, publicada el 30 de junio en *Pravda*, llama, por lo contrario, a reforzar la unidad ideológica del comunismo internacional. Es esta misma declaración la que reprocha a Togliatti haber hablado de la «degeneración de la sociedad soviética» como una de las causas del «culto a la personalidad». <<

[667] Serán «rehabilitados» por un comunicado del 19 de febrero de 1956, publicado al mismo tiempo en Moscú y en Varsovia. <<

[668] Sobre los acontecimientos de Polonia y de Hungría en 1956, se puede consultar: 1956, Warsovie-Budapest. La deuxième révolution d'Octobre (bajo la dirección de Pierre Kende y Krzysztof Pomian), Le Seuil, 1978; Pierre Broué, Jean-Jacques Marie, Bela Nagy. *Pologne-Hongrie 1956*, EDI, 1966, reimpr. en 1980. Sobre Hungría: François Fejtö, 1*956, Budapest, l'insurrection*, Bruselas, Complexe, 1981; Miklos Molnar, *Victoire d'une défaite, Budapest, 1956*, Fayard, 1968; *La Révolte de la Hongrie d'aprés les émissions des radios hongroises octobre-novembre 1956*, P. Horay, 1957; *La Révolution hongroise. Histoire du soulèvement d'Octobre* (precedido de «Une révolution antitotalitaire» por R. Aron), Plon, 1957; «La Révolte de Hongrie», en *Les temps modernes*, enero de 1957. Sobre Polonia: Andre Babeau, *Les Conseils ouvriers en Pologne*, Armand Colin, 1960; «Le socialisme polonais», en *Les Temps modernes*, febrero-marzo de 1957; Krzysztof Pomian, *Pologne: défi à l'impossible?*, Éditions Ouvrières, 1982; Terera Toranska, *Omi. Des Staliniens polonais s'expliquent*, Flammarion, 1986. <<

[669] El círculo de Petöfi (llamado así en honor de Sandor Petöfi [1823-1849], poeta que movilizó a la juventud húngara en 1848 en pro de la independencia) reunía a escritores y periodistas. En las semanas que precedieron al levantamiento del 23 de octubre, el círculo desempeñó un papel considerable en Budapest bajo la influencia de los acontecimientos de Polonia. <<

[670] *Cf. supra*, pp. 38-39. <<

[671] *Cf. supra*, p. 39. <<

[672] Desencadenada el 2 de octubre de 1956, la Revolución húngara alcanzó su paroxismo el 22 de octubre, cuando los manifestantes reclamaron un gobierno dirigido por Imre Nagy,

que fue instituido al día siguiente. Desde el día 25 hubo choques entre las tropas soviéticas y los «Combatientes de la Libertad», guardia nacional formada espontáneamente. El 28 el gobierno ordenó un cese al fuego y los soviéticos se retiraron a los alrededores de Budapest. El 30, el Presidium del PCUS adoptó una resolución, decidiendo someter militarmente la rebelión. El 1 de noviembre, 3.000 tanques soviéticos invadieron Hungría. Nagy intentó negociar, pero el día 3 secuestraron al comandante de las fuerzas húngaras, el general Maleter. El día 4, Budapest fue bombardeado por la artillería. La resistencia capituló al cabo de tres días, pero continuó operando en provincia hasta el 14 de noviembre. La represión dejó millares de víctimas y fue seguida por miles de arrestos; 200.000 húngaros optaron por emigrar. <<

[673] Refugiado en la embajada yugoslava el 4 de noviembre, con algunos compañeros —entre ellos Lukács—, Nagy había aceptado salir de su refugio confiando en la promesa de impunidad firmada por Kádár. Su automóvil fue interceptado por oficiales soviéticos. <<

[674] Lefort, «Le totalitarisme sans Staline», en *Socialisme ou Barbarie*, núm. 14, julio-septiembre de 1956. Artículo reproducido en *Éléments d'une critique de la bureaucratie*, Gallimard, col. Tel, 1979, pp. 155-235. La cita se encuentra en la p. 168. Es digna de notarse, en contraste con esas líneas de Lefort, la prudencia casi clerical con la que Sartre comentó el informe de Jruschov, al día siguiente del desastre húngaro: «Sí, había que saber lo que se quería y hasta dónde se quería llegar; emprender reformas sin necesidad de anunciarlas para empezar, sino realizarlas progresivamente. Desde ese punto de vista, la falta más enorme probablemente fuera el informe de Jruschov pues, a mi parecer, la denuncia pública y solemne, la exposición detallada de todos los crímenes de un personaje sacro que representó durante tanto tiempo al régimen es una locura cuando semejante

franqueza no ha sido posibilitada previamente por la elevación considerable del nivel de vida de la población [...]. Pero el resultado ha sido descubrir la verdad a unas masas que no estaban preparadas para recibirla. Cuando se ve hasta qué punto entre nosotros, en Francia, el informe sacudió a los intelectuales y a los obreros comunistas, entonces podemos apreciar en qué medida los húngaros, por ejemplo, estaban poco preparados para comprender ese aterrador relato de crímenes y de fallas, dado sin ninguna explicación, sin análisis histórico, sin prudencia ...» *L'Express*, 9 de noviembre de 1956 (citado por Branko Lazitch, *Le Rapport Khrouchtchev et son histoire*, Le Seuil, 1976). <<

[675] La declaración, firmada en común por Jruschov y Tito el 20 de junio de 1956, con motivo del viaje del jefe del Estado yugoslavo a Moscú, habla de autonomía para cada país socialista, de sus vías de desarrollo y de la indispensable igualdad en el intercambio de opiniones entre esos países. <<

[676] *Cf. supra*, p. 517. <<

[677] El 28 de junio tiene lugar el gran motín obrero de Poznán, que el ejército polaco logró reprimir pero que, a partir de las reivindicaciones salariales, incluyó asimismo varias consignas antisoviéticas. <<

[678] F. Fejtö, *op. cit.*, tomo II, cap. VI, p. 143. <<

[679] La idea es analizada por F. Fejtö, *Histoire des démocraties populaires, op. cit.*, t. II, cap. V, p. 127. <<

[680] Como dirigentes del Comité Antifascista de Liberación Nacional, Tito y sus partidarios se libran de la aniquilación gracias a la capitulación de los italianos en septiembre de 1943. En el otoño, Tito recibe el apoyo de los británicos que abandonan al monarquista Mihajlovič y a sus chetniks, que habían hecho buenas migas con alemanes e italianos. En cada comuna liberada, se organiza un comité popular encargado de la administra-

ción, y cada región es dirigida por un consejo antifascista, dominado por los comunistas. Esta estructura es duplicada por la de los comisarios políticos, que forman el punto de unión entre el ejército de liberación y las autoridades civiles. Tito se convierte en el amo del país cuando llega el Ejército Rojo, que ayuda a los guerrilleros a tomar Belgrado el 20 de octubre de 1944. La guerra prosigue hasta mayo de 1945; el ejército popular se entrega a la matanza en Eslovenia, donde se habían refugiado croatas y ustachis. <<

[681] Mílovan Djilas hizo hincapié, desde 1953, en la contradicción entre la idea de una autonomía de gestión de las empresas y la de las administraciones y la existencia de un partido único, de disciplina leninista. *Cf. Anatomy of a Moral*, Nueva York, 1959. <<

[682] Eduard Kardelj, vicepresidente del Estado yugoslavo, destacó la importancia de los «consejos obreros», a los que la revolución húngara contribuyó a dar a conocer como los mejores instrumentos políticos de una sociedad socialista. <<

[683] Marc Lazar, *Maisons rouges. Les partís communistes français et italien de la Libération à nos jours*, Aubier, 1992. <<

[684] David A. Shannon, *The Decline of American Communism. A history of the C.P. of the United States since 1945*, Harcourt Brace, 1959. <<

[685] La idea es soviética al principio, pues fue planteada por el XX Congreso. Pero Jruschov la abandona entre febrero y junio de 1956. <<

[686] *Cf. supra*, p. 517, n. 18. <<

[687] Marc Lazar, *op. cit.*, cap. III, p. 101. <<

[688] Vassili Grossman, *Vie et Destin*, Lausana, Julliard-L'Àge d'homme, 1980. <<

[689] Vassili Grossman, *La Route. Nouvelles*, Julliard-L'Àge d'homme, 1987, pp. 11-26. <<

[690] Su gran novela de preguerra, *Stepan Kolchuguin*, una trilogía de la que solo escribió los dos primeros volúmenes, narra la historia de un joven huérfano, obrero desde la niñez, convertido en militante bolchevique clandestino y deportado a Siberia en la Rusia de los zares. Este personaje llegaría a ser, en el volumen no escrito, uno de los jefes del Komintern. *Cf*. Simon Markish, Le Cas Grossman, Julliard-L'Áge dliomme, París, 1983, pp. 46-47. <<

[691] Una colección de crónicas de guerra de Grossman, dedicadas a la batalla de Stalingrado, fue publicada en francés a partir de 1945 en las ediciones France d'abord: *Stalingrad, choses vues*. Paralelamente, en la misma época, apareció el esbozo de su largo artículo sobre Treblinka, *L'Enfer de Treblinka*, B. Arthaud, 1945. Muy recientemente, una nueva colección más completa fue puesta a disposición del público francés con el título de «Années de guerre», Éd. Autrement, 1993, posfacio de Alexis Berelowitch. Por desgracia, el conjunto fue expurgado de los pasajes hoy juzgados demasiado «estalinistas», lo que es de lamentar. Esa medida póstuma se justifica tanto menos por cuanto Grossman depositó en la guerra antinazi las esperanzas de liberalización del régimen soviético (*cf*. Simón Markish, *op. cit.*, pp. 54-56). <<

[692] Grossman «adivina» el infierno de Treblinka, más que observarlo, pues el campo de concentración fue destruido por los alemanes después de la insurrección del 2 de agosto de 1943 de los miembros de los comandos que trabajaban en el funcionamiento de esa máquina de muerte. Lo extraordinario de su artículo se debe menos a la precisión documental que a la intuición horrorizada de lo que ocurrió en esos lugares que volvían a ser «naturales». <<

[693] La novela se intitula «El viejo profesor», en *La Route, op. cit.*, pp. 169-198, y «El viejo institutor», en *Années de guerre, op. cit.*, pp. 29-66. <<

[694] *Op. cit.*, p. 183. <<

[695] *Op. cit.*, p. 193. <<

[696] Pocos meses después de la publicación de «El viejo profesor», Grossman volverá a ocuparse de las matanzas de judíos en Ucrania, en un ensayo del 12 de octubre de 1943 intitulado *Ukraine* y publicado en *Krasnaia Zvezda (La estrella roja)*. En esta época el escritor ya no habla a partir de fuentes indirectas. En el territorio reconquistado por la ofensiva del ejército soviético en el arco Ural-Kursk, pudo presenciar las matanzas de judíos perpetradas por los nazis en la orilla izquierda del Dnieper, sobre todo en Babi Yar, cerca de Kiev. Pero solo habla de ello como de pasada, para no exponerse a la censura, pues la línea oficial consiste en no atribuir un destino particular a los crímenes cometidos contra los judíos, so pretexto de no alimentar en la URSS la idea de una guerra emprendida para defenderlos. Unos informes sistemáticos sobre el genocidio judío serán publicados, por lo contrario, en el diario *Einikeit (Unidad)*, órgano del Comité Judío Antifascista, publicado en *yiddish*, y difundido en Inglaterra y en los Estados Unidos. En ese diario hará publicar Grossman en noviembre-diciembre de 1943 un ensayo intitulado «Ucrania sin judíos». <<

[697] Sémion Lipkine, *Le Destín de Vassili Grossman*, L'Âge d'homme, Lausana, 1989, p. 28. <<

[698] Simon Markish, *op. cit.*, pp. 90-94. Sémion Lipkine, *op. cit.*, pp. 32-35. <<

[699] El relato de *Por una causa justa* se sitúa entre junio y septiembre de 1942. <<

[700] Sémion Lipkine, *op. cit.*, pp. 44-45. <<

[701] Grossman confió su manuscrito a varias revistas, de donde llegó a las manos de Súslov quien, recibiendo al autor pocas semanas después de la redada de la KGB, le aseguró que debía «olvidar» su novela, y añadió: «Tal vez se publique dentro de 200 o 300 años». <<

[702] Ese sentimiento fue expresado de manera muy sutil por Pasternak, invirtiendo la tradicional relación entre Rusia y Alemania, en un reportaje efectuado en el frente, en septiembre de 1943, en las cercanías del tercer ejército soviético, que acababa de liberar Orel. El reportaje fue expurgado por la censura antes de aparecer en el periódico de los sindicatos, *Troud*, en noviembre de 1943. La cita fue tomada de un pasaje censurado: 'Lo asombroso en el hitlerismo es la pérdida de la superioridad política de Alemania. La dignidad de la nación ha sido sacrificada para no desempeñar más que un papel secundario. El país ha sido reducido por la fuerza a solo un comentario reaccionario de la historia rusa. Si la Rusia revolucionaria jamás ha tenido necesidad de un espejo deformante que alterara sus rasgos en un gesto de odio o de ignorancia, helo aquí. Alemania estaba destinada a producirlo". *Cf*. Boris Pasternak. *A Journey to the Army*, trad. por Halina Willens, en *Novy Mir, A Selection 1925-1967*, Éditions Michael Glenn, Londres, 1972, p. 247. (La traducción a partir del texto en inglés es mía.) <<

[703] Principal autor del atentado del 20 de julio de 1944 contra Hitler. <<

[704] *Vie et Destin, op. cit.*, p. 530. <<

[705] *Ibid.*, p. 213. <<

[706] *Ibid.*, p. 197. <<

[707] *Ibid.*, p. 459. <<

[708] *Ibid.*, p. 40. <<

[709] *Ibid.*, p. 371. <<

[710] Ibid., p. 444: «Liss no quería más que verificar algunas hipótesis con la esperanza de escribir un trabajo sobre "la ideología del adversario y sus líderes"». <<

[711] Este argumento lo desarrolla con mayor amplitud Simon Markish, *op. cit.*, pp. 111-112. <<

[712] Alexandre Soljenitsyne, *L'Archipel du Gonlag, 1918-1956, essai d'investigation littéraire*, París, Le Seuil, 1974, t. II, p. 143 (Tercera Parte, cap. VI. «V'là les fascistes»). <<

[713] *Id.*, p. 142. <<

[714] Sin embargo, tuvo tiempo de escribir *La paz sea con vosotros*, de regreso de un viaje a Armenia, que terminó en 1963, y un relato admirable, *Todo pasa*, terminado también en vísperas de su muerte, y publicado a partir de 1970 en Occidente (en Francfort sobre el Meno). Ediciones francesas: *La Paix soit avec vous, notes de voyage en Arménie*, Prefacio de Simon Markish, París, Éd. de Fallois-L'Âge d'homme, 1989. *Tout passe*, París, Julliard-L'Âge d'homme, 1984.

En cuanto a *Vida y destino,* un ejemplar mecanografiado de la novela, que se libró de la requisición de la KGB, llegó a Occidente en 1974, gracias a Andrei Sájarov, que la capturó en microfilmes y los hizo pasar «al Oeste», a Efim Etkind. El texto completo solo fue publicado en ruso y en francés en 1980. <<

[715] Sémion Lipkine, *op. cit.*, pp. 123-126. <<

[716] Nadejda Mandelstam, *Contre tout espoir*, París, Gallimard, 3 vols., 1972-1975; Vitali Chentalinski, *La Parole ressuscitée. Dans les archives littéraires du KGB, op. cit.* <<

[717] En las Éditions Feltrinelli. Sobre todo este asunto, véase *Le Dossier de l'affaire Pasternak. Archives du Comité central et du Politburo*; trad. del ruso por Sophie Benech, prólogo de Jacqueline de Proyart, Gallimard, 1994. <<

[718] El 1 y el 6 de noviembre de 1958. Sobre el carácter de esos dos textos, que mezclan a las inevitables concesiones (el escritor teme ser expulsado de la URSS) la reafirmación de su integridad intelectual, *cf*. Lazar Fleishman, *Boris Pasternak. The Man and his Politics*, Harvard University Press, Cambridge, 1990, cap. XII, pp. 296-300. <<

[719] Por lo demás, Pasternak morirá poco después, el 30 de mayo de 1960. <<

[720] *Cf supra*, pp. 328-330. <<

[721] *Cf. supra*, p. 327. Jean Lacouture, *André Malraux, op. cit.*, pp. 181-182, 197-198, 231-233. <<

[722] Alexandre Soljenitsyne, *Le Chêne et le veau. Esquisse de la vie littéraire*, París, Le Seuil, 1975. <<

[723] Solzhenitsin tuvo que purgar, después de sus ocho años de deportación, tres años de exilio complementario, en el sur de Kazajstán. <<

[724] Julliard, 1963. <<

[725] Andrei D. Sakharov, «How I came to dissent», en *New York Review of Books*, 21 de marzo de 1974, pp. 11-17; y *Mémoires*, Le Seuil, 1990. <<

[726] Jeannine Verdès-Leroux, *La Lune et le caudillo. Le rêve des irttellectuels et le régime cubain (1959-1971)*, Gallimard, 1989, col. L'Arpenteur; Paul Hollander, *Political Pilgrims, Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China and Cuba*, Nueva York, Harper Colophon Books, 1981. <<

[727] Durante los años de la inmediata posguerra, Laurent Casanova fue encargado por los intelectuales de la dirección del Partido Comunista Francés. <<

[728] La URSS parecía haber alcanzado y tal vez superado a los Estados Unidos en materia de armamento nuclear a finales de los años sesenta. La política de *détente* le permitió, además, be-

neficiarse de préstamos importantes de establecimientos financieros occidentales, mientras se mantenía fiel a la interpretación bolchevique del término *détente*: este no es más que otro medio de dilatar las conquistas del socialismo a expensas del capitalismo. Lo que, por lo demás, ocurre en el decenio de los setenta en Vietnam, en Laos, en Camboya, en Angola y, por último, en Afganistán. En el momento (1972) en que Brézhnev y Nixon afianzan por medio de un tratado su nueva «cooperación», la Unión Soviética y sus satélites ocupan el centro de la logística terrorista en el mundo. <<

[729] La détente de la que los acuerdos de Helsinki fueron engañoso símbolo, favoreció la imagen de una URSS que emprendía el camino de la libertad. El Acta Final de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, firmada el 1 de agosto de 1975 por 33 países europeos, los Estados Unidos y Canadá consagraba, al mismo tiempo que el *statu quo* territorial y el desarrollo de las relaciones económicas, la libre circulación de ideas y de personas. Con ello dio un arma a los disidentes soviéticos en su lucha por los derechos del hombre, pero no cambió en nada la represión implacable lanzada contra ellos. El gran número de internamientos en asilos psiquiátricos data de aquellos años en que la opinión occidental creía ver, por el contrario, una liberalización del régimen. *Cf*. Vladimir Bukovski, «Plaidoyer pour une autre détente», en *Politique Internationale*, otoño de 1985. <<

[730] La última manifestación de entusiasmo por parte de un sector de la izquierda occidental para con un terror de inspiración neoestalinista (neomaoísta) tuvo lugar a propósito de la revolución de los jemeres rojos, entre 1975 y l977, <<

[731] Al que desee tener una idea de la idealización del pasado y del presente de la Unión Soviética, le bastará consultar los manuales escolares de historia y de geografía de secundaria y de enseñanza superior sobre el tema, en Francia en particular,

durante todo el periodo de posguerra, e incluso en un periodo reciente. *Cf*. Diana Pinto, «L'Amérique dans les manuels d'histoire et de géographie», en *Historiens et Géographes*, febrero de 1985, núm. 303. <<

Lo que debe notarse, y que no resulta sorprendente, es que el entusiasmo de los autores de manuales por la Unión Soviética se manifiesta sin trabas sobre el acontecimiento y sobre la evolución de la vida intelectual. Esto es particularmente notorio en los decenios que siguen a la muerte de Stalin. *Cf*. la colaboración presentada por Jacques Dupàquier a un coloquio celebrado en 1987 en el Senado: «*La perception de l'URSS a travers les manuels français*». Citado en Jean-Fransois Revel, *La Connaissance inutile*, Pluriel, 1989, pp. 437-438.

[732] André Glucksman, *La Cuisinière et le mangeur d'hommes. Essai sur l'État, le marxisme, les camps de concentration*, Le Seuil, 1975; Bernard-Henri Lévy, *La Barbarie à visage humain*, Grasset, 1977. *Cf*. Pierre Rigoulot, *Les Paupières lourdes, op. cit.*, cap. XV, pp. 131-150. <<

[733] Se publicó cerca de un millón de ejemplares de esta obra en las Éditions du Seuil. <<

[734] El mejor documento en que puede calcularse la magnitud de este espacio de bolchevización abstracta del Partido Socialista Francés en esta época es el comunicado común firmado en mayo de 1976 por una delegación del partido francés, dirigida por Mitterrand, y por la dirección del Partido Socialista Obrero Húngaro. Lo asombroso no es el intercambio de cumplidos, pues esto es conforme a la ley del género, sino el lenguaje en que se embozan: «La delegación del Partido Socialista Francés ha quedado favorablemente impresionada por los triunfos obtenidos en la edificación del socialismo por el pueblo húngaro bajo la dirección de la clase obrera y de su partido». <<

[735] *Cf. supra*, p. 451. <<

[736] El libro más característico —aunque no el mejor— de esta «escuela» (si el término no es excesivo) es el de J. Hough, *The Soviet Union and Social Science Theory*, Harvard University Press, 1977. De la misma tendencia son, por ejemplo: Moshe Lewin, *The Making of the Soviet System*, Nueva York, Pantheon Books, 1985 (trad. francesa: *La Formation au système soviétique*. París, Gallimard, 1987); León Haimson *The Politics of Rural Russia (1905-1914)*, Bloomington, 1979; Stephen Cohen, *Rethinking the Soviet Experience*, Oxford University Press, 1985. <<

[737] Entre los libros que dieron el tono a esta sovietología figuran los siguientes: Merle Fainsod, *How Russia is Ruled*, Cambridge, Harvard University Press, 1953; *Smolensk under Soviet Rule (id. 1958)*; trad. francesa: *Smolensk à l'heure de Staline*, Fayard; Karl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*, Harvard University Press, 1956; Leonard Schapiro, *The Origins of the Communist Autocracy*, Harvard University Press, 1954; *De Lénine à Staline: histoire du parti communiste de l'Union soviétique*, Gallimard, 1967; A. Ulam, *Les Bolcheviks*, Fayard, 1973; Robert Conquest, *The Great Terror*, MacMillan, 1968; trad. francesa: *La Grande Terreur: les purges staliniennes des années 1930*, París, Stock, 1970; Alain Besançon, *Les Origines intelectuelles du léninisme*, Calmann-Lévy, 1977.

Después de haber sido la punta del «gorbachovismo», que parecía validar la tesis de una Unión Soviética «pluralista» en vía de reforma, la escuela revisionista tuvo que ponerse a la defensiva debido a la implosión del régimen. *Cf*. The Strange Death of Soviet Communism, en *The National Interest*, núm. 31, primavera de 1993, Segunda Parte: *Sins of the Scholars*, por Richard Pipes, Martin Malia, Robert Conquest, William Odom y Peter Rutland. <<

[738] Andrei Amalrik, *L'Union soviétique survivra-t-elle en 1984?*, París, Fayard, 1970, reimpr. en Le Livre de Poche-Pluriel. <<

[739] Emmanuel Todd, *La Chute finale. Essai sur la décomposition de la sphère soviétique*, Robert Laffont, 1976. El argumento figura también en dos informes del demógrafo estadunidense Murray Feshback, de abril de 1978 (*Population and Manpower Trends in the USSR*), y de julio de 1983 (*Soviet Population, Labor Force and Health*). Esos informes se citan y comentan en Seymour Martin Lipset y Bence Gyorgy: *Anticipations of the Failure of Communism*, ponencia presentada en el Congreso de la Asociación Estadunidense de Sociología, en Pittsburgh, en agosto de 1992. <<

[740] Muerto el 10 de noviembre de 1982, Brézhnev fue remplazado en la secretaría general del partido por Andrópov, hombre de la KGB, al que rodeaba una reputación de «modemizador». Pero Andrópov muere el 9 de febrero de 1984, y es un viejo *apparatchik* del tipo brezhneviano, Chernenko, quien lo sucede. Chernenko muere el 10 de marzo de 1985. <<

[741] La liberación de Sájarov, en 1986, constituye el primer paso en esta dirección; el voto del Comité Central, en febrero de 1990, del fin del monopolio político del partido, es el último de este organismo. <<

[742] Jacek Kuron, uno de los grandes disidentes polacos, siendo ya ministro, dirá poco después: «Percibo entre algunos de ellos [los políticos occidentales] la nostalgia del antiguo orden mundial y de la Unión Soviética. Algunos incluso parecen dispuestos a reconstruir esta última para poder recibir, de nuevo, órdenes gubernamentales», en *Polityka*, 26 de marzo de 1993, trad. en *Nouvelle Alternative*, núm. 34, junio de 1994. <<

[743] La mejor descripción del «gorbachovismo» incondicional de los gobiernos y de la opinión pública en Occidente se encuentra en Jean-François Revel, *Le Regain démocratique*, Fayard, 1992, Segunda Parte. <<

ÍNDICE

El pasado de una ilusión	2
Agradecimientos	4
Prefacio	5
I. La pasión revolucionaria	13
II. La Primera Guerra Mundial	61
III. El embrujo universal de Octubre	103
IV. Creyentes y desencantados	163
V. El socialismo en un solo pais	208
VI. Comunismo y fascismo	254
VII. Comunismo y antifascismo	332
VIII. La cultura antifascista	420
IX. La Segunda Guerra Mundial	496
X. El estalinismo, fase superior del comunismo	567
XI. El comunismo de la Guerra Fría	621
XII. El principio del fin	688
Epílogo	750
Autor	789
Notas	791